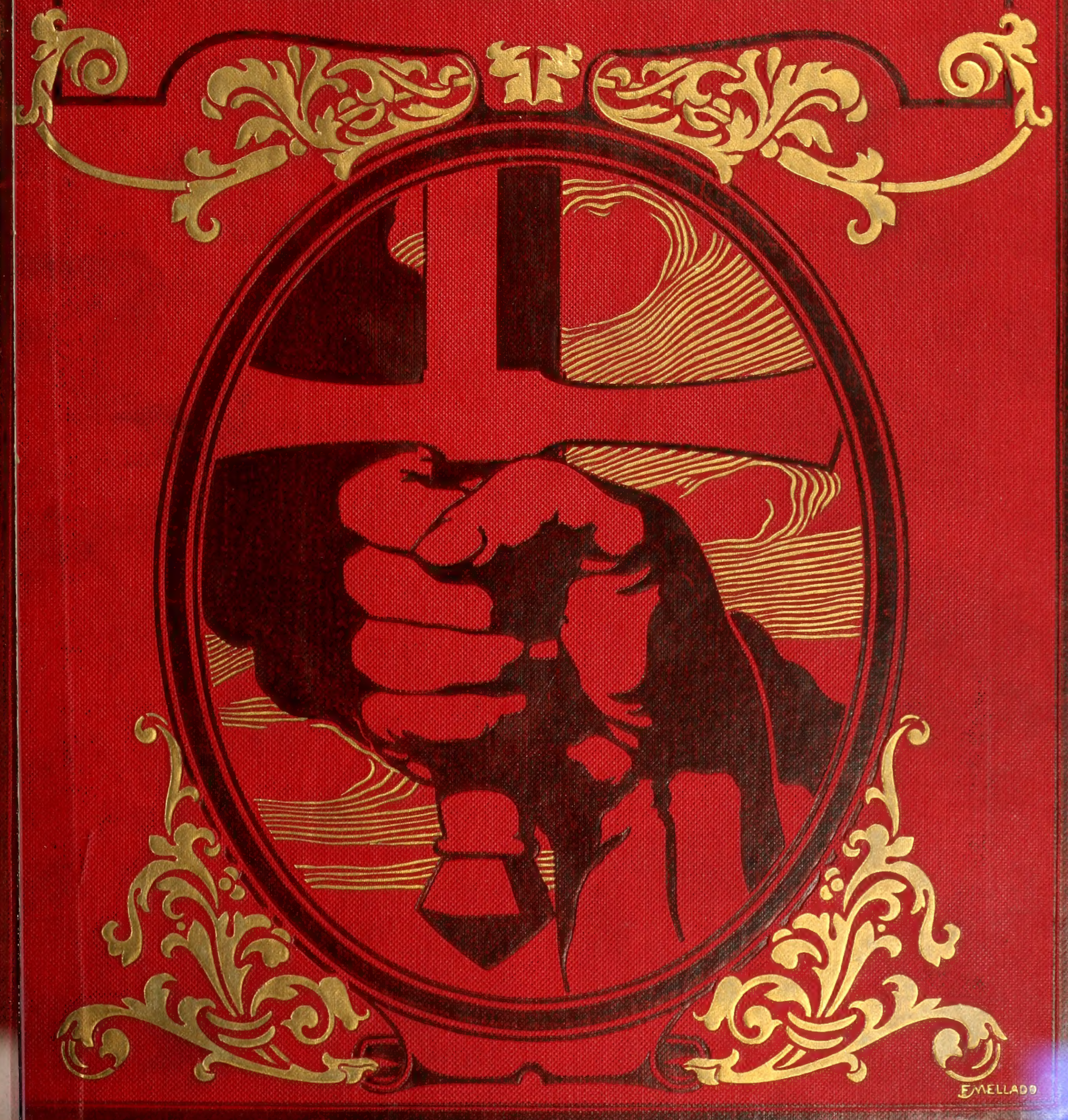
V. BLASCO IBAÑEZ

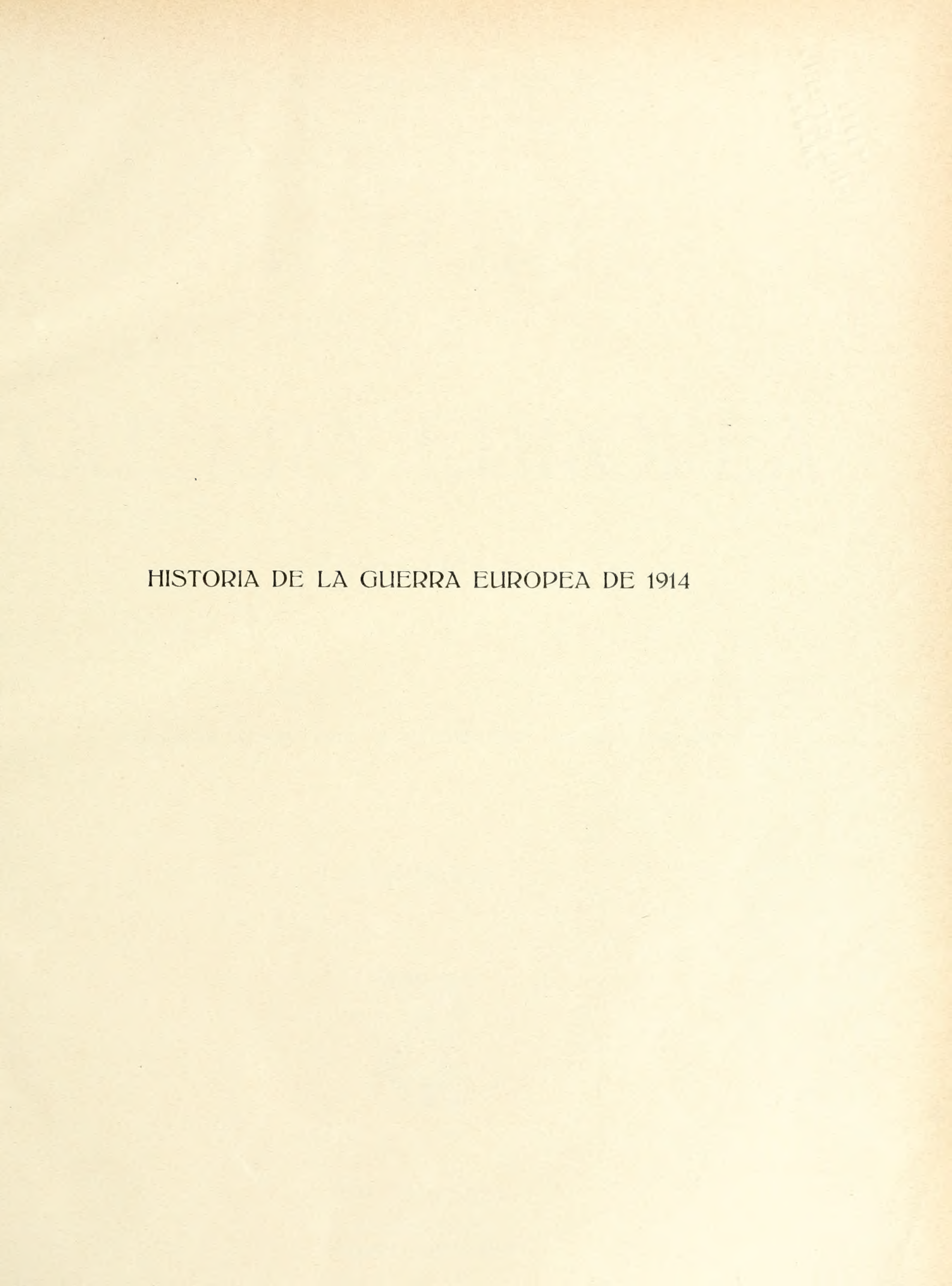
HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914






PROMETEO
F. Mellado





HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

HISTORIA

DE LA

GUERRA EUROPEA

DE 1914

ILUSTRADA CON MILLARES DE FOTOGRAFÍAS, DIBUJOS Y LÁMINAS

TOMO PRIMERO



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, F S.—VALENCIA



BLASCO IBÁÑEZ EN LA PLAZA DE UNA ALDEA DEL ARGONA BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES

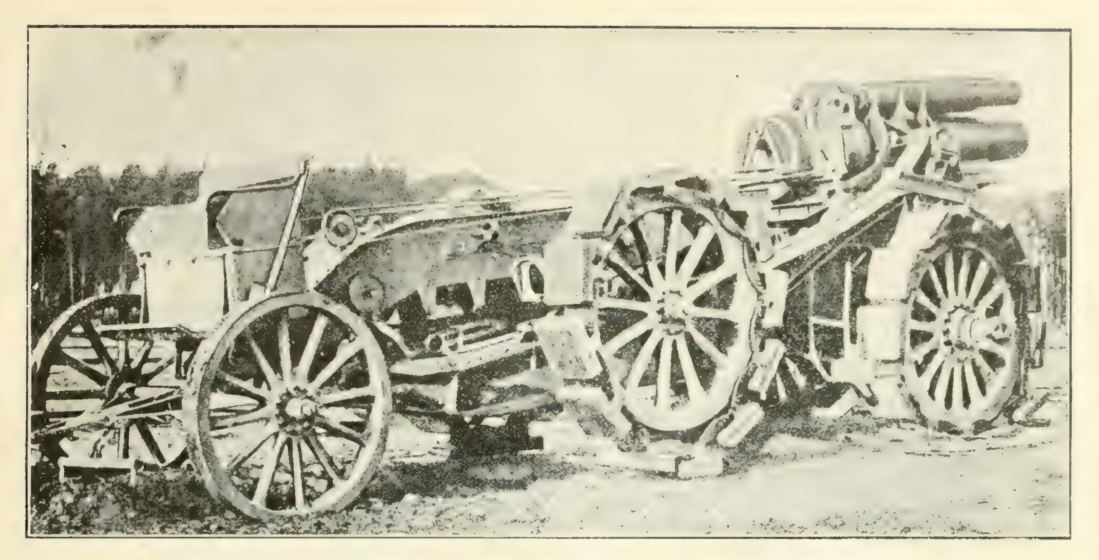
Fot. J. Franch

ÍNDICE

EL ROMPIMIENTO

PUEBLOS Y MONARCAS





ARTILLERÍA GRUESA ALEMANA. EL GIGANTESCO MORTERO HOWITZER, DE 21 CENTÍMETROS

INTRODUCCIÓN

No hay en la historia de la humanidad guerra alguna que pueda compararse con la presente. Las grandes invasiones de los bárbaros que dieron fin á la llamada Edad Antigua; las avalanchas galopantes de los hunos y de las hordas mongólicas; los choques europeos que por su duración recibieron los títulos de Guerra de Cien Años y Guerra de Treinta Años; los avances arrolladores del turco hasta los muros de Viena; las campañas de los reyes españoles contra medio mundo; las conquistas napoleónicas que durante quince años trajeron trastornado al continente; todos los hechos de la historia belicosa de los hombres, palidecen y se achican frente á la guerra de 1914.

Un día de esta guerra equivale, por sus pérdidas en hombres y dinero, á un mes ó un año de las guerras famosas de otros tiempos. Las grandes cabalgadas de jinetes vándalos y hunos, exageradas por el terror de los cronistas y los medios de subsistencia de aquellas épocas, tal vez fueron menos importantes numéricamente que las cortinas de caballería que esparcen como simples avanzadas los ejércitos del presente para ocultar sus movimientos.

Esta es la primera guerra que hacen los pueblos con ejércitos formados por el servicio obligatorio; el primer choque de naciones enteras puestas sobre las armas. Hasta hace pocos años los ejércitos se contaban por miles de hombres; hoy se calculan por millones. Antes podían desarrollarse las guerras y durar años y años sin que por esto se paralizase la vida productora de los países beligerantes. Mientras en un lado de la nación peleaban los militares de oficio y una minoría de ciudadanos reclutada por la suerte, el resto del país proseguía sus trabajos ordinarios, sin otra alteración que la de una lógica inquietud por el resultado de la lucha. Muchas veces acababan las gentes por familiarizarse con esta situación anormal. Ahora la guerra paraliza por completo la vida económica, siendo esta catalepsia tanto más profunda cuanto más rica y vigorosa es la nación. Fábricas y talleres se cierran por falta de brazos; todos los hombres, desde los diez y ocho años á los cincuenta, van al combate; los ferrocarriles no existen para el tráfico mercantil, pues emplean todo su material en el transporte de combatientes, armas y bestias; los puertos se convierten en lagunas muertas, con archipiélagos de navíos inmóviles y silenciosos y rosarios de minas sumergidas que obstruyen sus bocas de acceso.

Las batallas duran meses y se extienden en un frente de centenares de kilómetros, abarcando los límites de varios Estados. Las vías férreas funcionan incesantemente á espaldas de los ejércitos en lucha,

CALLE DE AMBERES BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES (Fot. Rol)

transportando á enormes distancias los combatientes, según las imperiosas necesidades de la oportunidad táctica. El mismo soldado que dispara su fusil entre las fronteras de Alemania, Francia y Suiza, monta rápidamente en un vagón y va á disparar de nuevo á orillas del mar del Norte. El alemán que pelea en las trincheras de la Champaña, se ve tres días después luchando en Polonia á orillas del Vístula.

Nunca se han visto chocar y morir tantos hombres juntos en un terreno de operaciones tan vasto.

▫

La mitad aproximadamente del género humano está en guerra en estos momentos directa ó indirectamente. De los 1.700 millones de seres que constituyen la población del globo, 854 millones (entre metrópolis y colonias) se odian y gastan su dinero para exterminarse.

¿Cuándo se conoció esto en la Historia?...

Quince millones de hombres están hoy sobre las armas, y antes de pocos meses tal vez serán veinte. Con sólo que la guerra se prolongue un año, llegarán á ser 25 ó 30 millones los combatientes: cifra monstruosa con la que jamás soñaron Aníbal, Alejandro y Bonaparte.

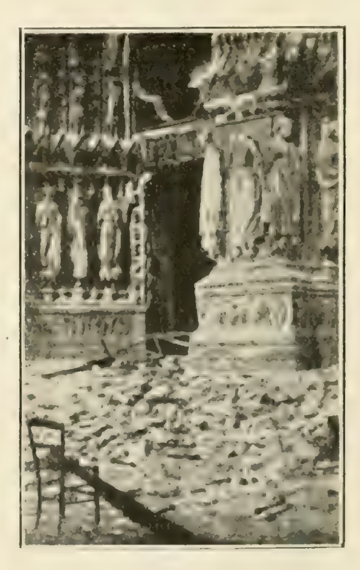
La guerra de 1914 es la más estupenda y loca matanza que pudo imaginar el espíritu de destrucción que de vez en cuando desorienta y enloquece á la humanidad.

No menos espanto infunde el pensar lo que esta guerra significa para la vida económica de los pueblos.

Antes de que se declarase, y antes también de que nadie pudiese sospechar su repentino y absurdo estallido, la situación financiera del mundo civilizado no era próspera. La guerra balkánica había trastornado el organismo financiero internacional, que es de gran delicadeza, como toda máquina grande y complicada. La circulación de valores entre las naciones sufría cierta parálisis. A esta situación estacionaria había que añadir el trastorno en los negocios de América, producido por las revoluciones mejicanas y la crisis económica del Brasil y la República Argentina.

Los poderes financieros estaban buscando un remedio para restablecer la circulación de valores, cuando la gran guerra ha venido á hacer más penosa la situación.

Todos los cambios internacionales aparecen dislocados; las grandes Bolsas están cerradas; los pagos entre las naciones (aun aquellas que se mantienen en la neutralidad) resultan difíciles, si es que no están suspendidos; el dinero se ha ocultado; el cré-



UNO DE LOS PÓRTICOS DE LA CATEDRAL DE REIMS DESPUES DEL BOMBARDEO (De *L'Illustration*)

dito no existe. ¿Cuánto va á costar esta guerra monstruosa, desencadenada por el imperialismo?...

Paul Leroy-Beaulieu, el sabio economista, en un discurso ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, ha hecho el presupuesto del actual conflicto.

«Basándonos—dice Leroy-Beaulieu—en que el sostenimiento por término medio de un soldado moderno, con sus armas y demás efectos, representa un gasto diario de 12 francos á 12'50 por hombre, para las cinco naciones participantes de la guerra actual (Alemania, Austria, Inglaterra, Rusia y Francia), y evaluando la duración de esta guerra sólo en siete meses (que es lo que duró la guerra de 1870-71), se llega á un total aproximadamente de 35.000 millones.

»Pero hay que añadir á esta cifra los gastos de otros pueblos comprometidos en la lucha (Bélgica, Servia, Montenegro, Japón) y de los Estados neutros que han tenido que movilizar sus tropas, gastos que representan en bloque de 3.000 á 4.000 millones; se llega de este modo á un total de 38.000 ó 39.000 millones, sólo para los gastos inmediatos de la guerra. Pero una vez terminada ésta sobrevendrá un período de transición, que puede durar cuando menos dos meses, y que añadirá todavía 4.000 ó 5.000 millones á los gastos efectivos del conflicto.»

Del mesurado cálculo de Leroy-Beaulieu resulta que el sostenimiento de la guerra actual costará de 45.000 á 50.000 millones, si es que sólo dura siete meses.



CASA DE AMBERES DESTROZADA POR UN OBÚS ALEMÁN

En el último piso un dormitorio en desorden con una cuna próxima á caer. En el primer piso un salón. En el piso bajo un café



DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MARNE. UN CAMPO SEMBRADO DE CADÁVERES

(Fots. Rol)

Pero por desgracia, todo hace prever que durará algo más, ¿y quién sabe hasta dónde puede aumentarse esta cifra enorme de millones?...

La tenaz Inglaterra, que llega siempre al último límite cuando su cólera fría le hace adoptar una resolución extrema, ha declarado que la victoria será del pueblo que en medio de la ruina universal pueda disponer del último millón.

«El dinero—como dice el citado economista—es sobre todo necesario al iniciarse la guerra para su pre-

paración, y al final para su liquidación. En principio, resulta menos necesario durante el curso de ella para su sostenimiento.»

Y como único consuelo en medio de este cuadro de horrores económicos, Leroy-Beaulieu, al ocuparse del triste porvenir que nos aguarda, termina así: «Las sociedades modernas tienen tal fuerza de renovación y de progreso, que cada pueblo, haciendo un llamamiento al conjunto de sus fuerzas nacionales, puede soportar el fardo de los gastos, con grandes sufrimientos ciertamente, pero sin llegar á verse aplastado por completo.»

¤

Esta guerra europea es ya una guerra mundial. La gran batalla de razas que se desarrolla en el centro del viejo mundo se ha esparcido fragmentaria por todo el planeta. Los japoneses baten á los alemanes en las costas de la China; las tropas sud-africanas de los aliados invaden las colonias germánicas; hombres de diversas razas y colores, venidos de los lugares más remotos de la tierra, dan su sangre en los campos de Europa á la gran cruzada contra el imperialismo; los navíos armados se persiguen por todos los mares del globo; se agitan las aguas con las explosiones ocultas de los torpedos; suena el cañón á lo largo de las costas de América, en las soledades del Pacífico y entre los paradisíacos archipiélagos del mar de las Indias.

Las naciones tituladas neutrales pueden á duras penas mantenerse al margen del conflicto. En unas, la tradición política y el entusiasmo del pueblo pugnan por vencer la prudencia de los gobiernos, queriendo pasar de la inercia actual á una actividad belicosa. Otras, por su posición geográfica, atraerán seguramente la invasión y el atropello de un imperialismo que no reconoce derecho ni respeta compromisos, y para defender su existencia tendrán que salir forzosamente de la neutralidad.

Nuevos combatientes entrarán en la lucha. Son muy contados los pueblos de Europa que lograrán vivir aparte de esta conflagración mundial.

¤

Vamos á relatar el desarrollo y los horrores de una guerra monstruosa entre todas las guerras, que empieza en 1914 y nadie sabe cuándo terminará.

«La Historia es una resurrección», decía Michelet. En la presente Historia no hay que resucitar nada. Los hombres y los hechos están aún con vida ante nosotros. No hemos de interrogar á muertos, forjando hipótesis sobre su inmovilidad silenciosa y el brillo enigmático de sus ojos empañados. Los que nos rodean están vivos ó son moribundos que aún pueden hablar y dicen la verdad de los últimos momentos.

Las ciudades incendiadas; las muchedumbres pacíficas en pavorosa fuga, dejando á sus espaldas la casa en escombros y los parientes fusilados; los monumentos arquitectónicos que respetaron los siglos bárbaros y acaban de ser suprimidos para siempre por el ojo y la mano de un artillero que se cree civilizado; todos los horrores de una guerra que puede llamarse única, están ahí, á corta distancia de nosotros, como testimonios de deshonra, justificando el anatema, el grito generoso de la indignación.

Procuraremos ser imparciales en nuestro relato, aunque jamás historia alguna, en sus deseos de imparcialidad, ha llegado á librarse de las influencias de la pasión. Somos hombres de nuestra época; vemos dolorosamente cómo en unas cuantas semanas se han suprimido varios siglos de trabajo y de progreso, y no podemos permanecer fríos é impasibles ante estas maldades irreparables de la más desatentada de las ambiciones. La humanidad parece retroceder á la época de las cavernas. La ciencia, raptada y violada por el antiguo bárbaro, le sigue y le ayuda como una esclava triste. ¿Van á morir también—como mueren los monumentos y los hombres—las más nobles aspiraciones de la humanidad?...

¡Una guerra mundial, una guerra cuyo término nadie conoce, cuando los hombres creían en la paz más que nunca, y guiados por la ciencia y el arte, que, según Goethe, no tienen patria, avanzaban hacia la mayor perfección posible, hacia la ciudad futura soñada por este poeta generoso y humano, del que son nietos espurios los intelectuales alemanes que ahora glorifican las hazañas bárbaras del militarismo de su país como algo divino!



FAMILIAS DE CAMPESINOS BELGAS QUE HUYEN ABANDONANDO SUS CASAS ANTE LA APROXIMACIÓN DE LOS ALEMANES — Fot. Rol.



VISTA GENERAL DE SERAJEVO, CAPITAL DE LA BOSNIA

El prólogo del drama

I

El atentado de Serajevo

El 28 de Junio de 1914 la ciudad de Serajevo (1) fué testigo de un suceso que en el primer momento no tuvo mayor importancia que cualquiera de los numerosos atentados personales del fanatismo patriótico, pero que veinte días después sirvió de pretexto para iniciar la guerra europea.

Serajevo es la capital de la Bosnia, vasto territorio que, en unión con la Herzegovina, quedó anexionado al Imperio de Austria cuando ambos dejaron de pertenecer definitivamente á los turcos.

Bosnia y Herzegovina viven hace tiempo en una situación semejante á la de Alsacia y Lorena. La mayoría de sus habitantes son de raza eslava, servios por su origen y sus afectos, y su deseo vehemente es unirse á la Servia libre, vivir bajo el gobierno de Belgrado. Cuando estos dos territorios fueron emancipados por Europa de la dominación turca, lo lógico hubiese sido permitir que se incorporasen espontáneamente á la nación constituída por sus hermanos de raza y creencias religiosas.

Pero el Imperio austriaco ha sido insaciable en sus apetitos de anexión. Constantemente derrotado en los campos de batalla desde hace más de un siglo, busca en las intrigas diplomáticas y los compromisos secretos un medio de adquirir nuevos territorios, consolándose así de las victorias que nunca obtuvo. Su fidelidad á la Triple Alianza la ha cobrado con creces, haciendo que Alemania le apoyase con su enorme poder y sus amenazas cada vez que solicitaba una anexión. Nunca ha combatido en las guerras modernas contra Turquía, y siempre á la hora del reparto se ha llevado la mejor presa.

Contra toda razón histórica y étnica se anexionó á Bosnia y Herzegovina, pretendiendo hacerlas aus-

(1) Esta ciudad, que goza ahora de una celebridad mundial á causa del atentado que dió pretexto á la guerra europea, es conocida con diversos nombres: Bosna Serai, Seraio, Seraievo, Sarajevo y Serajevo, procedentes todos del primitivo título de Seraï que le dieron los turcos á causa del gran *Serrallo* ó palacio que hizo construir Mahomed II, y en torno del cual se elevaron ochenta mezquitas y numerosos bazares.



UNA VISTA DE BELGRADO
En el fondo el puente del ferrocarril que ponía en comunicación con Austria y que ahora está roto

triacas. Contra toda lógica quiso fundar recientemente el pequeño reino de Albania, dando su corona á un principillo alemán, empresa que ha costado mucha sangre y dinero para venir á terminar de un modo grotesco.

Bosnia y Herzegovina sobrellevan con impaciencia la dominación austriaca, aprovechando todas las ocasiones para protestar contra ella. Su rebeldía sorda es semejante á la de los alsacianos y loreneses, pero más violenta y radical en sus procedimientos de acción, por la diferencia de sangre y de costumbres. Una sociedad conspiradora, la *Narodna Obrana,* parecida en sus fines á la Liga de Patriotas de Francia, une á los servios de las provincias anexas con sus hermanos de Belgrado, militares, profesores, estudiantes, patriotas entusiastas que sueñan con reconstituir la «Gran Servia» de otros siglos, dominadora de toda la Europa oriental, y que casi se apoderó del Imperio de Bizancio.

Estos servios anexionados al Imperio austriaco tienen otros motivos, además de los de su origen, para mostrarse hostiles al dominador. Austria imita los procedimientos alemanes en Alsacia, fomentando una emigración de austriacos á Bosnia y Herzegovina. Gentes de los diversos Estados de su vasto y descosido Imperio se trasladan á estos territorios, ocupando los mejores puestos bajo la protección del gobierno y haciendo una guerra sorda á los antiguos pobladores de sangre eslava. Los croatas, gente violenta que siempre dió el contingente más bravo á los ejércitos austriacos, habitan también la Bosnia, pretendiendo oprimir á los de origen servio con un mal disimulado apoyo de las autoridades. Austria, en vez de unificar á sus pueblos bajo la igualdad de la paz,



TIPOS DE ALDEANOS SERVIOS



PLAZA TERRASSIÉ, LA PRINCIPAL DE BELGRADO

procura separarlos fomentando los odios de raza, para sostener de este modo su autoridad central, caduca y vacilante.

Los austriacos trasplantados en Bosnia son semejantes á los alemanes establecidos en Alsacia y Lorena. Bullen ruidosos y entusiastas al amparo del dominador, organizando manifestaciones de lealtad y adhesión al gobierno, pretendiendo hacer creer que no existe antagonismo entre el país y las autoridades, que todo el pasado está en el olvido, que sólo unos cuantos locos sin importancia persisten en los antiguos odios... hasta que un hecho ruidoso se encarga de revelar el fuego oculto tras de esta fachada alegre, las fuerzas hostiles é irreductibles que siguen agitándose en el misterio.



EL EMPERADOR DE AUSTRIA Y SU FAMILIA

Á su izquierda la duquesa de Hohenberg y su marido el archiduque Francisco Fernando, asesinados en Serajevo. Á su derecha el archiduque Carlos Francisco y su esposa Zita de Borbón y Parma, actuales herederos de la corona (Fots. Rol)

Otro núcleo de población importante existe en Bosnia y Herzegovina como una raza aparte, pero pacífico, conciliador, poco afecto á las aventuras y los peligros, deseoso de reposarse, en una tranquilidad propicia á los negocios, de las persecuciones sufridas en otros tiempos. Son los judíos de origen hispánico; los «españoles», como los llaman en todo el Oriente de Europa; hebreos expulsados de la península ibérica que aún guardan en la sinagoga y en la intimidad de sus viviendas, como idioma del hogar, un castellano anticuado.

En Serajevo son muchos miles. Representan lo mejor del comercio, exhibiendo en los rótulos de sus tiendas apellidos españoles de rancio sabor. Su cultura ha creado bibliotecas, en las que figuran los mejores libros escritos en castellano. Además, han fundado varios periódicos, que aparecen impresos en caracteres

hebreos, pero que están redactados en nuestra lengua.

El «español» de Bosnia y Herzegovina, cuyos mayores recibieron asilo del turco en estas tierras cuando fueron expulsados de la Península, permanece al margen de toda agitación política. Bastante quehacer tiene con defenderse de los ataques del antisemitismo, difundido en toda Austria por el apasionamiento religioso.

Su placidez de buen comerciante sólo se altera con una melancolía soñadora cuando habla de los «antiguos que vinieron de allá», de la tierra que durante siglos fué una buena madre y luego los expulsó como bestias malignas. Y esta melancolía hace subir lágrimas á sus ojos en la sinagoga cuando el rabino canta con voz trémula, al recordar las glorias muertas de la raza, las felicidades que no pueden volver:

Perdimos la bella Sión:
perdimos también España,
nido de consolación.

A fines del mes de Junio el archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio de Austria, fué á la región de Ilidze para presenciar las maniobras de montaña del ejército. Luego se reunió con su esposa, la duquesa de Hohenberg, y juntos entraron en Serajevo.

Francisco Fernando era el segundo heredero del Imperio. El ambiente trágico que parece rodear al viejo Francisco José, soberano de Austria, como una atmósfera mortal, hizo de él un futuro emperador. Educado en Gratz por los jesuítas, y sin más aspiraciones que las de un archiduque preparado para un mando en los ejércitos, la muerte novelesca y misteriosa del príncipe Rodolfo, hijo único del emperador, le sacó de la obscuridad, convirtiéndolo en heredero de la corona.

Todos los archiduques reunidos en torno del anciano Francisco José tienen en su historia algo de desequilibrio romántico, de complicación novelesca. Son una mezcla rara de fanáticos meticulosos y de héroes byronianos.



LLEGADA A ILIDZE DEL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO

Rodolfo, el hijo del emperador, devoto y libertino al mismo tiempo, apareció muerto una mañana: unos dicen que á manos de una amante celosa; otros afirman que en el desorden de una orgía con ciertos amigos. Un archiduque primo suyo se despojó de la dignidad principesca para tomar el nombre de Juan Orth y lanzarse á vagar, como el «holandés errante» de la leyenda, por todos los mares del globo, hasta perecer en una tormenta frente al cabo de Hornos. La curiosidad pública no ha querido creer en la muerte de este personaje novelesco, y todos los años hay alguien que cree reconocer á Juan Orth entre los aventureros que vagan por las tierras de la América del Sur. Otro archiduque que pudo ser heredero de la corona renunció á sus derechos para convertirse en el burgués Leopoldo Woelfling y casarse con una mujer de origen obscuro, llevando en Suiza una existencia modesta. Varios príncipes de la familia imperial austriaca viven esparcidos por Europa, en islas apartadas ó en continuos viajes sobre un yate, olvidándose de su nombre, como si las glorias y honores de su nacimiento equivaliesen á una maldición.

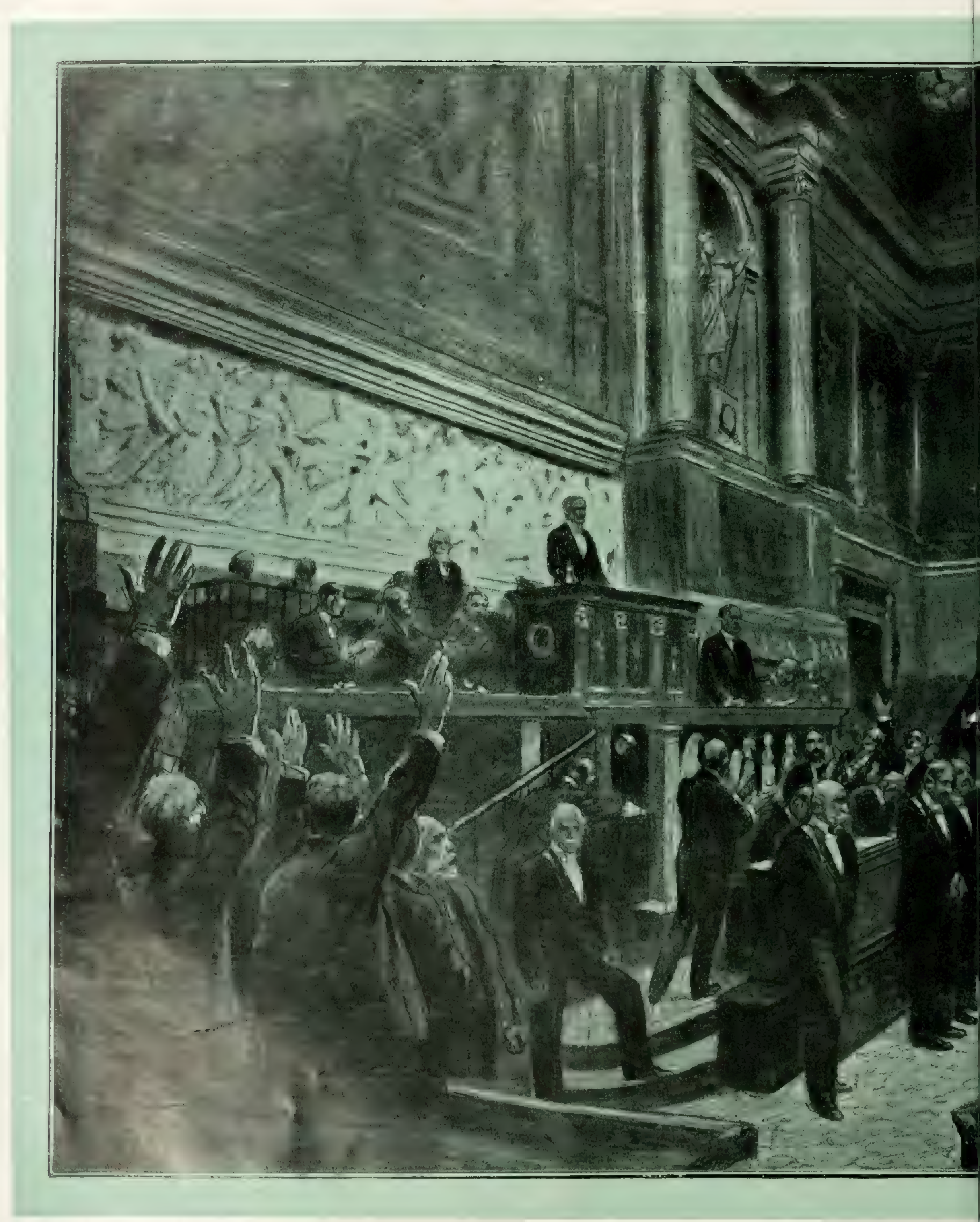
Francisco Fernando, el menos complicado de toda la familia, también tuvo en su vida una página novelesca: la de su matrimonio.

Al ser declarado heredero de la corona, las viejas archiduquesas de Viena vieron para sus hijas una posibilidad de subir al trono, y todas lo asediaron queriendo hacer de él su yerno. La archiduquesa Isabel supo atraerlo á su residencia de Presburgo, esforzándose durante meses y meses por llamar su atención sobre los encantos y méritos de sus seis hijas. Un día la vieja archiduquesa tembló de emoción y esperanza al ver que el heredero del Imperio contemplaba amorosamente un pequeño retrato de mujer oculto en la tapa del reloj. ¿Cuál de sus retoños sería el preferido?... Y cuando su curiosidad femenil pudo aprovechar un descuido para ver el retrato, encontró con horror los rasgos fisonómicos de la condesa Sofía de Choteck, una señorita pobre, mezcla de institutriz y dama de compañía de una de sus hijas.

La archiduquesa, indignada, echó á la calle á la ambiciosa Choteck; Francisco Fernando protestó de este atropello, abandonando igualmente la residencia de su tía; la señorita pobre mantuvo á distancia á su pretendiente ocultándose de él, pidiéndole en sus cartas que la olvidase, ya que por la diferencia de nacimientos era imposible un matrimonio entre ellos, y estas resistencias sirvieron para excitar más aún la pasión amorosa del archiduque, taciturno y escaso en palabras. Los jesuítas, sus antiguos maestros, protegían á la condesa Choteck, gran devota de ellos. En vano el emperador, para vencer estos amores, envió á su sobrino á viajar por una gran parte de la tierra. La fidelidad del príncipe lo hacía volver siempre en busca de esta mujer, la única de su vida, hasta que al fin secretas y poderosas intercesiones vencieron al emperador, haciéndole autorizar el casamiento cuando

EL 4 DE AGOSTO EN LA

UNA SESIÓN



Dibujo de J. Simont, de «L'Illustration» de París

El 4 de Agosto se reunió la Cámara francesa, al mismo tiempo que el Senado, para conocer el mensaje del presidente de la República y la comunicación del jefe del gobierno, M. Viviani, en que se exponían los motivos que arrastraban á Francia, llevándola á la guerra. Fué un espectáculo inolvidable. El amor á la patria y la confianza en sus destinos hacían latir los corazones. Una inmensa acla-

A CÁMARA FRANCESA
HISTÓRICA



nación acogió el discurso de M. Viviani. Todos los brazos se levantaron para jurar que defenderían hasta el último extremo y por todos os medios legítimos la causa de la patria, del progreso y de la civilización... «Hemos procedido sin tacha y procederemos sin miedo», roclamó M. Viviani. Y toda la Cámara, unánimemente, se asoció á estas palabras.

ella tenía ya treinta y tres años. Este matrimonio sólo fué morganático, según la declaración del gobierno austriaco. «La condesa Choteck—declararon los ministros—no será considerada como archiduquesa, ni sus hijos podrán ser archiduques.»

Una vez en la corte, la condesa supo avanzar lenta y seguramente, con la ayuda de misteriosas indicaciones, hacia la realización de sus ensueños. Sus asiduidades cariñosas conquistaron el afecto del viejo emperador. Una modestia risueña de pariente pobre desarmó á las princesas hostiles. Poco á poco fué consiguiendo que la nombrasen princesa de Hohenberg; luego duquesa del mismo título. Tomó lugar en los desfiles de corte á continuación de las archiduquesas, en algunas ceremonias pasó delante de ellas, y Guillermo II, durante una visita á Berlín, la recibió con todos los honores de una heredera del trono. Iba á realizar los ensueños de grandeza que habían alegrado su ambiciosa juventud, cuando la muerte la sorprendió á los cuarenta y seis años.

Su influencia había operado una gran transformación en el modo de ser de su marido. El silencioso archiduque, que de joven mostraba cierto desvío por sus funciones de príncipe heredero, limitándose á representar al emperador en los viajes y las ceremonias penosas, comenzó á intervenir activamente en la política del Imperio. Su carácter se mostró de pronto impulsivo y un tanto brutal. Sintió vehementes ambiciones de agrandar el territorio con ruidosas conquistas. En sus actos y palabras revelaba un instintivo deseo de imitar á Guillermo II. Él fué el principal autor de la anexión de Bosnia y Herzegovina y el sostenedor del ridículo reino de Albania. Su esperanza, francamente manifestada en muchas ocasiones, era hacer la guerra á Rusia, aunque la conflagración se extendiese por toda Europa. Esto le hizo dedicarse al perfeccionamiento del ejército austriaco, nombrando y destituyendo á su voluntad los ministros de la Guerra.

Un extremado fanatismo religioso le hizo chocar con todos los que no participaban de sus creencias. Sus mejores amigos eran los jesuítas. Todo el que no era católico no existía para él en una nación como la austriaca, donde son varias las razas y las religiones. Se negó á tratar personalmente con algunos ministros de Hungría porque eran protestantes é incrédulos. A pesar de los compromisos de la Triple Alianza, odiaba á Italia y algunas veces inició actos ostensibles contra ella. Era en la vida privada un hombre sobrio y virtuoso, buen padre de sus tres hijos y algo sometido á la influencia de la esposa. Su tardío y desordenado amor á la gloria, su exagerado sectarismo y el espíritu de loca aventura que inspiraba muchos de sus actos, le hicieron temible para unos y antipático para otros. Sólo los militares favorecidos por él mostraban cierto entusiasmo. Ni la corte ni el pueblo le amaron nunca.

Por su voluntad hace tiempo que hubiera estallado la guerra europea. En 1909, Francisco Fernando quiso



EL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO Y SU ESPOSA LA DUQUESA DE HOHENBERG (De *L'Illustration*)

invadir la Servia, aun sabiendo que esto podría traer como consecuencia la guerra con Rusia.

El odio á Servia era su sentimiento dominante. La detestaba por su espíritu revolucionario, su sangre eslava y su religión cismática.

Este fanatismo devoto le hizo enemistarse con muchos generales de su país. En el último otoño, durante las maniobras, hizo llamar un día al baron Hotzendorf, jefe del Estado Mayor austriaco.

—He estado hoy en la misa—dijo el archiduque—y no os he visto, general. ¿Por qué no habéis ido á oirla?

El jefe de Estado Mayor se limitó á responder:

—Yo creo que el ir ó no ir á misa es un asunto particular que nada tiene que ver con el servicio.

El archiduque no volvió á hablarle.

▫

Francisco Fernando y su esposa entraron en Serajevo ocupando un automóvil descubierto. La muchedumbre llenaba las aceras, contenida por soldados y agentes de policía. Poco entusiasmo; aclamaciones únicamente de los austriacos y los croatas. Los habitantes de raza eslava veían pasar silenciosos á este enemigo constante de Servia.

Cerca de la casa de Correos un individuo que estaba en primera fila entre la muchedumbre, en un lugar desprovisto de policía, arrojó una bomba sobre



LOS ARCHIDUQUES DIRIGIÉNDOSE AL PALACIO DEL MUNICIPIO DESPUÉS DEL PRIMER ATENTADO

el carruaje del archiduque. La bomba pasó rozando al heredero del trono, que instintivamente la repelió con un brazo. El proyectil fué á estallar detrás del vehículo, hiriendo ligeramente á los edecanes que iban en otro automóvil y á seis personas inmediatas.

El hombre que había lanzado la bomba era un tipógrafo llamado Cabrinovitch, servio de sangre, pero nacido en Bosnia. Con un impulso violento se abrió paso entre la muchedumbre y saltó al río, que estaba inmediato. Varios policías se arrojaron en el agua tras de él, consiguiendo sujetarlo después de una corta lucha. Una parte del público, indignada por el atentado, quiso matarle, y la policía tuvo que protegerlo.

El archiduque y su esposa continuaron la marcha hasta el palacio del Municipio, donde se había organizado una recepción en su honor. Cuando el alcalde comenzó á pronunciar el discurso de saludo, Francisco Fernando le interrumpió con voz temblorosa por la cólera.

—¿Para qué ese discurso?... Yo he venido aquí únicamente á ver el país, y me reciben con bombas. ¡Esto es indigno!

Pero arrepentido de esta impulsiva interrupción y del silencio embarazoso que produjo en torno de él, añadió á los pocos momentos, dirigiéndose al alcalde:

—Está bien; podéis continuar vuestro discurso.

El pobre discurso llegó á su fin, y cuando el archiduque iba á reanudar la marcha triunfal por las calles de Serajevo, el alcalde le suplicó que modificase su itinerario, yendo por distinto camino que el fijado en el programa hasta el Konak ó palacio del Gobierno. Todos temían que se repitiese el atentado. Es más; el gobierno de Servia había hecho saber días antes al gabinete austriaco sus sospechas de que en Bosnia se tramaba algo contra la vida del archiduque, dando este aviso leal para que el interesado adoptase las precauciones consiguientes.

Pero el archiduque, arrogante y duro, despreció todas las indicaciones, diciendo que tenía sus motivos especiales y secretos para no cambiar de itinerario, motivos que sus allegados conocían igualmente, pero que él no quería divulgar.

Cuando el automóvil pasaba ante la esquina de la calle de Francisco José y la calle Rodolfo, un joven de diez y ocho años, alumno de octavo curso en el Instituto de Serajevo, llamado Gavrilo Prinzip, servio de sangre, pero nacido en Grohoro (Bosnia), avanzó al medio de la calle. Tampoco en este lugar había cordón de policías ni de soldados, no obstante las grandes fuerzas desplegadas en todo el curso del itinerario.

Gavrilo Prinzip, á pesar de sus pocos años, era muy conocido por la exaltación de sus ideas patrióticas. Además estaba expulsado de Bosnia desde tres años antes. En 1913 la policía había hecho salir del país á este alumno de retórica, por la propaganda política que hacía en las escuelas. Prinzip llegó sin ningún obstáculo hasta el automóvil, y sacando del bolsillo una pistola browing, hizo dos disparos contra el archiduque, hiriéndole en las piernas y en el cuello. Francisco Fernando intentó incorporarse, pero rodó al fondo del carruaje expeliendo por el cuello y la boca borbollones de sangre. Su esposa se precipitó sobre él con un movimiento instintivo para cubrirlo con su cuerpo, y fué en tal momento cuando Prinzip disparó por tercera vez, hiriendo á la duquesa en el bajo vientre. Ésta cayó desvanecida en las rodillas de su marido, que estaba igualmente sin conocimiento.

El automóvil se abrió paso entre la confusa muchedumbre, alborotada por el atentado, para llevar al



DETENCIÓN DEL ESTUDIANTE PRINZIP DESPUÉS DEL ATENTADO

Konak los dos heridos. Pero cuando los médicos llegaron al palacio del Gobierno, el archiduque y su esposa ya habían muerto.

La población de Serajevo quedó aterrada por el suceso en los primeros instantes. Luego, el odio que inspira todo atentado personal y las pasiones políticas y de raza que dividen á sus habitantes hicieron explosión, buscando el medio de derramar nueva sangre.

Los croatas intentaron el saqueo de las casas y los establecimientos de los servios. Algunos grupos pasearon el retrato del emperador como un desagravio por el reciente crimen. Los servios se encerraron en sus viviendas dispuestos á defenderse de los asaltantes. Las tropas tuvieron que patrullar por las calles y colocar ametralladoras en varios puntos para imponer el orden, evitando de este modo la matanza y el incendio.

Y en Viena, el viejo emperador, que ve caer de un modo trágico á todos cuantos le rodean—su hermano Maximiliano fusilado en Méjico; su hijo Rodolfo muerto en el misterio; su esposa la emperatriz Elisabeth asesinada en Ginebra; su sobrino y heredero Francisco Fernando rematado á pistoletazos con su mujer en una encrucijada de calles—, dijo con una expresión de espanto al conocer lo ocurrido en Serajevo:



LOS CROATAS RECORRIENDO LAS CALLES DE SERAJEVO PARA ASALTAR LAS TIENDAS SERVIAS

—¡Éste también!... ¡Todavía!... ¡Todavía!... ¡En mi existencia me toca verlo todo!

II

Las reclamaciones de Austria

Después de lo ocurrido en Serajevo, el Imperio austro-húngaro tomó una actitud amenazadora ante Servia.

El crimen de un escolar proporcionó al gobierno de Viena la ocasión ansiada desde años antes para infligir un rudo castigo al pequeño reino.



SAQUEO DE UNA TIENDA SERVIA EN SERAJEVO

Una de las preocupaciones de la diplomacia austriaca ha sido evitar el crecimiento del pueblo servio, por la influencia que éste puede ejercer en los eslavos dependientes del Imperio. Mientras Servia fué gobernada por los monarcas vividores y apáticos de la dinastía Obrenowitch, el gabinete vienés la tuvo olvidada; pero al subir al trono la actual dinastía de Karageorgewitch—después de la trágica conspiración en la que perecieron el inútil Alejandro y la reina Draga—, vió un peligro en estos nuevos gobernantes, aleccionados por el destierro y ansiosos de realizar grandes cosas para captarse la simpatía de su pueblo.

Austria ha envuelto durante años en una red de intrigas al viejo Pedro I y á sus animosos hijos, que le ayudan valerosamente en la reconstitución de Servia. Con hábiles emboscadas diplomáticas los ha puesto varias veces al borde de una caída mortal, y ha cortado su camino como un obstáculo insuperable cada vez que intentaron un ensanchamiento de su patria.

Cuando los servios marcharon contra los turcos en la última guerra balkánica, Austria creyó que iban á ser derrotados, regocijándose anticipadamente, y su desilusión fué enorme al verles vencedores. Luego intrigó para lanzar á Bulgaria contra Servia, creyendo



MANIFESTACIÓN DE CROATAS EN SERAJEVO PASEANDO UN RETRATO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ



EL PÚBLICO ESPERANDO EN LA CALLE PARA DESFILAR ANTE EL CATAFALCO ERIGIDO EN LA CAPILLA DEL PALACIO IMPERIAL DE VIENA

por segunda vez en una derrota aplastante de esta última, y sufrió una segunda decepción. Últimamente sus diplomáticos empujaron ocultamente á los albaneses para la invasión del país servio, creyendo que, extenuado por dos guerras, no podría resistir. Pero Servia repelió á los albaneses con una rapidez y una energía que jamás tuvieron los turcos al domeñar á este belicoso país.

Una nueva desilusión para Austria; un motivo de cólera contra los actuales gobernantes de Servia, que, aleccionados por su vida en las grandes capitales de Europa—cuando aún no habían recuperado el trono—, supieron organizar militarmente su pequeño país.

La constante animosidad de Austria contra Servia ha llegado al extremo de una injusticia irritante. El Estado servio es, después de Suiza, el único de Europa que no da al mar ni dispone de un-puerto. Todo su comercio y lo que necesita para su vida pasa forzosamente por Austria, que de este modo impide su crecimiento y lo mantiene en humillante servidumbre. Suiza no tiene acceso al mar, pero es por su situación geográfica, lejana de toda ruta marítima. Además, cuenta con los medios de comunicación que le proporcionan los lagos de todas sus fronteras. Servia está á corta distancia del Adriático, y sin embargo, por la voluntad de Austria debe continuar siendo la única nación de Europa sin salida libre. Todas sus agitaciones y sus cóleras son por libertarse de este encierro y llegar hasta la costa. Varias veces ha pedido á las potencias que la saquen de la prisión en que la mantiene Austria. Se contentaría con un solo puerto en el mar que tiene cercano; con una faja de diez kilómetros de frente sobre el Adriático: la extensión de una simple propiedad particular. Derramando en recientes guerras la sangre de sus guerreros ha llegado hasta aquél, apoderándose de un pedazo de costa del Adriático; pero intervino el gobierno austriaco con sus influencias europeas, y otra vez los servios tuvieron que retirarse á su cárcel del interior, abandonando, lo mismo que los montenegrinos, lo que habían ganado á punta de bayoneta.

Ante esta presión irritante y continua de la gran potencia hostil, se comprende la cólera de los servios, el estado de exaltación patriótica en que viven en Belgrado, no sólo el pueblo y los estudiantes, sino personas de una clase superior, como jefes del ejército, magistrados, etc. Se comprende también el odio contra Austria que han manifestado siempre los pe-



EL ARCHIDUQUE CARLOS FRANCISCO, HEREDERO DE LA CORONA DE AUSTRIA, SU MUJER, ZITA DE BORBON, Y SUS DOS HIJOS

riódicos servios, y la existencia de sociedades secretas con sus procedimientos violentos, último refugio de los impacientes, que ven atropellado su país contra toda equidad, porque es pequeño y más débil que el opresor. Hay en la Historia explosiones de cólera que llegan hasta el crimen, y por esto no se pueden justificar; pero que se comprenden perfectamente.

▫

El gobierno austriaco hizo abrir una información sobre el atentado de Serajevo.

Esta información la llevó á su voluntad, y bien sabido es lo que puede hacer una policía guiada por un gobierno que tiene interés en encadenar y dirigir hechos é inducciones hacia un fin determinado.

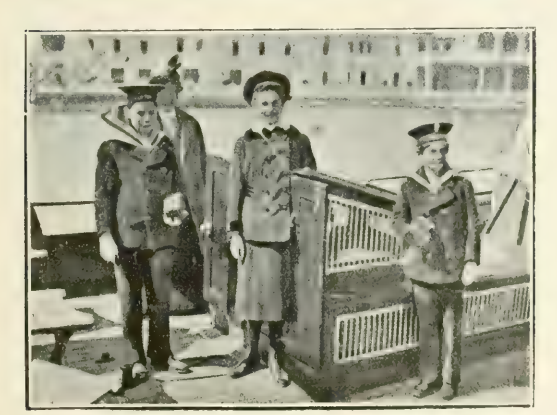
Es indiscutible que el tipógrafo Cabrinovitch y el estudiante Prinzip pertenecían á una sociedad secreta y tenían por tanto cómplices en Servia. Es indudable también que entre estos cómplices figuran varios oficiales del ejército servio pertenecientes á la misma asociación. Pero esto es muy distinto á suponer como la policía de Viena, que fué el mismo gobierno de Servia el que preparó el asesinato del archiduque y su esposa.



EL VIEJO EMPERADOR DE AUSTRIA Y SU JOVEN HEREDERO

(Dibujo de J. Simont, de *L'Illustration* de París)

Inútil alegar que las autoridades de Belgrado habían dado con anticipación la alarma de lo que se tramaba en Serajevo; inútil también querer demostrar que un gobierno no puede ser acusado de un delito sólo porque los autores de éste sean de su país. El gobierno austriaco quiso sacar partido del suceso, llevando adelante una averiguación secreta, forjando una verdadera novela folletinesca á capricho de detectives y agentes políticos, sin oir para nada al gobierno de Servia ni permitirle intervenir en las informaciones.



LOS TRES HUÉRFANOS DEL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO

El 23 de Julio, casi un mes después del atentado de Serajevo, cuando nuevos accidentes de la política europea habían hecho olvidar en parte este suceso, el gobierno austro-húngaro, bajo la forma de Nota «verbal» leída por su representante diplomático en Belgrado, dirigió al gobierno de Servia una intimación agresiva.

Este documento empieza con una historia del conflicto entre ambas naciones. Recuerda que la anexión de Bosnia y Herzegovina fué reconocida por Servia en 31 de Marzo de 1909. Relata el atentado de Serajevo, hace constar que éste aparece en las informaciones de sus agentes como preparado en Belgrado, y reclama de Servia la seguridad formal de que condenará la propaganda peligrosa que se le señala, suprimiéndola por todos los medios.

Luego la Nota continúa así, marcando los términos de la respuesta que Austria exige de Servia, ó sea lo

que debe hacer el gobierno servio para dar satisfacción completa al gabinete de Viena:

Para dar á su compromiso un carácter solemne, el Gobierno real (de Servia) mandará publicar en la primera página del *Diario Oficial* de 26 de Julio las declaraciones siguientes:

«El Gobierno real servio condena la propaganda dirigida contra Austria-Hungría, es decir, los trabajos realizados para separar de la monarquía austro-húngara territorios que le pertenecen, y lamenta además, muy sinceramente, las consecuencias funestas de esta labor criminal.

»El Gobierno real servio lamenta que oficiales y funcionarios servios hayan colaborado en esta propaganda, poniendo en peligro las buenas relaciones de amistad y de vecindad á las que se había comprometido solemnemente el Gobierno real servio en sus declaraciones de 31 de Marzo de 1909.

»El Gobierno servio, que desaprueba y rechaza toda tentativa de ingerencia en el destino de los pueblos de cualquiera parte de Austria-Hungría, considera como un deber advertir del modo más categórico, á los oficiales y funcionarios y á toda la población del reino, que en adelante procederá con la mayor severidad contra las personas que se hicieran culpables de semejantes trabajos, y que empleará todas sus fuerzas en prevenirlos y reprimirlos.»

Esta declaración será puesta en conocimiento del ejército real por medio de una orden del día de Su Majestad el rey de Servia y publicada en el órgano oficial del ejército.

Además de estas exigencias, el gobierno austro-húngaro formuló otras, aún más severas. Según ellas, el reino de Servia debía comprometerse á lo siguiente:

1.° A suprimir cualquiera publicación que excite el odio y el desprecio hacia la monarquía austro-húngara, y cuya tendencia general se dirija contra la integridad territorial de aquélla.

2.° A proceder inmediatamente á la disolución de la asociación denominada *Narodna Obrana*, confiscando todos sus medios de propaganda, y procediendo de la misma suerte contra las demás sociedades y asociaciones servias que se dedican á combatir á Austria-Hungría.

El Gobierno real servio adoptará las medidas necesarias para que las sociedades disueltas no puedan continuar su funcionamiento con distinto nombre y forma.

3.° A eliminar inmediatamente de la instrucción pública de Servia, tanto en lo que se refiere al cuerpo de profesores como á los medios de instrucción, todo lo que sirva y pueda servir para fomentar la propaganda contra Austria-Hungría.

4.° A alejar del servicio militar y la administración en general á todos los oficiales y funcionarios culpables de propaganda contra la monarquía austro-húngara, cuyos nombres y hechos se reserva el Gobierno austro-húngaro por ahora para comunicarlos oportunamente al Gobierno real de Servia.

5.° A aceptar la colaboración en Servia de los órganos del Gobierno austro-húngaro para la supresión del movimiento subversivo dirigido contra la integridad de la monarquía.

6.° A abrir una investigación judicial contra los cómplices del complot de 28 de Junio que se encuentren en territorio servio. Tomarán parte en esta investigación funcionarios delegados del Gobierno austro-húngaro.

7.° A proceder urgentemente á la detención del comandante Voislav Zankositch y del llamado Milán Ziganovitch, empleado del Estado servio, comprometidos ambos en el proceso de Serajevo.

8.° A impedir con medidas eficaces el concurso de las autoridades servias en el contrabando de armas y explosivos á través de la frontera, y á licenciar y castigar severamente á los funcionarios de servicio en la frontera, en Schabetz y Loznica, culpables de haber ayudado á los autores del crimen de Serajevo facilitándoles el paso de la frontera.

9.° A dar explicaciones al Gobierno austro-húngaro sobre los conceptos injustos vertidos por altos funcionarios servios tanto en Servia como en el extranjero, los cuales se han expresado, no obstante su carácter oficial, después del atentado de 28 de Junio, en términos hostiles hacia la monarquía austro-húngara.

10. A advertir inmediatamente al Gobierno austro-húngaro la ejecución de todas las medidas comprendidas en los artículos precedentes.



ALEJANDRO, PRÍNCIPE HEREDERO DE SERVIA

Aquí termina lo más interesante de las exigencias contenidas en la Nota, pero todavía el gabinete de Viena colocó al final un llamamiento importante, pues tiene un verdadero carácter de *ultimatum:*

El Gobierno austro-húngaro espera la respuesta del Gobierno real servio, lo más tarde hasta el sábado 25 de este mes, á las seis de la tarde.

Un plazo de 48 horas fué todo lo que pudo conceder Austria para contestar á su petición repleta de amenazas. Dos días nada más para decidirse entre la paz y la guerra, para salvarse del peligro de una invasión, publicando inmediatamente en el *Diario Oficial* la más humillante de las constricciones que se ha impuesto jamás á gobierno alguno.

Hay que fijarse en el alcance de las imposiciones austriacas. Todo lo referente al esclarecimiento del crimen de Serajevo, aunque formulado en un tono irritante de amenaza, podía aceptarlo el gobierno de Servia, deseoso del esclarecimiento de los hechos, para demostrar la inexactitud de las encubiertas acusaciones dirigidas contra él. Pero ¿y la exigencia de separar del servicio á todos los oficiales y funcionarios civiles que se hubiesen expresado alguna vez en contra de los gobernantes austro-húngaros, enemigos constantes de la raza servia?... ¿Y la pretensión inau-

dita de intervenir los delegados austriacos en la vida interior de Servia, constituyendo una especie de Inquisición para perseguir á todos los que no se mostrasen afectos al Imperio?

Con la aceptación de las peticiones austriacas, todo lo mejor del pueblo servio quedaba á disposición de la venganza del Imperio. Jefes del ejército, magistrados, profesores, periodistas, iban á ser perseguidos en su propia casa, no por el atentado de Serajevo—pues esto es de lo que menos se acordaba ya el gabinete de Viena—, sino por lo que habían escrito ó habían hablado durante diez años en defensa de la raza eslava y en pro del engrandecimiento de su patria.

A pesar de lo desmesuradas que resultaban estas exigencias, equivalentes casi á un suicidio nacional, el gobierno de Belgrado las aceptó casi por completo, como se verá más adelante.

Servia deseaba la paz, aun á costa de su dignidad. Quiso sacrificarse antes de que sus intereses de pequeña nación produjesen un conflicto europeo.

Quien no quiso la paz y deseó el rompimiento y la guerra desde la presentación de su Nota fué Austria-Hungría.

Los hechos que relatamos á continuación lo demuestran claramente.

El Imperio austriaco, eterno derrotado en todos los campos de batalla, se mostró desde el primer momento altivo, atropellador, irreductible. Tenía enfrente á un pueblo valeroso, pero pequeño. Además, el Imperio aliado, la fuerte Alemania, estaba á sus espaldas para protegerle y aconsejarle.



PEDRO I, REY DE SERVIA

III

La alarma en Europa

Fué el jueves 23 de Julio cuando el gobierno austro-húngaro presentó á Servia una Nota amenazante. Al día siguiente (viernes 24 de Julio) el ministro de Negocios Extranjeros de Austria-Hungría, conde Berchtold, por medio de los embajadores de su país ante las potencias europeas, puso en conocimiento de éstas la Nota «verbal» dirigida al gobierno de Belgrado, acompañándola de otro documento en el que intentaba explicar la actitud adoptada por el gabinete de Viena.

Estos documentos fueron dirigidos á los gobiernos de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Rusia y Turquía. Un detalle digno de tenerse en cuenta: Francia fué la primera potencia que recibió las Notas de Viena, y las recibió con una gran anticipación sobre las otras naciones. Los diplomáticos de la Triple Alianza tenían prisa indudablemente en enterarla del conflicto, para saber cuál sería su actitud. Detrás de Austria estaba Alemania, todavía oculta, pero dispuesta á mostrarse con gestos de amenaza tan pronto como cualquiera potencia intentase amparar á la pequeña Servia.

El documento austriaco adjunto á la copia de la Nota dirigida á Servia comenzaba recordando á las potencias que el gobierno servio en 1909 había reconocido la anexión al Imperio de Bosnia y Herzegovina, y luego decía así:

Al día siguiente de este reconocimiento, Servia ha emprendido una política encaminada á inspirar ideas subversivas á los servios de la monarquía austrohúngara, preparando de este modo la separación de los territorios austro-húngaros limítrofes de Servia. Servia ha sido el hogar de una agitación criminal. No tardaron á formarse sociedades y agrupaciones que de una manera franca ó clandestina se han dedicado á promover desórdenes en el territorio austro-húngaro. Estas sociedades y agrupaciones cuentan con generales y diplomáticos entre sus miembros y hasta funcionarios del Estado y jueces; lo más saliente del mundo oficial y no oficial de Servia.

El periodismo servio está por completo al servicio de esta propaganda dirigida contra Austria-Hungría, y no pasa un día sin que los órganos de la prensa servia exciten á sus lectores al odio y al desprecio contra la monarquía vecina, y á atentados dirigidos más ó menos abiertamente contra su seguridad y su integridad. Un gran número de agentes sostienen por todos los medios la agitación contra Austria-Hungría, corrompiendo á la juventud en las provincias limítrofes.

En la mañana del mismo viernes 24 de Julio, el embajador de Austria-Hungría en París, conde Szecsen de Temerin, se apresuró á presentarse en el Ministerio de Negocios Extranjeros, dejando una co-

pia de ambas Notas á M. Bienvenu-Martin, ministro accidental, pues el ministro titular y presidente del Consejo de ministros, M. René Viviani, estaba fuera de Francia desde el 16 del citado mes, acompañando al presidente de la República en su viaje de visita á los soberanos de Rusia, Noruega y Dinamarca.

Inesperadamente se presentó por la tarde en el mismo Ministerio el embajador de Alemania, M. de Schoen. También éste tenía que hacer una comunicación pocas horas después que el representante austriaco.



EL GENERAL PUTNIK, JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO SERVIO

M. Bienvenu-Martin lo recibió en presencia de M. Felipe Berthelot, director adjunto de negocios políticos y subsecretario accidental. Los dos diplomáticos franceses presintieron que algo de grave importancia estaba próximo á salir de labios de su colega alemán. La Triple Alianza iba á manifestar su verdadero pensamiento. Y el embajador Schoen, lentamente, con cierta tristeza, comprendiendo la importancia de cada palabra caída en el silencio del despacho ministerial, el valor representativo de cada línea para la tranquilidad de Europa, leyó su breve Nota. En ella el gobierno de Berlín declara:

1.° Que aprueba en su fondo y en su forma la Nota dirigida por Austria á Servia.

2.° Que espera que la discusión quedará localizada simplemente entre Viena y Belgrado.

3.° *Que si una tercera potencia intentase intervenir en la discusión, podría resultar de esto una tensión grave entre los dos grupos de potencias que existen en Europa.*

Terminada la lectura se hizo un silencio penoso. Luego el embajador y los dos franceses se saludaron fría y cortésmente al separarse. Sabían lo que representaba esta Nota. Podían considerarse ya como enemigos. El papel que Schoen guardaba en un bolsillo al retirarse equivalía á un deseo manifiesto de rompimiento. O una inmovilidad deshonrosa, ó la guerra.

Iba á llegar para Europa el momento temido por

ARTILLERÍA SERVIA



UN ESCUADRÓN DE CABALLERÍA SERVIA (Fot. Rol)

unos y ansiado por otros durante cuarenta y cuatro años.

Este acto diplomático produjo estupefacción al ser conocido en París y luego en muchas capitales de Europa.

El imperialismo germánico hablaba de pronto con una claridad brutal. O Rusia abandonaba á los servios, que son de su raza, dejando que Austria los aplastase con su superioridad, ó Alemania, caso de no ser así, avanzaría en apoyo del Imperio aliado, produciéndose como consecuencia la guerra europea.

Y lo que hacía aún más trascendental dicha actitud era que Alemania se apresuraba á notificar esto á la República francesa antes que á ningún otro país, con la clara intención de prevenirla del peligro que corría manteniéndose aliada de Rusia y dejando que ésta interviniese en defensa de los servios.

Resultaba visible que todo el asunto austro-servio, la presentación de la Nota amenazante á Belgrado, el plazo inaudito de 48 horas para contestarla, la rapidez en comunicar á Francia lo ocurrido con una amenaza de parte de Alemania, era un plan concertado de antemano por los dos Imperios para intimidar á la alianza franco-rusa é infligirle la humillación de una huída, abandonando ambas naciones á Servia en manos de Austria, ó separándose Francia de Rusia, en cuyo caso ésta tendría que batirse sola con la Triple Alianza.



EL GENERAL HOTZENDORF, JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO AUSTRIACO

El texto de todas las Notas de Austria estaba redactado por el conde Esteban Tisza, el primer ministro de Hungría, diplomático agresivo y rudo, en estrecha relación con el gabinete de Berlín y ganoso de imitar las glorias de su compatriota Andrassy, colaborador de Bismarck y uno de los fundadores de la Triple Alianza.

Los gobiernos de Austria y Alemania aparecían francamente unidos, pero no para una solución conciliadora. Deseaban valerse de esta circunstancia, que les parecía favorable, para imponer á las potencias adversarias



LA CUESTION DEL ULSTER
Bendiciendo las banderas de los regimientos de voluntarios

de la justicia, mientras Austria estrangulaba á la pequeña Servia.

Se dijo además que Guillermo II, aunque aprobaba el *ultimatum* austriaco, no había conocido su texto en el primer momento y que al leerlo lo juzgaba severo en demasía. Algunos hasta esperaban que influyese bondadosamente en el ánimo del emperador de Austria, haciéndole aceptar una solución pacífica.

¡Vanas ilusiones! El momento escogido para el *ultimatum* daba á sospechar las verdaderas intenciones de los dos Imperios. Todo se mostraba favorable para ellos. Las potencias adversas á su política dominadora se veían en una situación difícil. En Inglaterra la cuestión del Ulster amenazaba con una guerra civil casi inmediata. Un verdadero ejército de irlandeses protestantes, enemigos de sus compatriotas católicos y autonomistas, esperaba armado y disciplinado el momento de sublevarse contra el gobierno. En Rusia acababan de estallar huelgas imponentes y la crisis obrera iba tomando el carácter de una

una humillación mortal. Austria quería aprovechar el momento para librarse por siempre de la vecindad molesta de Servia, suprimiéndola... Alemania aceptaba igualmente la buena oportunidad, para que Rusia se cubriese de vergüenza abandonando á un pueblo eslavo ó fuese á una lucha armada, para la cual—según su creencia—ni ella ni su aliada Francia estaban en condiciones de preparación.

rebelión. El presidente de la República francesa y el jefe del gobierno, ministro de Relaciones Exteriores, estaban navegando en el mar Báltico de vuelta de Rusia, lejos de su país y privados de intervenir eficaz-

A pesar de los deseos de rompimiento que animaban manifiestamente á los gabinetes de Viena y Berlín, muchos creyeron que durante las 48 horas concedidas por Austria á Servia las potencias de Europa conseguirían resolver el conflicto pacíficamente.

Sir Edward Grey, con toda la autoridad que proporciona la representación diplomática del pueblo británico, estaba trabajando por alcanzar una solución favorable, no sólo cerca del gabinete de Viena, sino con el Imperio alemán, que había adoptado esta cuestión como si fuese suya.

Nadie podía creer que Alemania aceptase abiertamente la triste misión de guardar arma en mano todas las avenidas para impedir la intervención



LOS VOLUNTARIOS DEL ULSTER

mente en su dirección. Estas ventajas eran en gran parte previstas y en otra parte fortuitas, debidas á la casualidad; pero todas por igual servían á los intereses y las arrogancias austro-germánicas.

Un deseo más vasto y no menos generoso que el de vengar el asesinato de Francisco Fernando impulsaba á los dos Imperios. El inesperado suceso de Serajevo les había servido de pretexto inicial.

Unas semanas después la casualidad volvía á trabajar en favor de la Triple Alianza, poniendo á su alcance las potencias del Triple Acuerdo en una situación embarazosa, preocupadas de su vida interior y sin poder atender libremente á los asuntos exteriores: Inglaterra en los comienzos de una guerra civil; Rusia con amenazas de revolución; Francia casi sin gobierno.

Llegaba para Alemania—cuando menos podía sospecharlo—la ansiada ocasión de abatir de un golpe (el golpe rápido y fulminante de su táctica militar) á las potencias adversas, eterno obstáculo de sus ensueños de dominio universal.



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA, M. POINCARÉ, CON EL ZAR DE RUSIA, AL DESEMBARCAR EN PETERHOF

La reclamación de Viena á Belgrado no era mas que el primer episodio de algo más grande concebido bajo la inspiración de las circunstancias y prontamente ejecutado.

Raramente volvería á presentarse una ocasión tan favorable para obligar á las naciones hostiles á humillarse ante la Triple Alianza y reconocer su superioridad.

Y si intentaban resistirse á la humillación... ¡la guerra!... una guerra iniciada con rapidez, de seguro é inmediato triunfo sobre unos enemigos que, por el momento, estaban dispersos, sin preparación, ocupados en sus cuestiones internas.

Por esto la diplomacia de Viena á cara descubierta y la de Berlín con sus ocultas inspiraciones sólo quisieron conceder plazos de breves horas para respuestas que exigen maduro examen.

Por esto trataron la suerte de los pueblos con la rapidez de una operación de Bolsa, disponiéndose para la guerra antes de conocer la suerte de las peticiones austriacas, con el deliberado propósito de tener por inaceptable y ofensivo lo que pudiese contestar Servia.

¡O la sumisión ó la guerra!... Pero á toda prisa; en el curso de unas cuantas horas; antes de que las potencias contrarias hubiesen podido agruparse y ponerse de acuerdo.

IV

Negativa de Austria á una petición de Rusia.—Alarma en París.—La contestación humilde de Servia.—Austria declara la guerra.

Llegó el sábado 25 de Julio. A las seis de la tarde expiraba el plazo de 48 horas exigido por Austria para recibir la contestación del gobierno servio.

El telégrafo había hecho conocer en la noche anterior un intento de intervención de Rusia. El gobierno ruso, por medio de su embajador en Viena y del embajador de Austria en San Petersburgo, rogó al gabinete austriaco que prolongase por unos días el plazo concedido á Servia, alegando la escasez de tiempo que representaban 48 horas para el estudio y respuesta de las numerosas reclamaciones contenidas en el *ultimatum*.

Los periódicos de Viena, al comentar la petición de Rusia, dijeron así, reflejando la voluntad de su gobierno:

El gobierno austro-húngaro ha rehusado acceder á la petición de Rusia de un modo firme, pero cortés.

El gobierno austro-húngaro se mantiene y se mantendrá en el punto de vista siguiente: que el arreglo de sus cuestiones



EL DEFENSOR DE SERVIA. EL ZAR DE RUSIA, NICOLÁS II

(Fot. Meurisse)

con Servia constituye un asunto que no interesa á nadie mas que á Austria-Hungría y á Servia. La monarquía austro-húngara está decidida desde el principio de la cuestión á mantenerse en este punto de vista, *sean cuales sean las circunstancias, y á rechazar toda tentativa de intervención.*

La actitud de Austria era clara y firme. Conceder un plazo más largo equivalía á dar tiempo á la diplomacia europea para mezclarse en el asunto. Y de permitir una intervención extranjera, tendría que moderar sus propósitos, aceptando las explicaciones de Servia y una solución pacífica. No; el asunto interesaba á los dos gobiernos únicamente. Debían dejar solos al Imperio enorme, de peso abrumador, y á la pequeña nación predestinada á la muerte.

Rusia, protectora natural de los pueblos eslavos, no tenía por qué intervenir—según el gobierno austriaco—en este conflicto, originado realmente por un antagonismo de razas. Debía presenciar con indiferencia cómo sacrificaban á uno de su sangre.

▫

París empezó á alarmarse con estas noticias.

Presintieron muchos que algo muy grave iba á ocurrir para la paz de Europa. El gobierno ruso no podía tolerar fríamente que Servía fuese atropellada y sacrificada, y una intervención suya contra el Imperio austriaco arrastraría á Francia como aliada, y haría avanzar igualmente por el lado opuesto al Imperio alemán, surgiendo la guerra inevitablemente.

Muchos, con un optimismo sentimental, se oponían á esta idea, como si la guerra fuese algo monstruoso, impropio de nuestros tiempos. Esperaban una mediación, á última hora, de las potencias. Confiaban en los consejos de Alemania á su aliada... ¡Todo menos la guerra!

En unas cuantas horas la amenaza del conflicto europeo ganó la atención de París, haciendo pasar á segundo término otro asunto que traía preocupados á los parisienses, y por acción refleja á una gran parte del mundo, pues sabido es la resonancia mundial que adquieren todas las ideas y sentimientos de la metrópoli francesa.

Se estaba desarrollando en aquellos días la vista del proceso de madame Caillaux, autora de un atentado mortal contra el periodista Calmette, director de *Le Figaro,* á raíz de la campaña hecha por éste contra su esposo, el ministro Caillaux. El proceso había caldeado los ánimos. Desde meses antes, la opinión aparecía dividida en Francia, según las opiniones políticas de unos y otros. La discusión de un simple delito tomó, por la categoría de las personas que figuraban en él, la importancia de una lucha de partidos. Las sesiones de la vista del proceso terminaban tumultuosamente fuera del Palacio de Justicia, con luchas entre los opuestos bandos, heridos y cargas de la policía.

Esta efervescencia, que empezaba á recordar la época tumultuosa del proceso Dreyfus é iba marcando una separación entre avanzados y conservadores, fué tal vez apreciada en Viena y Berlín como una demostración más del desconcierto en que vivía Francia y su imposibilidad de defenderse por medio de una acción unánime.



LA CAPITAL DE UN REINO Á TIRO DE FUSIL DEL ENEMIGO

Panorama de los límites de Austria y de Servia, en el que se ve la comprometida situación geográfica de Belgrado, capital que tuvo que evacuar el gobierno servio al día siguiente de declararse la guerra. Al otro lado del río Save, en su confluencia con el Danubio, la ciudad de Semlin. Entre Semlin y la ciudadela de Belgrado el banco de arena llamado Isla de la Guerra.

(Dibujo de Luis Trinquier, de «L'Illustration» de París)



ANTES DE LA GUERRA (Fot. Rol

Guillermo II y el rey de Inglaterra en una calle de Londres. El kaiser lleva en la diestra el bastón de feldmariscal

Pero contra tales cálculos, el proceso Caillaux perdió instantáneamente todo interés á las veinticuatro horas de haberse planteado la cuestión austro-servia. En los bulevares se formaron grupos ansiosos de noticias. Frente á las redacciones de los grandes periódicos se apiñaba el gentío esperando la aparición de los telegramas en pizarras y transparentes. La inquietud empezó á dominar á París. Todos los que se preocupan del equilibrio internacional pusieron su pensamiento desde mediodía en lo que estaba ocurriendo en Viena y Belgrado.

Esta zozobra se reflejó en la Bolsa, donde se produjo un verdadero pánico al lanzarse á la venta enormes cantidades de valores sin encontrar comprador. Todos los títulos sufrieron las consecuencias de la baja general, y hubo que pensar en la adopción de medidas enérgicas para que no ocurriese una catástrofe. En este día se empezó á hablar de la necesidad de suspender la liquidación de valores de fin de mes, prolongándola hasta fines de Agosto.

La impaciencia y la curiosidad ansiaron durante toda la tarde que sonasen las seis, hora en que terminaba el plazo marcado para la respuesta diplomática.

¿Qué diría Servia?

¿Qué haría Austria?

¿Era posible en estos tiempos una guerra europea?...

▫

Antes de las seis de la tarde el gobierno servio entregó su respuesta á la Nota austriaca.

Es un documento digno de ser leído y recordado—á pesar de su extensión—, pues demuestra el espíritu conciliador del gobierno servio y su deseo de no servir de motivo á una conflagración europea. Casi puede decirse que es un documento humilde. Servia admite las exigencias del enemigo, se muestra dispuesta á aceptar todas sus reclamaciones, pasa por alto las amenazas, explica su conducta.

Dice así la respuesta servia:

El Gobierno real servio ha recibido la Nota del Gobierno real é imperial, fechada en 10-23 del corriente (1), y tiene el convencimiento de que su respuesta disipará todos los equívocos que amenazasen romper las buenas relaciones existentes entre Austria-Hungría y el reino de Servia.

El Gobierno real servio no ignora las protestas que se han producido en la tribuna de la Asamblea nacional, así como también las declaraciones y los actos de los representantes responsables del Estado, protestas todas que fueron interrumpidas por la declaración del Gobierno servio de 18 de Marzo de 1909 y que en ninguna otra ocasión se han renovado.

Desde entonces el Gobierno real ha de hacer constar que, ni por parte de los Gobiernos que se han sucedido en el Poder ni por la de sus periódicos, no ha habido ninguna tentativa para producir un cambio en el estado político de la Bosnia y de la Herzegovina.

Una sola reclamación formuló el Gobierno imperial en todo este tiempo respecto á un libro escolar, é inmediatamente tuvo como respuesta una entera satisfacción.

En numerosas ocasiones ha dado Servia la prueba de su política pacífica y moderada durante toda la crisis balkánica. Gracias á Servia y á los sacrificios que hizo en pro de la paz europea, esta paz ha podido mantenerse. El Gobierno real servio no puede hacerse responsable de manifestaciones de carácter privado, como son artículos de periódicos, propaganda de ciertas sociedades, en fin, manifestaciones que se producen en todos los países del mundo y que generalmente burlan siempre la vigilancia oficial.

(1) Esta doble fecha representa la diferencia entre el calendario ruso, adoptado en Servia, y el que está en uso en la Europa occidental.

Hay que recordar que el Gobierno real servio, al discutir todas las cuestiones pendientes entre Servia y Austria-Hungría, se prestó siempre á complacerla en sus deseos. De este modo ha ayudado á resolverlos siempre, con el propósito de contribuir al mayor progreso de los pueblos vecinos.

Por todas estas razones, el Gobierno real ha sido dolorosamente sorprendido por ciertas afirmaciones, según las cuales varias personas dependientes del reino de Servia han tomado parte en la preparación del atentado de Serajevo.

El Gobierno real esperaba que le invitasen á cooperar en las investigaciones concernientes á todos los detalles que se refieren á aquel crimen. El Gobierno probará con actos que está dispuesto á proceder contra las personas de que se ha hablado.

Deseoso de acceder al deseo del Gobierno imperial y real, el Gobierno real servio está dispuesto á llevar ante los tribunales de justicia á cualquier súbdito servio, sea cual fuere su situación y su rango, cuya complicidad en el crimen de Serajevo esté comprobada.

El Gobierno servio se compromete, particularmente, á publicar en la primera página del *Diario Oficial*, con fecha de 13-26 de Julio, la siguiente declaración:

«El Gobierno real de Servia condena toda propaganda dirigida contra Austria-Hungría, es decir, el conjunto de tendencias que pudieran tender á la desmembración de los territorios que forman parte de Austria-Hungría.



ANTES DE LA GUERRA .Fot. Meurisse

El kaiser dando la mano al general francés Pau en las últimas maniobras militares celebradas en Suiza



ANTES DE LA GUERRA

El kaiser saludando al zar de Rusia

»El Gobierno real deplora sinceramente las consecuencias terribles de esta actividad criminal.

»El Gobierno real lamenta que ciertos oficiales y funcionarios servios, según se desprende de lo que comunica el Gobierno imperial y real, hayan participado en dicha propaganda, comprometiendo las relaciones que se había obligado á guardar el Gobierno real en su declaración de 31 de Marzo de 1909.

»El Gobierno servio, que desaprueba y repudia toda idea de intrusión en el destino de los habitantes de todas las regiones de Austria-Hungría, considera como su deber advertir oficialmente á los oficiales y funcionarios y á toda la población del reino, que en adelante procederá con todo rigor contra las personas que resulten culpables de semejantes actos y los reprimirá enérgicamente.

»Esta comunicación será puesta en conocimiento del ejército real por medio de una orden del día, publicada á nombre de Su Majestad por el príncipe heredero Alejandro. Dicha comunicación será impresa en el próximo número del *Boletín Oficial del Ejército*.»

Además, el Gobierno real servio ofrece someter en la primera sesión de la *Skoupchtina* (1) una enmienda á las leyes de prensa, castigando los artículos que sean susceptibles de producir sentimientos de odio contra la monarquía de Austria-Hungría. Del mismo modo perseguirá todo lo que tienda contra su integridad territorial:

1.° El Gobierno real se compromete, con motivo de la revisión de la Constitución que ha de efectuarse en breve, á introducir en el artículo 22 una enmienda que permita secuestrar dichas publicaciones, lo que no es posible ahora, según los términos categóricos del citado artículo, todavía en vigencia.

2.° El Gobierno imperial y real no ha ofrecido todavía al Gobierno real servio la prueba de que la sociedad *Narodna Obrana* y las otras sociedades similares han cometido hasta el presente actos criminales por medio de sus miembros. Á pesar de esto, el Gobierno real aceptará la petición del Gobierno imperial y

(1) *Skoupchtina* es el nombre del Parlamento servio.



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA, M. POINCARE, CON EL PRÍNCIPE DE GALES, AL DESEMBARCAR EN INGLATERRA

(Fot. Rol)

real y disolverá la sociedad *Narodna Obrana* y cualquiera otra que pueda promover agitación contra Austria.

3.° El Gobierno real servio se obliga á eliminar inmediatamente de la instrucción pública de Servia todo lo que pueda servir para fomentar la propaganda contra Austria-Hungría, cuando el Gobierno imperial y real le ofrezca los hechos y las pruebas de esta propaganda.

4.° El Gobierno real acepta también el alejar del servicio militar á todos aquellos que la investigación judicial pruebe que son culpables de actos dirigidos contra la integridad del territorio de la monarquía austro-húngara, y confía en que el Gobierno imperial y real le comunicará ulteriormente los nombres y los hechos de estos oficiales y funcionarios, á los fines del procedimiento que debe incoarse.

5.° El Gobierno real declara que no se da una cuenta clara del sentido y el alcance de la demanda que hace el Gobierno imperial y real para que Servia se obligue á aceptar en su territorio la colaboración de órganos del Gobierno imperial y real. Pero declara igualmente que admitirá cualquiera colaboración que responda á los principios del derecho internacional, al procedimiento criminal y á las buenas relaciones de vecindad.

6.° El Gobierno real, como es lógico, cree de su deber abrir una investigación contra todos aquellos que puedan hallarse mezclados en el complot del 28 de Junio y que se encuentren en el territorio del reino. En cuanto á la participación en este procedimiento de los delegados de las autoridades austro-húngaras, el Gobierno real no puede aceptarla, porque esto significaría una violación de la Constitución y de la ley de procedimientos criminales. Sin embargo, en casos concretos, podría darse comunicación de los resultados del proceso á los órganos austro-húngaros.

7.° El Gobierno real servio ha procedido, la noche misma de la entrega de la Nota, á la prisión del comandante Voislav Zankositch. En cuanto á Milán Ziganovitch, súbdito de la monarquía austro-húngara y que hasta el 28 de Junio estaba empleado como aspirante en la dirección de ferrocarriles, no ha podido ser habido. Se ruega al Gobierno imperial y real que dé á conocer en la forma acostumbrada, lo más pronto posible, las presunciones de culpabilidad, así como las pruebas eventuales de culpabilidad recogidas hasta hoy en la investigación de Serajevo, para los fines de los procedimientos ulteriores.

8.° El Gobierno servio reforzará y extenderá las medidas tomadas para impedir el contrabando de armas y de explosivos á través de la frontera. Asimismo ordenará en seguida una investigación y castigará severamente á los funcionarios de la frontera, en la línea Schabac-Loznica, que faltaron á su deber dejando pasar á los autores del crimen de Serajevo.

9.° El Gobierno real dará con gusto toda clase de explicaciones sobre los conceptos que sus funcionarios, tanto en Servia como en el extranjero, hayan vertido en interviús después del atentado de Serajevo, y que, según la afirmación del Gobierno imperial y real, fueron hostiles para la monarquía de Austria-Hungría. Tan pronto como el Gobierno imperial y real le haya comunicado los textos en cuestión, y tan pronto como haya demostrado que las frases molestas fueron proferidas realmente por dichos funcionarios, el Gobierno de Servia procederá contra ellos luego de recoger por su parte pruebas y convicciones.

10. El Gobierno real servio comunicará al Gobierno imperial y real la ejecución de las medidas comprendidas en los extremos precedentes, en lo que no haya sido hecho por la presente Nota. Á medida que se vayan ejecutando las órdenes, si al Gobierno

imperial y real no satisface la presente respuesta, el Gobierno real servio, considerando que no es conveniente para el interés común precipitar la solución de este conflicto, está dispuesto como siempre á aceptar un acuerdo pacífico, sometiendo la cuestión al tribunal internacional de La Haya ó á las grandes potencias que tomaron parte en la elaboración de la declaración que el Gobierno servio hizo en 18/31 de Marzo de 1909.



RESERVISTA SERVIO GUARDANDO UNA VÍA FÉRREA (Fot. Rol)

Como se ve, el gobierno servio estaba dispuesto á aceptar todas las reclamaciones de Austria, pasando por la prueba durísima de desautorizar y perseguir á los militares, profesores y periodistas que se habían expresado en ciertas circunstancias contra el Imperio opresor de su país. Sólo á una petición opuso una negativa firme: la de permitir que jueces y policías austriacos entrasen en Servia á procesar y juzgar á los naturales del país. ¿Qué nación no se hubiese negado igualmente? Consentir esto significa tanto como abdicar de la independencia y someterse á una verdadera conquista. Un Estado que tiene tribunales, antes perecerá por la guerra que permitirá que otro Estado le envíe jueces para que juzguen á sus súbditos.

El gobierno de Servia, después de conceder todo lo posible, hasta tocar en los límites de la humillación por no ser causa de un conflicto europeo, termina su documento sometiéndose al arbitraje de las potencias ó del tribunal de La Haya, á la sentencia de un tercero que estudie el asunto y dé con toda calma una solución pacífica.



SOLDADO SERVIO

Pero el Imperio austriaco no tenía interés alguno en resolver la cuestión bondadosamente. Deseaba un pretexto para invadir á Servia. Y el Imperio alemán, oculto á sus espaldas, tampoco tenía interés en mantener la paz europea, viendo en las circunstancias presentes un momento propicio para la satisfacción de sus ambiciones.

El ministro de Austria-Hungría en Belgrado, al recibir el documento de respuesta del gobierno servio, declaró que debía compararlo con las instrucciones que había recibido de Viena, y que así que lo hiciese daría una respuesta definitiva sobre la cuestión.

Poco después, el ministro austriaco se presentó en el Ministerio de Negocios Extranjeros, para declarar que no encontrando satisfactoria la respuesta del gobierno servio, se ausentaría en la misma noche de Belgrado con todo el personal de su legación. De los archivos de ésta, así como de la protección de los súbditos austro-húngaros en Servia, se encargaría el ministro de Alemania en dicho país. Fué inútil todo intento de explicaciones. El representante austriaco terminó diciendo que las relaciones diplomáticas debían considerarse enteramente rotas desde aquel momento entre Servia y Austria-Hungría.

A nadie extrañó en Belgrado esta conducta. Todos estaban convencidos de que, fuese cual fuese la respuesta de Servia, el Imperio austriaco deseaba llegar al estado de guerra como única solución.

El gobierno servio estaba tan convencido de que todo cuanto hiciese sería inútil, que antes del rompimiento diplomático empezó á tomar sus precauciones de defensa. El rompimiento fué á las seis de la tarde. A las tres, había ordenado la movilización del ejército.

La corte y los ministros se apresuraron á abandonar inmediatamente la capital, trasladándose á Kraguyevatz.

Belgrado está enclavado en la misma frontera de Hungría, á orillas del río Save, en su confluencia con el Danubio. Las orillas fronterizas por los dos lados de la ciudad pertenecen á Austria. Basta pasar el puente del ferrocarril para entrar en Servia; y la primera tierra servia que se pisa es la de los arrabales de Belgrado. La nación empieza en las primeras bocacalles de su capital. De aquí la rapidez con que se retiraron los poderes directores de Servia


EL CONDE BERCHTOLD
Ministro austriaco de Negocios Extranjeros

con todos sus archivos y tesorerías, para no ser objeto de un golpe de mano del enemigo.

La guarnición de Belgrado buscó posiciones para defender los pasos del Save.

La guerra entre Servia y Austria iba á empezar, como un breve prólogo de la gran guerra europea.

V

La hora grave.—Optimismos y pesimismos. Las primeras manifestaciones

Se desarrollaron los sucesos con tanta rapidez, pasó Europa tan violentamente de la calma á la inquietud, que muchos, en su estupefacción, no quisieron aceptar la realidad, aferrándose á la esperanza de un posible arreglo surgido á última hora.

Era indiscutible que Austria amenazaba á Servia con una guerra; pero una guerra no se declara con sólo desearla. Existen los compromisos de las alianzas, y Alemania aún no había hablado. Antes bien, su silencio lo interpretaban muchos como una muestra de reprobación. La posibilidad de una guerra europea no podía ser aceptada por los demás. La consideraban algo inverosímil, que todas las potencias tendrían buen cuidado de evitar. Seguramente que antes de dispararse el primer tiro los diplomáticos encontrarían un arreglo.

Algunos, más serenos y por lo mismo más pesimistas, veían claro en la situación. El hecho de avisar Alemania al gobierno francés, antes que á ningún otro gobierno, que toda intervención en el asunto austroservio produciría, según las palabras de su embajador, «consecuencias incalculables», constituía una amenaza.

Clemenceau, en su diario *El Hombre Libre,* dijo así:

«Se puede discutir, ergotizar, construir castillos de hipótesis, buscar medios para enternecer á los enemigos, acusar á unos y absolver á otros, censurar á Guillermo II, al conde Berchtold, á los diablos del infierno, á todos los que quieran, pero por encima de todo ello existen dos hechos sin discusión posible: 1.° Europa se ha dejado sorprender en pleno descuido. 2.° Austria, dando sólo cuarenta y ocho horas á Servia para aplastarse ante ella con ó sin resistencia militar, ha hecho ver de un modo claro á todos los hombres que aún queden de buen sentido, que estaba decidida á agrandar y exagerar este incidente á toda costa y á arrostrar en compañía de Alemania las consecuencias de su resolución. Es sobre esto en lo que hay que basarse, y no sobre quiméricas esperanzas, que sólo sirven para que toda clase de debilidades disimulen el mayor tiempo posible el resultado de sus fracasos.

»El hecho de que el Triple Acuerdo, sin una diplomacia firme, sin otras vistas comunes que las de sus miedos á plazo más ó menos corto, y sin otra política que la de la parquedad y una exagerada prudencia, así en la preparación de los armamentos como en las operaciones de las cancillerías, se ha dejado sorprender, permitiendo al enemigo buscar á su gusto el día y la hora de la agresión, es un hecho indiscutible ya para la Historia.»

Frente á este pesimismo de Clemenceau y de otros políticos que consideraban inevitable la guerra, la opinión general siguió mostrándose optimista durante el domingo 26 de Julio.

Los que hasta el día anterior se habían mirado hostilmente por las agitaciones del proceso Caillaux ó las divergencias de opinión política, empezaron á tratarse con benevolencia á impulsos de un sentimiento superior, olvidando los ultrajes recientes. «Vamos á tener guerra.» «La guerra va á venir...» Pero todos, al mencionar este peligro, lo hacían con cierta duda. Hablaban de la guerra como se habla de la muerte, con la seguridad de que es algo inevitable, pero que llegará no se sabe cuándo. La paz de Europa no estaba comprometida aún irreparablemente. Tal vez la diplomacia, que en tantas ocasiones había salvado la tranquilidad continental, conseguiría elevar una vez más barreras insalvables entre los dos enemigos.

Durante el domingo, el gobierno francés adoptó varias medidas de simple precaución. Los ministros, faltos de la presencia del presidente de la República y del jefe del gobierno, no se reunieron por la mañana en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Messimy, ministro de la Guerra, conferenció con el general Joffre, generalísimo de los ejércitos, y el general Michel, gobernador militar de París. Todos los jefes de cuerpo fueron llamados á ocupar sus puestos. El ministro de Marina, M. Gau-


EL CONDE SZECSEN DE TEMERIN
Embajador de Austria en París

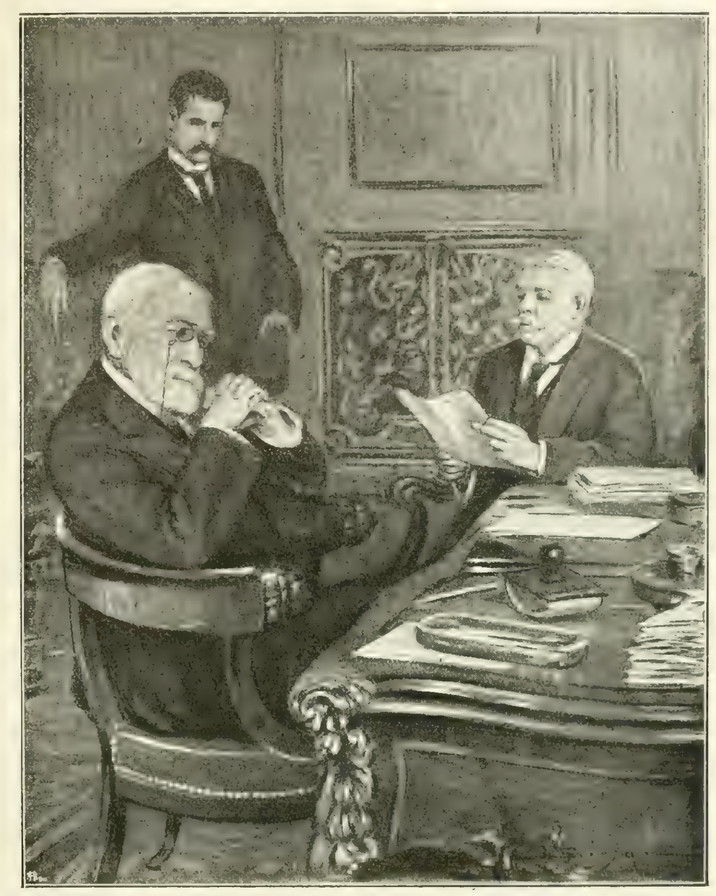
thier, dictó órdenes análogas. El de Hacienda, M. Noulens, trabajó todo el día en sus oficinas para poner en movimiento extraordinario los organismos administrativos.

El prefecto de policía, M. Hennion, reforzó los puestos de seguridad y ordenó el servicio permanente en todas las comisarías de París, temiendo una manifestación de los antimilitaristas y de los enemigos de la guerra, desorientados aún sobre el verdadero alcance de los sucesos, creyendo de buena fe que el conflicto próximo era obra exclusiva de los gobiernos y que podría evitarse haciendo un llamamiento á las masas obreras internacionales amigas de la paz.

o

La actitud de Alemania era equívoca y obscura. Su embajador en París se avistó varias veces con los ministros franceses, manifestando de viva voz que su gobierno deseaba la paz y que todos debían trabajar unidos para mantenerla.

¡Y á la misma hora que intentaba adormecer al gobierno francés con estos buenos propósitos, se estaba efectuando en Alemania una movilización oculta del ejército!...



MOMENTO DECISIVO. LA NOTA DE ALEMANIA

El barón de Schœn, embajador de Alemania en París, leyendo á M. Bienvenu-Martin, ministro de Justicia, encargado de la cartera de Relaciones Exteriores en ausencia de M. Viviani, una Nota del gobierno alemán declarando que toda intervención en el asunto austro-servio produciría «consecuencias incalculables».

(De *L'Illustration* de París)

Todos sus deseos de paz se limitaban á palabras, sin querer pasar á los hechos. Cuando las potencias pedían á Alemania que influyese en su aliado de Viena dándole consejos de moderación con la certeza de que serían escuchados, el gabinete de Berlín salía del paso afirmando que el asunto era únicamente de Austria y Servia, y él no tenía por qué mezclarse. En cambio indicaba que para mantener la paz lo que debían hacer las potencias era influir cerca del gabinete de San Petersburgo, aconsejándole que permaneciese quieto é indiferente ante el conflicto.

Si le proponían una acción doble y común sobre Rusia y sobre Austria al mismo tiempo para hacerlas llegar á un acuerdo, el gobierno alemán volvía á excusarse manifestando que nada tenía que decir á su aliada. Y después de negarse de este modo á toda gestión amistosa, seguía hablando de sus buenos deseos en pro de la concordia europea.

La posibilidad de la guerra ó de la paz dependía de Guillermo II. Si éste aconsejaba á Austria que no se mostrase tan arrogante, valida del apoyo alemán, el gabinete de Viena se tornaría conciliador. Pero el kaiser nada podía decir, porque estaba invisible desde el principio del conflicto. Un viaje en yate por las costas de Suecia había escamoteado su persona á todas las gestiones pacíficas. Tal vez fué una casualidad fatal. Pero más verosímil parece que este viaje oportuno fué emprendido al prepararse el conflicto austroservio con la Nota impulsiva de Austria, conocida y aprobada de antemano por el gobierno de Berlín. Al estar ausente Guillermo II, se evitaba una intervención directa en el asunto. De alcanzar éste una solución á gusto de los dos Imperios, podría aparecer oportunamente para gozarse en la humillación de las potencias adversas y ofrecerse una vez más á la pública admiración como el gran mediador de las soluciones pacíficas. En el caso de sobrevenir el rompimiento, le sería fácil mostrarse limpio de toda culpa en este gran conflicto, diciendo que la guerra había surgido inevitablemente durante su ausencia.

La prueba de que, aun permaneciendo invisible, influyó como siempre en la dirección de su país, la da



LOS DOS ALIADOS
EL KAISER, GUILLERMO II

el hecho de que desde el 25 de Julio comenzaron á la sordina en todo el Imperio alemán los preparativos de guerra.

Otra demostración de que los dos aliados deseaban esta guerra y la tenían preparada desde mucho antes, esperando una ocasión propicia, la proporcionaron los mismos pueblos sometidos á ellos.

¡Mentirosas é inútiles todas las afirmaciones de Guillermo II y Francisco José para presentarse como amigos de la paz, que se han visto impulsados á la guerra por las malas artes de sus enemigos!

Durante luengos años de militarismo dominador, ambos soberanos—especialmente el de Alemania—han educado á sus súbditos en la esperanza de la guerra, como único medio de conseguir la grandeza nacional. El alma de sus pueblos ha sido semejante á esos almacenes de materias explosivas en los que basta el roce de un insecto, un simple cambio de temperatura, el choque más insignificante, para que se produzca el cataclismo.

El Imperio alemán, educado para la guerra y viendo en ella la concreción de sus proyectos mundiales, ha estado sufriendo años y años, porque cierto pudor á que se ven obligados muchas veces los gobiernos, por soberbios que sean, no le permitía marchar brutalmente al planteamiento de sus proyectos belicosos.

Había que preparar una oportunidad para fingirse agredidos, y el atentado de Serajevo proporcionó la ocasión ansiada. Después, los dos gobiernos complicaron sus consecuencias diplomáticas, evitando toda intervención para que no fuese solucionado pacíficamente.

Alemania, país autoritario que ha declinado todo pensamiento en su emperador, quería la guerra y la esperaba impaciente, porque tales eran las miras de su soberano (1). De haber deseado éste la paz, Alemania habría sido pacifista. ¿A qué, pues, la hipocresía de presentarse ante el mundo como un buen apóstol que se ve incitado, contra su voluntad, á hacer la guerra? ¿Por qué no confesar brutalmente el deseo de que se cumpla la orgullosa profecía del himno amado de los alemanes, *Deutschland über alles (Alemania sobre todos; Alemania sobre el mundo)*? ¿Por qué no formular claramente la monstruosa aspiración que late en el alma germánica de dominar Europa entera y que todos los pueblos sean feudatarios de Berlín?...

Apenas en la noche del 25 de Julio circuló por Viena la noticia de que el gobierno no aceptaba las excusas de Servia y había declarado rotas las relaciones diplomáticas, la muchedumbre prorrumpió en

(1) Muchos extranjeros residentes en Alemania antes de la guerra han declarado cómo el pueblo alemán la deseó apenas se hubo iniciado el conflicto austro-servio, y cómo fueron movilizadas sordamente las tropas con diversos pretextos, mientras sus diplomáticos seguían hablando de paz.

Yo puedo servir igualmente de testigo contra las hipócritas afirmaciones de los alemanes, que adoptan el papel simpático de agredidos, fingiendo que han declarado la guerra contra su voluntad, por defender únicamente su territorio de peligros imaginarios.

El 29 de Julio, tres días antes de declararse esta guerra, desembarqué en Francia. Venía de Buenos Aires en un trasatlántico alemán. La mayor parte de los pasajeros pertenecían á dicha nacionalidad. Al transmitir el telégrafo sin hilos las noticias del *ultimatum* de Austria y el rompimiento con Servia, hubo á bordo grandes explosiones de entusiasmo. «¡La guerra!... ¡Al fin llega la guerra!», clamaban alborozados los alemanes, celebrando este suceso con brindis y champaña.

No venían en el buque grandes personajes que pudiesen revelar secretos diplomáticos, pero sí ricos comerciantes de Hamburgo, abogados, rentistas, gentes pertenecientes á una clase acomodada y culta, que puede reflejar el sentimiento dominante de su nación. Muchos eran militares de los cuerpos de reserva del ejército alemán, y mostraban gran entusiasmo al pensar que iban á hacer la guerra. Los españoles —no sé por qué—inspiramos cierto interés y confianza á los alemanes. Ven en nosotros algo así como unos aliados. Y yo, al distinguirme muchos de ellos con sus confidencias belicosas, mostré cierta extrañeza.

—¿Qué va á ganar Alemania con esta guerra?—les decía—. Mejor es que viva en paz. Gracias á ella extiende su navegación, se va apoderando del comercio del mundo, es respetada en las ciencias y en las artes. Con una guerra se expone á perderlo todo.

Pero los belicosos germanos, salidos de su placidez, repelían estas razones.

—No; la guerra... ¡la guerra á todo trance! En Alemania todos pensamos lo mismo. Necesitamos una *guerra preventiva*, como dicen nuestros periódicos. Francia crece demasiado; Rusia agranda su poderío militar; Inglaterra nos irrita con su superioridad. Si continuamos viviendo cuatro ó cinco años pacíficamente, nuestros enemigos resultarán temibles y Alemania no podrá ser la primera nación del mundo. Ahora es tiempo aún para aplastarlos á todos. Hay que aprovechar eso de Servia, que forzosamente hará saltar á Rusia... ¡Que no se arregle el conflicto!... ¡Que venga la guerra!... ¡Acabemos de una vez!

Este fué el verdadero pensamiento de los alemanes, el que pudimos conocer en momentos de espontaneidad brutal y franca todos los que les tratamos antes de que estallase la guerra, antes de que su emperador, para impresionar á los Estados Unidos, adoptase la actitud de víctima forzada á defenderse.

aclamaciones á su emperador Francisco José y á Guillermo II. Se organizaron numerosas manifestaciones patrióticas, con fogosos discursos en pro de la guerra.

Esto nada tiene de extraordinario en la capital de uno de los dos países mezclados en el conflicto. Es una consecuencia inevitable de la exaltación patriótica.

Pero horas después, en la tarde del domingo, el pueblo de Berlín, de la capital de una nación que no tiene por qué intervenir en el conflicto y que desea la paz, según declaraciones de sus diplomáticos, reproduce las manifestaciones de Viena, y sus procesiones patrióticas por las calles no son un alarde de simpatía hacia un Estado aliado y de execración para Servia, de la que apenas si hacen memoria, sino un franco deseo de hostilidad contra Rusia, á la que llaman los germanos «nuestro enemigo hereditario».

El pueblo alemán, metódico y disciplinado, que se mueve siempre dentro de los límites marcados por la policía, recorre las calles de Berlín dando vivas á la guerra. Una manifestación de 100.000 personas, llevando á su frente los retratos de Guillermo II y Francisco José, aclama á los dos emperadores y desfila ante las embajadas. Al frente de la de Rusia dan gritos hostiles. El entusiasmo popular se desborda ante el palacio de la Cancillería alemana y la embajada de Austria. Frente á la embajada de Inglaterra no se muestran menos expansivos: «¡Viva la Gran Bretaña!» Los ingleses no van á oponerse á las conquistas de la Alemania guerrera. Además—esto lo piensan todos con silencioso orgullo—, aunque quisiera, como otras veces, no podría hacerlo. Bastante tiene con evitar el peligro de sus desgarramientos interiores.

Ante la embajada de Francia, el patriótico cortejo guarda silencio. Pero á continuación, la columna de manifestantes entona como una amenaza su himno *Die Wacht am Rhein (La guardia del Rhin):*

Un llamamiento resuena como el eco de un trueno,
como un retintín de armas, como el ruido de las olas:
«Hacia el Rhin, hacia el Rhin, hacia el Rhin alemán.
¿Quién quiere ser el centinela del río?»



MANIFESTACIÓN EN BERLÍN
Los manifestantes llevando al frente los retratos de los emperadores Guillermo II y Francisco José



LOS DOS ALIADOS
EL EMPERADOR DE AUSTRIA, FRANCISCO JOSÉ

Patria amada, no tengas miedo;
la guardia es fiel y segura,
la guardia á lo largo del Rhin.

¿Qué importa que mi corazón se desgarre con la muerte?
¡Oh Rhin! tú no serás nunca francés.
La Alemania es rica en sangre de héroes,
como tu curso es rico en aguas.

Patria amada, no tengas miedo;
la guardia es fiel y segura,
la guardia á lo largo del Rhin.

Los viejos recuerdan la guerra franco-prusiana de 1870 con sus rápidos triunfos. ¡Otra vez la victoria aguardará á Alemania para el aplastamiento definitivo de los *velches* del Sena!

La muchedumbre habla de la movilización: una movilización que aún no ha sido declarada oficialmente, pero que reune á los hombres por medio del llamamiento individual.

Y el *Lokal Anzeiger,* diario berlinés, órgano oficioso del gobierno, dice al comentar los acontecimientos: «No se sabe aún si Austria invadirá inmediatamente el territorio servio. Es posible que adopte otras medidas; pero aunque las hostilidades no han sido entabladas todavía, hay que preguntarse si su brillo trágico no va á iluminar á toda Europa. *Nosotros pensamos que es mejor un fin terrible que un terror sin fin.*»

Este terror, hábilmente explotado por el gobierno y sugerido al pueblo alemán, era el terror á Rusia, la amenaza que representa el Imperio moscovita para los planes de grandeza mundial del Imperio germánico.

Y los alemanes desearon aprovechar desde el primer momento esta ocasión para hacer la guerra á la odiada Rusia.

En París también hubo manifestaciones. Hasta una hora avanzada de la noche, los bulevares estuvieron animados. Varias columnas de manifestantes cortaron el gentío, revelando con su actitud contradictoria la persistencia de las divisiones nacionales. Unos cantaban la *Marsellesa,* otros la *Internacional.* De un lado salían aclamaciones: «¡Viva el ejército!» De otro, gritos de protesta: «¡Abajo la guerra!» La policía restableció el orden dando varias cargas y arrestando á los manifestantes más ruidosos. Algunos de éstos resultaron ser de nacionalidad alemana.

Frente á la embajada de Austria-Hungría, varios manifestantes quemaron una pequeña bandera con los colores austriacos. Todos eran de raza eslava, servios y tcheques residentes en París. La policía no encontró ningún francés entre ellos.

El gobierno hizo saber al embajador austriaco en Francia, y al gabinete de Austria por medio de su embajador en Viena, el vivo disgusto que le había causado este incidente de escasa importancia.

VI

Los trabajos de la diplomacia

El lunes 27 de Julio fué el día de las gestiones diplomáticas. Todas las potencias trabajaron activamente cerca de Alemania y Austria por evitar la guerra.

Inglaterra é Italia, obrando en común, buscaron una conciliación que modificase los propósitos belicosos del Imperio austriaco. El gobierno inglés propuso á Alemania, Francia é Italia entablar una gestión mediadora entre Austria y Rusia, gestión que tomaría la forma de una conferencia diplomática.

Sir Edward Grey, ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña *(Secretario de Estado del Foreign Office),* contestando á varias preguntas en la Cámara de los Comunes, hizo en la tarde del lunes la declaración siguiente, resumen de sus trabajos hasta entonces:

He recibido el último viernes, del embajador de Austria-Hungría, la Nota que esta potencia comunica á todas las potencias, y que después ha sido publicada por los periódicos. Esta Nota contiene el texto de las reclamaciones austriacas dirigidas á Servia. Luego vi, en la tarde del mismo día, á los embajadores de las diversas potencias y les dije que en tanto que el conflicto concerniese solamente á Austria y Servia no se per-



LA EMBAJADA DE AUSTRIA EN PARÍS GUARDADA POR LA POLICÍA (Fot. Meurisse)



PARÍS. LOS TCHEQUES, ENEMIGOS DE AUSTRIA, HACIENDO UNA MANIFESTACIÓN ANTE EL MONUMENTO DE LA REPÚBLICA
(Fot. Meurisse)

mitiría Inglaterra, bajo ningún pretexto, intervenir en aquél; pero que si las relaciones entre Austria y Rusia adquirían mayor tirantez, la paz de Europa se vería en peligro, lo que nos interesaría entonces á todos.

Yo ignoraba en aquel momento la posición que iba á tomar Rusia en este conflicto, pero me pareció—y sigo pensando así—que si Rusia tomaba una parte activa, el sólo medio para salvar la paz de Europa era que las cuatro potencias que no están directamente interesadas en la cuestión servia, á saber: Alemania, Francia, Italia y Gran Bretaña, hiciesen esfuerzos simultáneos cerca de los gobiernos austriaco y ruso para encaminarlos á suspender por el momento toda acción militar, mientras que las potencias mencionadas buscan una solución que los ponga de acuerdo.

Cuando yo proponía esto, supe de pronto la ruptura de relaciones diplomáticas entre Austria y Servia. En vista de esto, pregunté inmediatamente á los gobiernos francés, alemán é italiano si accederían á que sus embajadores se reuniesen aquí en conferencia. Por otra parte, ordené á nuestros embajadores cerca de esas mismas potencias que los representantes franceses, alemanes é italianos en Viena, San Petersburgo y Belgrado informasen á estos gobiernos de la conferencia propuesta, invitándoles á cesar en toda acción ulterior á la espera del resultado de dicha conferencia.

Las respuestas á estas proposiciones no me han llegado aún completamente.

En una crisis tan grave como la que estamos atravesando, los esfuerzos de una sola potencia en favor de la paz resultarían vanos. El tiempo de que yo podía disponer era tan corto, que tuve que asumir la responsabilidad de formular una proposición sin presentir si sería acogida favorablemente.

Yo creo que mi proposición puede proporcionar una base, sobre la cual el grupo de las potencias mencionadas podrá encontrar un acuerdo razonable. No hay que olvidarse de que si la cuestión deja de estar limitada entre Austria y Servia, aquélla englobará entonces á todas las potencias y no dejará de terminarse con la más grande de las catástrofes que Europa habrá visto nunca. Nadie podrá prever entonces hasta dónde llegarán los límites de este conflicto, cuyas consecuencias directas é indirectas serían incalculables.

Algunos diputados preguntaron á Sir Edward Grey sobre la actitud de Alemania. Todos deseaban conocerla. El Imperio alemán era el único que podía aminorar rápidamente el conflicto, de ser ciertos sus deseos de paz. Y el ministro contestó:

Tengo mis razones para pensar que el gobierno alemán es favorable en principio á la idea de una mediación entre Austria-Hungría y Rusia. En cuanto á ajustar este principio al medio que yo he propuesto, ó sea á la conferencia, no he recibido hasta ahora una contestación del gobierno alemán.

Italia y Francia se adhirieron inmediatamente á la proposición de Inglaterra en favor de una conferencia diplomática que solucionara el conflicto.

Alemania siguió demorando su respuesta.

Los periódicos franceses, que empezaban á ver claro en esta conducta equívoca del gobierno alemán, juzgaron inciertas las probabilidades de éxito de dicha conferencia.

M. Pichon, el ilustre diplomático francés, resumía de este modo la situación en un artículo de *Le Petit Journal:*



SIR EDWARD GREY

Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña

Si se interroga á los representantes de Alemania, no vacilan en afirmar que todo propósito de guerra está alejado de su pensamiento. Y para afirmar esto, ofrecen como testimonio su preocupación de «localizarla», de dejarla subsistir nada más entre Austria y Servia. Pero «localizada» ó no, siempre es una guerra, y ¿quién se puede creer bastante poderoso para limitarla, en una Europa donde todas las potencias están ligadas entre sí, encadenadas por tratados, convenciones y compromisos que excluyen la hipótesis de un aislamiento?

Para evitar una guerra *general,* hay ante todo que evitar una guerra *localizada.* Esto es lo que no quieren reconocer en Berlín. A la hora en que hablaba ayer Sir Edward Grey proponiendo un arreglo diplomático por las potencias, la respuesta de Alemania no había llegado aún á Londres... Y el tiempo marcha... el tiempo nos apremia... y cada hora que transcurre aumenta la turbación y la inquietud, creando nuevas dificultades.

Yo comprendo que el gobierno alemán proponga intervenciones cerca de Rusia para calmar las justas inquietudes y desconfianzas de los eslavos. Pero al propio tiempo—y esto es lo incomprensible—se niega á las mismas intervenciones en Austria, que es de donde ha partido el golpe que provoca las inquietudes rusas. ¿Cómo seguir á Alemania en tal conducta? ¿Cómo ver el peligro nada más que en San Petersburgo, donde todo se muestra resueltamente, dignamente y meritoriamente pacífico, y no suponerlo siquiera en Viena, que es de donde puede venirnos la guerra en estas circunstancias?

Que se realice cuanto antes la intervención pacificadora, pero que sea en los lugares donde esta intervención resulta necesaria y puede ser decisiva. Que se busquen todos los medios de acuerdo y de transacción. ¿Quién puede desearlos más que nosotros? Pero que se hagan estas gestiones como las propone Inglaterra y con el concurso de todos. En esto sólo está la salud.

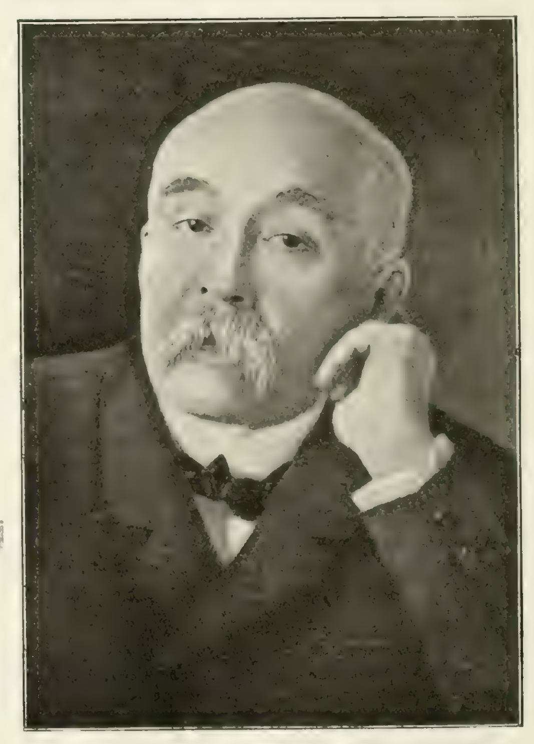
El gobierno ruso había hecho todo lo posible por aminorar el conflicto, prestándose á todas las soluciones que no fuesen vejatorias para su dignidad de protector natural de las pequeñas naciones eslavas.

Desde el primer momento, una opinión firme de resistencia á las pretensiones de Austria se había manifestado en San Petersburgo. El *ultimatum* amenazador de Viena á los servios indignó á los grandes diarios rusos. La *Novoié Vréima,* decía así:

Servia podría enviar á Austria un *ultimatum* idéntico al que ella ha recibido, quejándose de amenazas contra la integridad de su territorio. Austria ha hablado siempre claramente de aplastar á Servia. Exigir á los servios que renuncien á su ensueño de unidad de la raza servia equivale á exigirles que renuncien á ellos mismos. El *ultimatum* austro-húngaro es inaceptable, lo mismo en un plazo de cuarenta y ocho horas que de cuarenta y ocho días ó cuarenta y ocho meses. El gobierno que lo aceptase no sería gobierno cuarenta y ocho horas después.

En cuanto á Rusia, no se ha visto sorprendida por esta conducta de Austria, y contesta á ella, no sólo con palabras, sino con actos. Servia no quedará abandonada. Los promotores de esa guerra tendrán que vérselas, «no solamente con Servia, sino con Rusia también». Nuestro país desea la paz; pero si la guerra debe estallar, esa guerra no encontrará una Rusia dividida como en los tiempos de la guerra japonesa. Toda la nación rusa, desde las esferas oficiales hasta lo último del pueblo, se lanzará al combate.

Si Austria quiere jugar este juego formidable, ¡que intente el ensayo! La actitud del gobierno ruso es digna de la nación. Todos sabemos que Rusia no faltará á sus tradiciones históricas, aunque intenten intimidarla con grandes amenazas.



JORGE CLEMENCEAU, DIRECTOR DE «EL HOMBRE LIBRE»



Dibujo de A. C. Michael, de «The Illustrated London News»

Acometiendo en masa



cueste lo que cueste



AUSTRIA Y SERVIA. SEIS CONTRA UNO

Gráfico comparativo de la desproporción de fuerzas entre Austria y el pequeño reino de Servia. Siendo el ejército austriaco de 2.000.000 de hombres y el de Servia de 347.000, vienen aproximadamente á representar seis contra uno

El Correo de San Petersburgo decía así, el 24 de Julio:

El *ultimatum* austro-húngaro atropellando á Servia prueba que Austria quiere la guerra con Rusia ó que ya no considera á Rusia como una gran potencia. Francia y Rusia han hecho demasiados sacrificios para el sostenimiento de la paz, y les es imposible continuar haciéndolos con detrimento de su dignidad. Hay que tener en cuenta que por estos sacrificios Rusia no hizo todo su deber en favor de Servia cuando la guerra balkánica, pues en cierto modo la dejó abandonada ante Austria. Si Rusia persistiese en esta conducta, llegaría para ella igualmente el turno de la humillación.

La sola respuesta al *ultimatum* digna de Rusia sería ordenar la movilización sobre la frontera austriaca.

La *Gaceta de la Bolsa,* de San Petersburgo, 24 de Julio:

Austria se engaña si cree que su *ultimatum* de ahora va á alcanzar el mismo resultado que el de 1909, cuando Rusia, agotada momentáneamente, no pudo sostener á Servia ante el atropello austriaco de entonces.

La Rusia de ahora no podrá tolerar un atentado contra Servia y su independencia.

El periodismo de San Petersburgo reflejaba los verdaderos sentimientos de la nación rusa. Era general el deseo, desde el primer instante del conflicto, de sostener á los servios, tanto más cuanto que en años anteriores había tenido que acatar Servia las imposiciones de Austria, sin que Rusia pudiera ayudarla por el estado de debilidad y desconcierto que siguió á los fracasos de la guerra con el Japón.

Pero á pesar de estas manifestaciones de la opinión pública, que llegaban á aconsejar una movilización inmediata sobre la frontera austriaca como respuesta al *ultimatum,* el gobierno ruso se sostuvo varios días en una conducta prudente.

Por su consejo, el gobierno servio hizo todas las concesiones posibles á la Nota austriaca y aceptó casi todas sus exigencias. Rusia buscaba que el conflicto se limitase—como se hace siempre en tiempos ordinarios—á una discusión jurídica y administrativa entre dos Estados independientes.

Pero estas disposiciones conciliadoras tuvieron que desvanecerse desde el momento en que el más fuerte de los dos litigantes, ó sea Austria, no quería discutir, sino dominar. Era visible que el gabinete de Viena no buscaba una solución, sino un pretexto para herir la independencia de Servia; un conflicto político ante el cual ninguna potencia de Europa podía permanecer indiferente, y menos Rusia, unida á la víctima por el parentesco de la sangre y de la historia.

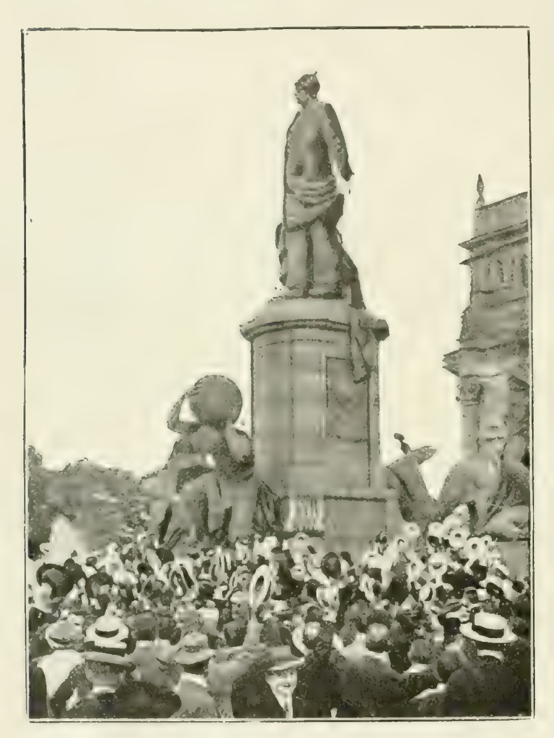
o

El gobierno ruso hizo todo lo que supo y pudo hasta el último momento para sostener la paz europea.

Su conducta contrasta con la agresividad austriaca, y más aún con la acción tortuosa y enigmática de Alemania en los primeros días del conflicto.

Austria no se hubiera atrevido á atropellar á Servia, sabiendo como sabía que Rusia estaba detrás de este pequeño pueblo, ni menos hubiese osado exponerse á las represalias rusas, de no tener desde el primer momento la certeza de que su aliada Alemania aprobaba su conducta, viendo en ésta una ocasión para la guerra deseada.

Los provocadores de las hostilidades no eran los exaltados que en las calles de Viena daban vivas á su



MANIFESTACIÓN EN BERLÍN ANTE LA ESTATUA DE BISMARCK

emperador, pidiendo la inmediata invasión de Servia. El verdadero autor era el gobierno alemán, que hablaba de paz y se negaba á dar consejos á Austria para el mantenimiento de esa misma paz, dejando en un silencio fatal que se complicasen los sucesos.

Y mientras tanto, la muchedumbre de Berlín, ávida de grandeza militar, pero que ningún interés directo tenía en lo de Servia, iba á hacer manifestaciones ante la estatua de Bismarck, con el sombrero en la mano, cantando el *Vacht am Rhein.*

Clemenceau, con su vigoroso y franco estilo, resumía la situación el 27 de Julio:

En las gestiones conciliatorias, la diplomacia del Triple Acuerdo no ahorrará esfuerzo alguno. Cuando más firme se tiene el corazón para aceptar todas las resoluciones enérgicas que pueda imponernos el porvenir, más se tiene el deber de esforzarse por encontrar acomodos, siempre que la dignidad quede en ellos á salvo.

Sir Edward Grey ha lanzado la idea de una conferencia. Se habla también de una mediación directa de Inglaterra. Todas las formas de intervención serán buenas, siempre que se juzguen aceptables por todos. Pero, francamente, no es para inspirar mucho entusiasmo esa indicación que nos llega de Viena como una muestra de sus buenos sentimientos, y según la cual Austria se dará por satisfecha si Servia se decide á aceptar todo su *ultimatum*—sin reservas de ninguna clase—, y si además paga una indemnización de 200 millones, á título compensativo, por los gastos de la movilización austriaca. ¿Puede desarrollarse una conversación que se inicia con tales exigencias?...

Si me preguntáis qué pienso del éxito de las gestiones diplomáticas entabladas, os diré que, para contestar, habría que tener la cabeza bajo el casco de Guillermo II. Cuando su embajador M. de Schoen ofrece su apoyo á nuestro ministro M. Bienvenu-Martin para buscar una transacción, tengo miedo de que el diplomático alemán se esté burlando de nosotros algo pesadamente. La idea de que nosotros invitemos á Rusia á tener calma es de lo más divertida. M. Bienvenu-Martin ha contestado oportunamente que mejor sería que Alemania dirigiese á Viena estos consejos de prudencia que desea para los demás.

Si Guillermo II—por propia inspiración y sin necesidad de seguir las indicaciones de nuestro excelente ministro de Justicia, encargado momentáneamente de los Negocios Extranjeros—quiere decir á Viena la palabra necesaria, tengo la certeza de que los tragaservios que tanto alborotan en Budapest se calmarán inmediatamente.

Pero Guillermo II no hizo nunca públicamente la más leve indicación para calmar á Austria.

En Berlín, el gobierno seguía manifestando que iba á adaptar su conducta á la de Viena únicamente. En cuanto á una intervención amistosa de las potencias, Alemania estaba dispuesta á aceptarla, *siempre que Viena la aceptase antes en todos sus puntos.* A esto añadía Alemania que *todo ensayo de pesar sobre Viena ó de hacer pesar indirectamente por otra potencia sobre ella sería considerado por el gobierno alemán como una intervención que no podría tolerar.*

No era posible manifestar con más claridad su deseo de impedir toda solución pacífica. Alemania se negaba á moverse por iniciativa propia en favor del arreglo amistoso. Haría lo que hiciese Austria. Y al mismo tiempo amenazaba con su cólera á la potencia que intentase pesar sobre las decisiones del Imperio austriaco. Unicamente le parecían aceptables y prudentes las gestiones para que Rusia permaneciese quieta y en silencio, abandonando á la pequeña Servia á su triste destino. Aparte de esto, prohibición á las potencias de emprender otras gestiones, so pena de incurrir en su cólera.

La *Gaceta de Colonia,* órgano oficioso del ministerio alemán, resumía así la conducta de éste:

La actitud de Alemania depende del modo como serán acogidas en Viena las proposiciones que se le hagan para llegar á un arreglo.

De esta actitud, adoptada desde el principio por Alemania, se desprende necesariamente una conclusión, y ésta es que en Berlín se acogerá con gusto toda mediación que *haya sido aceptada antes por Austria-Hungría.*

Equivaldría á no conocer el verdadero carácter de tal actitud



EL KAISER EN BERLÍN — Fot. Rol

El emperador Guillermo II, á las puertas de su palacio, rodeado de generales é individuos de su familia

pensar que el gobierno alemán puede prestarse eventualmente á imponer á Austria una mediación que ésta puede no desear, ó actuar de acuerdo con una tercera potencia para imponérsela.

En Rusia veían claramente, lo mismo que en Francia é Inglaterra, el poder maléfico de Alemania oculto detrás de Austria, inspirando sus actos y oponiéndose abiertamente á que nadie influyese sobre ella para hacerla cambiar de actitud.

La *Novoié Vrémia*, de San Petersburgo, decía el mismo 27 de Julio:

Dos palabras del emperador de Alemania serían suficientes para llamar á Austria al orden. Alemania no ignora que el ataque austriaco contra Servia forzosamente ha de traer como consecuencia una guerra con Rusia, y á continuación una guerra europea. Un océano de sangre y de fuego puede invadir á Europa á causa de las exigencias absurdas de esos falsarios (1) austriacos.

La responsabilidad moral de esta catástrofe recaería por entero sobre Alemania y su jefe. Si el Destino lo exige, Rusia recogerá el guante y sabrá defender el honor y el derecho.

Rusia no busca nada; Austria y sus inspiradores tienen aún tiempo para reflexionar y renunciar al temerario desafío que dirigen á la muerte. Apoyada en sus fuerzas personales, segura de su alianza con Francia y de sus amistades internacionales, Rusia aguarda con calma.

El emperador Guillermo, hacia el cual se volvían los ojos de toda Europa como única esperanza, desembarcó el mismo día 27 en Kiel, interrumpiendo su viaje por Suecia.

Su canciller, Bethmann-Hollweg, que estaba veraneando en Hohenfinov, había corrido á Berlín tres



EL VIAJE DE M. POINCARÉ A RUSIA

Yate «Alexandria», en que navegaron el zar y el presidente de Fran...

(1) Alude á las invenciones y falsificaciones de papeles de la policía austriaca intentando probar que el gobierno de Servia había preparado el atentado de Serajevo.



M. POINCARÉ Y EL ZAR DESEMBARCANDO EN RUSIA

días antes, al iniciarse el conflicto, para ponerse en comunicación con M. Jagow, ministro de Relaciones Exteriores, y M. Zimmerman, el secretario y principal consejero de dicho ministerio.

A las tres de la tarde, Guillermo II llegó á su palacio de Potsdam.

El príncipe imperial, partidario de la guerra é ídolo de los pangermanistas más fanáticos, así como de todos los militares, hasta el punto de inspirar inquietudes á su padre, iba á llegar por la noche de Zoppot á Berlín.

El kaiser tuvo una conferencia con el canciller, que le dió cuenta de los trabajos diplomáticos.

Luego conversó largamente con el jefe del Estado Mayor general de los ejércitos de tierra y el jefe del Estado Mayor de la marina.

Así terminó el 27 de Julio, «el día de la diplomacia».

VIII

El presidente Poincaré interrumpe su viaje.—Alarma general.—Los antimilitaristas de París

Otros sucesos importantes ocurrieron el mismo día 27.

El presidente Poincaré, que navegaba en el Báltico, de vuelta de Rusia, para visitar á los reyes de Dinamarca y Suecia, tuvo que interrumpir el viaje en vista de los acontecimientos.

Desde el acorazado *Francia* envió, por telégrafo sin hilos, los dos despachos siguientes:

A Su Majestad el rey de Dinamarca, en Copenhague:

La gravedad de los acontecimientos me impone el ineludible deber de regresar directamente á Francia, donde reclama mi presencia el Consejo de ministros, intérprete de la opinión pública.

Siento mucho verme obligado á dejar para más adelante la visita que había prometido hacer hoy mismo á Su Majestad, y que hasta última hora había creído posible. Siento también profundamente no poder llevar personalmente el saludo de Francia á la valerosa nación dinamarquesa.

Ruego á Su Majestad y á Su Majestad la reina que admitan mis excusas sinceras y tristes, y crean que tendré un gran placer en venir á Copenhague tan pronto como las circunstancias lo permitan.

RAIMUNDO POINCARÉ

A Su Majestad el rey de Noruega, en Cristianía:

Llamado á Francia precipitadamente por la gravedad de los acontecimientos, no puedo, con gran pesar mío, detenerme en Cristianía para saludar á Su Majestad y á Su Majestad la reina, y para ofrecer al pueblo de Noruega los saludos de mi país.

Ruego á Sus Majestades que acepten mis excusas, y crean que será para mí una felicidad el realizar esta visita tan pronto como lo permitan los acontecimientos.

RAIMUNDO POINCARÉ

Cuarenta y ocho horas después llegó el presidente á Francia, desembarcando en Dunkerque.

Su viaje á Rusia había alarmado á la prensa alemana, por las grandes revistas militares á que dió pretexto. El Imperio moscovita quiso exhibir ante el jefe de la nación aliada sus medios de guerra, considerablemente aumentados y modernizados desde poco tiempo antes. La Rusia militar, aleccionada por los fracasos de la guerra japonesa, había dedicado los últimos años á la reforma y engrandecimiento de su ejército.

Pero junto con estos alardes de fuerza, acababan de desarrollarse otros sucesos que habían perturbado el viaje de Poincaré, dando á los enemigos de la alianza franco-rusa una gran satisfacción.

Grandes huelgas obreras estallaron en las principales ciudades del Imperio al llegar el presidente de la República francesa. Los cosacos de la escolta presidencial habían tenido que abrir paso al carruaje de Poincaré entre enormes masas de obreros revolucionarios que, con pretexto de saludar al ilustre huésped, daban gritos de protesta contra el gobierno ruso. La multitud tremolaba la bandera francesa, pero recogi-



EL MINISTRO FRANCÉS DE RELACIONES EXTERIORES, M. VIVIANI, Y EL DE RUSIA, M. SAZONOF



POINCARÉ EN RUSIA
La revista militar de Krasnoie-Selo en honor del presidente de la República francesa

da de modo que sólo quedaba visible el color rojo, emblema de revolución.

Estas manifestaciones fueron tal vez una de las causas que impulsaron á Alemania á creer en la oportunidad de una guerra.

La temida Rusia aparecía dividida por la revolución. En el caso de entablarse las hostilidades, no podría acudir á la defensa de sus fronteras, ocupada ante todo en sofocar sus divisiones intestinas.

Alemania se engañó en esto, lo mismo que al apreciar el estado de ánimo de los franceses y luego el de Inglaterra.

▫

Desde que Austria presentó su *ultimatum* á los servios, la posibilidad de una guerra fué esparciendo la alarma en todo el mundo financiero.

Los diversos mercados de valores empezaron á conmoverse desde el día 24.

En Viena, un falso rumor de la sumisión completa de los servios provocó en la Bolsa un alza considerable; pero en Berlín—como si los financieros alemanes estuviesen más enterados de lo que iba á ocurrir—todo se mantuvo en una profunda frialdad.

Es más; según declaraciones de los periódicos, un alto personaje financiero de Berlín se expresó en esta forma:

—¡Qué lástima si los servios se someten y se pierde la ocasión de una guerra! Hay que acabar de una vez con esta situación insegura. Nosotros deseamos una acción inmediata y decisiva, sean cuales sean las consecuencias.

En los períodos difíciles son siempre los altos financieros los que lanzan afirmaciones optimistas, esperanzas de paz, para que la normalidad se restablezca y no sufran los intereses de su país. En Berlín, por el contrario, fueron desde el primer momento los hombres importantes de negocios los que se lamentaron de que el conflicto pudiera solucionarse, evitándose la guerra.

En Inglaterra hubo una alarma bursátil, que no llegó al pánico, pero causó apreciables daños.

La gravedad de los acontecimientos en Irlanda traía preocupados y divididos los ánimos en toda la



M. POINCARÉ EN LA TIENDA IMPERIAL DE KRASNOIE SELO SALUDANDO A LA ZARINA

Gran Bretaña desde mucho antes, y por esto las cuestiones internacionales habían quedado relegadas á segundo término. El *ultimatum* austriaco, surgiendo de pronto como una amenaza contra la paz de Europa, produjo un efecto de sorpresa, que se tradujo el 26 en una baja general de valores en la Bolsa de Londres. Hasta los consolidados y las acciones de ferrocarriles, que son valores de reposo, sufrieron una depreciación notable.

Ya hablamos de la efervescencia que se produjo en la Bolsa de París desde las primeras noticias del conflicto, efervescencia que llegó á un período inquietante en el último sábado. Al reanudarse el lunes á mediodía las operaciones, surgió un incidente violento.

Un especulador extranjero, llamado Rosenberg, de nacionalidad austriaca, se había distinguido en los últimos días por su rabioso juego á la baja y otras maniobras conducentes á la desvalorización de la renta francesa. Al abrirse la Bolsa, algunos que estaban ya algo irritados por las risas sardónicas del austriaco, le oyeron ciertas palabras despectivas para los franceses.

Se elevó entonces un tumulto enorme. Miles de voces pidieron que Rosenberg fuera expulsado inmediatamente del edificio. Algunos extranjeros intentaron defenderle. Hubo empujones y algunas bofetadas. El austriaco arrogante fué acorralado en la casilla donde hacía sus negocios. El comisario de policía de la Bolsa tuvo que intervenir para proteger su vida. Dos mil bolsistas siguieron reclamando á gritos su expulsión, y tal carácter tomó su protesta, que al fin llegó el prefecto de policía con numerosos agentes. Cuando, al fin, el bajista austriaco salió de la Bolsa para siempre, la muchedumbre financiera, contenida por la policía, acompañó su expulsión entonando la *Marsellesa*.



EN LA BOLSA DE PARÍS

El público pidiendo la expulsión del bolsista austriaco M. Rosenberg

Dibujo de Leon Fauret, de *L'Illustration*)

La inquietud causada por el estado financiero y las malas noticias se propagó á toda Francia. El público fué afluyendo á los Bancos y las Cajas de Ahorros para retirar sus fondos. En Berlín, Viena, Budapest, Bruselas y Barcelona se decidió cerrar la Bolsa, para evitar de este modo, momentáneamente, el apuro de las liquidaciones de fin de mes.

En la noche del 27, numerosos grupos sindicalistas, antimilitaristas, revolucionarios y anarquistas, obedeciendo una orden, bajaron al centro de París desde Montmartre, Belleville y los arrabales del Norte y el Oeste. Su propósito era protestar contra la guerra, como si estuviese en las facultades del gobierno de la República el evitarla.

Frente á ellos, otros grupos de patriotas organizaron contramanifestaciones. En el Bulevar, unos gritaban: «¡Abajo la guerra!» Otros: «¡Viva el ejército!» Algunos unían las dos aclamaciones, vitoreando al ejército francés, pero dando mueras á la guerra.

Hubo golpes y choques entre unos manifestantes y otros, hasta que intervino el prefecto Hennion con numerosas fuerzas de policía, repeliendo á los grupos hostiles, recogiendo los heridos y verificando numerosas detenciones.

Los adversarios de la guerra se retiraron hacia los bulevares exteriores cantando la *Internacional*, y allí sostuvieron nuevos choques con la policía. Varios agentes resultaron heridos, así como muchos manifestantes.

«¡Abajo la guerra!» El grito no podía ser más justo y generoso. Pero no había por qué gritar esto á Francia. La República no quería la guerra. Tuvo que aceptarla, pero no la deseó ni por un momento. Cuando se puso en guardia por medio de la movilización, aún dudaba que las amenazas de guerra se convirtiesen en realidades. Creyó en una paz posible, hasta mucho después que los destacamentos de hulanos habían violado sus fronteras.

«¡Abajo la guerra!» Este noble grito del socialismo sólo podía ser oportuno y eficaz lanzado en Berlín.

Y los socialistas alemanes, corrompidos por el militarismo prusiano, como todas las clases del Imperio, no abrieron la boca para protestar.

Todavía á estas horas no han hecho un gesto que los separe del inmenso rebaño germánico, belicoso, entusiasta del emperador y su autocracia militar, dispuesto á oprimir los pueblos de Europa como lo desean los pangermanistas, para mayor gloria de «la más grande Alemania».

XI

Austria declara la guerra á Servia

Al día siguiente, martes 28 de Julio, á mediodía, el gobierno austro-húngaro envió á Servia la notificación oficial de la guerra en la siguiente forma:

No habiendo respondido el Gobierno real de Servia de un modo satisfactorio á la Nota que le fué entregada por el ministro de Austria-Hungría en Belgrado con fecha de 23 de Julio de 1914, el Gobierno Imperial y real se ve en la necesidad de buscar por sí mismo la salvaguardia de sus derechos é intereses y de recurrir para este efecto á la fuerza de las armas. Austria-Hungría se considera desde este momento en estado de guerra con Servia.

El ministro de Negocios Extranjeros de Austria-Hungría,

CONDE BERCHTOLD

Al mismo tiempo el emperador Francisco José dirigió á los diversos pueblos de su Imperio el siguiente Manifiesto, redactado por el conde Sturgkh, presidente de su Consejo de ministros:

Ischl, 28 de Julio

A mis pueblos:

Fué mi más grande deseo consagrar los años que me sean concedidos todavía por la gracia de Dios á la obra de la paz y á preservar á mis pueblos de los graves sacrificios y las cargas de la guerra.

La Providencia lo ha dispuesto de otro modo.

Los manejos de un adversario lleno de odio me obligan, para defender el honor de mi monarquía, para proteger su autoridad y su poderío, para garantizar su posición actual, á empuñar la espada, luego de largos años de paz.



M. ROSENBERG SALIENDO DE LA BOLSA DE PARÍS

El reino de Servia, con una ingratitud llena de olvido, ese reino que desde el principio de su independencia hasta los últimos tiempos fué favorecido y protegido por mis antecesores y por mí, se ha comprometido desde hace años en una serie de hostilidades contra Austria-Hungría.

Cuando, después de treinta años de trabajos en favor de una paz bendita, extendí yo mis poderes soberanos sobre la Bosnia y la Herzegovina, esta decisión de mi parte provocó en el reino de Servia—cuyos derechos no quedaban violados por esto de ninguna manera—una explosión inmensa de pasiones y un odio de los más profundos.

En esta época, mi Gobierno hizo uso del hermoso privilegio del más fuerte, y, en su indulgencia y dulzura extremadas, no exigió de Servia mas que la disminución del efectivo de su ejército en pie de guerra y la promesa de que en lo porvenir seguiría siempre una orientación de paz y de amistad.

Animado mi Gobierno del mismo espíritu de moderación, cuando hace dos años estaba Servia en lucha con el Imperio turco, se limitó á garantizar las condiciones vitales, las más importantes de mi monarquía.

Gracias á esta actitud, Servia pudo llegar á la realización del fin que se perseguía con dicha guerra.

La esperanza de que el reino de Servia sabría agradecer la longanimidad y el amor á la paz de mi Gobierno manteniendo sus promesas, no se ha realizado.

El odio contra mí y mi familia es cada vez más violento y más fuerte. La tendencia de Servia á desprender por medio de la violencia territorios que no quieren separarse de Austria-Hungría se acusa cada vez más visible.

Mi Gobierno ha emprendido inútilmente una última tentativa para conseguir que Servia cambie de política, pero este reino ha desechado las reivindicaciones moderadas de mi Gobierno rehusando cumplir su deber.

Después de esto me veo obligado á crearme por la fuerza de las armas las garantías indispensables que deben asegurar á mi Estado la calma en el interior y la paz permanente en el exterior.

Yo tomo sobre mí, en esta hora grave, todo el peso de mi decisión y la responsabilidad en que incurro ante el Todopoderoso. Lo he excusado todo y estudiado todo. Con toda conciencia me lanzo en la vía que me señala mi deber.

Tengo confianza en mis pueblos, que en el curso de tantas tempestades se han agrupado siempre alrededor de mi trono. Tengo confianza en el ejército de Austria-Hungría, que está animado por sentimientos de bravura y abnegación, y tengo confianza también en el Todopoderoso, que dará la victoria á mis armas.

FRANCISCO JOSÉ

STURGKH

Este documento sirvió para demostrar francamente qué era lo que habían deseado desde el primer momento los dos Imperios aliados. La guerra era la finalidad de toda la acción iniciada por Austria con motivo de lo de Serajevo.

Alemania venía hablando desde mucho antes, por medio de sus periódicos, de la conveniencia de «una guerra preventiva», para quebrantar á las demás potencias de Europa, que se desarrollaban de un modo alarmante. Austria, con su *ultimatum,* proporcionaba inesperadamente el motivo para provocar á Rusia, la cual, en virtud de su alianza, arrastraría tras de ella á la República francesa.

El Imperio alemán, que podía haber retenido oportunamente á su aliado con sólo una palabra, no la dijo nunca. Su inercia y su silencio dieron á entender cuál era su voluntad. Deseaba aprovechar esta ocasión

MANIFESTACIÓN EN PARÍS CONTRA LA GUERRA .Fot. Rol

El prefecto de policía de París, M. Hennion, vigilando en el Bulevar durante la manifestación de los antimilitaristas contra la guerra

para la deseada «guerra preventiva». Todas sus afirmaciones, jamás seguidas de un acto en favor de la paz, fueron irritantes falsedades.

Mentira también el apartamiento del kaiser de los negocios políticos y su viaje á Suecia antes de que el *ultimatum* austriaco produjese la alarma general. Comedia torpe y grosera la ignorancia fingida por Guillermo II y su gobierno acerca de las intenciones de Austria. La conducta del emperador germánico y sus ministros parecía obscura á todos á fines de Julio, en los días anteriores á la guerra. Su incoherencia desorientaba á los hombres de carácter recto y buena voluntad, que no sabían qué pensar ante tantas contradicciones.

Alemania hablaba de paz, y todos sus actos eran contrarios á ella. Rehuía las proposiciones diplomáticas conducentes á un arreglo, calificándolas de peligrosas. Se negaba á una mediación cerca de Austria, que era la que había declarado la guerra, y proponía una actuación en Rusia, que deseaba la paz. La diplomacia de Berlín y Viena hablaba de una cuestión servia, pero su deseo era agrandarla, convirtiéndola en cuestión *eslava*.

Al ocurrir, días después, el rompimiento entre Inglaterra y Alemania, quedaron al descubierto muchos secretos diplomáticos, revelados francamente por el gobierno británico para que el mundo pudiese apreciar la falsía de los gobernantes alemanes.

Entonces se vió que Austria no había hecho nada sin consultar antes á su poderoso aliado. Así era de presumir, teniendo en cuenta el carácter dominador de Guillermo II. Todo cuanto el gabinete de Viena había realizado contra Servia, desde el *ultimatum* á la ruptura de hostilidades, era con previo conocimiento y aceptación del gobierno de Berlín.



PARÍS. ARRESTO DE UN MANIFESTANTE CONTRA LA GUERRA (Fot. Rol)



MANIFESTACIÓN EN PARÍS CONTRA LA GUERRA (Fot. Rol)
La policía cerrando el paso en el Bulevar á los manifestantes contra la guerra

El embajador de la Gran Bretaña en Viena, Sir Mauricio Bunsen, pudo averiguar el 30 de Julio que Alemania y Austria habían marchado de acuerdo desde el primer momento para provocar á Rusia, atacando á Servia.

Guillermo II y sus ministros fingieron siempre no haber conocido el *ultimatum* de Austria hasta el momento en que ésta lo comunicó á las potencias. Es más: se afirmó por algunos diplomáticos alemanes que al kaiser le parecía extremado este documento, que de conocerlo antes de su publicación habría pedido algunas modificaciones.

Todo mentira. El kaiser—según los informes del embajador inglés en Viena, Sir Bunsen—conoció el texto del *ultimatum* mucho antes de que el gobierno de Austria-Hungría lo enviase á Servia. El embajador de Alemania en Viena *telegrafió el texto por entero á su emperador Guillermo II.* Éste lo aprobó, y sólo entonces el Imperio austriaco, seguro del apoyo de su aliado, se decidió á iniciar sus provocaciones contra Servia, que en realidad eran contra Rusia.

El mismo embajador de Alemania en Viena comunicó todo esto á Sir Bunsen confidencialmente, cuando aún creían en Berlín que Inglaterra iba á mantenerse al margen del conflicto.

Otra demostración de que el atentado de Serajevo no fué mas que un pretexto para turbar el equilibrio y la paz de Europa, la proporcionó el mismo Imperio austriaco con su conducta ante las víctimas. Los oficiales del ejército austriaco, protegidos del archiduque Francisco Fernando, tal vez lloraron por agradecimiento el triste fin de su generalísimo. La muchedumbre, que abomina instintivamente de todo asesinato y además odiaba á Servia con una aversión tradicional de raza, manifestó ruidosamente su protesta contra el atentado, más por cólera patriótica que por verdadero sentimiento. El gobierno austriaco, que había de tomar pretexto de este asesinato para turbar la paz del mundo, se mostró mezquino y frío al rendir los últimos honores á las dos víctimas de Serajevo, alegando ridículas etiquetas de la corte que debían olvidarse en un caso de sincero dolor.

El 4 de Julio, los cadáveres del archiduque Francisco Fernando y su esposa la duquesa de Hohenberg fueron enterrados en el panteón de Arbstetten, después de una corta ceremonia, bajo una lluvia torrencial.

Ni los archiduques de la familia reinante ni los dignatarios de la corte y altos mandos del ejército asistieron á la ceremonia. El no ser de raza real la duquesa de Hohenberg sirvió de pretexto para justificar esta frialdad.

Ya hemos visto el Manifiesto del viejo emperador Francisco José. No hay en él mas que alusiones á la *ingratitud* de Servia, que correspondió siempre con un odio explícito á las bondades del Imperio austriaco.

Estas bondades consistieron en obstáculos más ó menos encubiertos para impedir su desarrollo y en una oposición descarada á todos sus intentos de extenderse hasta el mar.

La lista de las *ingratitudes* servias no puede ser más grotesca é injusta. Servia fué ingrata porque osó protestar en nombre de sus intereses nacionales al ver que Austria, rasgando el tratado de Berlín, se apropiaba de Bosnia tranquilamente.

Otra de sus ingratitudes consistió en tener que abandonar, cuando estaba victoriosa, la salida al Adriático que se había conquistado, humillándose una vez más ante la arbitrariedad de Austria.

La tercera ingratitud fué no agradecer al Imperio austriaco su magnánima generosidad al no clavarle un puñal en la espalda mientras estaba en guerra, contentándose con azuzar á los búlgaros para que invadiesen su territorio.

Aparte de estas falsas lamentaciones, el anciano emperador apenas habla en su Manifiesto de la catástrofe de Serajevo, motivo inicial del conflicto. La muerte del sobrino sólo la recuerda fríamente, como un argumento político, sin nada que suponga emoción y tristeza.

Otras preocupaciones más positivas dominaban el ánimo de Francisco José; en primer término, la de aplastar á la pequeña Servia, haciéndola responsable de su propia ruina.



JORGE V
Rey de Inglaterra

En todo lo concerniente al crimen de Serajevo, el gobierno austriaco procedió con un marcado interés político, sin acordarse para nada de la estricta justicia.

Cuando tres meses después del crimen, á mediados de Octubre, se verificó la vista del proceso, la conducta de los jueces austriacos, obedientes al gobierno, fué un motivo de estupefacción para el mundo entero.

El tipógrafo Cabrinovitch, que arrojó la bomba, y el estudiante Gavrilo Princip, autor de las dos muertes, no negaron sus actos. Antes bien, con la arrogancia de los delincuentes políticos que desean morir por su causa, afirmaron una vez más su satisfacción por haber suprimido al archiduque Francisco Fernando, considerado por ellos como el mayor enemigo de los servios de Bosnia. Unicamente el joven Princip se lamentó de haber dado muerte á la duquesa, por ser una mujer, asegurando que había hecho esto contra su voluntad.

Y sin embargo, los jueces austriacos sólo sentenciaron á veinte años de reclusión á estos delincuentes confesos. En cambio condenaron á muerte á unos cuantos desconocidos residentes en Servia que no podían sufrir el castigo.

Hasta en la sentencia de este delito, causa inicial del conflicto europeo, se buscó hacer creer que el único asesino del archiduque fué el gobierno de Servia, y para ello nada encontraron mejor que mostrar con los autores materiales del hecho una clemencia pocas veces vista en los dominios austriacos.

▫

La declaración de guerra de Austria á Servia produjo en Europa una alarma justificada, pero sin destruir completamente la confianza de los optimistas.

Parecía tan absurda é inverosímil una guerra europea, que aun después de haberse iniciado con el ataque austriaco dudaban los más de su continuación, esperando en el último instante una mediación prodigiosa.

La guerra se había declarado; iban á hablar las armas de un momento á otro.

No obstante, Inglaterra seguía trabajando para conseguir una mediación, y Francia é Italia estaban al lado de ella.

Aunque comenzasen las hostilidades, no había por qué desesperar de un arreglo. Rusia, contemporizadora y amiga de la paz, declaraba no considerar como *casus belli* la entrada de los austriacos en Servia, y se mantenía tranquila, confiando en los esfuerzos de la diplomacia.

Bélgica, como si conociera secretamente el pensamiento de los vecinos y adivinase el porvenir, se apresuró á tomar precauciones para el mantenimiento de su neutralidad. Su gobierno procedió á la movilización de una parte del ejército el 28 de Julio, poniendo en pie de guerra 100.000 hombres y preparándolo todo para una movilización general si los sucesos se agravaban.

El reino de Montenegro también había ordenado la movilización. La muchedumbre hizo manifestaciones en Cetiña en favor de una acción común con Servia.

▫

En París no se alteró la calma de las gentes; una calma que obedecía principalmente al deseo de no forzar el desarrollo de los acontecimientos cometiendo una imprudencia.

La amenaza de una guerra europea ocupaba todos los ánimos. Sólo se hablaba de esto. Los demás sucesos, aun los más recientes, habían pasado de pronto á último término.

El proceso contra madame Caillaux, que una semana antes traía dividido á París, provocando casi una revolución con manifestaciones y contramanifestaciones en las calles, apenas si se recordaba ahora como un asunto remoto.

El mismo día 28 absolvió el jurado á Mad. Caillaux, sin que los partidarios de ésta mostrasen satisfacción ni los enemigos reanudasen sus protestas. La absolución se acogió con una completa indiferencia. Los franceses tenían asuntos más importantes de qué ocuparse y que llenaban su pensamiento completamente.

En los establecimientos de crédito fué engrosando la muchedumbre que acudía para retirar sus depósitos.



M. RAIMUNDO POINCARÉ
Presidente de la República francesa

Ante la casa central del Banco de Francia se aglomeraron también los que deseaban cambiar moneda. El miedo á los acontecimientos hizo que todos pensasen en procurarse oro dando billetes.

Algunas tiendas importantes de alimentos se negaron á cambiar billetes, exigiendo los pagos en moneda, y esto produjo en el público la consiguiente alarma. Para que en aquellos comercios admitieran un billete era preciso comprar géneros por un valor equivalente al 20 por 100.

Desde las siete de la mañana se apiñó la muchedumbre en la Caja de Ahorros de París para reclamar sus depósitos, formando una fila enorme ante las verjas, bajo la vigilancia de la policía. Esta masa de mujeres y obreros se mantuvo en completa calma, aguardando tranquilamente que les llegase su vez; pero como eran tantos, sólo una minoría consiguió retirar sus depósitos.

Los demás pasaron el día entero, de la madrugada á la noche, esperando el turno de entrada, sin conseguir al fin sus propósitos.

En todas las calles se formaron grupos que hablaban de la posibilidad de la guerra, pero sin que nadie mostrase alarma ni inquietud.

Todos creían próxima la orden de movilización. Un fatalismo heroico comenzaba á enardecerles.

—Si la guerra es inevitable—decían—, iremos á la guerra.

Desde este día se notó una gran actividad en los almacenes de artículos militares, en los de calzado y en las sastrerías de uniformes.

Los oficiales de la reserva y del ejército territorial hicieron sus últimos preparativos para estar prontos á un llamamiento.

Pero aún no se consideraba la guerra como inevitable.

Se hablaba de ella alegremente. ¡Tantas veces se había anunciado como próxima, sin que al fin llegase!...

Y mientras tanto, M. de Schœn, el embajador de Alemania, seguía visitando á M. Bienvenu-Martin en el Ministerio de Negocios Extranjeros para hablar de una paz posible.

X

Actitud de Rusia.—Su movilización parcial.—Inutilidad de las gestiones pacificadoras.—Las naciones empiezan á arruinarse.—Llegada de Poincaré á París.

El miércoles 29 de Julio, á la una y media de la madrugada, se inició la guerra en Servia.

La guarnición de Belgrado hizo saltar el gran puente que une á esta capital con Semlin, la inmediata ciudad austriaca. La explosión no llegó á destruir el puente por completo, pero cortó la vía férrea, imposibilitando el paso de los trenes enemigos.

EN PREVISIÓN DE LA GUERRA.—LA MUCHEDUMBRE ANTE EL BANCO DE FRANCIA

FRENTE A LA CASA CENTRAL DEL BANCO DE FRANCIA

AGUARDANDO PARA ENTRAR EN EL BANCO

Y LA CAJA DE AHORROS DE PARIS AGUARDANDO TURNO PARA RETIRAR SUS FONDOS

ESPERANDO QUE SE ABRA LA PUERTA DE LA CAJA DE AHORROS

FORMANDO FILA EN LA CAJA DE AHORROS

(Fots. Meurisse)



EL PUENTE QUE UNÍA A BELGRADO CON SEMLIN DESTRUÍDO POR LOS SERVIOS

Cuatro monitores austriacos empezaron á bombardear á Belgrado, y las tropas servias contestaron con un vivo fuego. El combate se extendió desde la madrugada por las riberas del Save y el Danubio. Los buques austriacos, ayudados por los reflectores, dirigieron sus tiros especialmente sobre la ciudadela de la capital, pero la artillería servia los mantuvo á distancia.

Rusia no podía permanecer indiferente ante el atentado que empezaba á realizarse.

Los periódicos de San Petersburgo reclamaban desde algunos días antes la inmediata movilización. El mismo día 29 se supo en toda Europa que esta movilización era un hecho, pero parcialmente, limitada á los distritos del Sur y el Sudoeste limítrofes con Austria. Las tropas concentradas en estos puntos procedían de los cuerpos de ejército de Kieff, Odessa, Kazán y Moscou.

A las tropas que guarnecían la frontera alemana no se les dió orden alguna de movilización. El gobierno ruso tuvo buen cuidado de hacer constar que únicamente se ponía en guardia del lado austriaco, en vista de su iniciativa guerrera contra Servia, sin mostrar inquietud ni recelo por el lado de Alemania.

Todos los oficiales rusos residentes en los balnearios y ciudades veraniegas de Europa fueron llamados á su país telegráficamente.

El gabinete de San Petersburgo hizo saber á todas las potencias que había ordenado la movilización de catorce cuerpos de ejército, en vista de las circunstancias. El zar tomaba el mando en jefe de estas fuerzas, y el mando efectivo lo ejercería el gran duque Nicolás Nicolaievitch, secundado por el ministro de la Guerra.

Los catorce cuerpos movilizados representaban 700.000 hombres.

A pesar de esta actitud, Rusia no abandonó sus gestiones diplomáticas para conseguir el mantenimiento de la paz.

A mediodía, el embajador ruso en Viena, M. de Chebeko, visitó al conde Berchtold en el Ministerio de Relaciones Exteriores para pedirle que los austriacos suspendiesen las hostilidades iniciadas, dando tiempo á que las potencias buscasen un arreglo. Esta suspensión de la guerra la solicitaba Rusia sólo por unos días, los suficientes para que Inglaterra llegase al término de sus gestiones. Además, el gobierno ruso no daba importancia á lo ocurrido durante la madrugada.

Como era de esperar, el resultado de esta proposición fué negativo. Austria deseaba la guerra y no le convenía dar tiempo, con una suspensión de hostilidades, á la intervención razonada é imparcial de las otras potencias. Su propósito, desde el principio—así como el de Alemania—, fué violentar y acelerar la marcha de los sucesos.

En Viena, toda la diplomacia europea hacía esfuerzos desesperados queriendo impedir que las hostilidades pasasen adelante.

Los embajadores de Francia, Rusia, Inglaterra é Italia se reunieron con el de Alemania para cambiar impresiones. Los cuatro primeros se daban cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos para convencer al gobierno austriaco. Apenas conoció el conde Berchtold la proposición mediadora de Sir Edward Grey, tuvo prisa en declarar la guerra á Servia, para levantar el obstáculo de un hecho consumado é irreparable entre Austria y la diplomacia conciliadora.

En vista de esto, los representantes de las potencias intentaron preparar una negociación directa en-



EL PRÍNCIPE JORGE DE SERVIA, QUE AL DECLARARSE LA GUERRA TOMÓ EL MANDO DEL EJÉRCITO DE SU PAÍS (Fot. Rol)

tre San Petersburgo y Viena á propósito del conflicto austro-servio.

Rusia no se opuso á esta solución. Estaba dispuesta á entenderse directamente con Austria. El gabinete de Viena se negó de nuevo, repitiendo que el asunto era únicamente entre Austria-Hungría y Servia.

Entonces los embajadores en Viena decidieron pedir insistentemente al gobierno de Alemania que usase de toda su influencia para que Austria-Hungría admitiese un cambio de ideas con el gabinete de San Petersburgo. Esto no obligaría al gobierno austriaco á nada, ni era contrario á su dignidad. Tal vez al hablar directamente las dos potencias acabarían por entenderse.

Pero el gabinete de Berlín mostró ante estas proposiciones una actitud reservada.



ASPECTO DE UNA CALLE DE BELGRADO AL PROCLAMARSE LA MOVILIZACIÓN

(Fot. Rol)

El embajador de Alemania en Viena asistía á todas las reuniones de sus compañeros los embajadores de Inglaterra, Francia, Rusia é Italia. Aprobaba sus opiniones y prometía ayudarles en favor de la paz, una paz que era el más ferviente deseo de su emperador y su gobierno.

Y tal vez reiría en su interior, sabiendo de antemano que ni el emperador ni sus ministros habían de hacer nada por esta paz; antes bien, la impedirían, oponiendo su inercia y su silencio como obstáculos insuperables á las iniciativas conciliadoras.

La certeza de que el soberano de Alemania podía solucionarlo todo con sólo una palabra no era una opinión de las grandes potencias únicamente. Los países neutrales como Suiza creían lo mismo. *Le Journal de Genève* (Ginebra) resumía de este modo la situación en la mañana del 29 de Julio:

> Un gesto del emperador Guillermo II calmaría á su aliada. Este gesto lo espera con angustia toda Europa. Alemania está en plena prosperidad, en pleno crecimiento. Desborda de la fuerza que le dan dentro de ella un gobierno formidablemente armado y fuera de ella un prestigio intacto. Su monarca, interviniendo bondadosamente cerca de su aliado, merecería, además del gran imperio que posee, la gratitud de todos los pueblos. Esta gratitud aumentaría su poder, dándole un nuevo brillo. En esta mediación no habría que hacer ningún sacrificio doloroso, y tal vez desarmaría las animosidades nacionales, que obligan á toda Europa á vivir en una perpetua alarma.
>
> Alemania se ha extrañado muchas veces de inspirar menos afecto y confianza que respeto y temor. Ha sonado para ella la hora de adquirir ese afecto y confianza, sin que por ello pierda el respeto y el temor que inspira.

El Imperio alemán prefirió seguir infundiendo temor por medio de una «guerra preventiva» á conquistar pacíficamente el afecto y la confianza que jamás supo inspirar al mundo.

Inglaterra, que ya dudaba del éxito de sus gestiones para mantener la paz, puso en movimiento sus flotas, como medida previsora.

La escuadra del Mediterráneo recibió la orden de concentrarse en Malta. La primera escuadra del Océano, compuesta de *dreadnoughts,* á las órdenes del almirante Galleghan, salió de Portland durante la madrugada con rumbo desconocido.

En Alemania continuaron los preparativos de movilización, hechos sordamente.

Francia, en vista de los sucesos, empezó á concentrar en las guarniciones las tropas destacadas, llamando además á los oficiales y soldados del ejército activo que estaban gozando de licencia.

Bélgica convocó á las tres clases militares de 1912, 1911 y 1910, desistiendo definitivamente de las maniobras que tenía proyectadas. Además, las fortificaciones de Lieja y de Namur fueron puestas en pie de guerra.

El rey de Bélgica y sus ministros empezaron á preparar una nueva concentración para añadir 100.000 hombres más al ejército nacional, compuesto ya de otros tantos.

En Alemania hubo el 29 de Julio un pánico general frente á las Cajas de Ahorros. La muchedumbre de Berlín y de las principales ciudades, alarmada por los preparativos belicosos que venían haciéndose desde una semana antes, creyó en la proximidad de la guerra, que hasta entonces había sido considerada como algo problemático, y sintió miedo por la suerte de sus depósitos.

Desde las cinco de la mañana, el público fué aglomerándose ante las puertas de aquellos establecimientos, á pesar de que las oficinas se abrían á las nueve.



HABITANTES DE BELGRADO ACAMPADOS AL AIRE LIBRE AL SER BOMBARDEADA LA CIUDAD POR LOS AUSTRIACOS

(Fot. Rol)

La tan deseada «guerra preventiva» produjo una natural inquietud en el pueblo alemán al verla tan próxima.

Algunos grupos socialistas intentaron protestar contra la guerra, como sus compañeros de otros países, pero estas demostraciones no tuvieron importancia. La gran masa socialista alemana—de la que hablaremos más adelante—vive ahora sometida al Imperio y al militarismo, como todas las clases de la nación.

La Gaceta de la Cruz, órgano de los conservadores alemanes, dijo con tono despectivo al comentar tales intentos:

Hoy, más aún que ayer, creemos que las demostraciones socialistas carecen de valor y de resultado práctico. Pero pueden inducir á los extranjeros á un grave error, porque no saben la escasa influencia que tienen entre nosotros las vociferaciones socialistas.

Poco después de mediodía llegaron á París el presidente Poincaré y el jefe del gobierno, Viviani, que habían desembarcado por la mañana en Dunkerque.

Al bajar del tren en la estación del Norte, la muchedumbre prorrumpió en aclamaciones á Francia, á la República y á Poincaré. El presidente acogió con graves saludos esta manifestación patriótica.

Empezaba á diseñarse desde este momento la unanimidad de opinión que el peligro nacional iba á crear en Francia. Los grupos reaccionarios y los de ideas avanzadas se unieron instintivamente para tributar este homenaje al más alto representante de la República francesa.

Desde la estación al palacio del Elíseo el entusiasmo popular siguió al presidente, como si en esta hora grave quisiera infundirle con sus aplausos y vítores nuevas fuerzas para el cumplimiento de sus deberes supremos.

En las primeras horas de la tarde, el jefe del gobierno, M. Viviani, tuvo una conferencia con el embajador alemán, M. de Schœn, en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Después llegó el embajador de Rusia, M. Isvolsky, y los dos diplomáticos, alemán y ruso, mantuvieron una larga conversación en presencia del ministro francés.

Por la noche, París se mantuvo en calma. La muchedumbre discurrió por los bulevares, ansiosa de noticias, pero sin hacer manifestaciones.

La preocupación más inmediata la ocasionaba el dinero. Las dificultades para el cambio de moneda molestaban al público.

El oro había desaparecido por completo desde algunos días antes, recogido y guardado previsoramente por los establecimientos de crédito y los particulares ricos. La plata empezaba á escasear igualmente. Todos sentían la necesidad de que el Banco de



LA MULTITUD EN BERLÍN ACUDIENDO Á LA CAJA DE AHORROS PARA RETIRAR SU DINERO (Fot. Meurisse

Francia pusiese en circulación billetes de cinco y de veinte francos.

El estado de espíritu de los franceses era excelente. Nadie deseaba la guerra; todos querían evitarla, pero nadie la temía, aceptándola de antemano, si es que se presentaba, como algo fatal é inevitable.

«Las manifestaciones del pueblo de Berlín—decía Clemenceau—contra Rusia y contra Francia, que no han hecho un solo gesto de amenaza hasta ahora, demuestran cuál es el estado de espíritu del kaiser y de todo su pueblo. ¡Cuán distinto el estado de espíritu de nuestros conciudadanos! Yo sólo veo en torno mío hombres tranquilos y resueltos. No oigo mas que deseos de paz, acompañados de una sonrisa de seguridad viril y de un relampagueo de ojos que dan á entender que el alma francesa no ha degenerado.»

XI

Declaraciones de Inglaterra sobre la paz.—La situación en Londres y París.—Movilización rusa.—Reclamación de Alemania.—Vanas esperanzas de conciliación.—Las naciones se preparan para la guerra.

El jueves 30 de Julio, al abrirse la sesión de la Cámara de los Comunes, el gobierno inglés creyó necesario hacer algunas declaraciones en vista de la situación europea.

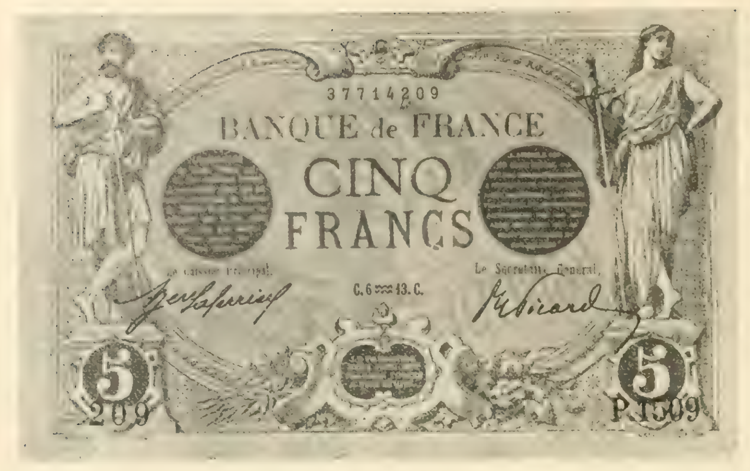
Mr. Asquith, presidente del Consejo de Ministros, habló de este modo:



PARÍS. EL PRESIDENTE POINCARÉ SALUDANDO Á LA MUCHEDUMBRE EN LA ESTACIÓN DEL NORTE

Nos reunimos hoy en unas condiciones de gravedad que no pueden encontrarse otras analogas en toda nuestra existencia politica.

La paz y la guerra de Europa parecen como equilibradas en una balanza, y esto significa para nosotros los riesgos de una catastrofe cuyas proporciones y consecuencias es imposible que calculemos.



EL NUEVO BILLETE DE CINCO FRANCOS

Siento mucho no poder anunciar á la Cámara que la situacion de hoy no ha disminuido en gravedad al compararla con la de ayer. Continuamos nuestra obra á fin de lograr lo unico que nos interesa, el sostenimiento de la páz en Europa, y para esto seguimos en estrecho contacto con todas las potencias. No hemos tropezado hasta ahora con ninguna dificultad cerca de dichas potencias, pero nos ha sido imposible establecer una acción diplomática conciliadora, tal como la habiamos propuesto el lunes.

La primera proposición del ministro Grey en favor de una conferencia diplomática no había obtenido éxito. Ahora sus esperanzas se basaban en los trabajos para conseguir una conversación directa entre Austria y Rusia.

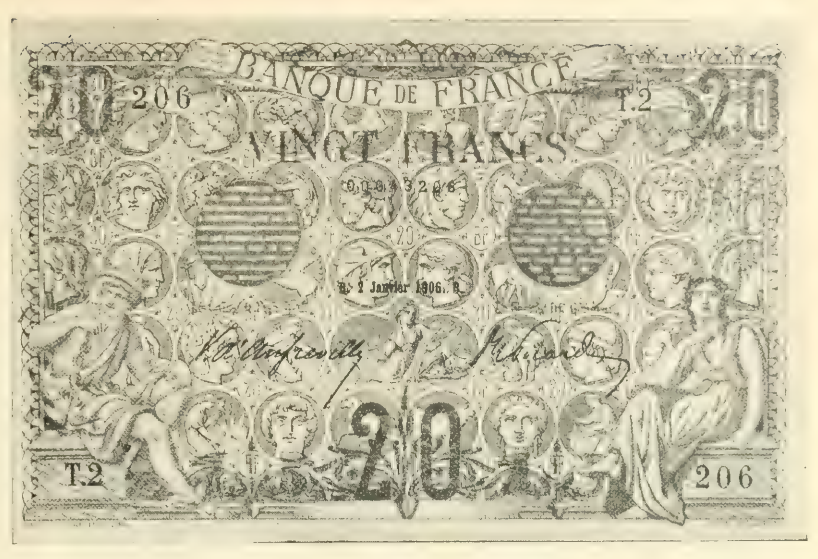
En las circunstancias presentes es de una importancia capital para los intereses del mundo entero que nuestro país, que no tiene una relacion directa en este conflicto, pueda hablar con el prestigio de una nacion en que es absoluta la unanimidad de todos.

Luego, Sir Edward Grey tomó la palabra para decir con cierta tristeza:

Londres miraba con cierta indiferencia esta situación, no creyendo en el absurdo de una guerra europea. Lo único que le preocupaba un poco era el reflejo producido en los negocios por la alarma general.

En París el malestar económico fué también en este día la preocupación dominante. La Caja de Aho-

LA MUCHEDUMBRE ANTE EL BANCO DE FRANCIA ESPERANDO TURNO PARA CAMBIAR BILLETES (Fots. Meurisse)



EL NUEVO BILLETE DE VEINTE FRANCOS

rros, para conjurar una quiebra por la gran afluencia de depositantes que acudían á reclamar sus economías, tuvo que suprimir los reembolsos. Sus restituciones fueron limitadas á 50 francos por quincena.

La crisis monetaria resultaba insufrible. La moneda metálica había desaparecido de la circulación instantáneamente. Más de 30.000 personas se aglomeraron por la mañana en el Banco de Francia para cambiar billetes por metálico. El gran establecimiento tuvo que movilizar para este servicio gran parte de sus empleados, improvisando despachos de cambio en los patios y corredores de su edificio central, pero aun con esto resultó imposible atender al público, cada vez más numeroso. Para remediar la escasez de moneda, el Banco, de acuerdo con el gobierno, decidió poner en circulación los billetes de cinco y de veinte francos.

Todos los intereses de descuento fueron aumentados en los grandes Bancos. La Cámara de Agentes

UN DETALLE DE LA MUCHEDUMBRE DESEOSA DE ADQUIRIR BILLETES DE CINCO Y DE VEINTE FRANCOS (Fots. Meurisse)



UN PATIO DEL BANCO DE FRANCIA CON DESPACHOS IMPROVISADOS PARA EL CAMBIO DE BILLETES

de Bolsa declaró la necesidad de establecer una moratoria general para las operaciones bursátiles, prorrogando hasta fines del próximo Agosto la liquidación de Julio.

El gobierno francés tomó precauciones militares á fin de asegurar las vías de comunicación. Las estaciones de ferrocarril de toda Francia, así como los puentes, túneles y encrucijadas, quedaron ocupados por las tropas.

Un periódico de París fué secuestrado por la policía por haber dicho que los ministros habían estado reunidos gran parte de la noche en el palacio del Elíseo, bajo la presidencia de Poincaré. En esta reunión se había acordado llamar á las armas á cuatro reservas. El ministerio del Interior desmintió la noticia.

Á pesar de esta tendencia del gobierno encaminada á disminuir la importancia de la situación, todos se daban cuenta de su gravedad. Los ministros, desde la llegada de Poincaré, se reunían diariamente varias veces.

▫

Rusia decretó en este día su movilización á fin de completar las medidas previsoras que había tomado, cubriendo la frontera de Austria.

El ukase del zar llamaba á banderas:

1.° Los reservistas de 23 gobiernos y de 71 distritos pertenecientes á otros 14 gobiernos.

2.° Otro número de reservistas procedentes de nueve distritos de cuatro gobiernos.

3.° Los reservistas de la Armada de 64 distritos de 12 gobiernos rusos y de un gobierno finlandés.

4.° Los cosacos libres de los territorios del Don, de Kouban, de Terek, de Astrakán, de Orenburg y del Ural.



UNA OFICINA DE CAMBIO INSTALADA POR EL BANCO DE FRANCIA EN VISTA DE LA GRAN AFLUENCIA DE PÚBLICO (Fots. Meurisse)



EL CAMBIO DE BILLETES EN EL BANCO DE FRANCIA

5.° Un núcleo de oficiales de reserva, médicos, veterinarios, etc.

Además, por el ukase imperial se requisaron en los gobiernos de la movilización los caballos, vehículos y correajes necesarios para las citadas fuerzas.



ADQUIRIENDO BILLETES NUEVOS DE CINCO Y DE VEINTE FRANCOS (Fots. Meurisse)

Los cadetes de la Armada fueron promovidos en masa al grado de oficiales.

En San Petersburgo y otras capitales rusas las manifestaciones patrióticas eran continuas é imponentes por su número.

El pueblo ruso, dividido hasta poco antes por las divergencias políticas y los antiguos odios de raza, mostraba su entusiasmo con una absoluta unanimidad. Los revolucionarios, enemigos del Imperio, tomaban parte en estos actos patrióticos. La consideración de que Rusia defendía á un pueblo débil y pequeño como Servia, hizo que hasta los enemigos más irreductibles se uniesen al gobierno aprobando su conducta. Los días tristes de la guerra ruso-japonesa, alterados por la discordia, estaban muy lejos para todos.

El embajador de Alemania en San Petersburgo se presentó á M. Sauzanof, ministro de Relaciones Exteriores, para preguntar si eran ciertas las medidas de movilización, dando á entender que en caso afirmativo el Imperio alemán procedería á una movilización análoga.

Alemania quería saber:

1.° Cuál era el objeto de la movilización en Rusia.

2.° Si esta movilización era dirigida contra Austria.

3.° Si Rusia estaba dispuesta á ordenar que cesase esta movilización.

El gobierno alemán pidió á Rusia que contestase lo antes posible á estas preguntas, que tenían el carác-

ter de un *ultimatum*. El ministro Sauzanof respondió que esta movilización no iba dirigida en modo alguno contra Alemania, pues no se desarrollaba en sus fronteras y sólo era parcial. En cuanto á dar órdenes para suspenderla, ya no era posible.

La gestión amenazante de Alemania daba á entender su propósito inmediato de recurrir á la guerra. No había querido intervenir hasta entonces entre Rusia y Austria á fin de llegar á un acuerdo. Pero ahora daba señales de vida para amenazar al Imperio ruso si continuaba su movilización contra los austriacos.

Persistiendo Inglaterra en sus propósitos conciliadores, aún gestionó en este día cerca del gabinete de Berlín para sostener la paz. Sir Edward Grey renunciaba á sus iniciativas anteriores y pedía á Alemania que manifestase bajo qué forma juzgaba preferible una intervención amistosa en el conflicto. El gobierno de Berlín no contestó. El ministro inglés, convencido al fin de que no conseguiría en su obra pacífica el apoyo de la *Wilhelmstrasse* —como llaman en lenguaje diplomático al gabinete de Berlín—, concentró sus esfuerzos para convencer al *Ballplatz*, ó sea el gabinete de Viena.

◦

El gobierno francés no se hizo ilusiones sobre la posibilidad de una paz al enterarse del *ultimatum* dirigido á Rusia por el gobierno de Alemania.

La guerra era inevitable y había que tomar precauciones. Se abstuvo hasta el último momento de dar la orden de movilización, pero adoptó todas las medidas compatibles con un estado normal. Las tropas llamadas de «cobertura» fueron concentradas en diversos puntos de la frontera. 250.000 hombres del ejército activo formaron una muralla para impedir una invasión repentina. Mientras tanto, á sus espaldas podían realizarse tranquilamente los preparativos de defensa. Los depósitos de municiones y víveres se completaron con vertiginosa rapidez. Las vías férreas quedaron expeditas para una próxima movilización.

El rey de Bélgica tuvo frecuentes entrevistas con sus ministros y el jefe del Estado Mayor general del ejército. Sus acuerdos se encaminaron á reforzar más todavía las tropas sobre las armas, si es que Alemania realizaba su movilización.



EL REY DE BÉLGICA, ALBERTO I

Inglaterra, tenaz en sus gestiones, era la última esperanza de los que aún confiaban en un arreglo que conjurase la guerra. El ex ministro Pichon, ilustre diplomático, resumía de este modo los sucesos en *Le Petit Journal:*

No es posible decir —como afirman en la capital de Alemania— que el mantenimiento de la paz general depende de Rusia. Esta afirmación es un sofisma. Únicamente sería verdad si la provocación hubiese partido de San Petersburgo. Pero esta provocación ha partido de otro lugar, y precisamente en ese lugar es donde la intervención alemana puede ser omnipotente.

La verdad es que el gobierno alemán resulta en estos momentos el único señor de la paz ó de la guerra.

Aun admitiendo que no acepte el encargarse de contener á su aliado el Imperio de Austria y que no quiera ejercer ninguna presión sobre él, siempre quedará el recurso de una intervención de tres ó cuatro potencias cerca de los gobiernos más interesados en la crisis.

Esta intervención es la que Inglaterra ha propuesto, la que nosotros hemos apoyado, la que Italia aceptó inmediatamente y la que Alemania ha rehusado. Hay que insistir una vez más. Esta solución se impone. Que modifiquen su forma si se quiere para dar toda la satisfacción posible á las objeciones alemanas. Pero que se insista en ella: que vuelvan á reanudarse las negociaciones.

Clemenceau, en su periódico *El Hombre Libre*, se mostraba menos confiado, dudando que se aceptase la solución propuesta:

Todos los países civilizados saben de dónde viene la agresión.

Todos los países civilizados saben de qué parte proceden las intervenciones diplomáticas en favor de la paz y de qué parte las resistencias.

Todo el mundo ha visto que el emperador alemán se interpuso desde el primer día para impedir que Rusia, protectora natural de los pueblos eslavos, interviniese en favor de Servia, amenazada de un aplastamiento.

En cuanto Rusia ha resuelto movilizar una parte muy pequeña de sus tropas para tomar legítimas precauciones como respuesta á la movilización austriaca, Guillermo II se ha apresurado á declarar al zar que si tiene la audacia de prevenirse será preciso que por ello arda Europa entera.

◦ ◦

XII

Los bastidores del drama.—Despachos de Guillermo II y el zar.—La conducta del kaiser.—Unanimidad francesa.—El ciudadano Hervé y la huelga general.—El caricaturista Hansi.

Mientras se agitaba la diplomacia buscando una solución al conflicto, dos altos personajes, en cuyas manos estaba depositada la suerte de Europa, se ponían en comunicación á impulsos del peligro.

El emperador de Alemania y el de Rusia cruzaron varios telegramas interesantes. El parentesco y la amistad les hicieron tratar este asunto con cierta confianza, como un pleito de familia. Fué un aparte entre bastidores, mientras sobre el escenario europeo seguían actuando las cancillerías á la vista de todos.

El 28 de Julio por la noche, Guillermo II, que acababa de regresar á su Imperio, dirigió el siguiente despacho á su primo el emperador de Rusia:



LA REINA DE BÉLGICA (Fot. Rol)

Con una gran inquietud me entero de la impresión que el *ultimatum* austro-húngaro ha producido en tu Imperio. La agitación sin escrúpulos que desde hace años se desarrolla en Servia, ha determinado el asesinato de Francisco Fernando. Los servios están dominados aún por el espíritu que los impulsó al asesinato de su Rey y de su Reina. Indudablemente convendrás conmigo en que nosotros dos, así como los demás soberanos, tenemos interés en que todos los que resulten responsables de este crimen horrible no queden en la impunidad.

Por otra parte comprendo cuán difícil es para ti y tu Gobierno ir contra la opinión pública de tu país. Gracias á la amistad que desde hace mucho tiempo me une estrechamente con Francisco José, despliego sobre Austria-Hungría toda mi influencia para empujarla á que se entienda franca y pacíficamente con Rusia. Espero ardientemente que tú ayudarás mis esfuerzos, para alejar las dificultades que existen en la actualidad.

Tu afectuoso primo,

GUILLERMO

El 29 de Julio, á las diez de la mañana, respondió Nicolás II al emperador alemán:

Me alegro de saber que has regresado á Alemania en estos momentos graves. Te suplico vivamente que me ayudes. Una guerra vergonzosa ha sido declarada á un país débil. La indignación en Rusia es enorme; yo participo de ella. Presiento que muy pronto no podré resistir á las presiones que la opinión ejerce sobre mí, y me veré obligado á tomar medidas que provocarán la guerra.

Para evitar la desgracia que representaría una guerra europea, te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que hagas todo lo posible para impedir que tu aliado vaya demasiado lejos.

NICOLÁS

El mismo día, á las seis y media de la tarde, telegrafió Guillermo II:

He recibido tu telegrama. Comparto tu deseo de mantener la paz. Sin embargo, yo no puedo considerar la guerra austro-húngara como una guerra vergonzosa, porque Austria-Hungría sabe por experiencia que las promesas de Servia, cuando no están consignadas sobre el papel, nada valen. Según mi entender, la acción austro-húngara debe ser considerada como una tentativa para lograr que esta vez las promesas servias se cumplan. Me sostengo firmemente en esta opinión al ver que el Gabinete austro-húngaro se ha comprometido á no buscar ninguna conquista territorial.

Creo que un acuerdo directo entre tu Gobierno y Viena es posible y deseable; un acuerdo que, como ya te he dicho, apoyaría mi Gobierno con todas sus fuerzas. Naturalmente, las medidas militares podrían ser consideradas como una amenaza por Austria-Hungría, y podrían provocar la desgracia que nosotros tenemos interés en impedir, haciendo imposible la misión mediadora que yo me he apresurado á asumir en vista de tu llamamiento á mi amistad y mi ayuda.

GUILLERMO

Horas después, á la una de la madrugada, nuevo despacho del emperador de Alemania, sin aguardar la respuesta de Rusia:

Mi embajador ha recibido el encargo de señalar á tu Gobierno los peligros y las graves consecuencias de una movilización. Como te decía ayer en mi último telegrama, Austria-Hungría no moviliza contra Servia mas que una parte de su ejército. Si ahora, como es cierto, tú movilizas contra Austria-Hungría, la misión que me confiaste resulta difícil, si es que no imposible. La dificultad de la decisión que hay que tomar reposa ahora sobre tus hombres. A ti te corresponde la responsabilidad de la guerra ó de la paz.

GUILLERMO

Este telegrama se cruzó con el siguiente del emperador de Rusia, que era en respuesta del anterior.



TROPAS SERVIAS SALIENDO PARA LA GUERRA (Fot. Rol)

Nicolás II á Guillermo II

30 de Julio, 1 de la tarde.

Agradezco cordialmente tu pronta respuesta. Esta noche enviaré á Tatischef con instrucciones. Las medidas militares actuales estaban acordadas desde hace cinco días aproximadamente, para defendernos de los austriacos. Espero de todo corazón que estas medidas no van á impedir tus funciones de mediador, de las cuales espero mucho. Tenemos necesidad de tu presión sobre Austria-Hungría, para que ésta quiera entenderse con nosotros.

NICOLÁS

Cuando el zar recibió el último despacho de Guillermo II, que se había cruzado con el suyo, le contestó:

Te doy las gracias cordialmente por tu mediación, que hace esperar una solución pacífica. Es verdaderamente imposible suspender nuestros preparativos militares, que resultan necesarios después de la movilización austriaca. Nosotros no deseamos una guerra, y mientras duren las negociaciones con Austria para llegar á un acuerdo, mis tropas no tomarán ninguna actitud hostil. Yo te doy solemnemente mi palabra.

Tengo confianza en Dios y espero mucho de tu mediación en Viena para el bien de nuestro país y de la paz de Europa. Cordialmente tu agradecido

NICOLÁS

El mismo día á media noche Guillermo II telegrafió lo siguiente, con gran asombro del zar y su gobierno:

Mientras mi mediación, asumida según tu deseo entre tu Gobierno y el Gobierno vienés, estaba en plena actividad, tus tropas han sido movilizadas contra mi aliado Austria-Hungría, lo que ha hecho mi accion casi ilusoria. Sin embargo, la he continuado. Pero ahora recibo noticias ciertas sobre tus preparativos belicosos en mis fronteras. La responsabilidad de la seguridad de mi Imperio me obliga á tomar contra-medidas defensivas.

He hecho todos los esfuerzos en favor del mantenimiento de la paz. No caerá sobre mí la responsabilidad de la desgracia que amenaza al mundo civilizado. En este momento tú dispones aún de la posibilidad de conjurarla. Nadie amenaza el honor y la fuerza de Rusia, que podría haber esperado el resultado de mis esfuerzos.

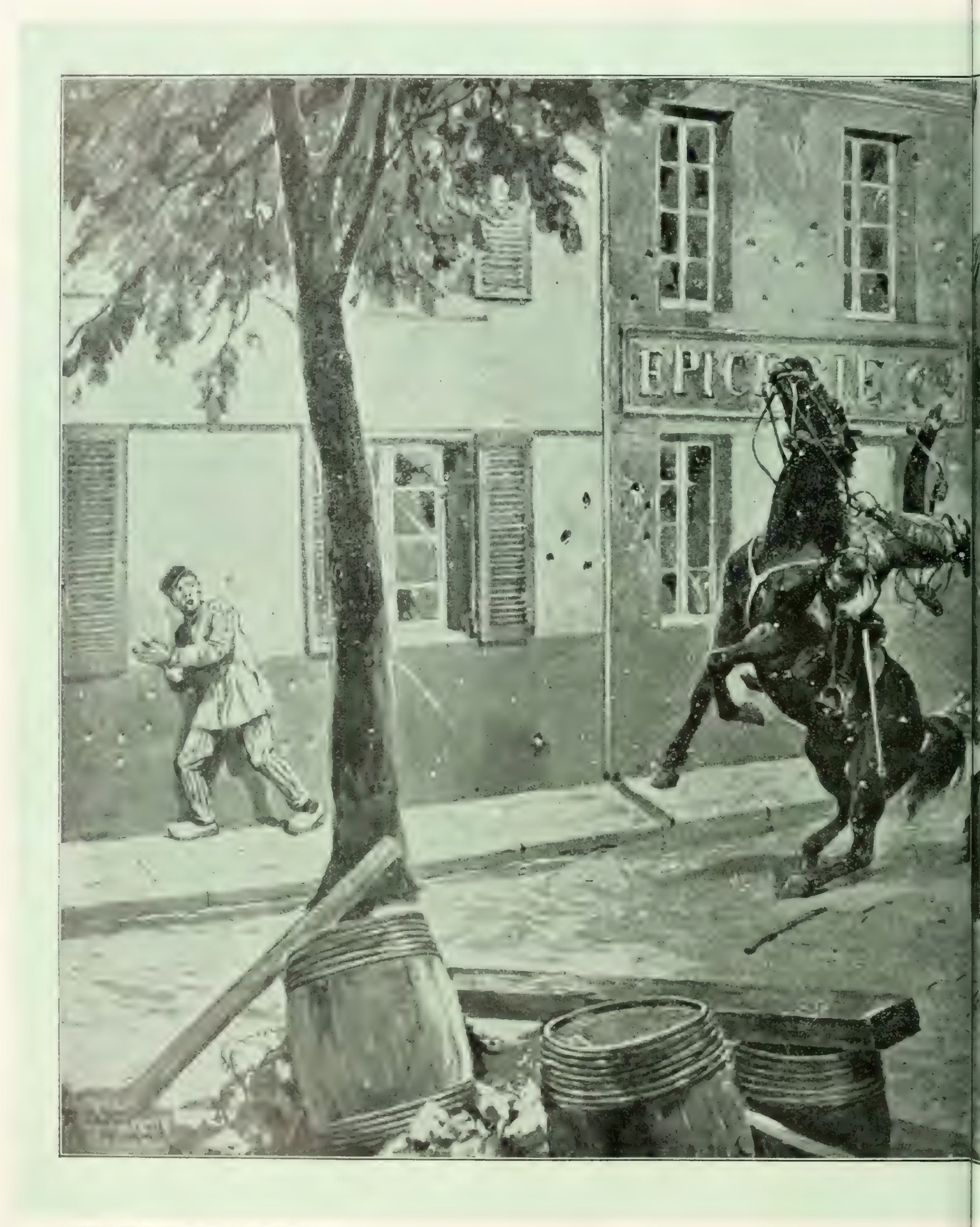
La amistad por ti y por tu país que juré ante el lecho de muerte de mi abuelo la he considerado siempre como algo sagrado, y he sido fiel á Rusia en sus momentos más difíciles, especialmente cuando la guerra última. Hoy la paz europea sólo puede ser salvada por ti, suspendiendo Rusia los preparativos militares que amenazan á Alemania y Austria-Hungría.

GUILLERMO

La conducta del emperador alemán se revela claramente en estos telegramas.

Promete influir con el emperador de Austria, pero á condición de que Rusia detenga su movilización, mientras el Imperio austriaco, movilizado ya, ataca á la débil Servia, que es justamente lo que Nicolás II quería impedir. ¿Cómo creer además en la sinceridad de tales mediaciones cuando todo lo hecho por Austria era con previo aviso y consulta al gobierno alemán, no atreviéndose á avanzar un paso sin su aprobación y la seguridad de su apoyo?

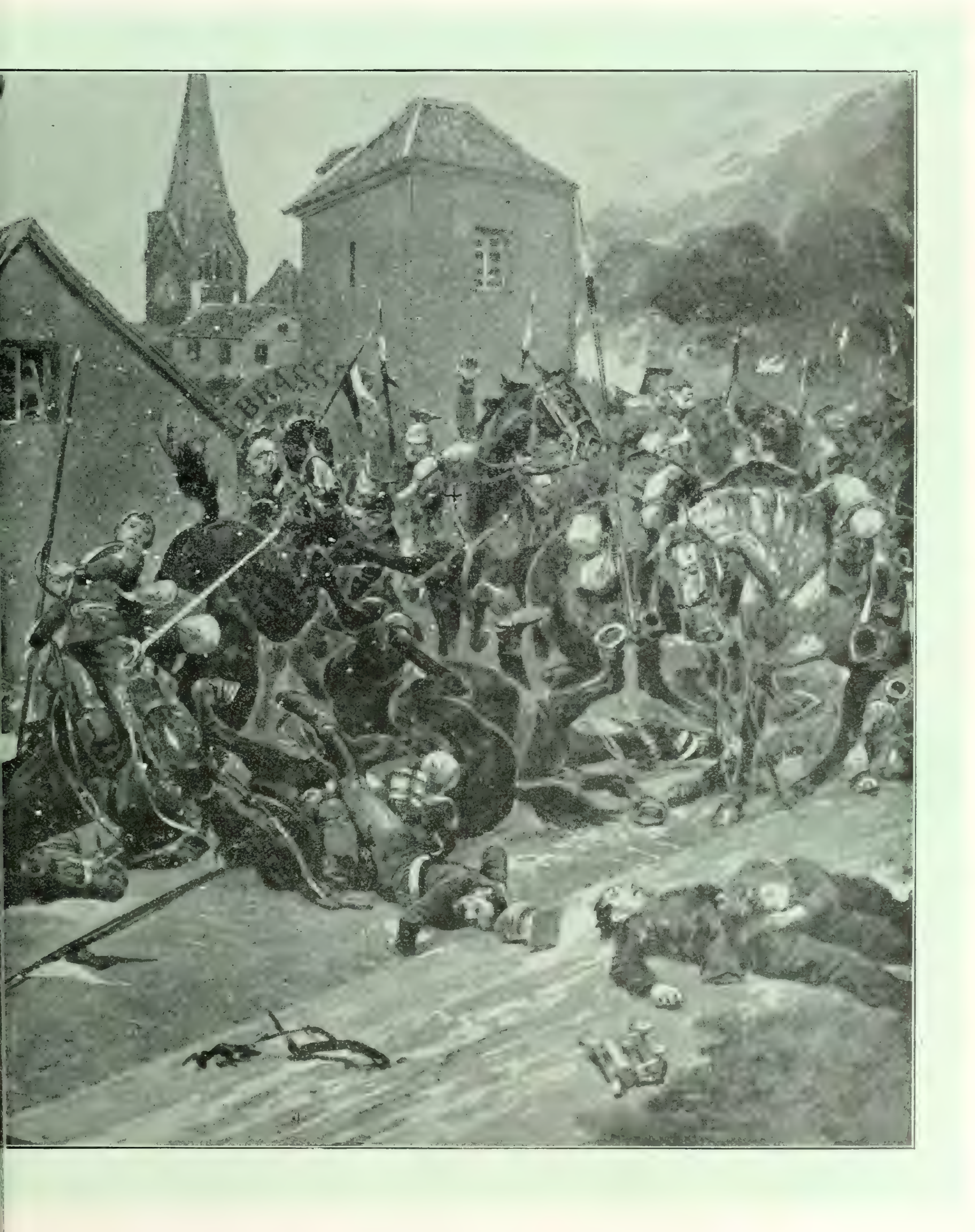
Cuando Nicolás II insiste en la necesidad indiscutible de que Rusia tome medidas militares para precaverse de los austriacos, pero empeña solemnemente su palabra de que las tropas rusas no se moverán



Dibujo de M. Caton Woodville, de «The Illustrated London News»

Los hulanos batidos por la caballería y las ametralla

RA ALEMANES



ras inglesas en un pueblo de la frontera de Francia

mientras duren las negociaciones con Austria, Guillermo II no sabe qué decir para sostener su equívoco, y sale del paso atropellando sus anteriores promesas, con pretexto de que la movilización rusa, *según sus noticias*, va dirigida ahora contra las fronteras de Alemania.

Esto era completamente falso.

En la presente guerra lo más asombroso no son los cañones enormes ni las masas de combatientes, monstruosas por su número y su mortaldad: lo inaudito, lo que jamás se vió en la Historia—ni aun en los tiempos de mayores felonías—, es el continuo atentado contra la verdad, una prontitud para mentir que desconcierta por lo audaz y revela el desarreglo de un pensamiento trastornado.


UN VOLUNTARIO SERVIO DE DOCE AÑOS (Fot. Rol)

Para romper con Rusia hubo que inventar que ésta hacía preparativos militares contra Alemania, preparativos que nadie pudo ver.

Luego, para justificar la inmediata invasión de Bélgica, Guillermo II aseguró que Francia é Inglaterra querían invadirla igualmente, y por eso Alemania se adelantaba á estas dos naciones. Fué en vano que Alberto I, el principal interesado, afirmase que Francia é Inglaterra le habían ofrecido garantías para el respeto de su neutralidad. Una vez notificado el absurdo embuste, Alemania realizó la invasión, sin sentir la necesidad de más sólidos argumentos.

Al declarar la guerra á Francia, su principal pretexto fué que unos aviadores franceses habían volado sobre ciertas ciudades alemanas, arrojando bombas. Y los vecinos de dichas ciudades debieron preguntarse cómo su emperador insigne tenía noticia de tales atentados, cuando ellos nada habían visto.

Algo más que una mórbida tendencia á la inexactitud y la falsedad revela esta conducta.

Guillermo II, en su último telegrama al zar, hace responsable á éste de la gran desgracia que amenaza al mundo civilizado: «Tú eres el único que puede salvar la paz de Europa.»



RUSIA Y SERVIA

En este gráfico puede verse por qué motivo Rusia, protectora natural de los pueblos eslavos, salió en defensa de Servia, hermana suya de raza

Un día después, las continuas gestiones del gobierno británico cerca de la corte de Viena consiguen ablandar al gobierno de Austria, que se aparta un poco de las sugestiones de su poderoso aliado, y accede al fin á tratar directamente con Rusia, sin duda por una inquietud de última hora ante las consecuencias de la conflagración europea.

Austria y Rusia van á entablar una negociación. Las potencias amigas de la paz asistirán como buenas consejeras. Seguramente van á entenderse los dos adversarios, terminando con un mutuo acuerdo las hostilidades en Servia.

La paz será un hecho en breves días. Se restablecerá la normalidad europea, no siendo ya posible la «guerra preventiva» para cortar el desarrollo de las naciones odiadas.

El soberano de Berlín, «el amigo de la



EL GRAN DUQUE NICOLÁS (Fot. Rol)

Generalísimo de los ejércitos rusos

paz , ve en esto una amenaza, é inesperadamente, cuando todas las potencias sienten después de una semana de angustia la casi seguridad de una buena solución... ¡declara la guerra á Rusia!

Y en el curso de esta guerra, Guillermo II afirma siempre que su país ha sido atacado y que todo cuanto hace es por la necesidad de defenderse.

El juicio más sólido y tranquilo se altera y confunde ante tantos absurdos é incoherencias.

o

Francia dudó de la posibilidad de la paz á partir del 30 de Julio. El gobierno recibía noticias de los preparativos belicosos de Alemania.

Desde el día 25 habían sido armadas las plazas fuertes de la frontera alemana limítrofe con Francia, concentrándose varios cuerpos de ejército al Este de Metz y de Thionville. Del lado francés las tropas de cobertura habían ocupado las avanzadas.

La proximidad de ambos ejércitos dió lugar á algunas violaciones de frontera por parte de los alemanes. Varias patrullas se internaron por error en territorio francés.

El día 30 por la tarde ocurrió el primer incidente cerca de Luneville. Dos suboficiales alemanes de caballería, al hacer un reconocimiento, llegaron hasta las inmediaciones de la aldea francesa de Xures, á un cuarto de kilómetro de la frontera. Un aduanero les hizo saber que estaban en territorio de Francia, y los dos alemanes le contestaron groseramente; pero hubieron de retroceder en vista de la actitud de los habitantes. La gendarmería y un pelotón de cazadores á caballo ocuparon la aldea para impedir una nueva violación de territorio.

El peligro nacional afirmó definitivamente en Francia la unanimidad de opiniones que se había esbozado al iniciarse el conflicto. Los diversos partidos olvidaron sus querellas, para no pensar mas que en la salvación de Francia. «¡La patria está en peligro!» Esta frase, que evocaba el recuerdo glorioso de la primera Revolución, sirvió para el agrupamiento de los franceses. Todos quisieron imitar el ejemplo de los patriotas de 1792.

Un motivo de inquietud para las clases conservadoras y para los indiferentes, era la conducta que podrían adoptar los socialistas, sindicalistas y demás revolucionarios.

En todos los congresos internacionales, los socialistas habían hablado de provocar una huelga general en Europa si se iniciaba la guerra, dificultando de este modo la acción belicosa de los gobiernos. La señal de esta huelga debía partir necesariamente de Francia, por ser la nación que marcha al frente de las aspiraciones revolucionarias. Los representantes del socialismo alemán habían mostrado en todos los



LAS FRONTERAS RUSO GERMÁNICAS

congresos una visible ambigüedad al tratar este punto. Era indudable que en el caso de surgir la guerra sus esfuerzos para impedirla no representarían gran cosa. Desde que se inició el conflicto austroservio, los socialistas alemanes no hicieron ninguna manifestación enérgica para combatir las amenazas de guerra. Su diario el *Vorwaerts*, de Berlín, protestó contra el carácter amenazador y ofensivo de la Nota de Austria contra Servia... pero nada más. La oposición de los socialistas germánicos no iba á ir más allá de una campaña de artículos de periódico. Inútil esperar que las masas obreras circulasen por las calles de Berlín protestando contra una política belicosa. No era un secreto para los socialistas de otras naciones que gran parte de los directores del socialismo alemán, en fuerza de rozarse en el Parlamento con los conservadores y militaristas, se habían aficionado á la influencia política y estaban á las órdenes del gobierno, disimulando sus abdicaciones con una oposición fingida é ineficaz.

Jaurés, espíritu generoso enemigo de la guerra, creyó hasta el último momento en las virtudes de sus correligionarios del otro lado del Rhin, esperando que el proletariado europeo lograría evitar el conflicto.

En su diario *L'Humanité* del 31 de Julio decía así el gran apóstol del socialismo, cuando sólo le quedaban unas horas de vida:

Todo lo que veo á la hora presente en esta obscuridad general, es que nuestros camaradas los socialistas de Alemania han protestado vigorosamente en un artículo del *Vorwaerts* contra el carácter amenazador y ofensivo de la Nota austriaca.

Que los socialistas de todos los países redoblen sus esfuerzos para aclarar la opinión y oponer su solidaridad á la espantosa catástrofe que amenaza al mundo.

Generoso consejo el del gran orador, propio de su alma buena; pero los *camaradas* alemanes, emponzoñados por el espíritu ambicioso de su país, pensaban en la grandeza alemana, con su Imperio triunfante, antes que en la libertad y los intereses del proletariado universal.

Otro personaje del socialismo francés, viendo claramente los peligros que Alemania hacía correr á su país, se apresuró á tranquilizar la opinión, temerosa de la actitud de los revolucionarios. Fué Gustavo Hervé, el famoso profesor antimilitarista, odiado por los patriotas á causa de sus atrevimientos de lenguaje contra las glorias militares de Francia.

Hervé es un universitario amigo de la paradoja, que dedicó su pluma, ágil y desenfrenada, á combatir el militarismo. Sus campañas le llevaron á la cárcel varias veces, sobrellevando con arrogancia todas las persecuciones. El entusiasmo de las masas obreras le acompañó por las calles en manifestaciones y huelgas.

Las gentes tranquilas temían lo que pudiesen intentar los jefes revolucionarios, y especialmente Hervé, por su acometividad entusiástica. El cumplimiento



EL GENERAL SOUKOMLINOF
Ministro de la Guerra ruso

de las amenazas de una huelga general, que seguramente se desarrollaría sólo en Francia, significaba entregar la nación á merced del enemigo. Pero Hervé, que es en realidad un buen francés, con todas las virtudes y ligerezas de carácter de su pueblo, y cuyas afirmaciones contra la patria, el ejército y la bandera no fueron en el fondo mas que exabruptos literarios, prestó á la nación el 30 de Julio el primero de sus servicios, publicando en *La Guerra Social* un manifiesto que se titulaba «El patriotismo revolucionario».

El ciudadano Hervé terminaba así, dando por conjurado el peligro de la huelga general:

Ni un solo socialista, ni un solo sindicalista renuncia á realizar un día—cuando todos los pueblos estén prontos para una acción concertada y simultánea—su amenaza de sublevar al mismo tiempo en toda Europa el proletariado contra el horror de las carnicerías internacionales.

Ni uno solo de ellos reniega del pensamiento generoso de salvar á Europa del deshonor y la ruina, levantando un día—cuando en todos los países esté preparado el pueblo—contra la guerra amenazante el conjunto de las fuerzas proletarias de todo el mundo civilizado.

¡Pero el día de esa acción concertada y simultánea no ha llegado aún desgraciadamente!

Por esto, viendo con claridad que en los momentos actuales una huelga general, que resultaría indudablemente unilateral, hecha sólo por Francia, entregaría nuestra frontera y el país entero al Estado Mayor alemán, el partido socialista renuncia,

con el corazón lleno de amargura, á hacer uso de un arma forjada para defender la paz en peligro, por miedo á herir con ella al mismo tiempo á la patria en peligro.

La actitud de Alemania hizo recordar durante estos días varios incidentes ocurridos en el país enemigo, que mostraban el espíritu hostil de los germanos contra Francia.

Los periódicos de París hicieron memoria de los incidentes de Saverne, población de Alsacia, acaecidos un año antes con motivo de las arrogancias del joven teniente Von Forstner. Este oficial, al instruir unos reclutas alsacianos, los había insultado por su origen francés. El vecindario se alborotó contra tales injurias, y entonces los militares alemanes, haciendo causa común con su insolente compañero, maltrataron á la población civil de Saverne. El suceso había tenido una resonancia mundial. El gobierno de Berlín, para poder afirmar á las naciones que Alsacia no vivía bajo un régimen aplastante, hizo comparecer ante un consejo de guerra á Von Forstner y sus compañeros, acusados de atropellar, no sólo á simples particulares, sino á las autoridades civiles de Saverne.

El consejo de guerra los absolvió, dejando impunes sus atrevimientos. Hay que tener en cuenta que al ocurrir los sucesos el heredero de la corona de Alemania, el kronprintz adorado por los militaristas de su país, había enviado al coronel del regimiento de Saverne el siguiente telegrama de felicitación, lacónico y brutal: «Muy bien. Golpee duro.»

El incidente de Saverne demostró la irritante dominación que ejerce en Alemania el militar sobre el paisano, la servidumbre vergonzosa que sufren los verdaderos naturales de las provincias anexionadas, ó sean los alsacianos de origen francés, y el odio inextinguible de todo alemán contra Francia.

También se recordaban en París las campañas contra la legión extranjera de África, campañas realizadas en Berlín por medio de la prensa, el libro y hasta el teatro, describiendo este cuerpo militar como una institución infernal en la que sufren los individuos tormentos inauditos.

La campaña obedecía á un sentimiento de hostilidad contra todo lo francés; pero al mismo tiempo se buscó con ella conjurar un peligro nacional.

Gran parte de los soldados de la legión extranjera de Francia son alemanes. Este cuerpo valeroso, que tantas proezas ha realizado en las campañas de África, se nutre con desertores de todos los países. Y como Alemania trata duramente á sus soldados, hasta el punto de que el suicidio por desesperación representa una verdadera epidemia para su ejército, son miles los alemanes que han abandonado las filas pasando la frontera francesa para engancharse en una legión donde los oficiales no golpean á los hombres y éstos no desfallecen de hambre. Algunas veces las desercio-



DIBUJOS DE HANSI

Un teniente. Varios tipos de pangermanistas en Alsacia

nes han sido en masa, presentándose por grupos los soldados alemanes para solicitar en la frontera su envío á las tropas de África.

Fué inútil que los mismos germanos que sirven en la legión extranjera escribiesen á los periódicos atestiguando el buen trato y las consideraciones militares que gozan los individuos de dicho cuerpo, iguales en todo á los demás soldados franceses. Las buenas gentes de ultra-Rhin siguieron creyendo en los tormentos inquisitoriales de Francia. Lo habían afirmado los periódicos alemanes, y Alemania es el único pueblo del mundo que dice la verdad.

Otro suceso más reciente, ocurrido el 9 de Julio, era evocado en París: la condena de Hansi, el caricaturista alsaciano.

Hansi es un maestro de escuela de Alsacia, notable como dibujante y como escritor satírico.

Entusiasta de las tradiciones francesas de su país, é irritado como la mayoría de sus compatriotas por la invasión de alemanes establecida en la tierra alsaciana, ha empleado su lápiz y su pluma en trazar los rasgos más grotescos de la impertinencia y la pedantería con que estos intrusos pretenden germanizar á las provincias anexionadas, sin conseguir grandes resultados después de cuarenta y cuatro años.



LA CONDENA DE HANSI

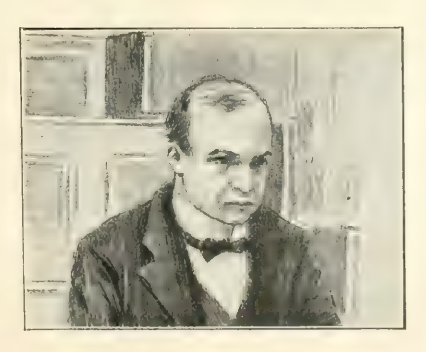
El tribunal de Léipzig juzgando el proceso contra Hansi por su libro «Mon Village»

(Dibujo de M. Bompard, enviado especial de la *Illustration*, de París)

Los tipos caricaturescos creados por Hansi representando al profesor alemán y su compañera, al educador, al gendarme y otras especies invasoras que Berlín envió á Alsacia, son ya populares en el mundo.

El maestro-artista, arrostrando persecuciones, vivió en su país, cerca de su padre, educando niños y publicando libros, hasta que en 1914 su propaganda le hizo ser acusado por la policía alemana como reo de alta traición.

Su libro *Mon Village,* relato literario y gráfico de la vida de una aldea alsaciana, fué el objeto de la denuncia. Le persiguieron en realidad por sus elogios á Francia, por sus afirmaciones de que el alma alsaciana, á pesar de los trabajos alemanes, continúa siendo francesa. Pero como era imprudente hacer público el verdadero fundamento de la acusación, ésta se limitó á pedir el castigo de Hansi por ofensas á los gendarmes y á los pedagogos de Alsacia-Lorena.



HANSI EN EL BANCO DE LOS ACUSADOS

(Dibujo de M. Bompard)

El 9 de Julio compareció el artista ante el Tribunal del Imperio en Léipzig, y fué condenado á un año de prisión. Al terminar la audiencia, Hansi, ayudado por algunos compatriotas, pudo escaparse, refugiándose en Francia. Con esto salvó su vida. El año de prisión representaba para él la muerte. Al estallar la guerra un mes después, quedando suprimidas las garantías ordinarias, los alemanes lo hubiesen fusilado, como fusilaron á otros alsacianos poco afectos al Imperio.

Cuando se rompieron las hostilidades, Hansi vistió el capote del soldado francés, incorporándose á las primeras tropas que entraron en Alsacia, y tuvo la

satisfacción de contemplar sobre la aldea descrita en su libro la bandera tricolor tantas veces evocada por él.

XIII

Alemania declara el «estado de amenaza» en todo el Imperio.—Un discurso del emperador.—«Ultimatum» alemán á Rusia y á Francia.—¡Es la guerra!—Entusiasmo en Rusia.—Serenidad de París.

El viernes 31 de Julio aumentaron los síntomas anunciadores de la guerra europea.

Austriacos y servios siguieron combatiendo en las orillas del Save y el Danubio. La prensa vienesa hizo circular, desde el primer momento de las hostilidades, que el ejército austriaco, después de un terrible bombardeo, se había hecho dueño de Belgrado. La noticia era falsa. Los servios continuaron defendiendo su capital y rechazando todos los ataques de los invasores. Éstos bombardeaban Belgrado incesantemente, pero desde la ribera opuesta que sirve de límite al territorio húngaro, valiéndose de los monitores y de las baterías de tierra, pero sin atreverse á asaltar la orilla enemiga.



HANSI, SOLDADO FRANCÉS

Esta fotografía, remitida por Hansi á uno de sus amigos de París, lleva un autógrafo del artista alsaciano que dice: «Le piou-piou mal ficelé», el soldadillo mal hilvanado.

El Imperio austriaco ordenó la movilización general de sus ejércitos.

Bélgica continuaba sus preparativos militares, conociendo ya las intenciones del Imperio alemán. Su rey, Alberto I, decretó la movilización de todo el país, enviando además columnas importantes de tropas para guardar los ríos Mosa y Sambre.

Holanda, aunque no sentía los mismos temores del Estado vecino, procedió también á movilizar su ejército.

Los alemanes en la mañana de este día ocuparon el puente sobre el Mosela, que sirve de límite entre el ducado independiente de Luxemburgo y el Imperio germánico. El puente fué obstruído con alambrados, detrás de los cuales se levantaron algunas barricadas de carretas.

La primera flota inglesa seguía cruzando el mar del Norte en espera de órdenes.

La mala situación económica hizo que Londres y Nueva York cerrasen sus Bolsas á imitación de París y otras capitales, quedando suspendida la vida financiera internacional.

En París el gobierno pasó el día en sesión permanente, ocupándose de la seguridad de las fronteras. Á petición del ministro de Hacienda se acordó una prórroga de los documentos comerciales vencidos hasta el 31 de Agosto.

Llegaban continuas noticias de las autoridades de la frontera anunciando los movimientos del ejército alemán y sus desmanes, á pesar de que no se había declarado aún la guerra y el gobierno imperial se abstenía de toda declaración hostil.

Las avanzadas alemanas, compuestas de tropas numerosas, marchaban por el mismo límite fronterizo, y muchos jinetes se introdujeron como por equivocación en territorio francés. Las comunicaciones telegráficas y telefónicas entre los dos países habían sido cortadas. Los caminos estaban obstruídos en la misma frontera con barricadas hechas por los soldados alemanes, y éstos impedían el paso á los viandantes. Numerosos automóviles, pertenecientes á particulares que aprovechaban el verano para viajar, fueron confiscados, sin que los oficiales germánicos prestasen atención á la cualidad de extranjeros que alegaban sus dueños.

Igualmente estaban cortadas las vías férreas alemanas en las cercanías de la frontera, y sus trochas defendidas con artillería.

Cuatro locomotoras pertenecientes á la compañía francesa de Ferrocarriles del Este fueron detenidas por los alemanes en la primera estación, imposibilitando su regreso á Francia.

Por la tarde un automóvil procedente de Alemania con varios individuos sin uniforme, se aproximó al túnel de Chalifert, cerca del límite franco-alemán. El automóvil contenía varias cajas de dinamita. El centinela francés, al ver que estos desconocidos intentaban descargar sus cajas junto al túnel, hizo fuego y el automóvil huyó.

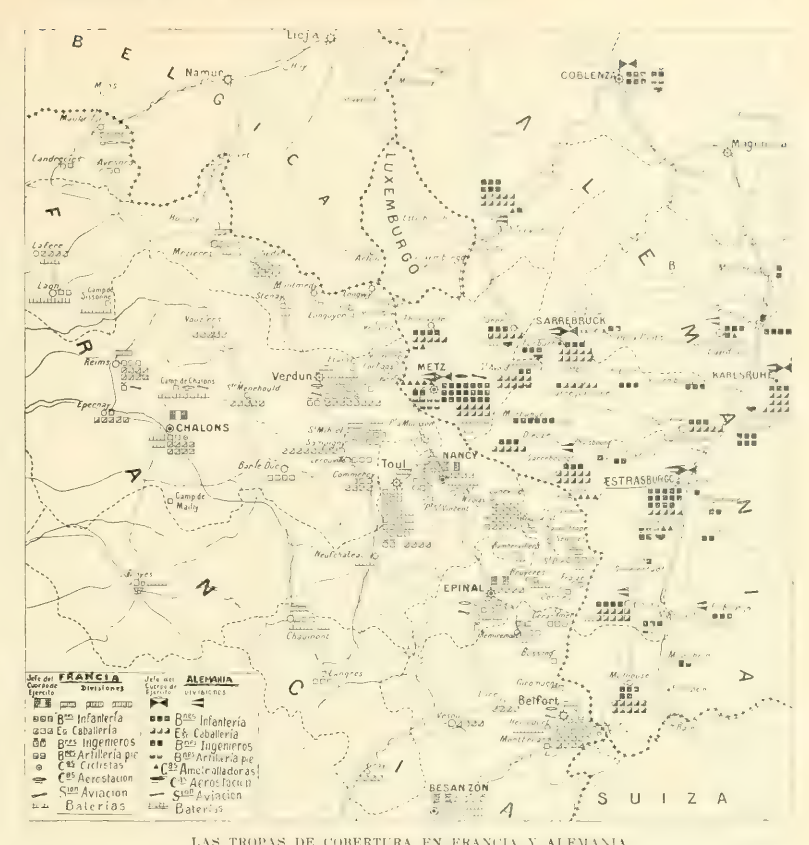
El tránsito entre Francia y Alemania había sido cortado completamente, á pesar de que ambas naciones estaban en una situación normal.

El embajador Schoen seguía en París hablando de los buenos deseos de Alemania en favor de la paz.

Aunque nadie podía creer en tales palabras, un relampagueo de esperanza iluminó á última hora la inquebrantable tenacidad de los optimistas y las sombrías dudas de los incrédulos. Esta esperanza podía aceptarse porque no venía de Berlín. Las agencias telegráficas dieron la noticia de que, por obra de las gestiones de Sir Edward Grey, los gobiernos de Austria y Rusia iban á entablar una conversación diplomática. Era el primer paso, ansiado desde una semana antes, para llegar á un acuerdo.

¡Aún podía salvarse la paz!...

Pero Guillermo II velaba para cortar con un gesto brutal este intento de transacción de su aliado.



LAS TROPAS DE COBERTURA EN FRANCIA Y ALEMANIA

Emplazamiento de los distintos cuerpos, baterías, servicio de aviación, etc., hasta la víspera de la ruptura de hostilidades

▫

El emperador de Alemania, en virtud del artículo 68 de la Constitución del Imperio, decretó el estado de guerra, llamado «estado de amenaza» (*Kriegsgefahrzustand*). Este decreto era aplicable á todos los Estados alemanes, menos á Baviera. Una ordenanza particular, semejante en todo al decreto, incluyó igualmente al reino bávaro en el «estado de amenaza», que equivale al estado de sitio.

Todos los ferrocarriles y demás medios de comunicación quedaron sometidos á la autoridad militar, así como los periódicos y las vías informativas.

El «estado de amenaza» aislaba al Imperio del resto del mundo, y á su amparo podían tomarse todas las medidas militares en el secreto más absoluto. Equivalía á ordenar la movilización general sin necesidad de decretarla, ganando un tiempo precioso sobre los enemigos, que no se decidían á hacer lo mismo por el escrúpulo de ser los primeros en declararse contra la paz.

Francia, que no sentía deseo alguno de hacer la guerra y aguardó hasta el último momento las soluciones pacíficas, no había ordenado aún la movilización.

Alemania, por medio de su decreto constitucional, podía prepararse secretamente para la guerra, ganando sobre la República una ventaja de un día ó dos. Esto era solamente para la movilización de las reservas, pues sus fuerzas activas las había preparado desde el principio del conflicto austro-servio, mientras alardeaba de sus intenciones pacíficas.

▫

Á las tres de la tarde Guillermo II, acompañado de su esposa, se trasladó de Postdam al palacio real de Berlín. Al atravesar el célebre *Unter den Linden* (la Avenida de los Tilos), esta vía principal de la ciudad se hallaba muy concurrida. La gente se apiñaba comentando la noticia de la reciente «declaración de amenaza».

El emperador iba en un automóvil con el uniforme de los guardias de corps, seguido de su hermano el príncipe Enrique, almirante de la Armada, del kronprintz y otros individuos de la familia imperial.

La muchedumbre, al reconocer al kaiser, rompió el cordón de policías y rodeó el automóvil que ocupaba con la emperatriz, tributando á ambos grandes ovaciones. Guillermo II agradeció estos vítores con graves saludos que demostraban su preocupación.

El automóvil del kronprintz despertó un entusiasmo aún mayor, marcándose con esto las diversas popularidades del padre y del hijo.

Cuando todo el cortejo imperial hubo pasado por el centro de Berlín, excitando el entusiasmo público, y los automóviles desaparecieron tras las verjas del palacio, una muchedumbre se aglomeró en las inmediaciones.

Todos pedían ver al kaiser y oir su palabra. Guillermo II tiene acostumbrado á su pueblo á los regalos de su oratoria. En toda circunstancia interesante sale al balcón para dirigirle un discurso.



EL KAISER, JOVEN (Fot. Meurisse

Á las seis se mostró el emperador, y al verle la muchedumbre arrojó en alto sus gorras y pañuelos.

El soberano, con una voz fuerte que pudo oirse claramente en toda la plaza, dijo lo siguiente:

Es este un día sombrío para Alemania. Quieren obligarnos á tomar la espada. Si á última hora mis esfuerzos no consiguen atraer á nuestros adversarios á entenderse con nosotros para el mantenimiento de la paz, yo espero, con la ayuda de Dios, que manejaremos la espada de tal modo, que cuando la lucha termine podremos volver á enfundarla con honor.

»Una guerra exigirá de nosotros enormes sacrificios de bienes y existencias; pero nosotros enseñaremos á nuestros enemigos lo que cuesta provocar á Alemania.

»Mientras tanto, yo os entrego en las manos de Dios. Id á las iglesias, arrodillaos ante Dios y pedidle que ayude á nuestro valiente ejército.»

Guillermo II, como de costumbre en sus discursos y escritos, metía al «buen Dios» de consocio en sus empresas.

Despues de tales palabras no cabía ya duda alguna sobre la próxima guerra.

En vano la Gran Bretaña había ablandado la resistencia del Imperio austriaco y éste y Rusia se disponían á tratar un posible acuerdo. El kaiser lo atropellaba todo para que no se le escapase la ocasión de la deseada «guerra preventiva». Los acontecimientos iban á sucederse con una rapidez vertiginosa.

Los embajadores de Alemania en San Petersburgo y en París presentaron al mismo tiempo al gobierno ruso y al gobierno francés dos *ultimatums* de Guillermo II.

En el dirigido á Rusia pedía á ésta que cesase su movilización, por ir dirigida contra la seguridad de Alemania—lo que era falso—, dándole para ello un término de doce horas.

En el *ultimatum* á Francia exigía le dijese que si en el caso de una guerra de Alemania con Rusia la República francesa permanecería neutral, y daba un plazo de diez y ocho horas para contestar.

La respuesta á esta inesperada y brutal intimación la sabía de antemano el emperador. Sólo era posible una: la guerra.

M. Stephen Pichon, ex ministro de Negocios Extranjeros, llamado muchas veces por el gobierno francés particularmente á sus consejos, resumió la situación en este artículo, aparecido en la mañana siguiente:

La suerte está echada. Vivimos en la víspera de la guerra. Todas las potencias se hallan sobre las armas. Austria ha movilizado: Rusia, respondiendo á esta iniciativa, ha movilizado á su vez: Alemania moviliza: Francia no puede menos que hacer lo mismo.

Hasta última hora hemos querido esperar, contra toda esperanza. Hemos querido creer que encontraríamos en los alemanes un deseo de paz, respondiendo al nuestro. Hemos buscado todos los procedimientos de conciliación.

Nos hemos asociado á todos los proyectos que podían impedir á las grandes naciones llamadas civilizadas el arrojarse unas contra otras. Declaramos nuestro fracaso.

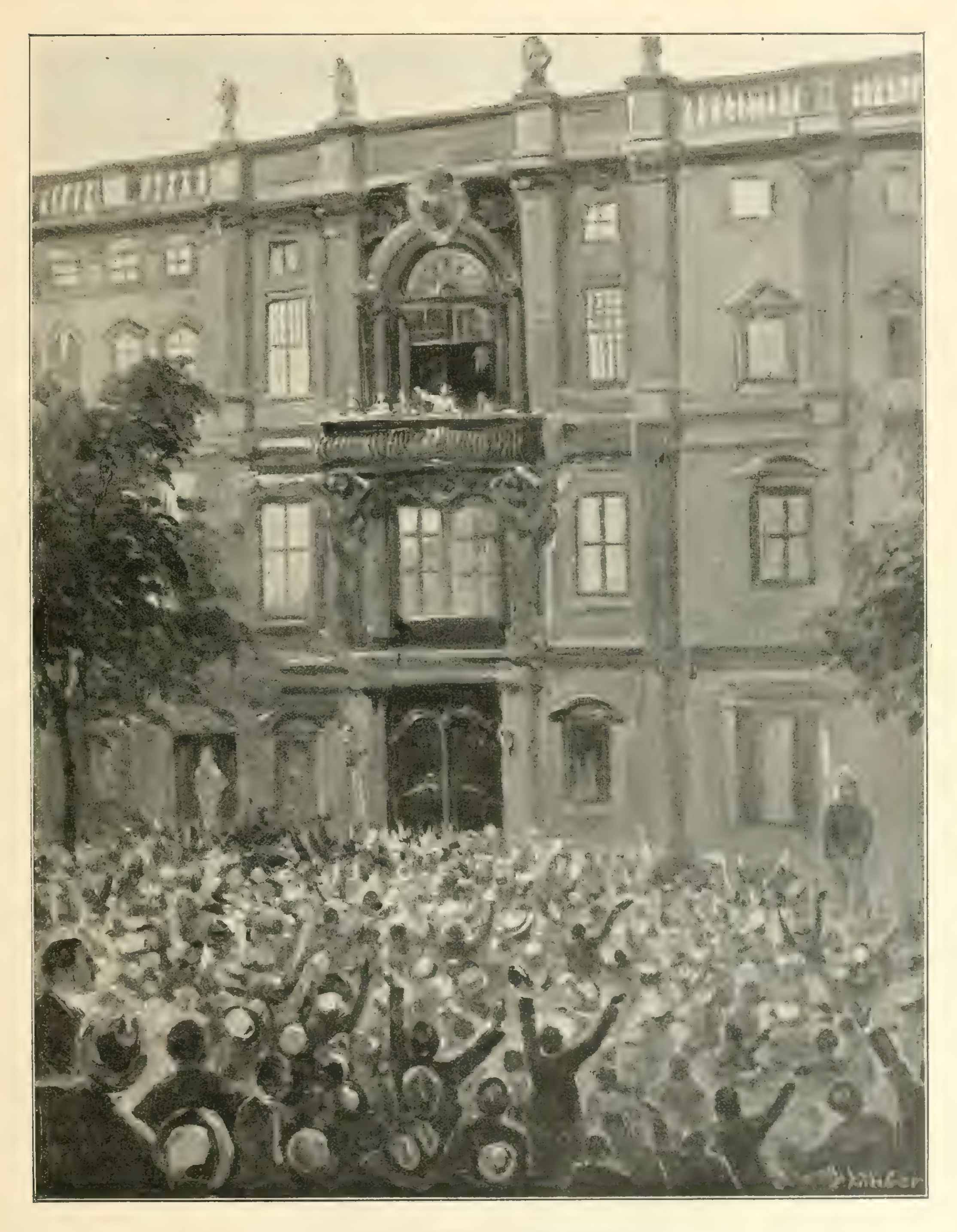
Las comunicaciones sucesivas hechas á nuestro Gobierno por el embajador de Alemania en Francia no permitían duda alguna sobre los pensamientos ocultos de su país. Personalmente, M. de Schoen es un hombre de carácter conciliador. Pero las instrucciones que estaba encargado de cumplir no permitían intervencion alguna á sus sentimientos personales.

Obedeciendo las órdenes que le daban desde Berlín, no ha cesado de impedir, activa ó pasivamente, por el aplazamiento, la tortuosidad ó la inercia, todas las proposiciones mediadoras en favor de la paz. La declaracion que hizo ayer á nuestro Gobierno no permite ya ningun equívoco. Es la guerra y no otra cosa lo que quiere el Gobierno alemán.

Alemania demanda á Rusia que desmovilice en el plazo de doce horas, y anuncia que en caso contrario efectuará su propia movilización.

Alemania pide á Francia que le comunique qué es lo que hará en presencia de la movilización rusa.

É insiste por saberlo hoy mismo, y en términos tales, que debemos esperar de un momento á otro que retire su embajador.



EL KAISER DIRIGIENDO LA PALABRA AL PUEBLO

No queda otra cosa que hacer sino prepararse al gran encuentro que después de tantos años se esfuerzan por evitar los representantes de Francia en el extranjero y el Gobierno de la República.

Francia será digna de su pasado y de su historia. Derrotada en 1871 á consecuencia de faltas que es inútil recordar, resultará victoriosa en 1914. M. de Moltke había señalado un plazo de cincuenta años para la germanización de Alsacia. Van transcurridos cuarenta y tres, y la germanización no ha avanzado nada.

La profecía del grande hombre de guerra no se ha realizado. A nosotros nos corresponde ahora, ya que nos fuerzan, el tomar el desquite que debemos á nuestros infortunados compatriotas de las riberas del Rhin.

Nadie dirá que lo hemos buscado. Sabemos lo que esto costará á Europa. Si, como todo lo hace prever, la guerra estalla, no seremos nosotros los que habremos incurrido en la terrible responsabilidad de sumir á Europa en el fuego y la sangre.

▫

En Rusia la orden de movilización general y las amenazas de Alemania provocaron grandes manifestaciones de entusiasmo patriótico.

El vecindario de San Petersburgo discurrió por las calles con banderas y músicas hasta las tres de la madrugada. Ante las embajadas de Francia é Inglaterra y la legación de Servia se sucedieron las manifestaciones, cantando el himno ruso y los himnos de los indicados países.

Los veteranos condecorados con la cruz de San Jorge marchaban al frente de los manifestantes. Muchos oficiales servios, al partir para su país á fin de incorporarse al ejército, fueron objeto de inmensas ovaciones.

«El Imperio ruso—decía la *Gaceta de San Petersburgo*—siente el empuje de un irresistible entusiasmo, como nunca se ha visto, y el deseo unánime de repeler el espectro de la invasión alemana.

»Todas las huelgas han cesado como por encanto. Toda la nación, sin diferencia de regiones, se levanta para defender la tierra natal.

»En las calles se presencian escenas conmovedoras. Los desconocidos se saludan, se abrazan, se estrechan las manos... El espectáculo resulta indescriptible.»

En París el patriotismo se mantuvo en una calma digna, resuelta, pero silenciosa.

La multitud recordaba las explosiones de entusiasmo de 1870 que habían precedido á la derrota. El grito «¡Á Berlín!», lanzado por los policías secretos de Napoleón III, era recordado por los viejos con amargura.

Nada de vociferaciones y de entusiasmo estéril. La ruidosa y expansiva Francia, aleccionada por la desgracia, permanecía en una actitud grave.

Además, la República estaba dispuesta á aceptar valerosamente la guerra, pero no la deseaba. Hasta el último momento esperó una oportunidad, una circunstancia favorable, por insignificante que fuese, para torcer el curso de los sucesos hacia el mantenimiento de la paz.

Todos los franceses, hasta los menos reflexivos, se daban cuenta de lo que significaba una guerra europea. ¡Qué de sacrificios irreparables, aunque se consiguiera la victoria!...

Á las diez de la noche del 31 los bulevares estaban repletos de muchedumbre. Frente á las redacciones de los grandes periódicos se aglomeraban los grupos ansiosos de noticias, comentando los diversos y vagos despachos que aparecían en transparentes y pizarras.

«¿Será la paz?... ¿Será la guerra?...»

De pronto numerosos pelotones de Guardia Republicana, armados de fusiles, cortaron el gentío, yendo á colocarse estratégicamente en diversos puntos de los bulevares. Patrullas de jinetes recorrieron lentamente el espacio entre la Magdalena y la Bastilla para impedir un largo estacionamiento de los grupos. Escuadras de agentes de policía empujaron suavemente al público para alejarlo de las inmediaciones de *Le Matin* y otros periódicos, y que no pudiese leer las noticias que aparecían en sus fachadas.

La muchedumbre había acogido la aparición de los primeros soldados gritando: «¡Viva el ejército!», pero luego guardó un silencio que revelaba inquietud. Algo grave ocurría. Una noticia importante cuya publicación deseaba retardar el gobierno. Las precauciones



INSTRUCCIÓN DE VOLUNTARIOS ALEMANES EN BERLÍN — Fot. Rol



LA MUCHEDUMBRE ANTE «LE MATIN» (Fot. Rol)

de la autoridad al sacar tanta fuerza armada á la vía pública, eran las mismas que en días de agitación popular, cuando se teme un motín.

De pronto circuló de grupo en grupo la esperada noticia:

—¡Han matado á Jaurés! ¡Acaban de asesinarlo!

Y el sordo murmullo que se elevó de esta masa negra de cien mil personas, aglomerada bajo los faros eléctricos del bulevar, reflejaba la extrañeza de todos.

¡Asesinado Jaurés!... ¿Por qué?... ¡Matar al primer orador de Francia, al tribuno de las clases trabajadoras, en momentos de angustia para la nación, cuando más necesaria podía ser su palabra para infundir entusiasmo!...

La inoportunidad y la incoherencia de este crimen, realizado por un francés imbécil que al convertirse en asesino creía salvar á su patria, sumió á todos en un silencio de estupefacción y de angustia.

XIV

Asesinato de Jaurés

Sus amigos le llamaban «el buen gigante». No era de alta estatura, pero sus hombros robustos, su rostro espacioso, su amplia barba, su sonrisa plácida y serena, hacían recordar á los colosos de las leyendas, que dedican su vigor á la defensa de las causas justas y en los cuales la fuerza va unida á la bondad.

Jaurés era un profesor de filosofía que por sus estudios y su amor á los humildes acabó abandonando la cátedra y sus trabajos literarios para lanzarse á la defensa del socialismo. Pertenecía á una familia ilustre de soldados del mar. Su tío, el glorioso almirante Jaurés, fué el defensor de París en el sitio de 1870. Su hermano, el contraalmirante Jaurés, es hoy en la marina francesa un jefe muy acreditado por sus estudios.

Jaurés nació en Tolosa; su alma de meridional estaba preparada á todas las sensaciones de la bondad y del arte. Pudo ser un gran poeta, pero sus entusiasmos humanitarios le impulsaron al estudio de la filosofía y la sociología. En realidad lo fué. Muchos de sus discursos resultan verdaderas odas, sobrias de forma, pero de una poesía viril. Temía los galopes de su imaginación, procuraba contener las exuberancias de su palabra maravillosa, quería ser conciso y hasta austero, no dando entrada en sus peroraciones mas que á contadísimas imágenes para no incurrir en la barroca abundancia de los oradores meridionales. Pero aun así, ¡qué de frases poéticas en sus discursos, superiores á la gran mayoría de las que circulan envueltas en rimas!...



JUAN JAURÉS

Este revolucionario y este socialista, acusado muchas veces por los conservadores franceses de enemigo de la patria, supo esculpir en unas cuantas frases la síntesis del amor á la patria como no lo ha hecho ninguno de nuestros contemporáneos, como sólo hubiera podido hacerlo Víctor Hugo.

Hablando á los socialistas de sus deberes nacionales, dijo así:

«Vosotros estáis unidos á esta tierra por vuestro pasado y vuestro porvenir; por vuestros recuerdos y vuestras esperanzas; por la inmovilidad de las tumbas y por el temblor de las cunas.»

▫

Jaurés era la primera personalidad de la política francesa. En la Cámara de diputados ninguna palabra tuvo más autoridad que la suya. Este prestigio no lo debió solamente á su elocuencia. La rectitud de una vida pura le hizo ser respetado, aun por los reaccionarios más intransigentes. Además, su carácter generoso esparcía en torno de él un ambiente de simpatía irresistible.

La pureza de su conducta no iba acompañada de repelentes austeridades. Jaurés era de carácter alegre; un buen meridional amigo de la risa y que gustaba del trato franco y familiar.

Jefe de un grupo parlamentario compuesto de más de ciento cincuenta diputados, podía decidir la vida ó la muerte de los gobiernos de la República, con su apoyo ó su oposición. Muchos de los que se formaron á su lado fueron ministros y lo son ahora. Jaurés reía cuando le hablaba alguien de la posibilidad de que él lo fuese también. Nunca pensó que pudiera ser gobernante en tiempos de tranquilidad. Era el tribuno, el apóstol de una doctrina generosa, que amaba la propaganda y el combate de ideas más que las dulzuras del poder. Únicamente, de no morir asesinado, habría sido ministro del Gobierno de Defensa Nacional, que reunió todas las opiniones republicanas de Francia, como lo fueron sus compañeros, los socialistas Julio Guesde y Marcelo Sembat.

Este hombre, que pudo influir más que nadie en los destinos de una nación poderosa y rica como Francia, vivía sin embargo con una modesta sencillez, trabajando incesantemente. La mañana la dedicaba á los correligionarios, recibiendo las visitas de comisiones y de simples particulares que buscaban el apoyo de la palabra del tribuno; la tarde la pasaba en la Cámara de diputados; la noche en la redacción de *L'Humanité,* su diario amado, que apenas si podía sostenerse administrativamente por no admitir los anuncios y las subvenciones con que las grandes empresas financieras intentaban ganarse indirectamente la gratitud de su director.

El único momento del día en que Jaurés gozaba de libertad y descanso era entre la sesión de la Cámara y los trabajos de redacción.

Las divergencias de opinión aflojaban un poco sus relaciones con la familia. Jaurés había contraído matrimonio y constituído un hogar cuando era un profesor del porvenir, un «burgués», destinado por su talento y sus amistades á las más altas posiciones. Luego, al lanzarse en la política revolucionaria, se produjo cierto enfriamiento entre el socialista y los suyos. Además, la familia era fervorosa creyente, y veía con disgusto su propaganda librepensadora.

Las más de las noches comía Jaurés en el café del Croissant, situado en la esquina formada por las calles de Montmartre y del Croissant; un establecimiento modesto, pero que era preferido por estar inmediato á la redacción de *L'Humanité.*

La calle del Croissant es la calle de los periódicos. Á excepción de los grandes diarios de París, que tienen edificio propio, todas las publicaciones de segundo orden, especialmente los periódicos políticos, vienen instalando por tradición sus redacciones en la calle del Croissant, ó sea de la Media Luna. Varias casas editoriales se hallan establecidas en este barrio. Sobre el mismo café del Croissant están las oficinas del editor de *Le Journal des Voyages* y otras publicaciones de aventuras.

Este barrio, que parece oler á tinta de imprenta y á papel mojado, tiene su vecindario especial. La estrecha calle del Croissant se halla casi siempre obstruída por grupos de vendedores de periódicos que esperan, gritando impacientes, la salida de una hoja nueva.

Por las aceras transcurren los tipógrafos con largas blusas y una montera de papel en la cabeza. Pasan carretones cargados de resmas de periódicos recién impresos. Llegan á pie ó en vehículo de alquiler, apresurados y con aire misterioso, los noticieros que acaban de cazar algo sensacional. Mujeres mal pergeñadas y con un bonete de papel impreso sobre la cabellera miran á lo alto, como si con la vista pretendiesen acelerar la salida de los periódicos. Algunas redacciones están en un quinto piso.

Todo este mundo estaba acostumbrado á ver diariamente á *Monsieur Jaurés*, cuando llegaba al café del Croissant, con la levita suelta, el pantalón con arrugas, el sombrero de copa alta opaco y mal peinado: el tipo del personaje parlamentario que desea guardar un aspecto decoroso, aunque, preocupado y distraído, no cuida de la ropa.

Para los de la calle del Croissant, el gran orador de Francia, el árbitro de la vida política, era uno de la casa, uno del oficio.

—Ahí va el director de *L'Humanité* -decían impresores y vendedores, como si esto valiese más que el ser diputado poderoso y gran orador.

Otros le llamaban simplemente «el ciudadano» ó «el compañero Jaurés».

El pobre café era su salón, su casino; representaba hora y media de intimidad y plácido descanso, rodeado de amigos de varias nacionalidades. Todos los que deseábamos hablar á Jaurés sabíamos que el lugar mejor para abordarlo era el café del Croissant, á la hora de la comida.

Se presentaba á las ocho de la noche de vuelta de la Cámara, sudoroso aún por sus agitaciones oratorias, vibrando en su palabra las emociones recientes de la tribuna, repartiendo apretones de mano y palabras cariñosas, entusiasta, satisfecho, confiado, como un escolar que acaba de salir victorioso de un examen.



LA CALLE DEL CROISSANT — Fot. Meurisse

Vendedores de periódicos esperando la salida de una hoja extraordinaria ante la imprenta de un diario

¡Simpático grande hombre! ¡Gigante incansable y bueno!... La gran aventura de su vida laboriosa, dedicada por entero á la defensa de una idea, había sido un viaje, dos años antes, á la América del Sur. Llamado por los socialistas de Buenos Aires, atravesó el Atlántico para esparcir la buena nueva en una serie de conferencias. Los capitalistas argentinos admiraron la dulzura convincente con que sabía exponer unas doctrinas opuestas á sus intereses. La masa curiosa se asombró de que el famoso tribuno Juan Jaurés fuese un señor de aspecto franco y alegre, capaz de conversar en medio de la calle con cualquiera, y

que en pleno verano iba con larga levita parlamentaria y sombrero de paja.

El «burguesismo» bondadoso y modesto de este gran artista revolucionario, incapaz de petulancias y orgullo, había llamado siempre la atención de sus detractores.

Cuando obtuvo los primeros triunfos oratorios y la opinión empezó á fijarse en el diputado Jaurés, los periodistas de París le describieron con cierto regocijo como un universitario de gustos domésticos que iba por las mañanas al mercado con un bolso de red, lo mismo que los burgueses amigos de la tradición, á comprar las provisiones para la familia.

▫

La posibilidad de una guerra europea indignó á Jaurés desde el primer momento del conflicto. Era un decidido partidario de la paz; había trabajado siempre por disuadir á Francia de las aventuras militares, y únicamente, en último extremo, podía aceptar la guerra defensiva para la salvación de la patria.

Por algún tiempo creyó que el socialismo internacional podría resolver el conflicto. Poseía el idioma germánico, y en 1905 lo invitaron los socialistas alemanes á dar varias conferencias de propaganda en Berlín y otras capitales alemanas, pero el gobierno se opuso, prohibiendo á Jaurés el paso por la frontera. Guillermo II y el canciller Von Bülow juzgaban más temible el socialismo de los franceses que el socialismo alemán, obediente siempre al Imperio, después de un simulacro de oposición. Jaurés mostraba gran confianza en las promesas de sus correligionarios de ultra-Rhin. Él impediría que Francia adoptase una política belicosa, dejándose arrastrar por sus compromisos de alianza. Que los compañeros de Alemania hiciesen lo mismo, oponiéndose á la guerra, y Europa se salvaría. Pero transcurrió el tiempo sin que los socialistas alemanes hiciesen nada digno de mención en tal sentido.



JAURÉS EN UN BULEVAR DE PARÍS (Fot. Rol)

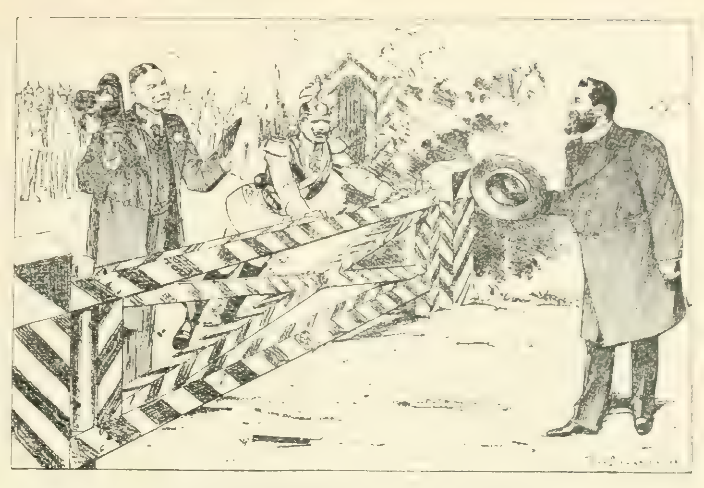
En la noche del 31 de Julio llegó Jaurés al cafe del Croissant más tarde que de costumbre. Eran las nueve. Había estado mucho tiempo en el ministerio de Negocios Extranjeros, ansioso por conocer las últimas noticias de los gabinetes de Europa y deseando hablar con los individuos del gobierno para recomendarles la paz, la paz á todo trance. El ministro estaba en el Elíseo, y en vista de la hora avanzada, Jaurés se retiró luego de hablar largamente con M. Abel Ferry, el subsecretario del ministerio.

Al llegar al café iban con él su compañero de redacción Renaudel y el diputado socialista Renoult, hermano del ministro de Trabajos Públicos. Los tres se sentaron juntos á comer.

Jaurés estaba fatigado por la larga espera en el ministerio y sudoroso á causa del calor propio de una noche de Julio. Por esto ocupó en el diván un lugar junto á la ventana, de espaldas á ella, buscando el escaso fresco de la calle. Una simple cortina casi transparente cubría la ventana

para evitar la curiosidad de los transeuntes.

Mientras comía con apresuramiento iba exponiendo á sus compañeros lo que pensaba decir al día siguiente en *L'Humanité*. Tenía prisa en subir á la redacción para consignar sus opiniones sobre el conflicto y el resultado de su visita al ministerio.



LA PROPAGANDA SOCIALISTA EN ALEMANIA

Jaurés á Guillermo II y á Bülow, que le cierran la frontera. «No es necesario que vo vava; me basta con el reclamo y la propaganda que me hacéis con vuestra conducta.»

Caricatura del *Weekblad voor Nederland*, de Amsterdam. 1905

Nuevos amigos fueron acudiendo ansiosos de noticias, tomando asiento como de costumbre en torno de la mesa; entre ellos el administrador de *L'Humanité* y un correligionario familiar de Jaurés, M. Poisson, acompañado de su esposa.

Eran las nueve y media. Jaurés, que iba ya á retirarse para subir á su despacho, felicitó á la señora de Pousson por su buen aspecto, y ésta le mostró un retrato que le habían hecho días antes. Tendía la mano el orador para tomarlo, cuando en el mismo instante se levantó un extremo de la cortina que estaba detrás de él. Apareció una mano empuñando un revólver. La boca del cañón se apoyó en la nuca de Jaurés. Fué esto tan rápido, que no dió tiempo para lanzar un grito de alarma á los que estaban enfrente de él, avisándole el peligro. Mientras tanto, el orador, ignorando lo que pasaba á su espalda, sonreía cortésmente mirando el retrato. Sonaron dos estampidos y Jaurés se desplomó pesadamente, sin un grito, de bruces sobre la mesa. Tenía abierta una herida enorme en la base del cráneo. El hueso había estallado dejando el cerebelo al descubierto.

Mientras unos contertulios, aturdidos por el suceso, se agrupaban junto al cuerpo, sacudido por los estertores de la agonía, otros se lanzaron fuera del café, deteniendo á los pocos pasos al asesino, que aún tenía el arma en la mano.

Era un joven llamado Raúl Villin, estudiante de prehistoria en la Escuela del Louvre. En los bolsillos le encontraron un segundo revólver cargado. Los transeuntes, al enterarse de su crimen, quisieron lincharlo, y los esfuerzos de la policía no pudieron evitar varios golpes que ensangrentaron su rostro. Los mismos amigos de Jaurés defendieron su vida, metiéndolo en un automóvil para arrebatarlo de las manos de la muchedumbre indignada.

El primer interrogatorio en la comisaría de policía dió á entender inmediatamente que el asesino era de una mentalidad anormal. Al principio se negó á identificar su persona, manteniéndose en un silencio activo. Luego, para justificar su crimen, dijo con petulancia, como si acabase de salvar á su país:

—Jaurés ha traicionado á Francia con su campaña contra la ley de tres años. Yo he hecho una gran acción desembarazando á la patria de un traidor.

Sus palabras, su gesto, su mirada, todo reveló desde el primer momento al demente ansioso de notoriedad. Además, las averiguaciones judiciales hicieron saber que su madre había muerto en un manicomio, víctima de monomanía religiosa.

Los excesos de una prensa extremada en sus afirmaciones habían empujado al asesinato á este hombre de cerebro débil. Para ciertos periódicos franceses de ideas conservadoras, que creen tener el monopolio del amor á la nación, todos los que piensan de un modo distinto al de ellos son traidores á la patria.

Jaurés, como los demás socialistas y muchos republicanos, se había mostrado enemigo de la ley que aumentaba la duración del servicio militar, pasando éste de dos años á tres. Para sostener sus ideas sobre el problema militar, había publicado un libro, *El ejército del socialismo*, con la colaboración anónima del capitán Gerard, un oficial socialista que luego se distinguió mucho en el curso de la guerra. Jaurés proponía en su libro que en vez de aumentar las tropas permanentes se creasen mayores reservas, más cuadros de oficiales, para movilizar con éxito y rapidez la nación entera en caso de peligro.

Como ocurre en muchas discusiones tempestuosas que conmueven á todo un pueblo, la experiencia se encargó de demostrar que ambos bandos tenían razón en sus proposiciones, encaminadas igualmente á la defensa de la patria. La ley de tres años, aprobada al fin, sirvió para que Francia, en los primeros momentos, tuviese en las fronteras un ejército mayor, á cuyo amparo pudo movilizarse el país tranquilamente. El plan de Jaurés, de ser puesto en práctica, hubiese permitido á los treinta días tener sobre las armas



EL CAFÉ DONDE FUÉ ASESINADO JAURÉS (Fot. Rol

La cruz blanca indica la ventana junto á la cual estaba sentado cuando desde la acera el asesino le disparó en la nuca

cuatro millones de hombres bien preparados en vez de dos y medio.

¡Y el pobre iluminado, mezcla de loco y de imbécil, con la sugestión de lecturas calumniosas, creyó salvar á su patria matando al «traidor», al hombre ilustre y bueno!

Su acto fué tan absurdo, que en el primer momento nadie pudo imaginar que lo hubiese realizado un francés. La muchedumbre creyó de buena fe que el asesino era alemán, considerando este crimen como una maniobra hábil para provocar una revolución, introduciendo la discordia entre los franceses.

En realidad un enemigo de Francia no podía discurrir contra ella nada mejor que el atentado de este demente.

Pero un patriotismo sincero supo conjurar el peligro con actos de abnegación. Los principales socialistas franceses, al descubrirse ante el cadáver de la víctima, pensaron en la concordia nacional y no en la venganza.

◦

Una muchedumbre amenazante invadió la calle del Croissant y las inmediatas: «¡Viva Jaurés! ¡Abajo la guerra! ¡Á muerte el asesino!» Los cafés y otros establecimientos cerraron sus puertas. Las gentes tranquilas se escondieron. Muchos grupos empezaron á hablar de una venganza inmediata asaltando las redacciones de determinados periódicos. Todos pensaban en lo que ocurriría á la mañana siguiente, cuando la noticia del asesinato fuese conocida en los barrios obreros. Iba á sobrevenir la revolución, la guerra civil ansiosa de venganza, precisamente en el momento que la patria los necesitaba á todos y el enemigo amenazaba la frontera.

Un redactor de *L'Humanité* se asomó á una ventana de la redacción para hablar al pueblo recomendándole la calma. Los diputados socialistas fueron acudiendo al enterarse del suceso. El cuerpo de Jaurés estaba aún tendido en el diván del café, agitado por los últimos estremecimientos. Sus amigos, con la cabeza descubierta, lloraban.

Cuando el cadáver, oculto en un furgón y escoltado por jinetes de la Guardia Republicana, fué trasladado á la casa de Passy, donde Jaurés había tenido su domicilio, los socialistas más populares arengaron á las masas, recordando la gravedad de la hora, la amenaza de la guerra que pesaba sobre todos, la necesidad de mantenerse unidos para hacer frente al peligro.

Gustavo Hervé dió la consigna á los revolucionarios.

—Yo conocía bien á Jaurés—dijo—. Si su cadáver pudiese hablar en estos momentos, sé lo que diría: «Amigos míos: no penséis en mí; pensad en la patria.»

En la misma noche el gobierno hizo fijar profusamente en todo París la siguiente alocución:

Ciudadanos:

Un abominable atentado acaba de cometerse. M. Jaurés, el gran orador, gloria de la tribuna francesa, ha sido cobardemente asesinado.

Yo me descubro personalmente y en nombre de mis colegas ante esa tumba, tan inesperadamente abierta, del republicano socialista que luchó por tantas nobles causas y que en estos días difíciles ha sostenido por el interés de la paz, con la autoridad de su prestigio, la acción patriótica del Gobierno.

En las graves circunstancias que la patria está atravesando, el Gobierno cuenta con el patriotismo de la clase obrera para que conserve la calma y no aumente las emociones públicas con una agitación que sumiría la capital en el desorden.

El asesino está detenido y será castigado. Que todos tengan confianza en la ley, y demos todos, en estos graves peligros, un ejemplo de sangre fría y de unión.

Por el Consejo de Ministros.

El presidente del Consejo:
RENÉ VIVIANI

Cuatro días después fueron las exequias públicas del tribuno. Francia estaba ya en plena guerra. Miles y miles de amigos de Jaurés se hallaban fuera de París, vistiendo el uniforme militar, defendiendo á la patria en la frontera. Toda la juventud socialista había pasado del taller al campamento, lo mismo que los demás franceses. El obrero partidario de la paz y de la humanidad se convertía en soldado con el mayor entusiasmo.


l'Humanité
JOURNAL SOCIALISTE
Fondateur JEAN JAURÈS
PATIENCE ET CONFIANCE
Accalmie dans le Nord
DE NOUVELLES ATTAQUES REPOUSSÉES DANS L'ARGONNE
LES SOCIALISTES SUR LE FRONT
La Bataille en Pologne
ELLE SEMBLE TOURNER A L'AVANTAGE DES RUSSES
LA SITUATION
Notes prises sur le Front
DANS LES CHAMPS DE PICARDIE

FACSÍMIL DE «L'HUMANITÉ»
El periódico fundado por el gran orador socialista

Á pesar de estas ausencias, el entierro de Jaurés fué una manifestación imponente. La Francia republicana, no obstante las graves preocupaciones del momento, acudió á escoltar su féretro.

Fué el 4 de Agosto pòr la mañana cuando una enorme muchedumbre con banderas y grandes coronas acompañó el cadáver del gran orador desde las alturas de Passy al ferrocarril que lo había de llevar al Sur de Francia, á la amada tierra natal.

Por la tarde se desarrolló en la Cámara de diputados la memorable sesión del 4 de Agosto, que relataremos oportunamente, y en la cual sólo faltó la palabra de Jaurés.

Antes de que el cortejo fúnebre emprendiese la marcha se pronunciaron muchos discursos sobre una tribuna, cerca de la casa mortuoria, en la esquina formada por la calle de la Pompe y la avenida Henri Martin. Hablaron el jefe del gobierno, Viviani, los diputados socialistas Sembat, Vaillant y Bracke, el diputado belga Camilo Huysmans y Jonhaux, secretario de las asociaciones revolucionarias de trabajadores. El discurso de este obrero fué el más emocionante. Jonhaux explicó por qué los trabajadores amaban y admiraban á Jaurés:

¿Qué decir cuando se abra esta tumba entre millares de tumbas próximas á abrirse? ¿Qué decir en nuestro inmenso dolor?... Jaurés era nuestro pensamiento, nuestra doctrina viviente. En su imagen, en su recuerdo, buscaremos nuestras fuerzas para el porvenir.

Algunos han creído que nosotros éramos adversarios de Jaurés. ¡Cómo se equivocan!... Es verdad que entre nosotros y él han existido alguna divergencias de táctica. Pero estas divergencias eran como si dijéramos á flor de alma. Su acción y la nuestra se completaban. Su acción intelectual engendraba nuestra acción viril. Con él es con quien hemos comulgado siempre.

Jaurés ha sido el reconfortante de nuestra apasionada acción por la paz. No es falta suya ni nuestra que la paz no haya triunfado. La esperábamos, y es la guerra la que surge. Antes de marchar hacia la gran carnicería, en nombre de los trabajadores que han partido y en nombre de los que van á partir, *de los cuales yo soy uno*, grito delante de este féretro todo nuestro odio contra el imperialismo salvaje que ha provocado el horrible crimen.

Jaurés: tu recuerdo imperecedero nos guiará en la lucha terrible que vamos á atravesar. Ese recuerdo brillará ante nosotros como una antorcha que ninguna tormenta podrá extinguir. Y yo proclamo altamente, antes de marchar al combate, nuestra fe en la Internacional, nuestra resolución de conquistar en franca lucha todas las libertades para dárselas á los otros.

Gustavo Hervé, al despedir al maestro en un sentido artículo de *La Guerra Social* titulado «Adiós, Jaurés», decía así:

Jaurés: ha sido para vos una felicidad no asistir al derrumbamiento momentáneo de nuestro hermoso ensueño de paz universal. Os habéis ido antes de ver á Europa sumida hasta el cuello en un mar de sangre y zambulléndose en la barbarie.

Pero lamento que hayáis partido sin poder contemplar cómo nuestra raza, nerviosa, entusiasta é idealista, ha aceptado el cumplimiento de su doloroso deber.



ENTIERRO DE JAURÉS. EL CORTEJO (Fot. Rol)

Os habriais sentido orgulloso de nuestros obreros socialistas, al ver con que sencillez abandonaban sus talleres, á medida que les iba tocando la orden de movilizacion, y la serenidad que sienten en su alma desde que estan convencidos de que Francia lo hizo todo para evitar la guerra y es victima de la más brutal de las agresiones.

Seguramente que habriais llorado de emocion al ver con qué gravedad, exenta de fanfarroneria, ofrece cada uno su pecho para cerrar el camino a los Von Forstner alemanes y austriacos.

E igualmente os habria enternecido ver con que resignación nuestras madres, nuestras esposas, hijas y hermanas, soportan el amargo sacrificio.

XV

Los Bancos de París.—La moratoria.—Orden de movilización general.—El gobierno habla á la nación.—La actitud del gobierno inglés.—Estado de la opinión en Inglaterra.—La prensa francesa y la prensa alemana.—La movilización rusa.—La última esperanza de paz desvanecida.

El sábado 1.° de Agosto fué un día decisivo para la guerra.

Á primera hora llegaron á París noticias de la frontera franco-alemana, anunciando que las líneas férreas estaban cortadas en los confines de Alsacia y de Lorena y los puentes obstruídos por las barricadas y alambradas de los alemanes.

Para conjurar la crisis monetaria, el Banco de Francia puso en circulación desde primera hora los billetes de cinco y de veinte francos.

El ministerio de Hacienda dió un decreto fijando una prórroga de un mes para los vencimientos así como para los depósitos de cantidades existentes en los Bancos.

Este decreto, que no sólo era importante para Francia, sino para Europa entera, paralizó momentáneamente el comercio y los giros internacionales. Decía así:

Artículo 1.° La prorrogación del plazo dictado para los valores negociables por el decreto de 31 de Julio de 1914 se aplicará igualmente á la extraccion de los depositos y cuentas que existan en los Bancos y establecimientos de crédito, bajo las reservas siguientes:

Todo depositario ó acreedor cuyo depósito sea inferior ó igual á 250 francos, tendrá el derecho de retirar integramente esta cantidad.

Más arriba de la mencionada cifra de 250 francos, los depositantes y acreedores solo podran exigir el pago de un 5 por 100 de las cantidades de su propiedad.

Los depositarios ó acreedores que ocupen un personal de obreros ó de empleados en el ejercicio de una profesión industrial ó comercial, tendrán derecho, sobre las sumas que les pertenecen, á la totalidad de lo que monten los salarios de dicho

ENTIERRO DE JAURÉS. LAS CORONAS

personal cada día de paga, siendo obligación suya justificar esto, presentando las nóminas de los empleados en sus establecimientos.

Art. 2.° La prolongación del plazo antes marcado se aplicará igualmente al reembolso de bonos y contratos de seguros, de capitalización y de ahorro á término fijo, o estipulados como reembolsables á voluntad del titular ó del portador.

Art. 3.° Las disposiciones del presente decreto son aplicables á Argelia y Tunez.



LAS BANDERAS DE LOS CÍRCULOS SOCIALISTAS EN EL ENTIERRO DE JAURÉS
(Fots. Rol

El decreto de moratoria produjo hondo efecto en el país. Muchas personas de buena posicion social quedaron momentáneamente con escasos medios de existencia al retener los Bancos su dinero. Fué una medida arbitraria y violenta, pero al mismo tiempo prudente y oportuna.

La alarma general había hecho afluir las gentes á los establecimientos de crédito. Todos querían retirar sus depósitos. De no cortar el gobierno la avalancha de acreedores, muchos Bancos respetables hubiesen quebrado, no pudiendo hacer frente de un golpe á todas sus obligaciones.



M. RENÉ VIVIANI (Fot. Meurisse)
Presidente del Consejo y ministro de Negocios Extranjeros de Francia

El público acabó por conformarse con esta disposición, reconociendo su oportunidad en vista de las circunstancias.

La muchedumbre de París se mostró serena ante el peligro. Nadie temía la guerra. Empezaban las masas á sentir el estremecimiento de entusiasmo que precede á las grandes explosiones belicosas.

—Puesto que el enemigo la quiere, sea—decían todos.

Pero se abstenían de hacer manifestaciones, temiendo que éstas pudiesen turbar un posible arreglo. Esperaban las palabras de los gobernantes. Sabían que éstos se hallaban reunidos á todas horas haciendo los últimos esfuerzos en favor de la paz.

En la mañana del 1.° de Agosto todavía M. de Schoen, el embajador de Alemania, fué al ministerio de Negocios Extranjeros para hablar con M. Viviani de un acuerdo posible.

—Se entreve un pequeño resplandor de esperanza —dijo el diplomático alemán al salir del ministerio—. Hay que trabajar para que esta esperanza se agrande.

Los que estaban enterados de la conducta tortuosa observada por el gobierno alemán en los días anteriores, sonreían tristemente.

Por la tarde volvió M. de Schoen al ministerio para tener una segunda conferencia con el jefe del gobierno.

M. Viviani anunció al embajador de Alemania que, de acuerdo con el Presidente de la República y todos los ministros, acababa de decidir la movilización general de Francia.

Era una respuesta al Imperio alemán, que el día anterior había decidido su movilización.

—La actitud de vuestro gobierno—dijo Viviani al embajador—ha dictado la nuestra. Estamos obligados á tomar precauciones iguales á las que vosotros tomáis. Nuestras disposiciones pacíficas son las mismas. Queremos la paz, y la mejor prueba que podemos ofrecer en apoyo de nuestro pacifismo es que á la hora presente el Parlamento francés no ha sido convocado aún, y constitucionalmente estamos obligados á reunirlo cuando nuestras intenciones sean hostiles.

Viviani, insistiendo en la demostración de que Francia no hacía mas que ponerse en guardia para su defensa, y que hasta el último momento allanaba el camino para la paz, añadió:

—Otra prueba es que, para evitar incidentes que podían ocurrir en la frontera al estar muy próximos franceses y alemanes, hemos dado órdenes á nuestras tropas para que se mantengan á ocho kilómetros de la frontera, dejándola al descubierto. Por esta precaución prudente estamos expuestos á una violación del territorio, y no creo que haya potencia alguna capaz de proceder de este modo. En cambio, las tropas alemanas están amasadas al pie mismo de los postes fronterizos que marcan los límites franco-alemanes. De este modo, si un incidente se produce, será obra indiscutible de las fuerzas alemanas.

El embajador Schoen se retiró para dar cuenta á su gobierno de la movilización francesa, y todavía al despedirse mostraba cierta confianza, como si esperase ser portador en breve de una buena solución.

—Hasta luego—dijo estrechando la mano del jefe del gobierno.

El Consejo de ministros tomó el acuerdo de la movilización á las cuatro de la tarde, en vista de las noticias que recibía de la frontera, donde aumentaban por momentos las tropas alemanas.

Como era imprudente perder tiempo, mientras imprimían el decreto de movilización se dió la noticia á París fijando un papel manuscrito en todas las oficinas de correos de la capital.

Una simple cuartilla de papel pegada con obleas y con unas cuantas líneas escritas á toda prisa, puso en conmoción á París y una hora después á toda Francia.

MINISTERIO DE LA GUERRA

ORDEN DE MOVILIZACIÓN

EXTREMA URGENCIA

Primer día de la movilización: domingo 2 de Agosto.

Se agolpó la gente ante estos anuncios, insignificantes por su forma. Muchos, al leer las breves líneas, lanzaban un suspiro de satisfacción, como el que sale para siempre de un estado angustioso.

—¡Al fin!—decían—. Ya sabemos á qué atenernos. Es la guerra.

Los hombres se mostraban sus libretas de reservistas, señalando los diversos puntos de Francia á que debían acudir para incorporarse á sus regimientos. Las mujeres ponían el gesto grave, arrostrando la noticia con una resignación heroica. Nadie quería la guerra: ¡pero qué hacer si los enemigos se empeñaban en provocarla!...

Por la noche el verdadero anuncio de la movilización fué fijado en las esquinas de París y enviado á toda Francia. Decía así:

EJÉRCITO DE TIERRA Y EJÉRCITO DE MAR

ORDEN

DE MOVILIZACIÓN GENERAL

Por decreto del Presidente de la República, la movilización de los ejércitos de tierra y de mar queda ordenada, así como la requisa de animales, vehículos y arneses necesarios para el complemento de dichos ejércitos.

El primer día de la movilización es el domingo 2 de Agosto de 1914.

Todo francés sometido á las obligaciones militares debe obedecer, bajo pena de ser castigado con el rigor de las leyes, á las prescripciones del *cuaderno de movilización* (páginas de color de su libreta).

Son llamados por la presente orden todos los hombres que no estén bajo banderas y que pertenezcan:

1.° Al ejército de tierra, comprendiendo á las tropas coloniales y á los hombres de servicios auxiliares;

2.° Al ejército de mar, comprendiendo á los inscriptos marítimos y á los armeros de la Marina.

Las autoridades civiles y militares son responsables de la ejecución del presente decreto.

El ministro de la Guerra *El ministro de Marina*

En la misma noche, el Presidente de la República y sus ministros acordaron dirigirse á la nación haciendo el siguiente llamamiento:

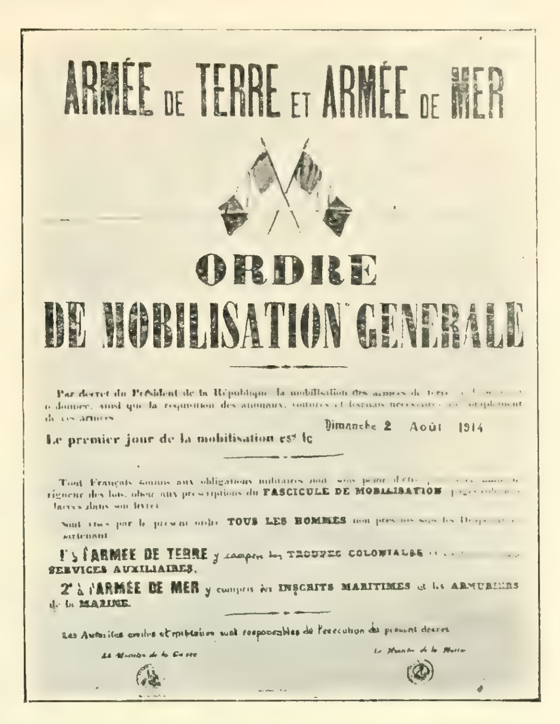
Á LA NACIÓN FRANCESA

Desde hace pocos días el estado de Europa se ha agravado considerablemente, á pesar de los esfuerzos de la diplomacia.

El horizonte se ha ennegrecido.

En la hora presente la mayor parte de las naciones han movilizado sus fuerzas. Hasta los países protegidos por la neutralidad han creído necesario tomar esta medida á título de protección.

Potencias cuyas leyes militares y constitucionales no se asemejan á las nuestras, han comenzado y proseguido, sin necesitar de un decreto de movilización, unos preparativos que en realidad equivalen á la misma movilización y que representan su ejecución anticipada.



LA ORDEN DE MOVILIZACIÓN FIJADA EN LAS ESQUINAS DE PARÍS

Francia, que siempre demostró su voluntad pacífica, que en días trágicos dió á Europa consejos de moderación y un vivo ejemplo de cordura multiplicando sus esfuerzos por mantener la paz del mundo, se ha preparado sin embargo á todas las eventualidades, y empieza á tomar las precauciones indispensables para la guarda de su territorio.

Pero nuestras leyes no permiten realizar completamente estos preparativos sin un decreto de movilización.

Cuidadoso de su responsabilidad, y comprendiendo que faltaría á un deber sagrado si dejase las cosas sin resolver, el Gobierno acaba de lanzar el decreto que imponen las circunstancias.

La movilización no es la guerra. Al contrario, en los momentos presentes aparece como el mejor medio de asegurar una paz con honor.

Tenaz en su ardiente deseo de encontrar una solución pacífica á la crisis, el Gobierno, al abrigo de estas precauciones necesarias, continuará sus esfuerzos diplomáticos y todavía espera conseguir un éxito.

El Gobierno cuenta con la sangre fría de esta noble nación, para que no se deje arrastrar por emociones injustificadas. Cuenta también con el patriotismo de todos los franceses, y sabe que no hay uno solo que no esté pronto á cumplir su deber.

En esta hora ya no hay partidos. No hay mas que la Francia eterna, la Francia pacífica y resuelta, la

patria del derecho y de la justicia, unida por entero en la calma, la vigilancia y la dignidad.

El Presidente de la República,

RAIMUNDO POINCARÉ

Por el Presidente de la República:

RENÉ VIVIANI, *presidente del Consejo y ministro de Negocios Extranjeros:* BIENVENU-MARTIN, *ministro de Justicia;* MALVY, *ministro del Interior:* NOULENS, *ministro de Hacienda:* MESSIMY, *ministro de la Guerra;* GAUTHIER, *ministro de Marina:* AUGAGNEUR, *ministro de Instrucción Pública:* RENÉ RENOULT, *ministro de Trabajos Públicos;* THOMSON, *ministro de Comercio y de Correos y Telégrafos:* FERNANDO DAVID, *ministro de Agricultura:* RAYNAUD, *ministro de Colonias:* COUYBA, *ministro del Trabajo.*

ABEL FERRY, *subsecretario de Estado en los Negocios Extranjeros:* LAURAINE, *subsecretario de Estado en la Guerra;* JACQUIER, *subsecretario de Estado en el Interior:* DALIMIER, *subsecretario de Estado en las Bellas Artes:* AJAM, *subsecretario de Estado en la Marina mercante.*

El tono del manifiesto era firme y conciliador á la vez. Francia tomaba las armas en vista del peligro para no ser sorprendida, y al mismo tiempo continuaba sus gestiones en favor de la paz.

Hasta el último momento buscó un arreglo. Sonaban ya los primeros tiros en la frontera, y todavía el gobierno de París acariciaba la esperanza de que sus enemigos, en un tardío relámpago de cordura, mantuviesen la paz del mundo.

▫

El presidente Poincaré, hábil diplomático que tanto se distinguió en sus tiempos de ministro desempeñando la cartera de Negocios Extranjeros, hizo gestiones particulares en esta hora suprema para conseguir la paz. En su palacio del Elíseo tuvo varias entrevistas con el embajador de Inglaterra, comunicándole manifestaciones de carácter confidencial para que las transmitiese á su gobierno.

Inglaterra era amiga de Francia y marchaba de acuerdo con ella; pero esta amistad no tenía el carácter de alianza defensiva para un caso de guerra.

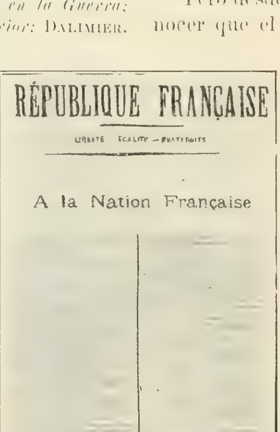
Poincaré invitó al gobierno británico, por medio de su embajador, á que hiciese una manifestación terminante en bien, no sólo de Francia, sino de la tranquilidad del mundo.

—Si la Gran Bretaña afirma que está con nosotros —dijo el Presidente de la República al diplomático inglés—, si da á entender á Alemania que en caso de guerra contaremos con su apoyo franco y decidido, el gobierno de Berlín modificará indudablemente su conducta y el peligro quedará conjurado. El Imperio alemán quiere la guerra porque está convencido de que la Gran Bretaña se mantendrá al margen del conflicto. Que diga una palabra de amenaza el gabinete de Londres, y triunfará la paz.

Así hubiese sido. De manifestar Inglaterra en esta hora grave su firme voluntad de ponerse al lado de Francia, seguramente que el Imperio alemán hubiese rectificado sus propósitos belicosos. Se mostró arrogante y atropellador porque hasta el último momento creyó que sólo tendría enfrente á Rusia y Francia. Él, con su aliada Austria, se bastaba para combatir á los dos enemigos. Su diplomacia estaba segura de que la Gran Bretaña, ocurriese lo que ocurriese, se mantendría apartada de la lucha.

Al hablar á tiempo el gobierno de Londres, como lo solicitaba Poincaré, no hubiese surgido la guerra, al menos en 1914. Fué un silencio lamentable.

Pero desde el punto de vista inglés hay que reconocer que el ministerio británico no pudo obrar de otro modo. La Gran Bretaña es un país de libertad, donde la opinión pública tiene una fuerza superior á la del gobierno. Los ministros no forman ni dirigen la opinión; es ésta la que dicta su conducta.



EL LLAMAMIENTO Á LA NACIÓN

Y el pueblo inglés no quería la guerra. Fué necesario que ocurriese el inaudito atropello de Bélgica, para que la Gran Bretaña reconociera la necesidad de una pronta y enérgica defensa. En los días anteriores á este atentado, gran parte del pueblo británico fué enemigo de una intervención armada en Europa. Los conservadores proclamaban la paz á todo trance; los irlandeses atendían á sus luchas interiores más que á la política exterior; gran parte de la opinión miraba á Francia con interés, pero su simpatía no llegaba hasta la aceptación de una guerra por sostenerla. Un sentimiento de egoísmo inspiraba la política general. Además, eminentes personalidades de las ciencias y la literatura habían publicado en Londres un manifiesto contra la guerra, como si bastase un documento para evitarla. Las asociaciones de trabajo también se mostraban enemigas de una intervención en el continente. El instinto de conservación y una cortedad de vista para apreciar los sucesos inspiraban al pueblo inglés su erróneo retraimiento.

De no efectuar los alemanes la invasión de Bélgica, la Gran Bretaña se habría mantenido inmóvil, dejando á Francia sin ayuda. Pero esta inmovilidad á todo trance engañó al gobierno alemán, interpretándola como una muestra de indiferencia ó de miedo. Podía atreverse á todo sin temer su intervención. Y se lanzó locamente á invadir el territorio belga, acto que representaba un atropello á los tratados garantizados por la Gran Bretaña y una amenaza futura para la integridad de ésta.

Los ministros de Inglaterra tenían indudablemente una visión más exacta de los hechos. Adivinaban

lo que iba á ocurrir, considerando la guerra como inevitable. Pero no podían acelerar el curso de los acontecimientos. Tenían que vivir á la espera de un atentado que cambiase la opinión de su país, demostrándole la necesidad de defenderse junto con las potencias amigas.

Fué lamentable que Inglaterra no pudiese hablar á tiempo. La amenaza de sus gobernantes hubiese evitado los horrores y sacrificios de una guerra inmediata. Pero sólo habría significado un aplazamiento de unos pocos años, y ¡quién sabe si de unos pocos meses! Alemania, más ó menos pronto, hubiera insistido en sus belicosos propósitos para realizar su ensueño de dominación mundial. Una fatalidad se opuso á esta manifestación diplomática, que habría salvado al mundo por algún tiempo. Un conglomerado de fuerzas ocultas y maléficas hicieron inevitable el choque desde el primer día del conflicto.



CLEMENCEAU EN SU DESPACHO (Fot. Meurisse)

En Francia la unanimidad de la opinión caldeó el entusiasmo popular.

Los partidos revolucionarios, que muchos habían mirado como un peligro, fueron los que más ruidosamente afirmaron su adhesión á la patria.

Creían los timoratos en una protesta ruidosa de los socialistas y antimilitaristas contra la guerra. El mismo gobierno alemán confiaba en las perturbaciones revolucionarias, viendo en ellas una de sus garantías de éxito.

—Va á reproducirse el movimiento de la *Commune* —decían los miedosos y los pesimistas—. El pueblo de París se sublevará, colocando á los defensores de la frontera entre dos enemigos: enfrente el invasor; á sus espaldas la guerra civil.

Pero los revolucionarios fueron los primeros en esparcir la tranquilidad con generosas afirmaciones. Gustavo Hervé, en su periódico *La Guerra Social*, habló así á la nación y á sus defensores:

«Diremos una vez más, para que lo repitan á los soldados y á los oficiales que allá lejos, descansando sobre las armas, forman nuestras tropas de cobertura, que pueden velar en la frontera sin ninguna preocupación de lo que pueda ocurrir detrás de ellos. Nadie les disparará por la espalda mientras hacen frente á la casta militar prusiana: ¡nadie!

»Todos los revolucionarios hemos borrado de nuestro himno la *Internacional* la estrofa que se refería á los generales. Y nuestra *Internacional*, expurgada de estos versos, no dice otra cosa que lo que dice la *Marsellesa*, que nuestros padres cantaron por primera vez hace ciento veinte años.»

Por parte de los republicanos conservadores, un periódico mesurado y prudente como *Le Temps* aconsejaba del mismo modo la unión general al comentar el asesinato de Jaurés, ocurrido el día antes:

«En medio de las circunstancias trágicas que atravesamos, cuando todos los franceses sienten la necesidad de unirse para la defensa de la patria, un loco ó un miserable ha asesinado ayer noche á Juan Jaurés.

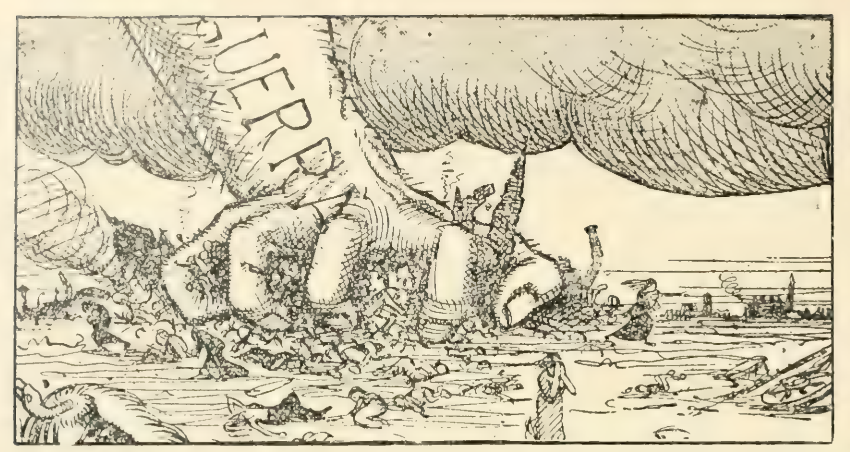
»Sea cual sea la opinión que cada uno tenga sobre la actuación política del gran orador socialista, un sentimiento de indignación ha sublevado la conciencia de todas las gentes honradas al recibir la noticia de este atentado odioso. Esta reprobación es tanto más vehemente si se tiene en cuenta que desde hace ocho días Juan Jaurés se esforzaba en sus artículos cotidianos—á pesar de las teorías del partido internacionalista—en hacer comprender á los suyos la gravedad de la hora presente, impulsando á cada uno á ocupar el puesto que le señalaba el deber nacional.

»Es preciso que, dejando á un lado su dolor, todos los amigos de Juan Jaurés escuchen su consejo que fué su palabra suprema: el consejo de cesar toda discusión política ó social para cumplir únicamente su deber de franceses. Tenemos la confianza de que así será, y que esta muerte horrible, en vez de turbar un acuerdo general, bello y emocionante, servirá para hacerlo más fuerte todavía.»

Clemenceau, en *El Hombre Libre*, proclamó esta tregua general de los partidos con un estilo claro y enérgico. Su artículo merece ser conocido por entero, pues resumió la situación y los ideales de Francia:

EN LA VÍSPERA DE LA ACCIÓN

Ha llegado la hora de las resoluciones graves. Se trata para nuestro país de la vida ó la muerte.



LA CARICATURA Y LA GUERRA — El zarpazo de la guerra

(Del *Daily Express*, de Londres)

propias del hombre en todos los países, hemos trabajado, con una voluntad incansable, por organizar é implantar sólidamente entre nosotros un regimen de democracia que puede establecer el orden en la nación por medio de la libertad. Teníamos la esperanza de que esta labor tenaz nos conservaría, entre los demás pueblos, el sitio al que tenemos derecho, según demuestra nuestra historia.

De esta obra hay que apartar en el presente momento las diversas apreciaciones de los partidos. Sean cuales sean los vergonzosos desgarrones de nuestro pasado, el peligro es muy grave en esta hora decisiva, y con un mismo impulso todos los franceses, vengan de donde vengan y vayan adonde vayan, deben presentarse en las fronteras, unidos de corazón y de alma, fundidos en una sola voluntad de suprema energía. En esto, en esto solamente reside la fuerza moral que puede hacernos superiores á todo.

Cuando el país, gracias á nuestros esfuerzos, habrá recobrado la libre posesión de su personalidad, entonces reanudaremos nuestras luchas, que honran al pensamiento francés, pues revelan nuestra busca apasionada de un ideal ennoblecedor de la humanidad. Y esto lo haremos en distintas condiciones que antes, pues el sacrificio de nosotros y de los nuestros habrá martilleado y reforjado de tal modo el alma francesa, que ya no querremos dividirnos mas que en distintos grupos de amigos. Esto podrá ser mañana. Ahora hay que afrontar el peligro de hoy.

Hoy no pueden existir dos franceses que se odien. Ya es

Fuimos vencidos, desmembrados y aplastados en 1870. Víctimas de una sangría hasta las últimas gotas, hemos procurado resucitar luego, y desde hace cuarenta años, unas veces bien, otras veces mal, venimos viviendo. Pero esta misma vida es nuestro crimen á los ojos de los antiguos vencedores, que se imaginaban haber acabado con nosotros para siempre.

Menos de cuatro años después de la paz de Francfort, el hombre que se consideraba el amo de Europa intentó rematarnos. Lo hubiese hecho con la mayor sangre fría—como su sucesor lo realiza con los servios—, si Rusia é Inglaterra no hubiesen intervenido.

El mundo civilizado debe reconocer y confesar que durante estos cuarenta años hemos sido en el continente europeo un instrumento de paz. En medio de los errores y las faltas que son



EL KAISER.—¡Fuera obstáculos!

(Del *Star*, de Montreal, Canadá)



AUSTRIA.—Cuando toma esa actitud, alguien le ayuda

(Del *Punch*, de Londres)

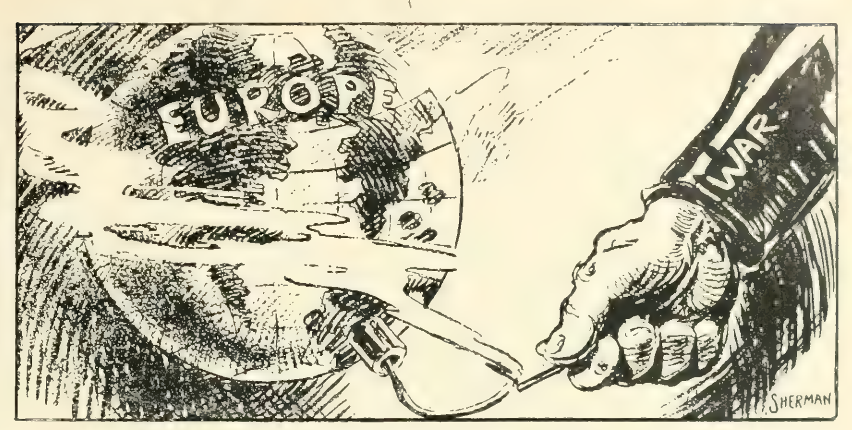


Dibujo de A. Forestier, de «The Illustrated London News»

Después de la batalla, los reflectores alemanes ex



'an el campo para cañonear las líneas inglesas



La mano del kaiser prendiendo fuego á la mecha (Del *Pittsburgh Post*)

tiempo de que conozcamos la alegría de amarnos. De amarnos, porque lo más grande é imperioso para nosotros, en el presente momento, es el deber de atestiguar ante los hombres que no hemos degenerado, que somos iguales á nuestros padres, y que nuestros hijos no tendrán que bajar los ojos cuando se les hable de nosotros.

Nuestras faltas, cuyo inútil reparto pertenece á la Historia, no pueden producir en nuestro corazón mas que un ferviente deseo de coronarlas con tales virtudes cívicas y militares, que acabe por descubrirse en ellas un elemento de grandeza. Ni recriminaciones, ni frases grandilocuentes, ni promesas de morir. Basta de palabras. Vengan actos; actos reflexivos, de prudencia ordenada y de acción sin retroceso.

En cinco ocasiones diferentes, desde que vimos los soldados alemanes en París, el orden de Europa ha sido turbado deliberadamente por la amenaza de la espada germánica, sin que la más ligera amenaza de nuestra parte justificase esta conducta. En todas ellas hemos sido dueños de nuestros nervios, y cuando el honor nos ha aconsejado la resistencia, hemos cumplido este deber con la sencillez de hombres cuyo corazón late animado por la sangre de una gran raza. Hoy, ¿qué quieren de nosotros?... Vivíamos en paz. Atentos únicamente á la organización de nuestra defensa, nada hemos hecho que pueda revelar el más leve propósito de tomar la ofensiva. ¡Y cuántas veces, sin embargo, inmovilizados por la imposibilidad de avanzar, hemos tenido que permanecer así, sin una palabra, sin un gesto, oyendo por encima de los Vosgos la voz de la patria torturada!

Del otro lado del Rhin, una nación grande y fuerte, que tiene derecho á vivir, pero que no tiene derecho á destruir en Europa toda vida independiente, lleva su delirio de grandezas hasta no querer tolerar que Francia levante la cabeza cuando habla. Enloquecido por el deseo de hegemonia, el emperador alemán, que arrastra sus pueblos con los ojos cerrados á unas aventuras de las cuales nadie puede calcular la extensión, asesta un golpe mortal, como en tiempo de las invasiones bárbaras, á todo lo que constituye el orgullo de los pueblos civilizados.



La Guerra. -Ya que nada tengo que hacer en Méjico, vamos á barrer Europa

(Del *Philadelphia Record*)

Ese emperador quiere *acabar* con Francia, y al mismo tiempo con Inglaterra y Rusia, ignorando que no se *acaba* fácilmente con la vida de los pueblos que no se pueden suprimir ni asimilar.

Apoyado en un incoherente amontonamiento de razas enemigas, que el cetro de Viena apenas si consigue mantener en obediencia, el kaiser pretende hacer chocar las dos mitades de Europa, para erigir su trono ensangrentado sobre las ruinas más altas que el mundo habrá contemplado nunca.

Jorge Clemenceau


La Muerte. ¡Hijos míos, yo os bendigo!

(Del *Post-Dispach*)

Otro periódico francés, nacionalista y católico, *El Eco de París,* decía lo siguiente al apreciar las maniobras diplomáticas de Berlín:

Resulta de todo lo que hemos presenciado que Alemania provoca friamente la mas grande catástrofe que se ha visto en la historia del mundo. Esta frialdad bastaria para demostrar que la ha preparado en todos sus detalles, si nosotros los franceses no tuviéramos además otras pruebas, viendo cómo se obstina desde hace diez dias en provocarnos al combate, con pretexto de la diferencia austro-servia, de la cual no hay quien pueda definir claramente los miserables motivos.

Pronto sabremos lo que ese crimen debe costar á la raza germánica. Pero desde este momento haremos que conste una afirmacion. La *Deutsche Kultur*, esa civilizacion alemana de la cual los discipulos de Bismarck y de Moltke se muestran tan orgullosos, acaba de juzgarse á sí misma.

La hegemonía española, la hegemonía francesa, la hegemonía inglesa han dejado como recuerdos de su influencia europea monumentos imperecederos en las artes, en las letras, en las instituciones públicas, en el desenvolvimiento de las nacionalidades. La hegemonía alemana no se ha caracterizado, especialmente desde hace cuarenta y cuatro años, mas que por el monstruoso sistema de armamentos á todo trance. Después de nueve años de incesantes alarmas y angustias crecientes, toda su cultura da por resultado una inmensa matanza.

Que vayan los alemanes á la batalla con esta maldición sobre su frente.

En Berlín, el tono de los periódicos fué soez é insolente. Su gobierno no había declarado aún la guerra á Francia, y sin embargo todos ellos hablaron de la conquista del territorio francés como de una empresa fácil que iba á realizarse en breve plazo. La entrada de las tropas alemanas en París era asunto para ellos de quince ó veinte días.

El *National Zeitung*, diario nacionalista de Berlín, decía en un artículo violento:

«No sabemos hasta dónde llegará la suerte que la Providencia reserva á Alemania, pero es seguro que Francia tendrá que sangrar su bolsillo para recobrar su libertad algo más que lo sangró hace cuarenta y cuatro años. No serán 5.000 millones lo que deberá pagar por su rescate. Ahora tendrá que darnos 30.000 millones.»

Y más adelante añadía el articulista del diario gubernamental, permitiéndose una impiedad que contrasta con el entusiasmo que han mostrado por Alemania muchos católicos de los países neutrales:

«*La Santa Madre de Dios, que está en Lourdes, tendrá mucho que hacer si es que pretende—ella que es tan milagrosa—curar todos los huesos que nuestros soldados van á romperles á las pobres gentes del otro lado de los Vosgos.*

»¡Pobre Francia! Aún es tiempo para ella de cambiar de conducta. Dentro de algunas horas será tarde. Y entonces va á sentir durante muchas generaciones los golpes que recibirá.»



INFANTERÍA RUSA (Fot. Meurisse)

En Rusia, el ukase del zar ordenando la movilización general puso en pie á todo el Imperio.



EL ZAR Y LOS SOLDADOS (Fot. Rol)

Soldados rusos á la hora de la plegaria rodeando al zar, que tiene en la mano una imagen santa

Desde las seis de la mañana del 1.° de Agosto, las oficinas de movilización empezaron su trabajo. Muchedumbres considerables de reservistas llegaban á ellas en compañía de sus mujeres ó sus padres. Se mostraban alegres, sin que alterase su entusiasmo una sola nota discordante.

La protesta revolucionaria de otros tiempos había enmudecido. Todos los rusos aparecieron agrupados por el fervor patriótico.

El vecindario de San Petersburgo y de las principales capitales aclamó á los reservistas, saludándolos desde los balcones y ventanas. En las calles los transeuntes les estrechaban la mano; las mujeres los besaban.

La opinión de las masas obreras se mostró con iguales entusiasmos. Todos habían olvidado las huelgas de quince días antes. Los que quedaban en las fábricas para seguir el trabajo acompañaron por las calles á sus camaradas llamados al servicio militar.

Las manifestaciones patrióticas fueron continuas, aclamando al emperador y á Rusia. Estas manifestaciones no cometieron ningún acto de hostilidad contra las personas de los alemanes residentes en Rusia. Se limitaron á destruir las estatuas y emblemas que simbolizaban al Imperio enemigo.

□

Todavía el 1.° de Agosto, cuando se estaban armando los ejércitos de casi toda Europa, hizo la diplomacia el último esfuerzo por conseguir la paz.

Los gobiernos de Dinamarca, Suecia y Noruega declararon en el citado día su propósito de guardar la neutralidad durante las hostilidades, armándose para hacerla respetar. El Consejo Federal de Suiza hizo lo mismo, convocando las Cámaras para el día 3 con objeto de nombrar un comandante en jefe del ejército. Otras naciones de Europa se prepararon para declarar igualmente su neutralidad ante una guerra que consideraban inevitable.

Una noticia circuló como último relampagueo de esperanza en las primeras horas de la tarde. Rusia hacía una concesión importante para el mantenimiento de la paz, á ruegos de la Gran Bretaña. El zar había aceptado una redacción propuesta por el gobierno inglés, y Austria, por su parte, se mostraba dispuesta á admitir igualmente la fórmula del ministro británico.

Pero antes de que circulase esta noticia ya había intervenido Alemania, presentando á Rusia y á Francia el *ultimatum* de que hablamos.



UN RESERVISTA RUSO

Á las siete y media de la tarde del 1.° de Agosto, el embajador de Alemania en San Petersburgo, en nombre de su gobierno, entregó al ministro de Negocios Extranjeros la declaración de guerra.

Italia, que formaba parte de la Triple Alianza, permaneció á la expectativa después de haber intervenido en todas las gestiones de paz.

Oficiosamente declaró el gobierno de Italia que ni por el espíritu ni por la letra del tratado fundamental de la Triple Alianza estaba obligado á prestar ayuda á los Imperios de Alemania y Austria.

La alianza era sólo defensiva, y en este conflicto alemanes y austriacos aparecían indiscutiblemente como agresores.

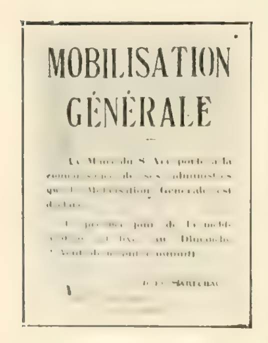


UN REGIMIENTO DE INFANTERÍA FRANCESA Á PUNTO DE MARCHAR

EL ROMPIMIENTO

I

El 2 de Agosto


MOBILISATION GÉNÉRALE

LA MOVILIZACIÓN
Bando de una de las alcaldías de París anunciando la movilización

En este día terminó materialmente la paz de Europa.

Un minuto después de las doce de la noche, ó sea al iniciarse el día 2, empezaron en toda Francia los trabajos de la movilización general.

Los hombres acudieron en masa al llamamiento. Se había calculado al empezar la movilización una merma en los contingentes de un diez por ciento, por enfermos, ausentes y desertores.

La movilización duró veinte días. Cuando hubo terminado, se vió que no llegaba á uno por ciento el número de los que faltaban á la patriótica llamada. Jamás pueblo alguno dió un ejemplo tan rápido y unánime en el cumplimiento del deber.

El 2 de Agosto se sucedieron los acontecimientos con una celeridad vertiginosa. Cada hora trajo con ella un suceso de resonancia.

Comenzó el día con un gran movimiento en las vías férreas y demás medios de comunicación. La autoridad militar se posesionó de las estaciones de ferrocarril de toda Francia. Los trenes fueron dedicados al transporte de las tropas, cesando por la noche el movimiento de viajeros particulares, así como el tráfico de mercancías.

Durante la tarde anterior una inmensa muchedumbre asaltó las estaciones para salir de París, aprovechando los últimos trenes. En la del muelle de Orsay los carruajes, llenos de viajeros y maletas, se aglomeraron por ambos lados del Sena hasta la plaza de la Concordia. Sólo en dicha estación se recaudó durante el día medio millón de francos, como importe de billetes y equipajes facturados.

Los numerosos extranjeros que viven habitualmente en París huyeron ante la proximidad de las hostilidades. Los alemanes y austriacos residentes en la capital francesa, que eran centenares de miles, procuraron ausentarse antes de la declaración de guerra.

Á pesar de esta huída general quedaron muchos en París, por no haber encontrado lugar en los trenes ó no considerar inmediato el peligro.

El gobierno tuvo que preocuparse de la situación

interior á causa de la presencia de esta masa de extranjeros, entre los cuales se ocultaban muchos espías.

Una serie de decretos dictados el día 1.° ordenaron que nadie sacase de París objetos que pudieran servir para la defensa de la capital y su aprovisionamiento. Quedó prohibida la exportación de leche, patatas y otros comestibles; se avisó al comercio que suspendiese todo transporte de mercancías durante las primeras jornadas de la movilización, y se publicaron las siguientes disposiciones, relativas á los extranjeros:

Todos los extranjeros, sin distinción de nacionalidad, pueden abandonar el campo atrincherado de París antes de que termine el primer día de la movilización (2 de Agosto), ó sea antes de las 12 de la noche.

Dentro del límite de asientos disponibles y pagando su billete, podrán hacer uso de un cierto número de trenes comerciales que circularán hasta el fin del primer día de la movilización (media noche).

Á su salida deberán justificar su identidad ante el comisario especial de la estación.

Ninguno podrá servirse de automóviles para emprender el viaje.

Los extranjeros que quieran quedarse en Francia podrán hacerlo y escoger la residencia que les convenga, pero con las restricciones siguientes:

1.° Los alemanes y austriacos no podrán residir en ninguna plaza fuerte ni en los departamentos que se expresan á continuación: Norte, Aisne, Ardenas, Marne, Mosa, Meurthe y Mosela, Aube, Alto-Marne, Vosgos, Alto-Saona, Doubs, Jura, Ain, Alta-Saboya, Saboya, Altos-Alpes, Bajos-Alpes, Alpes-Marítimos, Var, Bocas del Ródano, Pirineos Orientales, Ariege, Altos Pirineos, Bajos-Pirineos.

2.° Los que pertenezcan á otras potencias que no sean Alemania y Austria Hungría, deberán fijar su residencia detrás de la línea que va de Dunkerque á Lila, Valenciennes, Aulnoye, Hirson, Liart, Charleville, Verdún, Toul, Epinal, Belfort, Montbeliard, Pontarlier, Bourg, Amberieu, Chambery, Grenoble, Gap, Digne y Niza. Tampoco podrán establecerse en las plazas fuertes de Laon, La Fère, Reims, Langres, Besanzón, Dijon, Lyón, Tolón, Marsella, Brest, Cherburgo, el Havre, Bolonia, Calais y Dunkerque.

Al llegar á las localidades donde quieran residir, todos los extranjeros, *sin distinción de nacionalidad*, deberán presentarse al comisario de policía, ó en ausencia de éste al alcalde; con sus documentos de identidad para hacer una declaración de residencia. Todos ellos se ajustarán estrictamente á las disposiciones relativas á los extranjeros que residen en el interior de Francia. Estas disposiciones se comunicarán por medio de anuncios.

Después del primer día de la movilización ningún extranjero podrá salir de Francia por las fronteras de tierra o marítimas sin llevar un pasaporte firmado por un prefecto.



EL AMANECER DEL PRIMER DÍA DE LA MOVILIZACIÓN EN LA CAMPIÑA FRANCESA
El gallo, emblema de Francia, saludando á los reservistas

(Dibujo de L. Sabattier, de la *Illustration*, de París)



APPEL
DU CONSEIL MUNICIPAL
A LA POPULATION

Parisiens

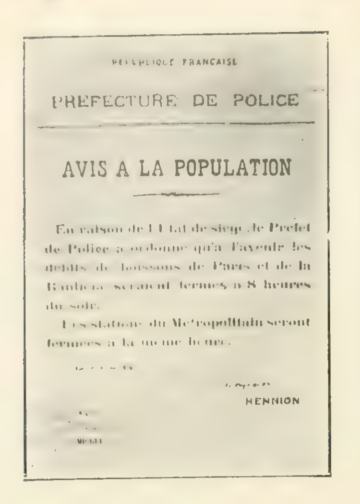
ADRIEN MITHOUARD

LA MOVILIZACIÓN
Llamamiento del Consejo municipal de París

DISPOSICIONES SOBRE LOS EXTRANJEROS QUE NO HAYAN SALIDO DE PARÍS EL PRIMER DÍA DE LA MOVILIZACIÓN

1.° Todos los extranjeros, sin distinción de edad ni de sexo, pertenecientes á las potencias Alemania y Austria Hungría, tendrán que salir de la zona comprendida en el perímetro del campo atrincherado de París.

El segundo día de la movilización deberán presentarse al


RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

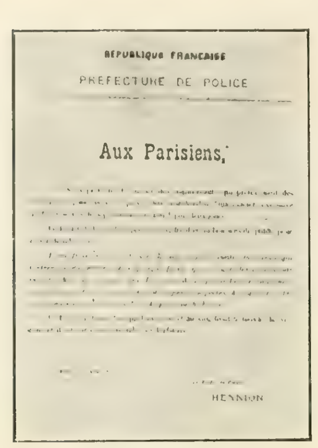
PRÉFECTURE DE POLICE

AVIS A LA POPULATION

En raison de l'État de siège le Préfet de Police a ordonné qu'à l'avenir les débits de boissons de Paris et de la Banlieue seront fermés à 8 heures du soir.

Les stations du Métropolitain seront fermées à la même heure.

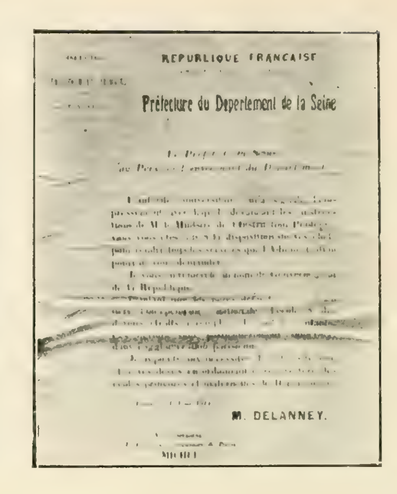
HENNION


RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

PRÉFECTURE DE POLICE

Aux Parisiens,

HENNION


RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

Préfecture du Département de la Seine

M. DELANNEY.

LA MOVILIZACIÓN

Otros diversos decretos y bandos que se fijaron en las esquinas de París durante los primeros días de la movilización

comisario de policía del distrito con sus documentos de identidad para hacer constar su situación.

Entre los días 5.° y 16.° de la movilización serán transportados por vía férrea á los puntos de refugio provisorio situados en el Oeste de Francia, donde se preparará todo lo necesario para su alojamiento y alimentación y se les dará trabajo si es necesario. Ninguno de ellos podrá llevar un equipaje de más de 30 kilos. Más adelante podrán solicitar su traslado á una frontera neutra para salir de Francia.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

AVIS AUX HOMMES de L'ARMÉE TERRITORIALE ET RÉSERVE de L'ARMÉE TERRITORIALE

MISE EN SURSIS D'APPEL des PATRONS ET OUVRIERS BOULANGERS

2.° Los loreneses y alsacianos no naturalizados como franceses tendrán que presentarse igualmente ante el comisario durante el segundo día de la movilización.

Serán consideradas como libres sin condiciones:

a) Las familias establecidas desde hace tiempo en el país y de las cuales se conozcan perfectamente los orígenes y sentimientos franceses.

b) Las familias en que un individuo al menos se aliste en la legión extranjera antes de que termine el 2.° día de movilización.

Será considerada como alemana toda familia de alsacianos y loreneses en que alguno de sus individuos abandone Francia para obedecer la orden de movilización alemana.

3.° Los extranjeros que pertenezcan á otras potencias que no sean Alemania y Austria-Hungría deberán presentarse durante el 3.° ó 4.° día de la movilización en la comisaría de policía del distrito con sus documentos de identidad para probar su situación.

Todos ellos, después de este acto, quedarán autorizados para conservar su domicilio, entregándoseles un permiso de residencia. Ninguno podrá salir del recinto del campo atrincherado sin un pasaporte que irá firmado por el comisario de policía de su distrito.

Todo el que contravenga las disposiciones anteriores será arrestado. Las autoridades civiles y militares velarán por su cumplimiento.

Se adoptaron estas disposiciones para evitar el espionaje, que era uno de los grandes peligros del momento.

El carácter liberal y confiado de las autoridades francesas había dejado establecerse en el país á numerosos agentes del enemigo, que desde años antes estudiaban los medios de defensa para comunicarlos al Estado Mayor de Berlín.

Los mismos diarios alemanes han confesado que su país tuvo más de 100.000 espías en Francia, espías de ambos sexos, pertenecientes á todas las clases sociales.

Otro decreto dió el gobierno francés para asegurar la tranquilidad interior. En toda Francia fué proclamado el estado de sitio en la siguiente forma:

Artículo 1.° El estado de sitio queda proclamado en los 86 departamentos franceses, el territorio de Belfort y los tres departamentos de Argelia.

Art. 2.° El estado de sitio se mantendrá durante toda la guerra.

Art. 3.° Los ministros del Interior, de Justicia, de Guerra y


VILLE DE PARIS

Mairie du VIIIe Arrond

DÉLIVRANCE DE BONS DE LAIT

H. MARECHAL



LA MUCHEDUMBRE LEYENDO LOS BANDOS Y DECRETOS REFERENTES Á LA MOVILIZACIÓN (Fot. Rol)

de Marina, quedan encargados, cada uno en lo que le concierne, de la ejecucion del presente decreto.

El Consejo de ministros decidió reunir las Cámaras el martes 1 de Agosto para que se enterasen de las comunicaciones del gobierno sobre los sucesos actuales.

Casi todos los parlamentos de Europa, que estaban en vacaciones por ser verano, iban á reunirse también. El gobierno alemán convocaba al Reichstag para el mismo día 1. Como este cuerpo legislativo no tiene voz en las decisiones de la guerra y la paz, su reunión era únicamente para recibir la noticia de la guerra, acordada por el emperador y el Consejo Federal de Alemania, y para votar los créditos militares.

En Rusia iba á reunirse la Duma. En Bélgica estaban convocadas las Cámaras para el día siguiente 3 de Agosto.

▫

Era bien sabido por el gobierno belga que el Estado Mayor alemán preparaba algo contra la integridad de su territorio. En la frontera limítrofe de Bélgica y Alemania se amasaban las tropas imperiales en mayor número tal vez que en la frontera de Francia.

El barón de Bracqueville, presidente del Consejo de ministros, declaró en Bruselas su convicción de que el territorio belga no sería violado. Resultaba inadmisible la hipótesis de que el gobierno de Prusia, que habia reconocido con su firma la neutralidad é independencia de Bélgica, respetándola escrupulosamente durante la guerra franco-alemana de 1870, se atreviese ahora á faltar cínicamente á sus compromisos.

—Sin embargo—declaró el jefe del gobierno belga—, nosotros queremos estar á la altura de nuestras obligaciones. El rey tomará el mando superior de las tropas, secundado por el general Sellier de Moranville, jefe del Estado Mayor. Las Cámaras van á reunirse. Bélgica se halla en estado de guerra. La guardia cívica será convocada, para que preste el servicio de guarnición en las poblaciones cuyas tropas hayan marchado á incorporarse al ejército.

Inglaterra, protectora de Bélgica, hizo una pregunta á los gobiernos alemán y francés para saber si ambos países respetarían en sus operaciones de guerra la neutralidad del territorio belga.

El gabinete de Berlín no dió contestación.

Francia se apresuró á declarar que respetaría escrupulosamente la neutralidad del país vecino con arreglo á sus deberes de potencia civilizada, cumplidora de sus compromisos.

M. Klobukowsky, ministro de Francia en Bruselas, visitó á M. Davignon, ministro de Negocios Extranjeros, para hacer constar que el gobierno de la



MANIFESTACION DE ENTUSIASMO EN SAN PETERSBURGO CON MOTIVO DE LA GUERRA (Fot. Rol)

República francesa, repitiendo una vez más sus anteriores declaraciones, respetaría la neutralidad del territorio belga en el caso de un conflicto internacional. Solamente en la hipótesis de que esta neutralidad no fuese respetada por otra nación, el gobierno francés examinaria qué medidas debía adoptar en interés de su propia defensa.

□

El entusiasmo aumentó en San Petersburgo el 2 de Agosto, al conocer la muchedumbre la declaración de guerra lanzada por Alemania.

El zar, en su calidad de generalísimo y de jefe supremo de la religión ortodoxa, lanzó en las primeras horas la siguiente proclama á los ejércitos rusos de mar y tierra:

«Con calma y dignidad, Rusia, nuestra gran patria, ha acogido la noticia de la declaración de guerra.

»Que ella se muestre serena y digna hasta el final.

»Yo declaro solemnemente que no haré la paz hasta que el último soldado enemigo haya salido de nuestro territorio. Me dirijo á todos vosotros, representantes de mis queridas tropas de la Guardia y de la circunscripción de San Petersburgo, y en vuestras personas á todo mi ejército reunido, unánime y fuerte como un muro, para daros mi bendición en esta obra de la guerra.»

Por la tarde aparecieron en el gran balcón de palacio el zar y la zarina, mientras los grandes duques y los dignatarios de la corte ocupaban las ventanas.

La muchedumbre hizo á los soberanos una ovación delirante. Los retratos de Nicolás, rodeados de banderas, se destacaban sobre esta masa enorme de cabezas.

Los diarios rusos mostraron el mismo entusiasmo en sus artículos.

La *Novoïe Vrémia* de San Petersburgo:

Va á realizarse el ataque de las tribus germánicas contra las tribus eslavas. Alemania acaba de declarar la guerra á Rusia. Un gigante marcha contra otro gigante.

Detrás de nosotros está todo el mundo eslavo, que defenderemos con nuestro cuerpo ante el avance de la Prusia armada.

Todos los alemanes desean la ruina de Rusia y de los pueblos eslavos.

Esta guerra no es una guerra santa ni una guerra política. Es la lucha de dos razas.

¡Valor, pueblo ruso, en esta hora grande! Vas á defender á toda la legion de nacionalidades eslavas, aplastadas bajo la presión germánica hace siglos.

La Palabra Contemporánea, periódico radical, reconoció los esfuerzos hechos por el zar para mantener la paz:

Ante el mundo entero y ante nuestra propia conciencia declaramos que los rusos no son los agresores.

Nosotros nos defendemos. Defendemos el honor de nuestro país, la vida y los bienes de los rusos.

Todos los ciudadanos, unidos por un mismo sentimiento, llenos de fe en la victoria y la legitimidad de una causa justa, cumplirán su deber en el punto que se les designe.

El *Kopoïka* de San Petersburgo:

Nuestro corazon no ha de traicionarnos al vernos enfrente de las bayonetas alemanas. Con toda nuestra fuerza nacional las repeleremos.

El pueblo ruso, convencido de la justicia de la obra que emprende, y conscientemente orgulloso de la grandeza de esta



EL ZAR REVISTANDO Á LAS TROPAS (Fot. Meurisse)

lucha, llevará en alto su bandera hasta clavarla sobre las ruinas del germanismo militarista.

Los principales diarios de Inglaterra caldearon su tono en vista de los sucesos. La calma egoísta observada en los primeros días del conflicto fué desapareciendo á impulsos de una inquietud creciente, motivada por los atrevimientos de Alemania.

Empezó á comprender la opinión inglesa que todo cuanto hiciese el Imperio alemán contra Francia significaría desprestigio y debilitamiento para Inglaterra. Un trastorno en el equilibrio europeo redundaría en daño del poder británico.

Sir Edward Grey había sintetizado esto en breves palabras.

—El gran error de Inglaterra—dijo—, cuyas consecuencias tocamos ahora, fué permanecer indiferente en 1870.

Muchos conservadores persistían en sus propósitos de no intervenir, dejando correr los sucesos del continente. Su conducta era semejante á la de ciertas aves que, al aproximarse el peligro, ocultan la cabeza bajo el ala, creyendo que se libran de él no viéndolo.

Sin embargo, el *Times*, órgano mesurado y prudente de la burguesía inglesa, al ver próximo el rompimiento de las hostilidades, dijo así:

En esta hora tardía aun no desesperamos completamente de poder evitar la suprema catástrofe. Pero si ésta llega, la política que en último caso debe adoptar la Gran Bretaña es clara y evidente.

Nuestro país tirará de la espada con la repugnancia más extrema y sin animosidad alguna, solamente por el cumplimiento de un deber con los amigos y guiado también por el instinto de la defensa personal. No puede permanecer en actitud pasiva, contemplando con los brazos cruzados á sus amigos, que se hallan en peligro de destrucción, porque si la fortuna de las armas fuese desfavorable á éstos, cuyos intereses marchan de acuerdo con los nuestros, entonces todo el mundo sabe *que le tocaría el turno de ser destruída a la Gran Bretaña en una segunda guerra, y nadie le tendería el brazo para salvarla*.

En este momento lo que interesa más á los ingleses no es la paz—por mucho que la amemos—, sino la ley de la conservación personal, que es común á toda la humanidad. Una guerra contra nuestros amigos pondrá realmente nuestra seguridad en tanto peligro como la suya.

Sobriamente, pero con resolución, desempeñaremos nuestro papel, si es preciso, en ese encuentro sin precedentes. Y si nos vemos obligados á intervenir, el país entero, ó sea todo el Imperio británico, no economizará sacrificio alguno para salir victorioso de una lucha que podría amenazar nuestra existencia nacional.

El *Standard* apreciaba con una clarividencia análoga la necesidad de defenderse en que se hallaba Inglaterra:

Hoy esperan con angustiosa inquietud la señal de la guerra doscientos millones de personas, y se preguntan si en el último minuto no podrá triunfar la razón. Desgraciadamente no hay ninguna esperanza de que así sea.

Una pronta decisión del Gobierno de Su Majestad podría tal vez conservar la paz. Si esto no es posible, no hay entonces otro recurso que esperar los primeros resultados de la guerra.

Los ingleses opinan que la Gran Bretaña debe mantenerse al lado de Francia, lo que significa en las circunstancias actuales estar al lado de Rusia. La decisión que más arriba reclamamos del Gobierno es que anuncie en términos precisos que está al lado de Francia, y que respondiendo á la movilización de Alemania va a ordenar la movilización de las armas inglesas.

[illegible] territorial y se envíe al continente de un cuerpo expedicionario. Es el único medio de dar un apoyo efectivo á Francia, pues el cuerpo expedicionario debe encontrarse en línea con el ejército francés desde que se inicien las operaciones, so pena de llegar demasiado tarde.

La petición del *Standard* era la misma que el presidente Poincare había hecho al gobierno inglés por medio del embajador en París.

Pero el gabinete británico no se atrevía aún á mostrarse resueltamente apoyando á Francia.

Los periódicos tenían una opinion. La gran masa no tenía ninguna ni mostraba interes por el conflicto.

Algunos diarios, al mismo tiempo que declaraban su fe en el porvenir, hicieron el resumen de todas las falsedades empleadas por los enemigos para llegar a la guerra.

El ilustre diplomático M. Pichon fue el que sintetizó de un modo más completo y convincente las malas artes y tortuosos procedimientos de la diplomacia alemana:

Cuando, mas tarde, se puedan contar los orígenes de la guerra que Alemania acaba de desencadenar en Europa, habrá que hacer un esfuerzo para creer en tanta duplicidad y tantos maquiavelismos. Hay que haber sido testigos de todas estas falsedades para poder aceptar que son posibles en nuestra época y en nuestro estado de civilización.



EL PUBLICO DE LONDRES COMENTANDO LAS PRIMERAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA GUERRA

Aún no veía lo peligroso que era para la integridad de su patria.

◦

El 2 de Agosto la prensa de París saludó la movilización y el peligro nacional con palabras de fervoroso entusiasmo.

Este entusiasmo vibrante no fué mas que un reflejo del que se había desbordado durante la noche anterior por las calles de la capital y que se prolongó en la mañana del domingo.

La muchedumbre, reservada y prudente hasta poco antes por miedo á estorbar las negociaciones del gobierno, se lanzó á las manifestaciones patrióticas con verdadero frenesí.

Por una serie de *emboscadas traidoras*, el gobierno del emperador Guillermo ha empujado á los pueblos á degollarse, cuando no deseaban mas que vivir en paz y trabajar por el bien de la humanidad.

Emboscada, el *ultimatum* hecho por la complicidad alemana y austriaca, y enviado á Servia en una forma premeditadamente inaceptable, por su carácter injurioso.

Emboscada, las protestas dulzonas del gobierno alemán, cuyos representantes juraron siempre que no había en el mundo potencia más interesada que la suya en guardar la paz de Europa.

Emboscada, la invitación que Alemania nos dirigió para que nos uniésemos á ella y juntos interviniésemos cerca del gobierno de San Petersburgo, mientras que por otra parte se negaba á influir con su aliado de Viena. Los hilos de esta comedia eran demasiado visibles. Su finalidad era comprometer-

nos en una actitud falsa ante Rusia, nuestra amiga y aliada, en detrimento nuestro y sin más utilidad que haber servido a nuestros adversarios.

Emboscada, las esperas interminables del gobierno de Berlín para hacer fracasar los proyectos de mediacion de Inglaterra y para impedir que se realizasen —tomando el aspecto de protegerlas— las conversaciones directas entre Austria y Rusia. Se sabe ya, de un modo indudable, que Alemania es la que á última hora ha obligado al Gobierno de Viena a rechazar la fórmula de conciliacion, que ya contaba con el asentimiento de Rusia y de Francia.

Emboscada, la nota conminatoria transmitida por M. de Schoen, con la cual se nos ponía en el caso de renunciar á nuestra amistad con Rusia denunciando el tratado franco-ruso, ó de declararnos prontos á entrar en campaña al lado del emperador Nicolás. Esto último con el maligno propósito de hacernos aparecer á los ojos de Inglaterra como los verdaderos autores del conflicto europeo.

Emboscada, la declaracion de guerra á Rusia en el mismo momento que se continuaban las negociaciones con una esperanza de solución pacífica.

Emboscada, la apertura de las hostilidades contra nosotros, en nuestra frontera, antes de que haya ocurrido el rompimiento diplomático con el cual se nos amenaza desde hace tres días, sin llegar a formularlo y sin dejar por esto de violar en muchas partes nuestro territorio.

Emboscada, el paso de las tropas alemanas y municiones de guerra por el territorio de un país—el Luxemburgo—cuya neutralidad ha garantizado Prusia lo mismo que nosotros.

Puede decirse que hoy el célebre golpe de la falsificacion del *telegrama de Ems*, hecha por Bismarck, ha sido sobrepasado. Prusia esperó para atacarnos en 1870 que la guerra hubiese sido declarada. Se limitó, para hacerla inevitable, á emplear procedimientos de falsificación que la Historia y la conciencia humana han calificado hace tiempo.

Ahora la maquinación alemana resulta más odiosa. Entre las maniobras criminales de 1870 y las de 1914 existe toda la diferencia que separa el genio de Bismarck de la mediocridad rabiosa y salvaje de sus sucesores.



EL LEÓN INGLÉS. ¿DORMIDO Ó DESPIERTO?

(Del *The Bystander*)

II

Primeras hostilidades.—Los grandes sucesos del día

La guerra de 1914 empezó en una forma nunca vista.

Todos los pueblos, en las diversas edades de la Historia, han considerado que la guerra tiene sus prácticas, su cortesía, como las demás relaciones humanas, y faltar á ellas es un motivo de deshonra. Jamás entraron en lucha dos naciones sin avisarse previamente las próximas hostilidades con una declaración formal ó con la retirada de sus representantes. Hasta las tribus salvajes, cuando desean combatirse, lo anuncian antes por medio de emisarios.

Alemania implantó un procedimiento nuevo en 1914. Sus tropas invadieron el territorio de Francia cuando aún no había hecho ninguna declaración de guerra al gobierno francés y su embajador estaba todavía en París.

Nunca se había visto iniciarse una campaña de tal modo. Bien es verdad que en el curso de esta guerra se vieron otros actos contra el derecho de gentes y las prácticas militares todavía más inauditos.

En las primeras horas de la mañana del 2 de Agosto llegaron á París noticias de la frontera anunciando el avance de los alemanes.

Penetraron por varios puntos, sin encontrar ningún obstáculo inmediato, pues, como ya se dijo, el gobierno francés, para evitar incidentes, había hecho retroceder sus tropas de cobertura á ocho kilómetros de la frontera.

Las patrullas de caballería alemana avanzaron unos cinco kilómetros más allá de la línea divisoria.

Un grupo de hulanos intentó apoderarse de la aduana de Petit-Croix, en el territorio de Belfort, que estaba guardada por un destacamento de infantería. Al hacer fuego los alemanes, los franceses contestaron, entablándose un combate que dió por resultado la retirada de los invasores, dejando sobre el campo varios muertos y prisioneros.

Cerca de Joucheray, una patrulla de caballería invasora tropezó con un grupo de soldados franceses. El oficial alemán mató de un tiro de revólver á uno de éstos, y á su vez un compañero del caído lo mató á él, huyendo á todo galope el resto de los jinetes.

Otro grupo de franceses, registrando los bosques en los alrededores de Belfort, hizo prisioneros á dos hulanos que habían pasado la frontera como exploradores.



M. DE SCHOEN
Embajador de Alemania en París

Un pelotón alemán del 5.° regimiento de cazadores de caballería llegó en su avance hasta el pueblo de Suarce, cerca de Belfort. El alcalde estaba haciendo en aquel momento la requisa de los caballos destinados al ejército francés. Los invasores se apoderaron de ellos, y haciendo prisioneros á varios hombres de la localidad, los obligaron á conducir los caballos hasta el otro lado de la frontera.

Por la tarde llegó á París la noticia de que los alemanes habían violado la neutralidad del Gran Ducado de Luxemburgo, hecho que relataremos más adelante.

o

En este mismo día, el embajador M. de Schoen volvió á visitar á M. Viviani en el ministerio de Negocios Extranjeros. Todos creían que esta visita era para reclamar sus pasaportes y salir de Francia. Después de lo ocurrido en la frontera no era posible otra conducta.

Sin embargo, el diplomático alemán habló vagamente de la situación, repitiendo una vez más que su gobierno no quería la guerra, y se retiró sin decir nada sobre su próxima marcha.

El gobierno francés había ordenado á M. Julio Cambon, su embajador en Berlín, que pidiese sus pasaportes al gobierno alemán y saliese de Alemania con todo el personal de la embajada, en vista de que las hostilidades empezaban en la frontera. Los archivos de la embajada debían ser confiados al embajador de los Estados Unidos, que se encargaría igualmente de la protección de los franceses.

En cambio, M. de Schoen no manifestaba ninguna intención de retirarse á su país. Se habían cruzado ya las balas alemanas y francesas, soldados de ambas nacionalidades estaban muertos á aquellas horas en la frontera, y el embajador germánico permanecía tranquilamente en París, como si los tiempos fuesen de paz y ambas potencias viviesen en las mejores relaciones.

Su situación era violenta. Todos se preguntaban el significado de esta conducta inexplicable.

M. de Schoen obedeció indudablemente á las malicias del gabinete de Berlín al retrasar su salida de París. El gobierno alemán necesitaba una justificación de su guerra contra Francia. Los múltiples y reprobables medios que empleó para ello demuestran la intranquilidad de su conciencia, la escasa convicción de ser creído por el mundo cuando afirmase que había emprendido la guerra contra su voluntad, el deseo de provocar un incidente diplomático para poder decir que Alemania era la agredida y no la agresora.

El embajador permaneció en París todo el tiempo que le fué posible después de iniciadas las hostilidades. Modificando sus costumbres, procuró exhibirse en busca de un atropello, aunque escogiendo los sitios de exhibición para que el atentado contra su persona no resultase demasiado grave.

En pleno conflicto fué á comer en uno de los círculos más aristocráticos de París, esperando sin duda un insulto de los socios. Éstos, con un tacto y una dignidad unánimes, se limitaron á retirarse, dejándolo solo en el comedor.

El palacio de la embajada, en la rue de Lille, tiene un amplio jardín. El embajador, contra su costumbre, en vez de pasear por él, paseó solo por la calle, á la hora en que el entusiasmo patriótico se desbordaba por todo París dando mueras á Alemania y á Guillermo II. Pero nadie se fijó en este señor, que paseaba su calle de un extremo á otro, como un vecino impaciente que aguarda algo. Los únicos que le conocían eran los policías secretos, encargados por el ministro del Interior de velar por su seguridad y que no le perdieron de vista, siguiéndole en todas sus evoluciones.

La previsión y la habilidad del gobierno francés supieron desbaratar esta maquinación alemana y otras muchas encaminadas al hallazgo de un pretexto que modificase su actitud agresora. Schoen, quedándose en París, no sabía cómo justificar su salida, ni su gobierno encontraba un medio digno para la declaración de guerra.

La conducta diplomática de Austria fué tan absurda como la del Imperio aliado. El embajador austriaco permaneció en París hasta que el gobierno francés tuvo que manifestarle que se marchase, con ruda franqueza.

Con Rusia aún fué más escandaloso el proceder diplomático del Imperio austriaco. Él era el verdadero culpable de la guerra, al menos aparentemente. Su negativa á entenderse con Rusia había agravado el conflicto; y sin embargo, después que su aliado el Imperio germánico hubo declarado la guerra al Imperio

ruso, todavía el embajador austriaco siguió en San Petersburgo, sosteniendo las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Esta conducta extraña obedecía, como hemos dicho, al deseo de poder fingirse agredidos ante la opinión del mundo, manteniendo sus representaciones diplomáticas en los países atacados, á la espera de un incidente personal. Pero también obedecía á una astucia diplomática, ó más exactamente, á una artimaña de leguleyo.

El tratado de la Triple Alianza obligaba á Italia á marchar unida con Alemania y Austria, pero solamente en caso de agresión manifiesta de otra potencia, y para una guerra defensiva.

Nadie había agredido á los dos Imperios: ellos eran los que provocaban la conflagración europea. Pero los verdaderos representantes de la Triple se desesperaban de ser dos nada más, á pesar de su título.

Guillermo II había contado siempre con el apoyo de Italia para la dominación del Mediterráneo y para distraer una gran parte del ejército francés, obligándolo á defender la frontera de los Alpes. La Triple Alianza necesitaba aparecer como agredida para obligar á Italia al cumplimiento de sus compromisos. Su deseo era que Francia fuese la primera en declarar la guerra. ¡Como si esto bastase para convencer á la opinión italiana, que sabía de qué parte provenía la agresión, y á su gobierno, que había intervenido sin éxito en las gestiones de paz!...

Italia cortó resueltamente estos manejos, encaminados á arrastrarla adonde no quería ir.

El marqués de San Giuliano, ministro de Negocios Extranjeros, hizo saber el mismo día 2 al embajador de Alemania en Roma que Italia permanecería como país neutral, pues sus compromisos con la Triple



EL KAISER. ¡Socorro! ¡Socorro!
ITALIA. No entiendo el alemán.

(Del *Gazette-Times*, Pittsburgh)



M. JULIO CAMBON
Embajador de Francia en Berlín

Alianza únicamente la obligaban á tomar las armas en el caso de una guerra de defensa. Italia tenía la convicción de que la guerra iniciada por Austria en Servia, y apoyada por Alemania en Rusia, era una guerra ofensiva y se consideraba por lo mismo desligada de sus promesas.

El mismo día el marqués de Ruspoli, encargado de negocios del gobierno italiano en París, visitó á monsieur Viviani para notificarle la neutralidad de su nación.

▫

A las siete de la tarde, el ministro de Alemania en Bruselas entregó al gobierno belga un *ultimatum* de su país. En él decía el gobierno alemán *que se había enterado*—así, sin más detalles ni pruebas—de que importantes masas francesas se estaban reuniendo en la frontera de Bélgica con el propósito de invadirla por Givet y Namur para marchar luego sobre Alemania, y que él se consideraba en la obligación de tomar sus medidas defensivas, para lo cual rogaba al gobierno belga que le hiciese saber, *antes de las siete de la mañana*—ó sea en un plazo de doce horas—, si estaba dispuesto á facilitarle sus operaciones dejando atravesar las tropas alemanas por el territorio belga.

El gobierno de Bruselas contestó mostrando su extrañeza ante la afirmación, sin prueba alguna, de que Francia intentaba invadir su territorio. El gobierno francés le había dado toda clase de seguridades de que respetaría su neutralidad. En cambio, Alemania aún no había contestado á la pregunta del gobierno inglés, que deseaba saber si estaba dispuesta á dar iguales garantías que la República para el respeto de la integridad territorial de Bélgica.

Contestaba además el gobierno de Bruselas que Bélgica conocía demasiado el sentimiento de su dignidad y de sus intereses para poder acceder á semejante

intimación, y rehusaba decididamente el facilitar las operaciones alemanas, protestando de toda violación de su territorio.

La nación belga estaba resuelta, por todos los medios que tuviese á su alcance, á defender su neutralidad, garantizada por tratados que llevaban la firma de Prusia.

Para una apreciación exacta de este atropello, he aquí los textos oficiales del documento alemán y la respuesta belga en toda su integridad:

El Gobierno alemán ha recibido noticias seguras según las cuales las fuerzas francesas tienen la intención de marchar sobre el Mosa por Givet y Namur. Estas noticias no dejan duda alguna sobre las intenciones de Francia de marchar contra Alemania por el territorio belga. El Gobierno imperial alemán no puede menos de creer que Bélgica, á pesar de su buena voluntad, no está en situación de repeler por sí misma un avance francés de esta importancia.

Esto representa, con certeza suficiente, una amenaza dirigida contra Alemania, y es un deber imperioso de conservación para Alemania prevenir el ataque del enemigo.

El Gobierno alemán lamentaría muy vivamente que Bélgica mirase como un acto de hostilidad contra ella el hecho de que las medidas de los enemigos de Alemania obliguen á ésta á violar, por su parte, el territorio belga. A fin de disipar toda confusión, el Gobierno alemán declara lo siguiente:

1.° Alemania no se propone ningún acto de hostilidad contra Bélgica, si Bélgica consiente, durante la guerra que va á iniciarse, en tomar una actitud de neutralidad benevolente respecto á Alemania. El Gobierno alemán, por su parte, se compromete, en el momento de la paz, á garantizar con su apoyo el reino belga y sus posesiones en toda su extensión.

2.° Alemania se compromete, bajo la condición enunciada, á evacuar el territorio belga así que la paz haya sido hecha.

3.° Si Bélgica observa una actitud amistosa, Alemania está pronta, de acuerdo con las autoridades del Gobierno belga, á comprar con dinero contante todo lo que será necesario para sus tropas y á indemnizarla por todos los perjuicios que produzcan en Bélgica.

4.° Si Bélgica se conduce de un modo hostil con las tropas alemanas y opone particularmente dificultades á su avance, por una oposición de las fortificaciones del Mosa ó por la destrucción de caminos, ferrocarriles, túneles ú otras obras públicas, Alemania se verá obligada á considerar á Bélgica como enemiga.

En tal caso, Alemania no se comprometerá á respetar el reino belga, dejando la reglamentación ulterior de las relaciones entre ambos Estados á la suerte de las armas.

El Gobierno alemán tiene la justificada esperanza de que no será así, y que el Gobierno belga sabrá tomar todas las medidas necesarias para evitar que ocurra este choque.

En tal caso, las relaciones de amistad que unen á los dos Estados resultarán más estrechas y durables.



MARINOS INGLESES DISPARANDO UNA AMETRALLADORA

Inútil comentar el tono y los fines de este documento inaudito. Nunca se ha visto tanto cinismo y tanta soberbia en el atropello de un pueblo.

El motivo fundamental del atentado no podía ser más falso. Alemania, para justificar la invasión de Bélgica, habla en el documento de que le consta por «noticias seguras» que los franceses están reuniendo fuerzas importantes en la frontera belga para invadirla.

Francia no tenía en esta frontera mas que las guarniciones ordinarias, y aun éstas disminuidas considerablemente, pues todas sus tropas disponibles las amasó en el Este, ó sea en la frontera de Alemania.

Precisamente el empeño de los alemanes de invadir á Francia por la frontera belga se basaba en la falta de precauciones de la defensa francesa por este lado de su territorio. Confiando en el respeto de la neutralidad belga, garantizada por todas las potencias, Francia no poseía en esta frontera una fortificación moderna ni un campamento de mediana importancia.

Por eso cuando hubo de defenderse de la invasión germánica por este lado, sus tropas, reunidas con retraso, tuvieron que batirse en retirada hasta el corazón del país, no pudiendo rehacerse y tomar la ofensiva mas que al tocar en su retroceso las orillas del Marne.

¿Dónde estaban los cuerpos franceses de invasión de que hablaba el *ultimatum* alemán?... Es inútil insistir contra las falsedades de dicho documento, obra maestra de la mentira insolente que inspiró todos los actos de la diplomacia alemana.

El gobierno de Bélgica dió su respuesta á Alemania en la mañana del 3 en la siguiente forma:

Por su Nota de 2 de Agosto de 1914, el Gobierno alemán nos hace saber que, según noticias seguras que ha recibido, las fuerzas francesas tienen la intención de marchar sobre el Mosa por Givet y Namur, y que Bélgica, á pesar de su buena voluntad, no se halla en el caso de repeler sin recibir socorro el avance de las tropas francesas.

El Gobierno alemán se considera por esto en la obligación de prevenir este ataque y violar el territorio belga. Sobre estas condiciones propone Alemania al Gobierno del Rey adoptar con ella una actitud amistosa, y se compromete en el momento

de la paz á garantizar la integridad del reino y de sus posesiones en toda su extensión.

La Nota añade que si Bélgica opone dificultades al avance de las tropas alemanas, Alemania se verá obligada á considerarla como enemiga, dejando la reglamentación ulterior de las relaciones entre los dos Estados á la suerte de las armas.

Esta Nota ha provocado en el Gobierno del Rey una profunda y dolorosa estupefacción. Las intenciones que ella atribuye á Francia están en contradicción con las declaraciones formales que nos han sido hechas el 1.° de Agosto en nombre del Gobierno de la República.

Aparte de esto, si contra todas las seguridades que nos ha dado Francia, ésta atentase contra nuestra integridad violando nuestro territorio, Bélgica sabría cumplir sus deberes internacionales y su ejército opondría al invasor la más vigorosa resistencia. Los tratados de 1839, confirmados por los tratados de 1870, consagran la independencia y la neutralidad de Bélgica, bajo la garantía de todas las potencias, y especialmente del Gobierno de S. M. el rey de Prusia.

Bélgica se ha mostrado siempre fiel á sus obligaciones internacionales, cumpliendo sus deberes con un espíritu de leal imparcialidad y no ahorrando esfuerzo alguno para mantener y hacer respetar su neutralidad.

El atentado contra su independencia, con el que le amenaza el Gobierno alemán, constituiría una flagrante violación del derecho de gentes.

Ningún interés estratégico puede justificar la violación del derecho.

Si el Gobierno belga aceptase las proposiciones que le han sido notificadas por Alemania, sacrificaría el honor de su nación, faltando al mismo tiempo á sus deberes con toda Europa.

Consciente del papel que desde hace ochenta años desempeña Bélgica en la civilización del mundo, este Gobierno se resiste á creer que la independencia belga sólo pueda ser conservada á cambio de la violación de su neutralidad.

Si este atropello se consumase, el Gobierno belga está firmemente decidido á repeler por los medios que estén á su alcance todo atentado contra su derecho.

Como consecuencia del *ultimatum* alemán, Inglaterra salió de su actitud expectante.

Á las siete de la noche había sido entregado el referido documento al gobierno belga. Á las ocho y media el Almirantazgo inglés lanzó la orden de movilización de todos los hombres de reserva de la Armada menores de 55 años. Los reservistas marítimos debían acudir inmediatamente á sus puertos de concentración.

Á media noche la flota inglesa se reunió en la entrada del mar del Norte.

Un detalle de la hipocresía alemana, que casi resulta grotesco. En este día 2, el gobierno de Alemania dió públicamente la orden de movilización general, cuando ya se habían disparado sus fusiles en la frontera y los hulanos asaltaban las aldeas francesas.

Pretendía demostrar con esto, una vez más, su condición de agredido. Deseaba hacer ver que el Imperio alemán era el último en prepararse para la guerra, después de Rusia, después de Francia.

¡Y su movilización había empezado ocultamente el 25 de Julio, cuando toda la Europa vivía en paz!...

Y antes del 25, antes de que Austria presentase á Servia su nota amenazadora, en los altos círculos alemanes la guerra era ya cosa decidida. Todos los financieros é industriales que forman la aristocracia del negocio en Alemania y rodean al kaiser como consejeros y colaboradores, conocían la proximidad del conflicto.

Desde mediados de Julio, las compañías alemanas de seguros marítimos, esparcidas en todo el mundo, se negaron á admitir nuevas operaciones, sabiendo lo que iba á ocurrir en los mares. Los Bancos del país se mostraron parcos y reservados en su trabajo.

Estaban en el secreto de lo que pensaba su monarca, llamado durante muchos años Guillermo «el Pacificador».



MARINOS INGLESES CON LOS CAÑONES DE DESEMBARCO

III

La violación de Luxemburgo

El ducado de Luxemburgo es un Estado independiente desde 1867.

Durante la Edad Media perteneció á los condes de Namur, que guerrearon incesantemente con los duques de Bravante por su engrandecimiento, hasta convertirlo en ducado. Después pasó á poder de la casa de Borgoña y de ésta á la casa de Austria. Al ser de la dinastía austriaca fué de España, que tuvo allí por largos años una guarnición y realizó importantes construcciones.

Una parte del ducado se anexionó á la monarquía francesa por cesión de España, consignada en el tratado de los Pirineos, y es la que ahora se llama *Luxemburgo francés*. Por la paz de Utrecht el Luxemburgo volvió á los Austrias de la casa de Habsburgo, y con los Países Bajos austriacos formó parte del



MOVILIZACIÓN DE LA ARMADA INGLESA — Fot. Meurisse

Marineros despidiéndose de sus familias

Imperio germánico de entonces. Las tropas francesas de la Revolución lo conquistaron en 1795, y desde este año hasta la primera caída de Napoleón, en 1814, figuró como provincia de Francia. El Congreso de Viena, al hacer el nuevo reparto de Europa, lo adjudicó á Holanda, siguiendo en esto la misma suerte de Bélgica. En 1830, al sublevarse los belgas contra la dominación holandesa y conseguir su independencia, los habitantes de Luxemburgo se unieron con entusiasmo á este movimiento. Sólo la ciudad de Luxemburgo, capital del ducado, con su temible castillo y fuertemente guarnecida, se mantuvo fiel á la dominación holandesa. Todo el resto del país se incorporó al nuevo reino belga, nacido del movimiento revolucionario de 1830.

Esta situación fué prolongándose durante nueve años, hasta que en 1839 pudo realizarse por mutuo acuerdo, entre Bélgica y Holanda, reconciliadas, un nuevo reparto del país. Toda la parte occidental del Luxemburgo, habitada por walones, formó una provincia, incorporándose á Bélgica. El resto, con la capital, volvió á poder de Holanda, pero entrando en la Confederación germánica llamada del Sur. Quedaron así tres Luxemburgos: el francés, que databa del siglo XVII, el belga, y el pequeño ducado de Luxemburgo, con vida independiente, pero sometido á la Confederación germánica é indirectamente á Prusia, que tenia en su fortaleza un núcleo de tropas considerable.

Al disolverse en 1866 la Confederación germánica del Sur por la derrota de Austria en Sadowa, el ducado quedó en una posición anormal. No formaba parte de la nueva Confederación alemana del Norte, dirigida por la Prusia triunfante, y sin embargo las tropas prusianas continuaban ocupando su fortaleza.

El gobierno francés se inquietó por esto, como si presintiese la guerra que iba á estallar cuatro años después. El Luxemburgo representaba una valiosa posición estratégica, por los caminos que afluyen á él y por sus obras de fortificación.

El gran Carnot había dicho que la ciudad de Luxemburgo era la plaza más fuerte de toda Europa después de Gibraltar. El antiguo castillo de los primitivos duques había sido levantado en una meseta rocosa al pie de la cual se extendió la ciudad. Los dominadores sucesivos fueron agrandando esta fortaleza con nuevas construcciones, ó tallando y ahuecando las rocas. Los españoles hicieron importantes obras de fortificación, de las que aún quedan restos; luego los austriacos, y finalmente los franceses y los prusianos. El sistema de Vauban convirtió el castillo de Luxemburgo en la plaza más fuerte del corazón de Europa.

Las gestiones de Francia para recobrar el ducado comprando sus derechos al rey de Holanda provocaron una conferencia diplomática reunida en Londres. En ella se firmó el tratado de 12 de Mayo de 1867, por el cual quedaba reconocida la independencia política de Luxemburgo, con el título de Gran Ducado. El rey de Prusia figuró entre los firmantes del tratado, comprometiéndose á retirar inmediatamente sus tropas de la fortaleza de Luxemburgo.

Como la existencia de esta fortaleza era el principal motivo de los deseos de anexión de las naciones vecinas, el tratado de Londres consignó que debía procederse á su desmantelamiento. Así se hizo. Hoy los antiguos baluartes están convertidos en paseos floridos. La hiedra y otras plantas trepadoras cubren con un grueso manto de hojas los arruinados murallones que aún conservan



LA FORMIDABLE FLOTA BRITÁNICA

Los 24 dreadnoughts, los 35 pre-dreadnoughts, los 18 cruceros acorazados y los otros 100 navíos movilizados por Inglaterra para defender sus costas y las de Francia en el paso de Calais y en el mar del Norte. Esta flota formidable ha sido reforzada aún con otros 14 grandes navíos, lo que eleva á 38 el número de sus gruesas unidades. Los 24 grandes dreadnoughts llevan en nuestro gráfico la indicación (Dr).

vestigios de los escudos de armas de España y de Austria.

Un puente moderno, de atrevida y graciosa construcción, el puente Adolfo, une la meseta en la que estuvo la antigua fortaleza y está actualmente el palacio ducal con la estación de ferrocarril, que es el edificio más importante de la ciudad.

Si Luxemburgo tuvo valor en otros tiempos como plaza fuerte, lo tiene ahora como lugar estratégico. Cuatro vías férreas de gran movimiento afluyen á la ciudad, haciéndola servir de intermediaria entre Francia, Bélgica y el Imperio alemán.

▫

Los prusianos abandonaron el Luxemburgo contra su voluntad y con visible despecho, por cumplir el tratado de Londres. Pero al retirar su último soldado comenzaron una segunda invasión, la económica, abusando de la modestia de recursos en que viven los hijos del país.



VISTA GENERAL DE LUXEMBURGO

Los luxemburgueses sólo son agricultores. Además, la propiedad del suelo se halla muy repartida, lo que asegura un mediano bienestar á todos y hace que no conozcan la verdadera pobreza, pero al mismo tiempo impide la formación de grandes capitales que son necesarios para las explotaciones modernas.

Alemania procedió malignamente, como es costumbre en su diplomacia, al incluir al Luxemburgo en el *Zollverein* ó unión aduanera germánica, con pretexto de proteger su vida económica.

El Gran Ducado es libre políticamente, pero sólo de nombre. Unido por los lazos económicos á este vecino poderoso, sufre su influencia á todas horas, se siente ahogado, absorbido, vaciado, como un molusco entre las garras de un pulpo enorme. El comercio alemán, la industria alemana, las compañías de ferrocarriles con residencia en Berlín, han invadido el país, no dejando espacio para los naturales de él ni para las empresas de las otras naciones limítrofes.

—¡Qué calamidad los alemanes!—dicen los pacíficos habitantes de antiguo origen luxemburgués—. Viven aquí como si estuviesen en su casa. Lo poseen todo: el gran comercio, las fábricas, los bancos, los ferrocarriles. Nosotros intentamos defendernos con nuestro trabajo, ¡pero qué podemos hacer contra esta corriente!... Somos un país de agricultores y de pequeños propietarios. Los capitales alemanes afluyen aquí y nos sumergen. Compran todo lo que está en venta; subvencionan toda clase de empresas, siempre que tengan alemanes al frente; se apoderan de nuestras minas para explotarlas con las ventajas que proporcionan los capitales enormes.

Los habitantes del Luxemburgo hablan dos idiomas: el alemán y el francés. Los alemanes pretenden que son de su raza, que forman parte de su pueblo, y por lo mismo sólo deben usar el idioma germánico.

Por una protesta instintiva, los luxemburgueses emplean con preferencia el francés, se valen en sus transacciones comerciales de la moneda de Francia, y en los escaparates de sus librerías figuran los libros y revistas de París en mayor cantidad que las publicaciones de Berlín.

El idioma francés no les recuerda únicamente á Francia. Es la lengua de otros vecinos con los que vivieron hace ochenta y cuatro años, luchando juntos por la libertad: la lengua de los belgas, que han formado una patria mucho más extensa que la suya, pero igualmente amenazada en su independencia por la soberbia de los alemanes.

▫

El sábado 1.° de Agosto, á las siete de la tarde, tres automóviles llenos de soldados germánicos, procedentes de Wemperhardt, se detuvieron ante la estación luxemburguesa de Tres Vírgenes, en la línea del ferrocarril de Lieja á Luxemburgo.

Un oficial, revólver en mano, entró en la oficina telegráfica, manifestando al jefe que iba á ocupar militarmente la estación. Hubo un violento altercado entre el oficial y el empleado del ferrocarril. Este último, en el curso de la disputa, se apoderó del aparato telegráfico y lo inutilizó arrojándolo al suelo

para que no pudiesen servirse de él los invasores. El destacamento se apoderó de la estación, expulsando al jefe.

Por la noche, el gobierno de Luxemburgo, enterado del suceso, dirigió al ministro de Negocios Extranjeros de Alemania una enérgica protesta por esta violación de territorio.

En las primeras horas de la mañana del 2 de Agosto recibió aviso el gobierno de que otra invasión se estaba realizando por el ferrocarril que va de Luxemburgo á Tréveris. Cuarenta y un automóviles llenos de oficiales alemanes y escoltados por un escuadrón de hulanos pasaron la frontera, entrando en el territorio luxemburgués, al mismo tiempo que avanzaban por la línea férrea tres trenes blindados con dos regimientos de infantería.



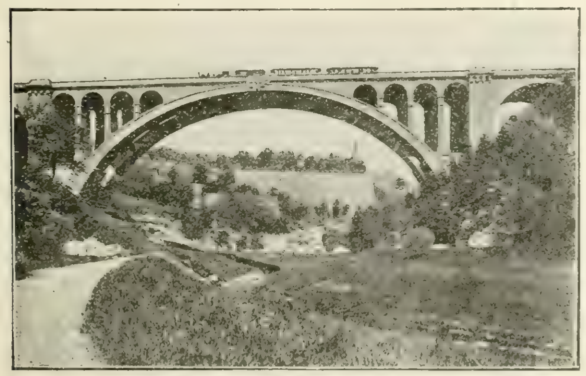
RUINAS DE LAS ANTIGUAS FORTIFICACIONES

El comandante Van Dyck, jefe del cuerpo de voluntarios de Luxemburgo, salió al encuentro de los invasores llevando por escrito una protesta del gobierno. El jefe de las fuerzas alemanas, coronel Von Baerensprung, leyó la protesta y dió recibo de ella, declarando que sus órdenes eran de seguir adelante, aunque tuviese que emplear la fuerza.

Antes de las nueve, los cuarenta y un automóviles de oficiales penetraron en la ciudad de Luxemburgo por el arrabal de Clausen, al mismo tiempo que echaban pie á tierra en la estación los soldados del primer tren blindado.

La gran duquesa de Luxemburgo, María Adelaida, joven soberana de veinte años, se indignó ante el atropello, intentando una protesta de femenil heroísmo. Al ver la capital invadida por los prusianos, salió del palacio en su automóvil é hizo que éste se atravesase en el puente Adolfo, creyendo que su presencia contendría el avance de los enemigos.

Al llegar el primer grupo de alemanes el oficial trató á la soberana como á una simple particular, ordenando imperiosamente que dejase libre el paso. María Adelaida quiso protestar alegando sus derechos, y el oficial por toda respuesta la apuntó con su revólver.



EL PUENTE ADOLFO

La joven duquesa, llorando de cólera, tuvo que retroceder obedeciendo los ruegos de sus allegados.

Poco después de las nueve se presentó en el palacio el coronel Von Baerensprung, siendo recibido por M. Paul Eyschen, ministro de Estado y presidente del gobierno de Luxemburgo.

El jefe alemán manifestó que sus órdenes eran de ocupar la ciudad, apoderándose de las líneas férreas, así como del servicio de correos y telégrafos.

Fué inútil que el ministro alegase la neutralidad del Luxemburgo establecida en el tratado de Londres de 1867, y que estaba garantizada por el reino de Prusia, así como por Francia, Austria, Inglaterra, Italia, Rusia, Bélgica y Holanda. Este tratado dice así:

Art. 2.° El Gran Ducado de Luxemburgo formará en adelante un Estado perpetuamente neutral bajo la garantía de los gobiernos de Francia, Austria, Gran Bretaña, *Prusia* y Rusia. Tendrá la obligación de observar igualmente esta neutralidad con todos los demás Estados.

Las altas potencias contratantes se comprometen á respetar el principio de neutralidad estipulado en el presente artículo.

El coronel alemán, después de oir la protesta del gobierno, se limitó á responder que él cumplía las órdenes de su soberano.

M. Eyschen envió entonces la siguiente comunicación á M. Viviani como ministro de Negocios Extranjeros de Francia:

Tengo el honor de poner en conocimiento de Vuestra Excelencia los hechos siguientes:

El domingo 2 de Agosto, en las primeras horas de la mañana, las tropas alemanas han penetrado en el territorio luxemburgués por los puentes de Wasserbillig y de Remich, dirigiéndose especialmente hacia el Sur del país y hacia la ciudad de Luxemburgo, capital del Gran Ducado.

Cierto número de trenes blindados, con tropas y municiones, han avanzado por la vía del ferrocarril de Wasserbillig á Luxemburgo, y se anuncia la próxima llegada de muchos más.

Estos hechos son manifiestamente contrarios á la



EL PALACIO DUCAL DE LUXEMBURGO

neutralidad del Gran Ducado, garantizada por el tratado de Londres de 1867.

El Gobierno luxemburgués no ha dejado de protestar enérgicamente contra esta agresión ante los representantes de S. M. el emperador de Alemania en el Luxemburgo.

Una protesta igual va á ser transmitida al secretario de Estado de los Negocios Extranjeros en Berlín.

Luxemburgo 2 de Agosto.

EYSCHEN
Ministro de Estado y presidente del Gobierno

La gran duquesa dirigió este telegrama al emperador de Alemania:

Mi país está ocupado en estos momentos por las tropas alemanas. Mi Gobierno ha protestado acto seguido ante las autoridades competentes, pidiendo explicaciones sobre esta ocupación. Ruego á V. M. que acelere estas explicaciones de su Gobierno y defienda los derechos del Gran Ducado.

MARÍA ADELAIDA

El emperador no contestó, pero á las tres de la tarde, Von Buch, ministro de Alemania en el Luxemburgo, presentó al jefe del gobierno un telegrama de Bethmann-Hollweg, canciller del Imperio. En él pretendía justificar lo ocurrido, diciendo que no amenazaba peligro alguno á la integridad del Luxemburgo, pues la operación se había limitado á ocupar las vías férreas para defenderlas de una invasión francesa. El canciller añadía que dichas líneas estaban explotadas por empresas alemanas, dando á entender con esto que eran de pertenencia del Imperio alemán, el cual podía disponer libremente de lo suyo.

La contestación de Von Jagow á la protesta del gobierno luxemburgués fué más digna aún de la diplomacia alemana.

Días antes, los espías prusianos, que abundaban en el Luxemburgo, habían lanzado en los diarios de Berlín la noticia de que 650 ciclistas militares franceses iban á invadir el territorio del Gran Ducado. M. Eyschen hizo desmentir esta noticia en el mismo Berlín. Nadie había visto en la frontera del Luxemburgo tales ciclistas. Á los dos días nueva invención de los espías del gobierno alemán, publicada igualmente por los periódicos berlineses. Varios cuerpos de ejército franceses habían invadido el ducado del Luxemburgo, incendiando la capital por los cuatro costados, devastando los campos, destruyendo las vías férreas.

Y antes de que el jefe del gobierno luxemburgués pudiese rectificar tales mentiras, que impresionaban la credulidad alemana, haciéndola indignarse contra la maldad francesa, las tropas del emperador invadieron el Gran Ducado.

El telegrama de Von Jagow, ministro de Negocios Extranjeros, decía así:

Con gran pesar nuestro, las medidas militares que hemos tomado resultaban indispensables, por haber recibido noticias seguras según las cuales numerosas tropas francesas están en marcha para invadir el Luxemburgo. Era forzoso que adoptásemos esas medidas para la protección de nuestro ejército y la seguridad de las líneas de ferrocarril. Un acto de hostilidad contra el Luxemburgo amigo no entra en nuestra intenciones.

Desgraciadamente, en vista de lo inminente del peligro, nos ha sido imposible, por falta de tiempo, el entablar las negociaciones necesarias con el Gobierno luxemburgués antes del envío de las tropas.

Inútil es decir que no era cierto tal avance de fuerzas francesas sobre el Luxemburgo, y que el gobierno de Francia, atento únicamente á defender su frontera, y manteniendo las tropas á ocho kilómetros de ésta para evitar incidentes, lo que menos pensaba era en la invasión del Gran Ducado. Precisamente el



EL PFAFFENTHAL, BARRIO EXTERIOR DE LUXEMBURGO

deseo de los gobernantes franceses era sostenerse á la defensiva, para que se viese claramente quién era el agresor.

Pero la diplomacia alemana había encontrado un argumento para justificar sus atropellos, lo mismo en el Luxemburgo que en Bélgica. «Sabemos por *noticias ciertas...* que el ejército francés avanza.» Y basándose en estas noticias, de origen desconocido, cuya certeza no se tomaba el trabajo de demostrar, atentó contra los derechos de ambos pueblos, porque así le convenía.

Los cuerpos 8.° y 9.° del ejército prusiano invadieron en pocas horas el Luxemburgo como una avalancha.

El comandante en jefe del 9.° cuerpo, general Von Tschepe, lanzó una proclama á los luxemburgueses, tan llena de falsedades como las comunicaciones de la diplomacia de Berlín, hablando de la invasión del Ducado por los franceses como de un suceso indiscutible. Y esto lo decía con asombrosa serenidad á los habitantes de un pequeño Estado que sólo tiene 2.500 kilómetros cuadrados de extensión, donde todo se sabe á las pocas horas y donde nadie había visto ni la sombra de un soldado francés. He aquí este documento extraordinario:



LA GRAN DUQUESA MARÍA, SOBERANA DEL DUCADO DE LUXEMBURGO
(Fot. Rol)

Todos los esfuerzos enormes hechos por S. M. el emperador de Alemania para conservar la paz han fracasado. El enemigo obliga á Alemania á tirar de la espada. Habiendo violado Francia la neutralidad del Luxemburgo—hecho sobre el cual nadie puede tener la menor duda—, ha comenzado sus hostilidades en el suelo luxemburgués contra las tropas alemanas. En vista de esta necesidad urgente, Su Majestad ha ordenado á las tropas alemanas, y en primera línea al 8.° cuerpo de ejército, la entrada en el Luxemburgo.

La ocupación del Luxemburgo no tiene más objeto que abrir el camino á las operaciones futuras. Esta ocupación se realiza con la promesa formal:

1.° Que sólo será pasajera.

2.° Que la libertad personal y los bienes de los luxemburgueses serán respetados.

3.° Que las tropas alemanas están acostumbradas á una disciplina severa.

4.° Que todo lo que tomen será pagado con dinero contante.

Confío en el sentimiento de justicia del pueblo luxemburgués, que seguramente estará convencido de que el emperador sólo ha ordenado la entrada de las tropas en el Luxemburgo cediendo á la última necesidad y forzado á ello por la violación de la neutralidad luxemburguesa llevada á cabo por Francia.

Repitiendo las mencionadas garantías, espero que el pueblo luxemburgués y su Gobierno evitarán el agravar la misión de las tropas alemanas.

Firmado: TULF VON TSCHEPE UND WEIDENBACH, *general comandante en jefe del 9.° cuerpo de ejército prusiano.*



LA NUEVA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

En este documento no había otra verdad para el pueblo luxemburgués que la sombría y breve amenaza contenida en el último párrafo. Todo lo anterior era digno por su falsedad de provocar la indignación ó el asombro. El general hablaba de «las violaciones del territorio por los franceses», de las «hostilidades iniciadas por Francia en el Luxemburgo», á un pueblo que hasta horas antes había vivido en



LUXEMBURGO. AVENIDA DE LA ESTACIÓN

absoluta tranquilidad, sin ver más invasión que la de los soldados alemanes ni otras violaciones de territorio que las efectuadas por éstos.

Una avalancha de tropas cayó sobre el pequeño Estado en menos de veinticuatro horas. El país tuvo que mantener 60.000 hombres con sus escasos recursos, y bien pronto los habitantes sufrieron los tormentos de la escasez.

El primer diario del país, *La Independencia Luxemburguesa,* describió el aspecto de esta ocupación:

Cuando Luxemburgo despertó el domingo por la mañana, la ciudad estaba llena de uniformes alemanes. Durante todo el día, oficiales y soldados han circulado incesantemente á pie, á caballo, en bicicletas, en motocicletas, en automóvil. En las encrucijadas de las calles no se ve desde entonces mas que el brillo de las bayonetas. En la ciudad baja han instalado un cuerpo de guardia. Fuera de ella no hay camino ni sendero que no esté guardado. Los ferrocarriles se hallan ocupados militarmente y en las estaciones hay guarnición. La autoridad militar es la que dirige el movimiento de trenes. Todas las oficinas de correos aparecen ocupadas por el ejército alemán.

La noche del domingo fué lúgubre. Después de la infantería, que había llegado por la mañana y por la tarde, y después de la caballería, que permaneció en las afueras, acantonada en Mersch, y de la que sólo vimos estafetas en las calles de la ciudad, llegó la artillería y con ella las cocinas ambulantes y los furgones. En plena obscuridad, los gritos de mando, las ruedas de hierro volteando sobre el adoquinado, las patadas de los caballos, tenían mucho de siniestro. Y por largo tiempo, durante la noche, continuaron las idas y venidas de las tropas, buscando espacios libres para acampar.

Por la mañana se supo que la artillería gruesa había pasado en número considerable, y que las tropas, conforme iban llegando, tomaban el camino de Arlon.

Lo que buscó el Estado Mayor alemán en Luxemburgo y en Bélgica al invadir estos territorios, fué atacar á los franceses alevosamente.

Francia tenía bien fortificada y guardada su frontera del Este, ó sea la de Alemania, esperando el ataque franco de una nación que militarmente se considera la más fuerte entre todas. En sus fronteras del Luxemburgo y de Bélgica no tomó nunca precauciones defensivas. Hubiesen significado éstas un atentado á la neutralidad de los dos países, y Francia respetaba los tratados garantizados por su firma.

La estrategia alemana, con toda su soberbia, no quiso intentar la invasión por el único punto legítimo, ó sea por su frontera. En ella hubiese tenido que chocar con toda la Francia armada que la esperaba de frente, en leal combate. Prefirió deslizarse por los pasadizos de dos pueblos débiles para tomar al enemigo por la espalda, teniendo que atropellar para esto el derecho de gentes, la independencia de las naciones y desconocer la propia firma estampada al pie de los documentos diplomáticos.

El Luxemburgo siguió ocupado por los alemanes. Una modesta indemnización, dada después de algún tiempo por el gobierno de Berlín como una limosna, pretendió resarcir al país de este atropello y de las largas molestias sufridas por los habitantes con el continuo paso de tropas.

El pequeño Estado no por esto se sometió al invasor. La duquesa mantuvo su protesta. Tres meses después de la invasión, al inaugurar en Noviembre las sesiones del Parlamento, la valerosa María Adelaida, completamente á merced de la ocupación de los prusianos, y sin más apoyo que el cariño de un pueblo que la admira, leyó su discurso del trono en francés; repitió la protesta contra el atropello, hizo una llamada á las potencias signatarias de Londres para el sostenimiento de sus derechos, y saludó el heroísmo de sus vecinos, Bélgica y Francia.

IV

La unanimidad de Francia

Por primera vez en su historia ofreció la nación francesa un espectáculo de completa unanimidad. Toda ella formó un cuerpo inmenso con una sola alma; y esta alma fué la inquebrantable voluntad de cumplir su deber, la fría resolución de morir antes que ser derrotada en una guerra que no había provocado.



LOS VIADUCTOS DE LUXEMBURGO

Jamás en sus luchas de los tiempos modernos entró en línea la nación en masa. Siempre hubo en Francia minorías contrarias á la guerra, estados de opinión hostiles á los gobiernos, que entorpecieron sus operaciones militares y hasta algunas veces los empujaron al desastre.



LA VIOLACIÓN DEL LUXEMBURGO Y DE BÉLGICA

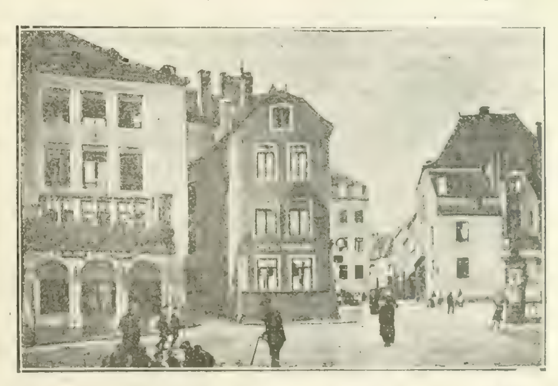
Plano de la invasión alemana, con las líneas de ferrocarriles construidas antes y después de 1909

Durante las épicas campañas de la primera República, mientras los ejércitos harapientos y gloriosos vencían á media Europa cantando la *Marsellesa,* otros franceses, á espaldas de ellos, peleaban contra su propio país, en la Vendée y los departamentos del Sur. Napoleón, vencedor de las naciones, se veía amenazado dentro de Francia por las conspiraciones monárquicas y republicanas. En la guerra franco-germánica de 1870, las divergencias políticas aceleraron la caída de Napoleón III y el triunfo fulminante del enemigo. Retirándose sobre París con su ejército batido, pero todavía fuerte, el emperador hubiera prolongado la resistencia nacional. Pero la nación era hostil al Imperio, y aguardaba una derrota para caer sobre él. «Una retirada sobre París será la revolución», telegrafiaba la emperatriz Eugenia á su esposo. Y éste, para salvar el trono de su hijo, erró con su ejército por el Norte de Francia, sin saber adónde ir ni qué hacer, hasta meterse en la ratonera de Sedán.

Nada de esto ocurrió en 1914. Por acuerdo instintivo, y sin que mediasen preparaciones ni discursos, todos los franceses se agruparon en torno del gobierno. «La República es Francia. ¡Viva la República!» Los reaccionarios, que soñaban con la imposible restauración de una monarquía ó la creación de una dictadura, ofrecieron sus servicios al gobierno republicano, y lo mismo hicieron todos los católicos, que se mostraban agraviados por las leyes de separación. Hasta los religiosos expulsados de Francia volvieron á ella para tomar las armas, dándose por comprendidos en los llamamientos de movilización.

El presidente Poincaré y sus ministros fueron obedecidos tan ciegamente como el kaiser y sus consejeros. Pero con la diferencia de que el francés es libre, y abdicó su libertad espontáneamente, por entusiasmo, en bien de la patria, mientras en los Imperios se obedece por servilismo ó por la presión de una férrea disciplina; muchas veces sin saber por qué se obedece: por falta de voluntad, por miedo al castigo.

En el último tercio de Julio, diez días antes del 2 de Agosto—verdadera fecha inicial de la conflagración europea—, nadie hubiese adivinado la proximidad del movimiento unánime que había de agrupar á todos los franceses en un solo bloque. Bullían los antagonismos y odios de opinión provocados por el proceso Caillaux. Empezaba á iniciarse una divergencia



UNA PLAZA DE LUXEMBURGO

nacional semejante á la del asunto Dreyfus. Los *camelots du roi,* vanguardia belicosa de los partidos reaccionarios, y los grupos socialistas se daban de palos en el bulevar. Las masas obreras, á impulsos de un idealismo generoso é infructífero, creían evitar la monstruosidad de un choque europeo celebrando mítines y organizando manifestaciones contra la guerra. Los partidarios del pasado tradicional cantaban la *Marsellesa*—un absurdo—, y los revolucionarios contestaban entonando la *Internacional* y pidiendo que se abrazasen todos los hombres de la tierra—otro absurdo mientras existan emperadores guerreros y naciones armadas que les obedezcan, dispuestas á agredir sin importarles el motivo.

De pronto la orden de movilización, la amenaza ineludible de la guerra. Un momento de estupor y de silencio, un momento nada más; y acto seguido todos los franceses parecieron abrazarse mentalmente, diciendo lo mismo, olvidando lo pasado de un modo tan absoluto, que las palabras lanzadas el día anterior semejaron que se habían proferido á una distancia de cincuenta años. Esta unanimidad instantánea, milagrosa, no fué obra de los conductores de masas ni de los fabricantes de opinión. Los hombres de prestigio no tuvieron tiempo para hablar. Fué el pueblo francés, la democracia inteligente, que, siguiendo los impulsos de su corazón, impuso la fraternidad á los de arriba.



GUSTAVO HERVÉ (Fot. de H. Tourte, París)

Las masas revolucionarias, que eran temidas por el recuerdo de la Commune, dieron el buen ejemplo. Ya hemos dicho cuál fué su conducta al ocurrir el asesinato de Jaurés. La «Francia roja», la de los ideales cosmopolitas y antimilitaristas, se mostró tan resuelta y belicosa como los adoradores del ejército, que soñaban largos años con la «revancha».

Esta guerra no había sido provocada, como otras, por la ambición militar ó la vanidad del país. Era una guerra forzosa, de defensa y conservación, como las que habían sostenido los voluntarios republicanos en 1792.

La prueba de esto fué que casi nadie se acordó en Francia de Napoleón y de sus guerras invasoras, viendo en ellas algo semejante á la obra de Alemania, pero con la aureola del genio militar que ésta no tuvo nunca en su organización metódica y brutal. Todos evocaron las guerras defensivas de la primera República, las victorias de Valmy y Jemmapes, los generales de modestia republicana Hoche, Marceau, Brune, Desaix.

La guerra de 1914 fué considerada como una calamidad inevitable, á la que había que hacer frente para defender la libertad y por instinto de conservación.

El viejo revolucionario Vaillant, diputado socialista y antiguo combatiente de la Commune, gritó en un mitin de la sala Wagram:

—Somos partidarios de la paz, pero ante la agresión del imperialismo todos los socialistas cumpliremos nuestro deber.

Un periódico revolucionario, *La Batalla Sindicalista,* decía así:

> Alemania quiere la guerra. Que las olas de sangre que van á correr sobre los campos de Europa caigan sobre la cabeza de Guillermo II y del pangermanismo.

Los antimilitaristas más feroces, anarquistas, socialistas y otros enemigos del patriotismo estrecho de miras, se ofrecieron como soldados ó corrieron para obedecer al llamamiento de movilización. Ni uno de ellos, al vestir el capote de soldado, creyó abdicar de sus ideas.

—Hemos pasado el tiempo proclamando la verdad —dijeron algunos tristemente—; pero los hombres quieren vivir apartados de ella y debemos amoldarnos á las exigencias del momento. Pelearemos y mataremos, ya que después de tanta civilización hay que reñir y matar, como las fieras, para mantener una familia libre y un hogar tranquilo... Buscábamos la verdad creyendo estar entre hombres, y de pronto un mazazo en la espalda nos avisa que aún vivimos entre bestias prehistóricas.

¡La verdad!... Nada tan hermoso, pero tiene alas y va siempre por las alturas. En cambio su enemiga



Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de París

Dos soldados franceses guiando un automóvil, baten á una patrulla de h

NOCTURNO



anos que intentaron sorprenderles en medio de las sombras de la noche

la realidad se arrastra por el suelo. Nada importa que la verdad sea lo justo y lo indiscutible. La realidad, ilógica, absurda y criminal casi siempre, vive entre los hombres y es lo único que éstos ven de cerca.

▫

Gustavo Hervé, el terrible profesor que había pasado varios años de su vida en distintas cárceles por la violencia de sus campañas contra el militarismo y los gobiernos conservadores, se vió de pronto rodeado de la estimación unánime.

Su nombre producía días antes un escalofrío de horror en las gentes de buena posición social y un movimiento de cólera en los círculos militares y patrióticos. Había pedido la destrucción de todos los monumentos que recuerdan la epopeya napoleónica; había aconsejado que enterrasen en el estiércol la bandera tricolor, por haber servido de signo de guerra contra muchos pueblos. Estas exageraciones ruidosas tenían más de literarias que de sinceras. Eran apóstrofes retóricos de un profesor de Historia metido á revolucionario, pero habían servido para dar al nombre de Hervé una celebridad de horror en los salones y en los cuartos de banderas de los regimientos.



Del periódico de Hervé ¡ALEMANIA IMPERIAL!

(La Guerra Social, París 12 de Agosto de 1914)

De pronto, al ver la patria en peligro, el escritor socialista fué el primero en lanzar el grito «¡Á las armas!» Había que defender, no sólo la patria, sino la libertad del mundo; vencer á la Alemania imperialista para instalar la República en la tierra alemana; realizar una serie de generosos ensueños humanitarios; pero á sangre y fuego, como los soldados republicanos de 1793, que fueron difundiendo la revolución por toda Europa con las puntas de sus bayonetas. Esta propaganda dantoniana caldeó el entusiasmo de las masas obreras. Pero Hervé quiso predicar con el ejemplo, y el 2 de Agosto, estando París en plena agitación patriótica, se presentó en el Ministerio de la Guerra para entregar personalmente la siguiente carta:



EL SOMBRERO DE NAPOLEÓN Y EL KAISER

—¡Eres muy pequeño para él, amigo mío!...

(La Guerra Social, París 8 de Agosto de 1914)

Señor ministro:

Cuando yo tenía veinte años me libré del servicio militar, porque era el único sostén de mi familia, alegando además mi extremada miopía.

Á pesar de esta miopía y de mis cuarenta y tres años, me siento perfectamente capaz de hacer una campaña.

Como Francia en la guerra que va á estallar ha hecho, según mi parecer, todo lo posible y lo imposible por impedir la catástrofe, yo os ruego que me incorporéis, como favor especial, al primer regimiento de infantería que parta para la frontera.

Después de haberme expulsado de la Universidad, de haberme excluído del Colegio de Abogados y de haberme condenado á más de once años de presidio con el pretexto de que era enemigo del patriotismo—cuando todo mi crimen y el de mi

partido consistió en prevenir de lejos y querer evitar la catástrofe de hoy—, estimaréis, como estoy seguro de ello, que la República me debe esta brillante reparación.

¡Viva Francia!... simplemente.

Os ruego que recibáis, señor ministro, la seguridad de mi [illegible]

GUSTAVO HERVÉ

El gobierno aceptó los servicios del revolucionario, ordenándole que permaneciese en París. Debía servir á su patria con la pluma, difundiendo el entusiasmo en las masas populares. Su periódico *La Guerra Social* era un semanario de vida precaria. Hizo un llamamiento al público para convertirlo en diario, iniciando una suscripción con el objeto de atender á los primeros gastos, y en unas cuantas horas recaudó miles de francos. Esta suscripción pudo llamarse prodigiosa, no sólo por sus resultados pecuniarios, sino por los nombres que figuraron en sus listas. Devotas señoras de conciencia asustadiza, oficialidades enteras de regimientos antes de salir para el campo de operaciones, hombres del gran mundo, esgrimidores célebres que despreciaban poco antes al escritor enemigo de las armas, enviaron públicamente sus cotizaciones á *La Guerra Social*, para que continuara publicándose todas las mañanas.

Ganoso de no herir susceptibilidades de su nuevo público, Hervé pensó en modificar el título del periódico, bautizándolo simplemente *La Guerra*. Pero al fin no realizó el cambio. «Bien está así—dijo á los lectores—. Nuestra guerra es una *guerra social*, ya que vamos á destruir la casta militar prusiana, libertando al pueblo germánico contra su voluntad.»

Esta misión patriótica de los conservadores y los revolucionarios la agradecieron los últimos usando de un lenguaje mesurado con sus antiguos enemigos. Unos y otros reconocieron los méritos de los hombres célebres que habían luchado en el campo de enfrente.

—¡Qué desgracia la pérdida de Jaurés!—decían los mismos que quince días antes abominaban de su nombre—. En estos momentos habría dicho palabras muy hermosas para aumentar el entusiasmo de la nación. Hemos perdido el Gambetta de esta guerra.



UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL GUARDADA MILITARMENTE

Los revolucionarios evocaban el recuerdo de Paul Déroulède, el bardo de la «revancha», el antiguo combatiente de 1870, que durante cuarenta y cuatro años había recordado con sus cálidas frases de agitador y de poeta el peligro de la invasión y la necesidad de prepararse para rechazarla.

Déroulède había muerto meses antes de que estallase esta guerra que tanto deseaba para que su país recobrase las provincias cautivas Alsacia y Lorena. Casi moribundo asistió á la conmemoración de los muertos de 1870, dirigiendo la palabra por última vez á sus entusiastas amigos de la «Liga de Patriotas».

En Agosto de 1914 todos recordaban al poeta de la «revancha», y hasta los revolucionarios que le habían combatido por su política militar y dictatorial evocaron sus versos vibrantes y ruidosos como un toque de clarín:

En avant! Tant pis pour qui tombe!
La mort n'est rien; vive la tombe
quand le pays en sort vivant.
En avant!



LA MULTITUD ACLAMANDO Á LOS SOLDADOS QUE VAN Á BATIRSE

Gustavo Hervé, al comentar esta unanimidad absoluta de los que poco antes se combatían encarnizadamente, dijo así en una síntesis elevada y generosa:

El Buen Dios, la República, la Francmasonería, el Socialismo, todo es en el fondo la misma cosa. Son palabras distintas, mediante las cuales unos y otros, los hombres buenos de todas las clases sociales y de todos los partidos, expresamos nuestra sed de justicia, de verdad, de belleza y de amor.

Esta es la gran lección que nos proporciona el alentador espectáculo de unanimidad que Francia se ofrece á sí misma desde el principio de la horrible guerra.

Nos batimos por palabras. Todas las almas

escogidas que comulgan en el amor á Francia y la adoración de sus hijos que están sobre las armas, sienten en el fondo el mismo idealismo de justicia social y paz internacional.

Es preciso que cuando la guerra se termine continúen del mismo modo, comprendiéndose y amándose.

La Francia conservadora y religiosa fué igualmente digna de admiración por su patriotismo y su desinterés.

No dudó un momento en obedecer á los gobernantes republicanos, que consideraba antes como enemigos. Aclamó al generalísimo Joffre, sabiendo que era un hombre de ideas radicales completamente opuesto á sus doctrinas. Marchó á los campos de batalla unida á la masa popular, que le había inspirado siempre miedo ó repulsión.

Ni una sola resistencia se notó en esta Francia hostil á la República y que tanto había hecho inútilmente por entorpecer su vida.

Al circular la orden de movilización, curas y seminaristas la obedecieron, abandonando la sotana por el capote y cubriéndose la tonsura con el kepis. Todos los religiosos expulsados de Francia que estaban en edad para tomar las armas llegaron puntualmente del extranjero días después, para incorporarse á sus regimientos. Capuchinos, franciscanos y hasta jesuítas fueron á las fronteras de Francia con el fusil en la mano para luchar y vivir en amigable compañerismo con los «camaradas» que poco antes cantaban la *Internacional* y daban el grito de «¡Abajo el solideo!»



PAUL DÉROULÈDE

—La República nos expulsó—dijeron muchos de ellos—, pero la República es Francia, y volvemos al verla en peligro.

La Croix, diario católico que se había distinguido por su ferocidad contra los gobiernos republicanos, rivalizó en entusiasmo patriótico con *La Guerra Social*. Ella relató cómo los frailes franceses residentes en Jerusalén, al enterarse de que había estallado la guerra, emprendieron la marcha á pie desde la ciudad santa al puerto de Jaffa, por miedo á que el ferrocarril, propiedad de los alemanes, no los llevase á tiempo al lugar del embarque.

En los primeros días de la movilización, los que circulaban por los ferrocarriles de Francia contemplaron un espectáculo extraordinario.

Las vías férreas estaban guardadas por los «territoriales», soldados movilizados de edad madura que por sus años fueron dedicados á este servicio, mientras los jóvenes del ejército activo partían en los trenes para la guerra. Á estos soldados, que en los primeros días fueron sedentarios, pero que después se batieron como los demás, sólo les entregó el gobierno su armamento al iniciarse la movilización. Los uniformes los recibieron después. Y los territoriales guardaron las estaciones y vías férreas, unos con blusa, otros con traje de caza y algunos vistiendo chaqué ó levita. Un kepis rojo, algo usado, fué su único distintivo militar.

Muchas veces, entre esta tropa multicolor y abigarrada se vió un soldado negro. Junto á la vía, guardando su integridad, paseaba haciendo centinela el cura del inmediato pueblo. Su sotana estaba cruzada por el cinturón cargado de cartuchos; sus manos blancas se apoyaban en la boca del fusil; la fina bayoneta del Lebel cortaba con una línea puntiaguda y firme el borde de su sombrero de teja. Había acudido, como sus convecinos, al llamamiento nacional, y en la espera del uniforme azul y rojo conservaba las vestiduras de su ministerio. Montaba la guardia como todos, y al terminar ésta iba á descansar en la estación leyendo el breviario, mientras los «camaradas» entonaban cantos patrióticos.

El catolicismo francés intervino desde el primer momento en el entusiasmo popular. Las iglesias de París perdieron su ambiente de recogimiento. En el mundo religioso se comentó la actitud de Pío X, firme y resuelta en favor de la paz. Según se dijo, el viejo emperador de Austria, valiéndose de su influjo como soberano de una gran potencia católica, intentó decidir al Papa á que suscribiera un documento en el que reconociese indirectamente que el Imperio austriaco no era culpable de la guerra y sólo la había aceptado por razones de dignidad.

—Yo únicamente firmo para la paz—dijo el pontífice, negándose á esta pretensión.

El choque europeo preocupó de tal modo á Pío X desde el primer instante, que su débil salud de anciano apareció visiblemente quebrantada.

—¡Ay, esta guerra!—exclamaba—. Esta guerra acabará por matarme.

El 2 de Agosto publicó una exhortación á todo el



REVISTA DE VESTUARIO ANTES DE PARTIR

mundo católico, manifestando su dolor y su miedo al ver á Europa arrastrada por la tempestad de la guerra y amenazada de inmensas matanzas.

«Nuestro corazón se desgarra con el más vivo dolor al considerar en peligro la salud y la vida de tantos hombres y tantos pueblos que Nos amamos extremadamente.»

El Papa pidió á los católicos que elevasen sus almas hacia Cristo, «el único que puede ayudarnos; Cristo, príncipe de la paz y mediador todopoderoso de los hombres ante Dios». Al final invitó al clero de todo el mundo católico á hacer en las parroquias rogativas públicas para obtener que Dios alejase la guerra, inspirando en la hora suprema á los directores de las naciones pensamientos de paz y no de aflicción general.

En las parroquias de Francia los sacerdotes exhortaron á los hombres á que cumpliesen sus deberes con la patria, y aconsejaron á las mujeres fe en el porvenir y resignación ante el presente.

Monseñor Amette, el cardenal-arzobispo de París, pareció multiplicarse en los primeros días de la movilización, como uno de aquellos monjes entusiastas que predicaban las Cruzadas. Su elocuencia tribunicia resonó bajo las bóvedas de la Magdalena, de Notre Dame des Victoires, del Sacre Cœur de Montmartre. Fué de un templo á otro, como un Dantón católico, poniendo en pie el entusiasmo del pueblo creyente. Algunos de sus sermones fueron interrumpidos por la muchedumbre, que rompió á aplaudir en plena iglesia, sin hacer caso de los llamamientos al orden.

Rugían los órganos bajo las bóvedas sagradas, y guiados por su ritmo cantaban los creyentes sus cóleras ante la injustificada agresión, sus esperanzas en el triunfo.

Las voces trémulas y lacrimosas de la madre, la hija y la hermana, se armonizaban con los acentos graves del joven que iba á partir á la mañana siguiente, del viejo que revolvía en su pensamiento resoluciones heroicas, no sabiendo si le traicionarían sus fuerzas, del hombre tranquilo y pacífico hasta entonces, que sentía despertar y revolverse en su interior, con el sedimento de pasadas edades, un deseo de exterminio.

El catolicismo francés cantaba ante los altares:

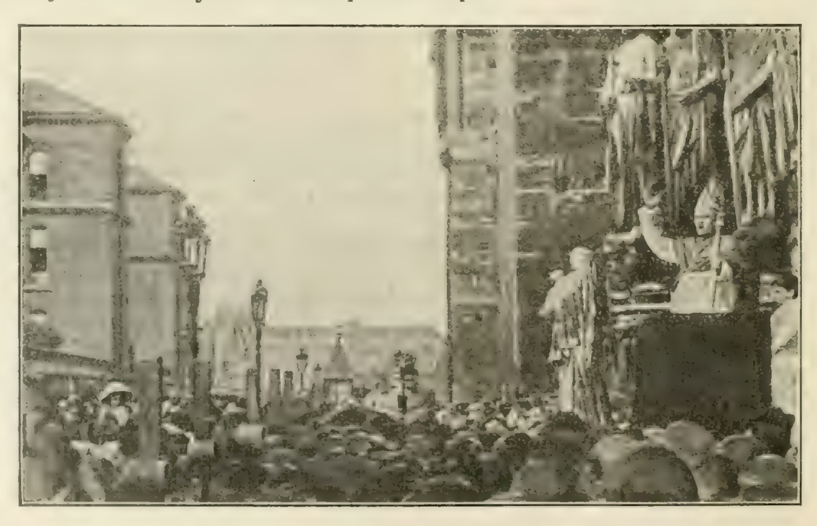
Rends la Alsace à sa gloire,
comble ses voeux nouveaux,
fais qu'un vent de victoire
souffle dans nos drapeaux.

Y en los templos del culto calvinista, en las sinagogas, en las logias, en todos los lugares dedicados á una creencia, todos los franceses expresaban los mismos anhelos.

V

El entusiasmo de París.—Los extranjeros

La fisonomía de París se transformó completamente el 2 de Agosto. Casi todos los medios de comunicación quedaron suprimidos. Las líneas de tranvías, de



EL ARZOBISPO DE PARÍS
Monseñor Amette exhortando á los fieles desde una de las puertas del templo de Nuestra Señora

autobus y de muchos ramales del ferrocarril subterráneo dejaron de funcionar por haber sido comprendido su personal en la movilización. Sólo circularon carruajes de alquiler cuyos caballos estaban extenuados. Los automóviles de punto corrían á toda velocidad llenos de oficiales ó reservistas que se dirigían á las estaciones para tomar el tren é incorporarse á sus regimientos.

Esta falta de vehículos estaba compensaba por la extraordinaria animación en las calles, llenas de muchedumbre. En las cercanías de las estaciones de ferrocarril, especialmente la del Este, por donde salían las tropas hacia la frontera, era imposible avanzar. Una masa compacta de miles y miles de cabezas se aglomeraba contra las verjas, extendiéndose por las calles inmediatas.



TODO FRANCÉS EN SU PUESTO
Las vías férreas guardadas por los veteranos
(Dibujo de Georges Scott, de la *Illustration*, de París)



MANIFESTACIÓN DE LA LIGA DE PATRIOTAS Y SOCIEDADES ALSACIANAS ANTE LA ESTATUA DE ESTRASBURGO EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA (Fot. Rol)

Numerosas manifestaciones cantando *La Marsellesa* recorrieron incesantemente los bulevares hasta la plaza de la República, saludando con sus banderas y sus vítores el monumento á la República que se levanta en el centro. Otras manifestaciones se encaminaron á la plaza de la Concordia para saludar la estatua de Estrasburgo, símbolo de las dos provincias cautivas del enemigo.

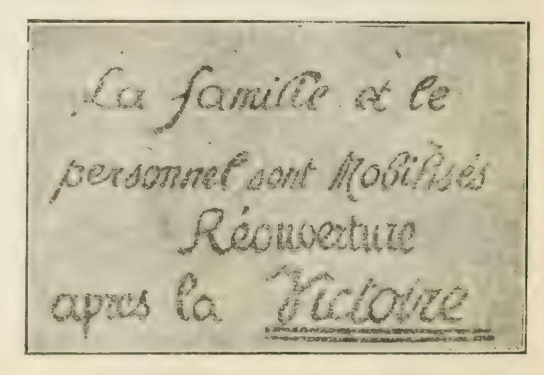
Una procesión cívica, formada por asociaciones de alsacianos y loreneses, visitó esta estatua para despojarla de los crespones fúnebres y otros signos de duelo que la habían cubierto durante cuarenta años como señal de protesta. La muchedumbre patriótica, en la que figuraron muchas mujeres y niñas con el vestido tradicional de Alsacia, aclamó la desaparición de los tristes adornos. Coronas de flores y grandes ramos cubrieron la arrogante figura de Estrasburgo. Sobre sus hombros de piedra quedó depositada una bandera tricolor suelta al viento. Llegaba para los alsacianos y loreneses la hora ansiada durante tantos años.

En los cafés y los *restaurants* el público aplaudió á los oficiales y soldados que abandonaban apresuradamente sus mesas para dirigirse á las estaciones. La mayor parte de los establecimientos estaban cerrados, con carteles manuscritos en sus puertas indicando que el dueño ó los dependientes habían marchado á la guerra.

Por la noche el entusiasmo fué tomando una forma agresiva.

Ciertos grupos, cansados de gritar contra Alemania y Guillermo II, quisieron dar á su indignación una forma más contundente, asaltando las tiendas y los *restaurants* cuyos dueños eran alemanes y austriacos. En algunos casos bastó la vaga creencia de que podían pertenecer á dichas nacionalidades. Así fueron asaltados y saqueados los laboratorios y depósitos de la Sociedad de Lecherías Maggi, la gran pastelería Appenrodt, el café Vienés y otras cervecerías y almacenes del bulevar.

Estos desmanes, producto de un entusiasmo excesivo, sólo ocurrieron en la noche del 2 de Agosto. La policía intervino desde la mañana siguiente para evitar nuevos atropellos, y muchos de los asaltantes fue-



LOS ANUNCIOS DE LAS TIENDAS FRANCESAS
Cartel patriótico avisando la reapertura de una tienda después de la victoria

ron conducidos ante los tribunales, que los castigaron con dureza.

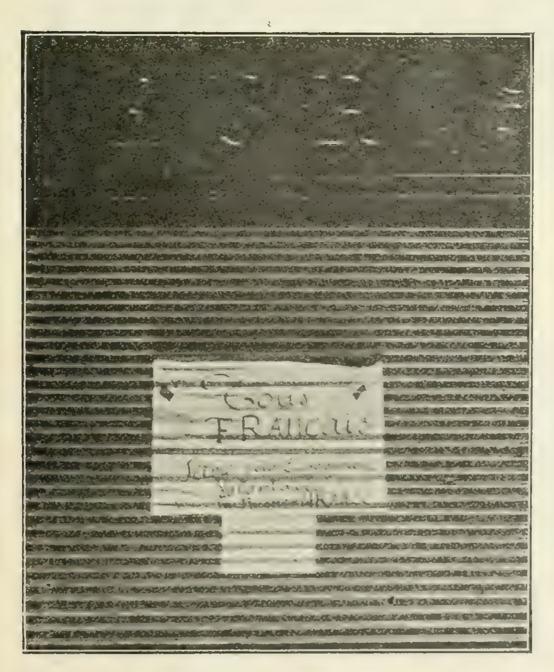
En la explosión del entusiasmo patriótico de París se demostró una vez más el afecto que casi todos los pueblos civilizados sienten por la nación francesa. Un poeta ha dicho en un exceso de lirismo patriótico: «Todo hombre tiene dos patrias: la suya y después Francia.» Esto no será exacto—como ocurre con casi todas las afirmaciones de los poetas—, pero no por esto deja de ser verdad.



Una tienda lujosa de los grandes bulevares cerrada por haberse marchado á la guerra el dueño y los dependientes

Hay muchos que no se acuerdan en tiempos normales de que Francia existe; hay otros que la detestan viendo en ella la patria de la más temible de las revoluciones; pero una gran parte de la humanidad justifica las palabras del poeta interesándose por todo lo que ocurre á orillas del Sena.

Desde hace dos siglos los hombres de pensamiento ven algo semejante á una segunda patria en la nación francesa, que engendra todas las nuevas aspiraciones de la humanidad ó las estampilla y propaga por el mundo aunque no hayan surgido de su seno. Una idea, nazca donde nazca, no adquiere valor mundial hasta que pasa por París y éste se encarga de difundirla. Un libro sólo puede saltar de nación en nación cuando lo vierten al francés, lengua á la que acuden todas las lenguas, idioma de innumerables avenidas, en el que se encuentran los diversos traductores como en una encrucijada.



Cartel con dos banderitas pintadas, anunciando que el dueño es francés y que está en el ejército

(Fots. Meurisse)

La moda intelectual varía con iguales caprichos, inexplicables y nerviosos, que las modas femeninas. Hay que cambiar de hechuras para que los modistos del pensamiento no permanezcan inactivos sobre los patrones triunfantes.

El mundo se fatiga de creer mucho tiempo lo mismo, y la supremacía de Francia sufre por esto oscilaciones y eclipses. Una temporada, el modo de pensar dominante es inglés, otra es alemán, luego es ruso, y á todas las naciones les llega su cuarto de hora de universalidad. Pero el péndulo incansable continúa su vaivén de izquierda á derecha, pasando siempre por el punto medio, y si alguna vez queda inmóvil es sobre él. Digamos que este punto medio es Francia.

Lo mismo para los entusiasmos que para los odios, París resulta el centro de la atención universal. Desde principios del siglo XVIII todos hablan de él para admirarlo ó maldecirlo.



DESPUÉS DE LA MANIFESTACIÓN CONTRA LAS TIENDAS ALEMANAS Y AUSTRIACAS DE LOS BULEVARES

UNA TIENDA ALEMANA SAQUEADA

CERVECERÍA ALEMANA PRÓXIMA Á LA ESTACIÓN DEL NORTE



LA CÉLEBRE PASTELERÍA APPENRODT, APEDREADA POR LOS MANIFESTANTES



UNA PUERTA DEL CAFÉ VIENÉS

JOYERÍA ALEMANA, EN CUYO RÓTULO APARECE ARRANCADA LA INDICACIÓN DE SER PROVEEDORA DE LA CORTE DE AUSTRIA



TIENDAS ALEMANAS DEL BULEVAR, ASALTADAS



UNA CERVECERÍA ALEMANA



EL LABORATORIO CENTRAL DE LAS LECHERÍAS MAGGI

UNA SUCURSAL DE LAS LECHERÍAS MAGGI

Foto. Meurisse



(Fot. Meurisse)

EL ENTUSIASMO POR FRANCIA

Desfile de una manifestación con banderas por las calles de París

El entusiasmo internacional que inspira París se reveló en las primeras noches de Agosto, cuando los bulevares estaban repletos de rumoroso gentío en espera de noticias. Las tintas de la bandera tricolor aleteaban bajo los faros eléctricos. Los cafés, desbordantes de muchedumbre, lanzaban por las bocas inflamadas de sus puertas y ventanales el rugido armónico de las canciones patrióticas... De pronto abríase la muchedumbre en el centro del bulevar, entre aplausos y vivas.

—Es Europa que pasa—decían muchos, quitándose los sombreros.

Toda Europa—menos Alemania y Austria—se mostró en aquellas noches representada por una juventud generosa, que saludó con gritos de adhesión á la Francia en peligro. Los estudiantes extranjeros que viven en el Barrio Latino, los trabajadores de diversas nacionalidades que perfeccionan sus conocimientos en los talleres franceses, los ancianos que se refugiaron en la playa hospitalaria de París como náufragos de guerras y revoluciones, las mujeres que estudian para volver luego á su tierra, todos los huéspedes de la ciudad mundial desfilaron por sus principales arterias en patriótica y fraccionada procesión.

Ondean las banderas blancas y amarillas, con águilas negras en el centro, sobre un grupo de bonetes de astrakán y largas levitas que tienen cartucheras en los pechos. Tras de estos uniformes de cosaco avanza una multitud compuesta de hombres y mujeres del Norte, rojizos, de nariz achatada, ellas con el pelo cortado, ellos con luengas melenas. En sus ojos hay una expresión de iluminamiento, de ensueño humanitario; en sus puños, contracciones enérgicas que hacen recordar á los apóstoles del nihilismo arrojando la bomba.

—Nuestros amigos los rusos—dicen los franceses.

A éstos los miran como gentes de casa. Son los aliados. Todos cantan la *Marsellesa,* y algunos dan vivas á Nicolás II, al que odiaban hace poco.

Una nueva bandera pasa bajo los focos de luz como una mancha de sangre. Un grupo juvenil marcha á continuación; un grupo que no lanza aclamaciones, que camina silencioso, con la cabeza descubierta. «¡Los ingleses!» Son muchachos altos, desgarbados. Algunos se elevan sobre los compañeros, gracias á su cuello semejante al de la jirafa. No se fijan en la muchedumbre que les abre paso, alineándose en las aceras. Miran á lo alto ó clavan sus ojos en el pabellón nacional, como si en su fondo escarlata columbrasen algo que sólo es visible para ellos. Su mutismo impresiona á los curiosos. Las muchachas revoltosas del bulevar que aclaman á los otros manifestantes y les envían besos parecen intimidadas en presencia de estos jóvenes, graves é infantiles, dependientes de tienda, mecánicos, comisionistas, á los que da el entusiasmo un aire de pastores evangélicos. Su silencio se rompe y entonan un canto austero y pausado, un canto de iglesia que días antes habría hecho reir en pleno bulevar, pero que ahora esparce un escalofrío de emoción.

Es la fuerza que pasa; la fuerza reflexiva y tenaz de un gran pueblo. Inglaterra aún no había abierto la boca. No se sabía en las primeras noches de Agosto cuál podía ser su actitud con Francia. Muchos temían que no fuese más allá de una neutralidad amable... Pero los muchachos cantan con los místicos ojos perdidos en lejanas visiones, mientras sus pies, unos pies británicos, enérgicos, dominadores, incapaces de retroceder cuando se afirman con resolución, golpean marcialmente el asfalto. Entre estos dependientes que ganan unas docenas de francos por semana, marchan varios *gentlemen* con el macferland sobre el traje de ceremonia y el clac de seda mate en la cabeza.

Acaban de salir de un *restaurant* de lujo; se alojan en hoteles de los Campos Elíseos, donde pagan tres ó cuatro libras por día. Encontraron la manifestación de sus modestos compatriotas, y se unieron á ella, impasibles, correctos, con la serenidad del inglés, que en los momentos supremos olvida toda diferencia y no conoce el gran tormento que martiriza á los latinos: el ridículo.

Luego avanza un porta-estandarte, con gorro rojo y almidonado faldellín de bailarina, seguido de muchos hombres que tienen ojos de brasa y la tez aceitunada. «¡Viva Grecia!» Corre la gente para contemplar de cerca unas banderas francesas, bajo las cuales tiemblan como negras mariposas los grandes lazos de seda del peinado alsaciano. Todos saludan á los compatriotas de las provincias esclavizadas. Suena un redoble incesante de tambores. Viejos que ostentan en el pecho la medalla de 1870 golpean con los palillos el antiguo parche de los combates heroicos é inútiles, el bélico instrumento que durante cuarenta y cuatro años ha permanecido mudo. Junto á ellos redoblan en sus cajas nuevas algunos muchachos, pequeños y animosos, como los tamborcillos de la Revolución. ¡Fuerza, pequeños! ¡Dichosos los que no perezcan en la próxima batalla y puedan ver el gran día de la libertad!... Los viejos redoblaron á muerte; sus nietos redoblarán á gloria.

Y detrás de este grupo de *extranjeros,* que es un pedazo de Francia, van pasando otros y otros. Brilla la constelación de la bandera norteamericana sobre su septagrama rojo y blanco. Desfilan numerosos grupos semejantes á los de los ingleses en su aspecto exterior, pero más ruidosos, más vivaces, interrumpiendo sus cánticos con estruendosos ¡hurras!, llevando del brazo mujeres altas, de gimnástica esbeltez, con grandes sombreros y vistosos trajes, rubias fuertes que lucen la sana dentadura en incansable sonrisa y elevan sobre su cabeza la diestra ensortijada con dos banderitas: la de su país y la de Francia.

Pasan los manifestantes de diversos Estados balkánicos, hombres de nariz aquilina y ojos inquietos de ave de rapiña; los escandinavos, blancos y rojos, de una carnosa limpieza que parece oler á agua corriente; los suizos, que son pocos y revelan en su reservado aspecto la prudencia helvética, ganosa á la vez de hacer constar una demostración simpática y de mantenerse en cuerda neutralidad.

Un grupo numeroso avanza sin bandera. Dos bastones sostienen un lienzo escrito, que suple la falta de pabellón: «*Los hebreos amigos de Francia.*» Y desfilan patriarcas de barba canosa y largo gabán negro, que



LOS VOLUNTARIOS NORTEAMERICANOS (Fot. Meurisse)

LOS MANIFESTANTES CON LAS BANDERAS EN LA PLAZA DE LA ÓPERA

(Apunte del natural, publicado por la *Illustration*, de París)

tienen en su entrecejo algo de los antiguos profetas; obesos tenderos cuyo pacífico exterior parece sacudido por una ráfaga belicosa; jóvenes de pelo rizado en apretados bucles, nariz pesada y color enfermizo, que gritan y manotean con el entusiasmo de un pueblo eternamente perseguido ante una tierra de libertad. Para llevar al frente una enseña nacional tendrían que reunir los colores de todos los pueblos de Europa y América. Su bandera es la tradición religiosa y étnica, que los mantiene agrupados á través de la Historia. Es también para muchos de ellos la lengua y los apellidos de una patria de persecuciones que abandonaron hace centenares de años y perdura en su memoria como un cuento maravilloso escuchado en la niñez. Álvarez, nacido en Constantinopla, da el brazo á Flores, natural de Amsterdam; Pinto, de Salónica, fraterniza con Carrión, de Serajevo. Y todos, impulsados por el soplo de la guerra á escoger un país de simpatía, una patria de amor, aclaman á Francia, cuna de las revoluciones igualitarias, legisladora de la dignidad humana. Un furor impulsivo semejante al de los antiguos Macabeos galvaniza á esta raza, encorvada luengos siglos por la timidez.

El verde acuático de la bandera italiana se riza á impulsos de la brisa nocturna, bajo las lunas eléctricas del bulevar. ¡Cantos... gritos! Una alegría musi-



LOS VOLUNTARIOS RUSOS (Fot Rol)

DESFILE DE VOLUNTARIOS EXTRANJEROS ANTE EL MONUMENTO DE LA REPÚBLICA (Fot. Rol)

cal y heroica que recuerda los concertantes finales de las óperas, llena la ancha calle. Hermosos ancianos de barba fluvial, que tal vez son modelos de pintor, avanzan con orgullo de triunfadores, luciendo sus blusas rojas desteñidas por los años, sus kepis mugrientos del mismo color, restos haraposos de la postrera y generosa aventura garibaldina de 1870. «*¡Giuseppe!... ¡Giuseppe!...*» La imagen del más portentoso de los guerreros modernos, cuyas hazañas, casi inverosímiles por lo audaces, recuerdan las del Cid, pasa por las memorias. Todos ven la barba blanca y el pecho purpúreo del «gran patriarca armado del latinismo», su acartonada y sonriente ancianidad dejándose izar á lo



LAS BANDERAS NORTEAMERICANAS (Fot Meurisse)

alto de un caballo para infligir á los prusianos la única derrota que sufrieron.

Se aleja el ordenado coro de tenores heroicos, y un formidable empujón conmueve al público del bulevar, como si avanzase en la sombra una carga de jinetes barriéndolo todo... Alegría arrolladora; vítores acompañados de codazos y pisotones; palabras gruesas que infunden entusiasmo y provocan el rubor; desorden exuberante y fraternal. Una bandera roja y amarilla ondea sobre esta avalancha, que hace retroceder á los curiosos hasta las paredes. Son los españoles y los hispanoamericanos. La manifestación se ha formado en los establecimientos alegres de Montmartre. Bohemios franceses y de diversas nacionalidades, melenudos que hacen versos ó proyectan eternamente cuadros y estatuas en los cafés nocturnos, se incorporan por instintiva comunidad de gustos á esta muchedumbre, en la que figuran tantas mujeres como hombres. Las paseantes del bulevar, que han presenciado inmóviles el desfile de las otras manifestaciones, se introducen en las filas de ésta, buscando un brazo en que apoyarse.

Y la desordenada procesión se aleja, conmoviéndolo todo con su ruidoso entusiasmo. De su seno surgen voces castellanas de un léxico incopiable, abominando del kaiser, reclamando sus cosas más íntimas.

EXTRANJEROS DOMICILIADOS EN UN BARRIO POPULAR DE PARÍS ESPERANDO TURNO PARA INSCRIBIRSE COMO VOLUNTARIOS EN LA COMISARÍA DE POLICÍA
(Fot. Rol)

◻

La simpatía internacional por Francia no se limitó á estas manifestaciones. Veinte días después, cuando el gobierno de la República quiso admitir voluntarios extranjeros para su ejército, unos cien mil hombres de esta clase se presentaron en toda Francia ante los consejos llamados de revisión. Éstos se mostraron muy escrupulosos en el examen y admisión de los voluntarios. La República tenía combatientes de sobra para su defensa, y sólo aceptó los jóvenes y de buena salud.

En París desfilaron durante un mes por la Explanada de los Inválidos miles y miles de extranjeros deseosos de dar su sangre á Francia. Los de alguna edad y los enfermizos protestaban con los ojos húmedos de cólera al verse rechazados. Unos cuarenta mil de Europa y América fueron admitidos.

Los ingleses y norte americanos llamaron la atención por su aspecto físico y su disciplina en el acto del alistamiento. La larga espera impuesta por el gobierno la aprovecharon aprendiendo los ejercicios militares bajo la dirección de antiguos combatientes de mar y tierra retirados en París ó de los oficiales adictos á sus Embajadas. Se presentaron á inscribirse en correcta formación. No hubo mas que darles el fusil y cambiar por un uniforme sus trajes de corte elegante.

Los italianos triunfaron por el número. Unos veinte mil se ofrecieron en toda Francia, y á pesar de las muchas exclusiones, formaron varios cuerpos en Dijón y otros depósitos.

Como personajes sensacionales que se presentan en el momento más culminante de un drama, aparecieron de pronto en París los nietos de Garibaldi. Estos descendientes del héroe han peleado por la libertad de varios pueblos en Europa y América. El mayor, José Garibaldi, es general de brigada del ejército griego. Los hermanos menores ganaron también sus grados de capitán en la guerra de los helenos contra los turcos.

Su aparición ante los voluntarios y sus familias fué emocionante. Algunas italianas arrugadas y octogenarias se arrodillaron besándoles las manos con un fervor religioso. ¡Los nietos de Garibaldi! ¡Los descendientes del Mesías libertador que atravesó su aldea cuando ellas eran niñas, y al que designaba la devoción patriótica de las gentes sencillas con el nombre de *San Giuseppe!*... Los viejos garibaldinos emigrados en París hicieron esfuerzos para contener su emoción al ver convertidos en soldados vigorosos á los chiquitines que en otro tiempo rodeaban á su general.

El mayor de los nietos, arrancándose del uniforme

la insignia de la Legión de Honor, la agitó como una enseña de gloria.

—Italianos: que cada uno de vosotros llegue á merecer esta recompensa. Acordaos de vuestros padres, que vencieron en Dijón siguiendo la blusa roja de mi abuelo.

El joven Garibaldi fué nombrado coronel por el gobierno de la República, tomando el mando de dos batallones de compatriotas.

Los voluntarios españoles é hispano-americanos formaron un regimiento numeroso, que se organizó y ejercitó en Bayona, saliendo después para la línea de fuego. Muchos, con el individualismo propio de la raza, se incorporaron aisladamente á los regimientos franceses. En las tropas procedentes de África figuraron en gran número nuestros compatriotas. La emigración española que vive en los tres departamentos de Argelia proporcionó una cantidad considerable de voluntarios á los batallones de tiradores argelinos. Durante la guerra fué cosa corriente oir expresarse en español á muchos soldados de fez rojo y amplios calzones. Estos cuerpos llamados de *turcos* fueron en todos los combates las tropas más temidas del enemigo, por sus ataques impetuosos.



LOS ITALIANOS ACUDIENDO Á INSCRIBIRSE COMO VOLUNTARIOS

Francia tuvo voluntarios en sus filas de la mayoría de las nacionalidades desde el primer momento de la guerra. Pudo constituir regimientos enteros de hombres que no eran franceses y sin embargo querían morir por Francia.

De Alemania y de Austria nadie supo que pudieran constituir una sola compañía compuesta de extranjeros. Sólo el entusiasmo de una causa justa puede arrastrar á los hombres á ofrecer su existencia por un país en el que no nacieron.

El ejército austriaco, por el contrario, tuvo que ordenar al principio de la guerra numerosos fusilamientos y otros castigos duros, para impedir la insubordinación de muchos batallones procedentes de los diversos é inarmónicos Estados que constituyen su Imperio enfermizo y próximo á disgregarse.

VI

La muchedumbre y la estación del Este

Lo que mayor inquietud produjo en los habitantes de París al iniciarse la guerra, no fué el miedo á los peligros y horrores que ésta trae consigo, sino la escasez de moneda y la desaparición total del crédito.

Ya dijimos que los Bancos, en virtud de la moratoria, se negaron á devolver los depósitos y no quisieron pagar las cartas de crédito, letras, etc. Una ruina instantánea, fulminante, inesperada, para las gentes de todas las naciones que viven en París gastando los productos de sus tierras y de sus capitales, que fructifican en los pueblos más apartados del globo.

¡Qué de novelas desarrolladas en las piezas de esos hoteles *palaces,* cuarteles lujosos en los que se amalgaman los ricos de toda la tierra! ¡Qué de lágrimas é inquietudes en los imponentes caserones inmediatos al Arco de la Estrella, donde establecen sus errabundos lares las familias acomodadas en cosmopolita mezcolanza, tropezándose como vecinos en la misma escalera un ganadero argentino, un azucarero de Cuba, un salitrero de Chile, un minero de Siberia y un antiguo colonizador de Australia ó Nueva Zelandia!...

La pobreza repentina, casi la miseria; como si en unas cuantas horas se hubiese cambiado el régimen social, triunfando la más absoluta de las revoluciones y desapareciendo para siempre los privilegios del dinero. Hubo millonarios que fueron al Banco, en su automóvil, con diez ó quince francos por todo capital. Iban á sacar dinero de sus cuentas corrientes, y al encontrarse con la negativa del empleado, quedaron estupefactos por la sorpresa, como si presenciasen un fenómeno absurdo que desorganizaba todo el ritmo de la vida. ¡Tener dinero en grandes cantidades, cente-



LA MUCHEDUMBRE EN LA ESTACIÓN DEL ESTE

nares de miles de francos, y no contar con otra realidad que las monedas que por olvido permanecen en el fondo de los bolsillos!

—¿Qué hacer?—se preguntaban unos á otros.

El mundo se presentaba de pronto envuelto en brumas, como si algo fúnebre pasase ante el sol. ¿Cómo pagar á los criados, al *chauffeur*, á la cocinera? Y por encima de estas obligaciones, la necesidad más inmediata y dolorosa: «¿Cómo podrían comer al día siguiente?»

Por fortuna, todo se arregla en este mundo, unas veces bien, las más de ellas mal, pero nada queda sin su correspondiente solución. Los ricos faltos de dinero apelaron al procedimiento de los pobres: el préstamo, la petición al amigo, el ruego fervoroso para conseguir unos cuantos francos. Luego los Bancos entregaron hasta el veinte por ciento de los depósitos, y muchos gobiernos hicieron adelantos á sus súbditos para que pudieran realizar el viaje de regreso.

¡Adiós, París! Los ricos sonrieron después recordando sus apuros; echaron á broma sus inquietudes, como algo gracioso é interesante, pero ¡quién sabe si presenciaron por algunos días un anticipo del más grande de los conflictos en un porvenir todavía remoto, cuando el dinero desaparezca ó pierda todo su valor y los poderosos del mundo se encuentren de pronto con que no tienen otro capital que sus brazos y su cerebro!

▫

Otro apuro del vecindario parisién fué la falta repentina de moneda, de que hablamos en capítulos anteriores. El oro había desaparecido en veinticuatro horas. Lo guardaban los Bancos, lo guardaban las



ALREDEDORES DE LA ESTACIÓN DEL ESTE (Fots. Meurisse)



EL CORAZÓN DE PARÍS DURANTE LA MOVILIZACIÓN

La Estación del Este, la «estación histórica», por donde pasó todo el ejército en los días de la movilización

(Dibujo de André Devambez, de L'Illustration, de París)



LA ESTACIÓN DEL ESTE EN EL MOMENTO EN QUE SÓLO PODÍAN ENTRAR LOS RESERVISTAS (Fot. Meurisse)

grandes casas de comercio enterrado en sus cuevas, y su ocultamiento produjo un trastorno enorme.

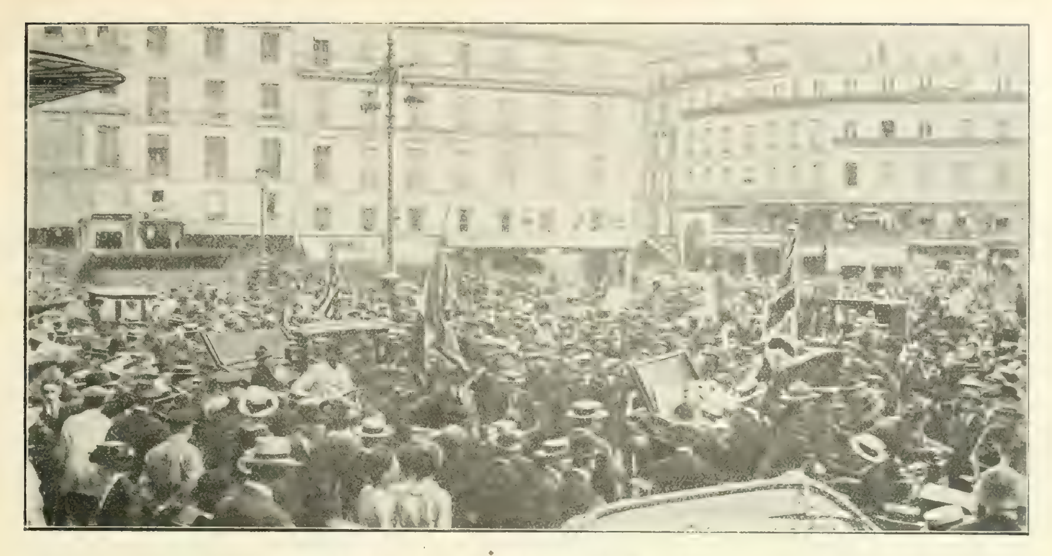
Imposible vivir sin las facilidades del cambio. Hubo gentes en París que casi murieron de hambre con un billete de cien francos en el bolsillo. La desaparición de la pieza de oro de veinte francos y de la pieza de plata de cinco hizo que todos los establecimientos se negasen á aceptar los billetes, prefiriendo no hacer ventas á tener que realizar un cambio. Imposible comer, comprar un cigarro, entrar en un café, tomar un carruaje para el que no se había proveído de moneda menuda. Los más vivieron á crédito en su barrio, donde eran conocidos, enseñando un billete que nadie quería poseer. La dueña del *restaurant,* al verlo, prefería dar su comida á crédito, y así en los demás establecimientos. Ya cobrarían cuando el billete pudiera ser cambiado.

Y fué un verdadero acontecimiento que descongestionó muchos pechos el anuncio del Banco de Francia poniendo en circulación los nuevos billetes de veinte y de cinco francos, pedazos de papel que restablecieron en París el cambio corriente y la normalidad de la vida.



LA ESTACIÓN DEL ESTE EN LOS PRIMEROS DÍAS DE LA MOVILIZACIÓN

Durante una semana la muchedumbre se agolpó ante las puertas de las sucursales del Banco, como un pueblo famélico que pretende asaltar los almacenes de víveres. La Guardia Republicana, fusil en mano, tuvo que mantener el orden. Y estas masas que un recién llegado hubiese creído ansiosas de saqueo, llevaban en los bolsillos buena cantidad de billetes de Banco. Las economías del pueblo de París, el más ahorrativo y acumulador de la tierra, se aglomeraron al asalto del gran estable-



PARTIDA DE LOS VOLUNTARIOS INGLESES Y NORTEAMERICANOS

cimiento de crédito, para desmenuzarse y multiplicarse al cambiar de forma, convirtiendo en cinco fracciones el billete de cien francos cuidadosamente guardado en el fondo de una caja de jabones ó disimulado entre los cepillos y trapos para limpiar las botas.

Otras muchedumbres se amontonaron diariamente en diversos puntos de París. La más grande fué la que extendió su masa de cabezas en torno de la Estación del Este, desbordando sus tentáculos por las calles inmediatas.

Durante un mes su nombre estuvo en todas las bocas: ¡La «Gare de l'Est»! ¡La «estación histórica», como la llamaron muchos!... Fué semejante á un estrecho túnel por el cual intentase pasar todo un río, con grandes choques y rebullimientos contra sus paredes. La Francia armada, la Francia viril, se lanzó por esta salida de París hacia los campos de batalla de la frontera.

La Estación del Este era en tiempos normales una de las menos concurridas de París. Como lugar de partida para Alemania, bien se comprende que no atrajese muchos viajeros. Ahora afluyeron á sus alrededores las muchedumbres inquietas y abigarradas para ver cómo desaparecían en su interior otras muchedumbres de contornos geométricos, uniformemente vestidas, con relampagueos de acero y acompañamiento cadencioso de choques metálicos.

Los frontones del edificio parecían las múltiples testas de una bestia angulosa y cornuda; sus medios puntos de cristal, que brillaban al sol como bocas ígneas, tragaron y tragaron la gente lo mismo que los monstruos del culto molokeo. ¡Lo que devoró en un mes esta construcción, rodeada de muchedumbres



UN GRUPO DE VOLUNTARIOS NORTEAMERICANOS PASANDO ANTE LA ÓPERA CAMINO DE LA ESTACIÓN



LOS BELGAS RESIDENTES EN PARÍS PARTIENDO COMO VOLUNTARIOS PARA DEFENDER SU NACIÓN. UN VOLUNTARIO LOS ARENGA FRENTE A LA ESTACIÓN DE SAINT-LAZARE

día y noche como un templo de ritos permanentes, y en cuyo interior humeaba la hulla formando lácteas vedijas, se alineaban con sonoro estrépito centenares de cajones montados sobre ruedas, y bramaban las locomotoras con el curvo vientre henchido de vapor! A través de sus verjas pasaron miles y miles de caballos; hombres con el pecho forrado de acero y cabelleras de crines pendientes del casco, como paladines de remotas edades; cajas enormes que servían de jaulas á los cóndores de la moderna aeronáutica; procesiones interminables de cañones estrechos y largos, pintados de gris, protegidos por mamparas metálicas, más semejantes á instrumentos astronómicos que á bocas de muerte; masas y masas de kepis rojos, enfundados de azul, moviéndose con el ritmo de la marcha, dejando adivinar debajo de ellos los capotes con las haldas abrochadas atrás, el pantalón escarlata, los zapatos claveteados. Erizadas en su parte superior filas de fusiles: unos negros y escuetos formando lúgubres cañaverales; otros rematados por las bayonetas, que parecían espigas luminosas; y sobre estos campos movibles de mieses de acero, las banderas que ondeaban como pájaros de colores, el cuerpo blanco, una ala azul, la otra roja, una corbata deslumbrante en el cuello y en lo alto el pico de oro, el hierro de la lanza que apunta á las nubes.

UN CARRO MILITAR DESCARGANDO OBJETOS PARA EL EJÉRCITO EN LA ESTACIÓN DEL ESTE

Fots. Meurisse

Cuando el grueso de las tropas estaba ya en los campos de batalla, no por esto cesó la animación en torno de ella. Día y noche los hombres de combate entraron y entraron en la «estación histórica» sueltos ó por grupos. Eran reservistas sin uniforme que marchaban á incorporarse á sus regimientos, oficiales rezagados que habían estado trabajando en la movilización, pelotones en armas que iban á llenar los grandes claros que abre la muerte en las guerras modernas.



UN GRUPO DE RESERVISTAS QUE MARCHA A LA ESTACIÓN DEL ESTE CANTANDO «LA MARSELLESA»

La muchedumbre, aglomerada contra las verjas y en perpetua disputa afectuosa con los policías encargados de mantener libre el paso, saludaba á los que se iban y los acompañaba con los ojos al atravesar el gran patio de la estación, hasta que se perdían tras de las mamparas de cristales. Voceaban los vendedores las últimas ediciones de los periódicos, y la masa obscura iba moteándose de puntos blancos, hojas de papel impreso leídas ávidamente. Una buena noticia: «¡Viva Francia!...» Un despacho confuso que hacía presentir un descalabro y una retirada. ¡No importa! Había que sostenerse de todos modos. Los rusos se encargarían de avanzar á espaldas del enemigo... Y mientras disputaban los grupos y ciertas muchachas vestidas con elegancia pregonaban la venta de escarapelas tricolores y otros adornos patrióticos, seguían pasando por el patio solitario, para ser tragadas por las puertas de la estación, gentes y más gentes que iban á la guerra.

Un joven subteniente de la reserva, con el saco á la espalda, avanza acompañado por su padre hasta donde le permite la policía. El viejo, enjuto de cuerpo, con una cinta militar en la solapa, se yergue poniendo un gesto fosco. Quiere mostrarse fiero, inhumano, para ocultar su emoción.

—¡Adiós, muchacho! Pórtate bien.

—Adiós, padre.

No se dan la mano: no se miran. El oficial sonríe automáticamente.

Unos reservistas avanzan cantando, bromeando, con una alegría de buenos camaradas que han bebido un trago en el cercano café; pero mientras ríen y gritan, uno de ellos oprime con la diestra la mano arrugada de una mujercita que marcha á su lado, erguida y con los ojos secos: la madre, que ha querido acompañar á su mocetón hasta el último momento.

Otros llegan sueltos, despegados de sus camaradas, pero no por esto van solos. El fusil cuelga de uno de sus hombros,



RESERVISTAS QUE VAN A LA ESTACIÓN DEL ESTE (Fot. Meurisse)



UN OFICIAL DE LA RESERVA DESPIDIÉNDOSE DE SU PADRE EN LA ESTACIÓN

la espalda sufre la pesada joroba de la mochila, las piernas rojas salen y se ocultan entre las alas recogidas del capote, la pipa humea bajo la visera del kepis. Y delante de él caminan unos cuantos pequeñuelos, alineados por orden de estatura, que vuelven la cabeza para mirar al padre, súbitamente engrandecido á sus ojos por estos arreos militares. A su lado marcha la compañera, afable y sumisa lo mismo que en las primeras semanas de sus relaciones, sintiendo confusa mente en su alma simple una florescencia renovada de amor, una primavera extemporánea, nacida al contacto del peligro. Este obrero de París, que hace un mes cantaba *La Internacional* pidiendo la desaparición de los ejércitos y la fraternidad de todos los seres humanos, va ahora en busca de la muerte por defender á su país; y la mujer llora, pero lo admira.

El amor y la conmiseración por su hombre la hacen insistir hasta el último momento en sus cuidados y recomendaciones. Ha puesto en la mochila sus mejores pañuelos, los pocos víveres que tenía en casa, todo el dinero. No debe inquietarse por ella y los hijos: ya saldrán del paso como puedan. El gobierno y las buenas almas cuidarán de su suerte.

Y el hombre bromea mirando á su mujer en las inmediaciones del talle algo deforme: saluda al ciudadano próximo á venir, y que seguramente nacerá en plena victoria.

Un beso á la compañera, un cariñoso repelón á la prole, y se une con los camaradas... Nada de lágrimas. ¡Coraje! ¡Viva Francia!

Sus recomendaciones son oídas. Nadie llora. Pero cuando el último pantalón rojo desaparece, muchas manos se agarran convulsas á los hierros de la verja, muchas cabezas se ocultan bajo el brazo con un estertor angustioso. El padre se mete en un café y busca la banqueta más honda, el rincón más obscuro, para ocultar su emoción.

Una vieja mira hacia donde ella cree que está el Este, y agita los brazos enjutos con una furia homicida:

—¡Ah, bandido!... ¡Bandido!

Y con la imaginación vuelve á ver lo que tantas veces ha contemplado en las páginas ilustradas de los periódicos: unos bigotes de insolente y marcial alborotamiento, una boca de dientes de lobo que ríe... ríe, como debieron reir los hombres de la época de las cavernas.

VII

Continúan las hostilidades.—Manifiesto del zar al pueblo ruso.—La retirada del embajador Schoen.—Un artículo de Clemenceau.

Los actos de hostilidad en la frontera continuaron el día 3 por parte de los alemanes, á pesar de que el embajador Schoen seguía en París, sin declarar rotas las relaciones.

Varios destacamentos de hulanos merodearon en



RESERVISTAS DIRIGIÉNDOSE A LA ESTACIÓN DEL ESTE

(Fots. Meurisse)



UNA MADRE ACOMPAÑA A SU HIJO CAMINO DE LA ESTACIÓN AGARRÁNDOLE LA MANO Fot. Meurisse

el territorio francés, siendo perseguidos por algunos pelotones de caballería. Los prisioneros alemanes hechos en Joncheray el día anterior fueron conducidos á Belfort, siendo enterrado el teniente que los mandaba, muerto por un soldado francés. Un escuadrón de dragones hizo los honores fúnebres á este enemigo, el primero que caía en la guerra.

A mediodía un destacamento de ciclistas del 17.° de infantería alemán pasó la frontera, penetrando en el pueblo de Moncel. «*Post! Post!*», gritaban los ciclistas. Y al llegar á la casa de Correos se apoderaron de la recaudación, robaron un saco de correspondencia y rompieron los aparatos telegráficos. Después asaltaron la estación del ferrocarril, pero como no encontraron nada que llevarse y temían avanzar más por estar acampadas las tropas francesas cerca de allí, volvieron á repasar la frontera.

Por la tarde un pelotón de caballería alemana llegó al pueblo de Remareville, á ocho kilómetros del límite fronterizo, cerca de los destacamentos franceses. Unos cuantos dragones mandados por un teniente salieron al encuentro de los invasores, entablándose un combate. El oficial francés mató de un sablazo al jefe de los hulanos, el cual quedó abandonado en el suelo. Sus soldados huyeron, dejando otro muerto sobre el campo. El cuerpo del oficial alemán fué recogido por los suyos durante la noche, sin que los franceses se opusieran al cumplimiento de esta función piadosa.

El teniente de dragones que inauguraba la guerra con una victoria fué condecorado.

Una columna alemana procedente del Luxemburgo intentó penetrar en Francia á cuatro kilómetros de Longwy. Los fuertes de la plaza la cañonearon, cortándola el paso. Un regimiento de caballería enemiga entró por Cirey, á 39 kilómetros de Luneville, ocupando por unos instantes el pueblo de Bertrambois, á dos kilómetros de la frontera, pero volvió riendas al avanzar un regimiento francés.

En Montreux-Vieux una compañía de ciclistas alemanes atacó el puesto fronterizo, ocupado por veinte aduaneros franceses. Éstos se defendieron, resultando del combate varios heridos de ambas partes.

Cerca de Belfort, en Saint-Haye, algunos destacamentos de hulanos se presentaron en las granjas, exigiendo que les entregasen caballos y ganados.

Un aeroplano alemán voló sobre Luneville, dejando caer tres bombas, que sólo causaron desperfectos en los edificios.

Y el embajador de Alemania todavía estaba en París á las horas en que ocurrían tales sucesos.

De Alsacia llegaron noticias revelando otros atropellos. Los alsacianos que más se habían significado por su amor á Francia tuvieron que huir para no ser víctimas del estado de guerra declarado en su país. El abate Wetterlé, diputado del Reichstag, debió su salvación á la fuga, pues, indudablemente, de caer en poder de los alemanes, hubiese sido fusilado, á pesar de su investidura parlamentaria.

Un patriota de Lorena, el joven Alejandro Samain, tuvo menos suerte. Llegó la noticia de que los alemanes lo habían prendido en Metz, fusilándolo tras de un consejo de guerra sumarísimo.

Alejandro Samain era un patriota ardiente que mantenía en la tierra lorenesa el culto de Francia. Con otros camaradas había fundado en Metz, su ciudad natal, una sociedad gimnástica titulada la «Lorena Esportiva». El uniforme de estos jóvenes tenía cierta semejanza con el del ejército francés. Las autoridades alemanas persiguieron en varias ocasiones á la sociedad y á Samain, que era su presidente.



EL ABATE WETTERLÉ — Fot. Meurisse

En 8 de Enero de 1911 la «Lorena Esportiva» dió un concierto, al que sólo asistieron los socios con sus familias. En mitad de la fiesta entró el comisario de policía alemán, exigiendo que cesara la música, porque tocaba piezas francesas. El presidente hizo salir al comisario por tratarse de una fiesta en privado, y esta salida la saludó la música con los acordes de la marcha francesa *Sambre-et-Meuse*. Alejandro Samain fué encarcelado á consecuencia del incidente, pero los tribunales alemanes sobreseyeron la causa para evitar un escándalo internacional, sin perder por esto de vista al joven patriota. Algún tiempo después lo condenaron á seis semanas de prisión por el delito de propaganda antigermanista.

Los militares de la guarnición le tenían odio por la franqueza con que expresaba sus simpatías á Francia. En Diciembre del mismo año, un sargento alemán insultó en plena calle, con las más soeces palabras, á un hermano de Alejandro Samain. Éste quiso interponerse, y el sargento le dió un puñetazo en el rostro, esgrimiendo luego su sable. Entonces un amigo perteneciente á la sociedad gimnástica disparó su revólver, matando al sargento. Fué tan público el hecho y tan convincentes resultaron las declaraciones de los testigos, que los jueces germánicos hubieron de absolver á los tres patriotas, por haber obrado en defensa propia.

La autoridad militar de Metz tuvo desde entonces á Alejandro Samain inscrito á la cabeza de su lista de peligrosos. Apenas la guerra se inició, su primer acto de defensa fué suprimir al joven y entusiasta patriota.

Una reconstitución del gabinete se verificó en Francia el día 3. El ministro de Marina, M. Gauthier, que estaba enfermo, pidió ser relevado, no sintiéndose con fuerzas bastantes para afrontar la situación. M. Augagneur, hombre de reconocida energía, pasó á este ministerio, cediendo la cartera de Instrucción pública á M. Alberto Sarraut, gobernador de las posesiones francesas de Indo-China, que estaba con licencia en París.

El presidente del gobierno, M. Viviani, para mantenerse con más desembarazo en el cumplimiento de sus funciones, pasó á la cartera de Negocios Extranjeros, que venía desempeñando M. Doumergue.

Los subsecretarios de Estado, Jacquier y Abel Ferry, presentaron sus dimisiones alegando que por su edad debían partir como soldados á los puestos que les señalaba la orden de movilización. El gobierno se negó á admitir sus renuncias, conservándolos en sus cargos, pero les dió licencia para que se incorporasen á sus regimientos.

En Rusia el gobierno hizo saber que el gran duque Nicolás Nicolaievitch había sido nombrado generalísimo de todas las fuerzas armadas del Imperio.

En el mismo día 3 el zar dirigió el siguiente manifiesto al pueblo ruso:

Por la gracia de Dios, Nos, Nicolás II, Emperador y autócrata de todas las Rusias, rey de Polonia, Gran Duque de Finlandia, etcétera, etc., á todos nuestros fieles súbditos hacemos saber:

La Rusia, pariente de fe y de sangre de todos los pueblos

DESPUÉS D



LOS PRI

LA BATALLA



)NEROS

eslavos y fiel á sus tradiciones históricas, no ha mirado jamás su suerte con ojos de indiferencia.

Pero especialmente en los últimos días, los sentimientos fraternales del pueblo ruso por los eslavos se han despertado con una perfecta unanimidad y una fuerza extraordinaria al ver cómo Austria ha dirigido á Servia reclamaciones que resultaban inaceptables para un Estado independiente.

Habiendo despreciado la respuesta pacífica y condescendiente del Gobierno servio, y rechazado la intervención benévola de Rusia, el Gobierno austrohúngaro ha precedido á una agresión armada bombardeando á Belgrado, ciudad abierta.

Obligados á tomar las necesarias precauciones por la situación creada por este hecho, Nos hemos ordenado poner nuestro ejército y nuestra armada en pie de guerra, sin dejar por ello de realizar toda clase de esfuerzos para obtener una solución pacífica en las negociaciones entabladas, pues la sangre y los bienes de nuestros súbditos nos son muy preciosos.

Cuando ya estábamos con Austria en amigables tratos, Alemania, aliada de Austria, contrariamente á las esperanzas que nos inspiraba nuestra buena vecindad secular, y sin tener en cuenta nuestra palabra y las seguridades de que nuestros preparativos no tendían á ningún fin que le fuese hostil, ha comenzado por reclamar la supresión inmediata de dichas medidas de precaución.

Habiendo recibido de parte nuestra una digna negativa, Alemania ha declarado súbitamente la guerra á Rusia.

Hoy no es sólo la protección del pariente injustamente ofendido lo que hay que asegurar; es también el honor, la dignidad, la integridad de Rusia y su puesto entre las grandes potencias lo que debemos defender.

Creemos firmemente que nuestros fieles súbditos acudirán con devoción y unanimidad á la defensa de la tierra rusa.

Que la discordia interior sea olvidada en esta hora amenazante y de rudas pruebas. Que la unidad del Zar con su pueblo resulte más estrecha aún, y que Rusia, levantándose como un solo hombre, rechace el insolente ataque del enemigo con una fe profunda en la justicia de nuestra obra y una abierta esperanza en la Providencia todopoderosa.

Llamamos con nuestras plegarias la bendición de Dios sobre la santa Rusia y sus tropas valerosas.

Este llamamiento del zar al pueblo ruso, en su doble carácter de soberano temporal y pontífice de la religión, fué acogido con gran entusiasmo en todo el Imperio.

Al enterarse el gobierno francés de los incidentes ocurridos en la frontera, envió una Nota al embajador de Alemania, M. de Schoen, cuya conducta resultaba cada vez más inexplicable al permanecer en París después de estos atentados. En dicho documento el gobierno señalaba los hechos ocurridos y la responsabilidad de Alemania al tolerarlos, pidiendo una explicación inmediata al embajador.



ALEJANDRO SAMAIN

Después de esta Nota la situación de Schoen era ya insostenible. A las cinco y tres cuartos de la tarde se presentó en el Ministerio de Negocios Extranjeros, siendo recibido por M. Viviani en presencia de M. de Margerie, director político de dicho ministerio.

El diplomático alemán mostró una marcada emoción, en la que entraban por mucho el embarazo por su conducta equívoca y la vergüenza por lo que le habían encargado manifestar al gobierno francés. Con una voz algo temblona, M. de Schoen, en vez de dar explicaciones por los atentados de los alemanes en la frontera, dijo que su gobierno le ordenaba que protestase del hecho de que algunos aviadores franceses habían volado sobre Bélgica. Añadió que otros aviadores, también de Francia, habían volado sobre el territorio alemán arrojando bombas en las inmediaciones de Nuremberg, hechos que constituían una agresión contra Alemania y una violación del territorio del Imperio.

Luego, turbado aún más por el profundo silencio con que eran escuchadas sus palabras, leyó una Nota que era la declaración de guerra á Francia en nombre de Alemania.

El texto de esta declaración dice así:

«Señor Presidente de la República:

»Las autoridades administrativas y militares alemanas han hecho constar cierto número de actos característicos de hostilidad cometidos sobre el territorio alemán por aviadores militares franceses. Varios de estos últimos han violado manifiestamente la neutralidad de Bélgica, volando sobre el territorio de dicho país. Uno de ellos ha intentado destruir varias construcciones cerca de Wesel; otros han sido vistos sobre la región de Eiffel; otro ha arrojado bombas sobre la vía de ferrocarril cerca de Carlsruhe y Nuremberg.

»Tengo el encargo y el honor de hacer saber á Vuestra Excelencia que en vista de estas agresiones el Imperio alemán se considera en estado de guerra con Francia por la agresión de esta última potencia.

»Tengo al mismo tiempo el honor de hacer saber á Vuestra Excelencia que las autoridades alemanas retendrán los buques mercantes franceses en los puertos alemanes, pero los dejarán en libertad si dentro de cuarenta y ocho horas queda asegurada la reciprocidad completa.

»Habiendo terminado mi misión diplomática, sólo



LOS NUEVOS MINISTROS FRANCESES

M. AUGAGNEUR, MINISTRO DE MARINA (Fot. Rol)

me resta pedir á Vuestra Excelencia que quiera darme mis pasaportes y adoptar las medidas que juzgue útiles para asegurar mi regreso á Alemania con todo el personal de la Embajada, así como el personal de la Legación de Baviera y del Consulado general de Alemania en París.

»Recibid, señor Presidente, el testimonio de mi más alta consideración.

»*Firmado*, SCHOEN»

El silencio con que fué acogida esta increíble declaración era de asombro, en vista de la cínica tranquilidad con que el gobierno alemán hablaba de imaginarios atentados para fingirse agredido, cuando desde cuarenta y ocho horas antes había violado por diversos puntos el territorio francés.

M. Viviani protestó con gravedad y firmeza, declarando que todos los hechos alegados por el embajador eran enteramente falsos y sin prueba alguna. Jamás ningún aviador francés había volado sobre Bélgica y Alemania ni arrojado bombas. En cambio, el gobierno de la República protestaba con pruebas claras é indiscutibles de la violación del territorio francés por destacamentos alemanes y de la muerte de un cabo de su ejército.

El presidente del Consejo, hablando cada vez con más energía, recordó al embajador alemán que el gobierno de la República había dado orden á sus tropas de mantenerse á diez kilómetros de la frontera para evitar incidentes, y que los destacamentos alemanes habían franqueado esta zona penetrando hasta once kilómetros en territorio francés, hechos que probaban con exceso que la agresión había partido de Alemania y no de Francia.

Schoen, no sabiendo qué contestar, habló para justificarse de un hecho de orden personal. Dijo que al dirigirse al ministerio acababa de ser injuriado por dos individuos que habían subido al estribo de su automóvil. En esto falseaba también los hechos este diplomático. El incidente se reducía en verdad á que un chófer del servicio público, al cruzarse con el automóvil del embajador, había gritado: «Todos los alemanes son unos c...» Al ser conducido por la policía á la comisaría del barrio, declaró que tres días antes, regresando de Alemania, le habían embargado los alemanes su automóvil en Metz, teniendo que hacer á pie una marcha de 25 kilómetros para llegar á una estación, donde habían vuelto á detenerle como espía por ser francés, despojándolo de su dinero y teniéndolo en un calabozo durante veinticuatro horas sin alimento alguno. Después de estos hechos su exasperación era comprensible.

El jefe del gobierno concedió el valor que merecía á esta queja de Schoen, recordándole discretamente sus continuos paseos por la *rue* de Lille el domingo anterior, «como si buscase un incidente».

Al fin el embajador de Alemania, extremadamente turbado, terminó la entrevista lamentándose de no haber podido conseguir el mantenimiento de las relaciones pacíficas entre su país y Francia. Él mismo declaró, con una franqueza que en aquellos momentos



COCHE-SALÓN DEL TREN ESPECIAL EN QUE REGRESÓ A SU PAÍS EL EMBAJADOR ALEMÁN M. DE SCHOEN

resultaba trágica, la imposibilidad de continuar en su puesto después de todo lo que había dicho y hecho, pues su situación en París resultaba personalmente insostenible.

M. Viviani y M. de Margerie acompañaron al embajador hasta la entrada del ministerio. M. de Schoen los saludó varias veces, sin poder disimular una intensa emoción, y se marchó á la Embajada para hacer los preparativos de viaje y salir aquella misma noche.

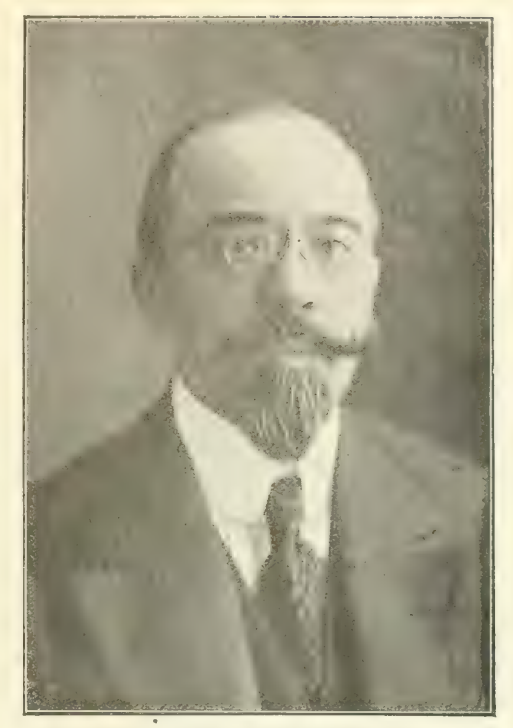
A las nueve y media un auto de color sombrío, conducido por un chófer sin escarapela, entró en el patio del Ministerio de Negocios Extranjeros, deteniéndose ante la escalinata de honor. Los empleados ministeriales creyeron que el vehículo conducía un prisionero de importancia. Descendió de él un agente de policía vestido de uniforme, y á continuación un «paisano» con chaqué negro y sombrero blando de fieltro. En el momento de echar pie á tierra, M. de Shoen—pues era éste á quien acompañaba el policía—lanzó á través de sus anteojos montados en oro una mirada circular reveladora de inquietud. Llegaba para recoger sus pasaportes con un agente de policía encargado de su seguridad. Un cuarto de hora después salió del ministerio con los citados documentos, y al dirigirse á su automóvil se tropezó con M. Viviani, que salía también. El alemán se descubrió, iniciando con la cabeza y las manos un gesto de desaliento y de pena. Viviani contestó á su saludo fríamente y siguió adelante, rehuyendo este intento de inútil y engañadora conversación.

Las relaciones diplomáticas entre Alemania y Francia quedaban rotas definitivamente.

El embajador Schoen salió de Francia con todas las atenciones debidas á su alto rango, sin que nada faltase á su comodidad y seguridad personales. En la estación del Bosque de Boulogne le esperaba un tren especial para él y las ochenta personas de su séquito diplomático. Un coche-salón, que el gobierno alemán tardó un mes en devolver, lo condujo á la frontera. En la estación le esperaba M. William Martin, director del protocolo, el cual atendió á todos los detalles para que el viaje resultase cómodo y seguro. Schoen estrechó la mano de este funcionario ministerial expresivamente, pero sin decir una palabra en vista de su frialdad. Se mostraba triste y como anonadado por el giro que tomaban los sucesos.



LA CAMA DEL COCHE-SALÓN EN QUE VIAJÓ M. DE SCHOEN



M. ALBERTO SARRAUT (Fot. Meurisse)
Ministro de Instrucción pública

Pronto veremos de qué manera el gobierno alemán hizo salir de Berlín á M. Julio Cambon, embajador de la República Francesa.

Clemenceau en *El Hombre Libre* hizo un resumen brillante de la situación, demostrando la doblez del gobierno germánico y excitando al pueblo francés á una resistencia heroica.

He aquí el artículo:

ANTES DE LA SEÑAL

Lo que se ve hoy no se vió nunca. Por varias partes los ejércitos alemanes están en marcha sobre nuestras fronteras. Las tropas enemigas se han alineado junto á los mismos postes fronterizos, mientras las nuestras están retenidas prudentemente á diez kilómetros para que no se comprometan en una acción hasta que las agresiones alemanas sean bien palpables. Para provocarnos y hacernos abandonar esta cuerda actitud, pequeños destacamentos enemigos penetran en nuestro territorio, abaten los postes telegráficos, arrancan los rieles, se apoderan del material de ferrocarril y de los caballos de la requisa, aprisionan los conscriptos, matan soldados, avanzan á más de diez kilómetros en el interior del país, atropellan á los habitantes y cometen, en una palabra, todos los actos ordina-

rios de los bandidos de carretera, con la esperanza de que nosotros responderemos emprendiendo una acción militar, que les permitirá atribuirnos mentirosamente el papel de agresores.

No puede saberse hasta dónde llega la mezcla de vil hipocresía y brutalidad salvaje de estas bestias de presa. El manifiesto de Guillermo II es la vergüenza de las vergüenzas. Por todos sus órganos, por todos sus agentes, hasta por periodistas de Francia, nos ha gritado muchas veces que no quiere la guerra, sin que jamás se le haya podido arrancar una palabra ó un acto en favor de la paz. Ayer todavía, su embajador en París, que no podía explicar por qué guardaba su puesto permaneciendo entre nosotros mientras que los ejércitos de su amo nos hacen la guerra, decía así á uno de mis amigos: «Repetid á todo el mundo que nosotros no queremos la guerra. Nuestra desgracia consiste en no saber qué es lo que quiere Austria, á la que estamos unidos indisolublemente, como vosotros á Rusia. Pero nosotros no queremos la guerra, y haremos todo lo que sea posible por impedirla.»

¿A estas palabras qué actos han respondido?... La declaración de guerra á Rusia porque se ha tomado la libertad de contestar con una movilización sobre las fronteras austriacas á la movilización del otro lado de la frontera. La declaración de guerra á Rusia en el mismo momento que Austria aceptaba la proposición mediadora de sir Edward Grey, ó sea en el momento preciso en que iba á desaparecer el conflicto que nos habían presentado como única causa de los preparativos de guerra. ¿Dónde está el provocador? ¿Dónde está el agresor? ¿Quién osará discutir la cuestión seriamente después de esto? El kaiser declara la guerra á Rusia y viola la neutralidad de Luxemburgo y de Bélgica para marchar contra nosotros.

A pesar de ello, sus embajadores, así en San Petersburgo como en París, permanecen en sus puestos para desorientar de este modo á las potencias y hacerlas creer que la suprema ruptura aún no es un hecho consumado. Las más simples leyes del honor condenan tales astucias de mala ley. Estas criaturas infelices sólo conocen las frases groseras para manifestar su pesada alegría ó las invocaciones á un Dios de bandolerismo cuando se reunen en tropas armadas.

—¡BUENOS DÍAS, SEÑOR CURA!

Los soldados que van á la guerra saludan al cura del inmediato pueblo que guarda la vía como territorial movilizado

(De la revista católica *Le Pèlerin*, de París)

Por esto Guillermo II se dirige á su pueblo desde el balcón de su palacio para decirle que «*gentes envidiosas*» le obligan «*á una justa defensa*», y que él va á demostrar á sus enemigos lo que cuesta «*provocar á Alemania*». De ser otro el que tuviese este lenguaje imprudente, lo creeríamos un loco, porque es imposible citar ni un acto de *provocación* ni una palabra que pueda inspirar á cualquiera la necesidad de la *defensa*. Pero tratándose de un jefe de piratería que quiere arrojar sus hordas sobre Francia, como sus remotos abuelos se precipitaron sobre Roma para la realización de grandes empresas de pillaje coronadas de una alegría estúpida de dominación homicida, estas palabras no significan mas que la fórmula germánica de iniciar una guerra en la que podrán satisfacerse todos los apetitos de una piedad salvaje, que se atreve á tomar el Dios del Evangelio como cómplice del crimen más grande contra la humanidad que se conoce en la Historia. Este emperador recomienda á sus hombres que entren en las iglesias para obtener del Dios de bondad abundantes rapiñas en su empresa guerrera. Cuando se tiene la conciencia fabricada de un modo tal que este pensamiento no llega á sublevarla, hay que esperar de su inhumanidad toda clase de atentados.

El estado de cosas consagrado por el tratado de Francfort no podía durar más, desde el momento que la ambición de Bismarck y la soberbia de Guillermo II sólo consiguieron hacer de él un instrumento de hegemonía, por el cual han condenado á Europa, bajo la amenaza de sus cañones, á la política de los superarmamentos. El día en que Alemania había de conducirnos con una voluntad premeditada á la crisis suprema, acaba de llegar más pronto de lo que yo creía; pero ha llegado. Cuando yo lo anunciaba, cuando yo criticaba la loca prodigalidad de hombres y riquezas en las conquistas de vanidad colonial, me contestaron muchas veces que abusaba de mis profecías sobre el peligro alemán. Hace poco tiempo me lo repitieron á propósito del tratado alemán sobre Marruecos, contra el cual fuí yo el único en votar. Me guardaré de recriminaciones contra nadie, pero todavía ayer, cuando me decían que algunos de nuestros hombres políticos, los más famosos, se obstinaban en anunciar que Alemania no nos haría la guerra, yo no podía contener un sentimiento de tristeza viendo con qué sistemática imprevisión somos gobernados muchas veces. Pero hay que olvidarlo todo en esta hora para reunirnos en torno del gobierno y hacer frente al invasor.

En la enorme partida que se inicia no es la suerte de Francia solamente, ni la de Rusia, ni la de Inglaterra lo que hay que considerar. No. Es el destino de toda la civilización europea lo que va á resolverse por la suerte de las armas, el mantenimiento de una hermosa diversidad de cultura con el respeto de la independencia de los pueblos ó la execrable tentativa de

una unidad de germanización mecánica, bajo un talón de hierro. Por esto nuestra causa resulta la de todas las naciones, la de todos los gobiernos que no separan el sentimiento de la dignidad nacional del concepto de una vida común según las líneas directoras de las tradiciones de nacionalidad. Muchos se callarán é intentarán ocultar sus temblores internos, pensando que van á ver egoístamente, con los brazos cruzados, cómo los soldados de Francia caen en los campos de batalla, donde se juega con la vida de la nacionalidad francesa, la vida también de los pequeños pueblos, capaces por flaqueza de corazón de sucumbir sin haber combatido. Pero nosotros, que enviamos engendrar la victoria. Inglaterra se ha lanzado á la conquista económica del mundo, y ha sabido crearse con su labor, su audacia y su obstinación, que nada ha logrado quebrantar, un inmenso Imperio que la enorgullece á ella así como á la civilización. Hoy tira noblemente de la espada por la dignidad y la independencia de los pueblos de Europa. Entra con nosotros en la noble epopeya; enemiga de la hegemonía de Napoleón, enemiga de la hegemonía de Bismarck, amiga de la Francia moderna, que no pide otra cosa á Europa que un equilibrio de libertades. Italia se mantiene neutral, pero no creo equivocarme prediciendo que este gran espectáculo iluminará el alma



Curas católicos Pastor protestante Un rabino

LOS SACERDOTES EN EL EJÉRCITO FRANCÉS

Al circular la orden de movilización respondieron unánimes los sacerdotes franceses de todas las religiones, los cuales, olvidando sus diferencias, se apresuraron á acudir bajo la bandera de la patria, inscribiéndose como confesores y como auxiliares aquellos que por su edad no fueron llamados á filas

nuestros hijos al sangriento choque, nosotros que nos vemos traidoramente amenazados hasta en las más profundas raíces de nuestra vida, estamos resueltos á salvar todo lo que pueda ser salvado de nuestros gloriosos aportes á la civilización universal, respecto á los cuales nuestra más alta ambición es añadirles otros nuevos.

Defendiéndonos, somos los campeones de la causa de todos. *Si en el pasado cometimos grandes torpezas que ofendieron á Europa, grandes desgracias también nos lo han hecho expiar después.* Vamos á marchar con Inglaterra, que en las edades de hierro concibió la ambición de dominarnos. Cien años de guerra necesitamos para conquistar la independencia de nuestro suelo, y cuando los hombres quedaron deshechos fué una mujer, una pobre campesina lorenesa, de corazón simple y grande, la que pronunció las palabras y realizó los actos que habían de del pueblo italiano, que algunos gobiernos miopes pusieron locamente al servicio del germanismo contra todo lo que nos queda de latinidad.

He aquí que Rusia es la primera que llega al oir el estampido del cañón; Rusia, que parecía ayer todavía el último asilo en Europa del despotismo asiático; Rusia, que por la iniciativa de sus últimos zares se ha abierto á la libertad, y por un incomparable movimiento intelectual se ha colocado en la primera fila de la cultura; Rusia, magnífico puente de idealismo y de libertad, por el que pasan las actividades despertadas de Asia, trayéndonos con un renacimiento de fuerza nuevos cuadros de energía. Esto es lo que temen los feudales alemanes, que conservan al pueblo bajo la alta presión de su burocracia. Nada les da tanto miedo como un cambio de la disciplina intelectual, que podría destruir el gran resorte de su gobierno: la obedien-

cia. Por esto Rusia, Francia é Inglaterra proporcionarán á los alemanes—aun á despecho de su voluntad—una liberación del pensamiento.

Los soldados alemanes los encontraron nuestros padres muchas veces, antes de 1870, sobre campos de batalla en los que la fortuna no fué propicia á aquéllos las más de las veces. Mañana el gran libro de cuentas va á abrirse de nuevo. Tendremos que oponer nuestra resistencia á un colosal esfuerzo sobre todos los frentes á la vez. El choque será terrible. Pero los hombres de Alemania serán recibidos como deben serlo por los soldados franceses.

JORGE CLEMENCEAU

VIII

Los trabajos pacificadores de Jorge V.—Actitud de Inglaterra. —Maquiavelismos de la diplomacia alemana.—Sus intentos para «comprar» la neutralidad inglesa.

Inglaterra no podía permanecer más tiempo al margen del conflicto europeo, limitándose á su papel de mediadora, deseosa de asegurar la paz. Su rey, Jorge V, había creído del caso intervenir con su influencia personal, poniéndose en relación con las cortes de San Petersburgo y Berlín para conseguir un arreglo.

A fines de Julio dirigió un mensaje privado á Guillermo II, rogándole que hiciese toda clase de esfuerzos para impedir que Austria insistiera en su conducta imprudente y provocadora. A dicho mensaje contestó el 30 de Julio telegráficamente el príncipe Enrique de Prusia, almirante de la marina alemana y hermano del emperador. Este príncipe, después de anunciar que había entregado á su hermano el mensaje del rey de Inglaterra, continuaba así: «Guillermo, que está muy fastidiado por lo que ocurre, hace todo lo posible para marchar de acuerdo con Nicolás, trabajando por encontrar una solución pacífica.» Después el príncipe Enrique hablaba en su telegrama de los grandes preparativos militares que se estaban haciendo en Rusia y Francia, y de los cuales tenían *noticias seguras* en Berlín. Luego declaraba tranquilamente, participando de la misma hipocresía que mostró el gobierno alemán en la preparación de la guerra:

Nosotros aún no hemos hecho preparativos militares, pero nos veremos obligados á ellos si nuestros vecinos insisten en los suyos, y de esto resultaría una guerra europea. Si vos deseáis real y sinceramente impedir esta espantosa catástrofe, ¿puedo yo proponeros que os valgáis de vuestra influencia sobre Francia y también sobre Rusia para obtener que permanezcan neutrales en el conflicto austroservio? Yo creo que vuestra intervención sería del más alto valor.

El hermano de Guillermo II añadía que ahora más que nunca Alemania é Inglaterra debían trabajar juntas para impedir el desastre continental y que el emperador de Alemania era extremadamente sincero en todas sus gestiones favorables á la paz.

El rey Jorge respondió el mismo 30 de Julio al príncipe Enrique:



EL EMBAJADOR DE ALEMANIA EN LONDRES
El príncipe Lichnowsky saliendo del Foreign Office después de entrevistarse con Mr. Grey

Gracias por vuestro telegrama. Muy satisfecho de los esfuerzos de Guillermo para entenderse con Nicolás en favor del mantenimiento de la paz. Tengo el más vivo deseo de que una calamidad terrible como sería la guerra europea pueda evitarse. Mi Gobierno hace todo lo que puede para que Rusia y Francia suspendan sus movimientos de tropas, siempre que Austria, en cambio, se contente con ocupar Belgrado y el territorio servio inmediato como garantía de un arreglo ulterior que satisfaga sus reclamaciones, mientras los otros países detendrán simultáneamente sus preparativos de guerra.

Tengo la convicción de que Guillermo se valdrá de su influencia sobre Austria para lograr que acepte esta proposición. Este es el mejor medio de demostrar que Alemania é Inglaterra trabajan juntas para impedir lo que sería una catástrofe internacional. Os ruego que aseguréis á Guillermo que yo hago y seguiré haciendo todo lo que pueda por conservar la paz de Europa.

JORGE

Al día siguiente, 31 de Julio, el emperador de Alemania telegrafió desde Postdam al rey de Inglaterra diciendo que las proposiciones de Jorge V estaban de acuerdo con sus propias ideas, pero que en aquel momento acababa de recibir la noticia de que Nicolás II movilizaba su ejército y su armada. «No ha esperado —añadía Guillermo II—los resultados de la mediación que yo estaba realizando, y además me deja sin noticias. Me traslado á Berlín para afirmar la seguridad de mis fronteras del Este, donde importantísimas fuerzas rusas han tomado posición.»

Esto no era verdad, como ya dijimos en otra parte, pero el kaiser necesitaba fingir una agresión de Rusia contra el territorio alemán para justificar de este modo la declaración de guerra que tenía preparada.

Jorge V contestó al día siguiente, 1.° de Agosto, que había telegrafiado al zar rogándole que hiciese todo lo posible para evitar el rompimiento de relaciones.

Este mismo día la diplomacia alemana inició uno de los maquiavelismos que le son familiares para comprometer al gobierno inglés, poniéndolo en mala situación ante Francia. El príncipe Lichnowsky, emba-

jador de Alemania en Londres, envió el telegrama siguiente á Berlín, dirigido al canciller Bethmann-Hollweg:

Sir Edward Grey acaba de llamarme al teléfono, y me ha preguntado si tengo poderes para declarar que nosotros no atacaríamos á Francia si Francia permaneciese neutral en una guerra germanorusa. Yo he dicho que me atrevía á asumir la responsabilidad de esta declaración.

LICHNOWSKY

Como se verá más adelante, esta demanda de sir Edward Grey no era cierta. El embajador de Alemania había falseado el sentido de una conversación por teléfono, y enviaba este telegrama para dar pretexto á su gobierno de tratar descaradamente con Inglaterra sobre la conveniencia de que Francia abandonase á Rusia. Afirmándose en dicho telegrama, el emperador de Alemania envió inmediatamente al rey de Inglaterra este despacho verdaderamente extraordinario:

Acabo de recibir la comunicación de vuestro Gobierno, en la que se me ofrece la neutralidad de Francia bajo la garantía de la Gran Bretaña. A este ofrecimiento va unida una pregunta, para saber si con esta condición Alemania no atacará á Francia. Por razones técnicas, mi movilización, que ha sido ordenada hoy á mediodía sobre los dos frentes, Este y Oeste, debe seguir cumpliéndose, según los preparativos ya comenzados.

No pueden darse contraórdenes inmediatamente, y vuestro telegrama llega, por desgracia, demasiado tarde. Pero si Francia ofrece su neutralidad, que deberá ser garantizada por el ejército y la flota ingleses, yo me abstendré de atacar á Francia y emplearé mis tropas en otro sitio. Deseo que Francia no muestre nerviosidad alguna. Las tropas que están junto á su frontera quedan detenidas en este momento, por órdenes telegráficas y telefónicas, para que no continúen su avance más allá de la frontera francesa.

GUILLERMO



SIR EDWARD GOSCHEN, EMBAJADOR DE INGLATERRA EN BERLÍN

Al mismo tiempo el canciller alemán Bethmann-Hollweg telegrafiaba al embajador en Londres, príncipe Lichnowsky, en contestación á su despacho:

Alemania está pronta á aceptar las proposiciones inglesas si Inglaterra garantiza con sus fuerzas militares y navales la neutralidad de Francia en el conflicto rusoalemán. La movilización alemana se ha efectuado hoy como respuesta á las provocaciones rusas y antes de la llegada de las proposiciones inglesas. Por consecuencia, nuestra concentración en la frontera francesa no puede ser modificada.

Sin embargo, garantizamos que de ahora al lunes 3 de Agosto á las siete de la tarde, la frontera francesa no será franqueada si el asentimiento de Inglaterra nos llega dentro de ese plazo.

BETHMANN-HOLLWEG

Estos telegramas debieron producir gran extrañeza en el gabinete de Londres. Eran respuestas á proposiciones deshonrosas para Francia que nadie había hecho.

El rey Jorge V se apresuró á contestar á Guillermo II:

Como respuesta á vuestro telegrama que acabo de recibir, creo necesario deciros que se ha producido indudablemente una mala inteligencia á propósito de una sugestión que hizo sir Edward Grey al príncipe Lichnowsky en el curso de una conversación amigable en la que discutían ambos cómo un conflicto armado entre Alemania y Francia podría retardarse hasta que se hubiese encontrado un medio de poner de acuerdo á Austria-Hungría y á Rusia.

Sir Edward Grey verá mañana mismo á primera hora al príncipe Lichnowsky para determinar bien que ha habido una mala inteligencia de parte de este último.

JORGE

Al día siguiente, 2 de Agosto, el ministro inglés se avistó con el embajador alemán para poner las cosas en claro y establecer el verdadero alcance de sus palabras, y el príncipe Lichnowsky telegrafió al canciller Bethmann-Hollweg la explicación siguiente:

Las sugestiones de sir Edward Grey, basadas sobre el deseo de guardar la neutralidad por parte de Inglaterra, fueron hechas sin un acuerdo anterior con Francia y abandonadas luego como fútiles.

Esta explicación tampoco era verídica, pues daba á entender, para que quedase en buena postura la diplomacia alemana, que sir Edward Grey había hecho realmente la proposición deshonrosa para Francia, desistiendo de ella únicamente por faltarle el asentimiento del gobierno de París.

Sir Edward Grey no hizo nunca esta proposición indigna. Lo que él dijo fué que la Gran Bretaña podría obtener la neutralidad de Francia *si Alemania por su parte consentía en permanecer neutral igualmente en el caso de una guerra austrorusa.* Esto significaba un deseo de aminorar la guerra, ya que era inevitable, circunscribiéndola á un extremo de Europa, entre Rusia y Austria únicamente, y librando de la catástrofe á las demás naciones. El emperador alemán, juzgando indudablemente por su propia política, interpretaba esto como un ofrecimiento de la Gran Bretaña á contener é inmovilizar á la nación francesa, haciendo que faltase á sus compromisos, mientras Alemania podría atacar á Rusia cómodamente con la totalidad de sus fuerzas.

Una vez más la diplomacia germánica mostraba sus innobles procedimientos, semejantes á los de 1870, cuando Bismarck, para acelerar una guerra que parecía próxima á ser conjurada, falsificó el famoso telegrama de Ems, alabándose luego de este acto, que cuando lo comete un particular cae bajo el dominio del Código penal.



LOS VOLUNTARIOS NORTEAMERICANOS EN LA ESTACIÓN DE SAINT-LAZARE

(Fot. Meurisse)

tante—decía Mariana—. Esto no puede durar más. ¿Cuándo nos casamos?

Nadie en Alemania creía posible este matrimonio.

Pero á pesar de ello el gabinete de Berlín insistía en sus trabajos para deshacer el Triple Acuerdo, procurando establecer la desconfianza y la desarmonía entre sus componentes.

Tres fueron las maquinaciones iniciadas por el canciller Bethmann-Hollweg y su ministro Von Jagow por medio de los embajadores alemanes en París y Londres.

La primera consistió en las sugestiones de Schoen al gobierno francés para que ejerciese presión en San Petersburgo, aconsejando una actitud sumisa á Rusia, mientras Alemania no se comprometía á hacer lo mismo con Austria. Esta conducta, de ser aceptada por Francia, habría ofendido indudablemente al gobierno ruso. Era ilógico que un aliado aconsejase al otro la humillación y la derrota. Equivalía esto á una manifestación de amistad insegura y egoísta por parte de la República, que habría aflojado los lazos de alianza. El gobierno francés se negó á toda intervención en Rusia que no fuese acompañada de una intervención de Alemania en Austria. Primer fracaso del maquiavelismo alemán.

El gabinete de Berlín llevaba muchos días trabajando para adormecer al gobierno inglés y que éste permaneciese ajeno al conflicto, dejando trabajar libremente á la rapacidad alemana.

Nadie en Alemania daba un valor decisivo á las relaciones entre Francia é Inglaterra. El llamado Triple Acuerdo era puramente verbal y moral; una inteligencia diplomática entre Londres y París, pero sin participar de los compromisos de alianza defensiva y ofensiva que unían á Francia con Rusia.

Los alemanes no esperaban que la Gran Bretaña se comprometiese en una guerra por sostener á Francia. Sus gestiones en favor de ésta no iban á pasar de simples actos de diplomacia. La opinión germánica llegaba hasta la burla, al comentar las esperanzas de los franceses en el apoyo inglés.

Un periódico satírico de Berlín, el *Kladderadatch,* publicó poco tiempo antes de la guerra una caricatura muy celebrada, interpretando este sentimiento general. Mariana (nombre popular de la República Francesa) se dirigía en ella con acrimonia á John Bull (el pueblo inglés), que la miraba indiferente, teniendo la pipa en la boca y las manos en los bolsillos.

—Ya hemos galanteado bas-



EMBARQUE DE VOLUNTARIOS EXTRANJEROS EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS

La tercera intentona del gabinete germánico fué la declaración del príncipe Lichnowsky, embajador en Londres, de la que ya hemos hablado, declaración que denunciaba—por mala inteligencia ó por mala intención del embajador alemán—un propósito en el gobierno inglés de atar las manos de Francia para que no ayudase á Rusia. El rey de Inglaterra y sir Edward Grey se apresuraron á poner en claro este grave error, que los colocaba en mala situación ante Francia, y restablecieron enérgicamente la verdad. Tercero y último fracaso de Bethmann-Hollweg, que no logró desbaratar el Triple Acuerdo.



TREN MILITAR EN UNA ESTACIÓN. LOS VAGONES DE CARGA VAN ADORNADOS DE FLORES, ASÍ COMO LOS KEPIS DE LOS SOLDADOS

Entre estas dos intentonas hubo otra, la segunda, de la que aún no hemos hecho mención, y que iba encaminada al mismo fin, el de aislar á cada una de las tres potencias para combatirlas mejor por separado, una tras de otra.

El 29 de Julio, sir E. Goschen, embajador de la Gran Bretaña, telegrafió lo siguiente á sir Edward Grey:

He recibido un aviso para avistarme esta noche con el Canciller. Su Excelencia acababa de llegar de Postdam.

Me ha dicho que si Rusia ataca á Austria teme que resulte inevitable una conflagración europea, dadas las obligaciones que impone á Alemania su alianza con Austria, y á pesar de los esfuerzos que no cesa de realizar en favor de la paz.

Después de decir esto continuó la conversación, ofreciéndome una fuerte prenda á fin de conquistarse la neutralidad británica. Me dijo que, según la concepción que él tiene de la política de la Gran Bretaña, cree indudable que ésta no consentiría en mantenerse aparte, dejando que aplastasen á Francia en el conflicto que puede ocurrir. Esta finalidad, según él, no es la de Alemania. Si la neutralidad de la Gran Bretaña quedase asegurada, su Gobierno recibiría por parte del Gobierno imperial todas las seguridades de que no persigue ningún fin de apropiación territorial á costa de Francia, suponiendo que la guerra que puede estallar se resolviese en favor de Alemania.

Yo he hecho entonces una pregunta á Su Excelencia respecto á las colonias francesas, y me ha contestado que en punto á ellas no podía comprometerse dando las mismas seguridades.

En lo que se refiere á Holanda, Su Excelencia me ha dicho que si los adversarios de Alemania respetan la integridad de los Países Bajos, Alemania está pronta á asegurar al Gobierno inglés que ella hará lo mismo.

En cuanto á las operaciones que Alemania se podrá ver obligada á emprender en Bélgica, dependen de lo que hará Francia. Después de la guerra la integridad de Bélgica sería respetada, siempre que este país no hubiese tomado posiciones contra Alemania.



UN TREN MILITAR SALIENDO PARA LA GUERRA EN LOS PRIMEROS DÍAS DE MOVILIZACIÓN

Al terminar Su Excelencia me declaró que desde el día que había sido nombrado Canciller su finalidad era, como vos lo sabéis, llegar á un acuerdo con Inglaterra. Él espera que sus seguridades podrán servir de base á esta inteligencia, que es su más ferviente deseo. Su proyecto consiste en un acuerdo general de neutralidad entre Alemania é Inglaterra, y aunque todavía es pronto para discutir los detalles, la seguridad dada ahora por nuestro Gobierno de una neutralidad británica en el conflicto que puede provocar la crisis actual serviría para ir preparando la realización de su deseo en lo futuro.

Habiendo solicitado Su Excelencia mi opinión en lo que concierne á la manera como vos podéis considerar esta demanda, le he dicho que á mi entender no era probable que en las circunstancias actuales estuvieseis dispuesto á compromoteros en nada,

pues el Gobierno inglés desea conservar en el conflicto que nos amenaza una entera libertad de acción.

GOSCHEN

Alemania buscaba la neutralidad inglesa para que dejase abandonada á Francia, y la quería comprar ofreciendo á la Gran Bretaña una alianza futura. Se reservaba todavía el Canciller los detalles de esta alianza, ó sea lo que iría ganando el gobierno británico. Tal vez dicha ganancia consistía en el reparto de las colonias francesas, que eran la continua preocupación del kaiser, su Canciller y el partido pangermanista.

La respuesta de sir Edward Grey no se hizo esperar; una respuesta en la que á través del frío estilo diplomático se nota la indignación causada por estas proposiciones de bandidaje internacional, con las que Bethmann-Hollweg pretendía comprar al gobierno inglés.

He aquí la contestación al embajador Goschen:



EL PARLAMENTO DE LONDRES VISTO DESDE EL TÁMESIS

La proposición alemana, desde el punto de vista material, es inaceptable. Aunque á Francia, en caso de derrota, no le quitasen nada de su territorio europeo, podría quedar aplastada hasta el punto de perder su posición de gran potencia y verse sometida á seguir la política alemana. Aparte de esto, desde el punto de vista moral, sería una vergüenza para nosotros hacer ese ajuste de negociantes con Alemania á costa de Francia; vergüenza de la que no se limpiaría jamás el buen nombre de la Gran Bretaña.

El Canciller nos pide en buenas cuentas que vendamos igualmente todas las obligaciones é intereses que podemos tener en el mantenimiento de la neutralidad de Bélgica. Nosotros tampoco podemos acoger esa insinuación, que significa una venta.

Una vez dicho esto, es inútil entrar á examinar si la perspectiva de una convención general de neutralidad para el porvenir entre Alemania é Inglaterra ofrecería ventajas positivas y suficientes para resarcirnos del acto de ligarnos ahora las manos, que es lo que desea el Gobierno alemán. Nosotros debemos mantener nuestra entera libertad de obrar según nos lo aconsejen las circunstancias, en el caso de un desenvolvimiento desfavorable y lamentable de la crisis presente, tal como el Canciller lo prevé.

A pesar del tono digno de esta respuesta, inspirada en el firme propósito de no faltar al honor y los compromisos de la Gran Bretaña, la diplomacia de Berlín no se descorazonó, insistiendo de nuevo en sus proposiciones.

Otra vez Bethmann-Hollweg llamó á sir E. Goschen para hacerle más proposiciones. Necesitaba la neutralidad de Inglaterra y estaba dispuesto á conceder lo que ésta pidiese. (Como el que desea comprar y pregunta el precio.) El Canciller llegó hasta decir que si Inglaterra permanecía neutral mientras ellos hacían la guerra á los franceses, el gobierno alemán estaba dispuesto á respetar, después de la victoria, no sólo la integridad del territorio de Francia, *sino también sus colonias.*

Las promesas le costaban poco á este discípulo de Bismarck, que como otros diplomáticos alemanes han heredado de él, no el talento, sino sus procedimientos recusables, que procuran imitar, admirándolos como rasgos de genio.

Lo importante era que Inglaterra permaneciese neutral, para de este modo ir batiendo por separado y con toda seguridad á las potencias del Triple Acuerdo. Este inhábil imitador del Canciller de Hierro creyó poder seducir al gobierno inglés con proposiciones de rapiña y reparto, ó engañarle valiéndose de la promesa de futuros respetos para después de la victoria.

Sir Edward Grey tenía una noción exacta del valor moral de Bethmann-Hollweg y su política. Este hombre era el que dos días después dijo que un tratado que lleva la propia firma *no es mas que un pedazo de papel,* el respeto de la neutralidad *una simple palabra,* y que en la vida hay que atropellar compromisos y leyes cuando resulta conveniente para los propios intereses.

El embajador sir E. Goschen respondió á las repetidas proposiciones del Canciller que tenía órdenes de su gobierno para rechazar *definitivamente* toda petición de neutralidad, y que Inglaterra, en el próximo conflicto, deseaba mantenerse con las manos libres para obrar según le aconsejasen las circunstancias.

De este modo terminaron los trabajos de Bethmann-Hollweg para separar á Inglaterra de Francia.

IX

El 3 de Agosto en la Cámara de los Comunes

La sesión del 3 de Agosto de la Cámara de los Comunes tuvo una importancia inmensa para la suerte de Europa.

El gobierno inglés, vacilante hasta este día, dudando entre sus deseos de paz y las brutales exigencias de la realidad, creyó llegado el momento de afirmar su conducta, marcando un rumbo á la opinión nacional. Y la opinión lo siguió, desvaneciéndose todas las divisiones políticas que hasta poco antes habían puesto en peligro la unidad del pueblo inglés.

El reducido y antiguo salón de la Cámara popular inglesa, donde celebran sus sesiones los representantes del más poderoso de los pueblos, ofreció en la tarde del 3 el aspecto de siempre. Los diputados ocupando sus bancos con familiar negligencia; muchos con el sombrero puesto y los pies apoyados en el respaldo de enfrente. Los ministros, en torno de su mesa, casi confundidos con los diputados. Nadie hubiese dicho que iba á decidirse el porvenir de Inglaterra y el equilibrio europeo. Pero una agitación en las tribunas y cierta emoción en el rostro de los diputados anunciaban la espera de un gran suceso.



LA TORRE DEL PARLAMENTO

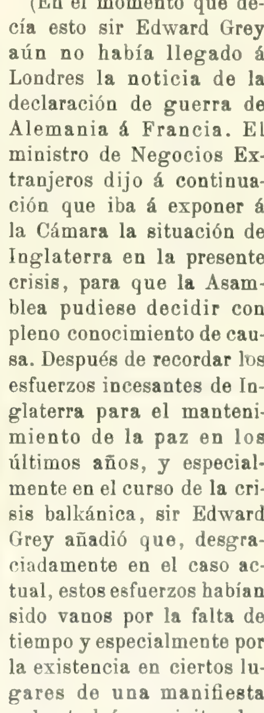
Jamás sonaron tantos aplausos y gritos de entusiasmo en el Parlamento inglés como en esta tarde.

La guerra europea de 1914 ha cambiado radicalmente los caracteres tradicionales de muchos pueblos. El francés, antes bullicioso y exuberante, se mostró en los campos de batalla tranquilo, impasible y calculador. El inglés, siempre flemático, glacial é incapaz de revelar en su rostro las impresiones interiores, apareció de pronto entusiasta hasta la impulsividad, crédulo generosamente y aficionado á las manifestaciones ruidosas.

Se levantó sir Edward Grey, y en medio de un silencio imponente pronunció un gran discurso, que los periódicos ingleses titularon después «*Inglaterra por la civilización contra la barbarie germánica*»:

LA SITUACIÓN

La semana última declaré aquí que trabajábamos por la paz; no solamente por la paz de nuestro país, sino por mantener la paz de toda Europa. Hoy, aunque los acontecimientos han marchado con tanta rapidez que resulta difícil pronunciarse con seguridad sobre el estado preciso de la situación, bien puede decirse que la paz de Europa es imposible mantenerla. Rusia y Alemania se han declarado la guerra...



(En el momento que decía esto sir Edward Grey aún no había llegado á Londres la noticia de la declaración de guerra de Alemania á Francia. El ministro de Negocios Extranjeros dijo á continuación que iba á exponer á la Cámara la situación de Inglaterra en la presente crisis, para que la Asamblea pudiese decidir con pleno conocimiento de causa. Después de recordar los esfuerzos incesantes de Inglaterra para el mantenimiento de la paz en los últimos años, y especialmente en el curso de la crisis balkánica, sir Edward Grey añadió que, desgraciadamente en el caso actual, estos esfuerzos habían sido vanos por la falta de tiempo y especialmente por la existencia en ciertos lugares de una manifiesta voluntad á precipitar los acontecimientos, con riesgo de la paz. El ministro abordó después de esto el interesante tema de las obligaciones británicas y los acuerdos escritos.)

LAS OBLIGACIONES DE INGLATERRA

Yo deseo—siguió diciendo sir Edward Grey—tratar esta cuestión desde el punto de vista del honor británico *(Aplausos frenéticos)* y de las obligaciones británicas. *(Nuevos aplausos.)*

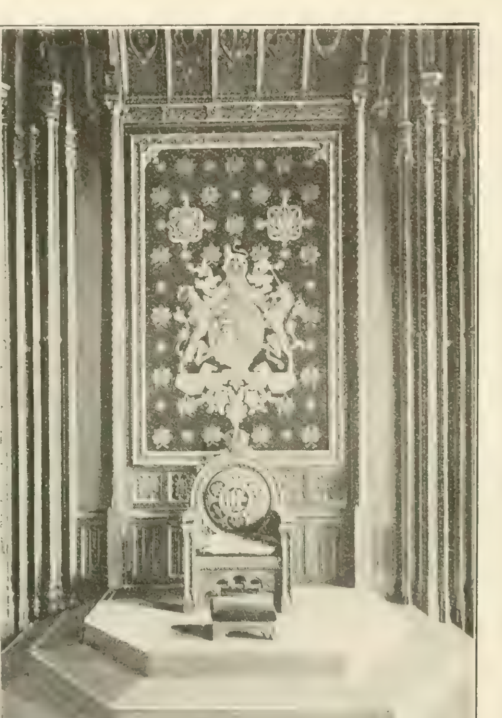
En primer lugar, hablemos de nuestro tratado y nuestras obligaciones. Existen en Europa dos grupos diplomáticos: la Triple Alianza y lo que se ha conve-

nido en llamar el Triple Acuerdo. El Triple Acuerdo no es una alianza: es simplemente un grupo diplomático. La Cámara se acordará seguramente de que en 1908 hubo una crisis, una crisis balkánica, provocada por la anexión de Bosnia y Herzegovina.

El ministro de Negocios Extranjeros de Rusia vino á Londres para conferenciar conmigo, y le declaré con toda franqueza que como se trataba de una crisis balkánica, yo consideraba que la opinión pública de nuestro país no nos autorizaría para dar otra cosa que el apoyo diplomático. Nosotros no hemos dado nada mas que esto, ni hemos prometido mas que esto. Igualmente, en la crisis actual, hasta el día de ayer, nosotros no hemos ofrecido otra cosa que nuestro apoyo diplomático.

Para hacer comprender bien á la Cámara este asunto de obligaciones, debo remontarme hasta la crisis marroquí de 1906. Era en la época de la conferencia de Algeciras. Me pidieron entonces que determinase si en el caso de una guerra entre Francia y Alemania nosotros daríamos nuestro apoyo armado á Francia.

Yo declaré que nada podía prometer mientras el apoyo unánime de toda la nación no me autorizase. Y añadí que en mi opinión, si la guerra era impuesta por Alemania á Francia con motivo de la cuestión de Marruecos—cuestión que acababa de ser resuelta por un acuerdo diplomático—, indudablemente la opinión pública de Inglaterra se declararía en favor de Francia. No hice entonces ninguna promesa ni dije mas que esto, y en tales términos me expresé ante los embajadores de Francia y Alemania.



EL TRONO DEL REY EN EL PARLAMENTO

Esta situación fué aceptada por el gobierno francés, que la declaró muy razonable en tal momento, y su embajador me dijo así:

«Si vos consideráis posible que la opinión pública inglesa, en el caso de una crisis surgida imprevistamente, pueda aprobar el que proporcionéis vuestro concurso armado á Francia, este concurso que os es imposible prometer por anticipado, no podréis darlo eficazmente, aunque tal sea vuestra voluntad, cuando surja la ocasión oportuna, si antes no ha habido un cambio previo de opiniones y de conocimiento de fuerzas entre los expertos militares y navales de ambos países.»

Esta objeción era de peso, hay que reconocerlo, y fué el origen de las entrevistas que realizaron después los expertos militares y navales de ambas partes. Pero por anticipado se especificó claramente que lo que se conviniese entre dichos expertos ingleses y franceses no nos ligaba en nada para el porvenir y nos dejaba en libertad para decir si debíamos ó no debíamos dar nuestro apoyo cuando llegase el momento de la decisión.

EL ACUERDO ESCRITO DE 1912

Estas conversaciones entre los expertos se realizaron en 1912. La cuestión fué sometida á un examen del Gabinete, y decidimos que era necesario tener un acuerdo escrito en forma precisa. Este acuerdo debía revestir la forma de una carta sin carácter oficial. Las conversaciones de los expertos ingleses y franceses no ligaban en nada á los dos Gobiernos. El 22 de Noviembre de 1912 escribí la carta que voy á leer á la Cámara, dirigida al embajador de Francia.

Foreign Office

Londres 22 Noviembre 1912

Mi querido embajador:

En diferentes ocasiones, durante los últimos años, los Estados Mayores militares y navales de Francia y la Gran Bretaña han cambiado sus opiniones sobre el porvenir. Siempre se ha tenido en cuenta que este cambio de opiniones no limitaba de ningún modo la libertad de los dos Gobiernos, para decidir en el porvenir si debían prestar ó no, el uno al otro, el apoyo de sus fuerzas armadas.

Por ambas partes hemos admitido que estas conversaciones entre técnicos no son ni deben ser consideradas como un compromiso que obliga al uno ó al otro Gobierno á obrar en una eventualidad que aún no ha surgido hasta ahora y que tal vez no surja nunca. Tanto es así, que, por ejemplo, el reparto de fuerzas navales francesas é inglesas no reposa á la hora actual sobre ningún compromiso de cooperación en caso de guerra.

Vos, sin embargo, habéis hecho constar que si uno ú otro de los dos Gobiernos tuviese graves razones para temer el ataque de una tercera potencia, sería esencialísimo para el poder saber si en el caso que ocurriese este ataque podría contar con la asistencia militar del otro Gobierno.

Estoy de acuerdo con vos para reconocer que si un Gobierno



M. GREY EN EL FOREIGN OFFICE CON LOS REPRESENTANTES DE LAS GRANDES POTENCIAS

De pie, sir Edward Grey y el conde Benckendorff, embajador de Rusia en Londres; sentados á la derecha, M. Paul Cambon, embajador francés; el príncipe Lichnowsky, embajador alemán; el marqués de Francavilla, embajador de Italia, y el conde Mensdorff-Poully-Dietrichstein, embajador de Austria-Hungría

(Dibujo de S. Begg, de «The Illustrated London News»)

tiene serias razones para temer un ataque de una tercera potencia, sin provocación de su parte, ó para creer que la paz general se encuentra amenazada, debe examinar con el otro Gobierno si los dos Gobiernos deben obrar de acuerdo para impedir la agresión y para asegurar el mantenimiento de la paz, y en tal caso buscar las disposiciones que deben tomar en común. Si estas disposiciones exigiesen una acción militar, los planes hechos por los Estados Mayores generales serían tomados en consideración, y los dos Gobiernos decidirían el empleo que debían darles.

Sinceramente de vos,

E. GREY

A esta carta mía contestó el embajador de Francia con la siguiente:



LA CÁMARA DE LOS LORES

Londres 23 Noviembre 1912

Querido sir Edward:

En vuestra carta fechada ayer 22 de Noviembre me recordáis que durante los últimos años las autoridades militares y navales de Francia y Gran Bretaña se han concertado de tiempo en tiempo, y que se consideró siempre que estas consultas no restringían la libertad de cada Gobierno para decidir en lo futuro si se prestarían el uno al otro el apoyo de las fuerzas armadas. También se convino que por una y otra parte estas consultas entre especialistas no debían ser consideradas como compromisos cerrados, obligando á nuestros Gobiernos á obrar en determinados casos. Yo os hice observar que si el uno ó el otro de los dos Gobiernos tenía graves razones para temer un ataque no provocado por parte de una tercera potencia, sería esencial el saber si podría contar con la asistencia armada del otro Gobierno.

Vuestra carta responde á esta observación, y yo estoy autorizado para declarar que, en el caso de que uno de nuestros dos Gobiernos tuviera un motivo grave para presumir bien sea la agresión de una tercera potencia, bien sea cualquier suceso amenazador para la paz general, examinaría inmediatamente con el otro si los dos deben obrar de concierto para prevenir la agresión ó mantener la paz. En este caso los dos Gobiernos deliberarían sobre las medidas que pueden adoptar en común, y si estas medidas exigiesen una acción, tomarían en consideración los planes de sus Estados Mayores, decidiendo el empleo que debían dar á estos planes.

Sinceramente de vos,

P. CAMBON

LORD CHARLES BERESFORD.—¿Cuál es la fecha del acuerdo anterior á esas cartas?

SIR EDWARD GREY.—12 de Noviembre de 1912. Esta es la base de la actitud del Gobierno en la crisis actual. Creo que después de esto resulta perfectamente inteligible la actitud de Inglaterra.

EL CONFLICTO ACTUAL

(El ministro declara que la crisis presente no tiene por punto de partida ningún hecho respecto al cual haya existido acuerdo alguno entre Francia y la Gran Bretaña. Su motivo inicial es el conflicto entre Austria y Servia. Luego continúa:)

Puedo decir con la más absoluta seguridad que ningún Gobierno ni país alguno ha manifestado menos deseos de verse complicado en la guerra entre Austria y Servia que el Gobierno francés y la nación francesa. Si ellos se ven comprometidos en el actual conflicto, es á consecuencia de las obligaciones de su ho-

nor y de una alianza precisa que tienen con Rusia. Pero esta obligación de honor no puede ser aplicada á nosotros con la misma fuerza.

Nosotros no formamos parte de la alianza francorusa. Nosotros ni siquiera conocemos los términos de esta alianza.

La situación es bien clara en lo que concierne á la cuestión de honor. ¿Cuál es, entonces, nuestra posición en tales condiciones?

Nosotros hemos mantenido durante largos años amistosas relaciones con Francia. *(Aplausos.)*

Me acuerdo perfectamente de los sentimientos de esta Asamblea y también de mi propio sentimiento cuando el último Gobierno concluyó este concierto con Francia; me acuerdo de la impresión reconfortante que nos dió á todos el hecho de que dos naciones separadas en el pasado por diferencias que parecían perpetuas hubiesen resuelto estas diferencias. *(Aplausos.)*

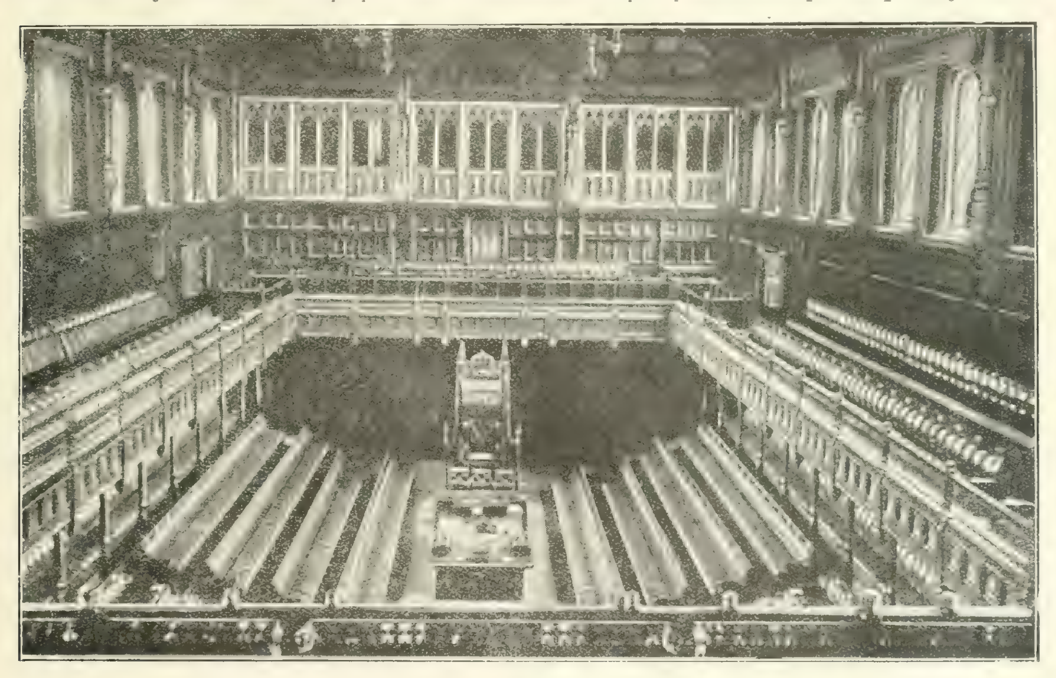
¿Hasta qué punto esta amistad implica obligaciones?... Esto la Cámara debe decirlo.

La nación francesa tiene actualmente su flota en el Mediterráneo. Las costas septentrionales y occidentales de Francia están por esto absolutamente sin defensa. Con la permanencia de la flota francesa en el Mediterráneo la situación es muy diferente de como lo era antes.

En lo que concierne á Francia, la amistad que se estableció y que se ha engrandecido luego entre los dos países ha dado á Francia un sentimiento de seguridad: el sentimiento de que nada debe temer de nosotros. Por esto no se ha cuidado de la defensa de dichas costas, confiándolas á nuestra lealtad.

Mi impresión personal es que si una flota extranjera, actuando en una guerra que Francia no ha buscado, penetra en la Mancha para bombardear y destruir las partes no defendidas de la costa francesa, nosotros no podemos permanecer inmóviles. *(Aplausos frenéticos y prolongados.)*

En presencia de lo que ocurriría ante nuestros ojos, no podríamos mantenernos con los brazos cruzados, sin hacer nada. Esta impresión mía creo que es la del país por entero. *(Aplausos prolongados.)*



LA CÁMARA DE LOS COMUNES

Pero yo deseo examinar la cuestión desde el punto de vista de los intereses británicos, y desde este punto de vista quiero justificar lo que voy á decir á la Cámara.

Si nosotros nos callamos en este momento y permanecemos inactivos, ¿qué hará Francia con su flota en el Mediterráneo, sus costas del Norte y del Oeste absolutamente sin defensa, á merced de una flota alemana que penetre en la Mancha?...

Debemos acordarnos de que estamos frente á una guerra de vida ó muerte.

Supongamos que la flota francesa sea retirada del Mediterráneo. Estamos en presencia de una conflagración europea. ¿Es posible formarse una idea exacta de las consecuencias de dicho acto?



LA GUERRA ENTRE AUSTRIA Y SERVIA

Habitantes de Belgrado viendo funcionar los reflectores austriacos que desde Semlin iluminan el puente internacional

(Dibujo de Koekkoek, de *The Illustrated London News*)

NEUTRALIDAD IMPOSIBLE

Hagamos la suposición por un instante de que deseamos observar una actitud de neutralidad. Supongamos que la flota francesa se retira del Mediterráneo para defender sus costas del Atlántico. Supongamos que los acontecimientos hacen necesario, para los intereses británicos, nuestra intervención en la guerra. Supongamos que Italia no se mantiene en la neutralidad que acaba de declarar, reconociendo que esta es una guerra agresiva *(Aplausos)* y que la Triple Alianza es una alianza defensiva.

Supongamos que Italia modifica su actitud de neutralidad, precisamente en el momento que nosotros nos veremos forzados á combatir por la defensa de los intereses británicos. ¿Cuál sería entonces la situación del Mediterráneo? La libertad de comercio en esa región de Europa es de un interés vital. ¿Cuál sería la situación si nos veíamos obligados á mantener una flota en el Mediterráneo? ¿Qué de riesgos correrían los intereses británicos por el hecho de nuestra neutralidad?... Francia tiene el derecho de saber, y de saber inmediatamente *(Violentos aplausos)*, cuál será nuestra actitud...

Y yo he hecho al embajador de Francia la declaración siguiente:

—Estoy autorizado para dar la seguridad de que si una flota alemana penetra en la Mancha ó atraviesa el mar del Norte para emprender un ataque contra las costas ó el comercio marítimo de Francia, la flota inglesa le dará toda la protección *(full protection)* de que pueda disponer. *(Violentos aplausos.)* Esta seguridad estaba sometida, como es natural, á la aprobación del Parlamento, y no debe ser considerada como obligando al Gobierno á entrar en acción mas que en el caso que la agresión se produzca.

Por esto mis palabras no constituyen en modo alguno una declaración de guerra de nuestra parte ni implican una acción ofensiva de nuestra parte; *pero deben ser consideradas como algo que nos compromete á tomar la ofensiva si las circunstancias así lo exigen.*

Me consta que el Gobierno alemán está dispuesto —si nosotros queremos comprometernos á guardar la neutralidad—á comprometerse por su parte á que la flota alemana no ataque la costa Norte de Francia. Sólo he sabido esto minutos antes de que empezase la sesión de la Cámara. Pero esto constituye un compromiso estrecho que hay que someter á un grave examen.

Además, otras consideraciones mucho más graves, y cuya importancia aumenta de hora en hora, retienen nuestra atención.

LA NEUTRALIDAD DE BÉLGICA

Quiero hablar de la cuestión de la neutralidad de Bélgica. *(Aplausos.)* ¿Cuál es nuestra situación en lo

que respecta á Bélgica? El factor principal es el tratado de 1839.

(Sir Edward Grey expone que esta cuestión de Bélgica ha preocupado mucho al gobierno en el curso de la semana anterior, haciendo trabajos por mantener la neutralidad belga, tan importante para la vida de Inglaterra. Luego continúa:)

Yo sé que esta cuestión representa el factor dominante de nuestra política. *(Aplausos.)* Por esto telegrafié en términos idénticos á París y Berlín, declarando que era esencial para nosotros el saber si los dos Gobiernos, francés y alemán, se hallan dispuestos á la aceptación de un compromiso de respetar la neutralidad belga. *(Aplausos.)*

He aquí la respuesta del Gobierno francés:

El Gobierno francés está resuelto á respetar la neutralidad de Bélgica, y únicamente si otra potencia violase esa neutralidad se consideraría Francia en el caso de obrar de distinto modo.

He aquí la respuesta del Gobierno alemán:

El secretario de Estado en los Negocios Extranjeros se ve en la imposibilidad de dar una respuesta antes de haber consultado con el Emperador y el Canciller.

Esta respuesta, como ve la Cámara, no dice nada. Luego, extraoficialmente, el ministro alemán de Negocios Extranjeros ha dado á entender á nuestro embajador Sir Edward Goschen que dudaba de poder contestarnos jamás sobre este punto, pues toda respuesta de su parte, si llegaba el caso de una guerra, equivaldría á la divulgación de una gran parte del plan de campaña alemán. *(Risas. Exclamaciones de extrañeza.)*



EL ARCHIDUQUE FEDERICO, GENERALÍSIMO DE LOS EJÉRCITOS AUSTRIACOS — Fot. Rol

En vista de esto telegrafié á nuestro representante en Bruselas y al Gobierno belga, y recibí la contestación siguiente de nuestro embajador: «El ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica ha agradecido mucho mi comunicación, y ha contestado á ella que Bélgica hará todo cuanto le sea posible para mantener su neutralidad. Me ruega que añada que el Gobierno belga se cree en situación para defender la neutralidad de su país en el caso de un ataque contra ella.» *(Aplausos.)*



MONITORES AUSTRIACOS QUE BOMBARDEARON Á BELGRADO

EL «ULTIMATUM» ALEMÁN Á BÉLGICA

Poco antes de llegar yo á la Cámara he recibido la noticia de que el rey de los belgas había enviado directamente un telegrama al rey Jorge. Este despacho dice así:

«Acordándome de las numerosas pruebas de amistad de Vuestra Majestad y de vuestro predecesor, y de la actitud amigable de Inglaterra en 1870, así como de la nueva prenda de amistad que acaba de darme, dirijo un supremo llamamiento á la intervención diplomática de Vuestra Majestad para salvar la integridad de Bélgica.»

(La lectura de este telegrama es acogida con grandes aplausos.)

Pero la intervención diplomática resulta ineficaz en estos momentos. Ya la realizamos en la semana última. ¿De qué puede servir ahora esa intervención? Inglaterra tiene un interés vital en la independencia de Bélgica. Si esta independencia desapareciese, la independencia de Holanda desaparecería igualmente. La Cámara debe considerar que los intereses británicos se verían en peligro si permaneciésemos impasibles en una crisis de tanta trascendencia. *(Aplausos.)*

SIR EDWARD GREY

Ninguno de vosotros puede imaginar que si una gran potencia se mantuviese al margen de la guerra que se prepara, podría exigir el respeto de sus intereses luego de pasada la guerra.

Si llegan á confirmarse las informaciones recibidas por el Gobierno respecto á lo que ocurre en Bélgica, ***entonces el Gobierno inglés se considerará en la obligación de hacer toda clase de esfuerzos para impedir las consecuencias que resultarían de los hechos anunciados.***

Viéndonos envueltos en una guerra no vamos á sufrir más que si nos mantenemos al margen de ella. Que nosotros participemos ó no participemos en la guerra, el comercio extranjero va á quedar interrumpido de todos modos. Si nos mantenemos apartados, no podremos después de la guerra hacer uso de nuestra fuerza material para evitar ó para deshacer todo lo que se haya producido en el curso de ella ni para impedir que la totalidad de la Europa occidental caiga bajo la dominación de una sola potencia. Por el contrario, creo que si nos mantuviésemos impasibles nuestra situación moral después de la guerra sería mucho peor que si tomamos parte en ella.

Debo declarar á la Cámara que aun no hemos contraído ningún compromiso en lo que concierne al envío de un cuerpo expedicionario al continente. Pero la movilización de la flota está terminada. La movilización del ejército se continúa. *(Aplausos prolongados de la oposición parlamentaria.)*

Aparte de esto no hemos aceptado ningún otro compromiso, porque reconocemos que son enormes nuestras responsabilidades en la India y en otras partes del Imperio británico. Es preciso que sepamos siempre adónde vamos.

Mientras tanto yo hago conocer á la Cámara hasta dónde hemos ido. Nos queda un medio de mantenernos fuera del conflicto. Para eso será necesario que proclamemos nuestra neutralidad integral. Y eso no lo queremos. *(Aplausos frenéticos.)* Si no adoptamos la linea de conducta que acabo de indicar, teniendo en cuenta los deberes que nos impone el tratado de neutralidad de Bélgica, la situación del Mediterráneo y las consecuencias que tendría para nosotros mismos y para Francia nuestra inacción, si nosotros declaramos que tales consideraciones importan poco, yo creo que obrando así sacrificaremos nuestro respeto, nuestro nombre, nuestra reputación, y que no por esto nos libraríamos de las más graves consecuencias económicas.

Juzgo haber dicho bastante para demostrar que debemos estar prontos... *(Aplausos prolongados.)* Y declaro que estamos prontos... *(Nuevos aplausos que se prolongan durante un minuto.)* Estamos prontos á arrostrar todas las consecuencias que puedan pro-

venir de la actitud que hemos adoptado. Estamos prontos á ocupar nuestro puesto y á cumplir nuestro deber.

(La sesión se suspende después de este discurso, cuyo final fué saludado con interminables aplausos. Los diversos grupos del Parlamento se mostraron de acuerdo con el gobierno. Los irlandeses de uno y otro bando, cuyas divisiones habían puesto en peligro hasta pocos días antes la paz y la unidad de Inglaterra, se mostraron unidos, rivalizando en patriotismo. Á las siete de la noche se reanudó la sesión, y Sir Edward Grey hizo la siguiente declaración complementaria:)

Acabo de recibir informes que no poseía cuando he hecho mi declaración de esta tarde. Estos informes los he recibido de la Legación de Bélgica en Londres después de suspenderse la sesión.

Ayer á las siete de la noche el Gobierno alemán ha presentado á Bélgica una Nota amenazante, proponiéndole el paso de sus tropas por el territorio belga, prometiendo el mantenimiento de la independencia del país á la conclusión de la paz, y amenazando que en caso de negativa tratará á los belgas como enemigos. *(Gritos de sorpresa y de protesta.)* Un plazo de doce horas ha sido fijado para la respuesta.

Bélgica ha respondido que este atentado contra su neutralidad representa una violación flagrante de los derechos de las naciones. Aceptar la proposición de Alemania sería para ella sacrificar el honor de la nación. *(Aplausos.)* Bélgica está firmemente resuelta á repeler la agresión por todos los medios posibles. *(Aplausos.)*

Yo sólo puedo añadir que el Gobierno de Su Majestad ha tomado en muy grave consideración el informe que acaba de recibir. Y por el momento no necesito decir más.

El discurso de Sir Edward Grey, en su primera parte, podía resumirse con estas dos conclusiones:



M. Grey. M. George M. Asquith M. Churchill.

LA SESION DEL 3 DE AGOSTO EN LA CAMARA DE LOS COMUNES

Sir Edward Grey declara solemnemente que la flota inglesa garantizará las costas de Francia y que la Gran Bretaña mantendrá la neutralidad belga

(Dibujo de S. Begg, de la *Illustration*, de Paris)

1.ª La flota inglesa garantizará á Francia contra la flota alemana.

2.ª Inglaterra, solicitada por el rey de Bélgica, se pronuncia fuertemente por el mantenimiento de la neutralidad belga.

Esto era mucho para Inglaterra, en la cual una parte de la opinión se mostraba contraria á intervenir en el conflicto, y muy poco para Francia, que necesitaba de una ayuda más extensa y positiva. Pero la audacia alemana, al decidir la invasión de Bélgica, impulsó á la guerra á todos los ingleses, venciendo las últimas resistencias. El alemán, dueño de Bélgica, era el mayor de los peligros para la Gran Bretaña.

La Cámara de los Comunes votó por unanimidad un crédito defensivo de 1.250 millones (50 millones de libras) solicitado por el gobierno.



EL «GOEBEN»

El leader irlandés Redmond manifestó al gobierno que podia retirar todas sus tropas de Irlanda para emplearlas fuera del país. «Orangistas y nacionalistas —dijo— defenderemos nuestras costas.»

X

Sucesos del 4 de Agosto.—La firmeza de Bélgica.—Declaraciones de Sazonof en la Duma.—Atropello de embajadores en Berlín.—Entusiasmo en Bruselas y en París.

La primera hostilidad importante de Alemania después de su declaración de guerra á Francia fué una agresión marítima. Los acorazados germánicos *Goeben* y *Breslau*, que estaban en el Mediterráneo, bombardearon en la madrugada del 4 Bona y Filipeville, puertos de las costas de Argel, abiertos y sin defensa. Los dos buques lanzaron un centenar de obuses, que produjeron algún daño en las construcciones y una sola víctima.

Luego se retiraron, refugiándose en un puerto italiano. Las hazañas guerreras de estos dos buques fueron tan cortas como vergonzosas para la bandera germánica que ondeaba en sus topes. Se redujeron al bombardeo de dos puertos indefensos y á una fuga, á pesar de que el *Goeben* gozaba de gran fama en Alemania como construcción naval de última novedad.

Unos acorazados ingleses de la división de Malta, al enterarse del bombardeo, salieron en su persecución un día después, al quedar declarada la guerra entre Inglaterra y Alemania. El *Goeben* y el *Breslau*, que estaban refugiados en un puerto italiano, se hicieron á la mar para no ser embotellados dentro de éste. Su salida fué heroica. ¡Iban á morir! Los jefes y oficiales habían bajado á tierra para depositar sus testamentos y enviar sus joyas á las familias como último recuerdo. Las tripulaciones cantaron el himno alemán al alejarse de tierra... Y apenas estuvieron en el mar libre á la vista de los ingleses, el *Goeben* y el *Breslau*, aprovechando la superioridad de su marcha, huyeron á todo vapor refugiándose en los Dardanelos y luego en el Bósforo. Allí fueron rebautizados con nombres turcos, pasando á poder del gobierno otomano.

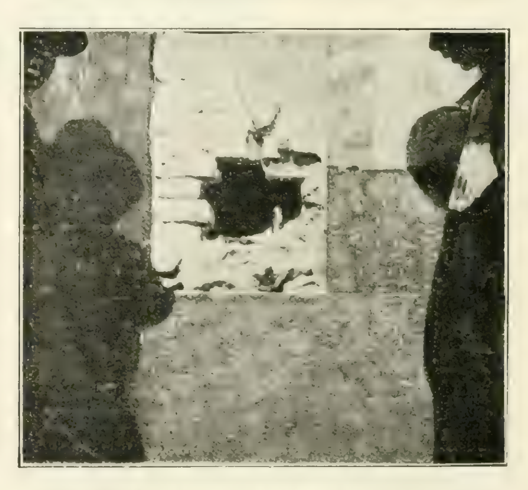
Esta fué la historia alemana de las dos fuertes unidades navales que el almirantazgo germánico mantenía en el Mediterráneo. Ambos acorazados, de indiscutible valía por su velocidad y su armamento moderno, debían unirse, según los planes de la Triple Alianza, con la armada italiana y la austriaca, presentando batalla á la armada francesa, para bombardear luego Marsella y Tolón, mientras el ejército italiano atacaba la línea de los Alpes.

Pero Italia no quiso seguir á sus antiguos aliados en esta guerra de provocación, la escuadra austriaca no se atrevió á moverse del Norte del Adriático, y los buques ingleses en unas cuantas horas limpiaron de enemigos el Mediterráneo.

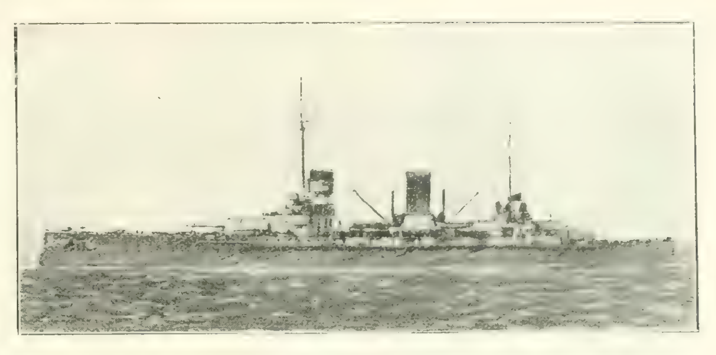
□

En la frontera de Alsacia apenas si hubo choques el día 4, á pesar de la declaración de guerra. Algunas patrullas de infantería y caballería alemanas pasaron el límite divisorio, realizando agresiones contra los puestos de aduaneros y las estaciones de ferrocarril, pero huyeron á la aproximación de las fuerzas francesas.

En Paris el ministerio de la Guerra dió un decreto



DAÑOS CAUSADOS EN BONA POR EL BOMBARDEO



EL BRESLAU

estableciendo un régimen especial para la Prensa, con objeto de impedir los informes del espionaje. Este decreto estaba concebido en los términos siguientes:

Queda prohibido publicar ninguna noticia relativa á los sucesos de la guerra, movilización, movimientos, embarques, transportes de tropas, composición de los ejércitos, efectivos, etc., que no haya sido facilitada por la oficina de la Prensa organizada por el ministerio de la Guerra.

Tres veces por día el ministerio comunicará estas noticias á los periódicos.

Los directores de las diversas publicaciones diarias ó periódicas harán constar, por una declaración escrita, los días y las horas de su publicación regular. Todas las ediciones especiales quedan prohibidas, así como los anuncios á gritos ó fijados en la vía pública.

Deberán además remitir al ministerio de la Guerra (oficina de la Prensa) las pruebas definitivas de cada número tan pronto como la última página haya sido compuesta.

El diario ó la publicación, después del envío de esta prueba, podrá proceder á su tiraje y á la venta sin ninguna otra formalidad. Pero se expondrá á una recogida inmediata si al examinar las pruebas se ve que ha publicado una noticia militar cualquiera que no haya sido comunicada por las oficinas de este ministerio.

MESSIMY

□

Á las diez de la mañana se reunió en Bruselas la Cámara de Diputados. La sesión era extraordinaria, y asistió á ella el rey con la reina y sus tres hijos.

Alberto I, en medio de un silencio impresionante, pronunció este discurso:

«Nunca, después de 1830, hora más grave que la presente ha sonado para Bélgica. La fuerza de nuestro derecho y lo necesario que es para Europa el que gocemos de una existencia autónoma, nos hace esperar aún que los acontecimientos temidos no lleguen á producirse. Pero si nos obligan á impedir la invasión de nuestro suelo, el deber nos encontrará armados y decididos á los más grandes sacrificios.

»La juventud se ha puesto ya de pie para defender la patria en peligro. Una sola obligación se impone á nuestras voluntades: la de mantener una resistencia tenaz, con valor y con unión.

»Nuestra bravura nacional queda demostrada por nuestra irreprochable movilización y por la gran cantidad de alistamientos voluntarios. El momento presente exige actos. Yo os he reunido para que las Cámaras puedan asociarse al heroico impulso del país. Vosotros sabréis tomar todas las medidas que aconseja la urgencia presente. Todos estáis decididos á mantener intacto el patrimonio sagrado de vuestros antecesores. Nadie faltará á su deber.

»Nuestro ejército está á la altura de su misión. El Gobierno y yo tenemos plena confianza en él. El Gobierno sabe las responsabilidades que le esperan y las asumirá hasta el final, para defender el bien supremo del país. Si el extranjero viola nuestro territorio encontrará á todos los belgas agrupados en torno de su soberano, que no ha de traicionar nunca su juramento constitucional.

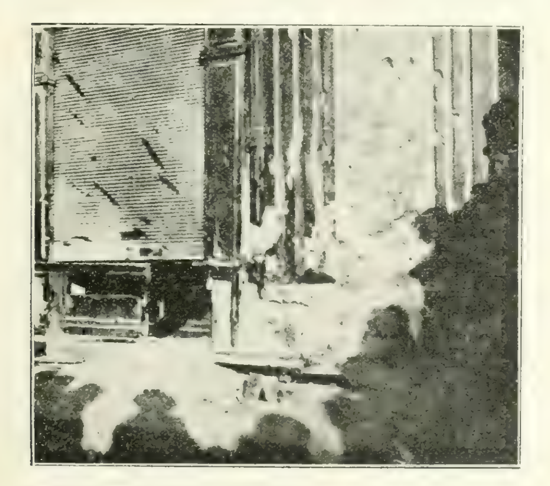
»Tengo fe en nuestros destinos. Un país que sabe defenderse se impone al respeto de todos y no perece nunca. Dios será con nosotros.»

Este discurso fué saludado con ruidosas aclamaciones. Luego la Cámara belga votó un crédito de 200 millones para las necesidades de la defensa nacional.

El gobierno, que iba á asumir la responsabilidad de una defensa aventurada y heroica, necesitaba juntar en su seno todas las voluntades y todas las opiniones del país. Por esto el mismo rey rogó al jefe del partido socialista, el gran orador Emilio Vandervelde, que aceptase un puesto en el gabinete, entregándole la cartera de ministro de Negocios Extranjeros.

El gobierno, formado por hombres enérgicos de todos los partidos, proclamó inmediatamente el estado de sitio en las provincias de Limburgo, Lieja, Namur y el Luxemburgo belga.

□



DE LOS ACORAZADOS ALEMANES



M. MESSIMY, MINISTRO DE LA GUERRA FRANCÉS

La Duma, que había sido convocada en San Petersburgo por el gobierno ruso, oyó las explicaciones de M. Sazonof, ministro de Negocios Extranjeros. Éste puso en claro el origen de la guerra impuesta á Rusia por la soberbia alemana.

«Con plena conciencia del deber inmenso que le incumbe —dijo el ministro Sazonof— y absorbido por el trabajo de su desenvolvimiento interior, el Imperio ruso no ha cesado de dar pruebas de su sincero deseo de paz. Únicamente por este deseo, que tantas veces nos ha hecho transigir y ceder, ha podido escapar Europa en 1912 y en 1913 del peligro de una conflagración general. No es, pues, Rusia la que amenazaba la paz del mundo. Jamás ha buscado ella defender su dignidad con la amenaza de las armas ni pisoteando el amor propio y el derecho de los débiles.

»Mientras nosotros sosteníamos la paz á costa de dolorosos sacrificios, ¿cuál era al mismo tiempo la labor á que se dedicaba el Imperio de Austria-Hungría? Su trabajo consistió en sembrar la discordia en los Balkanes. Fué él quien convenció á Bulgaria para que se arrojase contra sus antiguos aliados en 1912, lo que nos valió la segunda guerra búlgara.

»Desgarrado ese Imperio por hondas divisiones intestinas y previendo tal vez un reparto de sus territorios á la muerte de Francisco José, ha considerado preciso para galvanizar su vida hacer alarde de que aun le queda la fuerza de otros tiempos. Y para esto ha escogido como víctima á Servia.

»No ignoráis vosotros en qué condiciones se lanzó el *ultimatum* al Gabinete de Belgrado. Sometiéndose Servia á sus exigencias se reconocía como vasalla de Austria. No mostrar nosotros interés en esta cuestión hubiese equivalido al abandono de nuestro deber secular de defensores de los pueblos balkánicos. Era al mismo tiempo admitir que la voluntad de Austria, apoyada ocultamente por Alemania, imponía la ley en Europa. Ni nosotros, ni Francia, ni Inglaterra, podemos consentirlo.

»Á pesar de esto, Rusia, Francia é Inglaterra han intentado todo lo que era posible para el mantenimiento de la paz. ¿Qué era lo que nosotros pedíamos? Estábamos dispuestos á aceptar cualquier arreglo con el Gabinete de Viena con una sola condición: que no se atentase en nada contra la soberanía y la independencia de Servia.

»Desde el primer momento hemos expuesto francamente esta actitud nuestra al Gobierno de Alemania, y está fuera de toda duda que si el Gabinete de Berlín hubiese deseado la paz le habría bastado una sola palabra para detener á su aliado, como lo hizo durante la crisis balkánica. Pero en realidad Alemania, que no cesaba de afirmar, con palabras nada más, su deseo de influir en Viena, rehusó una tras otra todas las proposiciones que le fueron hechas, valiéndose para esto de objeciones sin fundamento.

»Mientras nos esforzábamos por conseguir una solución pacífica, Belgrado fué bombardeado, y Europa se encontró en presencia de una agresión realizada. ¿Qué le quedaba á Rusia por hacer después de este hecho amenazante? Proceder á la movilización.



EL REY DE BÉLGICA DIRIGIÉNDOSE AL PARLAMENTO ENTRE LAS ACLAMACIONES DE LA MUCHEDUMBRE

»En estas condiciones no podíamos abstenernos de adoptar las más elementales medidas de precaución, tanto más cuanto que Austria había ya movilizado la mitad de su ejército. Al mismo tiempo que se ordenaba nuestra movilización, S. M. el Emperador dió su palabra al Emperador de Alemania de que Rusia no recurriría á las armas mientras quedase la más pequeña esperanza de conseguir un arreglo pacífico.

»Estas palabras de moderación no fueron escuchadas. Alemania ha declarado la guerra, primero á nosotros, después á nuestra aliada Francia. Y luego, con menosprecio de todos los compromisos solemnes que había contraído de acuerdo con otros países como

garantizadora de la neutralidad del Luxemburgo y de la neutralidad de Bélgica, Alemania pisotea sus compromisos y viola su propia palabra.»

El ministro Sazonof terminó así:

«Nosotros no queremos admitir el yugo de Alemania y de su aliada, y combatiremos contra las dos por algo grande y de general interés: por libertar á Europa de un peligro. Rusia, al aceptar esta guerra, no busca una gloria vana.»

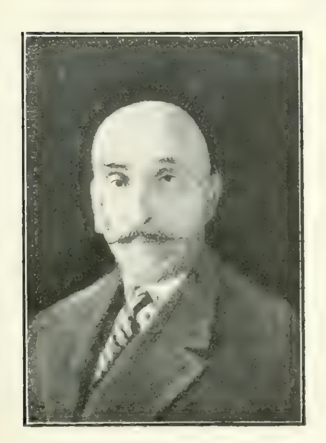
□

La muchedumbre patriótica de Berlín observó una conducta salvaje con los representantes de las potencias que Alemania había impulsado á la guerra.

Ya hemos visto de qué modo fué tratado en París el embajador Schoen, á pesar de su conducta equívoca y de los esfuerzos que hizo á última hora para ser objeto de una agresión personal que justificase el rompimiento de relaciones. El gobierno francés cuidó de la persona del embajador, corrigiendo sus imprudencias voluntarias con la incesante protección de la policía. Al partir Schoen organizó su viaje con toda clase de comodidades para él y su séquito, poniendo el gobierno á su disposición un tren especial.

En Berlín no sólo fueron tratados con desprecio los representantes diplomáticos, sino que vieron en peligro su existencia y la del personal de sus oficinas.

La salida del embajador de Rusia dió lugar á escenas repugnantes. Una masa de energúmenos patrióticos asaltó los carruajes en los que se dirigían á tomar el tren el embajador y sus secretarios. La policía apenas si se esforzó por defender á estos viajeros, protegidos por la inmunidad diplomática. Los manifestantes escupieron en la cara á las esposas de los diplomáticos rusos, y golpearon con los bastones á algunos de éstos, ensangrentándolos. Hay que hacer constar que en esta muchedumbre hostil no figuraban gentes del pueblo. Eran señores bien vestidos los que se mostraban más furiosos; algunos de ellos ostentando condecoraciones. Estudiantes y periodistas componían el resto de la manifestación. Todos pertenecían á la clase que habla con orgullo de la «cultura alemana», y quiere imponerla al resto del mundo que vive, según ellos, en un estado de civilización inferior. Su noble «Kultur» empezó por demostrarse en esta guerra atropellando á mujeres y hombres indefensos, protegidos por una inmuni-


M. SAZONOF. MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS RUSO


LA DUMA

dad que es respetada hasta por los pueblos más atrasados.

El embajador de Francia, M. Julio Cambon, se libró de estos atropellos personales, pero tuvo que sufrir con su personal una larga serie de molestias y humillaciones. El 3 de Agosto por la noche recibió sus pasaportes del gobierno alemán, pero tuvo que esperar veinticuatro horas para hacer entrega de sus archivos al embajador de España, que se encargó de todo el material de la embajada, así como de la protección de los franceses residentes en Alemania.

M. Julio Cambon es una de las personalidades más eminentes de la diplomacia. Él y M. Paul Cambon, embajador en Londres, han prestado á Francia importantes servicios. Mientras el uno trabajó en Inglaterra incesantemente hasta conseguir la inteligencia franco-británica, el otro Cambon luchó durante varios años en el terreno hostil de la diplomacia alemana por mantener el prestigio y la seguridad de Francia.

Guillermo II mostró en repetidas ocasiones el alto aprecio en que tenía la personalidad del embajador Cambon, visitándolo muchas veces en el palacio de la embajada. Á pesar del respeto que merecía esta personalidad, y de las consideraciones que son debidas al representante de un país mientras permanece en su puesto, el gobierno alemán trató á M. Cambon con dureza. Durante las veinticuatro horas que permaneció en Berlín, las autoridades alemanas procuraron molestarle, demostrando en ello cierta delectación. Mientras en París M. de Schoen había podido vivir con entera libertad, M. Cambon y el personal de la embajada francesa, encerrados en su domicilio como si fuesen prisioneros, recibieron la orden de no encargar sus comidas más que en restaurants cuyos dueños fuesen alemanes. En esta situación humillante monsieur Cambon tuvo que pedir al ministerio de Negocios Extranjeros que se dignase intervenir para que el dueño de un hotel quisiera enviarle comida para él y sus colaboradores. Todos los establecimientos de Berlín se negaban á servir á los diplomáticos fran-

ceses, como si esto fuese un crimen de lesa patria.

El itinerario del viaje dió también motivo á las violencias alemanas. M. Cambon quería volver á su país por el camino más corto, ó sea por Holanda y Bélgica. Pero en la noche del 4 lo hicieron partir con veintisiete personas de su séquito por la vía de Dinamarca, lo que representaba un rodeo enorme. Además el tren hizo un viaje lento y dificultoso, empleando veinticuatro horas para llegar á Kiel. En muchas estaciones varios soldados alemanes, revólver en mano, guardaban las puertas del vagón, prohibiendo con amenazas de muerte que los franceses hablasen entre ellos.

Al llegar á la última estación alemana, el oficial prusiano encargado de acompañar la comitiva hasta la frontera exigió á M. Cambon el pago de 3.500 marcos, que era el precio del viaje, afirmando que si no entregaba esta cantidad se opondría á que pasasen la frontera danesa. El embajador se asombró de que no le hubiesen pedido este dinero al salir de Berlín, y ofreció un cheque sobre un gran banco alemán. El oficial rehusó el cheque y M. Cambon tuvo que resignarse á hacer una colecta entre sus compañeros de viaje, que pudieron reunir en metálico unos 4.000 francos, entregándolos. De este modo compraron su libertad y pudieron atravesar la frontera, donde les esperaba un tren especial y lujoso preparado por el gobierno de Dinamarca y que los trasladó inmediatamente á Copenhague.


M. JULIO CAMBON

Así procedió el gobierno alemán, mientras en París dedicaban un coche-salón al viaje de M. de Schoen, vehículo que tardó mucho en ser devuelto á Francia.

Más adelante veremos cómo salió de Berlín el embajador de Inglaterra.

◻

El *ultimatum* del gobierno alemán á Bélgica produjo en Bruselas una explosión de cólera. El entusiasmo patriótico se esparció por las calles en ruidosa manifestación. Nadie tuvo en cuenta el enorme poder de Alemania y la pequeñez de la nación belga. Todos vieron únicamente la monstruosidad del atropello. La conciencia nacional se sublevó con heroica unanimidad. Hasta el elemento flamenco de Bélgica, que había mostrado siempre cierta aversión contra Francia, olvidó sus preocupaciones para unirse al grito de protesta que lanzaba todo el país.

Numerosas manifestaciones recorrieron las calles de Bruselas dando vivas á Francia y cantando *La Marsellesa*. Otros grupos lanzaron gritos contra Alemania é hicieron alardes de hostilidad ante los establecimientos y viviendas de los alemanes. Éstos eran muy numerosos en el territorio belga. La emigración germánica, como si obedeciese á una orden superior, había invadido en los últimos años las ciudades de Bélgica. En Amberes dominaba gran parte del comercio. Todos los alemanes establecidos se dedicaban al espionaje, como se vió claramente después. Muchos, empleando el procedimiento de la naturalización recomendado por el gobierno alemán, se habían hecho ciudadanos belgas, ocupando puestos públicos y figurando como oficiales de la milicia llamada Guardia Cívica.

Un soldado francés que estaba de paso en Bruselas fué llevado en triunfo por la muchedumbre. Las damas belgas ostentaban escarapelas con los colores nacionales y los de Francia. Todos hacían votos por que la vecina República se defendiese enérgicamente de la invasión alemana, afirmando que Bélgica estaba dispuesta á perecer antes de consentir el paso de las tropas enemigas.

Dos dirigibles alemanes, volando sobre Bruselas en la mañana del 4, excitaron aun más la indignación general. Este pueblo, el más tranquilo y laborioso de Europa, no pudo contener su cólera al verse tan injustamente agredido.

Varios grupos, con una indignación perfectamente explicable, atacaron algunos establecimientos alemanes é insultaron á los súbditos germánicos en las calles.

Al mismo tiempo en París la muchedumbre seguía con entusiasmo el desarrollo de la movilización. La vida de la ciudad parecía haberse concentrado en la estación del Este. Todos marchaban hacia ella; unos para incorporarse al ejército; otros para despedir á los que partían.

En las calles apenas se encontraban vehículos. Todos los medios populares de comunicación estaban suprimidos por falta de personal. Por el centro de las avenidas pasaban los regimientos, los escuadrones, ó grupos de muchachos y mujeres llevando al frente la bandera tricolor y cantando *La Marsellesa*.

Un auto de alquiler, corriendo á toda velocidad,





Dibujo de André Devamber, de la «Illustration» de Paris

Retirada de los alemanes p



dos por los ejércitos rusos

atropelló á un transeunte que iba de prisa. Por fortuna éste salió indemne de entre las ruedas, y se lanzó contra el chauffeur insultándolo, así como el público aglomerado por aquel incidente.

—Tengo mucha prisa—dijo el conductor excusándose—. Voy á entregar el auto. Salgo dentro de dos horas para la frontera.

—Yo también—contestó su víctima con súbita tranquilidad.

Y los dos hombres, que en otra ocasión se hubiesen golpeado, acabaron por abrazarse. «Camarada, ¡viva Francia!»

En un vagón del ferrocarril metropolitano, lleno de gentio, cuatro jóvenes elegantes abandonaron sus asientos al ver subir cuatro soldados con las botas y los uniformes llenos de polvo. Los soldados vacilaron, no atreviéndose, por galantería, á aceptar el ofrecimiento.

—Sentaos—insistieron las damas—. Hoy son las mujeres las que deben ceder el sitio á los hombres.

Los soldados acabaron por aceptar.

—Gracias, señoras—dijo uno de ellos—. Bien lo necesitábamos. Estamos marchando desde esta mañana para llegar á tiempo á la estación del Este.

En la estación se desarrollaron durante muchos días escenas conmovedoras y se pronunciaron frases de popular sinceridad que demostraban el estado del alma francesa.

Una madre besaba por última vez á su hijo, soberbio coracero que hacía esfuerzos por distraerla y evitar sus lágrimas.

—Adiós, mamá. ¿Qué quieres que te traiga de Berlín?

—Tu piel intacta, hijo mío. No deseo otra cosa. En Prusia todo lo que hay es bisutería mala.

Un tren iba á partir con un regimiento de infantería. El jefe de la estación le dijo al coronel:



UN TREN DE MOVILIZADOS SALIENDO DE PARIS

—Vuestro departamento está á la cabeza del tren: en un vagón de primera.

—¡Mi departamento!—exclamó con extrañeza el coronel—. Yo debo estar donde estén mis hombres.

Y subió á un vagón de carga lleno de soldados.

En la muchedumbre se oyeron frases como estas:

—No llores, mujer; sé razonable. Comprende que esto no podía seguir así, y que es hora de que acabe. No se puede vivir toda la vida con una espada amenazante sobre la cabeza.

Otros gritaban:

—Hay que acabar con ese imperio alemán que nos fastidia.

Y todos con la voz ó con los ojos expresaban su conformidad.

—Es cierto. Hay que cambiar de existencia ó morir.

La fe en la victoria animaba á la muchedumbre y á los combatientes.

En el campamento de Versalles los soldados de un escuadrón que iba á partir para la frontera colocaron este cartel sobre un árbol:

EL JUEVES PRÓXIMO

PARTIDA DEL GRAN CIRCO FRANCO-BELGA

52 caballos, 45 artistas

PRIMERA REPRESENTACIÓN DE GALA

GRAN PLAZA DE BERLÍN

Y en un ángulo del cartel había pintada una amazona de circo enviando besos al público. ¡El buen humor inextinguible del soldado francés cuando va al encuentro de la muerte!...

Esta fe en el triunfo la expresó un conductor de autobus con una ingenuidad conmovedora.

—Lo que más me fastidia—dijo—es la pendiente de los caminos de Bohemia. To-



LA MULTITUD ACLAMANDO Á LOS RESERVISTAS QUE VAN Á LA GUERRA

dos ellos son terribles, y sufriremos mucho al conducir los automóviles militares.

El chauffeur se veía ya corriendo por el territorio de los enemigos con una buena fe inocente y heroica.

Los alsacianos y loreneses residentes en París se reunieron en un café del bulevar. Eran más de tres mil, hombres y mujeres. El presidente de la reunión, M. Eugenio Kuentzmann, originario de Estrasburgo, aconsejó á sus compatriotas que formasen un cuerpo de voluntarios.

- Es la Francia dijo , nuestra patria verdadera, la que vamos á defender. Partamos alegremente, porque dentro de pocos días los que hemos vivido refugiados en París tendremos el consuelo de encontrarnos con nuestros hermanos de Alsacia, que el enemigo está armando contra nosotros. Las armas alemanas que ponen en sus manos se volverán contra Prusia.

Una señora habló después.

—Nuestros hijos—dijo con voz temblorosa—han sido esclavizados por Alemania. Hemos esperado durante cuarenta años, tascando nuestro freno, la hora del desquite. Esta hora ha llegado al fin. Hela aquí. ¡Alsacianas, hermanas mías! ¿Vais á permanecer sin hacer nada? Propongo que al cuerpo de voluntarios alsacianos y loreneses se una otro cuerpo de enfermeras formado por nosotras. Iremos á nuestra tierra para libertar á nuestras madres y hermanas y cuidar nuestros heridos.

Á los sones de la *Marcha Lorenesa* los asistentes á la reunión fueron á inscribirse como voluntarios en grupos de diez. Las mujeres se inscribieron igualmente.

Antes de partir, el presidente, con voz cortada por la emoción, dijo á sus compatriotas:

Alsacianos y loreneses: Francia cuenta con nosotros. ¡Juremos morir por ella!

Hombres y mujeres levantaron la diestra diciendo con sencillez:

—¡Lo juramos!

Todos lloraban al ver llegada la hora, después de tantos años de espera.

Á estas muestras de entusiasmo se unieron las de los revolucionarios.

Juan Longuet, nieto de Carlos Marx, el fundador del socialismo alemán, dijo así:

«Si Francia es invadida, ¿cómo los socialistas no serán los primeros en defender la Francia de la Revolución y de la democracia, la Francia de la Enciclopedia, de 1793, de 1848, la Francia de Pressensé y de Jaurés?»

Marcel Sembat dijo á sus correligionarios:

«Estáis obligados á hacer la guerra por la violación de los territorios neutrales y por la agresión de la Alemania imperial. Vais á batiros en defensa de la cultura francesa y de la libertad de los pueblos. Cuando seáis vencedores—porque la victoria os aguarda—, os negaréis á violar el derecho de los otros.»

Miguel Almereida, director de *Le Bonet Rouge:*

«Socialistas, hermanos míos, relegad por el momento nuestra *Internacional* y nuestra bandera roja. Nuestro canto debe ser en adelante *La Marsellesa* y nuestra bandera los tres colores. Como en 1793, la bandera en sus pliegues y el himno en sus estrofas, llevan el alma de los pueblos libres.»

Au Peuple Belge!

[illegible] plus grand regret que les troupes Allemandes se voient forcées de [illegible] la frontière de la Belgique. Elles agissent sous la contrainte d'une nécessité inévitable, la neutralité de la Belgique ayant été déjà violée par des officiers français, qui, [illegible] ont traversé le territoire belge [illegible] pour pénétrer en Allemagne.

[illegible] c'est notre plus grand désir qu'il y ait encore moyen d'éviter un combat entre deux [illegible] jadis même alliés. Souvenez-vous du glorieux jour de [illegible] allemandes qui ont contribué à fonder [illegible] l'indépendance et la [illegible] patrie.

[illegible] tout le chemin libre. Des destructions de ponts, de tunnels, de voies [illegible] devront être regardées comme des actions hostiles. Belges, vous avez à choisir.

[illegible] que l'Armée allemande de la Meuse ne sera pas contrainte de vous [illegible]. Un chemin libre pour attaquer celui qui voulait nous attaquer, c'est tout ce [illegible] désirons.

[illegible] des **garanties formelles** à la population belge qu'elle [illegible] des horreurs de la guerre; que nous **payerons en** [illegible] les vivres qu'il faudra prendre du pays; que nos soldats se [illegible] amis d'un peuple pour lequel nous éprouvons la plus haute estime, la [illegible].

C'est de votre sagesse et d'un patriotisme bien compris qu'il dépend d'éviter à votre pays les horreurs de la guerre.

Le Général Commandant en Chef l'Armée de la Meuse

von Emmich.

PROCLAMA DE VON EMMICH AL PUEBLO BELGA

Esta proclama fué distribuída á mano por los primeros jinetes alemanes (húsares de la Muerte y hulanos que penetraron el 4 de Agosto en Bélgica con dirección á Lieja. De ella sólo quedan unos pocos ejemplares guardados por los belgas, pues los alemanes han procurado luego hacerla desaparecer, buscándola por todo el país. Este documento es de gran valor, ya que sirve para demostrar la campaña de mentiras realizada por los alemanes, y prueba además lo premeditado de una invasión, preparada desde mucho tiempo antes, hasta el punto de tener impresa una proclama en grandes cantidades para repartirla así que franqueasen la frontera.

Alemania, con arreglo á sus procedimientos arbitrarios, invadió Bélgica sin declaración de guerra. En la noche del 3 al 4 de Agosto las primeras fuerzas alemanas atravesaron la frontera belga, desde Aix-la-Chapelle á Recht.

El general Von Emmich, jefe del ejército alemán del Mosa, que mandaba las tropas invasoras, lanzó la siguiente proclama al entrar en Bélgica:

AL PUEBLO BELGA

Con gran pesar mío las tropas alemanas se han visto obligadas á franquear la frontera de Bélgica. Obran bajo la presión de una necesidad inevitable, pues la neutralidad de Bélgica ha sido ya violada por oficiales franceses, que disfrazados han atravesa-

Article VII

La Belgique, dans les limites indiquées aux Articles I, II, et IV, formera un Etat indépendant et perpétuellement neutre.. Elle sera tenue d'observer cette même neutralité envers tous les autres Etats

EL ARTÍCULO 7.º DEL TRATADO DE NEUTRALIDAD DE BÉLGICA

do en automóvil el territorio belga, para penetrar en Alemania.

¡Belgas! Nuestro más ferviente deseo es evitar un conflicto entre dos pueblos que han sido amigos hasta el presente y que en otro tiempo fueron aliados. Acordaos del glorioso día de Waterlóo, en que los ejércitos alemanes contribuyeron á fundar y establecer la independencia y la prosperidad de vuestro país.

Necesitamos el camino libre. Las destrucciones de puentes, túneles y vías férreas serán consideradas por nosotros como actos hostiles. Belgas: podéis elegir.

Yo espero que el ejército alemán del Mosa no se verá obligado á combatiros. El camino libre para atacar á los que nos quieren atacar es todo lo que deseamos nosotros.

Yo garantizo formalmente que la población belga no tendrá que sufrir en nada los horrores de la guerra; que pagaremos en oro los víveres que necesitemos, y que nuestros soldados procederán como los mejores amigos de un pueblo por el cual sentimos nosotros la más alta estima y la más grande simpatía.

De vuestra prudencia y de vuestro patriotismo bien entendido, depende el evitar á vuestro país los horrores de la guerra.

El general comandante en jefe del ejército del Mosa.

VON EMMICH

Inútil es decir que esta proclama fué una demostración más de la hipocresía germánica. Era falso que unos oficiales franceses hubiesen pasado disfrazados la frontera belga. Además este pretexto para invadir á un pueblo resultaba tristemente ridículo. ¿Qué peligro podía correr Alemania aunque esto hubiese sido cierto?

La invasión de Bélgica era un hecho previsto desde años antes por los belgas, que desconfiaban de Alemania y seguían con atención sus preparativos. Alberto I, después de una entrevista con el kaiser en Berlín, había regresado á su país mostrando una gran desconfianza acerca de la amistad de sus vecinos. Á esto se debió que el reino de los belgas reconociese la necesidad de modificar la organización de sus medios de defensa, considerándolos insuficientes para proteger su neutralidad. Este país, dedicado á la industria y poco afecto á las glorias militares, procedió al engrandecimiento de su ejército, con la certeza de que alguna vez tendría que defenderse de la ambición alemana.

Como garantía de su independencia, contaba con el tratado de neutralidad firmado en Londres el 19 de Abril de 1839. Este tratado estipulaba textualmente en su artículo 7.º:

«Bélgica formará un Estado independiente y perpetuamente neutral. Deberá observar esta misma neutralidad con todos los demás Estados.»

El tratado de Londres iba garantizado por las firmas de Austria, Francia, Gran Bretaña, Rusia y Prusia. Pero ya hemos visto el poco respeto que inspiraba á la diplomacia prusiana la firma de su Estado.

En 1906 un general belga anunció la invasión alemana con ocho años de anticipación. El estudio mi-



LAS FIRMAS DEL TRATADO

Por Inglaterra, Palmerston; por Bélgica, Silva Van der Wever, por Austria, Seneft; por Francia, Sebastiani; por Prusia, Bulow, y por Rusia, Pozzo di Borgo



PRIMEROS DÍAS DE LA MOVILIZACIÓN

Un suboficial de la reserva, baja del automóvil con su mujer para entrar en un almacén de objetos militares y hacer sus últimas compras. En la mano lleva la pequeña maleta de oficial llamada «cantina»

(Fot. Meurisse)

litar publicado por dicho general en un diario de Bruselas produjo la alarma. Demostraba en él que indudablemente Alemania, al tener una guerra con Francia, procuraría atacarla por el punto más fácil, ó sea por Bélgica, aunque para esto hubiese de atropellar la neutralidad. Dió en apoyo de esto numerosas pruebas, siendo una de las más convincentes el extracto de una carta dirigida á Bismarck en 1879 por el viejo emperador Guillermo I, abuelo del emperador actual. En esta carta, desconocida hasta entonces, Guillermo I hablaba á su Canciller de los grandes trabajos de defensa realizados por Francia para cubrir su frontera del peligro de una invasión en el caso de una segunda guerra franco-prusiana.

«La frontera francesa—decía el emperador—está cerrada casi herméticamente desde Suiza hasta Bélgica. Esta línea continua de fortalezas y de fuertes, aunque consiguiéramos atravesarla, haría imposible el envío de todo refuerzo, y estorbaría enormemente el empleo estratégico de nuestras fuerzas.

»Aunque resultáramos victoriosos en los combates, nos sería imposible proseguir nuestros éxitos como en 1870, porque nos veríamos obligados inmediatamente á sitiar esta cintura de campos atrincherados, y antes de que llegásemos á tomar algunos fuertes, el ejército derrotado tendría tiempo para rehacerse detrás de esta línea, tomando fuerzas para un nuevo encuentro. Y si por desgracia los alemanes son derrotados en el primer choque, la orilla izquierda del Rhin quedará perdida y tendremos que retirarnos al otro lado del río.»

El Estado Mayor alemán siguió creyendo en la imposibilidad de una invasión por la frontera francesa, enormemente fortificada, y buscó el paso por Bélgica, atropellando todos sus compromisos nacionales.

Estas revelaciones del general belga, así como los trabajos de los alemanes en su frontera, pusieron en guardia á Bélgica. Los diversos ferrocarriles germánicos que afluían á la frontera y los enormes campos militares establecidos en Aix-la-Chapelle y Malmedy obligaron al gobierno de Bruselas en los últimos años á acelerar sus preparativos militares. Gracias á ellos pudo Bélgica asombrar al mundo con una resistencia que nadie esperaba.

Creyeron los alemanes que la invasión de Bélgica era una empresa de cuarenta y ocho horas, y que iban á llegar sin ningún obstáculo hasta la frontera francesa del Norte, casi desprovista de fortificaciones.

La pequeña nación fué como David, y asestó una pedrada certera al Goliath germánico.



SOLDADO FRANCÉS DE INFANTERÍA CON SU EQUIPO



ULTIMO DETALLE DEL EQUIPO MILITAR

Entrega de la medalla de identidad á los movilizados en uno de los cuarteles de París

(Dibujo de Luciano Jonas, de la «Illustration» de París)



LA CÁMARA DE DIPUTADOS DE FRANCIA

X

Memorable sesión del Parlamento francés

Como ya dijimos, el gobierno francés convocó las Cámaras en sesión extraordinaria el 4 de Agosto. Diputados y senadores acudieron al llamamiento con un silencio grave y una dignidad austera, sabiendo que la urgencia del momento imponía actos y no palabras.

Todos se daban cuenta de la importancia de sus decisiones. Los socialistas estaban anonadados aún por la pérdida de Jaurés. El mismo día por la mañana se había verificado su entierro. Su asiento fué el único que permaneció vacío durante la famosa sesión. Detrás de él estaba Marcelo Sembat con el rostro crispado por la emoción, como un discípulo ante la tumba del maestro. Vaillant Renaudel, Groussier, todos los revolucionarios amigos de la paz, que días antes clamaban contra la guerra, ocupaban sus puestos para aceptar una guerra inevitable, impuesta por la soberbia del enemigo, y aplaudieron las declaraciones gubernamentales al mismo tiempo que los diputados más reaccionarios.

Deschanel, el presidente de la Cámara, tuvo en ciertos momentos que suspender su vibrante discurso. La emoción anudó su garganta: las lágrimas velaron su voz.

«He aquí—dice un cronista de esta sesión memorable—á M. Viviani, que avanza para subir á la tribuna. Este hombre, todavía joven, lleva sobre sus espaldas la responsabilidad del poder en un momento supremo. Sin embargo, no parece aplastado por el peso. Bajo su frente sólida y dura los ojos permanecen en calma. Su mandíbula parece avanzar. El rostro, tallado rudamente, expresa la energía que todos desean. ¿No siente emoción este jefe joven, á quien impone el destino como el más pesado fardo ese poder que tantos otros recibieron como un juguete agradable?... Lee con una voz que no quiere esforzar el mensaje del presidente de la República. Su tono es calmoso. Pero sin embargo, por dos veces M. Viviani se ve obligado á enjugar el vaho que cubre los cristales de sus lentes.»

El relato oficial de la sesión dice más que todas las descripciones, pues revela la fuerza del espíritu nacional en este grave momento.

▫

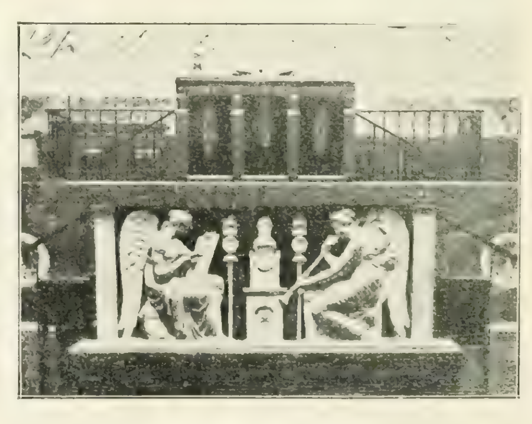
La sesión empezó á las tres de la tarde.

El presidente de la Cámara, M. Paul Deschanel, ocupó su sillón, mientras los diputados corrían apresuradamente á sus sitios, llenando todo el hemiciclo. Las tribunas estaban repletas. Fuera de la Cámara había miles de personas. Un silencio imponente pesaba sobre el salón de sesiones.

Seiscientos diputados fijaban sus ojos en Deschanel, esperando su palabra. Un secretario leyó el decreto del presidente de la República ordenando la reunión de las Cámaras, y luego Deschanel se puso de pie, diciendo lo siguiente:

DISCURSO DEL PRESIDENTE DESCHANEL

En los graves acontecimientos que atraviesa Francia, una horrible desgracia nos ha herido á todos. Jaurés... *(Todos los diputados se ponen de pie)* Jaurés ha sido asesinado por un demente á la hora misma en que volvía de intentar un esfuerzo supremo en favor de la paz y de la unión nacional. Una elocuencia magnífica, una gran potencia para el trabajo y una cultura extraordinaria; un corazón generoso dedicado por entero á la justicia social y á la fraternidad humana, al que sus mismos contradictores sólo le podían reprochar una cosa: sustituir en sus impulsos hacia el porvenir



LA TRIBUNA DE LA CÁMARA

la dura realidad que nos oprime con las más nobles esperanzas; he aquí lo que un crimen odioso nos ha arrebatado. *(Vivos aplausos en todos los bancos.)*

El dolor de su familia y de sus amigos es nuestro dolor. Los que tantas veces discutieron sus ideas, admirando su fuerza intelectual, reconocían, á pesar de todo, lo mucho que debíamos en nuestras controversias á este cerebro grande y luminoso. Sus adversarios sienten tanto dolor como sus amigos, y se inclinan con tristeza delante de esta tribuna, que está de duelo... ¡Pero qué digo! ¿Acaso quedan aún adversarios? No; ya no hay más que franceses... *(Aclamaciones prolongadas y unánimes que interrumpen al orador por algún tiempo),* franceses que desde hace cuarenta y cuatro años han hecho por la causa de la paz todos los sacrificios *(Vivos aplausos)* y que hoy están prontos á todos los sacrificios por la más santa de las causas: la salud de la civilización *(Nuevos aplausos en todos los bancos),* la libertad de Francia y la libertad de Europa. *(Aclamaciones prolongadas y unánimes. Gritos de «¡Viva Francia!»)*

Del féretro de ese hombre, que pereció mártir de sus ideas, surge un pensamiento de unión; de sus labios helados surge un grito de esperanza. Mantener esta unión, realizar esta esperanza por la patria, por la justicia, por la conciencia humana *(Nuevos aplausos),* ¿no es el más digno homenaje que todos nosotros podemos rendirle? *(Toda la Cámara aplaude frenéticamente. Las tribunas se unen á esta manifestación. Suenan repetidos gritos de «¡Viva Francia!» Los diputados acuerdan por unanimidad que el discurso de Deschanel sea fijado oficialmente en todos los pueblos de la República.)*



PAUL DESCHANEL

Al subir á la tribuna M. Viviani, presidente del Consejo de Ministros, es saludado con una larga ovación. Antes de pronunciar su discurso, Viviani dió lectura al siguiente

MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Francia acaba de ser objeto de una agresión brutal y premeditada, que es un insolente desafío al derecho de gentes.

Antes de que una declaración de guerra nos haya sido dirigida, y antes también de que el embajador de Alemania pidiese sus pasaportes, nuestro territorio ha sido violado. El Imperio de Alemania no hizo ayer noche más que dar tardíamente su nombre verdadero á un estado que de hecho había creado mucho antes.

Desde hace más de cuarenta años, los franceses, con un sincero amor á la paz, han repelido al fondo de su corazón el deseo de legítimas reparaciones. *(Viva aprobación.)*

Francia ha dado al mundo el ejemplo de una gran nación, que elevándose sobre el desastre por la voluntad, la paciencia y el trabajo, no ha usado de su fuerza renovada y rejuvenecida más que en interés del progreso y por el bien de la humanidad. *(Aplausos unánimes.)*

Después que el *ultimatum* de Austria abrió una crisis amenazante para Europa entera, Francia se ha limitado á seguir y recomendar, por todos lados, una política de prudencia, de cordura y de moderación.

Nadie puede imputarle un acto, un gesto, una palabra, que no haya sido de paz y de conciliación. *(Nuevos aplausos.)*

En esta hora de los primeros combates tiene el derecho de hacerse justicia á sí misma, afirmando solemnemente que hasta el último momento ha realizado esfuerzos supremos para impedir la guerra que acaba de estallar, y de la cual el Imperio de Alemania soportará ante la Historia la abrumadora responsabilidad. *(Aplausos prolongados.)*

Precisamente cuando nuestros aliados y nosotros manifestábamos la esperanza de que continuasen pacíficamente las negociaciones entabladas bajo los auspicios del Gabinete de Londres, el Imperio alemán ha declarado súbitamente la guerra á Rusia. Después ha invadido el territorio del Luxemburgo, ha insultado de un modo ultrajante á la noble nación belga, nuestra vecina y nuestra amiga *(Aplausos redoblados),* y ha intentado sorprendernos traidoramente en plena conversación diplomática. *(Nuevos aplausos.)*

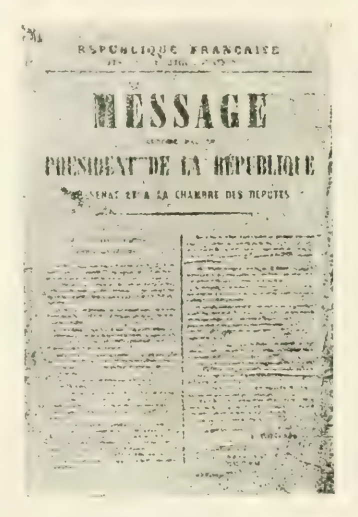
Pero Francia velaba. Tan previsora como pacífica, ella se había preparado. Y nuestros enemigos van á

encontrar en su camino nuestras valientes tropas de cobertura *(Vivos aplausos)*, que están en su puesto de batalla y á cuyo abrigo se acabará metódicamente la movilización de nuestras fuerzas nacionales.

Nuestro hermoso y valeroso ejército, que Francia acompaña hoy con su pensamiento maternal, se ha puesto de pie, vibrante de entusiasmo *(¡Sí! ¡Sí! ¡Bravo!)*, para defender el honor de la bandera y el suelo de la patria. *(Viva aprobación.)*

El Presidente de la República, intérprete de la unanimidad del país *(Muy bien, muy bien)*, expresa á nuestras tropas de tierra y de mar la admiración y la confianza de todos los franceses. *(Repetidos aplausos.)*

Estrechamente unida por un mismo sentimiento, la nación seguirá mostrando la misma serenidad de que ha dado una prueba cotidiana desde el principio de la crisis. Sabrá conciliar como siempre los más generosos impulsos y los ardores más entusiastas, con esa calma firme que es el signo de las energías durables y la mejor garantía de la victoria. *(Aprobación.)*


RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

MESSAGE

PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE

SÉNAT ET À LA CHAMBRE DES DÉPUTÉS

MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

En la guerra que ahora empieza, Francia tendrá á favor suyo el Derecho, del cual los pueblos, lo mismo que los individuos, no pueden impunemente desconocer la eterna potencia moral.

Francia será defendida heroicamente por todos sus hijos, cuya unión sagrada frente al enemigo nadie podrá romper *(Muy bien, bravo)*, y que hoy aparecen fraternalmente unidos en una misma fe patriótica y una misma indignación contra el agresor.

Francia es fielmente secundada por su aliada Rusia *(Aplausos)* y se ve sostenida por la leal amistad de Inglaterra. *(Aplausos prolongados.)*

Ya en estos momentos vienen hacia ella de todos los puntos del mundo civilizado las simpatías y los deseos de triunfo, porque ella representa hoy, una vez más ante el universo, la Libertad, la Justicia y la Razón.

Arriba los corazones, y ¡viva Francia! *(Una ovación inmensa de toda la asamblea, puesta de pie, saluda el final del mensaje. Cuando se restablece el silencio y cesan las aclamaciones, M. Viviani pide la palabra para hablar en nombre del Gobierno.)*

DISCURSO DE M. RENÉ VIVIANI

Señores: El embajador de Alemania ha salido ayer de París, después de notificarnos el estado de guerra.

El Gobierno debe al Parlamento un relato verídico de los hechos que en menos de diez días han desencadenado la guerra europea y obligado á la Francia, pacífica y fuerte, á defender su frontera contra una agresión insólita, subrayada por una odiosa injusticia. *(Muy bien, muy bien.)*

Esta agresión, que nada puede excusar y que ha comenzado mucho antes de que nos fuese notificada ninguna declaración de guerra, es el último acto de un plan cuyo origen y fines quiero revelar ante nuestra democracia y ante la opinión civilizada. *(Muy bien.)*

Como consecuencia del crimen abominable que costó la vida al archiduque heredero de Austria-Hungría y á la duquesa de Hohenberg, varias dificultades surgieron entre el Gabinete de Viena y el Gabinete de Belgrado.

La mayor parte de las potencias sólo estaban informadas de esto oficiosamente, hasta el viernes 24 de Julio, fecha en la que los embajadores de Austria-Hungría les remitieron una circular que la prensa ha publicado.

Esta circular tenía por objeto la explicación y justificación de un *ultimatum* dirigido en la noche anterior al Gobierno de Servia por el ministro de Austria-Hungría en Belgrado.

Dicho *ultimatum*, después de afirmar la complicidad de numerosos súbditos y asociaciones de Servia en el crimen de Serajevo, insinuaba que las autoridades oficiales servias habían participado también en el atentado. La Nota exigía para el sábado 25 de Julio, á las seis de la tarde, una respuesta de Servia.

Las satisfacciones exigidas, ó al menos gran parte de ellas, atentaban indiscutiblemente contra los derechos de un Estado soberano. Pero á pesar de su carácter excesivo, Servia, el 25 de Julio, se sometió á ellas casi sin reserva alguna.

Á esta sumisión, que representaba para Austria un gran éxito y para la paz europea una garantía, contribuyeron desde la primera hora los consejos que Francia, Rusia y la Gran Bretaña dirigieron al Gobierno de Belgrado.

Estos consejos eran de gran valor, si se tiene en cuenta que las exigencias austro-húngaras habían sido ocultadas á las cancillerías del Triple Acuerdo, y que en las tres semanas anteriores el Gobierno austrohúngaro les dió repetidas veces la seguridad de que sus reivindicaciones serían en extremo moderadas.

Así, pues, con un justo asombro, los Gabinetes de París, San Petersburgo y Londres se enteraron el 26 de Julio de que el ministro de Austria en Belgrado, después de un examen de la respuesta servia por sólo breves minutos, la declaró inaceptable rompiendo las relaciones diplomáticas.

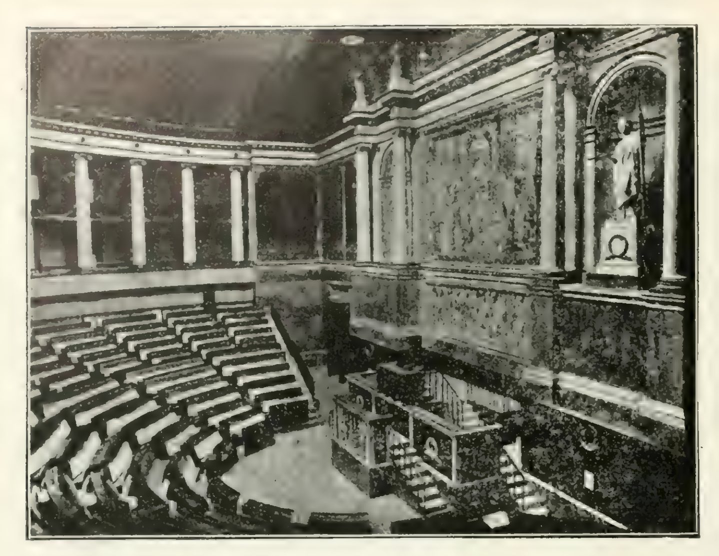


¡NO SE PASA!

«Francia será defendida heroicamente por todos sus hijos, cuya unión sagrada frente al enemigo nadie podrá romper.»

(Del Mensaje Presidencial)

Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de París



LA SALA DE SESIONES DE LA CÁMARA FRANCESA

Esta estupefacción se agravó aun más por el hecho de que el viernes 24 el embajador de Alemania en París vino á leer al ministro francés de Negocios Extranjeros una Nota verbal afirmando que el conflicto austro-servio debía quedar localizado, sin intervención de las grandes potencias, pues de no ser así habría que temer «consecuencias incalculables».

Una gestión análoga hizo Alemania al día siguiente, sábado 25, en Londres y San Petersburgo.

Creo inútil, Señores, llamar vuestra atención sobre el contraste que existe entre los términos amenazadores empleados por el embajador de Alemania en París y los sentimientos de conciliación que habían demostrado las potencias del Triple Acuerdo dando al Gobierno de Servia consejos para que fuese sumiso.

Á pesar del carácter anormal de esta gestión alemana, nosotros, de acuerdo con nuestros aliados y nuestros amigos, iniciamos inmediatamente una acción conciliatoria invitando al Gobierno alemán para que se uniese á nuestras gestiones.

Desde el primer momento tuvimos la triste convicción de que nuestras disposiciones y nuestros esfuerzos no iban á obtener en Berlín eco alguno.

Alemania no sólo se mostraba reacia á dar á Austria-Hungría los consejos amigables que su situación le autorizaba á formular, sino que desde el primer día, y más aún en los días siguientes, pareció interponerse entre el gabinete de Viena y las proposiciones de transacción formuladas por las otras potencias.

El martes 28 de Julio, Austria-Hungría declaró la guerra á Servia. Esta declaración de guerra agravando cuarenta y ocho horas después el estado de cosas creado por la ruptura de relaciones diplomáticas, permitía creer en una voluntad reflexiva, deseosa de la guerra, y en un programa sistemático que tenía por objeto la servidumbre de Servia.

De este modo se encontraba comprometido, no solamente la independencia de un pueblo valeroso, sino el equilibrio de los Balkanes, inscrito en el tratado de Bucarest de 1913 y consagrado por la adhesión moral de todas las grandes potencias.

Á pesar de esto, obedeciendo á la sugestión del Gobierno británico, dispuesto siempre del modo más firme al mantenimiento de la paz europea, las negociaciones conciliadoras se prosiguieron, ó más exactamente, las potencias del Triple Acuerdo intentaron proseguirlas.

De este deseo común surgió la proposición de una actuación de cuatro potencias, Inglaterra, Francia, Alemania é Italia, que asegurarían á Austria todas las satisfacciones legítimas, resolviendo con equidad el conflicto.

El miércoles 29 el Gobierno ruso, viendo el persistente fracaso de todas sus tentativas pacificadoras, y en presencia de la movilización y la declaración de guerra austriacas, temió que Servia fuese aplastada militarmente, y decidió á título preventivo la movilización de las tropas de cuatro de sus distritos militares, en orden de formaciones escalonadas á lo largo de la frontera austro-húngara únicamente.

Haciendo esto tuvo la precaución de avisar al Gobierno alemán que esta era una medida limitada solamente á Austria, para precaverse de ella, y que en modo alguno iba dirigida contra Alemania.

En una conversación con el embajador de Rusia en Berlín, el ministro alemán de Negocios Extranjeros no hizo ninguna resistencia á reconocer la verdad de tales manifestaciones.

Mientras tanto, todo lo que intentaba la Gran Bretaña con la adhesión de Rusia y el apoyo de Francia para establecer el contacto entre Austria y Servia, bajo el patronato moral de Europa, tropezaba en Berlín con una resistencia preconcebida, de la cual los despachos diplomáticos proporcionan una prueba evidente.

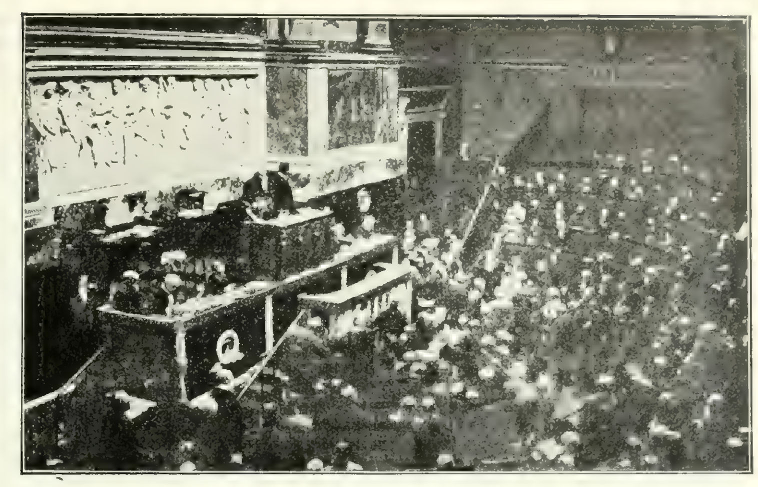
Era esta una situación insostenible que hacía presentir de un modo claro la existencia en Berlín de ciertos planes. Algunas horas más tarde, estas hipótesis y estos temores debían transformarse en hechos ciertos.

La actitud negativa de Alemania se convirtió treinta y seis horas después en iniciativas justamente alarmantes. El 31 de Julio, Alemania, proclamando el estado de guerra, cortaba las comunicaciones entre ella y el resto de Europa, y de este modo conseguía una entera libertad para proseguir contra Francia, en

un secreto absoluto, sus preparativos militares, que como habéis visto no tenían justificación alguna.

Desde muchos días antes, y en condiciones difíciles de explicar, Alemania había preparado el paso de su ejército del pie de paz al pie de guerra.

El 25 de Julio por la mañana, ó sea antes de que expirase el plazo marcado á Servia para contestar el *ultimatum* austriaco, Alemania había acuartelado ya sus guarniciones de Alsacia y Lorena. El mismo día había puesto en estado de armamento todas sus fortificaciones próximas á la frontera. El 26 había ordenado á los ferrocarriles alemanes las medidas preparatorias de la concentración de fuerzas. El 27 había efectuado sus requisas y colocado en sus sitios las tropas de cobertura. El 28 había comenzado los llamamientos individuales de reservistas, aproximando á la frontera los cuerpos alejados.



UNA SESIÓN DE LA CÁMARA

Todas estas medidas, ejecutadas con un método implacable, ¿podían permitir dudas sobre las intenciones de Alemania?...

Esta era la situación, cuando el 31 de Julio por la noche el Gobierno alemán, que desde el 24 no había participado con ningún acto positivo en los esfuerzos conciliadores del Triple Acuerdo, dirigió al Gobierno ruso un *ultimatum* con el pretexto de que Rusia había ordenado la movilización general de sus ejércitos y exigiendo que detuviese dicha movilización en el plazo de doce horas.

Esta exigencia, tanto más ofensiva en su forma si se tiene en cuenta que algunas horas antes el emperador Nicolás II, en un arranque de confianza espontánea, había pedido al emperador de Alemania su mediación, se produjo en el preciso momento que el Gobierno ruso, á la demanda de Inglaterra y con conocimiento de Alemania, aceptaba una fórmula capaz de preparar un arreglo amigable del conflicto austro-servio y de las dificultades austro-rusas, suspendiéndose simultáneamente por ambas partes las operaciones y preparativos militares.



SALÓN DE CONFERENCIAS

En el mismo día la gestión hostil de Alemania respecto á Rusia se doblaba con una serie de actos francamente hostiles contra Francia: ruptura de comunicaciones cortando los caminos, vías férreas, telégrafos y teléfonos; captura de locomotoras francesas al llegar á la frontera, colocación de ametralladoras en medio de las vías cortadas y concentración de tropas en dicha frontera.

Desde este momento ya no pudimos creer en la sinceridad de las declaraciones pacíficas que el representante de Alemania continuaba prodigándonos. *(Movimiento en la Cámara.)*

Sabíamos nosotros que al abrigo del estado de guerra proclamado en Alemania ésta realizaba su movilización. Teníamos noticias ciertas de que seis clases de reservistas habían sido llamadas á las armas y que los transportes de concentración se proseguían,

REQUISA DE AUTOMÓVILES DE LUJO (Fot. Rol)



REQUISA DE CAMIONES AUTOMÓVILES PARA EL EJÉRCITO. EN SEGUNDO TÉRMINO SE VEN ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES DIARIOS DE PARÍS (Fot. Meurisse)

REQUISA DE AUTOMÓVILES, BICICLETAS Y MOTOCICLETAS



REQUISA DE AUTOMÓVILES EN LA EXPLANADA DE LOS INVÁLIDOS



REQUISA DE BICICLETAS



REQUISA DE MOTOCICLETAS

(Fots. Meurisse)

trasladando á la frontera cuerpos de ejército que guarnecían puntos muy distantes.

Á medida que estos acontecimientos se desarrollaban, nuestro Gobierno, atento y vigilante, tomaba de día en día y hasta de hora en hora las medidas de salvaguardia aconsejadas por la situación. Hasta que el 1.º de Agosto acordamos nosotros la movilización general de nuestros ejércitos de tierra y mar.

La misma noche, á las siete y media, Alemania, sin tener en cuenta la aceptación del gabinete de San Petersburgo de la proposición inglesa que he mencionado antes, declaraba la guerra á Rusia.

Al día siguiente, domingo 2 de Agosto, sin miramientos á la extrema moderación demostrada por Francia, en contradicción con las declaraciones pacíficas del embajador de Alemania en París, y con menosprecio de todas las reglas del derecho internacional, las tropas alemanas franquearon nuestra frontera por tres puntos diferentes.

Casi al mismo tiempo, violando el tratado de 1867, que garantizó Prusia con su firma sobre la neutralidad del Luxemburgo, otras tropas alemanas invadieron el territorio del Gran Ducado, motivando una protesta del Gobierno luxemburgués.

En fin, la neutralidad de Bélgica también fué amenazada. El ministro de Alemania en Bruselas entregó el 2 de Agosto por la noche al Gobierno belga un *ultimatum*, invitándole á facilitar en Bélgica las operaciones militares de los alemanes contra Francia, con el mentiroso pretexto de que su neutralidad estaba amenazada por nosotros. El Gobierno belga se negó á esta pretensión declarando que estaba resuelto á defender enérgicamente su neutralidad, respetada siempre por Francia y garantizada por los tratados, particularmente por el rey de Prusia. *(Aplausos prolongados.)*

Después de esto, Señores, las agresiones contra nosotros se han renovado, multiplicado y acentuado.



EL REGIMIENTO ANTES DE PARTIR. LOS HACES DE FUSILES HAN SIDO ADORNADOS CON FLORES POR LAS SEÑORAS

Nuestra frontera ha sido violada en más de quince lugares. Se han hecho numerosos disparos contra nuestros soldados y nuestros aduaneros. Ha habido varios muertos y heridos. Ayer un aviador alemán lanzó tres bombas sobre Luneville.

El embajador de Alemania, á quien comunicamos estos hechos—así como á todas las grandes potencias—, no ha podido desmentirlos y sólo dijo que los lamentaba. Ayer por la tarde vino á verme para pedirme los pasaportes y notificarnos el estado de guerra, fundamentándolo, contra toda verdad, en actos hostiles cometidos por aviadores franceses en territorio alemán, sobre la región de Eiffel y sobre el ferrocarril de Carlsruhe á Nuremberg. He aquí el documento que me entregó:

(M. Viviani da lectura á la carta del embajador Schoen, que ya copiamos en otro lugar.)

Inútil es, Señores, que insista sobre lo absurdo de estos pretextos *(¡Muy bien!)* que se han querido presentar como verdaderos atentados. En ningún momento un aviador francés ha penetrado en Bélgica. Ningún aviador francés ha cometido en Baviera ni en otra parte de Alemania actos de hostilidad. La opinión europea ha juzgado ya como lo merecen estas invenciones miserables. *(Unánimes aplausos.)*

Contra este ataque que viola todas las leyes de equidad y todas las reglas del derecho público, hemos tomado ya las disposiciones necesarias. Su ejecución se continúa con un método riguroso y una absoluta serenidad.

La movilización del ejército ruso se prosigue igualmente con una energía inquebrantable y un entusiasmo sin restricción. *(Grandes aplausos. Todos los diputados se ponen de pie.)*

El ejército belga, movilizado hasta 250.000 hombres, se dispone á defender con magnífico ardor la neutralidad y la independencia de su país. *(Nuevos aplausos.)*

La flota inglesa ha sido movilizada por entero, y acaba de darse la orden para movilizar el ejército de tierra. *(Se repite la ovación.)*

Desde 1912 han verificado varias entrevistas los Estados Mayores inglés y francés. Estas entrevistas dieron por consecuencia un cambio de cartas entre Sir Edward Grey y M. Paul Cambon. El ministro inglés de Relaciones Exteriores dió ayer lectura de ellas en la Cámara de los Comunes, y de acuerdo con el Gobierno británico voy á tener el honor de leeros estos dos documentos.

(M. Viviani lee las dos cartas que ya hemos publicado al reseñar la sesión del Parlamento inglés.)

En la Cámara de los Comunes el ministro de Negocios Extranjeros habló de Francia, entre los aplausos de los diputados, en términos elogiosos y caballerescos, y su lenguaje ha resonado profundamente en todos los corazones franceses. *(Aplausos unánimes.)*



RESERVISTAS ESPERANDO UN TREN PARA MARCHAR Á LA GUERRA

En nombre del Gobierno de la República creo necesario dar las gracias desde lo alto de esta tribuna al Gobierno inglés por la cordialidad de sus palabras, y el Parlamento francés seguramente se asociará á esta manifestación. *(Aplausos prolongados.)*

El ministro inglés de Negocios Extranjeros ha hecho especialmente esta declaración:

«En el caso de que la escuadra alemana franquease el Estrecho, ó remontase el mar del Norte para doblar las islas Británicas con el fin de atacar las costas francesas, la marina de guerra francesa ó in-



RESERVISTAS DIRIGIÉNDOSE Á LA ESTACIÓN
(Fot. Rol.)

quietar á la marina mercante, la escuadra inglesa intervendrá para dar á la marina francesa toda su protección, de suerte que á partir de este momento Inglaterra y Alemania quedarán en estado de guerra.» *(Aplausos prolongados.)*

En este momento la flota inglesa cubre nuestras costas del Norte y del Oeste para impedir una agresión alemana.

Señores, he aquí los hechos. Yo creo que en su riguroso encadenamiento bastan para justificar los actos del Gobierno de la República. Quiero, sin embargo, deducir de este relato una conclusión, dando su verdadero sentido á la agresión incalificable de que es víctima Francia.

Los vencedores de 1870 han intentado en diversas ocasiones, como vosotros sabéis muy bien, repetir los golpes que nos asestaron en aquella fecha. En 1875 una nueva guerra preparada por ellos con el propósito de rematar á la Francia derrotada, sólo pudo impedirse gracias á la intervención de dos potencias, que más tarde debían unirse á nosotros con fuertes lazos de amistad *(Aplausos unánimes)*, por la intervención de Rusia y de la Gran Bretaña. *(Todos los diputados se levantan y aplauden largamente.)*

Desde entonces la República Francesa, por la restauración de sus fuerzas nacionales y la conclusión de acuerdos diplomáticos cumplidos fielmente, ha conseguido librarse del yugo que Bismarck hizo pesar sobre Europa en plena paz.

Francia ha restablecido el equilibrio europeo, garantía de la libertad y la dignidad de cada pueblo.

Yo no vacilo en declarar, Señores, que esta obra de reparación pacifica, de emancipación y de dignidad, consagrada definitivamente en 1904 y 1907 por el concurso genial del rey Eduardo VII de Inglaterra y del Gobierno de la Corona, es lo que el Imperio alemán quiere destruir hoy por un audaz golpe de fuerza. *(Vivos aplausos.)*

Alemania nada nos puede reprochar.

Nosotros hemos hecho en favor de la paz un sacrificio sin precedentes, aguantando en silencio durante cuarenta y cuatro años la herida abierta por ella en nuestro costado. *(Vivos aplausos.)*

Hemos hecho otros sacrificios en todos los debates que desde 1904 ha provocado sistemáticamente la diplomacia imperial, lo mismo en la cuestión de Marruecos que en otras cuestiones, principalmente en 1905, 1906, 1908 y 1911.

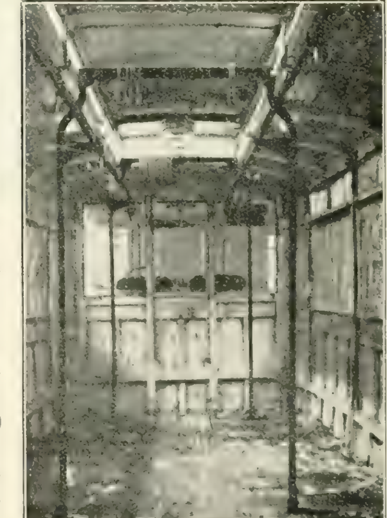
También Rusia ha dado pruebas de una gran moderación, lo mismo en los acontecimientos de 1908 que en la actualidad.

Esta moderación la observó igualmente Rusia y el Triple Acuerdo con ella, cuando en la crisis oriental de 1912 Austria y Alemania formularon, unas veces contra Servia y otras contra Grecia, exigencias que eran muy discutibles, como lo han probado después los acontecimientos.

Inútiles sacrificios, transacciones estériles, vanos esfuerzos, pues hoy, en pleno trabajo de conciliación, nuestros aliados y nosotros nos vemos atacados por sorpresa. *(Aplausos.)*

Nadie puede creer de buena fe que somos nosotros los agresores. En vano intentan nuestros enemigos turbar los principios sagrados del derecho y la libertad que rigen á las naciones lo mismo que á los individuos. Italia, con la clara conciencia del genio latino, nos ha notificado que quiere guardar la neutralidad. *(Los diputados se levantan para saludar á Italia con grandes aplausos.)*

Esta decisión ha despertado en toda Francia el eco de la alegría más sincera. Yo interpreté el senti-



PARA APROVISIONAR AL EJÉRCITO
Interior de un autobus público de París del que han desaparecido los bancos, emplazándose en el techo grandes ganchos á fin de colgar las reses sacrificadas para aprovisionar de carne al ejército.

miento nacional haciendo presente al encargado de Negocios de Italia cuán profundamente nos felicitábamos de que las dos hermanas latinas, que tienen el mismo origen, el mismo ideal y un pasado de gloria común, no se consideren opuestas. *(Nuevos aplausos.)*

Lo que hoy se ataca, Señores, y yo lo declaro altamente, es la independencia, la dignidad y la seguridad que el Triple Acuerdo ha reconquistado al restablecer el equilibrio europeo en servicio de la paz.

Lo que hoy se ataca son las libertades de Europa, de las cuales Francia, sus aliados y sus amigos, asumen con orgullo la defensa. *(Vivos aplausos.)*

Estas libertades vamos á defenderlas, porque están en peligro. Todo lo demás sólo es un pretexto.

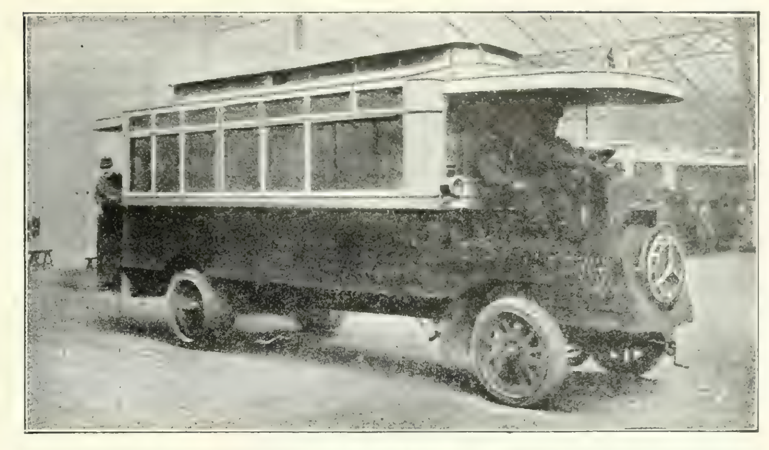
Francia, injustamente provocada, no quería la guerra. Lo ha hecho todo por conjurarla. Pero ya que se la imponen, ella se defenderá contra Alemania y contra toda potencia que no habiendo hecho conocer aún su pensamiento quiera tomar parte al lado de esta última en el conflicto entre los dos paises. *(Gran ovación.)*

Un pueblo libre y fuerte que sostiene una idea secular y se une por entero para la salvaguardia de su existencia; una democracia que ha sabido disciplinar sus esfuerzos militares y no vaciló el año anterior en agravar su peso para responder dignamente á los armamentos vecinos; una nación armada, luchando por su vida propia y por la independencia de Europa; he aquí el espectáculo que vamos á ofrecer á los testigos de esta lucha formidable, que se prepara desde hace algunos dias con la más metódica calma.

Hemos procedido sin tacha y procederemos sin miedo. *(Todos los diputados se levantan, prorrumpiendo en aclamaciones.)*

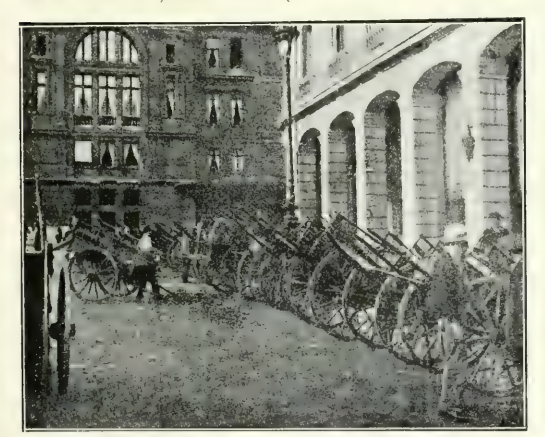
Francia ha probado muchas veces, en condiciones menos favorables, que es el más temible de los adversarios cuando se bate, como en el caso presente, por la libertad y por el derecho.

Al someter nuestros actos á vosotros, Señores, que



LOS AUTOBUS DE PARÍS

Uno de los autobus de París utilizado para transportar carne con destino al ejército. Las vidrieras han sido sustituídas con telas metálicas



EN LAS ESTACIONES DE FERROCARRIL

Carritos para el transporte de mercancías al ser requisados los vehículos que prestaban este servicio



Bancos, persianas y demás útiles arrancados de los autobus al transformarlos en carros de transporte



EL PATIO CENTRAL DE LOS INVÁLIDOS CON ALGUNOS DE LOS AUTOMÓVILES DE LA REQUISA

sois nuestros jueces, contamos, para sobrellevar el peso de nuestra grave responsabilidad, con el apoyo de una conciencia sin remordimientos y la certidumbre de que hemos cumplido nuestro deber.

(El presidente del Consejo es saludado al terminar su discurso por una ovación prolongada. Muchos diputados pasan ante él, estrechándole la mano.)

▫

Después el presidente de la Cámara dió lectura al siguiente telegrama de la Skoupchtina, designación nacional del Parlamento de Servia. El telegrama estaba fechado en Nisch, nueva capital de Servia después de la evacuación de Belgrado por el gobierno:

«En nombre de la Skoupchtina nacional, reunida en Nisch y como resultado de una resolución votada por unanimidad, tengo el honor de transmitiros, rogándoos que lo comuniquéis á la Cámara de Diputados, el saludo más caluroso de la Skoupchtina servia. El pueblo servio ha sentido siempre las más vivas simpatías y el más profundo respeto por la gran nación francesa, y en este momento histórico, todos en Servia adquirimos nuevas fuerzas al pensar que nos encontramos al lado de Francia para la defensa del derecho y la justicia.

»*El presidente,* NICOLITCH»

(Los diputados se levantan y aplauden. El presidente de la Cámara, M. Deschanel, dice á continuación:)

Interpretaré los deseos de todos los miembros de la Cámara, dirigiendo á la Skoupchtina la expresión de nuestro más vivo reconocimiento, y asegurando una vez más á la valerosa y heroica nación servia y á sus representantes, las simpatías profundas y el constante afecto de la República Francesa. *(Unánimes aplausos.)*

Después de esto el presidente del Consejo manifestó que debía retirarse por algún tiempo para ir al Senado á dar lectura del Mensaje del Presidente de la República y repetir las declaraciones del gobierno.

Durante su ausencia la Cámara fué aprobando una serie de decretos presentados por los ministros para atender á las necesidades de la defensa nacional.

▫

En el Senado M. Viviani dió lectura á los mencionados documentos, cuyos pasajes más salientes fueron acogidos con grandes aplausos.

Después el presidente del Senado, M. Antonin Dubost, dijo así:

Señores: El Senado ha escuchado la comunicación del Gobierno, dándose cuenta de toda su gravedad, y la aprueba resueltamente. *(Vivos aplausos.)*

La hora presente no es propicia á las palabras, sino á los actos. *(¡Muy bien!)*

Los votos que vais á emitir son actos, los últimos con los cuales durante cuarenta años os habéis esforzado por colocar á Francia y á su ejército en condiciones de repeler al invasor y asegurar la integridad del territorio. *(Nuevos aplausos.)*

Vosotros habéis cumplido vuestro deber; el ejército, ó más bien dicho, la nación armada *(Muy bien)*, va á cumplir el suyo, y fiel á sus aliados combatirá al lado de ellos por las causas más santas: las neutrali-



RESERVISTAS SALUDANDO DESDE UNO DE LOS VAGONES DE UN TREN MILITAR

dades violadas, la frontera invadida, la independencia de la patria. *(Aplausos repetidos.)*

¡Vivan por siempre Francia y la República! *(Los senadores, puestos de pie, aclaman á la República y al ejército francés.)*

Á las siete de la noche, una vez aprobados por ambas Cámaras los decretos propuestos por el ministro de Hacienda para los gastos de la guerra, se reanudó la sesión en la Cámara de Diputados.

M. Viviani ocupó la tribuna, pronunciando este discurso:

Señores: La Cámara y el Senado van á cerrar sus sesiones.

Á pesar de esto puede decirse que la Cámara mantiene su sesión abierta, pues guardará su cohesión con un Gobierno que no es un Gobierno de partido, sino un Gobierno de defensa nacional.

Mi agradecimiento á la Cámara por el reconfortante espectáculo que acaba de dar al país.

Jamás ha sido más verdadera esta ficción constitucional, que supone á cada diputado, no sólo representante de su circunscripción, sino representante de Francia entera.

Yo saludo á Francia en la masa de todos los partidos confundidos hoy en la religión de la patria.

Saludo á nuestra juventud, que marcha hacia la frontera con la frente alta y el corazón valeroso.

Saludo á Francia, que lleva en una mano, incapaz de temblar, la bandera que abriga nuestras esperanzas.

Elevémonos á la altura de los gloriosos recuerdos de nuestra historia. ¡Seamos hombres! Pongámonos todos de pie aclamando á la Francia inmortal. *(Los diputados se levantan dando vivas á Francia y á la República. M. Paul Deschanel toma á su vez la palabra:)*

Los representantes de la nación, de los cuales un gran número va á partir para luchar bajo nuestras banderas y repeler esta agresión monstruosa, se asocian al Gobierno y ofrecen á la Francia armada, que se ha levantado por una causa justa, su admiración, su sacrificio siempre pronto y la confianza que tienen en su valor indomable.

¡Que nuestros ejércitos de tierra y de mar se mantengan siempre firmes para la salud de la civilización y del derecho! ¡Viva Francia nuestra madre! ¡Viva la República! ¡Viva Alsacia y Lorena!

El entusiasmo del Parlamento francés se transmitió á todo el país. El espíritu heroico de los convencionales de 1792 había pasado como un soplo de fuego por esta sesión memorable.

Le Temps dijo así:

Napoleón hace un siglo tenía detrás de él veinte años de victorias. Guillermo II sólo tiene las de su abuelo y las que ganó Bismarck, al cual destituyó para inaugurar su reinado. Napoleón tenía en su última lucha, á pesar de todas sus faltas, el apoyo de la nación atacada. Guillermo II no podrá nunca justificar esta incalificable agresión, arrancada por su hijo á su voluntad vacilante.

En uno y otro caso, á pesar de las grandes diferencias que existen en ventaja nuestra, se afirma la misma ley. Napoleón había violado la libertad de los pueblos y la independencia de los Estados. Alemania del mismo modo ha pretendido imponer su fuerza á las naciones que quieren vivir por ellas mismas y para ellas mismas. El castigo vendrá mañana, lo mismo que vino hace cien años.



GRUPOS DE CURIOSOS EN LA ESTACIÓN DEL ESTE — Fot. Meurisse

Napoleón hizo contra él la alianza de todos. Esta alianza se repetirá ahora contra Alemania. Inglaterra, después del bloqueo continental, ganó en las llanuras de Bélgica la batalla de los pueblos contra el tirano de Europa. Inglaterra ahora, por su adhesión á nosotros, consagra otra vez la unión europea contra la nueva tiranía. ¿Quién puede saber si será mañana la llanura de Waterlóo teatro del mismo duelo?

Todos los dominadores han conocido este retorno de la fortuna: Carlos V, Luis XIV, Federico II y Napoleón. Alemania, cediendo á la fatalidad, viene á intentar la misma prueba. Por grande que resulte su poderío militar, tendrá la misma suerte.

En su discurso M. Viviani ha planteado el problema sobre su base eterna. Francia y sus aliados combaten por el derecho de todos contra el despotismo de uno solo. Nosotros hicimos la Re-

REQUISA DE CABALLOS EN PARÍS DURANTE



EXAMINANDO CABALLOS DE REQUISA



COMISIÓN MILITAR INSCRIBIENDO LOS CABALLOS DE REQUISA

REQUISA DE CABALLOS EN UNO DE LOS ARRABALES DE PARÍS



REQUISA DE CABALLOS EN LAS CALLES DE PARÍS

(Fots. Meurisse)

LOS PRIMEROS DÍAS DE LA MOVILIZACIÓN



CABALLOS REQUISADOS EN UN BULEVAR DE PARÍS (Fot. Rol)



SOLDADOS CONDUCIENDO CABALLOS DE REQUISA (Fot. Meurisse)



REQUISA DE CABALLOS EN LOS ARRABALES (Fot. Rol)



COMISIÓN DE REQUISA MATRICULANDO CABALLOS EN UN BULEVAR (Fot. Rol)



M. VIVIANI EN LA CÁMARA DE DIPUTADOS

volución por conquistar la igualdad de los individuos. Hoy hacemos la guerra por la igualdad de los pueblos.

El que no haya asistido á esta sesión incomparable no sabrá nunca qué extensión puede alcanzar en la conciencia luminosa de la finalidad nacional la unión de los espíritus y los corazones. El gobierno de la República, afirmando la gran tradición de los derechos del hombre, que tienen por fin los derechos de las naciones, ha oído el grito de Francia entera respondiendo á su llamamiento.

Clemenceau, que hasta pocos días antes estaba en abierta hostilidad con el gobierno y el presidente de la República, no ocultó el entusiasmo que le había inspirado la patriótica sesión.

«¿Contra quién es—exclamó—esta sublevación de todos, esta revuelta de conciencias humanas, esta insurrección de ideas? Contra un germanismo delirante de megalomanía que pretende realizar lo que Alejandro, César y Napoleón no pudieron cumplir: imponer al mundo, que quiere ser libre, la hegemonía del hierro. Esto ya no es de nuestro tiempo; los hombres han sufrido demasiado para querer aceptarlo. La idea moderna es la del derecho para cada uno, y nuestra victoria no puede significar opresión ni aun para aquellos que combaten contra nosotros, porque el germanismo ha conquistado su puesto en el mundo, lo mismo que los otros pueblos, y si nosotros combatimos las pretensiones de la tiranía no es para imitarlas.

»Y ahora ¡á las armas! ¡Todos! Yo he visto llorar á muchos porque no van á tomar parte en los primeros encuentros. El turno llegará para todos. No habrá un solo hijo de nuestro suelo que no tome parte en la enorme lucha. Morir no significa nada. Lo que importa es vencer. Y para esto tenemos necesidad de todos los brazos. El más débil alcanzará su parte de gloria. En la vida de los pueblos hay siempre una hora que hace pasar sobre los hombres un huracán de epopeya.»

Este entusiasmo heroico de Francia fué aun más digno de admiración si se tiene en cuenta que en tal momento se encontraba sola y próxima al adversario, no contando con otro apoyo que el de Rusia, lejano y tardío, pues el imperio moscovita necesitaba muchísimo tiempo para terminar su movilización y tener reunidas todas sus fuerzas.

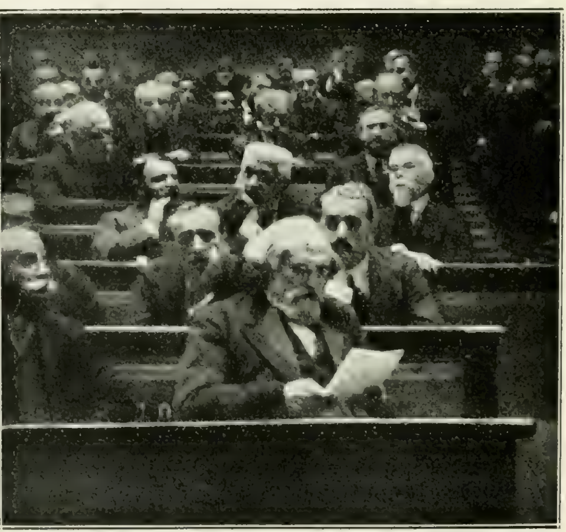
Inglaterra hasta este momento sólo había prometido el apoyo de su flota para que las costas francesas fuesen respetadas por el enemigo, pero sin comprometerse á una acción ofensiva.

Fué la imprudencia de Alemania la que, invadiendo el territorio de Bélgica, provocó una intervención inglesa, acelerando la alianza ofensiva de Francia y la Gran Bretaña.

XI

Rompimiento de Inglaterra y Alemania

El gobierno inglés, en vista de lo que ocurría en Bélgica, dirigió á Alemania un *ultimatum* exigiendo que en lo concerniente á la neutralidad del territorio belga diese las mismas seguridades que había dado Francia. El *ultimatum* marcaba un plazo para la con-



M. RIBOT, MINISTRO DE HACIENDA. Á SU DERECHA, M. DELCASSÉ, MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS



M. DESCHANEL (×) AL SALIR DE LA MEMORABLE SESIÓN DEL 4 DE AGOSTO (Fot. Meurisse)

testación. Ésta debía darla el gobierno alemán antes de media noche.

Ante las palabras evasivas y los subterfugios del gabinete de Berlín, Sir Edward Goschen, embajador de Inglaterra en Alemania, se presentó en la Wilehemstrase á media noche en punto, para pedir sus pasaportes y declarar que la Gran Bretaña estaba desde este momento en guerra con Alemania.

En Londres el *Foreing Office* publicó el siguiente aviso:

«En razón de haber rehusado Alemania sumariamente la demanda presentada por el Gobierno británico para obtener seguridades de que la neutralidad belga sería respetada, el embajador británico en Berlín ha recibido sus pasaportes, y el Gobierno británico ha declarado al Gobierno alemán que el estado de guerra existe entre la Gran Bretaña y Alemania á partir del 4 de Agosto á las once de la noche.»

La población de Londres, que habitualmente se acuesta temprano, veló esta noche en espera de noticias. Á la una de la madrugada el vecindario ocupaba todavía las calles, como si estuviera en pleno día. Una inmensa muchedumbre llenaba Trafalgar-Square y Whitehall, donde están situados los ministerios. Ante el *War Office*, ó sea el ministerio de la Guerra, esta muchedumbre entonaba cantos patrióticos y daba «hurras» al gobierno.

Al circular la noticia de que la guerra había sido declarada á Alemania, el entusiasmo fué delirante, contrastando con la habitual reserva del pueblo inglés. Los grupos de manifestantes agitaban miles de banderas británicas y cantaban el himno nacional.

Una muchedumbre se dirigió al palacio Buckingham, residencia de los reyes. Éstos, con toda su familia, se mostraron en un balcón siendo ruidosamente ovacionados. El público se arrebataba las ediciones de los periódicos con las últimas noticias. Los automóviles y *cabs* avanzaban lentamente en este mar de cabezas, iluminados con farolillos venecianos y empavesados con las banderas francesa é inglesa.

Los militares que circulaban entre el gentío eran objeto de grandes aplausos. Los vivas á Francia sonaban incesantemente cuando la muchedumbre dejaba de cantar el himno nacional y *La Marsellesa*.

Las primeras noticias de la preparación de guerra entusiasmaban á la muchedumbre patriótica.

El almirante Sir John Jellicoe, uno de los mejores marinos de Inglaterra, acababa de ser nombrado comandante en jefe de la flota. El almirante Maden era el jefe de Estado Mayor.

El rey había remitido al almirante Jellicoe el siguiente mensaje:

«En este grave momento de nuestra historia nacional os envío á vos, y por vuestra mediación á los oficiales y las tripulaciones de la flota, cuyo mando habéis tomado, la seguridad de mi confianza en que todos vosotros haréis revivir y renovaréis las antiguas glorias de la marina real, mostrando una vez más que constituye el verdadero escudo de la Gran Bretaña y su Imperio en las horas de prueba.

»JORGE R. I.» (1)



MANIFESTACIÓN EN LONDRES CON MOTIVO DE LA GUERRA

El rompimiento de Inglaterra y Alemania lo decidió el siguiente telegrama, dirigido por Sir Edward Grey al embajador de la Gran Bretaña en Berlín apenas recibió el *Foreing Office* un despacho de Bruselas anunciando la entrada de las tropas alemanas en el territorio belga.

«*Sir Edward Grey á Sir E. Goschen, embajador de Gran Bretaña en Berlín.*

»*Foreing Office, 4 Agosto 1914.*

»Acabamos de saber que Alemania ha dirigido una Nota al ministro de Negocios Extranjeros belga declarando que el Gobierno alemán se ve obligado á poner en ejecución, por medio de las armas, las medidas que considera indispensables.

»Igualmente recibimos informes de que el territorio belga ha sido violado en Gemmerich.

»En estas condiciones, y teniendo en cuenta que Alemania se ha negado á darnos, respecto á la neutralidad de Bélgica, las mismas seguridades que nos dió Francia la semana última, en respuesta á nuestra demanda dirigida simultáneamente á Berlín y París, nos vemos precisados á reproducir dicha demanda y á exigir una respuesta satisfactoria, así como á mi telegrama de esta mañana (1), respuesta que deberá ser recibida aquí hoy mismo antes de media noche. Si el Gobierno alemán no contesta, pediréis vuestros pasaportes y declaréis que el Gobierno de Su Majestad se ve obligado á tomar todas las medidas que estén en

(1) Estas iniciales, que añaden igualmente á sus firmas otros emperadores, significan *Rex Imperator* (rey y emperador). Guillermo II escribe I. R., ó sea *Imperator Rex*.

(1) El telegrama anterior á que se refiere Sir Edward Grey había sido enviado por él horas antes al embajador británico en Berlín, para que recordase al gobierno alemán la convención firmada en Londres, garantizando la neutralidad de Bélgica, y que llevaba al pie la firma de Alemania. En él pedía al gobierno alemán una declaración inmediata de que respetaría dicha neutralidad.



Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de Paris

Carga á la bayoneta



ndo "La Marsellesa,,

su mano para mantener la neutralidad de Bélgica y el respeto de un tratado que Alemania ha suscrito lo mismo que nosotros.»

El embajador Sir E. Goschen, obedeciendo esta orden enérgica, se avistó con el gobierno alemán. El relato de sus entrevistas y del rompimiento final es la página más interesante y dramática de toda la historia anterior á la guerra. Este relato demuestra también la ausencia de escrúpulos que caracteriza desde los tiempos de Bismarck á ciertos procedimientos alemanes. Sir E. Goschen dió cuenta de todo lo ocurrido el día 4 en un largo telegrama al gabinete de Londres. Pero este telegrama no llegó nunca á su destino. El gobierno alemán, violando la inmunidad diplomática, lo interceptó. Sólo cuatro días después, el 8 de Agosto, al volver á Londres, pudo Sir Goschen dar cuenta por escrito al *Foreing Office* de todo lo ocurrido.

Su relato cierto, verídico y que nadie pudo desmentir, parece un capítulo de novela.

□

En las primeras horas de la tarde del 4 de Agosto, el embajador británico, cumpliendo las órdenes de Sir Edward Grey en su primer telegrama, visitó en el Wilhelmstrase al ministro alemán de Negocios Extranjeros, Herr Von Jagow, notificándole la intimación de su gobierno para que respetase la neutralidad de Bélgica.

Von Jagow contestó inmediatamente que lamentaba mucho tener que decir «No», pues las tropas alemanas estaban ya dentro de Bélgica. Por la mañana la neutralidad belga había sido violada y el gobierno alemán no podía retroceder. Después habló mucho para demostrar al diplomático inglés las razones que había tenido el gobierno imperial para adoptar dicha medida.



ALMIRANTE SIR JOHN R. JELLICOE

—Necesitábamos—dijo—penetrar en Francia por la vía más rápida y más fácil, que es el territorio de Bélgica, para llevar un gran avance de tiempo sobre nuestros adversarios y asestarles un golpe decisivo, sorprendiéndolos antes de que terminen su movilización y completen sus preparativos militares.

Como Sir Goschen manifestase una extrañeza muda ante estos procedimientos confesados con tal franqueza, el ministro alemán continuó:

—Es para nosotros un asunto de vida ó muerte, pues de efectuar la invasión más al Sur, ó sea por la frontera alemana-francesa, donde son pocos los caminos y poderosas las fortalezas, habríamos tropezado seguramente con una resistencia formidable, perdiendo mucho tiempo. Esta pérdida de tiempo hubiera representado otro tanto tiempo ganado por los rusos para hacer marchar sus tropas sobre la frontera de Alemania. El triunfo en la baraja de Alemania es obrar con rapidez, así como el triunfo en la baraja de Rusia está representado por sus reservas inagotables de soldados.

Sir Goschen llamó la atención del ministro alemán sobre la gravedad del hecho consumado en Bélgica, que hacía insostenible la situación, y le pidió que viese si todavía era tiempo de retroceder, evitando de este modo consecuencias deplorables.

—Por las razones que os he dado—contestó Jagow—el gobierno alemán acepta lo que ya está realizado y no dará un solo paso atrás.

El embajador de Inglaterra se despidió, y al regresar á su domicilio y recibir el segundo despacho de Sir Edward Grey ordenándole la retirada si no conseguía una respuesta satisfactoria, volvió al ministerio de Negocios Extranjeros.

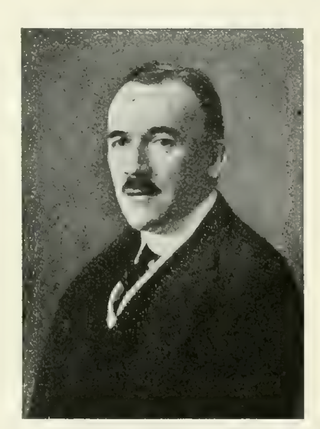
Eran las siete de la tarde. Von Jagow se enteró del *ultimatum* inglés, exigiendo al gobierno imperial que diese antes de media noche la seguridad de que no continuaría la violación de la neutralidad belga, ordenando á sus tropas la suspensión del avance. Á esto contestó que con gran pesar suyo no podía dar á Sir Goschen otra respuesta que la que había dado horas antes, ó sea que la seguridad del Imperio hacia absolutamente necesaria la marcha de las tropas alemanas á través de Bélgica.

El embajador británico insistió en las terribles consecuencias de esta actitud y en lo breve del plazo, asegurando que esperaría hasta el último minuto para que el gobierno imperial pudiese reflexionar y diese una respuesta satisfactoria antes de media noche.

—Aunque el plazo fuese de veinticuatro horas —dijo Von Jagow—, aunque fuese de cuarenta y ocho, aunque fuese de mucho más tiempo, nuestra respuesta sería la misma. Ya no podemos volver atrás. Lo hecho está hecho.

—En ese caso—contestó Sir Goschen con firmeza—sólo me resta pedir mis pasaportes y retirarme, como me lo ordena mi gobierno.

Von Jagow prorrumpió en lamentaciones, afirmando que se venía abajo toda su política y la de su jefe el canciller Bethmann-Hollweg, política que consistía en estrechar la amistad con la Gran Bretaña para de este modo llegar alguna vez á ser amigos de Francia.


HERR VON JAGOW, MINISTRO ALEMÁN DE NEGOCIOS EXTRANJEROS

El embajador británico contestó que lamentaba igualmente lo que iba á ocurrir, pero que el gobierno inglés, respetuoso siempre con sus compromisos é incapaz de negar su firma puesta al pie de un tratado, no podía proceder de otro modo ante el atropello que sufría Bélgica.

Sir Goschen dió fin á la entrevista manifestando su deseo de ver al canciller. Quería despedirse de él, con la esperanza tal vez de que á última hora modificase su conducta. Von Jagow le rogó que hiciese esta visita inmediatamente, creyendo á su vez que las palabras del jefe del gobierno podrían influir en el ánimo del embajador.

Cuando éste se presentó en el despacho de Bethmann-Hollweg, el canciller estaba enterado de todo y parecía sentir una gran emoción. El antiguo profesor llamado por Guillermo II á gobernar Alemania, lanzó una arenga al diplomático inglés que duró más de veinte minutos, acompañándola de furiosos paseos y desordenados movimientos. El embajador británico le escuchó con una calma impasible.

—La conducta del gobierno inglés—dijo en substancia el canciller—es terrible en extremo. Por una palabra, «neutralidad», una palabra que en tiempos de guerra nadie tiene en cuenta; por un «pedazo de papel», pues un tratado no es otra cosa, la Gran Bretaña va á hacer la guerra á una nación que está emparentada con ella y que siempre ha deseado ser su amiga. Todos mis esfuerzos para afirmar esta amistad van á ser inútiles después de esta última y terrible medida. La política de aproximación anglo-germánica á que me había dedicado, como sabéis muy bien, desde que llegué al poder, va á desplomarse lo mismo que un castillo de naipes.

Excitado por sus propias palabras, Bethmann-Hollweg añadió con verdadero furor:

—Lo que vais á hacer con nosotros es inconcebible. Resulta lo mismo que herir por la espalda á un hombre mientras defiende su vida luchando con dos asaltantes. La Gran Bretaña será responsable de todos los acontecimientos terribles que van á sobrevenir.

Sir Goschen protestó firmemente contra estas afirmaciones.

—Del mismo modo que, según me ha dicho el ministro Herr Von Jagow, Alemania, por sus razones estratégicas, considera como un asunto de «vida ó muerte» avanzar sus tropas á través de Bélgica, violando su neutralidad, la Gran Bretaña considera también que es un asunto de «vida ó muerte» para su historia y para su honor reconocer la firma que puso en un tratado y cumplir su compromiso solemne de defender la neutralidad de Bélgica en el caso de un ataque. Los pueblos deben cumplir sus pactos. Si la Gran Bretaña no obrase así en este momento, ¿qué confianza podrían inspirar los compromisos que en adelante suscribiese?

El canciller le interrumpió con indignación:

—¿Y á qué precio vais á sostener ese pacto? ¿El gobierno británico ha pensado lo que le va á costar ese respeto de la palabra «neutralidad», que no es más que una palabra vana?

—Debo manifestar á Su Excelencia—contestó el embajador—que el miedo á las consecuencias no debe nunca considerarse como una excusa para desconocer el cumplimiento de los compromisos solemnes del honor.

Al llegar á este punto de su relato, dice Sir Goschen: «El canciller estaba en un estado tal de excitación, era tan evidente su cólera por la noticia de nuestra actitud y parecía tan poco dispuesto á entender razones, que me abstuve de emplear nuevos argumentos, lo que hubiese equivalido á echar petróleo sobre el fuego.»

Cuando el embajador iba á retirarse, dijo Bethmann-Hollweg:

—Este golpe que la Gran Bretaña asesta á nuestro país, uniéndose á sus enemigos, es aun más lamenta-

ble si se tiene en cuenta que hasta hace poco yo y mi gobierno hemos trabajado con Inglaterra y apoyado sus esfuerzos para mantener la paz entre Austria y Rusia.

Este apoyo no era cierto, y Sir Goschen lo sabía perfectamente. Pero á impulsos de la cortesía diplomática, se limitó á contestar con tono glacial:

—Por esto es más trágico ver á dos naciones caer en guardia, precisamente en el momento en que sus relaciones parecían más cordiales y amistosas que lo habían sido después de algunos años. Pero por desgracia, no obstante los grandes esfuerzos de la Gran Bretaña para impedir la guerra entre Rusia y Austria, la guerra ha estallado, colocando á mi país y Alemania frente á frente, en una posición que nos es imposible esquivar, deseando como deseamos cumplir nuestros compromisos. Nadie lo lamenta más que yo.

Y Sir Goschen, después de esta entrevista, violenta y penosa, se retiró á su embajada, redactando para el *Foreing Office* una exacta reseña telegráfica que, como ya dijimos, no llegó nunca á su destino. Esto nada tenía de extraordinario en un país cuyo primer gobernante acababa de declarar que la «neutralidad» es una simple palabra, y un tratado con sus compromisos solemnes «un pedazo de papel».



BARÓN VON BETHMANN-HOLLWEG, CANCILLER DEL IMPERIO ALEMÁN

Á las nueve y media de la noche se presentó en la embajada de Inglaterra Von Zimmewmann, subsecretario del ministerio de Negocios Extranjeros, para visitar á Sir Goschen. Después de manifestarle su profundo sentimiento al ver las relaciones oficiales y personales entre ellos dos próximas á suspenderse, preguntó incidentalmente y sin dar importancia á su demanda si la petición de pasaportes que había formulado el embajador equivalía á una declaración de guerra. Von Zimmewmann llegaba enviado por sus superiores para sondear todo el alcance de la actitud inglesa.

Sir Goschen contestó que una persona de tanta autoridad como el profesor Zimmewmann en materia de derecho internacional, debía saber mejor que él lo que ocurre en tales circunstancias.

—Sin embargo—añadió el embajador inglés—, se han visto ejemplos numerosos de ruptura de relaciones diplomáticas sin que se haya producido la guerra. Pero el caso actual no es como éstos. Según las instrucciones de mi gobierno, de las que he dejado un resumen escrito á Herr Von Jagow, la Gran Bretaña espera una respuesta afirmando el respeto á la neutralidad belga antes de media noche, y si esta respuesta no es satisfactoria, se verá forzada á tomar todas las medidas á que le obligan sus compromisos.

—Entonces—dijo Zimmewmann—vuestra retirada equivale á una declaración de guerra, pues al gobierno imperial le será imposible dar esas seguridades ni esta misma noche ni ninguna otra noche.

Después que se marchó Zimmewmann, el diario *Berliner Tageblatt* lanzó á la circulación una hoja extraordinaria anunciando que la Gran Bretaña acababa de declarar la guerra al Imperio germánico. El resultado inmediato de esta hoja fué la acumulación de una muchedumbre ante la embajada de Inglaterra. Este gentío se mostró muy excitado por la noticia y en actitud hostil, atropellando á los escasos agentes de policía que el gobierno había apostado en las inmediaciones del edificio. El embajador y su personal permanecieron en actitud impasible mientras la muchedumbre se limitó á entonar himnos patrióticos y dar mueras á Inglaterra. Pero al poco rato su animosidad fué acentuándose, rompiendo á pedradas los cristales de las ventanas é intentando forzar las puertas. Varias piedras llegaron hasta el salón donde estaba Sir Goschen con algunos visitantes. El embajador de los Estados Unidos, que iba á encargarse de los archivos de la embajada inglesa y de la protección de sus súbditos, atravesó las masas hostiles sin hacer caso de sus silbidos y amenazas.

Las autoridades de Berlín, prontas siempre á reprimir con mano dura el más insignificante desorden popular, se mantuvieron invisibles, hasta que Sir Goschen telefoneó al ministerio de Negocios Extranjeros manifestando lo que ocurría ante su domicilio. Entonces un escuadrón de agentes montados acudió con prontitud, limpiando de manifestantes los alrededores de la embajada.

Von Jagow llegó poco después para dar excusas al embajador, diciendo que la conducta de sus compatriotas le hacía sentir una vergüenza para la cual no encontraba palabras suficientes.

—Este suceso es una mancha imborrable para la reputación de Berlín—dijo repetidas veces.

Añadió que la hoja volante había circulado sin autorización ni conocimiento del gobierno, pues él y el canciller habían acordado guardar la noticia de la declaración de guerra de la Gran Bretaña hasta el día siguiente, tomando mientras tanto precauciones para evitar desórdenes y atropellos.

—Es esa «peste» de *Tageblatt*—dijo textualmente—que se ha apoderado de la noticia no sé cómo, trastornando nuestros cálculos. Estas gentes no comprenden que en las explosiones de entusiasmo patriótico debe haber cierto pudor.

El ministro se retiró después de lamentar una vez más que Sir Goschen se llevase una triste impresión del modo de ser del pueblo berlinés.

En las primeras horas de la mañana del día siguiente, 5 de Agosto, el embajador recibió la visita de

uno de los ayudantes de campo de Guillermo II. Este mensajero imperial repitió textualmente las palabras que le había encargado su soberano.

—El emperador—dijo—me encarga manifestar á Vuestra Excelencia que lamenta los acontecimientos de ayer noche, pero que os diga al mismo tiempo que estos acontecimientos podrán daros una idea de lo que piensa su pueblo respecto al acto realizado por la Gran Bretaña uniéndose á otras naciones contra sus antiguos aliados de Waterlóo. Su Majestad el emperador os ruega igualmente digáis á vuestro rey que hasta ahora ha estado orgulloso de sus títulos de feldmariscal británico y de almirante británico, pero que en vista de lo ocurrido se ve en la obligación de despojarse de estos títulos inmediatamente.

En su relato al *Foreing Office,* dice así Sir Goschen: «Deseo añadir que este mensaje tuvo un tono de dura acerbidad por la manera como fué pronunciado por el ayudante.»

Guillermo II, que siente un respeto fetichista por las condecoraciones, y especialmente por los uniformes, de los que posee varios centenares, tanto alemanes como extranjeros, descargó su cólera en los que le recordaban su antigua amistad con Inglaterra.



SIR EDWARD GOSCHEN, EMBAJADOR DE INGLATERRA EN BERLÍN

Furioso por la actitud de la Gran Bretaña, noble y lógica, pero que él no había podido sospechar ni suponer, pateó en un arranque de cólera, según contaron los periódicos, los uniformes y condecoraciones ingleses, y algún tiempo después los envió á Londres como símbolo de su enemistad.

Sir Goschen estuvo en Berlín haciendo sus preparativos de viaje hasta la madrugada del 6, en la que salió hacia la estación escoltado por caballería, mientras el personal de la embajada seguía el mismo camino por callejuelas desiertas en automóviles de alquiler. Gracias á estas precauciones, los diplomáticos británicos pudieron librarse de los malos tratos que habían sufrido sus colegas rusos y franceses. En todas las estaciones, hasta llegar á la frontera holandesa, encontraron muchedumbres patrióticas y groseras que los insultaron, pero de lejos, librándose de sus continuos intentos de agresión gracias á la presencia de un coronel de la Guardia encargado de su custodia.

Así terminaron las relaciones entre Inglaterra y Alemania.

La sorpresa sufrida por el gobierno de Berlín demuestra la ceguedad de su soberbia, que le hizo creer en una actitud sumisa de la Gran Bretaña.

Engañados por la torpeza de sus diplomáticos y por el orgullo del propio valer, el kaiser y sus consejeros esperaron hasta el último momento que Inglaterra, ocupada en sus divisiones intestinas, pasaría por todo y lo consentiría todo, limitándose cuando más á una protesta diplomática, pero sin resolución para acudir á las armas.

XII

El pueblo inglés y la guerra

Sólo un inglés puede comprender la lenta y laboriosa evolución que se verifica en el espíritu del pueblo británico antes de desarrollar una idea y aceptarla. Tal vez es esto una consecuencia de la situación geográfica de la Gran Bretaña; una característica de los pueblos insulares que viven al margen de la vida continental.

En el continente la opinión está más esparcida y es más rápida en sus vibraciones. Las ideas, las simpatías, los odios, saltan con más facilidad de unos pueblos á otros, pues á pesar de sus divisiones políticas, viven en permanente contacto. En las islas la vida es más concentrada, más intensa, pues el Océano, no obstante la facilidad de las comunicaciones modernas, resulta un obstáculo que transmite con retraso los latidos de la actividad exterior.

Tal vez por esto la prensa inglesa se muestra más activa y apasionada que la de otros países cuando llega una circunstancia excepcional, y sus hombres políticos eminentes descienden á la plaza pública y emplean en sus propagandas los mismos procedimientos de un director de circo. Necesitan mover ruido, apelar al reclamo comercial, exagerar sus afirmaciones y peligros, para vencer la indiferencia de un pueblo que, preocupado por sus negocios particulares, presta escasa atención á las cosas públicas. Pero aun con tales excitaciones, la opinión inglesa sólo se conmueve poco á poco, y tarda meses en aceptar ideas que en el continente se han abierto paso en breve tiempo.

Inglaterra, aislada por el mar, conoce sus intereses, pero como dice un autor, «tarda mucho en tener de ellos una percepción exacta».

La guerra con Alemania la aceptó el pueblo inglés, pero viéndola bajo otro ángulo que sus aliados. Ante todo, el inglés de capacidad mediana conoce poco las cosas del continente y no se preocupa de ellas. Los políticos, los periodistas, los marinos, los militares,

siguen con atención los sucesos de Europa. El comerciante, el industrial, el agricultor, piensan en los negocios y se confían por completo á la dirección de sus gobernantes, en los que tienen una fe absoluta. «Los asuntos del continente sólo interesan al *Foreing Office*», piensan la gran mayoría de los ingleses. Y siguen dedicándose en cuerpo y en espíritu á sus asuntos individuales. Cuatro quintas partes del pueblo británico vieron llegar la guerra sin saber cómo se había preparado ni conocer en realidad sus motivos.

Es verdad que este pueblo tiene una política continental que viene manteniéndose inmutable desde el siglo XIV: la de mantener en las costas europeas que están frente á las suyas diversos pequeños Estados á los que apoya con su amistad, y que son para Inglaterra pueblos tapones interpuestos entre ella y las grandes potencias de la Europa central.

«Esta política—dice un profesor inglés—ha sido la idea fija en el pensamiento de todos los hombres de Estado británicos durante varios siglos; así es que parece inexplicable cómo Berlín violó la neutralidad de Bélgica sin prever que esto traería como consecuencia la intervención inglesa. Por otra parte, dicha política ha sido siempre de felices resultados, especialmente después de 1815 y de la caída de Napoleón, época en la que el pueblo británico se preocupó más de los asuntos continentales.»

Después los ingleses volvieron los ojos á su vida interior, sin que les preocupasen más allá de su archipiélago otras tierras que las de sus colonias. Durante muchos años el Canadá, Australia, la India y Egipto han estado más cerca de Londres que París ó Berlín. La nación británica dejó los asuntos europeos en manos de Sir Edward Grey, y antes de éste en manos de sus antecesores, con tanta confianza como indiferencia. El *Foreing Office* sabría defender el honor de Inglaterra y la paz, que es tan necesaria para el trabajo y los negocios.

Cuando Inglaterra, abandonando su soberbio aislamiento por la política de Eduardo VII, entró á formar parte del Acuerdo Cordial con Francia, y luego del Triple Acuerdo, los ingleses dejaron hacer á su gobierno como espectadores desinteresados.



HACIENDO HISTORIA

El kaiser felicita al canciller por su futuro discurso en el Reichstag atribuyendo á la Gran Bretaña la responsabilidad de la guerra

(De *The Bystander*)

Desde años antes sentían por Francia una sincera cordialidad. Rusia les inspiraba cierta desconfianza, pero la gran masa del pueblo inglés no sentía inquietud alguna por los excesos de lenguaje del emperador de Alemania, á pesar de los comentarios de los periódicos de Londres. En vano publicaban éstos artículos y más artículos sobre la amenaza que representaban para Inglaterra los proyectos ambiciosos del kaiser.

«El pueblo británico —dice el mencionado profesor—, en su tranquila confianza, no comprendía por qué el kaiser decía necedades respecto á su «porvenir sobre el mar». Pensaba únicamente en que tendría que gastar todos los años 50 millones de libras esterlinas para el aumento de su marina, hasta que el tal kaiser llegase á descubrir que la Gran Bretaña estaba dispuesta á seguir reinando sobre las olas *(rule the waves)*. Á nadie se le había ocurrido nunca, ni remotamente, la posibilidad de una expedición inglesa en Europa para combatir á los alemanes.»

□

Con esta opinión indiferente é incapaz de preocuparse de los asuntos continentales, tuvo que luchar Sir Edward Grey durante el mes de Julio. Podía haberla ilustrado revelando las aspiraciones de los alemanes á la dominación continental que él conocía perfectamente; podía haber hecho públicas las tentativas realizadas por Alemania en 1911 para obtener la neutralidad inglesa y realizar sin obstáculo sus planes. Pero el ministro inglés quería la paz, creyó en la posibilidad de conseguirla hasta los últimos momentos, y estas revelaciones, molestas para Alemania, hubiesen dificultado una solución pacífica, haciendo surgir además graves disidencias en el partido liberal gobernante. La paz era el interés supremo de la Gran Bretaña, imperio mundial, heterogéneo é

inorgánico, compuesto de los pueblos más diversos.

Sir Edward Grey, al convencerse de que eran imposibles sus ilusiones de paz por la nefasta influencia de Alemania, que deseaba la guerra, se encontró con otro hecho no menos desconsolador. Tampoco podia dar una ayuda eficaz á los amigos del Triple Acuerdo en la lucha que les amenazaba. La democrática Inglaterra es un país sometido al Imperio de la opinión pública. Los gobiernos nada pueden hacer, como ya dijimos, si no cuentan con ella, y en este asunto la opinión se mostraba inocente é ignorante. Todos querían la paz, como si bastase desearla unilateralmente para poder mantenerla. Hasta entre los politicos fluctuaban las opiniones respecto á Alemania, y algunos ministros participaban de tal indecisión. La mayoría del partido liberal dudaba que los gobernantes alemanes fuesen tan malvados *(wicked)* que desearan aplastar á Francia para siempre, estableciendo su hegemonía europea. De haberse convencido de estos malos designios, es indudable que por honor nacional habrían acudido en auxilio de Francia mucho antes de que lo hicieron, pero aun así, siempre habrían quedado dudas para muchos de ellos, entablando discusiones de las que se habría aprovechado Alemania.



MR. ASQUITH, JEFE DEL GOBIERNO INGLÉS

La cuestión de la neutralidad de Bélgica, surgiendo inesperadamente, resultó decisiva para la opinión inglesa. Este fué el gran error del gobierno alemán. Por una conveniencia de táctica militar se atrajo la enemistad de Inglaterra, cambiando los términos de una lucha que consideraba rápida y de éxito seguro. El ministerio inglés ya no vaciló, y Sir Grey supo aprovechar la oportunidad para apoderarse de la opinión, revelando la conducta amenazadora de Alemania y planteando el problema en la sesión de la Cámara de los Comunes que ya hemos relatado.

Desde este momento la oposición enmudeció, y todo el país comenzó á preocuparse de los manejos alemanes. Fué en vano que el 2 de Agosto los partidarios de la paz á todo trance celebrasen un mitin contra la guerra en Trafalgar-Square. Nadie escuchó sus discursos. En cambio el público se arrebataba las últimas ediciones de los periódicos para tener noticias de Bélgica. El maravilloso instinto de las democracias, que nunca ha faltado al pueblo británico en los momentos críticos, comenzó á funcionar. La violación de Bélgica era un atentado contra el honor de Inglaterra, y significaba un peligro nacional. «Inglaterra es una nación desde hace tantos siglos, que los ingleses conciben difícilmente lo que la palabra nación significa, ó mejor aún, lo que puede ser la desaparición de una nación.» El ejemplo de Bélgica les hizo ver claramente la importancia y la posibilidad de tal peligro.

Desde este momento todos apoyaron á Sir Grey, aceptando la guerra como ineludible.

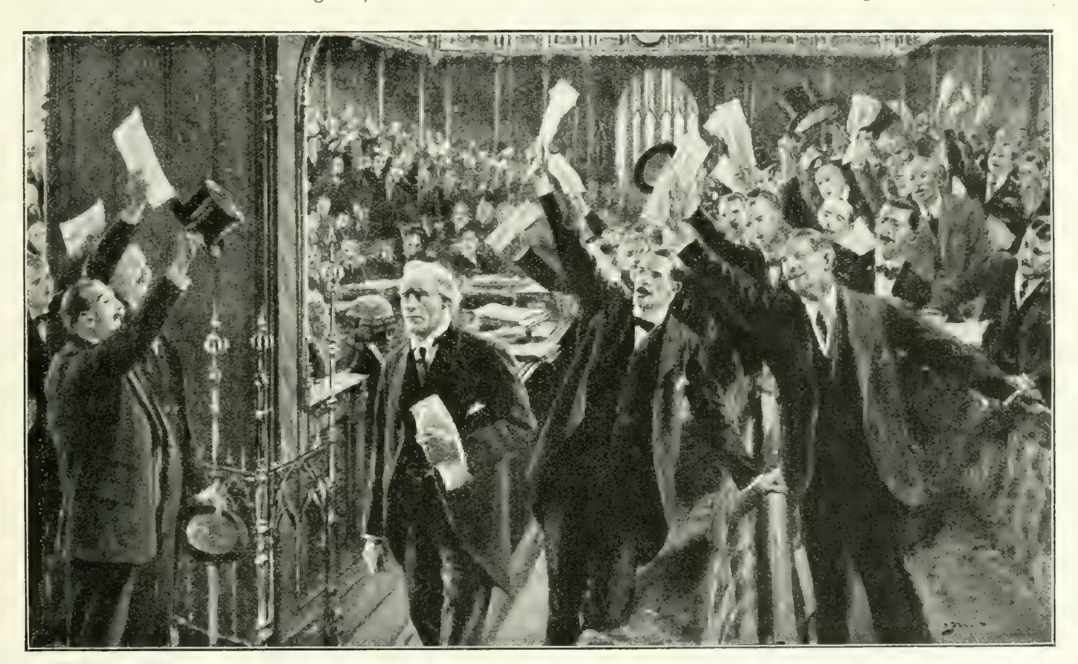
Ésta aun tuvo adversarios. Se fundaron ligas para que el Triple Acuerdo no pasase á ser una alianza ofensiva, limitándose Inglaterra á apoyar navalmente á Francia nada más. Los cuáqueros idealistas, que consideran censurable toda guerra por justa que sea y disponen de cierta influencia social por sus puras costumbres, también intentaron oponerse al gobierno, y con ellos muchos directores de las asociaciones de trabajadores, que buscan el afirmar su intelectualidad sosteniendo causas impopulares. Es indudable que estos grupos hubiesen acabado por crear al ministerio una corriente adversa de opinión aun después de iniciada la guerra, dificultando su proseguimiento. El pueblo la había aceptado como un mal necesario, sin gran entusiasmo y sin saber ciertamente lo que podía representar. «La máquina de la guerra estaba en movimiento, pero tenía poco vapor.» La lucha gigantesca en el continente representaba para el pueblo inglés «un gran retraso en la cosecha ya madura de reformas sociales largamente cultivada, y una orientación completamente nueva del espíritu público, que habia estado ocupado desde 1902, no de cuestiones políticas, sino de reformas industriales y económicas que constituían la vida intra-nacional». De seguro que la oposición naciente, á pesar de estar formada por minorías insignificantes, hubiese acabado por constituir un peligro hablando al egoísmo del pueblo de lo mucho que les iba á hacer perder la guerra. La ignorancia de las masas y el carácter extremadamente pacifista de la democracia inglesa, se prestaban á la propaganda y al éxito.

Pero de pronto dos factores decisivos hicieron enmudecer todos los intentos de oposición, afirmando la influencia del gobierno y la persistencia en la lucha. Estos dos factores fueron la bárbara conducta de los alemanes en Bélgica, de la que hablaremos oportunamente, y la actitud de entusiasmo patriótico de las lejanas colonias, especialmente de la India.

o

Contemplando la miseria de los fugitivos belgas, oyendo sus relatos de horrores, se convenció el pueblo inglés de la justicia y la necesidad de la guerra. Estos ejemplos vivos causaron en su espíritu, positivo y lento á la comprensión, más honda huella que todos los artículos de los periódicos.

Los refugiados belgas fueron repartidos por toda Inglaterra, hasta las aldeas más pobres y lejanas. No hubo quien no contemplase de cerca su miseria y su desgracia. Ante ellos «se despertó la madre que dormita en el corazón de todo inglés», sentimiento de compasión reservado para la vida interior, y que rara vez despiertan en él las impresiones exteriores.



MR. ASQUITH ACLAMADO POR LOS DIPUTADOS DESPUÉS DE LA DECLARACIÓN DE GUERRA Á ALEMANIA

La cólera se unió á la ternura, y todos los ingleses proclamaron á coro desde entonces que la guerra no debía cesar hasta que Alemania diese una reparación completa á Bélgica. Esta reparación debía ser positiva, tal como entiende el pueblo británico las compensaciones: una indemnización de muchos millones, pagada por un fuerte tributo anual durante largos años.

En vista de los crímenes de la invasión alemana, nadie pensó más en la paz.

Las colonias convencieron igualmente al pueblo de que su causa valía la pena de hacer sacrificios. Los ingleses de la clase popular muestran cierto desprecio hacia las colonias que no se gobiernan por sí mismas. Las consideran órganos inferiores y secundarios del Imperio británico. Y he aquí que la más importante de ellas, la India, poblada por gentes de otra raza, daba una lección de patriotismo á los ingleses acogiendo con entusiasmo la lucha y ofreciendo hombres y dinero en abundancia para el sostenimiento de la metrópoli.

Los súbditos británicos de distinta sangre hicieron ver con esta conducta su opinión de que Inglaterra representaba para el mundo algo mejor que Alemania, y el pueblo inglés, para no verse en un estado de inferioridad, procuró sobrepujarlos en entusiasmo.

▫

De este modo, lentamente, se fué elevando por gradaciones la opinión pública, hasta llegar á la conclusión de la necesidad de un aplastamiento de Alemania. Lo difícil, tratándose del pueblo inglés, es conseguir que acepte una idea. Una vez la adopta, acoplándola á un sólido sentimiento incapaz de rápidas variaciones, no la olvida ni duda de ella, hasta llegar á su exacta realización.

—Alemania debe pagar el mal que ha causado en Bélgica y en el Norte de Francia—piensa el inglés—. Es de justicia que el que causa daños los indemnice. Alemania no pagará mientras no aplasten su soberbia. ¡Vamos á aplastar á los alemanes!

Su imaginación, que trabaja lentamente, no puede concebir otro final del conflicto. Su resolución fué haciéndose cada vez más fuerte durante el curso de la guerra. Los ataques de los submarinos alemanes y la profusión de minas en el mar del Norte, con grave daño del comercio, aumentaron su coraje. Las bravatas alemanas y el anuncio de que una escuadra aérea de zeppelines podía bombardear Londres, despertaron su furor.



LORD ROBERTS

El carácter inglés necesita ser sacudido para que dé frutos. En los momentos críticos, la situación de este pueblo así como se hace más difícil aumenta su tenacidad... y su buen humor.

En tiempo normal el inglés es taciturno y grave. Cuando se ve en peligro canta y muestra una inconsciencia casi infantil. Quiere conservar su serenidad, y para mantener el valor se vigila á sí mismo, imponiéndose una alegría ruidosa, una indiferencia heroica que no deja transpirar las emociones internas.

«Por esto nuestros soldados—dice un autor inglés—marchan á la batalla cantando, no himnos solemnes, sino frívolas canciones de *music-hall*. Y sin embargo, en el fondo de su pensamiento tienen la idea de que van á morir por una gran causa. Pero no quieren darse por enterados, y siguen su camino hacia la muerte con una alegría de niños.»

El pueblo inglés tardó mucho en aceptar la guerra. Pero los mismos que se oponían á su declaración fueron luego sus más firmes sostenedores.

Cuando la Gran Bretaña se compromete en una obra tiene que terminarla. Y el pueblo inglés, pasadas las primeras vacilaciones, quiso ser un martillo poderoso, golpeando incansablemente sobre el yunque de Europa, hasta conseguir el aplastamiento de la nación enemiga.

▫

Inglaterra no necesita hacer grandes preparativos cuando la guerra es en el Océano. Basta una orden del Almirantazgo para que á las veinticuatro horas el pabellón británico pasee amenazante por todos los mares del globo.

Pero en lo que se refiere á su ejército de tierra, ha sido siempre lenta y hasta imprevisora. Sólo tiene las tropas necesarias para sus necesidades interiores y la defensa de sus colonias. La tradición democrática del país se opone al establecimiento del servicio militar obligatorio, á pesar de la propaganda que hizo en favor de éste el glorioso veterano Lord Roberts, y que



LORD ROBERTS Y LORD KITCHENER EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA

(Dibujo de *The Illustrated War News*)

continuaron realizando otros generales. El ejército inglés se nutre únicamente de voluntarios. Este enganche basta en tiempos de paz, y ha sido suficiente para sostener las guerras coloniales.

Aparte de esto, el pueblo británico, que cuida escrupulosamente de que su flota no decaiga y da animosamente para su aumento todo lo que el gobierno solicita, presta poca atención al desarrollo del ejército de tierra.

Tiene un axioma que todos repiten: «Nosotros organizamos la guerra mientras la hacemos.» Inglaterra declara abiertas las hostilidades, y luego, al abrigo de la flota y de su situación insular, va reclutando voluntarios y reforzando tranquilamente los cuadros de su ejército.

Este procedimiento es peligroso, pero le ha resultado bien en todas sus guerras desde los tiempos de Napoleón. Las prolonga mucho, haciéndolas comenzar con derrotas las más de las veces, para conseguir indefectiblemente una victoria final cuando se halla en posesión de todas sus fuerzas, lentamente reunidas. Y como Inglaterra es país de tradiciones, el pueblo no ha querido aceptar ningún cambio en un sistema garantizado por el triunfo. Además el ciudadano británico, celoso de su libertad, siente una irresistible aversión por todo servicio obligatorio.

En esta guerra adivinó la opinión que las circunstancias eran distintas y había que proceder con mayor rapidez.

Inglaterra en tiempo de paz sigue distinguiendo con los honores de la popularidad á sus almirantes y soldados de mar, que forman las verdaderas tropas activas. Al ejército de tierra lo olvida; y sus generales, los héroes de la defensa colonial, viven como en una situación de reemplazo. Pero apenas ha surgido una guerra, los nombres de Lord Roberts, de Lord Kitchener, de French y otros han vuelto á la memoria del pueblo.

Al romperse las hostilidades con Alemania los generales célebres de Inglaterra tornaron al primer plano de la popularidad.

El instinto de la opinión se adelantó á las decisiones del gobierno. Todos adivinaron qué hombres iban á dirigir las fuerzas terrestres del país.

Con Lord Roberts no podía contar el ejército británico. El glorioso veterano tenía más de ochenta años, y poco tiempo después, en el mes de Noviembre, cuando en un arranque de senil energía pasó á Francia para visitar en el campo de batalla á sus antiguos compañeros de armas, murió casi repentinamente de una dolencia ocasionada por esta fatiga incompatible con su edad.

El general French, más joven y de historia no menos gloriosa, fué el caudillo indicado para dirigir la expedición continental en auxilio de Francia.

Lord Kitchener era el ministro indiscutible de la Guerra. Todo el país reclamó su concurso. Siempre que la Gran Bretaña se ha visto en nuestra época comprometida en una guerra difícil, la opinión pública ha formulado la misma exigencia como un supremo remedio: «Que vaya Lord Kitchener al *War Office*.»



LORD KITCHENER REVISTANDO LAS TROPAS (Fot. Rol

Este héroe de las guerras de África es un organizador duro é incansable que conoce los recursos de la patria y sabe extraer sus fuerzas, regimentándolas con rapidez.

Obediente á la voluntad de sus conciudadanos, fué tranquilamente á tomar posesión del *War Office* como en otras ocasiones críticas. Su papel es ser ministro de la Guerra en la hora del peligro.

Al entrar en el ministerio y recorrer sus salones, preguntó á un ayudante:

—¿No hay aquí una cama?

—No, milord.

—Está bien. Que traigan una inmediatamente.

Y se instaló como un soldado para trabajar noche y día.

—Que me traigan veinte telegrafistas—ordenó al poco rato.

Pasaron dos horas sin que llegasen estos empleados. La dirección de Telégrafos tenía que cumplir

varios requisitos reglamentarios de los que complican la vida de las oficinas. Al enterarse del retraso, Lord Kitchener dijo simplemente por teléfono:

—Que estén aquí antes de diez minutos, ó iré yo en persona á traerlos.

Su voluntad imperiosa, sobria en palabras y férrea en la acción, se impuso inmediatamente, conmoviendo la pasividad y la rutina de las costumbres británicas.

Organizó el cuerpo expedicionario, enviando á Francia más hombres que había prometido y con una rapidez que nadie esperaba.



LORD KITCHENER, MINISTRO DE LA GUERRA INGLÉS, EN TRAJE DE PAISANO (Fot. Rol)

—Antes de la primavera próxima—afirmó—Inglaterra tendrá en el continente un millón de hombres.

Y siguió trabajando con un tesón silencioso é incansable, diciendo á todos la verdad, revelando los defectos de la organización inglesa, negándose á halagar los optimismos generales que creian en una guerra corta.

No; la guerra iba á ser larga, larguísima. Lord Kitchener, al decretar el enganche de voluntarios, fijó un plazo de tres años para la duración del servicio. Pero su certeza fatal sobre la duración de la lucha se trocaba en victorioso optimismo al hablar de su término. La causa de los aliados sería la triunfante. En las guerras modernas vence indefectiblemente el que puede mantenerse en pie un cuarto de hora más, y la Gran Bretaña, dirigida por él, se sostendría al lado de sus aliados hasta el último hombre, como los cuadros de la infantería escocesa en Waterloo, y hasta gastar el último millón.

Los habitantes de Londres encuentran muchas veces en las inmediaciones del *War Office* un elegante «gentleman» que marcha solo con dirección á este ministerio.

Es Lord Kitchener, el organizador y mantenedor de las fuerzas inglesas, el hombre que enardece con sus lacónicos llamamientos á la juventud nacional, y puesto en contacto con las colonias extrae soldados de todos los rincones del mundo.

Como todos los oficiales ingleses, Lord Kitchener sólo viste su brillante uniforme en los actos militares. Fuera de ello, prefiere el chaqué de corte elegante, el sombrero de copa de numerosos reflejos, el traje de la vida civil que iguala á todos los ciudadanos notables de la democracia inglesa, solemne, digna y entonada: lores, generales, almirantes, miembros del Parlamento y altos comerciantes de la City.

XIII

La defensa de Bélgica.—Alocución del rey.—Palabras de Guillermo II y de su canciller.—Falsas noticias acerca de la situación de Francia.

Al realizar los alemanes la invasión de Bélgica, el rey Alberto I creyó llegado el momento de abandonar Bruselas, poniéndose al frente de sus tropas. El soberano de este pequeño reino no quiso seguir viviendo en su palacio, lejos de los combates y pronunciando arengas como Guillermo II. Primer ciudadano de un estado democrático, deseó ser igualmente su primer soldado.

En la mañana del 5 de Agosto el rey de Bélgica lanzó la siguiente proclama:

AL EJÉRCITO DE LA NACIÓN

Soldados: Sin la menor provocación de nuestra parte, un vecino orgulloso de su fuerza ha desgarrado los tratados que llevaban su firma, violando después el territorio de nuestros padres.

Porque hemos sido dignos de nosotros mismos, porque nos hemos negado á un delito contra el honor, este vecino nos ataca. Pero el mundo entero se maravilla de nuestra actitud leal. Que su respeto y su estima nos reconforten en estos momentos supremos.

Viendo amenazada su independencia, la nación se ha estremecido y sus hijos han saltado á la frontera. Valerosos soldados de una causa justa: yo tengo confianza en vosotros y os saludo en nombre de Bélgica.

Vuestros conciudadanos se sienten orgullosos de vosotros.

Triunfaréis, porque sois la fuerza puesta al servicio del derecho.

César dijo de vuestros antecesores: «De todos los pueblos de las Galias, los belgas son los más bravos.»

Gloria á vosotros, soldados del pueblo belga.

Ante el enemigo acordaos que combatís por la libertad y por vuestros hogares amenazados.

Acordaos, flamencos, de la batalla de las Espuelas de Oro, y vosotros, walones de Lieja, que ocupáis en este momento el sitio de honor, acordaos también de los seiscientos franchimonteses (1).

Soldados: Salgo inmediatamente de Bruselas para ponerme al frente de vosotros.

Firmado en el palacio de Bruselas el 5 de Agosto de 1914.

ALBERTO

Los primeros choques con los alemanes resultaron favorables á los belgas.

La invasión germánica se prosiguió metódicamente á partir del día 5 en las primeras horas de la mañana. Tres fuertes columnas precedidas de pelotones de hulanos y lanceros franquearon la frontera por Gemenick, Henri-Chapelle y Dolhain. Una de estas columnas remontó hacia Visé, deteniéndose en la ribera derecha del Mosa. Los belgas situados en la otra orilla defendieron el paso del río, destruyendo con su artillería un puente que intentaron establecer los alemanes.

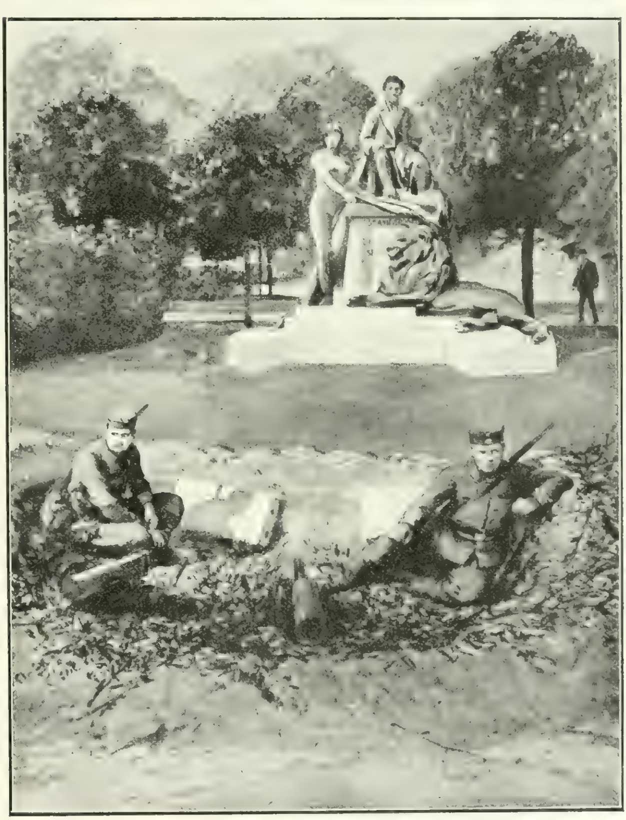
Mientras tanto la caballería belga tuvo numerosos choques con la caballería de las avanzadas enemigas, saliendo victoriosa de estos encuentros y apresando numerosos hulanos.

Los ingenieros belgas habían hecho saltar varios puentes y túneles el día 3, dificultando así el avance del enemigo. Además demolieron muchos edificios en los alrededores de Lieja que dificultaban el tiro de los fuertes. En la ciudadela fué instalada una estación de telegrafía sin hilos.

El vecindario de Lieja se mostró animoso y entusiasta desde los primeros momentos, ayudando á la guarnición en los trabajos de defensa.

Las tropas alemanas, que pensaban llegar á Lieja sin obstáculo alguno, tuvieron que batirse, como ya hemos dicho, con las fuerzas del país apenas pusieron el pie en Bélgica.

Un parlamentario enemigo se presentó en Lieja



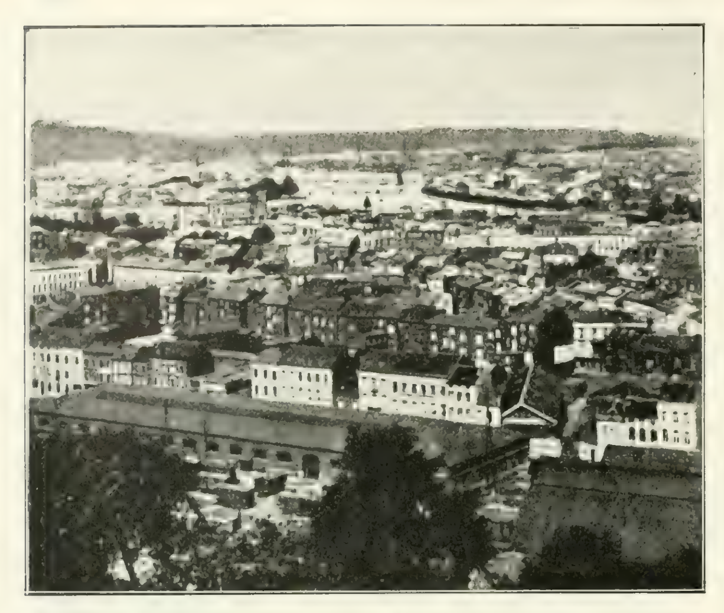
LOS ENEMIGOS DE BÉLGICA

Soldados alemanes con ametralladoras ante el monumento conmemorativo del 75 aniversario de la independencia belga

(Dibujo de M. Forestier, según apunte facilitado por el profesor de la Universidad de Lieja M. Paul Hameling, publicado por *The Illustrated London News*)

(1) La «batalla de las Espuelas de Oro» es uno de los hechos más gloriosos de Bélgica en la Edad Media. Los municipios belgas, que eran verdaderas repúblicas democráticas, combatieron unidas el feudalismo con sus milicias populares, matando tantos caballeros, que recogieron en sacos sus espuelas de oro, lo que dió un nombre popular á esta victoria.

Los «seiscientos franchimonteses» fueron otros tantos montañeses del distrito de Franchimonte, en el Mosa, que contribuyeron á la defensa de la antigua Lieja cuando esta república estaba sitiada en 1468 por Carlos el Temerario, duque de Borgoña, y el terrible Luis XI, rey de Francia. En la noche del 30 de Octubre, los franchimonteses salieron calladamente de la ciudad con el intento de apoderarse de los dos soberanos en medio de sus tropas, y poco faltó para que los matasen. Sorprendidos en esta operación por todo el ejército enemigo, los montañeses se defendieron sin querer retirarse, hasta que no quedó uno.



VISTA DE LIEJA

pidiendo al general Leman, gobernador de la plaza, la rendición de ésta.

El heroico Leman, que pocos días después había de asombrar al mundo con su desesperada resistencia, contestó que el ejército belga sólo cedería el paso después de ser aniquilado.

El general dirigió la siguiente proclama á los habitantes de la provincia:

Habitantes del país de Lieja:

La gran Alemania invade nuestro territorio después de un *ultimatum* que constituye un ultraje.

La pequeña Bélgica ha recogido valerosamente el guante.

El ejército va á cumplir su deber.

La población de Lieja cumplirá también el suyo.

Tengo la seguridad de que dará un ejemplo de calma y de respeto á las leyes. Su ardiente patriotismo responde de ello.

¡Viva el Rey, comandante en jefe del ejército!

¡Viva Bélgica!

El teniente general gobernador general de Lieja.

LEMAN

Iba á empezar el duelo desigual y heroico, el encuentro nunca visto entre el mayor imperio militar y una de las naciones más pequeñas de Europa.

▫

Mientras tanto Guillermo II, que según confiesan sus admiradores no puede estar mucho tiempo en silencio y utiliza todas las oportunidades para redactar manifiestos, pronunciar discursos ó actuar de sacerdote, recitando plegarias y sermones, creyó llegado el momento de hablar otra vez á su pueblo.

Sintió además la necesidad de dirigir una de sus numerosas invocaciones á Dios, al que trata con cierta familiaridad, y declarar á Europa entera la pureza de su alma.

Esta fué la forma de su proclama:

Alemanes:

Me veo forzado á tirar de la espada para repeler un ataque completamente injustificado, y con toda la fuerza de que dispone Alemania hacer la guerra por la defensa del Imperio y de nuestra existencia nacional.

He hecho todos mis esfuerzos desde el principio de mi reinado para preservar á la nación alemana de la guerra y para mantener la paz.

Por lo mismo en el caso actual he considerado que era para mí un deber de conciencia hacer todo lo posible por evitar la guerra; pero mis esfuerzos han resultado vanos. Tengo pura mi conciencia y estoy convencido de la justicia de nuestra causa. Duros sacrificios de hombres y de dinero serán exigidos á la nación alemana para esta defensa de la patria que nos impone el reto del enemigo, pero yo sé que mi pueblo me sostendrá lealmente, unánimemente, resueltamente, como en los días sombríos sostuvo á mi abuelo, que ahora reposa en Dios.

Habiendo aprendido desde mi juventud á poner mi confianza en Dios padre, creo necesario en estos días solemnes inclinarme delante de el implorando su gracia. Hago un llamamiento á mi pueblo para que se una á mí en una plegaria común y observe la jornada del 5 de Agosto como un día extraordinario de plegarias generales, reuniéndose en todas las iglesias del Imperio para pedir á Dios que esté con nosotros y bendiga nuestras armas.

Después del servicio divino cada uno podrá volver á sus ocupaciones.

GUILLERMO I. R.

Es inútil llamar la atención sobre el tono y las afirmaciones de este documento. Alemania, según Guillermo II, se veía provocada á la guerra y sólo tiraba de la espada por defenderse. ¡Y esto lo decía

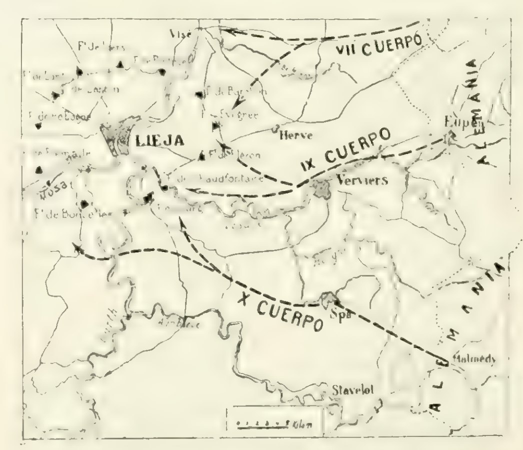


GRÁFICO DEL AVANCE ALEMÁN CONTRA LIEJA

cuarenta y ocho horas después de haber roto los trabajos conciliadores de la diplomacia de Europa declarando la guerra á Rusia!

El 4 de Agosto, ó sea el mismo día en que se reunieron en memorables sesiones el Parlamento francés y el Parlamento belga, y en que la Gran Bretaña rompió sus relaciones con Alemania, se reunió igualmente el Reichstag en presencia del emperador, para enterarse de la declaración de guerra á Rusia y Francia y votar los créditos necesarios para su sostenimiento.

Guillermo II en su discurso del trono habló de los esfuerzos hechos por Alemania durante la crisis balkánica para mantener la paz. «El abismo parecía cerrado—dijo—, cuando el asesinato del archiduque Francisco Fernando vino á abrirlo de nuevo. Austria, obligada á tomar medidas de seguridad, encontró la oposición de Rusia, y los preparativos de esta última obligaron á Alemania á declarar la guerra. En cuanto á Francia no sentimos sorpresa alguna al verla al lado de su aliada. La situación actual es el resultado de la animosidad y la envidia que se nota desde hace años contra el próspero desenvolvimiento del Imperio alemán.»

Después de leído el discurso del trono, Guillermo II aprovechó la ocasión para expansionar su fiebre oratoria añadiendo lo siguiente:

«Fieles al ejemplo de nuestros padres, graves y nobles, humildes ante Dios y valerosos ante el enemigo, nos confiamos nosotros al Todopoderoso para que nos asista en nuestra obra de defensa y sea favorable á nuestras armas.

»Vosotros habréis leído, Señores, lo que yo dije á mi pueblo desde un balcón de mi palacio. Lo mismo repito aquí. Yo no conozco partidos; yo no conozco más que alemanes. *(Aplausos frenéticos.)* Y como signo de vuestra voluntad de permanecer unidos, sin distinción de partidos, de situaciones sociales ó de confesiones religiosas, para seguirme á todas partes, aunque sea á la derrota y la muerte, invito á los jefes de partido á que se acerquen á mí y me lo prometan estrechando mi mano.»

El canciller Bethmann-Hollweg fué más sincero, pues su situación de gobernante no le permitía desfigurar los hechos con la misma facilidad. Además, en aquel momento la Gran Bretaña aun no había declarado la guerra á Alemania (suceso que ocurrió horas después), y el canciller, en su discurso, procuró excusar los atropellos cometidos poniendo su pensamiento en Inglaterra, mientras iba hablando con la absurda esperanza de poderla convencer.

«Una desgracia espantosa—dijo—amenaza á Europa. Desde hace cuarenta y cuatro años gozamos los beneficios de la paz, por cuyo mantenimiento queríamos seguir trabajando. Desde el Emperador al más joven soldado, todos habían hecho el voto de no tirar de la espada más que por una causa justa. *(Vivos aplausos.)* Rusia ha prendido fuego á la antorcha incendiaria.» *(Aplausos frenéticos.)*



EL GENERAL LEMAN, HEROICO DEFENSOR DE LIEJA

El canciller dió lectura á continuación de los documentos diplomáticos que formaron el *Libro Blanco* alemán, documentos incompletos y arreglados maquiavélicamente, como se demostró luego, para hacer creer al mundo que Alemania era la agredida.

Después de esta lectura continuó hablando Bethmann-Hollweg, para justificar la violencia inesperada con que el Imperio lo había atropellado todo, declarando la guerra á Rusia y Francia.

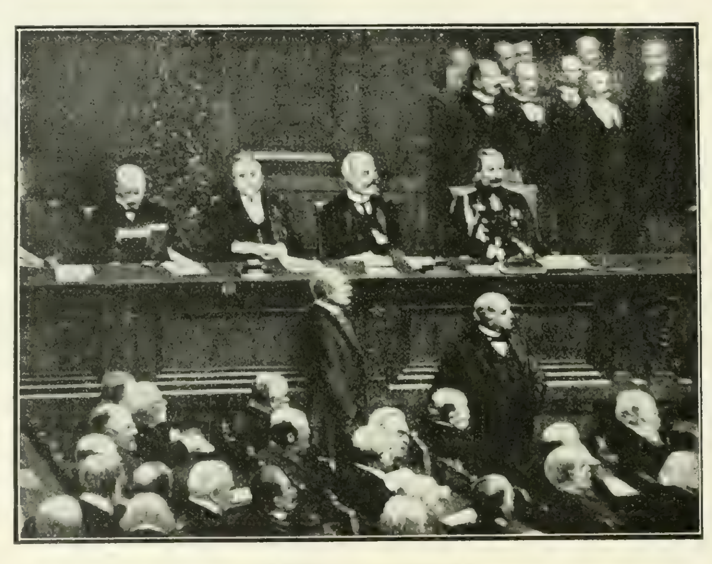
«¿Debíamos aguardar pacientemente el momento escogido por las potencias que nos oprimen para prender fuego á la pólvora? *(Vivos aplausos.)* Hubiese sido criminal exponer Alemania á este peligro. *(Aplausos unánimes. Gritos de «¡No! ¡No!»)*

«Nuestras tropas han guardado al principio una actitud defensiva. Esta es la verdad. Nosotros nos hallamos en un estado de legítima defensa, y podemos hacerlo todo PORQUE LA NECESIDAD NO RECONOCE LEY. Nuestras tropas han ocupado el Luxemburgo, y tal vez en este momento ocupan toda Bélgica. *(Violentos aplausos. Gritos de entusiasmo.)* Reconozco que esto ES CONTRARIO AL DERECHO DE GENTES, pero nosotros sabíamos que Francia estaba pronta á un ataque á través del territorio belga, y un ataque á nuestra ala sobre el Rhin inferior podía habernos sido fatal. Por esto nos hemos visto obligados Á PASAR POR ENCIMA DE LAS PROTESTAS DE LUXEMBURGO Y DE BÉLGICA, QUE

SON JUSTIFICADAS. Pero nosotros repararemos esta falta cuando hayamos conseguido nuestro fin. *(Vivos aplausos.)* Cuando se está amenazado como nosotros lo estamos, y cuando se combate como nosotros por el bien supremo, SE SALE DEL PASO COMO SE PUEDE.» *(Aplausos frenéticos.)*

Jamás en la Historia gobernante alguno—ni aun los déspotas más irrespetuosos de las leyes—se ha expresado como este canciller germánico. Reconoció en su discurso que los actos realizados por las tropas de su país eran contrarios al derecho de gentes, que las protestas de los Estados invadidos resultaban justificadas, pero que una vez en lucha *todo está permitido* y hay que *salir del paso como se puede*.

Horas después, en su entrevista nocturna con el embajador de Inglaterra, que ya hemos relatado, completaba su doctrina afirmando que la «neutralidad» es una simple palabra, y un tratado solemne entre naciones no merece más valor que el de un «pedazo de papel».



EL KAISER EN EL REICHSTAG

El 5 de Agosto se decidió Austria-Hungría á declarar la guerra á Rusia. Siendo el Imperio austriaco autor visible de la conflagración europea, mostró sin embargo cierta pereza en aceptar la lucha provocada por él voluntariamente, ó por instigaciones de Alemania, su aliada. Sólo cinco días después que el gobierno alemán hubo declarado la guerra á Rusia, se decidió á imitar esta conducta.

Con Francia su procedimiento aun fué más extraño. Transcurrieron días y días sin que el embajador de Austria se moviese de París. Las tropas austriacas estaban ya en Alsacia ayudando á los alemanes, sin que el Imperio austriaco hiciese declaración diplomática de hostilidad. Y así hubiese continuado esta situación inaudita de no cortarla el gobierno francés, entregando sus pasaportes al embajador antes de que los pidiese.

La declaración de guerra presentada el día 5 en San Petersburgo por el representante austriaco decía así:

Por orden de su Gobierno, el que suscribe, embajador de Austria-Hungría, tiene el honor de notificar á Su Excelencia el ministro de Negocios Extranjeros de Rusia lo que sigue:

Vista la actitud amenazante tomada por Rusia en el conflicto que ha surgido entre la monarquía austro-húngara y Servia, y en vista también de que á consecuencia de este conflicto Rusia—según una comunicación del Gabinete de Berlín—ha creido conveniente abrir las hostilidades contra Alemania y que ésta se encuentra en estado de guerra con dicha potencia, Austria-Hungría se considera igualmente en estado de guerra con Rusia.

Este documento tan corto contiene una falsedad enorme, como ya lo habrá notado el lector. En él se pretende que es Rusia la que ha declarado la guerra á Alemania, afirmación desmentida por el mismo gobierno de Berlín. La política de los dos imperios aliados les hizo buscar en los primeros días de la guerra el presentarse como víctimas obligadas á la defensa, torturando para esto la verdad y el buen sentido con un esfuerzo inútil.

Todos los gobiernos de Europa y América declararon su neutralidad. Turquía, que también se declaró neutral, pero en cuyo gobierno ejercían honda presión las intrigas alemanas, anunció, con pretexto de asegurar la neutralidad, su propósito de cerrar á la navegación el estrecho de los Dardanelos y el Bósforo.

En la frontera franco-germánica continuaron los combates entre las avanzadas de ambos ejércitos, llevando la mejor parte la caballería francesa, que batió y persiguió á varios destacamentos de dragones alemanes y de hulanos, matando á varios y haciendo numerosos prisioneros.

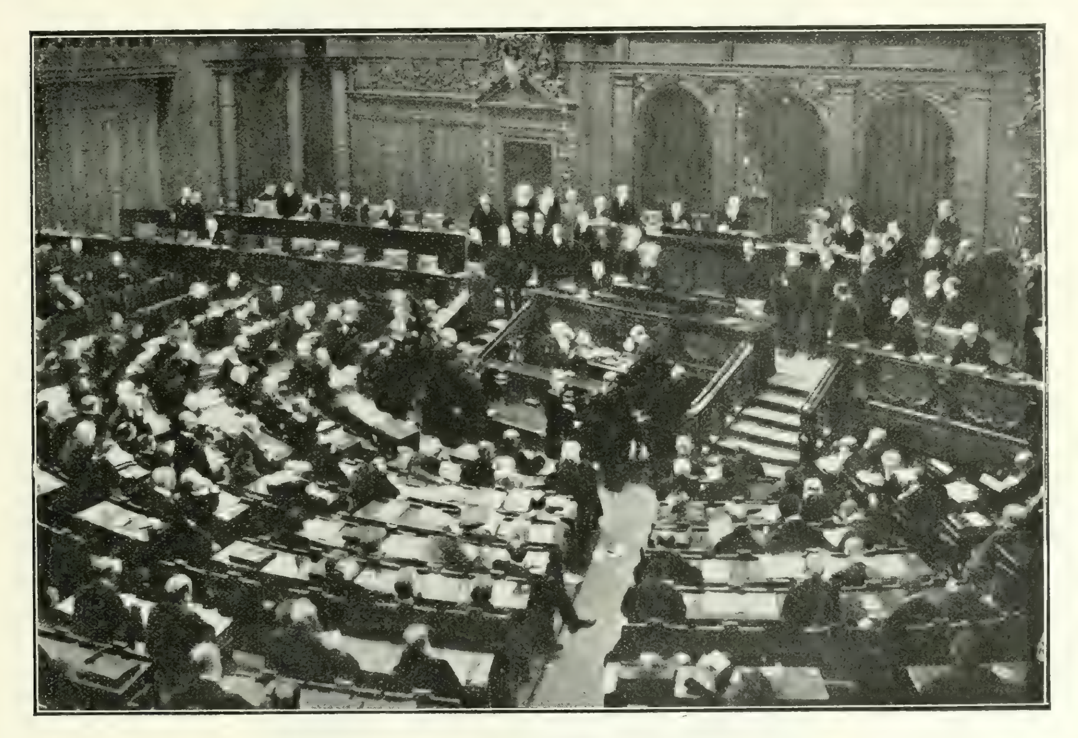
No era aquí donde iba á desarrollarse la ofensiva del enemigo. La invasión había tomado el camino de Bélgica.

El primer choque importante de la guerra fué el mismo día 5 en los alrededores de Lieja. El ejército belga comenzó en este día su carrera de heroísmo. Las tropas del general Leman repelieron todos los ataques alemanes, sosteniendo una verdadera batalla en campo raso, sin buscar el abrigo de las fortificaciones.

El ataque germánico fué brusco y violento entre el río Vesdre y el Mosa, pero un contraataque lo rechazó, persiguiendo los belgas á varios cuerpos enemigos hasta la misma frontera.

Las tropas de Leman recogieron en las líneas alemanas más de 600 heridos.

Esta primera derrota y la intervención del paisanaje en la lucha para defender su país exasperaron á los invasores. Además sus jefes tenían orden de aterrar á la población belga, ya que se negaba á dejarles paso franco. Y empezaron los fusilamientos, los robos, los incendios de poblaciones, las matanzas de mujeres, niños y ancianos, los asesinatos de sacerdotes porque se mantenían al lado de los defensores del país, todos los crímenes de la invasión de Bélgica, de los que hablaremos oportunamente, y que levantaron en las naciones civilizadas de Europa y América un clamoreo de indignación, arrebatando al Imperio alemán las pocas simpatías que aun conservaba entre las gentes de sentimientos generosos.



EL REICHSTAG

◻

Uno de los procedimientos que empleó con más tenacidad el patriotismo alemán para enardecer á sus soldados, haciéndoles creer que la guerra resultaría fácil y rápida, fué la difusión de falsas noticias sobre el estado de los enemigos. La agencia Wolff, centro alemán de informaciones periodísticas, se encargó principalmente de este trabajo, adquiriendo una celebridad grotesca en todo el mundo por sus inverosímiles relatos.

Apenas se inició la guerra, todas las calamidades que puede sufrir un pueblo cayeron sobre Francia, en menos de una semana, para regocijo de las gacetas germánicas, que comentaban con una serenidad imperturbable los grandes desastres de la República enemiga. El Presidente Poincaré dimitió unas veces y otras fué asesinado. Los revolucionarios de París proclamaron la *Commune,* haciendo arder la capital por los cuatro costados. Los regimientos franceses se sublevaban contra sus oficiales, á impulsos de la propaganda antimilitarista. Tres cuartas partes de la nación francesa realizaban manifestaciones contra la guerra.

Y estos diarios germánicos, que repetían imperturbables las estupendas invenciones de Wolff, tenían buen cuidado en ocultar los únicos hechos monstruosos reales y positivos que estaban ocurriendo en aquellos momentos: el fusilamiento por los alemanes de numerosos alsacianos y loreneses tomados como rehenes; la matanza efectuada en el vecindario belga de Visé por los invasores.

Le Temps decía así:

Alemania había creído que podría romper la resistencia de un pueblo pequeño con su primer esfuerzo. Y desde ayer las heroicas tropas belgas, ante las cuales se inclina el respeto de Francia, hacen frente al ejército alemán, que no ha podido, á pesar de su número, obtener ninguna ventaja.

En su rabia y su despecho, Alemania se entrega á todos los excesos. Antes pudimos admirarlo: que la revolución ha estallado en Francia, que los franceses han votado contra la guerra, que el presidente de la República ha sido asesinado; comenzó monstruosidades tan groseras á la ejecución de los soldados alsacianos y loreneses y á la matanza de la población civil de Thann.

La reciente intervención del Tropic Amarillo, sostenida por los marinos y los ingleses, le ha enloquecido.

Esta es la situación. ¿Será exagerado decir que nos entusiasma para afrontar las más bellas esperanzas? A la violencia alemana oponemos nuestra calma y la humanidad. Hoy mismo tenemos desde cerca de París un millar de prisioneros austro-húngaros, para que sus mayores miramientos y que ninguno de estos será ... Nuestros ministros y nuestros periódicos dicen la verdad, nada más que la verdad. ... tenidos por nuestra decisión, sin una indecisión, sin un desfallecimiento, sin un exceso.

Jamás espectáculo tan hermoso ha producido el alma de la nación.

¿Mientras la prensa alemana para enardecer á sus ... soldados describía la revolución sangrienta de París y las luchas sangrientas entre los franceses, ...?

Todo un pueblo está en pie. De las últimas profundidades de su vida tradicional, de sus creencias, de sus pensamientos, de todos los anhelos de su alma, surge una potencia común de voluntad y de acción que nada podrá romper. Este pueblo tiene defectos que eran grandes. Pero ha hecho conquistado por sus impulsos de idealismo, por su abnegación al servicio de ideas que son hermosas y hacen al hombre mucho mejor, uno de los primeros ... en el mundo, si no se hubiera excedido algunas veces en ese ... demasiado ... y en ... que todas las agrupaciones de la especie humana ... como signo precursor de la decadencia.

Todo un pueblo está en pie y es el pueblo francés, en el cual todas las virtudes de pueblos opuestos se han ... para producir una raza ... agitada y ... de los hombres que no tienen bastante en el ... para comprenderla, ... de los que ... con una ... de grandeza.

... este pueblo ha ... sus desgracias. Durante cuarenta años las ... de los Vosgos le enviaban el eco de los lamentos de la patria mutilada. Durante cuarenta años ha tenido que reprimir los ... demasiado fuertes de su corazón. Durante cuarenta años se ha creado á fuerza de trabajo un nuevo derecho á la vida y á fuerza de paciencia ... un nuevo derecho al honor. Ha sufrido todos los insultos, todas las provocaciones, con la frente alta, sin palidecer. Semejante á esas espadas ... de un temple invencible, en las cuales el martillo del forjador despierta la virtud dormida, este pueblo ha colocado su alma sobre el yunque para las pruebas á que quiso someterla la suerte, y en un día marcado ha surgido el hombre nuevo, con la pura templanza de una voluntad que quiere engrandecerse.

De la mezcla confusa de los partidos ha surgido el francés de la hora presente, todo de una pieza, más grande y más fuerte, ... consciente, con los ojos cargados de energías invencibles que demostrarán que la historia de Francia no puede cortarse. Las mujeres le han visto partir y no han llorado. Los niños pequeños se han vuelto grandes. La adolescencia avanza un paso antes de que la llamen. Y aquellos á quienes trastorna una edad excesiva quieren estar en el peligro.



ALBERTO I, REY DE BÉLGICA   Fot. ...

Esta es la hora misteriosa en la cual algo se realiza dentro de nosotros que repele á lo lejos todas las escorias y deja espacio al gran cuerpo de metal fundido que ni el hierro ni el diamante podrán arañar. Y cuando un día, después de pruebas sobrehumanas, todas estas almas fatigadas de heroísmo vuelvan á encontrarse bajo la gran cúpula azul de una patria renovada, es indudable que con todos estos corazones que fueron enemigos se reconstruirá un alma de Francia en la cual los desentimientos, que son condición de la vida, se reunirán sólidamente anudados en un fondo de unánime solidaridad, tan firme, que nadie podrá romperla. Una patria más hermosa que la que conocimos va á surgir del caos.

El ilustre diplomático S. Pichon escribió de este modo en el *Petit Journal*, comentando la aberración que representaba la guerra.

He aquí cinco pueblos aliados que por los bellos ojos del rey de Prusia, como se decía en otros tiempos, van á cubrir Europa de ruinas y de cadáveres. Y como ellos, otros dos pueblos, el de Alemania y el de Austria-Hungría, van á marchar á la muerte bajo la dirección de los instigadores germánicos que han organizado esta carrera hacia el abismo.

¿No es algo semejante al preludio de la explosión ese movimiento general que hace erguirse contra los culpables á tres

cuartas partes de Europa? ¿No es la aproximación de la justicia —de esa justicia inmanente de la que hablaba Gambetta—esa sublevación de la conciencia nacional que suscita contra los provocadores de la matanza una coalición de todos los pueblos en lucha por el emancipamiento ó por la existencia?

La camarilla militar alemana ha calculado muy mal las consecuencias de su golpe. Contaba con atravesar Bélgica al paso de parada, lo mismo que si estuviese en la Avenida de los Tilos de Berlín, desfilando al son de sus pífanos bajo los ojos benevolentes de la Inglaterra cándida; contaba con arrojarse después sobre nuestra frontera desguarnecida, tragarse de un solo bocado nuestro ejército sorprendido en plena movilización, y entrar á los pocos días en París para divertirse y llenarse los bolsillos.

¡Esperanza desvanecida! Bélgica é Inglaterra se han sublevado. Francia, que según nuestros enemigos estaba desgarrada por las disensiones civiles, en plena decadencia moral y material, é incapaz de unidad y energía, se ha levantado como un solo hombre, ha corrido á su frontera con un entusiasmo que recuerda el de los grandes días de 1792, y se prepara para actos de gloria y de heroísmo iguales á los de las más hermosas épocas de su historia.

Este espectáculo desorienta y asombra á nuestros enemigos. Al mismo tiempo los exaspera y los enloquece. Y esto es causa, en gran parte, de los actos estupendamente monstruosos que cometen á diario.

No sin motivo habla todo el mundo de la aberración alemana. ¿Cómo calificar de otro modo la locura que arrastra al imperialismo germánico hacia la sima en la que desaparecieron antes que él las tiranías más célebres y las glorias militares más ilustres? Guillermo II estaba harto de la calificación que se daba á sí mismo de *Emperador pacífico*. Ahora desea pasar á la posteridad con la misma gloria de Erostrato; una gloria que tenga por pedestal la monstruosidad de las ruinas.

▫ ▫



LOS REYES DE BÉLGICA EN VERSALLES (Fot. Rol)

En primer término la reina de Bélgica apoyada en el brazo de M. Fallieres, que era entonces presidente de la República. Detrás el rey Alberto dando el brazo á Madame Fallieres

XIV

Los belgas y su rey

Bismarck, que como todos los aficionados á hacer definiciones se equivocaba muchas veces, dijo del soldado belga: «Es un gran capote que no tiene nada dentro.»

De vivir el famoso canciller hasta el tiempo presente, tal vez habría modificado su opinión. El soldado mecánico, moviéndose como un autómata con la *ganze parade*, era el guerrero perfecto para él. Debajo del «gran capote» no supo adivinar que latía un corazón entusiasta capaz de emprender espontáneamente lo que el soldado prusiano sólo puede realizar á impulsos de la disciplina y del miedo á sus oficiales.

Lo mismo que Bismarck se engañaron los innumerables espías alemanes establecidos en Bélgica. Para ellos, acostumbrados á la organización mecánica de su militarismo, el ejército belga era una especie de milicia ciudadana, buena cuando más para reprimir un motín y correr en una batalla á campo raso. El corazón, la dignidad del hombre libre, eran para ellos factores insignificantes. Y esta especie de miliciano democrático, bonachón y sonriente, dió á Alemania una sorpresa mortal y trastornó todos sus planes al salir á la defensa de su patria invadida.

El espionaje alemán fué el más temible enemigo



ALBERTO I, CUANDO FUÉ DECLARADO REY

con que tuvo que luchar Bélgica en su heroica resistencia. Durante treinta años esta invasión pacífica é incesante de los alemanes fué preparando la soñada anexión. «Serviles—dice un escritor belga—, supieron ganarse á las autoridades, adulándolas. En Amberes todo el alto comercio era suyo. Sus familias daban el tono á la buena sociedad. Los periódicos estaban á sus órdenes. Los grandes burgueses consideraban un honor enviar sus hijos á la escuela alemana. Sólo el pueblo, con su buen instinto, odiaba á estos invasores pacíficos. *Deutsche luis* (piojo alemán) era el insulto que lanzaba todo flamenco apenas tenía la más leve disputa con un *boche.*»

Durante el sitio de Amberes la autoridad militar expulsó á los comerciantes alemanes, que eran numerosísimos. Pero después de esta orden todavía quedaron en la ciudad más de ocho mil: unos que habían adoptado la ciudadanía belga para servir mejor á su país; otros naturalizados como súbditos de los Estados Unidos y haciendo valer orgullosamente su falsa nacionalidad para ser respetados.

Un diputado de Lieja reveló poco tiempo antes de la guerra de qué modo ejercía el gobierno de Berlín el espionaje hasta en las más pequeñas poblaciones de Bélgica. En su distrito electoral vivía más de diez años un carretero de origen alemán, completamente iletrado. Un día lo llamó su cónsul en Lieja, y al regresar al pueblo fué en busca del diputado para hacerle una consulta. El alemán no sabía leer. El cónsul le había dado un pequeño cuaderno, encargándole que llenase los espacios en blanco, y el pobre, al olvidar las instrucciones recibidas, solicitó un consejo del diputado. Éste tomó el cuaderno, experimentando una legítima sorpresa al leer la introducción preliminar, que era un verdadero manual de espionaje. Se enumeraban en él todos los informes que el ciudadano alemán poseedor del cuaderno debía ir anotando; en las ciudades la cifra de la guarnición, el número de los regimientos, el nombre de los coroneles, los recursos del municipio, el nombre del burgomaestre y del concejal encargado de la recaudación, etc.; en los pueblos pequeños el cálculo de las principales fortunas, la clase y cifra de las cosechas, el nombre también del burgomaestre y otros detalles. Una vez lleno el cuaderno con estos datos, debía ser remitido al cónsul, que se encargaría de proporcionar otro.

El diputado se apresuró á comunicar su descubrimiento al gobierno, y éste abrió una información discreta que le fué revelando cómo todos los súbditos alemanes domiciliados en Bélgica habían recibido igualmente dicho cuaderno y la mayor parte seguían escrupulosamente las instrucciones recibidas, escribiendo los informes que podían recoger. En todo consulado alemán había un funcionario encargado de seleccionar tales informes, remitiendo á Berlín los que ofrecían algún interés. Cuando el observador demostraba perspicacia y clarividencia, se le recompensaba con una gratificación de alguna importancia para excitar su celo en el trabajo. Si seguía prestando buenos servicios, se le ponía en comunicación directa con la organización central del espionaje, situada en Bruselas, señalándole un sueldo todos los meses para que continuase su cosecha de informes útiles.

La mayoría del pueblo belga sólo se enteró á última hora, poco antes de la invasión, del trabajo á que se dedicaban en su mayor parte los 300.000 alemanes residentes en el país. Su furor y su indignación fueron grandes ante esta conducta desleal.

—Han abusado de nuestra confianza—dijeron—. Han correspondido con ingratitud á nuestra cordial hospitalidad. Nos han engañado como si fuésemos niños.

□

El rey era en toda Bélgica el más enterado de los manejos de los alemanes.

En su último viaje á Berlín, una conversación con el kaiser y el conde de Moltke, de la que hablaremos más adelante, le hizo sospechar los malos propósitos del Imperio germánico acerca de la neutralidad belga. Desde entonces vivió en guardia, procurando limitar y dificultar la invasión pacífica del país por la emigración alemana. El carácter generoso de Alberto I no podía suponer que la deslealtad germánica llegase hasta donde llegó, apoderándose de su país sin otro

derecho que el de la fuerza; pero por vía de precaución se opuso desde entonces á la instalación en Bélgica de nuevas empresas alemanas y á las adquisiciones de su industria y su comercio.

En Septiembre de 1812 la «Kosmos Linie», gran sociedad de navegación de Hamburgo, quiso apoderarse del puerto de Zeebrugge, cerca de Ostende, ó sea el puerto de Brujas, adquiriendo todas las acciones de la «Compañía de instalaciones marítimas de Brujas». Su propósito era establecer una cabeza de línea en este punto con grandes instalaciones de doks y diques de carena; una especie de Alemania en pequeño, frente á la costa inglesa, que permitiría intervenir más adelante al gobierno de Berlín con el pretexto de defender los intereses creados por su marina mercante.

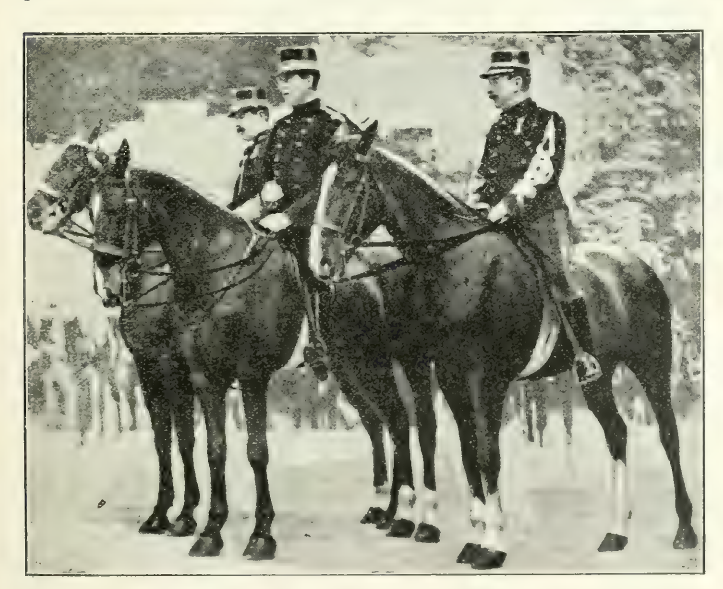
El rey se opuso á este manejo, prohibiendo á la compañía de Brujas que vendiese sus acciones á la «Kosmos» de Hamburgo. Los principales accionistas belgas declararon entonces:

—Nuestro rey desconfía de los alemanes, y por esto no admite el negocio propuesto por los del «Kosmos».

Alberto I no pudo hacer en bien del país todo lo que le aconsejaba su desconfianza. En Bélgica es un precepto constitucional que el «Rey reina y no gobierna», y él era demasiado respetuoso de la Constitución para extralimitarse en sus funciones. Pero sin atreverse á señalar con franqueza cuál era el enemigo que veía en lontananza, se dedicó desde el principio de su reinado á una seria reorganización de la defensa del país. En todos sus discursos al Parlamento insistió en la necesidad de aumentar los medios defensivos de Bélgica. Todo estaba en ella por hacer. El partido conservador ó católico que ocupó el gobierno durante treinta años, se había negado por motivos de orden electoral á todo gasto militar extraordinario, consintiendo cuando más algunas reformas parciales que sirvieron para engañar al país, haciéndole creer que disponía de medios de defensa considerables cuando en realidad eran anticuados é insuficientes. Solamente el rey se daba cuenta de la situación y hacía esfuerzos por asegurar el porvenir. Gracias á sus continuas solicitudes al Parlamento, éste acabó por votar una ley autorizando considerables gastos para poner á la nación en perfecto estado de defensa. Pero la guerra temida por Alberto I estalló mucho antes de que estos planes defensivos hubieran podido realizarse.



LA REINA DE BÉLGICA



EL REY DE BÉLGICA REVISTANDO SUS TROPAS

Amberes, por ejemplo, figuraba como una plaza inexpugnable. Lo era realmente hace veinte años. Lo hubiese sido dentro de algún tiempo al realizarse el plan ideado por Alberto I. Pero cuando los sitiadores alemanes llegaron ante esta plaza, casi todos sus cañones eran aún de los antiguos modelos de Krupp y se cargaban con pólvora negra. Casi

todos los fuertes de la orilla izquierda no tenían ni la mitad de su armamento. La guerra sorprendió á Bélgica cuando estaba esperando la recepción de valiosos armamentos que había encargado á la casa Krupp, merced á las intrigas que emplea ésta para la conquista de nuevos trabajos. Debía entregar Krupp á los belgas numerosos cañones de fortaleza del más reciente modelo. Como adelanto había recibido diez y seis millones. Pero procuró demorar el trabajo, y al estallar la guerra se quedó con el dinero, sin entregar las armas.

La heroica resistencia del pueblo belga es más admirable si se tiene en cuenta la escasa preparación de su ejército. Era algo informe, exuberante de fuerza y entusiasmo, pero que apenas empezaba á tomar forma. La infantería de línea, los lanceros, los artilleros, ignoraban completamente la guerra. Muchos jefes habían escogido la carrera militar porque ésta representaba en Bélgica el estado más tranquilo á que podía dedicarse un buen padre de familia. El país no había tenido nunca guerra ni esperaba tenerla. Los oficiales iban al cuartel como á una oficina.



EL REY DE BÉLGICA EN MEDIO DE SUS SOLDADOS

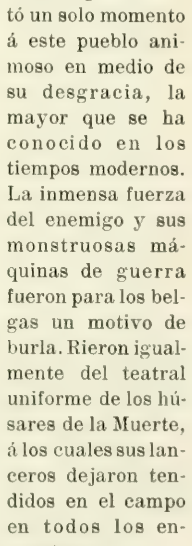
(De la *Illustration*, de París)

El rey Alberto se dedicó á purificar su ejército, dando el retiro á los elementos tradicionales é inútiles y refrescando los cuadros con oficiales jóvenes. También hizo volver al servicio á los viejos de reconocida competencia. Uno de sus primeros actos fué pedir al general Jungbluth, su antiguo instructor militar, que saliese del retiro á que le habían condenado sus años, volviendo á la actividad.

Pero la guerra estalló antes de que diesen resultado estas medidas, metódicamente organizadas, y que exigían algún tiempo.

Entusiasmados por la actividad heroica del rey, los belgas suplieron con su valor y su tenacidad la falta de organización.

Unos grupos armados que llevaban el nombre de regimientos consiguieron en Lieja, á las órdenes del valeroso general Leman, detener por algún tiempo el impulso arrollador de las masas teutónicas, haciendo fracasar por completo el primer plan estratégico de los alemanes y matando prusianos en una cantidad tres veces superior á su propio número.



Cuarenta mil belgas equipados de cualquier modo y armados al azar con las defectuosas existencias de sus arsenales, lograron mantener durante dos meses ciento cincuenta mil alemanes en las inmediaciones de Amberes.

La alegría no faltó un solo momento á este pueblo animoso en medio de su desgracia, la mayor que se ha conocido en los tiempos modernos. La inmensa fuerza del enemigo y sus monstruosas máquinas de guerra fueron para los belgas un motivo de burla. Rieron igualmente del teatral uniforme de los húsares de la Muerte, á los cuales sus lanceros dejaron tendidos en el campo en todos los encuentros.

Y mientras tanto el rey exponía su persona con una prodigalidad heroica, en continuo contacto con sus tropas, disparando el fusil como un simple soldado, examinándolo todo con un golpe de vista rápido y sagaz, apreciando quiénes eran los más valientes y los más capaces para conferirles nuevos grados sobre el mismo campo de batalla.

Se le vió en todas partes, como si tuviese el don de la ubicuidad. Unas veces vestido de chauffeur y guiando él mismo su auto, atravesó las líneas alemanas, para apreciar directamente la situación del enemigo. Otras trabajó como simple artillero bajo los

obuses del enemigo en las baterías de Amberes, ó empuñó la pala y removió la tierra endurecida para dar ejemplo á sus hombres. Estuvo siempre en la línea de fuego para verlo y vigilarlo todo. Los belgas, que le amaban, sintieron por él una veneración supersticiosa: lo mismo que los veteranos de la Guardia imperial sentían hace un siglo por Napoleón.

Todos cumplieron su deber, no sólo por entusiasmo, sino porque esperaban que de pronto surgiese á sus espaldas, con una vigilancia paternal, el heroico rey que estaba en todas partes y lo veía todo.

Una noche los oficiales de la guarnición de Amberes estaban reunidos en la «Taberna de Londres», famoso restaurant de dicha ciudad, convertido en círculo militar. Bebían *champagne* en compañía de algunos aviadores y oficiales ingleses. Estos belgas, dispuestos á morir, se divertían con la inconsciencia del soldado antes de que llegue su última hora. Mientras tanto, en las fortificaciones de Amberes la batalla era terrible, tomando en las tinieblas una forma macabra. Los cañones alemanes bombardeaban un cementerio próximo á la ciudad. La tierra removida por el estallido de los obuses expulsaba la inerte población que había guardado en su seno hasta entonces. Saltaban las cubiertas de los féretros: los cadáveres, levantados por el viento de los proyectiles como si resucitasen á una vida efímera y fantástica, volvían á caer adoptando posturas terribles y grotescas.

De pronto entró en el círculo militar un simple teniente de infantería, que se mantuvo en la puerta contemplando fijamente el regocijo ruidoso de los oficiales. Su alta estatura le hizo ser reconocido inmediatamente, á pesar de la modestia de sus galones. ¡El rey! Todos se pusieron de pie con un repentino silencio. Alberto I miró los vasos de *champagne,* miró después á los hombres, levantó los hombros con expresión de desprecio y se alejó sin decir una palabra. Desde este momento los oficiales ya no celebraron más fiestas en la «Taberna de Londres».



EL REY DE BÉLGICA BATIÉNDOSE EN UNA BARRICADA

Un pelotón de infantería hacía fuego á la caída de la tarde en las inmediaciones de Amberes al abrigo de una barricada de sacos de tierra. Uno de los soldados contó después cómo un oficial sin armas presenciaba el combate, con los brazos cruzados, contemplando la línea del enemigo á través de sus lentes, con ojos vagos y soñadores, cual si estuviese pensando en otra cosa. De pronto el soldado vió caer, lanzando un grito de muerte, al compañero que disparaba junto á él. Era un cuñado suyo. Lo atendió por unos instantes, pero al convencerse de que había muerto volvió á ocupar su puesto, haciendo fuego contra el enemigo. Un nuevo combatiente ocupó el espacio libre y siguió disparando. Era el oficial, que acababa de recoger el fusil y la cartuchera del muerto. Su aventajada estatura sobresalía por encima de la barricada. Los soldados le hicieron recomendaciones de prudencia para que se mantuviese á cubierto, hasta que en la penumbra del crepúsculo pudieron reconocerlo con asombro. Este teniente era Alberto I.

▫

El gran escritor belga Mauricio Mæterlinck habló con un entusiasmo lírico de este rey heroico, digno de su pueblo.

«De todos los héroes—dijo—de esta enorme guerra, que sobrevivirá en la memoria de los hombres, uno de



EL REY DE BÉLGICA

los más puros, uno de los que no se sabrá nunca cómo amar bastante, es indudablemente el joven y gran rey de mi pequeña patria. Fué en la hora decisiva el hombre providencial, el hombre que esperaban todos los corazones. Supo encarnar en una belleza sublime la profunda voluntad de su pueblo. Fué la concreción de toda Bélgica, revelándose á sí misma y á los demás. Tuvo la admirable suerte de tomar y dar conciencia en el instante más trágico y más confuso, cuando las mejores conciencias pierden su seguridad. Si él no hubiese estado en su puesto, las cosas no hubiesen ocurrido del mismo modo y la Historia habría perdido una de sus páginas más nobles y hermosas. Indudablemente, Bélgica habría sido leal y fiel á su palabra, y el gobierno que intentase resistirse á esto habría sido barrido irremisiblemente por la indignación de un pueblo que jamás en su historia ha sido traicionado. Pero de no estar el rey es indudable que se hubiese producido cierta confusión, así como las indecisiones que son inevitables en una muchedumbre aturdida por los sucesos. Está fuera de duda que habrían surgido las palabrerías inútiles, las falsas maniobras, los errores legítimos, pero irreparables, y sobre todo, no se habrían dicho las palabras necesarias, precisas, firmes, ni se habrían hecho en la hora que eran necesarios unos gestos que es imposible imaginar más inalterables y más bellos. Gracias á él el acto estalla y se mantiene sin retoques, sin desfallecimientos, sin grietas; la línea heroica es limpia, derecha, magnífica, como la de las Termópilas, indefinidamente prolongada.

»Pero lo que él ha sufrido, lo que él sufre cada día, solamente pueden comprenderlo los que han gozado la felicidad de tratar de cerca á este héroe, el más sensible y el más dulce de los hombres, discreto, silencioso, no vibrando más que interiormente, de una timidez deliciosa y desconcertante, y que ama á su pueblo, no como un padre ama á sus hijos, sino como un hijo ama á una madre adorada. De todo su querido reino, que era su orgullo y su alegría, su mansión de felicidad, su hogar de confianza y de amor, sólo le quedan unas cuantas poblaciones intactas, que amenaza á cada momento el invasor más repugnante que la tierra ha soportado.

»Las otras ciudades, tan alegres y hermosas, tan risueñas y tranquilas, tan felices de vivir sin ofender á nadie, joyas de la corona de la paz, modelos de una existencia familiar, derecha y clara, residencias de la actividad leal y concienzuda, de la franqueza cordial y siempre sonriente, de la hospitalidad sin frases, de las manos siempre tendidas, de los corazones siempre abiertos, todas esas ciudades acaban de morir. No queda de ellas piedra sobre piedra, y hasta su campiña, de verdes siempre tiernos, una de las más bellas del mundo, no es más que un campo de horror. Han perecido tesoros que figuraban entre los más nobles y conmovedores de la humanidad; han desaparecido testimonios que nadie podrá reemplazar. La mitad de una nación, más unida que ninguna otra á sus antiguas y simples costumbres y á sus humildes hogares, va errante en estos momentos por los caminos de Europa. Millares de inocentes han sido acuchillados, y casi todo lo que resta de tal pueblo está condenado á la miseria y al hambre.



UNA POSTAL PARA EL REY ALBERTO

Postal que le ha sido remitida con los sellos de las naciones aliadas y esta dirección: «Á Su Majestad Alberto I, valeroso rey de la sublime Bélgica»

»Pero lo que sobrevive sólo tiene un alma que se ha refugiado en el alma grande de su rey. Ni un murmullo, ni un reproche. Ayer una ciudad de treinta mil habitantes recibe del heroico monarca la orden de abandonar sus casas blancas, sus iglesias, sus plazas seculares donde la vida se desarrollaba laboriosa y bondadosa. Los treinta mil habitantes, mujeres, niños y ancianos, se hunden en la noche para buscar un asilo incierto en la ciudad vecina, casi tan amenazada como la suya, y que mañana indudablemente tendrá que huir á su vez, sin saber adónde, porque la patria es tan pequeña que en seguida se alcanza el límite de su territorio y no se encuentra abrigo alguno. No importa; todos obedecen en silencio; todos aprueban y bendicen al soberano. Ha hecho lo que habia que hacer, lo que todos hubieran hecho al encontrarse en su lugar. Y si todos sufren lo que ningún pueblo ha sufrido desde las invasiones feroces de los primeros siglos, saben que él sufre más aún que todos juntos, porque en su persona convergen y resuenan todos los dolores agrandados. Á nadie se le ocurre que pudo proceder de otro modo, salvándolos con el sacrificio del honor. Nadie quiere hacer la separación entre el deber y el destino. El deber, con todas sus espantosas consecuencias, les parece tan inevitable como una fuerza de la Naturaleza contra la cual nadie intenta luchar considerándola invencible. Es un ejemplo de heroísmo colectivo, anónimo, ingenuo y casi inconsciente, que iguala y en algunos momentos sobrepasa los ejemplos más altos que nos proporcionan la leyenda y la Historia. Después de los grandes mártires, nadie había muerto con tanta sencillez por una simple idea.


LA REINA DE BÉLGICA


UNA ESPADA DE HONOR
Puño de la espada de honor que por suscripción popular regala el pueblo de París al rey de Bélgica

»Si entre las angustias que nos rodean se puede hablar de otra cosa que de lágrimas y lutos, hay que admirar como un magnífico consuelo el espectáculo de heroísmo inesperado que súbitamente nos asalta por todas partes. Puede afirmarse que en ningún tiempo, desde que existe la memoria de los hombres, se ha hecho el sacrificio de la vida con tal ardor, con tal abnegación, con semejante entusiasmo, y que las inmortales virtudes que ponen de pie y salvan á las avanzadas de la humanidad no mostraron nunca más empuje, poder y juventud.»

◻

Su familia no lo educó para monarca. La corona de Bélgica estaba destinada á otro. Él era el segundón modesto y estudioso, condenado á la más difícil de las situaciones en que puede verse un hombre inteligente: ser demasiado para imitar la vida ordinaria de los demás; ser muy poco en el mundo donde lo colocó el nacimiento.

De seguir sus gustos hubiese sido ingeniero. Le atrajo siempre la labor de las minas, con sus peligros mortales. No siendo príncipe, habría emigrado á los Estados Unidos para crearse una fortuna, como muchos compañeros de su adolescencia á los que trató en las escuelas de Bélgica.

Pero intervino la muerte inesperadamente, y el segundón pasó á ser heredero de la corona y luego rey.

Muchos parecen nacer con el firme propósito de llegar á héroes. Desde la infancia asaltan los primeros sitios; luego estudian sus gestos y sus palabras; adoptan posturas teatrales; emprenden mil cosas á la vez; buscan en toda ocasión asombrar á las gentes; quema-



BÉLGICA Á LOS ALIADOS, LEVANTÁNDOSE DE LA CAMILLA

—¿Piedad? ¿Cuidados?... No, amigos míos. ¡Un fusil! ¡Cartuchos!

(Dibujo de H. A. Ibels, en el libro *L'Heroïque Belgique*.)

rían medio mundo si esto pudiese dar nuevo brillo á su gloria neroniana; y sin embargo, no consiguen sus propósitos. Pueden llegar, en fuerza de locuras, á infundir miedo, pero nunca amor ni admiración.

Este joven rey, que no había pensado jamás en deslumbrar á nadie, que no conocía las actitudes escénicas, que deseaba vivir en una paz laboriosa con su pueblo de trabajadores y siguió una existencia recta, tímida y larga á la vez, como las líneas de su cuerpo, fué un héroe, sin ansiarlo ni buscarlo; el héroe más generoso y simpático de su época.

LA LIBERTAD, Á BÉLGICA. Tu heroísmo será recompensado y tu desgracia vengada

(Del *Punch*, de Londres)

El resorte de su heroísmo no fué el amor á la gloria ni las ambiciones de conquista, sino el deber, el cumplimiento de la palabra empeñada, el respeto de los propios derechos; todas las virtudes modestas y sólidas de las gentes de bien.

Plegándose á las exigencias del fuerte hubiese sido feliz. Es cierto que esta felicidad la habría pagado con la deshonra, pero ¡hay tantos deshonrados triunfantes!... Alemania, agradecida á su obediencia, le hubiera sostenido siempre. Tranquilidad, abundancia, protección: la vida sumisa y bien cebada del animal doméstico que reconoce un dueño. Pero á estas ventajas positivas que hubiesen tentado á los más, prefirió los viejos idealismos en los que aun creen unos pocos: el honor, la libertad, el odio al atropello, la independencia de su patria.

Y el minero de afición que cuando se pone el uniforme militar tiene hermoso aspecto por la esbeltez de su figura, pero que vistiendo de paisano aparece «en su verdadero carácter», como un ingeniero belga estudioso y miope, tuvo que hacer la guerra para defender la integridad de su pueblo; y la hizo como no la harían muchos profesionales.

Toda la nación estuvo al lado del rey democrático. Lo que más asombró en el heroísmo de los belgas fué su unanimidad al hablar del monarca, del compañero de armas bueno y valeroso.

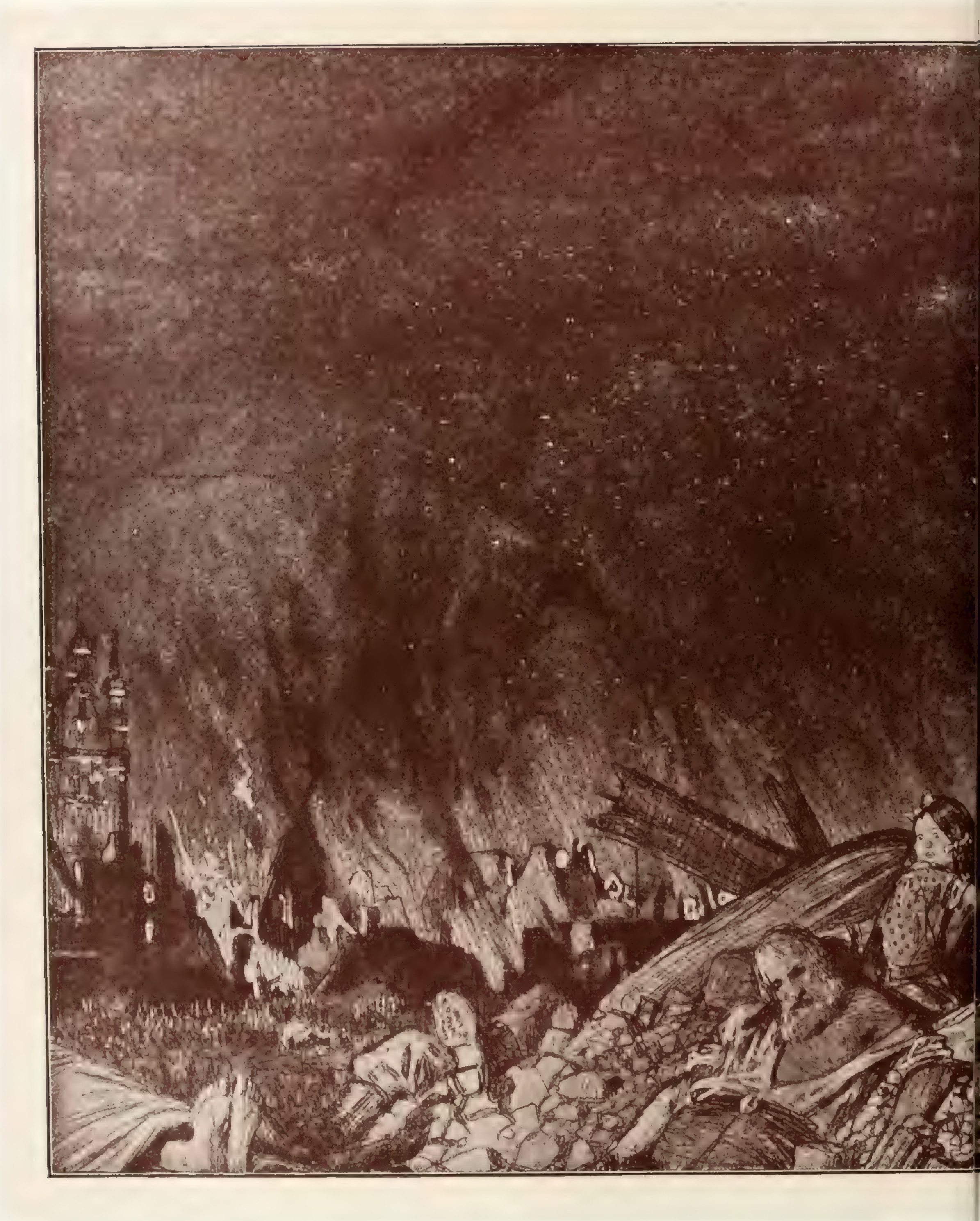
Lo han perdido todo: patria, hogar, hijos. No tienen un palmo de tierra propia en la que descansar los pies. Vagan fugitivos por Europa, con una patria en el pensamiento que ya no existe en la realidad. Su situación es comparable á la del pueblo judío.



EL ESFUERZO DE BÉLGICA

(De *Providence Journal*)

No; es mucho peor. Los judíos, faltos de nación, conservan la familia, y los belgas, en su infortunio, hasta han perdido esto. Durante las retiradas en éxodo de Bruselas á Amberes, de Amberes á Ostende y de Ostende adonde les fué posible, los grupos familiares se disgregaron para siempre bajo el estallar de los obuses, en el desorden de las fugas nocturnas y el diverso rumbo de los buques cargados de muchedumbre.



Dibujo de F. M. Roganeu, de la «Illustration» de París

Bélgica, horrorizada y amenazante, se yergue sobr



sus ruinas y entre sus muertos clamando venganza

El padre fué conducido á Francia, la madre murió, una hija escribió luego desde Inglaterra, otros no pararon hasta América; el resto de la familia desapareció para siempre.

Muchos de estos belgas eran socialistas y trabajaban antes contra el gobierno de su país. Sentados luego en un muelle ó en una estación de ferrocarril sobre el montón de trapos que constituía toda su fortuna, relataron con una serenidad estoica la tragedia de su patria, y cuando les preguntaban por su rey, respondían con grave admiración:

—¡Ah! ¡Nuestro Alberto!... Es un héroe. Es el rey caballero.

Este es su verdadero título: el rey caballero. Ni un solo belga ha intentado censurar su conducta. Á nadie se le ocurrió que podía haber evitado las desgracias de sus súbditos, envileciéndose con una sumisión cobarde. Resistió en defensa de la libertad de su pueblo, del derecho, del honor. Bien hecho está. Muchos de sus conciudadanos perdieron la vida. Él vive porque la muerte no quiso su persona. Manejó como simple artillero los cañones de Amberes, bajo una lluvia de metralla. Tomó el fusil de un soldado para hacer fuego en las trincheras de la infantería.



¿QUIÉN IBA Á SOSPECHAR QUE ESTE CHISME ESTABA CARGADO?
(De *The Opinion*, de Londres)

Los belgas perdieron sus casas; él perdió su reino.

No recordéis como modelos caballerescos á aquellos reyes sin corona de la Edad Media, vagabundos y desgraciados, que la poesía y el drama han hecho interesantes. Nuestra época de vulgar positivismo tiene figuras más románticas.

Alberto Sin-Tierra vale más que todos los monarcas del mismo sobrenombre que nos ofrece la Historia. Éstos perdieron su corona por luchas de familia ó ambiciones de conquista. El rey caballero se vió sin reino por no haber tolerado los atropellos del fuerte. Y con la noble tristeza del héroe vencido que sabe que la razón va con él, se mantuvo en un pedazo insignificante



¡BRAVO, BÉLGICA!
El heroísmo belga cerrando el paso al invasor alemán
(Del *Punch*, de Londres)

de Flandes, al frente de un puñado de bravos, para que viese el mundo cómo lucha un hombre pacífico convertido en guerrero por las exigencias del honor, cómo puede morir el primer ciudadano de un país democrático en defensa de su dignidad.

□

Alberto I es, según la expresión de uno de sus ministros, el hombre más delicado, más escrupuloso y más prudente de todo su reino. Sufre mucho y nadie adivina, detrás de su gravedad habitual, lo intenso de sus penas.

Al iniciarse la guerra, las decisiones que había de adoptar le sumieron en dolorosa turbación. Temía equivocarse y que su pueblo sintiese las consecuen-



OPORTUNA INTERVENCIÓN DE LA VALEROSA BÉLGICA
(Del *Punch*)



LA FAMILIA REAL DE BELGICA

cias. El más pequeño olvido era para él un crimen imperdonable.

—Yo no soy un estratega—dijo á Broqueville, el presidente de su Consejo de Ministros—. No me han educado para esto. Sabré batirme como cualquiera; ¡pero mandar un ejército!...

Y Broqueville contestó:

—No hay necesidad de que seáis un estratega. Los otros reyes tampoco lo son. Reunid vuestro Estado Mayor, escuchad á los oficiales, y luego podéis resolver lo que mejor os parezca. La guerra es un arte; pero también es un asunto de sentido común.

El general Joffre, al conocer esta respuesta del ministro belga, dió su aprobación de técnico.

—La mayor parte de los oficiales de Estado Mayor—dijo el ilustre caudillo francés—tienen ideas preconcebidas y fijas, por pertenecer á determinada escuela. Es este un peligro que se debe evitar. El que decide no debe pertenecer á ninguna escuela. Algunos personajes civiles resultan excelentes ministros de la Guerra, precisamente porque no tienen escuela, lo que hace que la línea de su horizonte mental resulte más amplia. Los hay de ellos que podrían ser buenos estrategas. La guerra no es en el fondo más que lo que dice Broqueville: «un asunto de sentido común».

El rey caballero supo pelear como general improvisado, y sus resistencias heroicas fueron la salvación de la Europa aliada. Él quebrantó la catapulta invasora en Lieja, dando tiempo á la resistencia de Francia, á la movilización de Rusia y á la intervención de la Gran Bretaña. De no alzarse este obstáculo inesperado, la guerra habría terminado tal vez en pocas semanas con el triunfo general del Imperio germánico.

Dió su pueblo y su persona; lo perdió todo en este suicidio heroico; ¡pero quién sabe lo que salvó!... Algún día podrá apreciarse.

□

El viejo poeta Emilio Verhaeren, glorioso patriarca de la literatura belga, escribió lo siguiente sobre Alberto I y su animosa compañera:

«Los que le conocieron antes de subir al trono no dudaron de él, pero se preguntaban en qué forma iba á revelarse. Pertenece á una raza de reyes que sólo se desarrollan en edad madura. El primer rey de Bélgica, Leopoldo I, únicamente alcanzó su renombre de árbitro europeo á los cincuenta años. Leopoldo II fué mantenido como en tutela por sus grandes ministros Rogier y Frere-Orbán, y tuvo que sacudir esta tutela antes de ser el que abrió á la civilizacióa el África tenebrosa, haciendo, digámoslo así, el regalo de un nuevo continente al mundo. El segundo rey de los belgas fué, como el primero, vacilante y monótono en los comienzos de su reinado. ¿Cómo iba á despertar el tercero?...

»Cuando aun era príncipe, Alberto I sólo se ocupó



EL POETA VERHAEREN

(Grabado de Vivert, del libro *L'Heroique Belgique*)

de cuestiones sociales y cuestiones militares. Hablaba de sus estudios con cierta reserva, pero su interlocutor no tardaba en darse cuenta de que nada en él había sido aprendido á la ligera. Indudablemente, de seguir la paz habría realizado con su gobierno atrevidas reformas económicas y democráticas. En esto andaba cuando de pronto estalló la guerra.

»No olvidaré nunca el 4 de Agosto de 1914, cuando le vi entrar en el Parlamento y salir después de haber comulgado con toda la nación en víspera de nuestra Pascua sangrienta... Porque, efectivamente, fué nuestra Pascua. Íbamos á resucitar. Acababan de declararnos la guerra. La angustia aparecía por todos lados. En la frontera un inmenso aluvión de hombres en armas amenazaba nuestros viejos fuertes de Lieja. Éramos el pequeño número en presencia de la multitud; de ningún modo podíamos esperar el triunfo: nuestra gloria consistía en resistir. Hicimos simplemente nuestro deber, y haciéndolo nos renovamos de un solo golpe. La altivez, el ardor, el heroísmo, el sacrificio, todo lo que nuestro bienestar material, nuestros negocios prósperos y nuestra riqueza pesada nos habían impedido descubrir en nuestras almas, apareció de pronto é hizo de la pequeña Bélgica un gran pueblo.

»La patria no había sido para una gran parte de nosotros más que un pretexto para discursos oficiales y cantatas públicas. No éramos patrioteros. Muchos, tal vez los mejores, se lamentaban de pertenecer á una porción de suelo tan reducida. Unos hubieran querido nacer franceses, otros ingleses; algunos que eran flamenquistas rabiosos deseaban hacerse alemanes. Después todas estas veleidades han desaparecido. Todos somos belgas y nada más. Y lo somos tenazmente, hasta la muerte. Tenemos fe en nuestro país como los creyentes la tienen en el cielo.



LA REINA DE BÉLGICA CON SUS HIJOS



LOS HIJOS DEL REY DE BÉLGICA
El príncipe heredero de Bélgica y su hermano paseando por las calles de Bruselas el día de la marcha de la familia real á Amberes

»Nuestro tercer rey encarna esta resurrección. Él ha sido el símbolo. Únicamente él, entre todos los reyes y emperadores comprometidos en la guerra presente, se ha mezclado con las tropas, ha compartido con ellas el peligro y la gloria, ha vivido en las trincheras, ha disparado, ha comido y fumado lo que fuman y comen sus soldados. Él ha sido el valor reposado, la resistencia encarnizada, la fuerza obscura y profunda. Ha sido también algo más. Ante sus generales y oficiales se ha mostrado algunas veces como un táctico perspicaz y hábil, imponiéndoles sus ideas, y luego se ha visto que estas ideas eran felices y eficaces. Á medida que los acontecimientos sombríos y crueles se iban desarrollando, se encontraban en él virtudes más profundas y cualidades más raras. La guerra parecía haber sido hecha para que este hombre se descubriese á sí mismo. Si Leopoldo I había sido un diplomático y Leopoldo II un colonizador, Alberto I era un soldado.

EL REY DE BÉLGICA EN UNA TRINCHERA COMPARTIENDO LA SUERTE DE SUS SOLDADOS (De la *Illustration*, de París)

Lo es tanto como Guillermo II lo es poco. Desde el principio de la guerra se vió claramente. Las proclamas de los dos reyes no pueden resultar más diversas. Guillermo II es el retórico místico, el hombre de la postura literaria, que se siente con más iniciativas para asombrar al público que para combatir. Alberto I no ha dicho más que palabras simples y sinceras. Ha hablado de tomar el fusil con sus manos para correr contra el enemigo, y así lo ha hecho. Nunca ha llamado al cielo en su auxilio. Nunca ha mentido. Jamás se ha considerado como un avisado de Dios ni como un favorecido por la Virgen. Al invocar á la Providencia lo ha hecho con naturalidad, pero fiando al mismo tiempo en su valor y en su brazo.



LOS REYES DE BÉLGICA Y DE INGLATERRA Y EL PRÍNCIPE DE GALES, EN FURNES

»Él no se complace en la existencia decorativa de las cortes. Tampoco se prepara entradas teatrales en las ciudades, ni quiere imitar á Lohengrin erguido sobre la proa de un yatch. Hace sobre la tierra el me-

nor ruido posible; es económico en palabras y gestos; no quiere ser un tenor imperial ni un payaso coronado.

»Su presencia no tiene nada de intimidante. Antes al contrario, es él quien duda tímidamente cuando alguien se le aproxima. Con un franco apretón de mano da la bienvenida al que llega. Su conversación es lenta, pero así que se prolonga elevándose sobre la vulgaridad inevitable de una primera entrevista, se muestra nutrida y bien cuidada. El rey tiene grandes conocimientos literarios. Aunque no es poeta, cita con frecuencia ciertas estrofas que ha guardado en la memoria después de sus lecturas. El movimiento artístico de Bélgica tiene en él un admirador entusiasta. Fué el primero de nuestros reyes que habló de él como signo de grandeza nacional en sus discursos de la corona.

»El pueblo ama á Alberto I porque es «un mozo valiente». Jamás un rey manco alcanzaría popularidad entre nosotros. Es preciso que el que reina pueda manejar un mandoble antiguo. Alberto I es sano, alto, poderoso. Encarna la idea que los flamencos y los valones tienen de la belleza. Jamás la separan de la fuerza. Todos ellos saben que si es preciso el rey será un firme y



ENTREVISTA DEL REY DE BÉLGICA CON EL REY DE INGLATERRA, EN MOST

(De *The Illustrated London News*)



EL REY DE BÉLGICA IMPONIENDO EN FURNES LA CRUZ DE LEOPOLDO Á LA BANDERA DEL 7.º REGIMIENTO DE INFANTERÍA





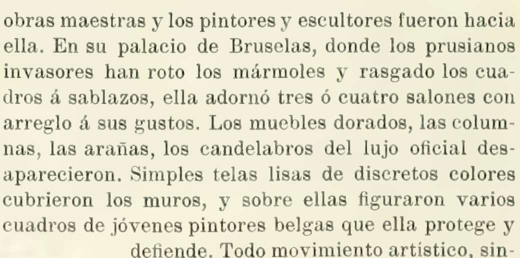
LOS REYES DE BELGICA

resistente convidado en sus «ducasses» y sus kermeses. Además está de buen humor casi siempre. Tiene esa familiaridad tranquila que los belgas exigen de todos los que aman y respetan. En Bélgica la altivez y la arrogancia son despreciadas como en ninguna parte. Se considera que son pruebas de inferioridad, y el que las emplea inspira lástima. El belga es el hombre más igualitario que se conoce.



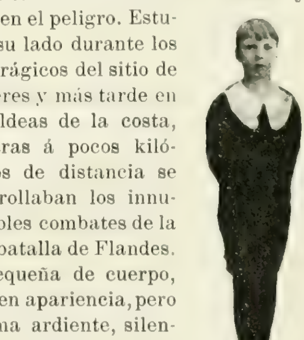
EL PRINCIPE LEOPOLDO
Duque de Brabante

»En la conquista de su popularidad, que fué rápida en el primer momento, firme después y definitiva más tarde, Alberto I se vió ayudado por su compañera la reina. Ella comprendió, como por adivinación, los gestos que debía hacer, las palabras que debía decir y las virtudes que debía mostrar. Sus armas fueron la timidez, la fuerza dulce y el buen tacto. Los artistas la amaron al mismo tiempo que el pueblo. Ella también es una artista: una notable música. Su interés y su amor por el arte se desbordan igualmente sobre la literatura. Desde el primer momento de su reinado se rodeó de obras maestras y los pintores y escultores fueron hacia ella. En su palacio de Bruselas, donde los prusianos invasores han roto los mármoles y rasgado los cuadros á sablazos, ella adornó tres ó cuatro salones con arreglo á sus gustos. Los muebles dorados, las columnas, las arañas, los candelabros del lujo oficial desaparecieron. Simples telas lisas de discretos colores cubrieron los muros, y sobre ellas figuraron varios cuadros de jóvenes pintores belgas que ella protege y defiende. Todo movimiento artístico, sincero y nuevo, la ha interesado poderosamente.



LA PRINCESA MARIA

»Esta guerra ha servido para demostrar á todos cómo ama á su marido y le sirve en el peligro. Estuvo á su lado durante los días trágicos del sitio de Amberes y más tarde en las aldeas de la costa, mientras á pocos kilómetros de distancia se desarrollaban los innumerables combates de la gran batalla de Flandes. Es pequeña de cuerpo, débil en apariencia, pero el alma ardiente, silenciosa é intrépida que encierra esta envoltura delicada no conoce el peligro. Ni un momento dejó de ser fiel á su puesto de esposa y de amiga.



EL PRÍNCIPE
CARLOS TEODORO
Conde de Flandes

»Una hora antes de que partiese de Bruselas para Amberes tuve el honor

de hacerle una visita. Su palacio, en el cual tres días después iba á entrar el enemigo como un vencedor, había sido transformado parcialmente en hospital. Antes de partir quiso hacer una última visita á los soldados. Á pesar de lo grave del momento, se mostró tranquila, imperturbable. Ninguna lamentación salió de su boca. Y después de esta suprema visita partió para lo desconocido, con toda su fe.

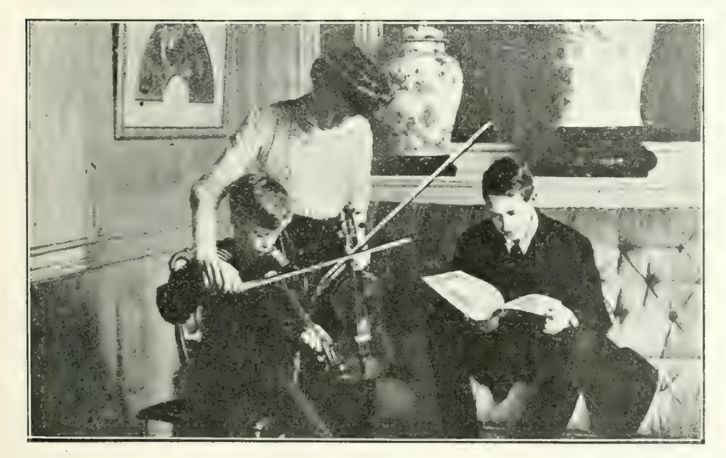
»La Historia acogerá amorosamente á tal rey y tal reina. Tal vez esta pareja entrará algún día en la leyenda. Los sombríos historiadores teutones negarán en vano la belleza de sus gestos y sus actos. La unánime admiración y el unánime respeto de su pueblo formarán un cortejo detrás de los dos á través de los siglos. Tienen en favor suyo la juventud, la claridad, el sufrimiento, el valor invencible de sus almas. Son grandes por ellos mismos, lo que representa algo mejor que ser «kolossal» por el esfuerzo de los demás.»



EL ASESINATO

(Alegoría de la invasión de Bélgica, por Allard Lolivier, de *L'Heroïque Belgique*)

Un periodista inglés contó en Noviembre su encuentro con Alberto I en la pequeña fracción de Flandes que después de la rendición de Amberes sostuvo izada la bandera de Bélgica. Fué á la caída de la tarde, en la plaza principal de Furnes, frente al palacio del Municipio, construcción de calada piedra, con gran torre de armónicas campanas, como todos los edificios antiguos del país.



LOS REYES DE BÉLGICA EN LA INTIMIDAD

La reina Isabel cuidando la educación musical de su hijo Leopoldo, el príncipe heredero

La plaza está desierta. Á lo lejos suena el cañón. La gran batalla de Flandes, la más sangrienta de la Historia, una carnicería donde cayeron 150.000 hombres, se está desarrollando á pocos kilómetros.

De pronto se abre una ventana del palacio. Un brazo azul con galones de oro se acoda en el alféizar, y sobre su mano viene á apoyarse una cara pálida, demacrada, con lentes; una cara que respira melancolía, ensueño y cansan-



EL REY ALBERTO EN TRAJE DE CAMPAÑA

cio. El inglés la reconoce: «Es el rey.» Se examinan un momento, y luego el héroe vuelve á dejar su mirada flotante en el vacío. Descansa. Aprovecha un momento para aspirar el aire con delicia, ver el cielo, contemplar la puesta del sol.

Hace semanas que su existencia es de continua actividad, sin día ni noche. Duerme donde puede; aparece donde menos le esperan. Abandona el combate para ir á reunirse en una encrucijada de caminos, en una playa, en una granja, con su animosa compañera, la reina heroica que, luego de depositar sus tres hijos en Londres, lo ha seguido á los campos de muerte.

Suena un rumor de muchedumbre en una calle próxima. Entra en la plaza un regimiento francés que vuelve de las trincheras; un regimiento hermosamente sucio, feo hasta la sublimidad, con los capotes descoloridos, el barro á las rodillas, los rostros hirsutos, las manos negruzcas. Unos arrastran las piernas al marchar, envueltas en vendajes de ocasión, otros llevan bajo el kepis trapos blancos con manchas rojizas. Es la jauría guerrera que vuelve de la caza del hombre, rezumando sudor y sangre, con los colmillos babosos de rabia. Nada queda del regimiento de las grandes paradas.

Los soldados miran á lo alto, reconocen los lentes, el rostro alargado de noble palidez, y sin que suene una orden, sin que el coronel haya hecho un gesto, el regimiento entero se detiene. Hasta los caballos imitan instintivamente la inmovilidad de los hombres.

Suenan los tambores como si redoblasen solos; lanzan las trompetas, con la dorada boca en alto, el alarido de sus cobres; los soldados presentan sus fusiles; los oficiales agitan los kepis en la punta de los sables; «¡Viva el rey caballero!» El regimiento, con las compañías diezmadas, sucio y heroico, saluda por espontáneo impulso al héroe más grande de su época. La muchedumbre armada, falta de su banda de música, pues los músicos se han convertido en camilleros, entona *La Marsellesa;* entona *La Brabanzona.* Y el brazo azul galoneado de oro se mueve con noble lentitud, mientras dos lágrimas de emoción empañan los lentes.

□

Se aleja el regimiento. La plaza vuelve á quedar solitaria. Alberto Sin-Tierra sigue en la ventana, descansando, soñando. El cielo se tiñe de rojo detrás de las negras y puntiagudas siluetas de los tejados belgas.

El sol se oculta, el día va á morir. Llega la noche, y con ella la sombra, las horas de incertidumbre, las horas de desesperación... Y después de la noche lucirá otra vez el día, con un nuevo sol.



LO INCONQUISTABLE

EL KAISER.—Ya ves, lo has perdido todo.

EL REY ALBERTO.—¡Mi espíritu, no!

(Del *Punch*, de Londres)



EL ÉXODO DE LOS REYES DE BÉLGICA

Paseo solitario del rey Alberto y la reina Isabel á lo largo de la playa, lo último que aun les pertenece, y donde el porfiado heroísmo de sus tropas y de los ejércitos aliados ha detenido la invasión alemana

(Dibujo de J. Simont, de la «Illustration» de París, según fotografía de M. Savage Landor)



(Fot. Rol)

XV

El general Joffre

La guerra reveló dos grandes personalidades desconocidas. Una fué Alberto I; otra el general Joffre.

El nombre de éste apenas había sonado fuera de los círculos militares. Al ponerse en movimiento el ejército francés, como una inmensa fuerza anónima, el mundo quiso conocer la inteligencia que lo guiaba, experimentando cierta extrañeza ante su apellido desconocido.

—¿Quién es Joffre?—preguntaron las gentes, no sólo en el extranjero, sino en París.

El general no había sido hombre político y huía de toda exhibición, llevando una existencia de aislamiento, dedicada por completo al estudio.

Los que le habían conocido de estudiante recordaban su juventud, seria y laboriosa. Era un muchacho silencioso y dulce. Á los diez y siete años entraba por su excelente preparación como alumno de la Politécnica, hecho poco común en los anales de la Escuela. Su curso de preparación tuvo estudiantes notables que se preparaban para la mencionada Escuela y la de Saint-Cyr. Compañeros suyos fueron el general Picquart, soldado ilustradísimo que tanta fama adquirió en el proceso Dreyfus y luego como ministro de la Guerra; el general Soutzó, que había de desempeñar largos años la cartera de la Guerra en Grecia, su patria; el ingeniero Sulkosky, notable constructor de los extensos ferrocarriles de Rusia, y el ingeniero Cannet, director de la fábrica de cañones del Creusot é inventor de las piezas de artillería que llevan su nombre. Un hispano-americano, el ingeniero de Montevideo don Felipe Victoria, fué también de esta promoción, guardando en su poder como recuerdos de la juventud dos fotografías de 1868 que representan al joven Joffre con todos sus compañeros, cuando vivía en la pensión Haraut de París.

La guerra de 1870 sorprendió á Joffre en la Escuela Politécnica, siendo habilitado, como sus camaradas de estudios, para tomar parte en aquélla, con el grado de teniente. Al sobrevenir la paz figuró en la comisión de ingenieros militares encargada de organizar las nuevas defensas de París, y con arreglo á sus planes fueron creadas las fortificaciones del sector de Enghien.

Cuando el mariscal Mac-Mahón, presidente de la República, visitó dichas fortificaciones rodeado de su Estado Mayor, hizo llamar al teniente Joffre, silencioso y modesto, y lo saludó con estas palabras:

—Recibid mis felicitaciones, ***capitán.***

Capitán á los veintidós años y sobre el campo de sus trabajos, era un ascenso glorioso.

Todos sus camaradas le apodaron desde los primeros años «Joffre el Taciturno», y con este nombre llegó á las primeras categorías del ejército. Habla poco. Sus palabras son lacónicas y precisas. Este meridional, al revés de sus compatriotas, exuberantes de

gestos y verbosidad, pródigos en vibraciones exteriores, lleva una vida interior de recogimiento mental, de pensamiento concentrado.

Después de su triunfo de Enghien lo enviaron á la frontera del Este, donde el gobierno francés aceleraba las defensas nacionales ante el peligro de una nueva invasión alemana. Joffre organizó las fortificaciones de Pontarlier.

—Muy interesante mi trabajo—decía á sus amigos—. ¿Pero es que únicamente sirvo para hacer fortificaciones? Yo quiero mandar tropas.



El general Joffre (1), el general Soutzó, exministro griego de la Guerra (2), el ingeniero Victoria (3), el general Picquart (4), el ingeniero Sulkosky (5)

El ingeniero tardó mucho tiempo en ver realizados sus deseos de hombre de guerra.

Después de Pontarlier lo enviaron al Tonkín para construir nuevas fortificaciones y hasta simples cuarteles.

Por fortuna estaba allí el almirante Courbet, jefe heroico que sabía conocer el mérito de sus hombres. El capitán Joffre llamó su atención desde los primeros meses, y arrancándolo á sus obscuras y poco gloriosas funciones de ingeniero colonial, le dió el mando de una columna, enviándole á ganar batallas.

Joffre, espada en mano, figuró entre los jefes más avanzados y audaces, saliendo vencedor de todos los encuentros. Fué á Formosa con Courbet, y bajo el fuego del enemigo organizó la defensa de la isla. Luego lo enviaron á Madagascar, donde construyó las fortificaciones de Diego Suárez, que figuran como una maravilla en su género. De allí partió para el Dahomey, donde hizo la guerra á las órdenes del coronel Bonnier. Éste fué muerto en un encuentro, quedando deshechas sus fuerzas, pero Joffre, que mandaba la retaguardia, en vez de retroceder siguió su avance con un hábil movimiento, siendo el primero que penetró en Tomboctú, «la ciudad del misterio», situada en el corazón de África.

Después de esta brillante operación lo llamaron á Francia, de donde no salió más. El coronel Joffre fué solicitado como profesor de la Escuela de Guerra, y sus lecciones alcanzaron gran celebridad entre los militares. La juventud guerrera pasó por su clase escuchándolo con silenciosa admiración. Todos los coroneles actuales han sido sus discípulos. Sucesivamente llegó á general de brigada, director de ingenieros, general de división, comandante de cuerpo de ejército, desarrollando en estos puestos su genio de estratega y de organizador. Hablando de sus enseñanzas como maestro, dijo de él hace dos años, cuando nadie esperaba la guerra, el coronel Rousset, notable escritor militar: «Su mentalidad es la de Napoleón I; pero del Napoleón de la buena época.»



El general Joffre (1), el ingeniero uruguayo don Felipe Victoria (2), el ingeniero Sulkosky, director jefe de los ferrocarriles rusos (3), el general Picquart (4), el ingeniero Cannet, director de la fábrica de cañones del Creusot (5)

Los militares franceses se habían acostumbrado á ver en este compañero silencioso y reflexivo el hombre destinado á dirigir los ejércitos de la nación en momentos difíciles.

Por unanimidad lo designaron los miembros del Consejo Superior de la Guerra para jefe supremo ó generalísimo de todas las tropas de Francia. El general Pau, glorioso veterano, fué el que hizo la proposición, cediéndole el puesto al reconocer noblemente sus cualidades indiscutibles.

Joffre no había dicho una palabra para obtener este honor supremo de soldado. Tampoco la dijo para rehusarlo. Ocupó el puesto, y en vez de seguir estudiando y preparando en el retiro de su casa la defensa nacional, continuó sus trabajos en pleno Consejo.

Un parlamentario francés, conocedor de Joffre desde su juventud, hizo una profecía en un viaje á Alemania.

Era en 1911, en plena crisis de Agadir, cuando parecía próxima á estallar la guerra entre Francia y el Imperio germánico con motivo de la ocupación de Marruecos.

Un grupo de parlamentarios franceses había admitido la invitación para visitar la Exposición de Dresde. Se celebró una comida de gala en honor de estos huéspedes, pero durante ella todos se mantuvieron graves y circunspectos en vista de los su-



VISTA DE RIVESALTES

cesos, con una frialdad protocolaria. Á la hora del café se desataron las lenguas alemanas. Un personaje del país, francófobo como toda la burguesía alemana, entabló conversación con el diputado francés, empeñándose en demostrarle la seguridad que tenía Alemania de vencer á Francia en unas pocas semanas.

—Sé bien que el soldado francés vale por dos soldados alemanes—dijo el personaje germánico—. Sí; lo reconozco. Pero vosotros no tenéis disciplina ni generales.

El francés, que había permanecido silencioso rehuyendo la conversación, fué caldeándose al oir esto.

—¡Nosotros no tenemos disciplina!—exclamó—. Es cierto; nosotros no tenemos *vuestra* disciplina. La hemos reemplazado con el amor de los oficiales por los soldados y de los soldados por los oficiales, gracias al cual los oficiales harán pasar á los soldados, si es necesario, por el agujero de una aguja... ¡Nosotros no tenemos generales! Y vosotros ¿los tenéis? ¿En qué guerras han estado? ¿Dónde han hecho sus pruebas? Su mérito está aún por ver, después de cuarenta años de paz. Son una incógnita, ni más ni menos que los nuestros.

Calló un momento el diputado, y luego añadió:

—Además, nosotros tenemos á Joffre.

El personaje alemán hizo un gesto de extrañeza.

—¿Joffre? Por primera vez oigo ese nombre.

Era verdad. Una enorme mayoría de los franceses se encontraba en el mismo caso.

—No importa—contestó el diputado—. Guardad el nombre de Joffre en la memoria. Algún día oiréis hablar de él.

◻

Joffre casi es español.

Nació en Rivesaltes, población inmediata á Perpiñán, cerca de la frontera española.

Rivesaltes es una pequeña ciudad del Rosellón (Cataluña francesa); un amontonamiento de casas en torno de una antigua torre sarracena, circundado de murallas que baña el torrentoso río llamado el Agley. Todos los vecinos de Rivesaltes conocen al general Joffre y alaban su carácter y su corazón, diciendo en un catalán casi semejante al de la vecina España: «*Es com lo vi del seu endret, com lo moscat de Rivesaltes; fortalesa y parfum embolicats de dolçor.*» (Es como el vino de su país, como el moscatel de Rivesaltes; fuerza y perfume envueltos en dulzura.)

Su padre fué un tonelero que tuvo catorce hijos, y de ellos sólo quedan dos: un hermano de Joffre que es recaudador de contribuciones y una hermana que reside en Rivesaltes.

Los vecinos del pueblo amigos de su familia recuerdan sonriendo la causa de que el estudioso Joffre sólo alcanzase el número 14 al ingresar en la Escuela Politécnica, no obstante ser el aspirante más fuerte en matemáticas. Nunca pudo aprender el alemán. Su clara inteligencia se resistió á tal estudio, hasta que años adelante, siendo general, dominó este idioma por un esfuerzo de voluntad.

En sus viajes al país natal, José Joffre, unas veces comandante, otras coronel, fraternizaba con los compañeros de la niñez, gentes rústicas que escuchaban sus relatos en catalán describiéndoles las campañas en Asia y África. Otras veces tomaba asiento entre su padre y sus tíos á la puerta de la vieja casa, para jugar con ellos á «la manilla», su diversión favorita. En el curso de una de estas partidas de naipes, el coronel



VILLE DE RIVESALTES

Joffre

PARTIDA DE BAUTISMO DE JOFFRE

Joffre aconsejó á su padre que abriese unas trincheras oblicuas en su campo de Bompas para facilitar el curso constante de las aguas é impedir las inundaciones de primavera.

—Yo no sé de agricultura—dijo—, pero sé algo de trincheras. Es mi oficio.

Joffre no podía adivinar en aquel momento toda la verdad de esta afirmación.

Cuando volvió á Rivesaltes con las estrellas de general, sus amigos de la escuela se sintieron intimidados. ¡Un general! Ninguno osaba á tutearle, pero Joffre se ofendió por este respeto, y todos tuvieron que restablecer la antigua familiaridad. Á lo único que no se atreven sus convecinos, á pesar del tuteo y del trato franco, es á hacerle una recomendación en favor de una persona. Su ceño se frunce inmediatamente. Él ha hecho su carrera solo, desde su humilde nacimiento, sin influencias de familia ni de amistad, por su trabajo, su constancia y su energía. Que le imiten... Esto es lo que contesta con breves palabras.


ALUMNO DE LA POLITÉCNICA (17 AÑOS)

Los amigos recuerdan una aventura de su vida ocurrida en Rivesaltes, pocos años después de la guerra de 1870. El capitán Joffre, en sus excursiones por el país natal, quiso examinar de cerca las fortificaciones de Prat de Mollo. Un centinela, viéndolo rubio y con cierto aire militar, lo tomó por un espía alemán y lo llevó prisionero al cuerpo de guardia. El futuro generalísimo se dejó conducir, y al comparecer ante el jefe de la guardia dijo en un catalán que nada tenia de tudesco, mientras entreabría su paletó mostrando la blusa militar que llevaba debajo: *«Son un alemany de Rivesaltes, que té tres galons sobre la matelote.»* (Soy un alemán de Rivesaltes, que tiene tres galones en la blusa.)

La pequeña ciudad del Rosellón admira á Joffre más aún que por sus méritos, por su sencillez de carácter y su modestia. Es el grande hombre sencillo, calmoso y firme, que en el campo de batalla inspira á sus soldados una familiaridad afectuosa y respetuosa al mismo tiempo, que los impulsa á los mayores heroísmos para poder decir después:

—Hoy el abuelo está contento de nosotros.


CASA EN QUE NACIÓ JOFFRE

En Rivesaltes, como en toda aquella comarca, la verdadera lengua, la de la intimidad, la del trato familiar, es la catalana. El francés sólo se usa como idioma de la escuela.

El generalísimo Joffre habla el catalán lo mismo que el francés, y se sirve de él en sus conversaciones con los amigos de la infancia. Es, además, un verdadero catalán por su carácter reposado, calculador y sereno. Aun lo es más en su estilo. En sus cartas y proclamas dice lo que quiere decir; ni una palabra más.


JEFE DE BATALLÓN EN 1889

Fots. de la *Illustration* de París

Gran aficionado á los estudios literarios y sociales, ha vivido en íntima confraternidad con los hombres más avanzados de la República. Uno de sus mejores amigos es



EL GENERALÍSIMO Y MADAME JOFFRE

Clemenceau. Los republicanos radicales y los socialistas nada pueden temer de este general, aunque le sonría la suerte como á los grandes caudillos ambiciosos. En el caso de buscarle un ascendiente, habría que fijarse en Wáshington ó en Hoche; de ningún modo en Napoleón. Es un soldado republicano que, terminada la guerra, volverá á su vida silenciosa de estudio.

Fué una suerte para Francia que este hombre modesto permaneciese en la sombra, entre su familia y sus libros, hasta la hora en que resultó necesaria su aparición. Al intervenir antes en la política, siendo diputado, senador ó ministro de la Guerra, su prestigio hubiese sufrido rudos golpes de los partidos reaccionarios, como le ocurrió al general Picquart, y no habría podido ser aclamado como una esperanza por todos los franceses, unidos en el peligro y olvidados de sus antiguos odios.

Joffre es un racionalista, un librepensador, y sus ideas sobre la evolución social no son menos avanzadas. Pero los conservadores han venido á saber esto en plena época de tolerancia, cuando todos los franceses son hermanos y los periódicos de París publican que en el Consejo Supremo de Defensa el secretario de las federaciones socialistas de trabajadores y el arzobispo de París se estrechan la mano al empezar la sesión y se sientan juntos.

Muchas damas realistas y devotas que admiran al generalísimo por su fría serenidad y su pericia de organizador y estratega, llegan á decir en sus tertulias, como una excusa:

—Joffre es un sabio, y todos los sabios son algo incrédulos.

Esta tolerancia general, que anima y une á los franceses, la sintetizó Gustavo Hervé en un diálogo interesante.

Iba á partir para la guerra un regimiento de voluntarios extranjeros, la mayor parte de ellos emigrados políticos. Era en pleno invierno, y Hervé dirigió al público un llamamiento elocuente para que hiciese donativos de mantas y ropas de abrigo destinadas á estos voluntarios que iban á arrostrar con un simple capote el frío de las trincheras.

Veinticuatro horas después había que cargar en varios camiones los fardos de ropas amontonados en la redacción de *La Guerra Social*.

Una señora anciana y aristocrática, vestida con sencillez, de las que sólo abandonan su viejo caserón para ir á la iglesia inmediata, visitó al revolucionario, entregándole personalmente gran cantidad de prendas.

—¿Sabe usted á qué gente va á servir su regalo? —dijo Hervé conmovido por el patriótico apresuramiento de la dama y ganoso á la vez de asustarla con su espíritu paradójico y burlón—. Esos voluntarios son unos terribles pecadores. Los años de presidio á que están sentenciados en sus países suman muchos siglos. Algunos fueron condenados á muerte. Son nihilistas huídos de Rusia; revolucionarios catalanes de «la semana sangrienta», socialistas italianos condenados por los consejos de guerra; gentes sin Dios ni ley.

Y la buena señora en vez de asustarse juntaba las manos y sonreía con arrobamiento.

—¡Qué valientes deben ser!—dijo—. Hombres de éstos necesitamos ahora.

Así pensaron desde el principio de la guerra las clases más retrógradas. El peligro común produjo espontáneamente una tolerancia general nunca vista en la historia francesa.

Joffre, que en otros tiempos, á pesar de sus méritos,



LA CASA DEL GENERAL JOFFRE EN RIVESALTES

hubiese sido atacado por los compatriotas enemigos de sus ideas, obtuvo una confianza unánime, como jamás la conoció caudillo alguno.



LOS GENERALES JOFFRE. CASTELNAU Y PAU

El general, por su parte, ha mostrado siempre en el ejercicio de sus funciones una noble imparcialidad, una carencia absoluta de apasionamiento. Para él sólo existen franceses y un solo partido: el de la defensa de la patria. Cuando ocurrió el fracaso de Charleroi y tuvo que declararse en retirada, no por defectos de su táctica, sino por haber sido mal secundado por ciertos generales, castigó á éstos con una dureza silenciosa é inflexible. Todos ellos quedaron separados de sus puestos. Algunos eran amigos antiguos de Joffre y gozaban de cierta significación política por sus ideas avanzadas. De nada les valieron estas afinidades con el generalísimo. Él únicamente reconoce soldados buenos y malos, y los considera según sus méritos.



JOFFRE CON EL GENERAL FOCH

En cambio distinguió con una fraternal confianza á los generales Pau y Castelnau, que son de lo más opuesto á él en punto á ideas políticas y religiosas. Pau es un viejo creyente, y Castelnau un devoto que casi llega al fanatismo. Siempre que este último descansa unos días en algún lugar donde hay iglesia, aprovecha la ocasión para cuidarse de sus negocios espirituales, confesando y comulgando. Pero los dos son valerosos soldados y hábiles tácticos que secundan fielmente sus planes, y esto basta para que Joffre sienta por ellos un afectuoso compañerismo, dejando á un lado las diferencias de criterio que pueden separarlos en la vida civil.

Otra gran figura militar que se desarrolló al lado de Joffre como admirable segundo fué el general Foch, uno de los obreros de la victoria del Marne y el principal sostenedor del gran choque de la batalla de Flandes. Es un soldado modesto y sabio como su jefe, y lo mismo que él, casi desconocido al iniciarse la guerra. Antes del mes de Agosto todo lo que se sabía de él era que había escrito un interesante libro técnico, titulado *El combate*, y que gozaba de gran autoridad entre los militares del Estado Mayor por sus condiciones de táctico.

En torno de Joffre, maestro lacónico y clarividente, se formó antes de la guerra una verdadera escuela de militares, relativamente jóvenes, que trabajaron en silencio por su patria, como una comunidad de ascetas. Gran parte de ellos formaron el Estado Mayor que le siguió luego en sus operaciones.

Estos discípulos escucharon con un fervor religioso las enseñanzas del grande hombre.

«Para estar prontos—decía Joffre—hay que orientar por adelantado, con tenacidad y método, todos los recursos del país, toda la inteligencia de sus hijos, toda su energía moral, hacia un fin único: la victoria. Es preciso haberlo organizado todo y previsto todo.



SIGUIENDO LAS OPERACIONES

plaza. Joffre tuvo que esperar su hora favorable, vigilando al enemigo fuertemente atrincherado, aprovechando sus descuidos, atisbándolo con su cara serena y sus ojos azules no desprovistos de malicia, detrás de los cuales vibra la expresión del que prepara un buen golpe.

Este gran silencioso ha sido orador literario en algunos momentos. Sus compatriotas del Sur le nombraron «mantenedor» hace algunos años de unos Juegos Florales, la gran fiesta tradicional del país. Y Joffre pronunció un discurso en catalán. Además, según cuentan sus antiguos amigos, el generalísimo escribió versos cuando era muchacho.

Su apellido es común en Cataluña y Valencia. Al afrancesarse se ha modificado con una doble *efe*, y equivale en catalán al nombre castellano de Vifredo.

El padre Jofre, un fraile de la Edad Media, adquirió universal renombre por su ardiente caridad y la fundación que hizo en Valencia de la primera casa de recogimiento para enfermos mentales.

▫

Uno de los mayores méritos del general Joffre fué prever con varios años de anticipación la guerra tal como se produjo después; guerra larguisima, sobre frentes inmensos, en la cual la paciencia iba á valer más que la audacia y el arrebato heroico menos que el cálculo reposado y frío.

Una vez empezadas las hostilidades, ninguna improvisación puede valer. Lo que falte entonces faltará definitivamente, y la menor carencia puede causar un desastre.»

Este era el general prudente, el «Preparador», el guerrero cuerdo y reflexivo, comparado por muchos con el cónsul romano Fabio, sagaz y frío, rival de Aníbal, que empleó la paciencia y la calma como armas seguras para acabar con éste.

Pero Joffre, después de tal lección, daba otra sobre el mismo campo de batalla del Marne, concebida en los siguientes términos:

«En el momento que se entabla una batalla de la que depende la suerte del país, es importante que todos sepan que ya no es tiempo de mirar atrás. Todos los esfuerzos deben ser empleados en el ataque... Una tropa que no pueda avanzar deberá, cueste lo que cueste, permanecer sobre el terreno conquistado, guardándolo, y se dejará matar en su sitio antes que retroceder.»

—Ese es el verdadero Joffre—dijeron los que le conocían bien, por haber sido sus antiguos compañeros de armas.

Una guerra distinta á todas las guerras conocidas le obligó á retroceder al principio, pero «para saltar con mayor impulso contra el enemigo». Luego la guerra fué de trincheras, una guerra de topos que repitió en pleno campo los mismos incidentes del sitio de una



UN GENERAL COMUNICÁNDOLE NOTICIAS

(Fots. Meurisse)

En sus explicaciones de maestro, dijo muchas veces:

—No son los generales en jefe los que ganarán en adelante las batallas. Son los coroneles y tal vez los capitanes. Los combates van á desarrollarse en un frente de 400 ó 500 kilómetros, y en tan enorme extensión la voluntad de un solo hombre ejerce poca influencia... No puede adoptar las combinaciones rápidas inspiradas por el momento, ni valerse de astucias aconsejadas por las circunstancias... El papel del general en jefe habrá casi terminado desde el momento que conduzca las tropas á un punto y sitúe en línea de batalla todos los ejércitos que deben tomar parte en ella. El papel de los coroneles y de los capitanes empezará tan pronto como se hayan hecho los primeros disparos. Ellos decidirán la suerte de la lucha. Las tropas vencedoras serán aquellas que puedan sostenerse más tiempo, que tengan más constancia, más energía y sientan mayor fe en el éxito final.

Esto lo repetía Joffre cuando algún personaje extranjero iba á visitarle en su gabinete de trabajo del Consejo Superior de Guerra, establecido en el palacio de los Inválidos. Un periodista que le visitó en este retiro de estratega estudioso, dijo así al recordar su entrevista: «Veo aún en la penumbra del gabinete al hombre, con su mirada azul y límpida; oigo todavía su voz lenta y de tono grave. Nunca mirada alguna leyó con tanta claridad en el porvenir; jamás ninguna voz formuló una profecía que alcanzase tan exacta realización.»



EN CAMPAÑA, MIRANDO CON EL GENERAL CASTELNAU EL PASO DE UN AEROPLANO

(Fot. Rol)

▫

Un escritor combatiente en la guerra, al describir á este jefe estudioso, grave y sencillo, dice así:

«Nuestro país, que se enorgullece de haber tenido los más grandes capitanes de la Historia, no tuvo nunca figura más pura que la de Joffre. Á propósito de él se ha evocado la imagen de Fabio, al cual los legionarios romanos dieron el sobrenombre de *Cuntactor* «el contemporizador». Pero Joffre es más y mejor que Fabio. Ciertamente que por su simplicidad y su modestia recuerda á los primeros jefes de Roma, cuando la República brillaba con su esplendor más austero y radiante. Pero tiene además todas las cualidades especiales de nuestra raza; una magnífica potencia de trabajo, un buen sentido inalterable y un gusto profundo por la economía, que le hace ser avaro de la sangre de sus hombres. Posee igualmente la claridad del espíritu francés, la bondad de la vida francesa y la fe del alma francesa en los destinos de su país. Tiene, en una palabra, todo lo que hay de bueno y de superior en la inteligencia y en el pensamiento de nuestro pueblo. Y por esto nosotros, que somos sus subordinados, sus combatientes, le hemos dado otro epíteto que resume mejor los méritos de su persona, llamándolo «nuestro Joffre». Resulta «nuestro» porque está con nosotros, vive cerca de nosotros y es lo que todos nosotros queremos que sea...

»No vayáis á creer que ha ganado el cariño de sus hombres porque nos consiente y nos tolera todo. Los corazones de los soldados como los taludes de las trincheras, no se conquistan transigiendo y cediendo. No; él no nos consiente nada ni nos pasa nada. Rudo con él mismo, tiene derecho á mostrarse rudo con los demás. La disciplina no ha tenido nunca guardián más intratable.

»Un ejemplo... Nosotros no somos como los enemigos de enfrente, saqueadores de castillos y destrozadores de cadáveres. Sentimos respeto por los muertos que hemos tendido á nuestros pies. Igualmente respetaremos las propiedades alemanas el día cercano en que vayamos á visitarlas. No haremos rodar tras de nosotros filas de carretas para llevarnos la ropa blanca de los burgueses de Munich ó la vajilla de las casas de Dusseldorf. Sin embargo, cuando al llegar la

noche, después de una ruda batalla, nos inclinábamos sobre el terreno del combate, habia una cosa, una sola, que nos impulsaba á encorvarnos para recogerla. Los cascos en punta tentaban nuestro deseo, viendo en ellos un emblema del enemigo, de su brutalidad y su barbarie, que podíamos llevarnos como testimonio de victoria.

»Joffre lo supo, é inmediatamente lanzó una prohibición absoluta, concebida en términos de la más extremada severidad, y afeando además nuestra conducta. Todos los soldados dijeron lo mismo: «Está bien; puesto que Joffre nos lo prohibe, indudablemente cometíamos una acción innoble.» Ahora los franceses pasan junto á los cascos en punta, esparcidos en caminos y fosos, sin mirarlos siquiera.

»Otro ejemplo... Es un poco más difícil de explicar. Pero no importa. Vosotros comprenderéis... Cuando se ha vivido en las trincheras días y días, cuando se ha cumplido el rudo trabajo noches y noches, cuando se ha luchado bien, se ha velado, se ha marchado incesantemente y se ha removido la tierra dura y helada, se sueña con las personas que amamos, las cuales viven en la casa como abandonadas, llorando y acordándose de nosotros. Se piensa en lo dulce que sería sentir en torno del cuello los brazos de la mujer que se dejó para ir á la guerra. Entonces se aprovecha el rápido pasaje por un pueblo donde hay una pequeña administración de correos, se telegrafía, se escribe y se hace venir por una hora la esposa ó la amiga fiel, cuyo beso se conserva cálido en el corazón durante semanas enteras. Nosotros podemos ser héroes, ¡conformes! pero nadie de nosotros aspira á la santidad del asceta.



JOFFRE EN LA LINEA DE FUEGO

»Esto tampoco lo admite Joffre. Él nos aprecia mucho, pero no aprecia á nuestras mujeres, y nos ha hecho saber que nos castigará con el mayor rigor si buscamos la compañía de ellas. Á pesar de esta dureza, todos reconocemos que ha hecho muy bien. En el fondo de nuestra alma nos confesamos que tiene razón. Hay que golpear fuerte á la horda invasora. Por ahora sólo debemos pensar en la fuerza de nuestro brazo. Más adelante podremos ocuparnos del corazón.

»¿Qué más os diré de él? ¿Que sus órdenes y sus decisiones son modelos de claridad, de laconismo y de elocuencia? Lo característico en las órdenes de Joffre es que, cuando se leen, todos sienten deseos de gritar como ante una verdad súbitamente reconocida: «¡Cómo tiene razón en todo lo que dice!...» Están todas ellas tan impregnadas de buen sentido, que nadie siente el menor intento de discutirlas. Además se encuentra en ellas un deseo constante de ahorrar nuestras vidas, de economizar nuestra carne, de desviar de nosotros las balas enemigas. Prohibió los galones y los números metálicos en los kepis; después le preocuparon los botones de cobre de los uniformes, que le parecían demasiado brillantes y vistosos, y los hizo frotar con acetato de plomo para ennegrecerlos. Un soldado rudo decía del general:

»—Acabará por confeccionarnos una pequeña niebla, individual y envolvente, para que resultemos invisibles por completo.

»La gente ríe, pero se siente emocionada por estas precauciones del jefe. Hacia él se remonta la adhesión total, absoluta, de la masa de hombres más formidable que jamás ha armado Francia. Más tarde, cuando nos habrá conducido al «éxito final», el gobierno y el Parlamento podrán acordarle todas las recompensas oportunas; hasta la de Mariscal de Francia, que hace cuarenta y cuatro años está abolida. Pero para nosotros será siempre el hombre que seguimos ciegamente, el hombre que amamos filialmente, el que llamamos *nuestro Joffre.*»

□

El generalísimo francés es una especie de gigante Atlas sobre cuyas espaldas robustas descansa el peso de toda la nación. Caudillo de una democracia, su responsabilidad es mucho más grande que la de los generales alemanes. Éstos, con ganarse el afecto de su emperador, no necesitan de otros apoyos. Joffre debe corresponder á la confianza de todo un pueblo. Los enemigos pueden intentar locuras, derrochar vidas, exterminar en una maniobra audaz centenares de miles de hombres. Su país, sometido á la tiranía militarista, no sabe nunca la verdad, y si la sabe se queja en silencio, sin atreverse á hacer pública su protesta. El general republicano no sólo piensa en la victoria, sino que procura obtenerla con una gran economía de vidas, para que su país, democrático y libre, sienta el sacrificio lo menos posible.

Cuando se piensa en esto, se ve más grande la figura de Joffre.

El notable escritor Henri Lavedan dijo del generalísimo francés:



EL GENERALÍSIMO

«Lo he visto solamente en dos rápidas entrevistas, que aun hice yo más cortas ganoso de economizar el sagrado tiempo á este trabajador, que es un Creso de la reflexión, para el cual un minuto representa el «comprimido» de una hora. Fué pocos meses antes de la guerra y he guardado un recuerdo que no olvidaré. Esta hermosa, prudente y grave figura, resultó con arreglo al retrato mental que yo me había imaginado mucho antes.

»Es grande, robusto, sólido, ancho de espaldas, y acoge al visitante con una calma y una frialdad pacífica que imponen instintivamente el respeto. Cuando el general aparece en una puerta, vestido simplemente de paisano, nada más que con su reflexivo silencio, con la expresión abroquelada de su mutismo, con la inexpresión voluntaria de su mirada, antes de que abra la boca y precise la acogida de sus ojos de un azul pálido—abiertos y luminosos de franqueza, pero que se cierran interiormente para no dejar escapar nada de lo que han visto...—, en todos estos signos especiales se adivina la presencia de una gran fuerza acumulada. Joffre parece exhalar en torno de él la superioridad de una gran preparación. Y es digno de mencionarse cómo se comunica la confianza y seguridad que da este hombre poco comunicativo y de voz algo apagada, breve, pensativa y dulce. Se adivina al escucharle su deseo de hablar lo menos posible y con la menor cantidad de vocablos. La palabra no es su ejercicio. Se sirve de ella como con pena, con la sobriedad de una concesión. Parece estimarla muy poco y abomina de la verbosidad y de los elogios orales. Jamás persona alguna se ha escuchado menos al hablar. En cambio, ¡cómo escucha á los otros! ¡Cómo los mira mientras hablan! Á pesar de su aspecto atentivo, se adivina en él un perpetuo trabajo de pensamiento, siguiendo con la imaginación lejanos caminos, rumiando combinaciones, atacando problemas, alineando columnas de hombres y de cifras, cautivado por necesidades profundas que le obligan al silencio. Y de aquí ese hermoso y rígido sobrenombre de «el Taciturno», que tiene el valor histórico de un título de nobleza. Hasta ahora Joffre pasó su vida callándose.



JOFFRE EN SU MESA DE TRABAJO (Fot Meurisse)

»Mientras nosotros charlábamos, crédulos y ligeros, mientras seguíamos los impulsos de nuestras necesidades interesadas ó de nuestros placeres y nos debilitábamos en querellas y luchas fratricidas, él, que ha sido el *Preparador*, no decía palabra y trabajaba en la penumbra santa y gris del estudio, inaccesible, impenetrable, mudo, sin que nadie pudiese saber ciertamente dónde se escondía la reclusión voluntaria de este benedictino de los ejércitos, modesto é incomparable servidor de Francia. Más allá de los técnicos y del personal competente de la gran máquina de guerra que él dirige, más allá de sus allegados inmediatos y profesionales—los únicos que podían juzgar la capital importancia de los servicios que estaba prestando—, el general, á pesar de su alta situación y de su carrera brillante, no era célebre con arreglo á sus méritos. Enclaustrado como en un Vaticano en los deberes austeros de una existencia casi monástica, se le había visto muy poco en las grandes fiestas de París, en las ceremonias oficiales y en las grandes paradas donde exhiben los jefes sus uniformes vistosos. La muchedumbre, que se entusiasma fácilmente con un general feliz y de rostro satisfecho, apenas si había prestado atención á este estratega oculto. Su nombre simple, claro y poco refractario á la memoria, no fué conocido de pronto, con una popularidad fulgurante. Sin embargo, tampoco era ignorado por completo. En los años anteriores á la guerra, este nombre empezó á circular como un magnífico rumor. Lentamente al principio y luego con rapidez, se amasó, se propagó, y contribuyó aun más á agrandarlo el manifiesto deseo de mantenerle lejos de toda popularidad ruidosa que mostraba el mismo interesado. En toda la sociedad francesa, arriba y abajo, se supo que había en alguna parte, en un rincón misterioso y bien guardado, ***un hombre que trabajaba,*** un hombre que estaba realizando una obra indispensable, gigantesca, nacional, y que este hombre era precisamente el que en «caso de guerra», ó sea muy tarde... dentro de años... tal vez nunca... tendría el mando supremo de nuestros ejércitos, sería el generalísimo. Esto era todo lo que se sabía, pero resultaba suficiente para diseñar el principio de una hermosa aureola. Por esto cuando en una noche de verano, de golpe, sin preparación alguna, la guerra estalló en el mundo, Joffre fué popular, viéndose investido, en un impulso



DE GRAN UNIFORME

espontáneo, de la confianza y el amor de todos los franceses.

»Luego, con una supremacía espléndida de agilidad y de firmeza, y en unas condiciones que no se habían presentado nunca desde que los hombres empezaron á batirse en la tierra, Joffre hace frente al enemigo, desgarrándolo, desmenuzándolo, royéndolo, cediéndole el paso únicamente en retiradas pasajeras para hacerlo retroceder después en desorden y conducirlo allí donde cree que es el mejor terreno para alcanzar verdaderas ventajas. Nadie duda de él. Su inmutable serenidad se comunica al país. Todos creen con indestructible fe en el esfuerzo de bronce de este caudillo, que hará á su hora lo que sea necesario sin oscilaciones y sin límites.



EN EL FRENTE

»Hay que representárselo tal como es y tal como ha sido, palideciendo durante años sobre las mesas de trabajo, ennegreciendo por centenares y por miles los papeles de cálculo, poseyendo como nadie la topografía de Francia y Alemania, conociendo á fondo la anatomía de los eternos campos de batalla, como un médico para el cual el organismo humano no tiene secretos, habiendo alcanzado la ciencia del jugador de ajedrez que al sentarse ante el tablero sabe indiscutiblemente que ha de ganar la partida. El solitario de existencia aislada y labor prodigiosa es ahora el generalísimo de vida múltiple, hirviente y épica, sin abandonar por esto los rigores de la regla y el método, ni lanzarse á las aventuras impulsivas de la audacia, pues en todos los momentos conserva la sangre fría y es dueño de sus actos. Su ubicuidad confunde al observador. Aparece en los sitios más diversos. Aquí monta en un caballo fuerte y enorme como lo hubiese necesitado Du Guesclin, y reconoce las posiciones del enemigo, llegando entre las balas hasta los límites de un bosque. Más allá, en una habitación cerrada, le rodean sus oficiales respetuosos y de pie, mientras él se inclina sobre el mapa, al eco de los cañonazos, con el teléfono en una oreja... Á la cuarta velocidad de su auto sale y desaparece en el horizonte de un camino, conquistado ayer por orden suya, y á los dos lados de la ruta los muertos, que aun están sobre tierra, parecen presentarle las armas que todavía no han soltado. Otras veces atraviesa una sala de ambulancia, dirigiendo al paso á los mutilados irremediables una de esas palabras simples y tonificantes

CON UNO DE LOS GENERALES EN LA LÍNEA DE FUEGO

(Fots. Meurisse)



EN UNA ESCUELA DONDE HA ESTABLECIDO SU DESPACHO DE CAMPAÑA

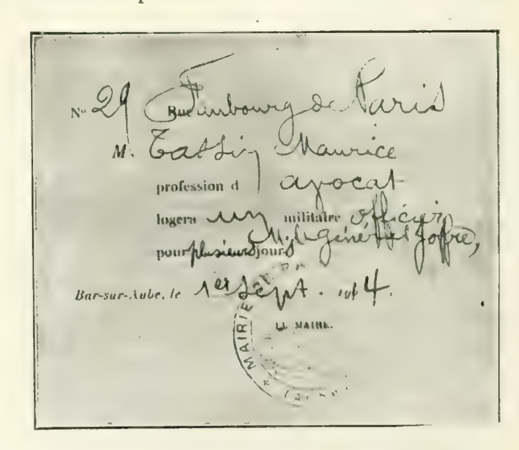
que caen sobre su fiebre con la frescura de una cruz sobre una herida... Ó sueña sentado en cualquiera granja abandonada y de vidrios rotos, rodeado de gallinas que corretean entre sus piernas, ó de un perro perdido que husmea sus botas. Ó salta á un tren y va de un punto de Francia á otro, salvando en poco tiempo distancias de centenares de kilómetros. Ó se presenta en París nada más que por una hora, y vuelve á partir hacia el frente de batalla, que es para él un imán.

»Pensad en el empleo vertiginoso de sus días, en su despertar, en su trabajo, en la tensión de su cerebro, en sus energías nerviosas, domadas y concentradas en un solo fin, en la llama de su voluntad igual é inextinguible; pensad en lo que es para él el breve sueño ocupado y cortado, durante el cual se opera la cristalización del ataque y se precisa el sentido del «movimiento». Hay que preguntarse de qué argamasa, de qué inalterable cemento armado está hecha su idea y su firme resolución; sobre qué plataforma debe reposar la artillería gruesa de la confianza que arrastra á todas partes con él, sea cual sea el camino, y que nunca tiene que desengancharse ni se queda atrás. Para conseguir sus fines necesita abstraerse de todo lo que no tiene relación con ellos. Jamás mira las cosas de abajo, ni siquiera las que están al lado. Para ser vencedor se cubre con una coraza de indiferencia, y no ve ni oye lo que podría estorbar la marcha ó las evoluciones del gran proyecto. Por esto se muestra ajeno en apariencia á las emociones que llenan de tristeza y de horror á otros hombres, hasta los más duros. Se muestra insensible á las ciudades que se derrumban, á las catedrales que se inflaman, á los crímenes y los incendios, á todo lo que subleva la vista, martiriza el alma y desconcierta á la razón. Por encima de la terrible nube roja, sus ojos siguen la estrella que se inclina ya hacia las fronteras del porvenir, como un pequeño alfiler-bandera clavado en la carta celeste del mañana.

»Solamente un hombre que posee esta alma serena y sublime para el cumplimiento del deber, puede lanzar sin miedo á ser desobedecido, con una autoridad pura y tranquila, las palabras definitivas que dijo Joffre la víspera de la batalla del Marne: «Hoy hay que hacerse matar cada uno en su sitio, antes que retroceder un paso. La salvación de Francia depende de esto.»

▫

Durante la guerra, Joffre ha ido de un punto á otro de la extensa línea de batalla, desplazando su cuartel general según las necesidades tácticas. Siempre fué un misterio el lugar de su residencia. En vano los aviadores enemigos se esforzaron por encontrar el alojamiento del general con el propósito de arrojar sobre él sus bombas. Nadie sabía dónde estaba el caudillo, pero desde su retiro lo veía todo, lo dirigía todo, y se presentaba repentinamente allí donde resultaba necesaria su presencia.



N° 29 Faubourg de Paris
M. Tattin Maurice
profession d avocat
logera un militaire officier
pour plusieurs jours M. le général Joffre
Bar-sur-Aube, le 1er Sept. 14
MAIRIE
Le Maire.

BOLETA DE ALOJAMIENTO DEL GENERALÍSIMO

Su retiro nada tenía de misterioso. Joffre, con los ciento cincuenta oficiales técnicos que forman su Estado Mayor, se instalaba en cualquier pueblo inmediato á las líneas de combate. Este gran estudioso, al escoger su alojamiento en una población, siente preferencia por la escuela. Los edificios escolares de las provincias invadidas sirvieron para las oficinas móviles del cuartel general. Los oficiales de ingenieros, de artillería, de administración, instalaban con rapidez en las aulas sus mesas portátiles, sus legajos, sus mapas, ocupando los bancos y pupitres de los muchachos. Joffre se reservaba la pieza más grande, á la que venían á terminar, formando apretado cable, los mil hilos telefónicos y telegráficos que ponen en comunicación con el cerebro directivo las trincheras, las baterías y las poblaciones de un frente de 500 kilómetros.

El generalísimo, paseándose por la pieza adornada con abecedarios y mapas elementales ó sentándose en el sillón del maestro, dirige las batallas más grandes y extensas que ha conocido la Historia.

Hay que darse cuenta de la enormidad de la obra que pesa sobre este hombre silencioso y tranquilo. Millones de hombres que se buscan, chocan y vuelven á hundirse en el suelo; batallas entabladas en una línea de leguas y leguas que hay que seguir hora por hora sin perder un solo incidente de los mil que surgen en toda su extensión; reforzar los puntos débiles, desguarnecer los que cuentan con un contingente superfluo, escojer el momento para el empujón decisivo del avance. Y junto con estas exigencias tácticas, preocuparse del avituallamiento de municiones y víveres para un ejército inmenso, dirigir la marcha de los convoyes, reforzar las concentraciones de artillería. Una fiebre silenciosa y creadora reina en la escuela de sol á sol, y se prolonga en las horas de la noche, sin descanso, sin debilidades, uniforme y tenaz. Y el cerebro director, el generalísimo que todos los días repite la misma obra, no parece sufrir el menor cansancio. Los oficiales se anonadan con el trabajo, sienten agotarse sus fuerzas; el general los envía en misión á París, á Burdeos, al frente, para que las rudas sensaciones del viaje restauren sus fuerzas y tonifiquen sus nervios. Él continúa impasible y tranquilo, como si la fatiga no pudiese morder en su exuberante robustez de «viñador catalán», como le llama el novelista René Maizeroy.

Su trabajo metódico está sostenido por una excelente higiene moral y corporal. De pie con el alba, empieza su labor á las seis de la mañana y no cesa de trabajar hasta las diez de la noche. Á esta hora se acuesta y duerme, aunque á pocos kilómetros se esté desarrollando una gran batalla.

—El gran Condé—dice uno de sus colaboradores—no durmió en la víspera de Rocroy con más tranquilidad que duerme Joffre todas las noches.



UN ALOJAMIENTO DE JOFFRE
Finca en que se alojó el generalísimo días antes de la batalla del Marne. En esta misma casa se hospedó en 1814 el emperador Federico Guillermo III

Esta gran fuerza indomable, equilibrada y disciplinada, se mantiene firme y vibrante por la facilidad con que encuentra su descanso.

—Lo que conserva intacto á nuestro Joffre—ha dicho un coronel de su Estado Mayor—es que puede dormir como un niño, no importa en dónde ni en qué momento, allí donde tiene unos minutos libre de ocupaciones, donde se desarrolla la pausa de un entreacto, en la tarde, en la noche... Inútil es decir que los que vamos con él nos esforzamos por mantener la tranquilidad de este sueño corto, cuidando de que un rugido de auto ó un toque de cornetas no le despierte... Y todas las noches, á las nueve aproximadamente, se acuesta, con el sueño de plomo de un obrero que ha pasado sus diez y ocho horas al lado de la máquina... ¡El kaiser pagaría lo que le pidiesen por dormir como duerme Joffre!...

Un chauffeur parisién de los que prestan servicio en los automóviles del ejército, describió de este modo al generalísimo, hablando con unos soldados que no le habían visto nunca:

—Camaradas: os lo voy á señalar en dos golpes, y lo reconoceréis en seguida. Es redondo como una manzana, fresco como una rosa y con unos cilindros que nunca se interrumpen.



EL GENERAL JOFFRE EN LOS VOSGOS
Á lo lejos, entre la bruma, desfila un batallón de cazadores alpinos

▫

Un redactor de *L'Illustration* lo visitó en su cuartel general, establecido momentáneamente en la escuela de Romilly.

«Una docena de autos que se renuevan incesantemente forman fila ante el edificio. Al final de esta hilera una gran limusina ostentando un estandarte tricolor atado con una cinta blanca de franjas doradas. Es el vehículo especial del generalísimo.»

En las dependencias del piso bajo están las diversas oficinas, y frente á cada puerta, al pie de las escaleras, en los corredores, los gendarmes que escoltan el cuartel general y cumplen su consigna de mantenerlo aislado. Bajo su protección, que aleja á los importunos y cierra el paso á los curiosos, los ciento cincuenta oficiales que trabajan á las órdenes de Joffre colaboran en su obra.

«Por grandes divisiones fijadas en tiempos de paz, y con igual método que en el más silencioso ministerio, se prosiguen las operaciones de tiempos de guerra. Las oficinas de organización, de informes, de operaciones militares, de ferrocarriles y de comunicaciones, tienen cada una su colmena marcada. Ninguna confusión; antes al contrario, un orden y una continuidad en el orden que dan la impresión de una fuerza segura de ella misma. Los rostros respiran energía, buen humor y esa especie de serenidad que es el signo de la confianza en sí propio y de la seguridad en el porvenir.

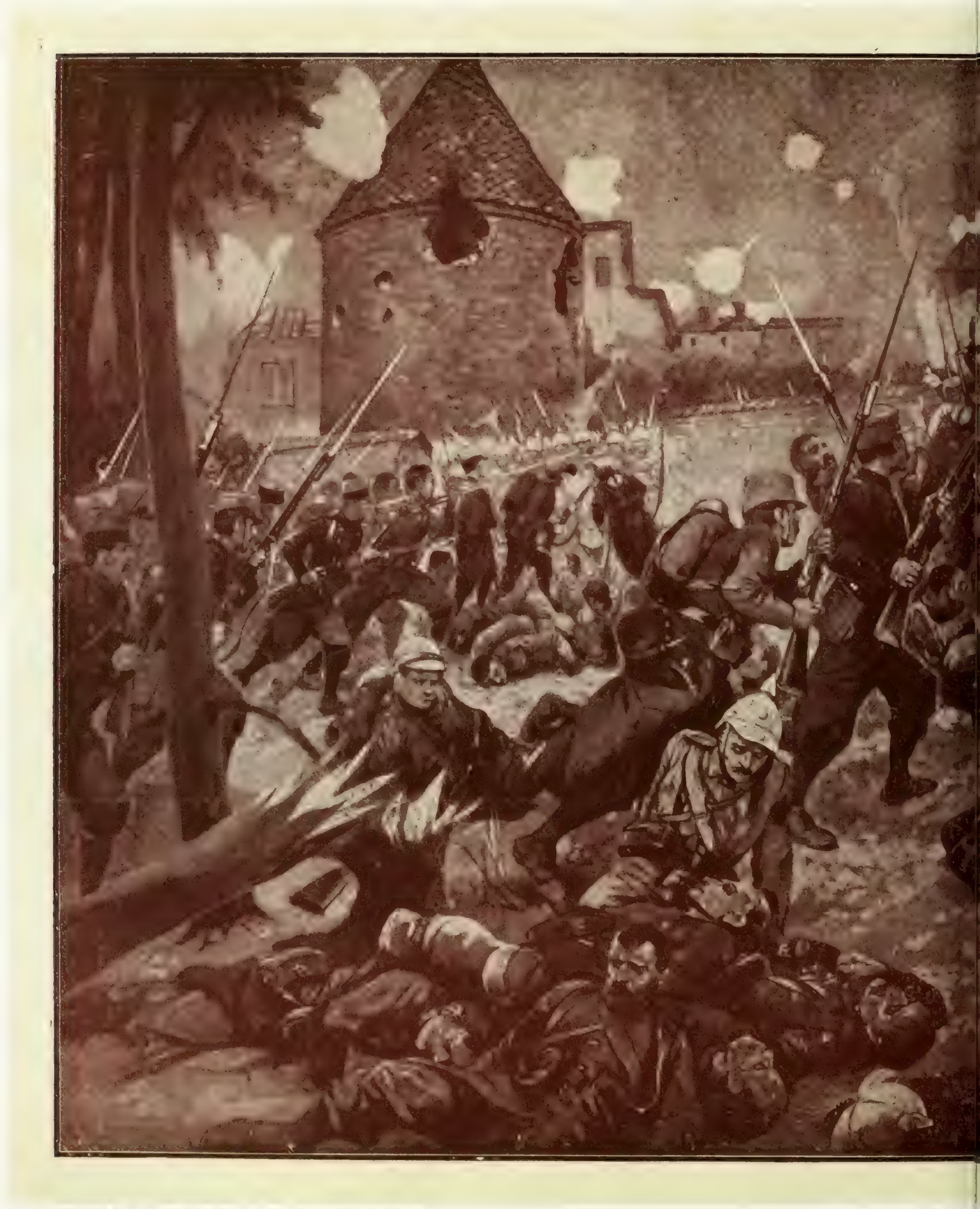
»Nadie hubiese supuesto nunca que á esta tranquila escuela llegaría condensado el inmenso rumor, el tumulto del gigantesco combate sobre la tierra de Bélgica y la tierra de Francia. Millones de hombres se entrechocan; cuatro naciones se pelean en un campo de centenares de kilómetros. Y nada indica este prodigioso movimiento, aparte del vaivén regular de los edecanes que parten para el frente ó para Burdeos y París, llevando el pensamiento del comandante en jefe... Se contempla con aire pensativo todos los hilillos de cobre, lazos de unión misteriosos que de todas partes convergen á esta escuela: líneas tendidas de telégrafo y teléfono. El destino de las patrias, con su consumo sangriento de vidas humanas, las poblaciones rojas por el incendio, el tronar de los cañones, el crepitamiento de la fusilería, la guerra en una palabra, la resumen estos hilos en cifras abstractas, en sílabas desnudas de sonido y de color, en fórmulas sin emoción. Y únicamente puede ser así. ¿Si tantos miles de noticias llegasen á un tiempo con la emoción dramática de una terrible realidad, qué cerebro, por sólido que fuese, podría resistirlas?»



JOFFRE DANDO INSTRUCCIONES Á UN GENERAL (Fot. Meurisse)

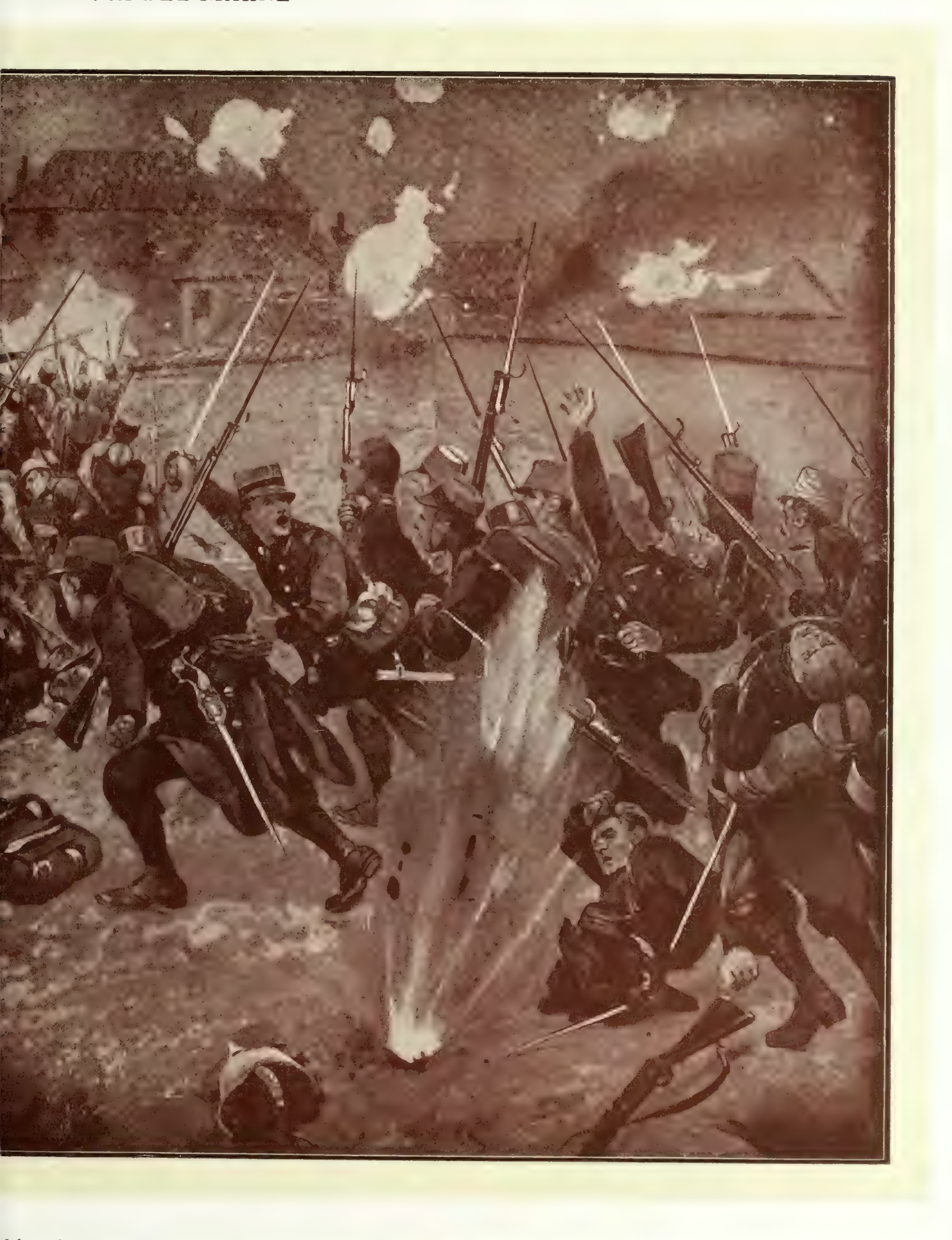
El generalísimo está arriba en el salón principal de la escuela, una pieza con tres ventanas que dan al patio. El piso es de madera blanca, las paredes están pintadas con cal y conservan aún muchos de sus adornos escolares. Todo el mueblaje consiste en un inmenso tablero montado sobre caballetes y cubierto de mapas y papeles, varias sillas de paja, numerosas tablas que sirven de biblioteca, y en las que se amontonan más





Dibujo de M. R. Caton Woodville, de «The Illustrated London News»

La infantería francesa y la guardia prusiana luchando por la pos
quedando al fin en p



ión del castillo de Mondement, cuatro veces tomado y perdido,
er de los franceses



papeles y mapas, y el teléfono, el compañero inseparable de Joffre, que pasa el dia pegado á él como si fuese una nueva parte de su cuerpo.

«El general está derecho con un sencillo uniforme, sin condecoraciones ni galones. Tiende al visitante su ancha mano bien abierta. Es grande y fuerte. Toda su persona, de estatura maciza, revela una potencia calmosa y reflexiva, una firmeza lenta y robusta. Lo que llama en él la atención desde el primer momento, impresionando al visitante, es la cabeza. Una cabeza gruesa, un rostro de sólida osamenta, en el cual el bigote blanco se encrespa bajo una sonrisa bondadosa y fina. La barba, que abandonada empieza á crecer sobre las mejillas y el menton saliente, da á este rostro un sedoso reflejo de nieve. La frente tiene hermosos planos que acusan voluntad, y los ojos miran rectamente; unos ojos puros, de vivo azul, que parecen reflejar el cielo de un alma serena. No se ve uno sin emoción en presencia de este hombre que lleva con tanta quietud la responsabilidad de tantas vidas y encarna con una dignidad tan simple la gloria militar francesa: veinte siglos de historia.

Con una voz reposada y de escaso timbre, el general va expresando su certidumbre de la victoria; una certidumbre matemática. Primeramente ha tenido que forjar la herramienta y luego enseñar su manejo. Á los jefes inseguros han sucedido otros que gozan de plena seguridad. Actualmente el temple de la herramienta es tal, que en vano muerde en ella el ataque alemán.»

Al oir hablar de las victorias rusas y de la posibilidad de que el enemigo, para reforzar el frente del Este, bebilitase sus fuerzas en el Oeste, el generalísimo dijo con tranquilidad.

—No tengo ningún interés en que desguarnezcan su línea frente á nosotros. Así los rusos avanzarán más aprisa. *De los que están enfrente de mí yo me encargo.*



EL GENERALÍSIMO EXAMINANDO UN AEROPLANO

«¿Fanfarronería?—dice el cronista—. No. Conciencia profunda de una situación que se domina. Este hombre es el mismo que al día siguiente de la batalla del Marne contestaba á las felicitaciones de uno de sus oficiales con palabras dignas de la grandeza romana.

»—¿Os dais cuenta, general—le dijo aquél—, de que acabáis de ganar la batalla más grande de todos los siglos?

»Este cumplimiento, que algunos juzgaron exagerado á primera vista, era sin embargo una imagen exacta de la realidad.

»La batalla del Marne, prodigioso golpe de parada



LOS AUTOMÓVILES DEL GENERALÍSIMO Y DE SUS AYUDANTES EN LA ENTRADA DE UN BOSQUE

que contuvo la más formidable de las invasiones bárbaras, reversimiento completo del destino de dos pueblos, no fué únicamente la reintegración de Francia en su herencia épica, sino un cambio brusco de dirección en la historia de Europa. El mundo, que contemplaba ansioso cómo caía el águila negra sobre la alondra gala, pudo respirar. El águila recibe en los ojos un picotazo inesperado, vacila, retrocede. Su prestigio ha terminado; la pesadilla del pangermanismo soberano se desvanece. En adelante Europa ya no tiene miedo.

»Y he aquí—sin hablar de los millones de combatientes y de los más sangrientos medios de destrucción que jamás hubo amontonado el hombre—por qué era exacto este cumplimiento: «Acabáis de ganar la batalla más grande de todos los siglos.»

El general Joffre reflexionó un momento, y luego dijo con su voz tranquila:

—Lo que acabo de ganar, y así lo espero, es un próximo reposo en mi casita de los Pirineos Orientales.

El héroe se retrató á sí mismo con estas palabras.

▫

Una vida simple, frugal, casi ascética, es la de este caudillo que manda los ejércitos más numerosos que se conocen en la Historia y dispone de todas las riquezas de Francia.

En 1870 los generales prusianos y el mismo Estado Mayor imperial hicieron la campaña de Francia con una vida sobria hasta el momento del triunfo. En cambio Napoleón III marchó á la derrota llevando tras de él una tropa de cocineros y varios furgones cargados de vajilla de plata y ricos víveres.

La situación se ha invertido en 1914. El kaiser visita el teatro de la guerra llevando como tienda de campaña un hotel desmontable. Varios coches automóviles trasladan sus cocinas y su despensa con poderoso frigorífico. Hasta le acompaña en sus viajes un vagón cinematográfico destinado á repetir y perpetuar sus menores acciones. Sus hijos, sus parientes, sus generales, disponen de lujos semejantes. Cuando pueden hacer una buena comida, sus soldados se visten con libreas multicolores para servir á la mesa como si fuesen lacayos de los palacios de Berlín.

Joffre vive como un soldado. En sus largas excursiones por el frente de batalla, hace detener el automóvil en una granja abandonada ó al borde de un cami-



EL GENERALÍSIMO ALMORZANDO DE PIE, SIRVIÉNDOLE DE MESA UNOS TRONCOS, MIENTRAS CONVERSA CON VARIOS OFICIALES

no. Un ayudante coloca el cesto de víveres en la hierba ó sobre una mesa improvisada. Comen de pie, sirviéndose de sus manos, con apresuramiento, como el que tiene cosas más urgentes á que atender, y reanudan la marcha una vez aplacada el hambre.

Unos periodistas ingleses se refugiaron una noche de tempestad en una taberna de un pueblecillo de Flandes, cerca de Ypres, donde se estaba desarrollando la gran batalla.

La dueña, gruesa flamenca, á pesar de la mala noche y de la escasez de parroquianos, parecía muy atareada. Se había puesto un traje de seda negro: el traje de su boda remota. Sobre el pecho robusto lucía su mejor joya, una cadena de oro con medallón, que únicamente salía á luz en las grandes fiestas. Á pesar de estos adornos, entraba frecuentemente en la cocina con la agitación de un trabajo extraordinario. Luego entreabría la puerta de la sala cercana, dejando ver una mesa de blancos manteles, con brillante cristalería; lo mejor de la casa y de las viviendas vecinas, reunido en honor de unos convidados que no llegaban.



FRUGAL DESAYUNO DEL GENERALÍSIMO EN UNA GRANJA

En vano interrogaron los ingleses á la tabernera acerca de la calidad de los huéspedes que estaba esperando. La hacendosa matrona se llevaba un dedo á la boca imponiendo silencio, y sonreía con orgullo. Un gran personaje de paso en la región iba á honrar su establecimiento. Y no decía más... ¿Sería el rey de Bélgica?

La bocina de un auto suena en la puerta. Se abre la cancela de cristales y entra un militar, grande, vigoroso, con otros que le siguen respetuosamente. Al despojarse de su gabán impermeable, sacudiendo el agua, los ingleses ven las tres estrellas minúsculas de sus bocamangas, reconocen el menton vigoroso y el bigote blanco bajo un kepis enfundado de azul, como el de un simple soldado. ¡El generalísimo!

Es Joffre que, al fijarse en los periodistas, adivinando su nacionalidad, los saluda al pasar cortésmente:

—Buenas noches, *gentlemen*.

Luego entra con sus compañeros en la sala reservada. Gran movimiento en la cocina. La dueña corre presurosa de un lado á otro entre el *fru-fru* de la seda venerable y el tintineo de la cadena de oro. Del humo de los fogones empiezan á desprenderse tenues nubecillas que envuelven en suculento nimbo los grandes platos y las mozas flamencas que los llevan al comedor.

Al poco rato aparece ante los ingleses la tabernera, desolada, trágica, que hace esfuerzos para no llorar de despecho. ¡Ella que había puesto en actividad todos sus conocimientos culinarios y los de sus vecinas, rebuscando en la pobreza del país el mejor pavo, las más sabrosas conservas!...

Al sentarse á la mesa el general, ha apartado distraídamente los platos de dulce, las flores, todos los adornos, sacando unos papeles de un bolsillo. Y allí está con la cabeza baja, interrumpiendo su examen para hacer breves preguntas á los compañeros, que comen con gran apetito, pero discretamente.

Joffre ha hablado una sola vez á la dueña del establecimiento, para saludarla cortésmente é indicarle su menú, con una sonrisa fina que impone respeto lo mismo que una orden.

Una tortilla nada más y un vaso de agua.

XVI

Los responsables de la guerra

Puede afirmarse rotundamente que la guerra de 1914 fué obra del imperio germánico. Precisando más la responsabilidad, diremos que el verdadero culpable fué el partido militarista alemán, ó sea el pangermanismo.

Después de las publicaciones de documentos y telegramas hechas por los gobiernos de Inglaterra, Alemania, Rusia y Bélgica, la aparición en el mes de Diciembre del «Libro Amarillo», editado por el gobierno de Francia, vino á demostrar una vez más y á ratificar quiénes eran los únicos responsables de la guerra.

En Marzo de 1913, el embajador de Francia en Berlín, M. Julio Cambon, señaló á su gobierno la campaña extraordinaria que se hacía en Alemania para conmemorar el 1813, año de la victoria de Prusia sobre Napoleón. Esta campaña era animada y dirigida por el mismo gobierno alemán, que procuraba excitar de este modo los sentimientos patrióticos, con objeto de que el país aceptase los grandes sacrificios exigidos por los proyectos de nuevos aumentos del ejército.



MANIFESTACIÓN EN BERLÍN EN FAVOR DE LA GUERRA

«Á pesar—dice el embajador Cambon en su primer informe de 1913—del afectado patriotismo con que aceptan las clases ricas de Alemania el nuevo sacrificio que se les pide, no por ello dejan de estar en el fondo muy descontentas, especialmente en el mundo de los negocios, y piensan que una contribución forzosa impuesta en plena paz, crea para el porvenir un temible precedente... Pero el Imperio, aumentando la fuerza del ejército alemán, quiere no dejar nada imprevisto para en caso de que estalle una crisis.

»Las innovaciones militares de Alemania han producido un hecho que ella no esperaba: la proposición del Gobierno de la República restableciendo el servicio militar de tres años, y la resolución viril con que esta propuesta ha sido acogida en toda Francia. La impresión de asombro que nuestra ley de tres años ha producido en Alemania, la aprovecha el Gobierno Imperial para insistir en la necesidad absoluta del aumento de sus fuerzas militares. Sus proyectos aparecen de este modo como una respuesta á los nuestros. Esto es contrario á la verdad, pues el inmenso y nuevo esfuerzo militar que la Francia acepta ahora, no es más que una consecuencia de las iniciativas de Alemania.

»Las autoridades imperiales no cesan de exaltar el sentimiento patriótico. El emperador se complace en hacer memoria pública todos los días de los hechos de 1813. Anoche una retreta militar ha recorrido las calles de Berlín y se han pronunciado discursos comparando la situación presente con la de hace un siglo. Este caldeamiento de la opinión repercutirá indudablemente en las discusiones que se entablarán dentro de un mes cuando se abra el Reichstag, y me temo que el Canciller se verá obligado en su discurso á hacer alusión á las relaciones de Francia y Alemania. Había que esperar que exaltasen el sentimiento patriótico de la nación en el momento que van á pedirle nuevos sacrificios, pero es abusar de la comparación histórica el encontrar semejanzas entre el tiempo presente y 1813. Si el movimiento que hace un siglo empujó al pueblo alemán contra aquel hombre de genio (el emperador Napoleón) que aspiraba á la dominación universal pudiese encontrar hoy algo equivalente, es en Francia donde habría que buscarlo, pues el pueblo francés no hace más que defenderse de la dominación de la fuerza.

»De todos modos resulta indiscutible que el estado de opinión en los dos países da á la situación presente un carácter de gravedad.»

Este informe del embajador Cambon iba acompañado de otro informe del teniente coronel Serret, agregado militar de la embajada de Francia en Berlín, documento del que entresacamos las revelaciones más importantes:

«El movimiento patriótico que se manifiesta en Francia—la adopción del servicio de tres años—, ha producido en los altos círculos de Alemania una verdadera cólera.»

Esta cólera era perfectamente explicable. Alema-

nia, al aumentar su ejército á costa de considerables sacrificios, pretendía ser la primera potencia militar de Europa, con una enorme superioridad sobre los pueblos vecinos, para aplastarlos en tres ó cuatro semanas cuando lo creyese oportuno. Francia, mediante la ley de tres años, aumentaba sus fuerzas para equilibrarse lo más posible con su temible vecina, y esta precaución legítima, encaminada á la defensa de su vida, encolerizaba á los alemanes, que veían inutilizados en parte sus costosos esfuerzos.

«Desde hace algún tiempo—continúa el informe del agregado militar—se encuentran en Alemania muchas gentes que declaran los proyectos militares de Francia extraordinarios é injustos. En un salón un miembro del Reichstag, que no es un energúmeno, hablando del servicio de tres años en Francia ha llegado á decir: «Es una provocación que nosotros no podemos tolerar.» Los más moderados, tanto militares como civiles, sostienen corrientemente la tesis de que Francia, con sus cuarenta millones de almas, no tiene derecho para rivalizar de este modo con Alemania.



LOS MANIFESTANTES FRENTE AL PALACIO IMPERIAL

»En resumen: están furiosos y su cólera es de despecho. Sienten rabia al ver que, á pesar del esfuerzo enorme hecho por ellos en el año anterior y continuado y agrandado en el año presente, no podrán esta vez dejar atrás á Francia en una inferioridad defensiva.

»Dejarnos atrás definitivamente y á merced de su fuerza, ya que no queremos ir con ella, es el hecho cuya realización persigue Alemania.»

El teniente coronel Serret explica después el programa militar alemán para mantenerse siempre con una enorme superioridad sobre Francia, aumentando sus fuerzas, así como ésta aumentaba las suyas, al ponerse en guardia ante el peligro. La precaución francesa irritó á los alemanes, que consideraban á la República como «una nación secundaria».

«En este momento—continúa el agregado francés—, cuando la segunda y más formidable parte del programa militar alemán iba á realizarse y á adquirir sus fuerzas una superioridad definitiva que nos obligaría á pasar por la humillación ó el aplastamiento, he aquí que Francia, con su ley de tres años, se niega á abdicar y demuestra, como dijo Renán, *su poder eterno de renovamiento y de resurrección*. De aquí el despecho alemán.

»El Gobierno Imperial invoca para justificar sus planes la situación general de Europa y habla del peligro eslavo. Otro es su enemigo. Guiándome por mis observaciones, puedo decir que la opinión me parece indiferente al peligro eslavo, y sin embargo, acepta con grandes ánimos las cargas enormes que significan las dos leyes militares consecutivas de 1912 y 1913.

»El 10 de Marzo último, centenario de la organización del levantamiento en masa alemán contra nosotros, una multitud enorme se ha aglomerado ante el palacio imperial, á pesar del aguacero, para presenciar la revista, y en el centro de Tiergarten ante las estatuas de la reina Luisa y Federico Guillermo III, rodeadas de montones de flores.

»Estos aniversarios, que recuerdan la lucha contra Francia, van á repetirse durante todo el año. En el próximo año 1914 se celebrará el centenario de la primera campaña de Francia y de la primera entrada de los prusianos en París.

»En resumen: si la opinión pública alemana no señala francamente á Francia con el dedo, como lo hacen la *Gaceta de Francfort* y algunos periódicos más, piensa sin embargo en nosotros á todas horas. Todos dicen que con nuestros 40 millones de habitantes ocupamos un espacio demasiado grande debajo del sol.

»Los alemanes desean la paz y no cesan de proclamarlo. El emperador también la quiere, más que nadie. Pero ellos no entienden la paz en el sentido de concesiones mutuas y de equilibrio de los armamentos. Su paz es la de la humillación ajena. *Quieren que les teman*, y para ello están haciendo todos los sacrificios necesarios. Si en cualquiera ocasión consideran herido su orgullo patriótico, la confianza que tiene el país en la superioridad de su ejército favorecerá una explosión de cólera nacional, ante cuya cólera resultaría impotente la moderación del gobierno del Imperio.

»Hasta ahora no se demuestra en nada esta moderación, pues el gobierno hace lo que puede por inflamar el sentimiento nacional celebrando ruidosamente todos los aniversarios de 1813.

»Sea cual sea el pretexto que pueda alegar mañana Alemania para justificar una conflagración europea, *está fuera de toda duda que sus primeros golpes decisivos los dirigirá contra Francia.*»

▫

Así hablaba desde Berlín el agregado militar francés en Marzo de 1913, diez y seis meses antes de que estallase la guerra.

El marino Faramond, agregado naval de la embajada de Francia en Alemania, envió á su gobierno, también en Marzo de 1913, otro informe no menos interesante en el que anuncia con notable clarividencia muchos sucesos que se han realizado con exactitud en el año siguiente.

«La nueva ley militar alemana—dice Faramond—coloca los cuerpos de ejército inmediatos á nuestra frontera en un estado especial, que es casi el estado de pie de guerra, para de este modo poder atacarnos bruscamente, con fuerzas muy superiores á las nuestras, el mismo día de la apertura de las hostilidades. Esto significa para el Gobierno germánico una necesidad imperiosa de obtener el éxito desde el comienzo de la guerra.

»Las condiciones en que el emperador alemán emprendería hoy una lucha con Francia, no son ni con mucho las mismas que hace cuarenta años. Al empezar la guerra de 1870, el Estado Mayor alemán había previsto la posibilidad de una ofensiva victoriosa de los franceses, y Moltke, sospechando que nosotros podríamos llegar cuando más hasta Maguncia, dijo á su soberano: «Aquí tropezarán y no podrán seguir adelante.» Guillermo II no puede admitir en sus cálculos una retirada, ni suponerla siquiera, á pesar de que el soldado alemán no es ahora como el de hace cuarenta años, un hombre simple, religioso y pronto á morir por una orden de su rey. Teniendo en cuenta los cuatro millones de votos alcanzados por los socialistas en las últimas elecciones y que el derecho de votar sólo se adquiere en Alemania á los 25 años, hay que suponer que el ejército activo, compuesto de jóvenes de 20 á 25 años, tendrá en sus filas una proporción seria de socialistas.

»Indudablemente sería una locura creer que los socialistas alemanes van á levantar las culatas en alto el día que Francia y Alemania vengan á las manos, pero será en extremo importante para el Gobierno alemán *hacerles creer por una parte que nosotros somos los agresores y por otra que pueden tener plena confianza en los que van á mandarles y en los resultados.*

»Al verificarse la última jura de la bandera por los reclutas de la Guardia en Postdam, me llamó mucho la atención oir que el emperador tomaba como tema de su discurso á los nuevos soldados *el deber de mostrarse más valeroso* y *más disciplinado en la mala fortuna que en la buena.*

»Sin duda porque una primera derrota alemana tendría para el Imperio una influencia incalculable, se encuentra en todos los proyectos militares elaborados por el gran Estado Mayor el objetivo de una ofensiva fulminante contra Francia.

»En realidad el Gobierno Imperial quiere colocarse en situación de hacer frente á todas las eventualidades posibles. Es del lado de Francia donde el peligro le parece más grande. La *Gaceta de Colonia* lo ha dicho en un artículo odioso y violento, del cual la *Wilhelmstrasse* ha desautorizado la forma más que el fondo. Pero debemos vivir convencidos de que la opinión hostil manifestada por dicho periódico *es á la hora presente la de la inmensa mayoría del pueblo alemán.*

»Celebrando ruidosamente el centenario de su guerra de Independencia, el Gobierno quiere convencer al pueblo de que Francia es hoy, como hace cien años, la enemiga hereditaria.»

El agregado naval hizo en su informe las mismas revelaciones que el agregado militar sobre las nuevas fuerzas alemanas, añadiendo que el material de guerra iba á ser aumentado en la cifra enorme de 1.250 millones de marcos.

«Es posible—dice—que gran parte del material cuya adquisición autoriza la nueva ley esté fabricado ya á estas horas. Los secretos militares se guardan muy bien aquí y es extremadamente difícil seguir los movimientos del personal y del material.

»En Alemania, cuando se toma una decisión militar legalmente, ha sido ya ejecutada muchas veces con anterioridad. Con una organización militar perfecta y *una opinión pública que se deja dominar dócilmente por los llamamientos belicosos de la Liga Militar y la Liga Naval,* el pueblo alemán es á estas horas un vecino peligroso.

»Si el servicio de tres años es aplicado inmediatamente en Francia, las condiciones serán menos desiguales en el año próximo. Los efectivos alemanes resultarán siempre de un modo sensible más considerables que los nuestros, pero el llamamiento de Alemania á todos sus contingentes disponibles no permitirá la selección y llevará á las filas del ejército elementos de segundo orden y hasta unidades poco deseables. El valor moral del ejército activo perderá mucho.

»*Los alemanes han querido romper el equilibrio de los dos campos en que está dividida Europa con un gran esfuerzo supremo, más allá del cual no pueden intentar otro.*

»No creían que Francia fuese capaz de hacer un sacrificio semejante. La adopción de nuestro servicio de tres años hace fracasar sus cálculos.»

▫

En Abril de 1913 M. Etienne, ministro de la Guerra en Francia, comunicó á M. Jonnart, ministro de Negocios Extranjeros, la copia de un informe oficial y secreto circulado en Alemania y que había podido procurarse.

Este informe alemán consta de dos partes: la primera de generalidades y la segunda de orden técnico, precisando detalladamente, una por una, las medidas que había que tomar en la próxima guerra, considerada por Alemania como un suceso indudable.

En la primera parte del documento, el gobierno germánico daba á entender su deseo de haber provocado la guerra años antes, con motivo de la Conferencia de Algeciras, en la que fué derrotada Alemania diplomáticamente, por haber apoyado Inglaterra y Rusia á Francia.

«Pero nuestra flota—dice el documento alemán—no era en aquel momento suficientemente fuerte. Además, Austria-Hungría estaba obligada entonces á inmovilizar sus fuerzas contra Servia é Italia. Después de este conflicto nos dedicamos á reforzar la defensa de nuestras costas contra Inglaterra, aumentando además nuestra marina.»

Al realizar Francia la conquista de Marruecos, provocó Alemania el incidente de Agadir, que también se resolvió diplomáticamente, por la actitud de Inglaterra apoyando á la República.

«En esta época—dice el documento alemán—los progresos del ejército francés, el renacimiento moral de la nación, el avance técnico que había tomado en el dominio de la aviación y en el de las ametralladoras, hicieron un ataque contra los franceses menos fácil que en el período anterior. Además, había que temer un ataque de la flota inglesa.»



M. ETIENNE

Por esto tuvo que desistir Alemania por segunda vez de hacer la guerra á Francia, pero se dedicó á aumentar enormemente sus fuerzas, esperando aprovechar con éxito una tercera oportunidad.

«Estamos preparando la opinión—continúa el informe—para dar un gran refuerzo al ejército activo, que asegurará á Alemania una paz honorable y la posibilidad de garantizar como le conviene su influencia en los destinos del mundo.

»Ni las ridículas vociferaciones en favor de «la revancha» de los patrioteros franceses, ni el rechinamiento de dientes de los ingleses, ni los gestos desordenados de los eslavos, conseguirán apartarnos de nuestro fin, que es el de fortalecer y extender el *Deutschthum* (el poder alemán) en el mundo entero.

»Los franceses pueden armarse todo lo que quieran. Lo que no pueden de un día á otro es aumentar su población.»

La segunda parte del documento secreto es aun más interesante, pues revela los manejos del gobierno alemán para preparar cautelosamente la guerra, haciéndola aparecer á los ojos del país como algo inevitable, y para declararla fingiéndose agredido, declinando sobre los adversarios la responsabilidad de la agresión.

«Nuestra nueva ley militar—sigue diciendo el informe secreto—no es más que una extensión de la obra educativa militar del pueblo alemán. Nuestros antecesores hicieron en 1813 mayores sacrificios. Nuestro deber sagrado es aguzar la espada que nos han puesto en la mano y tenerla pronta, no sólo para defendernos, sino para herir al enemigo. *Hay que hacer penetrar en el pueblo la idea de que nuestros armamentos son una respuesta á los armamentos franceses y á su política. Hay que acostumbrarlo á que piense que una guerra ofensiva por nuestra parte es una necesidad para combatir las provocaciones del adversario. Para esto hay que obrar con prudencia, evitando que surjan recelos ó se produzcan crisis, que podrían perjudicar nuestra vida económica Hay que conducir las cosas de tal modo, que bajo la pesada impresión de los armamentos poderosos, de los sacrificios considerables y de una situación política tirante, el pueblo alemán considere el desencadenamiento de la guerra como una solución libertadora, pensando en que luego vendrán décadas de paz y una prosperidad igual á la que hubo después de 1870.* Hay que preparar la guerra desde el punto de vista financiero. En esto hay mucho que hacer. Debe evitarse el despertar la desconfianza de nuestros hombres de negocios, y para ello será preciso no ocultarles algunas cosas.

»No hay que inquietarse por la suerte de nuestras colonias. El resultado final de nuestra lucha en Europa asegurará su suerte. Por el contrario, *será necesario suscitar revueltas en el Norte de África y en Rusia. Es un medio de absorber las fuerzas del adversario. Resulta absolutamente preciso que nos pongamos en relación, por medio de órganos bien escogidos, con las gentes influyentes de Egipto, Túnez, Argel y Marruecos, para preparar las medidas necesarias en caso de guerra europea.* Queda entendido que al estallar la guerra serán reconocidos abiertamente estos aliados secretos y se les asegurará, para la conclusión de la paz, la conservación de las ventajas conquistadas. Se pueden realizar estos deseos. Un primer ensayo intentado hace algunos años, nos procuró el contacto deseado. Por desgracia no se consolidaron suficientemente las relaciones obtenidas. De cualquier modo hay que volver á hacer preparativos de este género, para conseguir rápidamente el término de la campaña.

»Las sublevaciones provocadas en tiempo de guerra por nuestros agentes políticos exigen ser preparadas cuidadosamente en lo que se refiere á los medios materiales. Estas sublevaciones en las colonias de los

enemigos deben estallar acompañadas simultáneamente por la destrucción de todos los medios de comunicación. Deben tener una cabeza dirigente, que se puede encontrar entre los jefes de prestigio religiosos ó políticos. La escuela egipcia es apta particularmente para esto, pues reune cada vez más á todos los intelectuales del mundo musulmán.

»Sea como sea, debemos ser fuertes para poder aplastar con sólo un empujón á nuestros enemigos del Este y del Oeste. En la próxima guerra europea será preciso que los pequeños Estados *se vean obligados á seguirnos ó sean dominados* Sus ejércitos y sus plazas fuertes pueden ser rápidamente vencidos ó neutralizados, lo que será tal vez el caso de Bélgica y de Holanda, á fin de impedir á nuestro enemigo del Oeste el acceso á un territorio que podría servirle de base de operaciones contra nuestro flanco.»

El documento, luego de decidir de este modo la suerte de Bélgica, hace otras consideraciones para el caso probable de que Dinamarca se prestase á secundar á Inglaterra. Después vuelve á ocuparse de Bélgica, dando disposiciones para preparar la invasión de este pueblo, tal como se verificó, poco más ó menos, en 1914.

El plan iniciador de la guerra estaba condensado en breves palabras: «Un *ultimatum* á corto plazo, que debe ser seguido inmediatamente de una invasión, permitirá justificar nuestra conducta desde el punto de vista del derecho de gentes.»

Luego resume todo el espíritu del informe en este párrafo final:

«Tales son los deberes que incumben á nuestro ejército y que exigen un efectivo aumentado. Si el enemigo nos ataca ó si nosotros queremos domarlo, debemos hacer como nuestros hermanos de hace cien años. El águila elevará su vuelo, asirá al enemigo con sus garras aceradas, y lo dejará inofensivo. Cuando llegue este momento nos acordaremos de que las provincias del antiguo imperio alemán, condado de Borgoña y una hermosa parte de la Lorena, están aún en manos del enemigo, y que miles de hermanos alemanes de las provincias bálticas gimen bajo el yugo eslavo. Es una cuestión nacional devolver á Alemania lo que poseyó en otros tiempos.»

En Mayo de 1913 la cuestión albanesa provocó una crisis grave que puso en peligro la paz de Europa. El embajador Cambon reveló al gobierno francés en un informe de 6 de Mayo sus temores que acababan de ser conjurados y las inquietudes que le inspiraba el porvenir en vista de la actitud del gobierno de Berlín.

«La crisis que acabamos de atravesar—decía Cambon—ha sido muy seria. Aquí ha llegado á considerarse el peligro de la guerra como inminente.

»La movilización alemana no se limita al llamamiento de los reservistas al cuartel. Existe en Alemania una medida anterior y preparatoria que no existe entre nosotros, y que consiste en prevenir individualmente á los oficiales y los hombres de la reserva para que se preparen y estén prontos á acudir al llamamiento, á fin de que con tiempo puedan hacer todos sus preparativos. Es una especie de «¡en guardia!» general, y se necesita el increíble espíritu de sumisión, disciplina y secreto que existe en este país, para que tal disposición pueda cumplirse y se mantenga callada. Si una advertencia semejante se lanzase en Francia, el país se conmovería y la prensa entera publicaría el relato al día siguiente.

»Esta advertencia fué lanzada en 1911, durante el curso de las negociaciones que yo seguía por lo de Marruecos.

»Ahora ha sido lanzada de nuevo, hace una docena de días, ó sea en el momento de la tensión austroalbanesa. Lo sé por diferentes conductos; especialmente por oficiales de la reserva que se lo han revelado á amigos suyos, en la más estricta intimidad. Estos señores habían tomado las medidas necesarias para asegurar á sus familias, antes de partir, los medios de existencia durante un año.

»La decisión que ha hecho adoptar esta medida preparatoria de la movilización, responde á las ideas del gran Estado Mayor general. Sobre este punto puedo repetir lo que ha dicho en un círculo alemán el general Moltke, que es considerado aquí como el jefe más distinguido del ejército.

»El pensamiento del Estado Mayor alemán es obrar por sorpresa. *Hay que dejar á un lado*—ha dicho el general Moltke—*todos los lugares comunes sobre la responsabilidad del agresor. Cuando la guerra sea necesaria hay que hacerla, poniendo todas las probabilidades de éxito de nuestra parte. El éxito es lo que justifica la guerra. Alemania no puede ni debe dejar á Rusia el tiempo necesario para que movilice. Si le dejamos tiempo nos veremos obligados á mantener en la frontera del Este tantas fuerzas, que nos encontraremos en el Oeste en una situación igual ó inferior á la de Francia. Para evitar esto hay que prevenir á nuestro principal adversario, así que las probabilidades de guerra sean nueve contra diez, y empezar ésta sin otra espera, para aplastar brutalmente toda resistencia.*

»He aquí exactamente el estado de espíritu de los círculos militares, que responde exactamente al estado de espíritu de los círculos políticos. Así hablaban y pensaban los alemanes entre ellos hace quince días.

»Hay que guardar de esta aventura la lección que encierran los hechos mencionados. Estas gentes no temen la guerra; aceptan plenamente su posibilidad, y toman en consecuencia sus medidas. *Quieren estar siempre prontos.*»

M. Allize, ministro diplomático de la República en el reino de Baviera, se expresa del siguiente modo el 10 de Julio al describir la opinión de este Estado del imperio germánico:

«Aquí se preguntan muchos para qué van á servir los nuevos armamentos. Reconociendo que nadie amenaza á Alemania, consideran que la diplomacia alemana dispone desde hace tiempo de sobradas fuerzas

y de alianzas poderosas para defender sus intereses. Se cree aquí que la Cancillería imperial es incapaz en el porvenir, así como lo ha sido en el pasado, de adoptar una política exterior activa y conseguir en este terreno éxitos que justifiquen los grandes sacrificios que se imponen á la nación.

»Este estado de espíritu es tanto más inquietante cuanto que el Gobierno Imperial se ve actualmente sostenido por la opinión pública, que le acompañará en toda empresa que acometa vigorosamente, aun á riesgo de un conflicto. *La posibilidad de la guerra á la cual los sucesos de Oriente han acostumbrado los espíritus desde hace dos años, aparece á todos, no como una catástrofe lejana, sino como una solución á las dificultades políticas y económicas, que se irán agravando.*»

□

En 30 de Julio de 1913, el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, M. Pichon, recibió una Nota de Berlín que resumía todos los informes de los agentes diplomáticos y consulares franceses sobre el estado de la opinión política de Alemania.



LA ESCUADRA ALEMANA EN EL BALTICO

La mayoría del país, influenciada por el partido «pangermanista», quería la guerra. Algunos Estados alemanes deseaban la paz, por egoísmo ó por instinto, pero sólo representaban fuerzas débiles y pasivas ante el contagio general de la fiebre belicosa. Los mismos diputados socialistas, que eran 110 en el Reichstag, se dejaban arrastrar por esta corriente, viendo que el grueso de las tropas obreras se unía al coro de entusiasmo ó de cólera de los patrioteros.

Por haber intentado oponerse á esta corriente belicosa, el Emperador se veía discutido y el Canciller era impopular.

El fracaso de la política nacional en el asunto de Marruecos y el renacimiento de Francia, que los alemanes se habían acostumbrado á despreciar ciegamente, eran hechos que encolerizaban á la muchedumbre, sugestionada por los directores del pangermanismo.

«Se habla muchas veces del partido militar alemán—dice el citado informe—. La expresión es inexacta. El mismo error significa decir que Alemania es el país de la supremacía del poder militar y Francia el país de la supremacía del poder civil. Lo que existe, en Alemania es un estado de espíritu digno de la mayor atención, porque constituye un peligro más evidente y más próximo que un partido militarista. Es el partido popular de la guerra, con sus jefes, sus tropas, una prensa convencida ó pagada para fabricar la opinión y medios variados y eficaces para intimidar al Gobierno. Este partido influye sobre todo el país con ideas claras, sentimientos ardientes y una voluntad ardorosa y activa.

»Los partidarios de la guerra se dividen en diversas categorías. Cada uno extrae de su casta, de su clase, de su formación intelectual y moral ó de sus intereses y sus odios, las razones particulares que lo impulsan á la guerra y que juntas crean y aumentan la fuerza y la rapidez de la corriente belicosa.

»Unos quieren la guerra porque es *inevitable, dadas las circunstancias actuales,* y para Alemania más vale pronto que tarde.

»Otros la consideran necesaria por razones económicas basadas en la superpoblación, en la superproducción, en la exigencia de nuevos mercados, ó se fundan en la misión social de la guerra si son conservadores, creyendo que sólo una campaña que distraiga la atención popular hacia el exterior de Alemania *podrá impedir que asalten el poder las masas democráticas y socialistas.*

»Otros, intranquilos ante el porvenir de Europa y creyendo que el tiempo trabaja en favor de Francia, piensan que hay que precipitar los acontecimientos antes de que Francia se engrandezca más. No es raro encontrar, á través de las conversaciones y de los folletos patrióticos, el sentimiento obscuro pero profundo de que una Alemania libre y una Francia resucitada son dos hechos históricos incompatibles.

»Muchos son belicosos por *Bismarckismo.* Se sienten humillados al verse en la precisión de tener que hablar de *derecho* y de *razón* en negociaciones y conferencias, cuando creen disponer de la fuerza como argumento decisivo. Éstos extraen de su pasado un orgullo inmenso, que alimentan incesantemente los centenarios y aniversarios patrióticos, la tradición oral y los libros, y se sienten heridos por los sucesos diplomáticos de los últimos años.

»Otros quieren la guerra por odio místico contra la Francia revolucionaria. Otros, en fin, por rencor nada más, y amasan para justificar su cólera toda clase de pretextos.

»La gran burguesía y la nobleza son belicosas por razones de orden social. Temen la democratización del país y ven con horror los avances del socialismo alemán. La guerra sería para ellos una solución capaz de devolverles la tranquilidad por algunos años. Los grandes industriales creen que sus dificultades con los obreros proceden de Francia, hogar revolucionario de donde surgen las ideas de emancipación. Sin Francia, la industria alemana viviría tranquila, según ellos.

»Además, los fabricantes de cañones y de placas de acero, los poderosos comerciantes que necesitan nuevos mercados, y los banqueros que especulan sobre la edad de oro que puede venir después de una enorme indemnización de guerra, piensan que la guerra será un hermoso negocio.

»La Universidad, exceptuando á unos cuantos espíritus distinguidos, desarrolla una ideología guerrera. Los economistas demuestran á golpe de estadística la necesidad para Alemania de poseer un imperio colonial y comercial que dé salida á su industria. Hay sociólogos fanáticos que van más lejos. «La paz armada—dicen—es un fardo pesadísimo para las naciones, impide el mejoramiento de la suerte de las masas y favorece el avance del socialismo. Francia, al obstinarse en querer «la revancha», impide nuestro desarme. Es preciso de un golpe reducirla á la impotencia, durante un siglo. Este es el medio más rápido de resolver la cuestión social.»

»Historiadores, filósofos, publicistas políticos y otros apologistas de la *deutsche kultur* (cultura alemana) quieren imponer al mundo una manera de sentir y de pensar que sea específicamente alemana. Todos ellos quieren conquistar la supremacía intelectual que, según confiesan los más lúcidos, conserva todavía Francia. Es este principio el que alimenta la francofobia de los pangermanistas y otras asociaciones.

»Los partidarios de la guerra por rencor y por resentimiento resultan los más peligrosos. La mayoría de ellos son diplomáticos. La diplomacia alemana ha ido de fracaso en fracaso en los últimos tiempos. Los más furibundos son los que después de 1905 se han mezclado en todas las negociaciones entre Francia y Alemania. Por despecho profesional amontonan argumentos hostiles y los esparcen en la prensa. Necesitan una «revancha» para consolarse, pues creen haber sido engañados. Durante la discusión de la ley militar, uno de estos diplomáticos belicosos decía así: «Alemania sólo podrá conversar seriamente con Francia cuando tenga todos sus hombres sobre las armas.»

»¿Cómo se entablará esta conversación, ó sea la guerra?... Es una opinión muy generalizada en los círculos pangermanistas que Alemania no declarará la guerra, dado su sistema de alianzas defensivas. Pero cuando *llegue el momento oportuno, Alemania sabrá obligar á Francia á ser la primera en el ataque.* Para esto la ofenderá si resulta preciso. Es la tradición prusiana.»

Así fué la conducta de Alemania en 1914. Pero Francia tuvo serenidad para impedir este maquiavelismo del Imperio, deseoso de desempeñar el papel de agredido que se defiende.

¤

El informe del embajador Cambon al gobierno francés en 22 de Noviembre de 1913, demuestra los avances del partido de la guerra alemán y la supeditación del kaiser á sus impulsos.

Dice así M. Cambon en este documento importante:

«Tengo por un conducto seguro el relato de una conversación que el Emperador ha sostenido con el Rey de los Belgas en presencia del jefe del Estado Mayor, general Von Moltke, hace unos quince días; conversación que, según parece, ha impresionado al rey Alberto. No me sorprendo de esta impresión, pues es semejante á la que tengo yo desde hace algún tiempo. *La hostilidad contra nosotros se acentúa, y el Emperador ha cesado de ser partidario de la paz.*

»El rey Alberto pensaba hasta ahora, como todo el mundo, que Guillermo II, cuya influencia personal se había ejercitado muchas veces en el mantenimiento de la paz, estaba siempre en el mismo estado de espíritu. Esta vez el rey Alberto lo ha visto completamente cambiado. El emperador de Alemania ya no es á sus ojos el campeón de la paz contra las tendencias belicosas de ciertos partidos alemanes. Guillermo II piensa ya que la guerra con Francia es inevitable, y que habrá que ir á ella un día ú otro. Está convencido, naturalmente, de la superioridad aplastante del ejército alemán y de su éxito indiscutible.

»El general Von Moltke habló en la entrevista exactamente como su soberano. También declaró él que la guerra era necesaria é inevitable, pero aun se mostró más seguro del éxito que el Emperador.

»—Esta vez—dijo al rey de Bélgica—hay que acabar con Francia para siempre, y Vuestra Majestad no dudará del entusiasmo irresistible que al declararse la guerra va á empujar por entero al pueblo alemán.

»El rey Alberto protestó diciendo que era disfrazar las intenciones del Gobierno francés el interpretarlas de tal suerte, y que era igualmente una equivocación sobre los sentimientos de la nación francesa el juzgarla por las manifestaciones de algunos espíritus exaltados ó de intrigantes sin conciencia.

»El Emperador y su jefe de Estado Mayor persistieron, á pesar de esto, en su manera de ver las cosas.

»En el curso de esta conversación, el Emperador se mostró *cansado y de genio irritable. Á medida que los años pesan sobre Guillermo II, las tradiciones de familia, los sentimientos retrógrados de su Corte y sobre todo la impaciencia de los militares, van ejerciendo mayor poder sobre su espíritu. Tal vez siente celos ante la popularidad adquirida por su hijo, el cual adula las pasiones de los pangermanistas y encuentra que la situación del Imperio en el mundo no está de acuerdo con su poder. Tal vez la réplica de Francia al último*

aumento del ejército alemán, cuyo objeto era establecer sin duda alguna la superioridad germánica, ha influído algo en esta amargura, pues digan lo que digan, Alemania ya no puede ir más lejos en sus preparativos militares.

»Hay que preguntarse cuál es la verdadera finalidad de esta conversación. Bien puede ser que el objetivo de Guillermo II y su jefe de Estado Mayor fuese impresionar al Rey de los Belgas, preparándolo para que no oponga resistencia en el caso de que se produzca un conflicto entre ellos y nosotros. Igualmente podría ser que quisieran que Bélgica fuese menos hostil á ciertas ambiciones que se han despertado aquí respecto al Congo belga. Pero esta hipótesis no concuerda con la presencia y la intervención del general Von Moltke.

»De todos modos, el emperador Guillermo es menos dueño de sus impresiones que se cree generalmente. Yo he visto, más de una vez, con qué facilidad deja escapar el fondo de su pensamiento. Sea cual sea el objeto de la conversación que me ha sido comunicada, no por esto la confidencia deja de tener el más grave carácter. Está en relación indudable con la situación general.

»Hay que tener muy en cuenta el hecho completamente nuevo de que *el Emperador se familiariza con un orden de ideas que le repugnaba antes*, y copiando una de sus locuciones favoritas, repetiré que nosotros debemos tener *seca nuestra pólvora.*»

GENERAL MOLTKE

La despedida de los dos soberanos en esta conferencia, de la que sólo había tenido noticias incompletas el embajador francés, marcó para siempre la situación del rey de Bélgica.

—Ocurra lo que ocurra—dijo Guillermo II—, acordaos de que pertenecéis á la casa de Coburgo.

—Sí; pero también pertenezco á la casa de Orleans —contestó Alberto I—, y por encima de todos mis orígenes me acordaré siempre de que soy belga.

Más adelante diremos á impulsos de qué sugestiones se verificó la evolución observada por el embajador francés en la persona del kaiser, que hasta entonces había aspirado á la gloria de «soberano de la paz».

En esta situación, cuando el emperador dejaba que las influencias militaristas ejerciesen más presión sobre su espíritu, cuando el partido de la guerra hacía una propaganda tenaz sobre las masas alemanas que, según el socialista Bernstein, eran «de instintos pacíficos, pero marcharían cual un solo hombre si sabían excitarlas», se produjo como un cataclismo providencial para los belicosos deseos de los pangermanistas el atentado de Serajevo contra el archiduque heredero de Austria, seguido del *ultimatum* austriaco á Servia.

¿Quién sabe qué misterio de política tortuosa se oculta detrás del atentado de Serajevo?

La actitud de Austria en este asunto nunca fué clara. Declaró la guerra á Servia por vengar la muerte del archiduque, pretendiendo hacer responsable de ésta al gobierno servio. Pero una revelación del gobierno italiano en el mes de Diciembre ha hecho ver que la animosidad austriaca contra Servia y sus deseos de conquistarla eran antiguos, y que la muerte del archiduque no significó para ella más que un pretexto rápidamente aprovechado.

En la Cámara italiana el señor Giolitti demostró con documentos oficiales que los dos imperios, austriaco y alemán, no sólo han provocado la presente guerra y son responsables de la agresión, sino que la tenían muy premeditada é intentaron iniciarla un año antes.

El 9 de Agosto de 1913 el gobierno austriaco dirigió un telegrama al gobierno de Italia, avisándole su propósito de provocar una guerra con Servia. Era en el momento que los representantes de Servia, Grecia y Bulgaria se ponían de acuerdo en Bucarest. El imperio austriaco quería hacer la guerra, dando hipócritamente á su provocación una apariencia defensiva. De este modo pensaba obligar á Italia á que le prestase su ayuda con arreglo á lo consignado en las bases de la Triple Alianza, que especificaban la mutua ayuda, el *casus federis*, para defenderse. El jefe del gobierno italiano, Giolitti, y el ministro de Negocios Extranjeros, marqués de San Giuliano, se negaron á tal pretensión, declarando que lo que proyectaba Austria era un ataque y no una defensa, y por lo mismo Italia no aceptaba el *casus federis*. En vista de la negativa, Austria permaneció quieta, y Alemania pareció no haberse enterado de los deseos de su aliada. Pero queda establecido de un modo indiscutible, por los documentos del gobierno italiano, que en 1913 Austria, y por consiguiente Alemania—pues la una no se mueve sin el asentimiento de la otra—, intentaron la misma agresión á Servia, que fué repetida un año después, dando origen á la guerra.

Este dato importantísimo, proporcionado por las tardías revelaciones del gobierno de Italia y las circunstancias complicadas y misteriosas que rodearon el atentado de Serajevo, dan lugar á muchas hipótesis, algunas de ellas poco favorables á Austria, que necesitaba á toda costa un pretexto para sus fines agresivos.

El inesperado viaje del archiduque heredero á Bosnia, donde era impopular y estaba latente la protesta



MANIFESTACIÓN DEL PUEBLO SERVIO ANTE LA LEGACIÓN BRITÁNICA DE BELGRADO

de los eslavos, fué acogido por muchos con inquietud. Era indudable que ocurriría algo violento. El gobierno de Servia dió aviso previsoramente al de Austria de la posibilidad de un complot contra la vida del archiduque. Los que cometieron el crimen no eran ciudadanos de Servia, sino súbditos de Austria, perseguidos por su policía, arrojados del territorio, y que pudieron volver á él sin ser descubiertos. Además hay que tener en cuenta algunos detalles del drama. El alcalde de Serajevo, después del primer atentado, ruega al archiduque que cambie de itinerario, sin que éste le obedezca, dando á entender que tiene sus razones para hacerlo así. Las calles, guardadas militarmente, conservan ciertos espacios libres de vigilancia, y en ellos precisamente se producen los dos atentados. Y sobre todo esto, el hecho final, la sentencia inverosímil de los autores del delito, que convictos y confesos son condenados solamente á presidio, mientras para justificar tal lenidad se condena á la horca á varios desconocidos que no tomaron parte en el hecho.

Los que conocen los procedimientos de la policía austriaca, sus buenas relaciones con los delincuentes, á los que emplea muchas veces como colaboradores, han insinuado la posibilidad de un atentado fingido, que á última hora fué verdadero por la impulsividad juvenil y el fanatismo político de Prinzip, uno de los encargados de la ejecución.

Según esta hipótesis, no desprovista de fundamento, la policía austriaca quiso hacer pasar al archiduque heredero por un doble atentado sin consecuencias —lo que no es nuevo en la historia secreta de las monarquías—, para después hacer responsable á Servia del hecho. El archiduque iba á salir con mayor prestigio y popularidad de este suceso, hábilmente preparado. El gobierno austriaco tendría con ello el motivo que le hacía falta para atacar á Servia. Pero el excesivo entusiasmo del estudiante bosniaco, que al ver la ocasión favorable procuró matar, ó una fatalidad que guió su mano en este juego peligroso, convirtió la comedia policíaca en verdadera tragedia.

Sea esto cierto ó no lo sea, el atentado de Serajevo sirvió á Austria y Alemania de excelente ocasión para replantear sus proyectos belicosos. Circunstancia digna de mencionarse. El imperio austriaco mantuvo esta vez al gobierno de Italia fuera del complot. Recordaba su negativa de 1913, y dispuesto á atropellar á Servia con un violento *ultimatum*, no creyó conveniente consultar al gabinete de Roma, pues sabía de antemano que éste iba á responder, como el año anterior, que por tratarse de una agresión y no de una defensa no había motivo para el *casus federis*.

La conducta de Italia es la demostración más clara y concluyente de que Alemania y Austria son los autores de la guerra y los responsables de sus males. De ser los agredidos, como han pretendido hacerlo creer á sus mismos pueblos y á la opinión de las naciones neutras, habrían exigido de Italia el cumplimiento de los compromisos de la Triple Alianza, que la obligaban á apoyar á los dos Imperios en el caso de una guerra de defensa. La colaboración de Italia era importantísima y tal vez decisiva para la suerte de Ale-



UN VOLUNTARIO SERVIO DE 70 AÑOS

mania y Austria en la presente lucha. Con el apoyo italiano podían sostener su poderío en el Mediterráneo, causando además grave daño á Francia, obligada á distraer una parte de sus ejércitos en la defensa de los Alpes.

La situación de los dos imperios no fué tan desahogada desde el primer momento que les permitiese renunciar á la colaboración de un aliado importante. Basta ver cómo buscaron después el apoyo de la decadente Turquía, dando una importancia exagerada á su adhesión, la única que han podido conseguir en todo el mundo. El apoyo de Italia, aparte de su valor material, resultaba importantísimo, pues hubiese servido para hacer ver á la opinión de un modo indiscutible que la Triple Alianza era la agredida y que sus tres componentes se consideraban en estado de legítima defensa.

Pero los dos imperios, al iniciar la agresión de Servia, ni siquiera intentaron hacer valer el tratado de la Triple Alianza para que Italia los siguiese. Tenían plena conciencia de la injusticia de su empresa. Sabían que el gobierno italiano iba á negarse públicamente, denunciando de un modo palpable su carácter de provocadores y agresores. Por esto ni siquiera comunicaron con anterioridad sus gestiones diplomáticas al gabinete de Roma, como debe hacerse entre aliados. Éste sólo se enteró de lo que ocurría al mismo tiempo que las demás potencias.



UNA AMBULANCIA SERVIA

Cuando el marqués de San Giuliano intervino oficiosamente en nombre de Italia para mantener la paz junto con Sir Edward Grey, dando consejos de moderación á Austria, ésta ni siquiera intentó fingirse agredida ó provocada como en el año anterior. Los dos imperios aliados estaban seguros de sus fuerzas y creían bastarse para conseguir la victoria, lo que dió á los gobernantes de Viena una ruda libertad de lenguaje. Esta vez Austria no quiso ensayar siquiera ante el gobierno italiano la comedia de fingirse agredida. Sólo habló de las seguridades de éxito en favor de su empresa. Su respuesta al ministro italiano fué que Rusia no estaba preparada para una acción militar, y que si á pesar de su mala situación insistía en intervenir á favor de Servia, entonces Alemania rompería su silencio declarando la guerra á los rusos y aprovechando la ocasión para caer sobre Francia. Ni en Viena ni en Berlín creía nadie que la Gran Bretaña se aventurase en una guerra europea.

De la conducta de Italia y de los documentos diplomáticos leídos en su Cámara de diputados, resulta que Alemania y Austria no han hecho más que realizar en 1914 la guerra que ya habían intentado en 1913, provocándola con el primer pretexto que les pareció oportuno, seguras de que la victoria, que da siempre la razón al más fuerte, se encargaría de justificar su conducta. Existe otro testimonio irrecusable que prueba la responsabilidad del imperio germánico, verdadero autor de la guerra, y este testimonio lo proporciona un alemán célebre.

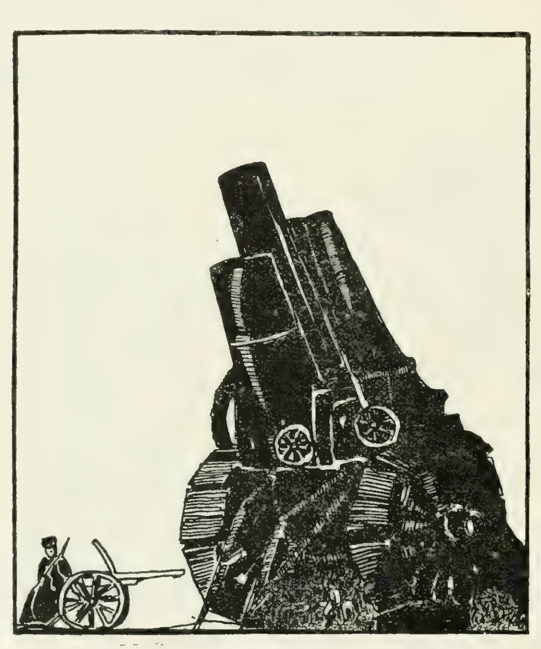
Maximiliano Harden es el más popular é influyente de los periodistas alemanes. Su pluma temible ha causado grandes estragos en la vida interior del Imperio. Todos recuerdan su escandalosa campaña contra los amigos más allegados del kaiser, á los que acusó de homosexualidad, arrostrando por esto un proceso ruidoso que hizo más grande su prestigio. Harden, que es judío, tiene la combatividad y el apasionamiento de su raza. Su estilo corrosivo, que no reconoce conveniencias sociales, le hace temible. Es una especie de jabalí de la literatura que salta por encima de los prejuicios más arraigados, dando colmillazos á las ideas universalmente aceptadas. Este hombre recibió las confidencias de Bismarck en los últimos años de su vida y está á sueldo de los grandes navieros de Hamburgo, de los banqueros de Berlín, de los poderosos industriales que forman en Alemania la aristocracia del dinero y desean implantar el poderío germánico en toda la tierra.

Harden, como muchos escritores de la Alemania del presente, sólo cree en la fuerza. El derecho no es para él más que una consecuencia de esta fuerza, una palabra vana que únicamente sirve para consuelo de los débiles. El que puede golpear duro y seguido tiene siempre razón. Y este escritor de franqueza brutal, que es el verdadero representante del sentimiento germánico contemporáneo, se irritó al ver cómo el jefe del gobierno, los personajes de la Universidad y mu-

chos periodistas apelaban á la opinión pública, queriendo demostrar con sofismas y falsedades que Alemania no quería la guerra y únicamente había tomado las armas para defenderse, viéndose obligada, con harto dolor, á tener que atropellar la neutralidad de los pueblos pequeños.

—¿Para qué tales comedias?—preguntó indignado Harden en su periódico *Zukunft*.

«Veamos—continuó diciendo—. ¿Alemania es fuerte?... Sí. ¿Entonces qué nos cantáis en vuestras justificaciones, profesores con antiparras y teólogos en zapatillas? ¿Es que acaso el derecho existe? ¿Es que las nobles ideas de que habláis tanto valen cualquiera cosa? Un solo principio vale en el mundo, uno solo, que resume y contiene todos los otros: la Fuerza. Hablad en nombre de ella nada más, y dejaos de niñerías. La Fuerza: he aquí la única palabra que suena bien y con claridad, he aquí lo único que tiene estilo y gallardía. La Fuerza: un puñetazo dado á tiempo, y todo queda bien arreglado.»



BÉLGICA DETENIENDO AL GIGANTE GERMANO

(Caricatura de *Le Mot*, de París)

Luego este publicista, íntimo amigo del kronprintz, el cual le secundó públicamente en la campaña contra los favoritos de su padre, y que además es confidente de las más altas personalidades del Imperio, terminaba con las siguientes afirmaciones:

«Renunciemos á nuestros miserables esfuerzos para excusar la acción de Alemania; cesemos de lanzar injurias despreciables sobre el enemigo. ***No es cierto que nos hayamos lanzado contra nuestra voluntad en esta aventura gigantesca. Nadie nos ha impuesto la guerra por sorpresa. La hemos preparado, la hemos deseado; es más, debíamos desearla.*** Nosotros no tenemos por qué comparecer ante el tribunal de Europa ni ante ningún tribunal. No reconocemos semejante jurisdicción. Somos los agresores, y no hay por qué ocultarlo. Tenemos derecho á agredir, porque representamos el santo principio de la Fuerza.

»Nuestra fuerza creará una ley nueva en Europa. Es Alemania la que puede pegar, y el que pega tiene siempre razón. Cuando nuestro país, gracias á su genio, habrá conquistado nuevos dominios, los sacerdotes de todas las religiones ensalzarán la guerra bendita.

»Alemania no hace esta guerra por castigar culpables ni por libertar pueblos oprimidos, descansando después con la conciencia satisfecha de esta magnanimidad desinteresada. Hace la guerra porque es fuerte y su fuerza le da derecho á ocupar en el mundo el primer lugar, invadiéndolo todo con su actividad.

»España, los Países Bajos, Francia é Inglaterra se apoderaron á su hora de los territorios más fértiles del mundo, colonizándolos. La hora de Alemania suena ahora, y como es más fuerte que todas las naciones, va á tomar su puesto de potencia directora del mundo, izando sobre todos los pueblos su bandera de tempestad.

»Debemos reirnos de esas torpes justificaciones ante la opinión de los otros pueblos. ¿Qué tribunal podrá juzgarnos cuando seamos vencedores?»

▫

La actitud de Bethmann-Hollweg y sus ministros fué cambiando en el curso de la guerra.

Al iniciarse las hostilidades, el Canciller confesó en el Reichstag, el 4 de Agosto, que la violación del territorio de Bélgica constituía «un atentado al derecho de gentes». Pero Alemania iba á vencer; todos los germanos, desde el kaiser al último menestral, estaban seguros del triunfo; y el que vence—según la teoría alemana de Harden—no tiene que dar cuenta de su conducta anterior á ningún tribunal. Posee la santa Fuerza, que es lo único que vale. Nada cuesta reconocer los daños cometidos, cuando no se puede tener ninguna sanción. Se sale del paso afirmando que «la necesidad no reconoce ley», que «cada uno hace lo que puede para defenderse», que un tratado solemne es «un pedazo de papel» y que ya se repararán oportunamente los perjuicios causados.

Al mes de iniciada la guerra, comenzó á flaquear la fe hasta entonces inconmovible de los directores del pueblo alemán. Los sucesos militares eran muy distintos en la realidad de como los había preparado el Estado Mayor en sus proyectos. Alemania creyó en una campaña rápida, fulgurante, aplastadora contra Francia, para volar inmediatamente á las fronteras de Rusia, aniquilando á este otro aliado. Dos días bas-

taban para atravesar Bélgica; tres semanas para deshacer el ejército francés y entrar victoriosos en París; El kaiser había invitado á los íntimos de su séquito á un banquete en un restaurant famoso de los bulevares, á fines de Agosto.

Bélgica opuso al invasor una resistencia tenaz, retrasando y desbaratando sus planes. Los guerreros germánicos se convencieron, á costa de grandes matanzas en sus filas, de que Francia, «nación decadente, nación podrida», según las afirmaciones de los maestros en las escuelas y los jefes en los cuarteles, tenía un soldado heroico en cada uno de sus hijos, y la guerra iba á ser terrible, larga, de un resultado fatal.

El gobierno cambió entonces de tono. Á las primeras brutalidades, arrogantes y francas de presunto vencedor, sucedieron la argucia del leguleyo para demostrar que la razón estaba de su parte, y la pedantesca argumentación universitaria. El imperio germánico tuvo empeño en hacer creer que había sido atacado. Su propaganda, dirigida á las naciones neutras, intentó al mismo tiempo persuadir á los propios alemanes. Para sacarles el dinero con nuevas contribuciones destinadas al aumento de las fuerzas militares, les habían hecho creer que Alemania iba á ser atacada. Después, para excitar su entusiasmo, les hicieron ver que la guerra sería fácil y rápida, con un cuantioso botín del que todos recibirían su parte. Luego, cuando á los cuatro meses de guerra las pérdidas de Alemania subieron á más de un millón de hombres, el gobierno redobló sus esfuerzos para demostrar que la catástrofe había sido inevitable y los enemigos eran los provocadores. ¿Qué haría el pueblo alemán si llegaba á enterarse de que esta guerra, terrible equivocación que ponía en peligro la prosperidad de cuarenta años, había sido preparada y provocada voluntariamente por sus gobernantes? ¿Qué pensaría de una diplomacia que no había sabido conocer el estado moral de los pueblos adversarios, describiéndolos como divididos y moribundos? ¿Qué de unos generales que habían forzado el estallido de la guerra, creyéndola de éxito seguro, y habían tropezado desde los primeros días con el fracaso de sus planes?...



UNA COMIDA QUE SE ENFRÍA

Alude á la comida que había encargado el kaiser para su entrada en París el 24 de Agosto

(Postal popular de París)

Ciegos por la propia infatuación y el desprecio á los adversarios, habían descontado para su éxito el desfallecimiento de Rusia y la indiferencia de Inglaterra. El único enemigo digno de inspirar algún cuidado era el francés, pero á éste pensaban abatirlo fácilmente desplomando de un golpe sobre Francia toda la catarata de su fuerza. Estas ilusiones se disiparon cruelmente desde el principio de la campaña, y Bethmann-Hollweg, á pesar de sus primeras confesiones, de la contradicción entre sus palabras de un día y las palabras de otro, de la conducta de Italia que probaba quién era el agresor, sin que Alemania se atreviese á desmentirla, quiso seguir engañando al pueblo alemán, manteniéndolo en su optimismo patriótico y su falso papel de agredido, para lo cual declaró trágicamente desde la tribuna del Reichstag que los que han desencadenado esta guerra «llevarán ante Dios y ante los hombres la responsabilidad de la catásfrofe que ha caído sobre el mundo».

Así es. Pero el mundo hace días que tiene vista y fallada la causa de la guerra y sabe á quién deber exigir la responsabilidad. Bethmann-Hollweg y otros que están por encima de él serán los llamados á comparecer cuando llegue la hora de la justicia. La fuerza es grande cuando va acompañada del derecho. Cuando marcha sola, queriendo engendrar el derecho, que es superior á ella, acaba por tropezar y derrumbarse en su ceguera colérica. Existe un tribunal superior á la fuerza, aunque el brutal Harden ignore su existencia.

▫

Los primeros fracasos de Alemania la obligaron á revolverse iracunda en torno de ella, buscando un responsable á quien echar la culpa. Era natural que este responsable fuese Francia, á cuyo esfuerzo inesperado debía sus contrariedades. Pero la República Francesa, objeto hasta el día anterior de sus desprecios y odios, recibió de pronto el homenaje de sus halagos y alabanzas. De nación «podrida y decadente» pasó á ser de pronto «un pueblo digno de respeto», tributando elogios Alemania al valor de sus hijos y reconociendo que eran casi tan héroes como sus pro-



LOS VOLUNTARIOS INGLESES AL SALIR DE PARÍS

pios soldados. Al mismo tiempo que el despecho le arrancaba tales elogios, creyó, con su habitual torpeza, que éstos podrían servirle para ajustar una paz especial con Francia, separándola de sus aliados.

Todo su odio se concentró en Inglaterra, la pérfida Gran Bretaña, haciéndola responsable de lo ocurrido, como si fuese la única autora de la guerra. Los periodistas alemanes casi han afirmado que el gobierno de Londres es el que preparó astutamente la guerra, arrastrando á la inocente Francia.

Á los cerebros alemanes se les escapa toda idea, todo sentimiento que no esté basado en algo material, en una ganancia inmediata ó un negocio á próximo plazo. Este pueblo, que en otro tiempo tuvo grandes poetas—cuando no conocía el imperialismo y luchaba por su propia existencia—, no puede comprender hoy que se pelee por el honor, por la palabra empeñada, por el respeto de los compromisos. El inglés era para muchos un ser prosaico, calculador, materialista, y sin embargo se ha lanzado á la guerra caballerescamente por impedir el atropello de la pequeña Bélgica. El alemán, considerado por muchos—diremos la causa más adelante—como un ser poético, desinteresado, romántico, desea apoderarse del mundo entero por medio de la fuerza, convirtiéndolo en un cuartel y un taller, regimentándolo con arreglo á su concepción de una vida automática.

Inglaterra no quiso tolerar, por un sentimiento de honor, el atropello de Bélgica, y esto bastó para que Alemania la considerase como su mayor enemiga. Ayudó aquélla á Francia contra un enemigo que resultaba común, y como esta ayuda quitó al imperio germánico la última probabilidad de victoria, de aquí que redoble sus acusaciones haciendo responsable á Inglaterra de la duración de una lucha que nadie más que él provocó.

La conducta de la Gran Bretaña, noble para los demás y conveniente para su propia conservación, la ha resumido brillantemente el escritor inglés William Archer:

«¿Hubiese obrado Inglaterra cuerdamente—dice—permaneciendo aislada por sistema del resto de Europa y eludiendo los compromisos que pudiesen arrastrarla á una guerra continental? Aun quedan en Inglaterra algunos que creen en esta política de «espléndido aislamiento». Pero están equivocados: primero, porque esta política es imposible; segundo, porque hubiese sido una traición á los ideales que defiende Inglaterra y una renuncia á todo lo que hace digna la vida de los seres que hablan la lengua inglesa en todo el mundo.

»Esa política de aislamiento era imposible por una razón, á saber: porque Alemania estaba enérgicamente resuelta á atacar al imperio británico *cuando le conviniese*. Ni la palabra «aislamiento», ni la idea que ésta implica, hubiesen merecido el más pequeño respeto de Alemania, sirviendo únicamente para apoderarse de Inglaterra con más facilidad. Quien dude de esto, que lea las doctrinas del alemán Treitschke ó la vulgarización de estas doctrinas en el libro del general Bernhardi, *Alemania y la guerra próxima*, y tendrá que renunciar á la idea de que el imperio británico y el imperio germánico—inspirado por las doctrinas de Treitschke—pueden coexistir en este planeta...

»¡Esperad! Había un medio de que ambos imperios se entendiesen y fuesen amigos durante un siglo poco más ó menos. Este medio era que Inglaterra hubiese admitido con Alemania un arreglo de piratería, para repartirse entre los dos el mundo. Inglaterra podía haber dicho:

»—Déjame poseer tranquilamenle mis dominios de ultramar, y yo te ayudaré á absorber todas las colonias que las demás naciones poseen fuera de Europa y que son enormes, especialmente las de Francia. También te ayudaré á desafiar la doctrina de Monroe, para que realices tu ensueño fundando otra Alemania en la América del Sur, donde existen grupos alemanes (Brasil, Argentina, Chile).

»Si nosotros hubiésemos sido «políticos realistas»



LOS VOLUNTARIOS ITALIANOS

en el sentido bismarckiano, podíamos haber aceptado esta innoble alianza. Como todo el mundo sabe, el Canciller alemán hizo insinuaciones al embajador de nuestro gobierno (1) que iban claramente encaminadas en el sentido de una alianza de piratería... Pero aunque hubiésemos aceptado indignamente este plan para la distribución del planeta, no se hubiese evitado el rompimiento entre las dos naciones. Únicamente se habría aplazado el crujido final, inevitable. Un imperio que cree, como el de Alemania, que la guerra de agresión es indispensable para su salud espiritual, no puede conformarse á la larga con disfrutar en compañía de otro el dominio del mundo. Lo desea por entero para él.

»Llegamos con esto á la irreconciliable diferencia de ideales, que es la raíz de esta guerra y su verdadero motivo.

»Alemania cree—por lo menos así lo suponen los políticos, los soldados y los profesores que han definido su política—que es la nación más grande y privilegiada de la Historia, y que Dios le ha confiado el solemne deber de dignificar el mundo, imponiéndole por la fuerza de las armas la cultura alemana y el benéfico genio alemán.

»Como un incidente desean mercados para sus industrias y para su sobrante de población. Pero sus profesores y sus intelectuales de todas clases son probablemente sinceros al decir que lo que ellos desean vindicar en primer término, á fuerza de cañonazos, es la supremacía intelectual y espiritual de su pueblo.



LOS VOLUNTARIOS SUECOS

»Esto parece exagerado y caricaturesco á los que no somos alemanes, y hasta lo juzgaríamos inverosímil de no haber tantos libros, periódicos y discursos que afirman tal doctrina, como resumen de las ideas dominantes de la casta que gobierna el imperio germánico.

»Las clases distinguidas de Alemania no sienten la más mínima falsa modestia al declararse por sí mismas como una reunión de superhombres destinados por Dios á gobernar el mundo, imponiéndose por medio de la fuerza. Bernhardi y otros autores famosos en Alemania así lo afirman. Sus deseos, apoyados en una gran potencia militar, constituyen desde hace años una intolerable amenaza para todas las naciones que no gustan de rendir vasallaje político, intelectual y espiritual á Alemania.

»Por esto cree la Gran Bretaña que, al mezclarse en la guerra para impedir que el imperio germánico suprima políticamente la existencia de Francia, está luchando por la libertad del resto del mundo.

»Además, si Inglaterra hubiese permanecido á un lado, dejando que el imperio alemán devorase en dos bocados á Bélgica y Francia, ¿duda alguien que ella hubiese recibido el tercer mordisco? Enriquecida Alemania con las enormes indemnizaciones que hubiese cobrado después de su victoria, y aumentada su fortuna con la explotación de las enormes colonias francesas que habrían pasado á ser suyas, hubiese dedicado seguramente lo mejor de su inmenso botín á la construcción de una armada que despojase á Inglaterra de esa libertad de los mares sobre la que descansa toda su existencia.

»Y una vez conseguido esto, ¿por qué razón habría de respetar la hegemonía de los Estados Unidos en el continente americano y en el Pacífico? Guardar este respeto y mantenerse en paz, equivaldría á una triste degradación de su ideal. Treitschke, el gran profeta de la supremacía alemana, ha dicho: «Dios hará que la guerra se repita siempre, como un medicamento purgante para la raza humana.»

»Cuando Alemania hubiese domado y vencido á toda Europa, se vería obligada á buscar antagonistas en los otros continentes. Sólo dudaría para decidir si el puño cubierto de hierro debía caer antes sobre los Estados Unidos, la China ó el Japón.

»Está muy lejos de toda probabilidad que Alemania pueda imponer su yugo á Francia ó á Rusia. Pero supongamos que así fuese. En tal caso Inglaterra sería la víctima inmediata; y desaparecida Inglaterra, les tocaría el turno á los reinos escandinavos. Por otra parte, el Océano Atlántico se convertiría en una expresión geográfica, dejando de ser una realidad política, y la única esperanza de defensa de los Estados Unidos residiría en el servicio militar obligatorio para todo el mundo y en el mantenimiento de una armada gigantesca.

»Yo creo, sin embargo, heréticamente, que el profeta Treitschke y sus apóstoles Bernhardi y demás intelectuales alemanes no han penetrado del todo en los designios de Dios y que es posible que la humanidad esté destinada en este mundo para otra cosa distinta que matarse en cantidad de millones y millones hasta el fin de los tiempos, sometiendo á feroces torturas espeluznantes niños y mujeres, como en la invasión de Bélgica.

»Creo además que Inglaterra se opondrá impíamente, mientras le quede un hombre, á que el ideal

(1) Véase el relato de la conferencia del Canciller aleman y el embajador inglés, en el capítulo sobre el rompimiento de relaciones entre Alemania é Inglaterra.

alemán se imponga sobre el planeta. Tal vez éste quede empapado en sangre, pero indudablemente sentirá agradecimiento.»

▫

Los horrores cometidos por los alemanes al invadir á Bélgica provocaron un grito de indignación en el mundo civilizado. El hecho de la violación de su neutralidad despertó una protesta en todos los países libres.

El gobierno alemán, sin otra simpatía en Europa que la de su aliado el imperio austriaco, dedicó toda su propaganda al pueblo de los Estados Unidos, para ganarse su adhesión. Y de la gran república de la América del Norte, de sus universidades, de sus grandes periódicos, de sus estadistas más célebres, vinieron á ella las protestas más enérgicas. El expresidente Roosevelt, el millonario filántropo Carneghie y otros potentados norte-americanos que eran amigos particulares de Guillermo II y hasta poco antes de la guerra figuraban como partidarios de Alemania, manifestaron públicamente su protesta contra el imperio germánico, denunciándolo á la execración universal por sus atentados contra la libertad de los pueblos y el derecho de gentes.

Á pesar de que Harden niega la existencia de un tribunal que pueda juzgar á Alemania, el emperador y sus ministros se mostraron alarmados por estas manifestaciones de la opinión, haciendo esfuerzos por retener con sofísticos argumentos las simpatías que abandonaban á su causa.

El gobierno germánico pretendió explicar los horrores cometidos por sus tropas en Bélgica, diciendo que eran una consecuencia del furor de los soldados al verse atacados por los vecinos de los pueblos.

Estos campesinos, que defendían con la escopeta de caza, ó simplemente con la horquilla ó la hoz, la integridad de sus domicilios y la virtud de sus mujeres, desafiando con tan primitivos medios la poderosa organización alemana y su artillería enorme, eran «bandidos», según los gobernantes de Berlín. Con arreglo á la doctrina alemana, únicamente tienen derecho á defender su país los militares profesionales que encuentran en ello un medio de vida y los que obligatoriamente visten un uniforme. Inútil es demostrar lo absurdo de esta teoría, digna de un cerebro germánico. El padre que mata por guardar á su hija, el labriego que defiende su casa, todos los que viven tranquilos, sin provocar á nadie, y al ver sus hogares en peligro no se entregan como bestias de matadero é intentan resistirse, «son bandidos». En cambio, el que invade un país tranqnilo que se creía amparado por una neutraliddd garantizada por la firma de Prusia, el que incendia pueblos, fusila mujeres, niños y curas, y roba cuanto encuentra, es un héroe, porque viste uniforme y puede permitirse la destrucción de todo un pueblo con el pretexto más ó menos justificado de que le han hecho fuego desde una ventana.

Según la mentalidad del militarismo alemán, los guerrilleros de nuestra lucha por la independencia en 1808 fueron «bandidos», así como los guerrilleros de todos los pueblos que han tenido que pelear por la libertad. Bandidos también los defensores de Zaragoza y de Gerona y todos los hombres de la tierra que sin ser soldados de profesión osaron defender su ciudad natal, sus familias y sus casas ante una invasión que no habían provocado. Bandidos los campesinos tiroleses que guerrearon en sus montañas con las tropas de Napoleón y que el pueblo alemán venera justamente como héroes.

Los gobernantes de Berlín y sus gaceteros de cámara pretendieron convencer al mundo de que los belgas sufrían un castigo merecido. Para vivir en paz no tenían más que tolerar, como el pobre Luxemburgo, que los alemanes ocupasen su país. Así hubiesen podido éstos sorprender traidoramente á los vecinos, quedándose en Bélgica durante todo el tiempo de la guerra, guarneciendo sus fortalezas, empleando sus ferrocarriles y puertos, consumiendo los recursos del país, trastornando su existencia.

Como era de esperar, el mundo no aceptó estas explicaciones extravagantes de la neutralidad, y el gobierno de Berlín apeló entonces, como suprema justificación, á una de sus falsificaciones.

Bélgica era merecedora de lo que le ocurría, porque ella misma había roto años antes su neutralidad, ajustando una alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra.

Al ocupar los alemanes los ministerios de Bruselas, descubrieron un documento importantísimo según ellos: el texto de la citada alianza, que sus principales gacetas se apresuraron á publicar, pero truncado, falsificado, suprimiendo sus notas, para darle mayor alcance.

En la patria de Bismarck, que se alabó toda su vida de haber falsificado en 1870 el telegrama de Ems, para decidir á su rey y á Prusia entera á la guerra contra Francia, estos procedimientos... *patrióticos* nada tienen de extraordinarios. *Deutschland uber alles* (Alemania sobre todos). Y ciertos admiradores de la grandeza germánica, que con un optimismo á toda prueba hasta creen en la veracidad de la agencia Wolff, se apresuraron á lanzar la noticia de tal descubrimiento en varios países, denunciando al mundo la maldad británica, que desde 1906 se había entendido con Bélgica.

Fué esto una nueva muestra del modo de pensar de los alemanes y del concepto despreciable que tienen de la mentalidad de los pueblos que no son germánicos, creyéndolos de una simplicidad capaz de admitir los mayores absurdos, siempre que procedan de Berlín.

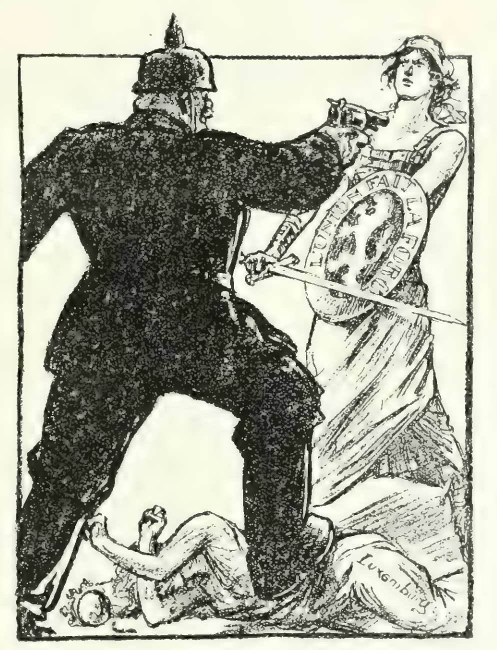
Existía un acuerdo—no una alianza—, un acuerdo puramente defensivo entre Inglaterra y Bélgica, y este acuerdo era verbal y tácito, pues ni siquiera fué consignado en un documento oficial y solemne.

Inglaterra se había declarado en todas ocasiones,

franca y abiertamente, la primera garantizadora de la independencia de Bélgica. ¿Y cómo podía ser cierta y eficaz esta garantía, si el gobierno inglés no se cuidaba de conocer los medios de defensa de Bélgica, poniéndolos en relación con sus propios medios para intervenir en caso de peligro?

Las relaciones entre Inglaterra y Bélgica, puramente defensivas, no eran un secreto para nadie. Databan de la fundación del reino belga, en 1830. Bismarck conocía perfectamente dichos acuerdos, y por esto en la guerra de 1870 se guardó muy bien de violar el territorio belga, sabiendo que esto le acarrearía un choque con la Gran Bretaña. Los soldados de Moltke pasaron muchas veces en sus evoluciones junto á la frontera de Bélgica. Les hubiese convenido franquearla, por facilitar esto su acción considerablemente, pero cuidaron de no cometer tal atentado, para mantener así la neutralidad de Inglaterra.

El nieto de Guillermo I y los diplomáticos que se creen herederos del genio de Bismarck han sido menos hábiles y prudentes. El kaiser actual no recuerda para nada la divisa de su abuelo: ***Erst wagen, dann wagen.*** (Primero sospesar y luego atreverse.) Su habilidad ha consistido en atreverse á todo, sin prever las consecuencias, atrayéndose la antipatía de casi todos los pueblos.



EL HONOR Ó LA VIDA

(Caricatura del célebre artista holandés Luis Raemaekers)

El documento famoso, del que han querido hacer los alemanes una justificación de su conducta en Bélgica, es simplemente un relato de las entrevistas, en 1906, del coronel Barhardiston, agregado militar de Inglaterra en la legación de Bruselas, y el general Ducarne, jefe de Estado Mayor del ejército belga.

El coronel inglés quiso saber si Bélgica estaba en disposición para defenderse en el caso de que un enemigo intentara violar su neutralidad. (Como se ve, ya temían entonces los ingleses la agresión de Alemania.) El general contestó que su país podía movilizar en aquel momento 180.000 hombres en cuatro días.

Después de haber recibido estas indicaciones, el coronel declaró que ***en el caso de que Alemania violase la neutralidad de Bélgica, el ejército inglés desembarcaría 100.000 hombres en su territorio para sostener la independencia.*** Luego insistió para saber si estaban los belgas prontos á rechazar una invasión alemana, y el general contestó que Bélgica estaba dispuesta á repeler un ataque á su neutralidad, viniese de donde viniese: en Lieja contra Alemania, en Namur contra Francia y en Amberes contra Inglaterra.

El general Ducarne dirigió luego un informe al ministerio de la Guerra acerca de sus conferencias con el coronel inglés, y en este documento, que han querido explotar los alemanes, insiste por dos veces en el hecho de que todo lo hablado es sobre la base de que «el envío de un auxilio inglés sólo debe efectuarse cuando el territorio belga se vea en peligro de ser violado». En el documento hay una nota marginal del ministro belga precisando igualmente que «la entrada de los ingleses en Bélgica sólo se efectuará después de una violación de la neutralidad belga por los alemanes». Pero las gacetas germánicas, al publicar este informe como un descubrimiento luminoso, tuvieron buen cuidado de falsificar su sentido, borrando las aclaraciones del ministro.

Los periódicos servidores de la Cancillería alemana añadieron que Inglaterra estaba dispuesta antes de la guerra á desembarcar sus tropas en Bélgica, aunque ésta no solicitase su auxilio. Para esto se fundaron en otro documento, relatando una segunda entrevista en 1912 entre el nuevo agregado inglés, coronel Bridges, y el jefe del Estado Mayor belga, general Jungbluth. Estos reanudaron la conversación mantenida seis años antes por sus predecesores, lo que demuestra que entre Inglaterra y Bélgica no existía una convención formal y escrita, como tampoco la hubo después. Todo se limitó á unas entrevistas de militares, en las que hablaban éstos para cambiar opiniones, pero sin que sus palabras obligasen á sus gobiernos.

El coronel Bridges, por exceso de celo, dijo que, según su opinión, Bélgica no poseía bastantes medios para defender su neutralidad, y que en caso de peligro el gobierno británico tendría que desembarcar tropas, aunque los belgas no solicitasen su apoyo.

Á esto contestó el general Jungbluth con energía:

—Vosotros sólo podréis desembarcar en Bélgica con nuestro consentimiento.

No hubo más. Pero los alemanes han dado á las palabras de un simple coronel, agregado diplomático, la importancia de una declaración ministerial, afir-

mando que Inglaterra estaba dispuesta á desembarcar tropas en Bélgica, atropellando su neutralidad, aunque los belgas no lo hubiesen solicitado.

Pero así como publicaron los documentos encontrados en Bruselas—falsificándolos—para hacer creer que Inglaterra estaba dispuesta de todos modos á violar la neutralidad de Bélgica, debieron publicar igualmente la carta de Sir Edward Grey, que representa algo más que las palabras sin consecuencia de un agregado militar en una conversación privada; carta escrita en 1912, que compromete solemnemente al gobierno británico al respeto de la neutralidad belga.

He aquí la carta de Sir Edward Grey, dirigida al ministro inglés en Bélgica:

Foreing Office, Abril 1912.

Hablando hoy con el ministro belga le he dicho oficiosamente que había llegado á mi conocimiento cierta alarma causada en Bélgica á propósito de la posibilidad de una violación de la neutralidad belga por Inglaterra. Añadí que no creía que esta alarma fuese de procedencia inglesa.

El ministro belga me informó de que ciertos rumores de procedencia inglesa, pero que él no podía precisar, habían circulado respecto á un desembarco de tropas nuestras en Bélgica á fin de adelantarse al paso posible de tropas alemanas, á través de este país, con dirección á Francia.

Yo le he dicho que podía tener la certeza, y podía afirmarlo en todas partes, que el Gobierno actual no violaría jamás *el primero* la neutralidad belga, y que no creo que ningún Gobierno que pueda sucedernos se atreva á tomar esta iniciativa, que la opinión pública de Inglaterra no aprobaría jamás. Lo único que habíamos considerado—y la cuestión resultaba muy embarazosa—era lo que sería deseable y necesario que hiciésemos nosotros, por ser uno de los garantizadores de la neutralidad belga, si esta neutralidad era violada por una potencia cualquiera.

Si nosotros, por ejemplo, fuésemos los primeros en violar la neutralidad y desembarcar tropas en Bélgica, esto equivaldría á dar derecho á Alemania para que hiciese lo mismo. Lo que nosotros deseamos en el presente caso para Bélgica, así como para cualquier otro país neutral, es que su neutralidad sea respetada, y por esto *mientras dicha neutralidad no la viole ninguna otra potencia nos abstendremos formalmente de enviar tropa alguna á su territorio.*

Firmado, GREY.



POSTAL POPULAR ITALIANA REPRESENTANDO LA AMBICIÓN IMPERIAL

En resumen: los documentos encontrados por los alemanes en Bruselas, y cuyo sentido ha desnaturalizado la prensa germánica, truncándolos y omitiendo lo que no convenía á sus fines, sólo sirven para probar una cosa: que Inglaterra tenía razón para alarmarse seriamente ante la sospecha de que Alemania podía violar la neutralidad belga, como así lo hizo después, y que por respeto á la solemnidad de sus compromisos y á la libertad de Bélgica no se atrevió á intervenir antes de que se realizase el atentado.

▫

Con la incoherencia del que no afirma su conducta en las sólidas bases de la verdad inconmovible, los directores del pueblo germánico cambiaron cada semana el sentido de sus afirmaciones.

Mientras el gobierno hablaba al mundo de una Alemania obligada á defenderse contra su voluntad, los periodistas y los generales ensalzaban la guerra como institución divina y única salud de los pueblos germánicos.

Por entre medio de estas incoherencias respiraba y salía á luz la verdad, la única verdad alemana, el pensamiento inculcado en todos los cerebros germánicos desde hace cincuenta años; pensamiento que cultiva el maestro en la escuela primaria y luego desarrollan y afirman periódicos, universidades y cuarteles.

La guerra era precisa para que las aspiraciones alemanas se cumpliesen.

«Seremos vencedores—dijo Guillermo II á sus tropas—. Es preciso que lo seamos. Un nuevo imperio, más magnífico que todos los que la tierra ha conocido, va á elevarse: el imperio romano-alemán, que gobernará al mundo entero. Y el mundo será feliz.»

XVII

Los apologistas de la fuerza

Al iniciarse la presente guerra, el profesorado de la célebre Universidad de Oxford dijo en un manifiesto:

«La guerra con Alemania que actualmente sostiene la Gran Bretaña, es en el fondo una guerra entre dos principios: el de la *razón de Estado* y el del *derecho*. De estas dos naciones, una (Alemania) pretende obrar aparte y por encima del derecho público de Europa, para conseguir la salud de su propio Estado; la otra (Inglaterra) se ha puesto de pie para defender el derecho público europeo. La una considera las con-

venciones internacionales á cuyo pie ha puesto su firma, como simples pedazos de papel cuando oponen un obstáculo al *salus populi;* la otra considera que el mantenimiento de los compromisos es un deber grave é ineludible.»

La nueva doctrina alemana fué enseñada por el profesor Treitschke, energúmeno patriótico al que consideran los germanos como el gran historiador nacional.

Sus conferencias dadas en Berlín sobre «La política alemana de 1875 á 1895», fueron como el evangelio de la actual generación germánica. En ellas aprendieron los alemanes la concepción del Estado que ahora sostienen.

«El Estado—dijo Treitschke—es el punto más eminente á que puede llegar la sociedad humana. Más arriba del Estado no existe nada en la historia del mundo.»

Para este profesor es inútil hablar de «la sociedad del género humano» y del «derecho internacional», que están por encima de las conveniencias del Estado. Él desconoce estas entidades; no admite siquiera hablar de ellas; no existen. Para él no hay más que una realidad verdadera é indiscutible: el Estado; y este Estado ha de ser rigurosamente nacional, y *todo su poder debe basarse en la Fuerza.*



EL KAISER TOCANDO SU INSTRUMENTO FAVORITO

(*Punch*, de Londres)

La fuerza del Estado es, según Treitschke, el «vehículo de la civilización». Y por consecuencia, la espada del Estado alemán es preciosa y digna de veneración, porque el Estado, gracias á esta espada, puede extender por el mundo entero la civilización germánica. Del mérito de esta civilización no hay que hablar. Para Treitschke y todos los nacionalistas alemanes, es indiscutible que la civilización alemana representa el más alto grado á que pueden llegar los individuos y las naciones.

Dos consecuencias se desprenden de esta filosofía de la fuerza: la una negativa y la otra positiva.

La consecuencia negativa tiende á repudiar todo carácter de finalidad inconmovible en las obligaciones internacionales. Los compromisos entre pueblos no son sagrados ni se deben respetar cuando este respeto representa un obstáculo.

La consecuencia positiva es la glorificación de la guerra.

Con arreglo á la primera, el lema de toda nación ha de ser: *Salus populi suprema lex.* La salud del Estado debe arrollar y desconocer todo derecho internacional que no sea conveniente. Debe faltarse á los compromisos de ayer si es que estorban al día siguiente. La soberanía absoluta del Estado resulta necesaria para que el poder de éste sea absoluto, y dicha soberanía absoluta no puede aceptar el yugo de ninguna obligación. Los tratados internacionales no deben limitar el poder del Estado de una manera absoluta. Esta limitación se la impone el Estado á sí mismo, y por lo tanto puede interpretarla como mejor le parezca y durante el tiempo que quiera. «Es ridículo—dice Treistchke—querer que un Estado entre en competencia con otros Estados para seguir el mismo camino con un catecismo en la mano.»

Estas ideas del profesor, que iban formando una filosofía de la fuerza, se acoplaban al sentimiento dominante en las altas clases de Alemania. Representaban algo así como una máscara científica, confeccionada oportunamente para cubrir los sentimientos de ambición y de orgullo del pueblo germánico. Un público numeroso y escogido de oficiales, funcionarios y periodistas, siguió las conferencias de Treitschke durante años. Luego un discípulo, el general Von Bernhardi, amplificó y popularizó esta filosofía en su famoso libro publicado en 1911: *Alemania y la próxima guerra.*

Para el general Bernhardi no existe derecho internacional: «Cada nación—dice—desarrolla su concepción particular de este derecho. Nadie puede decir que una nación posee mejor derecho que otra. Ninguna nación que se respete querrá sacrificar la concepción especial de su derecho á ninguna regla internacional. Si se prestase á este sacrificio renunciaría á sus ideales más elevados.»

Treitschke había dicho que los compromisos que acepta un Estado sólo debe respetarlos mientras duren las mismas condiciones en las cuales se hizo la aceptación. Y como las condiciones de los pueblos

cambian con tanta rapidez como las de los individuos, de aquí que estos compromisos pueden desconocerse en un plazo de pocos años ó tal vez de meses.

Bernhardi sostiene igual teoría en su libro, y la aplica á Bélgica en 1912, como si conociese por adelantado lo que iba á ocurrir dos años después y quisiera preparar el camino, demostrando que Prusia podía atropellar á los belgas sin menoscabo para su honor por la firma que había puesto al pie del tratado de neutralidad.

«Cuando se proclamó la neutralidad de Bélgica —dice Bernhardi—nadie podía prever que algún día iba á hacerse dueña en África de la rica y vasta región del Congo. Hoy cabe preguntarse si la adquisición de este territorio no es *ipso facto* una ruptura de su neutralidad, realizada por ella misma.»

Razonando de este modo, un hombre puede faltar en la vida á todos sus compromisos, por sagrados y firmes que sean.

▫

Esta filosofía de Treitschke y Bernhardi glorifica la guerra como algo santo; lo mismo la ofensiva que la defensiva.

La divinización de la guerra es la consecuencia inmediata de una doctrina en la que el Estado basta para todo y lo abarca todo.

El profesor Treitschke tomaba en sus conferencias y en sus libros una exaltación de poeta al nombrar «la Guerra», rodeando esta palabra de los más entusiastas elogios. Nunca la menciona sin llamarla santa ó divina «Es la fuerza más poderosa que forma las naciones», dice unas veces. «Es la política por excelencia», afirma en otros pasajes. Y prorrumpe en himnos á «su santidad», á «su institución divina».

«Dos funciones principales—dice este profesor—incumben al Estado: hacer justicia y hacer la guerra. Pero de estas dos funciones, la de la guerra es la función política por excelencia y mucho más noble y elevada que la de administrar justicia.»

«La guerra—afirma en otro pasaje—es la única medicina para una nación enferma. Cuando vivimos sumidos en el individualismo egoísta de la paz, viene la guerra para hacernos sentir que somos solidarios unos de otros. La majestad de la guerra consiste principalmente en disolver el individualismo mezquino ante el gran pensamiento del Estado.»

«Sólo la guerra nos muestra con toda su realidad el organismo social á que pertenecemos... Es el idealismo político el que exige la guerra.»

Este profeta de la fuerza exclama:

«¡Qué perversión de la moralidad representaría el que se suprimiese en el mundo el heroísmo guerrero!... Pero Dios proveerá para que la guerra vuelva á renacer siempre, como una medicina terrible de los humanos.»

De este modo, la idealización del Estado y de su poder absoluto conduce en la doctrina de Treitschke á la idealización de la guerra. Puesto que el Estado debe ser una fuerza para defenderse, debe ser igualmente un Estado guerrero que sepa preservarse de «la terrible enfermedad de la paz». Si el Estado no combate—y el Estado modelo es el alemán—, el individualismo con sus mezquindades triunfará sobre el organismo social, y el heroísmo desaparecerá del mundo. De aquí que Alemania no debe dejar que transcurran varios años sin hacer la guerra.

Sosteniendo la doctrina del maestro, dice Bernhardi: «El mantenimiento de la paz no puede, no debe ser nunca el fin de la política.» La guerra, esa «medicina fuerte», esa «escuela del heroísmo», esa «fatal ley biológica», la guerra, que «propaga la más hermosa civilización, debe ser la ley de la humanidad».

He aquí la última filosofía alemana, la postrera creación de un país que fué patria del tranquilo Kant y ahora ha producido á Treitschke y Bernhardi, filósofos de Estado Mayor.

«Toda esta filosofía—como dice la Universidad de Oxford—no es más que barbarie con un barniz moral. Barbarie porque quiere hacernos retroceder á los viejos tiempos en que la fuerza era el único derecho.»

Un pueblo que se agranda tiene derecho á procurarse nuevos territorios, «y en ese caso—dice Bernhardi—la fuerza resulta el derecho supremo, y para saber lo que es justo y lo que no lo es hay que apelar al recurso de la guerra, que da siempre una solución biológicamente justa».

Bernhardi se escandaliza de que haya quien sostenga «que una nación débil y pequeña tiene el mismo derecho á vivir que una nación grande y vigorosa», así como en la vida humana existen de igual modo los débiles y los fuertes, los contrahechos y los hermosos, los simples y los inteligentes. Su doctrina de ruda barbarie se indigna ante este igualitarismo. Para él la libertad, el derecho, la solidaridad humana, no existen. Sólo venera «el idealismo político» y «el desenvolvimiento histórico», que conduce al menosprecio de «la paz degradante», á la glorificación santa de la guerra, «vehículo de la más alta civilización».

El historiador Mommsen, que como buen germano habló de propagar la civilización «á puñetazos», vió, sin embargo, un peligro para su país en la extremada divinización de la fuerza.

«Tened cuidado—dijo—de que en este Estado, que ha sido á la vez una potencia en armas y una potencia en inteligencia, no se desvanezca la inteligencia, quedando nada más que un Estado puramente militar.»

La Alemania temida por Mommsen hace años que existe. Es la de la filosofía de la fuerza.

▫

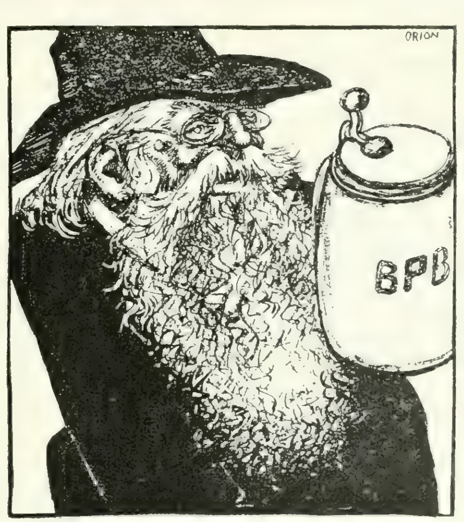
¡La fuerza!... ¿Qué es la fuerza? ¿Existe por sí misma, como algo superior, ó es, por el contrario, un simple derivado del derecho?

El ilustre doctor Grasset, en un estudio sobre «La ciencia, el derecho y la fuerza», demuestra con clari-

dad que el principio bismarckiano «La fuerza es anterior al derecho» resulta completamente falso, y que es el derecho el que crea la fuerza.

«Si se da—dice el citado profesor—á la palabra fuerza en biología humana, el mismo sentido que se le da para los otros seres vivientes y para el universo entero, resulta que el hombre es el más débil de todos los animales, pues tiene menos medios de defensa brutal que todos ellos. Y como, sin embargo, en el universo, tomado en conjunto, es el hombre el más fuerte que reina y domina, de ahí que no se comprende únicamente por el hecho de la fuerza brutal esta soberanía sobre el mundo entero establecida científicamente y que nadie puede negar.

»Esta superioridad indiscutible del hombre sobre la Naturaleza prueba que el hombre posee una fuerza distinta á la de la Naturaleza, y que esta fuerza está compuesta de otros elementos que la potencia brutal é ininteligente del ciclón ó el temblor de tierra. El toro, el elefante ó el león, lo mismo que el microbio, pueden hacer sufrir al hombre derrotas pasajeras é individuales; pero el hombre posee contra ellos la fuerza que los sujeta y los dirige, las más de las veces para el mayor bien del progreso indefinido de la humanidad.



UN PROFESOR EN LA CERVECERÍA

Bélgica me parece una monstruosidad política y su nacionalidad tiene cierta apariencia cómica

(Del *Telegraaf*, de Amsterdán

»La fuerza del hombre reside por entero en su inteligencia, en su superioridad psíquica. Y esta superioridad psíquica está formada por todo lo que constituye la nobleza del ser humano, su superioridad triunfante; principalmente por la facultad del progreso indefinido y la idea-ley de la moralidad y el derecho.»

La conclusión de Grasset es lógica. Si en biología general, ó sea entre los animales inferiores al hombre, la fuerza crea el derecho, en biología humana, ó sea en la vida de los hombres, es, por el contrario, el derecho el que crea la fuerza.

«Es esta la fuerza verdadera del hombre—continúa el profesor francés—, la que, inspirada por el derecho, puede servirse de la ciencia para difundir las grandes ideas de civilización y de progreso, que deben acabar por vencer siempre.

»Sin salir de la biología humana, que es una ciencia positiva y experimental, puede afirmarse que en la historia del hombre el éxito final y definitivo será, á través de fluctuaciones é incidentes, para el que posea la *verdadera fuerza*, ó sea la fuerza moral, la que pone la ciencia al servicio del derecho.»

Alemania representa la brutal divinización de la fuerza y el menosprecio del derecho.

Por esto la lucha contra ella la titulan «guerra santa» muchos escritores.

El célebre novelista inglés H. G. Wells, en el que se unen con amalgama feliz la imaginación del artista y los vastos conocimientos del hombre de ciencia, explica del siguiente modo el carácter y la finalidad de la presente guerra:

«La causa de una guerra y su finalidad no son necesariamente una misma cosa. La causa de la guerra presente fué la invasión del Luxemburgo y de Bélgica. Nosotros declaramos la guerra porque estábamos obligados á hacerla por un tratado, ya que habíamos contraído el compromiso de proteger la integridad de Bélgica, desde que existe como reino. Si los alemanes no hubiesen violado la garantía que tenían acordada, lo mismo que nosotros, á la neutralidad de los pequeños Estados, seguramente que hoy no estaríamos en guerra. Las fortificaciones que Francia tiene en su frontera de Alsacia hubiesen bastado para resistir á todo ataque, sin necesidad de nuestra ayuda. Nosotros no teníamos por este lado ni obligación ni interés. Nosotros sólo nos habíamos obligado con Francia á protegerla por el lado del mar, y los alemanes se habían comprometido á no atacarla por esta parte. Es nuestro tratado belga y el ultraje inferido al pequeño Luxemburgo los que nos han precipitado en este conflicto. Ninguna potencia hubiese en adelante respetado nuestra bandera ni aceptado nuestra palabra, si nosotros no hubiésemos combatido.

»Tal fué la causa inmediata de la guerra. Teníamos que combatir, porque nuestro honor y nuestra palabra nos obligaban.

»Vamos ahora á la segunda parte, ó sea á la finalidad de esta guerra. Nosotros no podemos limitarnos á hacer repasar la frontera belga á los alemanes y amonestarles para que no vuelvan á empezar. Estamos en guerra abierta con ese colosal Imperio militarista, después de haber buscado con todas nuestras fuerzas el vivir en paz desde que se levantó sobre las ruinas del imperialismo francés en 1871. Esta guerra es una lucha á muerte. No nos queda otra solución que destruir ó ser destruídos. Nosotros no hemos buscado la guerra. Nosotros hemos hecho todo lo posible por evitarla. Pero ya que nos hemos visto obligados á em-

prenderla, tenemos el imperativo deber de no aceptar ninguna solución que no sea definitiva. Esta guerra hace sentir su influencia en cada ciudadano y cada hogar de los países comprometidos en la lucha. No es una guerra de soldados, es una guerra de pueblos. Es una guerra cuyos resultados han de ser tan decisivos, que todo ciudadano de las naciones en lucha debe estar enterado de lo que ha ocurrido. Ningún arreglo diplomático debe concluirse que permita al imperialismo alemán ocultar su derrota á sus pueblos y empezar de nuevo los preparativos belicosos. Debemos seguir la lucha hasta que nosotros no podamos más, ó la nación alemana entera sepa que ha sido derrotada y quede convencida de que no debe repetir la guerra.

»Combatimos contra Alemania, pero combatimos sin odio contra el pueblo alemán. No queremos atentar contra su libertad y su unidad, pero necesitamos destruír su mal sistema de gobierno y la corrupción, así mental como material, que ha invadido la imaginación alemana, apoderándose de la vida de su pueblo. Queremos romper el imperialismo prusiano tan completamente como Alemania rompió en 1871 el imperialismo podrido de Napoleón III. Tenemos que aprender en las faltas cometidas por esta victoria, para evitar un triunfo vengativo.

»*El imperialismo prusiano es desde hace cuarenta años una peste insufrible para el mundo.*

»Después de la derrota de Francia en 1871, esta peste ha ido en aumento, extendiendo su sombra sobre Europa. Alemania ha predicado ante el universo inquieto una propaganda de fuerza brutal y de materialismo político. Ella se jacta de que «la sangre y el hierro» son los cimientos de su unidad. Sus hombres de Estado, sus profesores, pequeños, mezquinos y agresivos, que han conducido á su país á la lucha actual, han propagado abiertamente una doctrina cínica y de un desprecio completo para todo lo que no sean los fines de un egoísmo patriótico, elevado al rango de una religión. La brutalidad física y moral se ha apoderado del espíritu alemán, y de Alemania ha pasado al mundo entero. Me complacería poder decir que el pensamiento inglés y el americano han escapado enteramente á esta influencia nefasta... pero no puedo decirlo. De todos modos, hoy sacudimos al fin tales trabas, y perseguimos esta falsificación inicua, para librar de ella al mundo. El mundo entero estaba fatigado y *Gott* (Dios)—ese *Gott* cuyo nombre es perpetuamente invocado como si fuese alemán—, *Gott* debe estar cansado también.

»Esta guerra es la guerra más grande de la Historia. Ya no es tampoco una guerra de naciones; es la guerra de la Humanidad. Es una guerra que tiene por último fin exorcisar la locura mundial y poner término á una era histórica.

»Esta corrupción pública tiene su parte mercantil hipócrita y secreta. Al lado del kaiser está la casa Krupp, la segunda cabeza del Estado Mayor. En las mismas gradas del trono se sientan los del *trust* de los armamentos, bandidaje organizado que en su insaciable sed de ganancias va minando por la base la seguridad de toda civilización, compra y domina á la prensa, inspira á la literatura nacional y corrompe las universidades.

»Nos hemos enterado demasiado tarde de que la humanidad ha cometido una locura estupenda permitiendo á empresas particulares el negociar con los preparativos de guerra. Con esto toda tranquilidad resulta imposible.

»La guerra presente es una guerra de paz.

»Su finalidad es el desarme. Otra finalidad suya es un arreglo que acabe para siempre con los armamentos.

»Todo soldado que combate ahora contra Alemania es un cruzado contra la guerra.

»Esta guerra, la más grande de todas las guerras, no es una guerra como las otras: es la última guerra.

»Ya no habrá más kaiser. Ya no habrá más Krupp. Estamos decididos á esta supresión. Hay que dar fin á la locura.»

EL ENSUEÑO IMPERIAL

(*Nebelspalter*, de Zurich)

Viviani, el presidente del gobierno francés, resumió el 22 de Diciembre ante la Cámara de diputados la responsabilidad de Alemania, las falsedades con que pretende librarse de esta responsabilidad y lo que representa para el porvenir la derrota del imperialismo.

«El resurgimiento de Francia—dijo—ha turbado á Alemania, embriagada por sus ensueños de victoria. En los primeros días del conflicto negó el derecho, ensalzó la fuerza, menospreció la Historia, y para violar la neutralidad de Bélgica é invadir Francia invocó la ley del interés. Luego su gobierno ha comprendido que le era necesario contar con la opinión del mundo, y recientemente ha intentado una rehabilitación de su actitud, pretendiendo arrojar sobre los aliados la responsabilidad de la guerra. Pero por en-



Fotografía de Mr. Tiranty, de la «Illustration» de París

Cadáveres abandonados por d



:jército alemán en su retirada

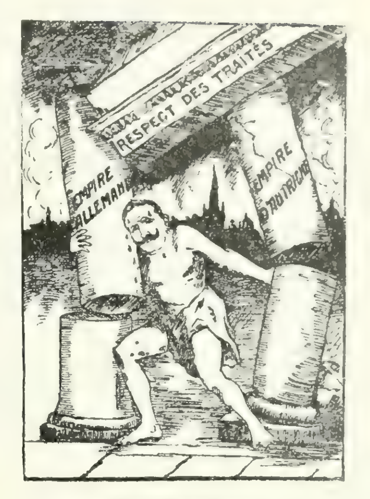
cima de todas sus pesadas mentiras, que no engañan ni á las credulidades más complacientes, la verdad ha hecho su aparición.

»Todos los documentos publicados por las naciones interesadas, y hace pocos días el sensacional discurso de uno de los más ilustres representantes de la noble Italia, atestiguan la resolución adoptada desde mucho tiempo antes por nuestros enemigos de intentar un golpe de fuerza. Si fuese necesario probar esto, un solo documento bastaría para esclarecer al mundo. Cuando por la sugestión del gobierno británico todas las naciones que tenían interés en el conflicto fueron solicitadas para suspender sus preparativos militares y establecer una negociación en Londres el 31 de Julio de 1914, Francia y Rusia se adhirieron inmediatamente al proyecto. La paz podía haberse salvado hasta en esta hora suprema, de adherirse Alemania á tal iniciativa. Pero Alemania forzó y derrumbó la situación bruscamente, declarando la guerra á Rusia el 1.° de Agosto y haciendo inevitable el llamamiento á las armas.

»Si Alemania diplomáticamente mató la paz en su germen, es porque desde hace cuarenta años persigue sin descanso su fin: aplastar á Francia, para de este modo poder conseguir la servidumbre del mundo.

»Todas las revelaciones han sido aportadas á este tribunal de la Historia, en el que no puede tomar asiento la corrupción. Y ya que á pesar de su amor á la paz, Francia y sus aliadas se ven obligadas á hacer la guerra, la sostendrán hasta el último esfuerzo.

»Fiel á la firma que ha puesto al pie del tratado del 4 de Septiembre último, y que compromete su honor, ó lo que es lo mismo, su vida, Francia, de acuerdo con sus aliadas, no depondrá las armas hasta vengar el honor ultrajado, hasta soldar para siempre á la patria francesa las provincias que le fueron arrebatadas por la fuerza, hasta restaurar á la heroica Bélgica en la plenitud de su vida material y de su independencia política, rota por el militarismo prusiano, hasta poder reconstruir sobre bases de justicia una Europa al fin regenerada.



EL SANSON MODERNO

De *The Bystander*.

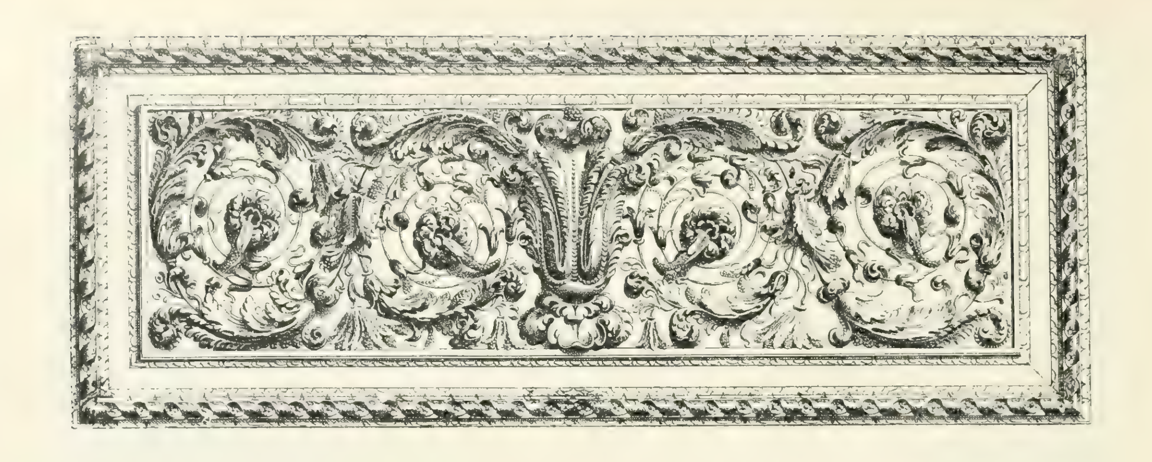
»Este plan de guerra y este plan de paz no están inspirados por presuntuosas esperanzas.

»Debemos su certeza por entero á nuestro ejército y á nuestra marina. Nosotros hemos demostrado al mundo que una democracia organizada puede servir por una acción vigorosa á los ideales de libertad y de igualdad que constituyen su grandeza. Hemos demostrado al mundo, como lo dijo su general en jefe—que es á la vez un gran soldado y un noble ciudadano—, que *«la República puede estar orgullosa del ejército que ha preparado»*. Por eso en esta guerra impía han podido mostrarse todas las virtudes de nuestra raza: las que nos han reconocido siempre todos—la iniciativa, el empuje, la bravura, la temeridad—, y las que nos han negado muchos, la tenacidad, la paciencia, el estoicismo. Saludemos á todos estos héroes. ¡Gloria á los que han caído en el surco antes del triunfo y á los que por este triunfo los vengarán mañana! Una nación que suscita tales entusiasmos es imperecedera.

»Nada más grande apareció nunca ante los ojos de los hombres. Contra la barbarie y el despotismo, *contra el sistema de provocaciones y amenazas que Alemania llama paz, contra el sistema de asesinatos y pillajes colectivos que Alemania llama guerra, contra la hegemonía insolente de una casta militar que ha desencadenado esta calamidad mundial,* Francia, emancipadora y vengadora, sostenida por sus aliadas, se ha erguido cerrando el paso. He aquí nuestra misión, más importante que nuestra propia vida. Mañana, en la paz de la victoria, nos acordaremos con orgullo de estos días trágicos, sintiéndonos más valientes y mejores.»



CARICATURA ALEMANA REPRESENTANDO EL SUPUESTO TEMOR DE INGLATERRA



Pueblos y monarcas

I

La raza prusiana

En 1870 la ciencia alemana era objeto en Francia de un respeto casi rayano en la veneración. «No es que Alemania—dice el profesor Edmundo Perrier—tuviese en su activo ningún descubrimiento genial, ni hubiese edificado una de esas teorías grandiosas que son gloria del espíritu humano. Pero nos inspiraban cierta gratitud los sabios alemanes, de paciencia infatigable, que en el fondo de sus laboratorios forjan calmosamente los materiales que otros se encargan de poner en circulación, y á cambio de esta labor modesta y tenaz, les perdonábamos sus gafas de oro, sus barbas revueltas y los pliegues rígidos de sus levitas. Por esta gratitud y por nuestro incorregible espíritu de xenofilia—admiración de todo lo extranjero—, hicimos una hermosa reputación á las obras filosóficas del que llaman hoy «el gran naturalista de Jena», Ernesto Hæckel, sin darnos cuenta de que no son otra cosa que piedras desprendidas de los grandes edificios que construyeron Geoffroy Saint-Hilaire, Lamarck y Darwin, vueltas á unir con cemento facilitado por Augusto Comte y Spinoza.

»Á juzgar por estos hombres calmosos, solitarios, patriarcales, poco afectos, en apariencia, á los bienes de este mundo—exceptuando las pipas de porcelana y los vastos receptáculos de cerveza—, la nación alemana debía ser la nación cuerda y pacífica por excelencia, tanto más cuanto que sabemos hasta qué punto fué tierno Werther y sensible la rubia Gretchen. Habíamos olvidado que las «querellas de alemán» son legendarias, y la estupefacción fué general cuando vimos á estos germanos, reputados como gentes verídicas y honestas, mentir con una serenidad que hubiese desconcertado á Tartufo; invocando á «Dios todopoderoso», como si este Dios fuese Mercurio; reirse de todos los compromisos internacionales; colocar la fuerza por encima del derecho sin perjuicio de parapetarse detrás del derecho cuando les convenía; fusilar niños; rematar heridos; tirar sobre las ambulancias; acribillar de obuses los hospitales, los monumentos artísticos incomparables, los establecimientos destinados á glorificar esa ciencia de la que ellos habían hecho su divinidad, sin ocurrírseles nunca imitar la conducta del francés Vaillant que, al verse obligado á bombardear Roma, lo hizo de modo que ningún edificio notable de la ciudad santa sufriese la menor rozadura.»

El contraste entre la reputación científica de Alemania y sus actos de guerra asombró en 1870 al célebre naturalista francés Armando de Quatrefages, autor de numerosos y notables trabajos sobre las razas humanas. Este sabio ilustre, hombre imparcial, sincero y de rectas intenciones, se dedicó al estudio de tal fenómeno histórico, y el resultado de su observación, desapasionada y científica, fué el célebre opúsculo titulado *La raza prusiana*, que alcanzó gran éxito en 1871, y al que la guerra de 1914 da por segunda vez un carácter de novedad.

Como dice un crítico de esta obra del famoso director del *Museum*, la pregunta que se hace Quatrefages como punto de partida de sus investigaciones

puede resumirse en las siguientes palabras: «¿Por qué causa el cordero alemán está ahora rabioso?»

«El cordero alemán—continúa este crítico—no ha estado nunca rabioso. Es que en su calidad de cordero se deja conducir á la matanza por carniceros que son de una raza distinta á la suya.»

Esta raza, según Quatrefages, es la raza prusiana; una raza de diverso origen que la raza alemana ó germánica, y casi enteramente distinta en todo.

Quatrefages no emitía una opinión formada recientemente por un estudio de circunstancias. Durante muchos años fué profesor en Estrasburgo, y su genio de observación, del que dan gloriosa prueba grandes descubrimientos científicos, estuvo en largo contacto con los pueblos germánicos.

«Bajo el poder de la raza prusiana—dice—, Alemania, orgullosa de su labor científica, pero sometida á una servidumbre política, ha venido á ser lo que es actualmente: un instrumento del que se sirve un pueblo que guarda en el fondo del carácter todos los estigmas de la semibarbarie, para dar satisfacción á sus salvajes instintos.»

«Entre los prusianos y los alemanes—sigue explicando Quatrefages—existe la comunidad del lenguaje, pero esta comunidad no significa identidad de origen, ó lo que es lo mismo, un signo de parentesco. El vencedor impone ordinariamente su lengua á los pueblos vencidos, pero no cambia ni puede cambiar sus cerebros ni sus corazones. La raza conquistada sigue formando la mayoría. Si se trata de una raza inferior, su pensamiento y sus sentimientos, ayudados por las influencias permanentes del ambiente, dominan poco á poco á los conquistadores, que van descendiendo hasta quedar á su nivel. En los tiempos presentes esto no ocurre así absolutamente. Los grandes medios de civilización de que disponen los colonizadores modernos, en África por ejemplo, hacen que las poblaciones inferiores se eleven gradualmente, en vez de degradar á la raza dominadora. Pero en la antigüedad remota, cuando eran menos apreciables las diferencias entre la barbarie y las civilizaciones nacientes, los conquistados, por su enorme mayoría y por las influencias del medio, hicieron descender muchas veces á sus dominadores.»

▫

Cuando en la Edad Media fué conquistada sucesivamente por los eslavos y por los caballeros de la Orden Teutónica la región costera del Báltico, que había de formar siglos después el reino de Prusia, esta región estaba ocupada por una raza indígena, la de los hombres prehistóricos, que se había conservado pura de toda mezcla, mientras el resto de Europa vivía ya en pleno avance civilizador. Esta raza de cazadores de mammuts, de bisontes y renos, se había corrido hacia el Norte, siguiendo la retirada de los animales que constituían su alimentación. En su retroceso había dejado el terreno libre á los arios, procedentes de Asia, gentes dotadas de una mentalidad superior, cuya evolución fué favorecida por el ambiente de Europa y la abundancia en dones de su suelo.

«De estos arios—continúa Quatrefages—descienden los pueblos civilizados de Europa, comprendiendo en ellos á los germanos. En cambio, los descendientes directos de los hombres prehistóricos, que fueron suplantados por los arios en la Europa del centr y que reciben de los antropologistas el nombre de *Alofilos*, constituyeron el fondo esencial de la raza prusiana.»

Los germanos, que eran arios puros, se esparcieron poco á poco por el Norte, ganando la Escandinavia é Inglaterra, así como la costa del Báltico, ocupada por las tribus cazadoras y prehistóricas de los alofilos. Pero otra rama de la raza aria, la de los eslavos, había precedido á la rama germánica en la invasión de la tierra prusiana. Aunque germanos y eslavos resultasen de mayores aptitudes que los alofilos por ser arios, no estaban, sin embargo, tan elevados sobre la raza primitiva y más numerosa que pudiesen resistir á la influencia de sus costumbres. De la mezcla de alofilos escandinavos y germanos salieron los godos, y del encuentro de los germanos y los eslavos en la cuenca del Oder nacieron los vándalos. Godos y vándalos no han dejado en la historia fama alguna de pacíficos y generosos.

No había por qué esperar mejor resultado de los eslavos y los alofilos que se mezclaron en la cuenca del Vístula. Sus descendientes tuvieron que sostener en un clima duro y una tierra ingrata numerosas luchas contra diversos invasores. Esto hizo desarrollarse todo lo que tenían como herencia, de astutos, vengativos y crueles. Habían constituído una raza mixta con el título de *Prusci* ó *Prutzi*, lo que dió su nombre á la Prusia actual. Quatrefages vió en sus estudios el fondo bárbaro de los *prusci*, cazadores de mammuts, subsistiendo todavía en los prusianos modernos bajo una aparente civilización. Por un maléfico concurso de fatales circunstancias, los elementos que en otros pueblos han servido para el progreso, sirvieron en éste para aportar á la barbarie primitiva nuevos fermentos de odio y despecho.

▫

En el año 997, San Adalberto, arzobispo de Praga, acometió la empresa de convertir al cristianismo á los prusci, que vivían en estado casi salvaje. Éstos respondieron á su predicación asesinándolo. En 1106 el monje Maynard quiso reanudar la obra de San Adalberto, pero como era un monje guerrero y conocía el carácter de las gentes que deseaba convertir, se presentó seguido de soldados, levantó fortalezas é hizo matanzas, hasta conseguir que lo nombrasen obispo de los territorios cristianizados por él á golpes de hacha.

El belicoso prelado murió en un combate con los bárbaros feligreses, y su sucesor Bertoldo, obispo de coraza, se preocupó más de las batallas que de los dogmas, propagando espada en mano la religión de

Cristo, hasta que pereció á manos también de estos diocesanos recalcitrantes.

Alberto de Asseiderne, designado como sucesor, tuvo que predicar y organizar una cruzada antes de la toma de posesión de su obispado. Los prusci, por su barbarie guerrera y su audacia de invasores, representaban un continuo peligro para los pueblos vecinos. El nuevo obispo reunió una flota de veintitrés navíos con gran número de guerreros, y al frente de esta cruzada entró á sangre y fuego en el país, apoderándose de él y fundando la ciudad de Riga. Para sostener su territorio y asegurar la defensa de sus costas, creó la orden de los Caballeros Porta-Espada, compuesta de nobles germánicos que habían llegado con él y á los que distribuyó las mejores tierras. Cristián, otro obispo de Prusia, sustituyó el título de esta orden por el de «Milicia de Cristo»; pero en una batalla que duró dos días, los prusci mataron á casi todos los caballeros, pues únicamente lograron salvarse cinco. Para mantenerse Cristián en su sede, tuvo que implorar el auxilio de los caballeros de la Orden Teutónica, que se habían hecho famosos en Oriente durante las Cruzadas. Así como Europa necesitaba á los Templarios y otras asociaciones religioso-militares para impedir los avances de los infieles de Asia, necesitó igualmente el auxilio de los Caballeros Teutónicos para vivir á cubierto de los prusci, más temibles por su salvajismo que los mahometanos.

Estos caballeros, que eran los más bárbaros entre todos los soldados del cristianismo, y dignos por su ferocidad del enemigo que iban á combatir, se apoderaron de la Esthonia, la Livonia, la Curlandia, la Samoecia, la Pomerelia y la Nueva-Marca, imponiéndose á los prusci por sus actos de crueldad y por su lenguaje rudo, que aun hacía esperar peores violencias.

Entre estos conquistadores se encontraban los Hohenzollern, pobres hidalgos procedentes de un pequeño castillo próximo á la Selva Negra, y que buscaron en la Orden Teutónica el medio de librarse de la miseria de su hogar.

La invasión de los Caballeros Teutónicos fué todo lo que llegó de elemento germánico á Prusia, fundiéndose con la raza primitiva.

Esta orden militar, señora del país, vivió en un lujo superior al de los Templarios, desafiando á todos los poderes monárquicos y religiosos. Su ortodoxia no era probada. Habían conquistado el país en nombre de Cristo, y sus Grandes-Maestres vivían paganamente, con rudo boato, cuidándose únicamente de mantener sujetos á los prusci. Al iniciarse la Reforma, el superior de la Orden Teutónica, Alberto de Hohenzollern, inclinó á sus compañeros á adoptar las nuevas creencias. Los Hohenzollern pasaron más tarde de la iglesia de Lutero á la iglesia de Calvino, mientras el resto de Alemania seguía fiel á la doctrina luterana. La fe religiosa de los primitivos Hohenzollern nunca fué robusta.

En 1685, después de la revocación del edicto de Nantes, que expulsó de Francia á los calvinistas, el Gran Elector de Brandemburgo—título que habían adquirido los Hohenzollern—se apresuró á ofrecer hospitalidad en sus tierras, empobrecidas y despobladas por la guerra de Treinta Años, á estos protestantes franceses que eran sus correligionarios.

Los franceses, perseguidos por la intolerancia religiosa, fueron el verdadero elemento civilizador de Prusia. Aportaron su inteligencia cultivada, sus industrias, sus estudios, y dieron á las clases superiores del país, en las cuales fueron admitidos inmediatamente, un barniz de educación. Procedentes de este éxodo fueron los generales y los funcionarios importantes de apellido francés que luego han figurado en las más altas esferas de la sociedad prusiana.

Los emigrados no llevaron en su trasplante el amor á Francia. El rencor religioso, el odio por las persecuciones sufridas, se perpetuaron en ellos á través del tiempo, como una tradición de cólera devota.

Quatrefages, que también era protestante, lo reconoce lealmente.

«Esta fusión de franceses y prusianos—dice—no nos creó simpatías en Prusia, sino todo lo contrario. Puros ó mestizos, los descendientes de los fugitivos por la revocación del edicto de Nantes son prusianos de corazón y de sentimientos, lo mismo que sus compatriotas de antiguo origen. Lo probaron cuando las invasiones de Napoleón. Lo han probado ahora (1870) al iniciarse la guerra actual, mostrando su rencor contra Francia. En los anatemas que la Prusia pietista lanza contra la Francia católica, hay sin duda alguna un eco lejano de nuestras antiguas guerras de religión, y bien sabido es qué fuente inagotable de cólera y de odios han encontrado los hombres en una doctrina que su fundador resumió en las siguientes palabras: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.»

»Los franceses emigrados esparcieron en Prusia el uso de nuestra lengua, que es aún familiar á muchos de sus descendientes, y por esto se encuentran en Alemania, lo mismo en la sociedad civil que en las filas del ejército, tantos hombres que hablan el francés correctamente, sin el menor acento germánico. Estos alemanes han podido hacerse pasar por compatriotas nuestros sin esfuerzo alguno, deslizándose en todas partes, sorprendiendo y traicionando lo que nos convenía tener oculto, propagando la indisciplina y la insurrección.»

▫

El hombre de la edad de piedra se ha mantenido vivo, Según Quatrefages, entre los prusianos, que son ahora los directores y dominadores de los demás Estados de Alemania poblados por arios.

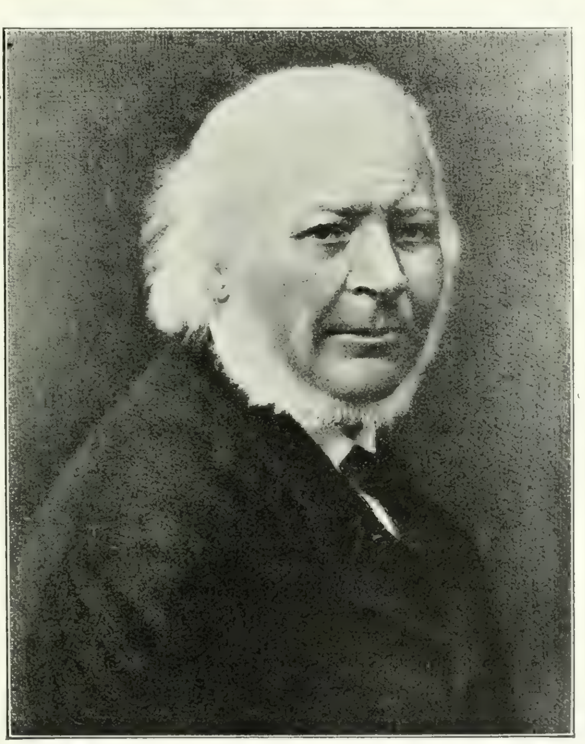
Á pesar del desarrollo realizado por las evoluciones del tiempo en la bóveda craneal de los prusianos, la base del cráneo de éstos refleja todavía el poder de los apetitos, siendo igual que en la edad prehistórica. Según Quatrefages, el cráneo moderno que en este

punto recuerda más el cráneo del hombre fósil encontrado en la Chapelle-aux-Saints, es el del príncipe de Bismarck.

«Los elementos—dice—que han dado vida al nuevo tipo prusiano, no están enteramente fusionados. Á pesar de un barniz de civilización, tomado especialmente de Francia, la raza prusiana se halla aún en su edad media. Esto explica sus odios y sobre todo sus violencias.»

El eminente antropólogo, que era un hombre bondadoso, se apresura á explicarse sobre la dureza de esta afirmación:

«Un francés tiene derecho á no ser otra cosa que justo con una raza que desde hace medio siglo se propone el aplastamiento y la supresión de Francia; que ha proclamado brutalmente esta ambición; que la ha realizado por todos los medios á su alcance, empleando procedimientos de los cuales el mundo civilizado debió pedirle cuenta. Calumniados todos los días por periódicos á sueldo y hasta por los documentos oficiales, tenemos derecho á protestar, demostrando que los franceses no somos como nos pintan nuestros enemigos, y que *los prusianos están muy lejos de ser como ellos pretenden.*»



QUATREFAGES

Federico II el Grande, el personaje más eminente de Prusia, á pesar de su educación filosófica y de sus humanitarismos de librepensador, sentía renacer los instintos atávicos apenas emprendía una guerra, realizando friamente las mismas crueldades de los antiguos prusci. Este monarca, que es la mayor gloria de los Hohenzollern, al sitiar á Praga hizo llover sobre la célebre catedral de San Vito, una de las obras más hermosas de la arquitectura gótica, 7.681 bombas, 15.810 balas de cañón y 128 proyectiles incendiarios, en el espacio de cinco días, arrasándola. El rey filósofo fué un precursor y maestro de los destructores de monumentos en Lovaina y Reims.

«La guerra—dice Quatrefages—, tal como la comprende Prusia, presenta siempre los mismos caracteres. Cuando más friamente se examinan sus causas y sus medios de ejecución, más se siente el observador arrastrado hacia los tiempos remotos...

»Para los prusianos, la invasión de Francia (1870) ha sido una cruzada. La han predicado en un lenguaje que revela á cada momento una mezcolanza de misticismo implacable y de ambiciones frenéticas; espíritu igual al que animaba á los antiguos caballeros teutónicos armados contra los sarracenos y los prusci. Empujar á todo un pueblo contra otro, ¿qué es sino imitar á los antiguos bárbaros que se arrojaban naciones contra naciones, sucediéndose como olas, los unos sobre los otros, contra la civilización romana y sosteniendo terribles duelos de vida ó muerte?... Á estos bárbaros que hacen sobrevivir la Prusia primitiva, se ha entregado en cuerpo y alma la Alemania sabia, que es la verdadera.»

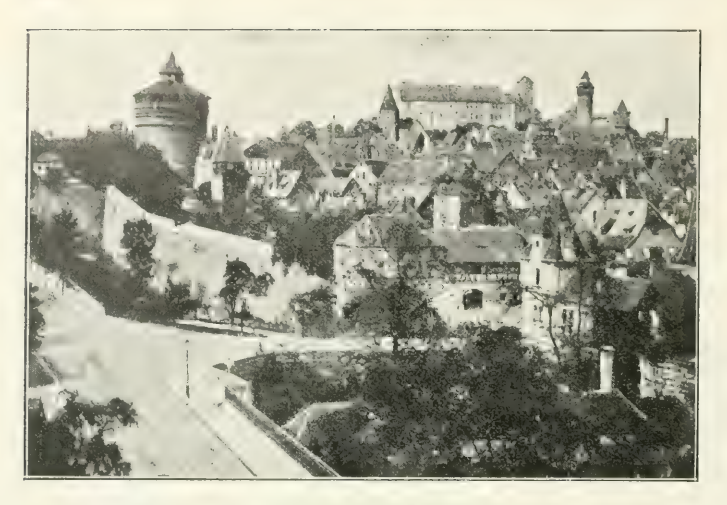
Quatrefages terminó su estudio de *La raza prusiana* con palabras proféticas:

«Á pesar del triunfo, ¿puede creer el pueblo alemán en las frases que le dirigen desde Berlín? ¿Puede imaginarse que ha inaugurado un reinado *de justicia y de paz*? ¿No tiene sospecha alguna de los formidables problemas que ha contribuido á poner de pie? Su misión con la Prusia está fundada por el hierro y la sangre, cimentada sobre la guerra, coronada por la expoliación. ¿Cuánto tiempo podrá durar?...

»Los grandes y los pequeños Estados, halagados ó respetados hasta ahora por la Prusia, ¿se verán atacados en el porvenir á nombre del *derecho histórico* ó de la *lingüística*? ¿Asistirá Rusia á este triunfo del *pangermanismo* sin levantar la voz?... El porvenir responderá. Tengo confianza en él. Cuando se trata de pueblos es permitido creer en la intervención de la *Némesis divina.*»

Esto lo escribió Quatrefages en 1870.

El porvenir ha contestado. Las predicciones del sabio antropologista empiezan á realizarse cuarenta y cuatro años después.



ANTIGUA RESIDENCIA DE LOS BURGRAVES DE HOHENZOLLERN EN NUREMBERG

II

Los Hohenzollern

En 1618 la familia Hohenzollern, de la que proceden los emperadores de la Alemania moderna, pudo realizar los ensueños de ambición que la habían acompañado durante siglos uniendo una parte de Prusia al pequeño estado de Brandemburgo, gobernado por sus individuos con el título de Electores.

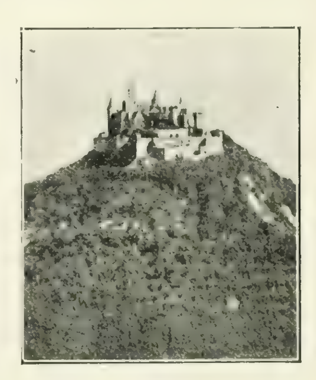
Sus remotos ascendientes fueron rudos burgraves, cuya fortuna se aumentó ó decayó según los accidentes de la guerra feudal. El viejo castillo de Zollern, en la Suabia, que les dió su nombre de Hohenzollern, era un pobre señorío para estos soldados ambiciosos que se mezclaron en todas las peleas intestinas de Alemania con el deseo de adquirir nuevos bienes. Por conquista, por alianzas matrimoniales ó por donaciones de los emperadores germánicos, á los que ofrecían sus servicios, fueron burgraves de Nuremberg y adquirieron la ciudad de Baireuth con otras tierras. Al fin, en 1415, el emperador Segismundo sacó definitivamente de la obscuridad á estos Hohenzollern, que á pesar de su pobreza se titulaban príncipes de Baireuth y de Anspach, dando á uno de ellos la soberanía del Electorado de Brandemburgo, Estado que gobernó con el título de Federico I.

Brandemburgo era un país obscuro, sin importancia alguna, y Berlín una aldea insignificante.

Transcurrieron once generaciones antes que los modestos Electores ó Margraves de Brandemburgo pudiesen realizar en 1701 la suprema ambición de la familia, tomando el título de reyes.

Estos soberanos de Brandemburgo procuraron durante los siglos XV y XVI hacerse un lugar entre los grandes señores germánicos, queriendo sobrepujarles por los méritos guerreros ó por los estudios literarios. La extraña mezcla que se nota en ellos de ferocidad belicosa y pretensiones oratorias hace pensar en sus sucesores actuales. Todos ellos tuvieron un sobrenombre: el Elector Federico II, *Diente de Hierro;* el Elector Alberto, *el Aquiles;* Juan, *el Cicerón;* Joaquín I, *el Néstor;* Joaquín II, *el Héctor*. Los Hohenzollern que no gobernaban el Brandemburgo vivían en el territorio de Prusia, formando parte de la Orden Teutónica. Uno de ellos, Alberto, consiguió en 1510 el alto cargo de Gran Maestre. La Orden se había olvidado de los motivos de su fundación y la milicia cristiana no era ya más que una sociedad de pequeños señores que vivían suntuosamente del producto de sus tierras. Alberto de Brandemburgo hizo abrazar á sus caballeros el protestantismo, medio oportuno de romper con las obligaciones espirituales de la Orden y poder violentar las disposiciones temporales. Una vez realizada la apostasía, convirtió el territorio de la Orden Teutónica en ducado de Prusia para él y sus herederos. Este ducado acabó por pasar á los Hohenzollern de Brandemburgo en 1618, constituyendo juntos ambos Estados el núcleo central de la futura Prusia. Durante un siglo los Hohenzollern ostentaron el título de «Electores de Brandemburgo y duques de Prusia», distinguiéndose entre ellos Federico Guillermo, llamado el *Gran Elector,* que dió asilo en 1685 á los calvinistas fugitivos de Francia. Con el Gran Elector empezó la verdadera prosperidad de los Hohenzollern.

Su hijo el Elector Federico III constituyó sus tierras en reino, tomando el título de Federico I, después de sufrir las humillaciones que le impuso Austria. Al principio pensó en dar á su nueva creación el nombre de «Reino de los Vándalos», pero temió molestar con esto á la vecina Suecia, que era dueña de una gran parte de la Pomerania, provincia que habían ocupado los vándalos en otro tiempo. El nombre de Prusia, ducado unido al Brandemburgo, prevaleció al bautizar el nuevo reino. Pero también



CASTILLO PATRIMONIAL DE LOS HOHENZOLLERN EN SUABIA



EL GRAN ELECTOR

este título ofrecía un obstáculo al flamante soberano. No podía llamarse rey *de* Prusia porque no poseía la Prusia por entero. Una gran parte de ella pertenecía á Rusia. Por esto Federico tomó el título de rey *en* Prusia, y así se llamaron sus herederos por algún tiempo, hasta que lentamente fueron convirtiéndose en reyes *de* Prusia.

El primer monarca prusiano fué un admirador de Luis XIV—que nunca se dignó reconocerlo como rey—, y quiso imitar el fausto del *Rey Sol* y las magnificencias de Versalles en su pobre y obscuro país. Engrandeció Berlín, que era un mísero villorrio, levantó palacios, trazó jardines con fuentes monumentales, y por no ser menos que el gran monarca francés, convirtió en favoritas á las esposas de sus ministros, sin gusto alguno, sólo por copiar á su majestuoso modelo. De estas reformas, hechas locamente por el deseo de llamar la atención, y que provocaban una sonrisa de lástima en las cortes grandes y ricas, la única digna de elogio fué la creación de una Academia de Ciencias á estilo de las Academias de Francia, al frente de la cual puso al sabio Léibnitz. Federico I, que concedía la importancia de negocios de Estado á las cuestiones de etiqueta y las murmuraciones de la corte, se apresuró á crear una condecoración, como los otros reinos de Europa, fundando la Orden del Águila Negra. Sus súbditos vivieron extenuados por las contribuciones que les impuso la prodigalidad insaciable de este monarca, ansioso de deslumbrar á Europa desde su pequeño y pobre Estado.

Su hijo Federico Guillermo I y su nieto Federico II el Grande, guardaron siempre un mal recuerdo de él, reprochando públicamente su fausto ridículo, su prodigalidad ruinosa y las condiciones humillantes á que se vió sometido por Austria antes de obtener el título de rey.

□

Federico Guillermo I (1713) fué el monarca más «original» y de costumbres extraordinarias que ha producido la familia de los Hohenzollern. El desequilibrio que se nota en su carácter, mezcla de buenas y malas condiciones, parece haber revivido algunas veces en sus descendientes.

Ante todo fué un hombre económico y «práctico». Hijo de un rey dilapidador que había empobrecido al país, su deseo dominante al subir al trono consistió en hacer economías y aumentar la producción del país.

Su mayor gloria fué haber dado la vida á Federico el Grande y dejar repletas al morir las cajas del Estado, con lo cual preparó las gloriosas empresas de su sucesor.

Pero todo esto lo hizo á su modo, por los procedimientos que le eran habituales, bastón en mano, apaleando á los súbditos y á los hijos, sometiendo el país á una disciplina de cuartel, lo mismo en las calles que en su palacio, reinando sobre Prusia como un cabo de vara.

Todas sus leyes tendieron á moralizar la nación, pero con una severidad draconiana. El criado que robaba una suma superior á tres francos, era condenado á muerte. La horca y el bastón fueron sus argumentos para hacer trabajar á su pueblo y mantenerlo en una disciplina férrea. Gobernó paternalmente, pero como entendía la paternidad, al uso antiguo de Roma, con derecho de vida y muerte sobre los hijos, y en su propia casa trataba á palos á la familia; de aquí que se permitiese con sus súbditos iguales correctivos.

Los vecinos de Berlín temblaban al encontrar en la calle á Federico Guillermo I pobremente vestido, con las ropas raídas y remendadas, pero siempre empuñando el fuerte bastón, que era su verdadero cetro. La menor falta de policía urbana le ponía furioso, trastornando



FEDERICO I DE PRUSIA



BERLÍN EN 1700

el equilibrio de su carácter, pronto á la cólera. Á la primera palabra levantaba el bastón, y hombres, mujeres y niños tenían que sufrir la regia paliza.

Su economía, no menos feroz, llegaba hasta la miseria y el ridículo. Con el bastón iba sondeando muchas veces los montones de basura que los vecinos dejaban á las puertas de sus casas. El embajador de una gran nación le vió una vez desde sus ventanas mirar con inquietud en torno de él, y al convencerse de que no era observado, inclinarse sobre un montón de basura y extraer un paquete de alfileres olvidado, guardándolo en un bolsillo.

Su familia era la que peor se alimentaba en Berlín. El gran Federico y su interesante hermana contaron en sus memorias las privaciones á que se vieron sometidos en los primeros años, por la avaricia paternal. Cuando el rey deseaba hacer una buena comida, se presentaba de pronto en la casa de un súbdito rico ó en la de algún embajador, invitándose á la mesa sin consultar la voluntad del dueño. De este modo satisfacía sin gasto el apetito, mientras en el palacio su familia engañaba el hambre á la luz de una bujía ante un solo plato, malo y escaso.

Todo lujo había sido desterrado de su corte. Odiaba las ceremonias palaciegas y las costumbres diplomáticas. Cuando el déspota paternal estaba de buen humor y quería hacer un derroche, se reunía con sus íntimos en una sala del palacio á la que llamaba el *Colegio Tabáquico,* y allí, en mangas de camisa, fumaban numerosas pipas, consumiendo la cerveza en vasos enormes.

Lo que más le irritaba era la educación de sus hijos, de gustos refinados y grandes entusiastas de la cultura francesa. Su hija, la futura Margravina de Baireuth, era letrada y música, mostrando en sus cartas y sus conversaciones una delicadeza de artista. Federico componía música y versos franceses, era un notable profesor de flauta, y estaba en correspondencia con los filósofos y los literatos más célebres de París, que le enviaban sus últimas tragedias y tratados históricos. El padre amaba la caza, los granaderos gigantescos, los teatros de muñecos y las sesiones del *Colegio Tabáquico* con la cerveza á raudales.

Esta disparidad de gustos acababa casi siempre por atraer sobre sus hijos los golpes del regio bastón. Algunas veces la cólera de Federico Guillermo I adoptaba unos procedimientos que serían increíbles de no atestiguarlos sus contemporáneos. Cuando los hijos se mostraban alegres ante un manjar extraordinario en las parcas comidas de palacio, el rey se apresuraba á privarles de este gusto, escupiendo en sus platos.

El económico déspota, que se trataba á sí mismo con dureza, evitando todo gasto, tenía sin embargo una afición dispendiosa, que le hacía incurrir en grandes despilfarros. Amaba los hombres de

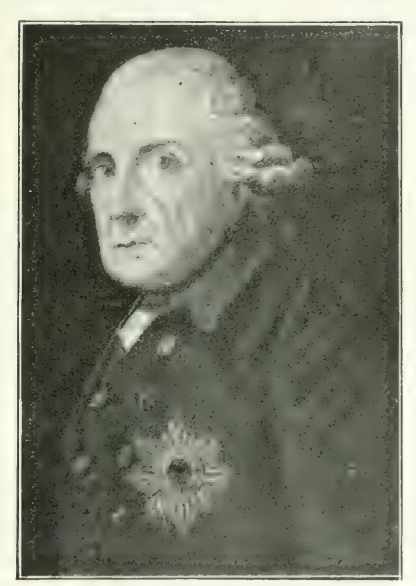


FEDERICO GUILLERMO I

estatura enorme; quería juntar en su reino todos los gigantes del mundo; sentía una admiración irresistible por los soldados aparatosos. Este monarca pobremente vestido é incapaz de costearse un traje nuevo, se extasiaba ante todo lo que brilla y sirve de imponente é inútil adorno en un ejército. Los granaderos del rey de Prusia fueron célebres en el mundo. Jamás hubo soldados de estatura tan enorme y vestidos de un modo más teatral. Federico Guillermo I no los empleó en ninguna guerra, pues siempre vivió en paz, aumentando las existencias del tesoro nacional. Pero se recreaba en la contemplación de esta reserva de fuerza, haciendo desfilar y maniobrar automáticamente unos regimientos compuestos de hombres cuya estatura pasaba de dos metros.

No le bastaron para estas tropas los gigantes de su país. Cuando tenía noticias de que en un Estado alemán, en Suiza ó en Francia, había un hombre notable por su tamaño, el rey experimentaba una emoción de enamorado. Cartas, ofrecimientos de dinero, emisarios para que viniese á figurar entre los granaderos de Prusia. Algunas veces, si el gigante se negaba á tales proposiciones, el rey lo hacía raptar como si fuese una beldad, incorporándolo á su guardia.

Al morir en 1740, el estado económico de Prusia era mejor que nunca. No había hecho nada grande durante su reinado, pero sí muchas cosas útiles. Su actuación no fué gloriosa, pero lo preparó todo, amontonando economías y organizando un ejército, para que su hijo engrandeciese Prusia y ocupase una alta posición en la Historia.



FEDERICO II EL GRANDE

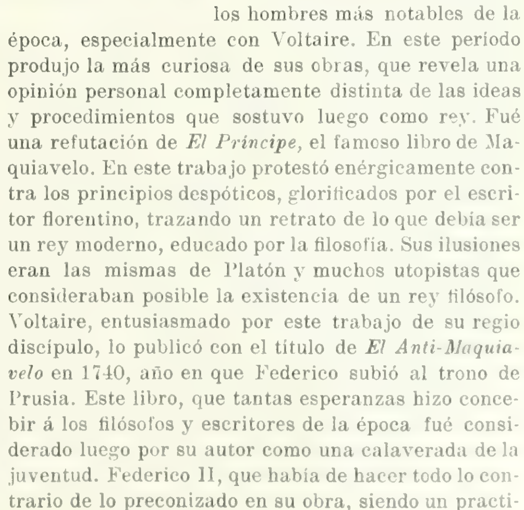
▫

Federico II fué el más ilustre de los Hohenzollern. Durante su gobierno el pequeño reino de Prusia alcanzó el rango de potencia europea, agrandándose con nuevos territorios y haciendo frente á una coalición de las naciones más poderosas, alarmadas por la audacia militar y la tenacidad de su soberano.

Este príncipe, que había de ser uno de los más grandes capitanes de la época moderna, mostró gran aversión en su juventud por la carrera militar. Lo habían educado preceptores franceses, y tanta afición mostró por la literatura, las ideas, las costumbres y las modas de Francia, que su rudo padre le llamaba siempre el *petimetre*. La lengua francesa fué su lengua natural, escribiendo en ella libros de filosofía y de historia, así como casi todas sus cartas y una regular cantidad de versos. Durante toda su vida, en medio de las más absorbentes ocupaciones militares y políticas, conservó siempre esta afición á las letras francesas y á sus representantes. Discípulo de los filósofos enciclopedistas, y especialmente de Voltaire, por el que mostró siempre una admiración fervorosa, amaba á Francia como una patria intelectual, diciendo que el título de *francés* significaba para él *librepensador*. Un año antes de subir al trono escribía á Voltaire: «Si la Providencia fuese tan sabia como dicen, los Newton, los Locke, los Voltaire y otros sabios deberían ser los monarcas del universo.»

Su padre, Federico Guillermo, enemigo de toda cultura intelectual y que se irritaba ante los gustos del joven príncipe, hasta el punto de abrumarlo con los peores tratamientos, le obligó á una tentativa de fuga, que fué castigada con el suplicio de uno de los que favorecieron este proyecto.

Federico fué enviado por su padre al ejército imperial que mandaba el príncipe Eugenio, y volvió de esta campaña visiblemente disgustado de la carrera de las armas. Quería ser un filósofo: aborrecía la profesión de soldado. Su padre le casó contra su voluntad con una princesa de Brunswick, y esta unión jamás fué cordial ni tranquila. Mientras vivió Federico Guillermo, el príncipe se mantuvo retirado en el castillo de Rheinsberg, formando una pequeña corte de sabios y literatos y sosteniendo una nutrida correspondencia con los hombres más notables de la época, especialmente con Voltaire. En este período produjo la más curiosa de sus obras, que revela una opinión personal completamente distinta de las ideas y procedimientos que sostuvo luego como rey. Fué una refutación de *El Príncipe,* el famoso libro de Maquiavelo. En este trabajo protestó enérgicamente contra los principios despóticos, glorificados por el escritor florentino, trazando un retrato de lo que debía ser un rey moderno, educado por la filosofía. Sus ilusiones eran las mismas de Platón y muchos utopistas que consideraban posible la existencia de un rey filósofo.



Voltaire, entusiasmado por este trabajo de su regio discípulo, lo publicó con el título de *El Anti-Maquiavelo* en 1740, año en que Federico subió al trono de Prusia. Este libro, que tantas esperanzas hizo concebir á los filósofos y escritores de la época fué considerado luego por su autor como una calaverada de la juventud. Federico II, que había de hacer todo lo contrario de lo preconizado en su obra, siendo un practi-



PALACIO DE POSTDAM, RESIDENCIA DE FEDERICO EL GRANDE

cante de las instrucciones de Maquiavelo, se esforzó años después por hacer desaparecer toda la edición.

La muerte de su padre lo dejó dueño de un Estado floreciente, con el tesoro repleto y un ejército seleccionado y numeroso que no se habia batido nunca. Á pesar de esta situación, la Prusia no gozaba de ninguna influencia, y según las palabras de Federico, «tenía más todavía de electorado que de reino». Apenas el discípulo de Voltaire hubo ocupado el trono, mostró la inquietud y las ambiciones de un hombre de acción, queriendo emplear en el engrandecimiento de Prusia las valiosas reservas de hombres y dinero amontonadas por su padre. Los ducados de Silesia tentaron su codicia, pretendiendo hacer valer ante la corte de Austria sus derechos á poseerlos y apelando á las armas en vista de la negativa de María Teresa.

Así empezó su carrera de gran capitán, en la que no se sabe qué admirar más, si sus condiciones de estratega ó la buena suerte, que inesperadamente favorecía su salvación en los momentos más apurados y difíciles. Consiguió ruidosas victorias, sufrió grandes reveses, hubo un momento en que se vió en guerra con toda Europa y casi sin reino, pero su buena estrella, sus astucias diplomáticas y sobre todo las disensiones de los enemigos, le sacaron del mal paso. Este discípulo de los filósofos, que estudió el arte de la guerra en los mismos campos de batalla, comenzó sus glorias de conquistador con poca brillantez. En los primeros combates experimentó grandes miedos, según propia confesión, y una tendencia á la fuga que apenas pudo resistir. Fueron sus generales los que ganaron las primeras batallas. Pero el hábito del combate y los esfuerzos de una voluntad enérgica consiguieron dominar los nervios de esta naturaleza de artista, y en adelante Federico II fué el gran capitán de imperturbable serenidad que no se intimidó nunca ante el número de los enemigos y supo conseguir la victoria con fuerzas inferiores.

Á los dos años de ocupar el trono habia conquistado la Silesia con la batalla de Molwitz, en la que desempeñó un papel poco brillante, obligando á María Teresa á cederle este territorio, después de derrotar las tropas austriacas en Czaslau. En esta primera parte de su vida guerrera fué el aliado secreto de Francia, y de acuerdo con la corte de Versalles invadió la Bohemia y se apoderó de Praga, pero fué derrotado y tuvo que retirarse á la Silesia, donde en 1745 reparó sus pérdidas con las victorias brillantes de Friedberg, Sorr y Kesselsdorf. El tratado de Dresde con el gobierno austriaco le aseguró de nuevo la Silesia y el condado de Glatz. Después de esto vivió diez años pacíficamente, el único período largo de tranquilidad que tuvo en su reinado. Su espíritu organizador lo aprovechó para implantar numerosas reformas, que desarrollaron extraordinariamente la prosperidad de Prusia engrandecida. Fundó ciudades, desecó pantanos, cultivó terrenos hasta entonces estériles, estableció fábricas, creó bancos y promulgó leyes que, aunque imperfectas, resultaban superiores á las que regían entonces en otros Estados, pues consagraron la libertad de conciencia más absoluta.

Este monarca reformador, por una contradicción notable con las ideas filosóficas de que hacía gala, gobernó siempre como un monarca absoluto, sin dar á su pueblo otra intervención en los negocios públicos que el pagar los impuestos y batirse en los campos de batalla sin explicación alguna.

Durante los años de paz pudo realizar su proyecto de una corte de sabios y literatos, del que tantas veces habia hablado cuando sólo era príncipe. Reorganizó la Academia de Berlín, llamando á ella los hombres de ciencia más notables del extranjero. Invitó á vivir en su palacio, como alegres camaradas, á varios escritores célebres, y especialmente á Voltaire. Las cenas del palacio de Postdam fueron famosas. El rey filósofo y sus ilustres amigos hablaban de sobremesa sobre toda clase de cuestiones literarias y políticas. Al mismo tiempo, este cenáculo era de una libertad de costumbres inaudita, permitiéndose bromas y organizando fiestas que es imposible narrar. Al fin Voltaire y otros de los huéspedes se indispusieron con su regio amigo. Á pesar de que en las cenas de Postdam reinaba la más completa igualdad entre los convida-

dos, ciertos escritores, por más que hacían para halagar al rey, no lograban en ciertos momentos disimular la superioridad de su inteligencia, y Federico, con fríos sarcasmos, les hacía recordar sus diferencias de rango. La ruptura del rey con Voltaire tuvo la resonancia de un suceso europeo. Federico se vengó de su ilustre amigo infligiéndole toda clase de pequeñas molestias antes de que abandonase sus Estados, y el célebre escritor le contestó hablando con venenosa ironía de sus vicios secretos. Años después, el gran monarca prusiano, que no podía vivir en mala inteligencia con su ídolo, hizo toda clase de gestiones para restablecer la amistad, pero Voltaire, aunque reanudó su correspondencia con Federico, no quiso nunca volver á Berlín.

La permanencia de estos hombres notables en la capital del reino prestó grandes servicios á la civilización de Prusia. La mayoría de los huéspedes ilustres se compuso de franceses, y francesa fué también la cultura que impuso Federico á las clases superiores de su reino.

De 1756 á 1763 se desarrolló la guerra llamada de Siete Años, el período más brillante y penoso de Federico II. Casi toda Europa se había coligado contra él, viendo un peligro en este monarca audaz y ambicioso que no sentía respeto alguno por la palabra empeñada ni por las firmas que ponía al pie de los tratados. Francia, Austria, Sajonia y Rusia hicieron una alianza contra él. Fué una guerra semejante por su extensión á la de 1914 que ha provocado el descendiente de Federico II, pero con una enorme diferencia en el número de las tropas y los medios de destrucción.

ESTATUA DE FEDERICO EL GRANDE EN BERLÍN

El monarca prusiano estuvo próximo muchas veces al aplastamiento final. Su actividad, su valor y su genio le salvaron siempre en el último instante, pero también contribuyó de un modo notable á su salvación la escasa valía de los generales que tuvo enfrente, muchos de ellos elegidos por las intrigas de corte y las favoritas de los reyes. En las diez y siete grandes batallas que tuvo que dar, se vió vencido las más de las veces, pero también consiguió ruidosos desquites cuando sus enemigos le creían aplastado, especialmente en Rosbach, donde dispersó al ejército franco-alemán mandado por Soubise, un general sostenido por la Pompadour, y en Leuthen, serie de maniobras admiradas por Napoleón, y que dió origen á todo un sistema de estrategia. Á pesar de estos esfuerzos gloriosos, Federico II estaba en una situación desesperada; los enemigos habían invadido sus territorios; Berlín se veía saqueado; el reino de Prusia iba á perecer, cuando un cambio de soberano en Rusia rompió la coalición, favoreciendo la paz. Federico pudo salir de este conflicto con las grandes potencias de Europa, conservando definitivamente la Silesia, que había sido el objetivo de la primera de sus guerras, y gozando una reputación europea de primer estratega de su tiempo. Los siete años de guerra habían empobrecido su país, y tuvo que dedicar el resto de la vida á reedificar las ciudades y pueblos destruídos, dando un impulso enérgico á la agricultura y la industria.

Todavía antes de su muerte agrandó el territorio nacional, poniéndose de acuerdo con Austria y Rusia para realizar el primer reparto de Polonia, enorme injusticia que llevó adelante sin que sintiese el menor escrúpulo su alma de filósofo. Este hombre que había debutado como escritor combatiendo á Maquiavelo, se mostró en sus actos diplomáticos como uno de sus más hábiles y aprovechados discípulos.

Todos los historiadores comparan á Federico con Napoleón, y algunos, como Michelet, lo consideran superior, alegando que el general Bonaparte encontró al empezar sus campañas un ejército entusiasmado por los triunfos de la Revolución y preparado por Massena, Hoche y otros vencedores, mientras que Federico tuvo que crearlo todo al frente de un ejército que no se había batido nunca, y se vió obligado á defenderse en un país sin fronteras determinadas.

Lo más admirable en Federico II fué su poderosa voluntad, que le sostuvo así en las cosas militares como en las de la vida ordinaria. «Este literato—dice un historiador—, este filósofo (pues en el fondo de su naturaleza no era otra cosa), quiso ser soldado y lo fué con toda convicción, porque aunque profesaba cierto deismo volteriano, creyó siempre que el hombre sólo debe contar con su propio esfuerzo, sin esperar ningún auxilio sobrenatural. De aquí su tenacidad, su energía, su prodigiosa fuerza para el trabajo y su constancia en los reveses.»

El amor que sentía por Francia se mantuvo firme entre los vaivenes de la política. El hombre más grande de Prusia fué un francés de corazón. Hasta en la época que hacía la guerra contra ella no mostró rencor alguno. Después de la victoria de Rosbach hizo recoger y cuidar con escrupulosidad á los heridos

franceses é invitó á su mesa á los oficiales prisioneros.

—Perdonad, señores, la escasez de comida—dijo alegremente—, pero no os esperaba tan pronto y en tanto número.

Y volviéndose á los generales de su Estado Mayor, añadió:

—No puedo acostumbrarme á mirar á los franceses como enemigos.

No hubo en él nada de esa jactancia que es habitual en los grandes personajes históricos. Mintió mucho en su vida y faltó á su palabra en las negociaciones diplomáticas; pero fué franco y verídico al relatar sus victorias y sus descalabros, lo que tampoco es común en hombres de su clase. De los triunfos habló con sencillez y modestia, y al confesar sus derrotas no pretendió excusarlas con forzados pretextos. Nunca disimuló el número de sus muertos y prisioneros, juzgando fríamente los hechos de guerra, no como un capitán, sino como un político y un pensador. Comparado con los otros reyes de su tiempo, monarcas decadentes, aparece más grande y más original. «De no ser rey—dice Michelet—siempre quedaría como uno de los primeros hombres de su siglo.»



HABITACIÓN DE VOLTAIRE EN EL PALACIO DE POSTDAM

Federico el Grande fué igualmente grande en sus vicios y su inmoralidad privada. Los testimonios de los contemporáneos lo describen como un personaje amoral, falto de escrúpulos, sin respeto para las preocupaciones generales, viviendo al margen de todas las reglas que acatan los demás hombres. Más allá de sus amores con bailarinas y comediantas, exhibidos francamente, tuvo una historia secreta, cuya variada monstruosidad parece asustar aún á los comentaristas más hostiles. Algunos han hablado intencionadamente del extraordinario afecto que sintió por su hermana, la Margravina de Baireuth, y el entusiasmo adorativo que ésta mostró siempre por él.

En otro orden de aficiones sexuales, Voltaire, después del rompimiento con Federico II, se valió de una ironía sutil para asestar rudos golpes á su antiguo amigo. Refiriéndose á los intentos del rey de Prusia para reanudar la antigua amistad, dijo así Voltaire: «Me ha escrito ofreciéndome todos sus favores, pero éstos asustan á cualquiera y á mi edad no los juzgo convenientes.»

Su capacidad para el trabajo fué tan enorme y monstruosa como sus buenas facultades y sus vicios.

El historiador inglés Macaulay dijo de él con asombro: «No contento con ser su primer ministro, Federico acabó siendo su único ministro. No tuvo jamás necesidad de un Richelieu ó un Mazarino, ni siquiera de un Colbert, de un Louvois ó de un Torcy. Una especie de pasión insaciable por el trabajo, una necesidad de ordenarlo todo, de mezclarse en todo, de hacer sentir su poder, así como el desprecio profundo y la desconfianza que le inspiraban sus semejantes, le impidieron siempre el solicitar consejos, confiar secretos importantes y delegar poderes. Los primeros funcionarios del Estado fueron bajo su gobierno simples dependientes, á los cuales no concedió mayor confianza que la que gozan de ordinario los buenos servidores. Fué su propio tesorero, su general en jefe, su intendente de trabajos públicos, su ministro de Comercio y de Justicia, su ministro del Interior y de Negocios Extranjeros, su director de caballería, su gobernador de palacio, su chambelán... No podía tolerar otra voluntad que la suya en el gobierno del Estado. No quiso admitir como colaboradores más que simples empleados, con la inteligencia necesaria para traducir, copiar, descifrar sus escritos hechos á toda prisa y dar una forma oficial á sus respuestas lacónicas. En punto á talentos naturales y á instrucción, sólo exigió de sus secretarios de gabinete lo que podían darle una prensa litográfica ó una máquina de copiar.»

Como veremos más adelante, esta actividad absorbente de Federico el Grande la han querido imitar algunos de sus sucesores.

Guillermo II pretende ahora dirigir el vasto imperio alemán, como su antecesor gobernaba por sí mismo el reino de Prusia. Pero existe entre los dos la lamentable diferencia que separa la copia del original.

▫

Al morir Federico II en 1786 á consecuencia de una hidropesía, como no tenía hijos le sucedió en el trono un sobrino, que tomó el título de Federico Gui-

llermo II. Encontró la nación repuesta de las pérdidas sufridas en las guerras anteriores, con el tesoro público repleto, el ejército en buen estado, y una paz con los vecinos que hacía de Prusia el árbitro de la Europa central. Pero el nuevo rey, como los Hohenzollern que vinieron después, no supo seguir las huellas del gran Federico, derrochando en locas prodigalidades la fortuna de Prusia y comprometiendo á ésta en guerras ruinosas, sin utilidad. Defensor fervoroso del absolutismo monárquico y alarmado por los progresos de la Revolución francesa, fué el principal organizador en 1791 de la coalición de Pilnitz, haciendo marchar su ejército contra los batallones de voluntarios organizados por la Convención, que le infligieron la primera derrota en Valmy seguida de otras muchas. Tres años después tuvo que firmar en Basilea un tratado de paz con la victoriosa República francesa, abandonando á cambio de aquél la orilla izquierda del Rhin. Esta pérdida la compensó procediendo en compañía de Rusia al reparto definitivo de Polonia, luego de aplastar inicuamente la resistencia de los patriotas polacos mandados por el heroico Kosciusco. En el interior de Prusia, el gobierno de Federico Guillermo II no sólo fué fatal para la hacienda pública, que contrajo una deuda considerable. La libertad de pensamiento, instaurada y favorecida por el gran Federico, sufrió numerosos ataques del nuevo monarca, que asustado por los progresos de la Revolución francesa, estableció la censura y otras leyes retrógradas.



BIBLIOTECA DE FEDERICO EL GRANDE
EN EL PALACIO DE POSTDAM

En 1797 le sucedió su hijo mayor, tomando el título de Federico Guillermo III. Siendo príncipe había marchado con su padre al ejército del Rhin para hacer la guerra á la República, distinguiéndose por su valor, pero al ocupar el trono quiso vivir en paz, respetando el tratado de Basilea. Suprimió muchas de las leyes reaccionarias del anterior reinado, así como la censura, y se propuso trabajar únicamente por la prosperidad interna de Prusia. Las convulsiones á que se vió sometida Europa en aquel entonces por la ambición del imperialismo napoleónico, no le permitieron mantenerse en una situación tranquila. Alejandro I, emperador de Rusia, fué personalmente á Berlín para hacerle entrar en la tercera coalición europea contra el imperio francés, pero la gran victoria de Austerlitz lo impulsó de nuevo á la prudencia, manteniéndose en buenas relaciones con Napoleón. Sin embargo, no era posible vivir en paz con este conquistador, cuyas pretensiones resultaban insufribles, como las de todos los hombres de guerra favorecidos por la suerte. En 1806 Prusia acabó por declarar la guerra á Francia, siendo esta lucha tan corta como ruinosa. En el espacio de cinco días Napoleón derrotó á los prusianos en Jena y entró victorioso en Berlín. Federico Guillermo III se vió despojado de sus Estados y confinado en Memel. Su esposa, la bella reina Luisa, mujer de grandes energías, le acompañó en la desgracia, intercediendo personalmente con Napoleón en aquel momento angustioso para que no los despojase por siempre de la corona de Prusia. Pudieron conservarla gracias al zar Alejandro I, que sostuvo sus derechos al ajustarse en el año siguiente la paz de Tilsit. Federico Guillermo volvió á tomar posesión de una parte de su reino, pero á costa de grandes humillaciones y de una contribución de guerra, enorme para la época, que le impuso Napoleón antes de retirar las tropas francesas.

Dos años después, en 1809, pudo regresar Federico Guillermo á Berlín, y sin dejarse abatir por la desgracia, ayudado por dos hombres de alta capacidad, Stein y Hardenberg, se dedicó á la regeneración de Prusia, estableciendo leyes liberales y reorganizando radicalmente la administración. La juventud de las universidades y los profesores patriotas, como Fichte, ayudaron poderosamente á este renacimiento. Todos los bienes eclesiásticos y de las órdenes religiosas fueron vendidos, así como los pertenecientes al Estado.

Con estas medidas el rey de Prusia consiguió restablecer el bienestar de su país, fortaleciendo el ejército con una juventud entusiasta. Á pesar de esto tuvo que plegarse por mucho tiempo á las exigencias todopoderosas de Napoleón, que pesaba entonces sobre la libertad y la dignidad de los pueblos con el mismo despotismo insufrible que ha mostrado Prusia un siglo después.

Para vivir en paz, Federico Guillermo tuvo que aceptar en 1812 un tratado de alianza defensiva y ofensiva ajustado en París con Napoleón. En virtud de

este compromiso, habiendo estallado poco después la guerra entre Francia y Rusia, el monarca prusiano tuvo que enviar al emperador 30.000 hombres, mandados por el general York, que figuraron en el llamado «Gran Ejército». Al ocurrir la famosa retirada de Rusia, las tropas prusianas abandonaron á Napoleón, uniéndose á los rusos. Llegaba para Federico Guillermo la hora de la venganza. Su pueblo iba á resarcirse de las humillaciones que le había hecho sufrir el imperialismo francés, atropellador y arbitrario como todos los imperialismos. El rey de Prusia se unió á la coalición formada contra Napoleón por todos los monarcas de Europa y que dirigía el zar Alejandro I. El pueblo acogió con grandes transportes de alegría la declaración de guerra á Bonaparte. Toda la juventud tomó las armas. El poeta guerrero Kœrner y otros escritores románticos habían infundido al pueblo prusiano un entusiasmo patriótico que tenía algo de místico. Las tropas de Prusia mandadas por Blücher contribuyeron á la primera caída de Napoleón en la batalla de Léipzig y á su segunda y definitiva ruina en la batalla de Waterlóo.

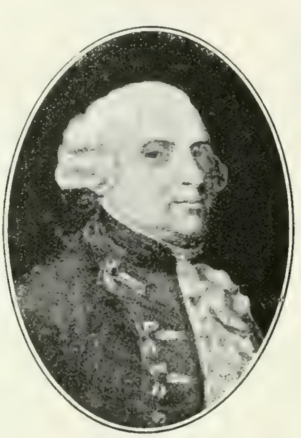
Después del triunfo, viendo Federico Guillermo asegurada para siempre su corona, hizo celebrar en Berlín el jubileo de los Hohenzollern, que gobernaban 400 años el Brandemburgo, núcleo de la Prusia moderna. Solemnizó además su victoria dictando numerosas disposiciones para el fomento del país y reglamentando las dificultades que habían surgido entre las iglesias protestantes y la iglesia católica. Pero fué ingrato con el pueblo, que al luchar por la integridad de la patria creyó hacerlo también por la libertad que Federico Guillermo le había prometido solemnemente en 1815, al volver Napoleón á Francia desde la isla de Elba, resucitando el peligro de su imperialismo. Federico Guillermo quiso conservar su poder de monarca absoluto y se negó á cumplir la promesa de una Constitución y un sistema representativo para su pueblo.

Reinó largos años en paz, hasta 1840, fecha de su muerte, y en este período su acto más importante fué el establecimiento de la asociación aduanera de los Estados alemanes, conocida con el nombre de *Zollverin,* que tan famosa se hizo después. Esta asociación estableció un vínculo de intereses entre los pueblos germánicos, convirtiéndose en un arma política que esgrimió Prusia para adquirir un ascendiente considerable sobre el resto de Alemania.

Federico Guillermo III, soldado valeroso y de regular inteligencia, compartió ante el patriotismo de su país, la simpatía por sus desgracias y la gloria de sus triunfos, con la reina Luisa, animosa compañera, célebre por su belleza y su energía. De esta esposa, que murió en 1810 sin presenciar la regeneración de la Prusia vencida, tuvo Federico Guillermo siete hijos, siendo los dos primeros Federico Guillermo IV, que le sucedió en el trono, y Guillermo I, que había de ser el fundador del moderno imperio alemán.

▫

Estos dos hijos de Federico Guillermo y de la reina Luisa guardaron siempre una triste impresión de su niñez, transcurrida en las horas más difíciles para su familia y su patria. Habían presenciado, al adquirir el uso de su razón, los llantos desesperados de la hermosa reina y las preocupaciones taciturnas del rey bajo las exigencias é imposiciones de Napoleón. De aquí que los dos príncipes sintiesen desde los primeros años un odio instintivo contra Francia, y más especialmente contra las ideas proclamadas por la Revolución, considerando á Bonaparte como un producto de ésta.



FEDERICO GUILLERMO II

Federico Guillermo IV, al subir al trono en 1840, era considerado como el monarca más culto de su época. Teniendo diez y siete años había servido en las últimas campañas del ejército prusiano contra Napoleón, y al sobrevenir la paz pudo dedicarse al ejercicio de las bellas artes, por las que sentía un gusto irresistible, distinguiéndose como dibujante y escultor.

Esta afición á las artes, sus relaciones con los grandes artistas y la demencia que obscureció sus últimos años, dan á Federico Guillermo una gran semejanza con sus parientes, los reyes de la casa de Baviera, muchos de los cuales fueron artistas como él y murieron de la misma enfermedad.

Tenía cuarenta y cinco años cuando ocupó el trono, y sus primeros actos hicieron concebir grandes esperanzas á la Prusia liberal. Dió una amnistía á todos los políticos que vivían fuera del reino por las persecuciones reaccionarias que había ordenado su padre, añadiendo á esto una relativa libertad de la prensa. En su gobierno figuraron hombres notables del liberalismo. Profesores perseguidos por ser de ideas revolucionarias, volvieron á ocupar sus cátedras en las universidades.

Dos años después convocó en Berlín todas las dietas de provincia para que formasen una sola asamblea, tratando en común los asuntos del país, lo que no se había visto hasta entonces, pues el despotismo, temiendo la expresión del sentimiento general, sólo permitía que las dietas se reuniesen por separado con poderes restringidos y locales. El país mostró entusiasmo y agradecimiento ante esta asamblea reunida en Berlín, que daba á la nación un carácter semi-constitucional.

Pero estos intentos de liberalismo encontraron una poderosa resistencia en la reina Elisabet, francamente reaccionaria, y que figuraba al frente de los absolutistas de Prusia. Federico Guillermo, á semejanza de su padre, vivió dominado por su esposa. Uno y otro fueron hombres valerosos y de reconocida inteligencia, pero sin voluntad ante sus mujeres y sometiéndose á exigencias políticas de éstas en el interior del hogar. Segura de su imperio sobre el monarca, la reina Elisabet obligó á los ministros á abandonar sus carteras ó someterse á su dirección. Ella, á su vez, como católica, estaba dirigida y sostenida por los jesuítas, que se exhibían francamente al lado de su regia protectora. La libertad de enseñanza fué restringida considerablemente, la prensa se vió objeto de persecuciones, y los hombres notables que el rey había llamado á su consejo se apartaron de él, sabiendo de antemano que su ruina era segura si no obedecían las órdenes de la reina.

El débil Federico Guillermo dejó que poco á poco apartasen de su lado á los hombres de mayor confianza. La camarilla reaccionaria le presentaba pruebas apócrifas para convencerle de la infidelidad de éstos. Influenciado por la reina y sus consejeros, dió su adhesión á medidas ilegítimas y violentas que exasperaron al país.

El liberalismo prusiano estaba aguardando desde 1815 el cumplimiento de la promesa de una Constitución que le habían hecho sus reyes, y en vez de cumplir esta promesa, la monarquía extremaba sus medidas reaccionarias. Desengañado ya el pueblo, se lanzó á conspirar para conseguir sus deseos. Antes de entregarse francamente á los trabajos revolucionarios, los liberales pidieron al rey el establecimiento de un régimen popular con una representación nacional para vigilarlo y dirigirlo. La respuesta de la corte fué encarcelar á los jefes de los grupos liberales. Al mismo tiempo, en su política exterior, Prusia contribuyó á la arbitrariedad y la violencia, ayudando al imperio austriaco, que se apoderó de Cracovia, suprimiendo todo lo que sobrevivía del reino polaco como pueblo independiente.

Una conspiración organizada contra el rey fué descubierta, y el gobierno reaccionario llenó las prisiones de culpables y de inocentes. El despotismo de la reina y sus partidarios se mostraba desdeñoso en estas medidas represivas. Seguro del apoyo del ejército, no creía que el pueblo pudiese intentar nada importante contra el poder real. Este desprecio exasperó aun más al pueblo que las persecuciones y los castigos.

En tal estado ocurrió en Francia la revolución de 1848, el destronamiento de Luis Felipe y la proclamación de la segunda República. El movimiento de París repercutió en Prusia. El pueblo se levantó vigorosamente ante la monarquía, cortando las calles de Berlín con barricadas y batiéndose contra las tropas reales. Del 17 al 19 de Marzo, en tres jornadas sangrientas, los cañones abrieron grandes claros en la muchedumbre revolucionaria, pero ésta se embraveció cada vez más, prefiriendo morir á declararse vencida.

Federico Guillermo se dió cuenta por primera vez de que esta revolución, de la que se burlaban sus consejeros, no era un juego infantil, y repeliendo la tutela aisladora en que le mantenía la reina, bajó á la calle, solo, sin guardias, fraternizando con los revolucionarios, anunciándoles su propósito de cambiar de ministros, reconociendo la legitimidad de sus reclamaciones. Sus promesas de dar una Constitución con la responsabilidad de los ministros y el establecimiento de la unidad alemana, apaciguaron los ánimos é hicieron cesar el combate. De vuelta á su palacio, llamó á respetables personajes del liberalismo para que formasen el nuevo gobierno, é hizo salir de Berlín las tropas que habían ametrallado al pueblo.



FEDERICO GUILLERMO III

Esta iniciativa entusiasmó á Berlín, y nunca fué tan popular y amado Federico Guillermo como en aquellos momentos. El pueblo, aglomerado ante el palacio, le hacía salir al balcón de hora en hora, tributándole inmensas aclamaciones.

Un incidente, que adquirió enorme importancia, siendo comentado en toda Europa como un simbolismo histórico, casi rompió la paz establecida.

El pueblo enterró con gran pompa el 22 de Marzo los cadáveres del doctor Weiss y del polaco Malinski, dos jefes revolucionarios muertos en las barricadas, y el fúnebre cortejo desfiló ante el palacio real. Al ver cerradas las ventanas la muchedumbre se indignó, considerando esto como una muestra del desprecio real. Temiendo una nueva revuelta, los reyes se mostraron en un balcón: Federico Guillermo con la cabeza cubierta, la reina Elisabet pálida de miedo, pero dejando adivinar en sus miradas un concentrado rencor.

La muchedumbre les reservaba una humillación. Al fijarse en el bicornio que cubría la cabeza del rey, estalló una protesta general. Debía descubrirse ante las víctimas de sus soldados. Federico Guillermo se descubrió, y la reina, no pudiendo soportar el espectáculo, cayó desmayada en el balcón.

El victorioso cortejo siguió su marcha, volviendo Berlín á su vida tranquila. El pueblo se mostraba confiado en el cumplimiento de las promesas reales. Todos

sus enemigos habían huído. Los consejeros de la reina estaban lejos. El adversario más temible, el príncipe Guillermo, hermano del rey, que era la espada de la reacción, había emigrado á Londres, sabiendo que su presencia volvería á sublevar al pueblo.

El futuro Guillermo I, fundador del Imperio alemán y gran héroe nacional, era en 1848 el personaje más odiado en toda Prusia El pueblo le había dado el apodo de *Príncipe Metralla,* porque en diversas ocasiones manifestó su deseo de contestar á metrallazos las peticiones en favor de una Constitución. En las tres jornadas revolucionarias había animado y dirigido á las tropas que acuchillaban al vecindario de Berlín.

Transcurrió el tiempo, y la monarquía, con sus débiles reformas, engañó una vez más la confianza pueril del pueblo. Los reaccionarios se apoderaron de los negocios públicos, lentamente al principio, con arrogancia después. La reina recobró su imperio sobre Federico Guillermo. El *Príncipe Metralla* pudo volver del destierro sin ningún cuidado, para prestar su apoyo al despotismo. La aristocracia dominó en todos los consejos. La reforma más importante consistió en crear una Cámara de Pares, lo que equivalía á una burla para el pueblo. El ministerio Manteuffel cometió toda clase de violencias y hasta de crímenes para aterrar á los liberales.


FEDERICO GUILLERMO IV

Un acto de la Dieta reunida en Francfort, como representante de la Confederación Germánica, sirvió para demostrar el espíritu reaccionario de la corte de Prusia, más atenta á la conservación de su poder absoluto que al engrandecimiento del país.

En 1815, luego de la caída de Bonaparte, los diversos príncipes soberanos y las ciudades libres que se repartían el suelo de Alemania habían hecho una Confederación para sostener en adelante la independencia é inviolabilidad de sus Estados. Las invasiones y atropellos del imperialismo napoleónico los habían aleccionado, demostrándoles la necesidad de corregir el fraccionamiento alemán con una común inteligencia. La asamblea directora de esta Confederación Germánica se titulaba la Dieta de Francfort, por reunirse en ciertas épocas en la mencionada ciudad.

El emperador de Austria y el rey de Prusia figuraban en la Confederación por sus posesiones que habían pertenecido al antiguo imperio germánico. El rey de Dinamarca entró también en ella como soberano del ducado de Holstein, y el rey de los Paises Bajos (Holanda) como dueño del Gran Ducado de Luxemburgo. Los numerosos reyes y príncipes alemanes, así como los magistrados-presidentes de las ciudades libres, formaban el resto de la asamblea. El imperio de Austria tenía la presidencia, lo que le hacia figurar como director de la Confederación; pero en realidad su influjo no era importante, ni deseaba fortalecer esta asociación, prefiriendo que continuase el fraccionamiento y divergencia entre los numerosos Estados.

La constitución de un imperio alemán que renovase el antiguo poderío germánico fué el ensueño generoso de una mayoría de los representantes de la Dieta de Francfort. Pero bajo la influencia de las ideas que esparció por toda Europa la revolución de París en 1848, querían un imperio liberal y democrático, fijando sus ojos en Prusia, por desconfiar de la vieja y despótica Austria.

Un año después de la revolución de Berlín, en Marzo de 1849, la Dieta de Francfort eligió al rey de Prusia emperador de Alemania, rogándole que aceptase esta corona y unificase bajo su cetro los pueblos germánicos. La proposición era tentadora para los ambiciosos Hohenzollern. Sin embargo, Federico Guillermo rehusó el título, recibiendo mal á la diputación que fué á ofrecérselo. La reina había influído mucho en esta decisión. Además se opuso enérgicamente el príncipe Guillermo, á pesar de que el imperio alemán era la ilusión más tenaz de su vida, como lo demostró después.

□

El futuro Guillermo I, emperador de Alemania, no podía transigir con nada que procediese del espíritu popular y los partidos liberales.

La educación puramente militar recibida en su niñez y los sucesos que presenció en los primeros años durante los infortunios sufridos por sus padres, decidieron para siempre el carácter de su política, que tanto ha influído en la de sus sucesores.

Cuando su hermano el rey reunió en 1847 los Estados generales de Prusia, él tomó asiento en el grupo reaccionario que se titulaba el «Partido de la Cruz». Ya hemos visto cómo la impopularidad obligó á expatriarse al *Príncipe Metralla.* Al volver á Berlín sólo se dignó aparecer de tarde en tarde en la Cámara prusiana. No obstante estar compuesta en su gran mayoría de elementos conservadores, la juzgaba demasiado revolucionaria. En cambio fué el alma de los consejos del rey, luchando enérgicamente desde el palacio con la naciente democracia prusiana, á la que aplastó definitivamente diez y ocho años después, siguiendo los consejos de Bismarck, con la victoria militar de Sadowa.

Cuando el triunfo momentáneo del pueblo impuso al fin á los Hohenzollern una Constitución en Diciembre de 1848, Guillermo vió en esto un insulto á la monarquía, aceptando como un desquite el encargo de ir

á pacificar con una intervención armada el ducado de Baden, cuyo gobierno habían expulsado los revolucionarios. El *Príncipe Metralla* se vengó de las contrariedades sufridas en Berlín castigando á los badenses con una crueldad de la que guardaron larga memoria.

Al ofrecer la Dieta de Francfort la corona imperial á su hermano, el príncipe fué el que manifestó una oposición más tenaz. Aceptar este ofrecimiento significaba una guerra inmediata con Austria, pero esto no podía influir en las decisiones de Guillermo. Lo que él consideraba inaceptable era recibir el Imperio de manos del partido nacional alemán, que era al mismo tiempo el partido de la revolución. Por esto no vaciló en sacrificar á sus principios inflexibles de gobierno sus ambiciones personales y las de su familia. Deseaba crear la Alemania única, pero prefería una espera incierta á la realidad inmediata ofrecida por los revolucionarios. Antes que gobernar el país por la voluntad del mismo país, prefirió aconsejar la alianza con Austria para el aplastamiento del naciente espíritu revolucionario en los Estados alemanes.



GUILLERMO I

Este hecho caracteriza toda la política de Guillermo. Como dice un autor, «jamás la Historia ha dado á conocer un partidario más firme y más indomable del despotismo del derecho divino». Guillermo, además, pertenecía á la secta de los pietistas, estableciendo entre su fe religiosa y su conducta como gobernante una armonía absoluta. La intervención de Dios en todos los sucesos humanos le parecía evidente. Las medidas más enérgicas de su política implacable las creyó en todos los momentos inspiradas por la divinidad. En cada uno de sus actos vió el cumplimiento de un decreto de la Providencia. Admiró su propia espada como un instrumento de Dios para la salud del mundo.

Esta mentalidad y esta fe dura é implacable del futuro emperador de Alemania, sirven de explicación á muchos actos de su nieto Guillermo II.

□

El espíritu democrático sólo hizo en la historia de Alemania una aparición rápida y única entre 1848 y 1849. La monarquía de Prusia por un lado y el Imperio de Austria por otro, aplastaron la revolución.

Prusia hizo más. La política posterior de Guillermo I y de Bismarck, halagando los instintos belicosos y la vanidad militar de los alemanes y distrayéndolos con empresas guerreras, impidió para siempre que persistiesen en sus aspiraciones revolucionarias, tolerando su servidumbre interior á cambio de la gloria de conquistar y dominar á otros pueblos.

En 1849 la voluntad de Prusia fué extinguir el espíritu revolucionario alemán, y con tanto encono realizó su obra, que nunca ha vuelto á levantar la cabeza. Una serie de catástrofes ensangrentaron Alemania. La Dieta de Francfort fué disuelta y la Constitución alemana suprimida por la fuerza militar. Los parlamentarios arrojados de Francfort se refugiaron en Stuttgart, pero también los buscó en este retiro la voluntad reaccionaria de Prusia y Austria, obligándolos á disolverse. En el ducado de Baden y en el reino de Sajonia los revolucionarios proclamaron la República. Ya hemos dicho cómo el futuro Guillermo I reprimió y castigó la insurrección badense. En Dresde la naciente República fué atacada y vencida por las tropas prusianas, y sus organizadores sufrieron crueles castigos. En esta revolución de Dresde, figuraron al lado del gobierno republicano el célebre agitador ruso Miguel Bakounine y Ricardo Wágner, maestro de capilla de la corte de Dresde.

Al mismo tiempo que la monarquía de Prusia marchaba de acuerdo con el Imperio austriaco para combatir las aspiraciones populares, conspiraba contra éste para anular su influencia en el territorio alemán. Federico Guillermo, aconsejado por su ministro Radowitz, quiso formar en la Alemania del Norte, de acuerdo con los reyes de Hanóver y Sajonia, una Confederación Germánica en la que no entrase Austria, convocando para esto un parlamento en Erfurth.

La reina Elisabet, traicionando á su marido, hizo conocer estos manejos á la corte austriaca, que protestó enérgicamente amenazando con la guerra. Federico Guillermo tuvo miedo y se avistó con el emperador de Austria en Olmütz, sufriendo grandes humillaciones. El emperador insistió en sus amenazas de una guerra inmediata si no se restablecía la Confederación Germánica tal como estaba antes de la disolución de la Dieta de Francfort, ó sea bajo la presidencia de Austria y sometiéndose Prusia á su dirección.

Federico Guillermo volvió á su reino humillado y vencido. Austria pudo ejercer sobre toda Alemania una preponderancia sin límites, estableciendo un sistema de persecuciones políticas que se hizo sentir hasta en el interior de Prusia.

Desde este momento Federico Guillermo quedó anulado. Su debilidad mental, que se había revelado desde poco antes, se agravó considerablemente. La reina Elisabet supo valerse de esto para gobernar Prusia con arreglo á sus caprichos políticos, ayudada por el ministro Manteuffel, representante de la reacción. Así transcurrieron varios años, teniendo que huir del país todos los hombres de ideas liberales. El rey vivía

recluído en su palacio, sin más compañía que la de los fieles amigos de la reina, que ocultaban al pueblo su mal incurable. En 1857 no fué ya posible disimular por más tiempo á Prusia que su monarca estaba demente, y hubo que dar un decreto nombrando al príncipe Guillermo, hermano del rey, gobernador del país, con el título de regente por un periodo de tres meses. Á la expiración de este plazo la regencia fué prolongada por otros tres meses, después por seis, y luego indefinidamente, hasta que el desventurado Federico Guillermo murió en Enero de 1861 en el castillo de Sans-Souci, cerca de Postdam.

La reina Elisabet y sus ministros conspiraron contra el regente, pero éste, á pesar de sus firmes convicciones en favor del despotismo, hizo lo que todos los monarcas cuando se ven en peligro, halagando al país con medidas de momentáneo liberalismo. Al ser declarado regente perpetuo, su primer acto fué destituir el ministerio Manteuffel, sustituyéndolo con un gobierno menos odioso.



CASTILLO DE SCHOENHAUSEN, DONDE NACIÓ BISMARCK

Por primera vez en su vida gozaba Guillermo de una sombra de popularidad. Pero esto no parecía entusiasmarle, ni le impulsó á llevar más lejos sus experiencias de monarca liberal. Al ocupar el trono definitivamente en 1861, por la muerte de su hermano, continuó por algún tiempo esta comedia de libertad que había empezado como regente. Se atrajo á los partidos avanzados con una amnistía en favor de todos los reos políticos. Halagó al mismo tiempo los instintos de los patriotas, dando un manifiesto lleno de insinuaciones belicosas y procediendo con gran actividad al desenvolvimiento y reorganización del ejército y las instituciones militares. También se ocupó seriamente de la creación de la marina prusiana, que hasta entonces no había existido, aprovechando para ello una de las adquisiciones hechas por su antecesor Federico Guillermo. Durante el reinado de éste, Prusia se había aumentado en 1851 con el pequeño ducado de Hohenzollern y un pedazo de terreno adquirido en el borde del mar del Norte, en 1853, para el establecimiento de un puerto militar. Prusia poseía al fin un puerto, pero no contaba con un solo buque, y Guillermo I, previendo lo que le reservaba la «Providencia», se preocupó desde el primer instante de la creación de una marina, aconsejando á la Confederación Germánica el desenvolvimiento de la defensa del litoral.

Cuando llegó el momento de coronarse rey, Guillermo I, en su discurso al Parlamento prusiano, declaró que era monarca «por la voluntad solamente de Dios», dando á entender con esto el poco caso que había de hacer en adelante de una asamblea cuyos poderes eran de procedencia menos elevada que los suyos, pues provenían del pueblo.

La Cámara de representantes respondió á este reto nombrando presidente á Hagen, jefe de la oposición, y negándose á votar los presupuestos presentados por el gobierno. El ministerio tuvo que dimitir, y Guillermo I dió un decreto inmediatamente disolviendo la Cámara.

Iba á empezar el combate entre la Prusia democrática y este rey tenaz, convencido firmemente de su derecho divino y refractario á admitir el derecho del pueblo.

Cinco años duró la lucha, y al fin triunfó el absolutismo monárquico, valiéndose del entusiasmo patriótico que despiertan siempre las empresas guerreras cuando van acompañadas del triunfo y la conquista. Un hombre realizó este prodigio monstruoso, colocando la fuerza sobre el derecho, haciendo que todo un pueblo olvidase su propia libertad con la alegría feroz de poder gravitar sobre la libertad de otros pueblos; un hombre que sustituyó los generosos ideales políticos de la democracia con las ventajas inmediatas y tangibles de la prosperidad material.

Guillermo I, que de continuar solo su lucha contra las aspiraciones democráticas tal vez habría sido vencido, viendo sus ensueños de grandeza incapaces de realizarse por el desacuerdo creciente entre él y su pueblo, encontró oportunamente la ayuda necesaria y decisiva.

Iba á entrar en escena el verdadero fundador del Imperio alemán.

III

Bismarck y la grandeza de Prusia

En 1832 los estudiantes de la universidad de Gottinga vieron llegar á un nuevo compañero, grande, forzudo, de carácter desigual y fantástico, que á los pocos días se había distinguido por sus numerosas extravagancias.

Este estudiante se llamaba Otto Eduardo Leopoldo de Bismarck. Había nacido en 1815 en la vasta llanura de arena del antiguo Brandemburgo, cubierta de sombríos bosques de pinos y helada por duros y largos inviernos. Era un hidalgo campesino, un «junquer», como los llaman en Prusia, y tenía por ascendientes una serie de rudos jinetes de cabeza dura, grandes cazadores y grandes bebedores. Uno de ellos había sido excomulgado por fundar una escuela laica en tiempos que la educación era el privilegio de los monasterios. Otro, que desempeñó altos cargos políticos, hizo grabar en su tumba esta simple inscripción: *Nicolaus de Bismarck, miles.* Para la familia, el título de militar era el más honorífico. Todos habían sido soldados y famosos caballistas, pero se distinguieron al mismo tiempo por una astucia más grande aún que su audacia, acompañando la dureza del puño de hierro con una gran habilidad para los negocios.

Otto de Bismarck había heredado estas facultades de sus antecesores considerablemente aumentadas, lo que comunicó á su juventud una exuberancia atropelladora y un espíritu indomable.

Los estudiantes de Gottinga, grandes bebedores y grandes duelistas, que martirizaban á los burgueses con sus farsas terribles, se vieron sobrepasados inmediatamente por este junquer de diez y siete años venido directamente de su castillo de Schoenhausen. Varias extravagancias ruidosas le hicieron ser llamado á los pocos días por el rector para sufrir una reprimenda, y el joven Bismarck compareció ante el severo tribunal universitario vestido grotescamente, con la pipa en la boca y acompañado de un par de dogos feroces que enseñaban los babeantes colmillos libres de bozal. El futuro sostenedor del orden guardó toda su vida en el fondo del carácter esta insolencia estudiantil, refractaria á las imposiciones de la autoridad.



SILUETA DE BISMARCK CUANDO ERA ESTUDIANTE

Una de sus bromas feroces quedó por muchos años en la memoria de los habitantes de Gottinga. Invitado á un baile, al que habían de asistir las señoritas más elegantes de la población, Bismarck encargó al primer zapatero de Gottinga un par de botas altas de charol, como las que todavía usan los estudiantes alemanes cuando visten el uniforme tradicional. Eran muchos los encargos que había recibido el zapatero, y el joven Otto se enteró la víspera de la fiesta, por las burlas de sus amigos, de que el industrial no pensaba cumplirle su promesa.

Acompañado del par de dogos se presentó en la zapatería, y dijo al dueño con extremada amabilidad:

—Señor, ¿ve usted estos perros? Pues bien; le juro que mañana mismo por la noche lo despedazarán en quinientos mil pedazos si no me entrega mis botas.

Y los dogos rugían sordamente mirando al zapatero, como si apoyasen las palabras de su amo.

Después que se marchó el estudiante, iba á olvidarse el zapatero de tal visita, cuando un muchacho se detuvo ante la puerta de la tienda gritando con voz lúgubre:

—¡Desgraciado! No olvides las botas del señor de Bismarck.

Y de hora en hora se fué repitiendo el aviso, siempre con voz sepulcral y con iguales palabras. Estos mensajeros los enviaba Bismarck para recordar al artesano su promesa. Cuando á las diez de la noche cerró la tienda con el propósito de acostarse, sonó en la calle un gran estrépito. Eran los ladridos de los perros feroces de Bismarck y la voz del estudiante, que decía con el tono de una aparición de ultratumba:

—¡Zapatero de mi alma! Tu vida está amenazada. ¡Piensa en tu familia!

El zapatero pasó toda la noche ocupado en las botas del señor de Bismarck, dejando incumplidos los encargos de otros clientes de mayor importancia, y el estudiante pudo ir al baile con el calzado nuevo, asombrando á sus amigos, que habían dudado de que pudiese conseguirlo.

En la universidad de Berlín su vida fué igualmentede ruido y disipación. Nunca asistió á las clases. Ni siquiera escuchó las lecciones de derecho del ilustre Savigni. Pasaba el día ó la noche en las tabernas de estudiantes, bebiendo, fumando y batiéndose á sable. En los nueve meses de un curso universitario tuvo veintiocho duelos. Bien es verdad que los duelos entre estudiantes alemanes no son mortales, pues todos los golpes van dirigidos únicamente contra el rostro. Pero en los veintiocho encuentros Bismarck tocó casi siempre á sus adversarios y sólo recibió una herida, cuya cicatriz se mantuvo visible en uno de sus carrillos. Su buena suerte en el juego de las armas le infundió un confianza insolente.

Como bebedor no fueron menores sus proezas, distinguiéndose entre la turba universitaria, una de cuyas hazañas corrientes es absorber de un solo golpe, á la voz de mando, un litro de cerveza. Bismarck conservó toda su vida esta sed de estudiante. Siendo príncipe del Imperio, Gran Canciller y árbitro de los destinos de Europa, le acompañaron, lo mismo en la guerra que en la paz, y así en el palacio como en el campamento, la pipa siempre encendida y el vaso siempre lleno. Después de beber cerveza tomaba coñac para «cocer» la cerveza en el estómago. Luego, para «cocer» á su vez el coñac, volvía á tomar cerveza. Y así continuaba bebiendo, sin que estos líquidos produjesen la menor alteración en su cabeza sólida, pues más bien parecían excitar sus facultades.

Cansado de ser estudiante de derecho entró en 1838 como subteniente en los coraceros de la Guardia, pero este gran apologista de la disciplina, que sometió á su país á un régimen de cuartel y preconizó para los

demás pueblos el mismo procedimiento, no pudo soportar nunca la supeditación militar. Le gustaba ser soldado: pero soldado para mandar, no para obedecer. Lo mismo puede decirse de su política, basada en un orden duro y férreo. El orden lo creía bueno para los demás. Él fué particularmente el carácter más soberbio, díscolo é ingobernable de su época. Hasta sus mismos reyes, á los que sirvió con tanto éxito y gloria, tuvieron que sufrir sus insolencias y genialidades.

La carrera militar del joven Otto fué corta. Un día el teniente de coraceros tuvo que visitar al ministro de la Guerra, que le hizo sufrir una larga espera. Cuando el ministro lo recibió pidiéndole que formulase su petición, Bismarck dijo simplemente:

—He venido para pedir al ministro una corta licencia. Pero durante las dos horas de antesala he reflexionado y vengo á ofrecer mi dimisión.

Al ser gran personaje y tener más años, no por esto se calmó la impaciencia de su carácter atropellador. En 1863, cuando sostenía como jefe del gobierno sus batallas con la Cámara prusiana, el presidente tuvo que llamarlo al orden por sus palabras rudas, y él contestó con una insolencia glacial:

—Como no tengo el honor de ser miembro de esta asamblea; como no he hecho vuestro reglamento ni he tomado parte en la elección de vuestro presidente, no estoy sometido á las reglas disciplinarias de la Cámara, ni el presidente posee derecho alguno sobre mí. El poder del señor presidente tiene por límite el sitio que yo ocupo en este banco. No reconozco otra autoridad superior á la mía que la de Su Majestad el rey... Yo hablo aquí en virtud, no de vuestro reglamento, sino de la autoridad que el rey me ha conferido y del artículo de la Constitución que ordena que los ministros en todos los momentos puedan obtener la palabra si la piden y ser escuchados.

Los murmullos hostiles de la asamblea protestaron de estas palabras soberbias, pero Bismarck los dominó gritando con violencia:

—Vosotros no tenéis el derecho de interrumpirme.

Su carácter de estudiante batallador y amigo de querellas, le acompañó hasta el interior del Parlamento, contestando á los diputados más respetables con bravatas de espadachín. En 1865, molestado por un discurso del sabio Virchow, una de las mayores glorias científicas de Alemania, le propuso en plena sesión el darse unas estocadas á la salida. Virchow, hombre de laboratorio, contestó que sus electores le habían enviado á la Cámara para otras cosas.

En plena vejez, su carácter no podía dominar jamás estos accesos de violencia. El emperador Guillermo I era el único amo que él reconocía, y sin embargo, la menor oposición de éste á sus palabras bastaba para provocar su cólera furiosa. En una de las entrevistas, al salir del despacho del emperador, tiró de la puerta con tal furia, que el agarrador quedó roto en su mano. Después lo arrojó en el salón vecino contra una rica ánfora de porcelana, que se hizo pedazos. Sólo entonces sonrió con un suspiro de desahogo, murmurando: «Ahora me siento mejor.»

Toda su vida el antiguo hidalgo del campo gustó de aprovechar las cortas temporadas que le dejaban libres las funciones de gobernante para correr á sus dominios de Varzin, donde podía satisfacer su necesidad de aire libre y de espacio, practicando sinceramente la vida rústica. Vigilaba los trabajos agrícolas, examinaba los bosques marcando los árboles que debían cortarse, ponía en ejercicio sus potentes músculos partiendo leña ó dando galopes furiosos que le llevaban como un jinete fantástico á través de matorrales y barrancos. La caza y la natación fueron sus grandes placeres. Durante cincuenta años persiguió el ciervo, el gamo, el oso, el zorro y el lobo. Siempre que pudo se sumergió en las aguas de los ríos, los lagos y el Océano. Anatolio France dijo de él: «El mar es la gran voluptuosidad de este gigante casto. «Sus fuerzas sólo buscaron expansión en los ejercicios violentos. El amor no tuvo jamás imperio sobre él, ni le hizo cometer locura alguna. Su ambición enorme y dominante no dejaba espacio para otras pasiones. Su lenguaje era cínico cuando estaba de buen humor, permitiéndose con las damas las mayores confianzas verbales. Pero sus deseos estaban concentrados enteramente en algo más importante que el amor, considerado por él como una niñería, y mostró siempre á su esposa una rara fidelidad que en los asuntos del hogar llegó muchas veces hasta la supeditación.

Su máquina animal, así como era de una fuerza prodigiosa, tenía una capacidad y unas exigencias poco comunes. Ya hemos hablado de sus proezas de bebedor. Cerveza, vino de Champaña, vino de Borgoña, vino de Burdeos, todo le deleitaba igualmente al penetrar por su garganta. Una vez asombró á los coraceros de Brandemburgo apurando de un solo golpe la copa de honor del regimiento, que contenía una botella entera de champañ. Otra vez, yendo de caza, apuró de un solo trago todo el vino contenido en un cuerno enorme de ciervo. Al hacer una visita á Burdeos en 1862, escribió á su familia con entusiasmo: «He bebido Lafitte, Pichon, Mouton, Latour, Margot, Saint-Julien, Brame, Laroze, Armaillac y otros vinos. Hace mucho calor. Gozamos de treinta grados á la sombra y cincuenta y cinco al sol, pero yo no pienso en esto cuando tengo buen vino dentro del cuerpo.»

Su capacidad gastronómica no era menor. Durante la campaña de 1870 en Francia, el ejército prusiano sufrió algunas privaciones, que se hicieron extensivas á los generales y los personajes del cuartel real. Pero la mesa de Bismarck estuvo siempre bien abastecida de sus manjares favoritos: empanadas de ave, cuartos de jabalí y pechugas de ganso ahumado.

—En mi familia—decía con orgullo ante estas vituallas—todos hemos sido grandes comedores. Si quieren que trabaje con éxito, es preciso que esté bien mantenido. Yo no puedo hacer una buena paz si no me dan bien de comer y bien de beber.

Pero en la familia Bismarck la astucia era tan notable como la fuerza, y este hombre supo ocultar sus apetitos ó dominarlos, cuando lo consideraba útil. El juego fué la gran pasión de su juventud, pero así que contrajo matrimonio se abstuvo de tocar una baraja. «Ser jugador no es conveniente para un padre de familia», dijo para explicar este cambio en sus gustos. Sin embargo volvió á jugar por astucia, viendo en el juego un medio de mentir á los que le rodeaban.

—En el verano de 1865—contaba Bismarck á sus íntimos—, mientras negociaba la convención de Galstein con el diplomático austriaco Blome, me dediqué á jugar al *quinze* con una locura aparente de muchacho, que dejó estupefacta á la galería. Esto tuvo su malicia. Blome había oído decir sin duda que el juego del *quinze* proporciona la mejor ocasión para conocer la verdadera naturaleza de un hombre, y quiso experimentarlo conmigo. Puedes ir enterándote, compañero, decía yo para mis adentros. Y jugué como un aturdido, perdiendo voluntariamente algunos centenares de talers, que podía haber reclamado después al tesoro de Prusia, como gastados en el servicio de Su Majestad. Con esto desorienté á Blome, y le hice seguir una falsa pista. Me tomó por un aturdido, abandonó su reserva, se confió á mí y conseguí de él todo lo que quise.



BISMARCK CON UNIFORME DE JEFE DE ESCUADRÓN DE LA LANDWEHR

También su potencia para el trabajo fué maravillosa, hasta el punto de ser comparada con la de Napoleón. En medio de los graves asuntos de Estado, encontraba siempre tiempo para leer. Poseía á fondo las obras de Shakespeare y Goethe, y tenía un conocimiento profundo de la historia universal. En sus momentos de mayor preocupación, intentaba distraerse con la lectura de novelas, abundantes en aventuras y peripecias, que cautivasen su interés sin obligarle á reflexionar. En vísperas de la batalla de Sadowa, hecho decisivo para su porvenir, pues iba á jugarse en él la carrera y la vida, visitó el campo de Sichrow, donde se habia dado una batalla preliminar y que estaba cubierto de cadáveres de militares, caballos despanzurrados, armones y piezas de artillería rotas. Al volver á su alojamiento escribió á su esposa: «Envíame inmediatamente una pistola de arzón y una novela francesa.» En la campaña de 1870, mientras luchaban las tropas prusianas Bismarck entretenía sus ocios de diplomático sin empleo leyendo las novelas folletinescas de Ponson du Terrail.

De todas las artes fué la música la de su mayor predilección. Desde joven adoró á Beethoven y fué de los primeros que aceptaron en Prusia las obras de Wágner. Guillermo I, poco afecto á la música y que sólo admitía las melodías fáciles de las óperas italianas, bostezaba, luchando con el sueño, cada vez que por un deber patriótico tenía que asistir á las representaciones wagnerianas. Su canciller, en cambio, favoreció en distintas ocasiones á este artista revolucionario, aunque prefería á los maestros alemanes de la generación anterior.

Esta afición musical le hizo emplear muchas veces en sus discursos imágenes sacadas de los poemas de las óperas germánicas. En 1848, cuando hacía sus primeras armas de diputado en la Cámara prusiana, se opuso enérgicamente como orador de la reacción á que Federico Guillermo IV aceptase la corona de emperador que le ofrecían los liberales de la Dieta de Francfort. El ardoroso junquer, que soñaba con la fundación del imperio germánico lo mismo que su futuro soberano Guillermo I, protestó sin embargo de que el rey de Prusia pudiese aceptar la nueva corona, por el carácter político de los que hacían el ofrecimiento.

«Es el radicalismo—dijo Bismarck—el que ofrece al rey este regalo. Tarde ó temprano, el radicalismo se levantará ante el rey reclamando su recompensa, y mostrando el emblema del águila sobre la bandera imperial, le dirá: «¿Pensabas acaso que el águila iba á ser un don gratuíto?»

Estas palabras eran exactamente las que pronuncia el diablo disfrazado de cazador en la ópera de Weber, *Freyschütz*, cuando reclama á Max su alma á cambio de haberle proporcionado las balas encantadas.

Como orador fué rudo, pero original y sabroso, abundando en su elocuencia las imágenes pintorescas y unas expresiones características, de las que sólo él era capaz. Hablando de un sincero debate mantenido en la Cámara prusiana, dijo desde el banco ministerial: «Estamos haciendo política en calzoncillos de baño.» Alabando al socialista Lassalle, cuyo talento

le placía mucho, lo describió con esta frase: «Era un hombre que hubiese querido tenerlo como vecino en el campo.» De otro socialista elocuente y de una dureza tenaz, dijo así: «Es una estatua de fuente que chorrea frases.»

Su filosofía particular atrajo el sutil examen de Anatolio France, que escribió lo siguiente:

«Se ha dicho que este espíritu fuerte profesaba la misma fe religiosa de la multitud, y hasta que mezclaba en ella supersticiones antiguas y groseras, como por ejemplo, considerar de un carácter funesto ciertos días y ciertas fechas. Bismarck protestó siempre de esta afirmación. «Me sentaré—dijo—á una mesa de trece convidados siempre que me guste, y me ocupo de los negocios más importantes el viernes ó el 13 de cada mes, si es necesario.» En esto era un espíritu libre. Pero por otro lado confesaba haber sentido un terror supersticioso cuando el rey le otorgó el título de conde. Es una antigua creencia en Pomerania que todas las familias que reciben este título se extinguen prontamente. «Podría citar diez ó doce—dijo Bismarck mucho después—. Hice todo lo que pude para evitar dicho título, pero al fin tuve que someterme y todavía no estoy libre de inquietud.»



LA PESADILLA DE BISMARCK

(De un dibujo de la época, por el célebre caricaturista francés Honorato Daumier)

»Parece que esto no era una simple broma. Dicen también que una vez vió fantasmas en un viejo castillo de Brandemburgo. En cuanto á su creencia en Dios, parece muy profunda. La fe cristiana ha arrancado á este soberbio acentos de gran humildad: «Yo soy—ha escrito públicamente—uno de los muchos pecadores á los que falta la gloria de Dios. Sin embargo espero, lo mismo quellos, que Dios en su gracia no me querrá arrebatar el bastón de una fe humilde, con ayuda del cual buscaré mi camino en medio de las dudas y los peligros de la situación que ocupo.» No siento la tentación de sospechar extremadamente de la sinceridad y el sentimiento que revelan estas palabras piadosas. Bien considerado, no resulta extraordinario que Bismarck sea un espíritu religioso, pues une á una imaginación exuberante un desprecio instintivo por las ciencias naturales y positivas. En todas las ocasiones ha consultado «la Biblia y el Cielo estrellado», forjando como cualquiera otro su novela de lo ideal.

»Dicen que es un triste, y yo le felicito por ello. Desprecia á los hombres, y sin embargo, su enemistad le aflige mucho. «He sido odiado por los más y amado de muy pocos», dijo en 1866. «No hay hombre más detestado que yo en Europa, desde el Garona hasta el Neva», exclamó en 1874. Sabe que en la misma Prusia hubiese sido maldecido de no quedar sus planes afirmados por la victoria. «Si somos vencidos—dijo la víspera de Sadowa—, las comadres de Berlín van á lapidarme con sus trapos de cocina mojados.»

»Para colmo de tristeza, este hombre de acción que ha realizado tantas obras no descubre, por más que reflexiona, las razones de la acción en este mundo; no encuentra siquiera un sentido posible á la vida. «¡Que se cumpla la voluntad de Dios!—escribió en 1856—. Todo aquí abajo no es más que una cuestión de tiempo. Las razas y los individuos, la demencia y la cordura, la paz y la guerra, van y vienen como las olas, mientras el mar en su fondo permanece inmóvil. ¡No hay sobre la tierra más que hipocresía y engaño! Que esta máscara de carne que nos disfraza sea arrancada por la fiebre ó por una bala más ó menos tarde, y entonces se verá que entre un prusiano y un austriaco que se odian hay tal semejanza, que es difícil distinguir á uno de otro.»

»Veinte años más tarde, en una hora íntima y solemne, sintió subir á su corazón el remordimiento y el horror por la propia obra. Fué en Varzin. El día empezaba á extinguirse. El príncipe de Bismarck estaba, según su costumbre luego de comer, sentado ante la chimenea, en el gran salón donde se yergue la estatua de Rauch, *La Victoria distribuyendo coronas*. Después de un largo silencio, durante el cual lanzaba de vez en cuando piñas secas en el fuego, siguiendo con la mirada fija su seco crepitamiento, Bismarck empezó á lamentarse de que su actividad política le hubiese valido muy pocas satisfacciones y escaso número de amigos. Nadie le amaba por lo que había hecho. Sus enormes trabajos no habían producido la

felicidad de nadie: ni de él mismo, ni de su familia.

»Uno de los oyentes intentó consolarle, diciendo que había hecho la felicidad de una gran nación.

»—Sí; ¿pero á costa de cuántas desgracias?—contestó Bismarck—. Sin mí se hubiesen evitado tres grandes guerras; no habrían perecido más de cien mil hombres; padres, madres, hermanos, hermanas y viudas no se verían sumidos en el duelo. Yo he arreglado ya esto con mi creador; pero repito que de todas mis obras no he recogido ninguna alegría.

»Nunca el señor de Bismarck se mostró tan grande como en esta hora crepuscular.»

◻

Hasta la edad de treinta y dos años permaneció en sus tierras, llevando la existencia de un señor feudal. La muerte de su padre le había hecho retirarse á su dominio de Schoenhausen para dirigir los trabajos agrícolas. En la soledad se dedicó al estudio de la historia y los idiomas.

Pero esta vida de Cincinato no convenía á su temperamento ardiente, deseoso de acción. Figuró como representante en la Dieta provincial de la Sajonia prusiana, y al reunir Federico Guillermo IV, en 1847, todas las dietas en Berlín, formando la primera Cámara, el joven diputado Bismarck se distinguió desde las primeras sesiones por el ardor con que sostuvo las doctrinas reaccionarias más extremadas. El junquer orador fué el campeón del viejo partido feudal, saturado de orgullo, de pretensiones y de odio contra el derecho popular. En medio de las interrupciones y sarcasmos de los liberales, expuso teorías del más exagerado absolutismo, sosteniendo que el rey era soberano por la gracia de Dios, dueño de un poder sin límites, y que el Estado debía conservar un carácter religioso, oponiéndose por esto á la emancipación política de los judíos. Durante la revolución de 1848, cuando todos los reaccionarios se disimulaban prudentemente, él continuó su batalla parlamentaria contra la causa popular con iguales energías.



ESTATUA DE BISMARCK EN BERLÍN FRENTE AL REICHSTAG

La gran fuerza política de Bismarck fué conocer mejor que nadie el verdadero carácter del pueblo prusiano. Sabía que era refractario á toda revolución. Sus revueltas é insurrecciones no pasaban de ser simples reflejos de los movimientos de otros países que aman la libertad y la necesitan para su existencia. El pueblo alemán, falto de iniciativas, desea verse agrupado y mandado dentro de los moldes de una estrecha disciplina. Su revolución de 1848—que no ha repetido después—fué una simple imitación de las revoluciones que en la misma fecha agitaron á Europa. Este pueblo-rebaño siente un respeto instintivo ante las jerarquías políticas y sociales, considerándolas necesarias.

Bismarck, que sabía esto, pudo desafiar insolentemente en todas las ocasiones la indignación del pueblo como nunca lo ha hecho gobernante alguno, riendo con risa brutal cuando alguien hablaba de la posibilidad de una protesta revolucionaria. Él era el único que podía ofrecer al país la solución política que reclamaban sus gustos, el régimen de cuartel, la vida de guerra y de conquista.

Ya hemos dicho cómo se opuso en la Cámara á que la monarquía prusiana aceptase la corona imperial que le ofrecían los demócratas de la Dieta de Francfort. No podía admitir el ofrecimiento por estar basado en la soberanía del pueblo y reconocer el sufragio iniversal; pero al mismo tiempo afirmó las ideas que debían caracterizar más tarde su política. En 1848 una unión alemana había de absorber necesariamente al reino de Prusia, inferior en importancia á los otros Estados germánicos reunidos. El ideal de Bismarck era que Prusia aumentase su fuerza y su poder absoluto para colocarse á la cabeza de Alemania con una jefatura indiscutible, luego de haber aplastado á los revolucionarios y haber impuesto su autoridad al grupo germánico por la razón ó por la fuerza.

Este hombre, cuyas vehemencias reaccionarias comprometieron muchas veces el principio monárquico defendido con sobrado ardor, entró en la diplomacia en 1851, siendo destinado á la legación de Prusia ante la Dieta de Francfort con el cargo de primer secretario. Dos meses después era ministro plenipotenciario, y ocupó este puesto durante ocho años, distinguiéndose por la habilidad con que supo atraer hacia su país las simpatías de los pueblos germánicos

y por su hostilidad declarada contra Austria. No contento con los manejos diplomáticos, se improvisó periodista, publicando en los diarios satíricos de Berlín artículos sarcásticos contra el gobierno de Viena. Fué tan violenta y tan franca esta campaña, que el gobierno de Prusia tuvo que relevarle del puesto de Francfort enviándolo de ministro á San Petersburgo. Tres años después, en 1862, pasó á ser ministro en París, ajustando un tratado de comercio entre Francia y el *Zollverein* alemán, representado por Prusia.

En este momento había llegado á su período álgido la lucha entre el Parlamento prusiano y el rey Guillermo I. Aunque éste figuraba como monarca constitucional, seguía los mismos procedimientos del absolutismo. El rey quería introducir grandes y costosas reformas en el ejército, chocando con la oposición de la Cámara, que se resistía sistemáticamente á todo gasto nuevo. Los ministerios eran derrotados por el Parlamento, y cuando el rey lo disolvía, las nuevas elecciones aumentaban el número de la oposición. En tal conflicto Guillermo I se acordó del hombre que por sus antecedentes, su vehemencia y su energía era el más indicado para realizar sus proyectos. Bismarck fué llamado de París á Berlín para reemplazar al príncipe de Hohenlohe como jefe del gobierno y ministro de Negocios Extranjeros.



BISMARCK EN 1866 (Grabado de la época)

Llegaba al fin para el junquer elocuente y ardoroso el momento que tanto había deseado. Iba á realizar su plan de engrandecer á Prusia por todos los medios y establecer su hegemonía sobre una Alemania restaurada, colocando para esto el gobierno personal sobre el gobierno parlamentario. Seis días después de haber tomado el poder, dijo en plena Cámara estas palabras memorables que revelaban toda su política futura: «No es con discursos parlamentarios ni con votos de mayorías, sino por el hierro y por el fuego como resolveremos las grandes cuestiones de nuestro tiempo.»

En vez de valerse de justas y prudentes concesiones para conseguir un acuerdo con la mayoría de la Cámara y una benevolencia de la oposición, Bismarck, que desdeñaba la libertad y la legalidad y estaba convencido de que el pueblo prusiano no era capaz de repetir sus protestas revolucionarias, entabló una lucha brutal con los diputados, con los periódicos, con todas las fuerzas liberales del país. La Cámara persistía en oponerse á la aprobación del presupuesto, por los gastos considerables que había incluido el rey para el aumento de las tropas. Bismarck, en vista de esto, quiso quitar á los representantes del país el derecho de reglamentar dicho presupuesto, desarrollando la extraña teoría de que el gobierno puede hacer los gastos anticipadamente y luego de realizados la Cámara sólo debe discutir si son justos ó no lo son. Esta doctrina audaz que restablecía los procedimientos del absolutismo, levantó como era natural grandes protestas. La Cámara votó una proposición declarando que el gobierno violaba los preceptos constitucionales, pero Bismarck no hizo caso alguno del voto y aceptó la lucha con la más absoluta tranquilidad. Mientras gritaban diputados y periódicos, él continuó activamente, de acuerdo con el rey, la reorganización del ejército, que debía ser el principal ejecutor de sus grandes proyectos. Todas las resistencias intentadas por el país las acogió con altivo desdén ó crueles burlas.

Bismarck fué en muchas ocasiones amigo entu-



Dibujo de J. Simont, de la «Illustration» de París

Las masas alemanas retrocediendo ante



fuego de los cañones franceses de 75

siasta de Rusia. Su permanencia en San Petersburgo y la semejanza entre sus doctrinas políticas y el sistema de gobierno del zarismo en aquella época, le hicieron mostrar una irresistible predilección por el imperio moscovita. Amaba á Rusia tanto como despreciaba á Austria. Por esto, en 1863, al estallar en Polonia la insurrección patriótica contra la tiranía rusa, Bismarck ayudó descaradamente al gobierno de San Petersburgo para el aplastamiento de la revolución polaca, simpática á toda Europa, sin importarle que su conducta fuese objeto de una reprobación general. Francia é Inglaterra protestaron vivamente al ver cómo Prusia faltaba á su neutralidad. Pero el gobernante prusiano tenía la certeza de que estas reclamaciones no podían llegar hasta el extremo de una intervención armada, y las hizo frente, contestando con notas soberbias que representaron una humillación diplomática para los gabinetes inglés y francés.



ORÍGENES DEL MILITARISMO PRUSIANO
El 1.er regimiento de infantería prusiana en 1866

Mientras tanto continuaba la lucha entre la Cámara prusiana y el arrogante Bismarck. Al contestar á una interpelación sobre el conflicto diplomático motivado por su ayuda á Rusia, el jefe del gobierno dijo insolentemente: «Yo haré la guerra si la juzgo útil, con el asentimiento ó sin el asentimiento de los representantes parlamentarios.» En la sesión del 11 de Mayo, después de un vivo altercado entre el presidente de la Cámara y el general Roon, ministro de la Guerra, que era un buen discípulo de Bismarck en punto á despreciar al Parlamento, la Cámara aprobó, por 239 votos contra 61, una petición al rey para que retirase sus carteras á los ministros, considerándoles incompatibles con la representación nacional. La respuesta de Guillermo I fué ratificar su confianza á unos ministros que tan fielmente secundaban sus planes y cerrar las sesiones del Parlamento. Quedaba la prensa como sostenedora de la protesta general, pero Bismarck la persiguió suspendiendo la publicación de numerosos periódicos y procesando á sus directores.



SOLDADO PRUSIANO EN 1866

Los tribunales absolvieron á los periodistas, y todos los municipios de Prusia enviaron peticiones al rey suplicándole que destituyese á Bismarck y sus ministros, por ser contrarios á la Constitución y á los deseos del pueblo. El gobierno declaró ilegales estas manifestaciones, y el rey decretó la disolución definitiva de la Cámara. Las nuevas elecciones enviaron al Parlamento un número más considerable aún de diputados liberales, como era natural dada la excitación del país. Desde las primeras sesiones manifestaron su hostilidad contra el gobierno, protestando del voto de la Cámara de los Señores que había puesto en vigor el presupuesto real en toda su integridad, sin atender á las reformas de la Cámara anterior.

La situación de Bismarck era difícil. Tenía enfrente á los diputados, los periódicos, las masas populares y la burguesía liberal. Se veía en el mismo estado que el ministro francés Polignac en vísperas de la revolución de 1830. Pero esto no parecía despertar en el enérgico junquer la menor inquietud. Cuando le hablaban de una revolución posible, contestaba con una risa tan franca y comunicativa que su interlocutor acababa por reir igualmente. Estaba convencido de la paciencia sin límites del pueblo prusiano, de su tendencia á la supeditación, de sus admiraciones instintivas ante todo lo que representa fuerza y atropello.

Para mantenerse en el poder contaba Bismarck con la adhesión del ejército, aumentado considerablemente, y con la ayuda de una guerra que exaltase el patriotismo del país, concentrando su atención en la gloria de los triunfos exteriores, mientras olvidaba su situación interna. En Noviembre de 1863 se presentó la ocasión deseada.

El advenimiento al trono de Dinamarca del nuevo rey Cristian IX puso á la orden del día en los Estados germánicos la cuestión de los ducados de Sleswig y Holstein, cuestión que, gracias á Bismarck, tuvo las más graves é inesperadas consecuencias. En virtud

de un tratado firmado en Londres en 1852 por los gobiernos de Austria y de Prusia, bajo la inspiración del gobierno ruso, estos ducados habían sido unidos á la monarquía de Dinamarca, reconociendo á Cristian como su rey futuro. La Dieta de Francfort no quiso admitir este tratado, invocando una ley de 1650 que daba á la unión de los citados ducados un carácter puramente personal y estableciendo que en el caso de extinguirse la descendencia masculina de los reyes de Dinamarca—como ocurrió al morir Federico VII en 1863 y sucederle Cristian IX, su pariente—, estos ducados debían pasar al duque de Augustenbourg. Las pretensiones de la Dieta de Francfort fueron puestas en práctica al subir Cristian IX al trono de Dinamarca. La Dieta, que era una representación de los instintos de nacionalidad y engrandecimiento que se habían apoderado de Alemania, reivindicó especialmente el ducado de Holstein como territorio que formaba parte del grupo germánico y ordenó el 7 de Diciembre la ocupación federal, encargando de realizarla á las tropas sajonas y hanoverianas.

Bismarck vió llegado el momento de mezclarse en el asunto. Su plan fué tan simple como atrevido: reconstituir la Alemania del Norte, hacer que Austria proclamase el estado de sitio en Galitzia, alarmando á Rusia, que se preocupó de su propia seguridad sin prestar atención á lo que ocurría en Dinamarca, y proceder resueltamente á la expoliación de este último reino. El ministro de Guillermo I ejecutó el plan con la audacia y la felicidad que le acompañaron en todas sus empresas. Nada podía temer de Inglaterra, que en aquel momento seguía una política contraria á toda intervención por las armas. En cuanto á Francia, no osaba acometer una acción europea sin el concurso británico.

El gobernante prusiano, con una astucia maquiavélica, hizo entrar en sus proyectos á Austria, convenciéndola de que la ocasión era propicia para demostrar que sentía gran interés por los asuntos germánicos. El plan de Bismarck, encaminado á apoderarse de los dos ducados sin derecho alguno y sin más apoyo que el de la fuerza, suponía un verdadero robo. La conciencia de Guillermo I y de algunos representantes del partido feudal de Prusia pareció sublevarse ante la enormidad del atentado. Pero el ministro supo disipar tales escrúpulos, demostrando á estos partidarios de la tradición que Dinamarca era un centro de agitaciones democráticas y convenía anularlo por medio de la guerra. De las protestas de la opinión popular no se preocupó para nada. Una guerra fácil y victoriosa haría olvidar su política de compresión interior, imponiendo silencio á la prensa de Berlín y á la Cámara de diputados.

Existía el tratado de Londres, firmado por Prusia y Austria, reconociendo la legitimidad con que Cristián IX poseía los dos ducados. Pero un tratado era obstáculo insignificante para un hombre como Bismarck, fundador de la doctrina alemana, que cuando lo considera conveniente, sólo ve «un pedazo de papel» en los documentos solemnes. El grande hombre prusiano, en sus discusiones preparatorias con el gobierno de Dinamarca y la Dieta de Francfort, acabó por declarar con una franqueza brutal que «las cuestiones políticas no eran cuestiones de derecho, sino de fuerza», y que Prusia, potencia europea, no iba á dejarse guiar por la mayoría de votos de la Dieta, compuesta de pequeños Estados.

El 1.º de Febrero de 1864 el ejército austro-prusiano franqueó el Eider, invadiendo el ducado de Slewig. Esta guerra inicua y corta, en la que Dinamarca nada pudo hacer contra dos enemigos poderosos, dió por resultado la pérdida para ella, no solamente del Holstein y el Lauenburgo, que eran de origen germánico, sino del Slewig por entero, comprendiendo la parte del país de pura raza dinamarquesa. Una vez terminada la expedición, todos esperaron su resultado práctico. Austria y Prusia habían tomado las armas, según dijeron, para asegurar la independencia de los ducados. Pero después del triunfo no hablaron más de la independencia de dichos pueblos. Podían haber atendido igualmente las peticiones de la Dieta de Francfort, sostenedora de los derechos del duque de Augustemburgo sobre estos territorios, pero los vencedores ni siquiera las tomaron en consideración. La doctrina de Bismarck era franca y concisa. Se habían apoderado de los ducados por el derecho de la fuerza, y debían guardarlos en virtud del mismo derecho.

Comenzó entonces un espectáculo nunca visto en la Historia. Austria y Prusia habían marchado de perfecto acuerdo mientras se trató de expoliar en común, pero llegada la hora del reparto se pelearon ante el botín, lo mismo que se pelean los salteadores al lado del camino después de una empresa afortunada. Con la convención de Galstein en 1865, verdadero acto de filibusterismo político, Austria y Prusia llegaron á un acuerdo preliminar. En este trabajo se manifestó más que en ningún otro la astucia diplomática de Bismarck, que fingiéndose un aturdido supo engañar á los representantes de Austria. Primeramente se quedó con el Slewig y luego con el Lauenburgo, que le fueron abandonados por su cómplice, tras deshonrosos regateos, mediante una indemnización de 139 francos por cabeza de habitante. Pero cuando Bismarck quiso apoderarse igualmente del Holstein, la diplomacia austriaca se opuso con indignación. El gobernante prusiano deseaba todo el botín, tratando con menosprecio al cómplice que le había servido para disimular su atentado. Por primera vez vieron claramente en Viena que la anexión de los ducados á Prusia no era más que un anuncio de la absorción de los demás Estados germánicos, y que el plan de Bismarck se encaminaba á anular la influencia austriaca en una Alemania futura dirigida por Guillermo I. Bismarck, seguro de su fuerza, ya no fingió más y aceptó francamente la cuestión con Austria, guardándose los ducados.

Podía disponer de un ejército sólidamente organizado. El rey Guillermo se asustaba en el primer momento ante la audacia de sus concepciones, pero al fin las admitía, convencido por su enérgica fe en los destinos de Prusia. La guerra de los ducados había servido para revelar á un gran estratega, el general Moltke, y á un hábil organizador, el general Roon. Apoyado en estos dos hombres que eran sus brazos, y seguro de la aprobación de Guillermo I, tras del cual se ocultaba para que pudiese figurar como la única inteligencia directora, Bismarck se atrevió á todo. Iba á reanudar la obra de Federico II, á constituir por la fuerza militar un nuevo reino de Prusia, homogéneo y de aspiraciones belicosas que dominase á Alemania entera, humillando y empequeñeciendo para siempre al imperio austriaco.


MOLTKE

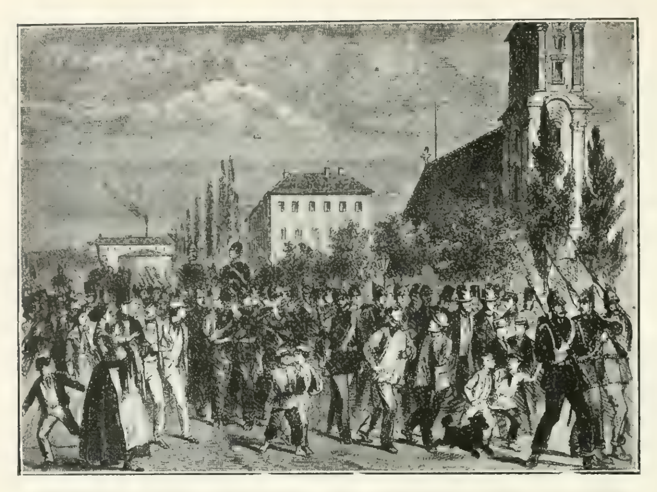
Los primeros meses de 1866 los empleó Bismarck en completar los preparativos militares con sus dos colaboradores Moltke y Roon. Un suceso inesperado casi anuló instantáneamente los planes audaces del gobernante prusiano, sirviendo al mismo tiempo para demostrar la buena suerte que le acompañó siempre en los peligros. Un revolucionario llamado Blind, furioso por el desprecio con que atropellaba Bismarck las aspiraciones populares, le disparó á quemarropa cuatro tiros de revólver. Los que presenciaron el atentado dieron por muerto al ministro, al ver que recibía todas las balas en el pecho. Pero éstas quedaron amortiguadas en el espeso forro de su gabán, y Bismarck sólo experimentó el susto consiguiente.

Antes de atacar al imperio austriaco contrajo una alianza con Italia, deseosa de completar su unidad, expulsando definitivamente del suelo patrio á los austriacos que todavía ocupaban Venecia. La alianza con Italia le proporcionó indirectamente la benevolencia del imperio francés, que años antes había ayudado á los italianos á la reconquista de Lombardía, derrotando las tropas austriacas en Magenta y Solferino.

Cuando Bismarck hubo terminado sus preparativos militares y diplomáticos, dió principio á las hostilidades, enviando á la Dieta de Francfort un proyecto de reforma de la Confederación Germánica. En él proponía la disolución inmediata de dicha Confederación en su forma actual, la expulsión de Austria, que ocupaba la presidencia, la entrega á Prusia del mando supremo de todas las fuerzas de tierra y mar de la Alemania reconstituída, y la creación de un Parlamento nacional que sustituyese á la Dieta. Lo más notable de este proyecto fué que el Parlamento alemán debía ser designado por sufragio universal, sistema del que tanto se había burlado Bismarck cuando los liberales prusianos lo solicitaban para su país. Este proyecto representaba una provocación á los Estados alemanes y al imperio austriaco, seguida indudablemente de la guerra. Las potencias neutrales intervinieron para evitarla, proponiendo la reunión de un congreso diplomático, pero el gabinete de Viena, torpe y confiado en su fuerza, se negó á todo arreglo, secundando con su ceguera los proyectos de Bismarck. Este dirigió entonces un *ultimatum* á la Dieta de Francfort para que aceptase el proyecto de nueva Confederación, declarando su negativa como un *casus belli*. La Dieta respondió á tal amenaza con la oposición que era de esperar, y dos días después, el 16 de Junio, entraron en guerra las tropas prusianas, apoderándose de Léipzig.

La campaña fué tan breve como decisiva. El ejército de Prusia avanzó con una rapidez y una seguridad casi mecánicas, ejecutando el plan ideado mucho antes por el general Moltke. En veinte días Austria se vió derrotada allí donde intentó oponerse á los enemigos, hasta que el 3 de Julio su ejército quedó definitivamente aplastado en la sangrienta batalla de Sadowa.

Este día fué el más tremendo y decisivo en toda la existencia de Bismarck. Había iniciado la guerra contra los sentimientos de Guillermo I, poco dispuesto á una lucha con el imperio austriaco, teniendo que asumir todas las responsabilidades de su plan audaz. Detrás de él estaba Prusia entera que le aborrecía y deseaba un fracaso de su política para sacrificarlo. Moltke, Roon y los demás hombres de guerra constituían su único apoyo. Si el ejército quedaba derrotado, Bismarck podía dar por terminada su carrera y hasta su vida. Hubo un momento en la batalla de Sadowa en que pareció que la suerte iba á decidirse por los austriacos. Según cuentan, el futuro canciller presenció el combate desde una altura con mirada ansiosa, pie á tierra, las riendas de su caballo pasadas por un brazo, y oprimiendo en la diestra una pistola, tal vez la misma que días antes había pedido á la condesa de Bismarck junto con una novela fran-



ENTRADA DE LOS PRUSIANOS EN LÉIPZIG

(Grabado de la época)

cesa. Su resolución era firme. Si las tropas prusianas continuaban el retroceso iniciado, un tiro de pistola se uniría al estrépito de cañones y fusiles, y Bismarck habría dejado de existir.

Pero los prusianos acabaron por triunfar en Sadowa, gracias al fusil de aguja, que era el último invento de aquella época, y les dió una irresistible superioridad sobre el enemigo. Dos días después los austriacos abandonaron Venecia, y el 22 de Julio, sin atreverse á intentar una segunda batalla, aceptaron el armisticio propuesto por Francia y los preliminares de paz. Esta paz tenía una condición *sine qua non* impuesta por Bismarck, que después de la hora mortal pasada en Sadowa se mostró más arrogante que nunca. Austria debía aceptar su expulsión de la Confederación Germánica. Sólo sobre esta base era posible la paz.

La corte de Viena abdicó para siempre su influencia en los Estados de Alemania. Llegaba para Bismarck la realización de sus ensueños: el reino de Prusia director de los destinos germánicos.

Después de este primer éxito, Alemania, unificada y modelada en el troquel prusiano, podría imponer su influencia al resto de Europa.

▫

Al romper Bismarck con la Dieta de Francfort, una parte considerable de Alemania se mantuvo en torno de ésta, oponiéndose al atropello intentado por Prusia, y como consecuencia al lado de Austria.

Los reinos de Baviera, Wurtenberg, Sajonia, Hanóver, Nassau, los dos Hesse y Francfort, se pronunciaron en favor de la Dieta. Prusia sólo tuvo á su lado las ciudades libres de Brema, Hamburgo y Lubeck, Mecklemburgo, Oldemburgo y los principados sajones.

Al firmarse en 26 de Julio de 1866 la paz de Nikolsburgo con el imperio austriaco, que iba á quedar excluído para siempre de la Confederación Germánica, el victorioso Bismarck se dedicó á normalizar la vida interior de Prusia. La victoria le había dado un enorme prestigio. La oposición liberal, la prensa, las masas democráticas, todos los que le habían combatido, oponiéndose á sus demasías, enmudecieron. ¿Cómo afrontar el entusiasmo patriótico que rodeaba á este triunfador después de la audaz aventura de Sadowa? Bismarck tomó el título de Canciller y la nueva Cámara prusiana el de Reichstag. Uno de los primeros actos del naciente Reichstag fué aprobar como útiles y patrióticas todas las medidas anticonstitucionales y violentas empleadas por Bismarck en los últimos cuatro años.

Al quedar vencedora Prusia sobre todos los Estados de Alemania, el Canciller se dedicó al engrandecimiento del territorio nacional, castigando con rudeza á los Estados germánicos que se habían declarado en favor de Austria. La paz de Nikolsburgo consagraba la existencia de una nueva Confederación más pequeña, pero más firme que la regida por la disuelta Dieta de Francfort. Esta Confederación, llamada de la Alemania del Norte, abarcó, como lo indica su nombre, todos los Estados alemanes situados más arriba de la línea del Mein. Abajo del Mein se creó la Confederación de la Alemania del Sur, formada por Baviera y otros Estados que se habían mostrado contrarios á Prusia en la reciente guerra. El diplomático Bismarck transigió con ellos, adivinando que más adelante podría atraerlos á sus planes. Reconoció sin resistencia la Confederación del Sur, y antes de terminar el año había firmado tratados de paz y de alianza ofensiva y defensiva con dichos Estados, los cuales aceptaron que en caso de guerra el mando de sus ejércitos sería confiado al rey de Prusia.

En la Alemania del Norte su política fué distinta, castigando con mano dura á todos los países que habían seguido á la Alemania del Sur por mantener los acuerdos de la Dieta de Francfort. Dichos Estados fueron anexionados á Prusia, decretando Bismarck el destronamiento de sus reyes, duques y electores. De tales atropellos el más censurable fué el realizado en el reino de Hanóver. El rey de este país, Jorge V, que había nacido ciego, quedó destronado por el delito de ser fiel á sus compromisos con la Dieta. La familia real de Hanóver se vió despojada, no sólo de su reino, sino de sus bienes particulares, quedando reducida á vivir en el destierro en la mayor pobreza. Bismarck la persiguió con su saña, así como al elector de Hesse, igualmente despojado de sus bienes, é hizo aprobar por el Reichstag la doble expoliación, como si fuese



BATALLA DE SADOWA

una medida patriótica. Los habitantes de los países alemanes anexionados á Prusia intentaron oponerse al atropello con protestas y motines, pero Bismarck los redujo férreamente á la obediencia.

Veintidós Estados alemanes, de una importancia más ó menos considerable, constituyeron con Prusia la Confederación del Norte que Bismarck se dedicó á organizar durante el año 1867. Además, la Confederación del Sur, como ya hemos dicho, había puesto sus tropas, para el caso de guerra, á las órdenes del rey Guillermo. Un Parlamento aduanero que englobaba los intereses económicos de ambas confederaciones sirvió al Canciller para ir dando realidad á su plan de una Alemania única.

Esta organización formidable se dirigía especialmente contra Francia, único enemigo que veía Bismarck para el engrandecimiento de Prusia. Todas sus medidas de gobernante y sus gestiones diplomáticas fueron encaminadas á preparar una guerra con el Imperio francés, arrebatándole las simpatías de las otras potencias para aislarlo y asestarle oportunamente el golpe decisivo.

La jactancia y la torpeza de los gobiernos de Napoleón III facilitaron considerablemente estos planes. Europa estaba fatigada de la supremacía continental ejercida por el Imperio francés. Éste, por su parte, como todos los gobiernos basados en la fuerza, abusaba del poder militar, creyéndolo más fuerte de lo que era en realidad.

El gobernante prusiano pudo juguetear como un felino con el imperialismo francés antes de devorarlo. El embajador de Napoleón III en Berlín era el conde de Benedetti, diplomático de vista corta que no supo adivinar los verdaderos propósitos de Bismarck ni hizo ver á su país la importancia militar de Prusia.

Después de la catástrofe de 1870, Benedetti intentó justificar su fracaso diplomático afirmando que oportunamente había dado la voz de alarma á su emperador. De ser esto verdad resulta que Napoleón fué aun más torpe y confiado que su representante.

El astuto Bismarck, para realizar tranquilamente sus preparativos de guerra y los engrandecimientos del territorio prusiano sin alarma ni protesta de Francia, había encontrado el medio



BERLÍN. LAS BANDERAS TOMADAS Á LOS AUSTRIACOS

(Grabados de la época)

de distraer á Benedetti y su soberano hablando vagamente de una inteligencia posible entre ambas naciones para que Napoleón se apoderase de Bélgica. Como el Imperio, desacreditado é impopular, necesitaba el prestigio de nuevas conquistas para mantener su existencia frente al descontento del país y las protestas del republicanismo, Napoleón III y su embajador cayeron fácilmente en esta trampa de la diplomacia prusiana. Benedetti y Bismarck hablaron muchas veces del futuro reparto de Bélgica, sugerido diabólicamente por el Canciller. El embajador francés fué tan confiado, que llegó á entregar á Bismarck pruebas escritas de este propósito de su emperador. Dichos papeles, comunicados por el Canciller al gobierno de Inglaterra, hicieron enfriarse las relaciones amistosas entre la Gran Bretaña y Francia. Esta fué la causa principal de que el gobierno de Londres contemplase impasible la desastrosa guerra de 1870 y la ruina del Imperio. En aquel entonces, lo mismo que en la actualidad, Inglaterra consideró la independencia de Bélgica como algo sagrado é intangible. Se separó del Imperio francés porque había pensado atentar contra ella. Bismarck tuvo buen cuidado en mostrarse de un escrúpuloso respeto para la integridad de Bélgica durante la guerra con Francia. Sabía que era el medio mejor para que la Gran Bretaña permaneciese tranquila.



BENEDETTI

En 1868 se debilitó visiblemente la política prusiana dirigida contra Francia. Bismarck estaba enfermo y tuvo que retirarse por algún tiempo de los negocios públicos. Una dolencia nerviosa producida por el exceso de trabajo y de emociones le mantuvo por algunos meses lejos del gobierno, pero antes de terminar el año, el coloso incansable volvió á comparecer ante el Reichstag, reanudando con los mismos impulsos de la juventud su política arrolladora.

Todas sus medidas iban encaminadas contra el Imperio francés, siendo extraordinario que Napoleón III y sus hombres, cegados por la soberbia de un poder que creían invencible, no adivinasen la tormenta que se formaba contra ellos al otro lado del Rhin.

Hubo un momento en que el emperador francés pudo ver el peligro con toda claridad. Apenas intentó en 1867 adquirir el ducado de Luxemburgo que le cedía el rey de Holanda, el Canciller se alzó ante él oponiéndose enérgicamente á dicha anexión. La guerra entre Francia y Prusia estuvo próxima á estallar tres años antes de 1870. Pero Bismarck consideró á última hora que su país no estaba completamente preparado para la lucha y que era mejor esperar. Por esto dió una solución diplomática al asunto, aceptando que en la conferencia de Londres se declarase al Luxemburgo territorio neutral, desmantelando sus fortificaciones. Esta era la conducta del supuesto amigo que un año antes había halagado la complicidad del Imperio sugiriéndole la posibilidad de la anexión de Bélgica. No ya este reino importante, sino ni un pequeño ducado permitía Bismarck que viniese á agrandar el territorio francés. Un año antes, cuando Prusia estaba en lucha con Austria, había sido conveniente halagar á Napoleón con mentidas esperanzas para mantenerlo al margen de la lucha. Ahora que el reino prusiano era fuerte y estaba en paz con Europa podía mostrar francamente sus sentimientos poco benévolos para Francia.

El emperador, después de esta brutal demostración, volvió á su apática y confiada somnolencia, mientras Bismarck continuaba en silencio su obra enorme. Para que los Hohenzollern fuesen, según el deseo de Federico el Grande, los primeros monarcas de Europa, era preciso vencer á Francia, desmembrarla y hacerla descender á un segundo rango. La actividad de Bismarck, secundada por la aprobación de Guillermo I y el tecnicismo de Moltke y Roon, preparó la Alemania hasta en sus menores detalles como la más formidable máquina de guerra conocida hasta entonces.

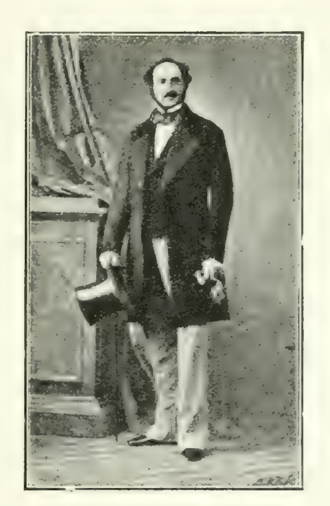
«Todo estaba pronto en Prusia —dice un historiador francés—, lo mismo los hombres que las cosas. Nada estaba preparado en Francia. Aquí, entre las manos del emperador, aventurero siniestro que se había hecho dueño violentamente del país, todo estaba dislocado, empequeñecido y corrompido. La imprevisión y la impericia que dirigían los negocios públicos, la ausencia de hombres superiores en el gobierno, la desorganización del ejército, la decadencia moral producida por veinte años de despotismo, todo concurría en caso de conflicto á precipitarnos en una catástrofe. El gobierno prusiano sabía todo esto, y sólo esperaba una ocasión favorable para entablar la lucha.»

Esta ocasión, deseada por Bismarck durante más de un año, ó sea después de visitar París en 1869 con pretexto de la Exposición Universal y ver de cerca el estado de Francia, se la proporcionó inesperadamente el pueblo que menos relación tenía con Prusia y menos motivos para influir en las cuestiones del centro del continente: España.

Después de la revolución española de 1868, que destronó á la dinastía borbónica en la persona de Isabel II, los directores de este movimiento nacional, generales y políticos prestigiosos, en vez de procla-

mar la República como era lógico, persistieron en el mantenimiento de la forma monárquica, pero con una dinastía nueva, para lo cual fueron sus representantes mendigando un rey por todas las cortes de Europa.

Uno de los candidatos á la corona de España fué el príncipe alemán Leopoldo de Hohenzollern, pariente de Guillermo I y simple comandante de infantería de la Guardia prusiana. Para sostener esta candidatura, el general Prim, jefe del gobierno español y enemigo personal de Napoleón III por lo mucho que le había perseguido éste en sus tiempos de conspirador, se puso de acuerdo con Bismarck, que encontró en este asunto una doble ventaja para sus planes. Si el Hohenzollern se sentaba en el trono de España, el Imperio francés quedaría en un aislamiento completo, rodeado de enemigos por todas partes. De fracasar la candidatura, era casi seguro que estas negociaciones diplomáticas, al ser conocidas por Francia, darían pretexto á la guerra que deseaba el canciller prusiano. Á fines de Junio de 1870, el acuerdo entre Prim y Bismarck fué completo, después de largas negociaciones. El embajador de Francia en Madrid telegrafió el 3 de Julio al duque de Gramont, ministro de Negocios Extranjeros en París, que la candidatura de Hohenzollern al trono de España era cierta y de éxito indiscutible. El general Prim en persona le había manifestado su firme voluntad de hacer friunfar dicha solución, pues no encontraba otro candidato aceptable en ningún país.


EL DUQUE DE GRAMONT

La noticia puso en alarma al gobierno imperial. El embajador de Francia en Berlín pidió explicaciones á la Cancillería prusiana, pero Bismarck se había ausentado y su reemplazante, M. de Thile, contestó de un modo evasivo que el gobierno prusiano ignoraba esta gestión y no tenía por qué mezclarse en ella ni aceptaba responsabilidad alguna, por tratarse de un asunto personal. Únicamente Guillermo I podía intervenir en el asunto, no como rey de Prusia, sino como jefe de la familia Hohenzollern.

La distinción sutil entre la corona de Prusia y la familia Hohenzollern, ideada sin duda por Bismarck, fué la norma constante de la diplomacia alemana en este conflicto.

La posibilidad de un rey prusiano en el trono de la vecina España produjo gran efervescencia en la política francesa. El gobierno, en vez de aminorar la agitación, la aumentó el día 5 de Julio en la Cámara de diputados con las declaraciones del duque de Gramont, jactanciosas hasta la fanfarronería. El ministro de Negocios Extranjeros, después de hacer constar sus simpatías por la nación española y la voluntad de Francia de no inmiscuirse «en los asuntos interiores de una grande y noble nación en pleno ejercicio de su soberanía», añadió con arrogancia en medio de los aplausos entusiastas de los diputados bonapartistas:

«Nosotros no creemos que el respeto á los derechos de un pueblo vecino nos obligue á sufrir que una potencia extranjera, colocando á uno de sus príncipes en el trono de Carlos V, desarregle en perjuicio nuestro el equilibrio actual de las fuerzas de Europa y ponga en peligro los intereses y el honor de Francia.

»Tenemos la firme esperanza de que no llegará á realizarse esta eventualidad. Para impedirla contamos á la vez con la cordura del pueblo alemán y la amistad del pueblo español. Si no fuese así, fortalecidos por vuestro apoyo y el de la nación sabremos cumplir nuestro deber sin dudas ni vacilaciones.»

Los diputados de la oposición se escandalizaron ante este lenguaje audaz. «¿Es que queréis la guerra?», gritó M. Crémieux. El presidente del Consejo, Emilio Ollivier, republicano de la víspera que había reconocido el imperio y deseaba merecer la confianza de la corte extremando su política, dijo que ansiaba la paz, pero añadió: «Si algún día consideramos que la guerra resulta inevitable, la emprenderemos sin vacilar.»

Los detalles de esta sesión parlamentaria causaron en Berlín gran cólera, viéndose en ellos una provocación á Prusia. Bismarck, fingiéndose igualmente indignado, experimentó sin duda una gran alegría interior. Llegaba la guerra tan deseada por él. Los mismos enemigos se encargaban de provocarla con sus imprudencias, dando á Prusia el simpático papel de nación agredida. Á la fanfarronería del Parlamento francés y su ciega confianza, se unieron las irritantes exigencias de la diplomacia napoleónica, que pretendió humillar á la corte de Prusia creyéndola débil y temerosa.

El embajador Benedetti visitó al rey Guillermo en la estación balnearia de Ems, para pedirle que obligase al príncipe de Hohenzollern á desistir de su candidatura al trono de España. El monarca contestó insistiendo en su doctrina de que como rey de Prusia no tenía por qué mezclarse en un asunto que era puramente de familia, y como jefe de la casa Hohenzollern lo único que podía hacer era hablar con el candidato Leopoldo y su padre, Antonio de Hohenzollern, que había preparado y dirigido la negociación con España.

El gobierno de París no se dió por satisfecho con esta respuesta é insistió enérgicamente, demostrando que no temía un rompimiento, pues más bien parecía

buscarlo. Napoleón III y sus ministros procedían como si ignorasen que Prusia y los demás Estados alemanes estaban poderosamente armados, deseando entrar en campaña inmediatamente. El gabinete de París había recibido desde mucho antes numerosos informes sobre estos preparativos, pero una imprudencia irresistible lo arrastraba á la perdición.

Siguiendo sus órdenes, el embajador Benedetti volvió el 11 de Julio á Ems para tener una nueva entrevista con el rey de Prusia, insistiendo en la renuncia del príncipe Leopoldo. Guillermo contestó que no sabía siquiera dónde estaba el príncipe en aquellos momentos, pero esperaba recibir noticias suyas aquella misma noche.

Al día siguiente se supo que el príncipe Antonio, padre del pretendiente, había telegrafiado á Madrid la renuncia de su hijo. Con esto desaparecía la causa del conflicto. En Berlín todos dieron el asunto por terminado, y en París recobraron su tranquilidad los que eran ajenos á los intereses del imperio y no creían necesario una guerra para su existencia. Pero quedaban los cortesanos y ministros de Napoleón III, deseosos de no perder la ocasión para realzar con la gloria de una campaña victoriosa la popularidad decreciente del imperio; quedaban Moltke, Roon y todos los generales y oficiales prusianos, ansiosos de experimentar en un choque con los franceses la fuerza del gran organismo belicoso que habían creado; y sobre todos ellos quedaba Bismarck, genio diabólico que supo impedir el restablecimiento de una calma contraria á sus planes. La imprudencia del gobierno francés continuó viniendo en su ayuda.



EL MARISCAL LEBŒUF

El 13 de Julio, Benedetti se presentó por la mañana al rey Guillermo para manifestar que si el príncipe Leopoldo reanudaba sus gestiones de candidato, el gobierno francés consideraría esto como una ofensa. El rey contestó que después de la renuncia no había motivo para hablar más del asunto. Por la tarde volvió á la carga el embajador con una torpeza irritante para exigir que Prusia *diese garantías* de que el candidato Hohenzollern no pensaba insistir en sus pretensiones. Irritado Guillermo I por tal insistencia, se negó á recibir al embajador, manifestándole por medio de un ayudante que tendría una gran satisfacción en hablar con él de asuntos particulares, pero que no podía darle audiencia para tratar de un asunto que había quedado ya resuelto por la mañana. Esta grave resolución del soberano fué obra del astuto Bismarck, que al mismo tiempo que aconsejaba al rey los procedimientos enérgicos mantenía la desconfianza de los franceses con tortuosas informaciones secretas para que persistiesen en sus demandas imprudentes.

El acto de Guillermo I produjo en Francia gran indignación. El imperio se consideró ofendido. Por su parte Bismarck aceleró el rompimiento, valiéndose de procedimientos reprobables que él consideraba de uso legal siempre que sirviesen á sus planes.

Mientras Benedetti, «el corso irascible» como le llamaba Bismarck, se había trasladado á Ems para tratar directamente con Guillermo I, el Canciller se mantenía oculto en sus tierras de Varzin. Fué un procedimiento diplomático semejante al que siguió la Cancillería alemana en 1914, durante el mes de Julio, cuando el embajador de la Gran Bretaña trabajaba por el mantenimiento de la paz. La ausencia del Canciller y las palabras ambiguas de los sustitutos no permitieron ningún arreglo definitivo.

Bismarck desde Varzin estaba en comunicación telegráfica con Ems, aconsejando á su rey. Además tenía junto á éste á un consejero íntimo de la Cancillería, el literato Abeken, hombre de grandes estudios estéticos y filológicos, que había puesto al servicio de Bismarck su estilo acomodaticio y su carácter sumiso.

Oculto en Varzin, trabajó el Canciller para que no pudiese sobrevenir un arreglo y el asunto del trono de España produjese la guerra. Al ver que Benedetti se trasladaba á Ems para ponerse en contacto directo con Guillermo I, él se dirigió á Berlín, esperando con sus consocios Moltke y Roon el ansiado desenlace.

Cuando el rey, á instigaciones de su Canciller que le aconsejaba una gran energía, é irritado por las pretensiones de Benedetti, se negó finalmente á recibirle, Abeken, por encargo del monarca, puso un telegrama confidencial á Bismarck dándole cuenta de todo lo ocurrido.

Este documento fué el famoso «despacho de Ems», célebre en la historia de la diplomacia. Guillermo I, al releerlo antes de que lo enviasen al telégrafo, dijo á Abeken:

—Esta vez creo que Bismarck quedará contento de nosotros.

Sin embargo, el telegrama era de un estilo débil y no podía contentar al Canciller. El rey se limitaba á darle cuenta de lo ocurrido entre él y Benedetti y de su negativa á recibirlo en adelante para tratar de la candidatura Hohenzollern. Luego dejaba «á la voluntad de Bismarck» el callar este suceso ó el darlo á conocer á la diplomacia y la prensa con una publicidad que hiciese irreparable el rompimiento. Guillermo sentía miedo á última hora ante las consecuencias

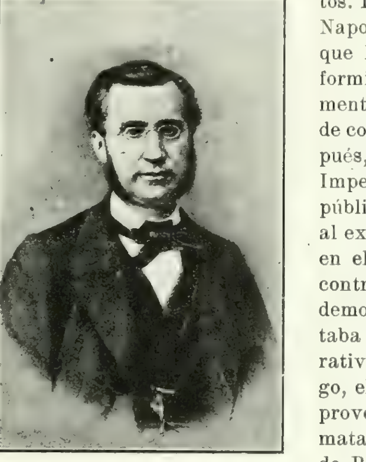
de estos manejos ocultos de su Canciller, y no se atrevía á adoptar una resolución.

Bismarck estaba comiendo en Berlín con Moltke y Roon cuando recibió el telegrama. Los tres esperaban con la ansiedad del entusiasmo las noticias de Ems creyéndolas belicosas. Al leer el telegrama, el viejo Moltke quedó desalentado. Una senilidad repentina descompuso su rostro y enfrió sus energías. La gloria se le escapaba de entre las manos. Iba á resultar inútil toda su vida dedicada á la fabricación de una herramienta de guerra como nunca se había conocido. El rey Guillermo no quería la lucha y echaba pie atrás en el momento decisivo. Su colega Roon mostró igual desaliento.

Pero el terrible coloso, después de breve reflexión, sonrió diabólicamente ante la tristeza de sus amigos.

—Todo va bien—les dijo—, seguid comiendo con tranquilidad.

Le bastó pasar unos minutos en su despacho, pluma en mano, ante el famoso telegrama. Borró palabras, para modificar de este modo el sentido del texto, é interpretando como una orden ineludible la consulta que le hacía su rey sobre la conveniencia de dar á conocer el telegrama ó guardarlo secreto, lo lanzó inmediatamente á la publicidad. Después de esto era irreparable el rompimiento entre Francia y Prusia, y por consiguiente la guerra.



EMILIO OLLIVIER

Algún tiempo después, el socialista Liebknecht y otros fueron conducidos á la cárcel por acusar á Bismarck de falsificación. Pero el falsario se enorgullecía de su triste hazaña que había empujado al país á una guerra victoriosa.

El entusiasmo del elemento militar demostró á las pocas horas que el Canciller había interpretado con su falsificación el espíritu belicoso de la corte prusiana. La noticia de los efectos del telegrama real modificado por Bismarck, llegó á Ems en el momento que Guillermo I con su séquito se disponía á volver á Berlín.

—¡Es la guerra!—exclamó el príncipe heredero.

Y todos los generales y oficiales de la regia compañía repitieron con gozoso entusiasmo: «¡Es la guerra! ¡Al fin llega la guerra!»

En París no fué menor la exaltación ante una guerra que todos los imperialistas consideraban de éxito seguro. Napoleón III, «genio invencible» según sus aduladores cortesanos, iba á aplastar á Prusia con gran facilidad, así como años antes había derrotado á los austriacos en los campos de Lombardía. En vano hablaban los observadores imparciales del desorden que había creado el imperio de Francia y de la falta de medios para la defensa. Los bonapartistas infundieron confianza á la nación afirmando que estos pesimismos no eran más que murmuraciones interesadas de los republicanos. Thiers se vió insultado en la Cámara, al oponerse á la guerra con palabras proféticas que anunciaban la próxima catástrofe. Su voz autorizada se perdió entre los gritos de protesta de los diputados imperiales, que se habían repartido como un botín durante veinte años la prosperidad de Francia.

Nunca se había visto un gobierno tan ciego y jactancioso, marchando á la ruina con la sonrisa en los labios y la seguridad de la victoria en todos sus gestos. Resulta incomprensible la seguridad con que mintió el régimen imperial en estos momentos. Los ministros—y especialmente Napoleón III—sabían con certeza que los alemanes gozaban de una formidable superioridad en el armamento, la organización y el número de combatientes. Cuando un mes después, en 4 de Septiembre, cayó el Imperio quedando proclamada la República, los gobernantes populares, al examinar los papeles archivados en el palacio de las Tullerías, encontraron numerosos informes que demostraban cómo el emperador estaba enterado de los enormes preparativos de Alemania. ¡Y sin embargo, el Imperio buscaba la guerra, la provocaba, como si fuese un autómata movido por los ocultos tirones de Bismarck!... Se iba á cumplir la suerte fatal de todo régimen basado en la fuerza y el atropello. La orgullosa jactancia de los imperios militares los arrastra irresistiblemente á la muerte, aunque estén dirigidos por el genio de un Napoleón I.

En los pasillos de la Cámara, el mariscal Lebœuf, ministro de la Guerra, decía con suficiencia á los diputados, atusándose el bigote:

—No temáis nada. Todo está preparado en nuestro ejército. Nada falta: ni el último botón de una polaina.

El jefe del gobierno, Emilio Ollivier, decía con una seguridad de caudillo victorioso refiriéndose al ejército prusiano: «Soplaremos sobre él y caerá.» Y los diputados bonapartistas sonreían y aplaudían. Iba á ser una guerra corta y victoriosa.

Esta demencia gigantesca únicamente puede explicarse por la confianza que un imperio militar, favorecido al principio por la fortuna, pone siempre en la suerte de las armas, creyendo que será eternamente favorable. Además el bonapartismo necesitaba una guerra como un medicamento, para restaurar su salud vacilante.

La emperatriz Eugenia era la que mostraba mayor energía, violentando los sucesos con la imprevi-

sión propia de una mujer de capacidad vulgar cuando se mezcla en los asuntos de Estado.

—Esta guerra—decía—es mi guerra. La necesito: me hace falta.

Paul de Cassagnac, el primer escritor del bonapartismo, dijo después de la catástrofe con ingenua franqueza: «Para nosotros la guerra era inevitable por los intereses de Francia y por las *necesidades de la dinastía.*»

En las últimas palabras se encierra el verdadero motivo de esta carrera loca hacia la catástrofe á que se vió impulsada Francia por el Imperio. Napoleón III y su esposa querían conservar intacto el trono para su hijo; la República, que se imaginaban muerta para siempre después del asesinato nacional del 2 de Diciembre, volvía á levantarse como un espectro que anunciaba venganza, y únicamente una guerra podía afirmar el régimen en peligro.

El antiguo aventurero llegado á emperador sentía cierto misticismo al considerar su ascensión prodigiosa. Tenía fe en su buena estrella por los éxitos conseguidos hasta entonces, y se lanzó en la aventura, creyendo que á última hora vendría en su auxilio una circunstancia inesperada.

El principal colaborador de los planes audaces de Bismarck fué involuntariamente Napoleón III. En el gran drama de 1870 todos trabajaron sin quererlo para la creación de los organismos más opuestos á sus propios ideales. El emperador Napoleón facilitó el nacimiento del Imperio alemán. Bismarck contribuyó, sin desearlo, al triunfo definitivo de la República en Francia.



EL EMPERADOR NAPOLEÓN III

IV

La guerra de 1870 y el Imperio de Alemania

La incuria del segundo Imperio napoleónico había puesto á Francia á merced del invasor. Sus representantes, confiados en el prestigio de la victoriosa leyenda bonapartista, no habían hecho preparativo alguno, mirando sin inquietud la enorme máquina de guerra montada al otro lado del Rhin por un gobernante que había de decir con bárbaro orgullo: «La fuerza es superior al derecho.»

El hombre que conocía mejor que todos los franceses la verdadera situación de Francia era Bismarck. Tenía á su servicio un espionaje audaz—del que hablaremos más adelante—, que elevó á la categoría de una institución política. Estaba enterado de que el efectivo del ejército francés, á pesar de las bravatas bonapartistas, era casi irrisorio; que el régimen imperial había corrompido á los generales, extinguiendo el sentimiento del deber en los oficiales; que la intendencia se mantenía desorganizada y desprovista de recursos; que los arsenales estaban casi vacíos, y si el patriotismo del pueblo despertaba en Francia á la hora de la invasión, podría hacer muy poco por falta de preparación militar. El gobierno imperial, que únicamente se ocupaba de la política y tenía miedo á las masas populares por ser republicanas, había desarmado la Guardia Nacional desde años antes.

El desprecio del Canciller por los gobernantes del Imperio era enorme. Los había tratado y reconocido en sus viajes á Francia, dándose cuenta de su inepcia, sólo comparable con su infatuación. El mérito del emperador lo había apreciado al primer golpe de vista, al conferenciar con él en Vichy en 1866. Sus apariencias taciturnas hacían creer á muchos en un gran talento reconcentrado, que vivía una existencia interior de grandes ideas. Bismarck se dió cuenta de que este silencio sólo ocultaba una incapacidad aparatosa.

Con tales enemigos, el Maquiavelo prusiano no creyó nunca necesaria una gran habilidad diplomática. Los procedimientos más groseros le bastaron para hacerlos caer en la trampa de su política, poniendo del lado suyo las apariencias del derecho.

—Jamás—decía Bismarck al coronel Stoffel, agre-

gado militar de Francia en Berlín—desearemos nosotros una guerra con los franceses. Para que esta guerra fuese un hecho, sería necesario que vinierais vosotros á disparar vuestros fusiles contra Prusia á quemarropa.

Y el terrible gigante reía bondadosamente, como si fuese un apóstol de la paz. Lo que él no decía era que gracias á sus manejos los políticos mediocres del bonapartismo se encargarían imprudentemente de hacer estos disparos, dando á Prusia la simpatía que acompaña siempre al agredido.

Al iniciarse la guerra, los militares franceses y la crédula opinión popular se mostraron confiados en el mérito del fusil chassepot, superior al fusil de aguja de los alemanes. Á esto se limitaban las ventajas francesas. En lo demás su inferioridad era lamentable. Todo les faltaba: cartuchos, municiones de todas clases, medios de transporte, víveres, hornos de campaña. En cuanto á la artillería, era inferior á la alemana tanto en el número como en el alcance. El gobierno había podido adquirir dos años antes cañones iguales á los de Krupp, pero Napoleón III, antiguo oficial de artillería, los había rehusado soñando con algo mejor, sin querer aceptar nada definitivo, hasta que le sorprendió la guerra.

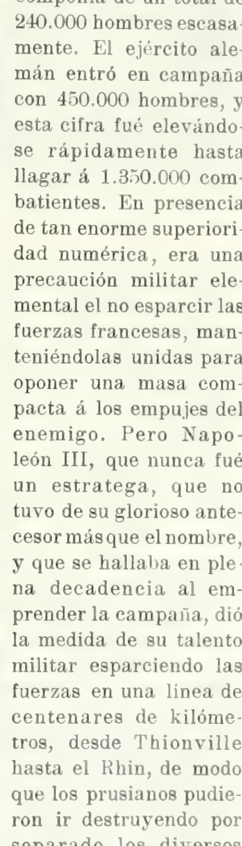


LA EMPERATRIZ EUGENIA

En la campaña de 1870 los franceses se batieron siempre en una proporción de uno contra tres, y en ciertos combates de uno contra cinco ó seis. Nunca, en toda su historia, se vió Francia menos preparada para la defensa. Bismarck y Moltke, que estaban bien enterados de todo por el espionaje á su servicio, tenían prisa en dar el golpe, antes de que el Imperio pensase en una reorganización.

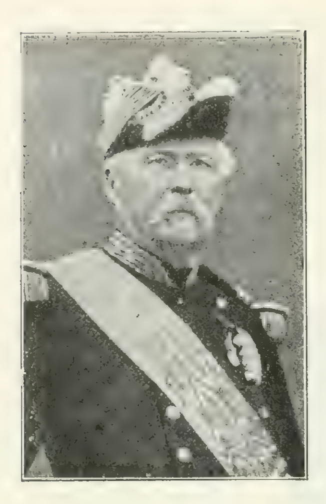
«Mientras nuestros generales — dice un escritor francés—no tenían siquiera mapas del país donde se desarrollaba la campaña, el último de los soldados prusianos guardaba en su mochila un indicador del terreno, marcado escrupulosamente. Este fué el secreto de la ciencia geográfica de que dieron tantas pruebas sorprendentes nuestros enemigos y de la cual nuestros generales y ministros no tenían ni siquiera sospecha. El menor pliegue del terreno, un sendero insignificante, un árbol, figuraban exactamente en la carta, así como las aldeas, los molinos y las granjas. De este modo nada pudo escapar á las ásperas requisas de los prusianos, al mismo tiempo que estos conocimientos precisos facilitaban singularmente sus movimientos tácticos.»

Al empezar las hostilidades, el ejército francés se

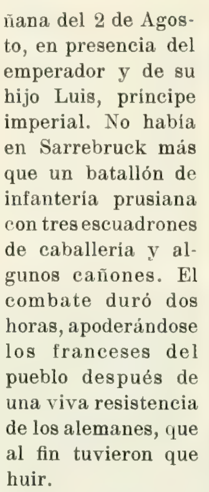


componía de un total de 240.000 hombres escasamente. El ejército alemán entró en campaña con 450.000 hombres, y esta cifra fué elevándose rápidamente hasta llagar á 1.350.000 combatientes. En presencia de tan enorme superioridad numérica, era una precaución militar elemental el no esparcir las fuerzas francesas, manteniéndolas unidas para oponer una masa compacta á los empujes del enemigo. Pero Napoleón III, que nunca fué un estratega, que no tuvo de su glorioso antecesor más que el nombre, y que se hallaba en plena decadencia al emprender la campaña, dió la medida de su talento militar esparciendo las fuerzas en una línea de centenares de kilómetros, desde Thionville hasta el Rhin, de modo que los prusianos pudieron ir destruyendo por separado los diversos cuerpos del ejército francés, uno tras otro, con todo desahogo. Además, y esto fué lo más triste, cuando por casualidad uno de los generales del Imperio se hallaba en situación de socorrer el cuerpo de ejército de un compañero cercado por los alemanes, se mantenía inmóvil en sus posiciones. Estos caudillos, que habían llevado en las Tullerías una existencia de cortesanos, llena de intrigas y de celos, se odiaban ocultamente, buscando cada uno el propio éxito y la derrota del compañero, sin pensar para nada en la suerte del país.

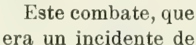
El ejército francés se componía de ocho cuerpos, mandados respectivamente por Mac-Mahon, Frossard, Bazaine, Ladmirault, Failly, Canrobert, Bourbaki y Douay.



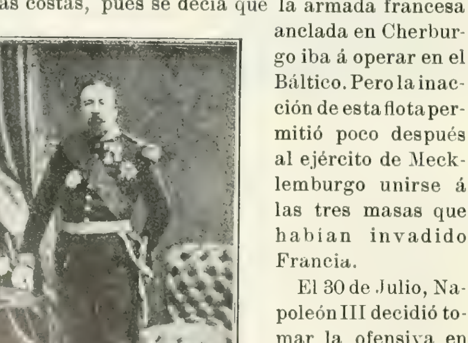
MAC-MAHON



Los ocho cuerpos estaban en su puesto el 20 de Julio, y sólo el 28 partió el emperador de Saint-Cloud para Metz, con objeto de tomar el mando supremo, dando el ejemplo de duda y vacilación que siguieron todos sus generales. Este mando supremo del emperador no era más que una comedia política. Napoleón estaba enfermo de muerte, todos reconocían su impotencia para la dirección de la guerra, pero debía mostrarse al frente de sus tropas con gestos de héroe, ya que la guerra había sido buscada únicamente para sostener el prestigio vacilante del Imperio. Tal situación sirvió para que los generales extremasen aun más sus odios y sus envidias, queriendo cada uno ser el verdadero jefe que lo dirigiera todo oculto detrás del emperador decadente que marchaba como un autómata, sin saber adónde ni por qué.



Frente á los ocho ejércitos franceses, los alemanes, que tenían una enorme superioridad numérica, se formaron solamente en tres ejércitos: el primero mandado por el viejo general Steinmetz, el segundo por el príncipe Federico-Carlos, y el tercero por el príncipe real Federico de Prusia, hijo mayor de Guillermo I. Un cuarto ejército á las órdenes del duque de Mecklemburgo se quedó en Alemania para proteger las costas, pues se decía que la armada francesa anclada en Cherburgo iba á operar en el Báltico. Pero la inacción de esta flota permitió poco después al ejército de Mecklemburgo unirse á las tres masas que habían invadido Francia.



LADMIRAULT

El 30 de Julio, Napoleón III decidió tomar la ofensiva en Alsacia y Lorena, dando la orden al general Frossard de franquear el río Sarre, apoderándose de Sarrebruck. El ataque fué en la mañana del 2 de Agosto, en presencia del emperador y de su hijo Luis, príncipe imperial. No había en Sarrebruck más que un batallón de infantería prusiana con tres escuadrones de caballería y algunos cañones. El combate duró dos horas, apoderándose los franceses del pueblo después de una viva resistencia de los alemanes, que al fin tuvieron que huir.



FROSSARD

Este combate, que era un incidente de escasa importancia en una guerra moderna, fué presentado en París como una victoria imperial, digna del primer Napoleón. Los periódicos bonapartistas publicaron emocionados un despacho de Napoleón III á su esposa, en el que decía así: «Luis, nuestro hijo, acaba de recibir el bautismo de fuego mostrando una admirable serenidad... Las balas y las bombas caían á nuestros pies. Luis ha conservado una bala que cayó cerca de él. Muchos soldados lloraban al verle tan sereno.»

El pueblo de París, burlón y enemigo del Imperio, apodó desde entonces al príncipe imperial *el niño de la bala*, riendo de los grandes extremos de admiración de los bonapartistas, que después del ataque de Sarrebruck—mezquina acción de guerra en la que sólo habían perdido los enemigos dos oficiales y 70 soldados—declaraban con énfasis ridículo á Napoleón III y su hijo «dignos del gran nombre que llevaban».

Pronto pusieron término los alemanes á estas grotescas fanfarronadas. El ejército francés estaba compuesto de valerosos soldados. Los mismos enemigos reconocieron sus magníficas condiciones de combatientes. En todos los encuentros fueron más considerables las pérdidas de los prusianos que las de los fran-



FAILLY

ceses. Pero nunca se había visto un ejército peor dirigido. Muchas veces no hubo ni siquiera una mala dirección. Las tropas se movían al azar, combatiendo con un furor inútil el obstáculo que las encerraba y oprimía. Los generales cambiaban de táctica á cada momento ó permanecían inactivos, confiándose á la fatalidad. Cuando en un arranque de heroica desesperación los soldados franceses hacían retroceder al enemigo, siempre les faltaba el refuerzo que consolidase su conquista.

El 3 de Agosto la división Douay, al avanzar hasta Wissemburgo, se encontró aislada por culpa de Mac-Mahon, que la había hecho ir sola hacia adelante para enmascarar sus propios movimientos, creyendo que los enemigos no estaban tan próximos. Una avalancha de fuerzas aplastantes cayó sobre la división francesa. Sus soldados se batieron uno contra ocho, y el general Douay, abandonado por su jefe, tuvo que improvisar la defensa bajo el fuego del enemigo. Un regimiento de «turcos», con el valor propio de las tropas de África, repelió al enemigo, apoderándose de muchos cañones, pero tuvo que replegarse abrumado por la superioridad de las fuerzas alemanas, cada vez más numerosas al concentrarse en este punto. El general Douay cayó herido de muerte, y su sucesor, el general Pellé, tuvo que abandonar Wissemburgo á los prusianos, abriéndose paso entre los enemigos sin perder más que un cañón y 300 prisioneros.



CANROBERT

El combate de Wissemburgo sirvió para demostrar el valor de los soldados y oficiales franceses y la impericia de sus altos directores. Guillermo I se lamentó de las grandes pérdidas que le había costado la victoria, consolándose de ellas por las grandes ventajas que representaba la toma de Wissemburgo. Los ejércitos prusianos penetraron en Alsacia, apoderándose de los caminos de Estrasburgo y de Metz. Después de esta primera victoria pudo verse claramente cuál iba á ser el carácter de una guerra que los bonapartistas habían titulado «la campaña del Rhin» y de pronto se convertía en «la campaña de Francia». Iba á empezar la invasión.

En veinticuatro horas, los franceses sufrieron dos golpes irreparables. El 6 de Agosto, dos días después de la sorpresa de Wissemburgo, el ejército prusiano infligió al mismo tiempo un doble desastre á sus enemigos. Mac-Mahon fué vencido en Reischshoffen, á pesar de las desesperadas cargas de la caballería, y Frossard sufrió igual suerte en Forbach. Estas eran las consecuencias de exponer los cuerpos de ejército aislados unos de otros ante el empuje formidable de las fuerzas enemigas reunidas. Los celos de los generales y sus diferencias de graduación mostraron en esta triste jornada una lamentable influencia. El mariscal Bazaine, al oir los cañonazos de Forbach, permaneció inmóvil, sin querer prestar auxilio al general Frossard. Experimentaba un secreto placer al verle en peligro.



BOURBAKI

—Que gane el bastón de mariscal por sus propias fuerzas—dijo Bazaine, que odiaba á Frossard por gozar de cierto prestigio en la corte imperial.

La dolorosa jornada del 6 de Agosto produjo en París grandes extremos de entusiasmo, por llegar las noticias enormemente desfiguradas. El público creyó en una ruidosa victoria. Durante gran parte del día circuló la noticia de que Mac-Mahon había aplastado por completo el ejército del príncipe real de Prusia, haciendo prisionero á éste. Por algunas horas la muchedumbre celebró el falso triunfo con ruidosos extremos de dilirio patriótico. Luego la verdad empezó á abrirse paso, y el público, enfurecido por su terrible decepción, intentó atacar la Bolsa, atribuyendo la noticia á manejos financieros. Más bien fué esta una maniobra del espionaje alemán, tan abundante en Francia, que deseaba desmoralizar al pueblo entusiasmándolo con victorias inverosímiles, seguidas luego de una gran depresión de ánimo al res-



BAZAINE


EL PRÍNCIPE FEDERICO DE PRUSIA

tablecerse la verdad. El ministerio cayó á consecuencia del doble desastre del día 6, y la emperatriz Eugenia, que estaba en Saint-Cloud, corrió á París para sostener el Imperio en peligro con la creación de un nuevo gobierno. Éste suprimió el sistema de mutismo y de mentira que se había seguido desde el principio de la guerra, y dió al público una dolorosa satisfacción diciendo toda la verdad.

Los desastres sufridos por Mac-Mahon y Frossard entregaron toda la Alsacia á los prusianos, menos algunas plazas fuertes, que fueron cayendo después en su poder. El emperador pensó un instante abandonar igualmente la Lorena, retirándose al interior de Francia, donde resultaba más fácil la resistencia contra el enemigo. Esto era lo oportuno; pero encadenado por los intereses políticos de la dinastía, siguió los fatales consejos que le llegaban de la corte. La emperatriz y sus consejeros no podían aceptar una retirada de las tropas, aunque fuese conveniente. Se preocupaban más de la indignación popular que del avance de los prusianos. Un retroceso del ejército francés hacia París podía provocar un movimiento revolucionario, y la esposa de Napoleón III pensaba ante todo en conservar el trono para su hijo. El emperador ordenó la concentración de todas sus tropas junto á Metz, menos los cuerpos de ejército de Mac-Mahon y Failly, que se habían retirado sobre Chalons, librando al enemigo, sin combate, la línea defensiva de los Vosgos. El vértigo se apoderaba del Estado Mayor francés. Los enemigos, por su parte, procedían con una serenidad metódica, invadiendo en grandes masas todo el país situado al Noroeste, al Este y al Sur de Metz, mientras varias divisiones emprendían el sitio de Estrasburgo y su bombardeo.

El plan del enemigo era cortar la retirada al ejército imperial, bloqueándolo en Metz, para que no pudiese retroceder auxiliando á París. Este plan era tan claro que Napoleón y el Estado Mayor, á pesar de su desorientación desde el principio de la guerra, tuvieron un momento de lucidez, decidiendo la retirada para unirse en Chalons con la otra parte del ejército y organizar la defensa teniendo á París á su espalda. Pero apenas habían iniciado el movimiento, llegó un enviado del gobierno, demostrando la inconveniencia política de una retirada. Al mismo tiempo era ya tarde para retroceder, pues el general prusiano Steinmetz les había cortado el paso, iniciándose una serie de combates en los que se demostró el valor heroico de los soldados franceses y la impericia de sus caudillos. El 14 de Agosto fué la batalla de Borny y el 16 la de Gravelotte, que representó una victoria para los franceses, pero sin resultado inmediato, pues al mismo tiempo fueron batidos en Saint-Privat.

El emperador, por no quedar bloqueado en Metz, abandonó el ejército concentrado en esta plaza, transmitiendo el mando al mariscal Bazaine, que dos meses después había de entregar sus tropas al enemigo, casi sin combate, con ruidosa traición. El 17 de Agosto se incorporó el emperador al ejército de Mac-Mahon, sirviendo su presencia de estorbo más que de prestigio. El mariscal había organizado en Chalons, con los restos de las derrotas de Alsacia, un nuevo ejército de 120.000 hombres, 400 cañones y 70 ametralladoras. Napoleón iba con él como un héroe siniestro, decadente y enfermo, dificultando con su presencia y con el cuidado de los intereses de la dinastía todas las combinaciones militares oportunas. Forzosamente el ejército de Chalons estaba destinado al desastre.

Esperaban las gentes juiciosas que Mac-Mahon se mantuviese en sus posiciones para cubrir la linea del Marne, dando en ella la batalla á los invasores. Los mismos técnicos alemanes han reconocido después que este era el único plan oportuno. Del 24 al 30 de Agosto podía haber reunido en el campo de Chalons hasta 200.000 hombres, y ocupando con este ejército las posiciones del Marne oponerse al avance del enemigo, impidiendo la continuación de su marcha sobre París. Si los franceses eran batidos, siempre les quedaba una línea de retirada segura para continuar la nueva resistencia al amparo de los fuertes de la capital. Si derrotaban á los alemanes, la situación de éstos resultaría desesperada en el interior de un país hostil. Era aproximadamente el plan ejecutado cuarenta y cuatro años después por el general Joffre en la batalla del Marne.

Pero el Imperio, como ya hemos dicho, pensaba más en sus intereses de familia que en la defensa nacional. La emperatriz y sus consejeros deseaban una victoria, para evitar de este modo la caída del régimen, que veían próxima. Sus emisarios llegaban al cuartel general,


EL GENERAL STEINMETZ

influyendo en las decisiones del mando supremo, desorientando al Estado Mayor, que daba órdenes y contraórdenes, sin sostener decididamente una opinión determinada. Al fin Mac-Mahon y su regio huésped sucumbieron á las exigencias de la corte, y en vez de mantenerse en Chalons cubriendo á Paris, emprendieron un avance por las Ardenas, sin saber con certeza cuál era su objetivo, marchando ciegamente hacia el desastre final. Rodeado y empujado por las masas prusianas, este ejército, tan valeroso como infeliz, fué á caer finalmente en la ratonera de Sedán, quedando prisionero en masa con el emperador.

La jornada de Sedán dejó á Francia sin ejército. No quedaban más tropas que las de Metz, aisladas de la nación por un estrecho bloqueo que Bazaine no quería romper.

Esta gran catástrofe provocó la explosión popular retardada por Eugenia y sus consejeros durante algunos días. Al conocerse en París la vergüenza de Sedán el pueblo se sublevó, invadiendo la Cámara de diputados. La emperatriz tuvo que huir y la República fué proclamada el 4 de Septiembre, constituyéndose un Gobierno provisional con los diputados republicanos de París.

Cuarenta y cinco días de guerra habían bastado para la destrucción de todo el ejército de Francia, la muerte definitiva del Imperio y la instauración de la República para siempre.

◦

Después de la jornada de Sedán se creyó por un momento que la guerra iba á cesar. Guillermo I había declarado solemnemente al iniciarse la campaña que ésta iba dirigida solamente contra Napoleón y no contra Francia; pero pronto desecharon los optimistas tales ilusiones. Se mostró con ruda crudeza el pensamiento de Bismarck, deseoso de aplastar á Francia para que no pudiera oponerse al engrandecimiento alemán, dominador de Europa.



EL PRÍNCIPE DE SAJONIA

Continuó la guerra, y el Gobierno de la República hizo cuanto pudo para sostener una lucha que resultaba imposible después de los desastres provocados por el Imperio. El deseo de salvar cuando menos el honor nacional impulsó á los gobernantes populares á una lucha desesperada en la que todos reconocían que el triunfo era ilusorio. Hombres los había en abundancia. Los franceses deseaban reparar con su heroísmo las vergonzosas derrotas del Imperio, pero el material de guerra había caído por completo en manos de los invasores. En toda Francia sólo encontró el Gobierno republicano seis cañones prontos para entrar en línea. Los arsenales estaban vacíos. Todo faltaba. El Gobierno nacional, procediendo con una vertiginosa actividad, tuvo que improvisar lo mismo las obras de defensa de París que los nuevos ejércitos que se formaron en la ribera del Loire. Los núcleos de éstos ejércitos se constituyeron con tropas procedentes de las posesiones de África. Al mismo tiempo se organizaron nuevos regimientos, utilizando los servicios de antiguos oficiales. Los cañones de la flota fueron llevados á París para montarlos en los fuertes.



EL PRÍNCIPE FEDERICO-CARLOS

Una delegación del Gobierno, compuesta de Crémieux, Glais-Bizoin y el almirante Fourichon, se trasladó á Tours para poder reorganizar la defensa del país fuera de la capital, que estaba sitiada desde el 19 de Septiembre. León Gambetta, el ardiente tribuno que simbolizaba con su entusiasmo y su tenacidad el verdadero espíritu de la nación, salió de París en un globo el 9 de Octubre para reunirse con sus compañeros en Tours y dirigir la reorganización general con poderes extraordinarios que hacían de él casi un dictador. Gambetta tomó posesión de las carteras de Guerra y Marina en el gobierno de Tours. El ingeniero Freycinet y otros republicanos de reconocida competencia le ayudaron en su obra patriótica, teniendo que luchar tenazmente con los obstáculos que les oponía la desorganización del país, luego del cataclismo imperial.

El ejército creado en el Loire, no obstante estar compuesto de voluntarios y ser una especie de milicia nacional por su rápida organización, inquietó bastante al enemigo, viéndose derrotado unas veces y alcanzando otras éxitos inesperados. El 30 de Octubre, Gambetta, con patriótica cólera, tuvo que dar cuenta al país de que Metz había capitulado por la traición de Bazaine, quedando en poder del enemigo el último ejército profesional que le quedaba á Francia.

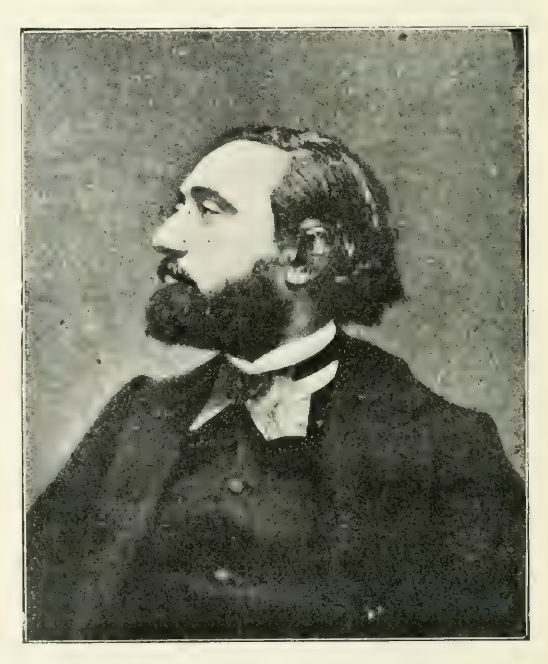
Este desastre fué de terribles consecuencias para las fuerzas defensivas organizadas á toda prisa por el

GAMBETTA SALIENDO DE PARÍS EN UN GLOBO (Grabado de la época)

gobierno republicano. Los 200.000 alemanes que al mando del príncipe Federico-Carlos habían estado entretenidos en el bloqueo de Metz, pudieron al quedar libres marchar hacia el Loire, aplastando con su fuerza superior esta última resistencia, que iba creciendo de un modo inquietante para los invasores.

Gambetta, después de luchar con la imprevisión sincera ó la jactancia inútil de algunos generales, había encontrado un servidor apreciable de la defensa patriótica en el general Chanzy, que demostró excelentes condiciones de mando é hizo cuanto podía hacer un buen estratega en esta situación desesperada y con tropas de reciente improvisación. Varias veces intentó romper las líneas enemigas pasando el Loire para ir en auxilio de París. En algunas ocasiones consiguió la victoria, especialmente el 9 de Octubre en la batalla de Coulmiers, cuyos resultados brillantes obligaron á los alemanes á evacuar Orleáns y las posiciones que ocupaban en sus alrededores, dejando 2.000 prisioneros en poder de los franceses. Esta victoria, que era la primera de las tropas de Francia, produjo gran impresión en toda Europa, y especialmente en los alemanes, acostumbrados á triunfar siempre.

El gran esfuerzo de las tropas mandadas por el príncipe Federico-Carlos imposibilitó al ejército del Loire de continuar sus avances victoriosos para socorrer á París. Chanzy obtuvo nuevos éxitos en varios encuentros, así como los generales Bourbaki y Martín des Pallières, pero todas sus operaciones resultaron infructuosas al fin por la gran superioridad numérica del enemigo y de su material de guerra, así como por



LEÓN GAMBETTA

la impericia ó mala suerte del general Trochu, gobernador de París, que nunca secundó á tiempo las operaciones de los ejércitos que venían en su auxilio. Chanzy se vió batido y tuvo que retroceder hacia el Sur. Bourbaki, que le sucedió en el mando, emprendió en el Este una serie de operaciones bien ideadas y acometidas vigorosamente para salvar la plaza de Belfort, que todavía resistía á los enemigos, pero todas ellas fracasaron por insuficiencia de los medios de comunicación, hasta que, desesperado por la fatalidad, que parecía salirle al paso en sus empresas mejor combinadas, se suicidó en Pontarlier el 26 de Enero.



GENERAL FAIDHERBE

Otro general que no había nacido en Francia obtuvo algunos éxitos ruidosos combatiendo á los alemanes en los departamentos del Este. Fué Garibaldi, que al proclamarse la República en Francia había corrido en su auxilio al frente de unos 3.000 voluntarios italianos, españoles y de otras nacionalidades. El héroe olvidó que poco antes tenía que combatir en su suelo natal con las tropas francesas encargadas de defender la monarquía del Papa. Una bala de chassepot francés le había herido, dejándole lisiado para siempre, cuando avanzaba al frente de sus «blusas rojas» para conquistar la Roma pontificia. Pero esto había sido la obra del Imperio de Napoleón III, no del pueblo francés, y al ver proclamada la República, el anciano héroe del latinismo emprendió su última aventura ofreciendo su espada y sus hombres al gobierno republicano. Gambetta le dió el mando de una división que fué aumentándose hasta componerse de 40.000 hombres y 90 piezas de artillería. De acuerdo con Bourbaki sostuvo Garibaldi en Dijon un ataque que duró tres días y fué de los más sangrientos de la campaña. El enemigo tuvo que retroceder con grandes pérdidas, y las tropas jóvenes de Garibaldi conquistaron una de las dos banderas alemanas, trofeos únicos que pudieron alcanzar los franceses en toda la guerra.

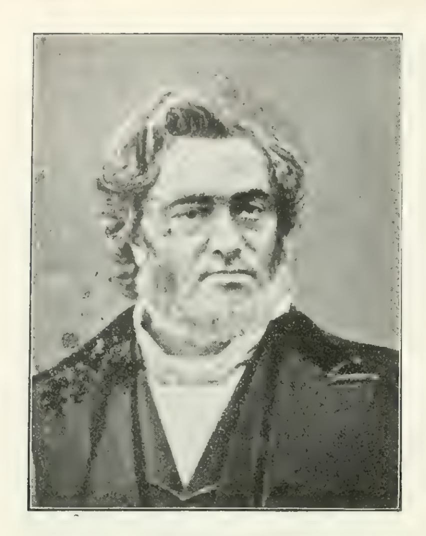


GARIBALDI

Un general que desplegó notables talentos militares y administrativos fué Faidherbe, que había sustituído á Bourbaki en Normandía al pasar éste al ejército del Loire. El general Faidherbe consiguió con un pequeño ejército algunas victorias, siendo la más notable la de Bapaume. Además resistió heroicamen-



BATALLA DE BAPAUME — De una estampa de la época


JULIO FAVRE

te en San Quintín, frente á todo el primer ejército prusiano. Á pesar de las enormes fuerzas que le acosaban y de los rigores del invierno, extremados hasta una temperatura de 20 bajo 0, Faidherbe supo hacer frente, sin entregarse ni ser derrotado, hasta que le sorprendió la noticia del armisticio precursor de la paz que el gobierno francés, trasladado á Burdeos, había ajustado con el enemigo por medio de Julio Favre, su ministro de Negocios Extranjeros.

Gambetta quería prolongar la resistencia creyendo en la posibilidad de una victoria final conseguida á fuerza de tesón y con el auxilio del tiempo. Sus compañeros no creyeron prudente llevar á un límite extremo los sacrificios de la nación. París, famélico y agobiado por los rigores de un invierno cruel, sólo podía prolongar su resistencia con mucha dificultad.

Iba á entrar otra vez en escena el verdadero autor de todo lo ocurrido, el conde de Bismarck, que mientras Moltke y sus generales preparaban y ejecutaban las operaciones militares permanecía inactivo esperando la hora decisiva de la cosecha.

Llegaba la paz, y con ella la obra definitiva de su diplomacia brutal y arrolladora.

▫

El 18 de Septiembre, pocos días después de haber sido proclamada la República, el nuevo gobierno francés intentó ponerse en comunicación con el invasor. Como Guillermo I había afirmado solemnemente que la guerra era contra Napoleón y no contra Francia, los ministros republicanos creyeron posible un arreglo honroso después de la caída del Imperio.

El encargado de esta gestión fué el célebre abogado Julio Favre, vicepresidente del gobierno de la Defensa Nacional y ministro de Negocios Extranjeros.

París se mantenía libre aún en dicha fecha. Los invasores no habían llegado á establecer por completo el cerco de la capital. Se cruzaron varios telegramas entre Favre y Bismarck, conviniendo el lugar de una entrevista. El ministro francés fué al encuentro del diplomático enemigo, y los dos se reunieron en el castillo de Ferrières, propiedad del banquero Rothschild, artística mansión situada en el departamento de Sena y Marne.

La entrevista de Ferrières tuvo la importancia de un gran hecho histórico, marcándose en ella por primera vez, de un modo preciso, el infortunio que esperaba á Francia y el implacable deseo de exterminio disimulado hasta entonces por Bismarck.

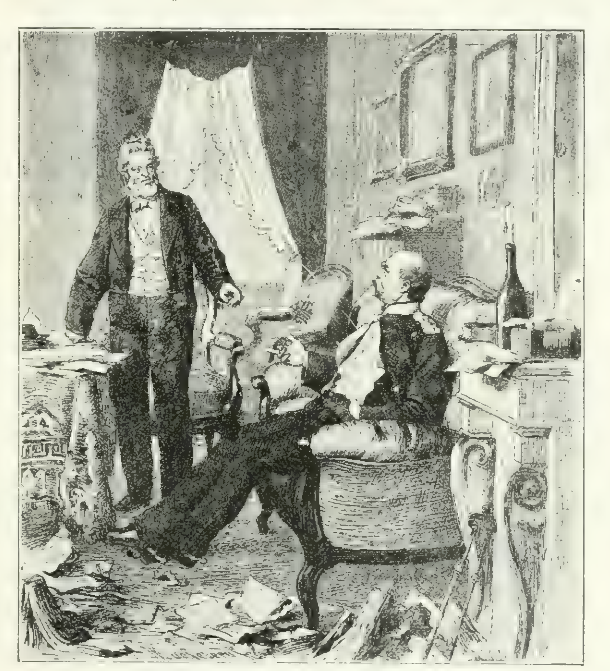
Julio Favre hizo el relato años después de esta entrevista en un libro, resumen de todos los trabajos del gobierno de la Defensa Nacional. El retrato que traza de Bismarck es interesante y exacto.

«Aun tengo ante mis ojos—dice el ilustre francés—todos los incidentes de esta escena, y especialmente la imagen de mi temible interlocutor, que desempeñaba el mejor papel y al que abordaba yo por primera vez. Aunque tenía aproximadamente en aquel entonces 58 años, el conde de Bismarck parecía gozar de la plenitud de su vigor. Su alta estatura, su cabeza poderosa, su rostro fuertemente acentuado, le daban un


LA DEFENSA DE PARÍS (Cuadro de Meissonier)

aspecto imponente y duro, pero atenuado al mismo tiempo por una simplicidad natural que en ocasiones llegaba á la bondad. Me recibió mostrándose cortés y grave, sin afectación alguna. Así que entablamos la conversación tomó un aire bondadoso y comunicativo, conservándolo hasta las últimas palabras. Indudablemente Bismarck me consideró como un negociador indigno de medirme con él, pero tuvo la cortesía de no dármelo á entender y hasta se mostró interesado por mi sinceridad.

»Yo por mi parte desde las primeras palabras me di cuenta de la gran limpieza de sus ideas, del vigor de su buen sentido y de la originalidad de su talento. También resultaba notable su carencia de pretensión y de orgullo. Le juzgué desde el primer momento como un hombre político, superior á todo lo que se puede imaginar, no apreciando más que las cosas reales, ocupado en buscar soluciones positivas y prácticas é indiferente para toda idea que no condujese á un punto de vista útil. Después le he vuelto á encontrar muchas veces tratando juntos numerosas cuestiones de detalle, y siempre lo he visto igual. El poder considerable que ejerce no le infunde orgullo ni le proporciona ilusión, pero se cuida de conservarlo y no oculta los grandes sacrificios que le cuesta el mantenerse en su alto puesto. Convencidísimo de su mérito personal, desea continuar aplicándolo á la obra que ha hecho triunfar prodigiosamente, y si para esto se ve obligado á ir mucho más lejos de lo que desea, se resigna con cierto fatalismo. Á pesar de su serenidad es impresionable y nervioso y muchas veces no puede contener los ímpetus de su carácter. Yo he visto en él repulsiones é indulgencias que no puedo explicarme. Había oído hablar mucho de sus excesos de habilidad y sus facilidades para el disimulo. Conmigo ha sido de una franqueza casi brutal, pero nunca me ha engañado. Me ha ofendido muchas veces, provocando mi indignación por sus exigencias y durezas, pero así en las cosas grandes como en las pequeñas le he encontrado siempre recto y puntual.»



ENTREVISTA DE JULIO FAVRE CON BISMARCK

(Dibujo de la época

Este retrato de Bismarck lo hizo Favre después de la paz definitiva, cuando él y el Canciller habían llegado á un último acuerdo; pero la primera entrevista en el castillo de Ferrières fué dolorosa y terrible para el plenipotenciario de Francia.

Julio Favre esperaba que una vez suprimido el Imperio podría conseguirse la paz mediante una indemnización pecuniaria á los vencedores por sus gastos militares. El mismo Favre, dos días después de proclamada la República, creyendo que Francia, recién salida de la nefasta influencia del Imperio, era capaz de realizar al amparo de la nueva libertad iguales milagros que en 1792, había lanzado en una circular de estilo vibrante esta heroica afirmación: «No cederemos al enemigo ni una pulgada de nuestro territorio ni una piedra de nuestras fortalezas.»

Al avistarse con Bismarck en Ferrières, lo primero que le dijo el estadista alemán fué que de acuerdo con su augusto amo sólo consentiría la negociación de la paz sobre la base de una cesión de teritorio. «Como yo insistiese —dice Julio Favre— sobre el alcance y condiciones de tal cesión, Bismarck contestó rotundamente que la seguridad de su país le exigía el quedarse con todos los territorios que sirviesen para garantizarla. Varias veces repitió: «Estrasburgo es la llave de mi casa y debo tenerla en mi poder.» Le invité á que fuese todavía más explícito, y me dijo que los dos departamentos del Alto-Rhin y Bajo-Rhin, así como una parte del Mosela, con Metz, Chateau-Salins y Soissons, le eran indispensables para la seguridad de su país y no podía renunciar á ellos.»

El plenipotenciario republicano protestó contra estas condiciones deshonrosas, añadiendo que únicamente el pueblo francés era competente para tratar sobre una cesión de territorio, lo que hacía necesaria la reunión de una Asamblea Nacional que discutiese la fórmula de paz. La elección y reunión de dicha Asamblea exigía un armisticio. Bismarck se negó en el primer momento á acordar la suspensión de hostilidades, pero después de haber consultado con el rey Guillermo declaró en una segunda entrevista que es-



Crémieux E. Picard Julio Favre Trochu Dorian Julio Simon Magnin
General Fló Almirante Flourichon Gambetta

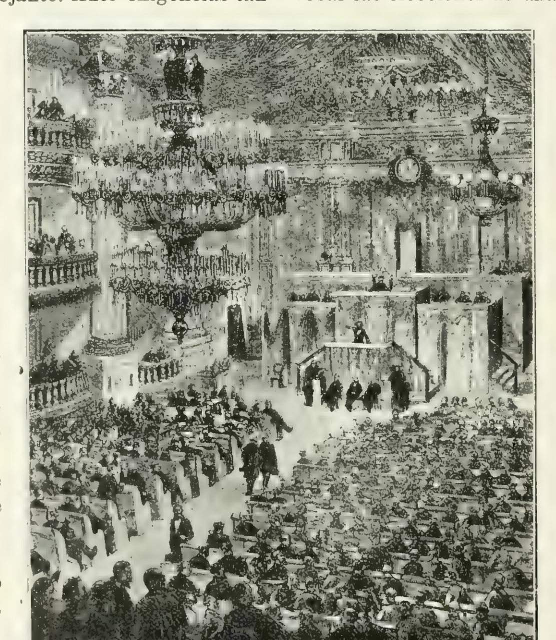
GOBIERNO DE DEFENSA NACIONAL

taba dispuesto á firmar el armisticio siempre que le entregasen como garantía las plazas de Estrasburgo, Toul y Falsburgo. Además, si la Asamblea se reunía en París debía ser entregado á los prusianos un fuerte que con su artillería dominase á la ciudad: el de Mont-Valerien ú otro semejante. Ante exigencias tan enormes, toda discusión resultaba imposible. «Yo no podía más—dice Julio Favre—, y hubo momentos en que temí caer al suelo desfallecido. Oculté algunas veces el rostro para devorar las lágrimas que me ahogaban, y excusándome por esta debilidad involuntaria, me despedí del Canciller.»

Después de esta entrevista, el gobierno de la Defensa Nacional, irritado por las inadmisibles proposiciones, continuó la guerra.

Ya hemos visto cómo se desarrolló ésta, entre heroísmos infructíferos, torpezas é inexperiencias, producto del desarreglo general en que vivía Francia después de la catástrofe provocada por el Imperio.

Á fines de Enero, los individuos del Gobierno que residían en París sufriendo la presión inmediata de un pueblo excitado por la inutilidad de sus esfuerzos, la impericia de sus generales y las miserias de un largo sitio, decidieron tratar de nuevo con el enemigo. Un consejo de generales había declarado que la resistencia de la capital era ya imposible. Julio Favre recibió de sus colegas la cruel misión de dirigirse á Versalles, en cuyo palacio se había instalado Guillermo I, para negociar la entrega de París. Dos días después, el 28 de Enero, Francia entera, poseída de un inmenso estupor, y el gobierno de resistencia organizado por Gambetta, que aun creía posible la victoria, se enteraban de la capitulación de París, firmada por Favre y Bismarck. En esta capitulación quedaba convenido un armisticio de 21 días para convocar las elecciones de una Asamblea Nacional, que se verificarían el 8 de Febrero. Todos los fuertes debían quedar en poder de los alemanes y una contribución de guerra de 200 millones sería pagada por el vecindario á los 15 días del armisticio. Los regimientos de línea y los batallones de móviles que formaban la guarnición, quedaban prisioneros de guerra. Todo lo que Favre pudo conseguir fué que la Guardia Nacional conservase sus armas para el mantenimiento del orden. Esta concesión de Bismarck ocultaba tal vez un maligno deseo de complicar el infortunio de Francia, teniendo en cuenta el estado de justa irritación en que vivía el pueblo de París. Favre, que casi admitió como un lenitivo á la crueldad de la capitulación este manteni-



LA ASAMBLEA NACIONAL DE BURDEOS

(Grabado de la época)

miento de la Guardia Nacional sobre las armas, tuvo que deplorarlo amargamente meses después, «pidiendo perdón á Dios y á los hombres» por tal iniciativa. La Guardia Nacional fué la que proclamó la Commune y sus trágicas escenas de desesperación.



UNO DE LOS BASTIONES DE PARÍS DURANTE EL SITIO

(Cuadro de Guiaud y Laporte)

La Asamblea se reunió en Burdeos el 13 de Febrero, y luego de entregar el gobierno nacional en manos de los representantes del país los poderes de que había dispuesto Favre, se trasladó á Versalles para negociar una prolongación del armisticio que resultaba necesaria. Thiers, nombrado jefe del poder ejecutivo por la Asamblea, mantuvo á Favre en el ministerio de Negocios Extranjeros para que siguiese negociando la paz.

Á pesar de la victoria completa de los alemanes, las pretensiones de Bismarck fueron aminorándose en comparación con las que había expuesto durante la entrevista de Ferrières. Las tropas victoriosas experimentaban las consecuencias de una ruda campaña. Comenzaban á cebarse en ellas las enfermedades. Por otra parte la resistencia de los ejércitos organizados por Gambetta amenazaba con prolongar la guerra en el Sur de Francia, lejos de las bases de operaciones de los invasores.

El 26 de Febrero Thiers y Favre llegaron á un acuerdo con Bismarck firmando las condiciones preliminares de la paz. Éstas resultaban duras, creando entre ambas naciones un odio inextinguible que con el curso del tiempo había de originar fatalmente una nueva guerra. Por este convenio Francia se veía obligada á ceder á Prusia los departamentos del Alto-Rhin y Bajo-Rhin, ó sea las provincias de Alsacia y Lorena. Además debía satisfacer una indemnización de 6.000 millones de francos, permaneciendo las tropas alemanas en su territorio hasta el pago completo de tan enorme cantidad.

Favre fué el encargado de reglamentar todos los detalles necesarios para el tratado definitivo, prolongándose esta discusión, delicada y laboriosa por las continuas exigencias de los vencedores, hasta el 10 de Mayo de 1871, fecha del famoso tratado suscrito en Francfort que abrió una herida incurable en la dignidad nacional de Francia.

Á pesar de la dureza con que el Canciller llevaba á cabo la realización de sus planes, fluctuó muchas veces, como intimidado por el carácter implacable que infundían á su obra los altos ejecutores inmediatos á él.

Moltke y su Estado Mayor eran de una crueldad fría y ciega, que sublevaba muchas veces á este gran impulsivo de genial veleidosidad. Durante el sitio de París creyó en muchas ocasiones que las tropas alemanas iban demasiado lejos al bloquear completamente la capital y someter sus habitantes á los tormentos del hambre. «Me temo—decía al rey Guillermo—un desen-



EL ARMISTICIO

(Caricatura de la época, por Daumier)



EL FUERTE DE VANVES AL DÍA SIGUIENTE DEL ARMISTICIO

lace que va á sobrepasar en furores y desastres lo que nos cuentan los historiadores de la toma de Jerusalén. Muchos centenares de miles de habitantes pueden perecer en los horrores del hambre ó en un vasto incendio, y Vuestra Majestad será responsable ante la Historia de esta gran catástrofe.» Bismarck daba á entender con tales palabras su perfecto conocimiento del estado de espíritu del pueblo de París y lo que era capaz de hacer en su desesperación. La debilidad del gobierno al entregar la capital inesperadamente, evitó esta catástrofe heroica, pero meses después la guerra civil exterminadora y los incendios y matanzas de la Commune demostraron la certeza de los vaticinios de Bismarck.

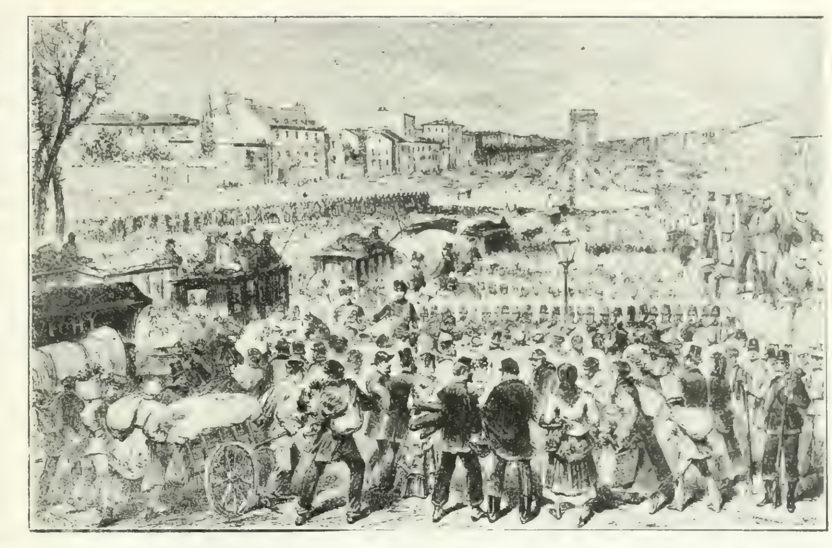
EL FUERTE DE ISSY AL FIRMARSE EL ARMISTICIO

(Fots. de la época)

No hay que creer por esto que el Canciller defendió los procedimientos humanitarios. Preconizaba, como sus colegas, las ventajas de una guerra implacable, diciendo que no era por fría crueldad, sino por terminarla cuanto antes, aminorando de tal modo sus horrores. En lo que difería radicalmente de los generales alemanes, y especialmente de Guillermo I, era en el odio á Francia. El rey y muchos príncipes, protestantes, fanáticos, pietistas de cruel religiosidad, deseaban el exterminio completo del pueblo francés, inventor de novedades revolucionarias. Había que destruir á París, «ciudad del pecado; Babilonia impura». Bismarck se opuso á este odio, reconociendo la necesidad de que subsistiese el pueblo francés y no viendo en la guerra otro resultado positivo que el de conquistar garantías para la tranquilidad futura de Alemania.

«Yo admito—decía Bismarck—la necesidad de humillar á Francia, de disminuir sus recursos y sobre todo de que nos garanticemos sólidamente contra sus futuras agresiones y contra su intervención en nuestros asuntos interiores; pero no creo que pueda sernos útil el arruinarla, empujando su pueblo á la desesperación. Esta guerra debe tener un final, y cuando este final llegue, nos veremos obligados á adoptar un *modus vivendi* con el pueblo francés, para hacer el comercio con él y restablecer un sinnúmero de relaciones que son indispensables en la vida de las naciones civilizadas y que ahora están rotas temporalmente por la guerra.

»Es preciso que tomemos París, é indudablemente lo tomaremos; pero una vez obtenido este triunfo, hay que hacer



ENTRADA DE LOS PRIMEROS CONVOYES DE VÍVERES EN PARÍS DESPUES DEL ARMISTICIO

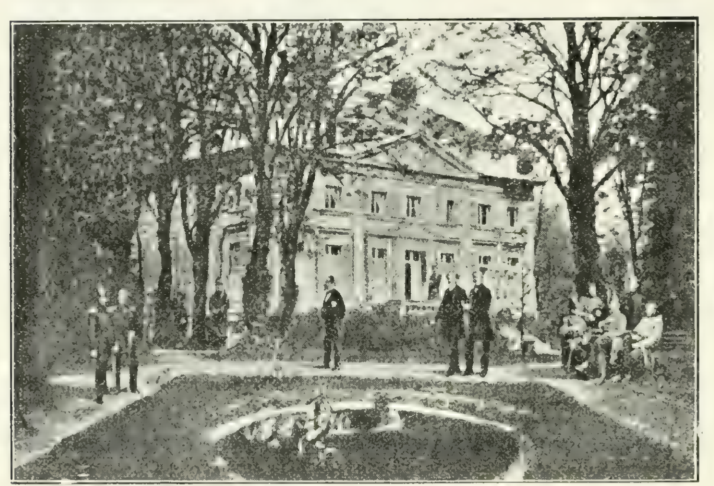
la paz cuanto antes, y si es posible con unas condiciones que parezcan justas y aceptables al mundo civilizado. Nosotros no debemos extraer una ventaja ilícita de nuestra fuerza superior, convirtiendo un castigo merecido en una venganza sin misericordia. Reconozco que debemos reembolsarnos de nuestros gastos de guerra hasta el último céntimo, pero arruinar á Francia no me parece que sea el medio más edecuado para recobrar nuestro dinero. Que nuestros éxitos no nos cieguen. Nosotros no podemos anexionarnos á Francia, ni tenemos el derecho de proceder contra ella más allá de cierto límite. Arreglemos nuestros asuntos con Francia de manera que, durante un largo período, podamos ocuparnos únicamente de nuestra organización interior. Acabemos con el presente estado de cosas, que es molesto y terminará por ser insoportable. Las guerras largas no están en armonía con el carácter alemán y con nuestro sistema militar. Procuremos no empobrecer exageradamente á los demás, para que no caigan sobre nosotros idénticos males con un carácter incurable. Los franceses han sufrido terriblemente en sus intereses materiales y en su prestigio. Cuando nos hayamos apoderado de París debemos ayudarlos para que surjan de su mala situación, en vez de abandonarlos como quieren algunos para que cada vez se hundan más en el fango. De este modo saldremos de la lucha con un verdadero honor y un engrandecimiento de gloria. Ninguna nación nos señalará con el dedo como merecedores de reproche.»

Estas ideas juiciosas de Bismarck facilitaron las negociaciones de paz en Versalles con Thiers y Favre. El Canciller se mostró menos exigente que en Ferrières, pero á pesar de esto sólo concedió la paz, como ya hemos dicho, á cambio de dos provincias y de 6.000 millones.



EL MERCADO CENTRAL DE PARÍS AL LLEGAR LOS PRIMEROS VÍVERES (Grabados de la época)

Partidario ferviente del sistema monárquico, la caída de Napoleón III le produjo una gran tristeza. Su deseo hubiese sido mantener al emperador en el trono, después de haberlo humillado con la derrota. Según él, la paz debía haberse hecho al día siguiente de Sedán, y juzgó como «imbécil» á Napoleón III porque no quiso entregarse á su dirección luego del desastre. Él le hubiera devuelto los dos ejércitos franceses que cayeron prisioneros, para que con su apoyo asegurase la vida del Imperio empequeñecido y derrotado, sometiendo á los revolucionarios de París. Napoleón, escarmentado tras del desastre, y sostenido en el trono por el apoyo alemán contra la opinión republicana del país, representaba la sumisión completa de Francia. Muerto el Imperio podían triunfar dos formas de gobierno: la monarquía de los Borbones, que por afirmar su popularidad procuraría organizar una guerra de «revancha», ó la República, que según las ideas del Canciller, iba á representar un foco de contagio revolucionario en mitad de Europa.



NAPOLEÓN III PRISIONERO EN EL CASTILLO DE WILHEMSHOHE

Por esto cuando el emperador después de la catástrofe de Sedán se entregó prisionero, avanzando por el camino solitario de Donchery sin más acompañamiento que el de algunos oficiales que mostraban una trágica gravedad, el Canciller salió á su encuentro, tratándolo con las mismas consideraciones de respeto que le había tributado al visitarlo en su palacio de las Tullerías. Á caballo, con el vistoso uniforme de gala de los coraceros blancos, y al frente de un escuadrón de este cuerpo distinguido, escoltó al emperador tributándole todos los honores de una majestad que deseaba conservar. Luego, cuando Napoleón en su alojamiento momentáneo tuvo que discutir con los representantes del rey de Prusia las condiciones de su rendición, que iban á ser muy crueles, Bismarck procuró no estar presente. Apenas había empezado el diálogo, el Canciller se hizo llamar por un oficial con pretexto de asuntos urgentes, dejando al soberano francés con los generales del Estado Mayor alemán, para que éstos pudieran imponerle sus duras exigencias de vencedores. Con esto buscaba no hacerse antipático al emperador caído, conservando su buena amistad para un arreglo futuro. Al mismo tiempo mantenía relaciones con los emisarios de la emperatriz. Pero la proclamación de la República en 4 de Septiembre, la adhesión de toda Francia al gobierno de la Defensa Nacional y el entusiasmo popular por la continuación de la guerra, así como la resistencia de París, anularon sus planes en favor del sostenimiento del Imperio.

Bismarck, como todos los hombres de acción poderosa y vida intensa, mostró numerosas contradicciones en sus actos y sus pensamientos. Defendió la suerte de Francia contra los bárbaros ilustrados del Estado Mayor que soñaban con el arrasamiento y la muerte de toda una nación, lo mismo que en los tiempos de Atila. Reconoció los grandes servicios prestados por el pueblo francés á la causa de la civilización, envidiando muchas de sus condiciones y deseándolas para su país; pero al mismo tiempo emitió las expresiones más injustas y crueles sobre su valor moral. Francia era, según él, «una nación de ceros, un rebaño de millones de cafres obedientes». Otras veces decía: «Rascad el francés y encontraréis al turco.» El Canciller, antiguo partidario del absolutismo, que había mantenido á su país en servil obediencia y deseaba sostener el trono de Napoleón, echaba en cara á los franceses, como un defecto irremediable, la paciencia con que habían aguantado durante veinte años el régimen imperial.

Su odio á Francia y su entusiasmo por la superioridad germánica, pretendía tomar cierto carácter científico inventando una teoría histórica falsa y aparatosa, semejante á las que en nuestros días han lanzado los profesores y tratadistas militares de Alemania, para justificar la guerra de 1914 y la soñada dominación de su país sobre el mundo entero.

Según Bismarck, los germanos eran la aristocracia enérgica de la humanidad y los celtas de una molicie femenina que los condenaba fatalmente á ser esclavos de los otros. Francia había sido fuerte mientras vivió bajo el régimen feudal y absolutista, que era de esencia germánica. Luego con la Revolución habían triunfado los celtas sobre el elemento germánico, y el pueblo francés no era más que un polvo de hombres, sin cohesión alguna, tumultuoso y que al menor soplo se levantaba en torbellinos malsanos y revolucionarios para volver á caer inerte pasada la tormenta.



Dibujo de J. Simont, de la «Illustration» de Paris

Mientras los fieles se entregan á sus oraciones, los sol



ɔs descansan después de haberse batido con el invasor



LA HEROICA CARGA DE LOS CORACEROS FRANCESES EN LA BATALLA DE REZONVILLE

Cuadro de Morot. Museo del Luxemburgo

Esta teoría, falsa y gratuita en sus consecuencias, y que además flaqueaba por su base al no ser todos los alemanes germanos ni todos los franceses celtas, la habían propalado en el mundo los periódicos al servicio de Bismarck, pretendiendo dar un carácter científico á la guerra de crueldades realizada en Francia.

Otra contradicción de este genio bárbaro se mostró en sus sentimientos y apreciaciones ante los horrores de la lucha. Unas veces sentía vibrar su sensibilidad ante el doloroso espectáculo de los campos de batalla. En otras ocasiones mostraba una dura indiferencia, más terrible que la de los militares profesionales. Durante la campaña de Francia, los peligros de que se vió amenazado excitaron su carácter irascible. La duración de la guerra iba más allá de sus cálculos. Además, en el anochecer del 18 de Agosto, después de la derrota prusiana de Gravelotte, se vió próximo á caer prisionero de la infantería francesa mientras abrevaba su caballo, y este recuerdo se mantuvo vivo siempre, lastimando su orgullo. También sus hijos habían escapado milagrosamente con vida de una carga mortífera en la batalla de Rezonville.

En ciertos momentos mostró una crueldad diabólica, declarando que los alemanes hacían demasiados prisioneros y que no había por qué dar cuartel á los soldados franceses, sistemáticamente, aunque perteneciesen al ejército regular.

Se valió de la mentira y la calumnia contra el enemigo, siguiendo en esto la tradición prusiana del escéptico Federico II, que han empleado también en la guerra presente los periodistas y generales de la Alemania de 1914.

Según Bismarck, los franceses habían usado en la batalla de Wœrth balas explosivas y los proyectiles de las ametralladoras estaban cubiertos de un barniz venenoso.

Los médicos sonrieron ante las apreciaciones del



FUSILAMIENTO DE PATRIOTAS FRANCESES EN 1870

Cuadro de Baader

Canciller, pero no por esto dejaron de ser propaladas, con la mayor seriedad, por los periódicos á sus órdenes.

La resistencia armada de la población civil excitaba su cólera hasta el paroxismo. Este gran patriota alemán sólo admitía que los hombres pudiesen combatir por su país vistiendo uniforme. El voluntario y el guerrillero provocaban su indignación y su ansia de exterminio, cual si fuesen bestias feroces. En toda la guerra de 1870, el enemigo más odioso para él y para Moltke fué Garibaldi. Este caudillo popular que se permitía hacer la guerra y medirse con ellos sin ser un profesional, representaba un absurdo irritante. Su más ferviente deseo fué poder fusilarlo para que no tuviese imitadores.

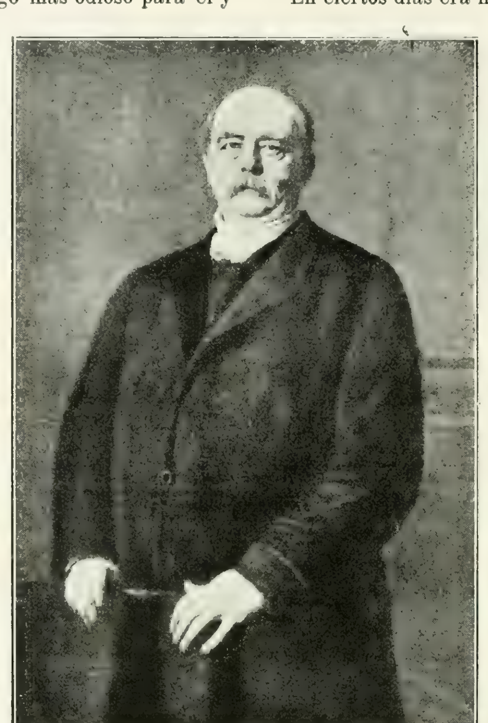
Al entrar Bismarck en Bazeilles después de la victoria de Sedán, lanzó bromas atroces sobre el «olor de cebollas fritas» que salía de las casas incendiadas, donde se carbonizaban los cadáveres de muchos habitantes del pueblo después de ser fusilados.

En el sitio de algunas poblaciones censuró á determinados generales porque cesaban de bombardearlas apenas habían izado bandera blanca.

Los franco-tiradores franceses hostilizaban al enemigo, lo mismo que los guerrilleros alemanes lo habían hecho en 1813 contra Napoleón. El Canciller reconocía la semejanza de los procedimientos; su padre, Fernando de Bismarck, se había distinguido como organizador de cuerpos francos en la mencionada campaña, y sin embargo sentía una furiosa indignación cuando los prisioneros de carácter civil no eran fusilados en el acto.

Elogiaba públicamente á las tropas de Baviera por ser propensas á la matanza de los prisioneros. Cuando encontraba en un camino un grupo de cautivos, el terrible personaje salía de su majestuoso silencio para dirigirles crueles arengas: «Sois unos asesinos. Vais á ser ahorcados inmediatamente.»

Durante el sitio de París quiso que las tropas tirasen sobre los famélicos que salían de la ciudad para extraer de bajo de la nieve las patatas abandonadas en los campos. Él fué el primero en pedir el bombardeo de la capital. La corte prusiana, influenciada por la reina, y todo el Estado Mayor, se resistieron durante algún tiempo. Esta resistencia enfrió momentáneamente las antiguas relaciones amistosas de Moltke y Bismarck. Moltke dudaba de poder incendiar eficazmente el inmenso París. El Canciller se enfureció ante sus razonamientos técnicos, pues deseaba en los momentos de cólera «extirpar del suelo á la ciudad fabricante de revoluciones».



BISMARCK EN 1870

(Retrato del célebre pintor alemán Lenbach, amigo íntimo del Canciller)

En ciertos días era místico como su augusto amo, dando á sus actos más crueles y sus deseos más furibundos una unción religiosa. La guerra contra Francia era según él «un juicio de Dios», y los triunfos estratégicos de Moltke los aceptaba como bondades del Señor «que había que agradecer humildemente, pues quería legitimar con ellas la victoria».

En las cartas á su esposa dándole cuenta de los progresos alemanes, intercalaba párrafos de la Biblia y piadosos versos de los hermanos moravos.

Por su parte, la condesa de Bismarck le contestaba desde los dominios de Varzin con citas de salmos y otras frases escogidas en los pasajes más duros y crueles de los libros sagrados.

Había que arrasar «á Babilonia, la ciudad del pecado». Babilonia era París. Después de Sedán, la condesa encontró este gran acontecimiento anunciado en la Biblia: «Los malvados serán confundidos.»

De pronto el Canciller, con radical contradicción, se expresaba, como ya hemos visto, con un lenguaje juicioso y favorable á Francia.

▫

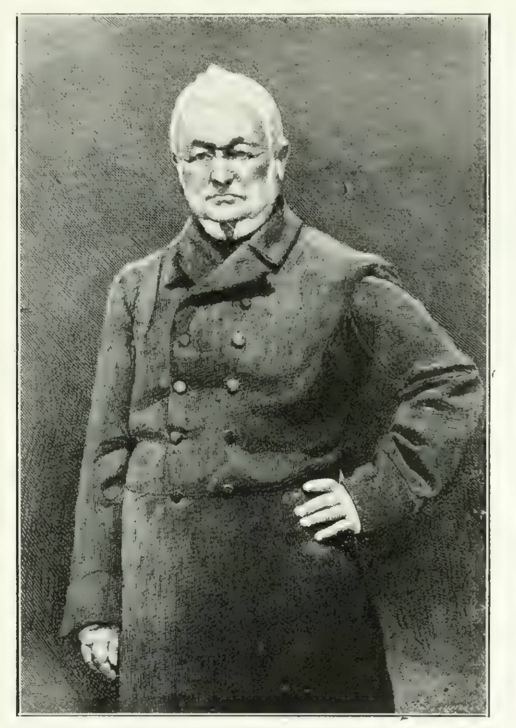
La naciente República sólo merecía su desdén, tratando á sus representantes con una ironía cruel. Julio Favre era el tipo perfecto de los oradores parlamentarios que excitaban su odio y con los que había tenido que luchar rudamente en la Cámara prusiana. La elocuencia patética y austera del tribuno francés atrajo su pesada burla.

Bismarck, después de las entrevistas de Ferrières, se rió del justo dolor de este patriota que no había podido contener sus lágrimas y su desfallecimiento al

enterarse por primera vez de las tremendas exigencias de los vencedores. Según decía el Canciller á sus íntimos, valiéndose de una exageración de mal gusto, Favre se había presentado ante él con la cara pintada de blanco y verde para simular el dolor patriótico. Al tratar de nuevo con el ministro francés en Versalles, se divirtió felicitándole por haber engrosado durante el sitio. «Es sin duda—dijo—la carne de caballo.» Y después de esta burla poco noble de la mísera alimentación de los defensores de París, se dedicó á desconcertar al elocuente tribuno, que era un hombre grave é ingenuo, entablando conversaciones de carácter militar para darse el gusto de que se embrollase, confundiendo las nociones más simples de contra-escarpa, bastión, rebellín, etc.

Otras veces le daba consejos mefistofélicos sobre la mejor manera de gobernar á París, sometiendo á los elementos anárquicos. «Provocad un motín por medio de vuestros agentes —decía—, aprovechando que todavía tenéis un ejército y aplastad á los revoltosos.»

Estas paradojas del imponente personaje, expuestas con un humorismo de estudiante, sorprendían al austero abogado, poco dispuesto á la broma, desconcertándolo, mientras el gigante reía interiormente.


THIERS

Cuando Thiers pudo unirse á Favre en las negociaciones de Versalles, cambió la situación. Bismarck se puso en guardia ante este meridional práctico y sereno, apreciando desde las primeras palabras su ágil inteligencia y su cortés y tortuoso escepticismo. Además, Thiers era un historiador cuyos libros había saboreado Bismarck, un artístico fabricante de la leyenda napoleónica, y el Canciller mostró con él cierta coquetería para ganarse su afecto, por lo que pudiera escribir en lo futuro.

Una consideración de orden material unió además á los dos hombres, imponiendo á Bismarck un firme sentimiento de respeto. Francia debía pagar como indemnización la enorme cantidad de 6.000 millones, y esta suma sólo podía reunirla un gobierno sólidamente sostenido.

Al tener que exigir una indemnización á los vencidos, Bismarck, que no se sentía fuerte en cuestiones financieras, quedó indeciso y vacilante por largo tiempo para determinar una cifra posible. Consultó á varios financieros judíos de Berlín, y éstos, después de un estudio rápido de los establecimientos bancarios de París, le aconsejaron la mencionada cantidad, pero afirmando que se necesitaría un buen número de años para poder reunirla y entregarla.

De todos los políticos franceses el que inspiró mayor confianza á Bismarck para este trabajo de recolección de fondos fué Thiers. El Canciller le dió toda clase de facilidades para su obra.

Al proclamarse la Commune separándose París del gobierno de Thiers, proporcionó á éste un ejército contra la revolución, entregándole todas las tropas francesas prisioneras en Alemania.

Con esto aseguraba el pago de la indemnización, se daba el placer de contemplar cómo se exterminaban los franceses en una lucha feroz, más terrible aún que la guerra reciente, y contribuía además á la extinción del foco de ideas revolucionarias latente en París.

La trágica aventura de la Commune, en la que influyeron ocultamente los manejos de Bismarck, así como la sangrienta represión de Thiers y el movimiento reaccionario que sobrevino luego, como una consecuencia lógica retrasaron efectivamente por toda una generación el desarrollo democrático de Francia, temido por el Canciller.

Si éste no intervino directamente en el drama de la Commune, haciendo avanzar las tropas alemanas contra las barricadas de París, fué porque los insurrectos, en medio de su desesperación y sus errores, se mostraron siempre de una notable probidad en todo lo referente al dinero, respetando y guardando los valiosos depósitos del Banco de Francia y otros establecimientos financieros. De permitirse la más pequeña iniciativa en la disposición de la fortuna pública, Bismarck habría intervenido inmediatamente, considerando en peligro los tesoros que se amasaban para ser entregados á su país.

Thiers, contra todos los cálculos, pudo acelerar la entrega de la indemnización haciéndola efectiva en un plazo menos largo que el supuesto por los financie-



PROCLAMACIÓN DE LA COMMUNE

mania y Francia y para la paz y el equilibrio de Europa fué la anexión de las dos provincias, Alsacia y Lorena.

Los 6.000 millones representaban un costoso sacrificio de la fortuna francesa, pero podían ser olvidados por las nuevas generaciones que no habían tenido que contribuir al desembolso. Lo que resultó intolerable, creando un verdadero abismo entre los dos países, fué la anexión de las dos dichas provincias, equivalente á una herida siempre abierta en la dignidad nacional.

Alemania, engrandecida por su ruidosa victoria, no necesitaba nuevos territorios. El desmembramiento de Francia apareció como un duro capricho de triunfador deseoso de recordar á todas horas á los vencidos su derrota y su inferioridad.

La prueba de que este desmembramiento representaba un gran error para lo futuro la dieron los hombres más notables de Alemania en aquella época y el mismo Bismarck, que se excusó inmediatamente de ser el autor del hecho.

ros alemanes. En tres años quedaron pagados los 6.000 millones, y las tropas invasoras fueron abandonando el territorio así como el gobierno de Berlín recibió las remesas. Á los pocos días de haberse entregado la última cantidad y transpuesto la nueva frontera francesa el último soldado alemán, Thiers cayó del poder, cumplida ya la misión que le había valido el apoyo de Bismarck.

Los 6.000 millones atravesaron Alemania como una de esas inundaciones impetuosas y momentáneas que lo arrollan y lo conmueven todo sin dejar rastro de su paso á las pocas horas. El colosal aporte de dinero más bien sirvió para desmoralizar y empobrecer al país, comprometiéndolo años después en una crisis aguda.

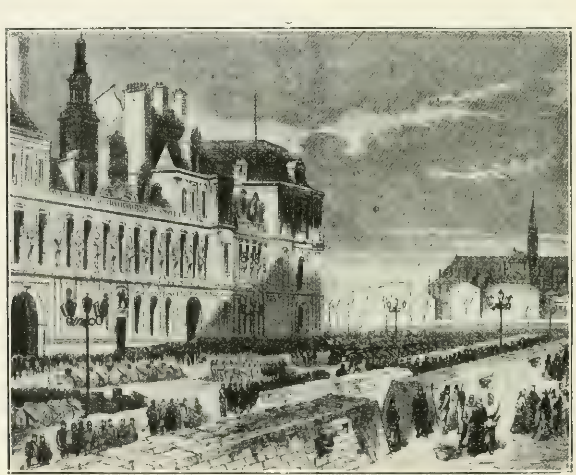
Fué semejante al oro de América que durante tres siglos atravesó España como un torrente venenoso, sumiéndola en mortal decadencia.

Pero Bismarck y su pueblo, después de sufrir los efectos intoxicantes de una fortuna repentina, supieron reponerse y salir de la crisis, creando con las iniciativas económicas una nueva y sólida grandeza.

▫

El error más irreparable del tratado de Francfort para las futuras relaciones de Ale-

El Canciller reconocía como una grave falta haber reclamado Metz y la Lorena, que eran franceses por su historia. En cuanto á la Alsacia y su capital Estrasburgo tampoco se mostraba satisfecho de que pasasen á ser de Alemania, á pesar de que los profesores de su país ensalzaban este acto como una justa reivin-



BARRICADAS EN LA PLAZA DEL HOTEL DE VILLE

(Grabados de la época)



INCENDIO DE LAS TULLERÍAS

dicación por considerar á sus habitantes de raza germánica.

Á mediados de Agosto de 1871, poco después de haberse firmado el tratado de Francfort, Bismarck decía en Berlín al encargado de negocios de Francia:

—No me hago ilusiones sobre el porvenir. Resulta ilógico haberos tomado Metz, que es francés; pero necesidades imperiosas nos han obligado á guardarlo. El Estado Mayor ha declarado: «Metz es una fortaleza en la cual podemos meter cien mil hombres», y por esto hemos tenido que quedarnos con ella. Lo mismo puede decirse de toda la Alsacia y toda la Lorena. ***Es una falta que hemos cometido al apoderarnos de las dos provincias, si es que la paz debe ser durable.*** Para nosotros estas provincias serán una dificultad.

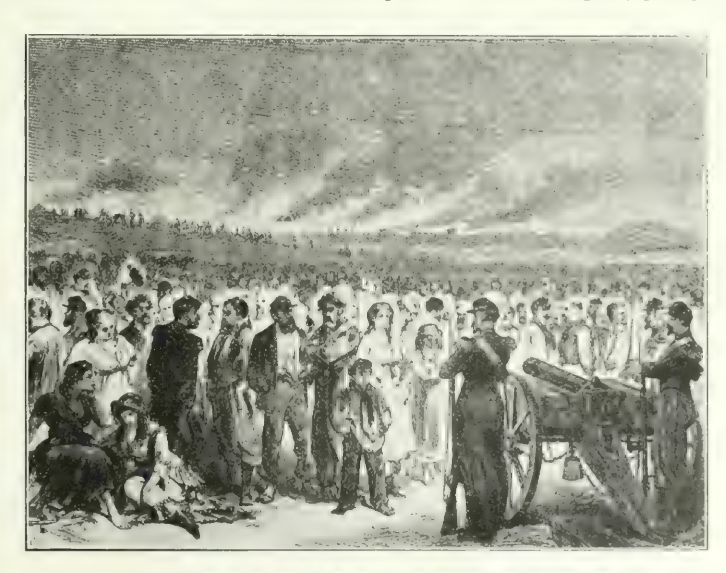
El Canciller dió á entender luego en diversas ocasiones que la anexión era obra del emperador Guillermo y del Estado Mayor y que él se había opuesto sin éxito alguno.

Guillermo I, protestante fanático que creía interpretar en todos sus actos la voluntad de Dios y como hombre no tuvo otro defecto que cierta afición á los placeres de la bebida, mostraba un carácter implacable y cruelmente frío en el momento de la victoria.

Bismarck hizo público cómo después de Sadowa tuvo que recomendarle bondad y tolerancia con el imperio austriaco y los príncipes alemanes que se habían declarado contra Prusia. «Mi gracioso amo —dijo el Canciller—había decidido quitar un pedazo de territorio á cada uno de los príncipes derrotados, á guisa de castigo. «Voy—me repetía incesantemente—á ejercer la justicia de Dios.» Y yo acabé por contestarle: «Vale más que Su Majestad deje á Dios ejercer su justicia por sí mismo, tranquilamente.»

Desde el primer momento se dió cuenta Bismarck del peligro que representaba esta anexión de las dos provincias para la paz del Imperio. Jamás olvidaría Francia su derrota después de este desmembramiento. Sería inútil cuanto se hiciese en el porvenir para restablecer las buenas relaciones entre ambos pueblos. Los mejores propósitos se desvanecerían al volver la vista á las dos provincias esclavizadas, testimonio viviente de un desastre inolvidable.

El célebre compositor Ricardo Wágner, panegi-



PRISIONEROS COMUNISTAS EN EL CAMPAMENTO DE VERSALLES



PRUSIA Y LA ANEXIÓN DE ALSACIA

(Caricatura de la época, por Cham)

rista de la gloria alemana, hasta justificar sus mayores excesos, no pudo sin embargo ocultar el desagrado que le produjo esta anexión.

—Bismarck—dijo Wágner—acaba de cometer el peor y más imbécil de los crímenes. Con la alegría en el corazón, lo mismo que una bestia y abusando descaradamente de la fuerza, ha quitado á Francia Estrasburgo y Metz. ¡Por cuántos siglos ha abierto un abismo entre dos naciones que se necesitan mutuamente y que se acostumbrarán á odiarse, en vez de tenderse las manos para trabajar juntas por el progreso de la humanidad!...

Otro artista célebre de Alemania, el pintor Lenbach, que fué amigo íntimo del Canciller é hizo su mejor retrato, protestó al enterarse de estas palabras del poeta-único. Lenbach se preciaba de conocer como nadie los pensamientos y propósitos de su poderoso amigo.

—Wágner se engaña—dijo el pintor—; Bismarck no quiso nunca la anexión de la Lorena y la Alsacia al Imperio germánico. Es Moltke quien la ha exigido en nombre de los intereses militares. Bismarck se resistió á la anexión mientras pudo, pero al fin tuvo que ceder ante la voluntad del emperador Guillermo, que era partidario igualmente de ella. Esta es la verdad.

Así debió ser. El gran ministro era demasiado clarividente en los negocios de Estado para no darse cuenta de que con esta anexión, verdaderamente innecesaria, el nuevo Imperio alemán se creaba un enemigo implacable, preparando una guerra en el porvenir.

Pero el victorioso Estado Mayor tal vez preconizó el desmembramiento de Francia por este mismo mo-

ASAMBLEA NACIONAL FRANCESA PARA RATIFICAR EL TRATADO DE PAZ (Grabado de la época)

tivo. «La guerra—según la frase célebre de Mirabeau—es la primera industria de los prusianos.» Los generales de Alemania pensaban volver á caer dentro de breves años sobre la rica Francia. Era para ellos como una vaca lechera de pródigas ubres. Había que dejar que se robusteciese en la calma de la paz para ordeñarla otra vez antes de que pudiera defenderse. Al apreciar Moltke la importancia estratégica de Estrasburgo y Metz, había dicho: «Son dos pistolas apuntadas á las sienes de Francia y que la mantienen á merced del Imperio.»

La soberbia de los triunfadores pudo más que la previsión de Bismarck. La guerra quedó latente en Europa por no haber prevalecido las opiniones del Canciller.

Austria, atropellada y derrotada en Sadowa, pudo olvidar y aliarse con su antiguo vencedor. La prudencia de Bismarck, que evitó en 1866 las desmembraciones de territorio con que quería castigar Guillermo I al enemigo, hicieron posible una alianza futura.

En Francia no triunfaron estos procedimientos humanos, y la paz sólo fué una tregua deshonrosa para el vencido; un largo paréntesis que había de terminar forzosamente con una nueva guerra.



ILUMINACIONES EN BERLÍN CON MOTIVO DEL TRATADO PRELIMINAR DE LA PAZ — Grabado de la época

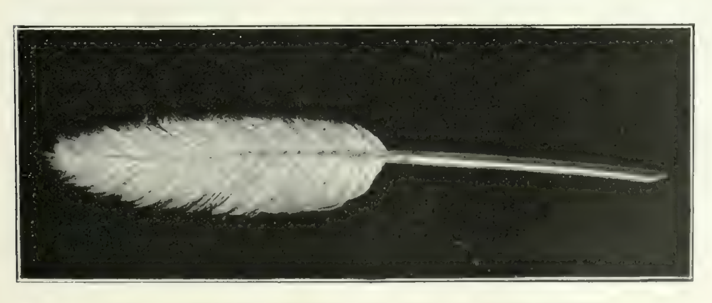
De toda la campaña de Francia lo más trascendental para la obra de Bismarck fué la creación del Imperio germánico.

Diez días antes de la rendición de París, el 18 de Enero de 1871, el viejo rey Guillermo fué proclamado emperador de Alemania en el palacio de Versalles, donde se había establecido el cuartel general del ejército sitiador.

Se hizo la unidad germánica tal como la había soñado el Canciller, no por obra del sufragio universal, en un parlamento de abogados y periodistas, sino entre el estrépito de las armas, al eco de los cañonazos, ante una gran ciudad sitiada y por la aclamación de los jefes de las tribus germánicas, con un aparato bárbaro y romántico que recordó el entronizamiento de los antiguos caudillos paseados sobre el escudo por sus guerreros.

Bismarck, Moltke y Roon, organizadores de primera hora, que habían emprendido muchos años antes desde una posición modesta el trabajo colosal de la unidad alemana, sólo podían haber imaginado como una ilusión imposible este escenario histórico donde se desarrollaba el último acto de su obra.

La proclamación del emperador se verificó en la famosa Galería de los Espejos. Sus pisos de madera brillante, sus paredes de mármol habían reflejado los vistosos trajes de la corte de Luis XIV y los uniformes dorados de los mariscales de Napoleón. Ahora sus grandes espejos duplicaban el brillo de las corazas y condecoraciones de los jefes de las tribus germánicas, tantas veces derrotadas por los dos soberanos franceses. Reyes, príncipes y feldmariscales se erguían en esta hora



PLUMA CON QUE FIRMÓ BISMARCK EL TRATADO DE FRANCFORT

VERSALLES. CUARTEL GENERAL DE GUILLERMO I (Grabado de la época)

prodigiosa con el orgullo del desquite histórico; hollando con sus altas botas el pavimento por el que se habían arrastrado las huecas faldas de las beldades versallescas; apoyando en la empuñadura del sable la ruda mano fatigada por una venganza cruel de secular origen.



MOLTKE EN VERSALLES (Dibujo de la época)

Un altar había sido elevado á un extremo de la galería, y después del oficio divino Guillermo I declaró que el rey de Babiera, Luis II, le había pedido «en nombre de todos los príncipes y de las ciudades libres de Alemania» que aceptase la dignidad imperial para él y sus sucesores, demanda que habia aceptado después de largas vacilaciones.

Por orden suya Bismarck leyó á continuación una proclama dirigida al pueblo alemán. Terminada la lectura el gran duque de Baden lanzó un viva á Guillermo I, *Deutsche Kaiser*, y todos los príncipes y dig-



EL GENERAL ROON

PROCLAMACIÓN DEL EMPERADOR DE ALEMANIA EN VERSALLES

Dibujo de la época

natarios contestaron á la aclamación, dándose con esto fin á la ceremonia, que en realidad fué algo fría.

Visto á una distancia de cuarenta y cuatro años, después de haberse solidificado el Imperio germánico y conseguido una enorme importancia material, parece que Guillermo I debió aceptar con apresuramiento y gratitud este honor supremo. Sin embargo no fué así. El viejo monarca no quería ser proclamado emperador, y necesitó Bismarck de toda su influencia y de no pocos enfados para decidirlo á que aceptase dicha dignidad.

Guillermo I amaba más su título simple de rey de Prusia, que le confería el cargo de presidente de la Confederación Germánica.

Los antiguos emperadores de Alemania no habían sido más que comandantes de las fuerzas confederadas en tiempo de guerra, proporcionándoles su título durante la paz más disgustos que satisfacciones.



BISMARCK

Al resistirse á ser emperador decía el monarca á su Canciller:

—¿Qué queréis que haga yo de ese diploma de comandante honorario?...

—Vuestra Majestad—contestaba el gran ministro—no va á ser eternamente presidente. Hay en este título de presidente una abstracción. La palabra «Emperador» posee, al contrario, una gran fuerza, un impulso poderoso.

Al fin triunfó Bismarck. Él entendía á su modo el Imperio germánico. El nuevo emperador iba á disponer, gracias á sus trabajos, de una fuerza efectiva y concreta. Dirigiría con mano férrea los diversos Estados germánicos en vez de dejarse arrastrar y dominar por ellos, como les había ocurrido á casi todos los emperadores antiguos. Con objeto de alcanzar tal resultado, había hecho Bismarck el mayor de los sacrificios, abdicando de las ideas de toda su vida para aceptar un Reichstag creado por el sufragio universal.



LUIS II DE BAVIERA

La proclamación de su rey como emperador de Alemania, frente á la capital enemiga próxima á rendirse y en el palacio más célebre de Europa, fué el hecho más culminante y glorioso de la existencia del Canciller. Á pesar de esto, el 18 de Enero de 1871 resultó un mal día para Bismarck. Momentos antes de la proclamación se había peleado con Guillermo I. Fué una de tantas disputas en las cuales el Canciller se enfurecía hasta la locura chocando con la resistencia del monarca, influenciado por los favoritos del Estado Mayor ó por la reina y sus damas; penosas entrevistas de las que salía rompiendo agarradores de puerta ó haciendo añicos los adornos de las chimeneas.

El nuevo emperador ocupó en la ceremonia un alto trono, teniendo á ambos lados á los autores de su gloria, Bismarck y Moltke, que se apoyaban en sus sables. El rey mostraba en su cara maciza un orgullo místico. Nada podía asombrarle por grande que fuese. Dios estaba con él, guiando sus menores actos. Moltke se mostraba impasible, sin que la menor emoción contrajese las arrugas de su rostro de vieja Parca. Bismarck, todavía colérico, parecía un dogo feroz, mirando con hostilidad y desprecio á la brillante tropa de reyes y príncipes que se agolpaba ante el trono del nuevo emperador.

Él solo podía saber lo que había costado llegar á la constitución del Imperio.

Los soberanos de la Alemania del Sur se mostraban meses antes enemigos de la guerra con Francia. Algunos, como el rey de Baviera, no habían disimulado su hostilidad hacia una empresa que iba á acometerse para mayor gloria de Prusia, dando á entender que en el momento decisivo se negarían á tomar las armas. Esta presunta resistencia creadora de grandes esperanzas en Francia la suprimió Bismarck arrastrando á la guerra con habilidades ó amenazas á todos los Estados del Sur. Luego, al conseguir la victoria y pretender coronarla proclamando el Imperio, había tropezado con iguales resistencias. Deseaba que fuese el rey de Baviera el que tomase la iniciativa, por figurar dicho reino como el más poderoso de todos los del Sur. Pero Luis II, el soberano artista y clemente, había dudado mucho antes de aceptar. Sólo cuando el Canciller le amenazó con transferir el encargo al rey de Sajonia pudo decidirse el monarca de Baviera á ser el autor de la proposición.

Bismarck leyó su proclama con gesto duro y voz sacudida por la cólera. En aquellos momentos estaba furioso contra el rey, que se negaba á aceptar sus consejos; contra el príncipe heredero, romántico y valeroso kronprintz, que tenía un ideal germánico distinto del suyo; contra todos los soberanos alemanes, que se oponían á sus planes sistemáticamente, sintiendo envidia ó recelo.

Todos estaban febriles por el orgullo de un triunfo vertiginoso y fulminante. Hasta el rostro arrugado de Moltke tenía á través de su frialdad una expresión de vieja hechicera contenta. Únicamente conservaban su calma el nuevo emperador, hombre sin imaginación, incapaz de sorprenderse ante los favores del destino, pues se creía un favorito de la dignidad, y el férreo Canciller, que no se dejó embriagar nunca por la confianza y miró al porvenir como un marino



EL KRONPRINTZ FEDERICO GUILLERMO

que explora la noche, temiendo que surjan escollos inesperados.

Mientras vivieron los dos viejos, se mostraron de perfecto acuerdo en la apreciación del porvenir de Alemania. Tal vez fué este el único punto en el que no conocieron divergencias ni mantuvieron discusiones. Ambos sustentaban la idea que había inspirado la restauración del Imperio, la unidad alemana y su preponderancia continental, sin querer ir más allá, guardándola en toda su fuerza, así como las virtudes que ayudaron poderosamente á los favores de la fortuna.

Prusia había podido atreverse á las mayores audacias para realizar sus ideales; pero una vez cumplidos éstos, debía contentarse con su buena suerte, evitando nuevas aventuras que comprometieran todo lo adquirido.

—Estamos saturados de éxito—decía Bismarck.

—¿Quién soy yo?—exclamaba el viejo emperador al final de una comida, con mística unción—. ¿Quién soy yo, miserable pecador, para merecer tan extraordinarios favores del cielo?...

Los dos hombres, después de constituído el Imperio, querían que fuese éste como «una roca de bronce» levantándose en medio de Europa, que lo contemplaría sometida desde abajo; pero sin caer sobre nadie con propósitos de aplastamiento, guardando una inmovilidad majestuosa.

Tal vez por esto se opuso el Canciller á la anexión de Alsacia y Lorena: imprudencia militar que había de comprometer en lo futuro la paz del Imperio.

Varias veces el ministro impetuoso, propenso á las fanfarronadas, pareció dispuesto á comprometer esta tranquilidad amenazando á Francia y otras naciones. Pero tales arrebatos nunca fueron seguidos de hechos, ni produjeron la guerra. Eran simples genialidades bismarckianas para asustar á los adversarios.

El Canciller triunfante repetía con frecuencia un refrán de la antigua Alemania: «Para vivir hay que dejar vivir á los otros.»

Lo mismo pensaba el viejo emperador. Pero su nieto Guillermo II piensa de distinto modo. La vida, según él y según la Alemania moldeada á su imagen, sólo es aceptable y gloriosa ocupando el mundo entero y aplastando á los otros pueblos.

V

La política interior de Bismarck.—Organización del Imperio.

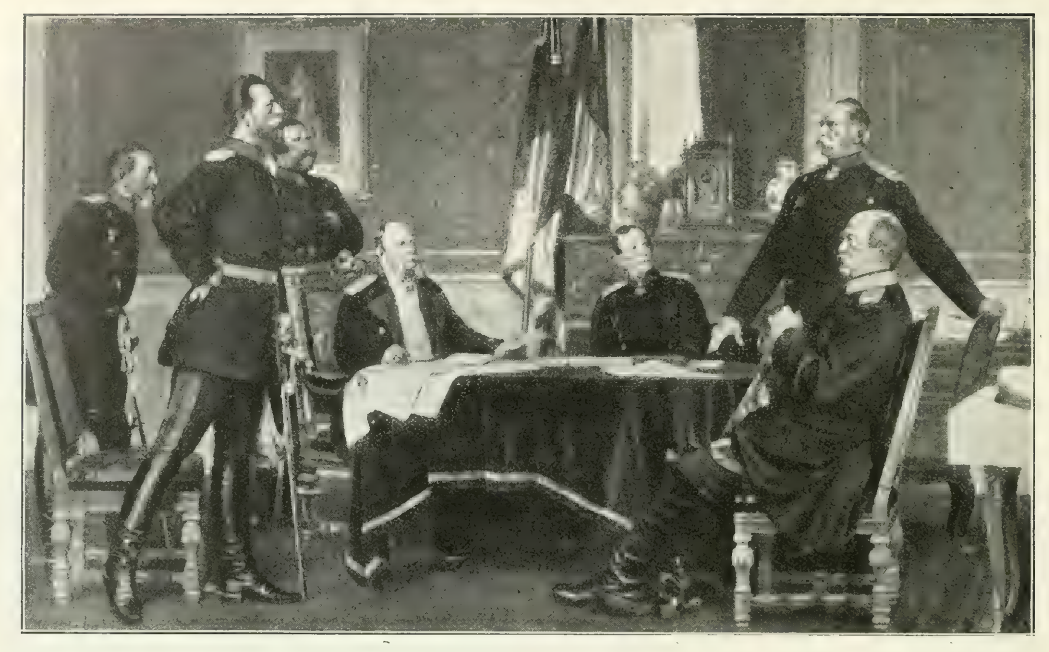
La más urgente preocupación del Canciller después de la victoria, fué la reforma financiera del Imperio.

El torrente de los 6.000 millones pasó, como ya dijimos, por Alemania rápidamente, dejando al gobierno tan pobre como años antes. Un presupuesto extraordinario los consumió en breve plazo. Hubo que construir nuevas líneas férreas, dar cuantiosas pensiones á las familias de los que habían perecido en la guerra, transformar el sistema monetario, renovar las fortalezas y el material de combate. Además, en previsión de un futuro conflicto que Bismarck juzgaba posible por las duras exigencias del tratado de Francfort, se dedicaron muchos millones á la creación de un Tesoro de Guerra que fué guardado en la fortaleza de Spandau. Todos estos gastos devoraron en poco tiempo la cuantiosa indemnización francesa.

El nuevo gobierno imperial, á pesar de sus triun-



GUILLERMO I. EMPERADOR DE ALEMANIA



Kronprintz Federico — Guillermo I — Moltke — Roon — Bismarck

LOS FUNDADORES DEL IMPERIO ALEMÁN EN VERSALLES (Cuadro de Von Werner)

fos ruidosos era el más pobre de Europa. Los impuestos directos sobre los contribuyentes alemanes los percibían para sus gastos los gobiernos de los diversos países que habían formado la nueva Confederación. El gobierno federal no contaba con otros recursos financieros que el producto de las aduanas, mediocre é inseguro á causa de la fluctuación de las importaciones, según el estado de los negocios.

Las tarifas aduaneras habían sido hechas con arreglo á la doctrina libre-cambista, y los tratados de comercio databan de los buenos tiempos de Napoleón III, siendo desfavorables para Alemania. La recaudación de las aduanas iba aminorándose todos los años, mientras los gastos del gobierno imperial aumentaban considerablemente, siendo necesario para cubrirlos el recurrir á un tributo de los diversos Estados de la Confederación, regulado por el número de sus habitantes.

Este sistema era injusto y provocaba razonadas protestas. El rico comerciante de Hamburgo ó de los otros puertos anseáticos contribuía á los gastos federales con igual cantidad que el mísero campesino de un principado pobre. Además el Canciller no podía soportar que el Imperio pidiese limosna á los reyes, príncipes y municipios libres de Alemania que él deseaba tratar como «vasallos». Esto equivalía, según la frase de Bismarck, á «vivir el Imperio de una pensión alimenticia señalada por los mismos que estaban bajo su protección».

El ministro de Hacienda, Delbrück, valioso librecambista tenaz en sus ideas, contribuía á mantener la deplorable situación. Bismarck, con el ímpetu de su carácter, chocaba inútilmente contra este viejo é impasible funcionario apegado á su rutina, orgulloso de su tecnicismo y sostenido además por las influencias de la corte. Al fin consiguió que abandonase la cartera en 1876, y el Canciller, que confesaba su ignorancia en materias financieras, pero poseía una gran facilidad de asimilación, se dedicó al planeamiento de un nuevo sistema rentístico.

El azar vino á favorecerle para que llevase adelante este trabajo. Á principios de 1877, Bismarck se sintió enfermo y tuvo que pedir al emperador una licencia que duró diez meses. En este retiro momentáneo pudo elaborar el proyecto financiero que reclamaba el Imperio. «En las monarquías—dice un autor al comentar este hecho—los grandes sucesos dependen de pequeñas causas.»



ESCUDO DE ARMAS DEL IMPERIO ALEMÁN (Dibujo de la época)

Bismarck se ha-

bía obstinado en seguir hasta la vejez una vida igual á la de los tiempos de estudiante, abusando ferozmente de su vigorosa constitución. Se levantaba á las once de la mañana, entregándose inmediatamente á sus ocupaciones, sin tiempo para tomar el más ligero desayuno, queriendo resarcirse cuanto antes de su retraso. Luego eran las entrevistas diplomáticas, las comunicaciones al emperador, los consejos de ministros, las sesiones del Reichstag, trabajos oratorios y sedentarios que minaban su salud. Llegaba hambriento á la noche, con un apetito de lobo, y su organismo gigantesco tomaba el desquite haciendo unas comidas pantagruélicas. Su estómago era un abismo. Luego, hasta hora avanzada de la noche, recibía á sus tertulianos íntimos y á muchos parlamentarios, cuyos designios quería escrutar vaso en mano, con maliciosa camaradería. Todas sus discusiones nocturnas eran con acompañamiento de ensaladas de langosta y enormes cantidades de cerveza. Cuando sólo había vaciado su amplio vaso con adornos heráldicos unas doce veces en la noche, el Canciller se iba á la cama satisfecho de su moderación. De aquí el insomnio nervioso, las frecuentes indigestiones y una hinchazón de las venas, tan dolorosa, que en muchas ocasiones no le permitía mantenerse de pie. En sus dominios de Varzin y Friedrichsruhe, la vida regular é higiénica y el movimiento de sus cabalgadas para inspeccionar granjas y bosques restablecían su salud.

La grande obra realizada por él le había fatigado moralmente, apagando su entusiasmo. ¿Qué hacer después del triunfo del Imperio y la victoria sobre Francia que resultase digno de él? En su pintoresco lenguaje de cazador, declaraba estar fatigado de «la caza menuda de los éxitos parlamentarios». Quería cobrar «un animal grande», perseguir la caza mayor como en otros tiempos; pero la pieza no se presentaba. En la soledad de su retiro campestre, él mismo hizo levantar esta caza mayor, ya que no se ofrecía voluntariamente, dedicándose á numerosas lecturas de economía política. Dos colaboradores, Varnbüler y Adolfo Wágner, le ayudaron en tal estudio con su reconocida competencia: el primero inclinó al Canciller á la doctrina proteccionista, y Wágner, de amplia erudición financiera, lo orientó en la legislación comparada de los impuestos. Con esta amalgana, Bismarck pudo crear, no un sistema económico, sino un simple plan en el que conciliaba los intereses del fisco, la prosperidad de la nación y las aspiraciones de los partidos, divididos en agrarios é industriales. Los conservadores, junquers reaccionarios y grandes terratenientes, pedían protección para la agricultura, como si fuese la única fuente de riqueza del país. Los burgueses de las ciudades y de los puertos eran sostenedores de la industria, viendo en ella y en el comercio la futura grandeza de Alemania.

El plan económico de Bismarck estaba basado en



FRANCIA CLAMANDO VENGANZA

(Estampa popular después de la guerra de 1870)

dos ideas capitales: la conversión de Alemania al proteccionismo y un sistema de impuestos indirectos que tendiese al monopolio del Estado. Bismarck tuvo que sostener una de las mayores batallas de su vida para que el Reichstag aceptase su plan. Los conservadores, por una extraña contradicción, eran tradicionalmente libre-cambistas, lo mismo que el Canciller lo había sido en otra época. Odiaban el proteccionismo, como señores del campo, porque la industria les privaba de brazos, atrayendo los labriegos á sus fábricas con el incentivo de jornales superiores; y el proteccionismo ha sido inventado para defender las industrias nacientes. La industria alemana que podía apoyar al canciller estaba en 1878 en una situación deplorable á causa de las tarifas libre-cambistas, que no le permitían competir con la producción de Francia é Inglaterra.

Luchaban enconadamente agricultores é industriales, cuando el Canciller volvió á la vida pública después de su enfermedad meditativa en Varzin. La

situación era ruinosa y exigía un remedio inmediato. La miseria agraria resultaba tan aguda como la crisis industrial. Al mismo tiempo que pasaban por Alemania los 6.000 millones de la indemnización, se vendían judicialmente por año 10.000 propiedades agrícolas por ruina de sus dueños. El sistema del libre-cambio privaba al Imperio de recursos, arruinando al mismo tiempo á los particulares. Bismarck quiso levantar la fortuna pública protegiendo á la vez los intereses de los individuos. Á los conservadores agrarios los convenció, apelando á su patriotismo, con la demostración de que el sistema antiguo sólo servía para favorecer á la agricultura rusa. Los industriales, especialmente los que representaban regiones mineras, apoyaron con entusiasmo los planes de Bismarck.



DELBRÜCK

La gran riqueza metalúrgica de Alemania, así como su enorme producción azucarera, datan realmente de la reforma económica del Canciller. Ésta, con su proteccionismo, favoreció el desarrollo de las iniciativas del país.

Además nacionalizó los ferrocarriles, viendo en esta reforma un interés político tan grande como el económico, y creó varias contribuciones indirectas de enorme rendimiento, sometiendo á impuestos los artículos de mayor consumo.

El Imperio alemán, que era pobre, dispuso repentinamente de grandes ingresos gracias á la reforma administrativa. Al mismo tiempo la industria, el comercio y la agricultura, entraron en una nueva era de desahogo y progreso.

Es realmente asombrosa la labor realizada por Bismarck después de la victoria del Imperio, para consolidarlo y engrandecerlo interiormente. Hubo que crear por entero una marina, reformar el ejército teniendo en cuenta las experiencias de la guerra reciente, rejuvenecer una administración tradicional y rutinaria, inventar recursos ideando todo un plan financiero é imponerlo á las resistencias del país, redactar nuevos códigos é improvisar una poderosa industria para que Alemania pudiera sostenerse victoriosa, costeando sus enormes medios de defensa. Un verdadero ejército de especialistas se dedicó á esta obra colosal.

No fué Bismarck quien lo hizo todo. Los técnicos y los profesores del Imperio realizaron gran parte del milagro con sus estudios metódicos y tenaces. Pero aun limitada de este modo la iniciativa de Bismarck, su obra siempre resulta enorme. No lo inventó todo, pero favoreció y apoyó las iniciativas útiles, sabiendo escoger los ayudantes más aptos y prestándose al apoyo de las ideas nuevas. Como en él fué siempre vigorosa la iniciativa, gustó mucho de los hombres activos y de pensamientos originales. Cuando encontraba un consejero valioso, pero de mal carácter, el férreo Canciller se doblaba ante él, olvidando su tradicional brusquedad, para no verse privado de esta colaboración.

Todas las iniciativas de su época, partiesen de donde partiesen, recibieron su marca, aun aquellas que procedían de sus adversarios. Todo lo encaminó á la mayor gloria del Imperio y á la concepción que se había formado del sistema monárquico.

▫

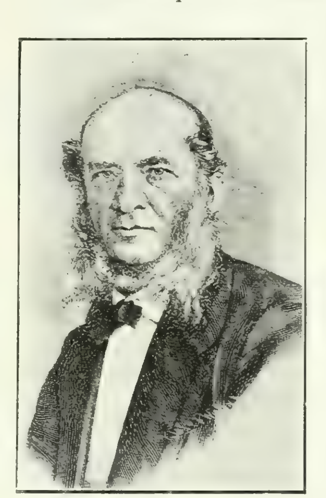
Al dar una Constitución al Imperio, Bismarck sostuvo el sistema federal, decisión que parece inexplicable, teniendo en cuenta el carácter de su política unificadora y autoritaria. Después de la ruidosa victoria sobre los franceses, le hubiese sido fácil convertir Alemania en un Estado unitario, suprimiendo con más ó menos rapidez los diversos reinos, principados y municipios libres que entraron en la Confederación conservando su autonomía. La enorme popularidad proporcionada por la guerra y la libre disposición de una fuerza aplastante, le permitían realizar la unidad nacional de este modo absoluto.

Pero el Canciller, en todo lo referente á la vida interior de Alemania, fué siempre un junquer particularista y amigo de la tradición. Le pareció sin duda un sacrilegio histórico atentar visiblemente contra las diversas autonomías germánicas, aunque en realidad las mantuvo bajo su tutela. Una consideración de orden político le impulsó igualmente á mantener este respeto. Los Estados alemanes del Sur mostraban aspiraciones democráticas, y en una Alemania completamente unificada hubiesen acabado por contaminar á la Prusia feudal y reaccionaria. Bastante sacrificio había hecho aceptando el sufragio universal para las elecciones del Reichstag, con objeto de atraer á los sudistas.

Á impulsos de sus ideas particulares, el imperialista Bismarck en vez de extender la competencia legislativa del Imperio procuró limitarla á lo que era indispensable para la marcha de los asuntos comunes, conservando en cuanto le fué posible los derechos de los soberanos. El célebre ministro procuró que la dignidad de emperador no perjudicase los derechos y prerrogativas del rey de Prusia, estableciendo una valla infranqueable entre ambas coronas, á pesar de que las dos pertenecían al mismo soberano. Su entusiasmo por la nueva Alemania imperial no le hizo olvidar sus intereses de gobernante prusiano. Quería conservar intacto el sistema político de Prusia, abso-

lutismo mitigado apenas por una ficción constitucional. La Cámara prusiana, donde los conservadores están siempre en mayoría gracias al sistema de elección empleado, no es más que un cuerpo obediente que aprueba los actos del gobierno. Los socialistas, que desde hace muchos años tienen una numerosa representación en el Reichstag, sólo en 1903 consiguieron hacer entrar su primer diputado en la Cámara de Prusia.

Por otra parte, Guillermo I, tan particularista y tradicional como su Canciller, era enemigo igualmente del unitarismo. Ya hemos dicho cómo se resistió á aceptar la dignidad imperial. Prefería continuar simplemente de rey de Prusia, presidiendo la Confederación como el primero entre sus iguales *(primus inter pares)*, por creer que de este modo viviría Alemania con más tranquilidad, sin celos ni hostilidades entre sus diversos soberanos.



VARNBÜLER

«El rey de Prusia—dice Wetterlé—, lo mismo que su primer ministro, estaba obsesionado por el temor á las revoluciones. Se acordaba de la fuga ridícula de su tío y de las humillaciones de su hermano ante los amotinados berlineses en 1848, y con su sentido práctico de Hohenzollern pensó que sería más fácil á los socialistas abatir una sola cabeza de soberano que hacer caer veintidós. Según su opinión, los tronos alemanes debían subsistir apoyándose unos en otros.

»El hecho resulta paradójico; pero fué realmente Bismarck, sostenido con energía por Guillermo I, quien se negó á suprimir las fronteras interiores en este Imperio creado por él. Sabía, por otra parte, que en esta reunión de Estados, á la que conservaba su carácter claramente federativo, el reino de Prusia, cuya población sobrepasa numéricamente á la de los demás países alemanes reunidos, llegaría de todos modos á establecer su dominación, y le parecía preferible no exponer sus habitantes á fusionarse con otras razas, que por ser de costumbres políticas más libres y atrayentes podían imponerlas á la patria de la disciplina rígida y la obediencia pasiva.»

En 1871 se proclamó la Constitución del Imperio alemán, obra de Bismarck, y que es la que rige actualmente.

En virtud de ella, el rey de Prusia preside por derecho propio la Confederación Germánica. Es el jefe del poder ejecutivo dentro de los límites marcados por la Constitución, pero dicho poder ejecutivo pertenece al conjunto de los 25 gobiernos confederados. Entre estos gobiernos de reyes, príncipes y duques, existen tres que tienen desde muy antiguo la forma republicana. Son los Senados de las tres ciudades libres, Brema, Hamburgo y Lubeck.

La dirección de la Alemania confederada incumbe al Consejo Federal, llamado Bundesrath, en cuyo organismo están representados todos los soberanos, así como los Senados de las tres ciudades anseáticas. Cada Estado envía sus delegados ó plenipotenciarios al Bundesrath con arreglo al número prescrito por la Constitución. Prusia tiene diez y siete, Baviera seis, Sajonia cuatro, Wurtemberg, Baden y Hesse tres, y los demás Estados uno solamente.

De los 58 miembros del Consejo Federal señalados por la Constitución de 1871, debían corresponder á Prusia la mitad más dos, teniendo en cuenta su extensión territorial y el número de sus habitantes; pero el Canciller se mostró desinteresado, renunciando á los treinta y un puestos para contentarse con los diez y seis marcados en la ley federal. Este desinterés sólo fué aparente. El emperador cuenta para las decisiones con una mayoría completa, pues le siguen con militar disciplina todos los representantes de los principados y ducados minúsculos: Mecklemburgo, Brunswick, Oldenburgo, Sajonia-Meiningen, Sajonia-Altemburgo, Sajonia-Coburgo-Gotha, Anhalt, Schwarzenburgo, Waldeck, Reuss, Schaumburgo y Lippe, así como los de las tres repúblicas anseáticas.

Únicamente los representantes de los grandes Estados del Sur, reinos de Sajonia, Baviera y Wurtemberg y gran ducado de Baden, se atreven ligeramente á enunciar una opinión propia y á tomar la palabra en el seno del Consejo Federal; pero retroceden apenas sus expresiones pueden causar la más leve molestia al emperador. Los grandes duques de Baden se muestran por tradición más prusianos que el mismo rey de Prusia.

El reparto de la representación en el Bundesrath es arbitrario. El número de representantes resulta caprichoso. Hamburgo, con su vecindario de más de un millón de habitantes, tiene un solo miembro en el Consejo Federal, lo mismo que el principado de Lippe que sólo cuenta con una población de 46.000 almas.

Bismarck, que contra su costumbre se mostró desinteresado y pródigo en representaciones al constituir el Consejo para deslumbrar de este modo á los diversos Estados, supo asegurar para siempre la preponderancia de Prusia. La cuarta parte de los votos del Bundesrath pueden en cualquier momento declarar la caducidad de sus acuerdos. Los votos de Prusia representan esta cuarta parte, y pueden oponer su *veto* á las decisiones del Consejo que no les plazcan. Esta precaución la adoptó Bismarck por si en lo futuro in-



LOS CENTINELAS DE LA FRONTERA

(Después de 1870)

De un lado Francia arruinada por el desastre. Al otro lado de la frontera Alsacia y Lorena cautivas.

(Cuadro de E. Chaperon)

delegación que les permite ejercer indirectamente sus poderes soberanos. El rey de Prusia es durante las sesiones un confederado igual á los otros, pero ocupa la presidencia y es el jefe del poder ejecutivo.

El mismo procedimiento se emplea cuando el Bundesrath tiene que sancionar las leyes votadas por el Reichstag. El emperador las promulga declarando que han sido del agrado de los gobiernos de la Confederación. En el Parlamento el Canciller no habla nunca de la persona del emperador como factor legislativo, sino de los gobiernos confederados, ó sea del Bundesrath, del cual es el representante y órgano ante el Parlamento.

Á pesar de esta modestia aparente de las funciones imperiales, son enormes las prerrogativas que la Constitución redactada por Bismark concede al emperador. Éste nombra sin consulta los embajadores, los cónsules, los funcionarios de las administraciones centrales; es el jefe supremo de los ejércitos de tierra y mar; declara la guerra y firma los tratados de paz.

El emperador Guillermo, así como su hijo Federico III, durante su corto y doloroso reinado cumplieron fielmente las prescripciones de la Constitución, manteniéndose modestamente en su rango de

tentaban algunos representantes hacer oposición; pero como los consejeros se muestran sumisos en todos los asuntos á la voluntad de Prusia, ésta rara vez hace uso de tal prerrogativa. Además los prusianos pueden evitar una oposición posible no presentando al Consejo Federal las leyes que les inspiran desagrado, ya que esta presentación sólo puede ser hecha por el presidente del Consejo Federal, ó sea por el rey de Prusia.

El Bundesrath no tiene, como se ve, las atribuciones de un Parlamento. Sus miembros no se permiten una opinión propia, pues votan por mandato imperativo de sus gobiernos, ó más bien dicho, de los jefes de Estado que representan, los cuales les imponen su pensamiento. Cuando el Canciller del Imperio tiene que presentar un proyecto de ley al Consejo Federal, lo envía antes á los ministerios de los diversos Estados para que lo examinen y remitan instrucciones á los plenipotenciarios de sus países. De esto resulta que son los príncipes y los Senados de las ciudades libres los que votan efectivamente en el Bundesrath, valiéndose de una



EL RECUERDO

La madre alsaciana cose una escarapela francesa en la camisa del hijo que va á ser soldado alemán

(Cuadro de Albert Bettami)

presidentes del Bundesrath, sin poner en exagerada evidencia sus personas. Guillermo II, maniático imitador del absolutismo aparatoso de Luis XIV, ha introducido un abuso del que protestaron al principio muchos alemanes. Continuamente dice *mi* ejército, *mi* marina. Este uso abusivo ha acabado por prevalecer, y los alemanes, en su entusiasmo imperialista, al hablar de los buques de la flota los llaman «los navios de Su Majestad». Sin embargo el ejército, y especialmente la marina, aunque sometidos al mando supremo del rey de Prusia, son propiedad colectiva de todos los Estados alemanes.

Bismarck estableció en el Consejo Federal una comisión de negocios extranjeros compuesta de los seis Estados principales. Toda la política exterior del Imperio debería hacerla el Canciller de acuerdo con esta comisión.

Pero después que Bismarck fué expulsado del poder por la orgullosa ingratitud de Guillermo II, esta comisión dejó de funcionar, renunciando con su inercia á sus prerrogativas constitucionales. Tan olvidadas las tuvo durante muchos años, que cuando á petición del barón de Hertling, presidente del gobierno de Baviera, fué convocada de nuevo hace un año, en 1913, los periódicos conservadores prusianos protestaron violentamente, viendo en esta resurrección constitucional un atentado á los privilegios de la absorbente Prusia.

EL ALSACIANO OBLIGADO Á SER SOLDADO ALEMÁN
(Cuadro de A. Bettannier)

«Con frecuencia—dice Wetterlé—se dan cuenta los alemanes de que Bismarck cortó la Constitución de 1871 á la medida de su estatura de gigante. Este traje demasiado ancho debia flotar necesariamente en torno de los éticos maniquíes que le han sucedido. Ni Caprivi, el militar disciplinado, ni Hohenlohe, el diplomático cazurro, ni el brillante pero versátil Bulow, cuya única habilidad consistió en evolucionar entre un soberano caprichoso y un parlamento que no sabia contener, ni Bethmann-Hollweg, que es á la vez un rígido burócrata y un filósofo escéptico, han podido nunca hacer frente á las obligaciones múltiples y aplastantes de su cargo.

»La tradición exige desde los tiempos de Bismarck que el Canciller del Imperio sea al mismo tiempo presidente del Consejo de Ministros de Prusia. Esto origina una serie de conflictos de conciencia y de atribuciones. Por ejemplo, Bethmann-Hollweg tuvo que declararse un dia ante el Reichstag partidario convencido del sufragio universal, y al día siguiente combatirlo con furia en la Cámara prusiana, que se niega sistemáticamente á la aceptación de este sistema electivo.

»Dos almas deben habitar al mismo tiempo el interior del Canciller. El primer funcionario del Imperio se ve obligado á cambiar constantemente de librea, según habla á los diputados de todo el Imperio ó á los diputados de la monarquía de Prusia. Con frecuencia tiene que sostener en el Reichstag proyectos que ha combatido antes en el seno del Consejo Federal como plenipotenciario prusiano. Es esta una situación inverosímil que no tiene equivalente en ningún otro país, pero el carácter germánico ama las complicaciones y se acomoda á ellas fácilmente.»

Bismarck, que como ya dijimos apreciaba y respetaba el particularismo alemán, dejó casi intacta en la Constitución de 1871 la soberanía de los Estados. El Imperio sólo puede legislar sobre los intereses federales que son restringidos. Los diversos Estados hacen sus leyes fiscales, escolares y religiosas, diferentes unas de otras. Tienen además sus administraciones particulares desempeñadas por funcionarios del país. Los jefes de los Estados nombran sus ministros y convocan sus Parlamentos.

Sus Constituciones ofrecen igualmente una gran variedad. Prusia sigue eligiendo sus diputados por el rancio procedimiento del sufragio restringido de clases, dividido en dos grados y con papeleta abierta, lo que asegura el triunfo de los reaccionarios é impide la representación de la clase popular. Baviera tiene el sufragio universal; Wurtemberg un régimen mixto; Sajonia emplea un sistema complicado, para combatir el avance democrático. En Mecklemburgo existe todavía la representación por clases. En todos los Estados, el Senado ó «Cámara Alta» está compuesto de



EL REICHSTAG

las competencias de los Estados particulares y del Imperio.

Cada Estado alemán tiene un Parlamento particular. El Reichstag es el Parlamento del Imperio. Su carácter nacional no le da ninguna superioridad sobre los otros ni sus decisiones pueden influir en las de los Estados particulares, pues tanto el uno como los otros están delimitados en sus acciones por la Constitución de 1871. El Reichstag legisla únicamente sobre los asuntos federales que son de la competencia del Imperio, y los Parlamentos de los Estados sobre todo lo referente á su vida nacional. Como dice un autor, «las Cámaras de los Estados son los baluartes del particularismo, y el Reichstag el baluarte del unitarismo». Numerosos han sido los conflictos entre uno y otros, pero siempre triunfaron los Estados particularistas sobre el Reichstag. Esto se explica por el hecho de que durante los treinta primeros años de vida constitucional formaban una gran mayoría en el Reichstag los representantes que al mismo tiempo eran diputados en las Cámaras de sus países de origen.

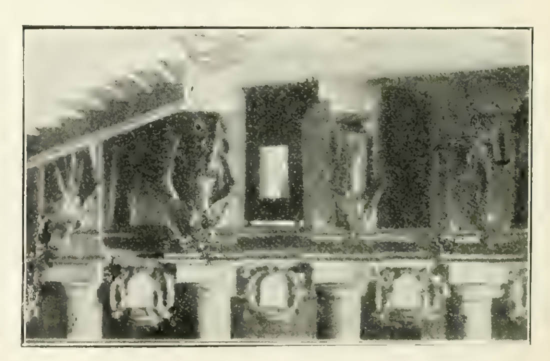
Así como el Canciller es al mismo tiempo jefe del gobierno imperial y presidente del Consejo de Ministros de Prusia, los políticos alemanes pueden ser à la vez diputados del Reichstag y diputados en la Cámara particular de su país. Estos diputados de doble mandato, en todos los conflictos que surgen entre las legislaturas de los Estados y el Reichstag se acuerdan del viejo proverbio alemán: «La camisa está más cerca del cuerpo que el traje», y defienden los intereses del Estado á que pertenecen antes que los de la

miembros por derecho propio y de «señores» nombrados directamente por el soberano. Sería necesario un volumen entero para señalar los derechos respectivos y múltiples de la corona y de la representación nacional en los diversos Estados de Alemania.

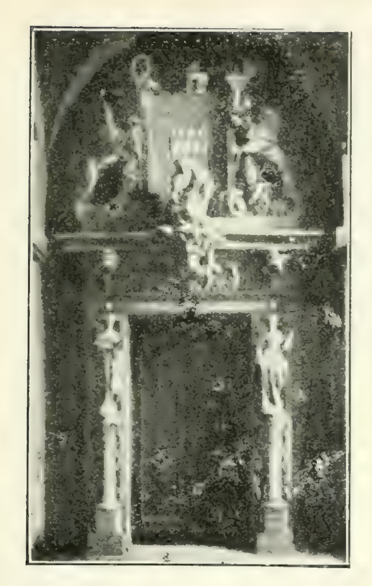
La legislación religiosa ofrece iguales variaciones, que también exigirían un larguísimo estudio. Baviera es católica y vive bajo el régimen de un Concordato. Prusia, Wurtemberg y Baden son protestantes, pero están en tácitas relaciones con la Santa Sede. En Sajonia la familia real es católica y la gran mayoría del país protestante. Los sajones católicos no tienen el derecho de ejercer públicamente su culto, que es al mismo tiempo el de sus reyes. En Mecklemburgo los católicos sólo pueden practicar su religión con permiso del ministro protestante de la localidad.

Los programas escolares han ido aproximándose en los diversos Estados, pero sin llegar á una unificación completa. Los estudiantes de un país cuyos centros de enseñanza son de severa rigidez, van á examinarse á otro país de profesores benévolos y fáciles. En algunos Estados se consideran insuficientes los títulos adquiridos en las Universidades de otros países de Alemania. Un abogado de Baviera, por ejemplo, se abre paso con dificultad en la administración prusiana, aun después de hacerse ciudadano de Prusia.

El Bundesrath ha procurado unificar la legislación criminal y civil de los Estados, pero todavía quedan en pie muchas divergencias tradicionales, especialmente en los asuntos civiles. Mientras en Baviera los delitos de prensa quedan sometidos al jurado, en el resto de Alemania entienden de ellos los tribunales ordinarios. Los procedimientos resultan de una complicación formidable, y frecuentemente los legistas más experimentados se embrollan al querer delimitar



GALERÍA DEL REICHSTAG CON LOS ESCUDOS DE LA CONFEDERACIÓN GERMÁNICA


PUERTA LLAMADA DE BAVIERA


FRONTÓN CON LOS ATRIBUTOS IMPERIALES

federación. El espíritu particularista ha sido uno de los más temibles obstáculos con que han tropezado los cancilleres, teniendo que hacer grandes esfuerzos de habilidad para conseguir que los diputados del Reichstag voten las leyes fiscales cuando éstas comprometen el equilibrio financiero de los Estados.

Además, el alemán es de un carácter intratable cuando hay de por medio consideraciones monetarias. El cargo de diputado en los Estados particulares era antes más productivo que el de diputado al Reichstag. En los Parlamentos de los Estados cobraban sus individuos una dieta por sesión, que variaba de nueve á quince marcos. En cambio las funciones de individuo del Reichstag eran completamente gratuítas.

Bismarck, al organizar el Parlamento imperial, había creído demasiado en el desinterés de sus compatriotas. Como las sesiones parlamentarias se verificaban en la misma época (de Noviembre á Junio) y la mayoría de los elegidos pertenecían al mismo tiempo al Parlamento de su país y al Reichstag, éste apenas veía frecuentado su salón de sesiones.

Al tener que escoger los diputados de doble mandato, preferían el Parlamento que pagaba. De los trescientos ochenta y dos diputados del Imperio, sólo cincuenta ó sesenta, residentes en Berlín, asistían á las sesiones. Hubo leyes importantes que fueron aprobadas por el voto de siete diputados.

La Cancillería puso término al espectáculo no previsto por Bismarck, estableciendo en 1903 que los diputados del Reichstag cobrasen una indemnización. Ésta fué y es aún de una notable mediocridad. Los diputados del Imperio pueden recibir al año 3.000 marcos (3.750 francos), sueldo igual al de un empleado alemán de clase secundaria. Para cobrarlo íntegro necesitan asistir á las sesiones desde que el presidente las declara abiertas é intervenir en todas las votaciones.


LA COLUMNA DE LA VICTORIA FRENTE AL REICHSTAG

Una disciplina prusiana pesa sobre ellos, si es que desean cobrar la indemnización. Todo diputado que llega con unos minutos de retraso, deja de percibir su dieta y es castigado con una multa de 20 marcos. Además el gobierno organizó el reparto de las dietas con tales combinaciones aritméticas, que todo diputado perteneciente á dos Parlamentos cobra fatalmente una indemnización inferior á la que percibiría perteneciendo á uno sólo.

Gracias á esta reforma pudo conseguir el gobierno del Imperio que las sesiones del Reichstag estuviesen concurridas.

En otro lugar diremos el modo automático como funciona éste, el carácter fingido y estéril de la oposición que se manifiesta en su seno y la escasa influencia que ejerce en los destinos del país.



EL FINAL DE UNA LEYENDA

(Caricatura de la época, por Ancourt)

VI

La política exterior de Bismarck

Después de la victoria sobre Francia, Bismarck fué el hombre más importante de Europa y el árbitro de la política internacional. Todas las naciones espiaban sus gestos é intentaban penetrar en el misterio de su pensamiento. La paz del continente dependía de él.



EL REMEDIO

—¡Un mal régimen de diez años! Esa es toda vuestra enfermedad, de la que podréis curaros en seguida con una buena constitución

(Caricatura de la época, por Cham)

Esta desmesurada grandeza sirvió para que el Canciller se engañase en la apreciación de los verdaderos sentimientos de las potencias. Inglaterra, Rusia y Austria habían asistido impasibles al aplastamiento de Francia. La fanfarronería militar del segundo Imperio napoleónico se había hecho temible á todas las naciones y desearon su desaparición. La única potencia que pudo haberla sostenido era la Gran Bretaña, pero le volvió la espalda al enterarse por el maquiavelismo de Bismarck de que Napoleón III había soñado con anexionarse á Bélgica, país que estaba desde su formación garantizado por el gobierno inglés.

El silencio de las potencias lo interpretó Bismarck como una adhesión á su política. No se dió cuenta de que la rápida y victoriosa constitución del Imperio alemán debía inspirar recelos y poner en guardia á las naciones amenazadas por esta guerra enorme.



. . . .

(Caricatura de la época, por Daumier)

Hace más de un siglo que Europa sigue una política de equilibrio, tendiendo instintivamente á la destrucción de toda potencia preponderante que intenta sobreponerse y dominar á las otras. Inglaterra, unas veces por voluntad y otras por compromisos tradicionales, figura á la cabeza de este movimiento regulador. El napoleonismo del primer Bonaparte lo destruyó con su acción directa; el napoleonismo del tercer Bonaparte fué arruinado fulminantemente por su tolerancia impasible, y ahora marcha contra un napoleonismo sin el genio de Napoleón, representado por las soberbias aspiraciones de Guillermo II.

Después del triunfo de la política de Bismarck, los gobiernos europeos se dieron cuenta del gran error que habían cometido al permitir el aplastamiento de Francia. Deslumbrados por el aparatoso militarismo de un Napoleón III, que creía disponer de la fuerza sin poseerla, habían dejado que se constituyese sobre sus ruinas la fuerza verdadera y temible del Imperio alemán. Por esto aprovecharon la primera ocasión para hacer entender á Bismarck que no debía contar más con su indiferencia y su silencio.

La República francesa, á continuación del desastre militar y los horrores de una lucha civil, se dedicó á reconstituir su vida interna y á organizar de nuevo sus medios de defensa con una tenacidad y una energía nunca vistas en pueblo alguno. Esta voluntad firmísima de los vencidos de volver á ser lo que habían sido antes de su desgracia, inquietó al Canciller. En la corte de Prusia eran muchos los que deseaban una segunda guerra con Francia para anularla definitivamente. Mostraban cierta indignación, como si hubiesen sido objeto de un engaño al ajustar la paz. La facilidad con que Francia había pagado los 6.000 millones, restableciendo sin cansancio su riqueza pública, les hacía pensar en la posibilidad de exigir una indemnización triple ó cuádruple. Una nueva guerra con Francia antes de que hubiese restaurado sus medios de defensa era empresa facilísima. Con una campaña de dos ó tres semanas el ejército alemán volvería á ser dueño de París, recogiendo una cosecha de muchos miles de millones para remediar la crisis económica que sufría el Imperio después de la primera indemnización.



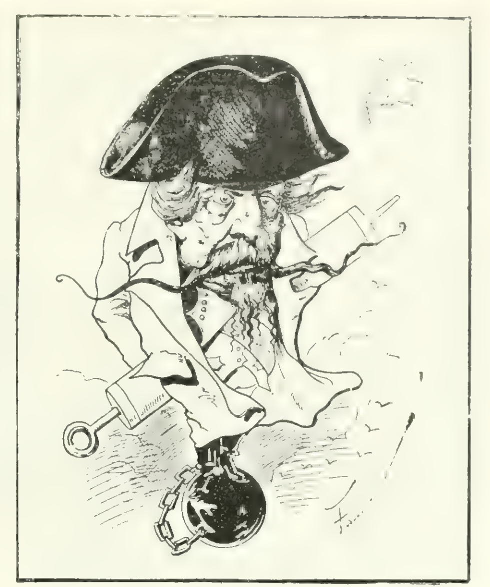
ILUSIONES Y RECUERDOS
(Caricatura de la época, por Aranda)

Bismarck, impulsado por el sentimiento dominante en su país y por sus odios políticos excitados al ver que una república crecía y se consolidaba en el centro de Europa, intentó en 1875 asestar un segundo golpe á Francia.

Pero Europa estaba ahora despierta. No era posible repetir lo que dijo un diplomático en 1870 al presenciar la invasión de Francia y la soberbia de los alemanes: «¿Dónde está Europa, que no la veo?»

Apenas Bismarck inició su amenaza en Mayo de 1875, tuvo que retroceder bajo la presión de Rusia é Inglaterra.

Gortschakow, Canciller del zar Alejandro II, se irguió ante el coloso alemán en el momento que intentaba herir por segunda vez á Francia, dándole á entender enérgicamente que en esta ocasión no realizaría su atentado con la misma impunidad. El Canciller alemán tuvo que desistir del ataque, refunfuñando furioso al chocar con este obstáculo. Gortschacow, después de tal éxito, pudo enviar á todos los gabinetes de Europa su famoso telegrama declarando el incidente terminado y la paz asegurada. Como dice un


EL HÁBITO NO HACE AL MONJE
(Caricatura de la época, por Faustin)

autor, «en el incidente de 1875 se encuentra el rudimento de los hechos que debían reproducirse con mayores consecuencias en 1914».

Bismarck, despechado por la conducta de Gortschakow, dijo á éste, casi en los mismos términos que empleó Bethmann-Hollweg con el embajador de Inglaterra en 1914: «No es un proceder de buena amistad saltar de improviso y por detrás sobre un amigo confiado.» También en su indignación acusó á la diplomacia inglesa de haber procedido con duplici-



1872
Francia inaugura el nuevo año
(Caricatura de la época, por D[illegible])



MONUMENTO Á GUILLERMO I EN BERLÍN

na sin tener en cuenta la realidad, ó sea que existen dos Alemanias: una, la del Norte, con la cara vuelta hacia los mares septentrionales; otra, la del Sur, con la cara vuelta hacia los mares meridionales; la una protestante, la otra católica. Y tal vez hay que distinguir todavía una tercera Alemania central y continental, que vive con embarazo entre las otras dos.»

Los éxitos políticos y de conquista no llegaban á atenuar estas divisiones de Alemania, favorecidas por las diferencias geográficas, así como de raza y de religión. La

dad, al impedir que Alemania castigase á Francia.

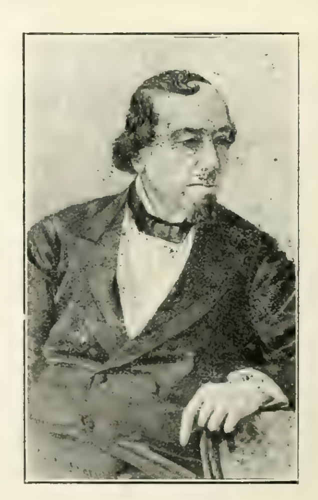
Á partir de este incidente, el Canciller se dió cuenta de que Rusia é Inglaterra no estaban á disposición de sus combinaciones políticas como se había imaginado, y que era posible que algún día se uniesen á Francia, cuya desmembración habían contemplado indiferentes. Bismarck tuvo el presentimiento de lo que había de ocurrir en 1914, mucho después de su muerte.

Desde el mencionado suceso la Cancillería alemana empezó á mostrar una gran inquietud en sus determinaciones. Bismarck da á entender en sus «Memorias» que las coaliciones posibles entre las potencias constituyeron su pesadilla. Él, que en sus primeros tiempos de ministro se había señalado como amigo de Rusia ayudándola á sofocar la insurrección de Polonia, se mostró á partir del incidente de 1875 de un anti-eslavismo rabioso, hasta el punto de perder la clarividencia que había caracterizado hasta entonces su política.

Otra consideración de orden diplomático le hizo ser hostil al Imperio ruso. Alemania, á pesar de su unificación triunfante, necesitaba la amistad y la alianza del Imperio austriaco. La fidelidad de la Alemania del Sur no era muy segura, aun después de la victoria de 1870, como no lo es todavía en los momentos actuales. La política alemana no podía ser exclusivamente prusiana, y para dirigir á los Estados del Sur necesitaba vivir de perfecto acuerdo con la política austro-húngara. «Resultará siempre—dice Hanotaux—que la ansiedad suprema de la Alemania del Norte es la fidelidad de la Alemania del Sur. Á pesar de que Alemania desea ser una, no lo es en los momentos actuales. La tesis de las nacionalidades y la fraseología romántica de mediados del siglo XIX, se han engañado en esto. Cantaron la unidad alema-

obra de Bismarck sólo podía mantenerse uniendo su suerte á la de Austria-Hungría. El Canciller se dió cuenta de ello, así como del peligro de una futura inteligencia entre Francia y el Imperio austriaco, si es que dejaba á éste en libertad. Las naciones vencidas en Sadowa y en Sedán podían ponerse de acuerdo, asociándose para un desquite común.

El Canciller buscó por todos los medios una inteligencia con Austria. Para conseguirla tuvo que prometer á ésta grandes ventajas que la hiciesen olvidar su expulsión de la Confederación Germánica. Bismarck no podía ofrecer al gobierno austriaco ninguno de los territorios que había poseído y pertenecían ahora á Alemania, pero le señaló una expansión posible al otro lado del Danubio á costa de los pueblos balkánicos, asegurándole su fuerte apoyo.



BEACONFIELD

El consejo de Bismarck, que impulsó á los austriacos hacia Oriente, fué á una distancia de treinta y ocho años el motivo inicial de la guerra de 1914.

Alemania, para mantenerse en seguridad, ligaba su suerte á la de Austria-Hungría.

Los intereses de Rusia y Austria eran antagónicos y forzo-



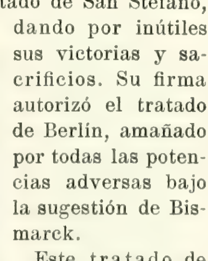
EL ZAR ALEJANDRO II

samente debían producir á la larga un rompimiento entre Rusia y Alemania al marchar ésta unida con el Imperio austriaco.

Rusia, cuya política tenía como objetivo tradicional Constantinopla y los Balkanes, tropezó con Alemania al ir ésta á remolque de su nuevo aliado. En Julio de 1876 la diplomacia de San Petersburgo y la de Viena celebraron la entrevista de Reichstadt, repartiendo la península de los Balkanes en dos zonas sometidas á la influencia rusa y á la influencia austro-húngara. Rusia se reservó la protección de las poblaciones eslavas situadas al oriente de la península, abandonando en cierto modo al Imperio austriaco los territorios occidentales. Dos años después de este arreglo, en 1878, Rusia declaró la guerra á Turquía con motivo del patronato que intentaba ejercer en favor de los pueblos eslavos de los Balkanes. Los triunfos fueron laboriosos, y cuando á costa de enormes pérdidas de sangre venció á los turcos, llegando su vanguardia al pueblo de San Stefano, en las afueras de Constantinopla, se vió detenida por Austria y Alemania, que se levantaron ante ella en vista de sus progresos, y por la Gran Bretaña, temerosa de que la llave del Bósforo cayese en sus manos.

Para reglamentar el tratado de San Stefano ajustado entre Rusia y Turquía, las grandes potencias europeas se reunieron en Berlín bajo la presidencia de Bismarck, que había sido agraciado con el título de príncipe.

El congreso de Berlín fué una especie de tribunal europeo, y el príncipe de Bismarck pudo darse la orgullosa satisfacción de humillar ante él al Imperio ruso y á su Canciller Gortschakow, que cuatro años antes había detenido su golpe contra Francia. Rusia, acosada por todas las potencias, y especialmente por Inglaterra, que veía un peligro en la influencia eslava, tuvo que renunciar al tratado de San Stefano, dando por inútiles sus victorias y sacrificios. Su firma autorizó el tratado de Berlín, amañado por todas las potencias adversas bajo la sugestión de Bismarck.





GORTSCHAKOW

Este tratado de Berlín, suscrito en 1879 para reglamentar definitivamente, según sus firmantes, la cuestión de Oriente, reconstituyó y galvanizó la Turquía, próxima á morir, oponiéndola á Rusia, y devolvió al yugo del sultán las poblaciones de Tracia y Macedonia, próximas á emanciparse. El tratado reconoció la Constitución de Bulgaria como principado independiente, pero reprimiendo al mismo tiempo el sentimiento de la nacionalidad búlgara para crear un desacuerdo latente entre el pueblo libertado y Rusia, que acababa de darle la libertad con sus armas.

El diplomático inglés lord Beaconfield (el famoso Disraeli, célebre en la literatura británica como novelista) prestó ayuda en la conferencia de Berlín, con su apoyo ó su silencio, á las combinaciones maquiavélicas de Bismarck. Únicamente demostró un interés egoísta en favor de las conveniencias de Inglaterra y un interés romántico por los pueblos cristianos sometidos al gobierno de Turquía.

De todas las combinaciones ideadas por Bismarck y consentidas por Europa, la más grave y de terribles consecuencias fué la ocupación por Austria de los territorios de Bosnia y Herzegovina, que por su raza, su religión y su historia pertenecen al pueblo servio. Equivalió esto—como se ha dicho muchas veces—á crear en los Balkanes una Alsacia y Lorena de la raza eslava.

Europa aceptó tal injusticia por ignorancia ó por descuido. Bismarck, que presidió el Congreso de Berlín con un buen humor y una ligereza de estudiante, afirmando que se había limitado á desempeñar entre las potencias de Europa el papel de «un simple corredor», dejaba con la anexión de Bosnia y Herzegovina «una mina explosiva enterrada en el campo diplomático de Europa». La mina ha estallado en 1914. Después de este crimen diplomático, los dos imperios se



EL CONGRESO DE BERLÍN (Cuadro de Werner)

Primer término: Karoly. Gortschakow. Disraeli. Andrassy. Bismarck. Schouvalow. Bulow. Mehemet-Ali-Pachá.
Segundo: Waddington. Radowitz. Corti. Oubril. Saint-Vallier. Desprez. Carathéodory-Pachá. Sadoulah-Bey.
Tercero: Aymerlé. Launay. Hohenlohe. De Mouy. Oddo Russell. Salisbury.
Cuarto: El pintor Werner. Herbert de Bismarck. Dr. Busch.

sintieron ligados por los sombríos intereses de la complicidad. Los dos pueblos servios eran el regalo que hacía Alemania al Imperio austriaco á cambio de la alianza. Austria, comprometida por el presente, debía seguir á su poderoso amigo, pues le era necesaria su protección.

Tal vez el príncipe de Bismarck no tuvo una idea exacta de las consecuencias de este acto. En la última parte de su vida mostró una ignorancia incomprensible en dos cuestiones importantes: la de la expansión colonial alemana y la de los Balkanes. Cuando todos en su país deseaban la adquisición de lejanos territorios para dar salida al exceso de habitantes y de productos, él despreciaba las conquistas coloniales, creyendo que no merecían el menor esfuerzo. El porvenir de los pueblos balkánicos le inspiró un desprecio igual. En varias ocasiones dijo que toda la cuestión de Oriente valía menos que los huesos de un granadero de la Pomerania. Durante el Congreso de Berlín se burló con despectivo regocijo de los pueblos balkánicos, que años después habían de ser la causa inicial de la guerra más grande que ha conocido la humanidad.

Las discusiones del Congreso sobre la suerte de estos pueblos le impacientaban como si estuviese oyendo cosas pueriles. Al ver que se prolongaba el debate sobre el modo de constituirse Bulgaria, el Canciller no pudo contener su impaciencia, y exclamó:

—Hace dos días que estamos discutiendo la cuestión búlgara: es este un honor que seguramente no esperaban los búlgaros. Declaro, como plenipotenciario alemán, que siento muy poco interés por tales detalles. Hemos decidido que existirá un principado en Bulgaría, pero aun no sabemos si vamos á encontrar un príncipe para el principado. También creo inútil machacar tanto para saber cómo será la Constitución que laborarán los nobles búlgaros y sobre la cual tengo hecha mi opinión por adelantado.

Otro día—según un testigo presencial—al leer un artículo del tratado de San Stefano en el que se enumeraban las diversas poblaciones no búlgaras que debían ser garantizadas en el uso de sus derechos políticos, el nombre de los Koutzo-Valacos llamó su atención.

—¡Koutzo-Valacos! —exclamó riendo—. He aquí un nombre que merece ser borrado por lo raro.



EL CONDE DE BEUST



Fot. de M. Tchernet, de la «Ilustration» de París

El viejo rey Pedro I presenciando desde una altura el heroísmo con que las



oas servias rechazan á los austriacos, reconquistando el territorio invadido

Y pasó el lápiz sobre él.

Al oir que el plenipotenciario inglés Salisbury pedía que se asignase una sesión del Congreso para tratar lo que él llamaba la cuestión armenia, Bismarck no pudo contener su disgusto: «¡Todavía una!», exclamó.

Los plenipotenciarios otomanos y rusos emprendieron una discusión sobre el nombre de los Lazos. Lord Salisbury quiso intervenir en ella, pero el Canciller alemán le interrumpió con exagerada é irónica cortesía.

—Milord—dijo—, yo no dudo que los Lazos formen parte de las interesantísimas poblaciones orientales; solamente me pregunto si realmente valen la pena de que les consagremos nuestro tiempo, sobre todo ahora que se aproximan los rigores de la canícula.

Para el príncipe de Bismarck la cuestión oriental era una cuestión exótica, y la trataba con el mismo desprecio y ligereza que en una conferencia diplomática poco importante se trata de la suerte de unas tribus negras del interior del África. Según él, los pueblos balkánicos sólo debían interesar á Europa por lo que pudiesen influir en las relaciones entre las potencias. Eran pueblos «situados fuera del círculo de la civilización europea y sin porvenir alguno».

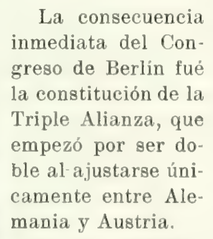


BISMARCK, CANCILLER DEL IMPERIO

Si Bismarck hubiese tenido mayor clarividencia en esta parte de su vida, tratando con menor desprecio y ligereza la suerte y la dignidad de los pueblos balkánicos, Europa se habría evitado grandes males.



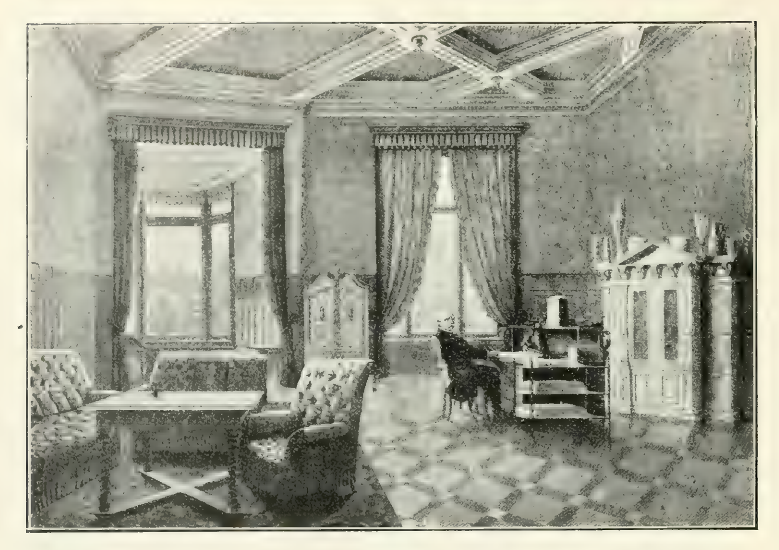
ANDRASSY



La consecuencia inmediata del Congreso de Berlín fué la constitución de la Triple Alianza, que empezó por ser doble al ajustarse únicamente entre Alemania y Austria.

El príncipe de Bismarck no encontró grandes facilidades al iniciar dicha alianza. El conde de Beust, ministro de Negocios Extranjeros de Austria-Hungría, que era de origen sajón, se resistió á las sugestiones del gobernante alemán. Era partidario de una política «con las manos libres», ó sea de «una colaboración activa y pacífica para el bien y la prosperidad de los dos imperios», pero sin nada que significase alianza de guerra. Beust, por dignidad profesional, quería imitar á Gortschakow haciendo frente «al otro Canciller», que era como designaba á Bismarck. Pero éste, que se había batido con enemigos más temibles, necesitó de pocos esfuerzos para darle un sucesor. Los políticos húngaros son por tradición rivales de los austriacos, y el ministro húngaro Andrassy se puso á las órdenes de Bismarck con la condición de que éste lo elevase al gobierno diplomático de la monarquía austro-húngara.

El Canciller alemán preparó una entrevista de Guillermo I y Francisco José en Salzburgo. En la conversación de los emperadores, el vencido de Sadowa entregó la suerte de su Imperio en manos del terrible Canciller que le había arrojado violentamente de la Confederación Germánica. El conde de Beust, caído en desgracia, tuvo que ceder su puesto al húngaro Andrassy, hechura de Bismarck. Éste hizo un viaje á Viena, concertando los preliminares del tratado, y


CUARTO DE TRABAJO DE BISMARCK (Grabado de la época)

No podrá ser comunicado á una tercera potencia sin previo conocimiento de las dos partes, después de un acuerdo especial entre ellas.

En vista de las disposiciones manifestadas por el emperador Alejandro en la entrevista de Alexandrowo, las dos partes contratantes abrigan la esperanza de que los preparativos de Rusia no resultarán en realidad amenazantes para ellas; por esta razón no hay actualmente motivo alguno para hacerle conocer este documento.

Pero si contra toda previsión esta esperanza resultase vana, las dos partes contratantes reconocerán como un deber de lealtad el informar, al menos confidencialmente, al emperador Alejandro, que considerarán como dirigido contra las dos todo ataque dirigido contra una de ellas.

En fe de lo cual, los plenipotenciarios firman con mano propia este tratado y lo legalizan con sus sellos.

Firmado, ANDRASSY.
PRÍNCIPE ENRIQUE VII REUSS.

Hecho en Viena el 7 de Octubre de 1879.

el 7 de Octubre de 1879 se firmó el documento original de la que luego se llamó Triple Alianza y al principio fué una inteligencia ofensiva y defensiva únicamente entre Alemania y el Imperio austro-húngaro.

El tratado de la Triple Alianza se mantuvo secreto algunos años, hasta que fué publicado por primera vez el 3 de Febrero de 1888. Dice así:

Artículo primero. Si contrariamente á lo que se debe esperar y contrariamente al deseo sincero de las dos altas partes contratantes, uno de los dos Estados fuese atacado por Rusia, las dos altas partes contratantes quedan obligadas á prestarse un recíproco socorro con la totalidad del poder militar de su Imperio, y como consecuencia, á no ajustar la paz más que juntamente y de acuerdo.

Art. 2.° Si una de las dos altas partes contratantes fuese atacada por otra potencia (que no sea Rusia), la otra alta parte contratante se compromete por el presente documento, no solamente á no sostener al agresor contra su alta aliada, sino cuando menos á observar una neutralidad benévola con la parte contratante. Sin embargo, si en el caso precitado la potencia atacante estuviese apoyada por Rusia, bien bajo la forma de cooperación activa, bien por medidas militares que amenazasen á la potencia atacada, entonces la obligación de asistencia recíproca con todas las fuerzas militares, obligación estipulada en el artículo primero de este tratado, entrará inmediatamente en vigor y las operaciones de guerra de las dos altas potencias contratantes serán conducidas en esta circunstancia conjuntamente hasta la conclusión de la paz.

Art. 3.° Este tratado, por razón de su carácter pacífico y por evitar toda falsa interpretación, será mantenido en secreto por las dos altas partes contratantes.

Bismarck pensaba en Francia más que en Rusia al establecer la Triple Alianza.

Sentía animosidad hacia el pueblo ruso y sus gobernantes, viendo en éstos un perpetuo obstáculo para su política. «Á los eslavos—decía—hay que estrellarles la cabeza contra un muro.» Y el principal motivo de su odio era el presentimiento de que Rusia despegada para siempre del Imperio alemán, acabaría en su apartamiento por buscar la amistad de Francia. «Contra una alianza franco-


BISMARCK CON SU PERRO FAVORITO

rusa—dijo el Canciller considerándola posible—, la respuesta indispensable es una alianza austro-alemana.» Esta inteligencia entre los dos imperios germánicos representaba la seguridad de su obra. «Si Alemania sabe mantenerse unida—escribió en una carta al rey de Baviera—y sus ejércitos son bien dirigidos, no tiene por qué desesperarse ante una coalición posible de Rusia y Francia. Sin embargo, esta coalición *no dejaría de ser un suceso molesto,* que nuestra política debe evitar en lo que sea posible.» Además, Bismarck en aquel entonces contaba con el apoyo de Inglaterra por estar Alemania aliada con Austria. Este apoyo probable tranquilizaba al Canciller. De todas las potencias era la Gran Bretaña la que le infundía mayores respetos y miramientos. Temía su enemistad y siempre hizo de esta adhesión la base de sus vastas combinaciones; conducta prudente que en 1914 no supo imitar su sucesor en la cancillería.

El texto del tratado entre los dos imperios iba dirigido contra Rusia, aludiendo de paso á una tercera potencia (Francia), que en el porvenir podía aliarse con los rusos. Bismarck no consideró de suficiente fuerza la alianza austro-alemana. El Imperio aliado tenía á sus puertas un enemigo histórico, Italia, que aun guardaba el resquemor de la cruel dominación austriaca. El pueblo italiano, á causa de su latinismo, podía sentirse atraído por Francia, constituyendo un peligro para el Imperio austriaco.

Italia, organizada recientemente y con todos los entusiasmos de la juventud, podía ser un adversario peligroso por su situación geográfica y su odio tradicional al *tudesco.* Bismarck se dedicó á restablecer las relaciones entre Italia y Austria, explotando para esto los rencores italianos, todavía vivos, contra la política de Napoleón III. Los patriotas de la península no podían olvidar que el emperador francés había sostenido hasta el último momento el poder temporal del Papa, dándole el apoyo de un cuerpo de ejército establecido en Roma. Al triunfar en Francia la República, los liberales italianos que podían sentir por ella una cierta simpatía política, experimentaron una nueva decepción al ver á Túnez bajo el protectorado francés, cuando ellos aspiraban á difundir la influencia italiana en la costa de África.


BISMARCK EN SU MESA DE DESPACHO

Bismarck supo explotar los disgustos pasados y presentes entre las dos naciones, hermanas de civilización, hasta conseguir separarlas por largos años. Sólo un hombre como él podía dar realidad á los mayores absurdos históricos. Había hecho una alianza con el Imperio expoliado por él en Dinamarca y vencido en Sadowa. Después de esto bien podía conseguir la aproximación amistosa de Austria é Italia, que se miraban con inquietud y odio.


BISMARCK EN EL CAMPO

Los italianos veían una amenaza continua en el emperador Francisco José, que no podía olvidar sus fracasos en la península, y especialmente la pérdida de Venecia. Era conocida la afirmación de un diplomático austriaco al hablar de su emperador: «Si le abriesen el corazón—dijo—, encontrarían escrita en él una palabra: Venecia.» Aparte de la amenaza austriaca, Italia, que se mantenía en guerra con el Vaticano después de la ocupación de Roma, temió al maquiavelismo de Bismarck. Éste, en ciertos momentos, para atraerse á los italianos, los amenazaba con tomar bajo su protección la causa del poder temporal del Pontificado. El cinismo con que el Canciller protestante anunciaba su propósito de proteger la causa de los papas para sus fines diplomáticos, motivó en gran parte la adhesión de Italia á su política. Además, el ministro Crispi, que era omnipotente en aquella época, sentía cierta predisposición contra Francia, desde sus antiguos tiempos de revolucionario, á causa de la conducta observada por Napoleón. Para que Bismarck no imitase á éste sosteniendo la causa papal, el gobierno italiano obedeció á todas sus sugestiones.

El 27 de Octubre de 1881 el rey Humberto, acompañado de Crispi, presidente de su Consejo, y de Mancini, ministro de Negocios Extranjeros, fué á Viena. Bismarck se había trasladado á dicha capital desde Berlín. En aquella entrevista pudo terminar el Canciller la tela de araña que envolvía á Francia en sus fronteras continentales.

Pocos meses después, en 1882, quedó suscrito en

Viena el tratado entre Alemania, Austria é Italia, tratado que completó el de 1879, afirmando la llamada Triple Alianza.

Su texto se ha mantenido siempre en secreto, pero se sabe que es distinto al del primitivo tratado entre Alemania y Austria, ya que sólo tiene un fin puramente defensivo, comprometiéndose los tres contratantes á una mutua ayuda en el caso de ser agredidos, sin tratar para nada de una acción ofensiva.

Con la Triple Alianza, la diplomacia alemana se consideró dueña de Europa. La República francesa viviría en adelante entre enemigos. Rusia quedaba confinada á un extremo del continente. Inglaterra seguiría en su «soberbio aislamiento», pero Bismarck esperaba contar con su aprobación ó cuando menos con su indiferencia.



BISMARCK Y EL KAISER, ENTONCES KRONPRINTZ GUILLERMO

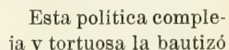
El tratado de la Triple Alianza se ajustó por cinco años. Luego fué renovándose en 1887, 1891, 1898, 1904, 1909 y 1913. Italia, que sólo había aceptado prudentemente una obligación defensiva, pudo mantenerse neutral en 1914, declarando con esto la culpabilidad ofensiva de sus aliados, promovedores de la presente guerra. Además sólo había accedido á las diversas renovaciones del tratado después de ver satisfechas las exigencias con que acompañaba cada nueva prueba de adhesión.

□

La seguridad de la Triple Alianza no fué bastante para Bismarck. Deseaba el mantenimiento de la paz á todo trance para el tranquilo desarrollo de Alemania. Sus amenazas belicosas eran únicamente para el pueblo francés, por creerlo debilitado y querer impedir su reconstitución. Con las demás potencias deseaba mantenerse en buenas relaciones, evitando todo riesgo de guerra.

Á impulsos de su deseo ideó la más complicada é hipócrita de las combinaciones diplomáticas. Había hecho la alianza con Austria para ponerse á cubierto de las amenazas de Rusia, y luego de esto buscó ponerse en relación con el Imperio ruso, ajustando una alianza secreta. Austria tardó mucho tiempo en enterarse de los manejos ocultos de su aliado.

El Canciller, al mismo tiempo que pretendía con esta maniobra diplomática evitar el último peligro que amenazaba á su país, quiso impedir que Rusia, amenazada á su vez por la Triple Alianza, concediese su amistad á la República francesa. La familia imperial rusa era objeto en aquel entonces de frecuentes atentados por parte de los nihilistas, y Bismarck explotó tales sucesos demostrando á la corte de San Petersburgo que eran producto de la propaganda revolucionaria de Francia. En 1884 obtuvo del gobierno ruso la firma de un tratado secreto, en virtud del cual Alemania y Rusia se comprometían recíprocamente á la neutralidad amistosa en el caso de que una de ellas fuese atacada por una tercera potencia.



Esta política compleja y tortuosa la bautizó Bismarck con el título de «política de contraseguro». Sus enemigos, al enterarse vagamente de ella, le atacaron en el Reichstag, demostrando que el sistema de seguros y contraseguros llevado á la diplomacia no podía inspirar confianza á ninguna potencia, pues cada una de éstas tendría derecho á preguntarse cuál de los dos tratados, el del seguro ó el del contraseguro, prevalecería en el momento crítico. Pero tales tortuosidades eran muy del gusto de la diplomacia alemana, que insistió en ellas.

Rusia, comprendiendo el engaño de esta situación equívoca, que representaba una ventaja positiva para Alemania y una carencia de seguridad para ella, se negó á renovar el tratado, cuya duración era de tres años.

El famoso Canciller no pudo continuar su política preponderante sobre Europa. Ocurrió lo que menos podía imaginarse. El Imperio juzgó innecesarios sus servicios.

Había muerto Guillermo I, «su viejo amo». El

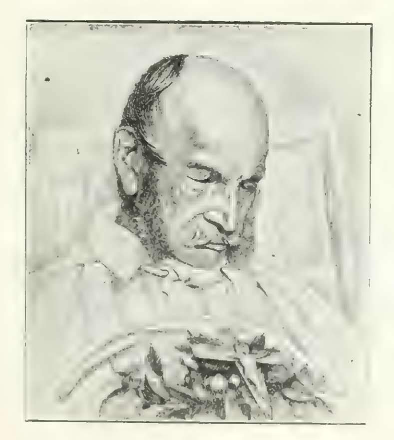
Moltke Bismarck Kronprintz Guillermo

MUERTE DE GUILLERMO I

kronprintz, valeroso y noble soldado de las guerras con Austria y Francia, ocupó el trono con el nombre de Federico III, pero herido de muerte y sólo por pocos meses.

Un joven emprendedor y absorbente, ansioso de mezclarse en todo y disponerlo todo, quedó al frente de Alemania, chocando desde los primeros momentos con el glorioso Canciller, que estaba acostumbrado al respeto y la simpatía de sus soberanos. Había servido al abuelo y al padre con leal fidelidad, pero al mismo tiempo con cierto compañerismo, considerando el Imperio como una obra común que en cierto modo le pertenecía. El nieto quiso tratarlo lo mismo que á un viejo intendente, respetable por sus años y servicios, pero de clase inferior.

Guillermo II puso en la calle á Bismarck, haciéndole salir de la cancillería, en la que había esperado envejecer hasta que le sorprendiese la muerte.



GUILLERMO I EN SU LECHO DE MUERTE

VII

La marina alemana

Vencedora Alemania en sus guerras continentales, sintió la necesidad de poseer una flota.

Á la hora en que el ejército triunfador en Sadowa y Sedán era el primero de Europa, Alemania figuraba como la última nación en cuanto á poder marítimo. Esta carencia de buques de guerra la sintió en 1870, al iniciar la campaña de Francia. Una parte de su ejército tuvo que inmovilizarse en las costas, que no contaban para su defensa con un sólo navío importante. La mala dirección del Imperio francés y el desorden de sus operaciones libraron á los puertos alemanes de un ataque de la marina francesa, acompañado de graves daños.

Este peligro, que podía repetirse, obligó á la nación vencedora



LA ISLA DE HELIGOLAND

á preocuparse de la creación de una marina, iniciando Bismarck los primeros trabajos, que fueron continuados por Guillermo II con una rapidez y un éxito verdaderamente asombrosos.

Hoy la marina alemana es, por la fuerza de que dispone, la segunda de Europa. Como fué la última de todas en su creación y desarrollo, no tuvo que luchar como las otras con las dificultades embarazosas de un material antiguo, tradiciones conservadoras y rutinas profesionales. Ha podido estudiar en las experiencias de sus vecinos, aprovechando de un golpe todo lo que los otros adquirieron á costa de largos años y vacilantes ensayos.

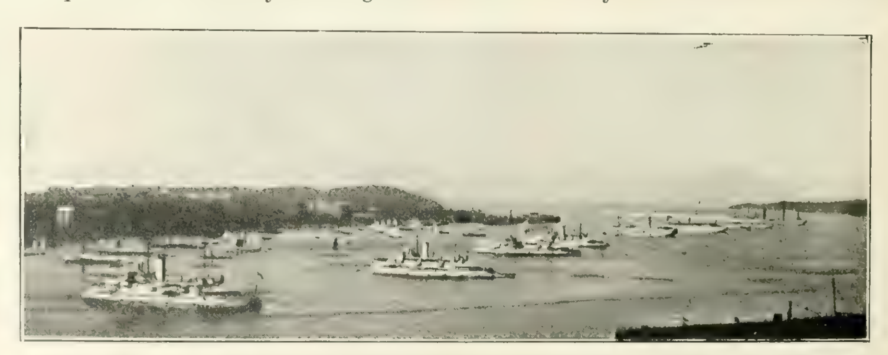
Desde sus primeros tiempos comprendió Prusia la necesidad de una defensa naval. En el siglo XVII, el Gran Elector se preocupó de la marina, á pesar de su pobreza de soberano modesto, construyendo una fragata de 40 cañones. Federico el Grande deseó la conquista de Dánzig, por ver en este puerto la base de un futuro poder marítimo. Pero no bastaba á los monarcas de Prusia desear una flota. Les faltaban las costas y los puertos. Su litoral era bajo, arenoso y con los estuarios cerrados por barras. Dinamarca se oponía á su acceso al mar. Las repúblicas de Lubeck y Hamburgo y el reino de Hanóver, que poseían casi todas las costas de Alemania, se negaban á una alianza con Prusia temiendo por su independencia.

Al iniciarse la política de Bismarck, el gobierno prusiano sólo tenía un buque insignificante: la corbeta de vela *La Amazona*, de 12 cañones, que era el orgullo de los burgueses de Berlín, y unas cuantas lanchas cañoneras movidas á remo. Esta era toda su marina cuando en 1864 emprendió la guerra contra Dinamarca para arrebatarle los ducados de Schleswig y Holstein.

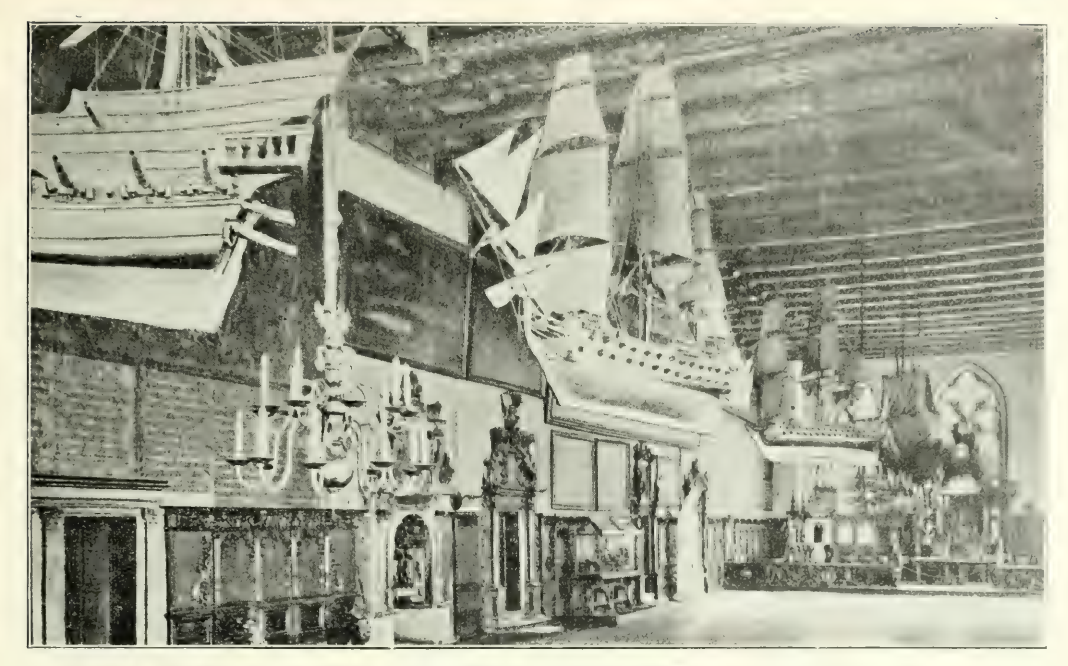
Bismarck creyó necesario improvisar una flota para defender las costas de una agresión posible de Dinamarca, que disponía de fuerzas marítimas, y con fondos de la Dieta de Francfort fueron compradas á toda prisa dos fragatas de vela en Londres y una en los Estados Unidos, que vinieron á unirse con *La Amazona* y la media docena de cañoneras á remo. Como Prusia no tenía marinos, tripuló estos buques con aventureros de diversas nacionalidades enganchados en los puertos del Báltico. El mando supremo de la primera escuadra prusiana hubo que conferirlo á un capitán mercante natural de Grecia. Esto ocurrió hace cincuenta años en el país que posee ahora una flota enorme.

Inglaterra, que ocupaba la isla de Heligoland, declaró que trataría á estos buques y á sus tripulaciones poco recomendables como si fuesen piratas, y la escuadra bismarckiana fracasó lamentablemente. Al terminar la guerra, el personal marítimo de ocasión fué licenciado, y los buques de la llamada *flota de Francfort* se vendieron en pública subasta.

Después de la victoria, la política del Canciller fué proporcionando á Prusia riberas y puertos, sin los cuales no era posible la existencia de una marina de guerra. Pasaron á ser suyas la doble costa del Hols-



RADA DE KIEL CON LOS ACORAZADOS MODERNOS



EL GRAN SALÓN DEL RATAUS DE BREMA CON LOS MODELOS DE LOS ANTIGUOS BARCOS

tein y todas las de Hanóver, con lo cual todo el litoral de Alemania, desde Holanda á Rusia, quedó en manos del gobierno prusiano. De esta ribera extensa lo más apreciable fué la magnífica bahía de Kiel, base del poder naval alemán. Dos centros marítimos importantes tuvo Prusia á su disposición como núcleos de la marina futura: Wilhelmshaven (puerto Guillermo) en el mar del Norte y Kiel en el mar Báltico. Además, por la convención de Gastein con el gobierno austriaco, Prusia adquirió el derecho de abrir un canal á través del Holstein de un mar á otro. Este fué el provecho marítimo de la guerra contra Dinamarca, realizada únicamente con ejércitos de tierra.

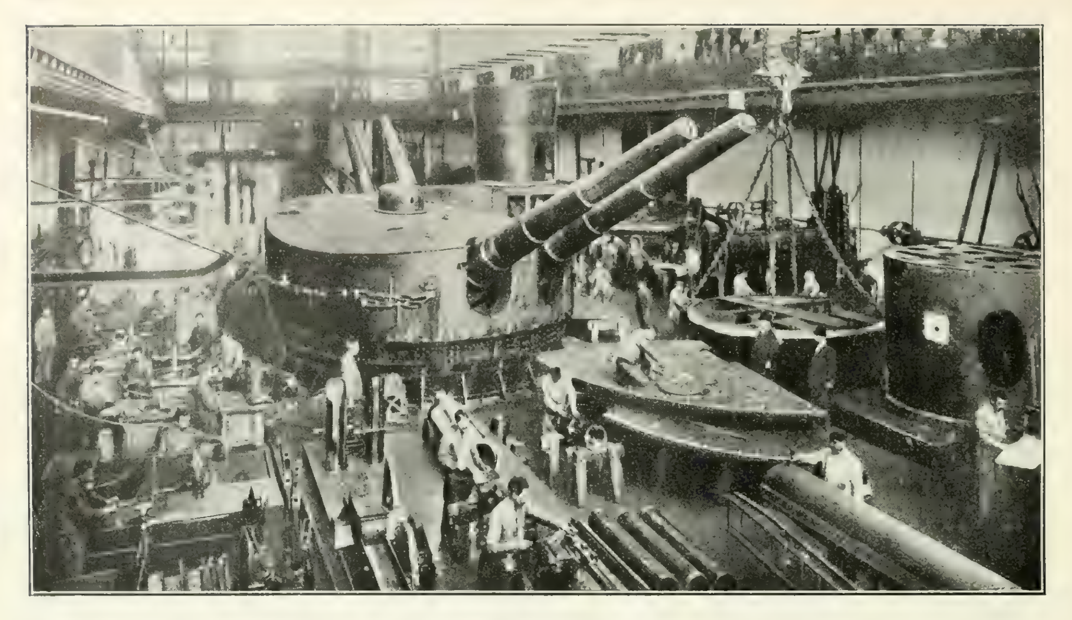
Al conseguir Bismarck después de Sadowa la adhesión de los Estados del Sur iniciando la futura confederación imperial, su gobierno pudo ocuparse seriamente en la creación de una marina. Desde 1867 el Canciller empezó á preparar, como ya dijimos, su guerra contra el Imperio francés. Éste disponía de una flota temible para la seguridad de las costas prusianas. El Parlamento de la Confederación alemana del Norte aprobó rápidamente, á instigaciones del Canciller, un proyecto para la organización de la flota durante un período de diez años (1867-1877).



EL ARSENAL DE DÁNZIG

Esta organización se realizó sin perder tiempo, acaparando los buques que estaban á la venta en el extranjero. La primera compra la hizo Bismarck... ¡en Francia! adquiriendo el acorazado *Federico-Carlos*, construido en los arsenales del Sena. Dos buques semejantes, el *Príncipe imperial* y el *Kiel*, fueron comprados en Inglaterra. Además, en 1869 Guillermo I inauguró solemnemente el puerto de Jade en el mar del Norte, bautizándolo con su nombre: Wilhelmshaven (puerto Guillermo). Está situado sobre el golfo Jade, en un terreno que Federico Guillermo IV compró en 1854 al ducado de Oldemburgo por millón y medio de francos, previendo lo que podía representar en lo futuro. Napoleón I había tenido el proyecto de establecer en Jade una estación naval.

Al estallar la guerra con Francia, la flota alemana se componía de 3 fragatas acorazadas, 2 monitores, 9 corbetas y 22 lanchas cañoneras. Los puertos de Wil-



TALLERES DE LA CASA KRUPP

Construcción de una doble torre blindada

helmshaven y Kiel, fortificados recientemente, eran sus abrigos. Esta marina no hizo nada durante la guerra. La flota francesa, cuyo ataque era esperado, permaneció inactiva. Los rápidos desastres de tierra firme y la desorganización del gobierno imperial paralizaron la ofensiva de las escuadras de Francia. No disponían de un ejército de desembarco; toda su acción, después de salvar grandes dificultades, sólo podía limitarse á cañonear desde lejos las costas alemanas. Por esto desistieron de un ataque y la naciente marina germánica salió de la guerra sin pérdidas y sin gloria, pero aprovechando ampliamente el buen resultado de la lucha para su desarrollo y progreso, como había ocurrido después de las campañas contra Dinamarca y Austria.



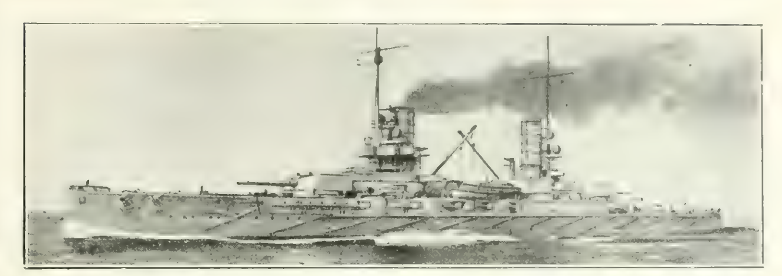
PARA LA ARMADA

Fundición de planchas de blindaje en la Casa Krupp

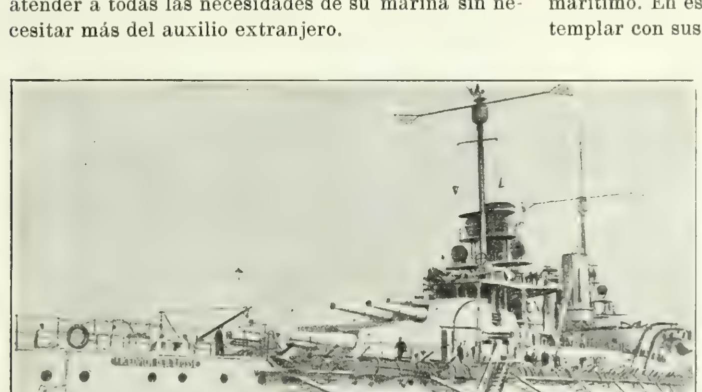
El nuevo Imperio concentró sus esfuerzos para conseguir una marina nueva. En 1872 fué creado el Almirantazgo, y en el año siguiente, fecha memorable para la flota alemana, el príncipe de Bismarck hizo adoptar por el Reichstag un plan de renovación completa que abarcó á la vez la *defensa fija* de las costas y la *defensa móvil,* ó sea las fortificaciones y los buques. La obra debía realizarse en el término de diez años (1873-1883). Todas las energías de Alemania convergieron en este trabajo.

El nuevo Imperio se dió cuenta del gran peligro en que habían estado sus costas durante la guerra reciente y los graves daños que podía haberle inferido la flota enemiga guiada por una buena dirección. Una parte considerable de los millones entregados por Francia fué dedicada á los trabajos de la marina. La industria particular creó astilleros en los puertos del mar del Norte y del Báltico, y al poco tiempo botaba al agua cañoneros, corbetas y avisos. En 1874, ó sea

un año después, el arsenal de Kiel lanzó su primera fragata acorazada, *Federico el Grande*. Las fábricas de metalurgia alemana se dedicaron á la producción de placas de acero para los acorazados. La casa Krupp, que hasta entonces sólo había fabricado cañones con destino á las guerras de tierra firme, adquirió el polígono de Meppel para las experiencias de cañones de costa y de escuadra, dando á la artillería de marina más poder y precisión. Los talleres de maquinaria se dedicaron á producir los enormes motores que animan los buques modernos. En pocos años la industria alemana se bastó para atender á todas las necesidades de su marina sin necesitar más del auxilio extranjero.



EL «KAISER», DREADNOUGHT CON CORAZA DE ACERO KRUPP



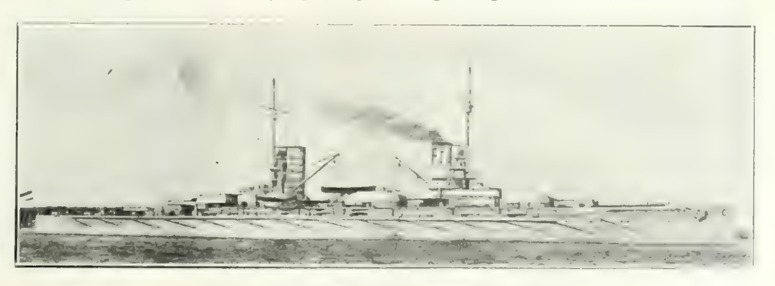
EL DREADNOUGHT «FRIEDRICH DER GROSSE»

La defensa de las costas se desarrolló con la misma rapidez que la defensa móvil. Todos los puertos importantes, así como las desembocaduras de los ríos, fueron fortificados poderosamente, asegurando los intervalos con baterías costeras unidas por una vía férrea en comunicación con los ferrocarriles del interior. La invención del torpedo fué adoptada por el Almirantazgo alemán cuando éste era desempeñado por Caprivi, general de ejército, quedando defendidas por un sistema submarino las entradas de los puertos y estuarios y los estrechos entre las islas y la tierra firme.

Otra parte de los millones de la indemnización fué dedicada á la apertura del *Canal de los dos mares*, por otro nombre canal de Kiel, que pone en comunicación el Báltico con el mar del Norte. En 1887 Guillermo I, que se había preocupado mucho de la obra de este canal, puso solemnemente la primera piedra de la esclusa de Holtenau, obra que aseguraba la solidez del pasaje marítimo. En este día el viejo emperador pudo contemplar con sus propios ojos la flota alemana formando en el horizonte un semicírculo coronado de penachos de humo. Tenía á sus órdenes 13 acorazados, 14 cruceros, 10 corbetas, 8 fragatas, 5 cruceros menores, 7 avisos, 5 cañoneros, 10 buques-escuelas y 96 torpederos, con un personal de 17.000 hombres.

Guillermo I y su Canciller debieron acordarse en dicho momento, con orgullo y regocijo triunfante, de los veleros de ocasión que habían formado la grotesca *flota de Francfort*, así como del capitán griego improvisado almirante por Bismarck y sus tripulaciones de aventureros tratados por Inglaterra como piratas. Veinticuatro años habían bastado para realizar la portentosa transformación. Los dos viejos podían sentirse satisfechos de sus trabajos y su buena suerte.

Al revistar el emperador las fuerzas de desembarco en la fiesta de Kiel (3 de Junio de 1887), vió avanzar una figura conocida al frente de un batallón de infantería de marina. Era su nieto Guillermo, hijo mayor del príncipe heredero, que mostraba



EL DREADNOUGHT «PRINZ REGENT LUITPOLD»



EL «MOLTKE»

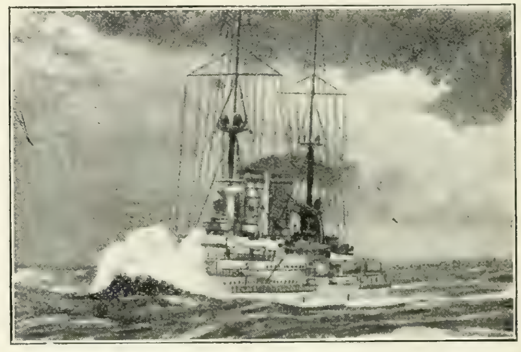
soberano, indica claramente el objeto que se propuso: moldear en el troquel de la disciplina de las tropas de tierra el personal de la flota naciente, desde los oficiales á los marineros y trabajadores de arsenal, manteniéndolos firmemente en sus estrecheces y aplicando á los establecimientos marítimos recientemente creados las reglas simples y positivas de la administración del ejército.»

gran entusiasmo por todos los asuntos de la flota.

Al año siguiente (1888) falleció el viejo emperador; le sucedía su hijo, Federico III, para morir tres meses después, y ocupaba el trono con el nombre de Guillermo II el joven marino de afición que había desfilado ante su abuelo en la revista de Kiel.

o

Por grandes que sean las fuerzas productoras de un país, le es difícil crear de golpe una marina de guerra. Alemania, gracias á su industria, pudo improvisar en breve tiempo los arsenales, las fábricas de



EL ACORAZADO «WITTELSBACH»



EL ACORAZADO «PREUSSEN»

corazas, máquinas y cañones, lanzando al mar todos los años nuevos buques. Pero le faltaba el personal. Sólo después de largos años de ejercicios pudo tener una marina experta.

Los primeros educadores de la flota alemana fueron generales del ejército de tierra. Roon, famoso por su talento organizador, desempeñó por mucho tiempo la cartera de Marina al mismo tiempo que la de Guerra. Después se ocupó de la dirección de la flota el general Stosch, intendente de los ejércitos alemanes y jefe de Estado Mayor durante la guerra con Francia. Luego fué el general Caprivi el encargado de amaestrar el personal de marina. «La clase de educadores—dice un autor militar—escogida por el

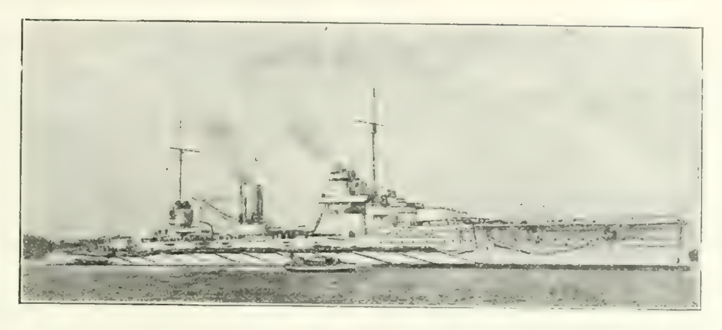
Este personal, disciplinado mecánicamente y de férrea obediencia, mostró al principio una lamentable torpeza. Apenas salía al mar, la desgracia flotaba tras de él. Sus desventuras marítimas hicieron recordar muchas veces los primeros tiempos de la escuadra prusiana, cuando figuraban en sus tripulaciones los cocheros de Berlín que habían incurrido en faltas de policía.

Al estallar la guerra ruso-turca, cuatro acorazados alemanes fueron enviados al Mediterráneo para que figurasen al lado de las escuadras francesa é inglesa é hiciesen constar que el Imperio disponía de una ma-



EL CRUCERO «VON DER TANN»

rina. Dos de estos acorazados tuvieron que retirarse al poco tiempo con graves averías á causa de sus maniobras torpes, y el tercero, llamado *Grosser Kurfurst,* fué echado á pique en pleno día por su compañero, pereciendo 269 hombres de la tripulación. Un buque-escuela alemán naufragó por un descuido de máquina estando anclado dentro del puerto de Málaga, pereciendo la mayor parte de su tripulación y sus alumnos. Sin embargo, la tenacidad y la disciplina acabaron por vencer. En fuerza de ejercicios, evoluciones y maniobras, la flota germánica adquirió un personal experto. Al mismo tiempo el gran desarrollo de la navegación mercante de Hamburgo y Brema pudo proporcionar á los pocos años una marinería práctica.

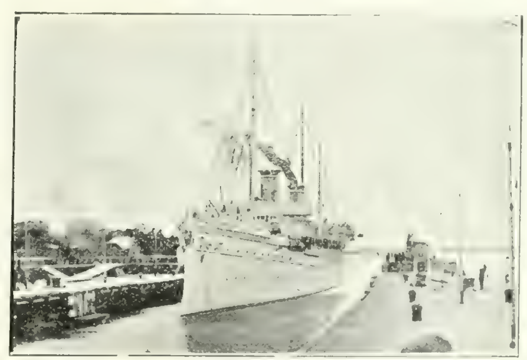


EL CRUCERO «SEIDLITZ»

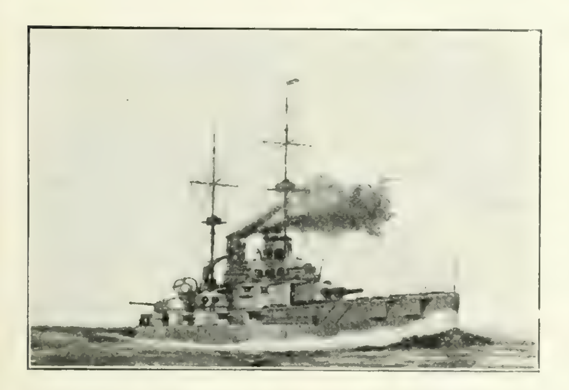


EL ACORAZADO «HILDEBRAND»

Alemania, al poseer una flota, quiso emplear su poder ofensivo lanzándose á la adquisición de colonias en 1884. Llegaba tarde al reparto mundial. Los mejores lugares en los países sin dueño los habían ocupado otras potencias, especialmente Inglaterra y Francia. Pero el gobierno de Berlín, deseoso de que su país figurase como una potencia colonial ya que disponía de una flota, se contentó con recoger lo que sus rivales le habían dejado, intentando de paso apoderarse de las posesiones de otros pueblos que consideraba débiles. Sus buques impusieron el protectorado alemán á los territorios de Togo, Cameron y Damara, en la costa occidental de África. También ocuparon en el mismo año 1884 algunos puertos de la Nueva Guinea y del archipiélago oceánico, bautizado con el nombre de Bismarck. En el año siguiente cinco cruceros alemanes obligaron al sultán de Zanzíbar, bajo la amenaza de sus cañones, á la renuncia de sus derechos sobre una parte de la costa oriental de África.



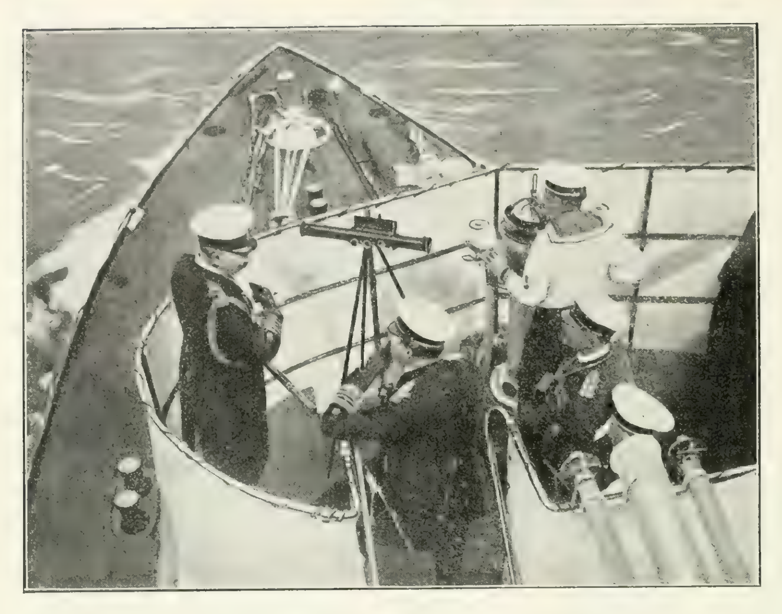
EL «HOHENZOLLERN»



EL ACORAZADO «POSEN»

En Oceanía se apoderó la escuadra germánica de los archipiélagos de Samoa, Fidji y Marshall. Poco después, con el ansia de nuevos territorios, Alemania plantó su bandera en las islas Carolinas, que pertenecían á España desde el siglo glorioso de sus descubrimientos, coronados por el primero de los viajes alrededor de la tierra.

El pueblo español, irritado por el despojo, protestó ruidosamente, arrastrando la bandera y los escudos de Alemania en Madrid y otras ciudades. Pareció inevitable un choque entre las dos naciones, pero Bismarck supo evitarlo, dando al incidente un giro diplo-



EL KAISER DIRIGIENDO UNA MANIOBRA

mático y sometiendo su resolución al arbitraje del papa León XIII. Las islas Carolinas volvieron á ser españolas, adquiriéndolas años después por compra el gobierno alemán á raíz de la pérdida del archipiélago de Filipinas, que hizo insostenibles é inútiles las demás posesiones de España en Oceanía.

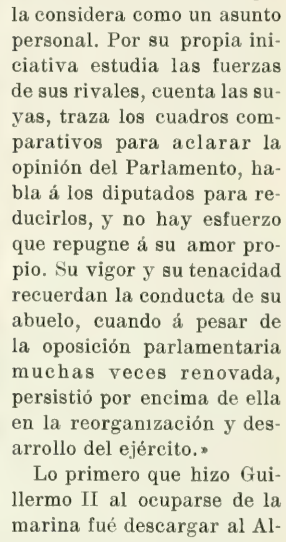
SUBMARINO ALEMÁN

La política colonial alemana del tiempo de Bismarck no realizó más adquisiciones. Pero éstas fueron como un anuncio de la *Welt-politik* (Política mundial) que había de preponderar bajo Guillermo II.



LIMPIANDO UNA AMETRALLADORA

Quiso éste desde principios de su reino ser *Emperador del mar,* triunfando en él con los mismos éxitos que había obtenido su abuelo en las empresas de tierra firme. «Guillermo II —dice un autor—ha



demostrado siempre de un modo apasionado y con manifestaciones muchas veces excesivas su vivo interés por la marina. Puede decirse que la considera como un asunto personal. Por su propia iniciativa estudia las fuerzas de sus rivales, cuenta las suyas, traza los cuadros comparativos para aclarar la opinión del Parlamento, habla á los diputados para reducirlos, y no hay esfuerzo que repugne á su amor propio. Su vigor y su tenacidad recuerdan la conducta de su abuelo, cuando á pesar de la oposición parlamentaria muchas veces renovada, persistió por encima de ella en la reorganización y desarrollo del ejército.»

Lo primero que hizo Guillermo II al ocuparse de la marina fué descargar al Almirantazgo de las complicaciones de la administración de la armada, confiándolas á un ministro especial. Caprivi fué relevado del mando de la flota, quedando al frente de ésta por primera vez un hombre de mar, el vice-almirante Monts, reemplazado más tarde por el almirante Von Der Goltz.

La febril actividad del joven emperador se comunicó á la marina. Una división de seis buques bloqueaba Zanzíbar. Otra fué á Oceanía para bombardear Upolu. La flota germánica navegó por los mares del extremo Oriente, afrontando al Japón y obligando al Imperio chino á ceder Kiao-Tcheou, inmediatamente fortificado.

El plan de Guillermo II fué extender por todos los mares los buques mercantes de su país; poseer una mari-



BALDEO DE CUBIERTA

na de guerra poderosa que hiciese respetar el pabellón alemán; establecer factorías en las costas lejanas, y al abrigo de los intereses comerciales acabar conquistando nuevos territorios.

La defensa del litoral de Alemania le preocupó tanto como las expediciones lejanas. Esta defensa obtuvo dos progresos enormes en los primeros tiempos de Guillermo II: la anexión de Heligoland y la apertura definitiva del canal de Kiel.

ZAFARRANCHO DE COMBATE

La idea de un canal entre los dos mares que evitase á los navíos el largo y difícil rodeo por los estrechos de Dinamarca era de origen antiguo. Las repúblicas anseáticas de Lubeck y Hamburgo habían realizado en parte tal idea durante el siglo XV, valiéndose de los ríos y de canales suplementarios para el paso de sus buques de escaso calado. Wallenstein en el siglo XVII intentó la apertura de un canal para la armada imperial, de la que era almirante. En el siglo XIX Dinamarca habia abierto este paso del mar del Norte á la rada de Kiel, sosteniendo su utilización á pesar del obstáculo que oponian los movimientos de tierras. Federico VII de Dinamarca proyectó construir otro canal en mejor sitio y más cómodo y seguro; pero fué Alemania la que después de la guerra victoriosa de los ducados se aprovechó del plan, realizándolo. Los trabajos, que fueron inaugurados, como ya dijimos, en 1887 por Guillermo I, se concluyeron en Junio de 1895. Guillermo II en el mes de Junio de dicho año procedió á la apertura solemne del *Canal de los dos mares* en presencia de 53 acorazados extranjeros y 21 de la marina alemana. Todos los centros principales de administración y enseñanza de la flota fueron establecidos en Kiel.

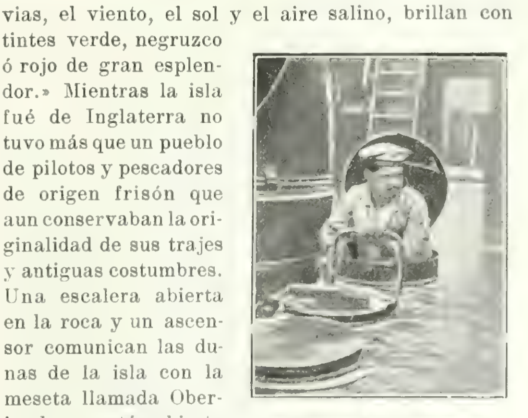
TORPEDERO

La adquisición de la isla de Heligoland, llamada igualmente el «Peñón de Heligoland» por su lejana semejanza con Gibraltar, fué una adquisición importante para Alemania.

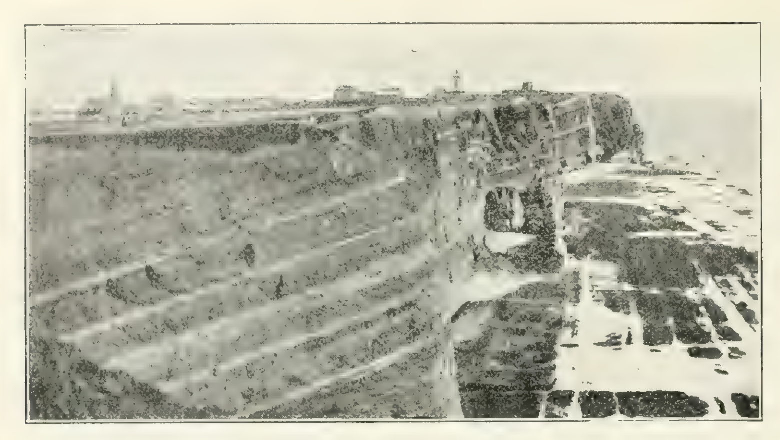


PINTANDO DE GRIS LOS CAÑONES

Esta isla pertenecía á Dinamarca, pero estaba en manos de los ingleses, que por necesidades de la guerra contra Napoleón la habian ocupado en 1807, olvidándose luego de devolverla á sus dueños. Situada á la vista de las costas alemanas á cinco ó seis horas de Hamburgo, domina el golfo de Jade y la desembocadura del Elba. Los embates del mar han arruinado muchos de sus contrafuertes y desmoronado sus tierras, dejando desunida la roca árida y resistente. «Heligoland—dice el geógrafo Reclús—no es más que un peñón; pero un pepeñón soberbio cuyas estrías de piedra multicolor, casi horizontales y diversamente esculpidas por las lluvias, el viento, el sol y el aire salino, brillan con tintes verde, negruzco ó rojo de gran esplendor.» Mientras la isla fué de Inglaterra no tuvo más que un pueblo de pilotos y pescadores de origen frisón que aun conservaban la originalidad de sus trajes y antiguas costumbres. Una escalera abierta en la roca y un ascensor comunican las dunas de la isla con la meseta llamada Oberland, que está cubierta de alguna vegetación y



SALIENDO Á LA CUBIERTA DE UN TORPEDERO



COSTA OCCIDENTAL DE HELIGOLAND

tiene una altura de 57 metros. Toda la isla ocupa una superficie de 55 hectáreas, y sus habitantes son dos mil.

Heligoland, en manos de Inglaterra, representaba para Alemania mantener un centinela extranjero dentro de su casa. Los ingleses no habían hecho grandes gastos en la fortificación de la isla, pero desde lo alto de su meseta podían observar cómodamente las costas fronterizas, contando los buques apenas salidos del puerto y pudiendo dar útiles indicaciones al enemigo en caso de guerra.

Guillermo II, obedeciendo á la opinión popular y á su propio orgullo, quiso adquirir á toda costa el peñón de Heligoland. Inglaterra acabó por acceder á esta cesión en Julio de 1890, pero la hizo pagar cara.

El Imperio alemán tuvo que dar á los ingleses una parte del Damaraland en el oriente de África y todos sus derechos sobre las costas de Zanzibar.

Bismarck, que ya había roto con Guillermo II y vegetaba forzosamente en el retiro de sus tierras, se indignó contra Caprivi, su reemplazante en la cancillería.

—Dar tanto á cambio de Heligoland—dijo—, demuestra más imaginación que razón.

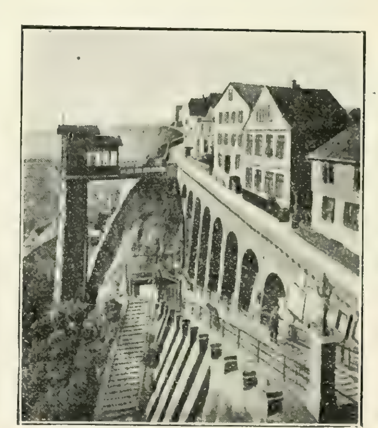
En toda Alemania se entablaron vivas polémicas acerca del valor estratégico de la isla. Unos veían en ella el baluarte de la Alemania del Norte. Otros, teniendo en cuenta el alcance de la artillería, negaban importancia á la adquisición, demostrando la imposibilidad de impedir el paso de los navíos entre Heligoland y la costa. Como ocurre en todas las discusiones, la verdad se encontraba en un prudente término medio, entre el denigramiento y el elogio exagerado.



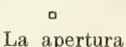
ACADEMIA DE MARINA DE KIEL

El gobierno alemán fortificó la isla haciendo de ella un peñón casi inexpugnable. Su poderosa artillería no puede impedir el paso de una flota enemiga resuelta á ir adelante á costa de grandes sacrificios, pero sirve para mantenerla á cierta distancia. Además es una base de acción para los torpederos, un centro de aprovisionamiento para la escuadra y un punto avanzado para las señales.

Los ingleses que vendieron hace veinticuatro años, por avidez colonial, la casi olvidada isla de Heligoland, reconocen ahora, algunas veces, la imprudencia de tal acto...



ESCALERA Y ASCENSOR DE HELIGOLAND



La apertura del canal de Kiel completó la defensa de las costas alemanas poniéndolas al abrigo de una sorpresa ó de un bloqueo. Todos los puntos favorables á un desembarco fueron cubiertos con fortalezas ó baterías, unidos entre sí por una vía férrea que se extiende desde la frontera de Holanda á la de Rusia. La dirección general de la defensa costera situada en Altona, comunica directamente con Berlín por medio de un telégrafo subterráneo. El personal de marina está encargado de las principales fortificaciones de la costa, y únicamente la artillería de plaza sirve las baterías secundarias.

En 1895 terminó el período defensivo, preocupándose en adelante el gobierno alemán de aumentar la potencia ofensiva de la flota. Al trazar Guillermo II

el nuevo programa de la marina en su discurso de Kiel, dijo así:

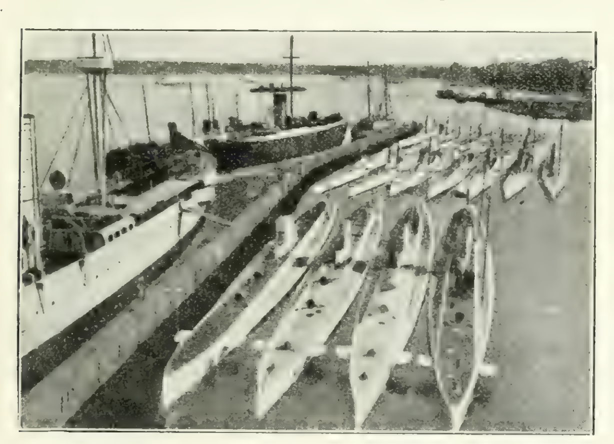
«El ataque es superior á la defensa, y por esto la flota alemana debe tomar en todas las guerras una vigorosa ofensiva.»

El emperador parece haber olvidado tales palabras en la presente guerra. La flota alemana, creada según él para la ofensiva, permanece oculta en los puertos, rehuyendo todo combate formal con los buques ingleses, y únicamente intenta operaciones fáciles y aisladas contra navíos de comercio y poblaciones indefensas.

Guillermo II y sus ministros hicieron á partir de 1894 una larga y tenaz campaña para el aumento de la marina de guerra. Ésta carecía de unidades de combate. Repetidamente el Canciller, príncipe de Hohenlohe, el almirante Hollmann y el barón Marshall, pidieron al Reichstag que aprobase el programa de nuevas construcciones ideado por el emperador. Guillermo II se agitó como un simple particular, llamando uno por uno á todos los diputados influyentes, y formando estadísticas y cuadros comparativos de las marinas rivales, que enviaba al Parlamento. Á pesar de tales esfuerzos, el Reichstag en 1897 rehusó una gran parte de los créditos solicitados, no obstante que la escuadra alemana, llegando al extremo Oriente, había ocupado la provincia china de Kiao-Tcheou para demostrar la utilidad de una gran marina de guerra.



VISTA DE KIEL



FLOTILLA DE SUBMARINOS EN KIEL

«La dislocación del Imperio otomano—habían dicho los portavoces del emperador—, el aislamiento del Imperio chino y la inestabilidad de muchas repúblicas de la América del Sur, nos ofrecen preciosas ocasiones de agrandamiento que debemos aprovechar. Nos hace falta una flota para que aumente el número de las colonias alemanas, valiéndonos de las oportunidades que se nos presentan. No debemos perder un instante.»

Estas palabras revelaron el verdadero pensamiento de Guillermo II y sus consejeros al trabajar por el aumento de la flota. No era ésta, como se había dicho al principio, para impedir el bloqueo de las costas alemanas y el hambre consiguiente de su población, ni para proteger las colonias existentes. Su verdadera finalidad era la conquista, y esta conquista no estaba limitada á las adquisiciones de obscuros archipiélagos oceánicos y costas de África de problemático valor, sino que concentraba sus deseos en la América del Sur, soñando con apoderarse de algunos Estados de origen español.

Guillermo II no perdonó esfuerzo ni seducción para conquistar los votos de un parlamento reacio á las empresas marítimas. Halagó con toda clase de consideraciones personales á los diputados de la Polonia prusiana; concedió al centro parlamentario católico todos sus deseos: buscó atraerse á los socialistas



EL KAISER, EL MINISTRO DE MARINA ALMIRANTE VON TIRPITZ Y EL ALMIRANTE VON HOLZENDORF



EL CANAL DE KIEL

que habían sido duramente perseguidos en tiempos de Bismarck. Las gestiones del soberano habían de dar forzosamente un resultado magnífico, teniendo en cuenta el carácter alemán, sensible á toda consideración venida de lo alto y que considera como el mayor de los honores la inefable felicidad de una sonrisa ó un apretón de manos del emperador.

El Reichstag, que conservaba cierta tendencia á la oposición después de las batallas más ruidosas que eficaces sostenidas contra Bismarck, se entregó por completo á la dirección de Guillermo II. En 1898 votó todo lo que solicitaba el gobierno imperial, acordando 513 millones para la construcción de nuevos buques.

Después de atreverse el Parlamento á tales gastos, las demandas del emperador para el engrandecimiento de la flota se han repetido en diversas ocasiones. Alemania lleva invertidos más de 3.000 millones en la constitución de su marina. El Reichstag, á impulsos del entusiasmo pangermanista, ha autorizado todas las propuestas del gobierno para el desarrollo incesante de la flota. Diez millones acordados por un voto especial se dedicaron á la fortificación de la colonia de Kiao-Tcheou, que en 1914 fué tomada por los japoneses.

El Imperio ha llegado á constituir varias escuadras, compuesta cada una de ocho acorazados de línea, con una cantidad enorme de cruceros de varias categorías, torpederos y submarinos. Además, en clase de cruceros auxiliares cuenta con numerosos y rápidos buques de las varias compañías de navegación de Hamburgo y Brema.

El torpedo de fabricación alemana es uno de los mejores. La industria del país realizó grandes progresos en el blindaje de los buques. Fué el ingeniero francés Dupuy de Lome el que ideó hace medio siglo el proteger los flancos de los navíos con placas de hierro, pasando por una maravilla la fragata *Gloria*, primer buque acorazado.

Desde entonces el blindaje y el cañón han realizado grandes y alternativos progresos para vencerse el uno al otro. El hierro fué sustituido por el acero y cada potencia marítima empleó un blindaje especial. Alemania usa en sus buques las corazas fabricadas



EL PUERTO DE TORPEDEROS EN EL CANAL DE KIEL

por Krupp, de acero endurecido, en el que entran como componentes níquel, cromo, carbono, cobre, manganeso, fósforo, azufre y arena.

Estas placas durante mucho tiempo han roto en los ensayos el proyectil sin que lograse éste penetrar en ellas. Pero el cañón, con sus incesantes progresos, dice siempre la última palabra, y en casi todos los combates navales de la presente guerra los acorazados germánicos protegidos por el forro de Krupp, reputado como invencible, han sido echados á pique por la artillería inglesa.



OBRAS DE ENSANCHAMIENTO DEL CANAL

VIII

El ejército alemán

El verdadero fundador del ejército alemán fué Federico Guillermo I, el llamado rey-sargento, padre de Federico el Grande.

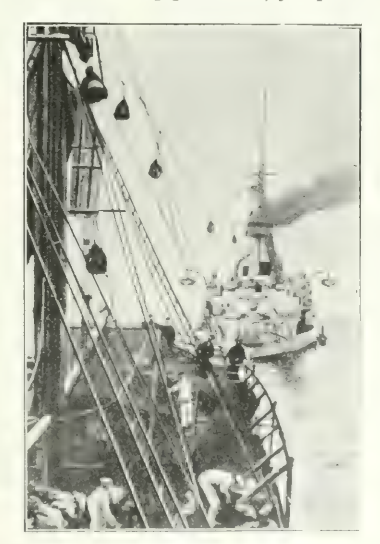
Al hablar de la dinastía de los Hohenzollern dijimos algo de las manías y extravagancias de este regio personaje que se dedicó á coleccionar gigantes, enganchándolos ó robándolos en todos los pueblos de Europa, para constituir la primera formación del ejército prusiano.



UNO DE LOS PUENTES FORTIFICADOS SOBRE EL CANAL

El interesante historiador G. Lenotre lo describe así: «Guillermo el Gordo—toda Europa lo designaba con este apodo—era de una avaricia inaudita. Sus embajadores, tan andrajosos como los lacayos de Harpagón, eran motivo de risa en las cortes extranjeras. Su representante en Holanda se había visto reducido algunas veces á la mendicidad, saliendo á la puerta de su palacio de La Haya para presentar el sombrero á los transeuntes. Guillermo el Gordo economizó en todo: en las pelucas, que juzgaba demasiado costosas; en su ropero, que se componía de un solo traje; en la alimentación de su mujer y sus hijos, que rondaban, llorando de hambre, por las galerías de Postdam. Regateaba con sus súbditos los huevos, el queso y las coles agrias para las comidas de la corte, y prohibía á su cocinero probar las salsas, porque esta operación podía disminuir la parte de los convidados. Su avaricia feroz no le impedía embriagarse diariamente y comer «hasta reventar». Su monomanía económica pesaba únicamente sobre las gentes próximas á él. De este modo llegó en veintiocho años de reinado á conseguir un vientre de más de dos metros de circunferencia y á guardar en las bodegas de su palacio de Berlín 20 millones de thalers encerrados en toneles, tesoro que permitió á su heredero Federico el Grande revolucionar á Europa con incesantes guerras.»

Pero como dice Paul de Saint-Victor al hablar de Guillermo el Gordo en su libro *Bárbaros y bandidos*, «todo avaro tiene su vicio y toda caja su grieta». Este rey de Prusia sentía, como ya dijimos, una irresistible afición por los granaderos gigantescos, y á pesar de su avaricia no reparaba en gastos para aumentar los regimientos de su Guardia con un fenómeno nuevo de tal clase. «Pagaba setecientos thalers sin regateo alguno—dice un autor—por un hombre de 5 pies y 10 pulgadas, así como mil escudos por un hombre de 6 pies. Más allá de esta medida su prodigalidad se convertía en demencia, lle-



ACORAZADO APROVISIONÁNDOSE DE CARBÓN EN ALTA MAR



LA ESCUADRA ALEMANA

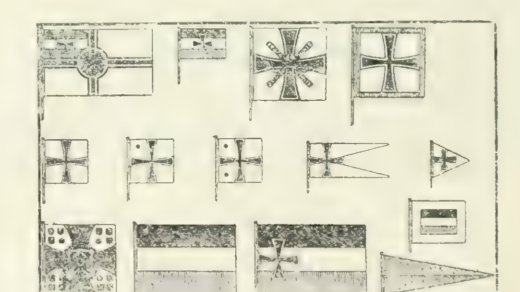
gando á dar 32.000 libras por un italiano enorme, llamado Andrea Capra, que su embajador en Inglaterra había descubierto en las calles de Londres.»

El más curioso de sus negocios fué el que hizo con el Elector de Sajonia, que poseía en su ejército cinco ó seis soldados de tal clase. El Elector, gran aficionado á las artes, propuso á Guillermo el Gordo la entrega de sus colosos á cambio de diversos objetos escogidos á su gusto en los museos de Berlín. El monarca prusiano aceptó con entusiasmo la proposición, entregando una serie de medallas antiguas, tres estatuas de Príapo, Diana y Momo y un bronce florentino de la mejor época figurando San Jorge á caballo, á cambio del lote de ganapanes, y todavía el avaro Guillermo creyó haber hecho un magnífico negocio.



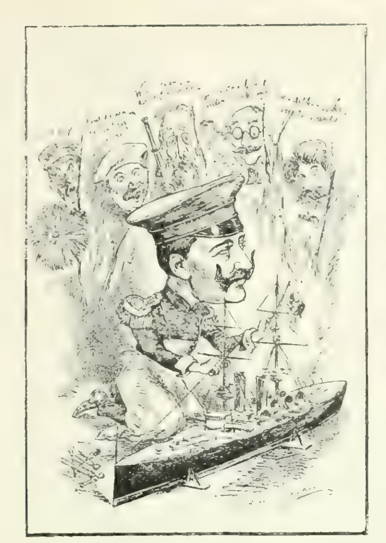
EL KAISER EN LAS ULTIMAS MANIOBRAS NAVALES

Paul de Saint-Víctor, en su elocuente estudio sobre las extravagancias de este maniático coronado, fundador del ejército de Prusia, describe pintorescamente las cacerías humanas á que se dedicó para reclutar sus tropas. «Una banda de agentes prusianos hablando todas las lenguas, conociendo los pasos de todas las fronteras, acostumbrados á todos los disfraces y á todas las astucias, exploró el mundo entero para proporcionar á Guillermo soldados nunca vistos. En sus rebuscas llegaron hasta los bazares de Alepo y del Cairo. Esta gigantomanía fué organizada lo mismo que una caza. Tener seis pies de estatura en tiempos del rey Guillermo constituía un



BANDERAS DE LA MARINA ALEMANA

peligro: tres pulgadas más y el hombre podía considerarse perdido. Fuese quien fuese, campesino ó noble, obrero ó sacerdote, magnate ó mujick, pasaba al estado de pieza de montería del rey de Prusia, sintiéndose perseguido por una jauría invisible. Rodeado de cerca, seguido paso á paso, iba tropezando de trampa en emboscada, hasta el momento en que la persecución incesante conseguía atraparlo en los linderos de un bosque, si es que no lo arrancaba de su propio lecho. Los agentes de Guillermo agarrotaban al fenómeno, empaquetándolo con cadenas y cuerdas, y lo metían á viva fuerza en la caja de un vehículo que tenía rejas y cerrojos lo mismo que una mazmorra. El sombrío carruaje partía al galope de sus caballos,



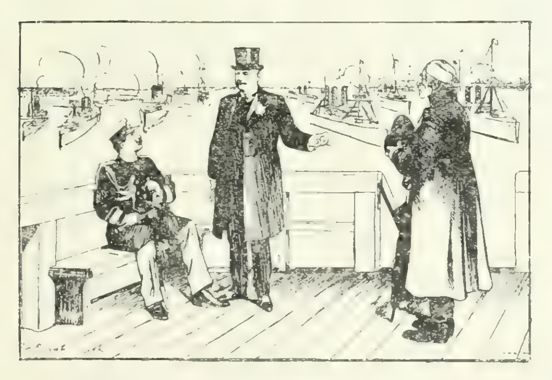
GUILLERMO, CONSTRUCTOR NAVAL

—Mientras no termine este acorazado no quiero ocuparme de otra cosa

(Caricatura del *Nebelspalter*)

llevándose al gigante para desembalarlo á la puerta de un cuartel, y pocos días después un granadero desmesurado, engrandecido todavía por un plumero enorme, figuraba en la parada de Postdam.»

Un sacerdote italiano, el abate Bastiani, fué raptado de este modo, á causa de su estatura enorme, en el momento que decía misa en una ermita del Tirol. Un embajador, Mr. de Bentrieder, enviado extraordinario del emperador de Austria ante el rey de Inglaterra, atravesaba un día, solo y á pie, las calles de Alberstadt por haberse roto su carruaje en la entrada de la población. Un oficial prusiano, al admirar su robustez y su alta estatura, lo juzgó buena presa para su rey, obligándolo sin atender explicaciones á entrar en el cuerpo de guardia, donde el diplomático se vió enfundado inmediatamente en un capote militar. La oportuna llegada del personal de su séquito que venía tras de él, pudo librarlo de este reclutamiento repentino.



LA FLOTA ALEMANA

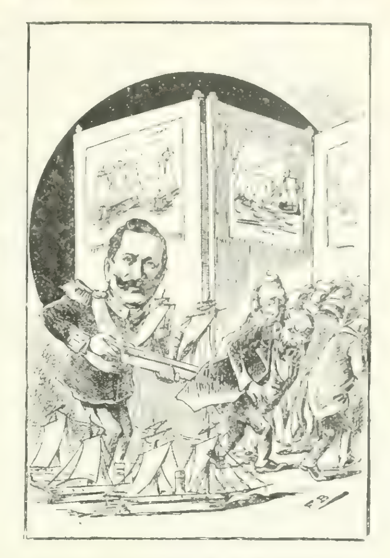
MICHEL (encarnación del pueblo alemán).—Sir, os he oído llamar á esa flota «vuestra» flota, cuando es la mía.

EL KAISER AL CANCILLER BÜLOW. ¿Quién es este inoportuno?

EL CANCILLER.—Un desgraciado que sufre delirio de grandezas.

(Caricatura del *Weekblad voor Nederland*)

Un polaco de más de 6 pies era espiado en su país por los agentes prusianos, y advertido del peligro los despistaba con astucias de ciervo viejo. Nunca se atrevía á pasar la frontera, á pesar de vivir en sus inmediaciones, ni dormía dos noches seguidas bajo el mismo techo. Su mujer estaba próxima á dar á luz y los reclutadores adivinaron que con este motivo el hombre no abandonaría su casa. Una noche la asaltaron, violentando las puertas, y al encontrar al hombre en el lecho conyugal comenzaron á agarrotarlo. En la obscuridad juntaron, por equivocación, las piernas del gigante con una pierna de la mujer, y al tirar de él arrastrándolo fuera de la pieza, se llevaron al mismo tiempo á la desgraciada esposa, que á impulsos del miedo empezó á sentir los dolores del parto. Los agentes, sin prestar atención á sus lamentos de agonía, la desligaron, huyendo con su presa.



LOS PROYECTOS NAVALES EN EL REICHSTAG

LOS DIPUTADOS.—No nos dejará salir hasta que hayamos vaciado nuestros bolsillos

(Caricatura del *Moonshine*)



EL «NASSAU», TIPO DE LOS ÚLTIMOS DREADNOUGHTS ALEMANES



EL EJÉRCITO PRUSIANO EN EL SIGLO XVIII
Oficial de la guardia del rey

La colección de gigantes reunida por el rey-sargento nunca conoció la guerra. Guillermo vestía suntuosamente á sus colosos, complaciéndose en hacerlos desfilar é infligirles terribles palizas á la menor falta. Este fundador del ejército de Prusia fué al mismo tiempo el primer autor de la disciplina prusiana, perfeccionada luego por Federico II. Él inventó la carrera de baquetas y diversas penas corporales, así como la marcha teatral elevando la pierna á un tiempo y otras innovaciones que dieron á los soldados una rigidez mecánica. Pero jamás se le ocurrió exponer en una batalla la vida de estos gigantes que tan caros le costaban. Una campaña por corta que fuese podía envejecer sus uniformes y deteriorar sus armas, peligro que ponía en furor al monarca avaro.

«Guillermo tenía otra idea—dice Lenotre—. Soñaba con multiplicar sus granaderos de 6 pies y 6 pulgadas, trasplantados al suelo de Prusia de todos los climas del mundo. En su cerebro de borracho consideraba que un ejército de 100.000 jayanes como los que había conseguido reunir, constituiría un admirable é invencible instrumento de rapiñas y conquistas. Después de la recluta de gigantes se dedicó á la reproducción de gigantes.»

Bandera prusiana del reinado de Federico II



Granadero del 1.er regimiento del rey

Guillermo no tenía bastante dinero para reunir el ejército colosal que había imaginado, ni existían en el mundo bastantes hombres como él los deseaba. Por esto pensó en poner las relaciones sexuales al servicio de su plan. Los reclutadores de gigantes se dedicaron, por orden suya, á cazar en el reino todas las mujeres grandes y de varonil aspecto, llevándolas por fuerza á los cuarteles para unirlas con los granaderos. Esta orden suscitó en Prusia un terror doméstico, al mismo tiempo que provocaba la risa de Europa, regocijada por las manías del criador de titanes. Graciosas anécdotas circularon por las cortes europeas.



Cabo de la guardia

Al pasear una mañana el rey-sargento por los alrededores de Postdam, encontró á una joven campesina, grande y robusta, que se dirigía á la población con unos cestos de verduras. Guillermo escribió rápidamente un papel, detuvo á la muchacha sin que ésta lo reconociese, y le rogó que al llegar á Postdam entregase el billete al comandante de la plaza. La fresca labriega aceptó el mensaje sin enterarse de su contenido por no saber leer. Como esta comisión le hacía perder tiempo, se desembarazó del billete confiándolo, con la limosna de unos céntimos, á una pobre vieja, arrugada y coja, que pedía limosna á la puerta de la Iglesia de la Guarnición en Postdam. La mendiga, á toda velocidad de sus muletas, llevó la carta al comandante de la plaza. Éste, al abrirla y terminar su lectura, contempló á la mensajera con aire de asombro y estupefacción. El escrito decía así: «Orden de acoplar inmediatamente la mujer portadora de estas líneas con el tambor del primer regimiento de mi Guardia.» No cabía duda sobre la autenticidad de la orden, pues llevaba la firma *Wilhelm rex*. La disciplina de Prusia encarece la obediencia pasiva como la primera de las virtudes militares. El comandante no dudó en obedecer: el tambor mayor también obedeció, dando pruebas de una sumisión heroica... Y la orden del rey fué cumplida.

Estas experiencias extravagantes para el mejoramiento de la raza, no dieron al maniático monarca el resultado que deseaba. «Guillermo el Gordo—dice Lenotre—esperaba una raza gigantesca y sólo obtuvo una raza de simples prusianos.



Artillero

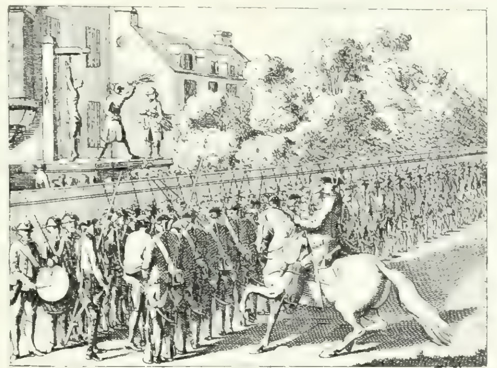


Húsar


Granadero á caballo


Oficial de caballería

Sin embargo, no por esto dejó de ser el creador de un ejército de autómatas, conducido á golpes como las antiguas cuerdas de forzados. Hay un tipo de rey de Prusia grabado fuertemente en la imaginación de Europa: el de un cabo de vara con corona y traje raído, duro y brutal, rígido y avaro, tomando lo que encuentra á manos llenas, amando á sus territorios como un paisano ama á su tierra; que se acuesta conservando sus botas en un lecho de campaña, se levanta á las cuatro de la mañana, recita su salmo, va á la revista y abruma á palos á sus soldados por la menor falta á la disciplina. Este tipo general fué Guillermo el Gordo el primero que lo marcó con su grosera efigie. Después se ha reproducido en muchos de sus sucesores, que demostraron su mismo *caporalismo* feroz, su beatería cruel y su barbarie de vándalo. La borrachera de un Federico Guillermo I, el cinismo reconocido de un Federico II y la demencia furiosa de un Federico Guillermo IV, constituyen un atavismo temible. Se comprende que Mirabeau, que vió de cerca los orígenes de la fuerza prusiana y siguió los principios de esta monarquía militar, juzgase que de tal árbol sólo podían nacer frutos venenosos, añadiendo que se pudrirían antes de que llegasen á su madurez.»


Los castigos en el ejército prusiano

(De un grabado de la época, por Chodowiecki)

o

Al morir el rey-sargento, que había hecho evolucionar á sus soldados, garrote en mano, lo mismo que los peones de un damero, su hijo Federico II se encontró al frente de un ejército de 100.000 hombres que no se había batido nunca, pero estaba acostumbrado á la más absoluta disciplina. La cuarta parte de este ejército se componía de extranjeros.

Federico el Grande, tercer rey de Prusia, lo convirtió en un poderoso instrumento de conquista, aumentando su número hasta 200.000 hombres. Ya dijimos cómo este táctico de primer orden entró en guerra contra media Europa, desconcertando con golpes imprevistos los cálculos de sus enemigos. Batido muchas veces, pero siempre incansable, encontró en sus propias derrotas la base de nuevas victorias. Después de una guerra incesante dejó á su país en próspera situación y con un gran aumento en el número de sus habitantes.

El reino de Prusia, enorgullecido por las glorias de Federico, se adormeció, creyéndose á cubierto de todo peligro después del ruidoso triunfo de Rosbach. Napoleón lo despertó cruelmente en 1806, infligiéndole la terrible derrota de Jena, en la que perecieron gran parte de sus organismos militares, faltando muy poco para que pereciese igualmente la independencia del país. Los franceses entraron en Berlín apoderándose de todas las plazas fuertes, y los prusianos mostraron ante el vencedor un miedo y un servilismo que acabó por indignar al mismo Napoleón y sus generales.

El rey, que huyendo de este desastre nacional se había refugiado en Königsberg, pudo al fin conquistar la clemencia del invasor y volver á su capital. El territorio de Prusia se redujo en una mitad por el tratado de Tilsit, y el ejército


Oficial de dragones


Mosquetero


Granadero de la guardia real



EL KAISER CON EL TRAJE QUE CARACTERIZÓ Á FEDERICO EL GRANDE

quedó limitado á 42.000 hombres. Á pesar de su escaso número fué, sin embargo, el supremo recurso de Federico Guillermo III. Siguiendo la inspiración de Scharnhorst, que no era prusiano, convirtió el pequeño ejército en un organismo puramente de la nación, suprimiendo el alistamiento extranjero, contingente principal desde el tiempo de Guillermo el Gordo. Todo prusiano fué soldado de los diez y ocho á los veintiséis años.

Como Napoleón con sus duras exigencias de vencedor había impuesto estrechos límites á la fuerza numérica del ejército activo, el rey de Prusia, después de instruir á los soldados, los enviaba á sus hogares, reemplazándolos con nuevos reclutas. De este modo el ejército prusiano, que sólo debía constar de 42.000 hombres, tuvo prontos 132.000 soldados bien instruídos cuando llegó el momento de unirse á la coalición europea para derribar á Napoleón.



MONUMENTO Á FEDERICO III EN COLONIA

Este ejército se vengó del desastre de Jena, contribuyendo á las victorias de Léipzig y Watterlóo; pero después de tales éxitos, al sobrevenir la paz europea y debilitarse la excitación del peligro, volvieron á decaer las fuerzas militares del país.

En 1861 ocupó el trono Guillermo I. Había visto de cerca el desastre nacional, la resurrección de Prusia seguida del decaimiento de su entusiasmo, y toda su voluntad la concentró en el deseo de que la nación volviese á ser una potencia militar. Por medio de su ministro de la Guerra, el general Roon, intentó la reforma del ejército, tropezando con la oposición del Parlamento, que le rehusaba los créditos necesarios. En vista de ello puso el gobierno en manos del conde de Bismarck, y ya hemos visto los procedimientos ilegales y violentos de que se valió éste para agrandar las fuerzas del ejército llevándolo con sus audacias á una serie de aventuras tan atrevidas como felices.

Después del momento crítico de Sadowa terminado por una victoria, gracias al fusil de aguja, primera arma de tiro rápido inventada por un armero francés, el parisién Pauly, el reino de Prusia adquirió algunos millones de súbditos y numerosos aliados. El sistema militar prusiano se extendió á toda la Alemania confederada. Los pueblos germánicos quedaron moldeados y uniformados á partir de 1867 con arreglo á los deseos de Bismarck, Moltke y Roon. El casco prusiano cubrió la cabeza de todo soldado alemán. Una pequeña escarapela sirvió apenas para recordar á los soldados su país de origen.

Esta organización anterior á 1870, se hizo todavía más fuerte después de la victoria sobre Francia. Al realizar los alemanes su movilización completa contra el Imperio francés, quedaron en pie de guerra 1.200.000 hombres con 255.000 caballos: cifra enorme no conocida hasta entonces.

El régimen militar impuesto por el gobierno de Prusia á la Confederación alemana fué el mismo que subsiste actualmente bajo el Imperio. El emperador es el *Oberfeldherr*, ó sea jefe supremo y directo del ejército alemán. Éste se compone de cuatro ejércitos particulares que dependen de los ministerios de la Guerra de los países donde han sido reclutados: ejército de Prusia, ejército de Sajonia, ejército de Wurtemburgo y ejército de Baviera.

El ejército bávaro, que consta de tres cuerpos numerados aparte, es el único que conserva una autonomía completa. Baviera tiene la obligación de mantener sus organismos mili-



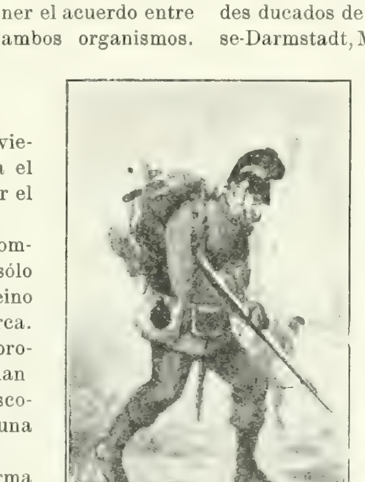
EL EJÉRCITO ALEMÁN EN 1870
Jefe de infantería prusiana



Sub-oficial

tares en absoluta conformidad con los del Imperio, pero todos sus oficiales son educados por ella misma y nombrados por su rey. Conserva también sus inspectores particulares y un Estado Mayor general que actúa con independencia y se limita á enviar unos cuantos oficiales al Estado Mayor de Berlín para mantener el acuerdo entre ambos organismos. Únicamente cuando el rey de Baviera ordena la movilización, pasa el ejército bávaro á ser mandado por el emperador.

El ejército de Sajonia, que se compone de dos cuerpos de ejército, sólo puede ser empleado fuera del reino con la autorización de su monarca. Éste nombra los oficiales con la aprobación del emperador, y los comandantes de cuerpo de ejército son escogidos por el emperador sobre una propuesta previa del rey.



Soldado bávaro

El ejército de Wurtemburgo forma un cuerpo de ejército especial cuyo comandante es nombrado directamente por el emperador, mientras que los oficiales los nombra el rey sin necesitar para esto la aprobación del Imperio. Cierto número de oficiales wurtemburgueses sirven en las tropas prusianas, y recíprocamente oficiales prusianos figuran en el cuerpo wurtemburgués.

El ejército prusiano no se compone únicamente de prusianos, pues son incorporados á él directamente los contingentes de los principados de Schwartzburgo-Rudolstadt, Schwartzburgo-Sonderhausen, Schaumburgo-Lippe, Lippe-Detmold y Waldeck, así como de las tres ciudades libres de Brema, Lubeck y Hamburgo. Además forman cuerpos de tropas especiales los soldados de los grandes ducados de Hesse-Darmstadt, Mecklemburgo-Schwerin, Mecklemburgo-Strelitz, Oldemburgo y Sajonia-Weimar, los ducados de Anhalt, Brunswick, Sajonia-Altemburgo, Sajonia-Coburgo-Gotha, Sajonia-Meiningen y los dos principados de Reuss. Estos cuerpos, procedentes de los países sometidos á la administración prusiana, se distinguen por pequeños emblemas particulares en sus uniformes. En los Estados de Hesse, Mecklemburgo-Schwerin y Mecklemburgo-Strelitz, los oficiales reciben su nombramiento del duque soberano además del diploma del emperador.

Las tropas del gran ducado de Baden forman un cuerpo especial, y en tiempos de paz no pueden guarnecer otras poblaciones que las de su territorio.

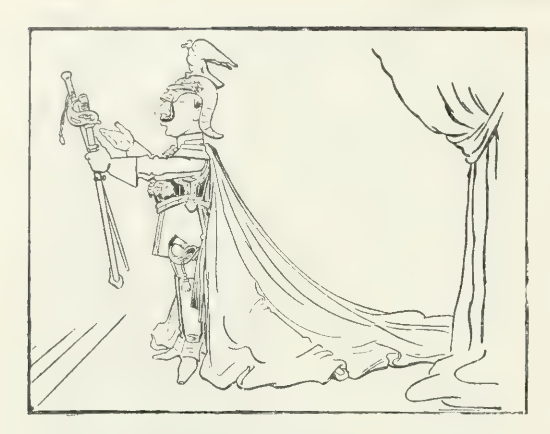
Todo alemán en estado de llevar las armas está sometido á la *wehrpflichtig*, ó sea á la obligación del servicio militar, de la edad de diez y siete años á los cuarenta y cinco cumplidos. Sólo están exceptuados de él los miembros de las casas soberanas y sus parientes inmediatos.



Oficial de hulanos



Artillero



EL KAISER EN EL BICENTENARIO DE PRUSIA

Á esto debemos nuestra grandeza

(Caricatura de *Le Figaro*)

El servicio militar en tiempo ordinario se compone de dos períodos. Á partir de los veinte años cumplidos hasta el 31 de Marzo del año en que cumple treinta y nueve, todo súbdito alemán está obligado al servicio efectivo *(dinstpflichtig)*, y lo realiza del siguiente modo: Permanece en el ejército activo durante tres años si es de caballería ó de artillería montada; dos años si es de infantería, de artillería de campaña ó de á pie, de ingenieros ó de tropas de comunicación; un año si pertenece á la administración militar. Luego pasa á la reserva, á la que pertenece durante cinco años y medio, cuatro años y medio ó seis años y medio, según el cuerpo en que ha servido. Finalmente se incorpora á la *landwehr* de primer llamamiento, donde permanece hasta los treinta y nueve años. La segunda parte de su servicio la cumple en el *landsturm*, dividido en dos categorías: la primera, compuesta de todos los hombres de diez y siete á treinta y nueve años que por causas especiales no han sido comprendidos en los servicios mencionados; la segunda, de todos los hombres de treinta y nueve á cuarenta y cinco años.

La incorporación al ejército activo se verifica, á partir de los veinte años, en el curso de los dos años sucesivos. El ejército, además del contingente fijado anualmente, toma un nueve por ciento de los reclutas para suplir las faltas que puedan producirse, manteniendo los cuerpos de tropa en su estado completo y muchas veces con mayor número de individuos que el marcado en el presupuesto. El enorme excedente de reclutas que resta inactivo en tiempo de paz, así como los sostenes de familia y los hombres que son ineptos momentáneamente para el servicio, forman la *erzatzreserve*, ó sea reserva de reclutamiento, á la que quedan afectos durante doce años y medio, sometiéndose á la instrucción militar en ciertos períodos.

Los que pueden presentar certificados de estudio y se hallan en situación para reembolsar al Estado el costo de su manutención, uniforme y armas, se titulan «voluntarios de un año». Reciben en los cuerpos una instrucción especial y se les prepara para las funciones de oficiales de la reserva. Una última categoría comprende á los maestros de escuela y los alumnos de las escuelas normales. Éstos sólo hacen un año



CUARTELES DE INFANTERÍA EN KARLSRUHE

de servicio, pasando inmediatamente á la reserva.

Mientras los hombres están en la reserva pueden ser convocados por dos períodos de 28 días para tomar parte en las maniobras de otoño. Cuando pertenecen á la *landwehr* de primer llamamiento pueden ser llamados por dos períodos de 14 días, pero generalmente sólo los convocan por un solo período. En la *landwehr* de segundo llamamiento nunca son convocados los individuos en tiempo de paz. La *landsturm* significa el levantamiento en masa del país y únicamente tiene aplicación en los instantes más difíciles de una guerra.



EL KAISER DIRIGIENDO UNAS MANIOBRAS

Todas estas reglas no se cumplen de un modo absoluto. Los recursos considerables del reclutamiento, cada vez mayores por el rápido aumento de la población de Alemania, han permitido en tiempo de paz el ahorrar sacrificios al elemento ci-



Dibujo de J. Simont, de la «Illustration» de Paris

Los cosacos cargando

EN POLONIA



ntra una batería alemana

vil, incorporando únicamente al ejército activo los jóvenes de reconocida aptitud para el servicio de las armas.

En el ejército alemán los cuerpos de tropa llevan un número de orden dentro de la serie general á que pertenecen; después, con mucha frecuencia, el nombre del Estado ó la provincia de que proceden, y si son muchos cuerpos del mismo origen, un segundo número los clasifica en esta sub-serie. Además, algunos regimientos se añaden un nombre propio, que es el de su jefe honorario, personaje histórico ó miembro de las familias reinantes. Ciertos regimientos de infantería se titulan por tradición granaderos ó fusileros, aunque en realidad son iguales á los otros, diferenciándose únicamente por algunos detalles del uniforme.

El ejército alemán hasta el principio de la presente guerra se compuso de 8 inspecciones de ejército, 25 cuerpos de ejército de dos divisiones cada uno, una división suelta de caballería, la de la Guardia Imperial, y 25 inspecciones de *landwehr*. Cuenta con 217 regimientos de infantería, todos con 3 batallones de 4 compañías, y 18 batallones de cazadores,



LA ESTATUA GUERRERA DEL KAISER EN EL PUENTE DE COLONIA



CUARTEL DE ARTILLERÍA EN LEIPZIG

lo que da un total de 669 batallones, con un efectivo cada uno de 1.050 hombres después de la movilización. La caballería consta de 110 regimientos, con un total de 547 escuadrones. Además tiene 100 regimientos de artillería de campaña, 25 de artillería á pie, 35 batallones de ingenieros y 25 batallones llamados de tren.

Todas las tropas poseen ametralladoras del sistema Maxim, que hacen 360 disparos por minuto. La infantería tiene 269 compañías de ametralladoras y 11 la caballería.

El arma de la infantería es el fusil Maüsser, modelo de 1898, de un calibre de 7 milímetros, empleando el cartucho bala S.

La artillería de campaña usa cañones de 77 milímetros de tiro rápido y con mamparas metálicas para la protección de sus sirvientes. Este cañón, en el que fundaban los alemanes grandes esperanzas, ha resultado como arma de campaña inferior al 75 francés. Además tiene la artillería alemana obuseros de 105 y obuseros pesados de 150, cañones largos de 105, 130 y 150, morteros de 210; y en fin, los famosos morteros de 420, de manejo embarazoso, pero que una vez emplazados producen terribles efectos, como se ha visto en el asedio de las fortificaciones de Bélgica y algunas del Norte de Francia.

Al surgir la guerra de 1914 el Imperio alemán poseía el organismo de guerra más grande que ha conocido la Historia.

Su ejército merecía el título de formidable por su número, su organización, su disciplina férrea, las cualidades de sus generales y oficiales y su unidad de doctrina. El efectivo de sus fuerzas en tiempo de paz se elevó, á consecuencias de la ley de 3 de Julio



LOS ABANDERADOS DE DIEZ Y OCHO REGIMIENTOS DESFILANDO ANTE EL KAISER



UNA BATERÍA ALEMANA

de 1913, á 900.000 hombres, cifra que no había alcanzado potencia alguna en tiempo ordinario.

La disciplina rigurosa del cuartel transforma inmediatamente al recluta alemán en una especie de autómata, acostumbrándolo á la obediencia pasiva, fijándolo para siempre en el lugar que le ha sido designado, sin que sea capaz de obedecer á un impulso propio, pues se entrega en absoluto á la dirección de los jefes. Por costumbre y por tradición siente una confianza ciega en sus oficiales; la disciplina con sus castigos le inspira un respeto absoluto. «Este respeto—dice un autor militar—, en lo que se refiere al emperador, toma el carácter de un verdadero culto, aun entre los elementos tachados de socialistas, así que viven una temporada en el cuartel. Resulta de esto que el soldado alemán, incoloro, tímido y pesado cuando se le aprecia aisladamente, adquiere formado en masas una cohesión, una tenacidad y una fe en su destino que hacen de él un adversario temible.» Sin embargo, todos los extranjeros que estudiaron el ejército alemán reconocen en este soldado una carencia casi absoluta de iniciativa personal y viveza de carácter, cualidades que son necesarias en las peripecias inesperadas de la guerra. Este soldado, que se bate como muy pocos cuando marcha en rebaño á la vista de sus oficiales y en estrecho tacto de codos, retrocede y se deja derrotar ante una situación imprevista que sorprende y abruma su tardo pensamiento.

El ejército alemán está dirigido por 25.000 oficiales y 90.000 sub-oficiales. Estos últimos, que son los que se hallan en trato directo con la tropa, la amaestran y dirigen, valiéndose del procedimiento del puñetazo y la patada. Nadie se siente ofendido por tal sistema de enseñanza, que resulta venerable y glorioso, pues proviene de las épocas del rey-sargento y Federico el Grande. Además el alemán está acostumbrado á los golpes desde la escuela de primeras letras, y en todas las asociaciones á que pertenece durante su juventud se repite la paliza como método de enseñanza y entrenamiento.

El cuerpo de oficiales se compone en una tercera parte de cadetes procedentes de las escuelas privilegiadas. El resto de la oficialidad se forma por enganches voluntarios de candidatos que presentan certificados científicos y reciben una educación especial en la Escuela de Guerra después de pasar por un regimiento.

Los oficiales, lo mismo los que proceden de familias nobles, de militares ó de funcionarios, que los que han salido de los hogares de la burguesía, forman dentro de la nación una casta aparte. El público los teme por su orgullo y su insolencia y los respeta al mismo tiempo por el entusiasmo que le inspiran las instituciones militares Estos oficiales, así como mantienen á distancia con su altivez al simple paisano, evitan igualmente el



LAS AMETRALLADORAS



PATRULLA DE HULANOS

ponerse en contacto con los soldados, confiando esta función á los sub-oficiales.

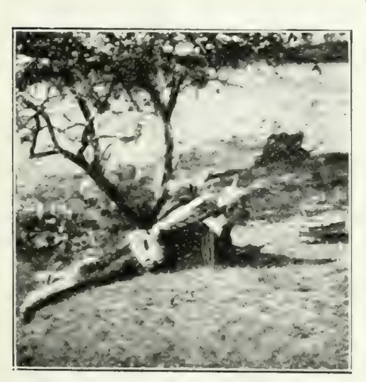
El soldado alemán ve siempre de lejos al oficial, considerándolo como un semidiós inabordable. No oye de él más palabras que órdenes breves ó terribles insultos, ni conoce otro contacto que el de su puño cerrado pródigo en golpes.

Hay que reconocer que los cuadros de oficiales y sub-oficiales son lo mejor del ejército alemán, pues proporcionan á la masa de sus elementos de combate la solidez de un esqueleto de acero. Sin embargo, la clase de los oficiales ofrece muchos defectos. Cuando un oficial noble no ha pasado por la Escuela de Guerra, resulta de una cultura profesional en extremo mediocre. Su educación en la escuela de cadetes durante la segunda infancia y la temporada reglamentaria en un regimiento á los 18 años, apenas equivalen á los estudios simplemente preparatorios que hacen los alumnos en otros países antes de ser admitidos en la Academia militar.



HÚSARES DE LA MUERTE

El oficial de tropa alemán conoce el mecanismo de su oficio á fuerza de practicarlo, pero carece de espíritu de iniciativa é ignora la razón científica de la mayor parte de los actos que realiza. En lo que se distingue notablemente es en el mantenimiento de sus privilegios de casta y en el cuidado escrupuloso de su porte. «Educado en el respeto fetichista del uniforme —dice un autor—y en el orgullo de la clase á que pertenece, está persuadido de que el hombre empieza en el sub-teniente, y todo el que no viste uniforme resulta indigno de su consideración. El oficial alemán es bravo, pero generalmente no posee ninguna otra cualidad militar. Hace que sus hombres avancen en el campo de batalla manteniéndolos siempre al alcance de su mano por no tener confianza en su firmeza y su tenacidad. Da espontáneamente ejemplos de audacia y de disciplina, pero no sabe inspirar á las tropas sometidas á sus órdenes ese amor ardiente por la patria que dispensa al superior del empleo de medios violentos y envilecedores sobre sus hombres. Es el primero en dudar del valor individual y aislado del combatiente alemán. Sabe que sus subordinados, al verse libres de una dirección brutal, serían incapaces de salir del paso por sus propios medios, y por esto los conserva mientras le es posible en formación cerrada. El ejército alemán ataca siempre en masas profundas, porque no puede atacar de otro modo, teniendo en cuenta la «mecanización» del espíritu de los simples soldados.»



UN CENTINELA DE LAS AVANZADAS

Los oficiales alemanes están divididos socialmente en dos clases: el oficial llamado de corte y el simple oficial de tropa procedente de familias poco conocidas, que vegeta durante la paz en el tedio de las guarniciones de provincia.

El oficial de corte es el que se pavonea en Berlín, elegante y vanidoso, con un brazalete de oro en la muñeca y un cepillo de plata en el bolsillo para encres-



INFANTERÍA ALEMANA



BERLÍN. PLAZA DE POSTDAM Y CALLE DE LÉIPZIG

parse el bigote. Su sonrisa es una merced que prodiga á muy pocos; el recibir su mano representa un gran honor. Es un superviviente del mundo feudal, orgulloso de sus títulos nobiliarios, y que concede á los otros oficiales una benevolencia desdeñosa. Las más de las veces su noble origen es sinónimo de pobreza, y al ver el lujo en que viven sus camaradas procedentes de la burguesía, hijos de grandes industriales y comerciantes, siente el ansia de las riquezas y las busca por medio del matrimonio. Para encontrar una heredera de gran dote sostiene una vida lujosa, en desarmonía con sus medios, valiéndose del apoyo de la usura, del juego ó de otros expedientes más vergonzosos. Con frecuencia, brillantes oficiales conocidos en la corte y de apellidos ilustres han sido protagonistas de escándalos y delitos juzgados por los tribunales de Berlín. Algunos han tenido que apelar al suicidio. Muchos, descalificados para siempre, renunciaron á su posición y su nombre, y vagan por el mundo como aventureros. Los hay también que por mantener el honor de su apellido, ó por convicciones religiosas, practican una especie de ascetismo, sin dejarse tentar por los esplendores de la corte y el lujo ruidoso de los oficiales de la Guardia. Para conservar intacta la herencia de honor que les legaron sus ascendientes, y para que no se trasluzca su pobreza, viven recluídos en su alojamiento con feroz economía; comen mal y reservan sus tristes ahorros para lo superfluo, ó sea para no desempeñar un papel ridículo en las suscripciones iniciadas por los compañeros de cuerpo ó los frecuentes banquetes de despedida ó bienvenida con que se obsequia á aquéllos por costumbre.





PLAZA DE LOS GENDARMES



LA UNIVERSIDAD

Guillermo II se ha indignado muchas veces ante el lujo de los oficiales, «que los afemina y los deprava», acusando á éstos de descuidar sus deberes, como no lo hicieron sus ascendientes. Pero al mismo tiempo el emperador, con su carácter versátil y su afición á la pompa del Imperio, favorece tales derroches, reser-

vando su simpatía á los vividores frenéticos siempre que al mismo tiempo cumplan puntualmente sus obligaciones.

Muy pocos de los oficiales de corte son de alguna inteligencia. «El encanto personal de estos hermosos soldados—dice Ch. Bonnefon al describir la vida alemana—se desvanece tan pronto como abren la boca. Les he oído varias veces hablar con una entonación nasal durante mucho tiempo, sin decir otra cosa que vulgaridades, en las que se repetía incesantemente la palabra «kolossal», á la que dan una significación misteriosa y profunda. Hasta los mejores de ellos, los más leales, los más viriles, los más patriotas, parecen unos niños grandes mimados por su pueblo; niños cuyo cerebro no ha tenido tiempo para moldearse en las costumbres y las ideas modernas.



MUSEO NACIONAL

»En tiempos de guerra reconozco que se mostrarán valerosos y puntuales, sabiendo arrastrar á sus hombres y cargar rudamente á la cabeza de sus regimientos, lo mismo que barones feudales. Hasta los que parecen más quebrantados por una existencia de orgías, conservarán la bravura que surge del sentimiento del honor. Serán tal vez magníficos sableadores. Pero que una resolución difícil ó delicada se imponga, que sea necesario adoptar una iniciativa grave, y desde aquí me parece oir á muchos de ellos balbucear con voz nasal y pedantesca una serie de órdenes confusas. Mientras la máquina montada escrupulosamente por el Estado Mayor funcionará sin obstáculos, el oficial de corte será en ella una rueda útil. Pero si se rompe la máquina ó si se detiene, no sabrá inventar nada, ni improvisar, ni suplir.

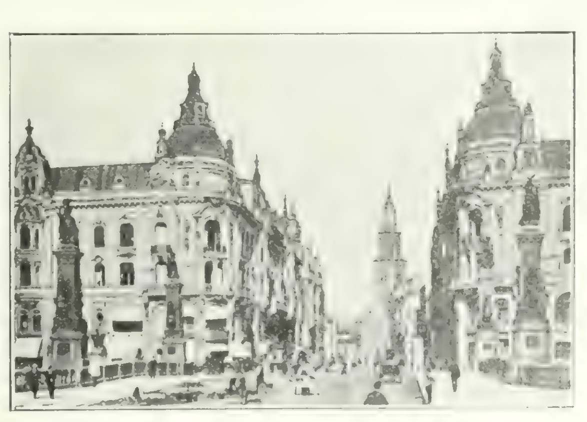


MUSEO FEDERICO

»El kronprintz (hijo mayor de Guillermo II es el primero de los oficiales de corte en Alemania; el más gracioso, el más seductor y tal vez el menos inteligente de todos. «Tiene el desarrollo cerebral de un adolescente de catorce años —me dijo un alemán, que le conoce bien, el día en que este príncipe hizo manifestaciones públicas contra Inglaterra—, y lo malo es que ya tiene treinta.» Valiente y mediocre, el oficial de corte que hace su carrera por el cotillón y por la sonrisa, sabe obedecer, pero no sabe mandar.»

La segunda clase de oficiales que constituye una mayoría enorme, pues pertenecen á ella todos los que no son ricos ó carecen de un apellido ilustre, se designa generalmente con el nombre de «oficiales de guarnición». Se ha dicho de ella mucho malo, describiendo sus vicios, sus intrigas, su aburrimiento de malignas formas, sus aberraciones sexuales, su hipocresía y falta de verdadero compañerismo; y los que han trazado este cuadro sombrío no son extranjeros, son alemanes y pertenecen al ejército.

Desde que el teniente Bilse publicó su ruidosa no-



CALLE DEL EMPERADOR GUILLERMO



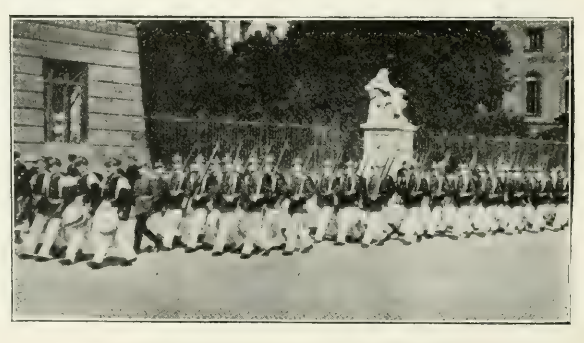
EL KRONPRINTZ (Fot Rol)

polvo y el barniz superficial de un compañerismo reglamentario, toda clase de odios, ridiculeces y vicios. Son rudos, malevolentes, agriados, y como no tienen ocupaciones ni sienten ambiciones intelectuales que les permitan ocupar su tedio con la lectura, dedican el tiempo á las intrigas y á la satisfacción de las pasiones más viles, arrebatándose mutuamente el honor, las esposas y el dinero, con otras perversiones más inconfesables.

Tal vez estas descripciones de la vida de guarnición en Alemania no sean rigurosamente exactas, por convertir la excepción en regla general. Pero resulta indiscutible que los oficiales, á causa de su organización en casta aparte, son objeto de una influencia deprimente y corrosiva. Quieren vivir aislados del país que los mantiene, para de este modo hacerse temer, sustentando su privilegios de casta. Al mismo tiempo viven lejos de las tropas, con las que sólo entran en contacto á la hora de las maniobras, dejando que el sub-oficial se cuide de los soldados y los dirija. En los países anexionados á viva fuerza, Alsacia-Lorena y Polonia prusiana, el pueblo se aparta de ellos con patriótica aversión. En el resto de Alemania son ellos los que se aislan, constituyendo una casta cerrada que, semejante á las dinastías monárquicas, huye del rejuvenecimiento que aportan los contactos exteriores. Se confinan en sus clubs ó casinos de cuerpo, comen y hablan siempre entre ellos y no ven ni comprenden nada que se halle al margen del mundo militar. «Dentro de la patria, que aman apasionadamente, viven como extranjeros ó como ciegos, hipnotizados por la importancia de su misión, prisio-

vela *Pequeña guarnición* (1), muchos oficiales con aficiones literarias se dedicaron á revelar en forma novelesca las miserias y las villanías de la vida militar alemana. Este nuevo género literario fué semejante á la explosión de una cloaca. El emperador tuvo que intervenir, prohibiendo á sus oficiales, bajo severas penas, la producción de nuevos volúmenes, y los autores de los ya publicados quedaron excluídos del ejército.

Procesos no menos escandalosos revelaron las miserias de la vida de guarnición. De creer á los autores del país, cada una de las pequeñas ciudades germánicas, tranquilas y patriarcales, que parecen el santuario de las virtudes domésticas, oculta la realidad de una Babilonia desenfrenada ó de una Sodoma repugnante. Los oficiales sin ocupación que arrastran el sable por sus calles, disimulan bajo el uniforme correcto, sin una mota de



DESFILE DE UN REGIMIENTO DE INFANTERÍA

(1) Publicada por esta Casa Editorial.

neros de un medio cada vez más pequeño y recogido.»

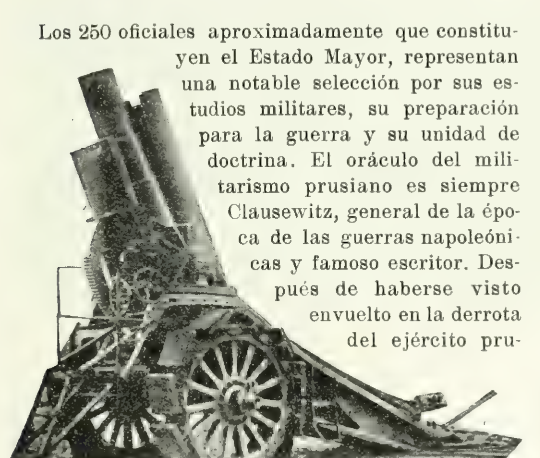
El vendaval de la guerra, abatiendo sus escrúpulos de casta y haciéndolos vivir á todas horas con sus soldados, los pone en contacto con el pueblo en la hora del peligro. Esta unión del oficial orgulloso y de la masa despreciada puede mantenerse y dar sus frutos cuando va seguida de una victoria fulminante y completa desde el primer choque, que es lo que ha ocurrido en todas las guerras anteriores de Alemania. Pero si surge un fracaso, si la guerra se prolonga indefinidamente, las debilidades y los defectos remontan á la superficie. El oficial de guarnición—como dice un autor—es capaz de conseguir una victoria, pero no tiene capacidad para soportar y remediar una derrota. Por esto el Imperio alemán cifra todas sus esperanzas en el oficial de Estado Mayor.



LA INFANTERÍA EN LAS MANIOBRAS

◻

Los 250 oficiales aproximadamente que constituyen el Estado Mayor, representan una notable selección por sus estudios militares, su preparación para la guerra y su unidad de doctrina. El oráculo del militarismo prusiano es siempre Clausewitz, general de la época de las guerras napoleónicas y famoso escritor. Después de haberse visto envuelto en la derrota del ejército prusiano en 1806 y quedar por algún tiempo prisionero de los franceses, colaboró con el ministro Scharnhorst para reorganizar las fuerzas del país, preparando de este modo el desquite de 1814 contra Napoleón. Al llegar la paz definitiva fué director de la Escuela de Guerra de Berlín hasta 1831, año de su muerte. Desempeñando este cargo escribió los tratados militares que le han proporcionado la celebridad.



MORTERO ALEMÁN

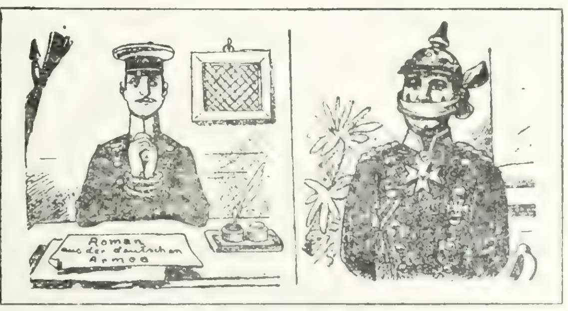
Clausewitz, contra la opinión de los autores de su época, que limitaban en 100.000 hombres cuanto más la cifra de un ejército bien manejado, fué el primero en establecer que sólo la amplitud del teatro de operaciones puede marcar el límite de los efectivos sometidos á una misma dirección. «Vivir, marchar y combatir» fué la síntesis de la doctrina de Clausewitz. La importancia de los ejércitos depende de la riqueza del terreno donde deben moverse y de los aprovisionamientos que pueden juntar (vivir); de la extensión de los caminos y vías férreas de que puede disponer (marchar); de la posibilidad de concentrar con facilidad y rapidez fuerzas considerables en un terreno que sea conveniente (combatir). «La mejor estrategia—dice Clausewitz—consiste siempre en ser el más fuerte en un punto decisivo. Por esto la primera y más importante de las reglas que se impone al general en jefe es mantener sus fuerzas en masa.»

Estos dos grandes principios que sirven de base á la doctrina de Clausewitz, «conservar sus fuerzas en masa y ser el más fuerte en el punto decisivo», los observó literalmente el mariscal Moltke en la guerra de 1870.

La doctrina de Clausewitz no es original, pues recuerda fundamentalmente la de Napoleón I. Su base es francesa, y el tratadista prusiano ha elevado sobre ella todo un sistema, con el reposado método del carácter alemán y un prolijo estudio de los detalles.

Los oficiales del Estado Mayor, hombres incansables muchos de ellos, trabajan diez horas todos los días. No reconocen en su cuerpo divergencias de doctrina ni variedades de opinión. Su evangelio militar es el sistema de Clausewitz practicado y ampliado por Moltke. Este sistema puede resumirse en los tres puntos siguientes:

Antes de la acción, envolver el frente del ejército



NO SE PUEDE ESCRIBIR

Caricatura del «Kikeriki» aludiendo á que el kaiser ata las manos á sus oficiales para que no escriban, cuando debían amordazarle á él para que no hablase inoportunamente.

PALACIO IMPERIAL DE BERLÍN

alemán en una cortina de caballería, siempre en movimiento, que moleste y desoriente al enemigo, ocultándole las evoluciones de las tropas alemanas.

Durante la acción, emplear la táctica tan preconizada por los alemanes, de la ofensiva á toda costa, sin reparar en las pérdidas, y cueste lo que cueste. La táctica consiste casi siempre en servirse del centro como punto fijo de apoyo, y avanzar las dos alas, á modo de tentáculos, para que desborden al enemigo y se cierren sobre él, oprimiéndolo en un circulo de hierro.

Después de la acción, quebrantar y desmoralizar al enemigo en retirada con ataques de caballería en grandes masas y mantener al mismo tiempo la cohesión entre los diferentes cuerpos de ejército alemanes por medio de la telegrafía sin hilos y del teléfono.

Estas han sido, en resumen, las enseñanzas del Estado Mayor alemán hasta poco antes de iniciarse la guerra en 1914.



BIBLIOTECA NACIONAL

Luego las experiencias de la práctica han modificado en parte el sistema. Los ejércitos creados para la ofensiva han tenido que enterrarse, abriendo trincheras que son verdaderas poblaciones subterráneas. Los progresos de la aviación han inutilizado casi por completo la primera parte del sistema, pues los observadores aéreos pueden reconocer fácilmente los movimientos del enemigo más allá de la cortina de caballería que los encubre.

El Estado Mayor alemán ha producido excelentes generales, pero ninguno de ellos dispone de la autoridad victoriosa de un Moltke. Tal vez influye en esto la excesiva competencia de Guillermo II, que sabe de todo y se mezcla en todo. El viejo Guillermo I se limitó á ser un soldado, asistiendo personalmente á las operaciones de guerra de su ejército y exponiendo su vida cuando lo consideraba preciso. Pero con una noción exacta de sus

LA AVENIDA DE LOS TILOS (UNTER DER LINDEN)

capacidades estratégicas, dejó siempre la dirección de las operaciones á Moltke y otros generales.

Guillermo II, orador, músico, predicador, poeta, pintor y cómico, considera como un delito de lesa majestad que los alemanes duden de sus condiciones de estratega.

—Es un buen coronel—decían del emperador antes de la guerra sus amigos íntimos—. Tiene ojo y autoridad para conducir un regimiento. Sería también un buen comandante de acorazado, porque siente gusto por la marina y comprende la mecánica. Pero ¡Dios nos libre de que se le ocurra la idea de ser el primer general del Imperio!

Esta idea se le ha ocurrido á Guillermo II, como era de esperar, no obstante haber demostrado en todas las maniobras de su ejército, durante varios años, una incapacidad notoria.

El emperador, lo mismo que su hijo el kronprintz, es un aficionado romántico á las cargas furiosas y teatrales. Su placer es galopar á la cabeza de una masa de caballería, con la espada desnuda, lo mismo que un burgrave de la Edad Media, como si no hubiesen sido inventados el fusil de repetición, la ametralladora y el cañón de tiro rápido. Para él la guerra tiene el encanto literario de una poesía caballeresca. Ve en ella el gesto teatral, el uniforme brillante, el penacho, la embriaguez del humo y de la gloria.



RELEVO DE LA GUARDIA EN LA PUERTA DE BRANDENBURGO

Hace quince años, en unas maniobras, Guillermo II, poniéndose al frente de ocho regimientos de caballería, cargó con estrépito infernal contra una colina fortificada y ocupada por numerosas fuerzas de infantería. Como éstas tiraban con pólvora sola, el kaiser, glorioso, se apoderó de la altura con la mayor facilidad.

Acudió el viejo mariscal Von Haeseler, uno de los veteranos de la Prusia triunfadora, que por su reconocida competencia



EL KAISER CON LOS DISTINTOS UNIFORMES MILITARES

De guardia de Corps

era el árbitro de las maniobras, y al ver al emperador enrojecido y jadeante por la carga, respirando orgullo y alegría, dejó oir desdeñosamente su sentencia:

—En tiempo de paz puede hacerse eso sin dificultad. En una acción de guerra resulta más difícil, pues no habría quedado intacto un solo hombre de los ocho regimientos.

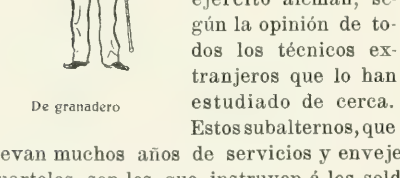
El emperador no perdonó jamás estas palabras, y el glorioso veterano tuvo que pedir su retiro.

Individuos notables del Estado Mayor alemán han manifestado repetidas veces, en momentos de indiscreción, el concepto que les merece la sabiduría estratégica de su soberano.

—En una batalla —han dicho— dirigida por el emperador, no quedaría nadie para enterrar á los muertos.

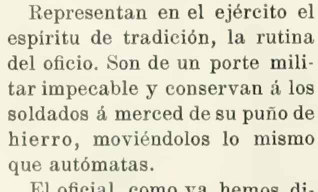


De granadero



Los sub-oficiales constituyen la clase más apreciable del ejército alemán, según la opinión de todos los técnicos extranjeros que lo han estudiado de cerca. Estos subalternos, que llevan muchos años de servicios y envejecen en los cuarteles, son los que instruyen á los soldados y los moldean en la rígida disciplina. Cuando llega la guerra, ellos son los que con su audacia y el terror que inspiran á sus hombres los hacen avanzar, á costa de horribles carnicerías.

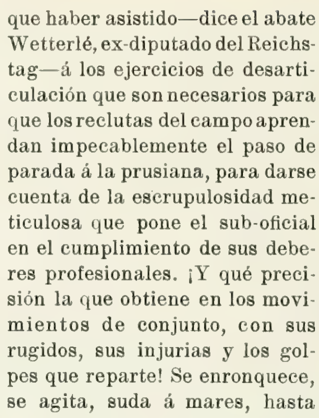
Representan en el ejército el espíritu de tradición, la rutina del oficio. Son de un porte militar impecable y conservan á los soldados á merced de su puño de hierro, moviéndolos lo mismo que autómatas.





De almirante

El oficial, como ya hemos dicho, vive lejos de los soldados, que sólo lo ven raramente. El sargento, en cambio, los tiene á todas horas bajo su mirada autoritaria, siempre amenazante y de mal humor, distribuyendo pródigamente los castigos. «Hay que haber asistido—dice el abate Wetterlé, ex-diputado del Reichstag—á los ejercicios de desarticulación que son necesarios para que los reclutas del campo aprendan impecablemente el paso de parada á la prusiana, para darse cuenta de la escrupulosidad meticulosa que pone el sub-oficial en el cumplimiento de sus deberes profesionales. ¡Y qué precisión la que obtiene en los movimientos de conjunto, con sus rugidos, sus injurias y los golpes que reparte! Se enronquece, se agita, suda á mares, hasta que en toda la escuadra las piernas, los brazos, los torsos, las nucas y los fusiles quedan alineados como á cordel, á pesar del movimiento de la marcha. La obediencia pasiva, el automatismo absoluto, he aquí lo que exige del soldado sometido á su educación, hasta que consigue embrutecerlo completamente.





De húsar

De hulano

»Han causado sorpresa las pérdidas enormes sufridas por el ejército alemán desde el principio de las hostilidades (1914); pérdidas ocasionadas por la tenacidad en no abandonar las formaciones en masa. Y sin embargo, teniendo en cuenta los procedimientos de educación de los soldados alemanes, esta táctica es justa y oportuna. El sub-oficial no ha hecho nada para desarrollar en sus hombres el espíritu de iniciativa. Antes al contrario, se ha dedicado á destruirlo. Está seguro de obtener el máximo de resultado siempre que pueda ejercitar una acción directa sobre estos autómatas que tienen la costumbre de dejarse conducir como un vil rebaño. Desconfía con razón de gentes que saben dirigirse ellas mismas.»



De general

El sub-oficial no puede alcanzar los grados superiores, y al llegar á sargento mayor ve cortada su carrera. Los tenientes jóvenes que necesitan los consejos de su experiencia lo tratan con cierta consideración, pero en general existe un obstáculo inabordable entre los subalter-



De dragón de la guardia

(Caricaturas de Caran d'Ache)



EL KAISER EN LAS MANIOBRAS DE OTOÑO

nos y la sagrada casta de los oficiales. El duro sargento se consuela de su humillación sometiendo á los soldados á las torturas de su mal humor. El Imperio le promete, para cuando sea viejo y abandone el servicio, la compensación de un empleo secundario en las oficinas civiles. Mientras permanece en el regimiento goza de un sueldo suficiente y puede casarse. Además los soldados, especialmente los reclutas, para evitar las consecuencias de su enemistad le hacen frecuentes regalos, imponiéndose para esto grandes privaciones. Cuando sus familias les envían embutidos y otras *delikatesses*, entregan una gran parte al sargento, pues en la virtuosa Alemania la propina lo puede todo.

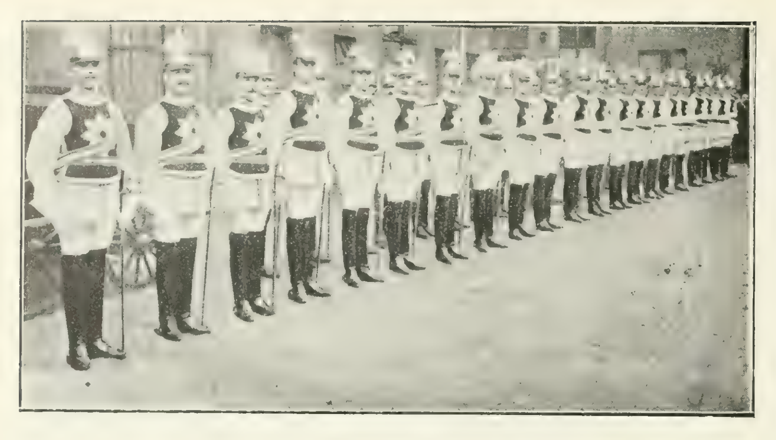
UN PUESTO DE OBSERVACIÓN

El ingreso más importante para el sub-oficial lo representa el «voluntario de un año», hijo casi siempre de una familia burguesa, que llega con el portamonedas repleto y se entera de los gustos y aficiones del sargento. Cuando se muestra generoso obtiene todos los permisos y se ve libre de todas las faenas penosas. Si se decide á regalar un piano á la «señora sargenta», su año de servicio transcurre en una calma paradisiaca, sin incidente alguno. De aquí que á muchos voluntarios les cuesten los doce meses de permanencia en el cuartel de 5.000 á 10.000 marcos.

Con la tropa ordinaria, compuesta de campesinos, obreros y empleados pobres, el sub-oficial desahoga la cólera amasada por los desprecios que llegan de lo alto y las enojosas tareas de su grado. Estos subalternos, endurecidos por la tradición y animados por la impunidad, discurren las torturas más disparatadas contra sus hombres. Las injurias groseras y los golpes son incidentes ordinarios y sin importancia. Por una falta insignificante ó por capricho, les hacen guardar posturas violentas durante varias horas, hasta que caen desmayados. Otras veces les escupen dentro de la boca, les hacen limpiar el suelo con la len-



EL KAISER Á CABALLO DIRIGIENDO UNAS MANIOBRAS



LA GUARDIA IMPERIAL CON UNIFORME DE GALA

pronto á abatir al primero que dé señales de debilidad.

Este sistema de violencias ha obligado á muchos oficiales á cambiar de regimiento al iniciarse la guerra, temiendo lo que pudieran hacer sus hombres, á pesar de una educación embrutecedora, al verse en campo libre y con cartuchos de bala. Los sub-oficiales, que no pueden realizar con igual facilidad estas permutas, han caido muchas veces bajo un proyectil que les ha entrado por la espalda.

El sargento alemán, cuando no emplea el palo por miedo á las consecuencias, discurre los castigos más grotescos y envilecedores. Al hombre sometido á su cólera le dice en presencia de toda la compañía:

—Tú eres un cochino. ¿Qué eres tú?... Responde.

Y como el buen militar alemán no debe permitirse una opinión contraria á la del superior, el pobre repite humildemente:

—Yo soy un cochino... Yo soy un cochino.

gua ó les obligan á beberse el contenido de un receptáculo infecto.

Con mucha frecuencia los periódicos democráticos y los diputados socialistas del Reichstag han denunciado á los sub-oficiales como autores de verdaderos crímenes. Soldados que han muerto en el hospital á consecuencia de heridas declaradas casuales, ó han quedado inútiles para siempre, fueron víctimas en realidad de la furia homicida de un sub-oficial. En la mayor parte de los casos tales delitos han quedado sin castigo. La víctima, á impulsos del terror, no ha querido hablar, y los testigos presenciales, por miedo al sub-oficial, han mentido y jurado en falso. La obediencia pasiva y el respeto al superior son obstáculos infranqueables con los que tropiezan los consejos de guerra que de buena fe quieren esclarecer los hechos. En una ocasión el tribunal militar se vió obligado á infligir graves penas á una serie de testigos que habían jurado en falso para afirmar la inocencia de su sargento, demostrándose poco después que éste era autor de las numerosas heridas de uno de sus hombres.

El oficial no ve nunca las penas degradantes y sangrientas que el subalterno impone á la tropa. La injuria, el palo, el golpe y la sangre, forman parte de una tradición gloriosa y respetable que proviene del gran Federico y su padre el rey-sargento. Impedir esto equivale para ellos á falsear los cimientos del ejército. El oficial, cuando lo considera necesario, emplea idénticos medios. En tiempo de guerra no marcha á la cabeza de sus hombres, sino detrás de ellos, con el revólver en la mano,

La obediencia servil, la humillación ante el superior, se extienden como algo precioso y fundamental desde las últimas filas á los puestos más elevados del ejército. El soldado teme los golpes del sargento; éste se encoge medroso ante la altivez de los oficiales; los oficiales viven encasillados en diversas categorías de nacimiento y de fortuna, humillándose unos á otros, y los brillantes generales del Estado Mayor se esfuerzan por conservar á costa de adulaciones el afecto del soberano.

Generalmente la profesión de oficial sólo es acce-



SERVICIO TELEFÓNICO DE CAMPAÑA

sible en Alemania al que dispone de cierta fortuna. Los sueldos sólo bastan para cubrir una mitad de los gastos. Por esto el gobierno exige que todo candidato á la carrera militar pruebe antes que su familia se halla en estado de darle una pensión supletoria todos los meses.

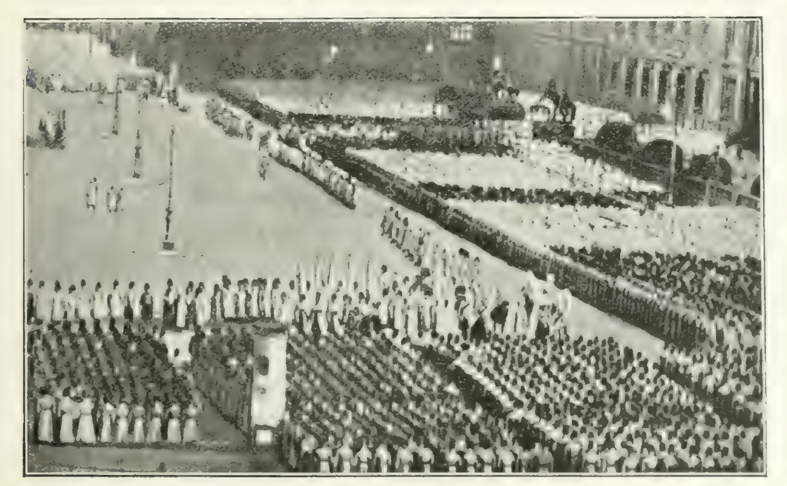


EL KAISER Y SUS HIJOS

Tres cosas debe probar el joven alemán que aspira á ser oficial y vestir «el traje del rey», como dicen en Prusia. Primeramente debe presentar un certificado de sus estudios en el Liceo, que equivalen á nuestro bachillerato. Este testimonio de cultura científica es el de menos importancia. Después debe probar, como ya hemos dicho, que su familia puede darle una pensión. Con esto entra en clase de aspirante en un regimiento escogido por él, y cuyo coronel se digna admitirlo. Durante cinco meses vive como un simple soldado, á no ser que proceda de la Escuela de cadetes, en cuyo caso es nombrado inmediatamente suboficial. Después de los cinco meses, si tiene buenas notas recibe el título de *fahenrich*, ó sea porta-espada, y pasa á la Escuela de Guerra, donde en ocho meses nada más le enseñan los elementos de táctica militar, topografía, fortificaciones, condiciones generales del servicio, código militar y administración del ejército.

Lo único que con predilección le inculca esta enseñanza es el *espíritu militar*, insistiendo especialmente en las reglas de relación entre los oficiales y las ideas del honor y del deber. Cuando sale de la Escuela de Guerra vuelve al regimiento, y el coronel lo presenta á sus futuros compañeros, que forman una especie de tribunal. Si lo desechan por motivos individuales ó de familia, su carrera está terminada y sus estudios resultan inútiles. Si el regimiento lo acepta envía el acta de la votación al emperador. Sólo después de esta tercera prueba el soberano le concede el nombramiento de oficial. Cuando el candidato procede de la clase *selekta*, ó sea de la Escuela de cadetes, en la que reciben su educación los hijos de militares y altos funcionarios, no necesita pasar por la formalidad del voto de los compañeros, y recibe el nombramiento directo del emperador.

Si los aspirantes á oficiales pertenecen á la aristocracia, solicitan la admisión en los mismos regimientos donde sirvieron sus padres y sus abuelos y que conocen de antiguo su nombre. Los regimientos de la Guardia son los más buscados, porque tienen su residencia en Berlín y ofrecen ocasiones de aproximarse al emperador y los mariscales.



UNA GRAN PARADA

Todo individuo de la aristocracia prusiana cree necesario pasar la juventud en el ejército activo, aunque después, al casarse ó al heredar la fortuna paternal, abandone el regimiento, figurando en la reserva. La altiva clase de los junquers ó señores del campo, llamados por los franceses *hoberaux*, proporciona los oficiales de corte y de los regimientos escogidos. Estos hidalgos orgullosos, que dominan socialmente la vida de Prusia y han extendido su influencia á toda Alemania, viven en general con dificultad del producto de sus tierras, agobiados de deudas, envidiándose



LAS MANIOBRAS

El campo de Tempelhof, á las puertas de Berlín, donde pueden evolucionar 20.000 hombres

entre ellos y guardando el mismo espíritu de la época feudal. El único porvenir de sus hijos es el ejército, que reserva todos sus honores y favores á la clase aristocrática.

La burguesía enriquecida tiene como primera aspiración el casar á sus hijas con estos nobles arruinados, llenos de galones y penachos. El oficial lo es todo en la vida alemana. En las ceremonias oficiales el teniente marcha delante de las autoridades civiles más altas. En el acto de la apertura del Reichstag todo diputado que tiene un uniforme de la reserva se lo pone, aunque esto dé un porte ridículo á su desbordante persona. El mismo Bismarck, que sólo había sido militar por unos meses en su juventud, procuraba presentarse siempre con uniforme de general para no tener el aire de un simple abogado ante los individuos del Parlamento.

Los tenientes de origen noble representan el 30 por 100 de la oficialidad alemana. Á igual clase pertenecen el 40 por 100 de los coroneles, el 50 por 100 de los generales de brigada y el 70 por 100 de los generales de división. De los generales en jefe no hay uno solo que no sea noble. Von Kluck, que procede de una familia humilde del campo, no pudo alcanzar los últimos grados hasta que el emperador le concedió un título de nobleza.

Todos los mayorazgos de la aristocracia prusiana entran en la caballería de la Guardia, donde sirven al lado de los hijos y parientes de los pequeños soberanos alemanes. Los hijos del rey de Prusia son tenientes en el 1.er regimiento de la Guardia, de guarnición en Postdam, que sólo se compone de oficiales nobles.

En algunos regimientos cuya oficialidad procede de las ricas provincias del Rhin, los hijos de los opulentos industriales se confunden con los de los propietarios aristócratas. Ciertos cuerpos en los que predominan los herederos de los grandes fabricantes son objeto de burla por parte de los oficiales nobles. El 7.º de hulanos está compuesto de oficiales de dicha procedencia, y en Berlín dicen al hablar de él: «Cada uno de sus tenientes representa diez chimeneas que echan humo.»

Como el oficial debe escoger su regimiento, sometiéndose á la aprobación de los compañeros, que pueden admitirlo ó desecharlo, ciertos cuerpos mantienen



EL KAISER CON SU ESTADO MAYOR EN LAS MANIOBRAS

un espíritu rabiosamente exclusivista, dando entrada solamente á los de reconocida nobleza. El emperador, para hacerse simpático á la burguesía, dispuso que en algunos regimientos de su Guardia pudiese ingresar un número determinado de oficiales sin título nobiliario. Los militares de corte llamaron desdeñosamente á estos oficiales de la *Concesión Schultze,* lo que equivale en nuestra lengua á «concesión de los Pérez ó los López». Al poco tiempo éstos se retiraron voluntariamente de los cuerpos de la Guardia, descorazonados al verse solos entre sus orgullosos camaradas.

En los regimientos de artillería é ingenieros la instrucción de los oficiales es muy superior á la de los que pertenecen á otras armas. Sin embargo, el prestigio, el respeto y la gloria son para la caballería, donde figuran los oficiales más aristocráticos, vistosos é ignorantes. Dentro de la caballería existen gradaciones de consideración, figurando á la cabeza los *regimientos caros*. Para ser oficial de los coraceros de la Guardia hay que disponer de una renta mínima de 20.000 marcos al año, sin la cual resulta imposible alternar con los compañeros de cuerpo. Los húsares, los hulanos y los dragones de la Guardia exigen gastos semejantes. Como regla general, un teniente de los cuerpos escogidos destina el sueldo para el pago de sus botas, y á veces no le basta.



EL PASO DE UN RÍO

Soldados de caballería y de infantería atravesando un río en una barca, llevando de las riendas á los caballos que van á nado

Todos ellos deben poseer varios uniformes y cascos, en flamante estado, para las paradas y bailes de la corte. Además tienen que corresponder á numerosas invitaciones y festejar con banquetes á los camaradas que ingresan en el cuerpo, que se van de él ó que están de paso. Sólo pueden entrar en los restaurants lujosos y ocupar en los teatros asientos de preferencia. Les está prohibido subir en los ómnibus y viajar en los trenes en una clase inferior. Cuando dan propinas, éstas son superiores á las de los paisanos, para marcar con tal generosidad la diferencia de categorías. Tan cuantiosos y crecientes son sus gastos, que el rey de Prusia, sobre su fortuna particular, sirve pensiones secretas á los oficiales de la nobleza reconocidamente pobres.

Guillermo II, veleidoso é incoherente, clama muchas veces contra los gastos exagerados de sus oficiales; pero á continuación se hace invitar por ellos á sus comidas de cuerpo, lo que les obliga á cuantiosos desembolsos, ó reforma sus uniformes con una frecuencia desesperante. El emperador *artista* ha cambiado durante su reinado los modelos de los uniformes ocho veces más que sus predecesores durante 50 años.

En los cuerpos que no son de oficialidad noble, los gastos resultan igualmente exorbitantes. Á ningún oficial le basta la renta de 200 marcos al mes con que debe contar además de su sueldo. De aquí las deudas, los expedientes complicados para adquirir dinero, las luchas entre camaradas, los desafíos y los suicidios.

▫

El suicidio es un accidente ordinario en el ejército alemán. Algunos años ha llegado á tomar proporciones alarmantes.

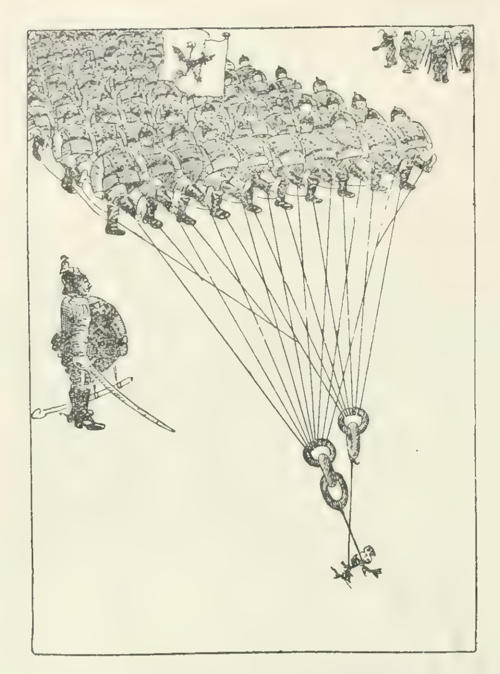
El oficial se suicida cuando por asuntos de dinero se ve comprometido en algo vergonzoso y teme el juicio inexorable de sus compañeros de cuerpo. Pero es especialmente en la clase de tropa donde el suicidio produce mayores estragos.

Ya hemos dicho de qué modo brutal tratan los suboficiales á los reclutas.

—Hay que educarlos como á los caballos—dicen los sargentos alemanes—. No hay que permitir á las bestias ni á los hombres que tomen malas costumbres.

Y consecuentes con esta doctrina, añaden á las penas corporales que hemos descrito otras no menos terribles, obligando á los soldados á trotar horas enteras hasta que caen exánimes; á descender en camisa durante las noches de invierno al patio del cuartel cubierto de nieve; á hacer el ejercicio ante una estufa, al rojo blanco, hasta que se desploman medio asfixiados.

Muchos no ven otro recurso para librarse de estos tormentos que tomar el fusil en el armero, colocarse el cañón en la boca y oprimir el gatillo con un pie. Los que están en las guarniciones inmediatas á la frontera apelan á la deserción.



LA PRIMERA LECCIÓN DEL PASO DE GANSO
(Caricatura del *Sketch*)

El ejército alemán es de todos los ejércitos el que conoce con más frecuencia la fuga de sus soldados. De cada 100 deserciones que ocurren en Europa, 6 corresponden al ejército francés, 15 al italiano, 17 al austro-húngaro y 62 al alemán.

Casi todas las violencias que sufren los reclutas son motivadas por la dificultad que muestran en aprender el famoso paso de parada inventado por el rey-sargento y que el vulgo designa con el burlesco nombre de «paso de ganso», pues imita la marcha de este animal tan amado por los alemanes. «Este paso—dice Huret al describir la vida militar de Alemania—consiste en que los soldados, en vez de marchar simplemente como lo hacemos todos, proyectan enérgicamente la pierna, derecha y rígida, todo lo que pueden hacia adelante, con el busto estirado, los brazos pegados al cuerpo, y la dejan caer después, siempre tendida, golpeando el suelo con la mayor fuerza posible, mientras avanzan en línea, como autómatas grotescos. Los soldados alemanes toman este paso en los desfiles ó simplemente en la calle cada vez que van con el fusil y encuentran á un oficial. Este espectáculo produce una impresión penosa. El hombre visto de tal modo no tiene nada de humano y resulta inconscientemente su propia caricatura. Hay en esta marcha una especie de degradación que repugna á nuestra sensibilidad de seres libres. Tal ejercicio sólo podía ser inventado por un déspota brutal que consideró los hombres como máquinas de obediencia. Los alemanes no comprenden la impresión que sentimos los extranjeros, pero muchos oficiales opinan que debe suprimirse esta gimnástica, humillante y ridícula.»

El pueblo alemán, educado por el militarismo, apenas si se conmueve ante las brutalidades de la enseñanza en el cuartel. Acepta la insolencia del oficial y siente una veneración casi religiosa ante su uniforme. Este sentimiento domina á todos los otros en el alma alemana contemporánea. La nación es más militarista aún que el militar. Escuelas y Universidades propagan el respeto y la admiración al ejército, basando la grandeza de Alemania en la fuerza de las armas. El profesor germánico, pacífico hombre de estudios, de vida sedentaria, se muestra tan belicoso y amigo de la violencia como el teniente más irreflexivo. Los alumnos en las escuelas tienen que cuadrarse lo mismo que los reclutas cada vez que el maestro les dirige la palabra. Los burgueses, después que realizan una pequeña fortuna, buscan casar á sus hijas con oficiales de carrera y conseguir que sus hijos sean oficiales de la reserva. Todos aspiran á poseer un uniforme ó una insignia militar.

—Vivimos en un siglo de oficiales de reserva—dijo un día el socialista Bebel en el Reichstag.

Y los que no pueden ser de la reserva se inscriben en las sociedades para el fomento de la Marina y del Ejército, ó figuran en los belicosos clubs del partido pargermanista.

La masa popular siente igualmente entusiasmo por las organizaciones de guerra.

El socialismo alemán, materialista y positivo, que desconoce los ideales generosos de sus camaradas de otros países, acepta con el mismo entusiasmo que los burgueses la servidumbre militar. Sus periódicos y sus oradores se han quejado en muchas ocasiones de las demasías de los oficiales, pero en el fondo, la masa popular que los sigue participa del fetichismo guerrero del resto del país. Los obreros se acuerdan con placer del regimiento y sin amargura de las violencias sufridas en el cuartel. Por orgullo nacionalista admiran á sus antiguos oficiales, teniéndolos por superiores á los de otros países. Recibieron de ellos injurias y golpes, pero esto no tiene importancia en la vida de un alemán que desde los prime-



EL KAISER QUIERE IMPONER Á LA CIVILIZACIÓN EL PASO DE GANSO
(Caricatura del *Daily Chronicle*)

TALLERES DE MONTAJE Y TORNEADO DE CAÑONES EN LA CASA KRUPP

ros años se acostumbra á los castigos de la escuela. Su fotografía con uniforme la guardan en su casa en lugar preferente, como un título de gloria.

Sólo así se comprende la conducta del socialismo germánico en la presente guerra. Según muchos oficiales, el recluta socialista es el que mejor se pliega á la disciplina del cuartel.

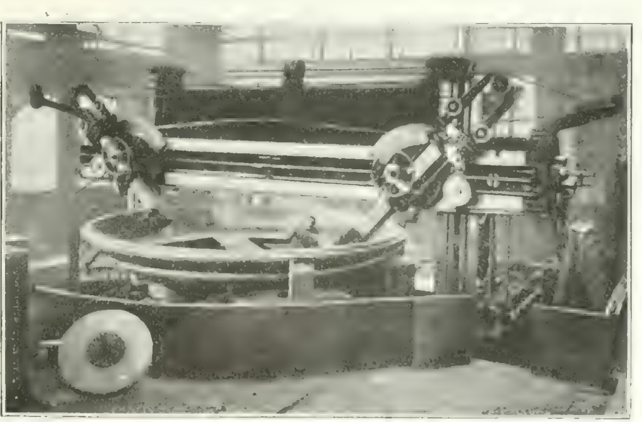
Llega preparado por la disciplina de su partido, que tiene una organización estrecha y una dirección férrea, iguales á las del ejército.

Tres generaciones de Krupp han realizado esta obra industrial, conocida en el mundo entero. El fundador de la dinastía, Federico Krupp, nacido en 1787, fué un humilde cuchillero que estableció un pequeño taller en 1810, con sólo cuatro trabajadores, dedicándose al estudio de la fundición del acero. En 1812 tuvo un hijo, Alfredo, que resultó el verdadero autor de la fortuna y el renombre de la familia. Al morir el padre en 1826, Alfredo Krupp, que sólo tenía 14 años,

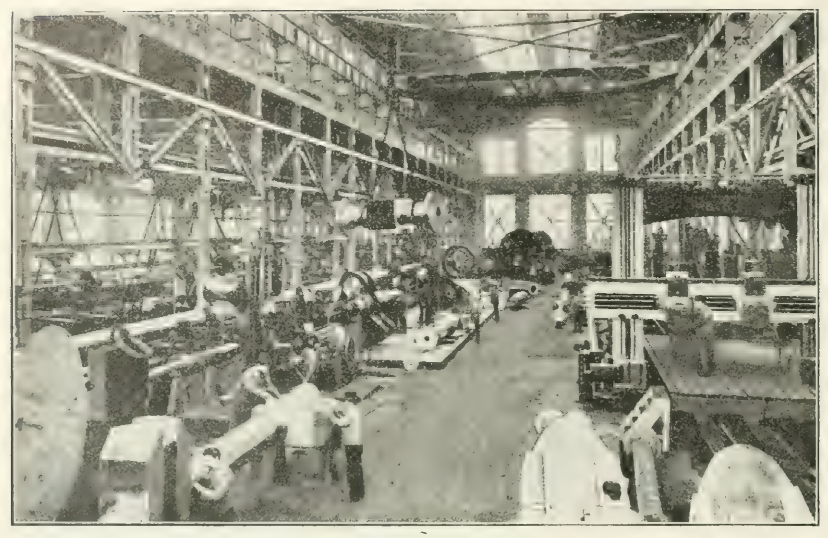
□

El Estado alemán posee numerosas manufacturas de armas. En Spandau (Prusia) se fabrican cañones, proyectiles, pólvoras y cartuchos; en Ingolstandt (Baviera), Siegburgo y Dresde, proyectiles; en Erfurt, Amberg y Solingen, armas blancas; en Suhl y Sommerda, revólvers. La fábrica de Lowen (Berlín) produce pólvoras.

Pero estas manufacturas oficiales pierden su importancia al ser comparadas con un establecimiento particular, el de la casa Krupp, que instaló primeramente sus talleres en Essen, cerca de Duseldorf, y ha ido ensanchando su acción con nuevas y gigantescas fábricas.



TORNO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE TORRES BLINDADAS


TALLERES MECÁNICOS DE LA CASA KRUPP

heredó junto con el modesto taller el secreto de la fundición del acero, que Federico había encontrado después de largos y penosos ensayos.

El joven dedicó su vida entera á la práctica y desenvolvimiento del secreto, ensanchando sus trabajos y sus talleres con una audacia afortunada. Á no ser por el decidido apoyo que le prestaron los bancos alemanes y el gobierno de Prusia, Alfredo Krupp se habría


MONTAJE DE TORRES BLINDADAS

declarado en quiebra muchas veces. En 1847 tenía 100 obreros á sus órdenes, y expuso su primer cañón de acero fundido para proyectiles de tres libras. En la Exposición de Londres de 1851, presentó un bloque de acero fundido de 2.000 kilos, lo que resultaba prodigioso para la industria de entonces. Diez años después empleaba 2.000 obreros y podía exhibir un bloque de 52.000 kilos. En 1902 llegó á fundir un bloque de 80.000 kilos y exhibió una placa de blindaje, la más grande que se ha laminado nunca, con un peso de 106.000 kilos.

El taller de cuatro obreros dirigido por el fundador de la casa, se había convertido un siglo después en una ciudad industrial, con 58.000 empleados divididos de este modo: 53.000 fundidores y mineros y 5.000 ingenieros y oficinistas. Teniendo en cuenta que muchos de ellos son casados, resulta que 250.000 personas viven de los salarios de la casa Krupp.

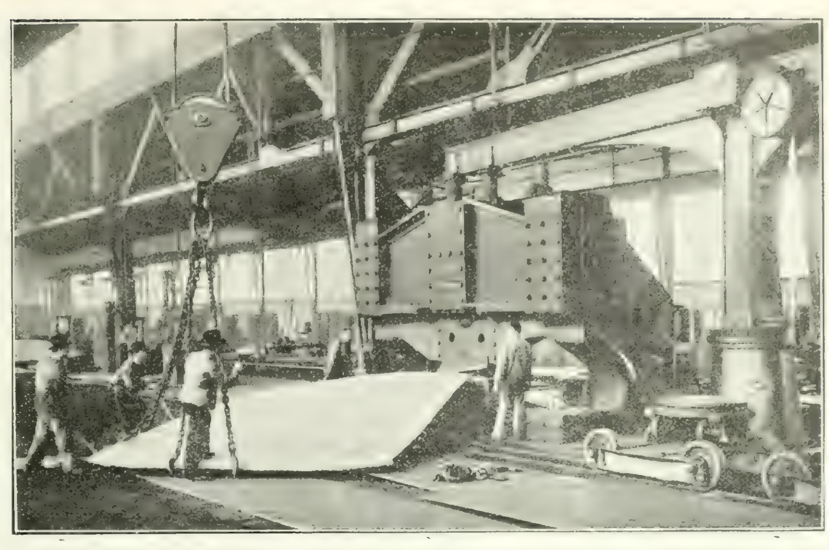
Este enorme establecimiento posee en Essen las principales fundiciones de acero y valiosas minas de carbón. Tiene además en Rheinhausen, en Magdeburgo y en Annen fundiciones de acero y altos hornos y en la bahía de Kiel los astilleros «Germania». La principal fuerza productora está concentrada en los talleres de Essen, que ocupan unas 400 hectáreas; 20.000 caballos de vapor mueven 450 máquinas y 90 martillos-pilones de un peso de 50.000 á 100.000 kilogramos. Hay además 1.500 hornos y 1.600 máquinas de moldear, pulir, etc. Un ferrocarril rodea la extensa fábrica y penetra por vías secundarias en los principales talleres, llevando sus férreos productos á la estación de Borbeck en la gran línea de Colonia. Cien locomotoras pertenecientes á la casa Krupp y más de un millar de vagones aseguran el servicio.

Essen es una ciudad de hollín y de humo donde suena durante el día un ruido ensordecedor. Julio Verne la tomó como modelo para una de sus últimas novelas.

Alfredo Krupp, llamado el «rey de los cañones», tuvo la suerte de encontrar en las cercanías de su fábrica unas minas de carbón que dan el combustible más propio para la metalurgia de toda Alemania. Además la casa Krupp ha adquirido gran-


ALFREDO KRUPP

des yacimientos de mineral en diversas regiones de Alemania y hasta en España. Fabrica cañones de todas clases y calibres, siendo este producto la especialidad del establecimiento, que le ha proporcionado un renombre universal. En ciertos momentos sus talleres han llegado á fabricar á la vez 150 cañones, algunos de ellos de 13.000 kilogramos de peso, que cuestan 100.000 francos la pieza. Además produce placas de blindaje, ruedas de vagones y muchos útiles para la industria.



CIZALLA ELÉCTRICA PARA CORTAR PLANCHAS DE BLINDAJE

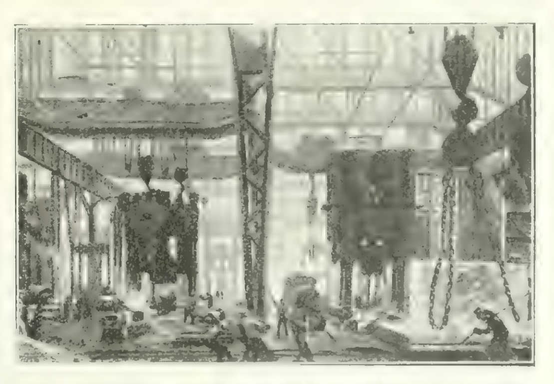
Existen en Europa centros productores más grandes é importantes, pero son obras del esfuerzo y el capital de sociedades anónimas. Essen pertenece á la familia Krupp en su mayor parte, y por esto figura á la cabeza de los establecimientos que dependen de una sola persona.

El edificio más hermoso de Essen es un hotel con salones de ostentoso confort y risueños jardines, que hacen de él un poético oasis en medio del ambiente ensordecedor y sombrío de la ciudad industrial. En este hotel no se admiten viajeros, pues lo reserva Krupp para los representantes y comisionados de las naciones que le encargan material de guerra. El hotel está siempre lleno, y militares de naciones diversas y á veces enemigas viven juntos en un gran lujo pagado por la casa Krupp mientras se fabrican los cañones cuya fundición deben vigilar. Turcos, búlgaros, servios, chinos, japoneses y americanos de las repúblicas latinas son los huéspedes habituales del Hòtel Krupp. Algunos permanecen en Essen dos años ó más esperando que termine la fabricación encargada por sus países y que deben aceptar ellos como técnicos. La generosa casa acude á la amplia satisfacción de todas sus necesidades y procura evitar el aburrimiento de una larga permanencia en Essen enviándolos á sus expensas á dar un paseo por París y Londres.



FEDERICO KRUPP

Alfredo Krupp, el verdadero autor de la prosperidad del establecimiento, murió en 1887, sucediéndole su hijo Federico, último de la dinastía. Fué éste un hombre de gustos tranquilos y poco aficionado á la industria. Sus estudios preferidos eran la geología y la zoología. Amaba la Naturaleza y sentía horror ante el cielo sombrío de Essen, sus nubes de humo y su estrépito ensordecedor. Por esto pasó casi toda su vida bajo el cielo de Italia, en las islas risueñas del golfo de Nápoles, habitadas en otros tiempos por los Césares de la decadencia romana. Los socialistas de Berlín dijeron de él que participaba de los mismos gustos antinaturales de estos personajes monstruosos, y á semejanza de Tiberio vivía en la isla de Capri

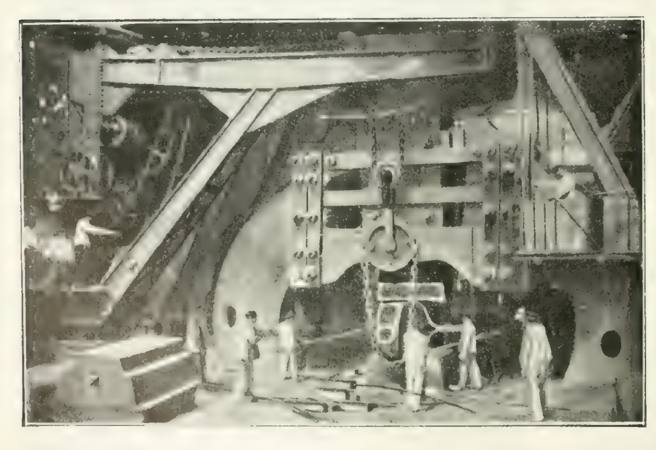


UNA SECCIÓN DE MÁQUINAS

FUNDICIÓN DE BLOQUES DE ACERO EN LA CASA KRUPP

con una corte de efebos. Estas denuncias amargaron los postreros días del último de los Krupp, acelerando su muerte. Muchos de sus amigos han intentado demostrar la falsedad de tales acusaciones. De todos modos, Federico Krupp era una especie de sabio, que por sus gustos sencillos pareció retroceder á los orígenes modestos de su familia. Mostró ideas sociales muy avanzadas, soñando con reconstituir la organización económica de sus talleres para dar una participación directa á los obreros. Pero los rumores escandalosos é infames sobre su condusta acabaron por sumirlo en la misantropía, huyendo del trato de las gentes.

La importancia de la casa Krupp disminuyó durante el período de su apática dirección; pero aun así, á la hora de su muerte el producto neto del establecimiento representaba una renta anual de 12 millones de marcos; un millón por mes. La gran habilidad de su padre Alfredo Krupp fué rodearse de ingenieros de mérito, tanto alemanes como extranjeros, brillante cuerpo de técnicos autor de la importancia de la casa y que todavía la sostiene. Con la muerte de Federico se ha extinguido la descendencia directa de los Krupp. Éste dejó dos hijas, Berta y Bárbara, poseedoras de la mayor parte de las acciones del famoso establecimiento. El matrimonio de las dos jóvenes casi ha revestido la importancia de un negocio de Estado, interviniendo directamente Guillermo II en la designación de los esposos.



EL MARTILLO-PILÓN

El emperador—según las murmuraciones de muchos—posee una parte de las

LAMINADOR DE PLANCHAS DE BLINDAJE

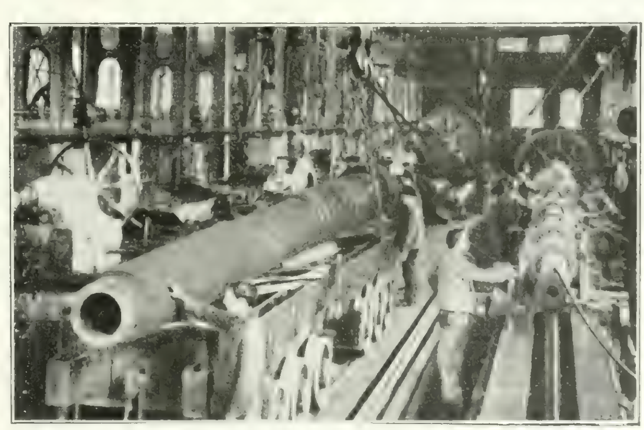
acciones de la casa Krupp, lo que le hace sentir un interés personal por la buena marcha de sus negocios. Hace pocos años, al descubrirse que dicho establecimiento sobornaba á los militares alemanes en las remesas de armas, se produjo grande escándalo, y el prestigio de Guillermo II sufrió algo con esto. Algunos acusados declararon haber aceptado las propinas, sin escrúpulo alguno, por creerlas procedentes del emperador, accionista de la casa.

Un interés nacional hizo que los alemanes se preocupasen del matrimonio de las dos princesas del acero. Había que casarlas con buenos patriotas, entusiastas del Imperio, para que el gran establecimiento no pasase á manos de extranjeros.

El emperador designó á dos hombres de su corte como maridos de las hijas de Krupp y poseedores de sus enormes fortunas. La mayor, Berta, que es la más popular, se casó con el barón de Bohlen-Halback, que ha tomado la dirección del establecimiento. Pero éste ya no parece animado por el espíritu emprendedor y audaz de Alfredo, el «rey de los cañones», y según se dice, empieza á mostrar cierta decadencia.

Sin embargo, las fundiciones de Krupp acaban de obtener un honor extraordinario con motivo de la fabricación de sus morteros de 420. Una Universidad alemana ha manifestado su entusiasmo por dicha obra, confiriendo al marido de Berta, cabeza visible de la firma Krupp, el título de ¡doctor en Derecho!

La sabia Alemania es un país de iniciativas extravagantes cuando desea glorificar la fuerza.



TALLER DE PERFORADO

IX

El espionaje alemán

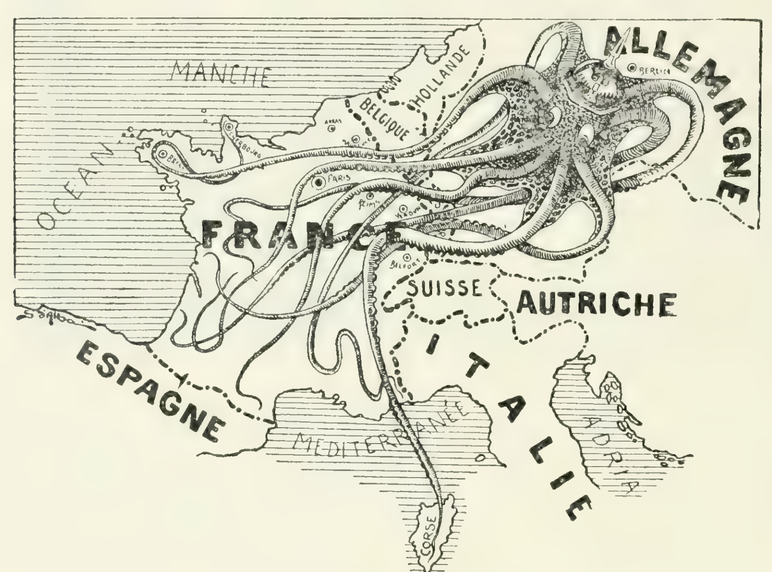
Tiene tanta importancia el espionaje en la organización defensiva y ofensiva del Imperio alemán, que muchos lo titulan la «sexta arma», colocándolo militarmente á continuación de las cuatro armas que constituyen un ejército y de la quinta, de origen reciente, que es la aviación.

La «sexta arma» representa para sus individuos una profesión honorable. Tiene sus héroes glorificados por el entusiasmo patriótico. Su organizador fué el célebre policía Stieber, del que hablaremos más adelante, personaje de malos antecedentes, que casi llegó á conseguir la gloria de un Bismarck ó de un Moltke.

Esta popularidad del polizonte organizador del espionaje, se explica teniendo en cuenta el carácter prusiano, dispuesto por instinto á la vigilancia y la delación.

El espionaje de los alemanes es algo tradicional y figura en su historia casi al mismo nivel que los actos heroicos de sus guerreros.

Federico II se burló siempre con su frío escepticismo de la caballerosidad y confianza de los mariscales franceses, grandes señores empolvados, perfumados y heroicos, que llevaban á los campamentos las costumbres palaciegas de Versalles. El mariscal de Subise, protegido de la Pompadour, le hizo reir muchas veces en el curso de la guerra de los Siete Años.



EL ESPIONAJE ALEMÁN EN FRANCIA

—¡Ese Subise valeroso é imprevisor!—decía Federico—. Tiene veinte cocineros y un solo espía. Yo tengo doscientos espías y un solo cocinero.

Desde los tiempos del Gran Capitán prusiano, el espionaje de los alemanes ha progresado tanto ó más que las piezas de artillería. Hoy el kaiser no tiene doscientos espías, ni doscientos mil; son millones, son toda Alemania, pues no hay en ella un solo individuo que no esté dispuesto por impulso natural á cumplir esta triste función. Repitiendo la conocida frase sobre el ruso que lleva un cosaco dentro de él, puede decirse del buen germano.

—Rascad al alemán y encontraréis el espía.

Es indiscutible que muchos no lo son. Un país no puede ni necesita dedicar todos sus habitantes al espionaje. Además, no siempre se ofrece la oportunidad de averiguar secretos para transmitirlos á las autoridades nacionales. Pero que el azar haga saber á un alemán en tierra extranjera algo que considera importante para su país, y continuará las averiguaciones hasta entregar el secreto á su gobierno

Todos los alemanes no son espías; pero en cada alemán hay un espía que duerme, y sólo necesita la ocasión para despertar y ponerse al trabajo.

Es algo que está en su carácter fundamentalmente; una tendencia que surge en él apenas tiene uso de razón, y perdura á través de las diferencias educativas y de estado social.

Hay que decir en su honor que el espionaje no lo considera como una función deshonrosa. Le inculcaron hace dos siglos que este es un modo de servir á la patria tan noble y digno como empuñar las armas, y se lanza á ser espía con igual entusiasmo que si emprendiese el camino de la gloria.

Cada agrupación étnica tiene su moral, su alma, sus escrúpulos. Nosotros, los llamados latinos, llevamos el fardo de una porción de preocupaciones y delicadezas espirituales que no conocen los buenos germanos, y si alguna vez tropiezan con ellas, provocan su risa como algo arcaico é inútil.

Nosotros creemos en el honor sin interés alguno, en el honor generoso que impone sacrificios, creemos en el carácter sagrado de la palabra empeñada, en el derecho á la libertad y á la independencia que tiene el débil lo mismo que el fuerte, en la necesidad de que subsistan debajo del sol los pequeños pueblos así como los

grandes, del mismo modo que en la vida humana respiran igualmente los iletrados y los inteligentes, los feos y los hermosos, los ricos y los pobres. Tenemos el sentimiento de la mesura, de la armonía, del equilibrio, facultad que aun no poseen ciertos países recién salidos de la barbarie, que todo lo ven con retinas de brutal exageración: «Kolossal, Kolossal.» Sabemos que hasta las ideas más santas deben estar limitadas por las exigencias del honor y de la propia dignidad.

Amamos la patria, estamos dispuestos á dar por ella «vida y hacienda», como el pundonoroso alcalde del drama de Calderón; pero nos reservamos la integridad y pureza del honor, «que es patrimonio del alma... y el alma sólo es de Dios».

Tomaríamos un fusil para defender nuestra tierra, aunque la lucha anunciase un seguro fracaso; pero nos indignaríamos si alguien nos propusiese servirla como espías, oficio bajo y degradante.



UNA CRIADA DE HOTEL
Espía alemana que registra el equipaje de los viajeros

Alemania piensa de distinto modo. Su psicología es otra, y satisfecha de ella quisiera imponerla á los demás pueblos, que considera corrompidos por los refinamientos de una vieja civilización. La moral alemana (no la de la Alemania de Kant, sino la del Imperio de Guillermo II) considera que las cosas más respetables para nosotros no son más que «palabras», que un tratado es un «pedazo de papel», un juramento empeñado una obligación momentánea que puede dejar de cumplirse si así conviene, y el ejercicio del espionaje la mejor ocupación de un buen patriota.

Príncipes de casas reinantes de Alemania se alaban de haber hecho viajes á los países vecinos, abusando de su hospitalidad, sólo por averiguar secretos. Damas germánicas de alta posición aprovechan todos los medios, hasta el del amor, para adquirir noticias que interesan á su país.

El ejemplo viene de arriba en este pueblo regimentado con arreglo á una férrea gradación de castas.

¿Qué no haran, si se ofrece ocasión, el tendero enriquecido, la burguesa ansiosa de distinciones, el pequeño comerciante, el comisionista, todos los que desean imitar á las clases superiores y ven un medio de ennoblecimiento en el trabajo del espía?

□

Existe un espionaje obligatorio del que nada puede decirse mientras perdure la guerra con sus astucias y emboscadas. Es el de los militares. El soldado debe obediencia á sus superiores, y si éstos le ordenan una averiguación en país enemigo, la cumplirá inmediatamente por honor profesional. Todos los ejércitos del mundo imponen tal servicio.



UN VIAJERO ELEGANTE EN LOS BULEVARES DE PARÍS
La sombra revela que es un espía alemán

Todos los pueblos en guerra tienen igualmente espías civiles, pero son individuos de la más baja especie moral, que no hacen gala de sus trabajos, antes bien, los disimulan como algo vergonzoso.

Alemania es el único país del mundo donde el espionaje se aprecia como una gloria, como un servicio patriótico semejante al servicio militar obligatorio, pero más extenso, pues comprende á mujeres y niños.

Antes de que en la guerra actual el Imperio de Alemania atropellase á Bélgica con su inaudita invasión, todos los alemanes residentes en el reino belga, que eran centenares de miles, recibieron de sus cónsules un cuestionario secreto para que lo llenasen, revelando las particularidades de los pueblos en que vivían.



UN MOZO DE CAFÉ
Espía alemán escuchando las conversaciones de los militares
(Del folleto francés «Cómo está organizado el espionaje alemán»)

Los espías obligatorios dicen lo que saben y lo que pueden ver, que muchas veces no es gran cosa. Los espías «de carrera», los ilustrados que se mueven en un plano superior, reciben la ayuda de la



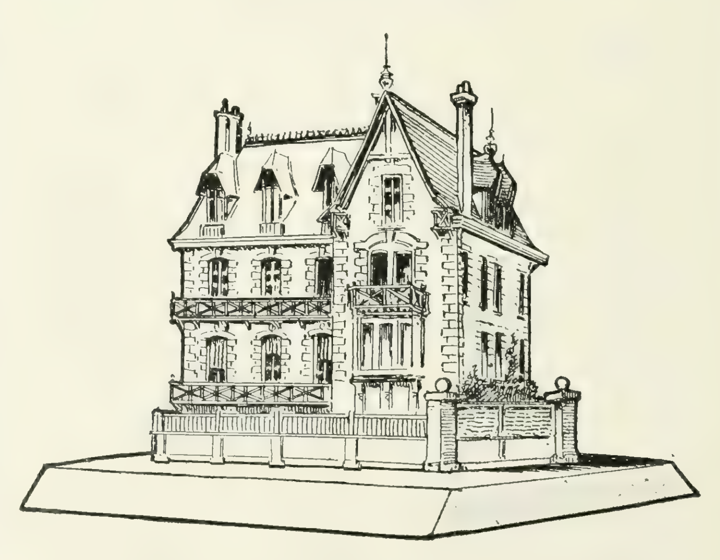
EL ESPIONAJE ALEMÁN PREPARANDO LOS TRABAJOS DE LA ARTILLERÍA (Fot. Meurisse)

Casa de un espía alemán en la Panne (Bélgica), sobre una plataforma de cemento que pudiese servir de emplazamiento á un cañón de gran calibre, una vez derribada la casa. Para destruirla se necesitaron más de cinco cartuchos de dinamita

industria y el comercio de su país establecidos en el extranjero.

La guerra actual ha revelado en muchos pueblos de Bélgica y Francia la solidez y arraigo del espionaje. Al entrar las columnas alemanas en una población, sus jefes estaban tan enterados como la autoridad municipal de todos sus recursos. Era inútil negar la existencia de caballos, víveres y dinero. El invasor sabía dónde estaba cada cosa, como si tuviese un inventario en la mano. Luego los notables del pueblo, al recibir el cariñoso saludo de un alemán uniformado, lo reconocían con asombro. Era *monsieur* Fritz ó *monsieur* Franz, un ingeniero que había vivido años enteros en la población, trabajando en una fábrica; un tendero de bisutería barata, ó un simple rentista establecido en tierra extranjera porque el clima le era más grato que el de su país. Todos buenas personas, que hacían reir con la simplicidad de sus cuentos y chistes, mientras se enteraban inocentemente de las particularidades de la región.

En otros lugares Franz y Fritz habían acabado por ser de la tierra casándose en el pueblo y cambiando de nacionalidad. Hasta se ha dado el caso de que llegaron á concejales en su segunda patria, aspirando



Chalet elegante construído por los espías alemanes en las inmediaciones de una fortificación francesa. El chalet está sobre una sólida plataforma de cemento. Cuando estalla la guerra y avanzan los invasores, éstos destruyen la casa y encuentran lista la plataforma para la colocación de los grandes morteros, que exigen un fuerte basamento.



Dibujo de Federico Villiers, de «The Illustrated London News»

Un convoy de municiones para los aliados, avanza



› hacia Iprés bajo el fuego de la artillería alemana



RUINAS DE LA CASA DEL ESPÍA ALEMÁN VISTAS DESDE EL OTRO LADO (Fot. Meurisse)

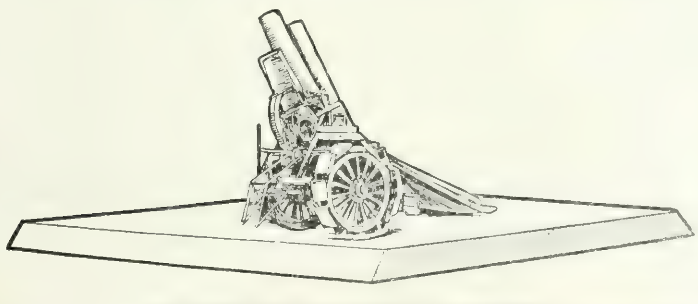
al primer puesto municipal. Desaparecidos poco antes de la invasión, volvieron al frente de ella, «ilustrando» con sus conocimientos á los jefes de las tropas y procediendo con una bondad felinesca contra sus antiguos convecinos.

Los industriales alemanes que ocultos tras del misterio de la sociedad anónima establecieron industrias en Bélgica y Francia, se cuidaron siempre de instalar sus fábricas en puntos estratégicos, indicados de antemano por el Estado Mayor de Berlín. Las plataformas de cemento construídas para sus máquinas han servido luego para los cañones de sitio.

Otros espías levantaron hoteles particulares en las inmediaciones de las plazas fuertes. Nada indicaba exteriormente la solidez de baluarte de estas construcciones lujosas y en apariencia frágiles. Muchas han sido derribadas por la autoridad militar, que adivinó su verdadero objeto. Para destruir algunos de estos hoteles se necesitaron varios cartuchos de dinamita, y aun así quedaron en pie sus miradores.

En el teatro de la guerra el espionaje alemán se vale de los más arriesgados disfraces. La cercanía de las líneas de fuego y su inmovilidad en unas batallas que duran meses, permiten á los habitantes del país, más ó menos escasos, hacer vida común con los que pelean.

Una batería francesa dirige sus disparos contra los enemigos, hábilmente disimulada. Los cañones alemanes, por más que cambian su puntería, no pueden encontrarla. De pronto los artilleros ven aproximarse un pastor con un rebaño de ovejas, ó un labriego que guía dos caballos enganchados al arado. ¡Bucólica aparición que conmueve á los hombres endurecidos por la tarea de matar!... Es la vida que recobra su ritmo á pesar de la guerra; el trabajo que renace desafiando los peligros. La aparición de este valeroso soldado de la agricultura casi hace asomar lágrimas. Los que tienen algunas letras recuerdan el campesino de *La Débâcle*, descrito por Zola, que sigue arando indiferente su campo en medio de la batalla de Sedán.



EL MORTERO EMPLAZADO SOBRE LA PLATAFORMA

(Dibujos del folleto francés «Cómo estaba organizado el espionaje alemán»)

El pastor ó el labriego se detiene unos instantes enfrente mismo de la batería. Los cañones enemigos callan, como si les emocionase



SOSPECHOSOS EXPULSADOS DE FRANCIA

igualmente esta aparición respetable del trabajo. La figura del héroe con su acompañamiento de bestias se destaca visiblemente sobre el horizonte. Luego se aleja con la soñolienta lentitud de los hombres del campo, y apenas desaparece, una lluvia de obuses cae certeramente sobre los franceses. El enemigo sabe ahora adónde apunta. La noble aparición le sirvió para descubrir la batería enmascarada.

Franceses é ingleses han acabado por enterarse de lo que significan tales apariciones, teniendo que fusilar á varios pastores y labriegos. Al comparecer éstos ante el consejo de guerra, quedó probado que eran alemanes, de los muchos que rondan á espaldas de los aliados esperando una oportunidad para entrar en funciones.

□

Stieber, el organizador del espionaje alemán, comenzó su vida pública con las más repugnantes hazañas. Era un abogado obscuro de Berlín y figuró como orador de club durante los sucesos de 1848, predicando las doctrinas socialistas. Al mismo tiempo estaba al servicio de la policía como «agente provocador», haciendo abortar todos los trabajos revolucionarios con sus actos de insensatez y denunciando á los que conspiraban contra la monarquía. Pedía en los clubs el exterminio de la familia real y se avistaba secretamente con Federico Guillermo IV, el monarca predispuesto á la demencia, que sentía cierta predilección por este siniestro y despreciable personaje.

Ansioso de crearse una posición, Stieber apeló á la más infame de las traiciones. Estaba en amores con la hija de un rico fabricante llamado Schoeffel, y como el hermano de ella se oponía á sus planes matrimoniales, el polizonte se desembarazó de él fingiendo un complot contra la monarquía. Schoeffel, que era de ideas avanzadas, tomó parte con sus obreros en una intentona revolucionaria preparada en Silesia por el mismo Stieber. Éste, después de comprometer al fabricante, lo denunció á la policía. Schoeffel fué condenado al encierro en una fortaleza, y el agente provocador se casó con su hermana.

Los cándidos revolucionarios de Berlín tardaron mucho tiempo en enterarse del verdadero carácter de



PENETRACIÓN PACÍFICA

Los espías alemanes que vivían en Francia preparando la gran visita: taberneros, cultivadores, cocineros, apaches y lacayos

(Dibujo de Ricardo Flores. *¡Boches!*, publicación de Paris)



PRISIONEROS ALEMANES

—¡Buenos días, maestro!

¿Maestro?

—¡«Kolossal»!... ¿No me reconoce? Soy Wilhelm Pfistel, su antiguo dependiente que se llamaba Leoncio Boirot.

este abogado ruidoso y enredador, que era el que gritaba más fuerte y pedía resoluciones más atroces desde la tribuna del club establecido en la inmensa sala de «Las tres Águilas». En todos sus discursos virulentos, el miserable personaje reclamaba la abolición del ejército permanente... y de la policía secreta.

Después de la revolución, Stieber se dedicó en absoluto al servicio familiar de Federico Guillermo IV. Este monarca, tío-abuelo del actual emperador, cuya debilidad mental empezaba á manifestarse en aquellos años, gustaba de enterarse hora por hora de la vida íntima de sus hermanos, así del duro Guillermo, «el príncipe Metralla», futuro emperador, como de los otros. Stieber atendió á la satisfacción del placer real con una maestría extraordinaria. Nada escapaba á sus averiguaciones. Un ministro prusiano decía de él: «Todo en Stieber es de policía: hasta el nombre.» Stieber significa en alemán «rebuscador».

«Todas las mañanas—dice Paul Lanoir en su libro *El espionaje alemán*—Stieber se presentaba al rey con varios pliegos cerrados que contenían una relación de lo que habían hecho el día anterior cada uno de los príncipes. En lo relativo al príncipe Adalberto, las noticias del confidente eran breves. Su Alteza se había retirado muy pronto á sus habitaciones en la noche anterior para trabajar á puerta cerrada. Luego, por la mañana, el ayudante había ido en busca del médico, y al salir éste de la alcoba principesca decía á un amigo: «¡Pero este puerco se emborracha todas las noches!»



—Ya hemos visto lo que sabes hacer: incendiar y destruir casas. ¿Qué eras cuando residías en Francia?

—Agente de una compañía de seguros contra incendios.

»El rey guardaba la nota en un bolsillo de su uniforme y abría el segundo pliego relativo al príncipe Carlos.

»—Éste no pasa el tiempo en la bodega—decía el monarca.

»—No, majestad—contestaba Stieber—. Pero necesito menos tiempo para contar las bajadas á la bodega de su Alteza Adalberto, que para seguir á su Alteza el príncipe Carlos en sus diversas y múltiples... alcobas.»



El soldado francés. Espera que me oriente; no conozco estos caminos.

El prisionero alemán.—Yo te serviré de guía. He vivido aquí diez años.

Esta policía doméstica de intrigas y vicios palaciegos resultaba estrecha para Stieber, y en 1854 consiguió autorización del rey para extender su servicio secreto al exterior, viajando por Austria y Francia, los dos países que años después habían de ser atacados por Prusia. El gran espía comenzó sus trabajos de información en el suelo francés diez y seis años antes de la guerra. Tan interesantes fueron aquéllos, que el Parlamento prusiano votó un crédito de 80.000 thalers (305.000 francos) «para asegurar al Estado los beneficios de una información útil».

La primera expedición de Stieber sirvió de fundamento á los trabajos de espionaje que prepararon años después las campañas coronadas por los triunfos de Sadowa y Sedán.

Mientras Prusia fué gobernada por el ministerio reaccionario de Manteuffel, los asuntos de Stieber marcharon bien; pero al ocupar el gobierno el príncipe de Hohenlohe (padre del candidato al trono de España que sirvió de pretexto á la guerra de 1870), el policía se vió privado de recursos.

Los liberales de Prusia eran enemigos de los trabajos policíacos, y el nuevo gobierno quería evitarse la impopularidad de su predecesor, aficionado á valerse de los esbirros. Stieber, al verse sin ocupación, se puso al servi-



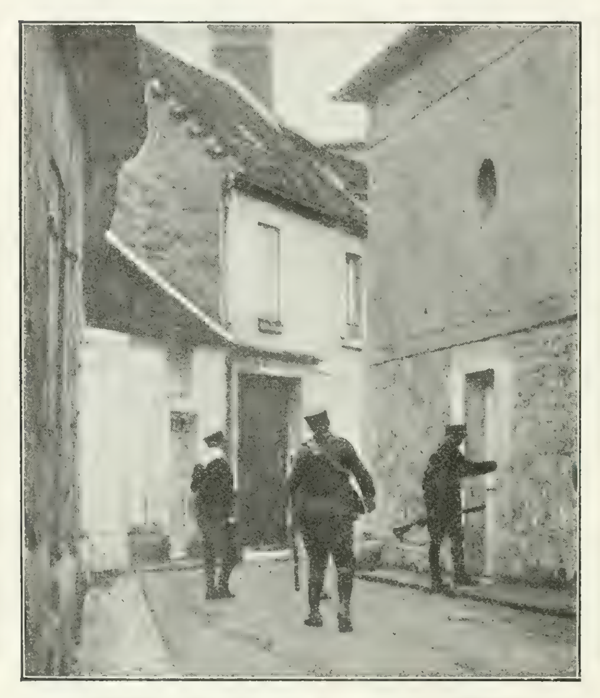
—¿Dices que te gusta mucho Francia?

—¡Ya lo creo! ¡Como que me he pasado en ella más de veinte anos!

(Caricaturas de Henriot de la *Ilustración* de París.)

cio de Rusia, que lo ocupó en perseguir á los revolucionarios polacos. Además la corte de San Petersburgo le confirió el encargo de vigilar á una princesa célebre por sus imprudencias amorosas, y el policía se dió tan buena maña, que al poco tiempo había comprometido con sus averiguaciones á la princesa y todos sus amantes, al príncipe y todos sus amigos, teniéndolos á su disposición, por miedo á las revelaciones escandalosas.

Cuando Bismarck fué nombrado primer ministro de Prusia, Stieber regresó á Berlín, viendo en el enérgico estadista el amo deseado. Un escritor venal al servicio del gobierno, el director de la *Gaceta de la Alemania del Norte,* conocido con el apodo de «el gran reptil», hizo la presentación. Bismarck conocía los servicios secretos prestados en Rusia por Stieber, y lo consideró necesario para la política agresiva que pensaba realizar. Pero al mismo tiempo se dió cuenta de que la opinión del país se sublevaría al ver á Stieber en un cargo público, pues el antiguo jefe de la policía de Berlín gozaba en Prusia de una terrible impopularidad, especialmente entre los liberales. Por esta razón Bismarck le dió una misión secreta enviándole á ejercer el espionaje en Austria.



EN BUSCA DE UN ESPÍA

El ministro y el polizonte se comprendieron y se completaron. Una íntima colaboración unió á estos dos hombres hasta el momento de su muerte. Bismarck fué un invasor de pueblos, y Stieber el más peligroso y tenaz preparador de invasiones que se ha conocido.

Durante dos años, de 1864 á 1866, el polizonte recorrió la Bohemia colocando sus espías como jalones en el camino que había de seguir el ejército prusiano de Berlín á Praga y Sadowa, volviendo por la Moravia. Experto en astucias y disfraces, fué de pueblo en pueblo y de feria en feria ejerciendo las profesiones de fotógrafo, saltimbanqui, vendedor de figurillas de yeso, objetos religiosos y estampas pornográficas. Durante estos dos años de vida errante estudió el terreno y sus pobladores, estableciendo los agentes á su servicio. Algunas veces este trabajo le puso en peligro de perder la vida. En una posada de Bohemia donde se había presentado como vendedor de pañuelos vistosos, algunos de los parroquianos que bebían en el comedor lo reconocieron al verle sentado ante la chimenea, con aire de distracción, pero prestando oído atento á todas las conversaciones.

—¡Es Stieber, el antiguo jefe de la policía prusiana!...

Su impopularidad había llegado hasta los países austriacos, y bastó que sonase su nombre para que al momento todos los bohemios reunidos en la posada cayesen sobre el falso vendedor, dándole una terrible paliza. La presencia del burgomaestre le salvó la vida, y en un estado lamentable fué conducido al día siguiente hasta la frontera.

Bismarck apreciaba mucho los informes recogidos por Stieber, y cuando en Junio de 1866 declaró la guerra al Imperio austriaco, hizo llamar al policía, que estaba reponiendo su salud en un establecimiento á orillas del Rhin, dándole el título de «jefe de la policía de campaña» é incorporándolo al ejército.

El rey Guillermo mostró cierta extrañeza al firmar su nombramiento.

—Majestad—dijo el ministro—, Stieber es el «rey de los espías».

Todos los jefes prusianos que tomaron parte en la rápida campaña de Bohemia, lo mismo Guillermo I que el malhumorado Moltke y los demás generales, manifestaron públicamente su admiración por los trabajos preparatorios de Stieber. Los periódicos de la época—incluso los periódicos franceses que no podían adivinar el porvenir—hablaron con asombro de los importantes servicios que un solo hombre había prestado á todo un ejército. Por primera vez se revelaba el espionaje en una forma pública y casi gloriosa. Stieber había recorrido con varios meses de anticipación el teatro de la guerra, estudiándolo en todos sus detalles, apreciando los puntos estratégicos, estableciendo en el país espías, á los que llamaba «inteligencias» y que permanecían en su sitio para salir oportunamente al encuentro de los invasores.



EL ESPÍA ALEMÁN DISFRAZADO DE PASTOR

(Dibujo de Poyo)



SOLDADOS FRANCESES PERSIGUIENDO Á UN ESPÍA

En cada población donde el ejército prusiano debía hacer alto, estos agentes habían marcado con un signo misterioso las casas que podían servir de alojamiento á los generales y su Estado Mayor. Un falso campesino con blusa y zuecos, que era uno de los hombres de Stieber hábilmente disfrazado, marchaba al frente de las tropas invasoras. Antes de entrar en la población se hacía atar las manos por los soldados de la vanguardia y éstos aparentaban llevarlo preso, entre insultos, amenazas y aparatosos golpes. De este modo el fingido prisionero al pasar ante las casas iba dando sus indicaciones al jefe de la vanguardia y marcaba el carácter y opiniones de los principales habitantes, así como los depósitos de víveres y forrajes.

Moltke, sobrio en elogios y siempre taciturno, no pudo ocultar su satisfacción ante la puntualidad y el método con que los espías facilitaban sus informes. Al atravesar Braunn, capital de la Moravia, el célebre estratega rompió su mutismo para decir á Bismarck:

—Si es el joven Stieber el que ha organizado esto, hay que confesar que lo ha hecho bien, muy bien.

El *joven* Stieber tenía en aquel entonces cuarenta y ocho años.

Guillermo I quiso expresar personalmente su reconocimiento á este hombre, y conservándolo en las funciones de jefe de la policía de campaña, le confirió al mismo tiempo el título de gobernador de la capital de la Moravia. El antiguo esbirro despreciado por toda Prusia, y cuyo trato evitaban muchos oficiales, obtuvo con dicho nombramiento los honores y la autoridad de un jefe de cuerpo de ejército.

Al volver los prusianos victoriosos á Berlín, Stieber no quedó olvidado en la distribución de empleos, cruces y recompensas. El rey le dió el título de *Geheim Roth* (Consejero íntimo) y el puesto de director de la alta policía del Estado. El triunfo de Sadowa convirtió en ministro al vagabundo de los caminos de Bohemia. Este rápido cambio transformó la personalidad del polizonte Al verse hecho un personaje, se mostró menos violento, deseando que los liberales y demócratas olvidasen sus antiguas felonías. Los periódicos alabaron los altos hechos «del incomparable policía» presentándolo como un héroe patriótico. Los prusianos, admiradores instintivos del espionaje, comenzaron á sentir entusiasmo por este hombre que diez años antes se dedicaba á fingir conspiraciones y á descubrir y publicar secretos de familia.

Stieber, que se había unido lo más posible á su protector Bismark y conocía sus planes futuros, propuso á éste, en Septiembre de 1866, un gran proyecto de organización del espionaje en Francia. «Este servicio—dijo el policía al Canciller—debe hacerse sobre las mismas bases que el de la campaña de Bohemia, pero con más método, más prudencia y mayor amplitud.» Para esto pidió á su amo carta blanca en lo referente á los gastos, y Bismarck hizo que el Reichstag votase en el presupuesto una partida de 1.300.000 francos «destinado á asegurar al Estado un servicio útil de informaciones».

Abandonando Stieber temporalmente los asuntos de la policía interior de Prusia, se dirigió á Francia con dos de sus acólitos, el polaco Zerniki y el badense Kaltenbach, que le secundaron en sus trabajos preparatorios de la campaña de 1870.

Esta vez el espía prusiano no fué disfrazado de vagabundo lo mismo que en Bohemia, pues viajó como un rico personaje, con sus dos ayudantes que hacían oficio de secretarios. Otros agentes les seguían á distancia, siendo portadores del equipaje y documentos, especialmente de una maleta famosa que guardaba una gran colección de pelucas y barbas postizas empleadas por el jefe en sus continuos disfraces.

Quedaban en Francia muchos espías establecidos por Stieber en su primer viaje, y el célebre policía hizo restablecer la comunicación entre ellos, aumentando su número. El espionaje prusiano contaba con 1.850 individuos en los 15 departamentos de Francia que iban á ser objeto de la invasión. Estos espías, organizados militarmente, obedecían á un jefe



ESPÍAS DETENIDOS EN EL NORTE DE FRANCIA

por departamento. Cuatro inspectores regionales recogían sus informes en continuos viajes para entregárselos á Stieber, que hacía de ellos un resumen destinado á Bismarck.

En cuatro viajes circulares, de 1866 á 1869, el policía aumentó considerablemente las fuerzas del espionaje. Á petición suya el gobierno prusiano le fué enviando los siguientes refuerzos:

Cinco mil cultivadores alemanes, horticultores, viticultores ó simples labriegos, que estaban destinados al espionaje en los campos. Stieber anunció que estos obreros agrícolas serían bien recibidos en Francia, «pues los labradores prusianos gozaban la reputación de ser activos y sumisos; pero había que observar una gran prudencia en su envío, haciéndoles emprender el viaje uno á uno, ó cuando más dos á dos».



EL ESPIONAJE ALEMÁN EN BÉLGICA

Espías detenidos en una playa de Bélgica y conducidos á Ipres donde serán juzgados

Nueve mil domésticas, viudas ó solteras con preferencia, para servir en los cafés, restaurants, cervecerías y hoteles.

Doscientas criadas de buen aspecto y cierta instrucción para ser colocadas en las casas de oficiales, abogados, magistrados y médicos, que las recibirían fácilmente, ya que sin gasto alguno podían enseñar el alemán á sus hijos.

Setecientos sub-oficiales retirados, que su ayudante Zerniki se comprometía á colocar como viajantes en casas de comercio y fábricas francesas, pudiendo servir, sin gasto alguno, en sus viajes comerciales como intermediarios entre los espías de puesto fijo.

Cuarenta y seis prusianas «jóvenes y hermosas», que según Zerniki debían servir como alegres criadas en las cantinas de las guarniciones francesas del Este. «Escogiéndolas bien—decía este espía en su petición—tendremos excelentes indicadoras que nos darán útiles informes cada vez que vaya á visitarlas uno de nuestros hombres, fingiendo que es de su familia.»

Con esta nueva organización el número de los espías en los departamentos franceses del Este llegó á ser de 14.000, abarcando los campos, las casas de la burguesía, los establecimientos públicos de las ciudades y los alrededores de los cuarteles. Además de estos espías de puesto fijo, Stieber organizó un cuerpo de policía secreta compuesto de 20.000 hombres que había de esparcirse cuando llegase la guerra en todos los caminos de Francia que conducían á París, repitiendo la misma táctica empleada en Bohemia.

Cuando el rey de Prusia hizo un viaje á París en 1867 con motivo de la primera Exposición Universal, Stieber figuró públicamente en la regia comitiva. Las fiestas eran en honor del emperador de Rusia y del rey Guillermo. Este último llevaba con él á sus dos gloriosos colaboradores, Moltke y Bismarck. El Canciller invitó á Stieber para que con toda la importancia de un personaje se pusiera en contacto con la imprevisora policía francesa.

El gran espía llegó á París el 5 de Junio en el tren real, formando parte del séquito prusiano, y pocos minutos después se enteraba por uno de sus hombres de que los emigrados polacos residentes en la capital francesa habían tramado el asesinato del emperador de Rusia. El mismo Stieber, hábilmente disfrazado, asistió á una reunión de los conspiradores. Él y Bismarck deliberaron sobre la conveniencia de impedir ó tolerar el atentado. No les convenía que muriese el zar Alejandro II, pero era oportuno para la política de Prusia que el soberano ruso fuese objeto de un atentado en París. Esto le enemistaría con Francia, por no haber sabido el gobierno cuidar de su seguridad. Además la opinión republicana de París haría alguna manifestación en favor de los polacos.

Al día siguiente, 6 de Junio, Bolislas Berezowski, un joven revolucionario de buena fe que se había ofrecido á sus compañeros para matar al soberano de Rusia, fué á situarse en los Campos Elíseos por don-

de había de pasar el imperial cortejo. Berezowski estaba en la primera fila de curiosos, rodeado de un grupo de conspiradores. Tres de éstos, «sus mejores amigos», eran agentes de Stieber que estaban á ambos lados de él y á sus espaldas. Al pasar el primer carruaje con Napoleón III y Alejandro II, Berezowski sacó el revólver é hizo fuego por tres veces contra el soberano ruso. Indudablemente lo hubiese matado, pues el polaco avanzó resueltamente, disparando el último tiro casi á quemarropa. Pero al hacer los dos primeros disparos, «sus íntimos amigos» lo empujaron imperceptiblemente, desviando su puntería, y en el tercero uno de los agentes de Stieber tuvo que darle un puñetazo en el brazo tendido para impedir la muerte del zar, que era segura.

Estos mismos agentes, fingiendo gran indignación, cubrieron con sus cuerpos al polaco para que no lo linchase la muchedumbre indignada.

Berezowski había querido vengar á Polonia, su patria, oprimida por el zarismo, y gran parte de la opinión francesa se manifestó en favor de él. El jurado acordó al polaco varias circunstancias atenuantes, molestando su veredicto profundamente á Alejandro II. Esto es lo que buscaban Bismarck y Stieber al no impedir el atentado, procurando al mismo tiempo salvar la vida del emperador de Rusia. Napoleón III, que contaba con la alianza del zar, se vió separado de éste para siempre por el acto de Berezowski. Stieber quedó satisfecho de su maniobra policiaca, tramada y realizada en pleno París.



LOS SIGNOS DEL ESPIONAJE ALEMÁN EN EL CAMPO

OFICIALES FRANCESES DESCIFRANDO LOS JEROGLÍFICOS DE LOS ESPÍAS ALEMANES

Desde los comienzos de la guerra llamó la atención el gran número de extraños dibujos trazados en los muros de las viviendas campestres de Francia. Después de varias observaciones se acabó por descubrir que se trataba de un sistema completo de comunicaciones secretas inventado por los espías alemanes. Se concreta en este caso á la dirección en que aparece dibujada la vaca y la posición de la cola y las orejas. He aquí algunas explicaciones de las figuras: 1. Enemigos á los dos lados del camino.—2. Camino débilmente defendido.—3, 5 y 8. Reconoced con aeroplano.—4 y 10. El enemigo descansa.—6 y 7. Enemigo en acción.—9. Enemigo en el fondo del valle. (De *L'Europe anti-Prussienne*)

Cuando el 31 de Julio de 1870 salió de Berlín el primer tren de invasión ocupado por Moltke y el gran cuartel general, Stieber iba en él con dos de sus ayudantes, Zerniki y Kaltenbach. Su misión era dirigir el funcionamiento de los espías establecidos en Francia y reclutar otros sobre el terreno, provocando la traición por todas partes.

Treinta y cinco mil espías de nacionalidad germánica y diverso sexo estaban á las órdenes de Stieber, que actuaba como el general en jefe de una nueva arma. Por primera vez en la historia de las guerras se vió el espionaje honrado públicamente, organizado con un método científico y puesto al servicio directo y constante del ejército combatiente.

El antiguo esbirro doméstico de la corte de Prusia estaba orgulloso de su grandeza. Él mismo cuenta en sus Memorias con qué altivez hablaba á los oficiales de Moltke.

Bismarck, que iba entre los invasores con todo el personal del ministerio de Negocios Extranjeros, formando un Estado Mayor diplomático, convidó á Stieber á comer en uno de sus alojamientos franceses. El Canciller, falto de trabajo por el momento y en espera de una victoria indudable, vivía fraternalmente con sus subalternos. Él mismo hacía el café después de las comidas y circulaba en torno de la mesa para llenar las tazas, acogiendo con una satisfacción pueril los elogios á la habilidad con que sabía confeccionar este brevaje.

Un oficial del gran Estado Mayor, al comentar los

triunfos obtenidos, dijo con orgullo: «Nuestro ejército es invencible.»

Stieber se levantó furioso, respondiendo al oficial:

—Decid *nuestros* ejércitos. El ejército combatiente del cual sois los jefes llega detrás de vosotros. En cambio hace muchos meses que el *mío* ocupa las posiciones de que se ha apoderado en silencio y en las cuales sin un fusil, sin ruido alguno, cumple una misión cuyo peligro y cuya importancia ni vosotros ni el general en jefe podrán discutir.

«El Canciller —dice Stieber en sus Memorias—, que estaba en aquel momento con la cafetera en la mano derecha, dió la vuelta en torno de la mesa para venir hasta mí, y sin decir una palabra fijó sus ojos en los míos, me tendió bien abierta su mano izquierda, que yo estreché fuertemente con mis dos manos.»

Este fué el momento culminante en la carrera del gran esbirro. Bismarck lo acogía en público, como colaborador, reconociendo sus servicios. Los estrategas de Moltke aceptaban en silencio los alardes de su pretendida superioridad.

Cuando á principios de Septiembre el rey Guillermo con su Estado Mayor y Bismarck con su séquito diplomático se establecieron en Reims, Stieber envió á Versalles á su teniente Zerniki para que preparase la entrada del soberano en esta última ciudad.

Zerniki, burlando á las autoridades francesas, realizó todos los trabajos preparatorios para que al llegar los prusianos á Versalles estuviesen prontos los acuartelamientos de las tropas y los alojamientos de los personajes.

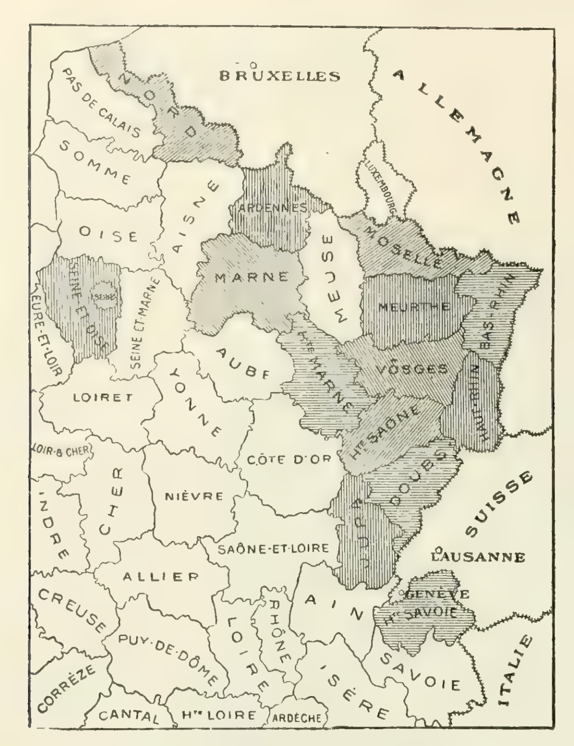
UNA PATRULLA INGLESA PERSIGUIENDO Á UN ESPÍA ALEMÁN QUE UTILIZABA SU TELÉGRAFO DE CAMPAÑA

(Dibujo de H. W. Koekkoek, de *The Illustrated London News*)

Hizo todavía más, pues reunió 9.000 espías de los que habían trabajado en los departamentos invadidos y que estaban ahora sin ocupación. Esta masa de gente con trajes civiles se formó el 5 de Octubre ante el palacio de Versalles lanzando entusiastas vivas al llegar el rey Guillermo y su hijo el príncipe Fritz. Todos participaron de la ovación, Bismarck, Moltke, Roon y el mismo Stieber. Los que ignoraban tales maquinaciones no podían explicarse cómo una masa popular aclamaba con entusiasmo á sus invasores. Stieber lanzó telegramas á la prensa del mundo entero afirmando que la muchedumbre francesa había saludado con sus *¡hurras!* al rey de Prusia en las calles de Versalles.

El policía con sus ayudantes se estableció en un hotel del bulevar du Roi, y de este centro de espionaje partieron los emisarios secretos que propalaban el pánico en los departamentos y se entendían con los agentes ocultos dentro de París.

Cuando Julio Favre llegó á Versalles en el mes de Enero de 1871 como representante del gobierno de la Defensa Nacional para tratar con el Canciller, éste lo alojó en la casa del bulevar du Roi. Favre no llegó á sospechar que estaba instalado en el centro del espionaje alemán, y que debajo de su dormitorio funcionaban las oficinas de la policía de campaña. Un ayuda de cámara algo viejo y de aspecto torpe, le sirvió con humildad durante su permanencia en Versalles. Este criado le despertaba por las mañanas, le servía el desayuno, cepillaba sus ropas. Sólo mucho tiempo después supo Julio Favre que el ayuda de cá-



LOS QUINCE DEPARTAMENTOS DE FRANCIA EN LOS QUE INSTALÓ STIEBER SU ESPIONAJE ANTES DE 1870

mara era el mismo Stieber, ministro de policía de Prusia y solemne personaje, que no había querido ceder á sus subordinados el honor de registrar los bolsillos del tribuno, leer sus papeles y espiar todos sus actos.

Después de la guerra, Stieber volvió á Berlín cargado de honores, de oro y de cruces. Durante cuatro años permaneció inactivo, pues la nueva Alemania, orgullosa de sus victorias, no creía en la posibilidad de otra guerra.

Cuando en 1875 Bismarck quiso consumar el aplastamiento de Francia tropezando inmediatamente con la oposición y la amenaza de Rusia, el Imperio germánico pensó en la preparación de una futura campaña franco-alemana.

Stieber reanudó sus trabajos en Marzo de 1875, sometiendo al Canciller un proyecto de reorganización de los servicios de espionaje.

Este proyecto se llevó á la práctica con arreglo á sus indicaciones, organizándose el espionaje alemán tal como ha venido funcionando hasta 1914. Inútil es decir que el servicio fué agrandado enormemente hasta el punto de convertirse en «kolossal», como todas las obras de la Alemania moderna. El espionaje de 1870 resultaba ínfimo comparado con el que reorganizó Stieber cinco años después.

El gobierno alemán dedicó 20 millones por año á los gastos de espionaje, que sólo habían ascendido hasta entonces á 1.300.000 francos.

Un diputado del Reichstag perteneciente al grupo del «centro católico» que se lamentaba de la enormidad de dichos gastos, recibió esta respuesta de Stieber:

—¿De qué os quejáis?... Es una excelente colocación del dinero, pues producirá el mil por uno cuando hagamos otra vez la guerra á Francia.

Stieber exigió la supresión absoluta del elemento militar en el servicio del espionaje. Éste sólo debía ser desempeñado por elementos civiles, sometidos á la dirección central establecida en Berlín. El número de inspecciones generales ó subdirecciones quedaba reducido á tres, estableciéndose dos en Lausana y Ginebra para vigilar los departamentos del Este de Francia al amparo de la neutralidad suiza, y la tercera en Bruselas, para extender el espionaje por toda Bélgica englobando en sus trabajos los departamentos franceses del Norte.

El personal fué aumentado considerablemente. Se nombraron 25.000 agentes *de puesto fijo* encargados de recoger noticias y consignarlas en informes secretos. Estos agentes, según su importancia y habilidad, debían entenderse con el jefe de la región ó directamente con las inspecciones generales. Al principio los espías eran todos de origen alemán, pero como esto daba cierta facilidad al contra-espionaje francés para descubrirlos, Stieber juzgó prudente reemplazar un gran número (más de 10.000) por suizos y belgas. De este modo, cuando las autoridades francesas llegaban á sospechar de algún pequeño comerciante en vista de sus manejos, los mismos vecinos salían cándidamente en su defensa, afirmando que no era alemán, sino ciudadano suizo ó belga.

Un cuerpo de revisores volantes vigilaba á estos agentes, transmitiéndoles las instrucciones centrales y recibiendo sus informes. Á partir de 1906, como el gobierno francés ejer-



COMPARACIÓN ENTRE EL ESPIONAJE DE LA PRIMERA Y SEGUNDA GUERRA FRANCO-ALEMANA.

Del folleto francés «Cómo estaba organizado el espionaje alemán»)



DEPARTAMENTOS DE FRANCIA INVADIDOS POR LOS ALEMANES EN 1870 Y PARTE DE TERRITORIO QUE SE CEDIÓ Á ALEMANIA

ció una gran vigilancia en el servicio de correos para sorprender la correspondencia de los espías, estos viajantes circularon incesantemente por las líneas de ferrocarril, recogiendo directamente la correspondencia de manos de los agentes que salían á las estaciones para dársela en propia mano.

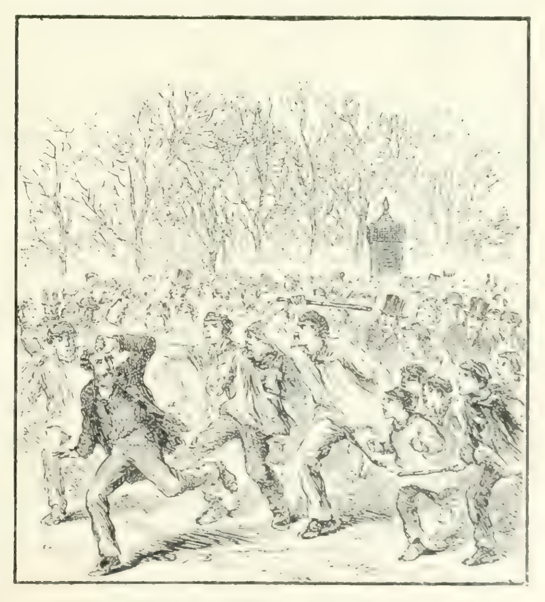
Los inspectores regionales que aseguraban la marcha del servicio, obedecían á los subdirectores de las tres circunscripciones mencionadas, y éstos, á su vez, dependían del director general, que relacionaba y centralizaba los informes remitiéndolos al Estado Mayor.

Nunca se ha podido conocer la cifra exacta del personal dedicado al espionaje; pero debe ser enorme á juzgar por los gastos; tal vez triple ó cuádruple que en 1870.

Este personal ha sido reclutado en las diversas clases sociales, lo que le permite extender sus investigaciones á todas las esferas. Los más de los espías establecen pequeños comercios que casi siempre les proporcionan pérdidas, pero la dirección de Berlín se encarga de equilibrar su presupuesto y atiende á su manutención.

El gobierno alemán, á pesar de su interés en dar á este servicio un carácter secreto, ha hablado muchas veces de él públicamente. M. Putkammer, ministro alemán del Interior, dijo en plena Cámara al pedir nuevos fondos para el servicio de espionaje:

«No hay que perder de vista que nuestros agentes deben en todas ocasiones, al moverse en su centro de acción, inspirar confianza é imponerla por los signos exteriores de su vida burguesa. Deben también adquirirla por generosidades oportunas, siendo útiles á los centros, grupos y sociedades de todas clases, en cuyo interior trabajan. Esto les da una fuerte situación moral y hace que en la localidad donde viven sean bien recibidos y bien vistos por todos sus conve-



UN ESPÍA PRUSIANO DESCUBIERTO Y PERSEGUIDO POR LAS CALLES DE PARÍS EN 1870

(Grabado de la época.)



FUSILAMIENTO DE UN ESPÍA

cinos, pudiendo de tal modo proporcionarnos valiosos informes.

»Aunque reconozco que es oportuno limitar en cuanto sea posible la cifra de los gastos exteriores de nuestros agentes, resulta sin embargo preciso darles la regularidad absoluta de que las insuficiencias del comercio á que se dedican para justificar su vida en la localidad, serán remediadas siempre por nosotros con fondos del capítulo de gastos generales.»

Todas las clases han sido invadidas por el espionaje alemán. Resulta infinita la variedad de las personas que trabajan en él y durante largos años han vivido en Francia laborando á todas horas contra la seguridad del país: obreros colocados en los arsenales y fábricas de armas, labriegos instalados en las regiones fortificadas, criadas de cervecería y de taberna en contacto con el personal de las guarniciones, viajeros con aire de artista estudiando los caminos y los campos, aventureras con aspecto de grandes señoras, burguesas novelescas deseosas de ganar dinero, grandes damas auténticas buscando por medio de las subvenciones alemanas sostener una vida de acuerdo con su gran nombre, oficiales arrojados del ejército, financieros en ruina, institutrices, niñeras, mozos de café, gerentes de hotel, aventureros ostentosos de obscuro origen, y grandes señores extranjeros. Estos nobles personajes venidos á menos que sirven á Alemania en el gran mundo, le cuestan á la dirección de Berlín cerca de un millón de francos por año. Como dice un autor francés, «el espía alemán se encuentra en Francia bajo todas las máscaras, lo mismo bajo la blusa del vagabundo miserable que bajo el frac del elegante que asiste asiduamente á las recepciones de los ministerios. Penetran en todos partes y nadie desconfía del jornalero, iletrado en apariencia, que trabaja junto á nuestras fortificaciones, ó del hombre conocido y honorable que se alaba de sus amistades preciosas y de sus influencias omnipotentes».

Todos han contribuído por igual á los servicios del espionaje. Cuando los franceses inventaron el fusil Lebel, un espía de la clase popular enganchado como obrero en los talleres de Saint-Etienne, fué el que robó la primera arma para enviarla á Berlín. Al mismo tiempo los agentes de Stieber pertenecientes al gran mundo, y algunos de los cuales gozaban de cierto renombre como pintores, escultores ó literatos, penetraban en los grandes salones de París conversando con los hombres políticos y explotando la intimidad de las damas que podían conocer sus secretos.

Los más numerosos son los que pudiéramos llamar de la clase media, que ocupan una situación honorable y mediocre, pudiendo trabajar sin atraer las sospechas. Son los que abren pequeños comercios, agencias de colocaciones, hoteles, tiendas de comestibles, bazares, etc. La policía francesa, que durante muchos años ha seguido la pista de sus trabajos, sólo ha conseguido descubrir y castigar una ínfima parte. De los 30.000 espías de tal clase que han trabajado en Francia á partir de 1875, las autoridades sólo han podido detener en flagrante delito dos ó tres cada año.

Su salario lo reciben directamente de manos de los agentes viajeros, que son muchas veces damas elegantes y de alegres costumbres. Otras veces reciben la mensualidad por correo, en cartas redactadas de un modo convencional que aluden á una deuda antigua ó á una parte de beneficios en un negocio (1). Además se valen en ciertos momentos, para entender-

(1) He aquí el modelo de una carta enviada por la subdirección de espionaje establecida en Lausana á uno de los agentes en Francia y que fué sorprendida por la policía francesa:

«Mi querido Jorge:

«Te envío con esta carta los intereses de la cantidad que tuviste á bien prestarme.

»Siempre estaremos agradecidos al gran favor que nos hiciste ayudándonos con tu préstamo.

»Los negocios no marchan mal, y tal vez en el año próximo podremos aumentar un poco tu parte de beneficios.

»Así lo deseamos nosotros y espero que tú lo reconocerás.

»Escríbenos con más frecuencia dando noticias tuyas con extensión.

»Te engañas al no tener confianza en nuestro tío Carlos. Es una buena persona y debes tener en él una confianza absoluta.

»Aquí por el momento todo va bien. El invierno ha sido como siempre, muy rudo, pero nosotros hemos salido bien de él.

»Mi marido y los niños se unen á mí para enviarte un abrazo, lo mismo que Carlota, Carlos y Federico

»Tu hermana que tanto te quiere...»

He aquí la interpretación que el espía da al texto de esta carta con arreglo al estilo convenido

Primer párrafo.—Os envío vuestra mensualidad del mes pasado.

Segundo párrafo.—Vuestras informaciones del mes pasado son bastante aceptables.

Tercer párrafo.—En general vuestro servicio no resulta malo, y si continúa siendo así, creo que en la próxima inspección podremos aumentaros un poco el sueldo.

Cuarto párrafo.—Pero aunque proporcionáis notas útiles, éstas son poco numerosas. Hay que trabajar con más frecuencia y enviarnos mayor cantidad de notas.

Quinto párrafo.—Cesad de vigilar á Carlos, pues tenemos acerca de él lo que necesitábamos.

Sexto párrafo.—Ya sabéis que el jefe (el invierno) es hombre difícil de contentar. Sin embargo, nos hemos librado de la última inspección sin disminuciones en los sueldos

Séptimo párrafo.—Debéis seguir en relaciones continuas con vuestros tres corresponsales, Carlota, Carlos y Federico.

se entre ellos, de jeroglíficos, alfabetos secretos, botellas, fotografías, etc.

Algunos espías alemanes son ladrones de gran habilidad manual. Una parte de sus hazañas ha sido revelada por el aventurero Windel, ex-teniente del regimiento 15.° de infantería prusiana, que estuvo al servicio de la dirección de Berlín é incurrió en el desagrado de Guillermo II al mostrarse demasiado inteligente y franco en la averiguación de un escándalo palaciego.

Windel, para sincerarse y molestar á su antiguo emperador, publicó un libro titulado *Confesiones de un espía*. En él cuenta cómo se apoderó en 1896 del nuevo plan de movilización trazado por el ministerio de la Guerra francés. Él y otro espía alemán siguieron á un capitán de Estado Mayor que salió del ministerio llevando los documentos en una cartera de mano para entregarlos al comandante general de una de las regiones del Este. Al llegar el capitán á la estación del ferrocarril, confió por unos momentos la preciosa cartera al jefe de la estación. Poco después sonó el teléfono, y en el breve instante que empleó el jefe para ir hasta él abandonando su mesa, Windel penetró en la oficina y se apoderó de la cartera, entregándola á su camarada.



SOLDADOS FRANCESES CERCANDO UNA CASA DONDE SE HA ESCONDIDO UN ESPÍA

Ciertos espías que son hábiles *chauffeurs* entraron al servicio de generales franceses, contentándose con ínfimos sueldos. De este modo pudieron acompañarlos en sus visitas á fortificaciones y campos atrincherados, sin inspirar desconfianza y enterándose de cuanto decían.



ESPÍA ALEMÁN DISFRAZADO DE NODRIZA

(Dibujo de *The Graphic*)

Uno de los más importantes servicios del espionaje alemán consiste en dar informes especiales sobre la persona y los méritos de todos los oficiales franceses de alguna significación, tanto del ejército de tierra como de la marina. Quince mil espías de *puesto fijo*, llamados «buzones de correspondencia» en razón de sus funciones, se dedican á comunicar todos los chismes que circulan en las ciudades con guarnición y en los grandes puertos.

El Estado Mayor de Berlín ha formado durante años un archivo enorme en el que figuran los informes particulares sobre los méritos, defectos, secretos de familia, situación financiera, etc., de toda personalidad del ejército francés que merece alguna atención. En este archivo, creado pacientemente por el espionaje, figuran todos los generales con mando activo, de la reserva ó asimilados; todos los oficiales que salen de las escuelas militares con los primeros números de su promoción; todos los directores, profesores, jefes ó sub-jefes de las escuelas militares y de las manufacturas de armas, material y municiones; todos los oficiales de Estado Mayor y ayudantes de órdenes; todos los oficiales y asimilados que prestan sus servicios en los ministerios y Estados Mayores de la Guerra y la Marina; todos los oficiales y asimilados cuya situación pecuniaria es angustiosa ó que llevan una vida de desarreglo. En un palabra, todos los militares franceses que resultan temibles para Alemania por sus méritos ó su patriotismo y los que por su mala vida pueden prestarse á la seducción de los espías femeninos ó á las tentaciones del soborno, figuran en este registro, cuidadosamente clasificados, con su número de orden, y los archiveros del Estado Mayor tienen al día sus fichas, añadiendo las indicaciones recientes.

◻

Una fuerza nueva se ofreció á la actividad de Stieber. Las huelgas obreras fueron un excelente au-



LA INVASIÓN CON DISFRAZ PRECEDIENDO Á LA INVASIÓN CON CASCO

Espías alemanes establecidos en París: Financieros, lacayos, turistas, mozos de almacén, revendedores y mozos de café. La sombra revela su verdadera personalidad

xiliar de sus trabajos de espionaje. El «agente provocador» de 1848, que había vociferado un falso socialismo en los clubs de Berlín para servir á la monarquía, se dedicó en sus últimos años, abrumado por los éxitos y los honores, á lo que él llamaba la «huelguicultura».

Sus agentes se introdujeron en las sociedades obreras, excitando traidoramente á los trabajadores en sus conflictos con el gobierno francés y envenenando y complicando las cuestiones más sencillas.

Stieber había podido apreciar en 1870 la gran importancia que el ferrocarril tiene en la guerra moderna, y se dedicó á colocar sus espías en el personal de las líneas ferroviarias de Francia. Fingiéndose suizos ó alsacianos, miles de alemanes llegaron á entrar como maquinistas y empleados en las diversas compañías francesas. Por fortuna esta maniobra temible llamó la atención pública y el gobierno evitó el peligro haciendo una depuración en el personal.

Otro trabajo de Stieber consistió en organizar la destrucción de gran parte del material y obras de las líneas férreas para el momento de la declaración de guerra. Después de la muerte de Stieber, su diabólica preparación fué indudablemente menos intensa y hábil. Además el gobierno francés, alarmado por los trabajos del espionaje alemán y servido por su propio contra-espionaje, pudo desbaratar una gran parte de tales maquinaciones. Á pesar de ello los agentes de Alemania intentaron impedir la movilización francesa en 1914; pero se descubrieron á tiempo sus trabajos para el descarrilamiento de los trenes y la voladura de los puentes.

Al relatar las operaciones de la presente guerra volveremos á ocuparnos de los trabajos del espionaje alemán en Bélgica, Rusia, Francia, Inglaterra y otros países, así como de los procedimientos extraordinarios de que se ha valido para favorecer las operaciones de sus ejércitos.

Stieber murió en Berlín en 1892 á la edad de 74 años. Su protector Bismarck había perdido la confianza imperial y vivía retirado en sus tierras. Nuevos hombres figuraban al frente del Imperio, creados y apoyados por el joven emperador Guillermo II. Cubierto de honores y condecoraciones, pero algo olvidado, el antiguo policía se extinguió lentamente, como un venerable patriarca. Y sin embargo, su vida no había sido más que un largo crimen, un crimen incesante y continuo, realizado con frío menosprecio de las leyes naturales y escritas. El gran espía fué un hombre destinado desde su juventud al presidio, y tal vez á la horca; pero Bismarck hizo de él un instrumento de patriotismo, explotando su sombrío talento de malvado, y casi alcanzó los honores de un héroe.

Esto nada tiene de extraordinario en Alemania, donde el espionaje, desde los tiempos de Federico II, es considerado como un honor, lo mismo que la traición, siempre que sirvan á los propios intereses. En 1741, Federico el Grande, modelo glorioso de todos los alemanes, traicionaba á sus aliados y escribía luego á sus ministros: «Cuando hay alguna ventaja en ser honrados, seámoslo. Pero cuando por el contrario se impone la necesidad de la supercheria, seamos canallas tranquilamente.»

Stieber no consignó nunca sobre el papel la organización del espionaje, ni dió á sus agentes estatutos ó reglamentos escritos para que se ajustasen á ellos. Conocía los peligros de la escritura y evitaba el uso

de papeles, temiendo que los enemigos se enterasen de sus planes al arrestar á uno de sus agentes. El servicio de espionaje lo había concebido sobre un plan que guardó siempre en secreto. Después de su muerte la máquina siguió funcionando automáticamente sobre las bases establecidas, y nadie se ha permitido tocarla ni reformarla por miedo á un desarreglo, que resultaría fatal en ausencia del autor, limitándose á reemplazar los órganos así como se han ido gastando ó desapareciendo.

Sólo una modificación ha hecho Alemania en la obra de Stieber para darla mayor amplitud. El famoso espía no mostró gran aprecio por los auxilios de la prensa, tal vez por un rencor instintivo hacia los escritores desde la época en que los periódicos de Berlín atacaban duramente al esbirro despreciable de la corte.

Poco antes de su muerte el Canciller Caprivi incorporó al servicio de espionaje el servicio de «prensa extranjera», pidiendo al Reichstag que votase una respetable cantidad «destinada á las publicaciones extranjeras que fuesen útiles á la política del Imperio».

Desde entonces Alemania ha gastado millones para subvencionar en diversos países periódicos y escritores, encargados de sostener la política de Alemania. Así se explican ciertas campañas.

El presupuesto destinado al espionaje quedó dividido en dos secciones á partir del gobierno de Caprivi: para el espionaje propiamente dicho, y para el mantenimiento de periodistas y escritores extranjeros que se prestan á alquilar su pluma en defensa de la ambición alemana.



EL PESCADOR ESPÍA

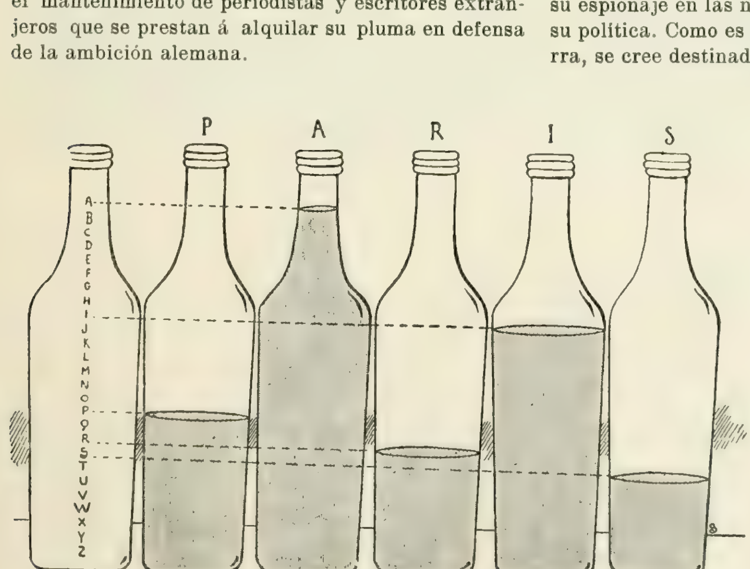
Este alemán de aspecto pacífico que parece pescar en la campiña francesa, tiene al extremo del hilo un plomo en vez de anzuelo, y mide de tal manera la profundidad del río para conocer los lugares que son vadeables.

El Imperio germánico no ha ejercido únicamente su espionaje en las naciones que considera hostiles á su política. Como es el pueblo más soberbio de la tierra, se cree destinado á la futura dominación del planeta, y extiende por todo él los tentáculos de su policía, adquiriendo previsoramente los informes necesarios para una conquista posible.

Los pangermanistas, en ciertos momentos de entusiasmo, titularon á Guillermo II «emperador del mundo». Alemania, á impulsos de sus soberbias ilusiones, ha pensado muchas veces en la posibilidad de vencer á los Estados Unidos—después de haber sometido á las potencias de Europa—, apoderándose de América entera.

Este ensueño parecerá absurdo á muchos; pero lo absurdo con su enormidad tienta á un pueblo cuya expresión favorita es la palabra «kolossal».

La prueba de que Alemania se prepara para el do-



EL ESPIONAJE POR MEDIO DE LAS BOTELLAS

Los espías dejan abandonadas varias botellas, como por descuido, sobre una mesa. La altura del líquido en cada una de ellas representa una letra. Para leer le basta al espía que llega aplicar una escala graduada que representa un alfabeto. Las botellas del presente grabado dicen: París.

Dibujos del folleto francés «Cómo estaba organizado el espionaje alemán »

minio del mundo y utiliza con este objeto el espionaje voluntario de sus naturales esparcidos en los diversos continentes, la dieron hace tres años sus legisladores al votar una ley que no tiene ningún otro país.

El secretario de Estado, Delbruck, presentó al Reichstag en Febrero de 1912 un proyecto de ley conservando á los alemanes su nacionalidad, aunque se hubiesen declarado súbditos de otros Estados. Dicha ley, votada por el Parlamento germánico, fué hecha especialmente, como dijo el barón Richtoffen al discutirla, «para favorecer el desarrollo de la influencia alemana en las Repúblicas latinas de América».

Con arreglo á la ley Delbruck, el alemán puede renegar de su nacionalidad y adoptar la de la tierra en que vive, sin que por esto se ofenda Alemania. En el momento que al renegado le convenga, podrá hacer valer su primera condición de alemán, pues ésta no la pierde aunque reconozca otra bandera.

Y el súbdito del kaiser, bajo el disfraz de la nacionalidad que ha escogido, puede ocupar cargos públicos en el país de adopción, puede intervenir en su vida política y preparar el advenimiento de «la más grande Alemania» con que sueñan todos los de su raza. *Deutschland über alles* (Alemania sobre el mundo), cantan los germanos en sus momentos de entusiasmo.

La personalidad de estos alemanes, que á la vez son brasileños, argentinos, chilenos, mejicanos, etcétera, recuerda la del murciélago de la fábula, traidor y mentiroso, que podía decir: «Yo soy pájaro: he aquí mis alas», y poco después: «Yo soy ratón: mirad mis dientes.»

Gracias á la ley Delbruck, el agente alemán ve ante él un camino sin obstáculos. Puede jurar fidelidad á mil intereses diversos y contradictorios; puede cambiar de patria cada año si lo considera preciso. Su verdadero país, que es Alemania, no se enfadará por ello.



ESPÍAS DETENIDOS EN EL NORTE DE FRANCIA Y CONDUCIDOS Á LA GENDARMERÍA DE UN PUEBLO

En muchas Repúblicas de América se elogia la facilidad de adaptación de los alemanes residentes en ellas.

—Son distintos á los alemanes de Europa—dicen las buenas gentes—. Ni orgullo patriótico ni altivez de raza. Al poco tiempo de vivir entre nosotros adoptan nuestra nacionalidad. Piensan quedarse en la tierra para siempre. Son entre los extranjeros los más asimilables.

No conocen el futuro peligro. No saben que es el único europeo que está autorizado por su patria para hacer creer que la abandona. No sospechan que estos alemanes establecidos en unos pueblos que fingen querer, proceden del mismo modo que los espías de Stieber en la campaña de Bohemia, cuando se prestaban á ir atados como

enemigos y á recibir golpes, para facilitar, sin infundir sospechas, sus informes á la vanguardia invasora.

Todo cuanto hacen y todo cuanto dicen en su nueva patria es falso. Aunque vivan años y más años en el seno de una nacionalidad escogida voluntariamente, siempre son alemanes, y el Imperio germánico, convencido de que hagan lo que hagan están trabajando por él, les conserva su puesto en el suelo originario.



DRAGONES FRANCESES CONDUCIENDO PRISIONERO Á UN ESPÍA

Dibujo de Georges Scott, de la *Illustration*, de París

X

La juventud de Guillermo II

En la familia de los Hohenzollern es una tradición que los padres traten duramente á sus hijos, y los hijos aborrezcan á los padres esperando con ansiedad el momento de su muerte.

«Los príncipes jóvenes de esta dinastía—dice el historiador G. Lenotre—han sido educados siempre á latigazos. Todo el mundo sabe—por haberlo contado el mismo interesado prolijamente—cómo fué dirigido en su infancia el que había de ser más tarde Federico el Grande: golpeado á cada momento, expuesto al frío durante las noches invernales, abrumado por toda clase de castigos, alimentado insuficientemente, encerrado en un calabozo por la más leve falta, y privado de toda ternura, hasta el punto de que un gentilhombre amigo suyo fué decapitado en su presencia por el feroz rey-sargento, sólo por haber mostrado cierta piedad ante los infortunios del joven príncipe. Las mujeres de la familia no alcanzaron mayores miramientos. La hermana de Federico, la futura margravina de Bayreuth, se acordó toda su vida del asombro experimentado por ella, cuando tenía seis años de edad, al verse acariciada y besada por su madre, que venía de un largo viaje. El estupor de la pequeña ante este suceso extraordinario fué tan enorme, que le produjo una hemorragia poniendo su vida en peligro. Fué la única vez en toda su infancia que conoció los besos maternales. Y hay que hacer constar que esto ocurrió en ausencia del rey-sargento, pues de estar presente habría interrumpido á bastonazos la cariñosa expansión.

»Estas costumbres salvajes se remontan á los primeros Hohenzollern, á Federico *Diente de hierro*, que á mediados del siglo XV arrastró por Alemania su miseria de señor feudal, pobre y ambicioso. La tradición fué respetada por todos sus descendientes, y este empleo de cadenas, golpes é invectivas, se perpetuó de generación en generación, como un perfecto sistema educativo. Poco antes de la Revolución francesa, un noble de Francia, en una visita á la corte de Prusia, quedó asombrado al ver al heredero del trono, que

tenía 40 años, tratado lo mismo que un niño indócil, habitando como castigo la casa de un cervecero y teniendo que pedir permiso al rey cada vez que deseaba salir por la noche.»

Tal sistema dió por resultado que cada nueva generación de la ilustre familia detestó invariablemente á sus ascendientes inmediatos, deseando su muerte, maldiciéndolos á sus espaldas, blasfemando, lanzándose en la oposición tan lejos como les era posible, mientras que cada soberano desconfiaba de su hijo, el príncipe heredero, guardándose de él como de un enemigo peligroso. Puede afirmarse, con la Historia en la mano, que el amor filial fué un sentimiento completamente desconocido por los príncipes de Hohenzollern desde los principios de la familia hasta los primeros años del siglo XIX.

Hay que ser justos y recordar las cosas buenas lo mismo que las malas. Si la victoria embriaga á los prusianos hasta hacer de ellos los hombres más arrogantes é insoportables del mundo, una buena derrota les aprovecha maravillosamente para su salud moral, pues hace de ellos los seres más amables y acomodativos. Después del desastre de Jena la familia real de Prusia, errante y sin cortesanos, se vió forzada á vivir en una intimidad insólita. La bella reina Luisa aprovechó esta desgracia para introducir un poco de ternura en su hogar, educando como madre amorosa á sus hijos, que guardaron toda su vida un hondo agradecimiento por este hecho extraordinario. El que había de ser primer emperador de Alemania, «el viejo Guillermo», sentía agolparse las lágrimas á sus ojos cuando ochenta años después hablaba de su querida mamá, á cuya memoria rendía un culto religioso.

Pero esto resultó una excepción en la historia de los Hohenzollern. Cuando Guillermo I fué padre, volvió á las antiguas tradiciones, tratando duramente á su heredero, el príncipe Fritz, que sólo por 99 días había de ocupar el trono imperial, con el nombre de Federico III. Su sucesor fué Guillermo II, el cual, según la costumbre de la familia, esperó con impaciencia el auxilio de la muerte, quejándose del destino, que prolongaba por unas semanas la vida de su padre.



EL PRINCIPE FEDERICO EN SU DESPACHO

En 1859 la situación de la rama de los Hohenzollern, que ocupa actualmente el trono de Alemania, no era brillante ni correspondía á sus ambiciones. El rey de Prusia era Federico Guillermo IV, y su hermano «el Príncipe Metralla», odiado por gran parte del país, sólo figuraba como príncipe heredero por no tener hijos el matrimonio reinante. Un nacimiento tardío podía torcer los destinos de la familia.

El viejo Guillermo aspiraba á la corona, llevando tras de él una descendencia numerosa para que heredase su fortuna. Tenía varios hijos. El mayor, Fritz, se había casado con la princesa Victoria, hija de la reina de Inglaterra, y de este matrimonio nació el 27 de Enero de 1859 un niño, que fué bautizado con el mismo nombre de su abuelo: Guillermo. Era el emperador actual, Guillermo II.

El «Príncipe Metralla» tuvo nietos cuando todavía estaba al pie del trono, aguardando el momento de subir á él, y sin una seguridad completa de éxito. Los liberales le odiaban; su hermano Federico Guillermo IV, demente furioso, parecía obstinarse en vivir; la reina y su camarilla reaccionaria trabajaban incesantemente, con el apoyo de Austria, para impedir que el viejo Guillermo heredase la corona.

La familia de éste vivía con gran modestia. El príncipe Fritz soportaba la existencia mediocre de un hijo de pretendiente, considerando su porvenir incierto y obscuro. En tal situación vino á la vida el futuro Guillermo II, hijo de un príncipe pobre que á su vez era hijo de un pretendiente impopular.

El viejo Guillermo se fingió liberal durante unos meses para gobernar á Prusia como regente y asegurar su ascensión al trono. Luego, cuando mostró como monarca su verdadero carácter reaccionario, la oportuna aparición de Bismarck pudo librarle de la revolución y del destronamiento.

El príncipe Fritz, excelente soldado, de carácter bondadoso, dió un esplendor de generosidad caballeresca y romántica á las empresas de violencia aconsejadas por el Canciller y admitidas por su padre. En la guerra con el Imperio austriaco, él fué el que con su oportuna llegada decidió el éxito de la batalla de

Sadowa, que era al principio una derrota para las tropas prusianas. En la campaña de Francia, el kronprintz Federico se mostró como el general más humano, demostrando una simpatía en favor de los franceses y de su civilización que le acarreó graves disgustos con su padre y la visible antipatía de Bismarck y de Moltke.

Este príncipe, por su educación, sus gustos y su carácter, no podía entenderse con los hombres férreos y de fría crueldad entre los cuales le había colocado el destino.

Guillermo I era partidario del despotismo y en todos sus actos se creía inspirado por Dios. El príncipe Fritz alardeaba de liberal, soñando con la constitución de una Alemania democrática en la que el emperador sería una especie de mandatario republicano. Valeroso combatiente en la guerra, mostraba al llegar la paz su predilección por la vida civil y los encantos del arte. Sus camaradas íntimos eran los escritores y los artistas de Alemania. Un novelista, Gustavo Freytag, le acompañó como secretario. Wagner figuraba entre sus amigos, y al estrenarse *El ocaso de los Dioses,* el kronprintz le cedió uno de sus caballos de guerra para que sirviese de corcel á la Walkiria.

De figura arrogante, sonrisa dulce y sedosa barba de oro, este príncipe hermoso, semejante á Lohengrin, parecía destinado á todas las glorias y todas las felicidades. Era natural que en un país donde el absolutista Guillermo, el áspero Moltke y el atrabiliario Bismarck habían acabado por ser admirados, el príncipe bueno y caballeresco gozase de un prestigio inmenso. Sin embargo, su vida fué triste; la impopularidad extendió en torno de él un ambiente glacial y se vió aislado entre la indiferencia de su padre y la antipatía de su primogénito. Influyó mucho en esto la animosidad de Bismarck, que veía un peligro en el kronprintz, rebelde á sus consejos y opinando en todos los asuntos de un modo distinto al suyo.

El príncipe Fritz se mantuvo como un ser de distinta raza en medio de la Prusia férrea, conquistadora y brutal. Sus éxitos de soldado fueron obscurecidos por la aversión que inspiraban sus ideas liberales. Además contribuyó al menosprecio palaciego su matrimonio con la hija de la reina Victoria. Amaba á su mujer con un entusiasmo romántico que forzosamente había de producir extrañeza en los hogares prosaicos de Berlín. Pocos príncipes han arrastrado una existencia tan miserable como los padres de Guillermo II. El compañerismo íntimo y cordial que unía á los dos esposos fué motivo en la corte de Prusia de sospechas y recelos, como si representase un crimen.

EL PRÍNCIPE FEDERICO

Durante la guerra de 1870, el kronprintz, que sentía la necesidad de mantenerse en contacto espiritual con su amada compañera, cuyo retrato le acompañaba á todas partes, le escribió diariamente largas cartas relatando los incidentes de la campaña. La princesa Victoria enviaba copia de estas cartas á su madre la reina de Inglaterra, que en algunas ocasiones las comunicó á sus ministros, llegando de este modo á conocimiento de la emperatriz Eugenia. Esto bastó para que Bismarck, que odiaba al kronprintz, viese en su correspondencia amorosa «una traición premeditada», atreviéndose á acusar de espionaje al heredero de la corona.



EL KAISER SOBRE LAS RODILLAS DE SU ABUELO GUILLERMO I

El viejo Guillermo, aconsejado por su Canciller, miró con desconfianza á su hijo, hasta el punto de apartarlo poco á poco de los negocios públicos. Al final se celebraron los consejos de gobierno sin que asistiese á ellos el príncipe Fritz, para que ignorase los secretos de Estado. Esta situación no tardó en hacerse pública, y los cortesanos, con su habitual cobardía, fueron alejándose del príncipe en desgracia. Bismarck, que detestaba á la princesa Federico por su independencia y su sensibilidad, no temió expresarse públicamente contra el kronprintz, al que llamaba irónicamente «el marido sumiso». En realidad lo que le indignaba en él no era su estrecha unión con la princesa británica, sino su carácter generoso y el liberalismo de sus ideas.



EL KAISER

Al constituirse el Imperio, Fritz y su esposa cayeron, como dice un historiador, «en el último grado de inutilidad é impopularidad». Nadie en toda Prusia manifestaba el más pequeño reconocimiento por los grandes servicios que había prestado á su país en los campos de batalla. El público pasaba indiferente en el museo de los recuerdos gloriosos ante el bastón hecho por el príncipe con una rama de un árbol de Sadowa, como recuerdo de la gran victoria de Prusia, obra de su intervención decisiva; ante un obús que había pasado junto á su cabeza en una de las batallas de Francia; ante todos los recuerdos de su actuación de soldado heroico. Su mujer aun era más impopular. Las gentes de la corte la designaban con el apodo de *la inglesa*, lo mismo que un siglo antes los cortesanos de Francia llamaban *la austriaca* á María Antonieta. Durante veinte años había empleado su talento y su bondad en favorecer la literatura y las artes, establecer asilos y otras instituciones caritativas y propagar «ideas misericordiosas y dulces en un pueblo sobre el que había de reinar y que ella juzgaba bárbaro todavía». Las mujeres alemanas no perdonaban á la extranjera que hubiese querido regenerarlas social y domésticamente, pretendiendo que disfrutasen de nuevo respetos y derechos, siendo algo más que unas administradoras de sus casas y unas siervas de sus hombres. Al enterarse de que era mal mirada en la corte, todas ellas procuraron imitar al omnipotente Canciller, tratando con menosprecio á *la inglesa*.

El matrimonio principesco comenzó á vivir aislado, sin más acompañamiento que el de una servidumbre escogida por sus enemigos y que los espiaba de acuerdo con Bismarck. El kronprintz, excluído sistemáticamente de toda intervención en los asuntos públicos, vivió inactivo, en una soledad melancólica y lánguida. Pasaba largas temporadas encerrado en el palacio de Monbijou, una de las construcciones de Federico el Grande. Sus tristes ocios los entretenía clasificando los documentos y los objetos de un museo consagrado á la historia de su familia, colocando etiquetas en los manuscritos, armaduras y jarrones. La princesa Victoria le acompañó siempre en su aislamiento, altivo y triste.

Sólo tenían los dos esposos una esperanza y un consuelo. El objeto de sus ilusiones era Guillermo, el hijo mayor, muchacho que hacía concebir grandes esperanzas á sus padres por la viveza de su carácter y un ferviente deseo de saberlo todo y hablar de todo. La princesa Federico quiso que su primogénito se librase del moldeamiento de una educación á la prusia-

na. El kronprintz por su parte era enemigo del sistema de enseñanza puramente militar que recibían siempre los vástagos de la familia Hohenzollern. Él mismo, rompiendo con las tradiciones de la dinastía, había figurado como simple estudiante en una Universidad, siguiendo una carrera literaria. Los primeros preceptores del pequeño Guillermo fueron escogidos escrupulosamente por sus padres, y cuando tuvo diez años, el kronprintz lo envió á una escuela pública, encargando á los maestros que lo tratasen lo mismo que al hijo de un simple burgués. El príncipe Fritz había sido el primer Hohenzollern estudiante de Universidad: su hijo Guillermo fué el primer Hohenzollern alumno de una escuela pública. El viejo emperador desaprobó esta innovación, contraria á las tradiciones de su raza. Bismarck se opuso enérgicamente, viendo en ella un atentado al prestigio de la monarquía. Pero el padre mantuvo con firmeza su sistema educativo, así como la madre, que era partidaria del método inglés y quería hacer de su hijo un príncipe generoso y democrático.



EL KAISER EN BRAZOS DE SU MADRE LA PRINCESA VICTORIA

Cuando Guillermo tuvo 15 años lo enviaron con su hermano Enrique, que tenía 12, á que continuase su educación en el gimnasio de Cassel, haciendo los estudios correspondientes á nuestro bachillerato. El futuro emperador se mostró como un escolar distraído y poco estudioso. Su hermano obtuvo siempre mejores notas que él. Los alumnos del gimnasio de Cassel prestaron poca atención á este compañero de sangre real. Era poco comunicativo y parecía desorientado y triste en su nueva existencia. Además su familia no le daba dinero y de todos los alumnos era el peor vestido, lo que produjo el alejamiento de los pequeños burgueses alemanes. Á la tendencia democrática de los padres se unieron las preocupaciones económicas de la corte prusiana. Una tradición de la familia Hohenzollern que data de sus tiempos de miseria, exige que los príncipes jóvenes usen sus trajes hasta el límite más extremado, ostentando unas prendas raídas y remendadas que humillarían al hijo de un obrero.

Después de tres años de estudios preparatorios, Guillermo se inscribió en la Universidad de Bonn, llevando la vida alegre y ruidosa de los demás estudiantes. Bebió en las cervecerías lo mismo que sus compañeros, tomó parte en los grotescos duelos escolares, conoció las aventuras ligeras con el elemento femenino que pulula en torno de las Universidades alemanas. Se verificaba en él una rápida transformación. Durante su permanencia en el gimnasio de Cassel había sentido la beneficiosa influencia de su preceptor y acompañante, el doctor Hinzpeter, hombre dulce y de ideas democráticas, que quería hacer de él un soberano del pueblo. Cuando Guillermo pasó á la Universidad renana teniendo 18 años, su carácter se fué transformando hasta convertirse en un verdadero Hohenzollern. Su abuelo lo había hecho sub-teniente del 1.er regimiento de la Guardia, el mismo en que sirvió su padre teniendo igual edad. Vistiendo el uniforme y con la espada al costado, asistió á las lecciones universitarias. Un ayudante reemplazaba al antiguo preceptor. Irguiendo la cabeza con orgullo, fué aspirando á pleno pulmón los elogios y adulaciones que le dedicaban sus compañeros del regimiento y del mundo universitario. «El aspecto brillante del campo de maniobras—dice un biógrafo de la juventud de Guillermo II—, la disciplina absoluta, el sentimiento del poder de su familia inspirado por la vista de las líneas soberbias y ondulantes de hombres, de las murallas de bayonetas y de los movimientos de una exactitud geométrica como los de una poderosa máquina, fascinaron su imaginación.» El joven príncipe, menospreciando los estudios universitarios, se lanzó á los trabajos militares con un ardor febril.

Fueron borrándose en su imaginación los recuerdos de la infancia tranquila al lado de sus padres. Comenzó á considerar como una época ingrata los tres años pasados en un viejo castillo de los alrededores de Cassel, con el democrático preceptor Hinzpeter, que preparaba las lec-



EL KAISER, SUB-TENIENTE DE LA GUARDIA



PREPARATIVOS PARA UN DUELO ENTRE ESTUDIANTES ALEMANES

ciones de él y su hermano Enrique y los acompañaba á las clases del liceo.

Mientras hizo sus estudios en la Universidad de Bonn se trasladó con frecuencia á Berlín para cumplir sus deberes en el regimiento de la Guardia. En



HABITACION DE UN ESTUDIANTE ALEMAN

cada una de estas apariciones, sus padres se asombraron ante la creciente suficiencia de Guillermo. La madre, alarmada, acabó por reconocer que no obstante sus esfuerzos por librar al hijo de la influencia prusiana, la verdadera naturaleza de Guillermo iba triunfando sobre los cuidados de la educación. Era un verdadero Hohenzollern, duro, ambicioso, sin ternura, arrogante y predispuesto á la violencia. Se mostraba respetuoso con su madre, pero sin confianza y sin dulzura. Poco á poco la fué abandonando hasta unirse con los que la criticaban. Rodeado de aduladores que le dieron el título de «príncipe providencial», se acostumbró á ser considerado como la esperanza de la monarquía.

Bismarck, el enemigo de sus padres, fué admirado por él, figurando entre sus discípulos fervientes. El viejo Canciller procuró encumbrarlo colocándole en punto á influencia por encima del kronprintz. Era un futuro emperador como lo había soñado el férreo ministro. Guillermo por su parte empezó á manifestar públicamente el escaso aprecio que le inspiraba su padre, «débil soñador» incompatible con la grandeza dominadora de Alemania. Al Canciller y al partido absolutista les dió á entender muchas veces que cuando fuese emperador desbarataría todo lo que su padre intentase hacer desde el trono imperial para liberalizar las instituciones de Alemania.

Batiéndose un día á puñetazos con un compañero de la Universidad de Bonn, recibió un golpe en la nariz que le produjo una gran hemorragia. Á las excusas del estudiante, asustado de su excesiva acometividad, contestó con una ironía cruel para la princesa Victoria:

—Me has hecho un favor. Es lo que me quedaba de sangre inglesa que se escapa de mi cuerpo.

El viejo Guillermo admiraba á este nieto arrogante, pedantesco, inquieto y gran aficionado á las cosas militares. Sintió por él ternuras que no había conocido de padre. Todo su afecto lo concentró en este heredero de segundo grado, como si no existiese el kronprintz, su heredero inmediato. El joven Guillermo, á pesar de sus 19 años, empezó á asistir á los conciliábulos secretos que se celebraban en las habitaciones del viejo emperador, y



CELDA DE RECLUSIÓN UNIVERSITARIA

de los cuales estaba excluído el príncipe Fritz, heredero de la corona. Todas las semanas hacía una larga visita á su abuelo para recibir «una lección de gobierno». Sus entrevistas con Bismarck eran más frecuentes, y en ellas el Canciller enseñaba á su regio discípulo el arte de guiar á los pueblos «con mano fuerte». De su padre nada tenía que aprender y no lo consultaba jamás, mostrando en sus visitas al hogar paterno un respeto frío y cortés.



EL DUELO

El príncipe Federico y su esposa, cada vez más tristes, no podían ocultar su amarga decepción al verle figurar entre sus enemigos. Los dos esposos se refugiaron en una intimidad dolorosa. El kronprintz, convencido de que no conseguiría el afecto de este hijo ambicioso, desistió de toda gestión para reconquistarlo. La madre, cegada por la predilección que sentía hacia él, insistió hasta el último momento. Con una tenacidad heroica luchó contra toda clase de influencias para sustraer á Guillermo del temible atavismo; pero al fin tuvo que reconocer la inutilidad de sus esfuerzos y renunciar á sus ensueños de que fuese un monarca pacífico y democrático, á semejanza de los reyes de Inglaterra, que hubiese podido asegurar la tranquilidad del mundo.

Los sucesos públicos de Alemania influyeron igualmente en el cambio de carácter del joven Guillermo.



CURÁNDOSE LAS HERIDAS DESPUÉS DEL DUELO

Después del primer delirio de entusiasmo por el triunfo sobre Francia, los pueblos germánicos empezaron á ocuparse con atención de su política interna. El emperador-rey, que durante los primeros años de la unidad alemana había procurado ser amable y conciliador con los Estados germánicos, comenzó á mostrarse autoritario al sentirse definitivamente afirmado en su trono. El espíritu de los antiguos Hohenzollern revivió en él, y como su Canciller no necesitaba de grandes excitaciones para adoptar una política dominadora, la



ESTUDIANTES BEBIENDO CERVEZA

voluntad absoluta de los dos viejos pesó sobre los Estados de un modo abrumador.

Austria, á pesar de haber sido vencida, conservaba cierta influencia sobre una parte de Alemania por medio del sentimiento religioso. El Imperio austriaco, potencia católica, no podía dejar de influir en los Estados alemanes de la misma religión. El fanatismo luterano, por su parte, consideraba las victorias de Alemania como triunfos del protestantismo sobre el catolicismo. Ser católico en los Estados alemanes significó repentinamente ser amigo de Austria y de Francia. Esta acusación popular resultaba injusta, pues los



EL MAESTRO Y EL DISCÍPULO
Bismarck, maestro político del nuevo Ícaro Guillermo, dándole consejos para que no pierda las alas

Caricatura del *Punch*, de Londres

católicos alemanes habían trabajado lo mismo que los protestantes para la constitución del Imperio.

Bismarck, que deseaba suprimir las últimas influencias de Austria, se hizo eco del espíritu protestante, atacando á los católicos, y éstos, á impulsos de un sentimiento de defensa, detestaron públicamente la doctrina prusiana. La consecuencia de todo esto fué la *Kulturkampf*, entablándose una lucha religiosa entre el Canciller y los católicos alemanes. Algunos



JUNTOS
Trinquemos y hagamos locuras

(Caricatura del *Nebelspalter*, de Zurich)

obispos fueron desterrados ó encarcelados, las escuelas católicas quedaron cerradas, muchos profesores se vieron arrojados de las Universidades, y numerosas provincias privadas de sus sacerdotes. Todo el Imperio se agitó violentamente á impulsos de la agitación religiosa y de las recriminaciones que se lanzaban protestantes y católicos.

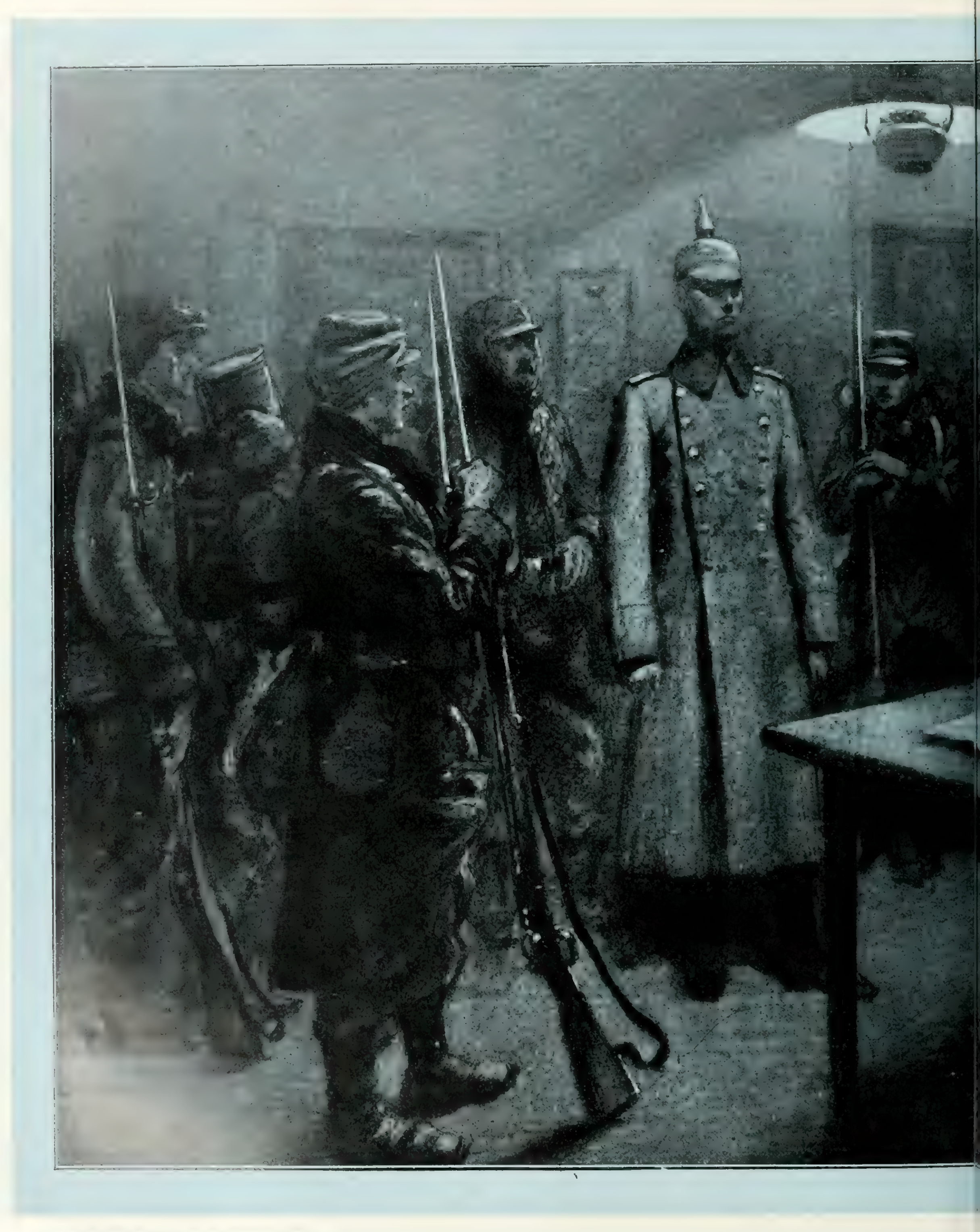
El desorden en que se vió sumido el Imperio durante el período de la *Kulturkampf* sirvió para que se desarrollase en Alemania una doctrina que resultaba extraña y nueva en este país disciplinado. Era el socialismo revolucionario. Guillermo y su Canciller hicieron alto en su «cacería de curas»—como decía Bismarck—, asustados por la aparición del espectro rojo. El Canciller transigió súbitamente con los católicos, para dedicarse á la persecución de los socialistas, intentando por medio de disposiciones violentas arrancar del suelo alemán esta germinación inesperada.

Los socialistas, irritados por la brutalidad de las persecuciones, apelaron al regicidio. En Junio de 1878, el socialista Nobiling, desde una ventana superior de la cervecería de los «Tres Cuervos», situada en la Avenida de los Tilos de Berlín, hizo dos disparos de perdigones gruesos, hiriendo en la cabeza y en los hombros al anciano emperador, acribillando su casco y obligándolo á permanecer seis meses en cama con agudos dolores.

El kronprintz Federico tomó posesión del poder como regente del Imperio, de Junio á Diciembre de 1878, y en estos seis meses de mando fué cuando el joven Guillermo se manifestó públicamente como enemigo de la política de su padre.

Acababa de ser elegido Papa León XIII, y el regente Federico entabló con él una correspondencia, para solucionar las querellas religiosas que traían divididos y revueltos á los Estados de Alemania. Las cartas escritas en Berlín fueron un modelo de dulzura, firmeza y prudencia gubernamental. Bismarck se aprovechó de ellas más tarde para restablecer definitivamente la paz religiosa, pero los junquers reaccionarios que formaban su partido las censuraron mucho en el momento de ser escritas, presentándolas como una humillación para la Alemania protestante.

El príncipe Guillermo se unió con publicidad á todos los que criticaban á su padre el regente. Hacía gala de ser un fervoroso partidario de Bismarck, un firme defensor del derecho divino, de la supremacía protestante, de todas las doctrinas del absolutismo prusiano. Las más altas personalidades del Imperio ayudaban con su conducta esta actitud del hijo contra el padre. Bismarck se expresó particularmente con violentas invectivas contra el príncipe Fritz, acusándolo de comprometer la religión protestante y la seguridad del Imperio. El viejo Guillermo se quejaba, desde el lecho donde le retenían sus heridas, de la conducta liberal y tolerante de su hijo, afirmando que representaba una amenaza para las prerrogativas personales de los Hohenzollern.



Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de París

Un oficial alemán prisionero comparece ante



oficiales intérpretes que van á interrogarle

Otro acto liberal del regente abrió un abismo todavía mayor entre él y los círculos reaccionarios frecuentados por su hijo.

El kronprintz consideró que siendo Alemania un Imperio formado por hombres de diversas razas y religiones, el soberano debía mostrarse tolerante y atento de igual modo con todas las creencias y todos los hombres que quisieran poner sus facultades al servicio del Estado. El doctor Friedberg era uno de los jurisconsultos más eminentes de Alemania, y llevaba muchos años ocupando un puesto importante en el ministerio de Justicia. Había escrito tratados famosos de Derecho Penal, pero no obstante sus méritos se mantenía en segundo término por dos razones: profesaba ideas liberales y era judío.

Á los pocos días de ocupar la regencia el príncipe Federico, asombró y escandalizó á la aristocracia de Berlín nombrando á Friedberg ministro de Justicia. Era la primera vez que en Prusia llegaba un judío á desempeñar un ministerio. Guillermo II, que en los tiempos actuales es gran protector de los banqueros de origen hebraico y tiene como amigo íntimo y escuchado consejero al israelita Ballin, organizador de las compañías navieras de Hamburgo, se unió en 1878 á los que protestaron contra este acto liberal de su padre.



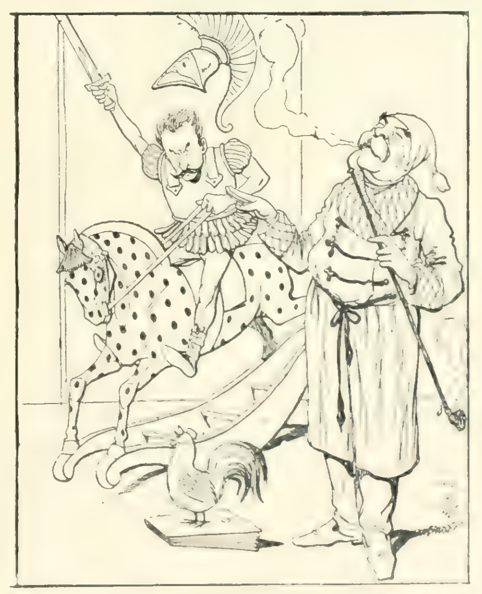
LA EVOLUCIÓN DE LOS MOSTACHOS
El de Guillermo representa un águila imperial
(Caricatura del *Life*, de Nueva York)

El movimiento de la nobleza y las clases conservadoras contra los judíos apasionó á casi toda Alemania, distrayendo la atención de la lucha entre católicos y protestantes y uniendo á unos y otros contra los hebreos. Bismarck se mantuvo aparte de la agitación antisemita, á pesar de que era dirigida por los grupos de junquer afectos á él. En la obra que perseguía de unificación alemana, el auxilio de los banqueros judíos le era necesario. Además sentía cierta gratitud al recordar lo mucho que le habían ayudado en sus empresas de conquista. Esta actitud influyó en su discípulo el impetuoso Guillermo, el cual, siguiendo indudablemente los consejos del maestro, se abstuvo repentinamente de apoyar los clamores antisemitas de sus amigos.

Cuando el viejo emperador volvió á encargarse del poder, él y su primer ministro decidieron el casamiento del amado discípulo, escogiendo para que fuese su esposa á una princesa amable y robusta de la dinastía de Schleswig-Holstein, destronada por los dos viejos. El emperador sólo consultó por pura fórmula la voluntad de los padres de Guillermo. Éstos sabían que era inútil toda observación. El mismo novio, según parece, no manifestó por su parte un interés bien marcado en favor de la princesa designada. La opinión de su abuelo le interesaba más que la persona de



EL ENCUMBRAMIENTO
Bismarck sonríe ante la ambición de su discípulo
(Caricatura del *Humoristické*, de Praga)



BISMARCK. No te excites inútilmente; ya te procuraré yo un gallo de veras, el gallo francés
(Caricatura de *Le Triboulet*)



EL KAISER Y LA PRINCESA AUGUSTA VICTORIA DE SCHLESWIG-HOLSTEIN EL DÍA DE SU BODA

su futura esposa. El matrimonio se realizó en Febrero de 1881, instalando Guillermo su residencia personal en el Palacio de Mármol de Postdam. Su vida ordinaria continuó lo mismo que antes del matrimonio. Trabajó laboriosamente en su educación militar, cuidando al mismo tiempo con un talento de actor de mantenerse y afirmarse en su posición de ídolo de los elementos de la Alemania moderna.

La juventud germánica de la aristocracia y la clase media era más absolutista y violenta que lo habían sido sus padres. La idolatría de Bismarck y los triunfos de 1870 influyeron en su educación. Los guerreros de las campañas de Austria y Francia eran considerados por estos jóvenes como demasiado liberales y tolerantes.

Alemania estaba destinada á dominar el mundo. Y esta juventud dura y ambiciosa hablaba del príncipe Guillermo como de un jefe que dirigiría su generación (cuando le llegase la hora de ser emperador) hacia la realidad de tales ensueños.

□

Durante seis años de vida conyugal se mantuvo tranquilo, siguiendo los diversos grados de su educación militar. En la residencia de Postdam tenía una tertulia de oficiales amigos que se reunían en su biblioteca para beber y fumar, hablando de cuestiones militares, de incidentes de caza ó de anécdotas algo libres, sin abordar nunca los temas serios. En esta biblioteca el mueble más importante era el que contenía los cigarros. Los libros ocupaban un lugar menos visible.

Las nodrizas vistiendo el pintoresco traje de Spreewald eran cada vez más numerosas en la residencia, pues casi todos los años el príncipe Guillermo proporcionaba á la dinastía de Hohenzollern un nuevo heredero masculino.

En 1887, Guillermo, que tenía 28 años, era comandante de un batallón de la Guardia y padre de cuatro robustos muchachos.

La familia vivía con cierta estrechez. El viejo Guillermo, que no pecaba de pródigo, había señalado á su nieto una renta anual de 40.000 marcos, cantidad exigua para un príncipe, que le obligaba á seguir un régimen de estricta economía. La escasez de dinero favoreció la continuación en este hogar del régimen educativo de los Hohenzollern, duro y mísero.

El príncipe Guillermo al ocuparse de la educación de los cuatro hijos que tenía en 1887, se expresaba de este modo, como un económico administrador:

—Es conveniente tener sólo hijos, pues cuando se tiene una hija ésta ocasiona muchas preocupaciones y gastos. Hay que tomar una institutriz, una dama «más ó menos de honor» y sostener un aparato complicado. Cuando se tienen muchachos se les viste del mismo modo, de uniforme. Se toma una pieza de paño, se corta en la misma casa y todos quedan listos.

Poco antes de morir el viejo emperador, al visitarle su nieto Guillermo el primer día del año, hizo vestir á los cuatro hijos que tenía en aquella época con uniforme de artilleros. En las mangas del mayor (el kronprintz actual, que tenía poco más de cinco

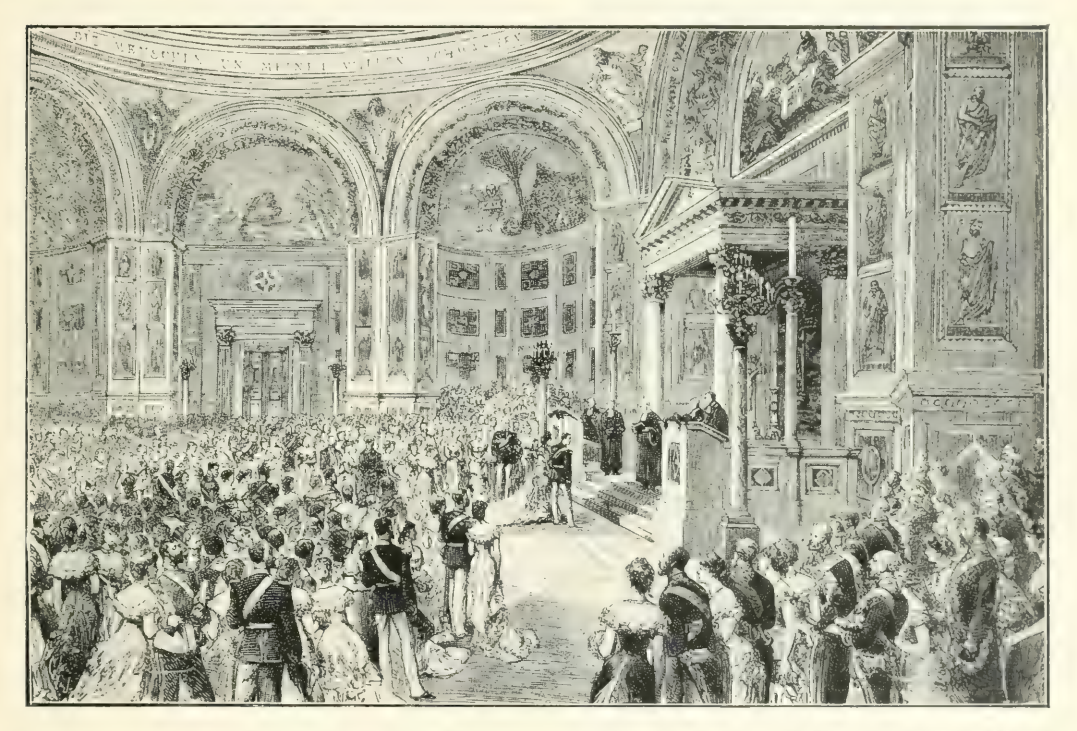


EL PALACIO DE MÁRMOL

años) cosió dos galones de lana, de cabo. La banda infantil fué conducida por su padre ante el viejo monarca, y desfiló en torno de su sillón lo mismo que en una parada, marcando el «paso de ganso», levantando la pierna rígida todo lo que era posible. El octogenario Guillermo lloró de gozo ante el espectáculo. Su raza y su dinastía iban á perpetuarse con arreglo á la tradición de los Hohenzollern.

Á pesar de los entusiasmos y esperanzas que inspiraba el joven Guillermo como «príncipe providencial», su situación en 1887 no era halagüeña para sus ambiciones. Las vidas de dos hombres le separaban del trono. El abuelo, aunque por ley natural no podía subsistir largos años, se mostraba robusto y entero. En cuanto al kronprintz, que llevaba una existencia higiénica y metódica, todos esperaban que viviría mucho. De repente una noticia de origen misterioso cambió la situación. Alguien murmuró al oído de Guillermo, en Marzo de dicho año, un aviso que se mantuvo secreto por algún tiempo, y que indudablemente produjo en el heredero un hondo trastorno en el que entraron por partes iguales el estremecimiento de la ambición y el amor filial tardiamente despertado. El príncipe Fritz estaba enfermo de un cáncer en la garganta.

La terrible noticia fué conocida por el mundo entero algunas semanas después. La emoción fué general, y durante un año se esperó que la enfermedad no fuese tan grave como se había creido al principio, fundando grandes esperanzas en la intervención de ilustres médicos y famosos charlatanes. El príncipe Fritz había sido elevado por la simpatía universal al rango de héroe de la civilización. Los pueblos de Europa deseaban la seguridad de su vida para que fuese emperador y humanizase á la férrea Alemania, dejando de ser ésta un peligro universal.

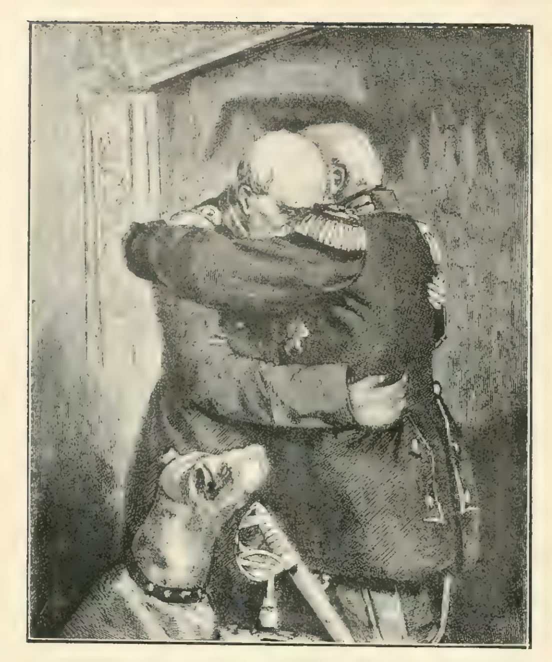


EL MATRIMONIO DEL KAISER EN LA CAPILLA DEL PALACIO IMPERIAL DE BERLÍN (Grabado de la época)

En el seno de la familia Hohenzollern nadie se hacia ilusiones sobre la posibilidad de combatir la dolencia. El viejo Guillermo, que estaba próximo á la muerte, compadecía al kronprintz, sintiendo renacer en su interior las ternuras de sus primeros años de padre. «Mi pobre Fritz», gemía el anciano al recibir noticias de Ems, donde estaba en cura su hijo creyendo no tener otra enfermedad que una afección á los bronquios.

El príncipe Guillermo debió sentirse agitado por sus pensamientos contradictorios. De un lado la compasión hacia un padre que había sido dulce y tolerante para él, de otro la inevitable satisfacción de verse próximo á ascender á un trono que semanas antes sólo era una esperanza remota de su madurez.

Cuando el kronprintz volvió de Ems á Berlín sabía de un modo indudable que su enfermedad era de cáncer y que podía morir antes de un año. Como todos



BISMARCK Y GUILLERMO I

El viejo emperador abraza á su Canciller al felicitarle por su cumpleaños

los hombres de un temperamento nervioso y expansivo, sufría accesos de profunda melancolía aun en tiempo ordinario. Al volver de Ems en Abril de 1887, se mostró decaído y sin esperanza alguna. Por ley natural iba á suceder dentro de poco á un padre octogenario, pero la muerte salía á su encuentro cortándole el camino. Todas las cualidades que embellecen la vida masculina, valor, imaginación, hermosura viril, talento, le habían acompañado en su paso por la tierra; y sin embargo, sólo había conocido la tristeza, la ingratitud y el descorazonamiento. Su destino recordaba la fatalidad que sigue las huellas de muchos héroes de la tragedia antigua.

La esposa del príncipe, por una predisposición natural en favor de todo lo inglés y por desconfianza hacia los alemanes, hizo llamar al doctor Mackenzie, uno de los más célebres doctores de Londres.

En torno del enfermo se entabló una lucha entre el inglés y sus colegas germánicos. Mackenzie practicó una operación en la garganta del enfermo, y los médicos de Berlín lo acusaron de haber operado en la parte sana. Mientras tanto el viejo Guillermo, su nieto y el Canciller, creyeron oportuno alejar al enfermo para impedir la agitación pública. Berlín era una confusa Babel de chismes, cuentos y falsas noticias con motivo de la enfermedad del príncipe, marcándose una violenta enemistad entre alemanes é ingleses.

La celebración del jubileo de la reina de Inglaterra ofreció una ocasión excelente para el viaje del kronprintz. Éste con su mujer y sus hijas salió para Londres el 11 de Junio como representante de Alemania en dicha solemnidad. Sólo había de volver al año siguiente á Berlín para coronarse emperador. Estuvo tres meses en Inglaterra, pasó una corta temporada en el Tirol austriaco y fué á instalarse definitivamente en San Remo, ocupando la villa Zirio. El día de la llegada fueron tan graves los síntomas de su enfermedad, que hubo que llamar por telégrafo al doctor Mackenzie. Éste á su vez, después de examinar al enfermo, consideró grave la situación, haciendo venir de Berlín al príncipe Guillermo.

Toda Europa concentró su atención en la villa de San Remo. La curiosidad pública sometió al enfermo y á sus acompañantes á una vigilancia inquisitorial. Los periodistas de todas las naciones establecieron un cordón de espionaje en torno de la villa Zirio, sobornando á los criados y los proveedores de la casa. Continuó la lucha entre los médicos ingleses y alemanes, tomando sus divergencias de opinión un carácter político. Las acusaciones más insidiosas é infamantes eran lanzadas por cada uno de los bandos contra los adversarios. Los alemanes deploraban amargamente el sistema empleado por los doctores Howell y Mackenzie para la curación del enfermo. Los ingleses, por su parte, daban á entender que los médicos alemanes tenían interés en acelerar la muerte del príncipe, para que le heredase su hijo Guillermo del que eran partidarios. Se habló con ruda franqueza de la posibilidad de un asesinato perpetrado fríamente por medio de la ciencia. Se insinuaron acusaciones contra el joven Guillermo, dando á entender que su ambición predominaba sobre la piedad filial. En este período, el futuro emperador de Alemania motivó terribles comentarios en varias naciones de Europa, y especialmente en Inglaterra.

Durante el invierno de 1887-1888, el mundo pudo presenciar la agonía paralela de dos emperadores alemanes. El octogenario Guillermo había llegado al



ALREDEDORES DEL PALACIO AL CIRCULAR LA NOTICIA DEL FALLECIMIENTO DEL EMPERADOR

MUERTE DEL EMPERADOR GUILLERMO

final de su larga vida y se extinguía lentamente en Berlín, mientras su hijo jadeaba con mortal ronquera en un risueño paisaje de la costa italiana. La cuestión era saber cuál de los dos, Guillermo el viejo ó Federico en toda la fuerza de su madurez, se extinguiría antes. «Alemania—dice un cronista de la época—retuvo su aliento para seguir el desenlace incierto de esta tragedia, y la cristiandad entera concentró su atención sobre los dos Hohenzollern espirantes.» El mes de Marzo, que es duro en Alemania, con sus grandes vientos que barren las últimas nieves, tendió



TRASLACIÓN DEL CADÁVER DEL EMPERADOR Á LA CATEDRAL
(Grabados de la época)

al viejo emperador en su lecho de muerte. El joven Guillermo, que había pasado el invierno entre Berlín y San Remo presenciando la decadencia final de los dos ascendientes, asistió á los últimos momentos de su abuelo. El viejo, al morir, le habló como si fuese su heredero inmediato, haciéndole recomendaciones directas sobre el gobierno del Estado y de la familia Hohenzollern.

Como el emperador conocía el carácter de su nieto, le aconsejó una sumisión y una paciencia afectuosas durante el reinado de su padre, que sería corto. Bismarck prometió á su ilustre amo mantenerse en la Cancillería á pesar de todo en el próximo y breve reinado, á no ser que el heredero lo despidiese francamente. La última exhortación del viejo Guillermo en los murmullos de la agonía fué para recomendar á su nieto que se mantuviese siempre en buenas relaciones con el Imperio de Rusia.

Guillermo I murió el 9 de Marzo de 1888. Al día siguiente Federico, su mujer y sus hijas abandonaron San Remo, dirigiéndose á Berlín en un tren especial que llegó en la noche del 11. Este largo trayecto fué salvado con una rapidez desconocida hasta entonces en los ferrocarriles de Europa. El nuevo soberano moribundo llegaba del país del sol, bajo las tormentas de nieve de Marzo, para desempeñar su rápido papel de emperador fantasma. «El marido de la inglesa» iba á reinar durante 99 días sobre una corte que le había detestado, teniendo por colaborador al ministro de su padre, que era su mayor enemigo. Además, ha-



FEDERICO III EN EL PARQUE DEL PALACIO DE CHARLOTTENBURGO

El escritor norteamericano Harold Frederic, que fué uno de sus primeros panegiristas cuando ocupó el trono imperial, dice sin embargo al describir el corto reinado de Federico III: «El mundo ha hablado mucho de la conducta desnaturalizada que observó Guillermo con su madre, de su actitud dura en presencia de los terribles sufrimientos de su padre, de su simpatía hacia los que invectivaban con más violencia al doctor Mackenzie. Se han contado muchas anécdotas sobre su conducta poco filial en San Remo y sobre su deseo impaciente de arrancar de las manos de su padre las riendas del poder. En Agosto de 1889, la *Nouvelle Revue* insinuó en un artículo que los que rodeaban al enfermo imperial temblaban cuando veían entrar á Guillermo en la habitación de su padre, por miedo á que le exigiese bruscamente el establecimiento de una regencia.»

bía de ver todos los días á los médicos alemanes, acusados por una parte de la opinión europea de querer acelerar el término de su existencia. Un hijo impaciente rondaba en torno de él, pensando á todas horas en su próximo advenimiento al trono.

El emperador Federico III se instaló en el palacio de Charlottenburgo, preparado á toda prisa para recibir al enfermo. Después de dar una proclama titulada «Á mi pueblo», tuvo varias conferencias con su hijo Guillermo y con Bismarck. Estas entrevistas fueron secretas, pero se supo que muchas veces quedaron cortadas por agrias y tempestuosas discusiones.

La salud general de Federico se sostenía en estos días. Todavía le era posible hablar, aunque con voz ronca y penosa. El caballeresco emperador, convencido de su próximo fin, contempló la llegada de la muerte con una calma intrépida, empleando los pocos días que le restaban en la liberalización de Alemania. Por desgracia la falta de tiempo y la terrible dolencia no le permitieron hacer grandes cosas. Hasta los últimos momentos dedicó una atención y una regularidad sorprendentes á todos sus deberes de jefe de Estado. Lo mismo en Charlottenburgo que más tarde en Postdam, dedicó dos horas por día, á pesar de sentirse moribundo, á las audiencias de ministros y altos funcionarios. La parte más considerable de tiempo la pasaba en su biblioteca, estudiando los documentos de Estado y escribiendo sus memorias.

La historia melancólica de estos 99 días de reinado nos muestra al príncipe Guillermo «expuesto en plena luz, sobre las gradas del trono, pero silencioso y casi siempre inmóvil».

En realidad, Guillermo empezaba á encontrar algo largos los días del reinado de su padre. Bismarck, más sereno y previsor, tuvo que aconsejarle prudencia para que no amargase los últimos momentos del soberano exigiéndole la transmisión del mando. Una petición de este género hubiese provocado la cólera de Federico III, que anonadado y sin voz quiso ser rey hasta su última hora.

El 15 de Junio de 1888, á la caída de una tarde obscura y lluviosa, la gran bandera amarilla que ondeaba sobre el palacio de Postdam se arrió para anunciar que el octavo rey de Prusia había cesado de existir.

Llegaba para el príncipe Guillermo el momento deseado. Los ayudantes corrieron de un lado á otro. Las tropas colocadas en el parque y en el interior del



EL PÚBLICO LEYENDO EL ÚLTIMO PARTE DE LA ENFERMEDAD DE FEDERICO III

palacio formaron en batalla, situando destacamentos en cada una de las puertas. Un cordón de hierro aisló del resto del mundo el Friedrichskron, nombre con que había sido bautizada la residencia del emperador difunto.

Guillermo II, tercer emperador de Alemania y noveno rey de Prusia, se cuidó ante todo de hacer sentir su autoridad á los miembros de la familia. Su madre la emperatriz quedó arrestada en sus habitaciones en compañía de sus hijas, pues á un arresto equivalió la orden formulada brutalmente por los ayudantes del nuevo emperador para que no se moviesen de las piezas que ocupaban.

Mientras tanto Guillermo, sin cuidarse del cadáver de su padre, todavía caliente, se dedicó al registro de los muebles del difunto, buscando toda su correspondencia y papeles íntimos.



LA CAMARA MORTUORIA DE FEDERICO III

Después de tales actos de piedad filial, tomó asiento para redactar sus proclamas á la Marina y al Ejército.

«Durante los tres días que transcurrieron entre la muerte y el entierro de Federico—dice Harold Frederic, no obstante ser un escritor marcadamente favorable á Guillermo II—, el mundo no vió ni oyó de su sucesor otras cosas que las dos proclamas al Ejército y la Marina. La cosa fué realmente extraña. Equivalió á un bofetón asestado á la cultura del siglo XIX, la actitud de este joven que recibía el pesado encargo de gobernar un Imperio rico en progresos civilizadores, é inauguraba su actuación del modo más bárbaro. En un país donde nació el arte de la imprenta, en esa Alemania donde trabajó Dúrero, donde Léssing preparó la noble serie de poetas en la que Goethe ocupa el primer lugar y Wágner no es el último, resultaba monstruoso que un joven elevado al rango de soberano no viese otra cosa digna de atención que las columnas de tropas y las máquinas de guerra.»

El contenido de las dos proclamas surgiendo de las prensas casi al mismo tiempo que la noticia de la muerte del emperador, correspondió á la precipitación con que habían sido redactadas y lanzadas al público.

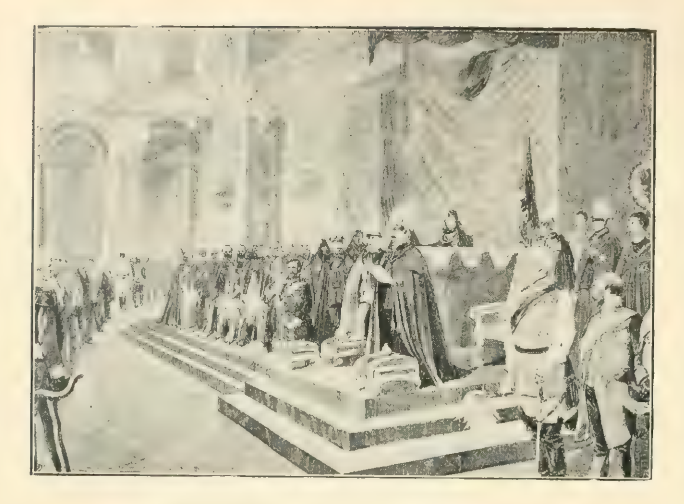
Guillermo hacía en ellas un largo elogio de su abuelo, sólo dedicaba á su padre un débil recuerdo, y glorificaba los hechos de armas y las hazañas de sus antepasados más lejanos diciendo á las tropas: «Nos pertenecemos el uno al otro, yo y el ejército. Hemos sido creados el uno para el otro, y permaneceremos firme é inseparablemente unidos, así le plazca á Dios darnos la calma ó la tormenta.»

Como dice el autor ya citado, «el militarismo triunfante resonaba en cada línea de las proclamas. El mundó oyó á este joven que se glorificaba de ser el Señor de la guerra, con un sentimiento que fué modificándose según la distancia, en diversas gradaciones. Los más próximos llevaron la mano á la empuñadura de la espada; los más lejanos sonrieron desdeñosamente; pero todos, vecinos ó lejanos, adivinaron unánimemente que los días de amenaza y de violencia iban á amanecer en Alemania».

Europa miró con cierta inquietud el entronizamiento de este emperador joven, abundante en palabras y gestos, como un actor, que se complacía en sembrar la alarma y el miedo, y mostraba por sus



EL ENTIERRO — Grabados de la época



EL KAISER LEYENDO SU PRIMER DISCURSO EN EL REICHSTAG
(Grabado de la época)

ejércitos un entusiasmo pueril, semejante al de un niño que posee numerosos juguetes. Al sentimiento de inquietud vino á unirse la aversión producida por su conducta con los padres. Todos comentaban su dura impaciencia ante la enfermedad de Federico, su arrogancia desnaturalizada con la madre en los primeros días de viudez, la tranquilidad con que apenas subido al trono había suprimido de un plumazo lo poco de bueno y de liberal que pudo realizar su predecesor en tres meses de torturas y de reinado.

«El mal hijo» fué el título con que le designaron todas las cortes de Europa. Como Guillermo se dedicó á viajar apenas se vió emperador, creyendo recoger en todas partes simpatías unánimes, los ecos de la reprobación general fueron saludando sus pasos. El príncipe de Gales se marchó de Viena por no encontrarse con este sobrino antipático que había amargado la existencia de su hermana. El heredero de la corona de Rusia atravesó Berlín dos veces sin avisarle su paso y sin querer descender del vagón.

El Papa aun lo juzgó con mayor severidad. Cuando el nuevo César alemán le impuso brutalmente su visita, León XIII, fino observador de los hombres, lo apreció al primer golpe de vista.

Hablando con sus íntimos días después, dijo el Pontífice con una clarividencia profética:

—Es un joven petulante y vano, cuyo reinado terminará con grandes desastres.

XI

El.....

Durante veinticinco años consiguió Guillermo II que el mundo entero se preocupase de él á todas horas. Cuando la opinión universal, fatigada de comentar sus palabras y sus gestos, convergía en otro individuo, el imperial actor, con una acción ruidosa, procuraba acaparar de nuevo la atención de los espectadores.

Tan familiarizada llegó á estar la curiosidad pública con este personaje, que hasta creyó innecesario emplear su nombre. Bastó decir *El.....* para que todos adivinasen al soberano incansable, de fama mundial, aspectos proteicos y ambiciones infinitas, que se ha levantado todas las mañanas durante un cuarto de siglo con el propósito de hacer hablar de su persona á la humanidad entera y procurarse «una buena prensa», lo mismo que un artista que cultiva su renombre y teme las injurias del olvido.

Desconcierta su personalidad por lo compleja y contradictoria. Pueden decirse de él, á un mismo tiempo, elogios y censuras, pues como todos los hombres faltos de equilibrio, ha realizado en un mismo día los gestos más contradictorios y pronunciado las palabras más antagónicas. Unas veces se expresa como un burgrave de la Edad Media y otras hace gala de la mentalidad extremadamente moderna de un ciudadano de los Estados Unidos. En ciertos períodos quiso ser el «Señor de la guerra», el apóstol de la fuerza, amenazando al mundo, como si hubiese desaparecido de él todo vestigio del derecho. Á continuación fué el evangelista de la paz, manifestando públicamente su



EL GESTO TERRIBLE
(Caricatura de *Le Cri de Paris*)

adhesión á todos los que trabajan por la concordia humana.

Hay que reconocer que su actividad incansable y un tanto loca contribuyó poderosamente al enorme desarrollo de su país. Pero hay que aceptar igualmente que esta actividad desordenada é imprudente ha conducido al Imperio alemán á ocupar una situación odiosa en el mundo, viéndose aislado de todos los pueblos por el recelo y la antipatía que inspiran sus actos.

▫

Cuando Guillermo II subió al trono, muchos observadores juiciosos adivinaron que no tardaría en producirse un rompimiento entre el nuevo emperador y el omnipotente Bismarck. Las más cariñosas relaciones unían al viejo maestro y al discípulo. Su reciente colaboración contra la política de Federico III los había juntado, todavía más, con un afecto de cómplices.

—¡HE AQUÍ UN EMPERADOR!

(Caricatura del *Life*, de Nueva York)

El Canciller estaba acostumbrado á considerar el Imperio de Alemania como algo propio de la familia Bismarck, comanditaria de la familia Hohenzollern. Los emperadores eran los socios capitalistas, que recibían honores, ganancias: los Bismarck los socios industriales, que por un derecho indiscutible debían poseer eternamente la dirección de la empresa. Nunca al viejo Guillermo se le había ocurrido prescindir de los servicios del famoso Canciller. Cuando su duro carácter de soldado le hacía discutir y chocar con el terrible colaborador, bastaba que éste lanzase la palabra «dimisión» para que al momento se restablecieran las relaciones amistosas, francas, leales y simples.

Los dos viejos se amaban recíprocamente: sentían una mutua gratitud por lo que se habían ayudado en sus respectivas carreras. El diplomático había encontrado en el rey de Prusia un amo que tenía fe en su talento, siguiéndolo á través de las aventuras más audaces. Guillermo, por su parte, de pobre rey de Prusia había llegado á convertirse en el primer soberano de Europa, gracias á los esfuerzos de su colaborador. Jamás se le ocurrió sentir envidias ni recelos al ver que Bismarck resultaba más famoso que él y era objeto de mayores homenajes de entusiasmo al



EL MODERNO GULLIVER

(Caricatura del *Fun*, de Londres)

comparecer ante el pueblo alemán. Rudo y falto de tacto, en muchas circunstancias de su vida el Canciller mostró, sin embargo, ciertos miramientos con el viejo monarca, para no herir su amor propio. Durante diez y ocho años se abstuvo de asistir á las funciones de la Ópera cuando estaba presente Guillermo I, por temor de que las ovaciones populares con que era saludado pudiesen herir la sensibilidad de su regio patrón.

El gran ministro que guardaba entre sus manos toda la autoridad de Alemania, comenzó á sentir la más humana de las pasiones, la ambición paternal, deseando fundar una dinastía que heredase su enorme poderío. Los Hohenzollern al sucederse en el trono, encontrarían siempre una grada más abajo á los Bismarck,



¡YO SOY YO!

(Caricatura del *Nebelspalter*, de Zurich

sus eternos cancilleres. El viejo Guillermo I había visto en su nieto el sucesor deseado. Bismarck contaba con su hijo mayor Heriberto, en el que parecían reproducirse algunas de sus facultades, especialmente la rudeza de carácter, la libertad de maneras y una gran fuerza para el trabajo. Este joven robusto, gran aficionado á los placeres y de una audacia desconcertante, tenía diez años más que Guillermo II, pero se había educado en compañía de él, con igual intimidad que los hijos de dos consocios unidos por los negocios comunes.

La esposa de Guillermo II detestó á Bismarck á causa de su hijo. El conde Heriberto fué el compañero de aventuras de Guillermo, el que le acompañó antes de su matrimonio y años después en las fáciles aventuras de la vida nocturna de Berlín.

El poder enorme que el príncipe de Bismarck había ejercido sobre el viejo Guillermo iba á parecer poca cosa comparado con la autoridad que creía haberse asegurado sobre el nieto con su apoyo y sus lecciones. Sería el Canciller del Imperio hasta el último instante de su vida. Luego su hijo Heriberto disfrutaría en el siglo XX de la misma omnipotencia gozada por él en la segunda mitad del siglo XIX.



LA NUEVA ÁGUILA ALEMANA

(Caricatura del *Life*, de Nueva York)

Con el advenimiento de Guillermo II al trono, el poderío de los Bismarck llegó á los límites más extremados. Alemania era suya. El Canciller empezó á manifestar las decadencias de la vejez. Conservaba el talento de siempre para los grandes negocios, pero el largo ejercicio de un poder absoluto había desarrollado los defectos de su carácter, dejando al descubierto las más pequeñas y despreciables pasiones. El primer diplomático de Europa descendía á preocuparse de las intrigas y murmuraciones de la corte. Un mezquino espíritu de venganza influía muchas veces en sus decisiones. Él y su hijo, durante el corto reinado de Federico III, habían tenido que sufrir desdenes de los liberales amigos del emperador enfermo, que ocuparon momentáneamente el primer lugar. Al sucederle Guillermo II, la vanidad herida de los dos quiso vengarse de tales afrentas, y se valieron del nuevo emperador como de un instrumento para el castigo de sus adversarios.

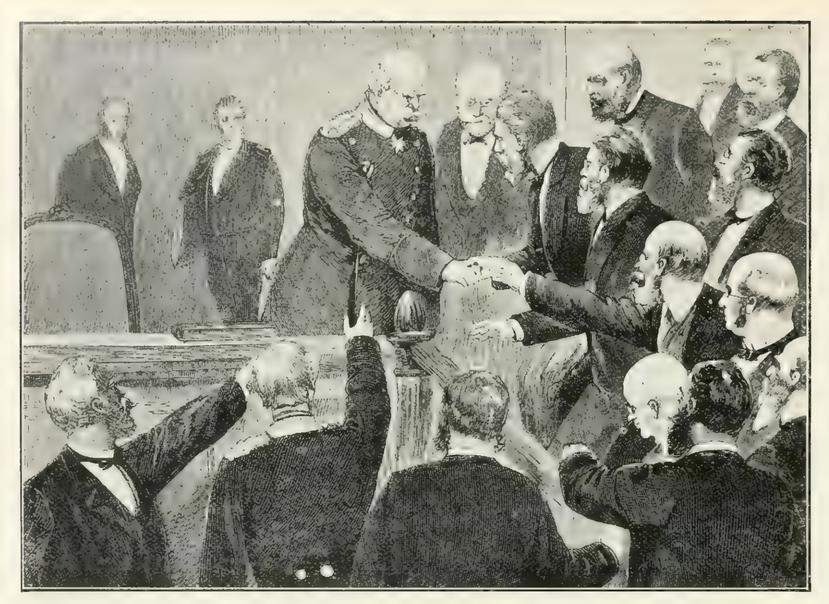
Guillermo II, dominado por el entusiasmo activo y ruidoso que despertó en él su nueva situación, necesitaba de Bismarck y su hijo. Todo el tiempo lo empleaba en satisfacer sus dos aficiones predilectas, la oratoria y los viajes, pronunciando discursos, incoherentes las más de las veces, que sumían á Europa en justa confusión, ó visitando las principales cortes. El joven emperador, por inconsciencia (pues no es creíble que llegase á tanto su deslealtad filial), se prestó á toda clase de venganzas contra la memoria de su padre. No sólo fueron suprimidas las iniciativas liberales de Federico III. Su viuda quedó relegada en una especie de destierro con el título de emperatriz Federico, y los edificios públicos que habían recibido un título de él fueron rebautizados.

Federico III quiso morir en el palacio de Postdam, donde habían vivido él y su esposa y nacido todos sus hijos. Era el llamado Palacio Nuevo, levantado por Federico el Grande; construcción célebre á causa de su gran cúpula, que obtuvo en el siglo XVIII una fama igual á la de la Torre Eiffel en nuestros tiempos. Esta fama no obedecía á razones industriales ni científicas. Tuvo por única base las tres figuras femeninas que sostienen sobre la cúpula una enorme corona real, y que representan un insulto en bronce lanzado por Federico el Grande á las tres mujeres más poderosas de su época. Las tres figuras desnudas tienen los mismos rostros de la zarina Elisabeth de Rusia, la emperatriz María Teresa de Austria y la marquesa de Pompadour, amante del rey de Francia, cada una de ellas con las esfericidades del dorso vueltas hacia su país natal. El famoso rey de Prusia quiso vengarse con esta ironía grosera de las tres mujeres que lo habían lanzado en la guerra de los Siete Años. El espléndido edificio, rodeado de los viejos bosques de su parque, es la residencia más hermosa de Prusia, y por esto la amaba el romántico Fritz, padre de Guillermo II. Quince días antes de su muerte dió un decreto ordenando que el Palacio Nuevo—que no merecía este título por tener más de un siglo de existencia—se llamase en adelante ***Friedrichskron*** (Corona de Federico), en honor del gran rey prusiano. Uno de los primeros actos de Guillermo II fué suprimir este nombre, volviendo á llamarle Palacio Nuevo, á pesar de su vejez.

Con resoluciones menos pueriles demostraron él y Bismarck su dureza contra el difunto emperador. Algunos amigos de Federico III publicaron fragmentos de las memorias escritas por éste y fueron perseguidos y encarcelados como reos de alta traición, compareciendo ante el tribunal imperial de Léipzig, que á pesar de las exigencias de Bismarck, tuvo que absolverlos. En cambio el joven emperador y su Canciller protegieron visiblemente á los amigos infieles é ingratos del emperador difunto. El judío Friedberg, que con gran escándalo de los conservadores prusianos había sido nombrado ministro por Federico III en



EL PALACIO DE POSTDAM



UNO DE LOS ÚLTIMOS TRIUNFOS PARLAMENTARIOS DE BISMARCK
Los diputados, y entre ellos el general Moltke, le felicitan después de uno de sus discursos en el Reichstag
(Grabado de la época)

un sentimiento á otro. En público tributaba grandes muestras de respeto y admiración al Canciller, pero en ciertos momentos parecía reflexionar, afirmando con tono sombrío de amenaza:

—No hay en este país más que un solo amo, y ese amo soy yo.

Su manía oratoria le hizo revelar en algunas ocasiones el verdadero fondo de su pensamiento. Los que le conocían bien, adivinaron que la imagen de Bismarck comenzaba á vivir fija como una obsesión penosa en el fondo de su memoria. La autoridad del antiguo maestro pesaba sobre sus nervios de un modo irresistible. Cuando se mostraba pensativo y ceñudo, sus íntimos se preguntaban si esta preocupación era por los negocios de Estado ó por la tutela gloriosa éirresistible de Bismarck.

Al pronunciar uno de sus muchos discursos en un banquete organizado por la Dieta de Brandemburgo, el regio orador, que una vez que toma la palabra no sabe hasta dónde puede ir, despertando la inquietud ó la desesperación de sus ministros, alzó sin querer una punta del velo que ocultaba su pensamiento. Su discurso poético y dulzón se hizo de pronto agresivo. Hablaba de un reciente viaje por el mar, de sus reflexiones nocturnas sobre el puente del navío, de su

su época de regente, y el escritor Gustavo Freytag, su compañero y secretario, dieron el repugnante espectáculo de ponerse al servicio de Guillermo y su ministro para ennegrecer la memoria del antiguo protector, publicando supuestas revelaciones hechas en la intimidad.

Este proceder demostró una vez más el verdadero carácter de los prusianos, que sólo conocen la amistad y la lealtad cuando proporcionan un resultado positivo, y se hallan prontos á servir á un nuevo amo é insultar al antiguo si les aporta algún provecho. Un alto funcionario de Berlín se expresó así al comentar la conducta de Freytag y Friedberg:

—Cuando dos hombres ilustrados proceden de tal modo contra la memoria de su protector, nada tiene de extraordinario que se nos considere á los prusianos en el extranjero como una manada de lobos prontos á devorar á todo compañero que cae.

▫

Guillermo II siguió mostrando el entusiasmo de siempre por el viejo Canciller y la misma amistad de los primeros años por su hijo Heriberto. En su incesante actividad el inquieto emperador iba personalmente de buena mañana á sorprender al uno ó al otro en el lecho, entablando largas y amistosas pláticas. Nunca el Canciller se había considerado tan fuerte. Y sin embargo, en la corte de Prusia eran cada vez más numerosos los que se expresaban abiertamente contra él, considerando próxima su desgracia. Contaban con el carácter desequilibrado y vehemente del joven emperador, dispuesto á pasar con facilidad de



BISMARCK Y LA POLÍTICA DE GUILLERMO
—En un año me ha complicado el mapa de Alemania
(Caricatura del *Fígaro*, de Viena)

conversación con la inmensidad estrellada del cielo, que le hacía sentir en el alma «un celo ardiente por gobernar con misericordia y justicia, bajo la mirada de la Providencia divina, y para el bien de todo su pueblo». De pronto se detuvo como si acabara de cortarse esta fuente de retórica, fácil y agradable. Lanzó en tornó de él una mirada amenazadora y dijo con voz fosca:

—Todos los que me quieran ayudar á cumplir mis grandes deberes serán bien recibidos; pero los que se opongan á mis deseos, pueden ponerse en guardia, *porque pienso hacerlos pedazos.*

Los oyentes quedaron espantados por la inesperada amenaza. Los repórters no se atrevieron á transcribir tales palabras en sus periódicos, creyéndolas una torpeza de orador que no sabía cómo continuar su discurso. Pero Guillermo las restableció por su propia mano en el relato publicado por el diario oficial.

Estas amenazas produjeron en toda Alemania una impresión penosa. La mayoría creyó que iban dirigidas á los socialistas en particular y á todos los que en el Reichstag pretendían hacer oposición. Los que estaban enterados de los secretos de la corte sonrieron misteriosamente. Unas semanas después el Canciller de hierro tenía que abandonar el poder para siempre. Era Bismarck el que Guillermo II quería ***hacer pedazos.***



BISMARCK EN LA ÉPOCA DE SU RUPTURA CON EL EMPERADOR

Á nuevo Imperio nuevos servidores. Guillermo sentía la ansiedad innovadora del hombre moderno que se apresura á cambiar las maquinarias y los procedimientos venerables que hicieron la fortuna de sus ascendientes.

El viejo Moltke, silencioso, enfurruñado y poco amigo de exhibiciones, se dió cuenta inmediatamente de su inutilidad junto á este soberano joven, ávido de novedades. Bastó una indirecta de Guillermo á sus muchos años cargados de gloria, para que presentase la dimisión de jefe del Estado Mayor, basándola en que «su edad no le permitía ya montar á caballo». El soberano se apresuró á admitirla con acompañamiento de grandes honores para el héroe alemán. Su sucesor fué el general Waldersee, favorito del nuevo emperador.

Waldersee, casado con una rica norte-americana, daba grandes fiestas en Berlín, á las que asistía lo mejor de la aristocracia. En sus salones se trabajaba francamente contra Bismarck, y la conspiración era apoyada por todas las mujeres de la familia imperial. La emperatriz Federico animaba los trabajos con su antiguo odio contra el Canciller. Su nuera, la emperatriz actual, á impulso de los celos, sentía igual predisposición contra los Bismarck, acusando á Heriberto de corruptor de su marido. Hasta la valetudinaria emperatriz, esposa del viejo Guillermo, próxima á la tumba, aprobaba la guerra contra el ministro de su nieto. El carácter piadoso y sencillo de la anciana había abominado siempre de las violencias de Bismarck y de su genio bárbaro.



DIÓGENES BISMARCK AL NUEVO ALEJANDRO, GUILLERMO II

No me quites el sol

(Caricatura del *Punch*, de Londres)

El Canciller se daba cuenta del gran trabajo de destrucción que se realizaba en torno de él, minando sordamente su inmenso poderío. Moltke y todos los compañeros de la época gloriosa se habían retirado. Hombres nuevos y ambiciosos asal-



ALEJANDRO III DE RUSIA

taban los primeros lugares, sin tener para él otro respeto que el que infunde un recuerdo histórico, y hasta pretendían indicarle con su oposición fría y cortés la conveniencia y oportunidad de una retirada á tiempo. En el Reichstag muchos grupos políticos intentaban combatirle á nombre del emperador, estableciendo una diferencia entre su personalidad y la de su nuevo amo.

La política extranjera vino á complicar su situación. Bismarck era partidario de las buenas relaciones con Rusia, y por esto después de constituir la Triple Alianza había hecho su tratado secreto de «contraseguro» con la corte de San Petersburgo. Tal vez á instigación suya el viejo Guillermo había recomendado á su nieto en el lecho de muerte, como último consejo, la estrecha amistad con el Imperio de Rusia. La primera visita de Guillermo II emperador fué para sus parientes de la corte de San Petersburgo. No aguardó una invitación ni que hubiese cesado el luto que aun llevaba dicha corte por la muerte de su padre. La visita fué penosa y fatal. El zar Alejandro III, gigante tranquilo y parco en palabras, experimentó una antipatía irresistible hacia este joven petulante, ruidoso y entrometido, que hablaba de todo con suficiencia y daba consejos á sus mayores. Además en la corte de Rusia, como en las otras cortes de Europa, era reciente la animosidad contra Guillermo por la conducta desnaturalizada que había observado con sus padres.

Transcurrió mucho tiempo sin que el zar le devolviese la visita. La familia imperial de Rusia tuvo cierto empeño en hacer ver que rehuía la amistad de Guillermo II. El heredero de la corona pasó dos veces por Berlín como un simple particular.

El joven emperador, ofendido por estos desdenes, volvió la espalda á Rusia, dedicándose á ganar la amistad de Inglaterra. Esta conducta representaba una gran derrota para Bismarck, poco afecto á la Gran Bretaña y partidario de las relaciones con Rusia.

Le era más difícil á Guillermo conquistar el afecto de la familia real de Londres que la de San Petersburgo, pues aquélla había sido ofendida directa y particularmente por su ingratitud filial. Pero contaba para conseguir la reconciliación con un apoyo poderoso, el de su madre, pronta á olvidar todos los insultos pasados por el gran amor que le inspiraba su primogénito.

La emperatriz Federico se esforzó por conseguir que su madre la reina Victoria olvidase la mala conducta de su nieto. También quiso que su hermano el príncipe de Gales diese la mano á este sobrino del que había dicho: «Lo es todo, menos un *gentlemen.*»

Guillermo II consiguió su ardiente deseo de realizar un viaje á Inglaterra para poder lucir con pueril orgullo sus primeros acorazados ante la enorme flota británica. En está visita la abuela indulgente le hizo el regalo más grandioso con que podía soñar este joven monarca, aficionado como un actor á los uniformes y las condecoraciones. La reina Victoria le nombró almirante honorario de la marina inglesa. Él á su vez, como muestra de gratitud, dió el título de coronel de uno de sus regimientos de dragones á la vene-



EL KAISER EN LONDRES

—¡Hasta la vista, querida abuela!

(Caricatura del *Punch*, de Londres)

rable señora, que por su obesidad y sus años necesitaba apoyarse en un bastón.

Una simpatía sin límites por Inglaterra y sus esplendores se declaró desde entonces en el emperador, de impresiones fáciles y cambiantes. Quiso imitar el lujo y las sólidas comodidades de la más rica nación del mundo. Se sintió avergonzado de la severidad espartana con que el viejo Guillermo había organizado la corte de Prusia, é hizo que el Reichstag aumentase en varios millones la lista civil.

El zar le devolvió su visita en Berlín de un modo frío y ceremonioso, y Guillermo á su vez volvió á Rusia para asistir á las maniobras. Pero la recomendación de su abuelo quedaba olvidada. Su amistad era para los ingleses, y en adelante afectó hablar el alemán con un marcado acento británico. Entre los innumerables uniformes que figuran en sus roperos, el que le inspiró más orgullo fué el de almirante inglés, aprovechando el más leve pretexto para ostentarlo.

Durante el viaje á Atenas en Octubre de 1889 para asistir al matrimonio de su hermana con el príncipe real de Grecia, se mostró tan orgulloso de este título, que al navegar por las aguas del mar Egeo izó en su yacht el pabellón de almirante inglés. Una escuadra británica había ido á Grecia para tomar parte en los reales festejos, y Guillermo, tomando en serio su nombramiento honorífico, se dedicó á inspeccionar los buques como si fuesen suyos, sorprendiendo á las tripulaciones en plena noche con visitas inesperadas, revistándolas, dirigiendo discursos á los oficiales y



EL ENVANECIMIENTO

Guillermo II, escribe: «El Estado soy yo»

(Caricatura del *Humoristické*, de Praga)

obligándolos por cortesía á incesantes trabajos. Cansados de este celo infantil que trataba á la escuadra como si fuese un juguete, los oficiales ingleses protestaron en una queja dirigida al Almirantazgo de Londres. «Es hora de que cese este juego—dijeron—. Si quiere contentarse con lucir el uniforme, muy bien. Pero nosotros no lo hemos nombrado almirante para que nos moleste y nos aturda de este modo.»

o

La intimidad de Bismarck y Guillermo continuó á pesar de las divergencias visibles entre el emperador y su ministro. Aquél, cada vez más poseído de su importancia como árbitro de Europa y ansioso de gobernar personalmente, no podía sufrir el tono de superioridad con que su antiguo maestro pretendía guiarle. Un pretexto cualquiera iba á motivar el rompimiento inevitable.

El 15 de Marzo de 1890, el emperador se presentó á las diez de la mañana en el ministerio de Negocios Extranjeros, donde residía Bismarck. Guillermo II, que parecía de mal humor, le reprochó sus entrevistas particulares con los jefes de grupo del Parlamento. El Canciller, extrañando el tono del soberano, contestó con altivez:

—Yo no puedo admitir ninguna vigilancia en mis relaciones con los diputados, ni reconozco á nadie el derecho de intervenir en mi casa ordenando qué visitas debo aceptar.

—¿Ni aun en el caso que yo os hable como soberano?—preguntó Guillermo cada vez más irritado.

—Ni aun en ese caso—repuso el Canciller—. Las órdenes de Vuestra Majestad no pueden ir más allá



DESPRECIANDO LA SOMBRA DE NAPOLEÓN

(Caricatura de *La Republique Illustrée*)

de la puerta del salón de la princesa de Bismarck. Por cumplir una promesa hecha al emperador Guillermo I en el momento de su muerte, he permanecido y permaneceré al servicio de su nieto. Si resulto importuno, estoy pronto á retirarme.

El que se retiró fué el emperador haciendo un gesto afirmativo. Bismarck, una vez pasada la primera emoción de este choque, recobró su tranquilidad habitual. La amenaza de la dimisión era un procedimiento que había usado muchas veces con el primer emperador, consiguiendo aterrarlo y someterlo. Con el nieto iba á ocurrir lo mismo. El joven emperador, al serenarse, reconocería la imposibilidad de gobernar en ausencia de su antiguo maestro. El Imperio alemán no podía concebirse sin la presencia de Bismarck.

Dos ó tres horas después un ayudante del emperador se presentó en el ministerio para reclamar en nombre del soberano la dimisión ofrecida. Bismarck, trémulo de cólera y de sorpresa, dió una respuesta vaga. Transcurridos algunos minutos, el ayudante volvió á presentarse para repetir su demanda. El Canciller balbuceó que le había faltado el tiempo para redactar la dimisión, afirmando que iría á llevarla en persona al emperador al día siguiente. Cuando se presentó en el palacio resuelto á emplear toda su elocuencia para que Guillermo II reflexionase sobre la trascendencia de tal medida, el omnipotente Bismarck se vió acogido con las mismas palabras que un importuno vulgar: «Su Majestad ha salido.» Al volver al ministerio tropezó de nuevo con el inexorable ayudante encargado de recoger su dimisión. Sólo entonces, trémulo de rabia, se decidió á escribir su sentencia de muerte política, que fué seguida algunos días después por la dimisión de su hijo Heriberto.

Los últimos momentos políticos del Canciller resultaron crueles y equivalieron á una espiación. En vano miró en torno de él: no encontró un amigo ni un apoyo. Con el ansia de conservar el poder, hasta imploró el auxilio de las damas de la familia real con las que había vivido siempre enemistado.



EL GENERAL MOLTKE EN SU DESPACHO DEL ESTADO MAYOR ALEMÁN ANTES DE PRESENTAR SU DIMISIÓN

(Grabado de la época)

La anciana emperatriz había muerto pocos días antes. Bismarck pasó por la humillación de mendigar el apoyo de la emperatriz Federico, «la inglesa» tan desacreditada por él; pero ésta no pudo ó no quiso auxiliarle en las venticuatro horas de angustia que pasó el Canciller, perseguido por el siniestro ayudante que le reclamaba la dimisión.

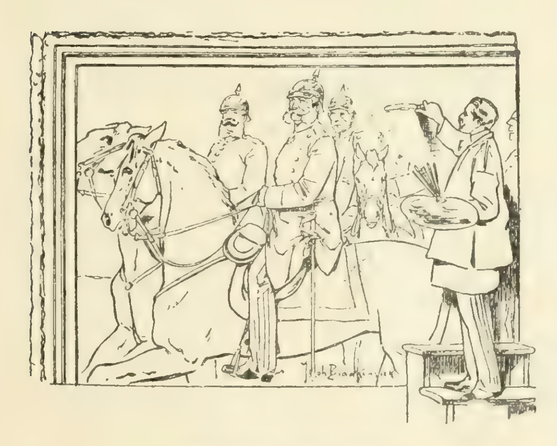
Su tiempo había terminado. El grande hombre no tenía sitio en la nueva Alemania de Guillermo II. La muchedumbre lo adoraba como una personificación de las glorias patrias; pero él había moldeado el pueblo alemán con su mano férrea, infundiéndole un respeto religioso por sus emperadores, y al surgir un conflic-

to entre el monarca joven y el ministro ilustre, el pueblo debía aceptar ciegamente la regia decisión.

Su caída vergonzosa y cruel resultó lógica. Bismarck recolectó con arreglo á la siembra que había hecho durante su vida. Los personajes oficiales, el ejército, las clases ricas, le volvieron la espalda en la hora de la desgracia ó procuraron morderle con la ingratitud prusiana, semejante á la de los lobos. «No había perdonado nada—dice un autor—para hacer depender toda autoridad y todo progreso de la perfidia más profunda y de los cálculos del interés personal. Había repelido todos los ideales y todas las aspiraciones generosas del dominio de una política práctica, apellidada con justicia política bismarckiana. Había acostumbrado sistemáticamente el espíritu alemán á sufrir la ley de la fuerza y de la astucia, á ver aplastados sin misericordia los hombres de los partidos de oposición, á usar sin remordimientos el escándalo y la calumnia como armas políticas. El espíritu oficial, formado en su propio molde, endurecido por las ejecuciones y acostumbrado á ver cómo eran arrojados desde lo alto de la roca de bronce de la cancillería los hombres eminentes, contempló sin lástima y sin emoción la caída prodigiosa de Bismarck.»

En la hora del infortunio hasta sus empleados más íntimos se volvieron contra él. Este protector de Stieber y organizador del espionaje se dió cuenta repentinamente de que sus allegados lo espiaban á él. Bülow, su protegido, su hombre de confianza, se apoderaba de sus secretos por medio de la princesa de Bismarck. Los empleados de su gabinete lo vigilaron hasta el último momento, y el canciller, antes de salir del ministerio, para salvar sus papeles más importantes tuvo que ocultarlos entre las páginas de un atlas de geografía que guardó bajo el brazo.

El 29 de Marzo, vistiendo el uniforme de coracero,



¡BORREMOS A ESTE HOMBRE!

El kaiser haciendo desaparecer la figura de Bismarck del cuadro de los fundadores del Imperio

(*Weekblad voor Nederland*, de Amsterdam



BISMARCK EN DESGRACIA

EL EMPERADOR.—¡Este niño se ha hecho verdaderamente insoportable!

(*Le F...*)

se dirigió á la estación de Lehrte para trasladarse á su retiro de Friedrichsruh. El pueblo de Berlín acudió á despedirle, saludándolo con inmensas ovaciones. La muchedumbre humilde fué la única que le demostró gratitud en medio de su desgracia, recordando los grandes servicios que había prestado al país. Pero Bismarck, que despreciaba al pueblo, lo había convertido en un rebaño obediente, incapaz de rebeldía ante los reyes y de imponer su voluntad en los negocios públicos.

A las masas que lo aclamaban y le arrojaban flores, les gritó con un rugido de orgullosa cólera:

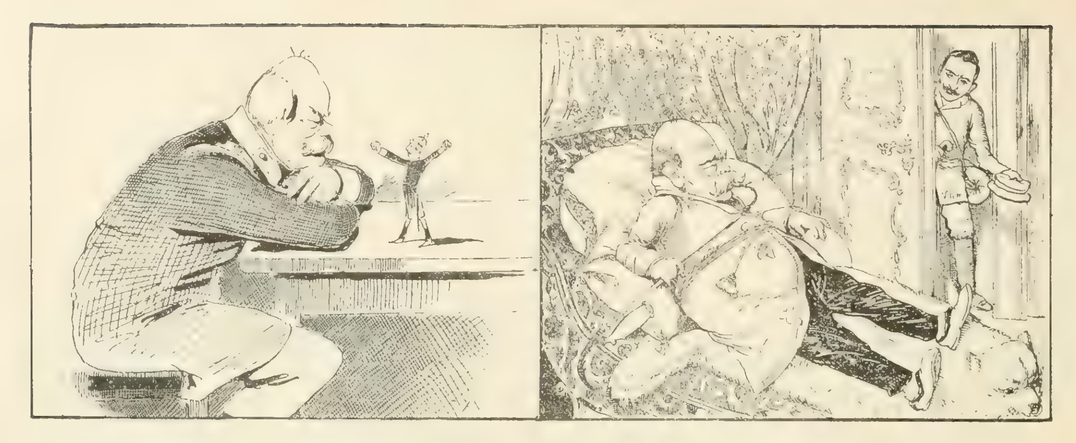
—Volveré, amigos míos. El emperador me encontrará en su camino.

La amenaza del viejo glorioso y decadente no se cumplió nunca. Tal vez estas palabras sólo fueron el eco de una esperanza tenaz, creyendo el canciller que Guillermo II no podría prescindir de sus servicios y se vería obligado á buscarlo, lo que tampoco ocurrió.

Días después, en su retiro de Friedrichsruh, decía Bismarck con tono sarcástico:

—He visto tres reyes como quien dice en cueros, y puedo asegurar que ninguno de estos tres señores me ha enseñado nada realmente hermoso.

La única venganza que pudo permitirse el terrible solitario, reducido á la impotencia, fué la redacción



LA PRIVANZA Y LA CAÍDA DE BISMARCK

El gran Bismarck y el pequeño Guillermo — EL KAISER, humildemente.—¿Se puede?

(*Humoristické Listy*, de Praga)

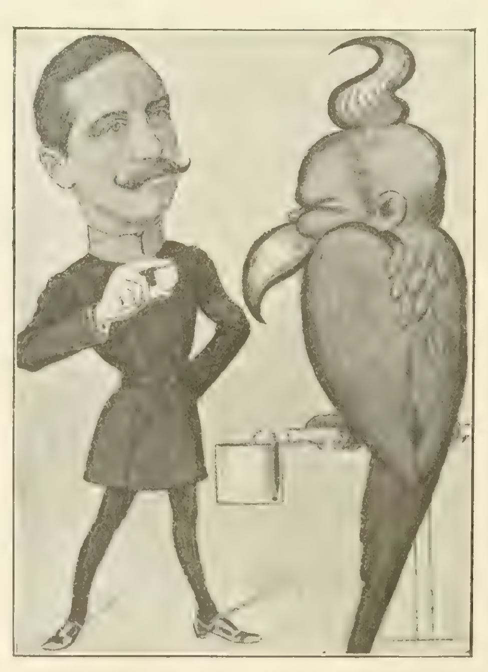
venenosa de sus *Memorias*, que se publicaron después de su muerte.

Si Guillermo II experimentó cierta indecisión al verse solo á la cabeza del Imperio, el aplauso de sus cortesanos y la satisfacción con que una gran parte de Alemania saludó la caída de Bismarck le infundieron orgullo y confianza para seguir adelante.

El Imperio, según él, no debía tener mas que un solo amo: el emperador. El canciller sería en adelante un simple edecán para transmitir sus voluntades á la nación y hacer frente en el Reichstag á los grupos políticos, que fingían una oposición tan falsa y artificial como el parlamentarismo germánico.

El hombre escogido para canciller fué el general Caprivi, por reunir las condiciones de pasividad y sumisión que deseaba Guillermo. Caprivi había conquistado las simpatías del emperador á causa de la humildad ordenancista y la prontitud con que se plegaba á todas sus indicaciones, pasando de un puesto á otro para desempeñar las funciones más diversas.

El carácter bizarro de Guillermo II, su actividad inquietante, la suficiencia con que hablaba de todo y el deseo de mezclarse en todo empezaron á inquietar á Europa cuando el joven emperador quedó expuesto en plena luz ante la curiosidad universal.



EL KAISER Y CAPRIVI

—¡Toma en premio á tus discursos, mi canciller!

(*Humoristische Blätter*, de Viena)

Los ingleses fueron los primeros que se fijaron en él. La *Contemporary Review* publicó en 1892 un artículo sin firma titulado «Guillermo», que obtuvo gran resonancia, pues fué el primer retrato exacto que apareció del regio personaje.

«Mucho antes de que subiese al trono—decía la revista inglesa—, el príncipe Guillermo empezó á ser por su carácter el objeto de una curiosidad excepcional, á la que se unió en muchos observadores una viva simpatía. Surgieron de diversos lados voces más ó menos autorizadas, poniéndose de acuerdo para prometer al futuro soberano un gran porvenir. Pero al mismo tiempo otras personas, que habían tenido ocasión de conocerlo durante su permanencia en la Universidad de Bonn, murmuraban que era un joven de poco corazón, de una vanidad sin límites y predispuesto hasta un grado anormal á la falta de miramientos con el prójimo. A esto añadían que las buenas cualidades que pudiese tener el príncipe Guillermo quedarían obscurecidas fatalmente por su estado permanente de inquietud y movilidad.



BISMARCK. Le dejé un circo y va á transformarlo en una «ménagerie»

Sobre la herida de Bismarck, derrotado y caído en tierra, aplica Guillermo II su mandato pidiéndole la dimisión

»Un alto funcionario encargado de enseñar al joven príncipe los elementos prácticos de la administración, Von Achenbach, interrogado sobre la opinión que le merecía su antiguo discípulo, respondió: «Mi opinión puedo resumirla en dos palabras: mi antiguo discípulo es el tipo acabado del hombre moderno.» Con lo cual el venerable profesor estaba muy lejos de querer hacer un elogio. La calificación de «hombre moderno» significaba esencialmente para él un espíritu puramente superficial, sediento de notoriedad ruidosa; uno de esos espíritus de los que Carlyle dice así: «Os recomiendo que os mantengáis siempre lejos de su camino. No hay medio de que sigan nunca los senderos tranquilos; no hay medio de que vivan satisfechos si todos los ojos no están fijos en su persona, si no los admiran, si no se publican muchos artículos sobre el menor de sus actos.»

»Los recursos intelectuales del emperador Guillermo consisten, especialmente, en un don de apoderarse con prontitud del aspecto exterior de un gran número de cosas. Por esto se nota en él un afectado alarde de especialidad y competencia en materia de literatura, cuestiones militares y navales, diplomacia, etc., á pesar de que se sabe con seguridad que hace mucho tiempo no ha leído un libro. Puede afirmarse que desde hace años toda lectura ha sido materialmente imposible para él, porque ni una sola hora de su tiempo dejó de ser absorbida por las partidas de caza, paseos en yate, viajes en ferrocarriles, banquetes, bautizos, casamientos, funerales, maniobras de ejército y otras manifestaciones públicas del mismo género.

»De todo esto resulta un prestigio suficiente para dar tema á un sinnúmero de artículos de reportaje. Es justamente el prestigio que se necesita para excitar la admiración del entusiasta viajero de los Estados Unidos, que después de ser admitido á la mesa del emperador durante las maniobras de otoño, puede escribir á su familia que un nuevo Federico el Grande ha venido al mundo. Si las personas de esta clase tuviesen la costumbre de reflexionar ó simplemente de escuchar, habrían comprendido que talentos de tal género, que hablan de todo sin leer nada (salvo en el caso único de Napoleón), son casi siempre el signo infalible de un espíritu superficial.

»El producto más censurable de esta mezcla de vanidad y superficialidad que constituye el fondo del carácter del emperador Guillermo es una extraña megalomanía que se desarrolla en él hasta un punto increíble.



BISMARCK EN LA OPOSICIÓN

El antiguo canciller dimitido lanza piedras contra los proyectos del kaiser y Caprivi

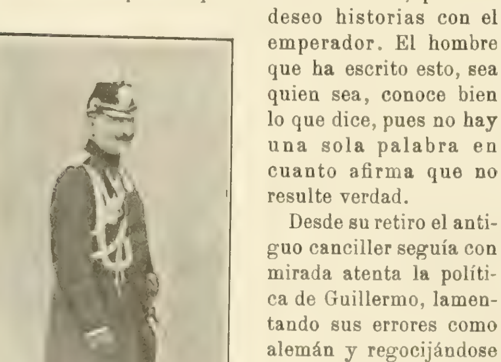

EL KAISER
De feldmariscal

Esta megalomanía empieza á inquietar la parte más seria de la opinión alemana. Muchos temen que conduzca al emperador á cualquiera resolución irreparable, con la falta de tacto que le es habitual. Tienen miedo de que Guillermo, con su vanidad enfermiza, al convencerse de que las empresas pacíficas no pueden proporcionarle la inmortalidad prematura que desea, se abandone enteramente á su irritabilidad nerviosa, lanzándose, irreflexivo y ciego, en los peligros de la guerra.»

El exacto retrato de la *Contemporary Review,* de un asombroso espíritu profético, anunció con veintidós años de anticipación la gran locura de 1914, que ha sumido al mundo en el dolor.

Cuando se publicó el artículo produjo gran sensación en toda Europa. Guillermo II y sus entusiastas lo atribuyeron al príncipe de Bismarck ó á alguno de sus partidarios, y un escritor inglés fué á Friedrichsruh para conocer la opinión del antiguo canciller. Bismarck, que ignoraba su publicación, lo leyó repetidas veces con un asombro sincero, y al fin dijo en voz baja á su visitante:

—Que mi opinión quede entre nosotros, pues no deseo historias con el emperador. El hombre que ha escrito esto, sea quien sea, conoce bien lo que dice, pues no hay una sola palabra en cuanto afirma que no resulte verdad.


De cazador de la Guardia

Desde su retiro el antiguo canciller seguía con mirada atenta la política de Guillermo, lamentando sus errores como alemán y regocijándose de ellos por un espíritu de venganza. Tenía la certeza de que el joven emperador acabaría por facilitar con sus desaciertos la unión de Rusia con Francia. En cuanto á Inglaterra, el canciller anunció repetidas veces que las ambiciones marítimas de Guillermo acabarían por hacerle perder las simpatías británicas.

La falta de respeto con que algunos hombres notables han juzgado al actual emperador después de servirlo, demuestra el verdadero concepto que se forman de sus facultades y méritos en una intimidad donde no son posibles las mismas simulaciones con que engaña al público.

El canciller príncipe de Bülow reconoció los defectos de su augusto amo y especialmente su megalomanía. Á un periodista inglés que hablaba del carácter amenazante de los preparativos navales de Guillermo, le contestó Bülow en 1908:

—Creed que la única ambición verdadera de mi emperador es poder ostentar sus navíos de guerra ante las narices de su tío el rey Eduardo.


De general

Por haber nacido Guillermo en una época de grandes periódicos y poderosos medios de información, ha hecho hablar más de sus actos y dado motivo á mayor número de volúmenes que un Alejandro, un César ó un Bonaparte.

En su organismo físico se encuentra la misma falsa exterioridad, la misma simulación que en su personalidad intelectual. Los que ven al emperador en una ceremonia aparatosa, reciben la impresión de un hombre de gran estatura, con el rostro severo y pensativo y un porte de mayor distinción que el de los otros soberanos de Europa. Lleva sus innumerables uniformes con altivez y comunica á su rostro una dignidad majestuosa, mezcla de energía y reserva, que impresiona á los espectadores. Esta es su fisonomía oficial, la que el público conoce y que el emperador repite hábilmente en las revistas, en las ceremonias civiles ó cuando pasa por las calles simplemente en carruaje. En el arte de saber adoptar posturas de soberano no hay rey que le iguale, ni actor que le supere.

Cuida de tal modo de vigilar y sostener la uniformidad de su aspecto, que cuando se coloca ante la máquina de un fotógrafo exige de éste que le presente los clisés antes de lanzar las pruebas á la publicidad, y el emperador los retoca con su propia mano, modificando los estragos de los años y las incorrecciones de una postura descuidada. En esto ejercita el

talento de pintor que le han supuesto admiradores y cortesanos.

En la vida privada, cuando la ausencia de ceremonial lo muestra tal como es, da la impresión de un hombre de mediana estatura, el gesto amable, y una propensión á reir vulgarmente con una carcajada demasiado ruidosa. Casi siempre prefiere mostrarse á caballo ó en carruaje, pues se da cuenta de que marchando á pie renuncia á gran parte de su majestad.

Este «Señor de la guerra», que ama los cascos rematados por un águila de oro, las brillantes corazas, los mantos esplendorosos, el retintín del sable y las espuelas, y adopta apenas se ve contemplado la actitud de un héroe de los Nibelungos, es un enfermo de nacimiento y hace muchos años que sufre la tortura de tener que vigilarse á todas horas para disimular en público los defectos de su constitución.



De almirante

Cuando nació, en 1859, su madre sólo tenía diez y ocho años y era débil y nerviosa, sintiendo gran pavor ante las consecuencias de un primer alumbramiento. A las preocupaciones del miedo físico vino á unirse la grave cuestión política. Hacía veinte años que en la corte de Prusia no ocurría un nacimiento real, y todos deseaban que el hijo de la princesa inglesa fuese un varón, ya que el rey Federico Guillermo IV, que acababa de ser declarado demente, no tenía descendencia directa.

Guillermo vino al mundo sin el ceremonial que otros príncipes, como el hijo de un simple burgués. Dos médicos de la corte cuidaban á la enferma; pero en Alemania los doctores consideraban como una función indigna de su importancia recibir á los recién nacidos en sus manos, y una simple comadrona de Berlín, Fraulein Stahl, se ocupó de ayudar la salida al mundo del joven príncipe. La madre, en el acto del alumbramiento, estuvo próxima á morir, y los médicos y la comadrona, ocupados en reanimarla, olvidaron al recién nacido por algún tiempo. Al volver á su lado lo encontraron inmóvil y silencioso, hasta el punto de creer que había nacido muerto. La Stahl, mujer ruda y animosa, acostumbrada á proceder con energía en sus operaciones, dió al diablo la etiqueta, y con un trapo mojado comenzó á golpear al recién nacido, siguiendo un viejo uso alemán, para provocar una reacción.

—Los médicos y los cortesanos—contó después la vigorosa comadre—me miraban con espanto, pero yo seguí dando de firme, y con tanto éxito, que cuando los cañones que anunciaban el nacimiento del príncipe hubieron hecho el último disparo, un débil grito salió de la boca del pequeño. Gracias á mí, el príncipe se había salvado.



De dragón

Solamente después de varios días se dió cuenta la familia de que el pequeño había nacido estropeado. Ocupados en devolverle la vida, no habían pensado en examinar sus miembros. El príncipe Fritz presentó su hijo á la familia y á la corte, sin que nadie se diese cuenta de esta desgracia. Al notar días después que no movía el brazo izquierdo, vieron los médicos que tenía separada la juntura del codo, y además dicho brazo estaba mal conformado. Toda la parte izquierda de su cuerpo aparecía afectada de una gran debilidad que ha persistido siempre.

Los íntimos de Guillermo II saben que aunque su paso es vivo y ágil, la pierna izquierda flaquea, apenas deja de esforzarse el emperador por mantener su buen aspecto. Además, su oreja izquierda está enferma y le hace sufrir agudos dolores.

Guillermo mantiene generalmente el brazo izquierdo contra su cuerpo, dejando la mano, que no es deforme, pero sí pequeña y débil, reposar sobre su pecho. Otras veces la apoya en la espada ó en la cadera cuando va á caballo. Los dedos de la mano estropeada no están enteramente paralizados, y aunque la parte alta del hueso radio se ajusta mal con los extremos del húmero, no por esto el miembro cuelga inerte. Puede sostener con la mano izquierda las riendas, pero en realidad dirige su caballo con la mano derecha ó con las rodillas.



De la Guardia imperial

En cuanto á los caba-



LA MANIA ORATORIA
Ensayando un discurso ante el espejo
(Le Cri de Paris)

llos que usa, todos son hábilmente amaestrados por domadores especiales: verdaderos caballos de circo, que obedecen á la voz más que al freno y á las espuelas. De este modo, el emperador, ayudado por su incontestable talento para todo lo que significa aparato teatral, puede ofrecer una figura imponente en las ceremonias públicas y los actos militares.

Tres lacayos encargados de su vestuario, siempre prontos á todas horas para vestirlo, desnudarlo y volverlo á vestir—pues el emperador cambia de uniforme muchas veces al día—, tienen que proceder con gran cuidado á causa de su enfermedad. Uno de los ayudas de cámara, al retirarse del servicio, decía así:

—Lo que nos cansaba más no era que el emperador cambiase de uniforme cinco ó seis veces por día, sino el miedo á lastimar su mano enferma. Este miedo nos hacía ser muchas veces tímidos y torpes. Además, cuando Su Majestad tiene prisa en vestirse y descansa sobre su pierna izquierda para meter la derecha en el pantalón, pierde el equilibrio y hay que estar atento para sostenerle.



EL EXORDIO
—¡Silencio, que va á hablaros vuestro emperador!
(Der Floh, de Viena)

La mano derecha es gruesa y ruda—según afirma una dama de su corte—y de un contacto desagradable. «Cuando fuí presentada á Guillermo, que no era entonces mas que príncipe imperial—dice la dama—, un cortesano me advirtió de la manera brusca con que acostumbraba á estrechar la mano. A pesar de la advertencia, no pude retener un ligero grito por el dolor de la exagerada presión.»

El mal crónico de la oreja ha persistido incesantemente, sin que los médicos puedan determinar el carácter de la afección. Muchos creen en un cáncer, terrible enfermedad que parece hereditaria en los Hohenzollern. Este dolor, que se agrava con el frío y la humedad, influye indudablemente en el carácter de Guillermo, nervioso, excitable y agitado. Un hombre que sufre casi todos los días de un dolor agudo y persistente cerca del cerebro, no puede conservar un dominio absoluto sobre su humor y sus facultades. De ahí que una gran parte de la increíble actividad física de Guillermo dependa de esta afección. Con frecuencia pasa las noches en claro, nervioso, colérico, buscando inútilmente la tranquilidad reconfortante del sueño.



NINGUNA DESPEDIDA SIN SU DISCURSO
—Partid, golondrinas, pero no olvidéis que sois alemanas y cumplid con vuestro deber.
(Humoristische Blätter, de Viena)

Mientras el mundo duerme, él vela, con la imaginación excitada, la sensibilidad vibrante de dolor, y en estas vigilias aprecia las cosas y agrupa las ideas, con la deformación propia de las horas nocturnas. Tiene en la cabecera de su cama lápices y cuadernos de notas, y trabaja para distraer su dolor y facilitar la llegada del sueño. Inútil es decir la desorientación de las ideas nacidas en tales momentos. Algunas veces, para librarse del suplicio físico, salta de

la cama, sale del palacio en plena noche y se presenta inesperadamente en un cuartel, dando la voz de alarma para que el regimiento se movilice en unos cuantos minutos y salga al campo antes de que apunte el alba, entreteniéndose el emperador con sus mudas evoluciones. En todas las épocas del año Guillermo está de pie á las cinco de la mañana.

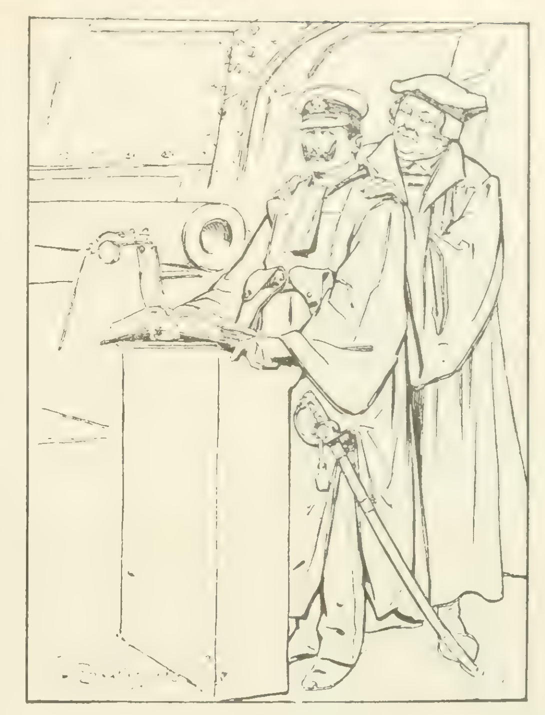
Un aparato especial para limpiar la oreja enferma acompaña á Guillermo en sus viajes. Él mismo se cura, pero cuando está en palacio prefiere la mano hábil de la emperatriz, que sabe extraer con suavidad los residuos de la inflamación del órgano enfermo.

Su manía ambulatoria obedece tal vez á esta dolencia del oído. La continua movilidad le distrae, haciéndole olvidar el dolor físico. La vida en ferrocarril ha sido para él una especie de remedio, y por esto vaga errante de un lado á otro de Alemania. Los vagones del tren imperial fueron por mucho tiempo su residencia preferida. Algunas veces huía de sus habitaciones del palacio de Potsdam para ir á dormir en el tren que estaba inmóvil en la estación con la locomotora apagada. Los empleados tenían que suspender el tránsito de los trenes de carga y hacer avanzar con precauciones los de viajeros para que no turbasen con su estrépito el sueño del emperador. Cien empleados se ocupaban en esta función extraordinaria, y el movimiento de una vía férrea importante quedaba suspendido hasta que despertaba Guillermo.



GUILLERMO II, PROFETA

Las más pequeñas causas influyen en la suerte de la humanidad cuando se halla bajo la influencia del poder concentrado en un solo hombre. Bien sabida es la importancia histórica de la fístula que afligió á Luis XIV. Voltaire habla de la atonía intestinal de Crómwell para explicar su política sombría. La oreja enferma y doliente del César alemán y sus largas vigilias pobladas de pensamientos deformados por la desorientación nocturna, han influído en la suerte del mundo, conduciéndolo á la tragedia de 1914.

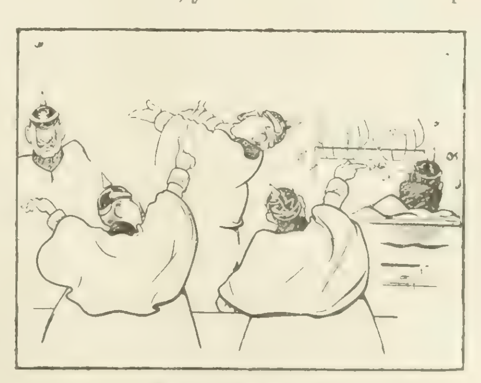


CONFERENCIANTE RELIGIOSO

Lutero.—¡Hijo mío, deja eso de los sermones para nosotros!

Todos conocen el amor de Guillermo á los uniformes, y la importancia que concede á las condecoraciones.

Este entusiasmo pueril por la brillantez exterior, no lo debe únicamente á sus gustos personales. Tal vez los ha heredado en parte de Federico III, príncipe romántico, aficionado á los castillos de aspecto poético, á las decoraciones medievales, á los muebles antiguos y las armaduras viejas. El príncipe Fritz gustó de ser retratado con la dorada barba tendida sobre el brillante pectoral de una coraza y un majestuoso manto en los hombros, lo mismo que un personaje del Sacro Imperio Germánico. Pero estos gustos del noble Fritz eran dis-



EL TRIUNFO ORATORIO

Yo, Guillermo, por la gracia de los dioses y para la felicidad del universo vuestro señor y amo, os saludo.


EL KAISER
De general español

cretos, y nunca sobrepasaron los límites de una afición literaria por el pasado romántico de su país.

El hijo los ha extremado hasta los límites de lo grotesco. Federico amó la pompa externa con un gusto de artista, escogiendo los trajes y los muebles lo mismo que un pintor. Guillermo se entusiasma con los colorines, los galones y las plumas, mostrando un apetito insaciable por la variedad, como si la vida fuese una representación de teatro.

En la misma Alemania, gentes que le admiran han reído secretamente al comentar lo que le ocurrió en uno de sus viajes. Varias maletas faltas de dirección fueron á parar á una aduana, y al abrirlas los empleados quedaron perplejos, viendo un sinnúmero de prendas de vestir de brillantes colores con gran profusión de galones y bordados. Uno de los funcionarios salió del paso inscribiendo gravemente en el libro de registro: «Efectos de un comediante...» Las maletas extraviadas pertenecían al emperador, que había salido de viaje con una pequeña parte de su colección de uniformes nacionales y extranjeros.

Estos uniformes constituyen un verdadero museo. Para dar idea de su enormidad bastará decir que Guillermo posee un uniforme de diario y otro de gala por cada uno de los 300 regimientos de infantería, artillería y caballería del reino de Prusia. Además tiene iguales uniformes de las tropas que forman los contingentes bávaros, wurtemburgueses y sajones. Aparte de éstos posee uniformes de los regimientos austriacos, ingleses, italianos, rusos, españoles, rumanos, suizos, turcos, etc., que le han nombrado coronel honorario. Su manía suntuaria le ha hecho inventar además una gran variedad de trajes para las cacerías, los viajes en yate y otros *sports*. No hay uniforme que haya dejado de emplear para retratarse, y miles de fotografías en posturas diferentes y trajes diversos adornan sus habitaciones, que son verdaderas capillas de un culto egolátrico.


De coronel ruso de infantería

El propietario de este ropero enorme y extravagante necesita numerosas piezas para encerrar sus tesoros bordados y multicolores, así como su inmensa variedad de sombreros, botas y guantes. Tres vastos salones están ocupados por el guardarropa, y los lacayos encargados de vestir al emperador hacen su servicio desde el amanecer hasta bien entrada la noche, pues en todo momento puede sentir la fantasía de cambiar de traje.

Guillermo, gran admirador de Federico el Grande, tiene también uniformes de la época de este rey, y ha aprovechado mascaradas y bailes para vestirse como su remoto ascendiente el Gran Elector. Lo único que no ha imitado de Federico II es su descuido y su indiferencia en materia de indumentaria. Cuando murió el Gran Capitán prusiano, todo su ropero, incluyendo los calzones y las botas que había llevado en la batalla de Rosbach, fué vendido á un israelita por 300 thalers.


De general austriaco

El lujo de Guillermo es puramente militar. Sabe que el uniforme realza su figura, prestándole un aspecto majestuoso. Sus fieros bigotes y su paso marcial sólo sirven para darle un aspecto de viajante de comercio las raras veces que viste el traje civil. Este traje le hace más pequeño y no oculta, como el uniforme, sus defectos físicos.

Sin embargo, el inquieto emperador, que ansía ocupar el primer puesto en toda clase de manifestaciones, intentó por una temporada competir con su tío Eduardo VII—entonces príncipe de Gales—, que gozaba de una celebridad universal por su elegancia sobria y discreta.

En un viaje del príncipe inglés á Berlín, Guillermo le fué mostrando con cierto orgullo más de un centenar de trajes confeccionados con géneros alemanes y por sastres del país. El príncipe de Gales contempló impasible la exhibición, y al final dijo fríamente:

—No hay una sola prenda que esté bien cortada y sea digna de un *gentleman*. Además, aunque estuviesen bien hechas, tú no sabrías llevarlas.



Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»

La infantería francesa batiéndose entre las ruinas del pueb



Louppy-le-Chateau, del que logró rechazar á los alemanes



Y para consolar al sobrino, añadió con su flema británica:

—Sólo te sienta bien el uniforme. Tú eres un guerrero de la antigüedad que tal vez ha nacido tarde.

o

La manifestación más saliente del carácter de Guillermo es una gran facilidad para hacerlo todo, apropiándose las ideas ajenas. Su pensamiento reposa en una contradicción fundamental. Cree, como un monarca de la Edad Media, en su derecho divino, y al mismo tiempo siente las más modernas preocupaciones comerciales. Quiere serlo todo: general, almirante, diplomático, teólogo, predicador, orador de banquetes, *sportsman*, autor dramático, comerciante, músico, pintor, libretista, director de escena, crítico de arte, padre de familia, marido modelo—á pesar de sus numerosas distracciones lloradas por la emperatriz—, y en todos los actos de esta actividad incesante ve una ocasión para dar salida á su furia oratoria, pronunciando discursos que al principio despertaban un eco mundial por su incoherencia ó sus amenazas, pero luego, por su frecuencia, han quedado reducidos á simples incidentes de la vida ordinaria.



De coronel de húsares húngaros

Cada época de su vida está marcada por un deseo dominante. Cuando no ha podido distraerse con los viajes ó las revistas militares, ha deseado ser un gran músico, un gran pintor ó un gran poeta. En todas estas aficiones artísticas no hay mas que una hábil simulación, sostenida por el elogio de los cortesanos y el irresistible respeto que sienten los alemanes por todo lo que procede de sus monarcas. Guillermo, cuando escribe, necesita de colaboradores, lo mismo que cuando prepara sus discursos. Su talento de pintor es ilusorio, pues no ha pintado nunca. Todos sus trabajos en dicho arte se han limitado á sugerir el «argumento» de un cuadro á algún artista mediocre protegido suyo, que se encarga de interpretarlo sobre el lienzo.

Su habilidad de músico, que es tenida por muchos como indiscutible, representa igualmente otra simulación. Bien conocida es la notoriedad que obtuvo en Alemania hace años el famoso *Himno á Egir*, compuesto por el emperador. Empezaba éste á preocuparse de la reorganización de la flota, y creyó oportuno inaugurar sus trabajos escribiendo un himno en honor del dios del mar en la mitología escandinava. Todos los buenos alemanes entusiastas del emperador creyeron oportuno aprender el himno, extasiándose ante sus bellezas, sólo comparables con las de Beethoven y Wágner.



De dragón inglés

Las hermanas de Guillermo, que ríen á cara descubierta de sus talentos artísticos, mostraron un regocijo demasiado ruidoso ante el éxito musical de su augusto hermano, especialmente la princesa Carlota de Meiningen, que es de toda la familia la que tiene la lengua más fácil.

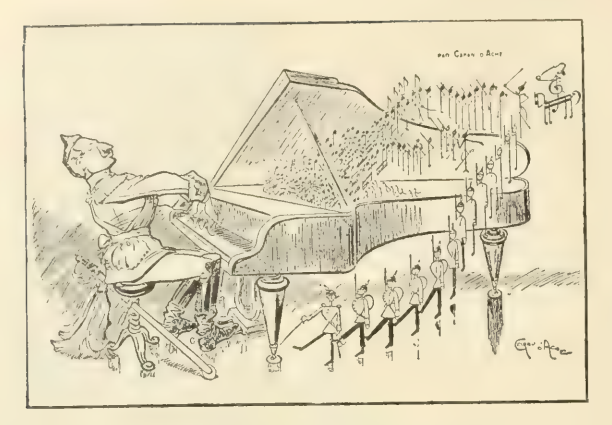
La maliciosa princesa no podía creer en la paternidad del himno por estar bien enterada de que el emperador, no obstante haberse retratado ante un piano y llevar un instrumento de esta clase en muchos de sus viajes, sólo es capaz de teclear con un solo dedo. Las averiguaciones de la princesa Carlota acabaron por descubrir que el himno era de tres autores: Guillermo había proporcionado, como siempre, la «idea», y sus íntimos amigos y ayudantes, Moltke el joven y Eulemburg, se habían encargado de escribir la música, entrando además en la colaboración un cuarto autor, el maestro Becker, de Berlín, que orquestó la obra, recibiendo en recompensa una cruz.

Las indiscreciones de las hermanas del emperador y de otras damas de la corte fueron descubriendo á los diversos colaboradores de Guillermo II. El profesor Knackfus, de Cassel, y el pintor Karl Saltzmann, de Berlín, han hecho sus paisajes y marinas; el capellán de la corte, Frommel, ha escrito muchos de los sermones que el emperador declama fogosamente sobre la cubierta de su yate, y en general los oficiales de su cuarto militar le ayudan en la preparación de los discursos belicosos.

Estas colaboraciones



De almirante [illegible]



MÚSICO Y PINTOR

El kaiser, ferviente pianista. Cada nota es un soldado

(Caricatura de Caran d'Ache, publicada en *Le Figaro*, de París)

unos manuscritos de Federico el Grande. El célebre escritor francés quedó encantado de la ilustración del emperador y del profundo conocimiento que tenía de sus obras.

Según las revelaciones de un cortesano indiscreto, unos meses antes Guillermo II ignoraba la existencia de Julio Simón y jamás había abierto ninguno de sus libros.

Poseído de la importancia divina que le comunica su corona, el emperador no quiere reconocer los obstáculos de lo imposible ni las confusiones del ridículo. Las influencias ancestrales, al revelarse en él, le hacen incurrir algunas veces en las mismas extravagancias de su antecesor el rey-sargento. Al ser presentado en la corte un noble del campo que estaba arruinado y solicitaba una colocación, Guillermo II admiró su enorme estatura: «Será —dijo— un magnífico capitán de mi Guardia.» Los cortesanos rieron, creyendo en una broma imperial, pero el pacífico gigante fué nombrado capitán acto seguido, á pesar de su falta de instrucción militar.

para simular un talento artístico no son nuevas en la familia Hohenzollern, que ha tenido varios individuos deseosos de aparecer como pintores, músicos y poetas incomparables.

Los entusiastas de Guillermo II recuerdan muchas veces el talento de pintor que poseía su remoto ascendiente Federico Guillermo I. Pero algunos autores, al hablar de este segundo rey de Prusia, dan á entender que era un astuto comerciante que se hacía confeccionar por artistas pobres una gran variedad de cuadros de todos géneros y tamaños, para firmarlos impudentemente, vendiéndolos después á un precio enorme á los admiradores y los curiosos.

Además, Guillermo II, que desea intervenir en todos los asuntos de Alemania, ha organizado su vida de tal modo que le falta tiempo materialmente para poder dedicarse á ningún trabajo literario ó artístico. Sujeto á una agitación perpetua, le repugna estar sentado. Algunas veces, cuando le vence la fatiga, descansa en el brazo de un sillón ó en el borde de las mesas, y balanceando una pierna habla y habla, pues su verdadero placer consiste en ser escuchado.

Tampoco dispone de tiempo para leer un libro. Por las noches, cuando está en vela por el dolor de la oreja, su estado no le permite el placer de la lectura, y cuando se halla en calma necesita aprovecharla entregándose al sueño reparador. Todo lo sabe de oídas, pues después de sus estudios en el liceo de Cassel y la Universidad de Bonn, no ha tenido tiempo ni tranquilidad para dedicarse á los libros. Pero hay que reconocer en el emperador una inteligencia ágil para la asimilación, y una excelente memoria, que engañan al que le escucha por primera vez, haciéndole creer en sus vastísimos conocimientos.

Cuando Julio Simón fué á Berlín para asistir á un congreso científico, el emperador lo recibió con grandes muestras de admiración y le hizo el regalo de

Las grandes contradicciones de su vida dividen ésta en tres períodos. En sus primeros años de emperador amenazó á Europa como un dios implacable de la guerra. Fué el soberano belicoso que había anunciado su advenimiento al trono con dos proclamas al Ejército y la Marina, olvidando al pueblo alemán, que únicamente oyó su palabra algunos días después. La



EL KAISER COLABORANDO CON EL MAESTRO LEONCAVALLO

(*Pasquino*, de Turín)

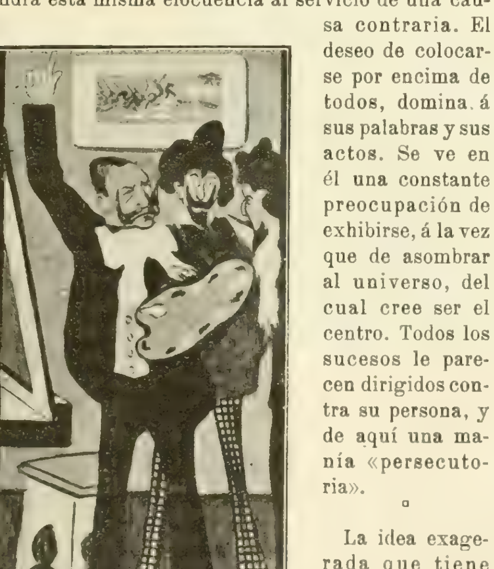
nación quedó organizada para el ataque y las potencias europeas vivieron en continua alarma.

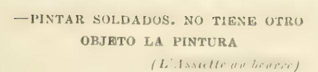
Luego el inquieto emperador cambió de ideas, pronunciando discurso sobre discurso acerca de los beneficios de la paz, dando á todas sus afirmaciones un tono idílico, como si fuese el buen pastor de la humanidad. «La paz soy yo», dijo en repetidas ocasiones. Y aunque esta afirmación era desmentida frecuentemente con amenazas de agresión, el mundo, predispuesto á creer todo lo que favorece su tranquilidad, vivió confiado en la palabra imperial.

El tercer período es reciente. En 1913 el embajador Cambon dió la alarma al notar el cambio que se verificaba en el «emperador de la paz». Volvía á ser el monarca sombrío y amenazador de los primeros tiempos de su reinado. La guerra estaba próxima.

Algunos autores, al comentar las incoherencias del carácter de Guillermo, transcriben unos párrafos de una obra clásica sobre las enfermedades del espíritu. Este tratado médico dice así:

«El enfermo se siente con un poder mental ilimitado; manifiesta una suprema confianza en sí mismo; sus actos le hacen asemejarse á una persona medio intoxicada. No hay en él mas que pretensiones vanidosas y proyectos audaces. No puede negarse que algunas veces manifiesta una intuición viva en extremo. Puede hacer brillar una elocuencia de circunstancias; pero sus ideas carecen de ilación, y al día siguiente pondrá esta misma elocuencia al servicio de una causa contraria. El deseo de colocarse por encima de todos, domina á sus palabras y sus actos. Se ve en él una constante preocupación de exhibirse, á la vez que de asombrar al universo, del cual cree ser el centro. Todos los sucesos le parecen dirigidos contra su persona, y de aquí una manía «persecutoria».





—PINTAR SOLDADOS. NO TIENE OTRO OBJETO LA PINTURA

(L'Assiette au beurre)

La idea exagerada que tiene Guillermo de su preciosa misión en el mundo, le hace vivir en perpetuo temor de las enfermedades. El poder misterioso de los microbios y los peligros del contagio obsesionan á este personaje, que gusta de aparecer con gran aparato militar en fotografías y periódicos como un héroe que no conoció nunca el miedo.



—HE AQUÍ UNA NUBE QUE VA Á OBSCURECERME EL CIELO DE ITALIA

Alude al viaje de M. Loubet, entonces presidente de la República francesa

(Pasquino, de Turín)

Cuando alguno de sus allegados cae enfermo de una dolencia que él juzga contagiosa, abandona inmediatamente el edificio en que esto ocurre y se niega á volver á ocuparlo en mucho tiempo. Estando en el Palacio de Mármol de Potsdam, bastó que en la familia de uno de sus servidores ocurriese un caso de difteria, para que Guillermo huyese á Berlín sin esperar á la emperatriz y sus hijos, que le pidieron algunas horas para hacer los preparativos de viaje.

En las recepciones palaciegas, el emperador se aparta muchas veces bruscamente de la persona con quien conversa, dejándola estupefacta y confusa. Es que su interlocutor acaba de manifestar imprudentemente que su hijo, su hija, un tío ó un criado sufren la escarlatina ó una simple congestión en la garganta. Apenas oye hablar de enfermedades, tuerce el gesto y se aleja á toda prisa. En un baile de la corte, el emperador, que conversaba galantemente con una hermosa dama de Berlín, le volvió de pronto la espalda con visible enfado. La beldad había cometido la ligereza de hablar de uno de sus hijos que estaba enfermo. «¿Cómo os atrevéis, en tal caso, á venir á mi casa?», dijo secamente Guillermo con ojos amenazan-

tes, como si acabase de descubrir una falta de respeto á su persona.

El culto exagerado á la importancia de su individualidad se manifiesta igualmente en las persecuciones que exige á sus ministros contra todo el que se permite comentar su persona ó sus actos. Inútil es decir lo que se presta este soberano con sus pretensiones, sus manías y su culto egolátrico á la burla ó simplemente crítica de las personas sensatas.

Guillermo admite como crimen de lesa majestad el más insignificante comentario sobre su persona semidivina ó la de los favoritos de su séquito. Los tribunales alemanes, ensanchando arbitrariamente el texto del Código penal, castigan duramente, no sólo las opiniones emitidas por la prensa ó manifestadas en público, sino igualmente los comentarios desfavorables al emperador que se formulan en la intimidad.

Guillermo emperador constitucional es intangible, indiscutible, perseguidor y vengativo, lo mismo que un autócrata que no se hubiese dado la pena de fingir una Constitución. El pueblo alemán, que nunca se ha distinguido por su amor á la libertad, vive una existencia de esclavo en lo que se refiere al derecho de crítica de los actos gubernamentales.

El filósofo Juan Finot ha descrito la vida de Alemania bajo la amenaza de Guillermo II, que en toda opinión un poco independiente ve un manejo revolucionario ó un crimen de lesa majestad.

«Entre 1888 y 1898—dice Finot—, ó sea durante la primera década del reinado del kaiser, los tribunales infligieron al pueblo alemán 1.120 años de prisión por los crímenes de *Majestaetsbeleidigung*, sin contar las pérdidas de privilegios, de derechos de ciudadanía y de situaciones adquiridas. Después de 1898 el número de procesos de esta clase ha adquirido proporciones fantásticas. Cada ciudad y cada pueblo tiene sus sospechosos y sus víctimas. El régimen de la delación ha llegado á un desarrollo enorme. Los domésticos despedidos de las casas emplean frecuentemente este sistema para vengarse de sus antiguos amos. Como los crímenes de lesa majestad sólo prescriben á los cinco años, se desarrollan con frecuencia procesos insensatos gracias al celo monárquico de los criados despedidos ó de antiguos camaradas que al romper la amistad se acuerdan de pronto de ofensas proferidas contra el emperador algunos años antes. Se adivina con esto lo dulce que debe ser la vida alemana y la degradación inevitable de sus costumbres. Un profesor de la Universidad de Berlín, al pasar por París me contó hace tiempo la aventura ocurrida á una de las damas más respetables de la capital, que fué encarcelada durante algunos meses por haber hablado de un modo irrespetuoso de la multiplicidad de los talentos ofrecidos por el kaiser á la admiración de su pueblo.»

EL KAISER EN CARRUAJE, DURANTE UNA CEREMONIA DE CORTE

No creer en el mérito de Guillermo II como pintor, músico, orador ó poeta y manifestarlo en la intimidad, es un motivo para ir á la cárcel si es que un criado infiel ó un espía cercano denuncia las palabras á la policía.

Los periódicos de toda Europa contaron hace años la aventura de un inglés detenido en Berlín como reo de lesa majestad. Hablando con un vecino de mesa en el célebre Café Baüer, el inglés dijo en su idioma, al comentar los actos de Guillermo, especialmente sus pretensiones artísticas y su aparato teatral: «Es

preciso que el emperador esté realmente loco, para hacer tales cosas.» El vecino de mesa, que era un espía, lo denunció á los agentes que estaban en la puerta del café, y éstos detuvieron al súbdito británico, conduciéndolo al puesto de policía más inmediato.

—Yo he hablado de un emperador que está loco —dijo el inglés al comparecer ante el comisario—. Pero me refería al emperador de Rusia.

A lo que contestó el buen policía alemán con torpe indignación:

—Eso es una excusa. Usted ha hablado de un monarca que está loco, y no puede ser otro que nuestro emperador.

«Cualquiera nota independiente—dice Finot—que aparece en la prensa respecto á la conducta de Guillermo es denunciada y castigada inmediatamente por los tribunales. Las bromas más inofensivas y pueriles de los caricaturistas prusianos no encuentran excusa ante una magistratura servil y ávida de avance en su carrera. El director de un periódico de Berlín fué condenado á varios meses de prisión por haber puesto en caricatura unas palabras del kaiser. Éste había dicho: «Nadie puede ser un buen soldado si no es un buen cristiano.» Y el dibujo perseguido representaba simplemente á Federico el Grande, Napoleón y otros guerreros ilustres, que nada tuvieron de creyentes, leyendo en el otro mundo el discurso dél kaiser y riéndose entre ellos.»

EL KAISER Á CABALLO, EN UNAS MANIOBRAS

En la prensa alemana los únicos periódicos satíricos que osan comentar con cierto atrevimiento los actos imperiales son los de los Estados que disfrutan de una completa autonomía, especialmente el reino de Baviera, donde los delitos de imprenta quedan sometidos al jurado. El *Simplicissimus,* de Munich, ha despertado en el kaiser en ciertas ocasiones mayores cóleras que un conflicto europeo.

Guillermo, que perdona las muertes en duelo y muchos delitos comunes, no ha querido nunca firmar un indulto por un crimen de lesa majestad. Una estadística alemana establece que hasta el año 1912 los tribunales de Prusia habían distribuído 12.600 años de prisión entre individuos francamente irrespetuosos con el emperador ó acusados sin pruebas, é injustamente condenados. Muchos de tales delitos de lesa majestad resultan simplemente ridículos. La esposa de un propietario de la Pomerania fué condenada á seis meses de prisión por haber dicho que el emperador, con todo su poder, no conseguiría besar uno de sus pies. El director de un periódico de Breslau fué condenado á siete meses de cárcel por comentar la afición pueril á los placeres de la caza que manifiestan el emperador y su corte. En Septiembre de 1897, una pobre maestra de piano de Berlín se vió sentenciada á tres meses de prisión por haber dicho en 1893, ó sea cuatro años antes, que el *Himno á Egir* «era una tontería musical». La desgraciada pianista dirigió una petición á la emperatriz para obtener el indulto; pero la soberana no se atrevió á entregar el memorial á su marido por miedo á una de sus explosiones de mal humor, y encargó de la caritativa misión á Levetzow, antiguo presidente del Reichstag.

Apenas Levetzow empezó á exponer este caso inaudito á Guillermo II, le interrumpió el emperador bruscamente:

—¡Creéis que las leyes contra los delitos de lesa majestad son demasiado severas! Me asombra vuestra pretensión. Justamente la frecuencia con que hay



PARTIDARIO DE LA PAZ

La bandera universal de la paz, dibujada por el kaiser

(*Pasquino*, de Turín)

que perseguir tales crímenes, demuestra, por el contrario, que las sentencias son demasiado ligeras. Si se castigasen con la merecida dureza las gentes que osan atacar al ungido del Señor, sentirían miedo y se callarían. Cuando yo encuentre el hombre que me hace falta para la cancillería, le ordenaré que presente un proyecto de ley agravando las penas.

El *Himno á Egir* fué una verdadera calamidad pública por las numerosas condenas á que dió motivo. De 1894 á 1896, los tribunales distribuyeron 311 años y siete meses de prisión, con 9.000 marcos de multas, entre distintos individuos que habían osado criticar la composición musical de Guillermo.

Una de las sentencias más extravagantes por delito de lesa majestad fué la impuesta á una criadita de diez y seis años, condenada á nueve días de cárcel por haber dicho públicamente que le gustaría dormir con el emperador.

Al enterarse éste de la sentencia, dijo delante de la emperatriz y de su corte, con tranquila petulancia:

—Esa pequeña me habrá visto probablemente mandando mis tropas en las maniobras sobre el Rhin. El diablo me lleve si puedo censurar á la tal criadita. Su falta de educación no le ha permitido expresar de otro modo el afecto por mi persona.

Y por primera y última vez en su vida indultó á esta terrible delincuente.

Algunos crímenes de lesa majestad le han irritado hasta el paroxismo, haciéndole desear los tiempos de los primeros Hohenzollern, cuando empleaban éstos contra los súbditos ciertos aparatos de tortura que aún se conservan en los museos como testimonios de horror.

Un labriego de la Pomerania vió sus cosechas pisoteadas y perdidas por los soldados que invadieron sus campos durante unas maniobras dirigidas por el emperador. El campesino puso pleito pidiendo una indemnización, y lo perdió. Al intentar un recurso de alzada, los jueces quisieron disuadirlo, manifestando que era un honor para él haber sufrido tales pérdidas, ya que las tropas que arrasaron sus campos estaban mandadas por el emperador en persona.

—¡El emperador!—exclamó furioso el campesino—. Yo reclamo lo que es mío, y el emperador puede besarme el...

Este labriego, llamado Fucks, fué arrestado inmediatamente por un insulto que debió estremecer de asombro é indignación á los jueces alemanes. Juzgado inmediatamente, lo enviaron á la cárcel por nueve meses, después de negarle toda indemnización por sus cosechas. El emperador, al enterarse del horrible delito, juzgó débil la sentencia, diciendo como si se lamentase de una injusticia:

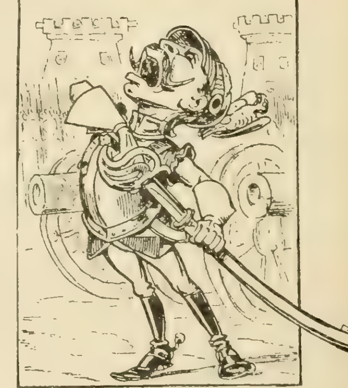
—A individuos de esta especie los descuartizaban en otro tiempo.

Yo he conocido á una distinguida señora de una república sudamericana que tuvo que salir de Berlín apresuradamente, temiendo verse sentenciada por crimen de lesa majestad. Al examinar en una calle el retrato de Guillermo II con un capote blanco, dijo confidencialmente á los que iban con ella que el emperador parecía llevar una camisa sobre el uniforme. Un agente que entendía el español la denunció inmediatamente, y á las pocas horas la dama tuvo que salir de Berlín en vista de que la policía la iba buscando de hotel en hotel.

Este «ungido del Señor», que tiene la mentalidad de un soberano de la Edad Media, ha asombrado al mundo con las más estupendas afirmaciones, como si pretendiese hacerlo retroceder diez ó doce siglos.

Su famoso discurso de Potsdam á los reclutas de la Guardia imperial en el acto de jurar la bandera quedará como un monumento de insensatez despótica. Fué en días de agitación popular, cuando los socialistas alemanes realizaban una activa campaña. Descansando la mano inútil en la empuñadura del sable y moviendo la otra con ademanes tribunicios, dijo así á los reclutas:

«Acordaos siempre de que el ejército alemán debe estar pronto á combatir á los enemigos que surjan entre nosotros, pues son tan temibles como los que tenemos al otro lado de las fronteras. Hoy la incredulidad y el descontento avanzan en nuestro país de un modo nunca visto. Vosotros sois mis soldados y me pertenecéis en cuerpo y alma. Habéis jurado obedecerme en todo y debéis seguir mis mandatos sin murmurar.



TODO POR LA PAZ

—He aquí mis guardianes de la paz. Al que la toque lo destrozo.

(*Chronique Amusante*)

A partir de hoy sólo tenéis un enemigo: el que lo sea de mi persona. Y si un día yo os ordeno—Dios no lo quiera—que tiréis sobre vuestra propia familia, sobre vuestros padres, sobre vuestros hermanos, debéis obedecerme sin murmurar, como en todas las órdenes que yo os dé. Debéis cumplir vuestro deber sin escuchar la voz de vuestro corazón... Y después de esto, id en busca de vuestras nuevas obligaciones.»



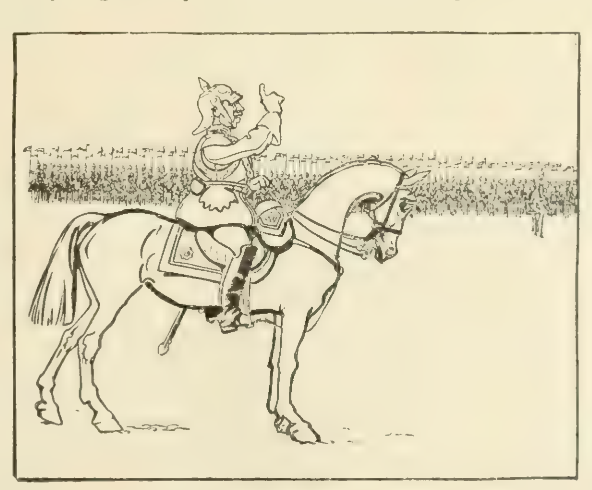
LOS DOS RIVALES

La paloma de la paz y el águila de los millones del presupuesto de guerra

(P[illegible], de Londres

Las incoherencias del carácter de Guillermo se revelan especialmente al tratar asuntos de dinero. Ama la riqueza y admira á los que saben conquistarla en proporciones enormes, como lo prueban los exagerados extremos de amistad con que ha recibido en Berlín á los grandes millonarios de los Estados Unidos. Sus entusiasmos de «hombre moderno»—que resultan otra incoherencia al lado de sus pretensiones de monarca por derecho divino—le han arrastrado á mezclarse en empresas industriales y especulaciones de terrenos. Según han dicho muchas veces los periódicos, Guillermo es un accionista importante de las fábricas de Krupp, de las sociedades de navegación de Hamburgo y de otras empresas alemanas. Además le suponen grandes adquisiciones de tierras en diversos Estados de América. Sus viajes á los países de Oriente y á Marruecos tuvieron un marcado fin comercial, actuando en ellos como el primer comisionista de Alemania. Un autor satírico ha dicho que en su ropero inmenso sólo falta un uniforme, al que tiene indiscutible derecho: el casquete y las alas de Mercurio.

Pero á pesar de su entusiasmo por las grandes empresas industriales, de su afición al comercio y su amor á los millonarios, el emperador es de una inconsciencia infantil en asuntos de dinero. Ignora el valor exacto de las cantidades. Unas veces muestra una avaricia que llega á ser pueril; en otras ocasiones derrocha las sumas con una prodigalidad que asusta á sus ministros. Casi siempre su instinto de economía se despierta contra los demás, mientras guarda para él las amplitudes dilapidadoras.



¡VIVA LA PAZ!

—La paz, gracias á Dios, no quiere decir todavía desarme.

Caricatura de Caran d'Ache, [illegible] Le F[illegible]

Los coleccionistas de anécdotas de la corte alemana han publicado algunas muestras de esta inconsciencia en asuntos de dinero.

Almorzando en su palacio de Berlín, en Febrero de 1892, Guillermo se escandalizó al saber que su hermana Carlota con su marido, el príncipe de Meiningen, iban á pasar una temporada en Londres al lado de la reina Victoria.

—¡Pero ese viaje va á costarles horriblemente caro!—exclamó el emperador—. ¡Es asunto de diez marcos diarios por cabeza cuando menos!

Y el kaiser insistió repetidas veces sobre la enormidad de este gasto, sin reparar en el mudo asombro de sus cortesanos.

Cuando el príncipe de Meiningen se hubo enterado de tales palabras, se limitó á decir:

—Mi gran cuñado me toma por uno de sus guardabosques, así como tomaba á Bismarck por el primero de sus limpiabotas.

Al día siguiente de su asombro por los diez marcos diarios, Guillermo enseñó en la mesa los planos de una reforma general



LA ARENGA DEL KAISER

(Caricatura de la *Revue Encyclopedique*)

del palacio de Berlín, con toda clase de obras exteriores y demolición de las casas vecinas para aislarlo del tráfico y el ruido de las calles.

—¡Pero eso va á costar mucho!—exclamaron la emperatriz y otros individuos de la familia—. Es obra de veinte millones.

—Poco más ó menos—repuso el kaiser frunciendo el ceño, como si le ofendiese la objeción—. El gasto importa poco cuando se trata de evitarme molestias.

Enamorado de su persona, tiene que ser forzosamente el primero en todo género de actividades. Cuando caza, sus compañeros procuran que cobre el mayor número de piezas. En los ejercicios militares ya hemos dicho de qué modo dirige á los regimientos y qué riesgos arrostran los generales que intentan restablecer la verdad. Durante unas maniobras del ejército ruso quiso mostrar al zar Alejandro III sus prodigiosos talentos de estratega ordenando un movimiento audaz. Pocos instantes después una patrulla rusa del bando contrario le hacía prisionero, y el zar se vió en la precisión de guardar á su lado al inquieto huésped hasta el final de los ejercicios.

Enfermo crónico y afligido por un raquitismo hereditario, habla de su vigor jactanciosamente, como si fuese un atleta. Después que hace esgrima con sus ayudantes, dice fanfarronamente á la emperatriz y las damas de su corte: «Me habría gustado que hubieseis visto á mis ayudantes de campo jadeantes y no pudiendo respirar después de media hora de esgrima, mientras que yo estaba tan fresco como si saliese del baño.» Pero el kaiser omite decir que él hace esgrima vestido ligeramente, mientras sus ayudantes tienen que batirse con el uniforme abrochado y el sable en la cadera. Además, estos combatientes deben preocuparse de no dar por descuido un golpe al emperador, fingiendo al fin una derrota que entusiasma al amo.





COMO ELECTOR DE BRANDEBURGO

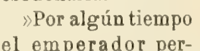
Una institutriz inglesa, miss Ana Topham, que estuvo diez años encargada de la educación de la hija única de Guillermo II, ha trazado un notable retrato de éste en el libro que publicó, *Recuerdos de la corte del kaiser*.

No hay en tal obra el menor vestigio de malevolencia ni resentimiento. Miss Topham, bien tratada por su discípula y por sus padres, muestra hacia éstos una gratitud respetuosa. Además, en la época que se publicó los ingleses miraban con simpatía al emperador de Alemania. Pero á pesar de los elogios que inspira Guillermo II á la institutriz, ciertas anécdotas contenidas en el libro revelan las «originalidades» del kaiser en la intimidad y sus alardes de competencia universal.



EL KAISER CON EL TRAJE DE FEDERICO II

«En 1892—cuenta la inglesa—la música de la Guardia imperial había venido á tocar una tarde en el palacio de Potsdam, y como la lluvia no la dejaba permanecer en la terraza, se instaló en el «Gran salón de Mármol», donde estaba reunida la corte para escucharla.



»Por algún tiempo el emperador permaneció de pie frente á los músicos, marcando el compás con la cabeza y con un pie, mientras detrás de él mi discípula y el príncipe Joaquín, á una distancia de pocos pasos, imitaban el ejemplo de su padre, moviéndose los tres al mismo tiempo como monigotes á los que tirasen del hilillo.

»El director de la banda seguía marcando gravemente el compás, cuando de pronto el emperador llamó á un ayudante, que le trajo una batuta de marfil. Y he aquí que el kaiser empieza á dirigir la pieza en competencia con el director de la banda, mientras los dos principitos, al lado de él, hacían todo lo posible por imitarle.

»Los instrumentistas parecieron en el primer momento algo sorprendidos de tener que seguir á la vez el compás de cuatro directores; pero transcurridos algunos minutos, tomaron su partido, que consistió en

tener fijos sus ojos en el papel, sin atender á la cuádruple dirección, y así pudieron llegar sin grandes tropiezos al final de la pieza.»

Nunca encontraba el kaiser á la institutriz que no sintiese el deseo de asombrarla con la universalidad de sus conocimientos.

—¿Creerá usted, miss—le dijo una vez—, que ninguno de los ministros de Inglaterra es capaz de acordarse del número exacto de los buques de su marina? Yo los conozco todos de memoria, y los ministros ingleses no los conocen.

Y con esto, el almirante honorario de la flota británica se consideraba superior al gobierno de Londres.

«Es una mezcla de superficialidad y de vanidad», dice miss Topham, no obstante el respeto que siente por el emperador.

Al hacer el juicio final de su carácter, la autora, como si se librase repentinamente de los convencionalismos palaciegos, resume del siguiente modo sus observaciones de diez años:

«El emperador está profundamente persuadido de la superioridad de su inteligencia, y alardea de ver más lejos que el resto de los hombres. Cegado por la diversidad vistosa y puramente exterior de sus conocimientos, no quiere admitir sobre ningún asunto otra opinión que la suya. Tiene una memoria notable para los hechos, pero está pronto á sacar de todos ellos únicamente las conclusiones que halaguen sus gustos personales. Jamás se toma tiempo para reflexionar sobre una cuestión, ni para pesar las consecuencias de sus actos y palabras. A esto hay que añadir que el kaiser no tolera cerca de él ningún espíritu superior, pues teme su influencia. Los servidores laboriosos y adictos acaban por alejarse de él. Ningún hombre de imaginación original, de concepción espontánea, de ideas nuevas, puede aproximarse al kaiser sin que éste sienta la irritación de los celos al poco tiempo.»

A estos defectos imperiales añade la observadora «una falta absoluta de intimidad», hasta el punto de que en el interior de su hogar, Guillermo II se observa y se pavonea como en una representación de teatro. «A toda costa—sigue diciendo—es preciso que excite los nervios de cuantos le rodean, que haga abrumador el servicio de sus domésticos y hasta de sus secretarios, los cuales viven en una alarma continua, con el temor de no estar prontos para un llamamiento inesperado ó para un trabajo imposible de prever.»



EL KAISER CON EL KRONPRINZ, EN 1888

El miedo del kaiser á las enfermedades, de que ya hemos hablado, hace aún más angustiosa la vida de los que le rodean. «Es increíble—dice la autora—el terror que le inspira la dolencia contagiosa más insignificante. Un simple resfriado deben ocultarlo los empleados de las diversas residencias imperiales, so pena de recibir la orden de alejarse. Cuando una de las personas de la corte presenta síntomas algo inquietantes, es el emperador el que se aleja á todo correr, arrastrando en su fuga á los príncipes y servidores. ¡De cuántos éxodos locos guardo memoria! ¡Qué de fugas atropelladas para escapar á la escarlatina ó la *influenza!* Una vez acababa de instalarse la familia imperial en el Palacio Nuevo de Potsdam, cuando el kaiser se enteró de que el hijo de un portero, que vivía en el otro extremo del edificio, parecía enfermo de sarampión. Inmediatamente se fué con toda la corte, precipitadamente, al Palacio de Mármol, que se encontraba desamueblado en dicha estación. Sólo á las diez de la noche empezaron á llegar las camas, y tuvimos que dormir todos como en un campamento.»



EL KRONPRINZ Á LOS SEIS AÑOS

Las conversaciones de Guillermo II con la institutriz para anonadarla bajo la avalancha de sus universales conocimientos parecen iluminar los más recónditos escondrijos de su carácter. Entre estas confidencias, la más curiosa es la que revela las preocupaciones «estéticas» del kaiser.

—¡Qué suerte tuvo Inglaterra—dijo una vez—al no reci-



KRÜGER Y EL KAISER

—Sir, muchas gracias por vuestro telegrama.
—¡Oh! ¡Eso no vale la pena!

(Le Figaro)

bir la visita de Napoleón, que hubiese saqueado vuestros castillos, llevándose las grandes obras de arte que contienen! Nosotros los alemanes, ocupados en hacer la guerra, no hemos podido amasar aún grandes colecciones artísticas. Pero pronto nos resarciremos del tiempo perdido.

Guillermo II, al acordarse de Napoleón coleccionador de arte, pensaba formar sus colecciones del mismo modo que éste: por medio de la guerra y el despojo.

Y se lamentaba del tiempo perdido.

▫

La inconsecuencia y la falta de lógica, tan visibles en los discursos del emperador, se revelan igualmente en sus actos de gobernante. Todos recuerdan cuál fué su actitud hace algunos años, al ocurrir la guerra del Transvaal. Cuando la República de los boers castigó á una expedición filibustera organizada por los ingleses del Cabo, Guillermo II dirigió ostentosamente un telegrama de felicitación al presidente Krüger. Tanto este despacho como las palabras ruidosas de su autor dieron á entender que Alemania saldría en defensa de los boers, y el presunto apoyo fué lo que dicidió á Krüger á repeler con energía las pretensiones de Inglaterra.



ALEMANIA Y KRÜGER

GERMANIA.—El presidente Krüger viene á honrarnos con su visita. Sal conmigo á recibirle.

EL EMPERADOR.—Ve sola. Yo tengo miedo.

(Weekblad voor Nederland, de Amsterdam)

Las dos repúblicas de Transvaal y Orange lucharon heroicamente y cayeron de un modo glorioso, sin que jamás les llegase el auxilio prometido por un entusiasta admirador, el kaiser. Éste tenía otras ocupaciones más urgentes. Con la misma pluma tal vez que había empleado para el telegrama á Krüger, se dedicó á redactar un plan de campaña, infalible según él, para que los ingleses pudiesen vencer en poco tiempo á los boers, enviado luego á la corte de Londres como un regalo napoleónico.

Esta conducta incoherente, que supone inconsciencia ó maldad, la agravó Guillermo cuando el presidente Krüger vino á Europa, como un patriarca desterrado, para terminar sus días. Por más que el venerable presidente solicitó una entrevista con Guillermo, éste, que tal vez era el responsable de su ruina, se negó á recibirlo.



EL KAISER Y CHAMBERLAIN, DE CAZA

—¿Qué pieza caerá?
Entre las matas está escondido el presidente Krüger.

(Westminster Budget, de Londres)

Con España observó el kaiser una conducta semejante. Al iniciarse la guerra de España con los Estados Unidos, Guillermo II se manifestó deseoso, en la intimidad de su corte, de apoyar con sus ejércitos y sus barcos los intereses de la familia real española, para que no sufriese el desprestigio de la derrota. No llegó á hacer manifestaciones públicas, como en el caso de Krüger, pero las caricaturas publicadas por los periódicos de entonces y los libros que tratan de las intimidades de la corte alemana revelan el propósito españolista del kaiser, adoptado con la rapidez y ligereza que le son habituales. Los ministros y consejeros le hablaron de los intereses alemanes en los Estados Unidos, de la importancia de la colonia alemana en el Nuevo Mundo, y como Guillermo no puede mantenerse nunca

en una situación intermedia y prudente, pasó de un salto al extremo opuesto, dedicándose desde entonces á tributar exageradas muestras de admiración á la poderosa República de la América del Norte.

Desde los primeros años de su Imperio, Guillermo excitó la curiosidad de Ernesto Renán.

El filósofo, que contemplaba con bondadosa tolerancia el desfile de la vida, encontrando curiosas é interesantes todas sus manifestaciones, deseó saber en qué podría parar esta personalidad inquieta, ruidosa, contradictoria y anhelante de ocuparlo todo y disponerlo todo.



NO SE RECIBE

GRETCHEN.—Señor, el amo no está en casa. Así me encarga que se lo diga.

(*Morning Leader*, de Londres)



EL KAISER Y EL TÍO SAM

EL KAISER.—Con este cambio demostramos nuestras mutuas simpatías.

EL TÍO SAM.—Pero sólo es agradable por un momento, pues esta... cosa me pesa horriblemente sobre la cabeza.

(*Weekblad voor Nederland*)

—Sentiría morir—afirmaba el gran pensador—sin haber asistido al desenvolvimiento final de este monarca joven.

Hubo desde el primer momento en la enigmática y contradictoria persona del kaiser el germen de muchos hombres, como en la figura medio demente y medio filosófica del príncipe Hamlet. El problema era saber qué individualidad predominaría sobre las otras en el momento que el inquieto emperador llegase á su pleno desarrollo, y si este desenvolvimiento asombraría al mundo por su grandeza heroica ó por su trivialidad.

Renán murió sin haber cumplido su deseo, no sabiendo con certeza si el personaje era un desequilibrado genial capaz de acciones inmortales, ó un desequilibrado vulgar cuya morbosidad iba á resultar temible por la alta posición en que le había colocado el nacimiento.

Un notable observador, el novelista portugués Eça de Queiroz, que vivía en París y siguió atentamente los primeros años del joven emperador, publicó en 1891 un estudio acerca de él, que puede llamarse profético. Lo siguió en sus múltiples transformaciones que asombraban al mundo, dejándolo perplejo. Para Eça de Queiroz el kaiser era «un *dilettante* de la actividad», un perpetuo agitado, un tócalotodo, tanto más peligroso cuanto que disponía de un poder personal inmenso, y estaba convencido de que Dios sólo existía para estar á su disposición lo mismo que un consocio.

«Se cree el íntimo amigo y el aliado de Dios—dijo Eça



UNA DUDA TERRIBLE

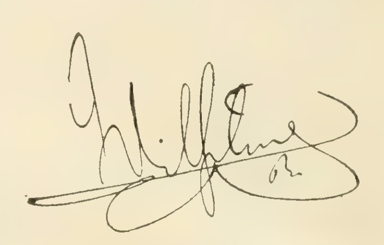
El kaiser, cuando la guerra hispanonorteamericana:
—¿Á quién felicitaré primero?



EL KAISER, DE PAISANO

de Queiroz—. Es como Moisés en el Sinaí, su confidente y su inspirado. Guillermo II es simplemente Moisés II. La certeza y la costumbre de esta alianza se han fijado de tal modo en él, que al hablar de Dios lo trata de igual á igual, como si fuese uno de sus aliados Francisco José de Austria ó Humberto de Italia. Al principio pronunció respetuosamente el nombre del señor de los cielos, pero recientemente, al arengar á sus vasallos de la Marca de Brandeburgo, calificó á Dios familiarmente con el título de «mi viejo aliado». He aquí que Guillermo y Dios forman una sociedad mercantil, de responsabilidad limitada, para el gobierno del universo. Poco á poco tal vez desaparecerá Dios del rótulo del establecimiento, como un simple asociado, que no aportó al negocio mas que el capital, luz, tierra y hombre, y que en la paz del infinito vive sin trabajar, dejando á Guillermo la administración absoluta del gran negocio terrestre. Entonces tendremos simplemente una fórmula de Guillermo y Compañía. Guillermo, con plenos poderes, dirigirá todas las empresas humanas. «Compañía» será la forma vaga y condescendiente en la que quedará comprendido el ser infinito, bajo cuyos ojos son tan poca cosa el kaiser y su férrea Alemania, como el gorrión que en estos momentos está piando sobre mi techo.

»Un inmenso é insaciable deseo de gozar y experimentar todas las formas de la actividad, con la firme convicción de que Dios garantiza el éxito final de sus empresas, explica la conducta del misterioso emperador. Si gobernase un Imperio al otro extremo del Asia, si no poseyese en la fortaleza de Spandau un tesoro de guerra para equipar y mantener varios millones de soldados, ó si viviera contenido por una opinión pública activa é influyente como la de Inglaterra, Guillermo II se limitaría á ser como muchos otros emperadores de la Historia: una curiosa figura por la movilidad de su fantasía y la ilusión de su porvenir mesiánico. Pero, por desgracia, se encuentra colocado en el centro de Europa, con centenares de legiones disciplinadas y un pueblo de individuos obedientes y amaestrados como reclutas, y Guillermo II resulta por esto el más peligroso de los soberanos, pues su diletantismo deseará paladear alguna vez la forma más seductora de autoridad que un soberano puede conocer: la guerra y sus glorias.



LA FIRMA DEL KAISER

»Algún día, la Europa se despertará entre el clamoreo del choque de los ejércitos, solamente porque en el alma de este gran *dilettante* el deseo ardiente de conocer la guerra, de divertirse con la guerra, será más fuerte que la razón, que los consejos ó que la piedad por la suerte de sus pueblos. «Os conduciré muy pronto—dijo á sus fieles súbditos de Brandeburgo—á espléndidos y gloriosos destinos.» ¿Qué destinos pueden ser estos? Batallas en las que indudablemente deben triunfar las águilas germánicas. Guillermo II no siente la menor duda sobre el éxito final. Semejante á muchos pequeños soberanos, tiene por aliado al rey supremo del cielo y de la tierra, que combatirá en las filas de la *landwehr* como en los tiempos antiguos Minerva, armada de su lanza, com-



EL KAISER EN SU YATE «HOHENZOLLERN»

batía por las falanges griegas contra los bárbaros.

»¡La certidumbre de la alianza divina!... En verdad, nada puede dar á un hombre tanta fuerza como esta fe: hasta lo convierte en un ser casi divino. Pero por otro lado, ¿á qué peligros no lo expone? Nada puede hacer la caída de un hombre más desastrosa que la prueba aportada por la brutal realidad de los hechos de que dicha certidumbre era simplemente la quimera de una loca infatuación. Entonces se verá, según la palabra de la Biblia, «precipitado desde las alturas del cielo». Hubo en otros tiempos un pueblo que también se proclamó elegido de Dios: pero no tardó en demostrarse que Dios no le había elegido ni preferido sobre los otros, en vista del desdén con que lo abandonó en su desgracia. Y este pueblo fué perseguido con un furor implacable, dispersado á través del mundo, apedreado, estabulado en las sórdidas juderías, y sus casas y sus tumbas fueron marcadas lo mismo que la moneda falsa.



EL KAISER EN EL CAMPO

»Guillermo II corre el mismo peligro. Toma atrevidamente sobre su persona todas las responsabilidades que en otros países están repartidas entre diversos cuerpos del Estado. Él solo juzga y ejecuta, porque á él solo, y no á sus ministros, ni á su Consejo, ni á su Parlamento, ha transmitido Dios, el dios de los Hohenzollern, su inspiración trascendental. Desde el momento en que se considera infalible, es preciso que sea invencible. Si algún día sufre un desastre, Alemania, por disciplinada que sea, reconocerá que la alianza tan alabada de su emperador con Dios no era mas que la impostura de un astuto déspota, y no habrá entonces bastantes piedras de la Lorena á la Pomerania para lapidar á este Moisés falsificado. Guillermo II juega contra el Destino el terrible «dado de hierro» de que hablaba Bismarck. Si gana, tendrá altares dentro y fuera de sus fronteras, lo mismo que Augusto; si pierde, le espera el destierro, el tradicional destierro en Inglaterra, último recurso de los monarcas desgraciados, el mismo destierro ignominioso con que él amenaza severamente á todo el que se atreve á negar su carácter infalible. Ernesto Renán tiene razón. No hay espectáculo más atrayente en este período del siglo que asistir al desenvolvimiento final de la personalidad de Guillermo.



SÍNTOMA DE PAZ

El kaiser revista la Guardia vestido de paisano

(Caricatura de Caran d'Ache, publicada por *Le Figaro*)



TARJETA DEL KAISER

»De aquí á algunos años—¡ojalá sean lentos y numerosos!—este joven ardiente, seductor, imaginativo, y que tal vez llegue á ser heroico, podrá lo mismo presidir los destinos de Europa en la majestuosa calma de su palacio de Berlín, que encontrarse en el



LAS MUTACIONES DEL KAISER

(*Leipziger Volkszeitung*)

Hotel Metropole de Londres sacando tristemente de su maleta de emigrado la doble corona rota de Prusia y de Alemania.»

Esto escribió Eça de Queiroz en 1891 con una clarividencia profética. La Historia, á veintitrés años de distancia, ha confirmado en días trágicos su juicio sobre el personaje y sus predicciones sobre el porvenir. La gran partida del «dado de hierro» entre el enigmático y místico emperador y el Destino obscuro y amenazante sólo ha empezado á jugarse en 1914. Han transcurrido largos años sin que llegara á tomar forma el hervidero de diversas y contradictorias personalidades en el interior de este príncipe Hamlet. La personalidad final y definitiva ha salido á luz. El héroe beneficioso para la humanidad que algunos esperaron no existe. Sólo ha quedado en pie el soberano peligroso para la tranquilidad del mundo, el que muchos saludaron al principio lo mismo que á Tito, con el título de «delicia del género humano», y resulta en la realidad su enemigo implacable.

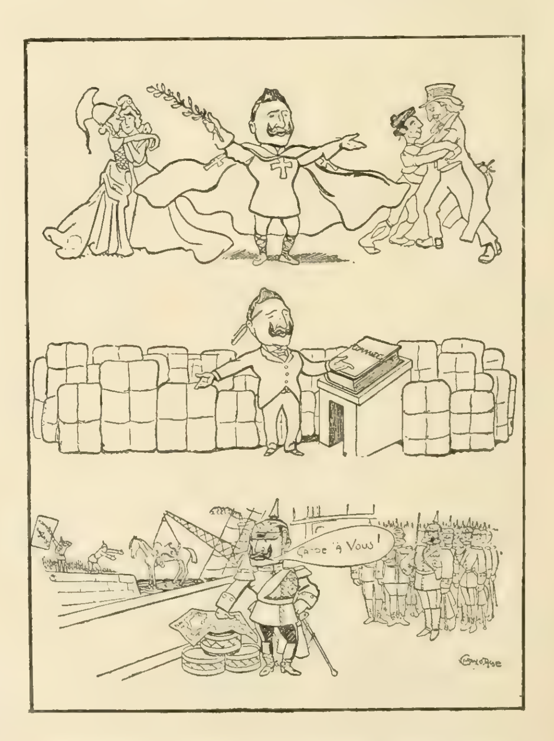
▫

De todos los escritores célebres que han estudiado la personalidad cambiante y fugitiva de Guillermo no hay uno solo—exceptuando, como es natural, á los alemanes—que crea en el equilibrio de sus facultades.

Octavio Mirbeau, gran observador de los defectos humanos, estudió á Guillermo II como un personaje novelesco en una de sus obras.

«El público se imagina—dice Mirbeau—que las excentricidades de Guillermo son largamente meditadas por él y que calcula y dosifica fríamente su afecto teatral para impresionar mejor la imaginación de sus súbditos y de los otros pueblos. Es un error... No pretendo negar que haga uso algunas veces de sus facultades de cómico para exagerar su importancia. En esto es un hombre como muchos otros. Pero aseguro que es menos comediante de lo que generalmente se cree, pues obedece siempre á un impulso momentáneo que es incapaz de resistir, y en ocasiones este impulso resulta generoso. Las más de las veces es fatal y tiene que arrepentirse de él al poco tiempo. Hay mucho de neurastenia en su conducta. Lo mismo que todos los neurasténicos, el emperador muestra hasta en sus actos más desequilibrados cierta lógica; una lógica que podemos llamar al revés... Cuando lo censuran, por ejemplo, á causa de una decisión artística, el emperador pasa inmediatamente una revista militar. Gritan contra él: pinta un cuadro. Lo silban: hace una ópera. Se quejan de su gobierno: se disfraza de musulmán y se va en peregrinación á Tierra Santa. Se burlan de sus excentricidades en un periódico ilustrado: exige inmediatamente que sea descubierto en el término de veinticuatro horas el remedio de la tuberculosis... Este es el hombae del que depende la seguridad de un gran Imperio y la de Europa entera.»

Este hombre contradictorio, con sus impulsos irreflexivos, que, como dice Mirbeau, resultan algunas veces generosos, consiguió por algún tiempo imponerse á la atención pública con el carácter de héroe simpático. Hubo un momento en que hasta llegó á ser popular en Francia. Comenzaba á verse en él una especie de Lohengrin moderno, defensor de los débiles y enemigo de los soberbios; un Don Quijote joven,



PACIFICADOR.—PROTECTOR DEL COMERCIO.—GENERALÍSIMO

(*Le Figaro*)

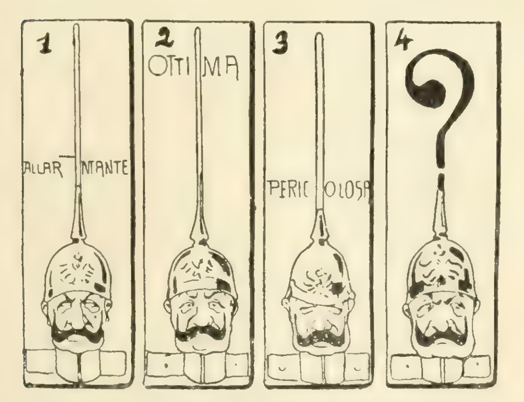
vigoroso y con enormes ejércitos para la sanción de sus altas justicias; una encarnación de la lealtad y de los sentimientos elevados. El mundo, años antes de 1914, empezó á olvidarse del Guillermo II de los primeros tiempos de su reinado, del auténtico, arrogante y amenazador, que parecía encarnar el genio de la guerra.

El filósofo Juan Finot, en un vigoroso estudio publicado al romperse las hostilidades, dijo así después de comentar las simpatías que había inspirado Guillermo como «emperador de la paz»: «La incoherencia de sus palabras grandilocuentes y de sus gestos de actor ofrecía, sin embargo, un carácter inquietante. Sus frecuentes discursos se contradecían, lo mismo que sus simpatías y sus gustos. Aunque sus bigotes erguidos dan á su rostro un aire de decisión y energía, sus ojos vagos que de pronto quedan fijos con una inmovilidad desconcertante sobre el interlocutor, su charla con frecuencia insípida y casi siempre nerviosa, y la rapidez con que cambia de tema, de conversación, turbaban profundamente á todos los que mantenían un diálogo con él. Cuando se llegaba á ver al hombre detrás del soberano, parecía poco normal, si es que no se le apreciaba como totalmente desequilibrado. Un embajador al que Guillermo no había conseguido engañar con sus pretensiones de demiurgo, me dijo un día que le recordaba á los arlequines venecianos que inauguran solemnemente los fiestas populares de Venecia.


DEL RAYO DE LA GUERRA AL ARCO IRIS DE LA PAZ

(*Fischietto*, de Turín)

»En cierto momento se pensó en publicar como documento científico una colección de discursos de Guillermo II. La contradicción y la incoherencia flagrantes de estos discursos eran para impresionar profundamente á los especialistas en enfermedades mentales... En dicho momento me encontraba yo de paso en Turín. En una de mis conversaciones con César Lombroso, éste me comunicó sus opiniones sobre el emperador alemán. Para el célebre fundador de la antropología criminal, Guillermo II no era mas que un *mattoide* caracterizado. Convinimos los dos en publicar un estudio sobre el soberano, cuyos accesos de verbomanía y megalomanía, unidos á una enfermedad hereditaria, inquietaban tanto á los psicólogos. Después Lombroso y yo hemos ido retrasando por razones de oportunidad política la publicación de un estudio de este género.



1. La primera nota (Alarmante).—2. La segunda (Óptima).—3. La tercera (Peligrosa).—4. La verdad

(*Fischietto*, de Turín)

»Luego de mi conversación con Lombroso, me fué difícil librarme de la pesadilla de un *mattoide* coronado dirigiendo á su capricho el mundo. Temblaba por la paz internacional, el tesoro más sacro de la humanidad, confiado á una conciencia tan débil. Con la impresionabilidad de un desequilibrado razonador y delirante, ¿Guillermo II no era capaz de todo, incluso —lo admito voluntariamente—de una acción buena y grande? Nada me asombraba en él, ni siquiera su Dios extraño que invoca como una especie de funcionario inferior encargado de legalizar sus desbordamientos de palabras y sus gestos irreflexivos. En su perturbada mentalidad parece realmente convencido de que el verdadero Dios, el Dios de la misericordia y del amor al prójimo, le ha confiado la misión de reinar sobre Alemania, y que los Hohenzollern proceden directamente de una pierna de la Divinidad. En nombre del Señor, habla de la paz... pero igualmente, como heraldo de Dios Padre, agita la espada. Confundiendo de este modo el emperador de Alemania y el Buen Dios, Guillermo se cree invencible. Por esto su audacia en los últimos tiempos nada tiene de asombrosa. Europa y todos los países juntos de la tierra no se hubiesen atrevido á tanto. ¿No tiene á su lado el poder de Dios? Muchos han creído ver un acceso de demencia repentina en lo que no era mas que una nueva manifestación de la enfermedad lenta y continua que minaba al emperador. La historia de su reino es una serie de pensamientos y actos delirantes. Por una fuerza de inercia legada por el reinado precedente, y sobre todo por las cualidades laboriosas y perseverantes de la nación alemana, ésta no ha naufragado á pesar de la



EL KAISER CON EL UNIFORME DE GUARDIA DE CORPS

influencia fatal del emperador y de su camarilla. La nación por su fuerza íntima ha podido soportar los excesos de armamento y todas las locuras, incluso la locura de su grandeza. Pero al final el genio maléfico ha sido el más fuerte. La grandeza de Alemania fundada sobre una megalomanía mórbida y dirigida contra la sociabilidad del mundo civilizado, va á desvanecerse y disiparse.

»Todo se pudría en torno de este emperador enfermo. Las viejas virtudes alemanas, la integridad y la independencia de sus jueces, la moralidad y el decoro tradicionales de sus habitantes, desaparecían con rapidez. De vez en cuando ciertos procesos escandalosos revelaban esta podredumbre, como las pequeñas manchas que se ven en las frutas de lozano aspecto corroídas por dentro. A semejanza de su señor, la sólida Alemania de otros tiempos ha venido á ser inestable é inconsecuente. Su comercio y su industria, que son de lo más modernos, se apoyan sobre un régimen político que es viejo de una decena de siglos. La brutalidad y la supremacía de su militarismo anonadan la dignidad y paralizan la vida de las clases laboriosas, que constituyen la riqueza y el genio de Alemania. Detrás de una fachada brillante todo se desploma.



DE CORACERO BLANCO

»El emperador ha movido el timón á un lado y á otro, como un marino indeciso que no sabe qué resolución tomar. Tan pronto es un hombre del siglo XX, como un burgrave del siglo X. Su moral privada y su moral pública han sido desconcertantes. Este caballero supremo de la virtud, comete actos dudosos y reprensibles. Su penacho, su Dios y su sable no le han servido para enmascarar ante el mundo la fragilidad de su conciencia y la versatilidad inquietante de su cerebro.»

En la misma Alemania hubo hombres que, á pesar de la ceguera consciente de la opinión de su país, supieron adivinar el verdadero carácter del emperador.

Durante los primeros años del reinado de Guillermo II, las gentes sensatas de Alemania llegaron á dudar en ciertos momentos de la integridad de las facultades del soberano. Pero la pesadez del régimen imperial y la gran prosperidad económica del país, que impulsó á los ciudadanos á una vida egoísta, haciéndoles olvidar los asuntos políticos, cortaron rudamente estas preocupaciones de la opinión.



DE HULANO

Sin embargo la personalidad de Guillermo II fué irreverentemente discutida por los alemanes en 1894, con motivo de un pequeño libro escrito por un profesor de Historia de Munich. Esta obra, del doctor Ludwig Quidde, se titulaba CALÍGULA *(Estudio de una locura imperial)*.

XII

La historia de Calígula en Alemania

Alemania sostiene en Roma una Escuela de Arqueología, semejante á la Escuela de Atenas que el gobierno francés mantiene en Grecia. En este centro de Roma varios estudiantes escogidos se perfeccionan en el conocimiento de la antigüedad y la aplicación del método histórico.

Entre los trabajos personales surgidos de dicha Escuela, ninguno tan inesperado y ruidoso como el estudio sobre Calígula, publicado en 1894 por el doctor Ludwig Quidde en el periódico literario *Die Gesellschaft*.

A primera vista nada distinguía á esta obra de cualquiera otra de las publicadas por los antiguos pensionistas de Roma. Era en verdad menos larga y menos confusa que los productos ordinarios de la erudición germánica. Pero bien considerada no podía resultar de mayor extensión, pues el reinado de Calígula fué muy corto (del año 37 al 41), y además sólo han llegado hasta nosotros muy pocos datos, ciertos y precisos, sobre la citada época. Por otra parte, la brevedad del opúsculo está compensada con una abundante y concienzuda documentación, hasta el punto de que en el impreso alemán las veinte páginas de texto llevan 138 referencias de Dion Casio, Josefo, Filón, Plinio, Séneca, Suetonio y Tácito.

Fué un verdadero capítulo de Historia lo que escribió Quidde, y en esto no cabe engaño.

Pero desde las primeras líneas el lector se siente dominado por la duda, y se pregunta si el texto que tiene ante los ojos no se refiere á un personaje distinto y más moderno que el abominable sucesor de Tiberio. Una semejanza extraordinaria, un paralelismo vigoroso se establece entre «el viejo emperador» Tiberio y cierto inolvidable «glorioso abuelo»; entre Germánico, el príncipe soldado y filósofo, arrebatado prematuramente al amor de su pueblo, y el emperador Federico III, de corta vida como rey, padre del actual Guillermo II; entre «la orgullosa Agripina» y la emperatriz Victoria; entre el omnipotente ministro Macronio, caído en desgracia desde el principio del nuevo reinado, y el canciller Bismarck; entre los tristes antecedentes hereditarios de Calígula y la locura de Federico Guillermo IV, tío-abuelo de Guillermo II; de tal modo, que el primer capítulo de esta monografía sugiere la idea de reemplazar el nombre del «joven emperador» Calígula, ascendido al trono á los veinticuatro años y asesinado á los veintiocho, por el del soberano alemán que en 1888 asumió á la edad de veintinueve años la pesada sucesión de Guillermo I y de su hijo Federico III, llamado «el Noble».

Cuando el autor pasa después al análisis del carácter de Calígula y á la exposición de sus actos, la analogía aún resulta más chocante y asombrosa. Hay que decir ante todo, noblemente, que nadie puede encontrar en Guillermo II muchos de los defectos y los vicios que condujeron al César romano, de crimen en crimen, hasta la demencia furiosa, y le hicieron caer finalmente bajo los golpes de un asesino. Pero dejando á un lado la crueldad y el sadismo de Calígula, resulta notable la semejanza entre los dos emperadores que surge de la obra de Quidde. Además, cuando se publicó ésta, en 1894, nadie podía adivinar la guerra de 1914 con sus matanzas de millones de hombres, sus incendios, sus violaciones, sus arrasamientos de provincias enteras, que hacen pesar sobre su verdadero autor una responsabilidad mucho más grande que la del César romano. Los crímenes de este demente parecen amortiguarse al ser comparados con los horrores de la catástrofe actual.

LA RISA DEL KAISER

Cuando se publicó la monografía de Calígula eran muchos en Alemania los que experimentaban cierta inquietud ante el nuevo emperador, joven, impulsivo, ardiente, autoritario y gran aficionado á los alardes guerreros. Hablaba de su misión divina, amenazando al mundo con guardar siempre «la pólvora seca y la espada bien afilada», y al mismo tiempo iba prepa-

rándose una personalidad, para ofrecerse á la pública admiración, años adelante, como príncipe de la paz universal. Empezaban á marcarse en su existencia ordinaria ciertas «originalidades» que en un particular pueden ser simplemente ridículas, pero en el soberano de una nación grande resultan peligrosas; la afición al comediantismo, un deseo enorme de hacerse admirar en todas las esferas de la actividad, una pretensión inaguantable á la oratoria elocuente; el gusto del fausto, de los deslumbradores espectáculos militares, de los cortejos con gran pompa, de los uniformes multicolores cambiados á cada instante; la pasión de los viajes, del mar, de los yates lujosos, de los castillos, de las construcciones colosales y de mal gusto.



BERLÍN. CALLE DE FEDERICO

Además de esto, la agitación nerviosa, la facilidad para cambiar de rumbo, la tendencia á acometer de improviso las empresas más contradictorias, la convicción de manejar el poder por derecho divino, ó sea sin límite alguno, de ser el confidente y el representante de Dios en la tierra; y como consecuencia, el absolutismo, la voluntad de hacerlo todo por sus propios medios, la ingratitud con los mejores servidores del Estado, la aversión á los espíritus independientes, la selección caprichosa é ilógica de los hombres para encargarlos de las más altas funciones.

Estos rasgos del soberano alemán los encontró con sorpresa el lector en la compilación hecha por Quidde de los autores antiguos que flagelaron á Calígula. Indudablemente la figura de este último contenía dos ó tres personalidades distintas, que acabaron por convertir al simple maniático en un demente sanguinario, verdadero azote de su época. Pero las divergencias entre ambas figuras eran de fácil apreciación. Además la locura de Calígula se fué declarando gradualmente, y muchos se preguntaron por esto con inquietud cuál sería, al transcurrir algunos años, el estado espiritual del que tanto se le asemejaba en sus comienzos.

Alemania lanzó una exclamación de sorpresa al enterarse del trabajo de Quidde. Todos creyeron reconocer á Guillermo II en el retrato de Calígula, y vieron en el historiador á un foliculario político. El efecto producido en el público alemán fué semejante al que causó en Francia en 1865 el folleto de Rogeard, *Propos de Labienus,* que por medio de una evocación de la historia romana hizo el retrato exacto y cruel de Napoleón III. El escándalo que produjo la obra de Quidde en su país fué tan grande, que se pensó en perseguir al autor por delito de lesa majestad. Pero esto habría representado una gran torpeza, y las autoridades tuvieron que desistir. ¡Un estudio de Historia perseguido como si fuese un folleto político! Tal medida sólo hubiese servido para dar á la obra una celebridad universal. Aun así bastó la simple amenaza de proceso, para que la atención de toda Alemania se fijase en este trabajo que se había deslizado inadvertido entre los artículos de una revista. La prensa se dedicó á analizarlo y comentarlo; luego fué impreso en volumen y hubo que hacer enormes tiradas, para satisfacer la curiosidad pública. El doctor Quidde ganó más dinero con este pequeño estudio, sin buscarlo ni desearlo, que con todos los libros de su vida científica.

Si el autor no fué perseguido públicamente, no por esto se libró de sufrir las consecuencias de su peligrosa gloria. Desempeñaba como sustituto una cátedra en la Universidad de Munich, y jamás pudo conseguir el nombramiento de profesor. Quedó inscrito para siempre en el registro de los desafectos, y toda empresa en la que figuró su nombre fué considerada como subversiva.

Sin embargo, no era culpa suya que el público, ante el retrato exacto de Calígula, hecho con arreglo á los textos antiguos, encontrase este retrato semejante al de otro personaje. Si para hacer comprender mejor el carácter del protagonista de su obra empleó ejemplos modernos, nunca se valió del recuerdo de los Hohenzollern, exceptuando el caso de Federico Guillermo IV, un demente auténtico. Si al hablar de Luis II de Baviera dice que fué en Alemania «provisionalmente» el último representante de la serie de imitadores ridículos de Luis XIV, esto no implica que el imitador próximo deba ser precisamente el actual rey de Prusia. Además, en sus conclusiones evitó Quidde con prudencia toda aplicación al presente, declarando que en nuestros días «no es factible la posibilidad de un reinado que se parezca al de Calígula».

Pero á pesar de esta prudencia, las alusiones surgen por sí solas ante el lector, sin que Quidde haya hecho nada por sugerirlas ó subrayarlas. ¿Cómo iban á perdonar los entusiastas del imperialismo alemán á este historiador que enuncia y demuestra tranquilamente que la locura cesarista es un producto lógico de la degeneración moral de los pueblos que tienen sentimientos monárquicos ó de las clases superiores que rodean á los reyes? Después de tal afirmación, el doctor Quidde quedaba condenado para siempre por todos los alemanes conservadores entusiastas del Imperio y de sus glorias guerreras.



BERLÍN. AVENIDA DE LOS TILOS, ESQUINA A FRIEDRICHSTRASSE

El historiador se ha consolado fácilmente y no sin ironía, consagrando su gran capacidad de trabajo y su elocuencia incisiva al sostenimiento de las ideas que más necesitan de ser propagadas en su país. Aunque el doctor Quidde es originario de la Alemania del Norte, figura como diputado en el Parlamento de Baviera, donde defiende una política favorable á la democracia, á la paz y al desarme de las naciones.

He aquí su famoso opúsculo, traducido por primera vez al español:

CALÍGULA

Estudio de un caso de locura cesarista en Roma, por Ludwig Quidde

I

Cayo César, conocido bajo el sobrenombre de Calígula—de *Cáliga,* nombre del zapato de los soldados romanos—, era muy joven, pues aún no había llegado á la edad viril, cuando de improviso se vió convertido en soberano. A raíz de su elevación, los tiempos eran sombríos é inquietantes y su familia había sido objeto de extraños destinos.

Su padre, Germánico, había sucumbido en la flor de la edad, lejos del país natal, bajo los golpes de una suerte cruel. Entre el pueblo se hablaba mucho de las circunstancias misteriosas de su muerte. No se temía emitir las más graves acusaciones, y la sospecha alcanzaba hasta los íntimos del viejo emperador.

Con Germánico había desaparecido el favorito del pueblo: ningún otro miembro de la familia imperial alcanzó una popularidad semejante. Había sabido ganarse la confianza de los soldados durante diversas campañas, en las que compartió con el simple legionario las tribulaciones de la guerra, y en los países germánicos, en la región del Rhin, se repetía mucho su nombre. Pero el pueblo sólo veía en él al héroe guerrero: había sido popular, en la mejor acepción de la palabra. Su vida de familia, el número de sus hijos, sus modales sencillos y democráticos, su benévola igualdad de humor en todas las situaciones, las alegres ocurrencias con que sabía conquistar las voluntades, tenían cautivados á ciudadanos y legionarios.

Indudablemente, mientras vivió el viejo emperador, á pesar de algunas funciones importantes que le fueron confiadas á Germánico, siempre se le tuvo apartado de los principales asuntos de la política interna, no obstante su poder y su voluntad para el trabajo. Pero si hubiese llegado á dirigir los negocios, se habrían podido esperar de él días más libres, más felices y la supresión del peso agobiante que aplastaba al Imperio entero. Así, pues, la esperanza de toda una generación descendió á la tumba con Germánico.

Un reflejo de la popularidad de este favorito del pueblo se proyectó en su hijo. Éste, sin embargo, le asemejaba muy poco, pues más bien se parecía á su madre, apasionada y orgullosa, que había dificultado muchas veces la situación de su esposo, muy delicada por sí misma. El viejo emperador, que perseguía con sus sospechas y con su odio á la esposa y los otros hijos de Germánico, pareció mostrar cierta inclinación por Calígula, quizá precisamente por ver en él el reverso de su padre, que le había sido poco simpático.

Al llegar al poder, el joven emperador era todavía un personaje desconocido y misterioso para todos.

En el transcurso de los años anteriores se habían propalado acerca de él toda clase de suposiciones adversas ó favorables. Según las noticias llegadas hasta nosotros, se alababa el temple de este joven, que había sabido ser dueño de sí mismo en circunstancias tan difíciles; se temían quizá sus caprichos, su tendencia á abusar de tan enorme poder, la acción de sus ideas no maduras, y se citaban toda clase de manifestaciones de una brutalidad precoz. Pero la opinión dominante era que su juventud se dejaría ganar fácilmente por las influencias exteriores, y se esperaba que comenzasé por hacer más fuerte aún la autoridad de Macronio, el omnipotente prefecto de su guardia, pues todo el mundo lo creía especialmente agradecido á este personaje.

Pero ocurrió, como en la mayor parte de los casos, todo lo contrario de lo que se podía esperar. La desgracia del hombre de Estado que ocupaba el poder sobrevino rápidamente; su influencia fué anulada por completo, y el emperador empuñó las riendas del gobierno, erigiéndose en señor absoluto. El pueblo lo aclamó, pues este cambio de régimen era presentado en todas las esferas como una liberación. Parecía que fuese á comenzar una era de reformas, abriendo camino á las ideas liberales.

Así se iniciaron llenos de promesas los principios del reinado de Calígula, hijo de Germánico, prematuramente desaparecido, y de Agripina, el cual sucedió en

el año 37 á su tío-abuelo, Tiberio, sumiendo al mundo en el asombro con sus primeros actos.

Ya hemos visto que Macronio, general de los pretorianos, que había sido el último y poderoso ministro de Tiberio, y al cual Calígula debía el trono, fué preterido, según todas las apariencias, desde el principio del reinado. En vista de ello creyeron muchos que este acto de emancipación del joven emperador iba á traer un cambio completo de los principios de gobierno. Algunas reivindicaciones antiguas de los elementos liberales fueron realizadas por el joven soberano. Ante todo se concedió más libertad á la vida política. Calígula aparentaba querer tomar en serio el respeto de ciertas formas constitucionales que habían caído en desuso bajo Tiberio. Fingió conceder más influencia á la opinión pública en la elaboración del presupuesto y en los gastos militares; la libertad electoral pareció revivir en los comicios del pueblo; se tomaron medidas contra los delatores, cuyos excesos eran comparables á los de los agentes políticos de provocación de nuestra época, curándose así tanto la vida pública como la privada de una de sus llagas más graves. Los escritos de Labieno, de Cremucio Cordus y de Casio Severo, que habían sido prohibidos como peligrosos para la nación, fueron autorizados otra vez. Algunos presos políticos se vieron amnistiados, las persecuciones por lesa majestad quedaron suspendidas, y se abolieron las leyes que castigaban este crimen con penas severas. Además, los impuestos aplastantes que pesaban precisamente sobre la vida cotidiana de las masas populares fueron suprimidos, y las clases más pobres se vieron aliviadas con las distribuciones de trigo, sin hablar de los juegos, á los que Calígula dió un gran desarrollo, con arreglo á la fórmula antigua *panem et circenses*. Parecía que á este aumento de libertad debía corresponder una era de reformas sociales, ó por lo menos una concepción más democrática de las cuestiones económicas.

Pero desde los comienzos de Calígula, y mientras éste era aclamado por un pueblo pronto al entusiasmo, los observadores atentos no pudieron menos de sentir grandes recelos.

II

Lo que elevaba á Calígula algunas veces por encima de sí mismo era la percepción embriagadora de su poder, la idea de encontrarse ascendido repentinamente al primer puesto, el deseo de hacer algo grande, y sobre todo, la necesidad de brillar en la historia del mundo. Al verse emperador, en esta transformación extraordinaria de su vida experimentaba la ambición de señalarse por algo que en el fondo era extraño á su modo de ser: el liberalismo y el amor al bien público. Al mismo tiempo se revelaban en él peligrosos rasgos de carácter. Estaba desprovisto de ese sólido cimiento constituído por una concepción de la vida, adquirida y desarrollada... en las luchas íntimas. El resorte principal de sus actos no era el deseo de realizar el bien, sino la *ambición de que lo admirasen* por haberse mostrado propicio á las reivindicaciones populares y poder ofrecerse como un grande hombre ante la posteridad. La característica constante de sus decisiones era una precipitación nerviosa, que le inducía á ir corriendo sin tregua de un trabajo á otro, obrando con saltos bruscos y á menudo contradictorios. A esto se añadía una tendencia eminentemente peligrosa de querer hacerlo todo por sí mismo.



EL KAISER CON EL REY DE INGLATERRA

La desgracia de Macronio debe considerarse sobre todo desde este punto de vista. Parece que las relaciones entre estos dos hombres no se rompieron por completo, ó al menos para siempre, pues Macronio se encontró á veces en condiciones de aconsejar al joven emperador, recomendándole moderación y prudencia. Estos consejos no dieron otro resultado que excitar la cólera del emperador, que se revolvió furioso contra él y su familia. La ingratitud hacia Macronio fué una de las principales causas que rebajaron la popularidad de Calígula.

Pronto hubo ocasión de advertir que la despedida de este hombre, el más indicado para dirigir los asuntos del gobierno, tenía por causa más el carácter de Calígula que la oposición que pudiese existir entre él y el emperador.

La Historia no menciona á ningún hombre de mérito que obtuviese bajo el reinado de Calígula una influencia positiva. El emperador no podía tolerar á su lado ninguna fuerza independiente. Quería ser su propio ministro, y ni esto le bastaba, pues no había ningún dominio en el que no pretendiera manifestar personalmente su superioridad. Pero para desempeñar tantos y tan diversos papeles hacían falta á sus limitadas facultades—aun antes de la degeneración final—conocimientos é inteligencia, calma é imperio sobre sí mismo.

Pasado algún tiempo fué todavía peor. Su autoritarismo sin contemplaciones,

sus inesperadas veleidades reformadoras, las súbitas y crueles desgracias sufridas por altos personajes, pudieron ser consideradas por las masas como manifestaciones de la pujante naturaleza de su soberano. Pero los espíritus reflexivos vieron erguirse detrás de ellas un espectro espantoso: el de la locura.

III

Se acostumbra á hablar de la locura cesarista como de una forma particular de enajenación mental. El lector tal vez conocerá la escena la *Verlorene Handschrift*, de Gustavo Freytag, en la que un profesor, poco versado en las mentiras sociales, revela inocentemente á un príncipe la enfermedad mental que padece este último, citándole á Tácito. Las manifestaciones características de la locura cesarista son manía de grandezas llevada hasta la deificación de sí mismo; desprecio de toda barrera legal y de todos los derechos del prójimo; crueldad absurda, brutal y sin motivos, todo lo que se encuentra también en otros dementes. La diferencia enorme consiste en que la situación prominente de un monarca proporciona á los gérmenes de estas propensiones un terreno sumamente favorable, permitiéndoles alcanzar un desarrollo que sería irrealizable en cualquier otro sujeto. De este modo los locos cesaristas pueden realizar actos monstruosos de una enormidad sin precedentes.



EL KAISER CON EL REY DE DINAMARCA

La locura cesarista es el producto de unas circunstancias que sólo pueden producirse por la degeneración moral de los pueblos que tienen convicciones monárquicas, ó cuando menos de las clases superiores que constituyen el acompañamiento inmediato del soberano.

La sensación de su poder sin límites hace olvidar á un emperador todas las barreras colocadas por las leyes. La teoría que funda este poder en un derecho divino altera de un modo desastroso las ideas del desgraciado que realmente cree en ellas. Las exigencias de la etiqueta, y más aún, la diligencia servil con que la avaloran todos los que se apiñan en torno del amo, infunden á éste la idea de que es un ser encumbrado por la misma Naturaleza sobre el nivel de todos los hombres. Las observaciones que puede hacer en torno de él, entre los personajes de su corte, le producen la impresión de que más allá de su persona no existe mas que una turba vulgar y despreciable. Pero si ocurre además que no sólo la corte, sino la masa del pueblo está corrompida; si cualquiera cosa que intente el soberano no encuentra ninguna resistencia franca y viril; si la oposición cuando se arriesga á emprender una campaña hace constar temerosamente que no ataca ni á su persona ni á sus ideas, y por último, si esa inteligencia corrompida que inventó el crimen de lesa majestad y que ve un acto condenable en el hecho de rehusar la veneración al soberano, acaba por entrar en la legislación y en la jurisprudencia, no hay sino admirarse de que un monarca tan absoluto permanezca en su sano juicio.

Así, pues, la vida pública de Roma, que estaba ya decaída, ofreció abundantemente las mejores condiciones para el desenvolvimiento de la locura cesarista. Calígula vivía además bajo la influencia de una doble y desagradable herencia física. (Recuérdese á Julia, á su hijo Cayo y los últimos años de Tiberio, tío-abuelo de Calígula.) El hecho de que llegase al poder tan joven debía facilitar un favorable desarrollo de todos los gérmenes que existían en él. La desproporción brutal entre su alta situación y sus cualidades íntimas obraban como un veneno en su carácter juvenil, predispuesto desde el nacimiento á todos los excesos.

Sin embargo, Calígula sólo cayó en la locura propiamente dicha á causa de una grave enfermedad, de la que se repuso, para su desgracia y la de su pueblo. Pero según todas las probabilidades, puede decirse que esta enfermedad no hizo mas que precipitar la evolución fatal, pues la predisposición á la locura era ya visible mucho antes, y los factores nocivos exteriores que debían favorecerla iban unidos á la situación de todo emperador en la Roma de entonces.

IV

El caso de locura cesarista que nos ofrece Calígula es completamente típico. Casi todos los síntomas que se encuentran aisladamente en otros soberanos se reunen en él, y al comparar sus comienzos, sanos en apariencia, con la progresión espantosamente rápida que le condujo á los peores excesos, podemos representarnos la evolución de la enfermedad.

Un fenómeno, que no es necesariamente morboso en sí mismo si no va unido á los otros síntomas, denotó en Calígula la temprana locura de grandezas. Fué la pasión desmesurada por el fausto y el despilfarro, Es este un rasgo común á casi todos los príncipes que han perdido de vista los límites de su situación, desde los déspotas de Oriente y ciertos Papas antiguos hasta Luis XIII y Luis XIV de

Francia, así como sus imitadores alemanes, cuya serie tiene provisionalmente por último representante célebre al desgraciado rey Luis II de Baviera. Al cabo de poco tiempo no sólo gastó Calígula el tesoro considerable que había ahorrado el viejo emperador, sino que tuvo que recurrir á medios poco dignos para acrecentar los ingresos y pagar las deudas. Se restablecieron los impuestos que acababan de suprimirse; se crearon otros nuevos, entre los cuales los había muy exorbitantes y de un carácter vergonzoso; se abusó de la justicia para procurar al Tesoro multas y fortunas confiscadas, y se terminó por proclamar el principio de que los bienes de los vasallos deben estar á disposición del príncipe.

La pasión de Calígula por el fausto y el derroche se manifestó en los dominios



BERLÍN. PLAZA DE POSTDAM

más diversos: en las fiestas, en los festines, en los regalos, en los trajes, en su morada y en todo su tren de vida, particularmente en la instalación de sus palacios y quintas y en los yates imperiales, equipados con un lujo insensato; pero por encima de todo en *gigantescos edificios y proyectos de obras públicas.*

Este es un rasgo característico de la exaltación de las ideas en algunos soberanos, como acabamos de mostrarlo con varios ejemplos. En lo que concierne á los Césares se concibe fácilmente esta locura cuando se recuerda su sed de gloria y su deseo de brillar ante la posteridad.

El carácter desmesurado de los proyectos de Calígula y la corta duración de su reinado fueron causa de que una serie de sus construcciones quedasen sin terminar.

En Roma aún se muestran en el Palatino los cimientos del puente de Calígula, con el que quiso unir el palacio imperial, por encima del Foro, con el Capitolio, santuario de la ciudad. Emprendió simultáneamente conducciones de agua y construcciones de circos, verdaderamente enormes, y se propuso abrir rápidamente, á través del istmo de Corinto, un canal del que se había hablado mucho anteriormente. A esta pasión de edificar iba unida una sorprendente manía de destrucción. Obras dignas de ser conservadas fueron echadas á tierra ó sufrieron transformaciones por motivos pueriles. Generalmente, lo que se edificaba tenía el reflejo de unas ideas completamente extravagantes. Cuanto más imposible é insensata era una empresa, más atraía á Calígula. En la orilla del golfo de Nápoles se encuentran las ruinas de un muelle romano que se llama «puente de Calígula», en memoria de la empresa fantástica con que quiso realizar, no lejos de allí, una idea extravagante.

Hizo tender en la bahía de Baies un gigantesco puente de embarcaciones, soportando una verdadera carretera orlada de hosterías y con canalizaciones de agua dulce. Revestido de la pretendida armadura de Alejandro el Grande, condujo por este puente sus tropas hasta Baies, lanzándolas sobre la apacible ciudad como para tomarla por asalto. Al otro día organizó sobre el puente un gran cortejo triunfal, con trajes suntuosos, un gran botín y prisioneros fingidos. Por último, festejó personalmente, con pomposos discursos y ruidosas fiestas, esta empresa gloriosa, que representaba, según sus propias palabras, «muchas fatigas vencidas y el Océano domado».

V

Esta empresa, que fué célebre, arroja una luz brutal sobre la inclinación extravagante de Calígula por el fausto y el derroche. Pero también señala una tendencia en extremo particular de los príncipes que sienten la pasión enfermiza de las grandezas y las pompas; me refiero á *su sed de triunfos militares.*

En esta afición lo odioso y lo ridículo se dan la mano estrechamente. Si es cierto que la ambición y el placer de la pompa guerrera pueden llegar á las consecuencias más espantosas, á verdaderas degollinas de pueblos, con igual facilidad originan lo grotesco y lo pueril cuando la horrible realidad es reemplazada por la ficción.

En Calígula se observa sobre todo esta segunda forma del mal. Las circunstancias no eran propicias á las guerras y á sus triunfos. Las fronteras estaban pacificadas y Roma había renunciado á extender más su Imperio. La demencia verdaderamente cesarista que empujaba á Calígula á brillar igualmente en el dominio guerrero tuvo que manifestarse forzosamente en *maniobras ridículas* é *invenciones teatrales.* Hizo una porción de cosas análogas á su cortejo triunfal en la bahía de Baies. Sólo citaremos aquí dos ejemplos de los más típicos.

Una vez decidió visitar el ejército acampado junto al Rhin. Todo se puso en movimiento precipitadamente.

Así que llegó el emperador, señalóse su presencia por una severa disciplina, desusada hasta entonces, especialmente en lo que se refiere á la oficialidad. Los desgraciados jefes que en esta movilización inesperada no se presentaron pronto en los sitios de concentración tuvieron que sufrir su cólera. Al mismo tiempo, aunque Calígula se ofendía cuando alguien le recordaba su juventud, quiso rejuvenecer al ejército y jubiló á un gran número de centuriones, declarando que eran demasiado viejos ó achacosos. Procedió además contra otros por haber cometido abusos en su gestión administrativa. Estas medidas rudas atemorizaron á muchos, como si denotasen una energía extraordinaria, pero suscitaron igualmente, según sabemos por Suetonio, un gran descontento, y algunas de ellas fueron consideradas por los observadores imparciales como fanfarronadas ridículas, sobre todo cuando vieron la gran importancia que les atribuía.

Hizo por ejemplo ejecutar una maniobra al otro lado del Rhin. Soldados de su Guardia é hijos de varios príncipes que se encontraban en rehenes fueron obligados á disfrazarse de guerreros germanos y tomar posición cerca del río. Mientras estaba en la mesa el emperador, las avanzadas le enviaron una advertencia de que el enemigo se hallaba cerca, é inmediatamente se obtuvo una brillante victoria sobre este enemigo fingido, que se dejó hacer prisionero. Los soldados de la Guardia, preparados convenientemente, así como los pobres jóvenes germanos, debieron representar el papel de cautivos.

Este modo de jugar á los soldados era una ridícula farsa, que suscitaba las risas de todo el mundo.

Más grotesca fué aún la empresa de Ca-

lígula contra la Gran Bretaña, pues la terminó encargando á sus soldados que recogiesen conchas á lo largo de la costa. Éstas eran el botín que debía simbolizar los trofeos de la guerra.

VI

En esta expedición contra la Gran Bretaña, así como en la aventura de Baies, intervino la obsesión de la *conquista del Océano.*

El joven emperador mostraba por el mar una predilección extraordinaria. Era una inclinación plausible en sí, pero que en él se convirtió en manía, como otras muchas inclinaciones. Ya hemos mencionado la fastuosa instalación de sus yates. Varios autores refieren que realizó travesías más ó menos largas y que se complacía ante el esplendor de las tormentas. Esta pasión debió ser muy molesta para sus familiares, pues parece que les obligaba despiadadamente á compartirla con él. El desventurado Silano, habiéndose quedado en tierra un día de tempestad, cayó en desgracia por este miedo al mareo, ya que el emperador, enfurecido por ciegas sospechas, atribuyó su ausencia á otras causas.

VII

Las bélicas diversiones de Calígula, su monomanía por la disciplina, sus cortejos triunfales, denotan la *propensión á ser comediante,* que es característica en el cuadro patológico de la locura de los Césares.

En punto á comediante, no se contentaba con las comedias militares. Cuentan los autores que sentía una pasión desenfrenada por el teatro y el circo, y que impulsado por ella llegó á pisar el escenario. Ellos nos refieren el extraño gusto que tenía por los trajes llamativos, que cambiaba constantemente, y cómo estas mascaradas le llevaron hasta complacerse en representar diversas divinidades, tanto diosas como dioses. Insistiremos luego en este rasgo con motivo de otros. Una noche quiso que admirasen su habilidad de danzarín, é hizo levantar de la cama á los senadores para bailar delante de ellos. Se dice además que osó mostrarse como luchador en un circo, según hizo más tarde Nerón, y luego Commodo, en calidad de gladiador, es decir, en un papel que acarreaba entonces á los que lo desempeñaban el ser excluídos de la sociedad.



BERLÍN. PALACIO IMPERIAL DE ESPALDAS SOBRE EL RÍO SPRÉ

Dos elementos contribuyen á dar este carácter de histrionismo á la locura cesarista. Primero, una imaginación enfermiza, la persistencia en el hombre maduro de la tendencia que induce al niño á identificar con el mundo real las creaciones de su fantasía. En ningún sitio se pueden encontrar condiciones tan favorables á dicha persistencia como en la corte de un emperador, donde la naturalidad y la sencillez quedan desterradas por tantas ficciones y tantas comedias ridículas. Y en segundo término, la necesidad de brillar en todos los sitios y de todas las maneras, necesidad que, dada la situación especialísima de un soberano absoluto, acaba por resultar igualmente enfermiza.

Por eso, aun entre los soberanos que no se puede calificar en realidad de dementes, hay muchos que no cesan de significarse de un modo lamentable en cierto orden de ideas, pues su misma situación los incita de un modo irresistible á querer sobresalir. Además, su séquito los mantiene en la convicción de que realizan con tales extravagancias algo genial é imponente, mientras que otros jueces sinceros é indulgentes mueven la cabeza pensativos.

El terreno en el que buscaba Calígula brillar con mayor apasionamiento era el de la *elocuencia.* Hablaba de buen grado y á menudo en público, y se dice que tenía cierta facilidad para ello, siendo su especialidad la de insultar y herir. Gustaba sobre todo de encararse con los corifeos de la literatura, y se dice que logró lanzarles más de un dardo acerado. Pero llevó su estúpido fanatismo hasta querer excluir de todas las bibliotecas algunos autores clásicos, como Homero, Virgilio y Tito Livio.

No obstante, gustaba de citar á estos autores detestados cuando quería definir su situación en términos sorprendentes y epigramáticos. Así, saludó una vez á sus huéspedes con el célebre verso de Homero: *heis koiranos estô, heis basileus,* «que uno solo sea soberano, no sólo rey».

Pero su cita predilecta y la más célebre es esta frase de un trágico: *oderint, dum metuant:* «que me aborrezcan con tal de que me teman». Esta era seguramente la expresión más perfecta de su concepto cesarista sobre las relaciones que deben existir entre gobernados y gobernantes.



UN LADO DEL PALACIO IMPERIAL

VIII

Por la insistencia con que se complacía en repetir esta máxima, se ve que el uso de la violencia le procuraba un placer, siendo como la dominante, como el *leitmotiv* de su práctica gubernamental y determinando su actitud en todas las circunstancias de la vida pública.

Aun haciendo abstracción de toda crueldad propiamente dicha, un rasgo típico, común á todos los Césares, consiste en que, lo mismo que Calígula, ponen su mayor cuidado en hacer sentir á cada uno su *poderío*. Nada los irrita tanto como tropezar con un límite de este poder, y para ellos el medio más seguro de conjurar toda resistencia de los súbditos es difundir el miedo y el terror. Por esto prodigan como Calígula las bravatas, y profieren, con variantes innumerables, la amenaza de que harán sentir á cada uno el peso de su cólera. Así se ve á cada instante en la historia de la Roma imperial y también pueden citarse muchos ejemplos en la historia de otros pueblos. Hasta temperamentos de Césares tan geniales como Napoleón no están libres de este defecto. ¡Dichoso el pueblo que, obligado por las circunstancias á soportar tales tiranos, sólo sufre las amenazas y no los actos, como los realizó Calígula! Esta violencia del soberano no alcanza tanto á las masas populares como á las clases superiores de la sociedad, á las familias aristocráticas y á los altos funcionarios. Al principio sólo se hace sentir ligeramente con la falta de toda clase de consideraciones á las personas; pero esto no es mas que un comienzo sin importancia. Luego el soberano llega á sentir un cínico placer en *rebajar cuanto intenta permanecer independiente de su poderío.*

En lo que concierne á Calígula, sabido es con qué odio persiguió á toda superiodad, especialmente á los hombres que se distinguían por sus señalados servicios; cómo se esforzó en aplastar sistemáticamente todo prestigio bajo su desdén y sus sarcasmos; cómo acabó por envilecer á los hombres respetables, obligándoles á actuar de gladiadores—lo que se relaciona también con su gusto por el derramamiento de sangre—, á correr detrás de su carro, á servirle en la mesa, á besarle los pies, pues el besar la mano se consideraba entonces más bien como un honor que como un signo de inferioridad. Se complacía en ridiculizar las antiguas tradiciones de las familias aristocráticas, rodeándolas de gentes de la más baja condición. Cocheros, gladiadores, cómicos y toda clase de vagabundos, constituían, según se cuenta, su compañía habitual, mientras los hombres más dignos eran repelidos. (Todavía un rasgo que se nota con frecuencia en la historia de los soberanos enfermos.)



EL KAISER EN LAS MANIOBRAS

Es cierto que Calígula en su vida pública propiamente dicha se condujo de igual modo con los *representantes de la administración civil y del ejército.*

Precisamente por esto resulta lamentable que esté truncada la obra de Tácito en lo que se refiere al advenimiento de Calígula. Tácito, con su arte incomparable, nos habría mostrado de seguro qué influencia disolvente ejerció este carácter en toda la administración del Estado. Los autores de segundo orden apenas nos dan á conocer el rasgo de extremada locura que, según se dice, inspiró á Calígula el deseo *de conceder á su caballo la dignidad consular.* Hemos, pues, de reconstituir aproximadamente las etapas que prepararon este escarnio tan inaudito. Pero fácilmente se concibe de qué modo el *desdén hacia toda competencia y hacia toda autoridad fundada en el talento* puede desenvolverse hasta tal punto, partiendo de iniciativas apenas perceptibles en sus principios.

Sólo dos hechos de esta serie han llegado hasta nosotros. En primer término, Calígula se propuso abolir la práctica de la jurisprudencia, extirpando la clase de los juristas. Si puede sostenerse en el presente, no sin un poco de razón, que la existencia de una jurisprudencia de profesionales se opone á la esencia del derecho vivo, no por esto dejaba de ser esta idea en las condiciones de la vida romana de aquella época una idea profundamente cesarista. El otro incidente se refiere al ejército. Según parece, cierto número de gladiadores fueron nombrados directamente, y por puro capricho, oficiales de la escolta real.

El emperador distribuyó los grados militares entre los empleados de administración, los cuestores y recaudadores de impuestos, y á su vez nombró á viejos soldados para altos empleos de la administración civil. Envió á sabios jurisconsultos de gran celebridad adquirida en el foro á los sitios más peligrosos de la frontera para que negociasen en los países extranjeros, y colocó á consejeros íntimos, ya gotosos, al frente de sus danzarines. Nunca podremos bosquejar exactamente un cuadro de tan loco desorden, de tan violento contraste entre las aptitudes y el empleo que se hacía de ellas, así como de los ultrajes á la sana razón, coronados al final con la idea de erigir un caballo á la dignidad consular.

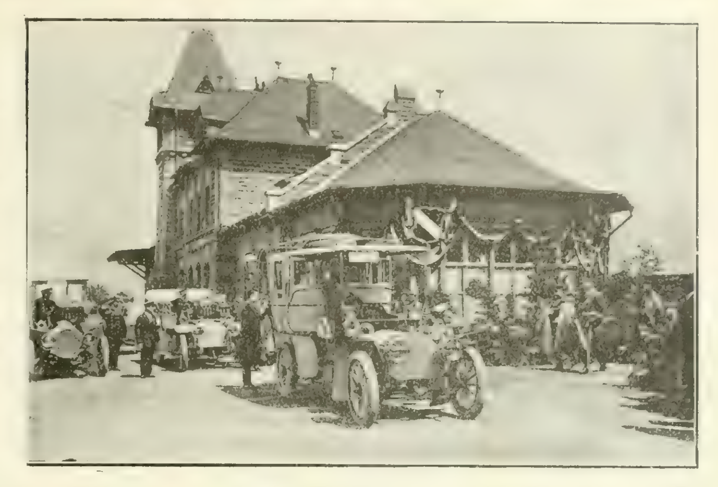


Dibujo de H. W. Koekkoek, según datos de M. Villiers, de The Illustrated London News.

Batidos por las tropas aliadas, los alemanes retroceden, aba



ndo los cañones en las lagunas formadas por la inundación



LLEGADA DEL KAISER A LA ESTACIÓN DE SAN HIPÓLITO (ALSACIA)

IX

El pueblo y todas las clases de la sociedad formaban una masa servil, entremezclada de una manera violenta, escarnecida y pisoteada, por encima de la cual creía destacarse el emperador con una majestad divina, inaccesible, capaz de permanecer intacta y solemne hasta cuando hacia una cabriola en el circo. Esto resulta esencial en dicha clase de Césares; creen en el derecho de su persona, *se imaginan tener una misión extraordinaria, sienten la convicción de que están en relaciones particulares con la Divinidad, se consideran los elegidos por ella, y finalmente exigen para sí mismos un culto divino.*

Tal pretensión parece constituir el paroxismo de la demencia cesarista; pero muchos soberanos á quienes no se podría considerar completamente locos han tenido ideas que se aproximaban mucho á ésta. Por ejemplo, el rey de Prusia Federico Guillermo IV, antes de volverse completamente loco, se movió en un círculo de ideas místicas de tal naturaleza. Realmente—y en esto reside la base vergonzosa y lamentable de toda la existencia de los Césares locos—estas divagaciones son á menudo favorecidas del modo más peligroso por el estado de opinión de las masas, y sobre todo de las clases directoras, en los pueblos impregnados de arraigadas convicciones monárquicas. Sin esto, ¿cómo hubiera sido posible divinizar nunca á Alejandro y á César?...

Sin embargo, es evidente en lo que se refiere á Calígula que no fué por una audaz explotación de las simpatías populares ni por cálculo político por lo que reclamó el rango de un dios, sino por *locura patente y caracterizada, por creencia en su propia divinidad,* ó cuando menos por una tendencia á asumir la representación de esta divinidad.

Se ve esto en la manera con que juega, por decirlo así, con dicha idea. Al llegar á este punto, la falta de documentos completos nos imposibilita de seguir toda la evolución del mal. Sus imperceptibles comienzos no nos han sido transmitidos. Las ideas de Calígula pudieron ser influenciadas por el hecho de que siendo todavía muy joven fué nombrado augur y gran sacerdote. Podemos, en efecto, admitir que con tales títulos celebró personalmente las ceremonias del culto y ciertas visiones fantásticas se unieran en su espíritu al ejercicio de tales funciones. Pero lo que resulta mucho más importante y significativo es que gustase de presentarse con traje de dios y de diosa.

Ya hemos indicado la tendencia histriónica que se manifiesta con estos disfraces. Nos resta señalar ahora de qué modo el actor imperial terminó por identificarse en tales juegos con la divinidad que representaba.

En los hombres dotados de una imaginación enfermiza, las fronteras entre las apariencias y la realidad se borran con una prontitud extraordinaria. Empiezan por creer que tienen algo de común con el personaje que representan; durante ciertos momentos de éxtasis se imaginan formar un solo individuo con él; y por último, cuando ya se ha pronunciado la enfermedad mental, creen definitivamente que son idénticos. Cuando el rey Luis de Baviera, vestido de Lohengrin, recorría su lago artificial en un esquife tirado por un cisne, tuvo momentos en que la distinción entre el ensueño y la realidad quedó abolida en su interior. Tal vez lo que nosotros mismos experimentamos cuando un objeto nos produce una emoción de arte no es mas que una ilusión que por obra de nuestras sobreexcitaciones recae, no sobre dicho objeto, sino sobre nuestra propia persona. ¡Cuánto más grande es todavía el efecto producido cuando al intervenir la presencia de testigos y de un pueblo numeroso se siente el deseo de causar impresión en ellos, la necesidad de mantener por medios exteriores constantemente reforzados la más inverosímil de las ficciones! ¿Quién no ha conocido á algunos hombres que acabaron por imaginarse que habían sido ó habían ejecutado aquello que hicieron creer antes á los demás y después acabaron por creerlo ellos mismos?

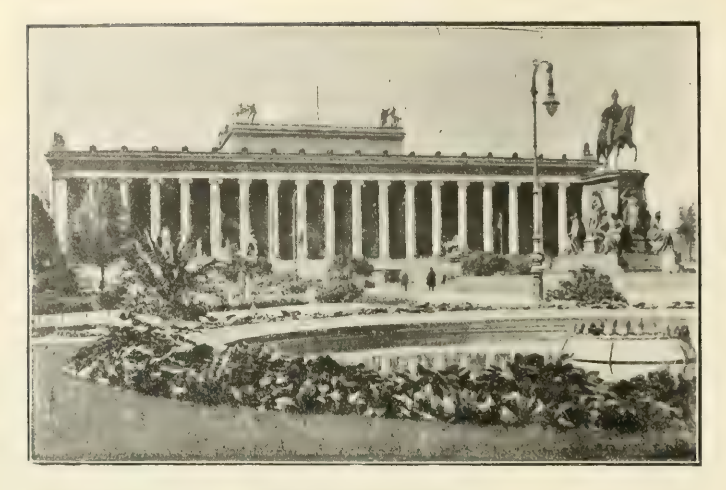
La aspiración de Calígula á la divinidad se basó en una farsa extravagante, sin que por esto debamos creer que quiso aumentar la ignominia del culto que imponía á sus súbditos, convirtiéndolo en una mofa. La prueba es que se nombró á sí mismo gran sacerdote de su propio culto. En fin, si hizo de su caballo su colega en divinidad, no fué este el único acto de insensatez que le inspiró el amor á los caballos.

X

Los contemporáneos de Calígula lo tenían por un verdadero loco, y no se concebiría que un historiador moderno vacilase en confirmar tal juicio. Es evidente



REVISTANDO LAS TROPAS EN UNAS MANIOBRAS



BERLÍN. EL NUEVO MUSEO

que su naturaleza se trastornó de un modo progresivo partiendo de una predisposición congenital.

Sin estar completamente desprovistos de antecedentes acerca de su *constitución física*, sabemos sin embargo muy poco sobre ella. Cuando vivió al lado de Tiberio, á los veinte años de edad, era de una estatura elevada. Las señas particulares más sorprendentes fueron sus piernas delgadas, su vientre voluminoso, una fisonomía de expresión inquietante, las sienes y los ojos hundidos, la frente espaciosa y sombría. Era además epiléptico y propenso á terribles insomnios.

La *inquietud* y la *agitación* producidas por estos últimos males, la *contradicción* y lo *imprevisto* de sus impresiones é ideas, han sido descritas con exacta realidad por Dion Casio. He aquí unos rasgos de nerviosidad, que por sí mismos no son necesariamente mórbidos, pero relacionados con otros que conocemos resultan mucho más significativos. Tan pronto buscaba el tumulto de la multitud, como la soledad; emprendía un viaje, y á su regreso apenas se le reconocía, por haberse dejado crecer la barba y el cabello, contra la costumbre de la época. Los aduladores y los hombres sinceros le irritaban y le agradaban al mismo tiempo. Tan pronto se dejaba decir las verdades más duras por gentes de baja estofa, como castigaba con la pena de muerte cualquiera insignificancia. Nadie sabía lo que debía decir ó hacer en su presencia. Congraciarse con él, era cuestión de suerte y no de talento. Las ideas más absurdas afluían á su cerebro, y aun cuando fuesen relativamente inofensivas, siempre contenían una parte de maldad. Por ejemplo, el caso de un oficial que habiendo incurrido en su desgracia fué enviado nada menos que á la Mauritania, viaje penoso, para que llevase al rey Plotemeo una carta en blanco.

Pero por lo general, su *maldad*, su *placer en atormentar* á los demás, revestía formas mucho peores. Esto fué desde su juventud. Nunca dejó de asistir á los suplicios y á las ejecuciones.

Uníase á esto una inclinación al libertinaje. Aún era un mozuelo y ya se contaban de él cosas horribles. Después, cuando vivió al lado de Tiberio, frecuentaba disfrazado todos los lugares del vicio, entregándose á los excesos sexuales y á la bebida.

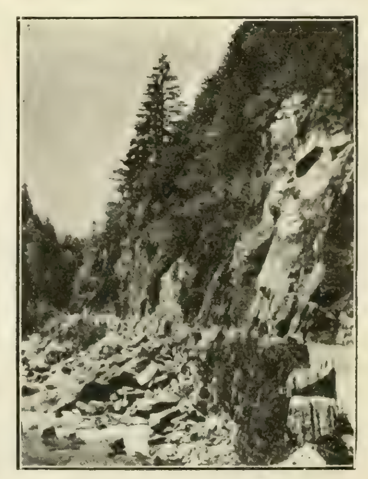
El cuadro del furor cesarista se completa cuando se incluye en él la afición al libertinaje, la alegría de derramar sangre y el goce ante el espectáculo de crueles suplicios. Es por otra parte un hecho muy conocido en psiquiatría que las inclinaciones sexuales enfermizas se acompañan á menudo con la enfermiza afición á lo horrible, á la efusión de sangre y á los tormentos. La relación que existe entre estos dos órdenes de manifestaciones y la locura cesarista es fácil de concebir en conjunto, incluso para el profano, aun cuando el análisis del fenómeno plantea diferentes problemas al especialista. Las ventajas exteriores de la alta situación de un príncipe bastan para lanzar á éste en una licencia precoz, según lo demuestra la vida de innumerables hijos de soberanos de todas las dinastías. Si á esto se añade el concepto cesarista de la omnipotencia imperial y el de la nulidad de todo otro derecho, y si estos factores se refuerzan con una herencia de varias generaciones, nada podrá ciertamente limitar su acción.

La locura cesarista se manifiesta bajo la forma más perfecta *cuando la sed de sangre, la crueldad y la depravación se ponen al servicio de una idea de deificación de sí mismo*. Cuando los judíos—los únicos, á lo que parece, entre los pueblos de aquella época—rehusaron elevar en su templo la estatua de Calígula y adorarla, el emperador, según se cuenta, estuvo á punto de dar al mundo un ejemplo formidable de los extremos á que podía conducirle su locura. Se estaba disponiendo á castigar en masa á este pueblo rebelde con el hierro y el fuego cuando le sorprendió la muerte.

Pero aun sin tener en cuenta esta acumulación de todos los síntomas de la locura cesarista, la tendencia natural de Calígula á los excesos y á la carnicería era bastante para producir los efectos más terribles. En los primeros tiempos que sucedieron á su proclamación, parece que se impuso alguna mesura; pero luego preponderaron en él sus inclinaciones naturales, y como disponía del poder más absoluto, aflojó la brida á sus pasiones, sacrificando á su apetito sexual innumerables mujeres y doncellas.

Al mismo tiempo empezó á dar libre curso á su afición al homicidio y á los suplicios, en condiciones realmente espantosas, siendo inducido muchas veces por razones de orden económico. No sólo los autores modernos, sino también su contemporáneo Séneca, describen el placer bestial que experimentaba en presencia de las ejecuciones y la crueldad con que atormentaba á los supervivientes.

Cierto número de anécdotas han llegado hasta nosotros, mostrándonos que la necesidad de matar sentida por Calígula debe ser considerada en él como un síntoma de locura. No podía, por ejemplo, besar el cuello de su esposa ó de su amante sin pensar que bastaría una orden suya para que fuese cortado este hermoso cuello. En medio de una alegre orgía se echaba á reir ante la idea de que con un gesto suyo podía hacer caer la cabeza de los dos Cónsules sentados á su lado. Todos conocen su deseo de que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza, para poder decapitarlo de un solo golpe. Ideas de esta naturaleza y otras peores, que no sólo revelaban simples instintos



UN VALLE DE ALEMANIA EN LA SELVA NEGRA

sanguinarios, sino también su gusto de combinar los suplicios más crueles y refinados, se tradujeron en una multitud de actos espantosos que á menudo acompañaba Calígula de cínicas bromas. Los detalles son demasiado horribles para que insistamos en ellos.

En una palabra, sembró el terror en Roma; pero Roma no se atrevía á sacudir el yugo de este demente, cuyo furor la ensangrentaba. El Senado no osó destronarlo y nombrar una regencia. No quedó descartado por un acto de la vida política, y fué necesaria para acabar con él una conspiración, que halló su instrumento complaciente en Casio Quereas, uno de los jefes de su guardia, al que había ofendido gravemente.

Tal era el grado de envilecimiento de Roma en el momento que los bárbaros, en la fuerza de su juventud, amenazaban seriamente sus fronteras.

Si desde el puerto tranquilo en que vivimos seguros actualmente echamos una mirada hacia atrás, podemos decir que hoy, aunque los apetitos materiales y el lujo de las clases superiores han subido hasta un nivel comparable al de la Roma imperial, hemos realizado, sin embargo, un notable progreso político—que ha exigido más de diez y ocho siglos—, pues todo régimen análogo al cesarismo y al reinado de la locura cesarista es irrealizable en las circunstancias actuales. De tal modo irrealizable, que el presente cuadro parecerá una invención poco digna de fe, ó si se quiere una sátira exagerada debida á la pluma de algún escritor romano acerca del cesarismo de su tiempo. Y sin embargo, sólo hemos expuesto la verdad histórica, completamente desnuda, tal como la presentan los conocimientos actuales sobre las fuentes de origen.



BERLÍN. LA CALLE DE FEDERICO Y LA AVENIDA DE LOS TILOS

A pesar de las prudentes manifestaciones de Quidde para que el público no intentase comparar los tiempos actuales con los de la Roma antigua, y su visible deseo de abstenerse de toda alusión moderna, los lectores establecieron instintivamente, como ya hemos dicho, un parangón entre el emperador romano y el emperador de Alemania en 1894.

El historiador bávaro, repitiendo y juntando las afirmaciones de los autores antiguos, habla de un Calígula ingrato con Macronio, poseído del delirio de grandezas, incapaz de tolerar á su lado ningún carácter independiente, amigo del fausto, de las farsas militares, de los yates lujosos, obsesionado por la manía del Océano, aficionado á la oratoria, á cambiar de trajes, á las exhibiciones con gran pompa, á la vida del circo y el trato con gladiadores y comediantes, á convertir en capitanes á simples particulares, á trastornar leyes y costumbres, dando á cada uno el empleo más en desarmonía con sus facultades, añadiendo á estas manifestaciones la loca convicción de representar á la Divinidad.

Los alemanes tenían ante su vista un emperador ingrato con el primer hombre de su época, al que debía gran parte de su fortuna, inclinado á rodearse de políticos mediocres para que le sirviesen como simples edecanes, interviniendo en todo y diciendo la palabra definitiva como si fuese el primer talento de su época; gran aficionado á las maniobras y á los buques, obsesionado por la conquista de los océanos, aprovechando la más pequeña ocasión para lanzar discursos y sermones, derrochando el dinero en un lujo vistoso y muchas veces ridículo, gustando de la vida del teatro, hasta el punto de ejercer en algunas obras las funciones de director de escena, queriendo alcanzar la gloria como músico, poeta, pintor y escultor, dando por gracia los grados militares á gentes sin otro mérito que el de la estatura, confiriendo á capricho empleos cuyas funciones no estaban en relación con las facultades del agraciado y manifestándose en toda ocasión firmemente convencido de ser el portavoz de la Divinidad, el aliado del cielo, el íntimo amigo y el consocio de Dios.

El César de Roma había sido un enfermo hereditario, cuyas dolencias espirituales se agravaron en el ejercicio de un poder absoluto, hasta tomar una forma monstruosa. El emperador presente era también un enfermo, y sus dolencias le comunicaban, como al otro, una actividad incesante y nerviosa, una movilidad temible que podía influir en la suerte del Estado.

Los dos empleaban las mismas frases como regla de vida: «Sólo debe haber una voluntad: la mía.» «Que me aborrezcan, con tal de que me teman.»

El público sintió asombro ante esta semejanza asombrosa, repetida por el espíritu cesarista y á una distancia de veinte siglos.

De aquí el sordo y poderoso éxito de la obra de Quidde. El miedo y la obediencia evitaron que se hablase de ella en Alemania públicamente. Pero el libro circuló con profusión, alcanzando ediciones enormes.



ESCALINATA DEL PARQUE DEL CASTILLO DE SANS-SOUCI

narios improvisados, se revela el desacuerdo completo, chillón y grotesco entre el antiguo carácter, que continúa siendo grosero, y el esfuerzo intentado para renegar de los modestos orígenes.»

Este mismo desacuerdo se nota en el aspecto del país, que también ofrece igual dualidad. Aún existe la Alemania de las leyendas, «el país de las baladas, de los *lieder,* de la música sentimental, de Gretchen y la Loreley»; la tierra del vago misticismo, de la filosofía nebulosa y de los castillos encantados del Rhin y la Turingia. Pero junto á esta Alemania ensalzada por Mad. Staël, y que hizo las delicias de los románticos, vive la Alemania casi reciente «cubierta de fábricas, erizada de chimeneas, negra de hollín, feroz para la ganancia», con sus industrias de piratas que lo imitan todo y lo falsifican todo: una Alemania productora que sueña con la servidumbre económica del mundo entero, que está organizada lo mismo que un ejército, y cuyos directores, atentos con sonrisa servil á los encargos del cliente, tienen el alma de los antiguos burgraves, su misma ferocidad conquistadora, y desean una guerra victoriosa para el saqueo y destrucción de las industrias de los otros países, y que sólo quede en pie la producción germánica.

XIII

La Alemania que se ve y la que no se ve

«Existen realmente dos Alemanias—dice el abate Wetterlé, antiguo diputado del Reichstag—: la que ve el viajero apresuradamente con el *Bædeker* en la mano, y que por ser toda de fachada produce una impresión de falsa grandeza en los observadores superficiales, y la Alemania que ha crecido demasiado aprisa, enloquecida por ambiciones y apetitos desmesurados, que no ha sabido adaptar sus costumbres é instituciones á su riqueza y su renombre cada vez más grandes, y en la cual, como en las casas de los millo-

Igual dualidad se nota en la Alemania intelectual. Existe una Alemania «absorbida en el estudio de los textos antiguos, de las lenguas desaparecidas, de todos los grandes problemas científicos», que tiene algo de las misteriosas apariencias de la antigua alquimia, y á la cual la imaginación fértil de los extranjeros presta un decorado escénico «de viejos infolios, alambiques de reflejos verdosos y cornudas redomas». Al lado de ella existe otra Alemania intelectual, menos desinteresada, más positiva é influyente, que se abriga en las Universidades como si fuesen cuarteles, y está compuesta de profesores endurecidos por el orgullo, que admiran al militarismo y glorifican la guerra como de origen divino.

Esta clase de sabios alemanes ya existía en tiempo de Federico el Grande. El escéptico monarca supo apreciar sus servicios. Cuando alguien le objetó que no tenía derecho para invadir la Silesia, el astuto caudillo repuso sonriendo:

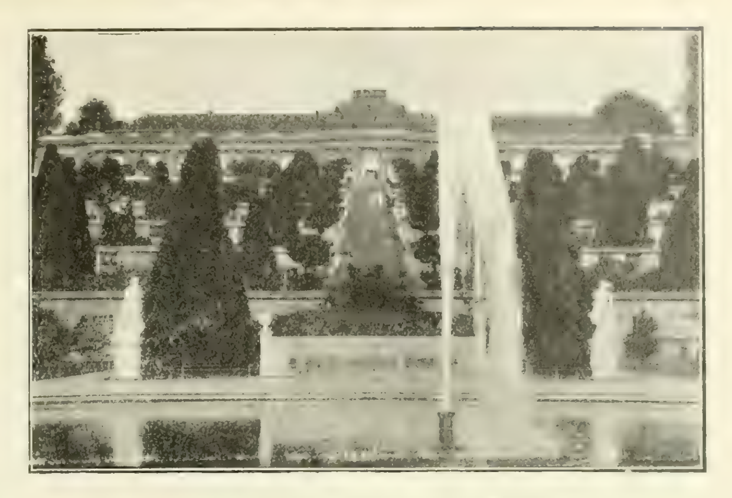
—Lo primero es tomarla. Des-



BERLÍN. LA PLAZA DE BLÜCHER

pués no me faltarán unos cuantos profesores de Derecho que se encarguen de demostrar científicamente que la Silesia me pertenecía.

Un título de Excelencia, una condecoración basta para modificar las opiniones de estos sabios, que «roban y desfiguran todos los descubrimientos hechos fuera de Alemania, falsifican la Historia, persiguen desenfrenadamente las distinciones honoríficas, ponen sus conocimientos al servicio del mejor postor, y predican la guerra y la carnicería para asegurar á la ciencia germánica una superioridad incontrastable y única, que no puede conseguir por su propio mérito».



JARDINES DEL CASTILLO DE SANS SOUCI, DE POTSDAM

El error fundamental de muchos que admiran á Alemania de buena fe consiste en que sólo alcanzan á ver la cara simpática y grandiosa de este país de faz doble. Además, confunden el progreso material de la Alemania reciente con sus instituciones políticas, antiguas y bárbaras, creyendo que el adelanto moderno se debe á una política guerrera inspirada en las hazañas y las violencias de hace diez siglos.

La Alemania moderna, como dice un autor, «ha corrido vertiginosamente en breves años el camino del progreso, sin hacer alto, como los otros pueblos, para reponer sus fuerzas; de lo que resulta que en poco tiempo ha llegado al término, ó sea á la decadencia, sin pasar por la madurez».

Esta Alemania doble es complicada y contradictoria. Sus antítesis desconcertantes explican el entusiasmo que sienten algunos por ella y la alarma y el recelo que infunde á los más. En la mentalidad de su pueblo se entremezclan constantemente «la barbarie nativa y los refinamientos de una civilización conquistada con demasiada rapidez; las virtudes burguesas de los antiguos germanos y las prácticas de un modernismo corrompido; las rudas prácticas del absolutismo militar y las agitaciones de una democracia naciente; el orgullo de la unidad nacional reconquistada y los sobresaltos del particularismo de los Estados que agonizan; el tradicional espíritu de economía y un rabioso deseo de placeres y de ganancia; el sentimentalismo de otras épocas y la grosería de los instintos desencadenados; el estudio paciente y modesto y un deseo enfermizo de figurar y lucir á la cabeza del mundo».

El pueblo alemán posee una cualidad incontestable: la de ser el mejor dispuesto para la disciplina y la organización. A esto debe su rápido crecimiento económico. Posee en cambio un defecto enorme: la falta de tacto y de mesura, que hace incompatible su grandeza con la tranquilidad del mundo.

Inglaterra ha llegado en su desarrollo á mayores alturas que Alemania. Pero su enorme y sólida prosperidad se desenvolvió en el curso de ciento veinte años, sin constituir un peligro para la existencia de los otros pueblos.

Alemania casi ha realizado los mismos progresos en menos de cuarenta años; pero vertiginosamente, y con la firme creencia de que el militarismo y la guerra son el origen y el sostén de su prosperidad. Todo comerciante alemán, aunque parezca desear la paz,



BERLÍN. EL BANCO DE ALEMANIA



EL MUNICIPIO DE HAMBURGO

relación directa entre los principios de la Revolución y los descubrimientos científicos del siglo XIX.» La mentalidad de los alemanes ha sido semejante á la de los pueblos que bendicen á sus gobiernos los años en que las cosechas son buenas, como si hubiesen podido ordenar su abundancia. El patriotismo ha clavado profundamente en sus cerebros la falsa idea de que los triunfos de 1870 son la causa inicial de los triunfos industriales y comerciales que se desarrollaron hasta 1914.

Ya dijimos al hablar de la obra de Bismarck cómo la victoria sobre Francia y la enorme indemnización pagada por ésta sirvieron para empobrecer al naciente Imperio alemán. Su situación fué casi igual á la de la vieja y gloriosa España, que nunca se vió tan pobre como en los tiempos que recibía los galeones de América cargados de oro. Los miles de millones pagados por Francia sirvieron para costear muchas obras públicas, pero la influencia de este dinero resultó funesta desde el punto de vista económico. La ganancia fácil de la guerra desarrolló lo que los alemanes llamaron la *schwindelperiode,* ó sea el período del vértigo financiero, de las empresas de moralidad dudosa, del filibusterismo en los negocios. En los siete ú ocho años que siguieron á la victoria, la industria alemana no realizó ningún adelanto; antes bien, su estacionamiento marcó una tendencia al retroceso, y el Imperio triunfante por las armas tuvo que comprar en el exterior todas las manufacturas que necesitaba para su existencia. Un economista alemán

que favorece al comercio, desea en realidad la guerra. Es para él sinónimo de victoria y está convencido de que con ella sus negocios se agrandarán considerablemente.

Esta ha sido la gran equivocación de la Alemania rica y productora. Esta la causa de que su desarrollo vertiginoso—que en otro país no hubiese inspirado inquietudes—sea considerado por todo el mundo como una amenaza.

Al apreciar los orígenes de la prosperidad del Imperio alemán, la opinión, tanto en Alemania como fuera de ella, incurre en un error fundamental. Como dicha prosperidad coincidió con la guerra de 1870, el vulgo cree de buena fe que procede de las victorias de Moltke, hasta el punto de que los comerciantes y los industriales, que debían temer la guerra, la desean como la mejor de las protecciones para el fomento de sus negocios.

La guerra francoprusiana nada tuvo que ver con la prosperidad del pueblo alemán. Se ha exagerado mucho la influencia de los sucesos políticos en el desenvolvimiento económico é intelectual de las naciones. «Esto es—dice el economista Avenel—como si se atribuyese al emperador Segismundo una influencia en la invención de la imprenta porque se realizó bajo su reinado; como si los ingleses atribuyeran á Jorge III y á la guerra de los Siete Años las primeras máquinas de vapor que se construyeron en su tiempo; como si los franceses estableciesen una



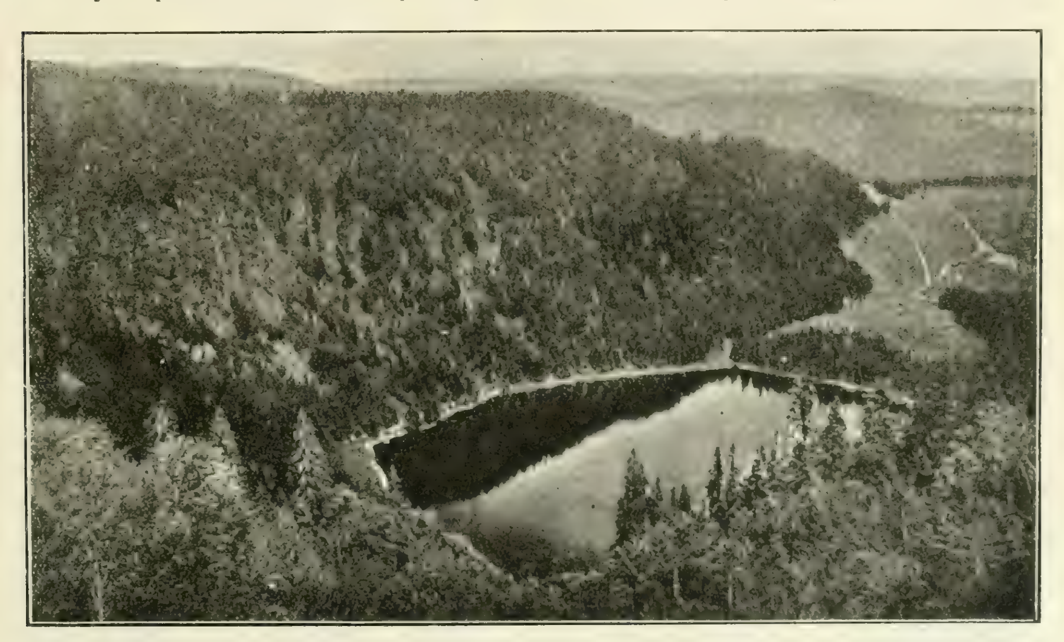
DRESDE. EL MINISTERIO DE HACIENDA

decía en 1875: «Es una felicidad que Francia no nos haya dado mas que cinco mil millones. Si llega á darnos diez, á estas horas tendríamos que tender nuestros sombreros en los caminos pidiendo limosna.» El número de casas de comercio arruinadas y de propiedades agrícolas vendidas judicialmente fué enorme.

La entrada brusca de una monstruosa cantidad de dinero provocó una extraordinaria hinchazón de los precios y un aumento temporal de las importaciones, sin que esto respondiese al aumento del comercio ni á una mayor capacidad consumidora del país. Bajo la lluvia de millones franceses que caía sobre Alemania, la industria alemana fué quebrando y cerrando sus talleres, mientras la masa obrera conocía la miseria por falta de trabajo. En el invierno de 1876 el número de trabajadores sin ocupación fué tan enorme, que el Estado tuvo que establecer talleres por su cuenta y los municipios socorrieron á los indigentes, organizando sopas populares. La oleada de dinero francés sirvió para qne la industria encontrase los capitales que le eran necesarios con mayor dificultad y más caros que antes de la guerra. El interés del descuento subió á 6 por 100 en la victoriosa Alemania, mientras en París se mantenía al 3 por 100, como siempre.

Al presentar Bismarck sus proyectos de ley proteccionistas en 1879, declaró ante el Reichstag que Alemania, después de su triunfo, «estaba sangrando, próxima á morir», y que si la situación se prolongaba su ruina era segura. El éxito guerrero de 1870, en vez de acelerar el progreso económico de Alemania lo retardó, paralizando la evolución natural que había seguido hasta entonces, tomando como modelos á Inglaterra y Francia.

Las leyes proteccionistas de Bismarck fueron el verdadero principio de la Alemania productora y comercial que empezó á desarrollarse en 1879 y ha llegado á su mayor prosperidad en 1914. Pero estas disposiciones legislativas hubieran resultado simples pedazos de papel á no poseer el suelo alemán valiosas riquezas que el espíritu metódico y disciplinado de sus habitantes puso en explotación, y á no haber sobrevenido oportunamente un gran descubrimiento práctico de la ciencia.



UN LAGO DE LA SELVA NEGRA

Hace un siglo que vivimos en la era del vapor, y las naciones verdaderamente grandes y poderosas son las que poseen el carbón. Inglaterra domina comercialmente al mundo hace cien años, no porque venciese á Napoleón en Waterloo, sino porque guarda en sus grandes depósitos carboníferos el alimento indispensable para la vida moderna. La grandeza de su industria manufacturera, el dominio de los mares, ejercido por su inmensa flota mercante y sostenido por su poderosa flota de guerra, todo depende del carbón que extrae de su suelo.

Alemania posee igualmente una gran riqueza carbonífera, y á esto y no á la victoria de Sedán debió el desarrollo iniciado en 1879. Pero este desarrollo no podía basarse únicamente en el comercio del carbón para revenderlo á los otros países. Necesitaba utili-

zarlo ella misma en su producción manufacturera. La suerte vino á favorecerla con un gran descubrimiento metalúrgico, que pasó casi inadvertido, y se produjo justamente en 1879, cuando los negocios alemanes estaban más próximos á la ruina.

Alemania, rica en excelente carbón, tiene mucho hierro en la cuenca del Rhin y otros lugares, pero este hierro resultaba mediocre por su abundancia de fósforo, que lo hacía quebradizo. Era imposible utilizarlo para la fundición de acero. De pronto un inglés se encargó, sin saberlo, de hacer la fortuna de Alemania.

Thomas Gilchrist, pobre dependiente de un notario de Londres, que seguía por afición los cursos públicos de metalurgia, encontró un día la fórmula práctica que en vano habían buscado los grandes sabios para la desfosforación del hierro. Con el invento de Thomas podía transformarse el hierro en acero, aunque tuviese gran cantidad de fósforo, sin que estallase el «convertidor» que efectuaba la operación. Gracias al súbdito británico se verificó un beneficioso trastorno en la industria metalúrgica de Alemania, por disponer ésta de mayores cantidades de mineral que los otros países. Inglaterra, patria exclusiva del hierro hasta entonces, tuvo una poderosa rival.

Alemania, que en 1880 sólo producía millón y medio de toneladas de hierro, fué desarrollando rápidamente su actividad, hasta producir 14 millones de toneladas en 1913. El desarrollo de la industria metalúrgica fué acompañado, como era natural, por un aumento de explotación de las minas carboníferas. El combustible precioso para la producción del acero encontró nuevos empleos en las innumerables máquinas de vapor que se fabricaron con dicho acero. Las ricas minas de Silesia, que en 1880 sólo producían anualmente 53 millones de toneladas de combustible, en 1913 llegaron á exportar 256 millones de toneladas para las necesidades de la industria nacional. Queda demostrado con esto que ni la guerra de 1870 ni el militarismo de los Hohenzollern influyeron para nada en el renacimiento y desarrollo de la producción de Alemania. Ésta debe mayor gratitud—aunque procura olvidarlo—al inglés Thomas, obscuro inventor, que á Guillermo I y sus colaboradores Bismarck y Moltke. De no realizar su descubrimiento el pobre escribiente de Londres, Alemania habría tenido que limitarse á



VISTA GENERAL DE BERLÍN

vender carbón modestamente, sin poder crear su gran industria metalúrgica.

Pero no fué únicamente la producción de buen acero y de combustible barato lo que favoreció la evolución económica de los alemanes. A este factor importante se unieron muchos otros, sin que ni uno siquiera procediese de las conquistas de 1870. Otro factor fué el considerable aumento de población experimentado por Alemania y que facilitó á la industria una mano de obra abundante y barata. En 1815 Alemania tenía 23 millones de habitantes y era inferior á Francia, que contaba con 27. En 1845 los dos países tenían la misma población: 34 millones. En 1870 Alemania había sobrepasado á su vecina, pues tenía 40 millones frente á los 37 millones de Francia.



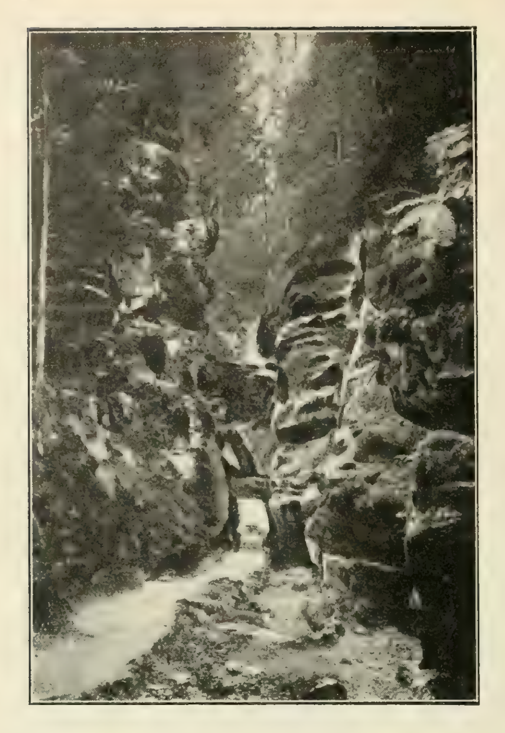
EL KAISER CON LA EMPERATRIZ, LA PRINCESA VICTORIA LUISA Y SUS NIETOS

Sería ridículo atribuir á la guerra un crecimiento de población. Las batallas únicamente sirven para suprimir vidas humanas, y no es fácil demostrar que una victoria guerrera sirve para hacer prolíficas á las mujeres estériles, dándolas muchos hijos. Más bien puede afirmarse que la paz y el trabajo aumentan la población de un Estado. La gran natalidad en Alemania—cerca de dos millones por año—data de la época en que empezó á desarrollarse su industria y el país no sostuvo guerras. «Para tener mucha población—dice Avenel—es preciso generalmente tener mucho trabajo que darle. La industria es la única que distribuye trabajo, y la población que aumenta bajo su influencia favorece á su vez á la industria con el precio bajo de la mano de obra.» Es indiscutible que los pueblos industriales ven engrosar su población con más rapidez que los pueblos puramente agricultores. La fábrica ocupa más brazos que la granja.

Nada de esto tiene relación con la guerra. La Gran Bretaña, que después de su lucha con Napoleón ha pasado cerca de un siglo sin sostener campañas de importancia, dedicándose en absoluto á las empresas comerciales é industriales, aumentó su población insular en las mismas proporciones que Alemania. En 1815 los habitantes de las Islas Británicas no pasaban de 15 millones, en 1870 eran 32 millones, y actualmente 45 millones y medio. Para crecer de este modo no ha tenido Inglaterra necesidad de militarismo ni de ganar batallas. Le ha bastado con extraer mucho carbón y construir muchas fábricas.

Otro factor importante del desarrollo comercial de Alemania ha sido el carácter germánico. El alemán es temible cuando se bate en rebaño y ha sido preparado con un envenenamiento mental de patrióticas falsedades. Generalmente, si actúa suelto es humilde y muchas veces servil, pues se dobla con facilidad á todas las exigencias. Este carácter es una manifestación de la Alemania antitética y doble de la que hablamos antes, compuesta de toda clase de sentimientos contradictorios. El alemán, que es humilde y arrogante al mismo tiempo, según sean las circunstancias en que vive, ha favorecido con esta facilidad de adaptación el desarrollo comercial de su país. Su obrero es menos pretencioso y más disciplinado que el de los otros pueblos. El industrial, el comerciante y el comisionista carecen de ideas propias, plagian los inventos de los demás países, se amoldan á todas las exigencias del cliente y dedican su actividad á la venta de los más diversos productos, ofreciendo al mismo tiempo una docena de pañuelos, una biblioteca ó una locomotora.

Estas condiciones de amabilidad obsequiosa y



UN DESFILADERO DE SAJONIA

adaptación humilde se compaginan mal con el militarismo y la insolencia guerrera. Las victorias de Alemania tampoco han influído en el desarrollo mundial de su comercio. «Si los alemanes—dice un autor ya citado—hubiesen corrido los dos hemisferios para ofrecer sus servicios con aire terrible y un sable bajo del brazo, los hubiesen puesto en la puerta en todas partes. Si sus viajantes, para colocar los productos, hubiesen contado únicamente con la enorme fuerza del ejército germánico, no habrían conseguido vender cien pares de botas.»

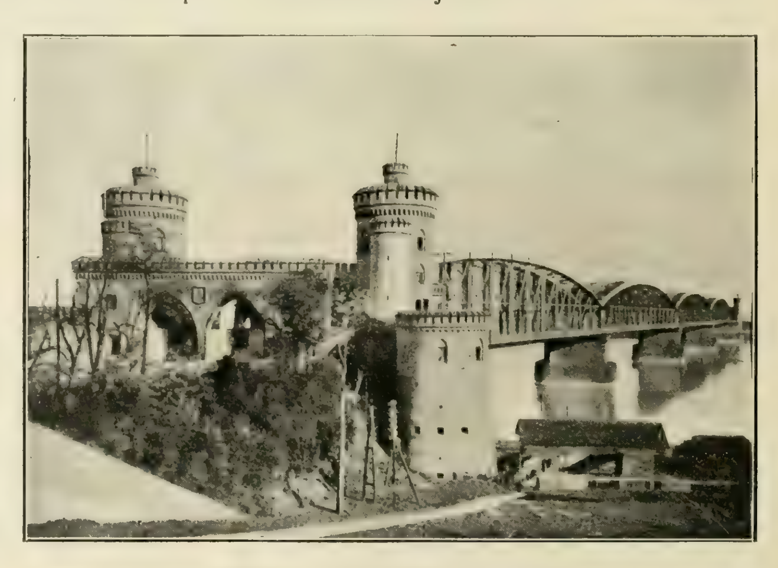
Su éxito comercial lo deben á la tenacidad con que se aplicaron á imitar y falsificar los buenos modelos, produciendo el artículo barato, gracias á la enorme ventaja que les proporciona la mano de obra económica y el bajo precio de sus motores y combustibles. De este modo han podido conquistar el mundo de los pequeños consumidores, sin necesidad del auxilio de su ejército y su marina, ni del recuerdo de Sedán.

La derrota militar de Alemania no influirá para nada en su comercio. Puede desaparecer la dinastía de Guillermo II, puede desinflarse para siempre el orgullo pangermanista, sin que por esto deje el comerciante alemán de colocar sus mercancías en el mundo entero, siempre que las ofrezca con un tanto por ciento de rebaja en comparación con las de los otros países.

La Alemania de los tiempos presentes, con sus grandes fábricas, sus minas, sus almacenes y su enorme marina mercante, no es el producto de la guerra y del militarismo. Más bien parece la resurrección de un pasado germánico, el renacimiento del *Hansa* de la Edad Media, del espíritu de las repúblicas anseáticas que monopolizaron el comercio y la navegación de la Europa del Norte durante largos siglos. Los tesoros del subsuelo, los descubrimientos de la ciencia práctica, realizados muchas veces por extranjeros, y el carácter tenaz, acomodaticio y humilde de los intermediarios son los que han realizado la rápida transformación económica del país.

Un factor que debe tenerse en cuenta igualmente para explicar este vertiginoso desarrollo comercial, es la facilidad en el pago que la industria alemana ha ofrecido á sus consumidores. En ningún país del mundo realiza la industria mayor cantidad de negocios con menos dinero, gracias á los Bancos, que abren al industrial amplios créditos.

Las facilidades á que se han prestado las instituciones bancarias dieron al productor y al comerciante alemán el medio de ofrecer á su clientela de los dos hemisferios plazos más largos para el pago de las mercancías que ningún otro país. De tal modo conquistaron los mercados lejanos.



MAGUNCIA. PUENTE DEL CAMINO DE HIERRO

Como se ve, este procedimiento tampoco tiene relación con las empresas guerreras y los éxitos del militarismo.

El deseo alemán de marchar rápidamente en sus empresas comerciales, su voluntad de imitar el vertiginoso crecimiento de los Estados Unidos y conseguir en treinta años lo mismo que le ha costado á Inglaterra ciento veinte de lento y seguro desarrollo, han producido un tremendo desequilibrio. Los productores de Alemania trabajan muchas veces por trabajar, por extender su influencia, sin tener en cuenta la ganancia.

Detrás de una fachada de cifras imponentes se oculta las más de las veces un provecho casi insignificante y en desproporción con el esfuerzo. Muchas industrias, en vez de emplear el dinero en sus transacciones, cambian entre ellas las notas de pedido como si fuesen moneda. Casas de primer orden tienen que aceptar como pago primeras materias que no necesitan para sus establecimientos. El exceso de producción obliga á todos á colocar sus artículos sea como sea. Detenerse en la vertiginosa marcha equivale á una ruina. Los negocios son cada vez más activos y numerosos y al mismo tiempo más difíciles y de menos ganancia.

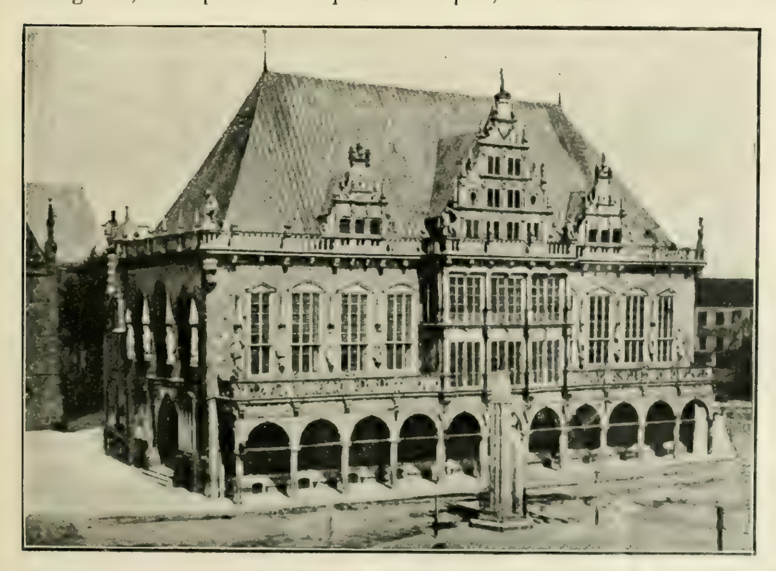


EL RHIN EN SOONECK

Alemania, como algunos pueblos de América que se han desarrollado demasiado aprisa, necesita de dos factores para consolidar su grandeza todavía frágil: el tiempo y la paz. Y estos dos factores no los puede proporcionar la guerra ni un militarismo que forzosamente debe tender á la gloria de los campos de batalla.

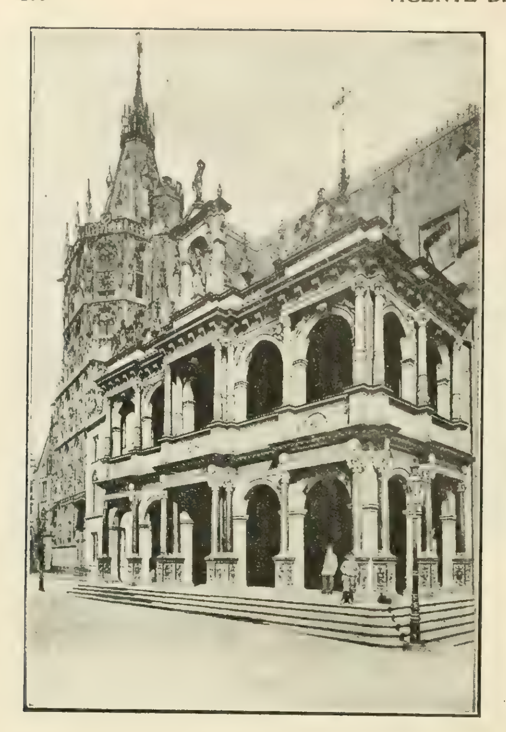
Algunos, al ocuparse de la riqueza de un país, incluyen en ella lo que pueden ganar sus tropas á punta de bayoneta, ó sea las indemnizaciones que exige la victoria. ¡Error! El dinero de la guerra parece maldito, pues sirve para el empobrecimiento del que vence, ya que le obliga á enormes gastos para sostener la supremacía adquirida.

Los 5.000 millones pagados por Francia no sirvieron de nada al desarrollo industrial del Imperio. En cambio, Alemania, temerosa del desquite de los vencidos, ha tenido que sostener durante cuarenta años enormes armamentos. El cobro de los 5.000 millones le ha costado la monstruosa cifra de 60.000 millones, invertidos en gastos militares, durante el período indicado.



MUNICIPIO DE BREMA

El más violento contraste de la doble Alemania de nuestro tiempo reside en el antagonismo entre su vida política y su vida económica. Un ensueño de dominación mundial por las armas, una aspiración gastada de puro vieja, que fué la de Alejandro, la de los Césares romanos, la de Carlos V, el Gran Mogol, el Gran Turco y Napoleón, se ha apoderado poco á poco de este pueblo que en otro orden de manifestaciones, ó sea en las comerciales é industriales, quiere mostrarse innovador y moderno. Los alemanes de las grandes fábricas y los grandes puertos, que se apellidan



EL MUNICIPIO DE COLONIA

á sí mismos «los yanquis de Europa» y van á la caza de toda clase de descubrimientos, tienen una mentalidad medioeval para la política y el derecho. Viven aún en el régimen antiguo en un Estado gótico que les parece el modelo perfecto de gobierno, soñando con extenderlo á todo el globo. «Esto prueba—dice Avenel—cómo el mundo político es más retardatario que el mundo económico, ó marcha á la zaga de éste.»

La moral resulta también doble en «la Alemania que se ve y la que no se ve».

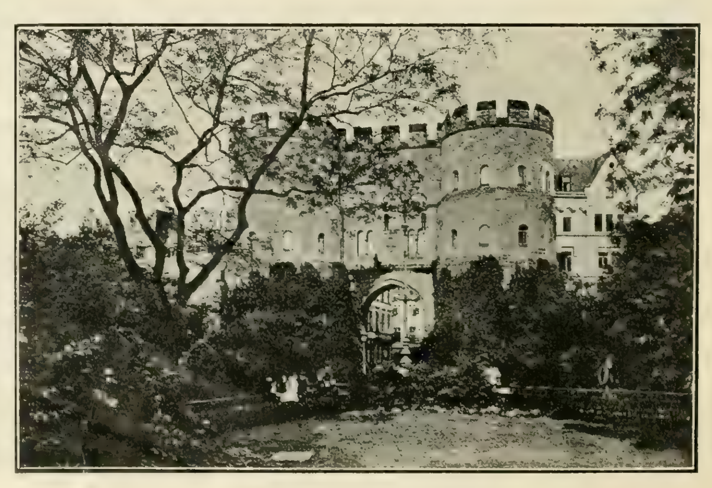
Para muchos es este país el que mejor guarda las tradiciones de la familia y las virtudes domésticas. Las heroínas de su literatura han creado un tipo de mujer alemana universalmente aceptado; mezcla de sentimentalismo poético y de talento práctico para el gobierno de la casa. La alemana de ojos azules, rubias crenchas y sólidas formas, suspira, mira al cielo, devuelve los besos con infantil rubor y es una verdadera notabilidad en recetas de cocina y limpieza de los muebles. Esta es la alemana tipo, la Margarita de Fausto hilando la rueca; la Carlota de Werther repartiendo entre sus hermanos las rebanadas de un pan enorme.

Existen aún hogares alemanes á uso antiguo; se encuentran en la burguesía y la clase popular estas mujeres sentimentales, púdicas y hacendosas. Pero la Alemania de la victoria y de la riqueza, la de 1870 y la que nació en 1879, han producido otros tipos.

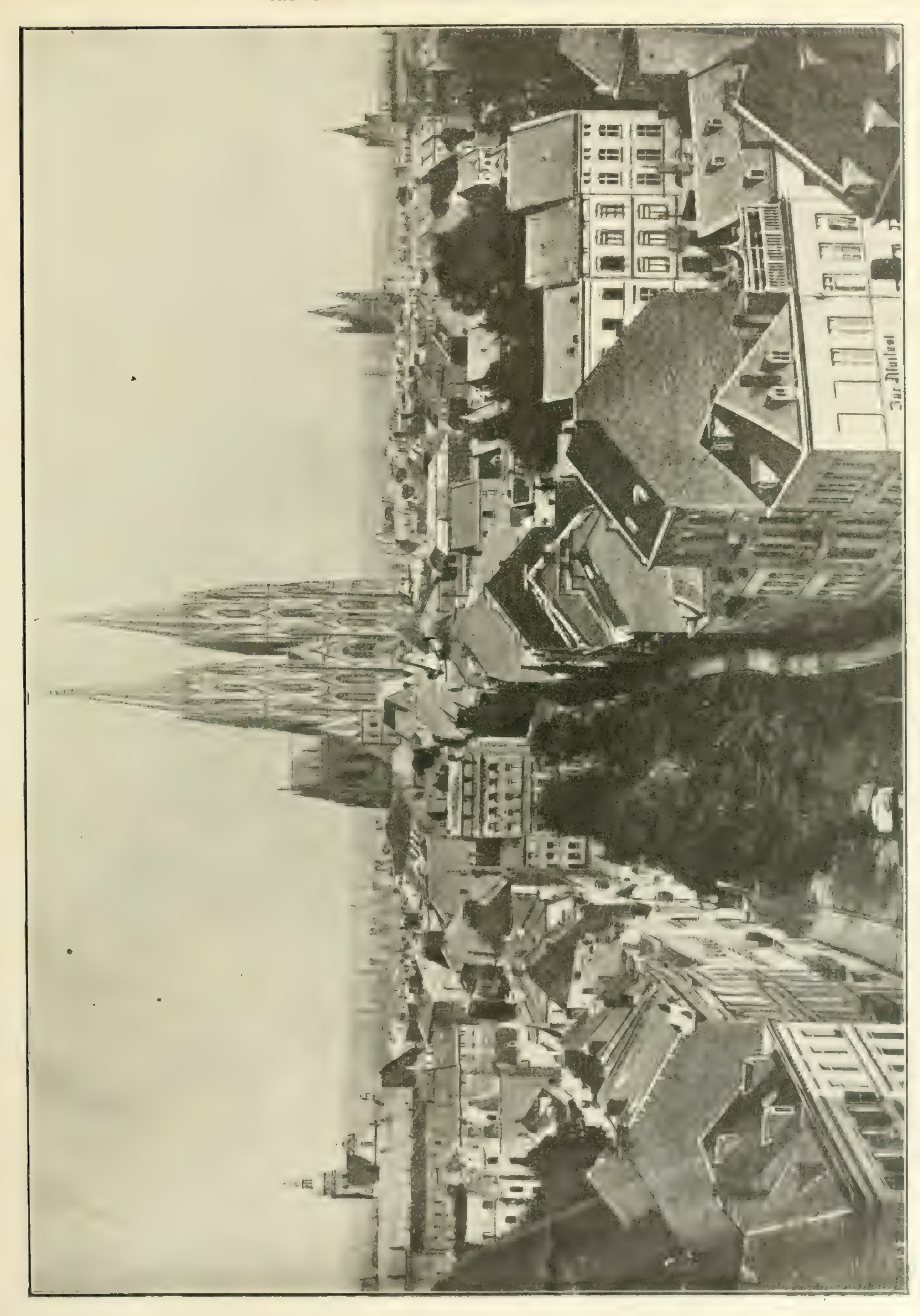
Berlín es hoy la ciudad más inmoral del mundo. Esto lo saben todos los que han vivido en ella. Su inmoralidad no tiene siquiera como excusa el barniz de ligereza y alegría que en los países latinos. El vicio toma una forma abultada é irritante, como todas las manifestaciones de la Alemania moderna. En ningún país desciende tan hondo la «mujer que cae», ni caen tantas todos los días. La carne femenil humillada ni siquiera se atreve á pedir dinero. Se entrega por una comida, por unos vasos de cerveza.

La alemana burguesa que sigue las buenas tradiciones es una mujer de hogar, una excelente dueña de casa, que sacrifica el aseo de su persona para que el domicilio conyugal resplandezca bajo un fregado y un barrido minuciosos. Si alguna vez huele á sebo nativo, es porque no tiene tiempo para acordarse de ella, ocupada en sacudir el polvo de los muebles, fregotear los pisos, sacar brillo á las piezas metálicas y lustre á las botas, apilar en los armarios el lienzo fuerte de rígido planchado, y sobre todo cuidar de la cocina para que el marido, el jefe de la casa, el *Herr*, no proteste. Su amor toma las formas de la servidumbre, como en los tiempos de la vida de tribu, cuando el guerrero no tenía otra ocupación que cuidar de su lanza y traer la caza para el diario alimento, mientras la hembra cargaba con los fardos pesados, partía la leña, iba por agua, soplaba el fuego y recibía, al menor descuido, dos garrotazos amorosos que sacaban sangre.

Cada pueblo es como quisieron que fuese sus ascendientes.



COLONIA. PUERTA DE HAHNEN



LA CATEDRAL DE COLONIA

Hermann y Dorotea, la novela idílica de Gœthe, admirada por todos los alemanes, consiste simplemente en las pruebas y las humillaciones que un hombre hace sufrir á su amada antes de que se digne aceptarla en su gracia. El ensueño de amor del buen germano, su poético ideal, es encontrar una mujer que se levante de la cama dos horas antes que él. ¡Oir adormecido, entre las tibias sábanas, los gritos de la esposa á la sirvienta y el roce de plumeros y escobas en las piezas inmediatas, donde penetra el frío de la mañana! ¡Qué placer de voluptuoso egoísmo!... Luego, la buena compañera, á la que se declaró en una noche de luna después de un *lied* de Schúbert, y que aceptó su amor dejando caer la cabeza en uno de sus hombros para darle un beso poético de respuesta, le expresa una vez más su pasión ideal llevándole el chocolate ó el café á la cama; contemplando con sus ojos de miosotis, húmedos por la gratitud, el buen apetito con que traga el guerrero doméstico... Y en un rapto de pasión le pone los calcetines y las zapatillas.

La limpieza de la casa ocupa su espíritu mientras permanece á solas. No hace cocina mas que una vez al día. El fuego se alumbra únicamente para la alimentación del dueño del hogar, venerado demiurgo que recibe en ofrenda el sagrado biftec. La mujer y la chiquillería peliblanca se nutren económicamente con los productos de la tocinería nacional, sinfonía gastronómica en la que el *leitmotiv* del cerdo toma las más baratas y diversas variaciones. La prole contempla con una devoción algo envidiosa el crujido molar del dios padre. La mujer acoge con una sonrisa de inmensa dicha el elogio á sus talentos de cocinera ó tiembla ante un fruncimiento de cejas de la marital autoridad. En la cervecería, el hombre amontona platillo sobre platillo, mientras la esposa le admira resignada. Las dulzuras inefables de este mundo, las *delikatessen* dignas de los dioses, la cerveza negra, la col en vinagre y las salchichas sazonadas con productos de droguería son para los hombres que ganan el dinero y sostienen las familias numerosas, base de la grandeza imperial.



VISTA DE NUREMBERG

Esta mujer trabajadora y disciplinada tiene sus alegrías. Habla durante horas enteras del servicio de las criadas y del precio de los artículos comestibles con las *Frau* y *Fraulein* de su amistad; se afana por

adquirir un talle de un metro cincuenta, medida patriótica que, según Guillermo II, debe tener la cintura de una buena alemana; coloca como suprema coquetería un cuellecito de blonda sobre sus vestidos, cada vez más amplios, y vela por la salud del Imperio, aprovechando los regresos conyugales en las noches faustas que la espesa cerveza no se agria tomando la forma de querellas restauradas y por el contrario se muestra galante y emprendedora cual si fuese vino francés.

Los sabios de ultra-Rhin, que apoyan con demostraciones de confusa ciencia todo lo que conviene á su nación, han decretado que la mujer alemana debe producir un mínimum de cinco hijos para que la patria sea grande y triunfadora. Desde este número en adelante todos los que ella quiera. Y la *Frau* patriota limpia la casa, sirve humildemente á su hombre, vive en un nirvana de virtudes soñolientas y expele nuevos alemanes como una ametralladora vital... *Deutschland über alles*, canta con entusiasmo, húmedos los ojos. «Alemania sobre todos.» Y como para que el pueblo alemán se monte sobre los demás pueblos de la tierra es necesario que mueran alemanes á centenares de miles en gloriosos avances de carnicería, la plácida y virtuosa germana sigue haciendo funcionar patrióticamente su maternidad de repetición.



VIEJAS CASAS DE COLONIA

Sería injusto no reconocer las condiciones pasivas de esta hembra disciplinada y humildemente amorosa. Para el hombre que se contente con una cuidadora metódica del hogar, obediente y sin voluntad, con una buena madre prolífica, conservando intactos sus derechos omnipotentes de esposo á estilo primitivo, ella es la mujer deseada. Recibe el dinero y ajusta á la cantidad su modo de vivir, haciendo recaer las escaseces sobre su persona, cargando con todas las miserias, para que el marido, el ser superior, no sufra. ¡Muy hermoso para el hombre egoísta, para el autoritario, que desea ser temido antes que amado!... Pero falta saber qué opinión tienen las mujeres sobre esto, si es que piensan en ello alguna vez.

Tal modo de entender el matrimonio tiene sus inconvenientes en momentos difíciles, cuando el hombre se ve fuera de su casa en una situación penosa y al volver á aquélla sólo puede encontrar como apoyo lamentaciones y lágrimas. El ser pasivo habituado á la disciplina, al miedo obediente, no puede de pronto discurrir con éxito, tener iniciativas, dar consejos.

Muchas alemanas se van saliendo de este molde tradicional y envidian á las mujeres de otros países. Piensan en su juventud, en los *lieder* de amor, los claros de luna, el ramillete de florecillas azules, el paseo nocturno entre los tilos, apoyada la cabeza en el hombro amado, mientras contempla el avance de las dos sombras juntas, todo el aparato poético y dulzón del sentimentalismo germánico, y al comparar este pasado con la prosa servil y monótona de un hogar semejante al de las antiguas hordas guerreras, protestan... de la única manera que puede protestar una mujer descontenta de su suerte y ansiosa de novedades.

Sienten la irresistible atracción de lo desconocido al verse en contacto con gentes de otros países. Se presentan como pobres víctimas del exagerado consumo de cerveza, filtro de olvidos y fracasos.



PUERTO DE HAMBURGO

carácter escandaloso y soez de una orgía de soldados hambrientos en un palacio recién conquistado.

No hablemos de la moralidad alemana comparándola con la moralidad francesa. Es una materia escabrosa, difícil para ser tratada con la pluma. Sólo puede hablarse de esto en voz baja y entre amigos. Yo conozco París; yo conozco Berlín. Muchas cosas que ya no existen en la capital francesa florecen en la alemana, agrandadas por la novedad y el perfeccionamiento. Berlín tiene todo lo que tuvo París en tiempos de Napoleón III, pero más en grande, más monstruoso, con arreglo á la palabra que sirve de guía á los alemanes en todas sus empresas: *Kolossal.*

Además, puede exhibir ante el mundo escándalos nuevos, inmoralidades inéditas, corrupciones como jamás las han conocido los pobres franceses, ciudadanos de una democracia rutinaria que todavía dedican á la mujer sus galanterías y homenajes.

No hay que olvidar las denuncias ruidosas del periodista Maximiliano Harden, de Berlín; el proceso de Elemberg y otros nobles germánicos, amigos íntimos del kaiser, que comían y dormían con él; bravos guerreros todos ellos, férreos paladines, tan enemigos de afeminarse con el trato mujeril, que todos sus afectos y ternuras los guardaban para los hombres.

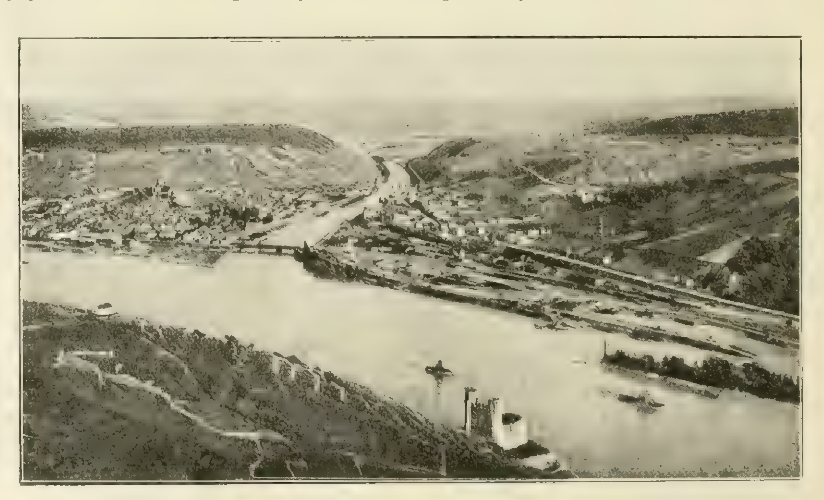
Cuarenta mil ciudadanos alemanes entregados á la más vil y odiosa de las aberraciones intentaron ha pocos años dirigir una petición al Reichstag para que

El carácter de este libro no nos permite insistir en ciertos detalles. Sólo podemos hacer constar que la Alemania virtuosa, guardadora de las tradiciones de familia, es casi un recuerdo al lado de la Alemania moderna, enriquecida y ansiosa de divertirse, que bulle en Berlín y en las ciudades marítimas.

El Imperio alemán, de vertiginosos progresos, «llegado á la decadencia sin pasar por la madurez», conoce ya los mismos *refinamientos* de la decrepitud romana. Guillermo II, á pesar de sus discursos y sermones en loor de las virtudes germánicas, ha visto durante su reinado lo mismo que vieron los Césares de la Roma corrompida.

¡La moralidad alemana!... ¡No hablemos de la moralidad de los pueblos! Es inútil. Tanto ella como la inmoralidad influyen muy poco en los triunfos guerreros. Si únicamente fuesen victoriosos los pueblos morales, Alemania, en la presente lucha, no habría avanzado ni un paso.

En estos tiempos de lujo y riqueza únicamente son morales las naciones arrinconadas y pobres. La victoria incita á los pueblos á gozar de todas las sensualidades. Y si esta victoria no es un producto histórico de larga elaboración, sino algo repentino y fulminante como en Alemania, las alegrías y diversiones del país toman el



CONFLUENCIA DEL RHIN Y DEL NAHE EN BINGEN

borrase de las leyes la persecución de su vicio, permitiéndoles ejercitarlo públicamente.

Esta es una de las muchas cosas que oculta la Alemania que no se ve tras de la Alemania que se ve, aparatosa é imponente. La virtud de otros tiempos ya no es más que una muestra de su fachada.

Se comprende el grito con que el áspero Maximiliano Harden saludó en sus polémicas ruidosas al Berlín actual, á la ciudad agrandada y embellecida por Guillermo II... «¡Sodoma!»

XIV

El pangermanismo

El inmenso orgullo del pueblo alemán después de la victoria de 1870, encontró su expresión en el partido pangermanista. «Esta polvareda de pequeños pueblos—dice Paul Vergnet—que durante siglos y siglos se había acostumbrado á sufrir pasivamente la ley del vencedor extranjero, y que después de Jena reía de las desgracias del rey de Prusia y se agolpaba servilmente para contemplar el paso de Napoleón y los *simpáticos franceses*, sintió un inmenso orgullo imperialista al verse constituída como una nación formidable por el milagro de la victoria.» Los profetas románticos del patriotismo en 1813, Kœrner, Fichte, Schlegel y otros, sentirían asombro ante el enorme pedestal de vanidad que sirve de base á la Alemania moderna.



Guillermo. No habrá más que un solo pastor y un solo ganado.

(Humoristické Listy, de Praga)

El orgullo militar y la divinización de la fuerza son los fundamentos del nuevo patriotismo alemán, que no se limita á la defensa y el sostenimiento de la nación, pues sueña con someter y dirigir á las demás naciones.

«Somos un pueblo de amos», han dicho los belicosos profesores de las universidades alemanas, los generales retirados que presiden las secciones del partido pangermanista, los grandes industriales ansiosos de convertir el mundo entero en un mercado alemán. Y todo el país repite satisfecho y convencido esta afirmación orgullosa.



EL KAISER HABLANDO Á LAS NACIONES

(De *l'Uilenspiegel*)

Guillermo II, con sus bravatas oratorias, contribuyó en los primeros años de su reinado al fomento del pangermanismo. Aun en los tiempos en que su enemistad con Bismarck era más viva, gustó de repetir en sus arengas la orgullosa frase del Canciller: «Nosotros los alemanes sólo tememos á Dios en la tierra y á nadie más.»

Un autor ha compilado las frases principales de los numerosos y contradictorios discursos que Guillermo II ha dirigido al pueblo alemán durante su largo reinado, y en este resumen oratorio se encuentran las afirmaciones siguientes, que jamás emperador alguno osó formular y que seguramente asombrarán á las generaciones venideras:

«Tenemos ante nosotros un gran porvenir de conquistas, y yo os conduciré á brillantes días de gloria.»

«Nosotros los alemanes somos la sal de la tierra.»

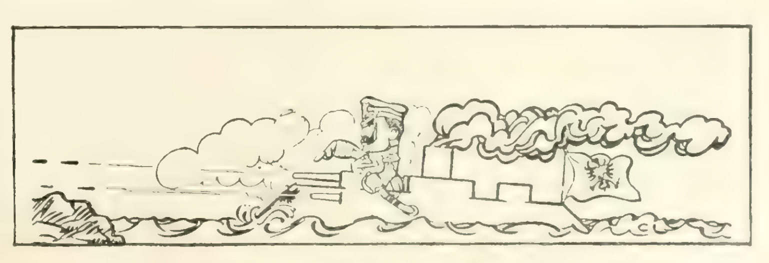
«Lo que el Gran Elector no hizo más que indicar y comenzar, nosotros, que poseemos una gran patria alemana unida, lo haremos ahora más en grande.»

«No hay en el mundo más que el pueblo alemán para defender, cultivar y desarrollar las grandes ideas.»

«El Imperio alemán es ya un Imperio mundial.»

«Nada se puede decidir en el mundo sin Alemania y sin el emperador alemán.»

«Nuestro pueblo alemán será el bloque de granito sobre el cual podrá terminar Dios la edificación de su obra de civilización del mundo. Así se cumplirán las palabras del poeta que afirmó que el mundo sólo podrá salvarse un día gracias al carácter alemán.»



Alemania.—¡Mis productos son mi prestigio!

(Le Figaro, de París)

—«¡Pueden venir todos contra nosotros! Estamos prontos para rechazarlos y aniquilarlos.»

«Tengamos la pólvora seca y la espada bien afilada. Reunamos nuestras fuerzas y rechacemos á los pesimistas. ¡Hurra por el pueblo alemán en armas!»

El soberano que habló así, se titulaba al mismo tiempo, con su inconsciencia caracteristica, «Guillermo el Pacífico», y decía comentando la actitud de su nación: «Creo que en toda Alemania sólo yo y mi Canciller deseamos la paz.» ¿Cómo el pueblo alemán no iba á mostrarse belicoso y ver en la guerra el único medio de engrandecimiento, después de las inauditas arrogancias de su soberano?...



EL KRONPRINTZ Y SU HIJO PRIMOGENITO

Entre Guillermo II y su hijo el actual kronprintz, se ha declarado en los últimos años una aguda rivalidad, buscando cada uno sobrepasar al otro en punto á manifestaciones belicosas, para captarse las simpatías de las masas pangermanistas. El kronprintz, que según muchos alemanes tiene la mentalidad de los quince años después de haber cumplido los treinta, se dedicó hace poco tiempo á la literatura pangermanista colaborando en un libro titulado *La Alemania sobre las armas,* que obtuvo en 1913 un éxito ruidoso. El heredero del trono escribía así, un año antes de la presente guerra:

«Solamente apoyados en nuestra buena espada alemana podremos conquistar el sitio que nos corresponde bajo el sol, ya que nadie nos lo cederá voluntariamente... Hasta el fin del mundo pertenecerá siempre á la espada la decisión suprema de todas las cuestiones.

»Si el pueblo alemán por entero se resuelve á arriesgar alegremente sus bienes y su vida, triunfaremos de todos, aunque el mundo esté lleno de diablos. Y si llegase para nosotros la hora de una gran desgracia, siempre, como ha dicho Emanuel Geibel, uno de los poetas que han cantado al nuevo Imperio alemán, aunque no nos quedase nada, nos quedaría nuestra espada.

Y si nada nos quedase entonces,
nos quedaría siempre una espada
que con sus golpes furiosos y potentes
repelería el asalto del extranjero.
La batalla será siempre el juicio
que decida la vida ó la muerte;
y si la miseria no puede romper el hierro,
el hierro en cambio corta la miseria.»

Este himno á la espada del heredero imperial fué saludado por una inmensa y alegre aclamación de toda Alemania. Únicamente los socialistas y algunos radicales dejaron de unirse á la felicitación nacional que provocó esta obra literaria del kronprintz... ¡Y todavía un año después, ó sea en 1914, ha querido Alemania hacer creer que no deseaba la guerra y que la habían provocado sus enemigos!

Un periódico de Berlín de los más importantes comentó de este modo el himno bélico del hijo de Guillermo II:

«El kronprintz ha hablado como debe hacerlo un futuro emperador, y esperamos que las fuerzas morales é intelectuales del príncipe heredero llegarán á una completa madurez sin que las turbe ninguna influencia extraña. No hay que temer esto, pues sabemos cuán arraigadas están las nobles convicciones del kronprintz.»

La «Liga militar» y todas las asociaciones pangermanistas se reunieron en asamblea para dirigir un telegrama de felicitación al kronprintz. Su himno á la espada era una simple imitación de la literatura paternal, pues diez y ocho años antes Guillermo II había regalado una espada á Bismarck con motivo de su 80.° aniversario, acompañando el presente con estas palabras: «No encuentro mejor regalo para Vuestra Excelencia que una espada, el arma de los germanos, que es el símbolo del instrumento que mi abuelo y vos habéis forjado, afilado y llevado con gloria, y del potente período de construcción nacional cuyos cimientos están amasados con sangre y acero. Es una arma que no engaña jamás y que empuñada por los reyes y los príncipes sirve para mantener la unidad de la patria en el interior y su triunfo en el exterior.»

Pero la Alemania pangermanista, ansiosa de novedad y ebria de orgullo, prefería la literatura guerrera del hijo á la del padre. Á partir de 1913 el kron-

printz, inspirado por su camarilla militar y sostenido por las masas del pangermanismo, se atrevió á todo, haciendo frente á su padre con ostensible espíritu de oposición, repitiendo en nombre del patriotismo la misma conducta que el kaiser actual había observado con su padre Federico III.



LOS ESTUDIANTES DE BERLÍN OVACIONANDO AL KRONPRINTZ

Un mes después de la publicación de la *Alemania sobre las armas,* el kronprintz hizo suspender en Berlín las representaciones de un drama en verso de Gerardo Hauptmann titulado *1813,* por considerar que esta obra, evocadora del antiguo patriotismo alemán, no era bastante militarista. En su audacia llegó hasta á aplaudir ostensiblemente, desde la tribuna imperial del Reichstag, á los oradores que atacaban á Inglaterra y la política equilibrista de Bethmann-Hollweg. En la sesión de 25 de Abril de 1913, el socialista Liebknecht, único diputado de su partido que no se ha dejado arrollar por la avalancha pangermanista, provocó un gran tumulto al denunciar al kronprintz como «jefe de una camarilla belicosa que comprometía la paz del mundo».

El partido pangermanista en unos cuantos años se ha apoderado de Alemania, atemorizando al emperador, que llegó á pensar en la posibilidad de un destronamiento; halagando las ambiciones del príncipe heredero, que procede en todo con la ligera arrogancia de un sub-teniente; invadiendo las Universidades, los talleres y los campos; poniendo en manos de los niños manuales escolares inspirados por el más monstruoso orgullo. «Alemania—dice uno de estos manuales de uso corriente en las escuelas—tiene la misión histórica de rejuvenecer, por medio de la difusión de la sangre germánica, á todos los miembros de la vieja Europa, que están ya casi secos.»

Esta propaganda, esparcida desde la escuela de primeras letras á la Universidad, del taller al cuartel y de la granja al palacio, ha acabado por crear un pueblo de un orgullo sin límites, una nación megalómana, tanto más peligrosa cuanto que es la mejor armada. La fuerza alemana, la ciencia alemana, la industria alemana, todo lo alemán, debe ser forzosamente superior y triunfar en el mundo, anonadando las manifestaciones de los otros pueblos. Las fanfarronas afirmaciones del himno nacional se han convertido, gracias al pangermanismo, en verdades indiscutibles para todo alemán de nuestros días. *¡Deutschland! ¡Deutschland uber alles in der Welt!* «¡Alemania! ¡Alemania sobre todo en el mundo!» Y el ciudadano sale de la escuela y entra en la vida, infatuado por una orgullosa educación, convencido de que Alemania debe ejercer la hegemonía mundial y renovar una Europa envejecida y próxima á perecer, que únicamente



GERARDO HAUPTMANN, EN COCHE, ACOMPAÑADO DE DOS ESTUDIANTES



EL KRONPRINTZ
(Caricatura de Sem, en *Le Mot de Paris*)

puede salvarse poniéndose bajo la dirección de los alemanes, por su voluntad ó por la fuerza.

□

El partido pangermanista empezó á vivir oficialmente en 1891, poco después que Guillermo II despidió á Bismarck, inaugurando una política personal. Todos los adictos al antiguo Canciller entraron en este partido, viendo en su organización un medio para combatir la política pacifista de Caprivi inspirada por el emperador. El mismo Bismarck aceptó ostensiblemente el título de miembro honorario.

En realidad el pangermanismo, que había de amargar muchas veces la existencia de Guillermo II, resulta obra de éste. Cuando sólo era heredero de la corona y conspiraba contra su padre el príncipe Fritz, él fué el primer iniciador de las mismas doctrinas que le ha opuesto luego el pangermanismo siempre que intentó seguir una política de paz. Por una ironía histórica, el emperador, esclavo del pangermanismo, fué su primer fundador. En los últimos años de Guillermo I circuló profusamente por Alemania un folleto titulado *Un imperio alemán universal*. Este folleto era obra del príncipe Guillermo y de sus más decididos partidarios. «Hay que desarrollar la potencia alemana—decía esta publicación—con todas sus consecuencias... Hay que ser hábiles, hay que desenvolverse progresivamente y con cautela, hasta el momento en que nuestras baterías puedan desenmascararse sin peligro alguno. Entonces Europa se encontrará en presencia de una situación preparada hasta en sus menores detalles, y contra la cual será impotente.»

En 1875 el kronprintz Guillermo aconsejó á su íntimo amigo el doctor Hasse que se afiliase á una pequeña sociedad, «La unión colonial», que predicaba sin éxito alguno la necesidad de una expansión germánica en África y Asia. Bismarck, omnipotente en aquel entonces, era contrario, como ya dijimos, á las empresas coloniales. Esta pequeña asociación, falta de importancia en sus orígenes, proporcionó el estado mayor de la futura Liga Pangermanista, de la que el doctor Hasse llegó á ser presidente.

Cuando Guillermo II, en 1891, tomó posesión del islote de Heligoland, cedido por Inglaterra á cambio de los territorios alemanes del África oriental, esta abdicación de las ambiciones coloniales, así como las promesas pacifistas del emperador, provocaron una violenta oposición contra la política de Caprivi, que fué aprovechada por la Liga Pangermanista. En un manifiesto proclamó la Liga la necesidad «de afirmar la conciencia del pueblo alemán y buscar, tanto en el interior como en el exterior de las fronteras, el amor de todas las tribus alemanas».

La verdadera importancia de la Liga Pangermanista data de 1894, cuando figuró á su cabeza como presidente el doctor Hasse, antiguo amigo de Guillermo II, catedrático y diputado de Léipzig. «Queremos —dijo entonces la Liga—implantar en la masa del pueblo alemán la firme convicción de que el desarrollo de Alemania está muy lejos de haber terminado con los éxitos de 1870. El Imperio alemán es hoy un Imperio mundial. Pero las consecuencias que resultan de esto no han sido deducidas aún. Por encima del interés del Estado se hallan los intereses de la nación. Más sagrado que el amor á la patria debe ser el amor á la nación madre.»

LA VORACIDAD PANGERMANISTA
(*L'Asino*)

Todo esto quería decir que el «amor á la nación madre» debía manifestarse en el interior de Alemania por la asimilación enérgica y brutal de los elementos refractarios que existen en ella: los alsacianos y loreneses, los dinamarqueses de los ducados anexionados y los habitantes de la Polonia prusiana. Fuera de Alemania había que buscar el aumento de relaciones con los alemanes que habitan Austria,

Suiza, Bélgica, etc., pues la Liga consideraba como pertenecientes á Alemania todos los pueblos que proceden más ó menos remotamente de las antiguas tribus germánicas. Primeramente había que atraerse la voluntad de las personas estableciendo fraternales relaciones por medio del origen étnico. Más adelante el Imperio aprovecharía una oportunidad para apoderarse de los territorios.

▫

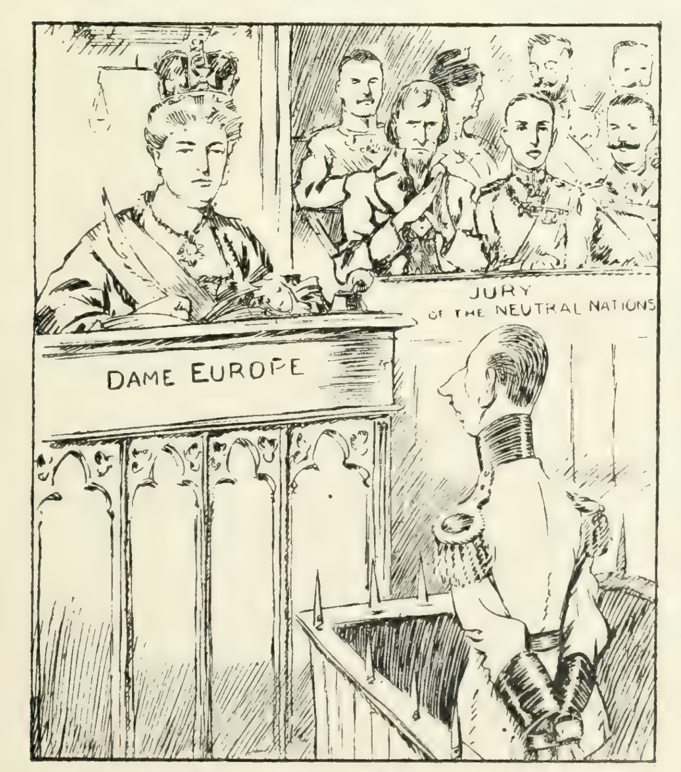
La Liga Pangermanista ha perseguido la realización de su programa con un método y una tenacidad admirables. Su dirección ha estado confiada siempre á un comité de seis personas de diversas clases sociales que podían servir técnicamente á los fines de la asociación. Poco antes de la guerra figuraban en él un abogado, tres militares, un pastor protestante y un armador. En torno de esta dirección central trabaja un comité ejecutivo de veinte personas, que es á modo de un estado mayor, compuesto de profesores, de propietarios de grandes periódicos, y especialmente de editores que lanzan libros para las escuelas, folletos para la masa popular y Atlas de geografía pangermanista.



EL KRONPRINTZ

(Caricatura de Edward Gilio, en *The Tatler*)

Para no crearse obstáculos con las diferencias de raza y de culto, en un país cuyos habitantes están divididos por los orígenes étnicos y la fe religiosa, el pangermanismo ha tenido la habilidad de mantenerse aparte de tales cuestiones, creando un sinnúmero de grupos de base estrecha que llevan una existencia aparte, pero en realidad obedecen como simples secciones de su organización. Unas sociedades patrióticas son antisemitas ó anticatólicas; otras están formadas por fervorosos creyentes de dichos cultos; pero todas trabajan por igual en la consecución de los fines del pangermanismo. De este modo los amigos de «la más grande Alemania» pueden sin detrimento de sus creencias afiliarse á la asociación que les parece más favorable. Además, existen sociedades para el trabajo patriótico; para la publicación de obras patrióticas; para la pureza de la lengua alemana, suprimiendo las palabras de origen extranjero; para la extensión de la colonización alemana y para el fomento de la flota; esta última con 334.000 socios y un ingreso anual de más de medio millón de marcos. Las sociedades de veteranos que eran anteriores al movimiento pangermanista, se unieron también á este partido.



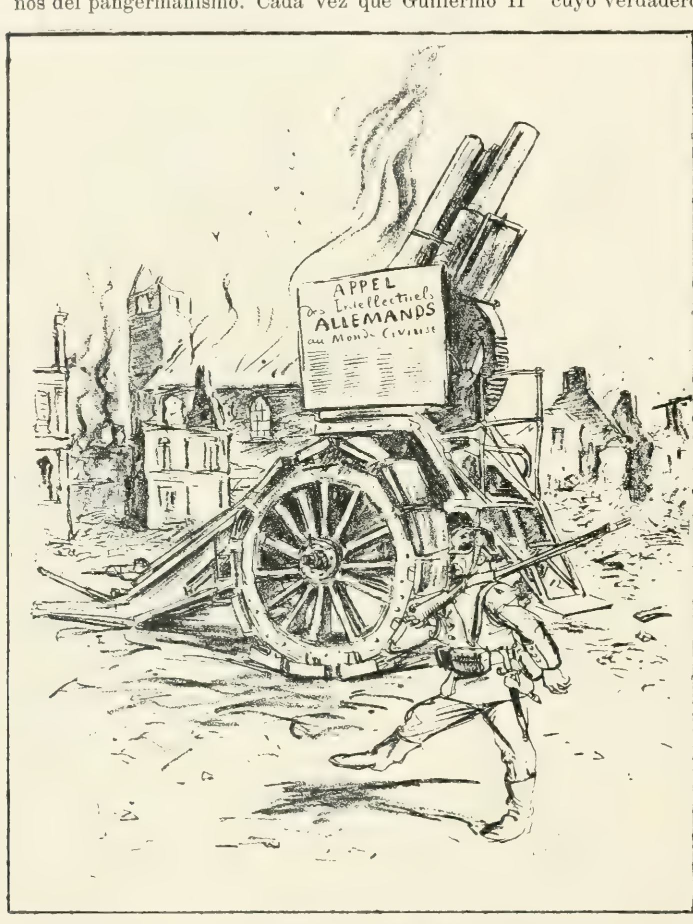
EL KRONPRINTZ COMPARECIENDO ANTE EL JURADO DE LAS NACIONES

(*The Winning Post*, de Londres

Puede afirmarse que la Liga, por medio de sus innumerables filiales y grupos dependientes, se ha apoderado de toda Alemania. El partido socialista fué el

único que se mantuvo distanciado de esta propaganda de expansión territorial por la guerra y la conquista. Pero más adelante veremos como también los socialistas, por espíritu germánico ó por miedo á perder su prestigio sobre las masas, han acabado por someterse á la política de la Liga.

La prensa de importancia pasó rápidamente á manos del pangermanismo. Cada vez que Guillermo II ha intentado persistir en una política pacifista, los grandes periódicos de Alemania, obedeciendo las órdenes de la Liga, lo han atacado duramente.



EL CAÑÓN DE LA «KULTUR»

«Dicen de Berlín: Amsterdán 2 de Noviembre.
La Universidad de Bonn, el gran centro de la cultura germánica, ha conferido el título honorífico de doctor á M. Krupp y á M. Rausenbeger, su colaborador, por la construcción del mortero de 420.»

(Dibujo de Ricardo Flores, de *Boches*, publicación de París)

Los pangermanistas observaron en estas circunstancias una conducta semejante á la de los antiguos reaccionarios de la vieja España y de otras naciones que eran más «realistas que el rey», y por defender los principios monárquicos desacreditaban y atropellaban á los monarcas.

Para mayor gloria del Imperio alemán, los pangermanistas han atacado muchas veces á Guillermo II, sin que éste, que ve un crimen de lesa majestad en la menor crítica á su persona, osase castigar á tan poderosos enemigos.

Bien conocida es la influencia que ejerce en Alemania una simple revista semanal, la ***Zukunft***, «El Porvenir», escrita por el judío Maximiliano Harden, cuyo verdadero apellido es Wittkowsky.

Harden es la primera pluma del pangermanismo, y ningún escritor alemán ha dicho cosas tan crueles contra Guillermo II ni le ha puesto como él en situaciones tan vergonzosas. Este periodista, discípulo ferviente de Bismarck, tiene á sus espaldas ricos y poderosos amigos, judíos como él: Alberto Ballin, el célebre organizador de las compañías de navegación de Hamburgo, designado popularmente con el título de «el amigo del kaiser»; Emilio Rathenau, «el rey de la electricidad», y Carlos Fürstenberg, director de un gran Banco. Además cuenta con el apoyo del kronprintz, que le ha inspirado muchos artículos, y de la poderosa Liga Pangermanista.

En todo el mundo se recuerda la escandalosa campaña realizada por Harden hace pocos años contra Eulemburgo y otros amigos del emperador, á los que acusó de homosexualismo. Lo que menos interesaba á Harden era la inmoralidad de dichos personajes. El rudo periodista sabe á qué atenerse en lo referente á los gustos de su país. Para él Berlín es la capital sucesora de Sodoma.

Lo que él buscó con su escandalosa campaña fué anular al príncipe Felipe de Eulemburgo y á otros personajes de la camarilla del emperador, gentes inmorales, pero de opiniones progresivas y tolerantes, que aconsejaban á Guillermo II una política de paz. Para suprimir esta influencia, el célebre periodista del pangermanismo realizó su campaña contra los favoritos del emperador, poniendo á éste en una situación difícil y equívoca, pues fueron muchos los que llegaron á sospechar si participaba de las mismas aberraciones que sus íntimos amigos y favoritos.

Guillermo II, con todo su orgullo de «ungido del Señor», aguantó este chaparrón de escándalos sin atreverse á ordenar nuevas persecuciones contra el periodista. Sabía que detrás de Harden estaban los hombres ilustres del pangermanismo, los grandes ban-

queros, los grandes armadores, todos amigos suyos y á la cabeza su propio hijo.

El emperador, capaz de ordenar las más crueles persecuciones contra un periódico de ideas avanzadas, no sólo tuvo que sufrir impasible las críticas y los ataques de los grandes diarios pangermanistas, sino que buscó su adhesión y aceptó sus consejos. Guillermo II es un gran lector de periódicos, y aprovecha todas las ocasiones para condecorar á los redactores de la prensa pangermanista. Sus hijos buscan igualmente el apoyo de las hojas conservadoras y patrioteras. El kronprintz está en continua relación con los periódicos conservadores más difundidos, y su hermano el príncipe Joaquín, mientras hacía sus estudios en la Universidad de Estrasburgo, proporcionó informes á los periódicos de Alsacia para sus campañas de germanización.

El kaiser siempre que está en contacto con un periodista intenta «inspirarle» un artículo, como ha inspirado cuadros y obras musicales.

«Los hombres de Estado de Alemania—dice irónicamente un autor—han hecho grandes progresos en el manejo de la fuerza de la prensa desde los tiempos de Bismarck. El canciller de hierro se limitaba á subvencionar á sus *reptiles* para que silbasen bajo sus órdenes. Los sucesores han ido más allá, pues silban ellos mismos.»

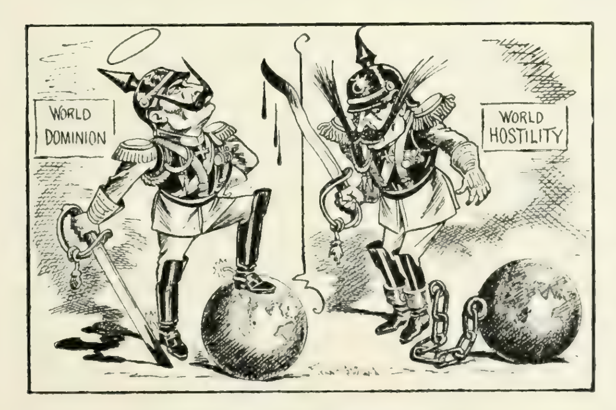


EL CANCILLER CAPRIVI

En todas sus luchas con el pangermanismo, Guillermo II ha acabado por ceder, siguiendo sus impulsos como un autómata.

Creada la Liga para combatir la política pacifista, cada intento del gobierno en favor de la paz sirvió para aumentar su acometividad y robustecer sus fuerzas. El emperador, todopoderoso en apariencia, ha tenido que plegarse en todas las cuestiones á la voluntad de los pangermanistas.

Ya hemos dicho cómo la Liga conquistó gran parte de la opinión popular en 1892, al ponerse enfrente de Guillermo II, que acababa de hacer grandes demostraciones de amistad á Inglaterra con motivo de la adquisición de Heligoland. El canciller Caprivi estorbaba á los pangermanistas por su espíritu conciliador y moderado. En vano se plegó á los deseos de éstos, aumentando las fuerzas militares con la ley de 1893. Un año después el kaiser tuvo que exigir su dimisión y cambiar de canciller para dar gusto á la poderosa Liga.



EL ENSUEÑO Y EL DESPERTAR

Dominio del mundo. Hostilidad mundial

Caricatura inglesa

Desde entonces los pangermanistas, con sus insinuaciones ó sus amenazas, dirigieron la marcha del emperador y sus cancilleres. En 1895 reclamó la Liga el establecimiento de una estación naval en China, y dos años después la marina alemana tomó posesión de Kiao-Tcheou. Desde 1896 venían los pangermanistas exigiendo en manifiestos y folletos que la actividad alemana se esparciese por el Asia Menor, y Guillermo II emprendió en 1898, por darles satisfacción, su romántico y aparatoso viaje á Jerusalén. Á partir de 1895, la Liga preconizaba la adquisición de los restos de las colonias españolas en Oceanía, y en 1899 el gobierno imperial consiguió del gobierno español la cesión de las Carolinas y otros archipiélagos del Pacífico.

Á pesar de la prontitud con que el emperador y sus ministros obedecían las exigencias del pangermanismo, éste se mostraba irritado de vez en cuando por creer que sus sugestiones no eran acogidas con rapidez. En 1898 el doctor Hasse, presidente de la Liga, lanzó contra

su antiguo amigo el emperador el primer ataque directo, acusándolo de indiferencia ante los intereses patrióticos. Estos choques los olvidaba pronto Guillermo II, por serle necesario el apoyo de los pangermanistas para hacer triunfar sus planes marítimos. Gracias á aquéllos pudo ver aprobada en 1897 su ley de aumento de la flota.

Al fin el soberbio emperador acabó por irritarse contra la tutela de estos terribles patriotas, que no le dejaban descansar, y en 1902 quiso hacerles ver que era el verdadero amo, aboliendo el régimen de dictadura que imperaba en Alsacia-Lorena.



EL EMPERADOR GUILLERMO EXPLICANDO SUS PROYECTOS POLÍTICOS (Grabado de la época)

La Liga Pangermanista aceptó el reto, y en el congreso celebrado en Eisenach lanzó por boca de su presidente Hasse una última advertencia al kaiser emancipado. El nuevo presidente de la Liga, llamado Class, inauguró sus funciones con un escrito que obtuvo gran resonancia en Alemania, haciendo el resumen de la política de Guillermo II. En este resumen, el pangermanismo, sin apreciar para nada las concesiones que le había hecho el emperador, declaró responsable á la dirección suprema del Imperio de «la pérdida de prestigio que había sufrido Alemania desde la época de Bismarck». El escrito ofrecía la innovación de despreciar á los cancilleres para combatir directamente á Guillermo II. Ni Caprivi, que había mostrado siempre la obediencia pasiva de un militar, ni su sucesor Hohenlohe, que se limitaba á suscribir las decisiones del amo, dejando á su capricho toda la dirección política, resultaban los verdaderos responsables. El verdadero canciller del emperador era el mismo emperador, y contra su persona debían dirigirse las censuras.

Guillermo II se asustó ante un golpe tan directo, acogido con aplauso por gran parte de la nación, y juzgó peligroso continuar la lucha, resignándose á escuchar favorablemente todas las excitaciones de los pangermanistas. Éstos habían fijado sus ojos desde mucho antes en el moribundo imperio de Marruecos. Un folleto de Class, titulado ***El Marruecos del Oeste debe ser alemán,*** concentró en esta parte de África el ansia de nuevos territorios sentida por los alemanes. Guillermo II, para congraciarse con la Liga, después de grandes dudas y muchas precauciones oratorias, emprendió un viaje á Tánger que puso en alarma á toda Europa. Después para dar satisfacción á los pangermanistas, que odiaban á M. Delcassé á causa de su habilidad diplomática, exigió al gobierno francés la retirada del ilustre ministro de Negocios Extranjeros.

Los esfuerzos de Guillermo II en el asunto de Marruecos no fueron recompensados por la gratitud de los pangermanistas. Como la Conferencia de Algeciras dió un resultado contrario al que ellos esperaban,



Dibujo de A. C. Michael, según datos de M. Villiers, de «The Illustrated London News»

La guardia prusiana es rechazada por la infantería inglesa



l intentar un supremo esfuerzo para apoderarse de Ipres

viéndose la diplomacia alemana completamente sola en sus gestiones, la Liga, que necesitaba vengar en alguien su fracaso, atacó al emperador acusándolo de blandura en las negociaciones, de olvido de los intereses patrióticos y de miedo á Inglaterra, que se había mostrado decidida sostenedora de Francia. Uno de los diputados más notables del pangermanismo, el conde de Reventlow, lanzó un folleto ruidoso titulado *Guillermo II y los bizantinos*. En esta publicación, el kaiser y sus amigos íntimos «los bizantinos» fueron parlamentario que prestaba su apoyo á la política personal del kaiser.

Empezó una lucha á muerte, verdaderamente curiosa y extraordinaria, entre una asociación compuesta de monárquicos y su legítimo monarca; entre una liga imperialista y su emperador. Unos y otro deseaban por igual el prestigio y la grandeza de Alemania, pero existia una profunda distinción entre la Liga, francamente belicosa, y el kaiser, que buscaba en aquel entonces la supremacia de su país por medio de la paz.



CENTENARIO DEL EMPERADOR GUILLERMO I EN ALEMANIA

atacados duramente. Irritado Guillermo por tal ingratitud, lanzó en un discurso pronunciado en Breslau violentos apóstrofes contra los pangermanistas, á los que llamó los *pesimistas*. «El mundo—dijo el emperador—pertenece á los que viven, y los que viven tienen siempre razón. Yo no quiero pesimistas á mi lado. El que no me quiera secundar que se vaya y que busque lejos de aquí una patria mejor.»

El discurso, en vez de intimidar á los pangermanistas, sirvió para excitar sus sarcasmos. Algunos de ellos, empleando el seudónimo de «Un pesimista», ratificaron los ataques del conde de Reventlow. La campaña fué tan violenta, que Guillermo II se vió en la necesidad de disolver el Reichstag. Las nuevas elecciones no privaron de fuerza al pangermanismo y únicamente sirvieron para disolver la situación preponderante del Centro católico del Reichstag, grupo

Guillermo II, combatido por sus amigos de otros tiempos y por las mismas doctrinas que había formulado en su juventud, debía sucumbir forzosamente. En su misma familia se ocultaban sus más enconados adversarios. Siguiendo la tradición de los Hohenzollern, su hijo mayor, el príncipe imperial, atizaba ocultamente la campaña de los pangermanistas.

El kronprintz es un enemigo declarado de su padre, como éste á su vez lo fué de Federico III. La manía oratoria de Guillermo y sus pretensiones de artista, sirven de tema á las burlas de su primogénito. Cada vez que un personaje célebre ha visitado la corte de Berlín, el kronprintz le ha hecho la misma pregunta con fría malignidad: «¿Cree usted que papá tiene tanto talento como él se imagina?» Y estas palabras las acompaña con una sonrisa de conmiseración, como si dudase del equilibrio mental de su padre.



LA NUEVA DANZA MACABRA

(Caricatura del artista italiano Alberto Martini)

En un viaje que hizo por los mares de Oriente, como sus compañeros discutiesen sobre el puente del navío el nombre de una hermosa estrella que acababa de aparecer, el príncipe imperial dijo irónicamente:

—No se cansen ustedes. Es una nueva condecoración que papá le ha concedido á Dios.

La campaña de 1908 contra Guillermo II fué implacable. Primeramente los pangermanistas, valiéndose de la pluma corrosiva de Harden, deshonraron á los favoritos de Guillermo con revelaciones de una inmoralidad sensacional. De este modo consiguieron aislarlo, obligándole á despedir á los más íntimos amigos.

Su autoridad estaba minada, pues algunos meses antes las exigencias pangermanistas le habían hecho suscribir una reforma del Código penal endulzando las prescripciones referentes al crimen de lesa majestad. Ya no podía castigar á sus enemigos políticos con la misma saña que á las pobres pianistas de Berlin, culpables de haberse reído de su *Himno á Egir*.



EL MICROBIO TEUTÓNICO

Análisis de una gota de sangre

(*Il Fischietto*, de Turín)

En Octubre de 1908 el pangermanismo llegó á sus mayores audacias, asestando un golpe mortal á este emperador que se creía omnipotente. El «ungido del Señor», quebrantado por el escandaloso asunto de sus amigos los *bizantinos*, vió desplomarse aun más su prestigio de monarca. Los tormentos que le hizo sufrir la opinión pangermanista durante unos días fueron tan grandes, que la prensa llamó á este corto período la «semana negra de Guillermo».

La semana negra comenzó con la publicación en el *Daily Telegraph* de Londres de una interviú de Guillermo II. Éste se expresó con su acostumbrada ligereza y su oratoria excesiva, formulando sobre la política exterior graves apreciaciones que advirtieron á Inglaterra de la hostilidad de una gran parte del pueblo alemán. Nada tenían de extraordinario tales declaraciones, pues con frecuencia se había expresado el kaiser en igual sentido. Además los pangermanistas, en sus alardes patrióticos, se mostraban tan imprudentes como el emperador, empleando un lenguaje todavía más rudo.



LA AMBICIÓN PANGERMANISTA

—¡No me basta con la cruz de hierro. Necesito toda la tierra!

(*The Daily Graphic*)

La Liga aprovechó la ocasión para hacer pagar á Guillermo II sus intentos de independencia, y dió la señal del ataque contra la política personal del kaiser, viéndose secundada por todos los partidos y por el país entero, que estaba harto de las genialidades vanidosas del monarca. Abandonado por los pangermanistas, no encontró éste un solo hombre que lo defendiese. Cuando el Reichstag en sus sesiones de 10 y 11 de Noviembre discutió la interviú del *Daily Telegraph*, ni un diputado tomó la palabra para defender al emperador. Todos los partidos cayeron sobre él, tratándolo como á un niño imprudente, merecedor de correctivo.

El canciller Bülow tampoco defendió al kaiser, apresurándose á formular excusas en nombre de éste y á prometer que no daría más motivos de queja. «En adelante—dijo—, tanto en público como en las conversaciones privadas, Guillermo II se impondrá la reserva indispensable para la continuación de la política alemana y la autoridad de la corona.» Por si esto no parecía suficiente, el emperador publicó el 17 de Noviembre una nota oficial adhiriéndose á los compromisos formulados por su canciller. La victoria de los

pesimistas no podia ser más grande. Guillermo, abandonado hasta por su primer ministro, renunciaba al derecho de contestar á sus encarnizados censores.

El pangermanismo triunfante exigió el botín de su victoria, y Bülow, al día siguiente de la «semana negra», hizo votar los proyectos de ley presentados por la Liga contra los polacos y los dinamarqueses súbditos de Alemania. Además se inauguró en Alsacia y Lorena una política de germanización á todo trance, que hizo olvidar con sus durezas las medidas conciliadoras intentadas por el emperador.

La prensa pangermanista, ensoberbecida por el triunfo, exigió una nueva intervención de Alemania en el asunto de Marruecos. Bülow se negó á servir como un autómata los deseos políticos de la Liga, y fué reemplazado por el canciller actual Bethmann-Hollweg, entrando en el ministerio de Negocios Extranjeros Kiderlen-Waechter, antiguo protegido y discípulo de Bismarck.

El gobierno, impulsado por los pangermanistas, dió en Marruecos el ruidoso golpe de Agadir con el envío de la corbeta *Panther*, lo que equivalió á una amenaza para Francia. Guillermo, «el emperador de la paz», sometido definitivamente á la Liga, hizo correr á Europa el riesgo de una guerra franco-alemana. Esta guerra se evitó gracias á la habilidad de la diplomacia francesa y á la intervención decidida de Inglaterra. Los pangermanistas, furiosos al ver que se les escapaba definitivamente la adquisición de Marruecos, volvieron á ensañarse con Guillermo II, haciéndolo responsable del fracaso. Algunos periódicos lo apodaron «el valeroso poltrón», y su hijo, el príncipe heredero, manifestó públicamente su desagrado contra el emperador porque habia rehuido la guerra.



EL CANCILLER BÜLOW



GUILLERMO II EN MARRUECOS

Punch, de Londres)

Desde 1912 Guillermo II no hizo más que marchar ciegamente bajo el impulso vigoroso de los pangermanistas, operándose en él la gran transformación que el embajador de Francia en Berlín anunció oportunamente á su gobierno. «El emperador de la paz» llegó á temer un destronamiento. Tuvo miedo á los manejos de su heredero y á la opinión belicosa del país, y para conservar su corona pasó sin transición á ser el emperador de la guerra.

El pangermanismo consideraba insuficientes los armamentos del país para la lucha con Francia y Rusia, y si era preciso con Inglaterra. Por sus instigaciones presentó el gobierno en 1912 las nuevas leyes militares, y el ejército en pie de paz fué elevado á la enorme suma de 1.200.000 hombres.

Después de esto la guerra europea pareció inevitable; una guerra preparada y provocada de larga fecha por los pangermanistas.

Tal vez Guillermo II deseó sinceramente la paz durante varios años; tal vez su cambio de política no fué obra únicamente de la incoherencia de su carácter, y se vió obligado á realizarlo bajo la presión de la citada Liga. Pero esto no disminuye su responsabilidad. El partido pangermanista fué obra suya. Él lo inició, fomentando sus primeras manifestaciones, creando la doctrina de la dominación universal, que luego han esgrimido como una arma contra él los patriotas belicosos, cada vez que el buen sentido ó el instinto de conservación le ha hecho vacilar ante Europa, dispuesta á defenderse.



EL PADRE ETERNO SEGÚN LOS PANGERMANISTAS (Dibujo de Roubille)

halagado á las masas obreras en sus aspiraciones igualitarias. Las publicaciones satíricas del pangermanismo hacen objeto de sus burlas al «Serenisimus», que es en Alemania el tipo del soberano de pequeño Estado, príncipe imbécil que pretende ocultar su nulidad exigiendo grandes muestras de respeto. Con estas audacias de lenguaje y con sus críticas atrevidas contra el emperador, la prensa pangermanista consiguió apoderarse de las clases populares, que buscaban la lectura de tales hojas «porque decían la verdad». De este modo el público, que únicamente deseaba reir con las caricaturas contra los pequeños príncipes ó las censuras á las costumbres del kaiser, ha acabado por aceptar poco á poco todas las afirmaciones de la doctrina pangermanista.

Los socialistas desde hace años han observado en Alemania una conducta doble. De vez en cuando sus diputados provocaban una tormenta parlamentaria en el Reichstag, censurando la política personal del emperador ó las palabras de su canciller. Pero esto sólo era una comedia para halagar á las masas del partido y sostener su entusiasmo.

La prensa pangermanista comentó muchas veces con ironía la conducta de los diputados socialistas. Los «puros» del partido, los intransigentes, exigían á sus representantes una política honrada con arreglo á los ideales socialistas. Una mu-



—¡DIOS ESTÁ CON NOSOTROS!
Un dios que lleva escopeta
(Caricatura italiana)

Muchos se asombrarán al ver que el pangermanismo, que no es más que un partido entre los varios que existen en Alemania, ha llegado á apoderarse de toda la nación, comprometiéndola en las empresas más temerarias. Parece natural que un partido belicoso, militarista y compuesto en gran parte de elementos conservadores, haya tenido que tropezar, no con la oposición de un emperador, sino con la resistencia de las masas democráticas.

Pero en Alemania no existe el partido democrático.

Esta afirmación será acogida tal vez con extrañeza, pues bien sabido es que Alemania cuenta con un partido socialista enorme y de una organización perfecta.

Pero el socialismo alemán es distinto al de los otros pueblos, y aunque prospera como organización económica, hace años que no existe como fuerza política.

El pangermanismo, partido de reacción política, se apoya precisamente en las masas democráticas. Una originalidad de la psicología del pueblo alemán. De no haberse plegado Guillermo II á las exigencias de los pangermanistas, éstos, en su cólera, habrían llegado hasta una revolución: pero una revolución al revés, en favor del retroceso, contra un emperador que no era bastante emperador. El rey de Prusia y todos los soberanos confederados de Alemania hace años que están convencidos de que su destronamiento sería inevitable al ponerse enfrente del pangermanismo.

Los periódicos de la Liga mostraron en diversas ocasiones una insolencia antimonárquica contra los pequeños soberanos alemanes, y sus sarcasmos han



CUATRO GENERACIONES DE REYES



LIEBKNECHT

jer, Rosa Luxemburgo, figura á la cabeza del elemento generoso y desinteresado, sosteniendo las tradiciones revolucionarias de los primeros tiempos del socialismo alemán. «Para evitarse los rayos de esta Juno del socialismo—dijo un periódico pangermanista—, los diputados del partido provocan escándalos en las sesiones del Reichstag, bailando una especie de danza guerrera con imprecaciones salvajes, llamamientos al orden del presidente y otros accesorios. Pero luego en las comisiones se muestran como unos excelentes muchachos, marchando de acuerdo en todo con el canciller.»

Están muy lejanos para el socialismo alemán los tiempos en que Bebel y Liebknecht (padre) se hacían condenar á 18 meses de fortaleza por haber protestado enérgicamente contra la anexión de Alsacia-Lorena.

La decadencia moral del socialismo alemán se ha extremado en razón del aumento de sus adherentes y la importancia de su organización. En 1887 el grupo socialista del Reichstag constituía una minoría irrisoria, y sin embargo amargó la vida de Bismarck, oponiéndose de un modo irreductible á la aprobación de aumentos militares.

—¡Ni un hombre más ni un céntimo más!—dijeron los socialistas de entonces.

Y Bismarck se vió obligado á disolver el Parlamento para hacer callar á la oposición.

En 1893 el socialismo sólo había llegado á tener 40 diputados, pero éstos lucharon con tanto vigor contra las primeras exigencias de la Liga Pangermanista, que hicieron necesaria una nueva disolución del Reichstag para que aquélla pudiese obtener un aumento en los créditos militares.

En 1913 los socialistas llegaron á ser 110 en el Reichstag, pero su oposición resultó una miserable comedia, que hizo reir muchas veces á los mismos enemigos. Esta conducta la han observado igualmente en Agosto de 1914, al declararse la guerra, aceptando todas las pretensiones del militarismo.

De estos 110 diputados sumisos al gobierno imperial como buenos servidores, sólo hay que exceptuar á Liebknecht el joven, que siguiendo el ejemplo de su padre protestó contra el aumento de las fuerzas militares y luego contra la oportunidad de la guerra, haciendo responsable de sus horrores á la política del pangermanismo.

La conducta del grupo parlamentario socialista en 1913 fué extremadamente ridícula. Hablaron teatralmente sus diputados contra la proposición de aumentos en el ejército, y luego votaron los créditos necesarios para que dicho aumento se costease.

Un representante pangermanista dijo irónicamente al comentar la puerilidad de este doble juego: «Procurar los fondos necesarios para la compra de una mercancía equivale igualmente á procurarse la mercancía.» Los socialistas, después de oponerse al aumento de los contingentes militares, se encargaron de demostrar al gobierno la falta de seriedad de su oposición, apresurándose á conceder el dinero necesario para el sostenimiento de aquéllos.

Bethmann-Hollweg y el ministro de la Guerra desde lo alto de la tribuna procuraron hacer resaltar el triunfo del pangermanismo, congratulándose de la «actitud patriótica» de los diputados socialistas. Éstos habían advertido secretamente al gobierno que no hiciese caso de las «extravagancias» que tendrían que decir sus oradores para dar gusto á los intransigentes del partido, así como de los manifiestos franco-alemanes contra los armamentos, que iban á suscribir para dar gusto á los socialistas de Francia.



UN MITIN SOCIALISTA

Esta conducta fué tan irritante que algunos periódicos imparciales y ajenos al socialismo no vacilaron en calificarla de «lamentable comedia». Como dice un autor, «sólo puede explicarse esto de dos modos: ó los dirigentes del socialismo en Alemania han sido ganados por las ideas imperialistas, ó convencidos de que estas ideas se han apoderado de las masas populares no se atreven á combatirlas de frente y se dejan arrastrar por el pangermanismo para mantener su situación política».

Los viejos socialistas de todo el mundo hace tiempo que se dieron cuenta de la gran transformación, en sentido reaccionario, sufrida por los directores del socialismo alemán. «Se han aburguesado y constituyen un partido político igual á los otros», afirman algunas revistas importantes del marxismo. Las palabras revolucionarias que entusiasmaron á la anterior generación resultan incomprensibles para los nuevos socialistas alemanes. «La generación joven—dijo un diputado en el congreso del partido celebrado en Jena en 1913—se nos escapa de entre las manos porque no quiere oir hablar de antimilitarismo.»

La joven Alemania, preparada mentalmente por los pangermanistas desde la escuela de primeras letras, ama la guerra y la conquista y desea la grandeza de su nación por medio de las armas. Los directores del socialismo, para no perder la adhesión de las masas, han modificado su doctrina, despojándola de sus afirmaciones más simpáticas, ó sea de la aspiración á la paz universal y la fraternidad entre los hombres. Todo cuanto tiene la doctrina socialista de idealismo moral y que entusiasmó románticamente á las anteriores generaciones, ha sido suprimido por el socialismo de Alemania. Las aspiraciones de éste son materiales, egoístas é inmediatas. Busca solamente un aumento en el bienestar de sus asociados, y á cambio de conseguirlo se muestra dispuesto á aprobar todos los actos del gobierno imperial y consentir todas las agresiones contra los demás pueblos.



BEBEL

Sus representantes en el Reichstag han sido denunciados muchas veces por los socialistas de otros países, como simples politicastros, iguales á los de los partidos conservadores, hinchados de satisfacción y de orgullo porque el emperador aprecia su apoyo y el Canciller les agradece con una sonrisa ó un apretón de manos su firme adhesión á la política militarista.

La inmensa mayoría de las universidades y los intelectuales de Alemania, es afecta al pangermanismo. El maestro de escuela en las primeras gradas de la educación y el «Herr Doctor» y el «Herr Professor» en los peldaños superiores, preparan y moldean á su modo el espíritu de la juventud.

Bismarck dijo brutalmente que «la fuerza está por encima del derecho». El profesorado germánico ha modificado esta expresión, suavizándola hipócritamente, dándole un aspecto científico. «La fuerza crea el derecho», y en todas las cátedras de Alemania los profesores desarrollan dicho tema, inculcando á la juventud la necesidad de ser fuertes y de triunfar, con la certeza de que la victoria santifica los mayores atropellos é infunde la respetabilidad del derecho á las más locas audacias. Para el intelectual alemán el vencido no tiene derecho alguno y debe ser implacablemente sacrificado. Alemania dominará á todo el mundo por ser la nación más fuerte, y al desarrollo y consolidación de su fuerza dirigen todas sus energías los pangermanistas universitarios. Sus enseñanzas son un himno continuo á la energía, la actividad, la fuerza y la



ORADOR SOCIALISTA HABLANDO AL PUEBLO



UN «HERR PROFESSOR» CON SU TOGA TRADICIONAL

violencia, preconizadas como las únicas virtudes que pueden sostener á una nación moderna.

El culto de la fuerza para estos alemanes intelectuales no es únicamente la práctica de la potencia militar. Recomiendan igualmente el infundir á la ciencia una atrevida impetuosidad para que sirva de auxiliar en la obra nacional. Todo lo subordinan á las empresas del pangermanismo; al triunfo de «la más grande Alemania». La ciencia universitaria debe ser una colaboradora del Estado Mayor alemán. El arte debe ser utilizado para imponer al mundo el gusto alemán. La música es igualmente una potencia que debe difundir universalmente la sensibilidad germánica.

Las jóvenes generaciones de Alemania han surgido de las universidades convencidas de que la raza germánica debe dominar al mundo. Al ser después oficiales del ejército, diputados ó grandes representantes de la industria, pusieron en práctica las enseñanzas del pangermanismo, arrastrando su país á la guerra por la dominación universal.

El orgullo de los pangermanistas, como ocurre en todos los partidos de violencia, ha ido más allá de lo que pretendieron sus fundadores. Desearon éstos establecer únicamente la dominación sobre los países de origen alemán que no forman parte de Alemania. Tal propósito, aunque amenazador para la tranquilidad de Europa, era razonable. Pero los más ardientes pangermanistas, empujados por la vanidad, han avanzado de conclusión en conclusión hasta proclamar que el pueblo alemán es «el pueblo elegido», el verdadero pueblo de Dios, designado desde el principio del mundo para regenerar á la humanidad.

Estos energúmenos, para probar sus conclusiones, exaltan con loca confianza la superioridad de su nación y los gloriosos dones que la ha prodigado el cielo. Alemania es el pueblo según ellos más puro y de virtuosas costumbres. Su gusto es infalible y delicado en todo. Nadie como los alemanes cultiva el ideal. Sus artistas son siempre de genio. Ninguno de sus sabios puede equivocarse. Todas estas afirmaciones, de un orgullo tan insensato que provoca la risa, están consignadas en el libro *Los fundamentos del siglo XIX*, cuya publicación y difusión favoreció el emperador.

La nación privilegiada no se compone únicamente—según estos propagandistas—de los pueblos de Europa que hablan más ó menos correctamente el alemán. Existen otros países que *deberían* hablar el alemán y se obstinan en no hablarlo; grave error que remediarán las armas del Imperio algún día, obligando por la fuerza á estos refractarios á que no menosprecien sus tradiciones. Según estos pangermanistas próximos á la demencia, son alemanes y deben pertenecer á la Alemania del porvenir los suecos, los noruegos, los dinamarqueses, los holandeses, los ingleses, los belgas, los rusos de Curlandia, los húngaros y los polacos. La Bohemia debe ser alemana. La



PROFESORES ALEMANES EN EL CLAUSTRO DE UNA UNIVERSIDAD

Lombardía y todo el Norte de Italia pertenecen también históricamente al Imperio alemán. Servia y Croacia figuran igualmente, á pesar de su indiscutible origen eslavo, como poblaciones germánicas. Casi todo el Norte de Francia debe hablar alemán, aunque se obstina lamentablemente en conservar su inferioridad gala, y al Imperio pertenecerán algún día el Flandes francés, la Champaña, el Franco-Condado y la Borgoña.

Este ridículo tejido de locuras, fabricado con pruebas históricas, falsas ó pueriles, es la obra de eruditos ilustres, de catedráticos de Léipzig, Munich y Berlín que figuran como pensadores de renombre. Algunos van más lejos aún en su carrera de absurdos, y á fuerza de hipótesis, de torturar etimologías y falsificar textos, han llegado á persuadir á las crédulas y orgullosas masas pangermanistas de que todos los grandes hombres que honran á la humanidad fueron de origen alemán y pertenecen á la gran familia alemana, habiéndose ignorado esto hasta nuestros días porque la envidia que los hombres del Sur sienten contra las tribus germánicas embrolló la verdadera historia.

La demencia pangermanista da un título de nacionalidad alemana á todas las grandes figuras universales de la ciencia, del arte ó de las religiones, halagando de tal modo á las diversas y disparatadas clases que se amalgaman en el seno de su partido. Dante era alemán: no hay más que estudiar su retrato, según los citados autores, para convencerse de su origen germánico. San Francisco de Asís también era alemán. ¿Cómo explicar de otro modo su fervor humanitario y su poética bondad, que son virtudes puramente germánicas? Pascal era alemán y Montaigne también, pues únicamente puede concebirse así su notable inteligencia.



BOLAS DE JABÓN
Las ilusiones del kaiser
(London Opinion)



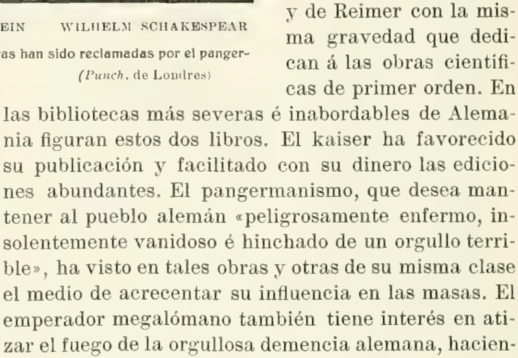
LA VOZ DE DIOS
—Ya que pretendes ser mi aliado, respeta mis moradas
(Puck, de Nueva York)

Un «Herr Professor» llamado Ludwig Woltmann ha publicado una obra extensa y paciente para demostrar que todos, absolutamente todos los grandes artistas del Renacimiento italiano procedieron igualmente de familias germánicas. Benvenuto Cellini era de origen alemán, y para convencerse de ello basta decir que tenía la barba rubia, tirando á roja. La procedencia alemana de Miguel Ángel Buonarotti aun es más fácil de probar. El apellido Buonarotti es un derivado de Bohn-Rotto, lo que denuncia su origen sajón. Lo mismo ocurre con Leonardo de Vinci. Este Vinci es una falsificación italiana; su verdadero apellido, según los pangermanistas, era Wincke. El origen alemán de Rafael es indiscutible, y únicamente los enemigos del Imperio germánico pueden ponerlo en duda. El apellido de Rafael, Sanzio ó Santi, corresponde indiscutiblemente al de Sandt, muy generalizado en Alemania. Además, el gran pintor de las Madonas tuvo un rostro noble, la barba rubia «y sus ojos eran el espejo de una hermosa alma», condiciones que sería injusto y erróneo ir á buscar fuera de la raza germánica.



Julio César, Hércules, Juana de Arco y Shakespeare, que con otras grandes figuras han sido reclamadas por el pangermanismo, atribuyéndoles origen alemán (*Punch*, de Londres)

Los grandes hombres de la humanidad no han bastado á la ambición anexionista de estos dementes del patriotismo. Han querido dar á su doctrina un carácter divino, y el doctor Reimer, en una obra voluminosa titulada *Una Alemania pangermanista*, ha hecho algo más que todos sus colegas. Reimer prueba de un modo concluyente que Jesucristo fué alemán. «Si Cristo no es de origen teutón—argumenta dicho autor—, habría que considerarlo como un simple mito; pero como nuestro Salvador ha existido, y esto nadie puede ponerlo en duda, de aquí que hay que reconocerlo como alemán.» Además la tradición afirma que fué rubio, prueba concluyente de germanismo que únicamente pueden desconocer los espíritus obtusos ó frívolos de la Europa del Sur. El erudito doctor remacha su demostración con el apoyo de la etimología —que no se engaña nunca—, analizando el nombre de Jesús. La primera sílaba, *Jes*, es para él una alteración de la sílaba *Ger*. La segunda sílaba, *us*, es una terminación latina de todas las palabras masculinas y equivale en idioma germánico á *man* De lo que resulta indiscutiblemente que Jesús quiere decir *German*, ó sea germano. ¿Quién, después de esto, podrá negar que Jesucristo fué alemán?...



Un pangermanista humillado al verse prisionero de dos bárbaros ignorantes de su alta «kultur»

(*The Daily Graphic*, de Londres)

El lector, asombrado por la inmensidad de tales extravagancias, tal vez las crea producto de unos simples locos, sin ningún prestigio en su país. Se equivoca. Estas divagaciones han sido acogidas por toda la Alemania estudiosa «como palabras de Evangelio», ayudando á su éxito el verlas apoyadas y propagadas por Guillermo II. Las revistas más serias y antiguas del profesorado, así como las publicaciones más difundidas de la literatura alemana, analizaron los libros extravagantes de Woltmann y de Reimer con la misma gravedad que dedican á las obras científicas de primer orden. En las bibliotecas más severas é inabordables de Alemania figuran estos dos libros. El kaiser ha favorecido su publicación y facilitado con su dinero las ediciones abundantes. El pangermanismo, que desea mantener al pueblo alemán «peligrosamente enfermo, insolentemente vanidoso é hinchado de un orgullo terrible», ha visto en tales obras y otras de su misma clase el medio de acrecentar su influencia en las masas. El emperador megalómano también tiene interés en atizar el fuego de la orgullosa demencia alemana, haciendo creer al pueblo que la Providencia lo ha creado para que sea el dispensador de toda civilización, el instrumento del cielo y que sus enemigos son los enemigos de Dios.



El pangermanismo apoderándose del mundo

(Caricatura de Maitrejean)

□

Los profesores del pangermanismo que se apoyan en una metódica falsificación de la historia, para hacer creer que gran parte del mundo corresponde á Alemania, han apelado igualmente á la etnología para demostrar la superioridad de las razas indo-germánicas, que son rubias, sobre las razas que no son indo-germánicas ni rubias.

Lo más extraordinario es que esta nueva manifestación seudo-científica de la soberbia alemana, está basada en las teorías de un francés, el conde Aquiles de Gobineau.

Éste, que fué un diplomático de talento paradojal, vivió largos años en el extranjero y escribió muchos libros, sin conseguir la celebridad en su país. Hostil á

la Francia moderna y democrática, que concede los primeros puestos por el sufragio popular y no por los privilegios del nacimiento, el conde de Gobineau empleó sus largos ocios diplomáticos escribiendo obras literarias y científicas que cayeron al poco tiempo en el olvido.

El más voluminoso de sus libros, un tratado sobre *La desigualdad de las razas humanas,* pasó inadvertido en Francia y obtuvo al otro lado del Rhin un éxito inmenso, aceptándolo los alemanes como una especie de Evangelio. Ricardo Wágner, gran amigo de Gobineau, fué de los que más contribuyeron á la difusión de sus teorías. El diplomático, retirado en una provincia de su país á fines del imperio de Napoleón III, se vió elevado por los profesores de Alemania á las alturas de la mayor celebridad. Este francés, sin darse cuenta y sin desearlo, habia halagado la soberbia alemana, dando una base falsa, pero de apariencia científica, á su orgullo y sus anhelos de dominación.

Ya en tiempos anteriores algunos nobles franceses de alta cultura, deseosos de sostener sus privilegios de nacimiento, dándoles un barniz científico, habían escrito libros para demostrar la superioridad de la *sangre azul* de los francos, dominadores y aristocráticos, sobre la *sangre roja* de la muchedumbre de galos-romanos. Pero esta tesis era ya vieja en la época de Gobineau. La ciencia ha demostrado que la sangre es roja para todo el mundo, y que una sangre que se vuelve azul corta el desarrollo de la vida. El aristocrático y melancólico Gobineau tuvo que renunciar al argumento del color de la sangre, pero descubrió otro de mayor novedad, el del color de los cabellos, que es menos discutible, pues nadie puede negar que existen en el mundo hombres morenos y hombres rubios. Toda la doctrina de Gobineau, expuesta con la difusión amada por los alemanes, se basa en el siguiente silogismo: «Los hombres rubios han nacido para mandar á los hombres morenos. La prueba es que los germanos que eran rubios conquistaron á la Galia romana.»

Como dice P. Mille, lo que se calló Gobineau, pero se lee entre líneas en toda su obra, es esta conclusión egoísta: «Yo desciendo de los hombres rubios; luego debéis darme el lugar que me corresponde.» Gobineau no parecía muy seguro de la solidez de sus teorías, pero era un escritor que ansiaba apoderarse de la atención pública, esquiva hasta entonces con él, asombrándola con toda clase de paradojas audaces. Francia, que sabe distinguir, no hizo gran caso de las exageraciones del escritor, pero los alemanes las aceptaron como si fuesen oro puro, tanto más cuanto que halagaban su pretensión á la superioridad sobre el resto del mundo.

El entusiasmo por Gobineau tomó en las universidades germánicas el carácter de un culto religioso. Los profesores se asociaron formando escuela en torno de la obra de este francés que al morir parecía algo asombrado é inquieto por su inesperada gloria al otro lado del Rhin. Las sociedades de estudios «gobineauescos» comentaron, profundizaron y retorcieron las doctrinas del maestro, dando el carácter de una verdad científica é indiscutible á la superior nobleza de la raza alemana sobre todos los pueblos del mundo.

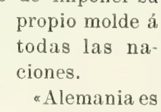


Shakespeare, dramaturgo alemán, frecuentemente traducido en Inglaterra
(The Bystander)

Hace muchos años que no existe la Alemania poética y sentimental descrita por Mad. Stael; la Alemania virtuosa y pensadora que el entusiasta Michelet ofrecía como modelo á Europa. La Alemania del presente, orgullosa de sus victorias, que todo lo ve grande, colosal, y sin despojarse de su armadura de la Edad Media quiere imitar la vida juvenil y vertiginosa de los Estados Unidos, es muy distinta á la Alemania del pacifista Kant, del sereno y humano Goethe, del republicano Beethoven.



EL KRONPRINTZ Y SU HIJO EL PRÍNCIPE GUILLERMO FEDERICO

Los pangermanistas reniegan su pasado intelectual y pacífico, ya que sólo lo recuerdan como una justificación engañosa del presente ó como un título de orgullo, sin intento alguno de reanudar sus tradiciones. Ahora Alemania es simplemente un pueblo de hombres de acción, envanecidos por su rápido triunfo, hambrientos de riquezas y de goces, convencidos de que la prosperidad material es el único fin del progreso humano, sostenedores de una civilización que se basa en el bienestar automático, ansiosos de imponer su  propio molde á todas las naciones.



SU CRUZ DE HIERRO

(New York Tribune)

«Alemania es la sal de la tierra.» «La humanidad se salvará haciéndose alemana.» Y el militarismo se ve apoyado por estas afirmaciones y otras semejantes que surgen de las universidades de más allá del Rhin. Una estrecha confraternidad existe entre el oficial y el profesor. El cuarto de banderas y el laboratorio abrigan las mismas aspiraciones.

El sabio alemán, hombre pacífico en su vida práctica, que encamina todas sus energías á la conquista de un título de Excelencia, muestra teóricamente desde su pacífico retiro la ferocidad implacable de un bárbaro de las antiguas invasiones. Al ver al gallardo teniente de la Guardia ó al escuchar las arengas belicosas que vocaliza el kaiser como un tenor heroico, el alma de este sabio, que es tierna y guerrera á la vez, siente el deslumbramiento amoroso, el mismo éxtasis simple que arrastra en los paseos á la nodriza ó la criada hacia el hombre de tropa con vistoso uniforme.

Mientras los descendientes de Federico II sueñan con apoderarse de Europa entera valiéndose del mismo procedimiento que empleó aquél para enseñorearse de la Silesia, los respetables profesores de Alemania falsifican anticipadamente los derechos que han de servir para justificar tales conquistas. Con este fin han retocado y completado la doctrina de Gobineau, produciendo una teoría monstruosa y pueril que pretende demostrar cómo la humanidad entera debe ser gobernada por el soberano de Prusia.



EL CASCO GERMÁNICO APLASTANDO Á LA PALOMA DE LA PAZ

(Life, de Nueva York)

Los germanos son, según ellos, la aristocracia de la humanidad. Disfrutan de este título de suprema nobleza, porque proceden directamente de los antiguos arios. Los ingleses también eran arios, según los profesores alemanes. No podían negarles este origen, ya que según Gobineau el ario tenía el cabello rubio y los ojos azules.

Pero los súbditos británicos desde hace unos meses, ó sea desde que se pusieron enfrente de la política de Guillermo II y su canciller Bethmann-Hollweg, ya no son arios. Perdieron todos sus derechos y no merecen la más pequeña parte en el futuro reparto del mundo. Son traidores á su origen, y por culpa de Sir Edward Grey caerá sobre ellos la maldición de sus remotos abuelos los arios, que nadie sabe cómo fueron y cuyas tumbas nadie sabe dónde están.

La ciencia que no es alemana se atreve á decir que es una puerilidad hablar de razas como de algo determinado é intangible; que no existen razas puras;

Á LA CONQUISTA DEL MUNDO (*Mucha*, de Varsovia)

que después de tantos siglos de historia conocida, cada pueblo es un conjunto de diversas sangres y orígenes, y que la misma nacionalidad alemana, formada al azar de las conquistas, está compuesta de diversos elementos étnicos. Los prusianos, directores de los destinos de Alemania, resultan, por su origen, más eslavos que germanos. No todos ellos son rubios ni tienen los ojos azules, y en cambio las gentes de este aspecto abundan en los pueblos del Sur. El cráneo del ario era, según los investigadores, muy desarrollado y saliente en su parte posterior, y el buen alemán, por la grotesca configuración de la cápsula ósea que contiene el tesoro de sus orgullos y sus locas esperanzas, ha merecido de muchos pueblos el apodo de «cabeza cuadrada».

Además—y esto es muy importante—, nadie sabe con certeza cómo fueron los arios; nadie puede probar si realmente existieron como una raza pura y originaria, ó si son una de tantas denominaciones inventadas por la ciencia para encuadrar sus teorías. Unos han tenido á bien imaginárselos rubios y grandes; otros, con igual derecho, los han descrito morenos y de mediana estatura.



EL MENSAJERO DE LA GUERRA

La Muerte al Obrero.—Deja eso y toma el fusil. Tu trabajo, para mí, no representa nada.

(*Maoriland Worker*, de Wellington)

Los profesores alemanes convierten al ario—ya que éste no puede quejarse y se presta á todo—en un perfecto alemán, y en nombre de la superioridad aria justifican las aspiraciones germánicas al dominio del mundo. El mundo debe ser gobernado por los más nobles; y los más nobles son ellos.

Europa se halla dividida, según los pangermanistas, en dos enormes agrupaciones étnicas. Al Norte, el ario, ó sea el alemán, el señor que reclama su herencia, «la sal de la tierra», rubio, blanco, con ojos azules. Al Sur, el *homo mediterraneus,* moreno, inquieto, mentiroso—pues sólo el alemán conoce la verdad—, de gran ra-

pidez para la comprensión, de una inteligencia siempre pronta al invento y con un exagerado amor á la libertad; defectos todos ellos que le hacen ser algo independiente é ingobernable. En resumen: una mala persona.

Este *homo mediterraneus* es el que desde Grecia y desde Roma civilizó al mundo. Á este tipo inferior, llamado á desaparecer por una sentencia del profesorado germánico, pertenecemos todos nosotros los llamados latinos.

La pueril división de razas de los alemanes con su acompañamiento de virtudes y defectos, completamente gratuitos, es visible en la más generalizada de las producciones del arte germánico contemporáneo. Wágner, amigo y admirador de Gobineau, se dejó influenciar por las teorías de éste en sus obras de poeta-músico.

Sigfrido resulta el héroe representativo de la moderna Alemania. Recuerda á Guillermo II, á pesar de sus brazos robustos. Es un tócalotodo exuberante, hablador, jactancioso, incoherente, soberbio, como hijo de los dioses, y que se cree capaz de las empresas más inverosímiles. Olvida la fe jurada con fácil ingratitud y salta rápidamente de un sentimiento á otro. No dice que guarda «la pólvora seca», porque en tiempos del Walhalla no la había, pero canta la gloria de «la espada bien afilada», como si fuese un orador de grandes maniobras ó de cubierta de yatch. Su suficiencia no reconoce límites, y al percibir la voz del ruiseñor entre los murmullos de la selva, corta una flauta en las cañas y pretende imitar torpemente la melodía de la Naturaleza. Del mismo modo el Sigfrido de nuestra época, hastiado de pronunciar arengas y dar su nombre á cuadros ajenos, se sintió atraído por los gorjeos de la gloria artística, y cortando una flauta... en un cañón de fusil, lanzó al viento el *Himno á Egir,* música divina de la que nadie pudo reirse sin incurrir en el delito de lesa majestad.

Sigfrido, el héroe inconsciente, es rubio: un verdadero ario. En cambio, el traidor Hagen, que acaba con él, los sórdidos nibelungos, los enanos malignos, toda la caterva ruín, enemiga de la nobleza y el heroísmo, son morenos y de cabello negro: todos representantes del *homo mediterraneus,* que deberá ser suprimido ó esclavizado cuando el mundo se salve, dejándose gobernar por los alemanes.

El sabio prusiano que colabora con el Estado Mayor dispone de algo más que los orígenes étnicos para afirmar el derecho de Alemania sobre los pueblos de Europa. Apela á la Historia y declara tierra alemana todo país hollado por las tribus germánicas invasoras, aunque hayan transcurrido desde entonces decenas de siglos.



QUERIENDO ESCALAR EL PEDESTAL DE LOS GRANDES CONQUISTADORES DEL MUNDO

(*Modern Life*)

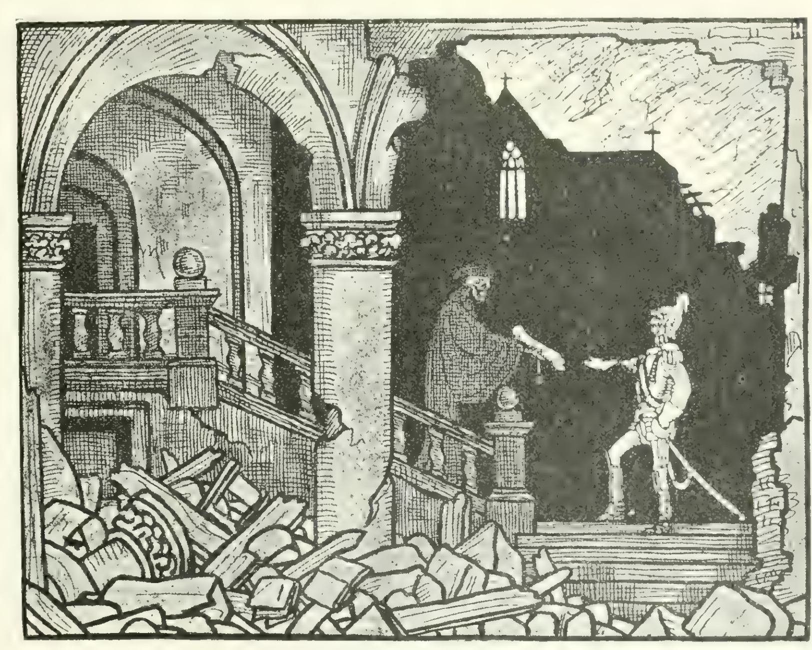
Ya hemos dicho cómo el pangermanismo reclama por suyas Bélgica, Holanda y muchas provincias de Francia. Si sus teorías adquiriesen un estado de realidad, la Germania, victoriosa, con la historia en la mano lo mismo que una ganzúa, irá forzando las puertas de todos los pueblos. Si sus guerreros pudieran apoderarse de Francia entera, sus profesores se encargarían de probar después que Francia había sido alemana siempre. Con igual facilidad demostrarían que Italia es alemana por los emperadores germánicos que en la Edad Media extendieron su poderío á la Sicilia.

Hasta los habitantes de la Península Ibérica, españoles y portugueses, quedaríamos comprendidos en sus reivindicaciones históricas cuando nos llegase la hora. Los burgraves de la universidad evocarían el recuerdo de los godos, fundadores de la monarquía española. Igualmente harían memoria de los vándalos que de las arenosas llanuras de Prusia vinieron á civilizar Andalucía con la antorcha y con la espada, lo mismo que sus descendientes acaban de civilizar á Bélgica. Y como la mayor parte de América fué descubierta y civilizada por españoles y portugueses, el vencedor alemán, en nombre de una Iberia alemana hace quince siglos por la invasión de los godos y los

vándalos, haría valer sus derechos sobre el Nuevo Mundo, desde los Estados meridionales de la República Norte-Americana que fueron españoles hasta la Tierra de Fuego.

Esto es absurdo: no lo negamos. Pero todo absurdo es colosal, y lo colosal atrae con fuerza irresistible á la mentalidad germánica. Más absurdo resulta que en nuestra época, de rápidas comunicaciones y medios de información universalizados, noventa y tres intelectuales de Alemania, muchos de ellos eminentes y que gozaban de general respeto, hayan mentido como bellacos, pretendiendo engañar al mundo en un manifiesto del que hablaremos oportunamente, y en el que repiten como una cantinela: «No es verdad que hayamos destruído pueblos en Bélgica.» «No es verdad que asesinemos á las gentes.» «Creednos en nombre de Kant, de Goethe y de Beethoven», á la misma hora en que llameaban las ciudades bajo la pastilla incendiaria del laboratorio de Berlín, se desmoronaban las universidades, corrían las multitudes locas de terror huyendo de las furias diabólicas regimentadas y disciplinadas á la prusiana, y caían acribillados por el plomo los «bandidos» belgas y franceses que osaron defender sus casas y la honra de sus mujeres.

Para el conquistador alemán lo primero es tomar, siguiendo el cínico consejo de Federico II. Tras de sus pasos llega el sabio, y extendiendo mapas y apuntes sobre la cureña del 420, demuestra, con un método rectilíneo y la testarudez de un buey que abre el surco, cómo toda la tierra conquistada pertenecía antes á los alemanes, cómo les corresponden otras y otras adquisiciones hasta que el globo entero sea suyo, y cómo la mayor felicidad para un hombre del siglo XX consiste en ser algún día súbdito de Guillermo II, al que llama el profesor Lasson de Berlín «Delicias del género humano».



LA «KULTUR» EN ACCIÓN

La Universidad de Lovaina entregando al kaiser el diploma del doctorado de honor («honoris causa») por su tesis sobre el derecho de los pueblos

(Dibujo de Albert Huhn, de *Notenkraker*, de Amsterdán

El *homo mediterraneus*, que tiene un concepto especial de la dignidad, no quiere plegarse á la disciplina automática preconizada por los alemanes como el mejor modelo de existencia. Su noción del ridículo—una noción propia de los pueblos inferiores, que no conoce la superioridad germánica—le impide avanzar en la vida marcando el paso y extendiendo rígida la pierna, como en «la marcha del ganso» inventada por el rey-sargento.

Pero á pesar de estos graves defectos, el hombre moreno, ruidoso, individualista y poco gobernable, ha hecho algo digno de mención desde que la Historia empezó á consignar sus hechos. Esparcido en las mil islas del fondo del Mediterráneo, fué barquero de lo desconocido, argonauta del misterio, pastor de las montañas perfumadas entre enjambres de rumorosas abejas, comerciante en los puertos, donde al mismo tiempo que las mercancías se cambiaban los poemas de los rapsodas. Sobrio y entusiasta, alimentado con pescado seco, un poco de miel y torrentes de sol, pensó y soñó como ningún otro pueblo de la tierra. El mundo, después de tres mil años, admira su obra más que la de los imperios de monstruoso poder.

Estos hombres mediterráneos dieron forma al patriotismo en Maratón y Salamina; cristalizaron el sentimiento de la belleza en las columnatas de las acrópolis y los blancos frontones reflejados por el espejo verde del mar; encendieron el fuego divino de la poesía, de las artes y del pensamiento filosófico; divini-

zaron su propia existencia dando á los dioses la forma humana. Su imaginación pobló las ondas de sirenas, los ríos de ninfas, los bosques de faunos errantes y velludos que hicieron sonar en sus rústicas flautas la santa alegría de vivir.

Otros hombres morenos, atormentados por la preocupación del más allá de la muerte, soñaron también en las orillas mediterráneas, elaborando diversas concepciones del misterio de ultratumba, así como los griegos habían construído su serena obra para glorificar la terrenal existencia. Todas las religiones que hoy dirigen y aconsejan al mundo civilizado, surgieron de la orilla que bate el mar azul después de haberse deslizado por las tortuosidades de los archipiélagos griegos.

El germano hinchado de orgullo, que se considera único en el mundo, si es creyente—cristiano ó judío—tiene que repetir lo que hace miles de años pensaron dos agrupaciones de hombres surgidas del suelo árido de Judea. Si es incrédulo, todas sus audacias intelectuales no pueden ir más allá de lo que exploraron mentalmente otros hombres paseando por los pórticos de Atenas. Si adora á las artes tiene que sufrir la remota y viva influencia de una estética inmortal, y cuando intenta salirse de ella por un anhelo impulsivo de originalidad, produce lo grande, lo monstruoso, sinónimo de fealdad ó ridiculez.



EL PANGERMANISTA QUERIENDO METERSE Á LOS PUEBLOS PEQUEÑOS EN EL BOLSILLO

(De *Telegraaf*, de Amsterdán)

Hasta en la guerra, que es según el alemán la más divina de las manifestaciones humanas, sufre éste la humillante superioridad de las gentes del Sur, menospreciadas por él. Su héroe Federico fué gran capitán en una época que no produjo un solo capitán mediano. Su Moltke, glorioso obrero de la estrategia, metódico y paciente, adaptó y ajustó las enseñanzas anteriores, sin originalidad personal. En cambio el despreciable hombre moreno ha dado al mundo los dos artistas más portentosos de la guerra, salidos ambos de dos islas del Mediterráneo: el balear Aníbal y el corso Napoleón.

□

Uno de los libros del pangermanismo que ha obtenido mayor éxito en los círculos intelectuales de Alemania es el titulado ***La idea alemana en el mundo***, de P. Rohrbach.

Según este autor, que da á sus teorías de dominación cierto barniz científico, el engrandecimiento del Imperio de Alemania no es sólo una exigencia del aumento de población y de las necesidades económicas, sino una necesidad histórica, impuesta por el progreso.

Las pequeñas nacionalidades son según Rohrbach un obstáculo para el desenvolvimiento de la humanidad. Su conservación no tiene valor alguno, y hay que buscar el suprimirlas de cualquier modo, facilitando así el libre desenvolvimiento de la civilización.

Se comprende que esta teoría seudo-científica, que halaga los sentimientos belicosos y conquistadores, haya sido aceptada con gran entusiasmo por el pangermanismo.

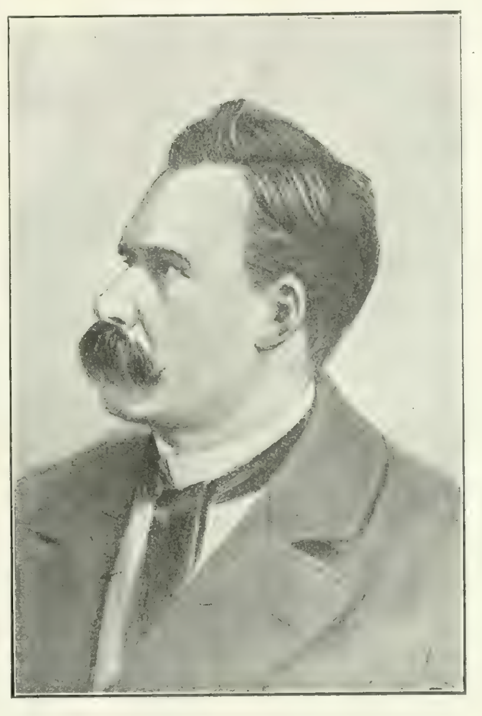
Rohrbach en su obra invitó hace algunos años á los holandeses, los belgas, los suizos y los austriacos de lengua germánica, á confundirse en el seno del centro *cultural* de la civilización alemana. «Lo mismo que los pequeños Estados—dice el autor pangermanista—no pueden construir una flota de *dreadnoughts* modernos porque los gastos de uno sólo arruinarían su presupuesto, se hallan también imposibilitados para producir una civilización completa desde la raiz hasta la alta copa, pues esto exige una base más amplia.»

Este argumento, que repiten los pangermanistas para demostrar el beneficio civilizador de una Alemania enorme en la que se confundirían todos los pueblos del Norte, es completamente falso. La civilización de los pueblos nada tiene que ver con la extensión de su territorio. Grandes y poderosos imperios han sido centros de barbarie, y Estados pequeños han cumplido su misión civilizadora con éxito más durable é intenso que las grandes naciones. Hay además en la Historia pueblos que en su modestia territorial sirvieron intensamente á la civilización y al engrandecerse luego por la conquista cayeron en la decadencia.

Á esta teoría del pangermanismo—partido que por vivir bajo la dirección de profesores apela con frecuencia á los ejemplos clásicos—puede oponerse el

consejo de Aristóteles á sus compatriotas: «Haced de modo que el número de los ciudadanos en cada Estado no exceda de 10.000; así podrán reunirse en la plaza pública y tratar directamente sus asuntos.»

Muchos al hablar del pangermanismo y su política violenta y dura recuerdan á Nietzsche, como si el célebre filósofo influyese directamente en la Alemania contemporánea y fuera el verdadero inspirador de su conducta. Todos los extranjeros que han estudiado de cerca la Alemania de los últimos años y sus ideales «prácticos» niegan que haya existido esta influencia filosófica. Paul Vergnet dice así: «Nietzsche ya no está de moda en las universidades alemanas, ni tampoco ningún otro filósofo. En clase de idealismo los intelectuales alemanes sólo reconocen ahora el idealismo del Estado.»



NIETZSCHE

No se puede juzgar á Nietzsche por sus obras aisladas, y hay que tener en cuenta las diversas fechas de su publicación para seguir las evoluciones de su pensamiento. Este filósofo, que en realidad era un poeta dedicado á la filosofía—como su antiguo amigo Wágner fué un poeta dedicado á la música—, reflejó con una enfermiza sensibilidad los movimientos de su país y de su época. Contagiado por el entusiasmo de los alemanes en 1870, al verse victoriosos sobre Francia, á la que habían temido siempre, Nietzsche quiso conocer la guerra de cerca y respirar el hedor de los campos de batalla, alistándose como enfermero voluntario. Pero su alma se sació pronto de estas impresiones, experimentando una legítima inquietud al ver cómo se formaba el bloque monstruoso de la Alemania unificada y dirigida por Prusia.

Del mismo modo que frente al arte sublime, pero obscuro, de Wágner, glorificó la música clara y atrayente de los países latinos, Nietzsche, en sus últimos tiempos, asustado por la Alemania de Bismarck, evocó como modelo digno de imitación las antiguas repúblicas griegas, las virtudes de los pequeños pueblos libres, donde los derechos de la conciencia individual no son aplastados por la soberanía del Estado.

Nadie ha dicho contra la Alemania de nuestros días lo que este filósofo alemán en los últimos años de su existencia, cuando vió desfiguradas sus doctrinas y falsificados sus ensueños, para servir mejor las aspiraciones del Imperio. Como si presintiese los atentados que éste había de cometer contra la verdadera civilización, lo denunció en sus últimos escritos.

Federico Nietzsche afirmó siempre que él «representaba una *casualidad* entre los alemanes», dando á entender con esto la divergencia radical existente entre su pensamiento y el del Imperio.

He aquí algunas de sus opiniones sobre la Alemania contemporánea que muchos consideran como obra suya.

«Los alemanes, esos retardatarios por excelencia en el curso de la Historia, son hoy el pueblo más atrasado de Europa en lo que se refiere á la verdadera civilización.»

«Definición de un germano: una obediencia con piernas largas. Jamás se ha obedecido mejor en Alemania que en el momento presente, y esto es digno de un siglo que la posteridad llamará algún día con lástima «El siglo clásico de la guerra».

«Un nuevo animal devasta las viñas del espíritu alemán. Es el gusano del Imperio, el célebre Rhinoxera, más temible que la filoxera.»

«Admito que esta especie de entreacto de poderío alemán, que da una fisonomía especial al estado presente de Europa, puede prestar su apoyo al arte de Alemania y ayudarle á adquirir una gloría pasajera. Lo que no admito es que el Imperio le asegure un porvenir. Los alemanes no tienen porvenir.»

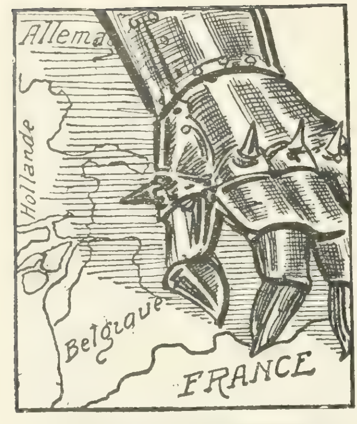
«Nunca fueron psicólogos los alemanes. Dan las gracias por todo y comprenden pocas cosas.»

«Entre los alemanes la claridad es una objeción y la lógica una refutación. Actualmente son los únicos que toman en serio la *Idea*, ó sea algo que es obscuro, incierto y misterioso.»

«Yo he dado á este pueblo los libros más profundos que posee, y tengo mis razones para creer que no ha entendido ni una sola palabra.»

«Alemania ha perdido su voz en el concierto europeo y no existe en ella más que una *patriotamanía*. El espíritu alemán es una contradicción.»

«*La Gaceta de la Alemania del Norte*, en la que toman nuestros *intelectuales* su vocabulario y sus ideas, ve en los franceses unos bárbaros. Yo veo el continente negro, ó sea el país donde hay esclavos ne-



LA MANO DEL PANGERMANISMO
(Wereld-Wee)

cesitados de emancipación, limítrofe de los alemanes del Norte.»

«Para nosotros los filósofos, los alemanes no tienen dedos. Sus manos son patas.»

«Á la Alemania de hoy nada le importa perder el espíritu á cambio de que el Imperio subsista.»

«—¿Qué gritos de dolor son esos?

»—Son los gritos que lanza un corazón alemán.

»—¿Qué manera es esa de desgarrar los corazones?

»—Es una manera especialmente alemana.»

Nietzsche, en diversas ocasiones de su vida, se indignó contra los pangermanistas cuando éstos pretendían demostrar la superioridad de los alemanes sobre los franceses. Criticó, como muchos escritores de París, los defectos de la Francia de su época, pero defendió como muy pocos el espíritu francés claro y armonioso, así como su tendencia siempre liberal, frente á las obscuridades monstruosas de Alemania.

▫

El pangermanismo, en sus ensueños, llegó á las mayores audacias años antes de la guerra. Su megalomanía despertó las sospechas de todas las naciones de Europa. Ninguna pudo confiar tranquilamente en el porvenir, aunque el gobierno alemán le diera pruebas de amistad.

En 1907, cuando el emperador de Alemania parecía en mejores relaciones con Inglaterra, un consejero de Guillermo II, el profesor Rodolfo Martín, publicó un libro contra la Gran Bretaña y contra toda Europa, en el que consignó los ensueños de la megalomania teutónica.

«Alemania—dijo este profesor pangermanista—no necesita preparar la incorporación á ella de las provincias rusas del Báltico ni de la Polonia rusa. Tampoco necesita preparar el protectorado alemán sobre la Turquía de Europa y de Asia ni anexionarse Holanda y Bélgica. *Todos estos cambios se producirán necesariamente dentro de algunos años.* ¡Es la fatalidad! Nadie tiene fuerza suficiente para detener el curso de los sucesos é impedir que Alemania cumpla sus destinos. La política inglesa busca reunir á las potencias en una coalición contra Alemania. Pero cuando Alemania reconocerá que este esfuerzo intentado para rodearla de enemigos ha pasado los límites de la conveniencia, sabrá romper el círculo en el que pretenden encerrarla, y aplastará á los miembros de la coalición que estén más al alcance de su mano.

»Nadie puede decir cuándo vendrá este día memorable, pero todo el mundo en Alemania tiene el presentimiento de que no está lejos. La flota inglesa podrá destruir á la flota alemana y arruinar nuestro comercio exterior, pero nadie conseguirá impedir que el ejército alemán huelle el suelo de Francia desde París á Lyón, desde la Mancha al Mediterráneo. Al final de esta guerra victoriosa, Alemania, además de percibir una indemnización considerable, tomará posesión para siempre de las provincias del Norte de Francia, abriéndose una nueva salida al mar por Calais y por Boulogne. Además, Bélgica y el Luxemburgo serán anexionados al Imperio germánico. La costa desde Boulogne á Amberes en poder de Alemania será el principio del fin de la supremacía marítima inglesa.

»La federación de la Alemania del Norte nació de la guerra entre Alemania y Austria. El Imperio alemán ha nacido de la guerra entre Alemania y Francia. La «más grande Alemania», ó sea la del porvenir, nacerá de la guerra entre Alemania y la Gran Bretaña.»

Esto escribió en 1907—siete años antes de la guerra actual—un consejero íntimo de Guillermo II. ¡Y la Alemania del pangermanismo en 1914 ha hablado de su amor á la paz, queriendo presentarse ante el mundo como sorprendida inesperadamente por la guerra y obligada fatalmente á defenderse!

▫

Los procedimientos bárbaros empleados por Alemania con el propósito de intimidar á los pueblos no son una novedad asombrosa para los que conocen la violencia seudo-científica de los escritores y pensadores del pangermanismo.

Reimer, en las grotescas afirmaciones consignadas en su libro *Una Alemania pangermanista,* del que hablamos antes, llega á soñar con la supresión metódica de todas las razas del mundo que no son de origen germánico, para que dejen de paralizar el progreso de la primera de las razas, que es la alemana. En el futuro Imperio germánico, agrandado por una conquista sin misericordia, los pueblos no germanos serán condenados á la esterilidad. Por un resto de sentimiento humanitario, este buen apóstol del pangermanismo consiente en endulzar la pena de todos nosotros los parias de la futura sociedad alemana, dándonos buenos salarios y retiros para la vejez, pero con la condición severa y formal de no reproducirnos.

La ferocidad de que han dado prueba los generales invasores de Bélgica no es de su invención, pues refleja los sentimientos del pangermanismo y refleja en la realidad las palabras que ha lanzado muchas veces Guillermo II.

En 1900 el kaiser, al despedir á las tropas que partían á la China bajo el mando de Waldersee para

castigar á los boxer insurreccionados, dijo así en un arranque de oratoria insensata:

—¡Nada de perdón! ¡Nada de prisioneros! Haced lo que queráis, ¡oh soldados alemanes! de aquellos que caigan en vuestras manos. Lo mismo que hace mil años los hunos mandados por su Etzel conquistaron un renombre que todavía hace terrible su recuerdo, nuestra Alemania sabrá mostrarse en China tan violenta, que jamás un chino se atreverá en el porvenir á mirar á un alemán cara á cara.

Guillermo II es un gran admirador de Etzel, hasta el punto de haber dado su nombre á su hijo predilecto.

Etzel es el nombre alemán de Atila.

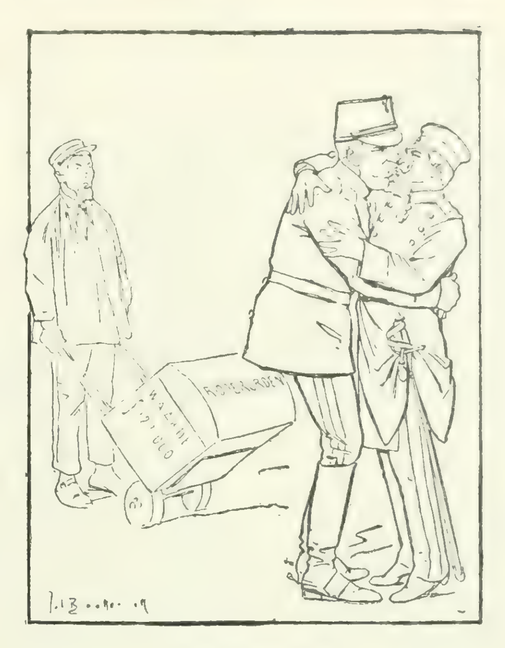
XV

El «brillante segundo»

La vieja dinastía de los Habsburgo, de aristocrática antigüedad, mira con cierto desdén á los Hohenzollern, que fueron hasta hace dos siglos unos feudatarios del Imperio de Austria.

En la corte de Viena muchos personajes enemigos de novedades no han llegado aún á aceptar la importancia de estos Hohenzollern, burgraves ambiciosos que empezaron su carrera como humildes marqueses del Brandemburgo, consiguieron al fin, á fuerza de humillaciones, la modesta corona de reyes en Prusia, y han acabado por ser emperadores de Alemania.

Francisco José desprecia tal vez secretamente á estos advenedizos de rápida fortuna, y sólo con grandes esfuerzos puede tolerar á su actual aliado el kaiser. Con el viejo Guillermo I se entendía mejor, á pesar de la derrota de Sadowa. El nieto petulante, soberbio y omnisciente, irrita los nervios de Francisco José. Pero los manejos de Bismarck, la política dominante de los húngaros y las conveniencias de Austria, deseosa de nuevos territorios para borrar el recuerdo de los pasados fracasos, acabaron por hacer del viejo emperador el aliado de los monarcas de Alemania.

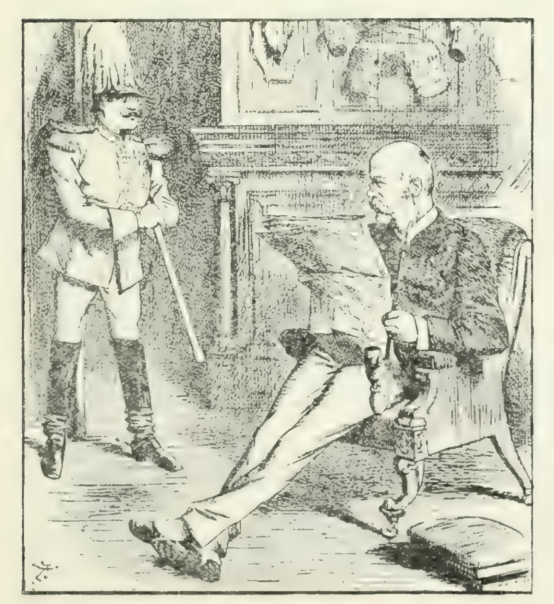


LOS DOS EMPERADORES

FRANCISCO JOSÉ.—¡Cuánto celebro que vuestro abuelo no me despojase de todo mi reino en 1866!

EL KAISER.—En tal caso no os podría abrazar como lo hago ahora.

(*Weekblad voor Nederland*, de Amsterdán



EL KAISER.—Primo Francisco José, ponte el uniforme y juguemos á los soldados

(*Punch*, de Londres)

Guillermo II, con su habitual falta de tacto y su irresistible deseo de exhibirse en el primer sitio, ha herido varias veces la susceptibilidad del viejo Habsburgo, tratándolo como á un simple lugarteniente. En la presente guerra, siempre que habla el kaiser de Francisco José le llama «mi brillante segundo». Los antiguos marqueses de Brandemburgo, que tantas veces hubieron de humillarse ante la corte de Viena para avanzar un peldaño en su tenaz ascensión, se estremecerían de orgullo si pudieran ver á su descendiente tratar con esta desdeñosa superioridad al último representante de una dinastía que gobernó el Imperio alemán durante siglos.

◻

El escudo de armas de Francisco José lleva esta inscripción en gruesos caracteres: *Recta tueri*. La divisa latina no puede ser más falsa. «Defender el

derecho» es una acción que Francisco José no realizó nunca en su largo reinado.

Durante medio siglo el viejo emperador ha vivido egoistamente, sin más preocupación que mantener su autoridad y fundir en un solo cuerpo los varios y disparatados elementos que forman su monarquía. Cuando esta unión no ha sido posible, Francisco José y sus ministros han excitado las rivalidades de raza y de historia entre los diversos grupos étnicos del Imperio, para sostenerlos de este modo más sumisos al poder central.

El Imperio de Austria es una ficción política, pues no existe como nacionalidad sólida y durable. Sólo hay un emperador, un anciano respetado por sus infortunios políticos y por sus desgracias particulares, en torno del cual se mantienen, aparentemente unidos, varios pueblos dispuestos de larga fecha á disgregarse así que ocurra la muerte del soberano.



FRANCISCO JOSÉ AL SER PROCLAMADO EMPERADOR

El austriaco no existe en realidad. Es una ficción de la geografía política, lo mismo que el Imperio. El mapa étnico del país demuestra de un modo indiscutible la vanidad de la monarquía austriaca, que no sólo quiere vivir, sino que pretende ensanchar sus dominios. Al Oeste se encuentran los territorios montañosos del Tirol, poblados por campesinos que son alemanes; al Norte, la Bohemia, la Silesia y la Moravia, países industriales y mineros, habitados por los tcheques; al Mediodía, las fértiles regiones ocupadas por italianos, slovenos, croatas y servios, y al Este, la dilatada llanura de Hungría, cuyos habitantes son magyares, y la Galitzia, con su población de ruthenos. En el centro está la verdadera Austria, el dominio hereditario de los Habsburgo, las provincias llamadas la Baja y la Alta-Austria y el Salzburgo. Pero la población de estas regiones del centro es exclusivamente alemana. ¿Dónde está, pues, el austriaco?... El austriaco no existe, ni ha existido nunca, más que como súbdito político.

Examinando los tipos principales de la aglomeración antropológica que representa el Imperio de Francisco José, se descubren ocho razas diversas y bien determinadas, divididas á su vez en numerosas derivaciones, lo que da un total de más de veinte grupos étnicos con vida separada y propia.

La aspiración de los emperadores de Austria ha consistido siempre en reunir estos elementos heterogéneos bajo una misma bandera, proyecto que puede calificarse de insensato, pues ha fracasado siempre. José II lo intentó sin éxito alguno por la resistencia pasiva de estos elementos heteróclitos. Al sobrevenir las guerras de Napoleón, las diversas razas del Imperio olvidaron sus enemistades hereditarias para unirse ante el enemigo común, haciendo frente al invasor. Pero esta concordia nacional terminó con el peligro. Al restablecerse la paz se despertó otra vez el antagonismo de razas, y bajo el imperio de Fernando, tío y antecesor del actual Francisco José, las aspiraciones separatistas volvieron á manifestarse con violencia.

Francisco José subió al trono imperial á los diez y ocho años por abdicación de su tío el emperador. Fué en 1848. La revolución republicana de París había repercutido en toda Europa. Los estudiantes y los burgueses de Viena se sublevaron contra la política absolutista del emperador Fernando y de su ministro el famoso Metternich.

La madre de Francisco José, la archiduquesa Sofía, mujer de grandes ambiciones y escasos escrúpulos, no quiso esperar la muerte de su cuñado para que su hijo el príncipe heredero ocupase el trono. Sus manejos y sus intrigas favorecieron el triunfo de la revolución, á pesar de que ella era francamente reaccionaria, acelerando la caída del emperador y de Metternich. Los revolucionarios de Viena lucharon en las barricadas con un éxito que resultó después tan infructuoso como el alcanzado por los de Berlín. Creyeron combatir por el triunfo de la libertad y de la Constitución, y sólo consiguieron arrojar á un Habsburgo del trono para sustituirlo con otro más joven. De las jornadas revolucionarias de 1848, que tanta sangre costaron á los vieneses, no surgió otra cosa que el reinado de Francisco José, tan prolongado como estéril.

Dos grandes cuestiones agitaban el Imperio en 1848: la de las aspiraciones liberales, generalizadas en todo el país, y la tendencia separatista sentida por los diversos grupos étnicos y que los impulsaba á la disgregación. El emperador Fernando y Metternich, dedicados á combatir el liberalismo, que juzgaban el peligro más temible, habían olvidado la cuestión «nacional», no queriendo ver la tendencia separatista de sus diversos pueblos. La archiduquesa Sofía por su parte, á pesar de ser centralista, había fomentado el separatismo para crear obstáculos al emperador y su ministro.

Francisco José, elevado al Imperio por la triunfadora muchedumbre en armas, tuvo que mostrarse en los primeros meses de su reinado como un monarca liberal, á pesar de que su educación palaciega, las ideas de su madre y su afición á las empresas militares, hacían de él un partidario del sistema absolutista. Con su inconsciencia juvenil hizo grandes promesas de libertad política y dejó que Austria se organizase con arreglo al nuevo régimen, aprobando la Constitución de 1849 votada por las Cámaras. Le era necesario este liberalismo para mantener la adhesión de Austria en su empresa contra la sublevada Hungría.

Como una consecuencia del movimiento revolucionario de 1848, había resurgido la «cuestión nacional» de un modo alarmante para la integridad del Imperio. Los húngaros se sublevaron en Budapest, lo mismo que los burgueses de Viena, en favor de la libertad política. Pero la libertad trae como consecuencia inevitable una reivindicación de la independencia en los pueblos que tienen una historia propia y un pasado particular. Hungría se acordó de los tiempos en que había sido un reino glorioso é independiente. Un tribuno de gran elocuencia, adorado por las masas á causa de su probidad, el abogado Luis Kossuth, se puso al frente de este movimiento.



VISTA GENERAL DE SCHŒNBRUNN, CUNA DE LOS HABSBURGO

Kossuth era republicano, participando de las ideas generosas y del entusiasmo un tanto candoroso de los revolucionarios de 1848. La República de Hungría quedó proclamada y Kossuth fué su presidente.

Los belicosos húngaros, incansables jinetes y hombres de armas por tradición, formaron un valioso ejército. El entusiasmo fué tan grande, que un gran número de mujeres vistieron el uniforme militar, agregándose á las tropas de la joven República. El ejército húngaro derrotó á los austriacos en varios combates, y la situación se hizo tan angustiosa para el nuevo emperador de Austria, que éste tuvo que implorar el auxilio de Rusia. Un ejército de 200.000 rusos invadió Hungría. Á pesar de este refuerzo enorme, la guerra continuó con diferentes alternativas, perdiendo y recobrando los republicanos las principales plazas del país.

La traición aceleró el término de una guerra que iba á ser larga y de indecisos resultados. Kossuth, el Mesías republicano de Hungría, probo y confiado, mostró la inexperiencia de todos los hombres de palabra cuando el azar histórico los convierte en hombres de acción. El dictador, al quedar herido el general Moga, primer general en jefe de las tropas húngaras, confirió este mando á Görgey, un antiguo teniente austriaco que se había adherido á los revolucionarios. Este aventurero ambicioso, al ver la República



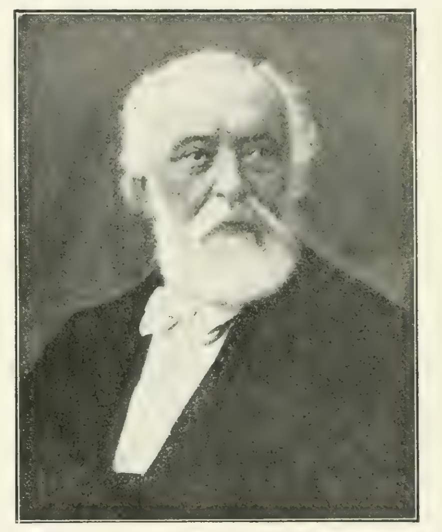
Francisco José — Arch. Maximiliano — Arch. Carlota — Arch. Luis Víctor — Arch. Carlos Luis
Elisabeth con sus hijos Rodolfo y Gisela — Arch. Sofía, madre de Francisco José — Arch. [illegible]

LA FAMILIA REAL AUSTRIACA EN 1860

húngara aislada de Europa y sin eco alguno los elocuentes llamamientos que enviaba Kossuth á las potencias protestando de la violación del territorio, se puso de acuerdo secretamente con los invasores. El general en jefe ruso y Francisco José le ofrecieron una suma considerable como premio de su traición.

Görgey, para marchar contra el enemigo, exigió que Kossuth se retirase, transmitiéndole la dirección de la República. El generoso tribuno, creyendo salvar á su patria, aceptó las pretensiones de Görgey refugiándose en Turquía.

Antes de partir, Kossuth enterró con sus propias manos la corona del antiguo reino húngaro, la famosa corona de San Esteban, en los alrededores de Orsova, pueblo inmediato á la frontera turca. Cuando la descubrieron algún tiempo después, la pequeña cruz que remata la corona apareció inclinada á un lado. Desde entonces las armas de Hungría llevan la corona de San Esteban con la cruz torcida á la izquierda.



LUIS KOSSUTH

Al verse Görgey dueño de la situación se entendió con el general en jefe del ejército ruso, entregándole en Vilagos todas las fuerzas militares de la República húngara: 11 generales, 1.426 oficiales, 30.800 hombres, 144 cañones, 8.000 caballos y 60 banderas. El traidor pudo abandonar el país sin ser inquietado por los rusos ni por los austriacos. El joven emperador Francisco José entró en escena después de esta victoria decisiva preparada por sus aliados. «El castigo de Hungría fué terrible—dice un historiador—. Veinticinco generales húngaros fueron ahorcados, los miembros del gobierno de la República fueron ahorcados, los miembros del comité de defensa fueron ahorcados, millares de ciudadanos húngaros fueron ahorcados. Hungría, durante muchas semanas, conservó el aspecto aterrador de un inmenso cadalso. Francisco José, al azar, indultó á algunos de los prisioneros. Hay que reconocer que tuvo buena mano, especialmente al conceder el indulto al conde Julio Andrassy, que fué más adelante presidente del Consejo de ministros de Hungría y ministro de Negocios Extranjeros del Imperio, y al que debió Francisco José la constitución de la Triple Alianza.»

Otro movimiento separatista se inició como consecuencia de la revolución de 1848 en las provincias italianas, anexionadas al Imperio austriaco. La Lombardía y Venecia, auxiliadas por el rey de Cerdeña Carlos Alberto, padre de Víctor Manuel, el futuro creador de la unidad italiana, se sublevaron contra la dominación austriaca. Pero el viejo general Radetzky venció á Carlos Alberto en Custozza, Mortara y Novara, sofocando por mucho tiempo las justas aspiraciones de Italia, ansiosa de independencia. Durante diez años una parte de la Italia del Norte, dividida en provincias austriacas, tuvo que seguir sufriendo el yugo del gobierno de Viena.

Después de estas victorias Francisco José pudo dedicarse á la práctica de las ideas que le eran gratas, inaugurando un sistema francamente reaccionario. El monarca entronizado por los revolucionarios de 1848 renovó el régimen absolutista y centralizador de Metternich, revocando la Constitución de 1849 y aboliendo las antiguas dietas en los diversos Estados del Imperio. Su propósito, francamente declarado, fué fundir á viva fuerza las diferentes naciones del Imperio para que formasen un solo organismo.

Austria-Hungría posee 11 millones de alemanes, 9 millones de húngaros y 22 millones de polacos, tcheques, slovenos, etcétera. Representaba un error enorme, propio del absolutismo, querer fundir en el crisol de una misma raza todos estos elementos antagónicos. Transcurrieron para el Imperio los llamados «años de hierro», que fueron años de abrumadora tiranía. Los húngaros, especialmente, sufrieron una terrible opresión, viéndose tratados por los austriacos como un país enemigo. Hasta la lengua nacional fué perseguida, apreciándose el uso del idioma húngaro como una muestra de traición.

Una guerra desgraciada dió fin á este régimen de violencia. Los anhelos de Italia en pro de su libertad se vieron apoyados por Napoleón III. En 1859 estalló la guerra entre Austria y el reino de Cerdeña, auxiliado éste por los ejércitos de Francia, que dirigió personalmente Napoleón. Francisco José, soldado desde sus primeros años, tomó el mando de las tropas austriacas y se batió con gran valor, poniendo en peligro su existencia repetidas veces; pero fué derrotado en Magenta y Solferino y perdió para siempre la Lombardía. Desde entonces la desgracia ha acompañado tenazmente á los soldados austriacos en todas sus empresas. Allá donde va Austria la derrota marcha tras de sus pasos. La pérdida de la Lombardía produjo en todo el Imperio una repercusión inquietante. Fernando, el emperador destronado, decía irónicamente:

—Para sufrir derrotas y perder provincias no valía

BATALLA DE MAGENTA

Cuadro de Yvon. Museo de Versalles

la pena de haberme destronado. Eso lo sé hacer yo tan bien como mi sobrino.

Queriendo restablecer la tranquilidad interior, Francisco José tuvo que renunciar al régimen absolutista, prometiendo una nueva Constitución á sus pueblos, que fué proclamada en 1861. Tres años después ocurrió la guerra de los ducados de Schleswig-Holstein, ayudando Francisco José á Bismarck en esta empresa de piratería. Ya hemos dicho cómo Austria y Prusia se enemistaron á la hora del reparto por haberse reservado el terrible canciller de Prusia todo el botín. Surgió como consecuencia una guerra austro-prusiana, terminada rápidamente por el desastre de Sadowa. Francisco José tuvo que ceder nuevas provincias á sus vencedores y devolver Venecia á Italia que, apoyada por Napoleón III, se aprovechó de esta situación crítica. El Imperio alemán al Norte y la unidad italiana al Sur empezaban á formarse á costa del Imperio austriaco.

La guerra reciente reveló á Francisco José un nuevo peligro. Los húngaros, oprimidos, vieron con simpatía el avance de los prusianos, y era indudable que de prolongarse la guerra habrían acabado por hacer causa común con los invasores. El emperador reconoció al fin que el principio centralista no podía aplicarse á su



LOS AUSTRIACOS BATIDOS EN EL PUENTE DE MAGENTA

Dibujo de [illegible]



BATALLA DE SOLFERINO (Cuadro de Yvon, Museo de Versalles)

monarquía, falta de homogeneidad, compuesta de piezas y de pequeños fragmentos.

Francisco José aceptó el ser coronado como rey de Hungría, reconociendo la vida autonómica de este país. En 1867 se verificó la ceremonia en la catedral de Budapest, formulando Francisco José el juramento que habían esperado los húngaros durante veinte años. El nuevo rey de Hungría firmó un compromiso reglamentando los derechos y las relaciones entre los dos países que en adelante habían de constituir su doble Imperio.

Esta resolución tardía no hizo más que acallar momentáneamente las aspiraciones separatistas de los diversos grupos del Imperio. Los húngaros, una vez transcurrido el primer momento de entusiasmo por su autonomía, han buscado agrandar ésta, hasta los límites de una casi independencia. Los demás pueblos del Imperio se muestran irritados por el régimen de favor que han conseguido los húngaros, y los celos y la envidia aumentan sus justas aspiraciones á una autonomía semejante.

Los tcheques, los bohemios, los polacos y los habitantes de Galitzia, reclaman para ellos los mismos derechos y los mismos privilegios que Francisco José acordó á los húngaros. Ya que se coronó rey de Hungría, debe coronarse igualmente como rey de Bohemia y rey de Galitzia. Habiendo dado á Hungría un parlamento y un gobierno aparte, debe auto-



NAPOLEÓN III Y FRANCISCO JOSÉ AL FIRMARSE LA PAZ (Grabado de la época)



Dibujo de R. Caton Woodville, de «The Illustrated London News»

Tropas belgas combatiendo con los



:manes en la entrada de un pueblo

EL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ

LA EMPERATRIZ ELISABETH

(Retratos de Winterhalter

rizar igualmente un parlamento y un gobierno para los tcheques y los polacos. Hace más de cuarenta años que esta lucha persiste y se agrava. Al principio de su monarquía, Francisco José tal vez hubiese solucionado el conflicto, siendo francamente un monarca liberal. El ejercicio de lòs derechos políticos, iguales para todos, hubiera aproximado á los diversos pueblos del Imperio. Perō las aspiraciones centralizadoras y absolutistas del emperador, que mantuvieron durante veinte años á los diversos pueblos bajo una férrea opresión, sólo han servido para hacer más agudo y vehemente el sentimiento nacionalista.

Desde hace tiempo el Imperio de Austria es á modo de un campo de batalla, so bre el cual luchan moralmente los vecinos poderosos, queriendo apoderarse de los pueblos que consideran suyos, por la raza y por la historia. El pangermanismo aspira á la posesión de todas las provincias austriacas pobladas por alemanes. Los descendientes de Federico el Grande miran como propios los territorios que su audaz abuelo no llegó á arrebatar á María Teresa, la heredera de Carlos VI. Por otro lado el pan-eslavismo se atrae á los tcheques, los polacos y los servios de Austria, encareciendo la necesidad de una confederación de todos los eslavos del Este de Europa. Á estas dos influencias hay que añadir la del «irredentismo» italiano, que ansía libertar á sus hermanos de Trieste y Trento, súbditos forzosos de Austria.



LA PRINCESA ELISABETH EN LA ÉPOCA DE SU BODA

La persona de Francisco José—soberano respetado en fuerza de sufrir desgracias, pues el recuerdo de sus infortunios personales le da un



LA EMPERATRIZ ELISABETH CON TRAJE DE LA CORTE HÚNGARA

prestigio superior á sus merecimientos—es lo único que une á los diversos pueblos de la monarquía austro-húngara y los mantiene aglomerados. La muerte de este hombre, que parece retardar el destino, equivaldrá seguramente á un golpe anonadador, rompiendo en numerosos fragmentos su doble monarquía.

«Durante siglos—dice Weindel—los Habsburgo han constituído pedazo á pedazo un gran Imperio. Durante siglos los Habsburgo han mostrado la ambición de soldar estos pedazos heteróclitos, formando una masa fuerte y compacta. Al principio de una nueva era, Francisco José heredó esta misión. De comprenderla bien tal vez hubiese llegado á realizarla. En las ideas democráticas y sociales habría podido encontrar el medio de suprimir las demarcaciones establecidas entre los diferentes pueblos de su Imperio, los cuales sólo tenían de común una sed ardiente de libertad y de progreso. La hipocresía de la madre del soberano, la ambición de su familia y su ambición propia, lo han impulsado á valerse de unas nacionalidades para sujetar á otras. Hoy, gracias á esta política, todas están reñidas entre ellas y además indispuestas con su soberano.»

◻

Una fatalidad semejante á la que persigue á los héroes de la tragedia griega acompañó tenazmente la existencia de Francisco José. Todos los que le rodean mueren dramáticamente. Los individuos de su familia perecen de un modo violento. Las desgracias más novelescas é inesperadas van en busca de ellos.

Y como sirviendo de contraste, Francisco José se mantiene sano y fuerte, en medio de esta tempestad de infortunios, de derrotas políticas y militares, de trágicas escenas, habiendo llegado á una extremada vejez. Lo que sus cortesanos y el vulgo consideran resignación cristiana, no es más que egoísmo y falta de sensibilidad. El anciano emperador, como un árbol resquebrajado y quemado, pero tenazmente adherido al suelo, se alza con triste aislamiento sobre los restos de los Habsburgo, semejantes á un bosque talado por la tormenta. En su palacio de Viena y en los inmensos parques que rodean sus numerosos castillos, vaga como una sombra entre las sombras de su pasado. Todos los que le amaron ó sufrieron por él, han desaparecido.

Su esposa, la gentil emperatriz Elisabeth, fué una de las mujeres más hermosas é inteligentes de su época. Casada por amor con el joven soberano de 1848, las infidelidades del marido acabaron con la pasión idílica iniciada al encontrarse los dos en un castillo de Baviera. La emperatriz, convencida de que era imposible modificar el carácter de su esposo apartándolo de las aventuras amorosas, se alejó de él, viviendo gran parte de su vida fuera de Austria. Fué la emperatriz errante, emprendiendo largas excursiones á bordo de su yatch ó estableciéndose en las risueñas islas del Mediterráneo. La poesía,



ÚLTIMA VISITA DEL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ Á BUDAPEST

la música y los viajes fueron su único consuelo.

Había dado un hijo único al Imperio, para asegurar la sucesión monárquica, además de una hija, la princesa Gisela, y después de cumplir de este modo sus deberes de hembra real, se dedicó á vivir para ella, arrastrando su melancolía por los lugares más hermosos de Europa. En Corfú, ante el mar eternamente azul, construyó un edificio, el *Aquileon*, ostentoso capricho de artista que costó muchos millones, elevando en los jardines un altar á Enrique Heine, su poeta preferido. El *Aquileon*, después de su muerte, fué comprado por Guillermo II, que vivió en él algunas temporadas.

La triste Elisabeth interrumpió varias veces su existencia errante para volver al lado de su esposo siempre que las necesidades de la pompa monárquica exigían su presencia en Viena. Una simple y tranquila amistad la mantenía unida con el padre de su hijo. Francisco José, respetándola mucho, no dejó por esto de seguir su vida amorosa con las damas de la corte de Viena, que veían en su emperador el tipo perfecto del hombre galante. La misma emperatriz, convencida



EL «AQUILEON», PALACIO DE LA EMPERATRIZ EN LA ISLA DE CORFÚ

de que el carácter de su marido era incurable en punto á infidelidades, cuidó de evitar que se comprometiese en arriesgadas aventuras, presentándole, según se cuenta, varias damas que pudiéramos llamar de «todo reposo». Ella fué la que le hizo conocer á la actriz Catalina Schratt, que ha sido la pasión más constante del emperador.

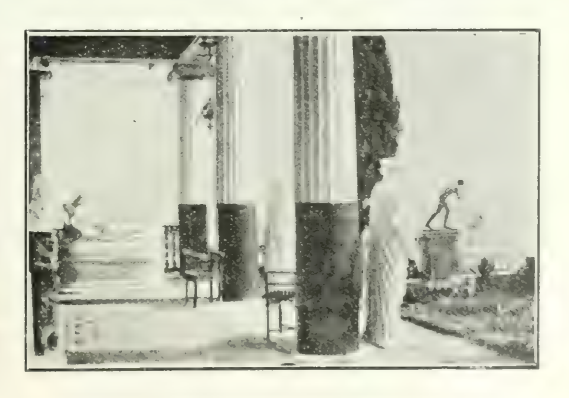
Elisabeth, dedicada á la música y á los versos, se sintió atraída igualmente por el estudio de los filósofos pesimistas y de los pensadores revolucionarios. Esta mujer infeliz, que no encontraba á la vida encanto alguno, que no había intervenido nunca en la política de su nación y vagaba de pueblo en pueblo, siempre en continuo movimiento, como si huyese de su propia tristeza, pereció víctima de un exaltado italiano ansioso de notoriedad. En Septiembre de 1898, estando de paso en Ginebra, cuando se dirigía al embarcadero sin más acompañamiento que el de una



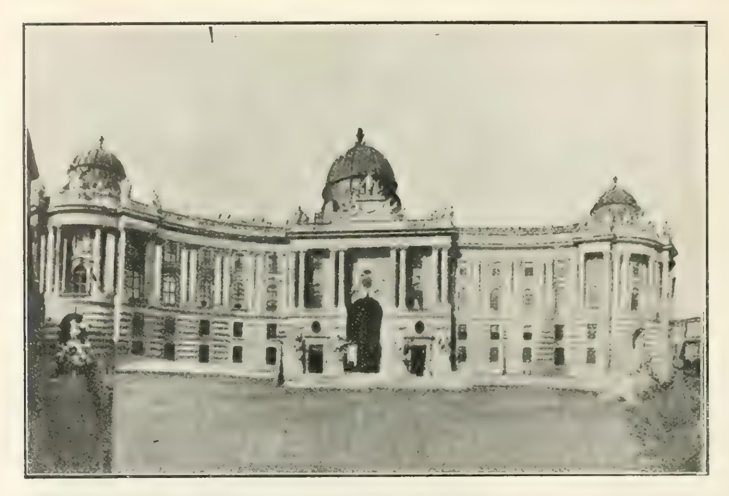
EL ÚLTIMO PASEO DEL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ EN EL BALNEARIO DE NAUHEIM

dama de honor para tomar el vaporcito que la había de conducir á Montreux, un anarquista llamado Lucheni la hirió por la espalda con una lezna de zapatero afilada, partiéndole el corazón. Elisabeth murió dulcemente en la cubierta del buque, sin darse cuenta de que moría. El autor del atentado, joven vanidoso que ansiaba la notoriedad, creyó haber librado al mundo de un tirano temible al asesinar á esta pobre mujer. No sabía que su víctima consideraba como la mayor de las desgracias haber sido emperatriz.

Este final trágico no fué una novedad en la historia de Francisco José. Todos los suyos morían de muerte violenta. La desgracia había empezado á ma-



PERISTILO DEL «AQUILEON»



PALACIO IMPERIAL DE VIENA

nifestarse en la familia con el fusilamiento de su hermano Maximiliano.

La política de Napoleón III y las sugestiones de los reaccionarios de Méjico, unidos al alto clero de dicho país, que deseaba recobrar sus cuantiosos bienes estableciendo la forma monárquica, arrancaron á Maximiliano de su tranquila existencia en el castillo de Miramar, para llevarlo á América como soberano. Se entabló una lucha entre los elementos republicanos de Méjico y el flamante emperador, sostenido por las tropas de Napoleón III y por los conservadores del país. Napoleón acabó por retirar sus soldados á instigaciones de los Estados Unidos, así como al principio de la guerra mejicana se habían retirado las fuerzas inglesas de desembarco y las tropas españolas mandadas por el general Prim.

Al quedar Maximiliano sin apoyo europeo, solamente con las fuerzas de sus partidarios mejicanos, todos temieron por su vida. Su esposa la archiduquesa Carlota, que desde Méjico había regresado á Austria, le escribió desesperadamente para que volviese, y el emperador pareció decidido á obedecerla. Pero los mejicanos clericales, que temían por su propia suerte si Maximiliano los abandonaba, le hicieron grandes promesas de soldados y dinero para continuar la lucha contra la independencia del país, representada por los republicanos. Maximiliano se quedó, intentando un último esfuerzo, y en Junio de 1867 fué derrotado y hecho prisionero en Querétaro. Sus generales Miramón y Mejía se vieron condenados con él á la pena de fusilamiento. Esta pena no tuvo nada de arbitraria. Dos años antes, en Octubre de 1865, Maximiliano había redactado por sí mismo un decreto condenando á muerte á todo el que fuese hecho prisionero con las armas en la mano. Muchos republicanos murieron fusilados en virtud de este decreto. Al hacerle prisionero las tropas de la República, no tuvieron más que aplicarle su misma ley, fusilándolo en el cerro de la Campana con sus dos generales. Las balas que mataron á Maximiliano hirieron la razón de su triste compañera. La archiduquesa Carlota, víctima inocente de esta parodia de imperio que había durado tres años, vivió en adelante en un forzoso retiro para ocultar su locura.

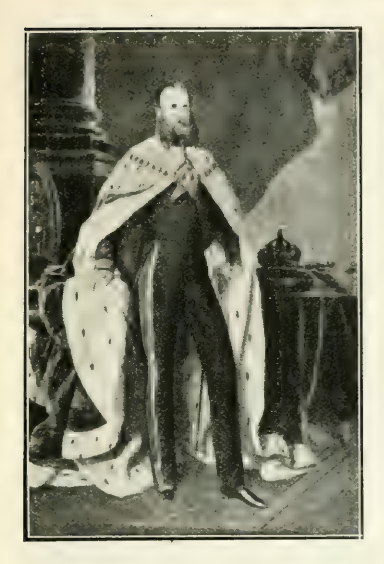


CASTILLO DE SCHOENBRUNN, RESIDENCIA VERANIEGA DEL EMPERADOR



CHALET IMPERIAL DE ISCHL

La desgracia lastimó aun más profundamente á Francisco José en sus afectos familiares. El príncipe Rodolfo, su único heredero, murió en una tragedia obscura y vergonzosa. Las aficiones galantes del padre se habían reproducido en el hijo, pero con menos exquisitez y distinción. Francisco José ha puesto siempre sus afectos y sus deseos en las altas damas de la corte, que admiraron en otros tiempos con amoroso éxtasis la belleza varonil de este emperador de limitados alcances intelectuales, pero gran jinete y valeroso soldado. El príncipe Rodolfo fué más popu-



MAXIMILIANO, EMPERADOR DE MÉJICO



CARLOTA, EMPERATRIZ DE MEJICO

Retratos de Winterhalter

lachero y ruidoso en sus pasiones. Casado con la princesa Estefanía, hija de Leopoldo II, rey de los belgas, reanudó poco después de su matrimonio la misma vida de soltero á la cabeza de un grupo de jóvenes nobles que le acompañaban en sus escapadas nocturnas. Guillermo II figuró muchas veces en esta alegre banda cuando sólo era hijo del heredero del trono alemán.

Rodolfo aparecía como un verdadero descendiente de vieja familia real, empobrecido físicamente por los incesantes cruzamientos de personas de la misma sangre. Débil y enfermizo, á pesar del régimen militar á que le había sometido la educación paterna, se dedicó al uso de la morfina. Una neurastenia anonadadora se había apoderado de él, y para combatirla apelaba al abuso del alcohol empleando además de la morfina el éter y otros intoxicantes.

Los dos últimos años de su vida fueron una serie de abyectas orgías. El príncipe heredero sintió gran predilección por los tipos esencialmente vieneses, y de éstos los más populares son los cocheros que guían los carruajes de alquiler. El cochero vienés goza de una popularidad semejante á la del torero en España, el cómico en Francia ó el boxeador en Inglaterra. Son cantores, instrumentistas, im-

FUSILAMIENTO DEL EMPERADOR MAXIMILIANO Y DE LOS GENERALES MIRAMON Y MEJIA

(Cuadro de Eduardo Manet)

EL PARLAMENTO AUSTRIACO

provisadores de versos cómicos, y sobre todo grandes maestros en el arte de silbar la «tirolesa». Rodolfo, acompañado de cocheros, de nobles personajes y de mujeres públicas, corría de noche los restaurants del Prater de Viena, fraternizando con la gente alegre. «Muchas noches—dice un cronista de los Habsburgo—los árboles del Prater vieron entre sus troncos venerables locas zarabandas de príncipes, de nobles señores, de cocheros de fiacre y de mujercillas de la calle, evolucionando todos en trajes más que primitivos bajo la dirección del archiduque Rodolfo. Las gentes de esta banda, después de terminar su baile, entraban titubeando en los restaurants para inundar el viejo piano con oleadas de champagne, cuando ya no podían beber más.»

Estas orgías repugnantes se repetían varias veces por semana, acabando de trastornar la débil constitución de Rodolfo. Era en vano que la dulce emperatriz Elisabeth, durante las cortas temporadas que pasaba en Viena, intentase modificar la conducta de su hijo y restablecer sus relaciones matrimoniales con la archiduquesa Estefanía. El aturdido príncipe, que era adorado por su madre, la consolaba con unas caricias, volviendo á reanudar inmediatamente su loca existencia.

Un amor material, que tomó las proporciones de una pasión, apartó á Rodolfo momentáneamente de sus orgías populares. Á su amistad por el cochero Bratfisch, grotesco y gracioso personaje que le acompañaba en sus empresas nocturnas, sucedió como afecto dominante la vehemencia amorosa inspirada por la baronesa María Vetschera, joven que á su gran hermosura unía el exótico encanto y la corrupción de las mujeres de Oriente. La madre de la Vetschera, viuda de un diplomático austriaco, era hija de un financiero griego llamado Baltazzi, que había hecho



LA CÁMARA DE DIPUTADOS DE BUDAPEST

en Constantinopla una fortuna de 25 millones. Ansiosas de representación social, la madre y la hija se trasladaron de Constantinopla á Viena, consiguiendo entrar en los salones de una aristocracia que es la más cerrada de toda Europa. Rodolfo se sintió atraído por la gracia oriental de María Vetschera, y la familia de ésta—su madre y sus hermanos los banqueros Baltazzi—vieron en tal pasión un medio de realizar sus ensueños de advenedizos ambiciosos.

Rodolfo, agotado por todos los excesos, podía resultar un juguete dócil entre las manos de una joven hermosa, inteligente y experta en las cosas del amor. El príncipe vivía públicamente desunido con su esposa Estefanía. ¿Quién sabe si la nieta del equívoco banquero de Constantinopla podría ostentar sobre su frente alguna vez la pesada corona del Imperio?

Á las pocas semanas toda Viena sabía que la Vetschera era la amante del príncipe heredero. Éste, á pesar de la situación social de la familia de su amada, procedió lo mismo que en sus aventuras de bajo vuelo, sin delicadeza alguna, haciendo gala de su buena suerte. Jamás ninguna de sus pasiones había conmovido de tal modo sus nervios. Á pesar de que sólo tenía treinta años, el nuevo amor tomó en él una forma senil, llegando á constituir una especie de locura que le mantuvo en perpetua irritabilidad, cometiendo toda clase de excentricidades.

En el curso de unas maniobras efectuadas en Prusia riñó con el gran duque Vladimiro, que representaba á su padre el zar Alejandro III, y quiso batirse con él, teniendo que intervenir el viejo emperador Guillermo y su hijo el príncipe Fritz para evitar el escándalo. Durante los funerales de Guillermo I en Berlín provocó una nueva cuestión con otro gran duque de Rusia, y hubo que darle á entender que su conducta afligía mucho al moribundo emperador Federico, para que desistiese de sus originalidades. El kronprintz Guillermo, á instigaciones de Francisco José, escribió una carta cariñosa á Rodolfo para que cambiase de vida; pero el archiduque, enloquecido por el alcohol, la morfina y los excesos amorosos, le contestó con insolencia, cesando toda relación con este amigo de la infancia que sólo tenía cinco meses menos que él.



RETRATO DEL EMPERADOR, PINTADO PARA LA BOLSA DE VIENA POR EL CÉLEBRE ARTISTA MICHALEK

La vida en las habitaciones que ocupaban los archiduques herederos fué un verdadero infierno. En varias ocasiones el príncipe abofeteó públicamente á su esposa Estefanía, teniendo que intervenir la servidumbre palaciega. Un día el papa León XIII recibió una carta de Rodolfo llevada personalmente por un mensajero, en la cual solicitaba la intervención pontifical para romper un matrimonio que le era odioso. El príncipe deseaba además que interviniese el Papa para que su padre el emperador aceptase el divorcio y le permitiera contraer un segundo matrimonio.

León XIII, algo asombrado por el tono y las peticiones de la carta, se la remitió al arzobispo de Viena, y este sencillo varón, sin ninguna habilidad diplomática, pidió una audiencia al emperador presentándole la carta de Rodolfo.

Francisco José, que había tolerado hasta entonces con resignada tristeza la mala vida del príncipe, como padre no exento de reproche, creyó llegado el momento de proceder con energía. Hizo llamar al heredero, y en el misterio de su gabinete se desarrolló una escena violenta de la que sólo fueron testigos el presidente del Consejo de ministros, el ministro de Nego-



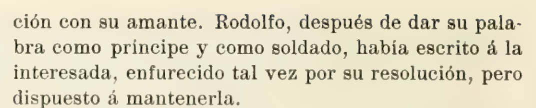
EL PRÍNCIPE RODOLFO Á LOS QUINCE AÑOS

cios Extranjeros y el cardenal-arzobispo de Viena. La voz irritada de Francisco José llegó en varias ocasiones hasta las piezas inmediatas, á través de los espesos cortinajes. Después de una larga hora salió Rodolfo pálido, con las facciones desencajadas, las manos temblorosas y titubeando como un ebrio. Pasó mucho tiempo tendido en un diván de su gabinete de trabajo, y por la tarde se dirigió en el carruaje de Bratfisch, su cochero de confianza, al retiro de Mayerling, pabellón de caza situado entre bosques, donde se refugiaba en todos los malos momentos de su vida azarosa. Antes de partir había enviado una carta á la Vetschera, hablando sin duda de su entrevista con el emperador. También envió otra carta á sus amigos y compañeros de placer, el príncipe Felipe de Coburgo y el conde de Hoyos, rogándoles que vinieran á buscarle en Mayerling, pues tenía que comunicarles una grave decisión.



EL COCHERO BRATFISCH

Esta decisión era indudablemente su ruptura con María Vetschera. El emperador, atropellando con grandes arrebatos de cólera la debilitada protesta de su hijo, le había hecho prometer, en presencia de los tres solemnes testigos, que abandonaría toda rela-



ción con su amante. Rodolfo, después de dar su palabra como príncipe y como soldado, había escrito á la interesada, enfurecido tal vez por su resolución, pero dispuesto á mantenerla.

Minutos después que la Vetschera recibió la carta salió de su casa, dirigiéndose á la estación del Mediodía para tomar un tren que la condujese á Mayerling. Al pasar por las calles céntricas de Viena se apeó en una tienda de cuchillería, comprando una navaja de afeitar que hizo que afilasen escrupulosamente. Con esta adquisición tomó el tren, descendiendo en los alrededores de Mayerling. En el camino del pabellón de caza encontró el carruaje de Bratfisch que conducía á Rodolfo. Subió á él, y juntos llegaron á Mayerling, avisando el príncipe á su padre por medio de un telegrama para que no lo esperasen en palacio, donde por la noche se celebraba un banquete oficial.

Cuando llegaron á Mayerling el príncipe de Coburgo y el conde de Hoyos, los dos amantes parecían tranquilos. Rodolfo no hizo la anunciada «comunicación grave» á sus dos compañeros. La velada transcurrió, como era de costumbre, entre los cuatro íntimos. Bajo la mirada impasible de la Vetschera, los tres hombres absorbieron tanto champagne y bebidas alcohólicas como les fué posible. Á las diez, según las declaraciones de los criados, Rodolfo se retiró á su dormitorio sostenido por su amante, pues estaba completamente ebrio. Los cuatro habían convenido en que al día siguiente, á las seis de la mañana, saldrían de caza. Rodolfo corrió el cerrojo del dormitorio—ó tal vez fué su compañera—, contra la costumbre observada generalmente en Mayerling. Aquí empieza el misterio de la muerte del príncipe heredero.



LA ARCHIDUQUESA ESTEFANÍA

Á las cinco y media de la mañana, Loschek, el ayuda de cámara de Rodolfo, llamó repetidas veces á la puerta. Silencio. Durante la noche Loschek había oido un tiro de escopeta, sin inquietarse por tal disparo, pues lo atribuyó á un guardabosque. En vista del silencio de su amo avisó al príncipe de Coburgo y al conde de Hoyos, los cuales, después de inútiles llamamientos, hicieron saltar la cerradura de la puerta penetrando en el dormitorio. Un horrible espectáculo surgió ante sus ojos. La hermosa Vetschera yacía en el lecho estrangulada. Rodolfo tenía el cráneo roto

por un disparo de arma de fuego. Además, en el bajo vientre presentaba una horrible herida, una atroz mutilación, que había inundado de sangre la cama y el suelo.

Nunca se conocerá con todos sus detalles lo ocurrido en Mayerling. Los dos compañeros del príncipe callaron siempre por respeto á la dignidad imperial. Los individuos de la servidumbre recibieron fuertes recompensas por su silencio y fueron esparcidos con valiosos empleos en los puntos más extremos del Imperio. El médico que atestiguó la defunción del príncipe, honrado profesor de la facultad de Viena, se negó á suscribir una declaración afirmando que la muerte era debida á un accidente de caza, y la familia real del más católico de los imperios tuvo que pasar por la vergüenza del suicidio de uno de los suyos.

Se fantaseó mucho, y se fantasea todavía, sobre el misterioso fin del archiduque Rodolfo. Unos atribuyeron su muerte á un duelo; otros supusieron una orgía sangrienta, en la que los compañeros del príncipe lo mataron á golpes, indignados por su brutalidad contra la Vetschera. La lógica de los hechos y la declaración del cuchillero, que reconoció en el cadáver de la Vetschera á la mujer que le había comprado una navaja de afeitar, explican todo lo ocurrido en el trágico dormitorio de Mayerling. Al quedar solos en él, la Vetschera, que tenía á su amante bajo el dominio de sus gracias y sus sortilegios sensuales, lo hizo caer como siempre en los delirios de un amor complicado. El desorden particular que ofrecía la cama cuando entraron los testigos, es una prueba de esto.



ÚLTIMO RETRATO DEL PRÍNCIPE RODOLFO

Rodolfo, que sufría de insomnios, se despertó á altas horas de la noche atormentado por la idea de haber faltado á la palabra de caballero y de soldado dada á su padre. Indignado contra sí mismo y contra su amante, declaró á ésta que todo había terminado entre ellos y que no se verían más. Insensible á las caricias de la amante, que pretendía retenerlo, Rodolfo empezó á vestirse. «Entonces la Vetschera—dice un cronista de este drama—se dió cuenta de que había perdido la partida para siempre, y con un gesto que quiso hacer pasar por una última caricia, la cruel hija de Oriente, valiéndose de la navaja comprada en Viena, mutiló de un modo horrible al desgraciado archiduque. Loco de dolor, Rodolfo se arrojó sobre su amante, estrangulándola. Luego tomó su escopeta de caza, y echando una gota de agua sobre la carga para darle un efecto más fulminante, se introdujo luego los cañones en la boca, haciendo saltar de golpe su cerebro y su cápsula craneal.» La hipótesis del suicidio realizado fríamente no puede admitirse. Los morfinómanos no encuentran jamás en ellos la fuerza necesaria para suicidarse, y únicamente pueden atentar contra su vida bajo el imperio de una emoción extraordinaria.



LA BARONESA VETSCHERA

La emperatriz Elisabeth estaba en Viena al ocurrir este suceso trágico. Ella fué la primera que recibió la noticia, cuando el conde de Hoyos se presentó en palacio trémulo de emoción y no sabiendo cómo empezar. Ella fué la que entró en el despacho de su esposo para comunicarle el terrible suceso. Los dos esposos se vieron solos, cara á cara, lo que no había ocurrido en muchos años. «Cuando una hora más tarde el conde de Hoyos fué llamado ante los soberanos para completar sus explicaciones, encontró á la emperatriz blanca, de una blancura de mármol, pero tranquila y digna, teniendo entre sus manos la mano del emperador. El pobre hombre, envejecido diez años en una hora, se hundía en su sillón, con los ojos enrojecidos y el rostro inundado de lágrimas, interrumpiendo con profundos sollozos y gritos desesperados el relato del testigo.»



MAYERLING


JUAN ORTH

El cadáver de María Vetschera fué llevado de noche y en secreto hasta Trieste, donde lo embarcaron para Venecia. Desde esta ciudad la baronesa de Vetschera dió parte á sus relaciones de la «muerte repentina» de su hija.

Francisco José quedó largo tiempo anonadado por esta tragedia que ensombrecia su vejez. El Imperio habia perdido su heredero directo. La corona iba á ser ahora para sus sobrinos, que le sucederian como él habia sucedido á su tio el emperador Fernando.

▫

Ya hemos dicho que la muerte trágica acompaña como una fatalidad á los Habsburgo.

El archiduque Albrecht, tío del emperador y general duro que con sus crueldades provocó en Viena la revolución de 1848, no tenia más que una hija, de salud delicada, con cierta predisposición á las dolencias pulmonares. Esta archiduquesa era gran aficionada al cigarrillo, ocultándose de todos para poder fumar, con grave perjuicio de sus vías respiratorias. Fumando en una noche de verano asomada á un balcón del palacio de Schœnbrunn, se vió sorprendida por la presencia de su severo padre, que se paseaba por los jardines. La archiduquesa ocultó el cigarrillo apresuradamente en su peinador de gasas y blondas. Momentos después estaba envuelta en llamas y corría desesperadamente por las galerias del palacio, avivándose el fuego con el ímpetu de la carrera. Cuando al fin pudieron despojarla de las ardientes cenizas de las batistas y las blondas, la pobre archiduquesa apareció cubierta de llagas horribles. Para adormecer sus dolores la sumergieron en una bañadera llena de aceite, llevándola de este modo á Viena, donde pereció días después á pesar de la asistencia de los primeros médicos.

Un primo del emperador, el archiduque José, murió de un tiro de fusil en una partida de caza.

El archiduque Juan, de la rama de Toscana, fué de todos los sobrinos de Francisco José el más recomendable, por su afición al estudio y por sus costumbres, que aunque algo libres, resultaban menos disolutas que las de los otros. Su carácter independiente y sus ideas liberales le hicieron chocar muchas veces con su tío el emperador, acabando por presentar la dimisión del grado de general que habia alcanzado á los veintisiete años. Igualmente renunció á la dignidad de archiduque con todos sus derechos y rentas, tomando el nombre burgués de Juan Orth del título de un castillo propiedad de su madre.

Retirado en Hamburgo se dedicó á los estudios marítimos, y después de adquirir por examen el título de capitán de altura, compró un buque de vela bautizándolo con el título de *Santa Margarita,* en honor de una hermosa actriz, Margarita Stuebel, que era su amante.

En Octubre de 1889 Juan Orth se embarcó con la Stuebel en el *Santa Margarita,* emprendiendo una navegación de placer á Buenos Aires. Desde este puerto hizo vela de nuevo con rumbo al Pacífico, tocando en Valparaíso. Al zarpar por tercera vez alejándose de las costas de Chile, nada se volvió á saber de Juan Orth y de su compañera. Es indudable que el *Santa Margarita,* al doblar el cabo de Hornos, se perdió en una de las tempestades que son frecuentes en aquel mar peligroso.

Juan Orth, héroe novelesco, no ha podido morir para muchos. La curiosidad pública se lo ha representado durante muchos años fingiendo un naufragio para ocultar mejor su personalidad, y llevando una existencia de señor del campo en una estancia de la República Argentina. Algunos han creido reconocer á Juan Orth en cada uno de los aventureros europeos de existencia novelesca que vagan por la América del Sur. El silencio de la actriz Stuebel, y el no haber recibido noticia alguna la madre de Juan Orth, á la que éste amaba mucho, prueban que el romántico archiduque pereció realmente hace muchos años en los mares australes.

La desgracia ha perseguido igualmente á los que están emparentados con Francisco José. Una hermana de su esposa, que vivía lejos de Viena, pereció quemada en París, en el incendio del «Bazar de la Caridad».

En la familia de los Habsburgo, cuando las desgracias no toman un carácter trágico, revisten las formas risibles de una comedia regocijada. Una sobrina de Francisco José, la reina Luisa de Sajonia, huyó de Dresde, como todos saben, con el preceptor de sus hijos, llamado Giron, y luego se casó con el músico Toselli. Otro sobrino, hermano de la misma princesa Luisa, renunció á su título


EL ARCHIDUQUE CARLOS LUIS

de archiduque para huír con una cantante mediocre, llevando una existencia burguesa en los alrededores de Lucerna.

Cerca de Francisco José, en su propia corte, individuos de su familia le han amargado repetidas veces la existencia con toda clase de escándalos y vicios.

El archiduque Carlos Luis, su tercer hermano, le proporcionó grandes disgustos por sus aventuras amorosas. Este Carlos Luis fué, como dice un cronista, «el Barba-Azul» de la familia. Se casó tres veces, y como si no le bastase su furor matrimonial, dió mucho que hablar en Viena por su galantería, que ejercitaba habitualmente en las calles.

El archiduque Othon Francisco, hijo de éste y sobrino del emperador, sobrepasó considerablemente á su padre, distinguiéndose entre todos los individuos de la familia de Habsburgo, tan abundante en príncipes libertinos. Siendo coronel de un regimiento de dragones en Enns, se dedicaba por las noches, con varios oficiales, á organizar terribles orgías en los cafés. Como el dueño de uno de estos establecimientos se negase á abrir la puerta por ser hora avanzada, el archiduque Othon, con un grupo de oficiales, rompió á tiros los vidrios de las ventanas y procedió al incendio del edificio. Cuando á las voces de auxilio del cafetero y su familia llegó un destacamento de dragones, se encontraron éstos con que los asaltantes que iban á llevarse prisioneros eran su coronel y los más nobles oficiales del regimiento.



EL EMPERADOR REVISTANDO Á LOS GUARDABOSQUES EN SCHŒNBRUNN

Otra vez, al tropezar el archiduque con un entierro en un camino, hizo la apuesta de saltar á caballo por encima del ataúd. Los cuatro labriegos que llevaban el féretro, asustados por el jinete que se les venía encima, abandonaron al muerto en el suelo huyendo despavoridos, así como el clero y los demás individuos del fúnebre cortejo. Esta vez la corte se sublevó ante la calaverada archiducal. El devoto emperador, herido en sus sentimientos religiosos, llamó á su sobrino, é indignado por esta conducta sacrílega le dió un bofetón en presencia de los cortesanos, enviándolo luego desterrado. Pero al poco tiempo, arrepentido de su conducta, volvió á llamarlo á Viena y lo hizo general.

En Viena sus extravagancias de libertino aun fueron más ruidosas. Una noche, después de emborracharse con varios oficiales en el café Sacher, que es de los más concurridos de la capital, se empeñó en llevar á su palacio á toda la banda de amigos beodos, haciéndolos entrar en el dormitorio de su esposa, la archiduquesa María Josefa, no se sabe con qué fin. En la puerta de la alcoba un viejo criado se interpuso, declarando á su amo que únicamente lograría pasar adelante matándolo á él. El archiduque tiró del sable, y sólo la intervención de uno de los oficiales, menos ebrio que los demás, pudo impedir el crimen.

Los escándalos de Othon fueron tan grandes que un diputado habló de ellos en el Parlamento al discutirse la lista civil. Cuarenta y ocho horas después, al volver el diputado por la noche á su casa, lo asaltaron unos hombres enmascarados, dándole tan terrible paliza que hubo de permanecer en el lecho durante varias semanas.

Otra hazaña del archiduque Othon en 1904 fué origen de una molestia diplomática. Estando en un gabinete particular del café Sacher, el archiduque, que llevaba varias horas bebiendo, sintió tanto calor que se despojó de todas sus ropas, conservando únicamente el casco en la cabeza y sobre la carne el cinturón con su sable. Una dama, menos vestida aún que el alegre Othon, abrió la puerta, empujando rudamente al archiduque, el cual, con las piernas enredadas en el sable, vino á caer en medio del comedor. Al intentar levantarse apareció en el extremo del pasadizo el embajador de Inglaterra con su esposa y sus dos hijas, las cuales quedaron espantadas ante semejante visión. El escándalo fué tan enorme que hubo que arreglarlo por la vía diplomática.

Pero de todos los individuos de la familia imperial el que se ha distinguido más por la índole especialísima de sus costumbres es el archiduque Luis Víctor, un viejo que parece llegar en su tranquilo impudor á los últimos límites de la inconsciencia. Las aventuras del archiduque Luis Víctor son difíciles de narrar,



EL ARCHIDUQUE LUIS VÍCTOR

como no sea con el auxilio del latín, lengua que emplean muchos autores para los relatos escabrosos.

Weindel, al ocuparse de la vida de los Habsburgo contemporáneos, dice así: «Existe en Viena una casa de baños muy elegante llamada *Centralbad*. El archiduque Luis Víctor la frecuentaba asiduamente, encontrándose en ella con varios jóvenes, lectores asiduos de las obras poéticas de Oscar Wilde, poeta preferido del archiduque. Éste conversaba con los fervientes de un culto que era el suyo, y sus conversaciones se terminaban con frecuencia del modo más íntimo. Pero ocurrió que un día del año de 1903 el archiduque se equivocó al dirigirse á una persona que no admiraba nada á este poeta inglés tan especial. Luis Víctor insistió, sin embargo, y el indicado señor, que no gustaba sin duda de verse contrariado en sus opiniones literarias, administró un soberbio par de bofetones al archiduque, demasiado insinuante. Todos los antiwildistas, poseídos de gran furor, aprovecharon la oportunidad para administrar al hermano del emperador una corrección tan dura, que los criados de la casa de baños tuvieron que transportarlo á su domicilio medio desmayado.

»El emperador, que según parece no ama tampoco este género de discusiones literarias, señaló á su hermano como residencia el pequeño pueblo de Meran, en el Tirol, donde Luis Víctor no tiene ocasiones frecuentes para hablar de tal clase de poesía con los aficionados.»

El horror trágico y el libertinaje escandaloso han rondado en torno de Francisco José durante medio siglo, arrancándole lágrimas ó haciéndole proferir gritos de indignación, pero sin alterar por mucho tiempo una serenidad egoísta que es tal vez el secreto de su larga vida.

□

Francisco José, firme defensor de los principios tradicionales, ha querido hacerlos respetar por los demás, aunque él los menosprecia bastante en su vida íntima.

Más que los dramas y las tristezas de su casa, sintió los escándalos de los individuos de su familia, porque esto atentaba contra el prestigio de los Habsburgo y el orgullo feroz del Imperio. Para evitar el descrédito dictó leyes contra la prensa; pero como si la fatalidad quisiera divertirse con él, cada una de estas medidas preventivas fué seguida de un nuevo escándalo de sus parientes.

Soberano católico y de gustos absolutistas, convencido de que es un representante de Dios en la tierra, jamás consintió el más leve atentado contra lo que él llama ostentosamente las «leyes de la casa de Habsburgo». El tiempo pasa, las generaciones evolucionan, las costumbres se modifican y el viejo emperador, rodeado de nietos y biznietos, ve con tristeza disminuído su poder por gentes que ya no creen en la tradición, y se siente sin fuerzas para sostener la lucha. De todos sus privilegios tradicionales, el que mantuvo siempre con más empeño fué el de escoger las esposas y los esposos para los individuos de su familia, no tolerando alianzas con personas de sangre inferior ó con príncipes que no fuesen católicos.

Á partir de 1890, el anciano monarca ha tenido que asistir al derrumbamiento de todas sus ideas tradicionales. Una de sus nietas, hija de la archiduquesa Gisela y Leopoldo duque de Baviera, se presentó un día en sus salones del Hofburg, ó palacio real, pidiéndole una entrevista particular. El abuelo empezó á escucharla con sonrisa bondadosa, esperando la confidencia de un amor por algún príncipe ó monarca digno de los Habsburgo; pero quedó espantado al saber que su nieta Elisabeth quería casarse con un simple teniente de caballería de Baviera. Además el teniente ¡era protestante!

Resultaba tan absurda la petición, que el emperador creyó por un momento en una broma de su nieta, pero su naciente sonrisa volvió á extinguirse al escuchar las nuevas revelaciones de la pequeña archiduquesa. Había que casarla cuanto antes, para justificar ciertos descuidos que ya no tenían remedio.



EL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ EN LA FIESTA DE LOS NIÑOS EN VIENA

EL EMPERADOR Y LOS ARCHIDUQUES EN UNA PROCESIÓN POR LAS CALLES DE VIENA

Si el abuelo retardaba su consentimiento, surgiría el escándalo. Y el severo Francisco José, tan intransigente en el cumplimiento de las «leyes de la casa de Habsburgo», tuvo que ceder, vencido por las lágrimas de su nieta. Ésta se casó con el teniente, y por primera vez hubo en la familia un matrimonio feliz y sin historia, yendo á ocultar su dicha burguesa en un castillo de la Moravia.

Después de esta primera abdicación, Francisco José, que fué siempre de una amable ligereza para las pasiones sin consecuencia, pero de una severidad intransigente para el matrimonio, se sintió empujado y dominado por la poderosa inundación de amor que ha ido subiendo en torno de él. Paso á paso tuvo que retroceder ante su familia, sacrificando los tradicionales principios.



LA ARCHIDUQUESA GISELA

La archiduquesa Estefanía, viuda de Rodolfo, se presentó igualmente á Francisco José, para hacerle saber que deseaba casarse con un chambelán de su corte, el conde Lonyay, noble húngaro, pero de nobleza reciente, y poseedor de una gran fortuna. Francisco José quiso resistirse á esta unión, considerando una verdadera vergüenza que su nuera fuese la esposa de uno de sus chambelanes. Pero el amor venció de nuevo á las tradiciones, y Francisco José tuvo que aceptar el desigual enlace.

Años adelante, fué su nieta más amada, la archiduquesa Elisabeth, hija única de Rodolfo y Estefanía, la que le proporcionó un nuevo disgusto siguiendo el ejemplo de su madre. La princesa Elisabeth era la hija de su único hijo, la descendiente directa de su sangre, la que él amaba más y trataba con mayor confianza, deseando casarla con un rey poderoso. Y su más íntima descendiente se casó con un simple oficial de caballería, trasladándose á Praga, donde su marido estaba de guarnición.

El amor con su falta de respeto á las tradiciones ha perseguido al ceremonioso Francisco José en el último período de su existencia. Al morir Rodolfo y tener que escoger un here-



LEOPOLDO DE BAVIERA

dero, el emperador se fijó en su sobrino Francisco Fernando, el mismo que fué víctima en 1914 del atentado de Serajevo. Con arreglo á las leyes de los Habsburgo, correspondía la corona al hermano del emperador y padre del citado archiduque, ó sea á Carlos Luis, el viejo erótico llamado «el Barba-Azul» de la familia. Pero Francisco José creyó más conveniente designar á uno de sus hijos. El mayor era Othon, el terrible «salta-ataúdes» que tantos disgustos había dado al emperador. Por esto prefirió á su segundo hermano, Francisco Fernando, de costumbres tranquilas y que dedicaba cierta atención á los asuntos de Estado.



FRANCISCO JOSÉ, CON SUS NIETOS

También el amor, con su tendencia á las alianzas obscuras y los conflictos novelescos, le salió al encuentro al designar á este heredero, que parecía sumiso y de gustos vulgares.

Cuando Francisco José hablaba á su sucesor de la necesidad de un pronto matrimonio para asegurar al trono de Austria-Hungría una nueva línea de herederos, Francisco Fernando rehuía la conversación. Esta conducta resultaba extraña, pues no se le conocía al archiduque ningún amor secreto que se opusiera á su matrimonio. Todos ignoraban sus relaciones con la condesa Choteck, de las que ya hablamos al relatar la tragedia de Serajevo.

Cuando Estefanía, la viuda de Rodolfo, se casó con el chambelán, el archiduque se decidió á hablar, animado por el consentimiento que el emperador había dado finalmente á su antigua nuera. Pero Francisco José, aunque parecía acostumbrarse á los matrimonios desiguales, acogió con una rotunda negativa la pretensión de su heredero. El viejo monarca podía transigir con los deseos amorosos de los individuos de su familia que no estaban destinados á reinar. Pero Francisco Fernando iba á ser emperador á la muerte de su tío, y la corona imperial no podía ostentarla una obscura condesa de provincias. Á su resistencia por orgullo de familia, iba unida una consideración política.

La Constitución de Austria exige que el heredero del trono se case con una princesa de sangre real para que ésta sea emperatriz. Cuando la madre carece de esta condición, los hijos no pueden heredar el Imperio. En cambio la Constitución húngara reconoce como reina á la mujer del rey de Hungría, sea cual sea su origen, y los hijos, por el hecho de su nacimiento, son herederos indiscutibles del trono. Casándose Francisco Fernando con la condesa Choteck, ésta ceñiría en el porvenir la corona de Hungría, pero no la de Austria, y sus hijos subirían al trono húngaro contemplando como inaccesible el trono austriaco. Equivalía esto á la seguridad de una secesión futura y definitiva de los dos países del Imperio, peligro que no podía admitir el emperador.

Pero la condesa Choteck contaba con un apoyo poderoso, tanto en sus amores con el archiduque como en su lucha contra los principios tradicionales del viejo emperador: los jesuítas. Se ha exagerado tal vez la importancia y el poder de esta orden religiosa en algunas naciones de Europa, pero en Austria y en España, las dos monarquías católicas por excelencia, el jesuitismo conserva todavía gran influencia en la vida palaciega. Estos protectores de la Choteck, actuando hábilmente sobre el ánimo de Francisco José, consiguieron vencer sus escrúpulos de gran señor y su orgullo de jefe de los Habsburgo.

El emperador aceptó al fin el matrimonio morganático de su heredero con la condesa Choteck, después que el Parlamento húngaro hubo aprobado la renuncia de la corona de Hungría que hizo Francisco Fernando para sus hijos futuros.

Ya dijimos cuál fué la conducta política de este matrimonio, que estaba destinado á ocupar el trono imperial. La condesa Choteck, que al principio permaneció modestamente en segundo término, fué poco á poco apoderándose del viejo emperador, de ideas vacilantes. Este octogenario, que fué en otros tiempos ferozmente testarudo, parece fatigado de luchar y acepta los pensamientos de los demás. Es indudable que de no ocurrir la tragedia de Serajevo la condesa Choteck habría acabado por lograr una reforma de las leyes dinásticas, subiendo al trono como legítima emperatriz.

Los elementos reaccionarios del Imperio miraban con simpatía á esta pareja principesca que en toda ocasión hacía gala de sus principios ultra-clericales.

Francisco Fernando, de limitada mentalidad y duro carácter, se dejaba dirigir por su mujer, más ambiciosa é inteligente. Ésta por su parte obedecía las inspiraciones del clero, y especialmente de los jesuítas, que esperaban tomar la dirección absoluta de los asuntos del Imperio así que el príncipe heredero subiese al trono. Ella fué la que impulsó á su marido á aceptar el título de Protector de la liga «Katholischer-Schülverein», liga de las escuelas católicas, fundada por los jesuítas como un contrapeso á la liga «Deutscher-Schülverein», encargada de crear escuelas alemanas liberales y defender del clericalismo la ley escolar, votada por el parlamento. Gracias á la Choteck se vió por primera vez á un príncipe heredero mezclarse en los asuntos políticos y combatir una ley votada por las cámaras y firmada por el emperador.

La conducta de Francisco Fernando fué indecisa y contradictoria. Su afición á la milicia, su vanidad que le hacía considerarse como un gran capitán, y sus deseos de una guerra para poner de relieve los méritos que él mismo se suponía, lo empujaban del lado de Alemania, sometiéndolo á la influencia de Guillermo II. Al mismo tiempo, sus ideas clericales y su patriotismo de austriaco, alarmado por la propaganda pangermanista, le colocaban frente á la Alemania protestante y avasalladora. Además, influía en él la nacionalidad de su esposa, tcheque de nacimiento, y al sostener las reivindicaciones de los tcheques se enemistó con el partido que representaba en Austria la tendencia alemana.

Pero por encima de estas fluctuaciones la idea dominante en él era la guerra; una guerra contra Rusia y contra media Europa si era preciso, para levantar el decaído prestigio de Austria y proporcionarle nuevos territorios. De cumplirse los deseos de este hombre belicoso y de cortos alcances, la presente guerra hubiese estallado hace ya varios años. Seguro y confiado en el apoyo de Alemania, el archiduque heredero se mostró audaz, provocativo é insolente en todos los conflictos de Europa, encaminándolos á hacer inevitable la guerra. Tan audaz fué su conducta que el mismo Guillermo II, que no es un modelo de prudencia, tuvo que decirle á principios de 1914, ó sea pocos meses antes de su asesinato:



EL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO



LA CONDESA CHOTECK CON SUS DOS HIJOS

—Me parece que mueves demasiado ruido con mi sable.

Este hombre mediocre, que se creía destinado á las mayores glorias militares, fué fatal para Europa. Pasó sus últimos años deseando la guerra, activando sus preparativos, haciéndola inevitable. Un atentado político acabó con su vida y la de su esposa. Pero el espíritu de la guerra le sobrevivió. Ya que no había podido imponerla con las actividades de su vida, dió un pretexto para ella con su trágica muerte.

▫

El reinado de Francisco José ha sido la negación de su divisa *Recta tueri*. Sea por su culpa ó por la de sus ministros—aunque él ha gobernado en todas ocasiones personalmente—, la lealtad y el cumplimiento de las promesas no son las virtudes más salientes de su tiempo.

Elevado al trono por una revolución, agradeció su auxilio á los liberales, restaurando el régimen absolutista de Metternich y dictando las medidas represivas de los famosos «años de hierro».

Su ingratitud fué notoria con el Imperio ruso, su aliado de 1849, sin cuyo apoyo no habría podido reprimir la insurrección republicana de Hungría. Cuando poco después Rusia sostuvo la guerra de Crimea, Francisco José no hizo nada por auxiliarla, y como dice un historiador, «su ingratitud asombró al mundo».

De acuerdo con Prusia, asaltó á Dinamarca, cuyo delito consistía en oponerse á la germanización de unos ducados que no eran alemanes. Su política tortuosa con los Estados de la Confederación germánica

lo condujo al desastre de Sadowa. Bismarck se encargó de demostrarle que la política de imperios como el suyo debe sostenerse por el hierro y por el fuego y no por envejecidos artificios de cancillería.

Como soberano católico fué desleal con Pío IX, al que no dió nunca el auxilio que hacían concebir sus promesas. Enemigo de los prusianos, engañó igualmente á Napoleón III en 1870, negándole á última hora el concurso que le había hecho esperar lógicamente, como una venganza de Sadowa.

Obligado á entrar en la Triple Alianza por la férrea presión de Bismarck y teniendo por compañera á Italia, molestó y persiguió cuanto pudo á los habitantes de sus provincias de origen italiano.

En el congreso de Berlín supo engañar á los rusos vencedores y á los turcos vencidos, haciendo que la diplomacia alemana, á cambio de su alianza, le entregase el protectorado de Bosnia y Herzegovina, sin haber hecho nada, sin haber disparado un tiro. Treinta y dos años después se burló de Europa entera, anexionándose para siempre dichos territorios, que por su voluntad querían unirse á Servia, y se atrevió á esta cínica resolución porque su aliado el Imperio alemán le guardaba las espaldas.



EL EMPERADOR Á CABALLO

Durante la guerra balkánica, haciendo gala de un falso desinterés, trabajó ocultamente para que los Estados balkánicos se exterminasen entre ellos, recogiendo cómodamente sus restos después de la catástrofe. Bajo su inspiración los búlgaros se arrojaron contra los servios, y al ver salir vencedora á Servia de esta emboscada, su despecho fué tan grande que estuvo próximo á declararle la guerra.

Él inventó, para complicar más la política europea, el grotesco reino de Albania.

Él preparó el complot de 1914 contra los servios, tomando pretexto del suceso de Serajevo para no aceptar ningún arreglo pacífico; y este complot dió por resultado la lucha actual, sumiendo á casi toda Europa en los horrores de la barbarie guerrera.

La trágica fatalidad que parece acompañar á este hombre en su vida de familia atrayendo la ruina y la muerte sobre los que le rodean, le ha seguido igualmente en su vida de gobernante. Gracias á él la humanidad ha sufrido una de sus mayores catástrofes.

Tal es la obra de Francisco José. *¡Recta tueri!*

Este emperador de ochenta y cinco años se ve solo al final de su vida, como si nunca hubiese tenido una familia, como si hubiese atravesado la existencia acorazado en el más duro egoísmo. Y sin embargo, ningún hombre puede sentir como él la pesadez del pasado. ¡Qué de tempestades han sacudido su casa! ¡Qué de escándalos la han ensuciado! ¡Qué de dramas han cubierto sus pisos de sangre!

Henri de eindel traza un vigoroso cuadro del final de esta vida que se empeña en subsistir; de los últimos años de un soberano que vivió más que nadie, ha debido sufrir más que nadie, y antes de bajar á la tumba se despide del mundo provocando el más horroroso conflicto que presenciaron los siglos.

«Llegado al trono—dice Weindel—, como soberano absoluto de un Imperio inmenso, que abarca todo el centro de Europa, se vió arrancar por la guerra sus más hermosas provincias, y él, que en otros tiempos hubiese preferido abdicar antes que ceder la más pequeña partícula de sus poderes, se ve reducido al estado de monarca constitucional, sin autoridad para su persona y sin esperanza para su heredero... Llegado al matrimonio por el camino del amor, él mismo destruyó con sus manos la felicidad de su existencia. Todo ha caído en ruinas en torno de él, y en los campos donde germinaba la semilla de la familia la muerte ha segado furiosamente con los golpes trágicos é imprevistos de su guadaña implacable. Mujer, hijos, hermano, todos han caído. Sólo las malas hierbas han quedado de pie, y él permanece inmensamente solo, en los grandes salones, severos y fríos, del solemne Hofburg.

»Sin embargo vive y no parece que el dolor haya dejado en su persona huellas muy profundas. De los escombros enormes de su vida ha sabido extraer los materiales necesarios para la construcción de un refugio que puede abrigar su egoísmo profundo, la sequedad de su corazón, la estrechez de su espíritu. Lleva gallardamente sus ochenta y cinco años, y de-

jando aparte sus crisis de epilepsia—enfermedad de los Habsburgo—, que cada vez son más frecuentes y le hacen espumear, con los ojos vidriosos, golpeando con las piernas, la cabeza ó los brazos lo que se encuentra cerca de él, no parece sentir de un modo abrumador el peso de sus infortunios... Fastuoso en otros tiempos, se ha creado ahora una pequeña existencia burguesa y plácida; una vida de viejo célibe que descubre una felicidad inmensa en el solo hecho de existir.»

El antiguo caballero galante de la corte de Viena, que conoció los goces del amor y de la riqueza como nadie, ha tenido que renunciar á casi todos los placeres y únicamente le es posible una sensualidad: la de la boca. Como este es su único placer, abusa de él de un modo portentoso. Lo que come en un solo día Francisco José resultaría suficiente para varias personas. Se acuesta pronto y se levanta antes del amanecer. Entre cuatro y cinco de la madrugada su ayuda de cámara le sirve el primer desayuno, confortable y copioso. El emperador se pasea por su gabinete, lee cartas, y á las ocho le sirven un segundo almuerzo, compuesto de un potaje, un asado, legumbres, numerosos entremeses y gran variedad de postres. Llega su secretario particular, procede con él al despacho de la correspondencia, y al mediodía un tercer almuerzo, compuesto de iguales platos que el segundo. Por la tarde se pasea por el parque del Hofburg ó de Schœnbrunn, según sea la instalación de la corte, á pie ó en carruaje, pues hace ya muchos años que no puede montar á caballo, lo que era su diversión favorita. De cuatro á cinco de la tarde es la comida, compuesta invariablemente de seis platos fuertes. Un solo convidado le acompaña, que algunas veces es un alto funcionario de la corte y casi siempre un general ayudante. El emperador se sirve con abundancia de cada plato y casi siempre repite. Á las ocho de la noche quinta comida, compuesta de fiambres, embutidos y té, y á las nueve el emperador va en busca de su lecho para reparar sus fuerzas quebrantadas por tanto trabajo. Uno de sus biógrafos dice: «Si muere algún día—lo que es posible á pesar de su furiosa resistencia—, nadie podrá decir que ha muerto de hambre.»



EL EMPERADOR CON UNIFORME DE HÚSAR HÚNGARO

Á pesar de que Francisco José posee una de las bodegas más famosas de Europa por la antigüedad y exquisitez de sus vinos, es sobrio en la bebida y acompaña su pantagruélica nutrición regando los alimentos con algunos vasos de cerveza. Hace todas sus comidas en una hermosa vajilla de plata, que es para él ordinaria y de uso vulgar comparada con el famoso servicio de oro usado en tiempos de la emperatriz Elisabeth, una de cuyas piezas solamente, el centro de mesa, vale 160.000 francos. En el vasto comedor, donde los servidores son más numerosos que los comensales y donde jamás la mesa ha sido adornada con flores desde la muerte de la emperatriz, el viejo emperador se complace en evocar ante su único invitado los tiempos suntuosos de las grandes comidas de gala, con sus vistosos uniformes y los hermosos escotes de las damas. ¡Todo terminado!...

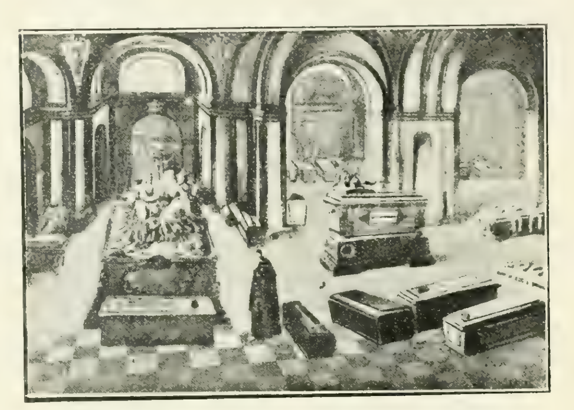
Terminados igualmente sus antiguos placeres favoritos, la caza, la equitación y los ejercicios militares. Hace unos años, todavía se dejaba izar á lo alto de un corcel amaestrado y pacífico, como si fuese un fantasma del brillante jinete de otros tiempos, revistando sus tropas para darse el placer por unos instantes de ser soldado, con vana ilusión de su fuerza. Ahora ya no le permiten este momentáneo consuelo. Todo lo que le gustaba le ha sido prohibido. Le gustaba fumar á todas horas unos cigarros austriacos, negros y largos, llamados «Virginia», y los médicos, temiendo por el funcionamiento regular de su corazón, le obligan á fumar unos cigarros pequeños y ligeros llamados «trabucos», que él encuentra insípidos.

«Entre las cosas—dice Weindel—que él amó y que ahora no puede gustar, la dominante, la que está por encima de todo... es el amor. ¡Ha llovido algo desde que la sociedad de Viena no se ocupa de las amantes de Francisco José! El Don Juan de otros tiempos que coleccionaba corazones de hermosas, ha desaparecido hace muchos años. Del brillante jinete infiel y atrevido, no queda más que un anciano burgués que se satisface con el compañerismo de una vieja amiga, y que hace decir á los maldicientes de Viena con una sonrisa burlona cuando hablan en su presencia de los éxitos pasados del emperador: «¡Ah! ¡El señor Schratt!»

Los vieneses apodan «el señor Schratt» á este Tenorio de otros tiempos, burlándose de su fidelidad amistosa á una antigua amante.

Catalina Schratt, la más eminente de las actrices del teatro austriaco, fué, como ya dijimos, una de las vivas pasiones del emperador durante su alegre madurez. Esta artista inteligente, fina y bondadosa, que tuvo amistad al mismo tiempo con la emperatriz Elisabeth, ha sabido conservar el afecto de Francisco José muchos años después de haberse extinguido el amor.

El viejo soberano, cuando vive solo en su palacio, necesita ver á la antigua comedianta, y va á buscarla en su casita simple y tranquila. Cuando no están en el Hofburg las archiduquesas, hijas ó nietas, con sus batallones de niños, el emperador octogenario pasa la velada en casa de «Madame Katharina». Francisco José no se oculta, ni tiene ahora por qué ocultarse el pobre viejo, pues sus visitas no pueden ser más inocentes. Durante su época pecaminosa, cuando la Schratt en plena belleza era la primera actriz del Burg-Theater, tampoco se ocultó, é iba á visitarla públicamente, ocupando una carroza de la corte y vistiendo el uniforme de coronel que lleva diariamente.



CAPILLA SUBTERRÁNEA DE LA IGLESIA DE LOS CAPUCHINOS DONDE ESTÁ EL PANTEÓN DE LOS HABSBURGO

Con el mismo uniforme de coronel, y ocupando un carruaje igual, va ahora siempre que puede á pasar la velada con su antigua amiga. Las criadas de la actriz le llaman simplemente el «coronel», así como los maliciosos le apodan el «señor Schratt».

«Varias veces por semana—dice Weindel—se invita á comer, teniendo cuidado—pues es un amigo y no el emperador el que llega—de dejar su corona y su cetro en el perchero del recibimiento. Gusta de discutir las pequeñas cosas domésticas, encontrando en esto su último placer, y trata gravemente del menú con la cocinera, que recibe de él espléndidas propinas. La «señora Schratt», que fué una reina majestuosa á la luz de las baterías escénicas—como el «señor Schratt» fué un emperador fastuoso bajo las lámparas de los salones del Hofburg—, se ocupa con solicitud de las comodidades de su antiguo enamorado. Los dos recuerdan con su cariño senil á Filemon y Bancis; pero Filemon y Bancis convertidos en pequeños burgueses de provincia.

»En invierno, cuando llega Francisco José lo encuentra todo organizado para su comodidad. El mejor sillón es para él, y además Catalina en persona prepara un braserillo, sobre el cual coloca el emperador sus pies, enfriados por la estación y por los años. Los dos hablan un momento de cosas vagas y grises, y se sientan á la mesa, uno frente al otro, cuidando la vieja artista de que su amigo, cada vez más glotón y menos razonable, no coma demasiado de sus platos favoritos, dándose una indigestión, lo que le ocurre con frecuencia. Termina la comida en una intimidad simple y dulce, y mientras Francisco José fuma su «trabuco», que sigue no gustándole, el timbre de la puerta suena por dos veces.

»Son los compañeros de *tarok*—especie de *whist* austriaco—, que llegan para hacer la partida del «coronel». Estos antiguos amigos de Catalina son siempre los mismos: M. Palmer, director del «Banco de los países austriacos», y otro banquero igualmente rico, pero judío de nacimiento y de religión.

»El emperador católico y el banquero judío hacen muy buenas migas—lo que indignaba á la devota condesa Choteck—, y los cuatro jugadores de *tarok* se sienten unidos por una amistad que nada puede turbar.»

Una noche que Francisco José había olvidado su estuche de cigarros en el Hofburg, buscándolo inútilmente en todos los bolsillos de su uniforme, la Schratt lo sacó de apuros yendo á su dormitorio y volviendo con una caja de habanos magníficos. El emperador dudó unos momentos al enterarse de que los cigarros eran del banquero Palmer, y que Catalina los guardaba en su cuarto de dormir. Pero entre gentes de su edad no son ya posibles las rivalidades, y tomando un habano dijo con tono de broma:

—¡El dinero que debe ganar ese hombre para ofrecerse cigarros tan caros!

«Aquella noche—continúa Weindel—la partida de *tarok* fué igual á la de las otras noches; cada uno se guardó sus ganancias, unas cuantas piezas de plata, y á las nueve menos cuarto exactamente llegó la carroza de la corte, y Catalina Schratt, que vela por la salud de su viejo camarada, lo condujo hasta la puerta, sin concederle un minuto más. Frecuentemente «el señor Schratt», entre las nueve menos cuarto y las nueve en punto, hace á pie el pequeño trayecto entre la casita burguesa de su vieja amante y las habitaciones solemnes y frías del Hofburg. Aunque el trayecto es corto ofrece una especie de revista dolorosa de la vida del emperador. El carruaje pasa ante el convento de los Capuchinos, donde está el panteón de los Habsburgo. Allí duermen para siempre su her-

mano fusilado, su hijo el suicida, su mujer asesinada... Más allá la iglesia de los Agustinos, donde se casó él, donde se casó Rodolfo...

»¿Pero «el señor Schratt» se acuerda alguna vez de estas cosas?»

Y así, entre una antigua comedianta y dos banqueros judíos, acaba su vida Francisco José, mientras todo cruje y se derrumba en torno de él.

¡Y este pacífico burgués, que come cinco veces al día, va por la noche de tertulia á la casa de su antigua amante y juega al *tarok* con los amigos de ésta, es el que ha aplicado la mecha, provocando el incendio europeo! Por su fatal iniciativa millones y millones de hombres chocan y se matan desde las fronteras de Persia al paso de Calais y los navíos gigantescos bajan destrozados á los abismos del mar.



CATALINA SCHRATT

¡Y todo esto ha podido hacerlo el «señor Schratt», el convidado de Catalina, un viejo de ochenta y cinco años, que ha preparado la matanza de tres ó cuatro millones de hombres jóvenes!

Antes de abandonar la vida se ha despedido de ella con un llamamiento á la muerte universal, lúgubre servidora que nunca deja de acudir á la voz de los emperadores.

Tal vez no supo lo que hizo... Pero así ha sido.

El mundo vivía en paz, sin poder sospechar nada malo de unas patillas blancas que brillaban entre una lámpara burguesa y una baraja de *tarok* en el comedor de una comedianta retirada.

¡Fatales ironías de la Historia!

XVI

La Medicina y los dos emperadores

La presente guerra, que tan inmensas responsabilidades impone á sus autores, ha hecho que la ciencia médica fije su atención en Francisco José y Guillermo II.

El doctor Neipp, ilustre presidente de la «Sociedad suiza de medicina y cirujía» y gran especialista en enfermedades nerviosas, publicó á principios de la guerra, en una revista científica de Lausana, un estudio fisio-psicológico sobre los dos emperadores germánicos. Este estudio, que obtuvo gran resonancia, fué comentado por el venerable doctor A. Froment, de Montreux (Suiza), médico de celebridad universal al que van á buscar en su retiro enfermos de todos los países.

El estudio de Neipp, titulado ***Los responsables***, y los comentarios que le dedicó Froment, establecen que por una singular ironía del destino, si los dos soberanos, conductores de hombres, son responsables política y socialmente de las catástrofes que han hecho caer sobre la tierra, en cambio, examinados medicalmente, debe considerárseles casi como irresponsables.

Ambos emperadores presentan, cada uno en lo que le concierne, un caso médico muy característico. Los dos factores esenciales de la responsabilidad moral son: la sensibilidad y la voluntad. En Francisco José la sensibilidad y la voluntad puede decirse en cierto modo que no existen. En Guillermo II existen, pero con un absoluto desarreglo.

▫

«De los dos casos—dicen Neipp y Froment—, el de Francisco José es el más claro y simple. El emperador austriaco tiene una salud física perfecta y admirablemente equilibrada, que desafía á los años. Pero su sistema nervioso y sensitivo es de una visible inferioridad. Además, Francisco José ha dado siempre pruebas de que sus facultades intelectuales se hallan por debajo del término medio.

»Se notan en él—dicen los citados doctores—los signos aparentes de esta inferioridad: frente deprimida, masa encefálica de un volumen inferior al normal y las paredes del cráneo de un grosor excesivo.

»Francisco José parece no haber comprendido jamás ni sentido nada de lo que ocurría en torno de él. Las catástrofes más espantosas han caído sobre su Imperio y su familia; se ha visto mezclado en los más sombríos dramas públicos y domésticos, en los cuales lo trágico se confundía con lo innoble; ha visto á los suyos desaparecer en torno de él, arrastrados por el torbellino de los vicios ó anonadados bajo los golpes

del fanatismo político; y sin embargo, ha mostrado en todos estos sucesos el aire «ausente», distraído, de un hombre al que nada puede hacer perder la calma de sus fáciles digestiones.»

En la guerra se condujo valerosamente, con un gesto también de distracción, con un valor inconsciente, como si preocupado de su propia persona no tuviese voluntad ni sensibilidad para apreciar los peligros exteriores.

El diagnóstico del estado actual del emperador de Austria—según el doctor Neipp—establece un reblandecimiento progresivo de la materia cerebral. «Si no ocurre un brusco desenlace, debido á una congestión pulmonar que hay que temer siempre en un viejo —dice el doctor Froment—, Francisco José vegetará todavía algunos años en la serenidad de una inconsciencia que no puede turbar el inevitable y definitivo desmembramiento de su Imperio. Y así acabará tranquilamente sus días, en la imbecilidad senil, ó sea la chochez. Traduciendo en lenguaje familiar las consideraciones médicas del doctor Neipp, puede decirse que el trono de los Habsburgo acabará por convertirse en un sillón agujereado.»



FRANCISCO JOSÉ

▫

El caso de Guillermo II ofrece mayores complicaciones. El doctor Neipp declara desde el principio que el emperador de Alemania está infinitamente mejor dotado en punto á facultades intelectuales que su compañero austriaco.

En Guillermo II la inteligencia nativa fué cuando menos de un nivel medio. Si el nacimiento hubiese hecho de él un simple *hobereau* del Brandemburgo ó de la Pomerania, habría llegado á ser un buen coronel ó un inteligente funcionario. Desgraciadamente el ambiente en que vivió desde sus primeros años fué fatal para el desenvolvimiento de su inteligencia, así como para sus condiciones morales.

«Su infancia y su juventud se desenvolvieron en la embriaguez de los triunfos prusianos de 1866 y 1870, que le trastornaron la cabeza. El orgullo teutónico se ha elevado en Guillermo II á la potencia cúbica, al mismo tiempo que degeneraba su voluntad, hasta el punto de no poder refrenar las manifestaciones indecentes de una ambición exacerbada. Hay que recordar la actitud escandalosa de Guillermo cuando sólo era kronprintz, junto al lecho de su padre agonizante.

»Á su orgullo de raza ha venido á unirse una vanidad pueril, siempre despierta, que le hace buscar los éxitos fáciles y le proporciona muchas veces fracasos ruidosos; vanidad que se satisface con una sucesión trepidante de primeros papeles que ansía desempeñar. De aquí sus actitudes teatrales, sus bruscos cambios de conducta, sus ambiciones, que no son más que envidias, sus proyectos acompañados de vacilación, y sobre todo la manía del traje, del uniforme que hacía sonreir á Eduardo VII, asombrado de tanta incoherencia, y le hacía dar á su sobrino el apodo de *mono sabio*.»

▫

Los doctores Neipp y Froment, por un sentimiento

de equidad, reconocen que Guillermo II no es responsable verdaderamente del estado patológico de sus facultades intelectuales, pues dicho estado se debe en gran parte á una deplorable salud física, de la cual hay que buscar las causas en la herencia paterna.

«Todos recuerdan—dicen los indicados doctores—la misteriosa enfermedad de la laringe que mató á Federico III. ¿Fué cáncer ó fué sífilis? Esta última hipótesis, aunque la discreción profesional de los médicos que cuidaron al padre de Guillermo II no permite el afirmarla de un modo absoluto, es sin embargo la más probable. Múltiples resultan en el emperador de Alemania los signos exteriores de esta degradación física congenital: un brazo atrofiado y casi impropio para todo servicio, un hinchamiento de las articulaciones, un abceso frío en la oreja interna acompañado de rezumamientos hediondos.



EL KAISER

(Dibujo de E. Forbes, en el *The Sketch*, de Londres)

»Guillermo II siente muchas veces horribles dolores de cabeza, y la ansiedad insómnica es muy frecuente en él. Además el emperador de Alemania sufre una *pododysodie*—del griego *podos*, pie, y *dusodia*, mal olor—, ó sea una transpiración fétida de las extremidades inferiores, pequeña enfermedad muy generalizada en el Brandemburgo y la Prusia oriental, y que es hereditaria entre los Hohenzollern.

»Todos estos defectos no son evidentemente muy propicios á los bellos gestos y las nobles actitudes. Guillermo II se da cuenta de ello perfectamente, lo que le hace sufrir de un modo cruel, y disimula mal su rencor contra la suerte bajo una sonrisa que más bien parece una crispación. Á estas exasperaciones ocultas y concentradas hay que atribuir sus accesos sucesivos de actividad frenética y de abatimiento, su feroz manía de jugar con el fuego, que ha acabado por inflamar la formidable hoguera ante la que se asombra hoy su verbosa impotencia.»

El doctor Neipp resume las opiniones de su estudio declarando que, según su opinión, Francisco José es un abúlico completo, ó sea un hombre que carece de voluntad. Igualmente establece en él una ausencia completa de sensibilidad, que le ha hecho pasar por las mayores emociones sin sentirlas. En lo que se refiere al emperador de Alemania resume sus conclusiones de este modo: «Guillermo II es un veleidoso superagitado, cuyo diagnóstico, según toda verosimilitud, puede establecerse así: sifilítico terciario que marcha hacia la parálisis general; candidato intermitente á la lipemanía ó locura triste y á la locura furiosa.»

Tal vez se equivoquen estos hombres de ciencia y otros que como el doctor Cabanés se han mostrado todavía más severos en sus juicios sobre la salud física y moral de los dos emperadores germánicos.

Pero enfermos ó sanos, obrando por inconsciencia ó con entera razón, tienen ante el presente y el porvenir la responsabilidad de una inmensa catástrofe.



MARISCAL MAC-MAHON, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

XVII

Francia

Después de la derrota de 1870, Francia aplicó todas sus energías á su reconstitución interior y al restablecimiento de las grandes pérdidas que había sufrido.

Vivió en paz con Alemania; pero según la elocuente frase de Viviani, bien sabido es que la paz alemana consiste en «una serie de provocaciones y humillaciones». Ya hemos dicho cómo en 1875 Bismarck, que se mostraba irritado por el renacimiento de Francia y los prodigios de su gran fuerza de renovación, intentó asestarla un nuevo golpe, más terrible que el anterior, y cómo la intervención oportuna de Rusia y la Gran Bretaña evitó la guerra.

Francia, bajo las presidencias del mariscal Mac-Mahon y de Grevy, empezó á reconstituir sus fuerzas militares y navales, empleándolas luego en la expansión colonial. Habiendo decrecido la influencia de Francia en Europa á causa del gran desastre provocado por el imperialismo napoleónico, la joven República se dedicó á las empresas coloniales, viendo en ellas el medio de asegurar el porvenir con una gran expansión territorial y de rehacer su prestigio en el presente merced á las hazañas de sus soldados y sus marinos en las tierras lejanas.

Julio Ferry fué el iniciador de la expansión colonial, llevándola adelante á pesar de la vigorosa oposición de algunos grupos políticos. Sus sucesores en el gobierno han continuado esta política durante treinta años. Gracias á ella la República pudo reparar los desprestigios del antiguo régimen, ocupando de nuevo un lugar importante entre las potencias europeas. Con un gasto escaso de hombres y dinero, formó en Asia y en África uno de los más vastos dominios coloniales que ha conocido la Historia.

Estas empresas sirvieron para mantener en Francia el espíritu militar, cuya conservación le era necesaria frente á la amenaza germánica, y para constituir una clase de jefes y oficiales, prácticos y aguerridos, que pelearon continuamente, mientras sus enemigos tradicionales de Europa no conocían otras campañas que las maniobras de tiempos de paz. Además Francia, que tiene ante Alemania la inferioridad numérica de su población, pudo crear con sus expediciones lejanas las «tropas coloniales», compuestas de elementos indígenas que han dado un resultado excelente en la presente guerra. El musulmán de Argelia y de Marruecos y el negro del centro de África se han convertido bajo la dirección de los oficiales franceses en combatientes hábiles y disciplinados, que aman con un cariño fetichista la bandera tricolor y luchan dignamente al lado de los soldados de la metrópoli.

La expansión colonial empezó por la conquista de Túnez y el establecimiento de un protectorado francés sobre este reino que afirmó para siempre la tranquilidad de la Argelia. Luego fué la ocupación del Tonkín, dirigida por el heroico almirante Courbet, y que sirvió de escuela de guerra á los viejos generales de la actualidad—Joffre entre ellos—, que eran entonces simples capitanes.

Después Francia fué estableciéndose en el Congo, Madagascar, Indo-China y el Noroeste africano. Muchas de estas conquistas no eran de un aprovechamiento comercial inmediato, pero ofrecían á las armas francesas una inmensa reserva de hombres para los conflictos de Europa. Como dijo un ministro francés, «las



JULIO FERRY

otras naciones iban á África en busca de oro, mientras que Francia buscaba soldados».

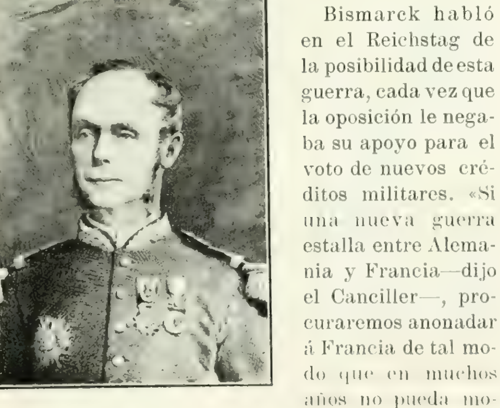
Esta política de expansión colonial á todo trance puso muchas veces á la República en grave peligro de romper con Inglaterra, pues los exploradores de ambos países chocaron en el interior de África al tomar posesión de los territorios descubiertos. De 1885 á 1900, Francia y la Gran Bretaña parecieron correr una desaforada carrera en el continente negro, ansiosa cada una de galopar con más rapidez que su rival, para tomar posesión de mayor cantidad de territorios. El movimiento paralelo y hostil no se realizó sin rudos encuentros. El incidente de Fachoda entre los ingleses y el comandante Marchand casi provocó la guerra. Pero la diplomacia francesa, hábil y conciliadora, logró solucionar este conflicto y otros semejantes, saliendo la República del peligroso período con la posesión indiscutida de todo el Norte de África, el Congo y Madagascar, además de las colonias de Asia y Oceanía.

La cuestión de Marruecos sirvió para que Inglaterra y Francia, antiguas rivales en África, se aproximasen definitivamente, sintiéndose unidas por una simpatía que el tiempo y la agresión alemana han acabado por convertir en una alianza.

Gracias á la política internacional y colonial seguida durante treinta años por todos los gobiernos de la República con una plausible unidad de miras, Francia vió agrandado su territorio y aumentado el número de sus habitantes en unas proporciones enormes y con una solidez inalterable, como no lo consiguió Napoleón con sus gloriosas y estériles conquistas. Gracias también á la diplomacia de la República, monarcas poderosos de Europa, sostenedores hasta poco antes de las ideas tradicionales, buscaron la alianza de la democracia francesa.

□

En varias ocasiones, después de 1875, intentó Alemania provocar una guerra con Francia. Bismarck habló en el Reichstag de la posibilidad de esta guerra, cada vez que la oposición le negaba su apoyo para el voto de nuevos créditos militares. «Si una nueva guerra estalla entre Alemania y Francia—dijo el Canciller—, procuraremos anonadar á Francia de tal modo que en muchos años no pueda moverse. La guerra de 1870 resultará un juego de niños comparada con la del porvenir, en la que aplastaremos definitivamente á los franceses.»





EL ALMIRANTE COURBET



JULIO GREVY, TERCER PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

En 1887, un incidente ocurrido en la frontera franco-alemana y preparado indudablemente por el gobierno de Berlín, casi provocó la guerra deseada por el Imperio germánico. El 20 de Abril, M. Schnaebelé, comisario de policía francesa en Pagny-sur-Moselle, fué invitado á pasar la frontera por el comisario de policía alemana de Novéant, llamado Gautsch, para conferenciar sobre un asunto del servicio. Apenas pasó más allá del poste fronterizo, Schnaebelé se vió atacado por unos agentes alemanes que le aguardaban ocultos á un lado del camino y que intentaron hacerle prisionero. El comisario francés se defendió, repeliendo á sus agresores y volviendo á pasar la línea fronteriza. Pero los policías alemanes le persiguieron hasta el otro lado de la frontera, apoderándose de él en territorio francés, y luego lo arrastraron hasta el lado alemán, conduciéndolo entre gendarmes á la prisión de Metz.

Este atentado produjo gran impresión en Francia por lo arbitrario y audaz, viendo todos un anuncio de la guerra inevitable. La Bolsa bajó considerablemente y las sociedades patrióticas se agitaron con belicosa indignación.


EL COMISARIO SCHNAEBELÉ

La diplomacia francesa procedió con gran rapidez y habilidad, reuniendo los testimonios necesarios para demostrar la injusticia del atentado. Entre los papeles del despacho de Schnaebelé se encontró la carta del alemán Gautsch, rogando á aquél que fuese á visitarle «para tratar del emplazamiento de un poste fronterizo». Además varios labriegos que habían presenciado el hecho declararon que «Schnaebelé, atacado en el territorio alemán, había sido arrestado en el territorio francés».

El ministro de Negocios Extranjeros, M. Flourens, dirigió á Berlín una reclamación enérgica protestando de la forma del arresto y de la violación del territorio francés. La nota iba acompañada de testimonios que no permitían duda alguna.

Francia, convencida de su derecho, se mostró en este asunto firme y digna. Toda la opinión de Europa estuvo á su lado. Bismarck intentó inútilmente desorientarla, queriendo demostrar por medio de sus periódicos «reptiles» que Schnaebelé era el jefe del espionaje francés en Alsacia-Lorena. La actitud de las cancillerías europeas le hizo retroceder, y una semana después puso en libertad á Schnaebelé «por vicio de forma», aunque para disimular lo arbitrario de su proceder siguió sosteniendo mentirosamente que el comisario francés «había sido arrestado en territorio alemán».

En el mismo año 1887, Alemania intentó de nuevo atacar á Francia. Era ministro de la Guerra el famoso general Boulanger, considerado por las asociaciones patrióticas de París como el «hombre de la revancha». Boulanger había construido grandes aglomeraciones de barracas cerca de la frontera para el alojamiento de las fuerzas militares; Bismarck interpretó esto como una provocación, y quiso declarar la guerra á Francia repentinamente, invadiéndola en unos cuantos días para deshacer y anonadar toda la reconstitución de fuerzas militares que venía efectuando. Un personaje de Alsacia supo por un diputado del Reichstag el propósito del Canciller, é hizo un viaje á París para revelarlo á los principales políticos, entre ellos á Julio Ferry y Clemenceau. También pudo avistarse con el mismo general Boulanger, que al recibir la noticia de que Alemania se estaba preparando para entrar inmediatamente en campaña, lanzó una exclamación de angustia. Precisamente pocos días antes había cambiado por completo el sistema de movilización del ejército por considerarlo defectuoso. Las antiguas órdenes habían sido suprimidas y las nuevas no estaban distribuídas aún. Una invasión en tales momentos representaba para Francia la sorpresa, el desorden y toda clase de confusiones. Por fortuna, al día siguiente la Cámara derrotó al ministerio y Boulanger tuvo que abandonar la cartera de la Guerra, quedando Bismarck sin el pretexto que debía justificar su brusco ataque.

Continuó la política agresiva de Alemania contra Francia, aun en los momentos más difíciles y complicados de su vida interior. Durante el corto reinado de Federico III, que sólo duró 99 días, un incidente ocurrido en Belfort con un grupo de estudiantes alemanes dió pretexto al gobierno de Berlín para dictar brutales medidas contra los habitantes de Alsacia-Lorena y los viajeros franceses que circulaban por Alemania.

El gran error de la anexión de Alsacia-Lorena ha hecho permanente durante cuarenta años la tirantez de relaciones y el peligro de guerra entre Francia y el Imperio alemán. No es fácil absorber á un pueblo y cambiar completamente sus costumbres y tradiciones; sobre todo cuando este pueblo tiene un decidido empeño en no dejarse modificar.

Alsacia y Lorena, con sus dos millones de habitantes, se resistieron á la preponderancia germánica desde los primeros años de su anexión. Resulta inútil que el gobierno de Berlín haya enviado á estas dos provincias una gran emigración alemana. Las familias germánicas que se establecen en el país favorecidas



EL ARRESTO DE SCHNAEBELÉ

A. Lugar de la frontera alemana donde fué asaltado M. Schnaebelé.
B. Lugar de la frontera francesa donde fué detenido.



Dibujo de Federico Villiers, de «The Illustrated London News»

Explosión de una trinchera ale



ana minada por los franceses

por el gobierno, y que al reproducirse prolíficamente representan toda una generación nacida en tierra alsaciana ó lorenesa, sólo sirven para engañar ó desorientar á la opinión europea, pretendiendo hacerla creer que los habitantes de las provincias anexionadas han olvidado el pasado, están contentos con su suerte y aman al Imperio alemán. Detrás de esta masa de emigrados, que es como un coro pagado para cantar las excelencias de Alemania, existe el verdadero país, los antiguos alsacianos y loreneses, el pueblo que fué francés, que se ha visto obligado á viva fuerza á ser alemán y quiere volver á Francia.

Estas dos provincias, cuando eran francesas, dieron á las epopeyas de la Revolución y del primer Imperio un gran número de héroes. De Alsacia ó de Lorena fueron los famosos generales Kléber, Kellermann, Lefevre, Ney, Lassalle, Rapp y muchos otros. En Alsacia nació el más patriótico de los himnos franceses, pues Rouget de Lisle compuso su canto de guerra una noche en casa de Dietrich, alcalde de Estrasburgo. *La Marsellesa,* llamada así por una injusticia popular, debió titularse *La Estrasburguesa*.

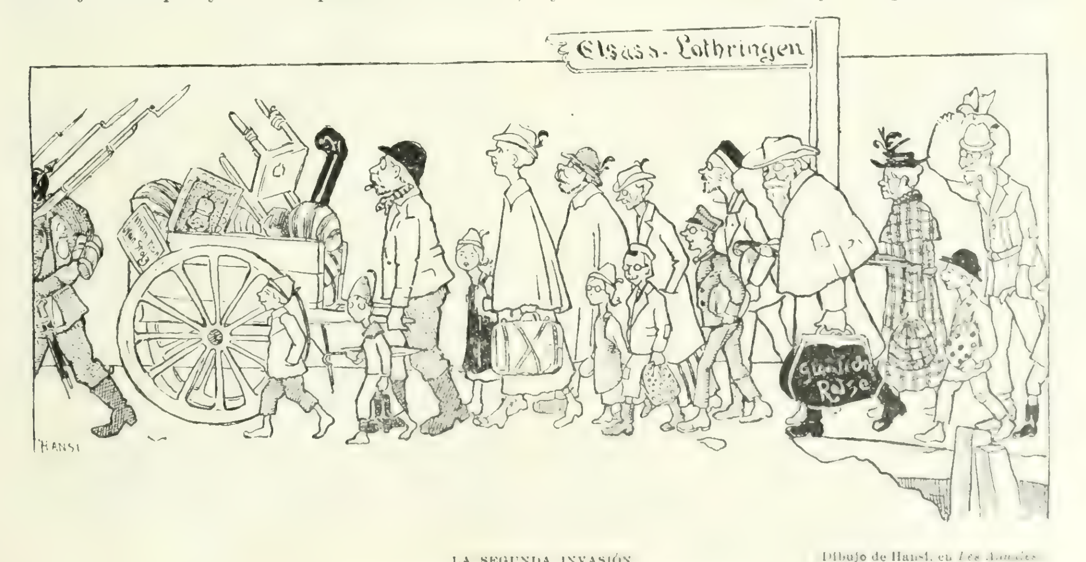
Los hijos de Alsacia y Lorena han tomado siempre las armas con entusiasmo para defender á Francia. La conducta actual de los habitantes de las dos provincias demuestra elocuentemente su antipatía á Alemania en lo que se refiere al servicio militar. Durante los cuarenta y cuatro años de anexión, todos los alsacianos y loreneses que pudieron pasar la frontera han ido á alistarse en el ejército francés. Todas las familias que por su posición social podían trasladarse á Francia, lo han hecho sin vacilar. Únicamente han servido en el ejército alemán, haciendo un esfuerzo y con visible repugnancia, los que tenían intereses fijos en el país y les era imposible abandonarlos, debiendo permanecer forzosamente bajo la dominación alemana. En el curso de cuatro años, de 112.000 alsacianos y loreneses llamados á prestar servicio en el ejército alemán, sólo se presentaron 28.000, y de éstos 18.000 estaban seguros de ser enviados á sus casas por motivos de exención.



EL GENERAL BOULANGER

No hay que creer que el curso del tiempo haya modificado las ideas de estos «alemanes forzosos», y que se ha ido debilitando la protesta francesa en las nuevas generaciones que sucedieron á los anexionados de 1870. Hace dos años, en 1912, mil veintitrés alsacianos, que eran alemanes por el nacimiento, huyeron á Francia para engancharse en la legión extranjera. El ejército francés tiene miles de oficiales que son alsacianos y loreneses. Ciento setenta de sus generales actuales nacieron en las dos provincias arrebatadas por Alemania.

El Imperio dirigido por el orgullo pangermanista ha tratado con dureza á estas poblaciones, queriendo alemanizarlas á toda costa. Todos los recuerdos de la vida francesa han sido perseguidos como crímenes. Cada orden de la autoridad ha sido durante cuarenta y cuatro años un insulto y una provocación para



LA SEGUNDA INVASIÓN

La más temible, que llega detrás de los soldados alemanes

Dibujo de Hansi, en *Les Annales*



«LA MARSELLESA», QUE DEBIÓ TITULARSE «LA ESTRASBURGUESA»

Fué improvisada en casa de Dietrich, alcalde de Estrasburgo, una noche de 1792

(Dibujo de Hansi, en *Les Annales*)

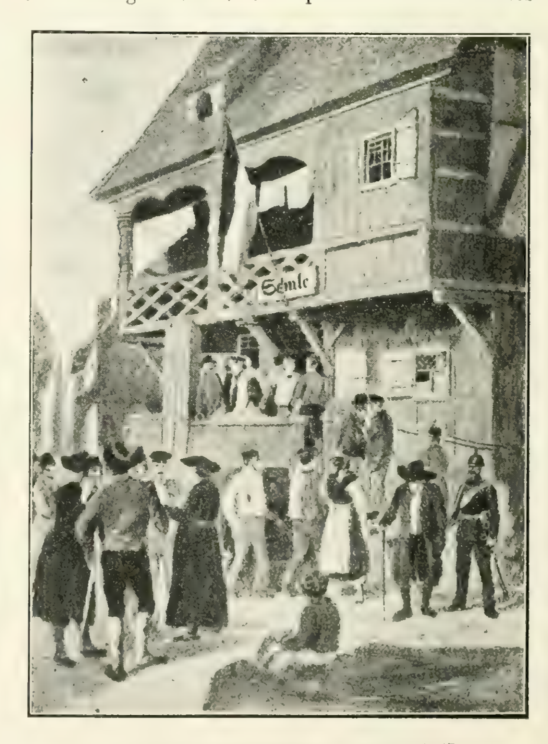
Francia. Como dice el poeta alsaciano Hinzelin, «desde el día siguiente de la anexión Alemania impuso á los hijos y los hermanos de los vencidos el más rudo servicio militar obligatorio; lanzó sobre todo el país una horda famélica de funcionarios germánicos; expulsó á los naturales con cualquier pretexto y muchas veces sin pretexto; estableció, para responder á los votos enemigos que elegían diputados independientes, el odioso régimen de los pasaportes; rascó en las esquinas de las calles los nombres franceses; prohibió las inscripciones francesas en los rótulos de las tiendas y hasta en las tumbas; colocó todos los ciudadanos bajo el régimen político de la delación».

Eran inútiles las protestas de las víctimas. Las autoridades contestaban á ellas: «Alemania no ha prometido nada á los alsacianos y loreneses y nada les debe.» Poco tiempo después de la anexión uno de los diarios de Bismarck exclamaba con ironía profética: «Os tengo lástima, pobres alsacianos y loreneses, que vais á vivir bajo un régimen policíaco.»

Desde 1872 la lengua alemana fué declarada de uso obligatorio; pero exceptuando á las poblaciones donde el cincuenta por ciento de los habitantes hablase el francés. Las autoridades se encargaron de atropellar al poco tiempo esta distinción consignada en una ley, pues exigieron que todos, absolutamente todos los habitantes de las provincias anexionadas hablasen alemán.

Por efecto de tales disposiciones, pueblos situados junto á la frontera de Francia, donde no había tres individuos que conociesen el idioma germánico, se vieron obligados á emplear en su vida pública la lengua de los vencedores, que desconocían y siguen desconociendo. La enseñanza del francés fué suprimida en todas las escuelas. Muchos alsacianos y loreneses sufrieron la imposición de fuertes multas ó se vieron encerrados en la cárcel por haber hablado en francés públicamente.

Los tres colores de la bandera francesa fueron perseguidos con no menos encono en las muestras de las tiendas y en las fachadas de las casas particulares. Los viejos alsacianos que habían servido en el ejército francés sufrieron persecuciones por usar la condecoración que habían conquistado en las guerras de Crimea ó de Italia. En los cementerios fueron arrancadas todas las lápidas é inscripciones en francés, tolerando únicamente las redactadas en idioma germánico. Las sepulturas de los soldados



LAS PRIMERAS ELECCIONES EN ALSACIA (1887)

Colegio electoral en una escuela

(Grabado de la época)

franceses en los antiguos campos de batalla sólo fueron respetadas cuando exhibían lápidas y coronas con inscripciones alemanas. El pensamiento francés, así como los libros impresos en París, fueron perseguidos en ambos territorios.

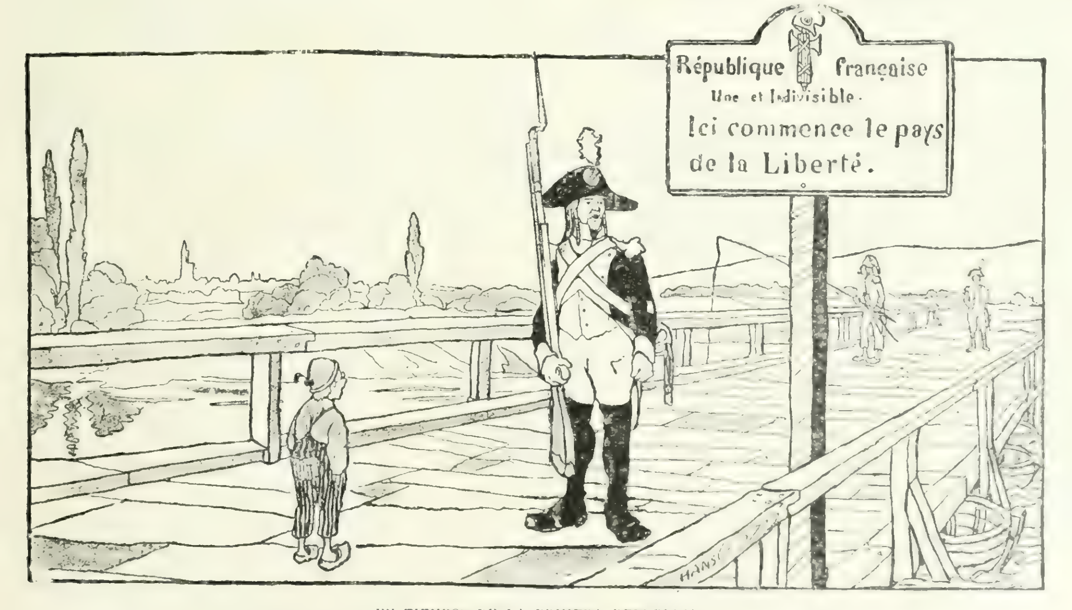
Inútil es decir que en un país sometido á semejante tiranía no era posible más prensa que la alemana. Los raros periódicos que pretendieron sostener los derechos de los naturales fueron objeto en ciertos momentos de grandes persecuciones.

El alsaciano, que es de una ironía fría é ingeniosa, encontró un medio para combatir á los enemigos: la caricatura. Alsacia ha producido dos caricaturistas patriotas que gozan de una fama universal. El uno es H. Waltz, que empezó como maestro de escuela en Colmar y ha hecho célebre su seudónimo de Hansi. El otro es Zislin, natural de Mulhouse, que resulta verdaderamente notable, no solamente por sus dibujos, sino por la mordacidad de las inscripciones que pone al pie de ellos.

Los incidentes de Saverne en Noviembre de 1913 demostraron que aun estaba latente, como en los primeros años de la anexión, la animosidad entre los vencidos y los vencedores. Un teniente de la guarnición de Saverne, un jovenzuelo llamado Von Forstner, tipo completo del señorito alemán dedicado á la carrera de las armas, hablando á los soldados de su compañía trató á los alsacianos de «granujas» y dijo que deseaba ensuciarse en la bandera francesa. Algunos vecinos de Saverne protestaron contra tales ignominias, riéndose de los oficiales que desde mucho antes resultaban insufribles por su altanería. Esto bastó para que los oficiales, al frente de sus compañías, se lanzasen á la calle, arrestando y golpeando á los transeuntes. Los soldados, con los fusiles cargados, se desplegaron en líneas de tiradores, persiguiendo á mujeres y niños. Hasta los jueces del tribunal de



HANSI (Fot. Meurisse)



EN TIEMPOS DE LA PRIMERA REPUBLICA

Los franceses ocupando el Rhin. Un niño alemán contempla al granadero de la Republica



LA GUERRA Á LOS RÓTULOS FRANCESES

Saverne se vieron arrestados al salir de su audiencia. Niños de cinco años fueron llevados á la cárcel; varios aprendices recibieron golpes por haber sonreído ante los oficiales. El heroico Von Forstner, promovedor de todo lo ocurrido, cargó al frente de su compañía contra un aprendiz de zapatero que estaba cojo, partiéndole valerosamente la cabeza de un sablazo.

Cuando el tribunal de Estrasburgo juzgó lo ocurrido en Saverne, el coronel del regimiento hizo la defensa de su teniente, asumiendo la responsabilidad de todos los arrestos y golpes y afirmando que «sentía mucho no haber derramado más sangre». El general del distrito afirmó por su parte: «Estoy cansado ya de tirar al aire.» Al día siguiente el coronel y el general recibieron un telegrama del kronprintz felicitándolos por tales manifestaciones. El teniente quedó absuelto y el coronel fué nombrado por el emperador para un puesto honorífico en la Guardia imperial.

La opinión europea mostró asombro ante esta conducta, que justificaba y glorificaba la tiranía del sable. Pero en Alemania el fanatismo pangermanista aprobó todas las medidas. El ministro de la Guerra, en pleno Reichstag, se expresó así: «Haremos *todo lo que sea necesario* para extirpar de Alsacia-Lorena el espíritu antigermánico de la población.» Un periódico pangermanista declaró: «Alemania lleva adherido á ella un cuerpo que está putrefacto: Francia. Ya es hora de operar la amputación.»

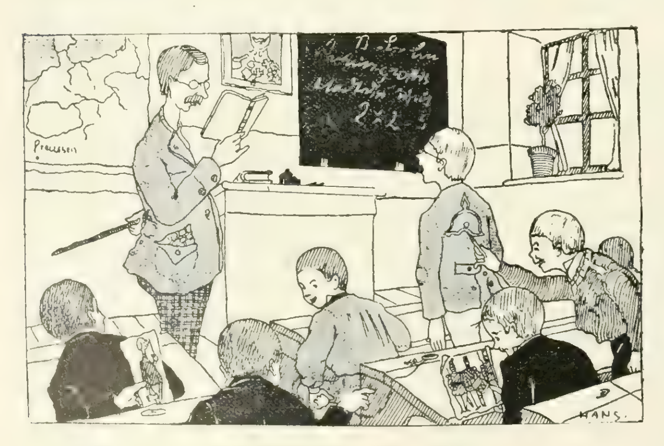
Los profesores del partido pangermanista, con su patriótica ferocidad, recomendaron á los oficiales que matasen sin miedo para hacer respetar «la levita que



HEROICA TOMA DE UNA BANDERA FRANCESA

les daba el rey, el honor de la corona y el prestigio del Imperio alemán». Estos hombres de la Universidad recomendaron igualmente á los hombres de armas el menosprecio á las tres P: la Prensa, la Plebe y el Parlamento.

Todas las revistas del pangermanismo mostraron en esta ocasión el verdadero pensamiento dominante en el país. Un profesor de Jena, el doctor Rein, dijo que la moral y la política son dos cosas distintas «y que en la política hay que olvidar las leyes de la moral y tener por único fin el aumentar la potencia del Estado por todos los medios». El mismo doctor sostuvo que los alemanes, por ser la raza superior, deben tratarse entre ellos de un modo leal y humano; pero que con las otras razas deben proceder siempre que les convenga «sin ninguna clase de miramientos, atropellándolas, si resulta necesario, con cinismo». Este doctor Rein es, entre todos los profesores alemanes, el que ha resumido con mayor claridad los verdaderos sentimientos de la Alemania contemporánea.

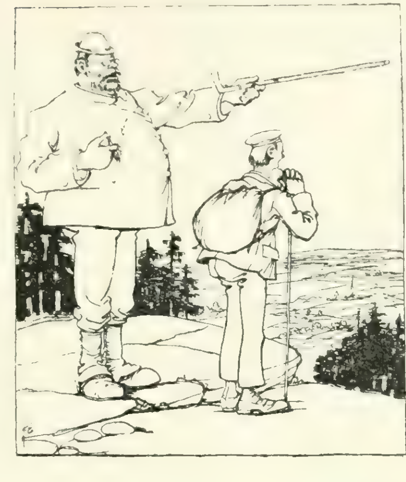


LA ESCUELA EN ALSACIA

El maestro alemán con la vara en la mano castiga á los discípulos, menos al hijo del gendarme. La educación consiste en cantar himnos alemanes. Los pequeños alsacianos se burlan del maestro y del hijo del gendarme. Otros dibujan soldados franceses.

(Dibujos de Hansi, en *Les Annales*)

El general Keim, presidente de la Liga Militar, aplaudió también los atropellos de Saverne, extrañándose de que los alsacianos no hubiesen emigrado ya todos á Francia. «Deben abandonar su puesto—dijo—á los *Schwobs* (los alemanes), más dignos de su hermoso país que estos ***Welches***, que sólo tienen de alemán el nombre, y que no aman ni amarán nunca á Alemania, pues son bastardos de sangre francesa.»



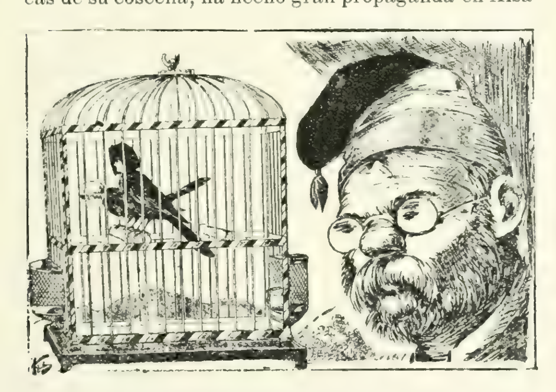


DOS OPINIONES

El alemán.—No olvides nunca, muchacho, que fué por la sangre, el hierro y el fuego como nuestros padres conquistaron este país. Nos pertenece por la fuerza y lo guardaremos.

El alsaciano. No olvides, hijo mío, que el trabajo y el sudor de nuestros padres han fertilizado este suelo y que es el hierro del arado el que lo conquistó. Por eso nos pertenece.

El pangermanismo universitario, que justifica la soñada dominación del mundo por Alemania con razones históricas de su cosecha, ha hecho gran propaganda en Alsa-



Michel (personificación del pueblo alemán) contemplando á Alsacia y Lorena prisioneras.—Estos pájaros son ingratos. Les he dorado la jaula... y no quieren cantar.

cia-Lorena para apartar á la juventud de sus simpatías por Francia, esforzándose en la demostración de la inferioridad mental de este país.

Sus libros de texto son inspirados por un espíritu nacionalista que llega al más ridículo exclusivismo. Descartes, inventor del método al que tanto deben Kant y todos los filósofos alemanes, apenas es mencionado. Esta preterición audaz nada tiene de extraordinaria. Hace poco tiempo, al reunirse los sabios alemanes en Jena para glorificar á Hæckel, hablaron de la microbiología—ciencia según ellos de origen alemán—sin nombrar para nada á Pasteur.

Los doctores del pangermanismo muestran la misma exclusividad grotesca en sus textos de historia literaria. Dedican á Víctor Hugo unas cuantas líneas, y en cambio capítulos enteros á cualquier escritor de último orden que fué de sangre germánica y mostró un patriotismo furioso.

Según estos doctores, Francia debe toda su grandeza á Alemania. Su mismo nombre, aunque está latinizado, es alemán, ***Frankreich***, y denuncia cómo fué civilizada por los antiguos francos de origen germá-



ALSACIA VIENDO CAER LAS HOJAS

Las hojas tienen la forma de cascos prusianos

(Dibujos de Zislin en ...)



EN ALSACIA DOS RAZAS CONTINÚAN VIVIENDO SEPARADAMENTE, SIN MEZCLARSE NUNCA

nico. Unicamente pudieron librarse los habitantes primitivos del suelo francés de su natural salvajismo, gracias á estos germanos que se dignaron ocuparse de ellos. Francia fué señora del universo durante los tiempos en que la nobleza rubia de sangre alemana dominó á los indígenas de cabellos negros—las teorías de Gobineau—. Pero después que las guerras de religión y la revolución de 1789 hicieron desaparecer del suelo francés á todos los hombres altos y rubios de origen germánico, Francia ha degenerado de un modo lamentable. Desde que el germanismo entró en la historia, todos los pueblos de cabellos negros se han quedado atrás.

Y los profesores alemanes han propalado durante cuarenta años estas enseñanzas, faltas de sentido común, en las escuelas y liceos de las provincias anexionadas, añadiendo á su odio contra Francia el menosprecio á los otros pueblos de Europa. Sus tratados de geografía y de historia atacan por igual á los que no tienen sangre alemana. El ruso según ellos es una bestia maligna, el tcheque un salvaje al que hay que tratar á bastonazos, el inglés y el norte-americano unos borrachos hipócritas y crueles, el italiano y el español hombres ligeros, malignos y perezosos, que para nada bueno sirven. Sólo el alemán es grande y ha llegado á una altura que ningún otro hombre podrá alcanzar. En los libros de texto se lee lo siguiente: «Alemania ha nacido para regenerar el mundo é imponerle sus leyes. El pueblo alemán es el verdadero pueblo de Dios.»

□

Ya hablamos del espionaje imperial y de la infiltración realizada por Alemania en los demás países, gracias á su movimiento emigratorio. Más de 10 millones de alemanes se han esparcido por el mundo, sirviendo los intereses de su país en las tierras que habitan. Su importancia es grande en los Estados Unidos y en las repúblicas de la América del Sur. En Europa su infiltración se ha extendido por Rusia, Bélgica, Holanda, Suiza y Francia.

En Rusia, cada vez que se desarrolla una intriga política, fatal para el país, los patriotas rusos murmuran: «Buscad el alemán.» En muchos territorios rusos cercanos á la frontera, los emigrantes alemanes constituyeron poblaciones que eran verdaderas fortalezas. En la presente guerra, las tropas rusas han tenido que tomar por asalto muchas granjas de su país, que eran propiedad de colonos alemanes. Las ligas pangermanistas de Alemania tenían millares de adherentes en Rusia. En la corte del mismo zar ha existido un partido alemán que era importante.

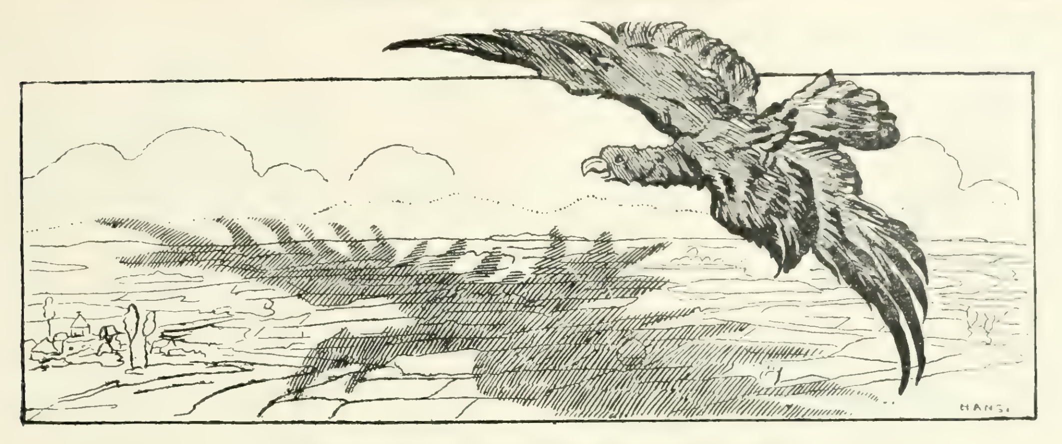
Bien conocida es la influencia fatal de la emigración germánica en Bélgica. Amberes era desde hace años un puerto casi alemán. En 1898, los comerciantes germánicos de Amberes, á los postres de un banquete en honor de su marina, brindaron públicamente



EL SEÑOR GENDARME Y SU FAMILIA

El domingo, después de mediodía, se reune para salir á paseo toda la familia Gendarme. Á la cabeza el señor Gendarme y su esposa, que empuja la cuna con los dos últimos vástagos. Detrás las señoritas Irmentruda, Hildegarda, Elsa y Hulda y los señores Whilelme y Sigfrido, que disfrutan de becas en el colegio (pagadas por Alsacia). Después Karlchen, con su torta en la mano, siempre engullendo, y Hanschen con su eterno delantal de hule. Este cortejo imponente desfila bajo el antiguo árbol de la Libertad, é instantáneamente los pájaros cesan de cantar.

(Dibujos de Hansi, en *Les Annales*)



EL ÁGUILA ALEMANA CUBRIENDO CON SU SOMBRA Á ALSACIA

por la «anexión de Bélgica al Imperio alemán». Durante muchos años han circulado en Bélgica manuales y mapas de editores alemanes en los que aparecían Bélgica y Suiza incorporadas al Imperio germánico.

Lo mismo ha ocurrido en Holanda, donde los pangermanistas mostraron varias veces descaradamente sus pretensiones de anexión.

La república helvética es uno de los principales objetos de la codicia alemana. Una gran parte de la Suiza habla alemán, y los pangermanistas quieren suprimir la otra parte que habla francés, asegurando con su aplomo seudo-científico que esto obedece á un error histórico. Según ellos deben modificarse los nombres de la Suiza francesa y llamar á Lausana ***Losanen***, á Montreux ***Muchtern***, á Ginebra ***Geuf***, alemanizando del mismo modo los nombres de las demás poblaciones. Como la industria de la relojería atrae y ocupa á un gran número de individuos que abandonan el cultivo del suelo, una emigración de colonos alemanes ha ocupado los campos en la Suiza francesa, exigiendo de los gobiernos del país escuelas de idioma germánico. Algunos pangermanistas han llegado á decir en sus banquetes: «Suiza es una provincia alemana», con gran protesta de los naturales del país.

«Y LA ALEMANIA SERÁ SIEMPRE EL PUEBLO DE LOS SEÑORES DE LA TIERRA»

Cita del drama «Gottfried von Strassburg», escrito por el kaiser en colaboración con Lienhard

En Francia la emigración de ultra-Rhin había adquirido gran importancia en los últimos años. Sólo en París y sus alrededores existían 200.000 alemanes. Además esta infiltración se había extendido mucho en los departamentos, llegando á crear numerosas asociaciones con fines económicos ó recreativos que servían al mismo tiempo para trabajos de penetración y espionaje.



ALSACIA Y SUS GUARDIANES QUE SON DOS DIARIOS PANGERMANISTAS

Dibujos de Hansi, en *Les* [illegible])

Muchos de estos alemanes establecidos en Francia se hacían pasar por alsacianos ó loreneses, á causa de haber nacido en alguna población de las provincias anexionadas. Pero sus padres eran alemanes, pertenecientes á la emigración germánica caída como una nube de langosta sobre dichas provincias, y los



LOS DOS COMERCIANTES

I. El tendero de París Jacques Bonhomme, sale para Berlín.

tales alsacianos resultaban «de contrabando», como dicen los verdaderos hijos de Alsacia y Lorena. En algunos barrios de París, especialmente en torno del Palais Royal y de la rue de Hauteville, la aglomeración de alemanes resultaba enorme, manteniendo restaurants y cervecerías en las que comían y bebían á estilo de su país, abusando de la libertad que reconoce la República, con toda clase de canciones patrióticas, molestas para Francia.

Esta emigración de tenderos, rapaces y astutos, al mismo tiempo que contribuía al espionaje alemán, causaba graves daños á los comerciantes modestos de París y á los industriales de pequeño taller, que veían sus productos depreciados por la absorbente «camelotte» germánica.

◻

Desde 1905 Alemania no cesó de provocar á Francia, buscando un pretexto para la guerra.

Guillermo II, que no parecía muy dispuesto á tal aventura, y gustaba de ser admirado como «emperador de la paz», tuvo que seguir las órdenes del partido pangermanista, enojado con él y que le había hecho varias advertencias amenazantes de 1902 á 1904.

El emperador, para desarmar á estos energúmenos que pedían la ocupación de Marruecos, salió inesperadamente para Tánger en Marzo de 1905. El momento le pareció oportuno para una provocación, aunque ésta diese lugar á la guerra. Rusia acababa de sufrir grandes derrotas terrestres y navales en la lucha con el Japón, y no se hallaba con fuerzas para socorrer á su aliada Francia. Una vez llegado á Tánger Guillermo II, dijo con arrogancia: «Mientras yo viva, nadie se atreverá á atentar contra el territorio de Marruecos ni la autoridad del sultán.»



III. «Estos berlineses son realmente encantadores.»

El viaje teatral á Tánger produjo una impresión enorme en Europa. El gabinete francés, presidido por Rouvier, para evitarse las reclamaciones de Alemania y el choque que buscaba ésta, pasó por la humillación de separar á su ministro de Negocios Extranjeros M. Delcassé, que por su patriotismo y su habilidad diplomática inspiraba un odio particularísimo al gabinete de Berlín.



II. Primera amistad en una cervecería. —Yo me llamo Siefske.

Contra la esperanza de los pangermanistas, el asunto de Marruecos acabó en la conferencia diplomática reunida en Algeciras, y no con una guerra como era su deseo. La intervención de la Gran Bretaña pudo realizar este cambio inesperado. Las decisiones de la conferencia y la situación de Alemania, siempre aislada en el curso de las entrevistas, despertó de nuevo la cólera del pangermanismo.

En 1908 Alemania pudo encontrar un nuevo pretexto de guerra en Marruecos, con motivo del asunto de los desertores de Casablanca. El gobierno alemán mantenía agentes en dicho punto que hacían propaganda anti-francesa entre las tropas de la República y favorecían las deserciones. Los agentes fueron arrestados por las autoridades francesas, y esto bastó para que el partido militar alemán proclamase la necesidad de una guerra y el gobierno del canciller Bülow se mostrase amenazante. Pero Clemenceau, que gobernaba á Francia en aquel momento, supo hacer frente al peligro con su tranquila energía, llevando después el asunto de Casablanca ante el tribunal de la Haya. Este organismo inter-



IV. Hasta la vista, amigo Siefske. Le espero en París.



V. Siefske en París... «Es asombrosa esta tierra.»

nacional reconoció en todo el derecho de Francia y la legitimidad de su conducta.

Poco después se desarrolló la terrible «semana negra» de Guillermo, serie de suplicios y humillaciones que el pangermanismo, ofendido por el emperador, le hizo sufrir con motivo de su extravagante interviú contra Inglaterra. El kaiser sólo se salvó de este tormento prometiendo por boca de Bülow que «no haría más declaraciones personales».

Para congraciarse con los pangermanistas y hacer olvidar la humillación sufrida, Guillermo intentó una nueva agresión contra Francia. Bülow habia sido sustituído en la cancillería por Bethmann-Hollweg, más dúctil y sumiso á la voluntad imperial. En 1911 Guillermo envió á las aguas de Marruecos la corbeta de guerra *Panther*, que se mantuvo con aire de amenaza y provocación ante el puerto de Agadir, oponiéndose á que continuase la expansión francesa.

Este golpe inesperado fué semejante al de 1914. M. Jules Cambon, embajador de Francia en Berlín, no tenía instrucciones de su gobierno, pues éste se hallaba ausente del país. M. Fallières, presidente de la República, y M. Caillaux, presidente del Consejo de ministros, habían salido para la Haya en una visita oficial á la soberana de Holanda. Fué poco más ó menos el mismo procedimiento de sorpresa empleado tres años después, en 1914, con motivo de la cuestión de Servia, cuando el presidente Poincaré, acompañado de Viviani, presidente del Consejo, estaban en Rusia visitando al zar.



VI. Seis semanas después. «Estoy escribiendo á mi familia para que venga.»

El incidente de Agadir fué solucionado por la diplomacia. Francia compró la paz y la continuación de su obra en Marruecos, cediendo á Alemania una parte del Congo francés.

Los pangermanistas se mostraron enfurecidos por esta solución. Ellos querían la guerra. Además se consideraban engañados por el gabinete de París, que á cambio de la ocupación definitiva de Marruecos les había dado «una miserable tierra de negros, de la que no sabían qué hacer y en la que reinaba la enfermedad del sueño».

Para consolarse de la ocasión perdida y afirmar su deseo cada vez más vehemente de una guerra con Francia, los pangermanistas celebraron en el mismo año un congreso en Hanóver, aprobando con grandes aclamaciones de entusiasmo la siguiente proposición: «Alemania reivindica como de su pertenencia toda la Suiza, el Franco-Condado, lo que le queda á Francia de la Lorena, el Flandes francés, el Artois, la Bélgica y la Holanda.»

Poco antes de estallar la guerra de 1914 el pangermanismo, considerándola esta vez próxima é inevitable, hizo la siguiente declaración: «Alemania tiene el deber de apoderarse de todo el territorio francés que considere necesario para asegurar definitiva-



VII. «¡Mi familia!»



VIII. ¡Un año después!... El alemán con toda la clientela de Jacques Bonhomme. La tienda del francés cerrada por quiebra.

(Historieta del caricaturista alsaciano Zislin

mente su tranquilidad, y no debe vacilar en *hacer el vacío* en las tierras que ocupe, para entregarlas á los colonos alemanes.»

Como una preparación para esta guerra, la Liga Pangermanista, de acuerdo con el gobierno, celebró, como ya dijimos, con gran aparato, en Octubre de 1913, el centenario de la batalla de Léipzig. En estas fiestas el presidente de la Liga dijo así: «Probemos cuanto antes que aun existe un ideal para nuestro pueblo. La jornada de Versalles, en la que se constituyó el Imperio alemán, no fué el término de su desarrollo, sino una etapa nada más. Fué el principio de una agrupación de todos los alemanes de la Europa central, que debe hacerse más amplia con una unidad que le permitirá resistir á todas las tempestades. Dad un jefe á la generación actual y se mostrará digna de sus padres. Este jefe lo esperan millones de alemanes. Con toda nuestra alma ansiamos un jefe que nos *haga olvidar las miserias del tiempo presente*. Nuestra flota es bastante poderosa para que Inglaterra la tema. Nuestro ejército se halla de nuevo á la altura de su misión. ¡Y nosotros nos vemos obligados á seguir una política de renunciamientos!... El apetito de nuevos territorios caracteriza nuestra época y debe ser satisfecho. Trabajemos para que este apetito, que es instintivo en las masas, inspire también á nuestros gobernantes, y que éstos proporcionen al pueblo los nuevos territorios que le son necesarios para su existencia y su salud.



EL GRAN DUQUE NICOLÁS DE RUSIA

Muchos pangermanistas dieron forma práctica á estas aspiraciones. Alemania debía hacer la guerra á Francia cuanto antes, y una vez vencida—pues la victoria era asunto de unas pocas semanas—arrancarle la rica cuenca de Briey, después todo su imperio colonial, y para explotar los nuevos territorios exigirle una indemnización de 30.000 millones. «Alemania—decían—debe apoderarse de todo lo que es alemán por su historia y extenderse de golpe hasta el Adriático, rehaciendo el imperio de Carlomagno.»

¡Y meses después los alemanes han pretendido hacer creer al mundo que no deseaban la guerra, que no habían hecho ningún preparativo para ella y que eran sus enemigos los que les atacaban inesperadamente!

Hay que reconocer en Guillermo II un deseo vehemente de entrar en amistad con Francia, deseo que se manifestó repetidas veces durante su reinado.

Á su vanidad de hombre teatral le dolía mucho no poder visitar París como los otros soberanos de Europa, buscando un nuevo y más sonoro escenario para sus palabras y gestos. Además, Guillermo II, no obstante sus alardes de germanismo, siente una oculta admiración por los franceses, y quiso asociar el país dispensador de gloria á sus locos ensueños de dominación universal.

—¡Las cosas que haríamos marchando juntos Francia y yo!—dijo en varias ocasiones al hablar con personajes amigos de esta nación.

Aprovechó todas las ocasiones favorables para ponerse en contacto con los franceses. No ocurría un hecho doloroso en Francia sin que el kaiser enviase un telegrama de condolencia y simpatía. Los pangermanistas y las gentes de su corte le atacaron en muchas ocasiones porque contribuyó con largueza á toda suscripción iniciada en Francia, mientras se mostraba parsimonioso con las suscripciones alemanas. Los artistas de París, al ir á los teatros de Berlín, eran llamados á su palco por el emperador, que los invitaba luego á palacio, esforzándose por deslumbrarlos con sus alardes de cultura francesa. Los grandes músicos de Francia, los pintores, los escritores, al pasar por Alemania, eran objeto de toda clase de galanterías y hasta de adulaciones de parte del soberano.

En sus excursiones veraniegas por los mares de Suecia y Noruega, el buque imperial procuraba encontrarse con los yatchs de los millonarios franceses, y Guillermo pasaba á bordo de ellos como un huésped alegre y simpático, sin ningún orgullo, hablando de sus vehementes deseos de ser amigo de Francia, rogándoles que hiciesen saber á sus compatriotas estos sentimientos cordiales y su esperanza de que algún día se-

rían todos unos franceses y alemanes, olvidando el pasado.

La frialdad y la indiferencia de Francia acabaron por irritar el carácter versátil del emperador, haciéndole incurrir en furiosos resentimientos.

—¡Esa Francia!—exclamaba—. Llevo años tendiéndole mi mano de amigo, y finge no verme.

Lo mismo estas exageradas muestras de afecto, como el despecho al no verlas contestadas, demuestran la mentalidad especial del emperador y su soberbia inconsciencia. Creía éste que Francia iba á acoger con apresuramiento y con orgullo sus avances amistosos, olvidando todo lo pasado. Cuando en sus conversaciones con franceses éstos indicaban discretamente á Guillermo que para que existiese una verdadera amistad era preciso devolver antes todo lo arrebatado, la frente del kaiser se ensombrecía y sus ojos brillaban con una expresión de extrañeza, como si escuchase algo inaudito. ¿Devolver Alsacia y Lorena á los franceses?... Esto le parecía absurdo: ni él ni su pueblo podrían aceptarlo jamás.



SADI CARNOT
Cuarto presidente de la República Francesa
(Dibujo del artista francés Albert Ardail)

Pero luego, con desconcertante tenacidad, persistía en sus propósitos de establecer una relación amistosa entre él y Francia, sin base alguna, dejando en pie todos los atropellos del pasado, sin más garantías ni alicientes que sus locas ilusiones sobre el porvenir.

Y al ver que Francia acogía con indiferencia ó desdén estos esfuerzos—semejantes á los del cómico que desea nuevos públicos para que le admiren—, el veleidoso y despechado Guillermo la tachaba de ingratitud.

Cada una de sus decepciones fué acompañada de una nueva furia contra Francia y de provocaciones para arrastrarla á la guerra.

Los gobiernos franceses no han dicho ni han podido decir lo que les ha costado mantener la paz á partir de 1905, ó sea desde que Rusia sufrió su gran descalabro en la lucha con el Japón. Para privar á Francia de los auxilios de su aliada, Guillermo II y sus ministros sugirieron á Rusia la conveniencia de que extendiese su poderío en el Extremo Oriente, con la certeza de que iba á sufrir un ruidoso fracaso.

Alemania, al ver á la República Francesa sin apoyo por algún tiempo, repitió sus provocaciones con una testarudez y una falta de razón verdaderamente germánicas. Y el gobierno francés, por amor á la paz, tuvo que ceder en todas las cuestiones, realizando los más crueles sacrificios. En Marruecos, por ejemplo, hubo de indemnizar á los aventureros alemanes que conspiraban descaradamente contra las autoridades francesas y se fingían víctimas cuando aquéllas intentaban perseguirlos. El gobierno de Francia, para no extremar sus cuestiones con Alemania y terminar pacíficamente los incidentes, se vió obligado más de una vez á destituir á excelentes funcionarios, cuyo único delito consistía en haber interpretado fielmente sus deberes.

□

En Mayo de 1890 hizo un viaje á París el gran duque Nicolás, generalísimo de los ejércitos rusos y vencedor de Plewna. Dos meses antes Bismarck había sido destituído por Guillermo II, iniciándose en Alemania una nueva política. El tratado de «contra-seguro», que ligaba secretamente á los gabinetes de Berlín y San Petersburgo como un contrapeso de la Triple Alianza, había llegado á su término sin que ambas partes contratantes pensasen en renovarlo. La Alemania de Guillermo II, libre de la tutela del férreo Canciller, seguía una política distinta á la de este personaje, volviendo la espalda á Rusia.

El presidente de la República era en aquel entonces Sadi Carnot, noble y melancólica figura, carácter firme y leal, que dedicó su actividad silenciosa á la reconstitución de las fuerzas militares. Su colaborador y presidente del Consejo de ministros era Freycinet, el compañero de Gambetta en los días trágicos de 1870, el ingeniero de la defensa nacional, el restaurador del orden en el ejército, que había organizado estratégicamente los ferrocarriles y creado el cuerpo de Estado Mayor. Freycinet, al ocupar el gobierno,



CASIMIR-PERIER

Quinto presidente de la República Francesa. (Sólo ocupó seis meses la presidencia)

se reservó la cartera de la Guerra. Al lado de él, como experto ministro de Negocios Extranjeros, trabajaba un colaborador importante, M. Alejandro Ribot, el actual y venerable ministro de Hacienda.

El gran duque Nicolás pidió una entrevista á Freycinet, enterándose en el curso de ella con gran prolijidad del estado del ejército francés. El generalisimo ruso no ocultó su satisfacción al convencerse de los grandes adelantos realizados por la República en sus medios defensivos; adelantos que se habían iniciado bajo la presidencia de Grevy, siendo fomentados luego por Carnot y sus ministros.

—Si yo tuviese poder para ello—dijo el gran duque—, los dos ejércitos, el francés y el ruso, no formarían más que uno sólo en tiempo de guerra. Es indudable que esto impediría la guerra, pues no creo que ninguna potencia se atreviese á hacer frente á Francia y Rusia unidas.

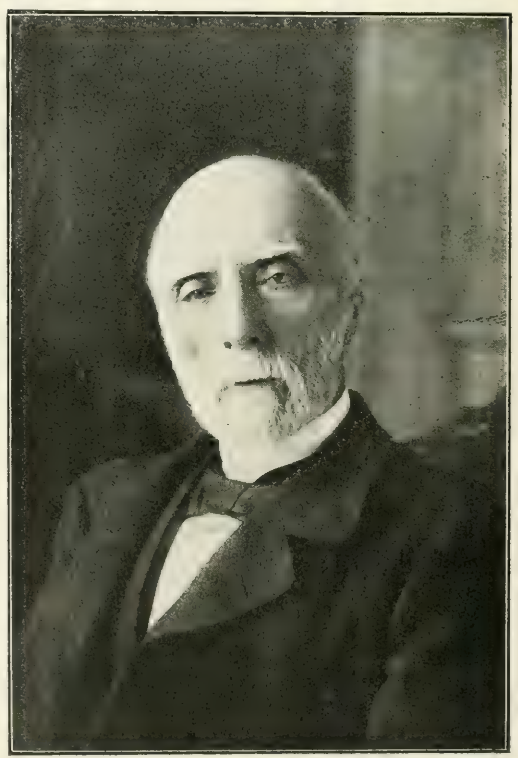
Estas palabras fueron el primer anuncio de la futura alianza franco-rusa.

Una demostración pública vino á afirmar poco después la amistad naciente. El zar deseó hacer públicos sus sentimientos en favor de Francia, después de haber conferenciado con su hermano el generalísimo. El agregado naval francés en San Petersburgo fué avisado confidencialmente de que una visita de la flota de la República á los puertos de Rusia sería objeto de grandes demostraciones de simpatía.

En Julio de 1891 una escuadra francesa mandada por el almirante Gervais salió de Cherburgo para el Báltico, siendo acogida en Cronstadt con indescriptibles manifestaciones de entusiasmo. *La Marsellesa*, himno de la Revolución, sonó por primera vez en los buques y los palacios del autócrata de Rusia. El zar Alejandro III la escuchó de pie, con la cabeza descubierta, como un homenaje á la República Francesa.

Cuando la escuadra del almirante Gervais zarpó de Cronstadt después de una serie de ruidosas fiestas, se detuvo en Portsmouth para hacer constar que la naciente alianza franco-rusa no era hostil á Inglaterra.

En 1892 una escuadra rusa mandada por el almirante Avellán devolvió la visita, y sus oficiales y tripulaciones fueron objeto en París de una ovación continua. Europa se conmovió con estas manifestaciones de amistad, interpretadas por las dos marinas. Después de veinte años de política alemana, triunfadora y aplastante, el mundo empezó á respirar con cierto desahogo.



FREYCINET (Fot. Henri Manuel. París)

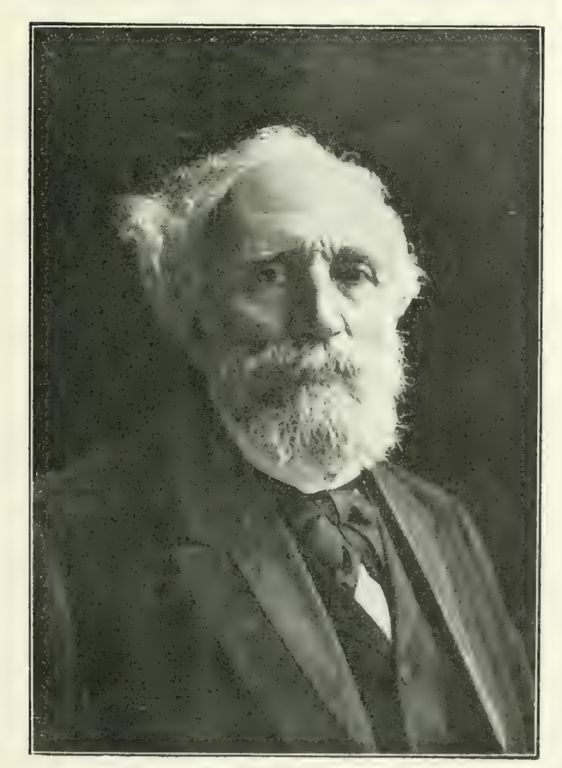
Mientras tanto los gabinetes de París y de San Petersburgo trabajaban activamente para dar una forma práctica á la aproximación internacional. El primer tratado de alianza franco-rusa quedó suscrito el 27 de Agosto de 1891, limitándose á unas bases pacíficas y defensivas. La diplomacia sólo podía ajustar una inteligencia platónica. Quedaba á cargo de los militares de ambos países el dar forma práctica á esta aproximación. Los dos Estados Mayores se pusieron en contacto para el conocimiento de sus respectivas fuerzas, y en 1892 el general Boisdeffre, enviado á San Petersburgo como jefe del Estado Mayor francés, firmó un tratado definitivo de alianza, que fué ratificado luego en París por el ministerio que presidía Casimir-Perier.

En los años sucesivos la alianza franco-rusa se fué estrechando y se hizo pública con numerosas manifestaciones. El presidente de la República, Félix Faure, realizó un viaje á Rusia, y el zar Nicolás II, que había sucedido á su padre Alejandro III continuando fielmente su política, devolvió la visita en París. Los dos jefes de Estado, en sus brindis de los banquetes oficiales, hicieron saber al mundo que sus naciones eran «amigas y aliadas».

La alianza ha permanecido inalterable y cordial durante veinte años, saliendo incólume de las crisis más graves y de las tentaciones más fuertes: ejemplo de duración poco común en la historia de la diplomacia. Un sentimiento superior al de las conveniencias políticas del momento ha mantenido la estrecha unión del antiguo Imperio despótico, que al fin entró en la vida constitucional, y de la República democrática, inspiradora de ideas revolucionarias. Este sentimiento ha sido la convicción del gran peligro con que la hegemonía germánica amenazaba la suerte del mundo.



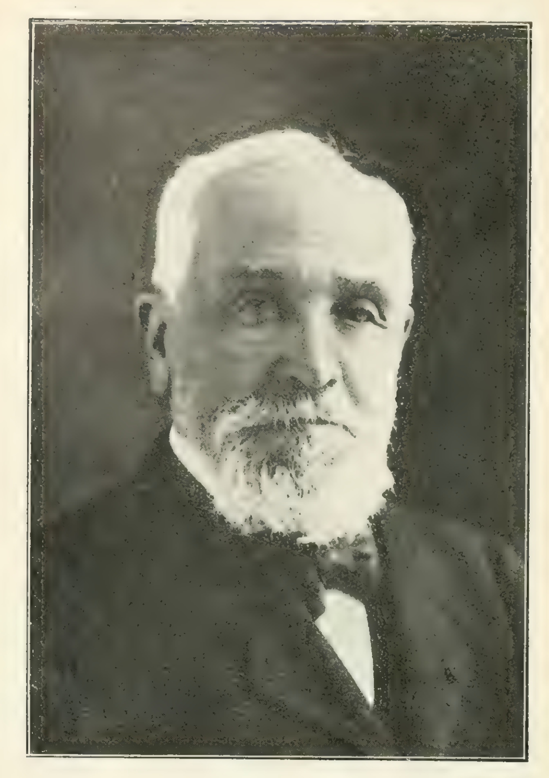
FELIX FAURE
Sexto presidente de la República Francesa



ALEJANDRO RIBOT — Fot. Meurisse

Francia, á pesar de los fracasos de Rusia en el Extremo Oriente y de los movimientos revolucionarios contra el Imperio absoluto del zarismo, que fueron mirados con simpatía por el pueblo francés, se mantuvo fiel á la alianza. Sus presidentes Loubet, Fallières y Poincaré, han considerado como un deber urgente, al encargarse de su honrosa función, el visitar al aliado de San Petersburgo. El capital francés ha hecho enormes préstamos á Rusia para el desarrollo de sus obras públicas y la reconstitución de sus fuerzas militares.

La alianza franco-rusa fué el núcleo viviente en torno del cual se aglomeró y tomó forma la protesta europea contra la hegemonía alemana. Gracias á esta alianza, tres reyes, representantes del principio





EMILIO LOUBET
Séptimo presidente de la República Francesa

Fots. Henri Manuel, París)

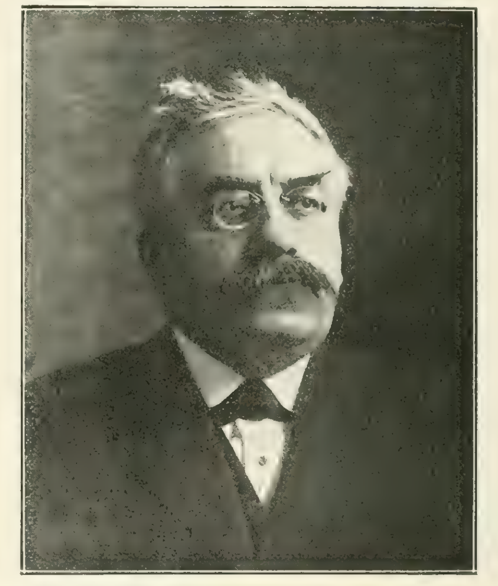
ARMANDO FALLIÈRES
Octavo presidente de la República Francesa

monárquico, figuran hoy como fieles y entusiastas aliados de la República Francesa, hija de la Revolución.

□

Durante cuarenta años Francia ha tenido que vigilar constantemente los adelantos militares de Alemania, procurando colocarse á su nivel para no correr el peligro de la inferioridad. Las dos naciones han sido semejantes en todo este tiempo á dos caballos veloces, que corren y corren con el deseo de dejar atrás á su rival.

En los últimos años Alemania sobrepasó en mucho á la nación francesa; pero teniendo en cuenta la diferencia de población y el espíritu político de un Imperio, que es siempre más favorable que un Estado democrático á los preparativos militares, hay que reconocer que la República Francesa lleva realizado un esfuerzo gigantesco. En algunos períodos, por efecto de sus luchas políticas y del antagonismo entre los militaristas y los partidarios de la paz, que consideraban inocentemente muy lejano todo peligro de guerra, Francia quedó muy á la zaga de su enemiga. Pero al darse cuenta del peligro, con un repentino y enérgico impulso recobró en poco tiempo la distancia perdida.



MILLERAND (Fot. Meurisse)

En 1892, ó sea cuando se inició la alianza franco-rusa, los efectivos del ejército permanente eran casi idénticos en las dos naciones rivales. Francia tenía un ejército de 480.000 hombres y Alemania de 485.000. Desde entonces las fuerzas de ambos



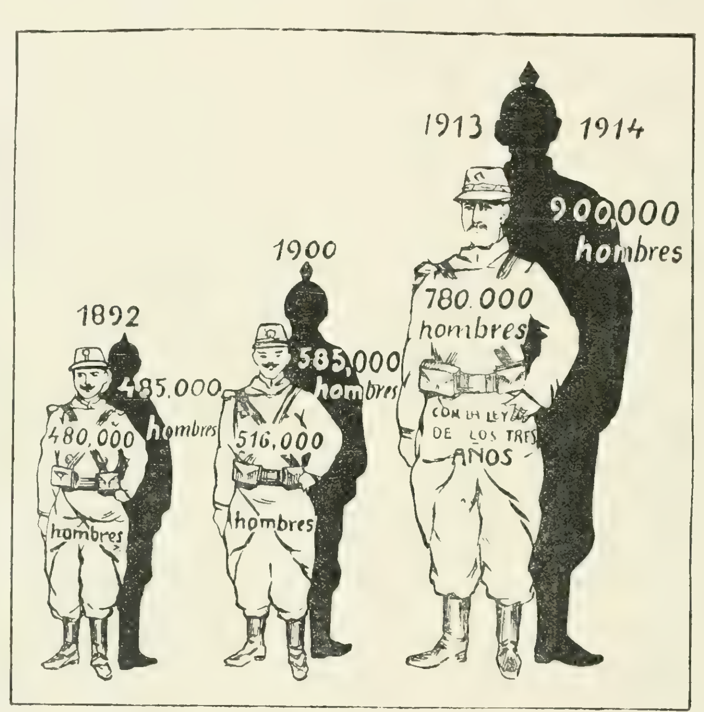
Nicolás II, emperador de Rusia — Jorge V, rey de Inglaterra — Alberto I, rey de Bélgica

LOS TRES MONARCAS ALIADOS DE LA REPUBLICA FRANCESA

países fueron aumentándose, pero con la diferencia que lógicamente debía marcarse á causa de su diversa densidad de población. En 1900 Francia tenía 516.000 hombres y Alemania 585.000, de lo que resultaba una superioridad para el ejército alemán de 70.000 hombres. Á partir de esta fecha comenzó la progresión del ejército activo en ambos países, hasta llegar á unas proporciones nunca vistas en la Historia. Las nuevas leyes militares aceptadas por Alemania en 1913 obligaron á Francia á votar la llamada «ley de tres años», alcanzando los ejércitos de los dos países la siguiente importancia numérica, verdaderamente monstruosa en tiempo de paz: Francia, 780.000 hombres; Alemania, 900.000. El ejército francés apareció con una inferioridad de 120.000 hombres, que aunque resulta importante desde el punto de vista militar, no es considerable si se tienen en cuenta los 61 millones de habitantes de Alemamania y los 39.600.000 de Francia. Además el ejército permanente de Francia podía disponer como fuerzas auxiliares de las tropas argelinas, marroquíes y coloniales, frente á Alemania, que no posee elementos equivalentes.

El error irreparable y fatal para la suerte de Francia hubiese sido no aceptar la «ley de tres años». Contra ella hicieron propaganda muchos hombres de buena fe que no se daban cuenta de las verdaderas intenciones de Alemania, creyendo puerilmente en la continuación de la paz.

Por fortuna Francia tenía al frente de su gobierno hombres organizadores y de espíritu práctico. El paso de Millerand por el ministerio de la Guerra fué altamente beneficioso para la organización del ejército.



PROGRESIÓN DE LOS EJÉRCITOS ACTIVOS FRANCÉS Y ALEMÁN

En 1892 el ejército francés era casi igual al alemán. En 1900 resultaba inferior en 70.000 hombres. En 1913, después de las nuevas leyes militares de Alemania, el ejército alemán tenía 120.000 más que el de Francia, á pesar de haber votado apresuradamente las Cámaras francesas el servicio de tres años, poniéndolo en vigor. De no haberse tomado esta disposición, el desequilibrio entre ambas fuerzas hubiese sido considerable, corriendo Francia un peligro mortal.

Hay que advertir, sin embargo, que la diferencia entre ambos ejércitos no resulta tan enorme si se tiene en cuenta que la República Francesa disponía además de sus tropas coloniales, que no tienen equivalente en Alemania.

Se creó el cargo de generalísimo ó presidente del Consejo Superior de Guerra para que interviniese directamente en la preparación del ejército que había de mandar cuando se rompiesen las hostilidades. Joffre entró en escena modestamente, sin ser conocido por el gran público, dedicándose en silencio á la preparación de la defensa nacional. Todo se fué organizando para que la República pudiera pasar de la paz á la guerra, sin desorden, sin confusión, sin sacudidas violentas, encontrando preparadas las cosas hasta en sus menores detalles. Antes de abandonar Millerand el ministerio, en 1912, obtuvo del Parlamento un subsidio extraordinario de 500 millones para completar el material de guerra.

Al ser conocido en Febrero de 1913 el programa de nuevas leyes militares de Alemania, aumentando el efectivo de sus fuerzas permanentes hasta 900.000 hombres, los gobernantes de Francia se alarmaron con harto motivo, pues su país, basándose en la ley de 1905, sólo podía tener normalmente sobre las armas de 500.000 á 600.000 hombres.

El nuevo presidente de la República, M. Poincaré, se mostró partidario de una reforma de la ley, ampliando á tres años el servicio en el ejército activo, único medio de aumentarlo en 200.000 hombres. De este modo la República, con un ejército activo de 700.000 á 800.000 hombres, «podría contemplar el porvenir, sin temblores de miedo».

Empezó la campaña política en favor de la ley de tres años. Como dijo un gran diario inglés, «jamás una democracia libre dió tan espléndido ejemplo».

El presidente Poincaré, en su Mensaje dirigido á las Cámaras el 20 de Febrero de 1913, explicó

de este modo la urgencia de la reforma en cuestión:

«La paz no se decreta nunca por la voluntad de un solo pueblo, y el adagio que nos legaron los latinos, *Si quieres la paz prepárate para la guerra,* jamás ha sido tan verdadero como en el presente. Un pueblo sólo puede ser hoy eficazmente pacifico estando siempre pronto para hacer la guerra... Una Francia disminuida, una Francia expuesta por su culpa á retos y á humillaciones, no sería Francia. Equivaldría á cometer un crimen contra la civilización dejar que nuestro país decayese en medio de tantas naciones que desarrollan sus fuerzas militares.»

Era ministro de la Guerra en el gabinete presidido por Briand, M. Etienne, antiguo amigo de Gambetta, que había mostrado siempre gran entusiasmo por el engrandecimiento de la defensa francesa. Etienne presentó á las Cámaras un proyecto «para modificar la ley de 21 de Marzo de 1905 en lo referente á la duración del servicio en el ejército activo». Pero mientras la comisión del ejército estudiaba este proyecto, una batalla parlamentaria hizo caer al gabinete Briand, sustituyéndolo un nuevo gobierno presidido por Barthoux.



RAIMUNDO POINCARÉ
Noveno presidente de la República Francesa
(Fot. Henri Manuel, París)

Este nuevo gobierno tuvo como su fin más importante hacer votar la ley de tres años, subordinando á ello toda su política. Lo mismo Barthoux en el terreno parlamentario, que el presidente Poincaré por medio de entrevistas particulares con los jefes de partido y con personajes ilustres que habían combatido su candidatura á la presidencia, trabajaron tenazmente por hacer adoptar la ley. Barthoux, que estaba enterado de los preparativos de Alemania, ordenó bajo su responsabilidad una medida extrema, conservando en las filas á los soldados que con arreglo á la antigua ley debían ser licenciados en Octubre de 1913. Esta medida, si se quiere antilegal, semejante á las que adoptaban los hombres de la Convención basándose en la «salud pública», fué aprobada en la Cámara por una gran mayoría y contribuyó meses después á la salvación de Francia.

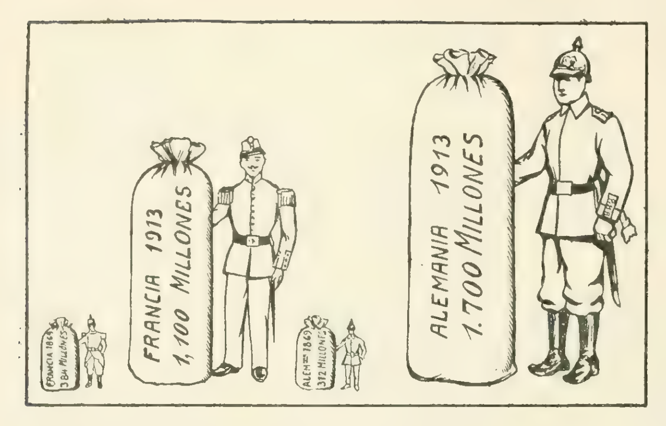
El proyecto del gobierno fué modificado por la comisión parlamentaria del ejército con algunas reformas oportunas de Joseph Reinach y otros individuos, inspiradas en necesidades del momento.

La ley de tres años fué objeto de grandes discusiones en la Cámara, defendiéndola Le Hérissé, presidente de la comisión; Paté, que era el ponente; Joseph Reinach, Montebello y otros diputados. Todos hicieron presente, así como Barthoux, que Francia estaba amenazada por un «ataque brusco» de Alemania, y que si no existía un ejército fuerte de cobertura, la concentración de la defensa nacional tendría que hacerse á cien kilómetros de la frontera, abandonando á los enemigos una gran parte del territorio.

El proyecto fué combatido por muchos personajes parlamentarios. Todos los representantes de Francia eran igualmente patriotas y deseaban aumentar los medios de defensa; pero sus opiniones resultaban contradictorias al apreciar la forma con que debía organizarse esta defensa. Unos en vez de tres años creían suficiente un período de treinta meses; otros, como Jaurés, optaban por el sistema de milicias, que podía proporcionar á la defensa nacional mayor número de hombres. Clemenceau, León Bourgeois y otros personajes del partido radical se declararon partidarios del servicio de tres años. Al fin la ley, con diferentes modificaciones, fué votada el 19 de Julio de 1913 por la Cámara de diputados, y el 7 de Agosto por el Senado.

El efectivo permanente del ejército quedó aumentado de este modo en 220.000 hombres, representando en su conjunto alrededor de 800.000 combatientes. Esta fuerza puso á Francia al abrigo de un ataque brusco, permitiendo que las reservas del país se reuniesen á sus espaldas, adquiriendo la necesaria homogeneidad.

La mejor prueba de lo oportuna que resultaba dicha ley, la dió Alemania al acogerla con grandes muestras de irritación. Las revelaciones de la diplomacia francesa en Berlín contenidas en el «Libro Amarillo», del que ya hablamos, consignan la cólera



AUMENTO DEL PRESUPUESTO MILITAR EN FRANCIA Y EN ALEMANIA

En 1869, ó sea en vísperas de la guerra franco-prusiana, el presupuesto militar de Francia era de 384 millones anuales, frente al presupuesto de Prusia de 312 millones. En 1913, por el contrario, el presupuesto francés fué inferior al alemán en 600 millones. Francia empleaba por año 1.100 millones para el mantenimiento de sus fuerzas frente á Alemania que gastaba 1.700 millones. Esta desproporción obligó á los hombres de Estado franceses á votar la ley «de tres años» y adoptar otras medidas.

De estas cifras enormes resulta que era imposible la continuación de la paz armada por lo costosa.

con que saludó toda Alemania la ley de «tres años», desde el kaiser á los últimos funcionarios militares y civiles. Según ellos, Francia «no tenía derecho, con sus 40 millones de habitantes, á rivalizar con Alemania en preparativos de guerra». Para los alemanes lo lógico era que la República permaneciese desarmada, en una lamentable inferioridad, y que continuase aceptando silenciosamente sus provocaciones y sus exigencias.

▫

El considerable aumento de las fuerzas militares en los dos países fué acompañado de enormes gastos extraordinarios. El presupuesto de guerra era de 1.700 millones anuales en Alemania y de 1.100 millones en Francia.

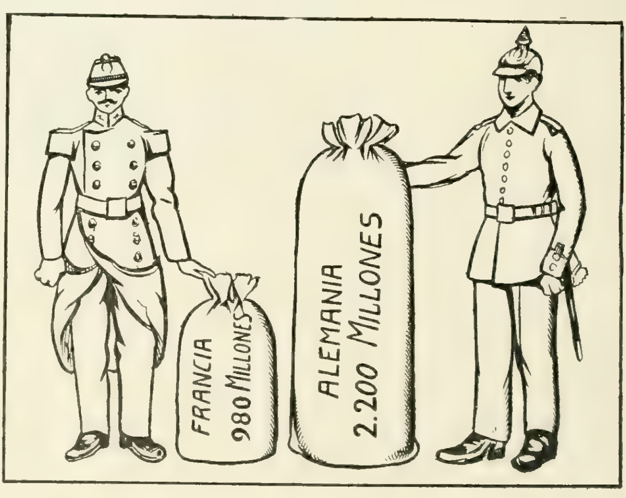
Los gastos extraordinarios aumentaron considerablemente estas cifras monstruosas. De 1902 á 1913, Alemania invirtió en aquéllos 2.200 millones y Francia en el mismo período 980 millones.

Á pesar de la desproporción entre ambas cifras, el material de guerra francés ha rivalizado dignamente con el de los adversarios, y especialmente su artillería de campaña resulta superior á la de los alemanes.

Esta superioridad, en la que entra por mucho la valía del personal, se debe principalmente al famoso cañón de 75.

El autor de esta arma célebre fué el teniente coronel Deport, que la concibió en 1892, realizando grandes y penosos estudios para llegar á la perfección de su invento. Otros oficiales de artillería trabajaron en el complemento de la pieza, añadiendo nuevos detalles para la seguridad y la rapidez del tiro. Estos colaboradores fueron el general Sainte-Claire Deville, comandante en aquel entonces, y el coronel Rimailho, inventor de los cañones gruesos que llevan su nombre.

La historia de la invención del 75 resulta curiosa. En 1892 el general Mathieu, director de artillería en el ministerio de la Guerra, supo por un informe secreto que un ingeniero alemán llamado Haussner estaba trabajando en los talleres de Krupp para llevar á la práctica un cañón que había inventado de tiro rápido, ***reculando sobre la cureña***. El informe añadía que la casa Krupp iba á emprender en gran escala la construcción del nuevo material. Mathieu, buen conocedor de los méritos de sus oficiales, llamó al comandante Deport, director de los talleres de artillería de Puteaux, para preguntarle si era capaz de inventar un cañón semejante al del alemán, que tirase «reculando sobre la cureña», y Deport, después de largas reflexiones, manifestó que intentaría resolver el problema propuesto. En 1894 el comandante presentó al ministro de la Guerra su invento: un cañón de campaña que hacía hasta 25 disparos por minuto. Su precisión y su estabilidad



COMPARACIÓN DE LOS GASTOS MILITARES EXTRAORDINARIOS EN FRANCIA Y EN ALEMANIA

De 1902 á 1913 Alemania ha consagrado 2.200 millones á los gastos militares extraordinarios y Francia solamente 980 millones. Á pesar de esta desproporción, el material de guerra francés no ha resultado muy inferior al del enemigo, y en algunos extremos se ha mostrado superior, lo que acredita el espíritu económico y la inteligencia de los organizadores técnicos.

eran tales, que los dos sirvientes de la pieza podían permanecer durante el tiro ocupando sus asientos en la cureña. El cañón de 75 acababa de nacer, «realizando todos los deseos que hubiese podido formular el artillero más exigente».

Mientras el comandante Deport trabajaba día y noche en su invento, el ministerio de la Guerra francés creía que la fábrica Krupp multiplicaba en secreto la pieza inventada por Haussner. La realidad era muy distinta, y un falso informe proporcionado al general Mathieu había servido para la creación del 75.



CORONEL DEPORT

Era verdad que el ingeniero Haussner había inventado un cañón y que se hacían ensayos de él en los talleres de Krupp, en Essen. Pero estos ensayos habían fracasado desde el primer momento, por defectos de la pieza ó por estar mal dirigidos, intencionadamente. Según Haussner, la casa Krupp estaba interesada en hacer fracasar una invención que resultaba contraria á sus tradiciones y anulaba todo su material existente. El ingeniero, despechado por su fracaso, se fué á buscar fortuna en la América del Sur, y la casa Krupp, tal vez por apego á la rutina, dejó que la artillería francesa tomase un gran avance sobre la de su país.



GENERAL DELOYE

El comandante Deport tuvo la mala suerte que parece acompañar á todos los inventores. Oficial de mérito, pero desconocido durante muchos años, el renombre llegó para él cuando ya era viejo. Como premio por su invención, fué ascendido á teniente coronel, pero su edad no le permitía llegar á los altos grados del ejército y pidió el retiro, pasando á dirigir los talleres particulares de la fundición de Châtillon Commentry. En este puesto, que ocupa actualmente, inventó un nuevo cañón de montaña, usado igualmente por el ejército francés.

Después que el teniente coronel Deport se retiró del servicio, Sainte-Claire Deville y Rimailho añadieron nuevos detalles á la pieza de 75 milímetros, dejándola en su forma actual.



CORONEL RIMAILHO

La historia de la fabricación de los primeros cañones de este tipo resulta igualmente interesante. No bastaba poseer el modelo del invento: había que conseguir que lo adoptase el gobierno, y sobre todo que el parlamento proporcionase los fondos necesarios para su fabricación. Al mismo tiempo era conveniente ocultar al enemigo la existencia de esta arma extraordinaria.

El general Deloye, que había sucedido á Mathieu en la Dirección de Artillería, se encargó de llevar adelante esta obra. Deloye, dotado de una gran habilidad para conseguir sus fines, se dió cuenta de que era necesario despistar á los curiosos y á los enemigos para conservar en secreto el nuevo material. Por una serie de torpes ingenuidades, de indiscreciones bien preparadas y de misteriosos fingimientos hizo creer á todos, y especialmente á los espías alemanes, siempre bien enterados, que la futura artillería francesa debía tener por base un cañón que estaba estudiando el capitán Ducrós, al mismo tiempo que Deport inventaba su 75. El gobierno alemán se lanzó en esta falsa pista, indicada por sus espías, y en 1896 los artilleros alemanes exhibieron con orgullo un nuevo cañón de tiro acelerado semejante al de Ducrós.



GENERAL SAINTE CLAIRE DEVILLE

El general Deloye, con su inteligente socarronería, dejó que cantasen victoria y que fabricaran en abundancia su nuevo cañón, para que después les resultase difícil volver sobre sus pasos. Convencido del gran servicio que prestaba á Francia, se atrevió á construir una gran parte del nuevo material sin crédito alguno, sin otro auxilio que el de algunos individuos de la comisión parlamentaria, á los que hizo partícipes del secreto y que cometieron noblemente varias irregularidades administrativas con el fin de adquirir los fondos necesarios, sin que el país conociese su destino. Todas estas per-



UNA BATERÍA DE 75 MARCHANDO Á TOMAR POSICIÓN (Fot. Rol)

sonas, de escrupulosa probidad, pusieron en peligro el honor de su nombre para realizar la obra patriótica dentro del más absoluto secreto. La venta de terrenos pertenecientes al ramo de Guerra en el recinto de París, cuyo producto aparecía falsamente destinado á otros fines, sirvió para la construcción de las primeras baterías de 75.

Fué una verdadera fortuna para Francia que viviesen hace veinte años al mismo tiempo el coronel Deport en los talleres de Puteaux y el general Deloye en la Dirección de Artillería. Gracias al concurso de estas dos voluntades fué descubierto el 75 y el invento pudo llevarse á la práctica.

Como la obra patriótica debía conservarse en el más absoluto misterio, ninguno de los dos militares conoció la popularidad. Sólo desde hace unos meses se ha enterado Francia de los nombres de estos obreros de la defensa nacional, abnegados é inteligentes. Deport es hoy un inventor al servicio de una empresa particular. Deloye murió olvidado. Su único premio fué que el general Gallifet dijese en 1900 desde la tribuna de la Cámara: «Un hombre al que nunca manifestaréis bastante vuestro agradecimiento, es el general Deloye. Á



BATERÍA DE 75 DISPONIÉNDOSE Á DISPARAR (Fot Meurisse)



PONIENDO EN BATERÍA UN CAÑÓN DE 75 (Fot. Rol)

él debemos la reconstitución de nuestra artillería.»

Si Francia fuese realmente una nación agresiva, ansiosa de vengarse de Alemania, hubiera aprovechado en 1897 el invento de este cañón, que le daba una superioridad aplastante sobre el enemigo.

Sus fuerzas militares eran en aquel entonces tan numerosas como las de Alemania, y además tenía el 75, que con su misteriosa novedad hubiese barrido rápidamente toda la artillería anticuada de Krupp.

Pero la República Francesa ama la paz. En toda su vida no ha hecho más que prepararse para la defensa, viéndose obligada á mantenerse en guardia ante las provocaciones de un enemigo vanidoso é insolente.



ARTILLEROS DESCANSANDO JUNTO AL ARMÓN DE MUNICIONES DE UN CAÑÓN DE 75 Fot. Meurisse

En 1912, antes de ser aceptada la ley «de tres años», el ejército francés permanente estaba compuesto de 30.000 oficiales y 530.000 hombres de tropas metropolitanas, y 4.130 oficiales y 87.000 hombres de tropas coloniales.

Las fuerzas movilizables en caso de guerra ascendían á cuatro millones y medio de hombres.

Todo este ejército permanente estaba dividido en 163 regimientos de infantería de línea, compuesto cada uno de 3 batallones con 4 compañías; 30 batallones de cazadores á pie de á 6 compañías; 4 regimientos de zuavos, compuesto cada uno de 5 batallones con 4 compañías; 4 regimientos de tiradores argelinos, que tenían de 3 á 6 batallones, y 2 regimientos



INFANTERÍA FRANCESA EN UN CAMPO DE LA CHAMPAÑA (Fot. Rol)

extranjeros con un número variable de batallones de á 4 compañías. Cada uno de los regimientos contaba con 2 ó 3 secciones de ametralladoras.

En caso de movilización, se añadían á estos cuerpos activos 145 regimientos territoriales de infantería, con un número variable de batallones, según los recursos del reclutamiento regional, 7 batallones de cazadores territoriales y 12 batallones de zuavos.

La caballería constaba de 12 regimientos de coraceros, 32 de dragones, 23 de cazadores, 14 de húsares, 6 de cazadores de África y 4 de spahis: en total 91 regimientos, compuesto cada uno de 4 escuadrones activos y un escuadrón de depósito, exceptuando los regimientos de spahis, que cuentan con 5 escuadrones activos. Las brigadas de caballería tienen secciones de ametralladoras montadas sobre ruedas.



UN PELOTÓN DE DRAGONES FRANCESES EN LA ENTRADA DE UN PUEBLO

La infantería está armada con el fusil Lebel de repetición, calibre de 8 milímetros, con depósito conteniendo 8 cartuchos. La caballería usa una carabina del mismo modelo, y además sable y lanza.

La artillería com-



(Fot. Rol)

DRAGONES MANEJANDO UNA AMETRALLADORA

prendía 62 regimientos de campaña compuesto cada uno de ellos de 3 ó 4 grupos, subdivididos en 3 baterías de á 4 piezas, ó sea un total de 634 baterías montadas. Además 16 baterías á caballo; 21 baterías de artillería pesada; 2 regimientos de artillería de montaña compuestos de 18 baterías, y 11 regimientos de artillería á pie comprendiendo 57 baterías de plaza y 32 de costa.

Ya hemos dicho que la artillería de campaña dispuso desde 1897 del famoso cañón calibre 75, que recula sobre la cureña con freno hidráulico, y está defendido por una mampara de acero cromatizado. La artillería pesada tenía el cañón de 120 corto y el 155 con freno hidráulico y repercutor neumático, que es el llamado Rimailho, del nombre de su inventor. Al hablar de los incidentes de la guerra, mencionaremos las rápidas modificaciones hechas por los franceses en su artillería pesada á última hora, con una asombrosa facilidad de adaptación.

El ejército permanente tenía además 8 regimientos de ingenieros divididos en pontoneros, aeronautas,



(Fot. Meurisse)

SALIDA DE UN DIRIGIBLE FRANCÉS

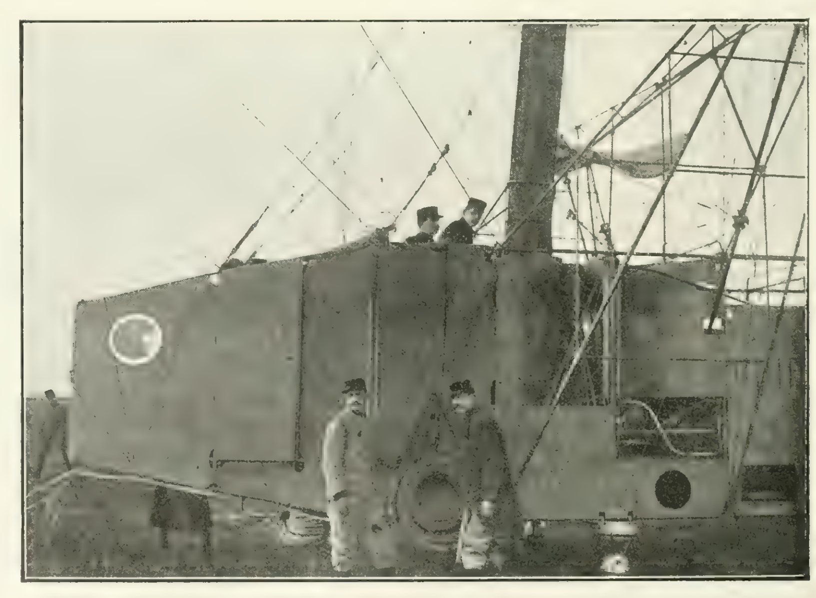


UNA SECCIÓN DE CAZADORES ALPINOS EN LOS VOSGOS (Fot. Rol)

telegrafistas, radiotelegrafistas y ferrocarrileros. Á todas estas fuerzas había que añadir la Administración militar, compuesta de 20 batallones, cada uno de 8 compañías; los cuerpos de secretarios de Estado Mayor, guarda-almacenes, obreros de los talleres militares y de Sanidad militar; 27 legiones de gendarmería; una legión de Guardia republicana y un regimiento de zapadores-bomberos.

Las tropas coloniales se componían de 16 regimientos de infantería colonial, situados 12 en Francia, 2 en Túnez, uno en Cochinchina y uno en China; un regimiento de tiradores anamitas; 4 regimientos de tiradores tonkineses; 4 regimientos de á 8 batallones cada uno de tiradores negros del Senegal; 3 regimientos de tiradores malgaches; 2 escuadrones de spahis senegaleses; 3 regimientos de artillería colonial en Francia y 4 de la misma clase en las colonias.

El territorio francés estaba dividido en tiempo de paz en dos gobiernos militares, el de París y el de Lyón, con 21 regiones de cuerpo de ejército.



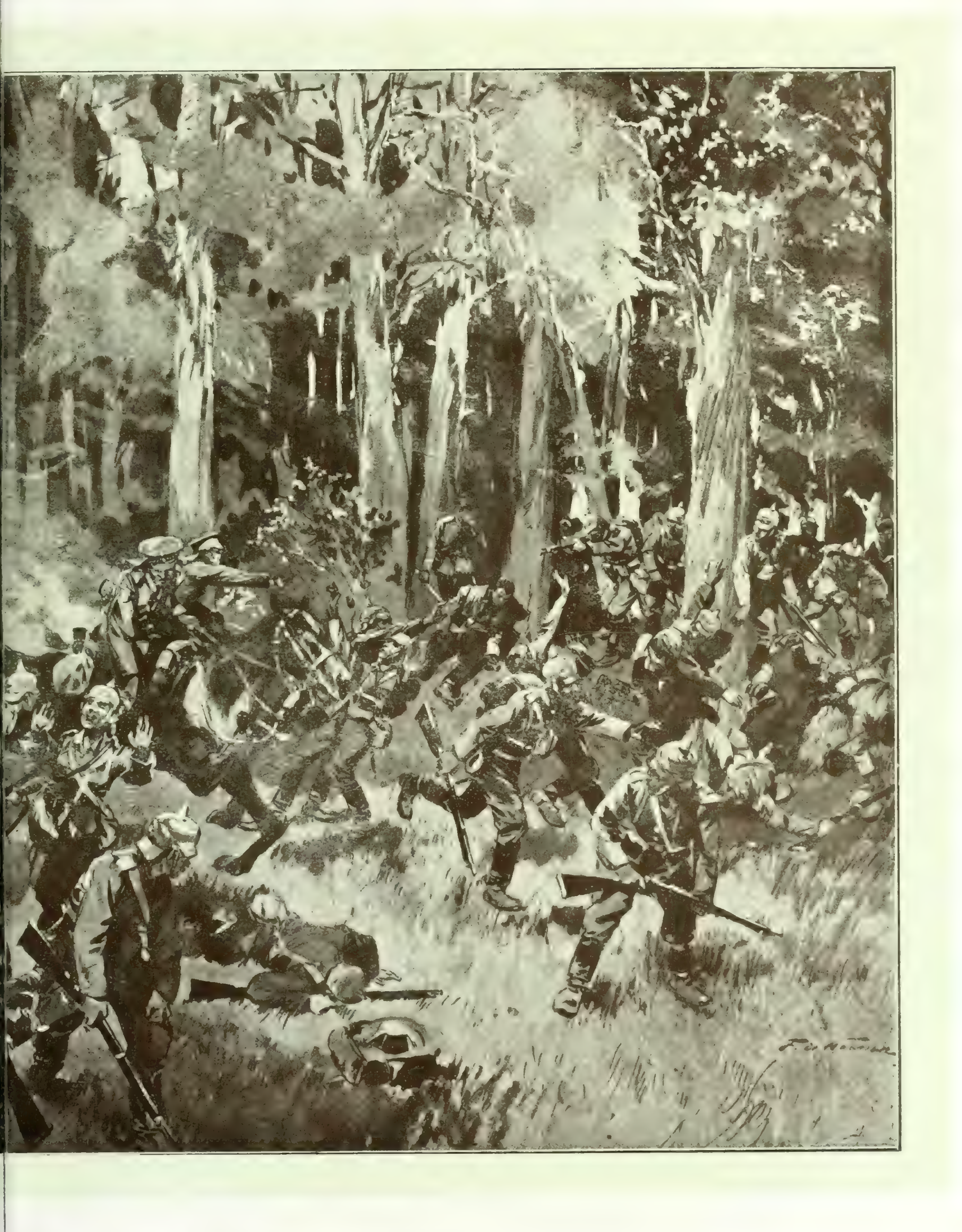
NAVE BLINDADA DE UN DIRIGIBLE MILITAR FRANCÉS (Fot. Meurisse)





Dibujo de Federico de Haenen, de «The Illustrated London News»

La caballería inglesa desalojando de



...us posiciones á la infantería alemana

TROPAS DE AFRICA DESEMBARCANDO EN MARSELLA

La «ley de los tres años» modificó todo este sistema al dar á las fuerzas permanentes de Francia un aumento de 200.000 hombres. Además, en el curso de la guerra las fuerzas territoriales se han aguerrido, confundiéndose con las del ejército permanente. Se han formado nuevos cuerpos, y el ejército francés consta hoy de 5 millones de hombres aproximadamente.

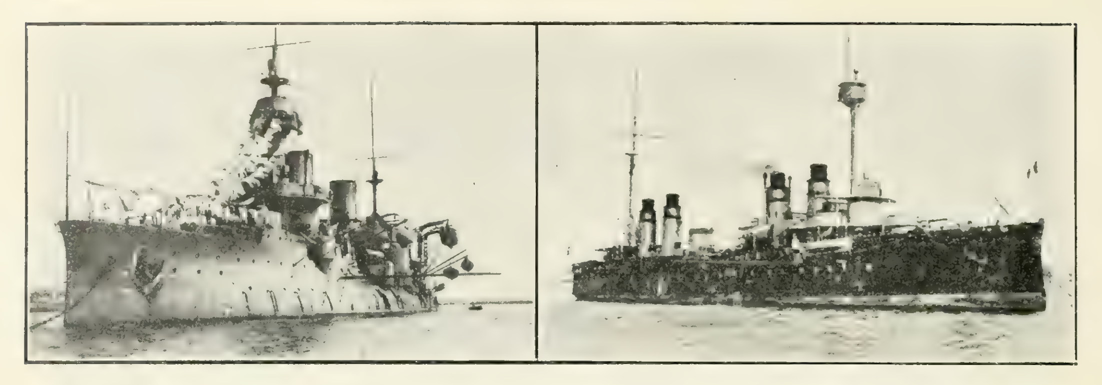
La marina francesa ha conservado su antigua importancia. No se nota decadencia en el valor de su material ni en la pericia de sus hombres; pero ha progresado poco, dejándose sobrepasar por las marinas de otros países que hace medio siglo estaban muy por debajo de ella.

Después de 1870 Francia se ha mostrado incierta y vacilante en su política naval, teniendo en cierto modo sus razones para no seguir una conducta rectilínea. Á consecuencia de sus expansiones coloniales, que la ponían en continuo conflicto con los exploradores ingleses de África, temió durante algunos



TIRADORES SENEGALES

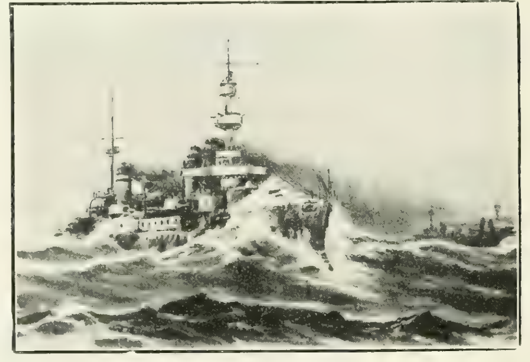
Fots. Rol



EL ACORAZADO «BOUVET»

EL «DESSAIX», CRUCERO ACORAZADO

años la posibilidad de una guerra naval con la Gran Bretaña. Esto le hizo organizar sus fuerzas marítimas con un fin puramente defensivo, limitándose á la fortificación de sus puertos y sus costas, á la construcción de numerosas escuadrillas de torpederos y submarinos para proteger la Mancha, y á la constitución en el Mediterráneo de una escuadra de grandes cruceros que mantuviese sus comunicaciones con las colonias de África.



EL ACORAZADO «PATRIE»

Cuando Guillermo II se lanzó audazmente á la conquista de los mares siendo un peligro para Inglaterra, ésta se aproximó á Francia, y las dos naciones llegaron al «Acuerdo cordial», combinando para lo futuro su acción común en la tierra y en el mar. Francia, con arreglo á este acuerdo, debia concentrar todas sus fuerzas en la guerra continental, encargándose la Gran Bretaña, con sus escuadras enormes, de la dominación de los mares.

Viendo la República aseguradas sus costas del Atlántico por la marina inglesa, y teniendo que afirmar sus comunicaciones con África para el traslado de las tropas de Argelia, concentró todas sus escuadras en Tolón, encargándose de hacer la guerra en el Mediterráneo, con el auxilio de las estaciones navales de Gibraltar y Malta.

Francia, por exceso de estudio al elaborar su plan de nuevas construcciones navales, derrochó el tiempo y sufrió deplorables retrasos, perdiendo el segundo lugar que ocupaba entre las potencias marítimas.

Á pesar de esto todavía representa en el mar una fuerza considerable, pues cuenta con 25 acorazados, 19 cruceros acorazados, 9 cruceros protegi-



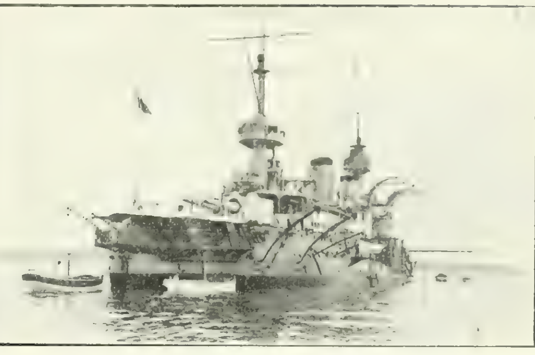
EL CRUCERO «LA GLOIRE»



EL ACORAZADO «LIBERTÉ»



«L'AMIRAL TREONART», CRUCERO ACORAZADO



EL ACORAZADO «SUFFREN»

dos, 83 destroyers, 118 torpederos y 72 submarinos.

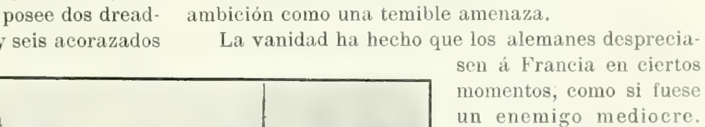
Algunos de sus buques son de viejo modelo y llevan veinte años de existencia, pero posee dos dreadnoughts, el *Jean Bart* y el *Courbet,* y seis acorazados casi de igual valor, el *Voltaire,* el *Condorcet,* el *Danton,* el *Mirabeau,* el *Diderot* y el *Vergniaud.*

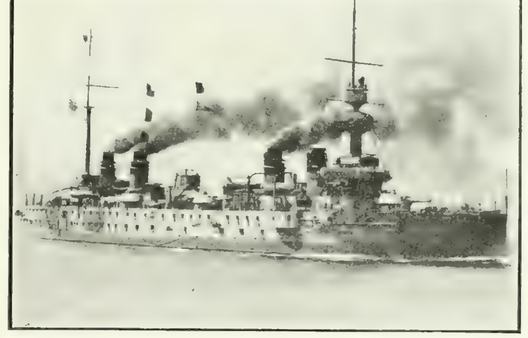
Además la guerra ha sorprendido á la marina francesa cuando estaba terminando en sus astilleros varios acorazados de indiscutible valía.

□

La República Francesa sufrió retrasos y equivocaciones en la organización de sus medios defensivos, pero á pesar de esto hay que admirarla por la prontitud con que ha sabido remediar sus defectos y encontrar nuevos recursos.

Es la única nación que ha preocupado á Alemania, la única que no le ha permitido saborear en paz su triunfo, presentándose siempre en sus ensueños de ambición como una temible amenaza.





EL ACORAZADO «MARSEILLAISE»

La vanidad ha hecho que los alemanes despreciasen á Francia en ciertos momentos, como si fuese un enemigo mediocre. Pero pronto modificaban su opinión, volviendo á las antiguas preocupaciones.

En 1879 el viejo emperador Guillermo no se hacía ilusión alguna sobre el resultado definitivo de sus victorias francesas de seis años antes, y escribía lo siguiente á Bismarck:

«Si tenemos otra guerra con Francia, yo no participo de la opinión del feldmariscal Moltke, que cree nuestras fuerzas suficientes para poder entablar esta nueva guerra sin el auxilio de aliados. Nos encontramos ahora en presencia de un ejército francés completamente distinto del



EL CRUCERO «JAURÉGUIBERRY»



EL CRUCERO «JULES FERRY»



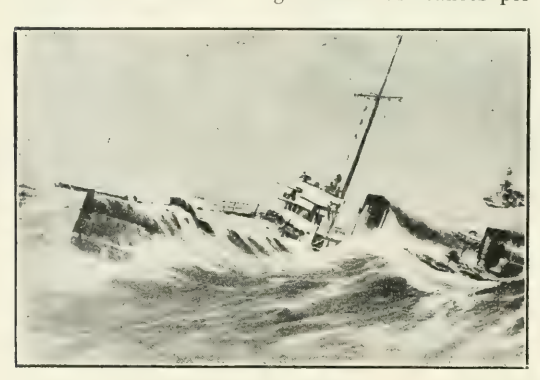
EL «MASSENA» RODEADO DE LOS CRUCEROS DE LA ESCUADRA

de 1870, pues nadie puede negar los progresos que llevan hechos los franceses desde esa época.»

Los gobiernos de la República han sabido dar á Francia una fuerza temible, por la potencia de su ejército, el alto grado de su preparación militar y la rapidez de su movilización.

El soldado francés es indiscutiblemente superior al alemán. La más alta personalidad del militarismo prusiano, Federico el Grande, lo reconoció siempre. «¡Las cosas que haría yo si mandase á soldados franceses!», dijo este monarca en sus momentos más difíciles.

Guillermo II admira igualmente al francés por



CONTRATORPEDERO

su espíritu despierto, propenso á la iniciativa y al entusiasmo, pero no creyó nunca que pudiese constituir un verdadero ejército, á causa de sus ideas políticas.

—La democracia es incompatible con la disciplina —ha declarado el kaiser con su pedantesca suficiencia.

Guillermo II ignora que hay una disciplina superior á la prusiana, más perfecta, más firme, capaz de milagrosos resultados.

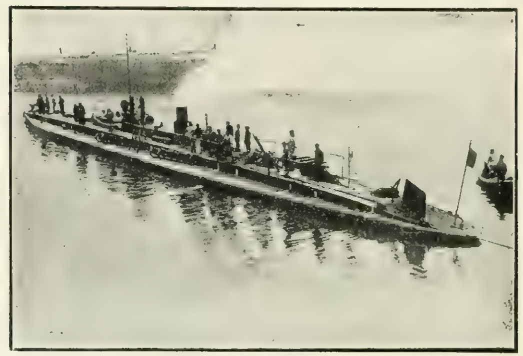
Es la disciplina voluntaria, nacida del consentimiento, que hace vivir á jefes y soldados como si fuesen hermanos, estrechamente unidos por el entusiasmo de un ideal común.

XVIII

Rusia y el paneslavismo

De todas las naciones europeas, Rusia fué la última que salió de la obscuridad, poniéndose en relación con los demás pueblos.

Llevaba América dos siglos de existencia conocida, habían navegado los españoles toda la redondez del planeta, abriendo nuevos horizontes á la actividad humana, y todavía era Rusia un misterio



SUBMARINO «VENDÉMIAIRE»

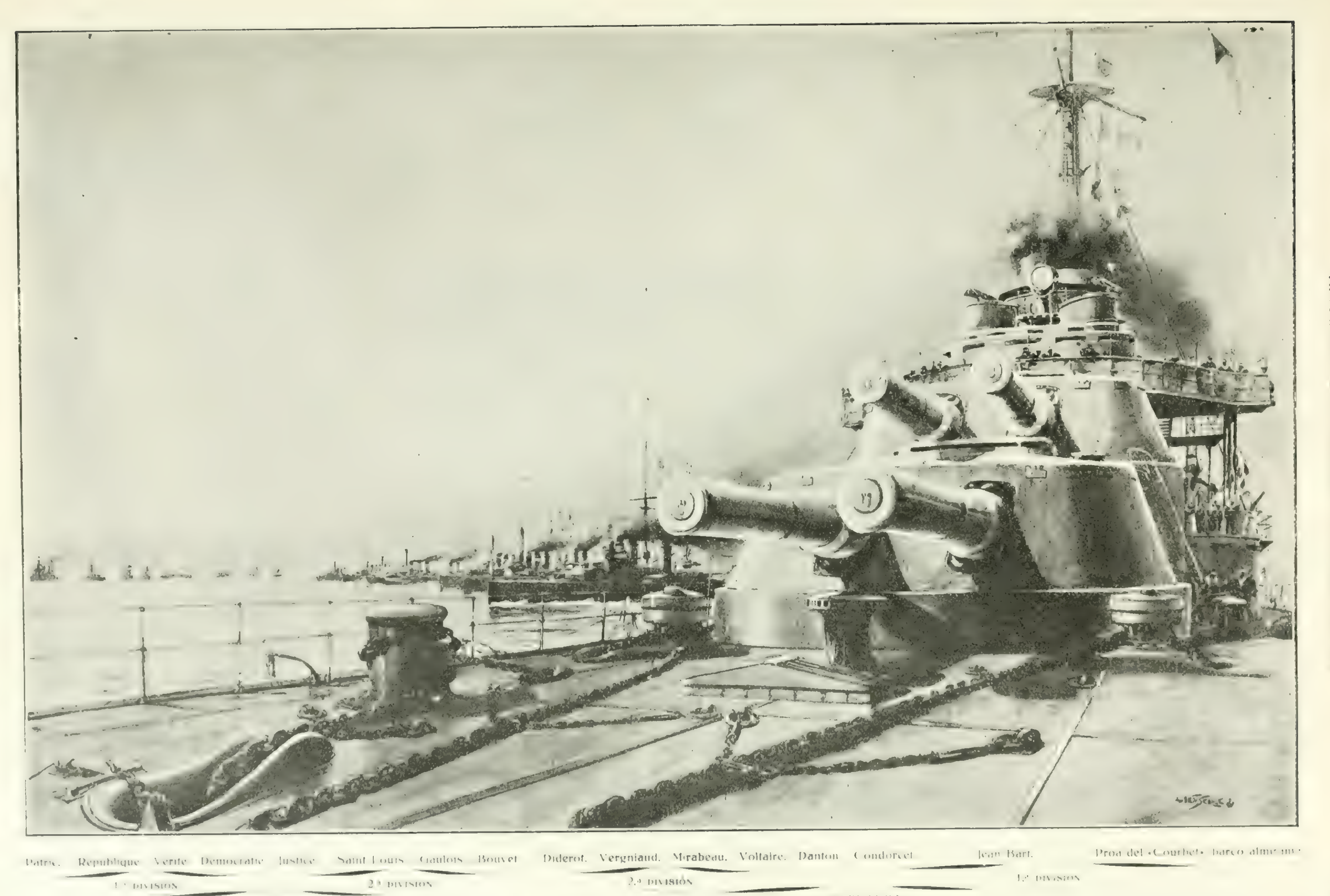
para el mundo. Las naciones de Europa, hasta el siglo XVIII, sólo conocieron el reino de Polonia. Más allá de este pueblo eslavo existía la noche histórica, el misterio, una nación bárbara designada con el nombre incierto de Moscovia.

Fué Pedro el Grande, con su vigorosa actividad, el que hizo saber que existía un Imperio ruso. Este monarca se lanzó á viajar por Europa como un comisionista de su país, estudiando de cerca los pueblos superiores para llevar á Rusia los productos de la civilización.

Después de él, Catalina II y su corte se preocu-



CONTRATORPEDERO «ARBALETE»



Patrie. Republique Verite Democratie Justice Saint Louis Gaulois Bouvet Diderot. Vergniaud. Mirabeau. Voltaire. Danton Condorcet Jean Bart. Proa del «Courbet» barco almirante

1.ª DIVISIÓN 2.ª DIVISIÓN 2.ª DIVISIÓN 1.ª DIVISIÓN

2.ª ESCUADRA 1.ª ESCUADRA

LAS ESCUADRAS FRANCESAS VISTAS DESDE LA PROA DEL «COURBET»

(Dibujo de A. Sebille, de la «Illustration» de París)

paron de activar las relaciones intelectuales con Europa. Francia dominaba al mundo en el siglo XVIII, merced á los refinamientos de su cultura, y San Petersburgo adoptó la lengua francesa, así como las costumbres y la cortesía de los monarcas de Versalles. Desde esta época fué de tradición en las familias de la nobleza rusa emplear el francés como lengua de la intimidad.

El uso del idioma y la imitación de las costumbres francesas prepararon á los rusos de clase superior, desde hace siglo y medio, para la amistad con Francia. Hasta en las guerras que sostuvieron rusos y franceses en 1812 y en la campaña de Crimea, se trataron ambos con cierta estimación. Por esto tal vez ha sido posible una alianza política y financiera entre las dos naciones, basada no solamente en el acuerdo de los gobiernos, sino que también en la recíproca simpatía de los pueblos. El mundo ha contemplado un espectáculo casi inverosímil en esta unión estrecha y cordial del más absoluto de los imperios europeos con la República de ideales más revolucionarios.



PEDRO I. EL GRANDE

El capital francés ha colaborado poderosamente en el renacimiento económico de la Rusia moderna. 20.000 millones de oro francés han sido colocados en Rusia durante los últimos veinte años, bajo la forma de empréstitos de Estado ó de empresas industriales. La solidaridad financiera une hoy á Rusia y Francia tanto como los intereses de la política internacional.

Las dos naciones representan dos mundos absolutamente distintos. Rusia ha estudiado ávidamente á Francia para copiar su civilización. Francia y el resto de Europa conocen defectuosamente el inmenso Imperio, ó no lo conocen en absoluto. El mundo dedicado á los negocios empieza á enterarse de las enormes riquezas que duermen en las entrañas de su suelo. El mundo intelectual se equivoca casi siempre al juzgar la vida interior de Rusia y sus confusas fermentaciones, de las que ha de surgir seguramente un gran pueblo.

Muchas de las ideas generales sobre Rusia han llegado hasta nosotros transmitidas por la opinión alemana, y los alemanes tienen un empeño especial en desfigurar y falsificar todo lo del Imperio ruso.

□

«El formidable amasamiento de pueblos diferentes —dice E. Taris—que se ha fundido hoy en una fuerte unidad política con el nombre de Rusia, llegó más tarde que ninguna otra nación europea á adquirir una posición de equilibrio.»

En varias manifestaciones de su vida, Rusia se halla al mismo nivel que los pueblos europeos al salir de la Edad Media. Si se exceptúan los ferrocarriles, que son obra del gobierno, el pueblo ruso, por sus virtudes, sus defectos, sus costumbres, sus medios de comunicación y su manera de existir, vive aún en el siglo XVI.

Su evolución histórica resultó lenta, y explica las aspiraciones del paneslavismo. La cuna de la nación rusa fué Kiew, señalándose en dicha región, por primera vez en la Historia, la presencia de los eslavos. Las tribus primitivas de esta raza se dividieron en tres agrupaciones. Unos marcharon hacia el Oeste, formando el grupo de los lusacienos y tcheques de una parte, y los pueblos búlgaros, servios, croatas, slovacos y slovenos de otra. Una segunda agrupación eslava emigró hacia el Norte y el Este, ocupando las tierras hasta los bordes del Báltico y el Océano Glacial, ó sea gran parte de la Rusia del presente. El tercer grupo se mantuvo en el mismo suelo, que aparece como la cuna de la raza eslava, y formó la nación polaca.

Durante largos siglos las tribus eslavas, desunidas entre ellas, vivieron bajo el yugo de los pueblos vecinos, belicosos y conquistadores. En 862 el pirata normando Rurik se apoderó de Novgorod, fundando el primer reino ruso. El nombre de este aventurero de los mares sirvió según parece para bautizar á la Rusia actual. Las tribus del reino de Rurik se titularon *Russ,* que en idioma finlandés significa «remero».

Un sucesor de Rurik llamado Oleg transportó á Kiew la capital de su reino. Años después Olga la Santa introdujo en 957 la religión ortodoxa entre los rusos, entrando éstos en relaciones con la Grecia bi-

zantina, unas veces por la guerra y otras por las transacciones de la paz.

La conversión de los eslavos al cristianismo ortodoxo es, según algunos autores, el verdadero motivo de que Rusia, extraña al catolicismo y al uso de la lengua latina—que fué hasta los tiempos modernos el lazo de unión de todos los intelectuales—, haya permanecido tantos siglos separada de la verdadera Europa y aislada de la civilización occidental.

Otro reino eslavo fué establecido por los búlgaros en las orillas del Volga; pero en el siglo XIII quedó aniquilado por la invasión de los tártaros. Éstos, á las órdenes del célebre Gengis-Khan, lo arrollaron todo, poniendo en peligro la vida civilizada de Europa. La bárbara invasión se extendió por la Rusia meridional hasta los Cárpatos, quedando el país durante dos siglos como un pueblo vasallo del Imperio mongol. Al mismo tiempo las tribus rusas del Norte eran sometidas á la servidumbre por una invasión de suecos y de germanos.



CATALINA II

Los rusos que pudieron sobrevivir libremente á estas derrotas se concentraron en el interior, haciendo de Moscou la capital de su monarquía. En 1380 Dimitri Donskoi venció á los tártaros definitivamente en Koulicovo, emancipando á Rusia. Sus sucesores engrandecieron el país poco á poco en todas direcciones, pero sin poder llegar nunca á las costas. La actual dinastía de los Romanof comenzó en 1613 con Miguel Romanof, iniciador de la obra de estabilidad política.

Á partir de Pedro el Grande se aceleró el progreso de Rusia. Este monarca, duro y progresivo, fundó á Petrograd (llamada por los alemanes San Petersburgo) y realizó la aspiración más vehemente del país, que deseaba llegar al mar. Su conquista de las provincias bálticas puso á Rusia en contacto con Europa. Catalina II desmembró el reino de Polonia y conquistó la actual ribera rusa del mar Negro. Alejandro I triunfó sobre Napoleón y fué por algunos años el árbitro de Europa. Bajo su reinado las sociedades secretas, influenciadas por el ejemplo de la Revolución francesa, empezaron á conspirar contra el Imperio absoluto. Nicolás I reprimió duramente á los revolucionarios y ensanchó las fronteras rusas del lado del Cáucaso. Sus armas protegieron contra Turquía á los rumanos, los servios y los griegos, descendiendo victoriosamente hasta Adrianópolis. La intervención de Inglaterra evitó que se apoderase de toda la Turquía. Luego la Gran Bretaña y Francia hicieron contra él la guerra de Crimea, que arruinó su poder naval en el mar Negro. El autócrata ruso murió del disgusto que le produjo esta derrota. De todos los zares fué el más enemigo de la libertad política. Á las crueles persecuciones que hizo sufrir á los rusos de ideas avanzadas, hubo que agregar su campaña contra los revolucionarios polacos y la ayuda que prestó á Francisco José en 1849 para el aplastamiento de la República húngara.

Alejandro II continuó la tradición civilizadora de Pedro el Grande, modernizando á Rusia con un gran desarrollo de los ferrocarriles y demás vías de comunicación. Mejoró la hacienda pública, reorganizó la justicia y suprimió la servidumbre en los campos, hecho el más glorioso de su vida. La expansión rusa en Asia recibió un vigoroso impulso, llegando hasta los últimos límites del viejo continente, ó sea hasta las costas del Pacífico, con la anexión de todos los principados musulmanes del otro lado del mar Caspio. En 1877 venció á los turcos, llegando sus tropas á los arrabales de Constantinopla. Esta victoria aseguró la autonomía de la Bulgaria y la independencia de Rumania y Montenegro. Además engrandeció la Rusia con los territorios turcos de Transcaucasia.

Su sucesor, Alejandro III, cambió la orientación de la política exterior. Hasta entonces Rusia había marchado unida con Prusia y Austria, sin grandes provechos y con crueles engaños. Las victorias sobre Turquía sólo habían servido para que los aliados de Rusia se aprovechasen astutamente de ellas adquiriendo nuevos territorios sin disparar un tiro, como lo hizo Austria al quedarse con Bosnia y Herzegovina. Alejandro III rompió con sus antiguos aliados, entrando en franca inteligencia con la República Francesa.

Su hijo Nicolás II continuó esta política, pero man-

teniéndose al mismo tiempo en buena amistad con Alemania. Las maquiavélicas sugestiones del gabinete de Berlín lo empujaron á una expansión en el Extremo Oriente, hasta que chocó con el Imperio japonés. Una guerra desgraciada fué la consecuencia de este encuentro, al mismo tiempo que en el interior se promovía una gran revolución de protesta social y política. Por algunos meses los enemigos de Rusia creyeron que el Imperio moscovita iba á disgregarse. Alemania siguió con mal disimulado regocijo esta crisis enorme, que podía privar á Francia de su aliada. Pero la habilidad de algunos hombres políticos logró conjurar el conflicto, resolviéndose éste definitivamente con la adopción del régimen constitucional que hizo desaparecer el antiguo absolutismo.

Rusia no sólo ha reorganizado con rapidez sus fuerzas militares aumentándolas considerablemente. Sus progresos en el terreno económico son enormes, hasta el punto de hacer de ella una nación rica y poderosa.

Bien conocida es la importancia de Rusia como productora de cereales. Su vida ha sido siempre agrícola. «Por cada 1.000 habitantes, se cuentan 850 campesinos, 107 burgueses, 23 cosacos, 15 nobles y 5 sacerdotes.» Solamente un 13 y medio por ciento de los rusos habitan las ciudades. Todas las cuestiones interesantes de la vida interna del Imperio fueron cuestiones agrarias. El gobierno intervino en varias ocasiones con un espíritu socialista para facilitar á los campesinos la posesión de la tierra, y esto ha favorecido el desarrollo productor en los últimos años, contribuyendo á calmar las regiones más agitadas por la revolución de 1905. Los cereales que exporta Rusia al resto de Europa representan miles de millones anualmente.

El poder económico de Rusia no reside únicamente en la agricultura. En el Oeste, el Centro y el Sur, existen grandes explotaciones metalúrgicas. En 15 años la Polonia rusa ha hecho un esfuerzo tan considerable y portentoso como el de las regiones más laboriosas de Alemania. Rusia dispone de grandes yacimientos de hierro y de carbón, y fabrica ella misma todas las máquinas y demás productos metalúrgicos necesarios para su vida.

□

Hablemos del paneslavismo.

Rusia tiene en su interior algunos pueblos que no son eslavos, pero en cambio numerosas poblaciones eslavas de su misma sangre y que forman parte de



LA QUIMERA DEL PANGERMANISMO

COMO SERÍA EUROPA DESPUÉS DE UNA VICTORIA AUSTRO-ALEMANA

El pangermanismo ha trastornado desde hace años, con sus proyectos de loca ambición, el mapa de Europa y el de África.

En Europa, la Alemania vencedora de Francia debía anexionarse el Franco-Condado, Borgoña, Champaña, Lorena, Flandes francés, el Artois, Picardía y Normandía. Su marina debía poseer todo el litoral, de Dunkerque á Cherburgo, frente á Inglaterra. Además, para tener acceso al Mediterráneo, Alemania se anexionaría una ancha faja del suelo francés, desde Besanzón á la costa Sur, convirtiendo el puerto de Tolón en un apostadero de su flota.

Suiza pasaría á ser de Alemania. Bélgica, Holanda y Dinamarca quedarían anexionadas á ella igualmente, por considerarlas naciones de origen alemán que estorban con su independencia el dominio absoluto del Báltico y el Mar del Norte. También se anexionaría el Imperio alemán varias provincias rusas lindantes con la Prusia oriental, y una mitad de Polonia con su antigua capital Varsovia.

Austria, á cambio de su alianza, había de recibir la otra mitad de la Polonia rusa y toda la totalidad de Servia, Montenegro y Albania. También recobraría á Venecia, recibiendo Italia como compensación el antiguo territorio de Niza. En el botín colonial de África correspondería al Imperio austriaco todo Túnez. El Medite-

su pasado, viven más allá de las fronteras del Imperio.

Una aspiración lógica de Rusia al verse poderosa, fué reunir á estos pueblos en un mismo organismo político, ó de no ser posible, emanciparlos, para que gozasen una vida de independencia. Por su parte, los pueblos eslavos que viven fuera de Rusia se han dado cuenta de que ésta es la única que puede defenderlos de la dominación extranjera, tomándolos bajo su poderosa protección.

Como consecuencia de esto se ha desarrollado todo un mundo espiritual de sentimientos y de ideas, y ha tomado forma una tendencia política con el título de paneslavismo.

No hay que confundir el paneslavismo y el pangermanismo. Los nombres se parecen, pero las tendencias son completamente diversas. Existe la misma diferencia entre uno y otro que la que separa el egoismo, del desinterés; el atropello, del derecho; la conquista, de la libertad.

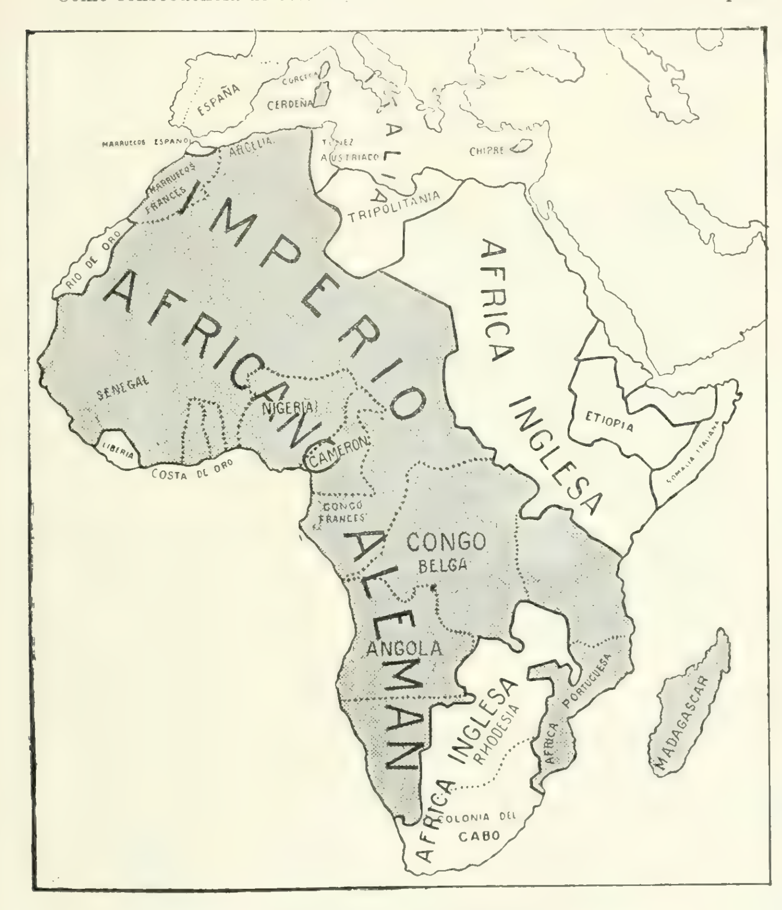
El pangermanismo sueña con anexionarse á viva fuerza naciones que se constituyeron libremente, que llevan siglos de existencia aparte y que no quieren ser alemanas. Una comunidad de idioma y lejanos recuerdos históricos le bastan para desear y justificar tales violencias.

El paneslavismo aspira á la libertad de todos los eslavos que viven fuera de Rusia, no para agregarlos al Imperio, sino para que se constituyan en Estados independientes, con una vida digna. En virtud de tan noble ideal, Rusia combatió á Turquía emancipando á los servios, los búlgaros y los montenegrinos, que son de su raza, y también á los rumanos, que pertenecen á la latinidad. Estos pueblos, gracias á Rusia, se constituyeron en Estados libres. Ahora el paneslavismo desea continuar su obra, emancipando á los demás pueblos eslavos que viven oprimidos por Austria y por Alemania.

Como se ve, el pangermanismo y el paneslavismo representan dos tendencias completamente opuestas.

Las aspiraciones paneslavistas, liberales y generosas, surgieron hace tiempo en el seno de las nacionalidades eslavas, cruelmente oprimidas. En el siglo XVII el sacerdote croata Krijaristch predicó esta doctrina, y en el siglo XIX el poeta slovaco-tcheque Kollar la prohijó, difundiéndola por todo el mundo eslavo, en el que produjo inmenso eco.

Hay que imaginarse la triste vida de los pueblos eslavos, sometidos durante varios si-



LA QUIMERA DEL PANGERMANISMO

CÓMO SERÍA ÁFRICA DESPUÉS DE UNA VICTORIA AUSTRO-ALEMANA

rráneo quedaría convertido en un lago alemán. Para asegurarse Alemania su posesión, se quedaría con las Baleares, la Córcega, la Cerdeña y Chipre. España, guardadora nominal del Estrecho, estaría bajo su dependencia. (Los pangermanistas apenas si se han ocupado ligeramente de España, como si les pareciese innecesario contar con su voluntad, ó no pudieran imaginarse la más pequeña resistencia de parte suya.)

En África, la Alemania vencedora se crearía un imperio colosal, apoderándose de Argelia, Marruecos, África occidental francesa, Congo francés y belga, Angola portuguesa, colonias inglesas de la costa de Oro y de Nigeria, la isla de Madagascar y el África oriental portuguesa. Esto por el momento. Años adelante la dominación alemana se extendería por el Norte y por el Sur, royendo poco á poco el África inglesa, desde las bocas del Nilo á la costa oriental, así como las posesiones sud-africanas.

En Asia, las colonias francesas del Tonkín y la Indo-China también pasarían á poder de los alemanes.

Una vez realizada en Europa y África la gran quimera de la vanidad germánica, el triunfador Imperio hubiese puesto sus ojos en las dos Américas, empezando la alemanización del Nuevo Mundo con el apoyo de las numerosas colonias y de súbditos que tiene en él, y que son á modo de vanguardias del pangermanismo dominador.

glos á los turcos y los austriacos. Toda Europa se agitó á principios del siglo XIX con revolucionarias convulsiones, por conseguir la libertad. Sólo estos pueblos siguieron en la miseria de la esclavitud, volviendo sus ojos cargados de esperanza hacia el Imperio ruso, unido á ellos por el parentesco étnico.

Á impulsos del sentimiento paneslavista, al hacer la guerra á Turquía el Imperio ruso en 1828, no se limitó á asegurar la independencia helénica, pues se atribuyó además el protectorado de la Moldavia y la Valakia. En 1853 obligó á Turquía, vencedora de Montenegro, á satisfacer las aspiraciones de este principado vencido. En 1877 emprendió su guerra contra los turcos, llegando vencedor á las puertas de Constantinopla, para obtener la independencia completa de los rumanos y la autonomía de Bulgaria.

El paneslavismo ha cumplido su generosa misión en lo que se refiere á los pueblos eslavos sometidos á Turquía. En 1912 todos los pueblos de esta raza que ocupan los Balkanes, se emanciparon definitivamente de la dominación turca. Pero al mismo tiempo que ocurría este gran hecho histórico, el Imperio austriaco complicaba la situación anexionándose definitivamente la Bosnia y la Herzegovina.



LAS RAZAS DE AUSTRIA-HUNGRÍA

Austria-Hungría, que tiene bajo servidumbre forzosa 15 millones de eslavos, al aprovechar la guerra de los Balkanes para anexionarse á los bosniacos y los herzegovinos, se puso en evidencia como un eterno obstáculo para los deseos y esperanzas del paneslavismo. Este gesto fatal inició la guerra europea del presente.

El gobierno austriaco alega que la situación de los eslavos existentes en su Imperio es muy distinta á la de los que vivían bajo la dominación turca. La constitución de la monarquía dualista acuerda una igualdad de derechos á los diferentes pueblos del Imperio; pero esto sólo existe en teoría. Los eslavos son considerados en la realidad como una raza inferior, y las autoridades austriacas los tratan lo mismo que á un pueblo conquistado. De ser verdad que todas las razas tienen en el Imperio iguales derechos, la monarquía dualista tendría que convertirse en triplista, y así como existe un reino de Austria y un reino de Hungría, debería crearse un tercer reino de los eslavos, con su Parlamento y su vida autonómica. El Imperio se ha negado siempre á esta solución, prefiriendo su régimen centralista, dominador y desigual, que coloca á los eslavos en una inferioridad envilecedora.

La importancia del elemento eslavo en Austria es considerable, y está representado por los siguientes pueblos: polacos, rutenos, servios, croatas, slovacos, slovenos y tcheques.

Los polacos de Galitzia, por solidaridad con sus hermanos de Rusia, que eran maltratados por el zarismo, mostraron hasta hace poco una gran adhesión al gobierno de Viena. Pero desde que el régimen ruso se fué suavizando en Varsovia, al mismo tiempo que el gobierno de Guillermo II extremaba sus crueles medidas con los polacos del gran ducado de Posen sometidos á Alemania, estos polacos austriacos cambiaron el objetivo de su hostilidad, mostrándose enemigos del germanismo.

Los rutenos de Galitzia han reclamado muchas veces su autonomía dentro del federalismo imperial, sin poder conseguir la más pequeña parte de sus pretensiones.

Los slovenos, los servios y los croatas tienen que luchar en sus territorios con la presión de los alemanes de nacionalidad austriaca, que los oprimen por el Norte, y de los italianos austriacos, más ricos que ellos y sin ninguna relación étnica, que huyen de su contacto por el Sur. Todos estos eslavos son pobres agricultores ó habitantes de las montañas, obligados á trabajar rudamente para mantener su vida, y las preocupaciones económicas no les permiten concentrar sus energías en una finalidad política. Las autoridades persiguen sistemáticamente á todos los esla-



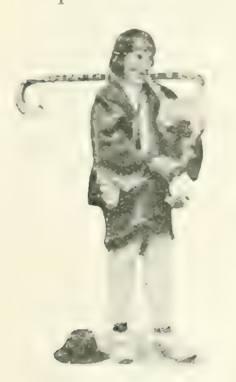
UN ESLAVO DE LA BOSNIA

vos que se preocupan de la suerte de su raza, complicándolos en procesos monstruosos y ridiculos. El eslavo, sea cual sea su mérito personal, se ve privado de intervención en la vida pública. En algunas poblaciones donde el vecindario está formado de un 5 por ciento de alemanes y un 95 por ciento de eslavos, los cargos de la justicia municipal son proveidos sistemáticamente con candidatos de la exigua minoría germánica, excluyendo á la enorme mayoría.

Como era de esperar, estos pueblos, ansiosos de respeto y libertad, han celebrado con gran entusiasmo los triunfos de la Servia independiente, viendo en el heroico esfuerzo de los hermanos de raza una esperanza de futura emancipación. Los servios sometidos á Austria no ocultan sus deseos de ser anexionados á la Servia independiente, contribuyendo tal actitud á las persecuciones que les hacen sufrir las autoridades austriacas, á los atentados personales con que se vengan los oprimidos y á la animosidad implacable de los gobernantes de Viena y Budapest contra los de Belgrado, odio que dió pretexto á la guerra actual.

ESLAVA DE LA HERZEGOVINA

Los tcheques habitantes del cuadrilátero de la antigua Bohemia, son los eslavos que han obtenido mayores concesiones del régimen centralizador de Viena. Después de la derrota de Sadowa, los tcheques emprendieron una enérgica campaña para obtener su autonomía. Así como los húngaros consiguieron al fin que fuese respetado y constituído como un pueblo aparte el antiguo reino de San Esteban, los tcheques desde 1868 reivindican los derechos históricos del antiguo reino de San Venceslao, formado de tres territorios: la Bohemia propiamente dicha, la Moravia y la Silesia. Después de una larga lucha, estos eslavos obtuvieron en 1882 la creación de una Universidad tcheque en Praga, y en 1897 el derecho de hablar y de escribir oficialmente en lengua bohemia. Hasta aquí llegaron en sus avances, sin poder conseguir nunca una autonomía igual á la de los húngaros.



GAITERO ESLAVO DE LA FRONTERA AUSTRIACA



TIPO DE MUJER ESLAVA DE LA BOSNIA

La protesta contra el germanismo late en el fondo del pueblo tcheque. Regimientos formados con hombres de esta raza se han sublevado varias veces contra los oficiales que se mostraban enemigos del eslavismo. Al iniciarse la presente guerra, Austria, como medida preventiva, tuvo que fusilar á numerosos soldados tcheques. Batallones enteros se habían insurreccionado matando á sus oficiales.

Rusia, que representa todas las aspiraciones del paneslavismo, no ha pensado jamás en anexionar estos pueblos á su Imperio. Desea que constituyan naciones independientes, como los eslavos de los Balkanes, ó que se unan en una confederación, sacudiendo para siempre el yugo de Austria. Además, gran parte de estos eslavos no son ortodoxos, y las diferencias religiosas tal vez amortiguasen las simpatías de raza que los impulsan hacia Rusia. El zarismo, que desea la libertad de los pueblos eslavos, no ha pensado nunca en su anexión. Este desinterés no es de ahora. En 1867 escribía la *Gaceta de Moscou:* «No es la adquisición, la opresión y la anexión de las nacionalidades eslavas de Austria lo que desea Rusia, sino por el contrario, la existencia, ***tan independiente como sea posible,*** de dichas naciones.»

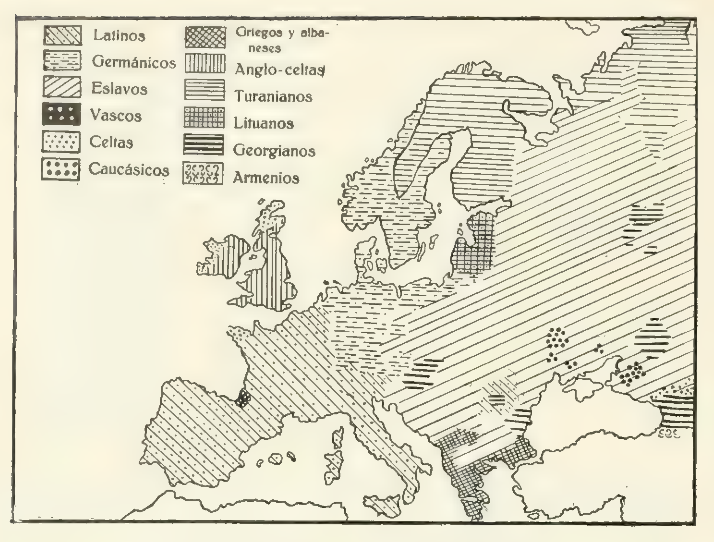
o

Rusia es un Imperio enorme por la extensión del suelo y el número de sus habitantes, y como consecuencia natural su ejército resulta un organismo formidable.

Con arreglo á los cálculos ordinarios, basados en el aprovechamiento de una décima parte de la población, Rusia en último extremo puede llegar á poner en pie de guerra 16 millones de hombres.



POLACO DE LA FRONTERA AUSTRIACA



DISTRIBUCIÓN DE LAS RAZAS EN EUROPA

La etnología de Europa es muy variada. Además los pueblos se han mezclado mucho con los accidentes históricos, y en realidad no existen razas bien caracterizadas y con vida aparte. Pero se distinguen los pueblos por su tipo originario, por su lengua y sobre todo por su educación y su mentalidad. De este modo pueden apreciarse tres agrupaciones principales:

Los greco-latinos (franceses, belgas-walones, italianos, españoles, portugueses, rumanos y griegos): 110 millones de hombres.

Los germanos, muy diseminados (alemanes, austriacos, holandeses, flamencos): 160 millones.

Los eslavos (rusos, rutenos, búlgaros, polacos, tcheques, slovacos, slovenos, croatas y servios): 200 millones.

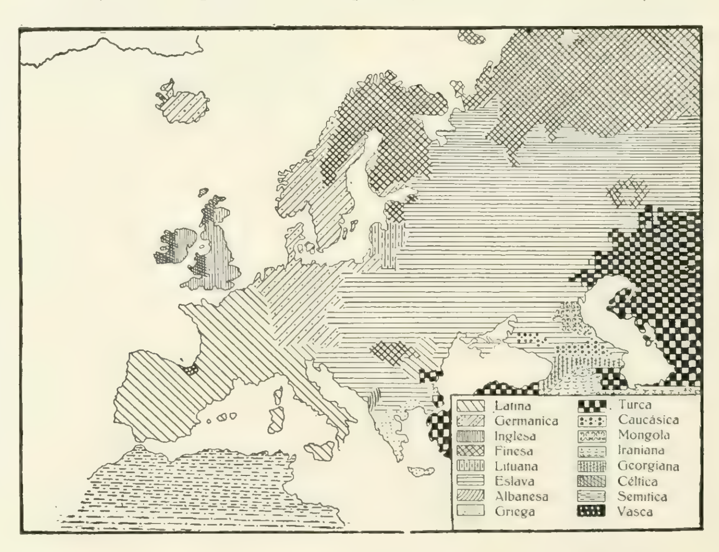
Los ingleses forman aparte como anglo-celtas.

Su ejército en tiempo de paz se componía aproximadamente de un millón y medio de soldados, dividido en la siguiente forma: 1.° Las tropas activas propiamente dichas: la Guardia imperial, los cuerpos de granaderos, 25 cuerpos de ejército en Europa, 3 cuerpos en el Cáucaso y 8 en Asia. 2.° Las tropas cosacas. 3.° La gendarmería, que depende del ministerio del Interior. 4.° Los aduaneros, que dependen del ministerio de Hacienda, pero forman verdaderos organismos militares.

La infantería rusa comprende: la *Guardia imperial*, compuesta de 12 regimientos de granaderos, 1 regimiento de guardias de corps y 4 regimientos de tiradores. La *infantería de línea*, compuesta de 16 regimientos de granaderos, 208 regimientos de línea, 106 regimientos de tiradores y 6 batallones de cosacos de Kouban. Total, 355 regimientos, formados por 1.288 batallones.

La caballería comprende la Guardia imperial con 14 regimientos: 1 de guardias, 3 de coraceros, 2 de dragones, 2 de hulanos, 2 de húsares, 3 de cosacos y 1 de cosacos de la escolta del emperador. La caballería de línea se compone de 21 regimientos de dragones, 17 de hulanos, 18 de húsares y 1 de tártaros de Crimea. Los cosacos forman 50 regimientos, llamados de primer turno. Esto da un total para la caballería de 122 regimientos con 739 escuadrones ó *Sotnias* en tiempo de guerra. Después que son llamados los cosacos de segundo y tercer turno, la caballería rusa puede llegar á más de 1.500 escuadrones.

La artillería de campaña y la de montaña están repartidas en 59 brigadas, comprendiendo cada una dos grupos de 3 baterías con 8 piezas por batería. La artillería montada comprende una brigada de la Guardia con 6 baterías, 12 grupos compuesto cada uno de 2 baterías, 8 grupos de artillería cosaca y 8 baterías de artillería de montaña á caballo. La artillería pesada tiene 35 grupos, formado cada uno de 2 baterías de morteros, 1 batería independiente en Siberia y 7 grupos de cañones pesados de á 3 baterías cada uno. Esto da un total de 449 baterías de campaña con 3.592 piezas, 51 baterías de montaña, 30 ba-



LAS LENGUAS DE EUROPA

El reparto de lenguas en Europa está en relación natural con el reparto de razas. Su variedad puede agruparse en tres unidades. Grupo greco-latino, germánico y eslavo.

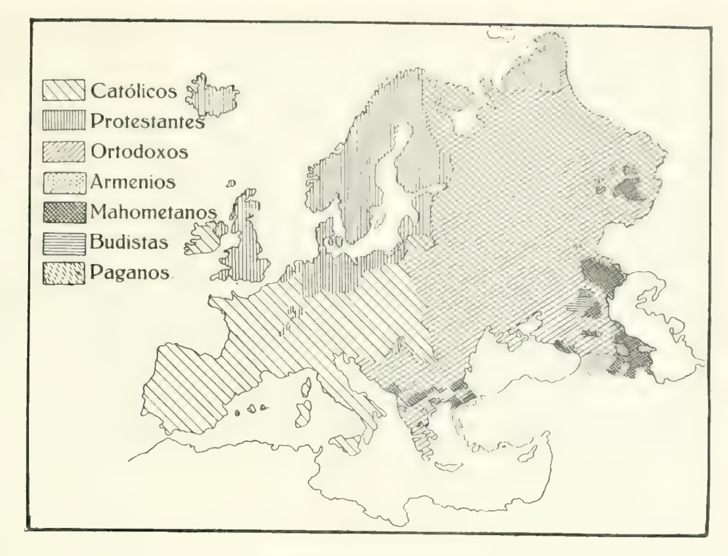
El grupo greco-latino ocupa las riberas septentrionales del Mediterráneo. El germánico se extiende por la Europa central. El eslavo ocupa la Europa oriental.

terías de á caballo pertenecientes al ejército, 39 baterías de los cosacos, 71 baterías de morteros y 21 de cañones gruesos. La artillería pesada utiliza cañones de 153, obuseros de 120 y 150 y morteros de 200.

Los aduaneros, organizados militarmente, forman 35 brigadas en Europa y en Siberia, 5 brigadas en el Cáucaso, 3 en Mandchuria y 2 en el Turkestán. Estos cuerpos son en gran parte montados y hasta tienen artillería y personal ferrocarrilero, como si formasen un ejército aparte.

El arma de ingenieros está representada por 39 batallones de zapadores de á 4 compañías, una de las cuales es de telegrafistas; 11 batallones de pontoneros, 17 batallones de ferrocarrileros, 18 compañías de aeronautas, 7 compañías de telegrafía sin hilo y 1 compañía de instructores de automovilismo.

El reclutamiento de este ejército enorme lo ha realizado Rusia anualmente, sin obstáculo alguno, pues las reservas de hombres de que dispone el país resultan inagotables. Todos los años el número de reclutas ha excedido considerablemente al de soldados necesarios, siendo enviados á sus casas centenares de miles. La abundancia de hombres permite á las comisiones el proceder con una gran escrupulosidad en la selección de los reclutas, admitiendo únicamente los más ágiles y robustos.



LAS RELIGIONES DE EUROPA

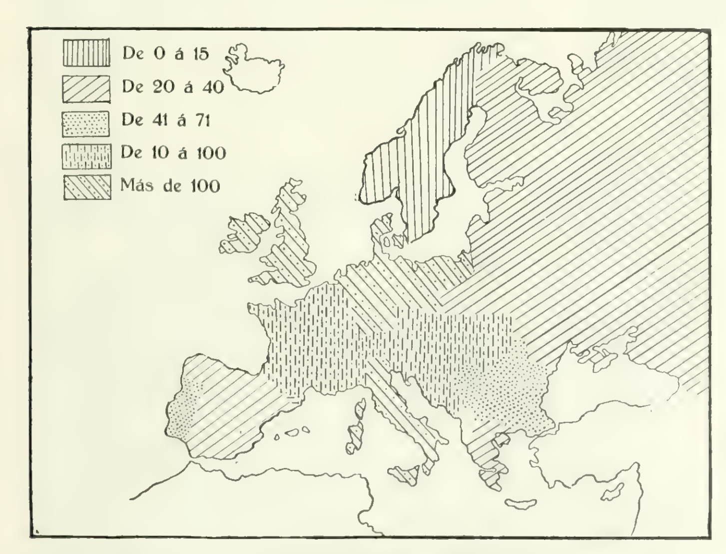
Las diferencias de raza y de lengua van acompañadas de la diferencia de religiones. Los pueblos latinos son, por lo general, católicos-romanos. Además practican, en parte, esta religión los flamencos, suizos, austriacos, alemanes, polacos, tcheques, rutenos, croatas, esclavones, húngaros é irlandeses. En total, 162 millones.

Los pueblos de raza germánica son en su mayor parte «protestantes». Profesan también esta religión los finlandeses y los estonianos. Total, 81 millones.

La religión «ortodoxa», ó sea la griega, es profesada por los eslavos, los rumanos y los griegos. 90 millones.

El mahometismo está representado por los turcos y los tártaros. 7 millones.

Los israelitas diseminados en toda Europa representan una cifra de 6 millones.



DENSIDAD DE POBLACIÓN EN LOS DIVERSOS ESTADOS DE EUROPA

La densidad resulta escasa en Rusia (24 habitantes por kilómetro cuadrado); media en Francia (73 habitantes) y en Austria-Hungría (76); fuerte en Alemania (120), Italia (121), Inglaterra (144), y muy fuerte en Bélgica (254). Los pangermanistas alegan la densidad de la población de Alemania y la abundancia de nacimientos como razones que justifican sus anhelos de conquista, para establecer en las nuevas tierras á los alemanes sobrantes.

Desde 1905, la duración del servicio activo fué de tres años en la infantería y la artillería de campaña, y cuatro años en la caballería, la artillería montada y las tropas especiales. Después de cumplir el período activo, el ruso pasa á la reserva, en la que permanece quince años. Luego figura durante cuatro años en la milicia, y á los cuarenta y tres años se ve libre de obligaciones militares.

El reclutamiento es nacional, sin distinción de razas y de religiones. Los polacos, judíos, lettones, lituanios, estonianos, alemanes, tártaros, etc., que forman parte del Imperio moscovita, entran á servir en el ejército lo mismo que los rusos puros y figuran confundidos en las mismas unidades. Los cosacos son los únicos que forman cuerpos á par-



UN ESCUADRÓN DE CABALLERIA RUSA

Al iniciarse la presente guerra todos los jefes de campamento cosaco enviaron telegramas al zar Nicolás II, poco más ó menos del siguiente estilo:

«Padrecito: tengo cien caballos y mando á cien hombres. Llámame.»

Las tropas cosacas han formado en la presente guerra las siguientes unidades: 12 batallones de infantería, 623 escuadrones y 26 baterías.

El armamento del ejército ruso es bueno. La infantería usa un fusil de calibre de 7 milímetros con cargador de 5 cartuchos. La caballería lleva sable y carabina con bayoneta. Los cosacos emplean la lanza como arma predilecta. La artillería de campaña utiliza un cañón de tiro rápido, de calibre 76 milímetros. Esta pieza, según dicen los técnicos, es algo pesada, pero representa un considerable progreso sobre la artillería de la guerra de Mandchuria. Tanto la infantería como la caballería están dotadas de buenas ametralladoras: 4 por regimiento ó por batallón independiente y 6 por regimiento de caballería.

Todos los adelantos de la ciencia que resultan de aplicación militar han sido adoptados por los cuerpos técnicos del ejército ruso. Los fracasos de la guerra con el Japón modificaron considerablemente la mentalidad de sus bravos é imprevisores oficiales, que todo lo confiaban al valor y á la habilidad en el manejo del sable. Hoy este ejército es uno de los mejor proveídos en material de exploración y de comunicación: telégrafos, teléfonos, señales ópticas, proyectores, etc.

te. Esta igualdad militar asegura la rapidez de la movilización y ha servido para hacer mayor la homogeneidad del ejército.

El Estado Mayor ruso preparó la organización militar del país de modo que pudiese hacer frente á una invasión extranjera, en los primeros momentos, solamente con sus tropas activas. Desde 1909 vino adoptando la precaución de retardar el licenciamiento de los soldados que habían cumplido su servicio hasta que los nuevos contingentes terminasen su período de instrucción.

Los cosacos constituyen un elemento militar, independiente de las otras fuerzas. En tiempo de paz son 70.000 sobre las armas; en período de guerra 200.000 aproximadamente.

La población cosaca vive en el Imperio ruso como un Estado especial que goza de ciertos privilegios á cambio de sus servicios particulares. El cosaco es soldado desde los 20 años á los 47. Á partir de 1909 ha sido modificada su organización tradicional. Pasa un año en el contingente sometido á preparación; 4 años en los famosos regimientos cosacos, de una bravura y una fidelidad á toda prueba; 8 años gozando de licencia temporal, 5 en la reserva y 10 en la milicia. El cosaco aporta á sus expensas el caballo y el equipo, recibiendo del Estado las armas únicamente.

En caso de guerra los cosacos se presentan por lo general antes de que les toque el turno de ser llamados. Su adhesión al emperador reviste la misma forma familiar que en los tiempos de la vida de tribu.



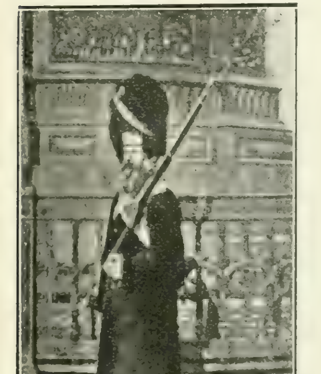
ARTILLEROS SIBERIANOS CON UNA AMETRALLADORA

El fracaso favorece casi siempre la apreciación errónea, y este ejército, después de sus derrotas en el Extremo Oriente, ha sido tratado con un desprecio injusto.

Grandes fueron sus faltas en la guerra ruso-japonesa, pero la responsabilidad de ellas incumbe más á los gobernantes de Rusia, organizadores del ejército, que á los hombres que se batieron en sus filas. El soldado ruso peleó con el mismo valor de siempre. Sus jefes y oficiales hicieron cuanto era posible. Tuvieron contra ellos el alejamiento enorme de la base de avituallamiento, la escasez de comunicaciones, las ventajas geográficas del enemigo, que hacía la guerra en la misma puerta de su casa; los defectos de una organización anticuada, la vetustez de un material no renovado en muchos años, é inferior en todo al de los adversarios.



AUTOMÓVILES MILITARES RUSOS



GRANADERO DE LA GUARDIA VETERANA

El soldado ruso carece, indudablemente, del arrebato entusiasta y la iniciativa de los de otros países; pero es disciplinado y obediente como ninguno, sigue á sus jefes sin vacilación y posee una resistencia física asombrosa, capaz de arrostrar todas las privaciones y todos los rigores de la Naturaleza. Su instrucción en tiempo de paz es dura. Durante el invierno, cuando todo lo cubre la nieve, vive en sus cuarteles, dedicado á los ejercicios, ó asiste á la escuela. El ejército es en Rusia un organismo educativo. Dos terceras partes de los reclutas llegan completamente iletrados á las filas, y salen de ellas con alguna educación intelectual. Á partir del 15 de Mayo, todo el ejército abandona los cuarteles y vive á campo raso durante cinco meses, llevando una existencia de campaña que endurece á los soldados y permite la instrucción en grandes unidades, como en plena guerra.

Á consecuencia de los desastres en la Mandchuria, la opinión de Europa tuvo en un deplorable concepto á los oficiales rusos. Muchos de los reproches dirigidos contra ellos fueron injustos. Las derrotas de la guerra ruso-japonesa se debieron en gran parte á la falta de entusiasmo que mostró Rusia por esta lucha, inexplicable y lejana. La paz, poco honrosa y precipitada, no la provocaron realmente los desastres militares. El ejército ruso, que había aprendido mucho sobre el terreno y modificado sus medios de acción, empezaba en aquel momento á sentir la influencia de los refuerzos que penosamente habían podido ser transportados al otro extremo del ferrocarril transiberiano. Todo hacía presentir una nueva campaña, en la que parecía seguro que batirían á los japoneses. Pero el enemigo más temible de Rusia estaba en su propia casa, y era la revolución. El gobierno tuvo miedo á las agitaciones populares que rugían en torno de él y estallaron pocos meses después, y para hacer frente á tal peligro, se apresuró á concertar la paz, de cualquier modo, sacrificando al ejército.

Hay que reconocer, sin embargo, que los oficiales rusos de la guerra contra el Japón eran en su mayor parte de una visible inferioridad intelectual, debiéndose esto á que las clases ilustradas de Rusia desdeñaban entrar en el ejército. Después de los fracasos de Asia, al proceder el gobierno ruso á una reforma completa de las fuerzas militares, ha procurado facilitar el ingreso en la oficialidad á las clases inteligentes, suprimiendo los obstáculos de la tradición.



PIFANO Y TAMBOR DE LA GUARDIA IMPERIAL

Los oficiales rusos provenían exclusivamente, hasta hace pocos años, de la nobleza rural ó de las familias de militares y funcionarios. Después de recibir una educación más brillante que útil en los colegios aristocráticos, pasaban á las escuelas militares, donde los métodos de enseñanza tenían por base la memoria antes que la inteligencia. Termi-

nada esta preparación ingresaban en un regimiento. Si el oficial procedía de una familia influyente, entraba en la Guardia ó en el Estado Mayor, que era á modo de una casta aparte. Si no conseguía este privilegio, vegetaba toda su vida en los grados inferiores, sin esperanza alguna. Un sueldo mísero y una existencia olvidada en remotas guarniciones era todo su porvenir, mientras que los privilegiados de la Guardia ó del Estado Mayor llegaban á generales á los 40 años.

En el nuevo ejército de Rusia, reorganizado profundamente á partir de 1908, han desaparecido considerablemente estas diferencias de casta. Las escuelas militares dan una enseñanza moderna y todos los grados son accesibles á las gentes de origen obscuro, con arreglo á sus méritos.

Muchos generales á estilo antiguo que sostenían las tradiciones perniciosas han sido declarados en situación de retiro. Muchos oficiales de origen democrático que se distinguieron en la campaña de Mandchuria ocupan ahora altos puestos del ejército. El Estado Mayor está formado en gran parte por los militares progresivos que con más ardor combatieron la antigua organización.



EL GENERAL SOUKHOMLINOF. MINISTRO DE LA GUERRA RUSO

Dibujo de L. Sabatier, de la *Illustration* de París.

El general Soukhomlinof, ministro de la Guerra, activo y tenaz, ha mejorado en pocos años el sistema de movilización y la instrucción de las tropas, transformando á la vez el funcionamiento del Estado Mayor, seleccionando el personal encargado del mando y procediendo á una renovación completa del material.

○

La red de ferrocarriles rusos acusa una gran inferioridad en proporción con lo inmenso del territorio.

En 1912 la longitud de las líneas explotadas era de 64.000 verstas (la versta tiene 1.067 metros). Mientras que Francia posee 9 kilómetros de vía férrea por cada 1.000 metros cuadrados de territorio, Inglaterra 12, Alemania 11, Austria 6 y medio y Bélgica 28, Rusia no tiene más que 1 kilómetro y 100 metros en sus provincias de Europa.

El plan de los ferrocarriles rusos es muy simple. Su centro está en Moscou, y las grandes líneas forman como una estrella alrededor de la metrópoli, con dirección á Petrograd, Arcángel, Varsovia, Odesa, Crimea, el Don, el Volga y el Ural. Esta estructura, en su conjunto, ha servido perfectamente para las necesidades económicas y políticas de Rusia. En la frontera occidental los ferrocarriles rusos resultan de una visible inferioridad ante los ferrocarriles alemanes y austriacos.

Varias líneas férreas se extienden en torno de Varsovia, pero están muy espaciadas y no tienen ramificaciones capilares que permitan cómodamente, á un mismo tiempo, desembarcar y avitualiar tropas á lo largo de este frente. Faltan, igualmente, líneas laterales que permitan transportar fuerzas importantes de un punto á otro de la frontera polaca, para las maniobras que exige la guerra moderna.

En los defectos y la escasez de los ferrocarriles del frente occidental, hay que buscar la causa de la lentitud con que Rusia efectúa sus avances en la presente guerra contra alemanes y austriacos.

Entre la frontera y el Vístula, el sistema de co-

municaciones destinado á favorecer la concentración de los ejércitos parece atrofiado. Este vacío no es efecto de la imprevisión, pues el Estado Mayor ruso lo ha creado voluntariamente. Hay que tener en cuenta la configuración peligrosa de esta frontera occidental. La Polonia rusa avanza lo mismo que un promontorio en el mar, entre la Polonia prusiana y Austria. La Prusia y la Galitzia la envuelven con las provincias bálticas y con los Cárpatos. La ofensiva de sus enemigos debía intentar lógicamente desde el primer momento de la guerra un ataque concéntrico y brusco sobre Lotz y Varsovia. Para evitar este peligro, verdaderamente temible en los primeros meses de concentración, Rusia procuró dejar dicha parte del país con pocas líneas férreas. Esta medida preventiva fué lógica, pero al mismo tiempo ha contribuido á dificultar y retardar muchas veces los avances de las tropas rusas.

En cambio Alemania, para no verse obligada á mantener en su frente oriental grandes ejércitos y poder dedicar el grueso de sus tropas á las operaciones contra Francia, multiplicó considerablemente las vías férreas en los terrenos fronterizos á Rusia. De este modo pudo suplir la escasez de fuerzas con una gran movilidad. En Prusia y en Silesia la red de ferrocarriles es muy densa. «Semejante al camino de ronda de una fortaleza—dice un autor—, una primera línea se extiende por toda la frontera ruso-alemana, á diez ó veinte kilómetros del límite divisorio. De esta línea, cada 40 ó 50 kilómetros salen unas líneas secundarias que avanzan hasta el mismo límite internacional. Detrás de esta cintura férrea se extienden otros caminos de ronda que forman una verdadera red de vías, con mallas tan estrechas que se prestan á todas las combinaciones y dan un rendimiento extraordinario.» Con gran facilidad puede Alemania transportar rápidamente sobre un punto de la frontera, soldados, municiones y víveres. Puede igualmente invadir por todas partes la llanura polaca, encajonada entre la Prusia y la Galitzia, y rodeada en tres cuartas partes por los enemigos.

Ninguna defensa natural, montañas ni ríos, ofrecen un punto de apoyo

LOS FERROCARRILES RUSOS

Las «líneas gruesas» y las «líneas dobles» representan las vías de ferrocarril. Las «líneas delgadas» son los principales caminos de Polonia y Rusia. La línea de «crucecitas» marca el contorno de la frontera rusa. Como se ve, esta frontera de la Polonia rusa avanza como un promontorio entre Alemania y Austria, prestándose á ser invadida por muchos sitios á la vez, y envuelta por los enemigos.

Los ferrocarriles rusos son escasos, haciendo difícil y lenta la marcha de los ejércitos. Pero al mismo tiempo obstaculizan los avances de los invasores.

En cambio los ferrocarriles alemanes y austriacos son muy densos en las regiones fronterizas, lo que ha permitido á las tropas de los dos imperios una rápida movilidad, aglomerando en un punto dado fuerzas siempre superiores á las de los rusos. Pero á pesar de estas ventajas no han podido apoderarse de Varsovia, que como se ve en este mapa, es el centro de todas las vías férreas de Polonia y tiene una importancia enorme para los invasores.

á la defensa rusa. Por esto el Estado Mayor de Petrograd, siguiendo sus tradiciones de la época de Napoleón, juzgó que el mejor medio de defender el país era evitar todo lo que pudiese dar facilidades al avance del enemigo. Con pocos caminos y con menos ferrocarriles aún, los ejércitos invasores se encontrarían rápidamente privados de su avituallamiento, efectuando los avances con una dificultad favorable á los rusos. Éstos, al terminar su movilización y concentración, podrían avanzar á su vez por el terreno abandonado, con lentitud, pero seguramente, hasta llegar á las fronteras enemigas.

Por tales razones el Estado Mayor ruso reformó en 1910 la situación de sus tropas, dejando en la frontera occidental sólo las necesarias para una primera defensa y concentrando al otro lado del Vístula las grandes unidades.

Esta disposición explica los primeros éxitos obtenidos por Von Hindembourg en sus operaciones contra Rusia. Las victorias en la frontera se debieron, más que á sus talentos estratégicos, á la ciencia de los ingenieros alemanes que habían construído la red de ferrocarriles. Gracias al rápido y abundante sistema de comunicaciones, el general alemán pudo mover sus fuerzas fácilmente, concentrándolas en un punto dado, siempre con mayor densidad numérica que la del enemigo. Pero cuando avanzó en Polonia sin el auxilio de los ferrocarriles alemanes y sus tropas tuvieron que marchar á pie, el avance fué seguido de la retirada y el fracaso.

En cambio Rusia, concentrando sus enormes fuerzas, venidas de lejos, al amparo de la soledad y el vacío creado voluntariamente en la frontera occidental, pudo avanzar, pasados algunos meses, con una lentitud segura.

UN ESCUADRÓN DE COSACOS

(Dibujo de Georges Scott, de la *Illustration*, de París)

En esta frontera occidental tiene Rusia algunas fortalezas de gran valor, que son: Kovno, en la confluencia del Niemen y el Vilia; Novo-Georgiesk, en la confluencia del Narewa y el Vístula, cubriendo el acceso á Varsovia, y Brest-Litovsk sobre el Bug, que defiende á Polonia por la parte de Galitzia. Las ciudades importantes como Varsovia, Ivangorod y otras, están fortificadas, pero su valor de plazas fuertes es poco considerable ante los medios ofensivos de la guerra moderna.

□

La marina rusa estaba reorganizándose al estallar la presente guerra.

Después de la desgraciada campaña contra el Japón, la flota fué objeto de las mismas reformas que el ejército. Pero las defensas marítimas exigen más tiempo para su reorganización que las terrestres. El gobierno habia empezado á construir dos poderosas escuadras en el Báltico y en el mar Negro. El plan de renovación marítima debía efectuarse en un plazo de veinte años, dando á Rusia 24 acorazados y un número aun mayor de buques secundarios. La guerra, como hemos dicho, sobrevino cuando este plan empezaba á realizarse.

Hoy la marina rusa tiene cuatro dreadnoughts, el *Poltawa*, el *Petropolowk*, el *Sepastopol* y el *Hangest*, de 23.000 toneladas cada uno, y cierto número de cruceros, torpederos, etc., en el Báltico y el mar Negro.



EL EMPERADOR DE RUSIA Y EL GRAN DUQUE HEREDERO ENTRE LOS OFICIALES DEL REGIMIENTO DE LA GUARDIA



TIPOS SERVIOS

XIX

Servia y Montenegro

Los pueblos que ocupan actualmente la península de los Balkanes son como fragmentos de la gran ruina del Imperio romano.

Para sobrevivir éste en la época de decadencia tuvo que reforzar sus ejércitos con legiones de mercenarios bárbaros, y las tribus eslavas entraron á su servicio.

Tanto en las tropas de la antigua Roma, como en las del Imperio bizantino, figuraron en gran número los soldados eslavos. El ejemplo de éstos y la esperanza de mejor suerte hizo que tribus enteras franqueasen el Danubio, estableciéndose en la tierra balkánica.



MUJER SERVIA

Al mismo tiempo ciertas agrupaciones eslavas más emprendedoras y belicosas, saliendo de la Galitzia, atravesaron Hungría y sólo se detuvieron en su avance al tropezar con los pobladores autóctonos de la Albania, llamados skipetars.

Los historiadores dividen el origen de las actuales poblaciones balkánicas en la siguiente forma. Los griegos son los descendientes de los antiguos bizantinos; los rumanos proceden de las guarniciones latinas que establecieron en su país los emperadores de Roma, especialmente el español Trajano, conquistador y colonizador de Rumania; los búlgaros son los herederos de las guarniciones eslavas y las tribus de igual raza atraídas por ellas; los servios y los croatas recuerdan con su origen étnico la invasión eslava procedente de Galitzia; los albaneses proceden de la mezcla del eslavo y del turco con el elemento autóctono.

Siempre ha existido en los Balkanes una rivalidad originaria entre el búlgaro y el servio-croata. La necesidad de luchar contra el turco opresor y contra el griego, dueño de las salidas al mar, unió á estos dos elementos muchas veces. Luego, al no sentir las necesidades que les impulsaban á coligarse, se combatieron en repetidas ocasiones.

Los búlgaros alcanzaron un temible poderío en la Edad Media. Su gran conquistador fué Krum, héroe del siglo IX. En su guerra con los bizantinos venció y mató al emperador Nicéforo, en 811. Como símbolo de su triunfo, Krum hizo una copa del cráneo del emperador de Bizancio. Luego bloqueó á Constantinopla, y la ciudad iba á caer en sus manos cuando, afortunadamente para los sitiados, el caudillo búlgaro encontró la muerte. Los sucesores de Krum se convirtieron á la religión ortodoxa. Las predicaciones de los misioneros eslavos endulzaron un poco las bárbaras costumbres de los monarcas búlgaros. Así empezó la civilización entre los eslavos del Oriente balkánico.

Los servios-croatas, que son los eslavos del Occidente, empezaron su existencia nacional



MUJER SERVIA


SERVIA DE LA BOSNIA


SERVIA DE LA HERZEGOVINA

dedicándose al pastoreo, sin pensar en empresas guerreras. La religión cristiana contribuyó, lo mismo que en Bulgaria, á su vida civilizada; pero los servios-croatas se dividieron en dos agrupaciones confesionales: los que vivían bajo la influencia de Bizancio fueron ortodoxos y los que ocupaban las proximidades del Adriático abrazaron el catolicismo, obedeciendo á Roma. Esta confederación de tribus pastoriles tuvo que hacerse guerrera por la necesidad de mantenerse á la defensiva durante los revueltos tiempos medioevales. En el siglo XIV Servia llegó á obtener una gran importancia militar. El poder de los búlgaros había decaído; su reino vivía en pleno desorden. El Imperio de Bizancio estaba arruinado. Los turcos avanzaban ya en sus fronteras, arrebatándole territorios y preparando el formidable empuje que había de hacerles dueños de Constantinopla.

Servia en 1331 produjo un héroe, el valeroso rey Esteban Dourchan, que pareció destinado á ser el dueño de los Balkanes, extendiendo su dominación hasta la decadente Bizancio. El personaje servio, encontrando insuficiente el título de *Kral*, que llevaban por tradición los jefes de las tribus, se proclamó *Zar*, preparando después la conquista de toda la península balkánica. Impuso su alianza á los búlgaros para que le ayudasen en la gran empresa, y seguramente la habría realizado, cambiando los destinos de Europa. Con el triunfo del zar servio, el Imperio de Bizancio, enérgicamente rejuvenecido, habría rechazado á los turcos, constituyéndose una gran potencia eslava en Oriente, unificada y fuerte como un baluarte contra el islamismo. Pero en 1355, cuando Esteban Dourchan sitiaba á Constantinopla con grandes fuerzas que hacían seguro su triunfo, murió repentinamente, y todas las aspiraciones servias á la dominación balkánica se disolvieron instantáneamente con la desaparición del célebre personaje.


UN GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA SERVIA

Durante la Edad Media, las guerras de los Balkanes dieron lugar á que el Imperio ruso llevase sus armas á estos territorios. Unas veces los emperadores de Constantinopla imploraron su auxilio para que los defendiese de los pueblos balkánicos; otras veces fueron éstos los que solicitaron su alianza, marchando juntos contra las tropas bizantinas. En otras ocasiones fueron los húngaros los que intervinieron en los conflictos balkánicos, ó las tropas y escuadras de la República de Venecia. Como se ve, la cuestión de los Balkanes, motivo de la presente guerra, es muy antigua y ya se mezclaron en ella hace siglos, lo mismo que ahora, búlgaros, servios, rusos, austriacos, italianos y dominadores de Constantinopla.

La conquista turca,



EL REY MILANO EN 1876

con sus sanguinarias opresiones, mantuvo á los pueblos balkánicos en un silencio de muerte. Pero el siglo XIX, que fué el de las revoluciones y el de las nacionalidades, despertó á la península, reanimando los antiguos entusiasmos patrióticos.

Los servios, acordándose de Esteban Dourchan, acabaron por vencer á sus tiranos de Constantinopla. Pero al mismo tiempo han resucitado en los Balkanes las tradicionales querellas entre las dos agrupaciones eslavas: servios y búlgaros.

La agrupación eslava occidental, ó sea la de los servios, forma en realidad una sola familia con los croatas. Sus diferencias no son étnicas, sino religiosas. Los servios profesan la religión ortodoxa y los croatas generalmente son católicos. Los primeros emplean el alfabeto cirílico, casi igual al alfabeto ruso, y los segundos usan el alfabeto latino.



KARAGEORGEVITCH

Juntos servios y croatas constituyen actualmente un total de 9 millones. De ellos 2 millones y medio forman la Servia independiente, que además ha visto acrecentarse su población con 1.300.000 habitantes después de la última guerra balkánica. Los demás servios y croatas viven sometidos á Austria en Bosnia-Herzegovina y al reino húngaro en varias de sus provincias.



MILOCH

□

Á principios del siglo XIX se inició el movimiento de Servia en favor de su independencia.

El primer héroe nacional de esta lucha sin cuartel con los genízaros de Turquía fué un pastor, Jorge Petrovich, apodado Karageorgevitch (Jorge el Negro). Al frente de unas bandas de montañeses emprendió la lucha de guerrillas contra los turcos. Éstos acabaron por vencerle, pero en 1815 otro jefe popular, un molinero llamado Miloch, de la familia de los Obrenovitch, reanudó la pelea. Así nacieron las dos dinastías rivales de Servia, que durante muchos años han venido disputándose el trono. En 1830 el gobierno turco concedió á los servios una completa autonomia interior, entregando el gobierno á la familia Obrenovitch. Doce años después la Skoupchtina ó asamblea nacional confirió el poder á los Karageorgevitch en la persona de un hijo de Jorge el Negro. Servia fué progresando lentamente. Aunque sus habitantes, desde los primeros años de autonomía, desearon ardientemente constituir un gran pueblo, tropezaron con un obstáculo fatal, el mismo que les ha impulsado en nuestros días á la guerra: la falta de salida al mar.

LA REINA NATALIA

Turquía, que continuaba ejerciendo una dominación política sobre Servia, y era poco afecta á los Karageorgevitch, hizo abandonar á éstos el gobierno en 1858, sustituyéndolos con los Obrenovitch.

Miguel Obrenovitch fué asesinado en 1868. Su primo Milano Obrenovitch IV, que tenía 14 años al ocurrir



EL PRÍNCIPE MIGUEL



EL REY ALEJANDRO



LA REINA DRAGA

tal suceso, fué proclamado príncipe, empezando á ejercer el gobierno en 1872.

Milano ha sido un personaje de nuestra época. Todos conocen sus escándalos, sus aventuras de bajo vuelo, la existencia de vividor sin escrúpulos que llevó en Servia ocupando el trono, y que arrastró luego en París, como rey dimisionario, mientras su esposa Natalia y su hijo Alejandro gobernaban el reino.

La audacia de la juventud le hizo cometer en 1876 un acto que produjo la guerra ruso-turca. Á la cabeza de su pequeño y heroico pueblo se lanzó contra los turcos, y esto dió pretexto para que Turquía y Rusia cruzasen sus armas por la cuestión balkánica. Cuando después de la guerra se reunió el Congreso de Berlín, Milano se dejó sacrificar por Austria. Había iniciado la guerra para defender á los servios de Bosnia y Herzegovina sublevados contra los turcos, y estos territorios quedaron bajo el protectorado de Viena. Los austriacos, como premio á su docilidad, lo autorizaron en 1882 para que tomase el título de rey, ya que Servia era independiente por completo.



PALACIO DONDE FUERON ASESINADOS LOS REYES DE SERVIA

Milano, enemistado con Bulgaria, que era objeto de todos los favores de Rusia, se lanzó contra este pueblo vecino en 1886, con la misma audacia que había mostrado diez años antes al atacar á los turcos, pero esta vez la suerte le resultó adversa, y fué derrotado en Pirot y Slivinitza. Enemistado para siempre con Rusia, se entregó por completo á la dirección de Austria, y ésta pudo considerar á Servia como un pueblo vasallo.

Los errores políticos de Milano, su servilismo con Austria, su vida escandalosa y sus violencias, le hicieron impopular, hasta el punto de que, temiendo una revolución, abdicó la corona en su pobre hijo Alejandro, trasladándose á París para llevar una existencia alegre con los millones que se hacía enviar de Servia. El rey Alejandro, mozo inexperto, sin voluntad y de escasas facultades mentales, obedecía en todo á su padre, que seguía gobernando desde los restaurants nocturnos de París y otros sitios aun menos respetables. La única vez que Alejandro resistió á Milano desobedeciéndolo, fué para casarse con una dama de honor de su madre la reina Natalia: una viuda de clase burguesa llamada Draga Machin, mujer ambiciosa, muy superior en años al joven rey, y que consiguió trastornarle el seso, cumpliendo sus ensueños de ceñir una corona. Poco después ocurrió la gran tragedia que venía preparándose desde los tiempos de



ALEJANDRO KARAGEORGEVITCH
PADRE DE PEDRO I

Milano. El país estaba cansado de la rapacidad y el cinismo de éste, de la estolidez de su hijo, y no podía tolerar la descarada ambición de la nueva reina. El conflicto se resolvió de un modo oriental, con arreglo á las violentas tradiciones de Servia. Los partidarios de los Karageorgevitch aprovecharon el descontento del pueblo para acabar con la dinastía. Un grupo de oficiales, en 1903, penetró una noche en el *Konak* ó palacio real asesinando á Alejandro y á Draga. Luego las tropas proclamaron á la dinastía rival de los Obrenovitch, subiendo al trono el 15 de Junio Pedro I Karageorgevitch, que había vivido hasta entonces emigrado en Francia y Suiza.

Esta revolución provocó un cambio completo y radical en la política exterior de Servia. El nuevo rey era partidario decidido de Rusia, así como sus antecesores lo habían sido de Austria. Graves disentimientos surgieron entre Rusia y Bulgaria, y esto hizo que el gobierno de Petrograd se volviese del lado de los servios. Bulgaria, que debía su independencia á los rusos, encontraba pesada su influencia, evolucionando con manifiesta ingratitud hacia los imperios germánicos. El primer soberano de Bulgaria, Alejandro de Battenberg, se emancipó de la tutela rusa, pero fué destronado por una revolución. Su sucesor, el príncipe Fernando de Sajonia-Coburgo, que es el actual zar de Bulgaria, siguió á continuación una política oscilante, apoyándose alternativamente en Rusia ó en Alemania y Austria, para conseguir sus fines de engrandecimiento.

El Imperio de Austria, con el apoyo de su fuerte aliado, quiso ejercer una poderosa influencia en los Balkanes, buscando en ellos una compensación á las pérdidas de territorios que había sufrido durante la segunda mitad del siglo XIX. Siguiendo esta política se anexionó definitivamente Bosnia y Herzegovina. Bulgaria y Rumania se mostraron sometidas á su influencia. Servia fué la única que le hizo frente, sosteniendo la causa del paneslavismo, y de aquí el odio con que el gobierno austriaco la persiguió en todos los momentos.



PEDRO I DE SERVIA (Fot. Rol)

La diplomacia de Viena buscó desde el advenimiento de Pedro I la ruina de este pueblo pequeño y valeroso, oponiéndose como un obstáculo insuperable á sus avances y haciendo estériles casi todas sus victorias. Mientras peleaban con los turcos en la última guerra balkánica, Austria estuvo próxima á atacar á los servios traidoramente por la espalda. Armó á los búlgaros contra Servia con la esperanza de que la anonadasen. Se opuso siempre á que los servios se abrieran una salida al mar. En 1913 intentó Viena declarar la guerra al gobierno de Belgrado, de acuerdo con la Triple Alianza, desistiendo únicamente por la negativa de Italia. En 1914 se aprovechó del asesinato de Serajevo para cumplir sus belicosas intenciones. En las épocas de paz ha intentado las más duras y bárbaras medidas contra Servia, que vive aislada en el centro de Europa, sin puertos y á merced de los vecinos. El gobierno de Viena le hizo una guerra económica para matarla de hambre, impidiendo la salida de los cerdos, que es la principal riqueza del pastoreo del país, y los servios tuvieron que ingeniarse para





Dibujo de Norman Wilkinson, de «The Illustrated London News»

Un destroyer inglés con una hábil maniobra se salv



, del torpedo que le ha lanzado un submarino alemán

exportar sus reses por Salónica ó por Antivari. La anexión definitiva de Bosnia y Herzegovina, territorios que eran la esperanza de un futuro engrandecimiento de Servia, hizo aun más extremada la tirantez entre el enorme y absorbente Imperio y el pequeño y sufrido país.

Perseguidos y atropellados, los servios se unieron cada vez más al Imperio ruso, protector tradicional de los pueblos eslavos.



PEDRO DE SERVIA AL SALIR DE LA CATEDRAL DE BELGRADO DESPUÉS DE LA CORONACIÓN

El actual rey, Pedro I, vivía en una casa de los alrededores de Ginebra cuando ocurrió la tragedia del Konak, y los revolucionarios que habían dado muerte á Alejandro y á Draga lo llamaron para que ocupase el trono de Servia. Hasta entonces el último representante de la dinastía de los Karageorgevitch había esperado pacientemente la ruina de sus enemigos los Obrenovitch.

Desde su retiro demostró no sentir gran interés por las cosas de Servia, pero acechaba la ocasión para salir de este destierro. Unas veces le había vigilado la policía internacional, por miedo á que conspirase con sus partidarios contra la dinastía reinante en Servia; otras veces la misma policía tuvo que protegerle de los partidarios de los Obrenovitch, que preparaban atentados contra su existencia.

Pedro I hizo sus estudios en París, entrando en la escuela militar de Saint-Cyr, donde obtuvo el grado de teniente. Realizó una campaña en Argelia como oficial francés, y al ocurrir la guerra de 1870 peleó en el ejército del Loire con el grado de jefe de batallón bajo las órdenes del general Aurelle de Paladines. Los prusianos le hicieron tres veces prisionero, y otras tantas logró escaparse, con una audacia y un valor que llamaron la atención de sus jefes. El general Bourbaki premió sus servicios condecorándolo sobre el campo de batalla.



CASA DE GINEBRA EN QUE VIVIÓ PEDRO I

El monarca servio ha guardado siempre un gran amor para el país por el que se batió en su juventud. Al ser elevado al trono llamó á su palacio, para que pasasen una temporada con él, á varios jefes franceses que habían sido sus compañeros en Saint-Cyr. Después, en un viaje á París, visitó profundamente emocionado la academia en la que había hecho sus estudios militares.

—Acordaos siempre—dijo á sus antiguos camaradas—de Kara, de vuestro amigo Kara. Yo no seré nunca para vosotros el rey de Servia, sino un viejo compañero de promoción.

Este monarca, que fué un heroico oficial, tuvo que pasar por el doloroso trance de permanecer en absoluta inactividad cuando su pueblo se vió comprometido en guerras difíciles.

Servia tomó parte en el gran duelo balkánico, atacando á Turquía con el coraje de siempre. Los servios alcanzaron grandes victorias sobre los turcos, especialmente la de Kumanovo, que resultó decisiva. Después tuvieron que emprender contra los búlgaros, apoyados por Grecia, una segunda guerra, rápida, pero dolorosa, que se finalizó victoriosamente con la gigantesca batalla de Bregalnitza. En estas dos guerras el rey Pedro no pudo conducir en persona sus valerosos ejércitos. Los achaques de la edad y su salud quebrantada por las aventuras de una vida de acción le retuvieron en Belgrado, teniendo que confiar el mando de las tropas al general Putnick y á sus hijos, los príncipes, lo mismo que en la guerra actual. La falta de salud le obligó igualmen-



OFICIALES Y SUBOFICIALES DE CABALLERÍA DEL EJÉRCITO SERVIO

te á despojarse en parte de sus funciones de monarca, depositando el poder real en su hijo Alejandro, que es el heredero del trono.

El príncipe Jorge, su hijo mayor, era el heredero natural, pero á consecuencia de ciertas aventuras de orden particular tuvo que ceder sus derechos al hermano segundo. Alejandro, el actual príncipe heredero, no se dedicó á la carrera de las armas como Jorge. En San Petersburgo, donde hizo sus estudios, siguió con preferencia los cursos de la facultad de Derecho, aspirando á ser algún día el primer jurisconsulto de su país. Pero las calaveradas de su hermano primogénito le abrieron el camino del trono, y como príncipe heredero tuvo que improvisarse soldado, tomando parte en la lucha contra los turcos y después contra los búlgaros. El valor y la reflexión del antiguo estudiante de Derecho entusiasmaron á los servios, que sienten un gran cariño por *Gyoka*, como le llaman familiarmente.



EL PRÍNCIPE JORGE DE SERVIA

Privado el príncipe Jorge del trono, ha sobrellevado alegremente su desgracia tomando parte en todas las guerras y arrostrando los peligros con una loca temeridad, propia de su carácter impetuoso y arrebatado. El príncipe heredero es ahora el verdadero rey de Servia, pues el anciano Pedro I vive recluído á causa de sus enfermedades. Únicamente en los momentos más peligrosos de la presente guerra, el viejo monarca, dominando sus dolores físicos, fué al campo de batalla para animar con su presencia á los soldados, sentado en una silla y arrostrando impávidamente el fuego del enemigo.

▫

Servia tiene una literatura épica como pocos pueblos de Europa.

Después de la *Iliada*, los monumentos más célebres de la poesía heroica popular son los romances del Cid y los cantos servios sobre las hazañas de sus paladines medioevales. El Cid servio es Marko Kraliovitch, personaje histórico que vivió en el siglo XIV y por su valor y las aventuras de su reinado se convirtió en héroe de leyenda. No solamente luchó con los hombres, pues fué á pelear con las Wilas de los bosques, hadas maléficas y temibles que salían á su encuentro montadas en ciervos y llevando una serpiente en la mano á guisa de lanza.



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE SERVIA (Fot. Rol)

Los cantos heroicos de Servia entusiasmaron á Lamartine cuando visitó este país hace muchos años, en su viaje á Oriente.

«La historia del pueblo servio—dice el gran poeta francés—está escrita en versos populares, como todas las historias primeras de los pueblos heroicos. Estos cantos del entusiasmo nacional, surgidos de los campos de batalla, repetidos de fila en fila por los combatientes y llevados luego á las aldeas al finalizar la campaña, se conservan por tradición. El cura ó el maestro de escuela los consignan por escrito. Una música simple, pero vibrante, como el corazón de los soldados ó como la voz del padre de familia que saluda de lejos el humo de la techumbre que cobija á sus hijos, acompaña siempre á estos versos. Son la historia popular de la nación. El niño eslavo aprende á leer en los relatos de las hazañas de sus padres, y el nombre de los libertadores de Servia se imprime de este modo en sus primeros recuerdos. Un pueblo que se nutre con esta lactancia poética no puede nunca ser esclavo.



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO SALIENDO DE UNA AMBULANCIA DE LA CRUZ ROJA

»Yo he encontrado muchas veces en medio de sus bosques vírgenes, ó en sus barrancos profundos donde no se podían suponer otros habitantes que las bestias feroces, grupos de muchachos y de muchachas que caminaban juntos, cantando estos aires nacionales, que nuestros intérpretes nos traducían en pocas palabras. Estos grupos de jóvenes interrumpían un momento sus cantos para saludarnos y seguir con la mirada nuestro desfile. Luego, cuando habíamos desaparecido, reanudaban su marcha y sus canciones, y las bóvedas sombrías de las encinas seculares, las rocas que bordean los torrentes, temblaban y resonaban largo tiempo, con la vibración de las notas largas y los monótonos estribillos.

»—¿Qué dicen?—pregunté una vez al dragomán, que comprendía su lengua.

»—Hospodar—me contestó—, dicen cosas



PALACIO REAL DE BELGRADO

tan simples que no vale la pena el repetirlas á un Franco.

»—Pero en fin—insistí—, traducidme las palabras que cantan en este momento.

»—Hospodar, dicen así: «¡Que Dios bendiga las aguas del Morawa, porque ellas han ahogado á los enemigos de los servios! ¡Que Dios multiplique las bellotas de las encinas de Schumadia, porque cada uno de estos árboles es un verdadero servio!»

»—¿Y qué quieren decir con eso?

»—Hospodar, quieren decir que durante la guerra los servios encontraron un baluarte detrás del tronco de estas encinas. Sus bosques fueron y son aún sus fortalezas. Cada uno de estos árboles es para ellos un compañero de combate, y por esto los aman como si fuesen hermanos. Cuando el príncipe Milok, que nos gobierna actualmente, hizo cortar tantos árboles para trazar á través de los bosques el largo camino que seguimos, los viejos servios lo maldijeron públicamente. «Echar abajo las encinas—decían—es lo mismo que matar hombres.» En Servia los árboles y los hombres son amigos.»

◻

Servia antes de la guerra de los Balkanes tenía una superficie de 48.300 kilómetros cuadrados, con una población de 2.950.000 habitantes. Su victoria sobre Turquía y después sobre Bulgaria le propor-



BELGRADO EN LA ORILLA DERECHA DEL SAVE, EN CUYA OTRA ORILLA SE EXTIENDE LA FRONTERA AUSTRIACA

cionaron nuevos territorios. El tratado de Bucarest le dió 35.000 kilómetros cuadrados con 1.290.000 habitantes. El reino de Servia tiene, pues, actualmente 83.800 kilómetros cuadrados y 4.240.000 habitantes.

Los servios están sometidos al servicio militar obligatorio, de los 17 á los 50 años. La duración del servicio activo en tiempo de paz es de 18 meses, pero todos los habitantes pasan sin excepción por las filas.

Servia puede poner sobre las armas 400.000 combatientes, pero contra lo que ocurre en esta clase de cálculos, el número de individuos sobre las armas ha sido mayor que el supuesto por las estadísticas al estallar la guerra.

En su lucha contra Turquía, Servia movilizó 160



REGIMIENTO DE INFANTERÍA SERVIA

mil hombres. Después de los éxitos de esta campaña, el efectivo del ejército fué doblado.

Es inútil ensalzar el vigor, el entusiasmo y la tenacidad de este pueblo, que en dos años ha sostenido tres guerras, saliendo siempre victorioso, y que luego ha hecho frente á los dos imperios germánicos, repeliendo la invasión de las tropas austroalemanas.

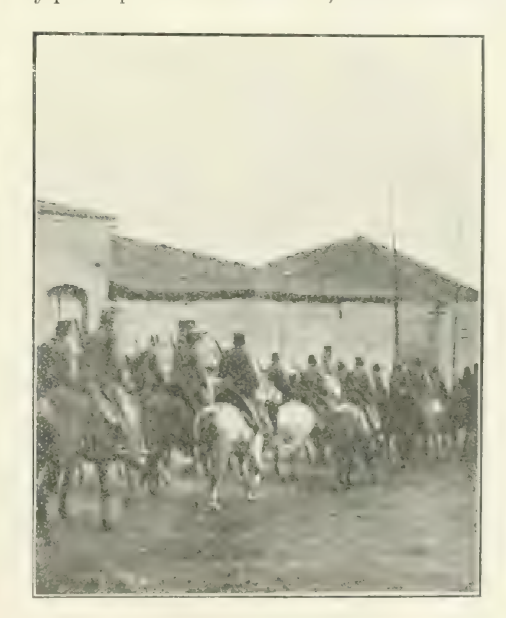
La infantería servia está armada con el fusil de repetición sistema Mauser; los batallones de la reserva usan fusiles de modelos más antiguos. La caballería va armada con carabina Mauser y sable corvo. La artillería se compone de artillería de campaña, de montaña y de fortaleza. Sus cañones de campaña y de montaña son de tiro rápido, fabricados en Francia,



PEDRO I DE SERVIA Á CABALLO

y el primero muy semejante al 75 francés. Los morteros y obuseros han sido fabricados igualmente por la industria francesa. Su cuerpo de ingenieros se compone de batallones de pontoneros, telegrafistas y ferrocarrileros.

El principado de Montenegro, aunque más pequeño y pobre que el reino de Servia, tiene sobre éste la



CABALLERÍA SERVIA



FRONTERAS DE AUSTRIA, SERVIA Y MONTENEGRO

ventaja de estar situado junto á las aguas del mar Adriático.

Como lo indica su nombre, es un país muy montañoso. Dos cordilleras forman este pequeño Estado: la una llamada en la lengua del país *Tcherna Gora* (la Montaña Negra), que se extiende á lo largo del mar, y la otra que se eleva en el interior. Entre ambas cadenas de montañas existe el valle de Zenta, paralelo á la costa, que forma todo el territorio aprovechable de Montenegro. Estas cordilleras sirvieron para aislar á los montenegrinos del resto del continente, protegiéndolos contra el avance de los turcos. El mar los ponía en contacto con la república de Venecia, que los protegió muchas veces.

El nombre de Montenegro es de origen español y no italiano, como creen algunos. Junto al principado de Montenegro quedan poblaciones marítimas que ostentan igualmente un nombre español, como San Juan de Medua y otras. Los capitanes de Carlos V y Felipe II guerrearon en estas costas, construyendo fuertes y fundando pueblos.

Cuando en 1389 los turcos invadieron el Imperio servio, apoderándose de él por varios siglos, los habitantes del valle del Zenta, que era una provincia de dicho Imperio, continuaron la lucha contra los invasores en el caos de sus Montañas Negras, desoladas y abruptas. Jamás pudieron los turcos dominar á los montenegrinos, que se mantuvieron independientes, constituyendo una pequeña nación. Durante dos siglos, de 1687 á 1851, el principado de Montenegro tuvo por soberanos á sus obispos, todos los cuales pertenecieron á la familia Niegosch. Fué una monarquía eclesiástica, en la que pasó el poder de tío á sobrino, siendo la mitra á modo de una diadema principesca. Á mediados del siglo XIX reinó el último príncipe-obispo, llamado Pedro Petrovich Niegosch, que al mismo tiempo que soberano eclesiástico fué un excelente poeta. Éste hizo laico el principado en 1851, reconociendo como sucesor á su sobrino Danilo, que no era sacerdote. El primer príncipe laico fué reemplazado en 1860 por uno de sus sobrinos, que es el actual rey Nicolás I, llamado Nikita en la lengua del país.

Nicolás I, que se educó en Francia, se ha mantenido fiel á la amistad con Rusia. Esta amistad con los zares empezó en tiempo de Pedro el Grande.

Montenegro es la representación del eslavismo en las orillas del Adriático. Pero al mismo tiempo su situación geográfica frente á Italia ha hecho que Nicolás I busque la amistad de ésta, como en otros tiempos los príncipes de Montenegro buscaron el



UN PRÍNCIPE OBISPO ESLAVO



LA PRINCESA ELENA DE MONTENEGRO



EL PRÍNCIPE DE NÁPOLES

apoyo de la república de Venecia. El hábil Nicolás consiguió en 1896 casar á su hija la princesa Elena con el príncipe de Nápoles, heredero de la corona italiana. Hoy la hija del monarca pastor de la Montaña Negra es la reina de Italia. De este modo Nicolás completó y consolidó la obra de sus ascendientes, colocándose entre dos grandes protecciones: de un lado Rusia, sostenedora de los eslavos; del otro la renaciente Italia, cuyo monarca es su yerno.

Los montenegrinos, con su audaz príncipe al frente, han osado los mayores atrevimientos para agrandar su influencia política y su territorio. En 1876 originaron la insurrección de Bosnia, que fué causa un año después de la guerra ruso-turca.

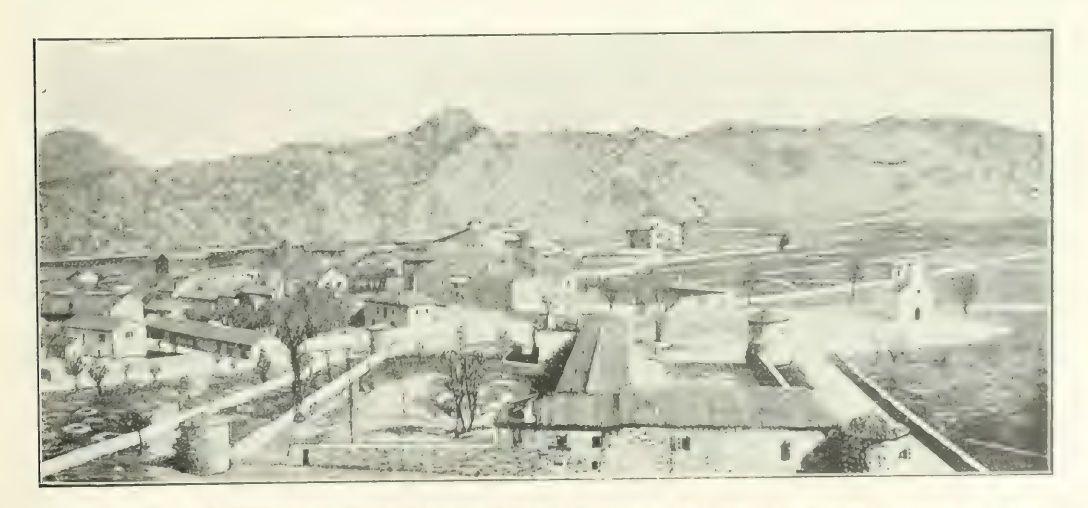
Las decisiones del Congreso de Berlín no podían satisfacer al príncipe Nicolás. Tuvo que acoger en silencio las órdenes de las grandes potencias, pero guardó en su alma la firme decisión de deshacer en un momento oportuno todo lo que establecieron en la citada reunión diplomática Bismarck y los gobernantes de Viena.

Nicolás I trabajó incesantemente por establecer una unidad de miras entre los Estados balkánicos, pactando una acción común contra los turcos, sus enemigos seculares. Él contribuyó más que nadie á fundar la confederación balkánica, é inició la lucha declarando la guerra á Turquía en Octubre de 1912.



Sus relaciones antiguas con la corte de San Petersburgo, y su parentesco con la corte de Roma, hicieron creer por un momento que marchaba de acuerdo con Rusia é Italia para anonadar definitivamente á Turquía. No era cierto. El príncipe montenegrino tomaba esta decisión enérgica por su propia cuenta, como un caudillo temerario, deseando acabar para siempre con sus vecinos los turcos, ó que éstos se apoderasen de su pequeño Estado.

El ejército montenegrino hizo prodigios de valor. Desafiando no sólo á los turcos, sino á todas las potencias de Europa que le prohibían seguir adelante, se apoderó de Scutari en Abril de 1913. Esta conquista casi produjo la guerra europea. Nicolás, que había tomado el título de rey de Montenegro en 1910, hizo frente al Imperio austriaco, que reclamaba la devolución de Scutari, y á todas las cancillerías de Europa,



CETINGA, CAPITAL DE MONTENEGRO, DONDE SE CELEBRARON LOS ESPONSALES DE LOS DOS PRÍNCIPES, HOY REYES DE ITALIA



ARTILLERÍA MONTENEGRINA



INSTRUCCIÓN DE RECLUTAS MONTENEGRINOS

que para evitar un conflicto aceptaron las exigencias austriacas. Hubo que enviar una flota internacional para que el valeroso y testarudo rey de Montenegro aceptase el abandono de Scutari y la creación del efímero y grotesco reino de Albania.

Se vió entonces que, más ó menos pronto, la política absorbente de Austria y sus atropellos balkánicos provocarían una nueva guerra. El gobierno austriaco ansiaba castigar á Servia y á Montenegro porque no se plegaban á sus órdenes. En Agosto de 1913 intentó el aplastamiento de Servia y su pequeña aliada eslava del Adriático. La actitud de Italia impidió tal atentado.



SCUTARI

Cuando en Junio de 1914 pudo Austria saciar su rencor atacando á Servia con pretexto del suceso de Serajevo, los montenegrinos aceptaron la provocación lo mismo que si fuera dirigida contra ellos y se colocaron intrépidamente al lado de Servia, empuñando las armas para vencer al austriaco, su eterno enemigo, ó perecer como pueblo.



INFANTERÍA MONTENEGRINA



SOLDADOS MONTENEGRINOS EN EL MONTE DE LOVCEN



UN CUARTEL DE CETINGA



ANTIVARI

En Agosto de 1910, al tomar el título de reino el principado de Montenegro, tenía éste una población de 285.000 habitantes, de los cuales 14.000 eran musulmanes.

Las guerras balkánicas y las ventajas que le reconoció el tratado de paz de Bucarest doblaron su extensión territorial y el número de sus habitantes.

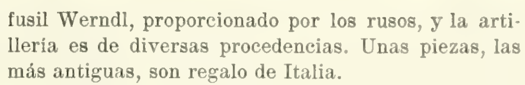
Actualmente se calcula su población total en 500.000 habitantes. Los montenegrinos son soldados de los 18 á los 62 años, lo que hace que todos los hombres del país estén sobre las armas.

Únicamente algunos musulmanes, por precaución política, están exentos del servicio militar.

Todos los domingos los habitantes de Montenegro se dedican á los ejercicios de tiro, y hasta las mujeres y los niños toman parte en la fiesta. Puede decirse que la nación entera vive sobre las armas, y desde el rey al último montenegrino válido, todos son soldados.

El ejército activo se compone de 50.000 hombres, pero hay además algunos batallones de reserva.

La infantería usa el



fusil Werndl, proporcionado por los rusos, y la artillería es de diversas procedencias. Unas piezas, las más antiguas, son regalo de Italia.

La artillería gruesa con la que han puesto sitio á Cattaro, unas 40 piezas, se la envió Rusia.

Toda su artillería de campaña, compuesta de excelentes cañones Krupp, la adquirió sin desembolso alguno. Sus soldados la tomaron á punta de bayoneta en la última guerra con los turcos.



NICOLÁS I DE MONTENEGRO

La caballería es escasa, por ser el país muy quebrado y de pocos caminos.

El reino de Montenegro se halla aún en el período pastoril, y su rey Nicolás guarda el aspecto patriarcal de un jefe de tribu. La corte vive con gran sencillez. Los oficiales del ejército son hidalgos del campo que conocen á sus soldados desde la infancia y viven con ellos en una fraternal familiaridad.

El pequeño puerto de Antivari, el único de Montenegro, sirve á éste y á Servia para mantenerse en comunicación directa con las potencias europeas que luchan contra los dos imperios germánicos.

XX

La guerra

Vamos á empezar el relato de la guerra europea de 1914.

Este conflicto casi mundial es indiscutiblemente la obra de Guillermo II y del pangermanismo. El Imperio alemán, que se había preparado en silencio durante veinticinco años para realizar sus monstruosas ambiciones, creyó llegado el momento favorable en Julio de 1914, y que si dejaba pasar esta oportunidad no volvería á ofrecérsele otra semejante.

Fácil es imaginarse el estado de ánimo de Guillermo II, después de lo que hemos dicho en otro lugar sobre su carácter y sus aspiraciones. Las exigencias insolentes del pangermanismo que llegaron á amenazarle con la posibilidad de un destronamiento, y los celos que le inspiró la popularidad de su heredero entre los militares y las asociaciones patrióticas, le decidieron á abandonar su política pacífica. Es indudable que la posibilidad de la guerra había halagado muchas veces su veleidosa imaginación y sus aficiones teatrales por el heroísmo aparatoso.



GERMANIA
Estatua en bronce conmemorativa de la unidad del Imperio alemán

Guillermo II ha creído siempre que su abuelo, al que recuerda en todas ocasiones, murió sin haber acabado su obra. El antiguo Imperio germánico renació en la persona de Guillermo I, pero éste no tuvo tiempo para realizar por completo sus aspiraciones tradicionales. Fué hermoso para Alemania que el viejo soberano se hiciese proclamar emperador en Versalles; pero esto no parecía suficiente ni definitivo á Guillermo II. En sus ensueños de ambición se consideraba obligado á hacer por su parte algo que le igualase con el glorioso ascendiente.

Al inquieto emperador le pesaba en ciertos momentos llevar tantos años á la defensiva. Se hacía viejo, y él, que se preocupa tanto de la fama, no podía tolerar que su nombre se transmitiese á la posteridad como el de un monarca burgués y pacífico, dedicado en absoluto al desarrollo comercial é industrial de su pueblo. ¿Para qué, entonces, los marciales bigotes, el casco de plata y el manto blanco de Lohengrin, con que su efigie pasaría á la Historia? Tarde ó temprano, Alemania, educada por el orgullo pangermanista y ansiosa de dominación universal, intentaría el esfuerzo definitivo. Mejor era que este esfuerzo lo realizase él mismo, atribuyéndose la inmensa gloria que podía corresponder á su sucesor.

Durante muchos años se mostró pacífico porque sabía que Alemania no era todavía bastante poderosa para conseguir lo que él llamaba «sus destinos legítimos». Pero en 1914 todo lo vió bien preparado para hacer frente á sus enemigos de Europa y á las potencias que pudieran unirse á ellos. Si dejaba pasar esta ocasión, ¿Alemania guardaría siempre en lo futuro su enorme superioridad sobre los adversarios?...

La más clara demostración de la responsabilidad de la presente guerra la proporciona el cuidado con que cada pueblo se preparó para la lucha.

Francia únicamente tenía organizadas sus fuerzas con un fin defensivo. Jamás hubiese iniciado la guerra por su propia voluntad. Su gobierno y gran parte de la opinión pública eran enemigos de empresas temerarias.

Rusia estaba mal preparada para una lucha, que tal vez creía inevitable, pero que consideraba como un suceso todavía remoto.

Inglaterra ha tenido que improvisar todas sus fuerzas terrestres después de empezada esta guerra que no quería la opinión británica y que únicamente aceptó como resultado de la invasión de Bélgica.

Alemania, en cambio, venía preparándose desde hace veinticinco años, y á partir de 1912 estaba resuelta á aprovechar la primera circunstancia favorable. El atentado de Serajevo—suceso que puso enfrente de Francia y de Rusia el orgullo dominador de Alemania y su acólito el Imperio austriaco—fué rápidamente aprovechado. Todas las actuaciones diplomáticas de los gabinetes de Viena y Berlín fueron hipócritas fingimientos. Los dos imperios germánicos estaban resueltamente decididos en favor de la guerra. Sólo la humillación de Rusia y de Francia habrían podido evitarla. Y aun este remedio hubiese sido momentáneo, pues una vez resuelto el conflicto con el anonadamiento de Servia, Alemania lo habría reproducido otra vez, ya que según las palabras de Guillermo II «siempre se encuentra un buen pretexto para justificar una guerra.»



ESTATUA GUERRERA DEL KAISER EN COLONIA

Nunca como en el verano de 1914 vió Alemania mejor preparadas las cosas para vencer á los enemigos y realizar sus ambiciones.

Francia, que era su adversario más temible por su espíritu militar, la potencia de su ejército y la rapidez de su movilización, se hallaba en un momento de visible inferioridad. Sus gobernantes estaban de viaje, lejos del territorio nacional. Las luchas políticas tenían desde años antes dividida á su población. Un gran número de franceses, demasiado confiados y que no creían en la posibilidad de la guerra, eran antimilitaristas, acogiendo con burlona sonrisa los ideales patrióticos de «revancha» como algo anacrónico.

El pueblo francés, dueño de un suelo fértil, poseedor de una gran riqueza y habituado á todas las delicias del bienestar, no podía comprender las ventajas de la guerra, y por lo mismo se imaginaba que los demás pueblos eran partícipes de los mismos sentimientos. Además, el pangermanismo, con su orgullo exclusivista, describía á Francia como un pueblo en decadencia, debilitado por las querellas interiores y corrompido hasta la médula por la sensualidad de sus costumbres. Los gobiernos franceses, según la opinión alemana, se preocupaban más de combatir el espíritu militar de una parte del país que de organizar el ejército. El presidente de la República no tenía ningún prestigio; los oficiales valían muy poco; el ejército carecía de generales de mérito y de un plan de campaña. Apenas surgiese la guerra, Marruecos, la Indo-China y otras colonias francesas se sublevarían contra la metrópoli. Á esto había que añadir las revelaciones sensacionales que el mes de Mayo había hecho el senador Humbert, denunciando los descuidos y deficiencias de la preparación militar francesa. La decadencia de la República era indiscutible para los alemanes.

La diplomacia orgullosa, torpe y sobradamente confiada del Imperio germánico, agrandó los defectos franceses, dando un carácter general á muchas deficiencias parciales. Además, Alemania, lenta y metódica en sus reformas, no tenía en cuenta la rapidez y el espíritu inventivo de Francia para remediar con prontitud sus errores. Reconocían los alemanes las ventajas que representaba para la defensa francesa la ley de tres años que la República acababa de adoptar, pero esta medida significaba muy poco para el orgullo germánico, que había cuidado y preparado su ejército durante muchos años.

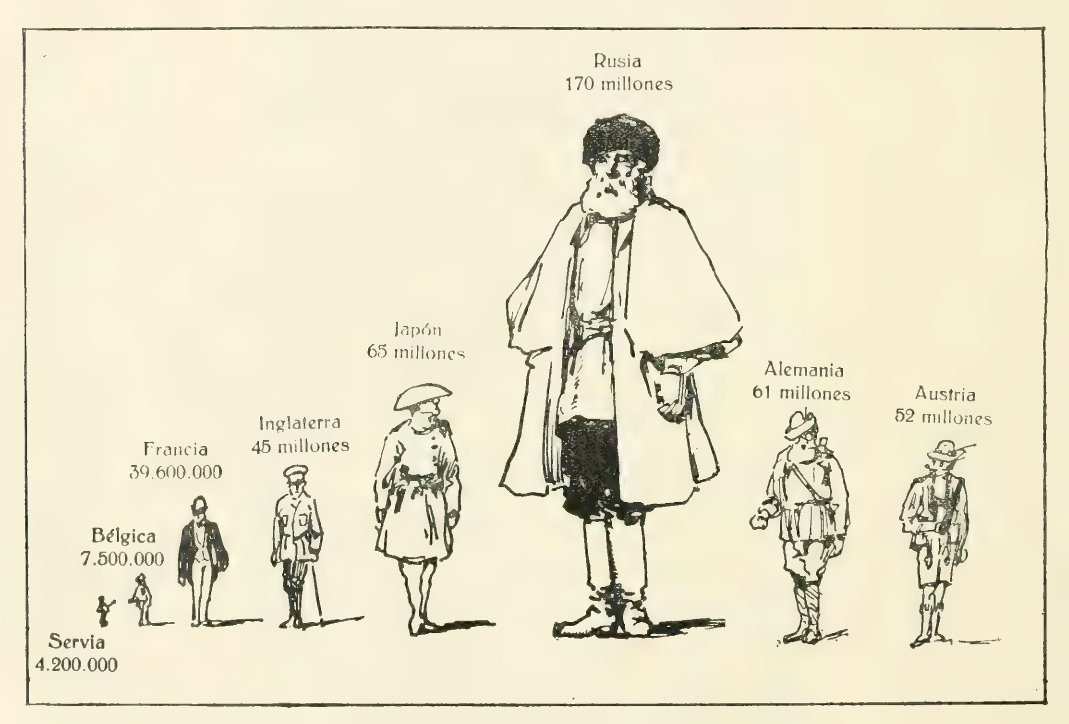
En resumen, el Imperio alemán tenía la certeza absoluta de que le bastaba arrojar todo su ejército sobre Francia para vèncerla y anonadarla en cuatro semanas.

Rusia era temible por sus enormes reservas de hombres, pero nada podría hacer si Alemania caía sobre ella antes de que hubiese terminado su lenta movilización. Además, estaba corroída interiormente por las luchas sociales y políticas. Las huelgas obreras estaban agitando revolucionariamente sus capi-

tales más importantes. La visita del presidente Poincaré había servido de pretexto para grandes perturbaciones en la capital.

Tampoco había que temer una intervención enérgica de Inglaterra. Bastante tenía la Gran Bretaña con preocuparse de la cuestión irlandesa, que había llegado al período álgido. Este conflicto, que ponía en peligro su integridad nacional, no le dejaría tiempo ni fuerzas para intervenir en los asuntos de Europa. Además, nadie creía en Alemania que Inglaterra pudiese transportar con rapidez un cuerpo de tropas útil para Alemania. Los franceses tendrían que distraer varios cuerpos de ejército en el Sur para hacer frente á los italianos, y de este modo los alemanes podrían retirar de Francia una parte de sus tropas de invasión para enviarlas á la frontera rusa.

Del lado de Oriente no amenazaba ningún peligro. Grecia, Montenegro y Servia simpatizaban con Rusia y Francia, pero frente á estos pueblos podían colocar los austro-alemanes como un obstáculo á Turquía y Bulgaria, que neutralizarían la actuación de aquéllos en los Balkanes.



POBLACIÓN DE LAS NACIONES BELIGERANTES

al continente. En Berlín, diarios y profesores afirmaron que los ingleses estaban en decadencia, que sus pretensiones á la dominación de los mares no eran más que un ensueño, y que había llegado la hora de imponerles una cruel realidad. Si la Gran Bretaña intervenía en la guerra, sus colonias se sublevarían, inmovilizando una gran parte de su ejército.

La actitud de Italia tampoco les inspiraba ninguna duda. Todos en Berlín presentían que en el primer momento de la guerra tal vez se negase, por prudencia, á marchar con los dos imperios de la Triple Alianza; pero así que los alemanes lograsen la primera victoria, se apresuraría á atacar á Francia por la frontera de los Alpes, para conseguir de este modo su parte en el botín.

Este auxilio de última hora iba á resultar muy

En cuanto á las demás naciones de Europa podía contar Alemania, si no con su benevolencia, al menos con su resignación pasiva y miedosa, fuese cual fuese la violencia de su conducta. En el Norte tal vez lograse excitar á Suecia contra el Imperio ruso. Á las primeras derrotas de los rusos, los suecos intentarían apoderarse de Finlandia, que es para su raza una especie de Alsacia-Lorena.

Al hacer el balance moral de Europa, los alemanes sólo veían dos adversarios: Francia y Rusia. Contra ellos podían emplear sus enormes fuerzas, las de Austria y tal vez las de Italia. La situación política interior de las dos potencias enemigas era singularmente crítica por sus luchas civiles y sus conflictos económicos.

Ningún momento podía resultar mejor escogido

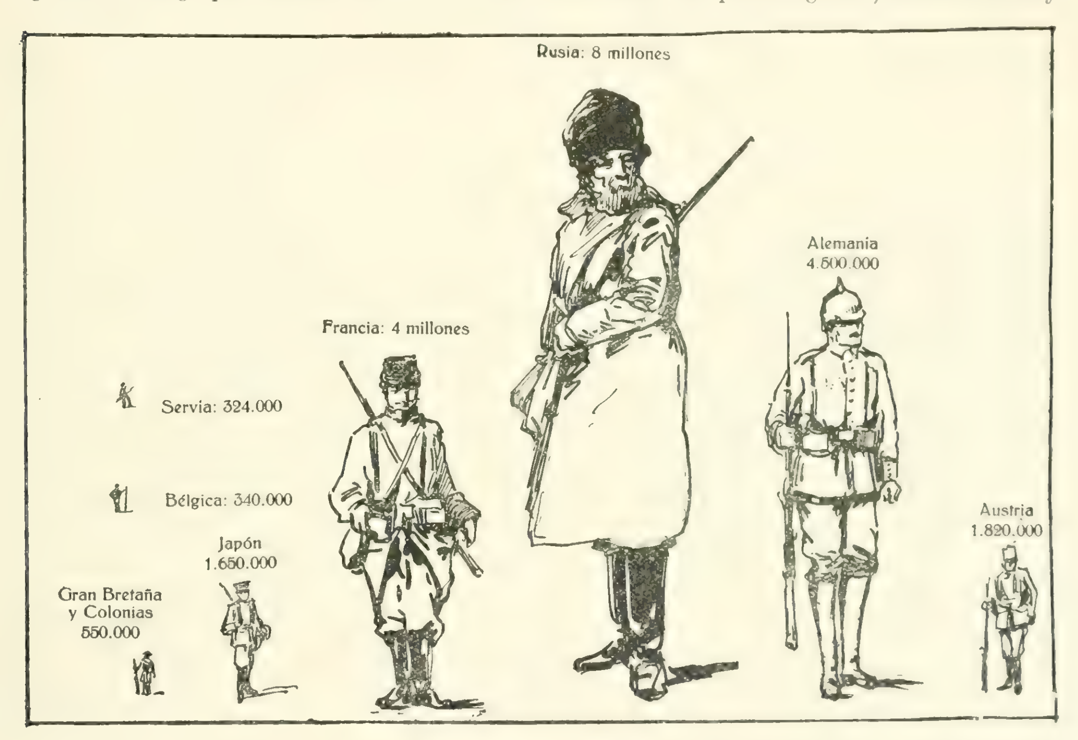
que el presente para emprender la pelea decisiva. Y Alemania, que en varias ocasiones había vacilado al ir á tirar de su espada, no dudó en 1914, aprovechando como pretexto el asesinato de Francisco Fernando.

Hay que hacer constar que tanto el emperador de Alemania como el de Austria no experimentaron un gran dolor por la muerte del archiduque. Guillermo II, que ama las ceremonias de resonancia y las actitudes teatrales, no fué á Viena para asistir al entierro, y se embarcó como todos los años para hacer su navegación veraniega por las costas del Norte. Francisco José dispuso el entierro con una parquedad inexplicable, privando de los honores fúnebres de la corte al archiduque y su esposa.

El kaiser no simpatizaba mucho en los últimos tiempos con el heredero del Imperio austriaco, por rivalidad profesional, pues éste pretendía ser tan experto como él en cuestiones militares. Además, casi lo consideraba como un enemigo futuro, por haberse opuesto decididamente á la expansión de la influencia alemana en Austria. El viejo emperador tampoco quería bien á su sobrino y menos á su esposa morganática. Sabía que el archiduque deseaba la guerra para adquirir el prestigio del vencedor, y gracias á sus triunfos imponer como emperatriz á su mujer, que estaba excluída del trono por la ley. El ceremonioso Francisco José no podía tolerar con paciencia este atentado futuro contra las «leyes de familia». La posibilidad de que una advenediza ciñese la corona de María Teresa, provocaba su indignación.

Ninguno de los dos emperadores sintió profundamente la muerte del archiduque. Pero el atentado de Serajevo les pareció un pretexto para la guerra, que podía impresionar favorablemente á una parte de la opinión.

El Estado Mayor alemán había establecido desde mucho antes su plan de guerra, con el método y la minuciosidad que emplea en todos sus trabajos.



EFECTIVO DE SUS EJÉRCITOS

Las condiciones estratégicas de Francia y de Rusia eran completamente diferentes. Francia, por su reducida superficie, su población densa y su valiosa red de ferrocarriles, podía movilizar sus tropas rápidamente, en 9 ó 10 días. Rusia, con su inmensa extensión territorial, sus poblaciones diseminadas y su escasez de vías férreas, que ya hemos mencionado, sólo podía efectuar la movilización con mucha lentitud.

Era imposible que Alemania tomase á la vez la ofensiva contra los dos adversarios. Siguiendo su doctrina, esta ofensiva debía ser rápida, fulminante, con el máximum de sus fuerzas concentradas contra uno de los dos adversarios, el más importante, mientras se conservaba á la defensiva frente al otro ene-

migo con el mínimum de sus recursos. El principal adversario era Francia, y el Estado Mayor alemán preparó las cosas para caer primeramente sobre este país.

Una campaña en Francia podría ser rápida y decisiva. En Rusia no era lógico esperar lo mismo, porque los rusos, aprovechándose de la configuración de su país, retrocederían hacia el interior, evitando un choque decisivo en espera del resultado de las operaciones emprendidas contra Francia.

Toda la atención del Estado Mayor alemán se concentró por estas consideraciones en la frontera francesa. Además, Rusia necesitaba mucho tiempo para movilizar sus fuerzas, y esto concedía á los alemanes un plazo de un mes cuando menos para dedicarse con toda tranquilidad al aplastamiento de Francia. Según los estrategas germánicos, no eran precisos más de treinta dias para obtener en el suelo francés un resultado decisivo, si es que realizaban la invasión atrevidamente y con celeridad arrojando una masa aplastante de tropas.



LA FRONTERA FRANCO-ALEMANA

Mucho antes de la guerra, una Memoria militar alemana decía así: «Si avanzamos rápida y profundamente al invadir la tierra francesa, el amor propio nacional no permitirá á los jefes militares el esperar la entrada en línea de Rusia, porque la extensión del territorio que tendrían que abandonarnos sin combatir sería tal, que la opinión pública se mostraría indignada. Por el poder de su ejército y por el grado de su preparación para la guerra, Francia no es solamente nuestro enemigo más peligroso, sino el que puede estar preparado con más rapidez, y debemos tener la certeza de que nos hará frente sin pérdida de tiempo. Además, la enormidad de los efectivos de los dos ejércitos, el alemán y el francés, su estrecha concentración, las dificultades del avituallamiento y de la dirección de las dos masas movilizadas, todo empujará de ambos lados á una decisión rápida. Puede afirmarse, sin miedo á error, que en la segunda semana de la guerra se producirá un gran choque. Este choque, que indudablemente nos será favorable, obligará á Inglaterra, á España (!) y tal vez á Rusia á volver á envainar la espada que tendrán medio desenvainada. Esta misma victoria nos asegurará indiscutiblemente la cooperación activa de Italia.

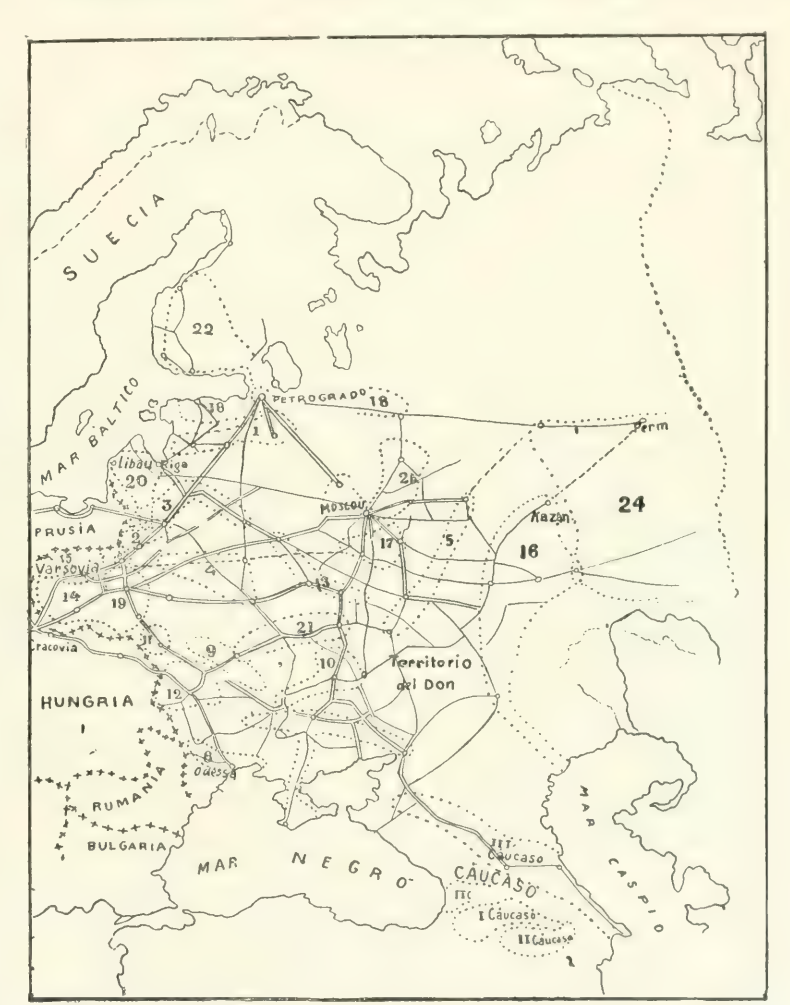
»Es verosímil que habiendo comprometido Francia todas sus fuerzas disponibles en la primera batalla, se verá incapacitada de prolongar por más tiempo la lucha, aceptando las condiciones que nosotros queramos imponerle. Si rehusa nuestras proposiciones, unos cuantos centenares de miles de hombres de nuestros cuerpos de reserva, operando de acuerdo con los ejércitos italianos, bastarán para guardar los terrenos conquistados en Francia; y esto ocurrirá aunque España é Inglaterra ayuden

á Francia. El grueso de nuestras fuerzas podrá ser llevado entonces al encuentro de los ejércitos rusos, gracias á nuestro admirable sistema de ferrocarriles. Si ocurre que, mientras estamos ocupados en obtener una decisión rápida más allá de nuestra frontera occidental, los rusos—lo que parece completamente improbable—hubiesen terminado sus preparativos é invadido la Prusia oriental y una parte de la Silesia, nada se habría perdido por esto definitivamente, siempre que nuestro ejército defensivo no hubiese sido derrotado, que nuestras plazas fuertes se defendiesen y que el enemigo quedase contenido por la línea del Oder.

»En resumen, Francia es nuestro adversario principal. Su desastre inmediato aclararía inmediatamente el horizonte político. Su aplastamiento rápido nos daría una completa libertad para aglomerar el total de nuestras fuerzas activas contra Rusia y acabar con esta potencia en la proximidad de nuestra frontera, ó en la línea Breslau-Danzig, ó en la del Oder, si es que había conseguido avanzar hasta ellas. Las anteriores consideraciones nos aconsejan consagrar á la ofensiva inmediata contra Francia la casi totalidad de nuestras fuerzas activas para asegurarnos en el teatro occidental una incontestable superioridad de medios. Los cuerpos activos deberán ir seguidos á corta distancia por el mayor número posible de cuerpos de reserva que asegurarán la custodia de los territorios conquistados en el caso de que nuestras proposiciones de paz sean rechazadas, y podrán al mismo tiempo bloquear las fortalezas enemigas que queden detrás de nuestro frente. Ante Rusia bastará dejar en el primer momento un mínimum de cuerpos activos reforzados por cuerpos de reserva en número suficiente, con el objeto de hacernos ganar el tiempo que necesitamos para acabar con Francia. Este tiempo necesario es de cuatro semanas cuando más, comprendiendo en tal plazo el transporte por ferrocarril de las fuerzas vencedoras en el Oeste á las fronteras del Este.»

Como se ve, los estrategas alemanes no reconocían grandes necesidades de tiempo para aplastar á Francia. La realidad se encargó de demostrar la incertidumbre de unos cálculos preparados con tanto método y tanta minuciosidad en los detalles.

La invasión de la República Francesa, que debía ser según el Estado Mayor alemán el primer acto de la guerra, ofreció un obstáculo insuperable para la rapidez fulminante del ataque. Después de los duros fracasos de 1870, Francia no había tenido otro pensamiento que protegerse de una invasión futura, y para ello cubrió su frontera con Alemania, levantando una apretada fila de fortalezas.



UN INMENSO EJÉRCITO EN UN PAÍS INMENSO

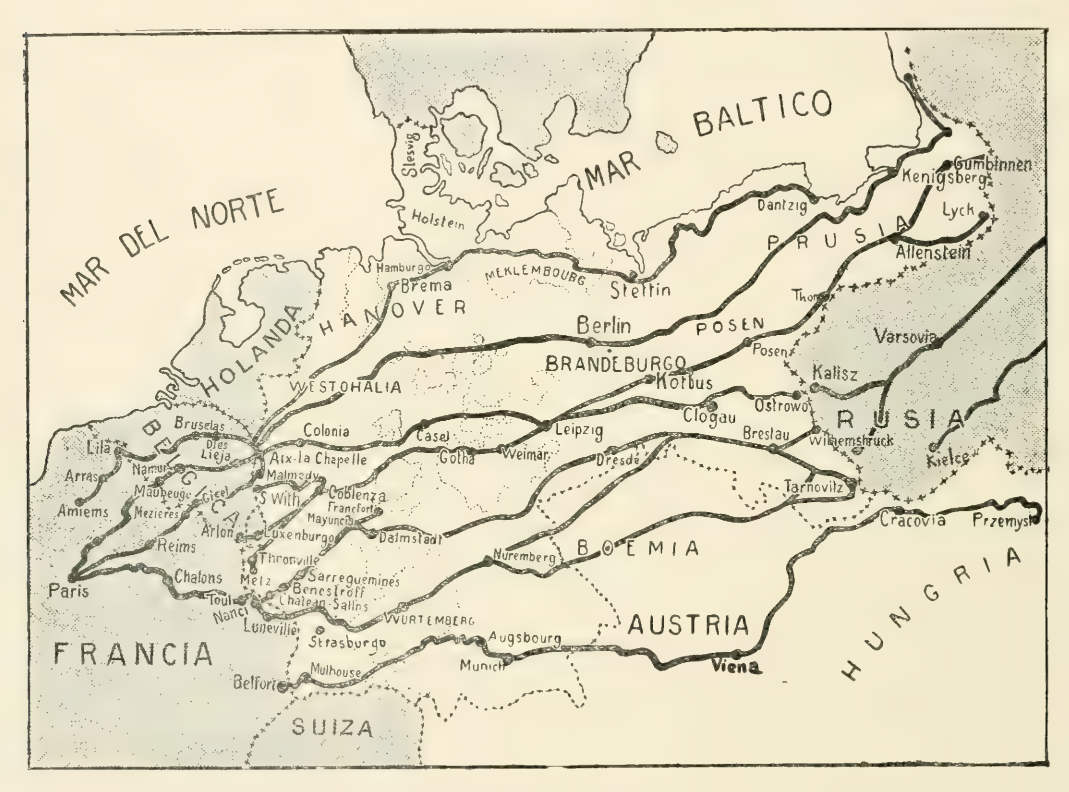
Este gráfico indica la situación de los distintos cuerpos del ejército ruso y las enormes distancias que han de recorrer para su concentración. Las líneas dobles marcan las principales vías férreas; las líneas sencillas los ferrocarriles secundarios.

El general Sérè de Rivière, encargado de trazar la línea defensiva de la frontera, construyó dos sistemas fortificados: el del Mosa, que va de Verdún á Toul, y el del Mosela, que se extiende de Epinal á Belfort. Esta formidable barrera de fortificaciones sólo deja dos estrechos corredores de entrada: uno en la parte de Luxemburgo y otro del lado de Suiza.

En la época que se realizaron estas construcciones, el viejo Moltke imperaba como maestro absoluto sobre el ejército alemán, y era enemigo declarado de las fortificaciones y los campos atrincherados. «La historia de las fortificaciones—decía—se confunde con la de las capitulaciones.» Para él sólo tenía importancia el poder concentrar con rapidez los ejércitos en la frontera, y para esto, mientras los franceses se dedicaban á construir su barrera de fuertes, Moltke se cuidó, hasta el fin de su vida, de perfeccionar y desarrollar la red de vías férreas que conducía del centro de Alemania á la Alsacia-Lorena.

Moltke murió algunos meses antes de la conclusión de la alianza franco-rusa, suceso que forzosamente había de cambiar todos los planes del Estado Mayor alemán. Hasta entonces el Imperio germánico sólo había tenido que preocuparse de Francia, pero ahora se veía en una posición peligrosa, entre sus dos vecinos del Este y del Oeste. De aquí sus lentos y concienzudos estudios para la formación de un nuevo plan que ha venido á ponerse en práctica en 1914.

Como ya hemos dicho, Alemania sólo consideró á Rusia como un enemigo temible si le dejaba tiempo para efectuar la movilización de su ejército, dispersado en una extensión inmensa y mal servido por vías insuficientes. Esta movilización debía ser lenta, é igualmente lenta su concentración. Alemania, en vista de esto, se decidió á poner en práctica el mismo método que había empleado muchas veces con éxito Napoleón: concentrar todas las fuerzas contra uno de los enemigos para aplastarlo definitivamente, y tras-



PLAN DE GUERRA DE ALEMANIA CONTRA FRANCIA Y RUSIA

LOS FERROCARRILES ALEMANES Y AUSTRIACOS

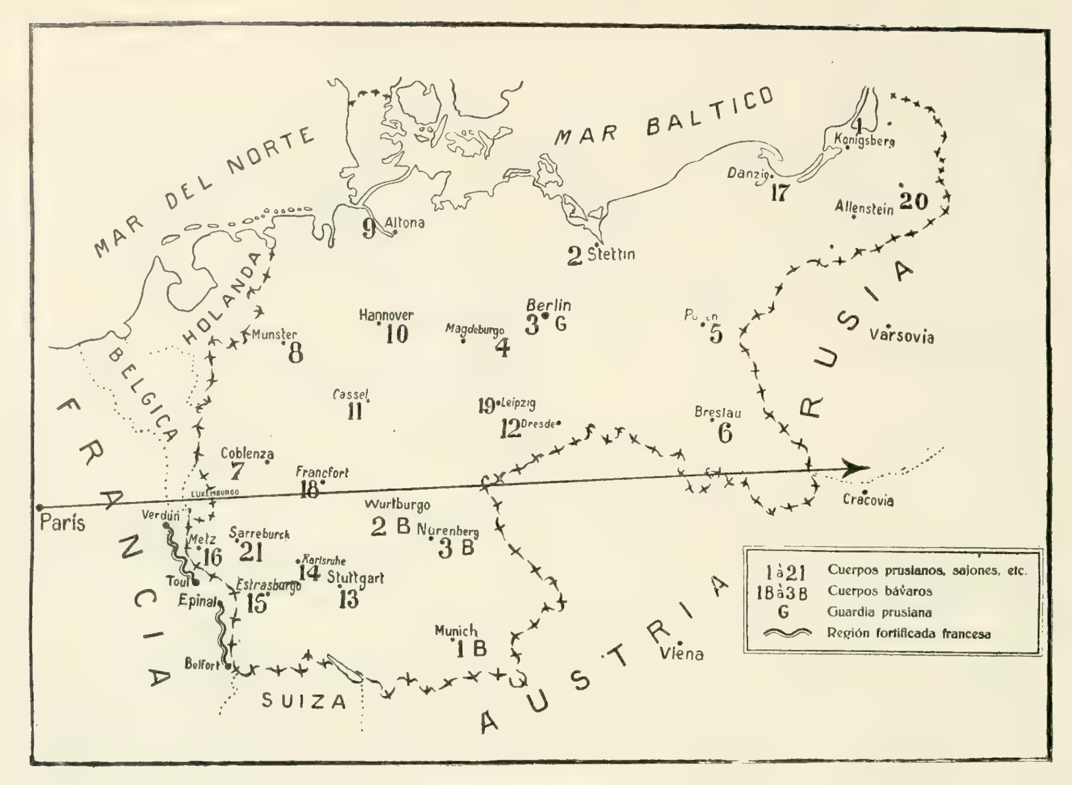
El presente plano demuestra cómo el Estado Mayor alemán preparó los ferrocarriles de su país y de Austria á partir de 1893, para poder trasladar sus ejércitos con rapidez de las fronteras de Bélgica y Francia á las de Rusia y viceversa, empleándolos en los dos frentes de la guerra. El plano demuestra igualmente cómo Austria había entrado en esta combinación á larga fecha de su aliado, uniendo sus líneas á las de Alemania para poder enviar sus fuerzas contra la frontera francesa. Gracias á este sistema de comunicaciones, Alemania ha podido mover sus ejércitos, empleándolos indistintamente según sus necesidades en el frente occidental ó el oriental. Tan asombrosa preparación contrasta con los resultados obtenidos, que debieron ser más considerables desde el primer momento.

ladarse rápidamente al encuentro del otro, para repetir la misma operación. El Estado Mayor de Berlin lo preparó todo para que la masa de sus fuerzas dirigida contra Francia venciese á ésta en pocos dias, dirigiéndose luego contra el frente oriental. El plan era acertado y casi seguro, siempre que la primera ofensiva no tropezase con obstáculos que la hiciesen perder tiempo. El menor retardo podía echar abajo toda la combinación, poniendo en grave peligro al ejército alemán, que en vez de acometer se vería acometido y cercado por dos adversarios, teniendo que combatir al mismo tiempo en ambas fronteras.



MAPA MILITAR DE FRANCIA

La cadena de fortificaciones francesas era un obstáculo formidable para este plan. Imposible realizar la campaña con rapidez ni asestar un golpe decisivo á los enemigos en dos ó tres semanas. Entrando en Francia por la frontera alemana, las columnas invasoras iban á tropezar con estas formidables barreras, demasiado poderosas para ser tomadas por asalto en poco tiempo. Además, era difícil y peligroso el evitarlas pasando por los estrechos desfiladeros que el general Rivière había dejado sin obras defensivas. Sólo realizando un movimiento por los países neutros, el Luxemburgo y Bélgica, podían los alemanes evitar este obstáculo.



LA PREMEDITACIÓN CONTRA BÉLGICA

Este mapa, en el que se marca la situación de los diversos cuerpos de ejército alemanes en tiempo de paz, demuestra que la invasión de Bélgica estaba premeditada desde hace muchos años por el Estado Mayor de Berlín.

Una flecha, partiendo de París, atraviesa la frontera franco-alemana por su extremo Norte y penetra por toda Alemania hasta Rusia. Los números indican los cuerpos de ejército alemanes. Como verá el lector, debajo de la flecha, ó sea enfrente de la frontera con Francia, el Imperio alemán sólo tenía establecidos ocho cuerpos: 15, 16, 21, 14, 2 B, 13, 3 B y 1 B. En cambio encima de la flecha, ó sea donde no había otra frontera que la de Bélgica y Holanda, el Estado Mayor fué estableciendo los cuerpos 7, 8, 9, 11, 18, 10, 4, 19, 12 etc., todo el ejército alemán, que gracias al sistema de ferrocarriles pudo ser concentrado en poco tiempo sobre el límite belga, como una masa aplastante. Las dos pequeñas líneas onduladas entre Verdún y Toul y entre Epinal y Belfort, marcan las dos regiones fortificadas de Francia.

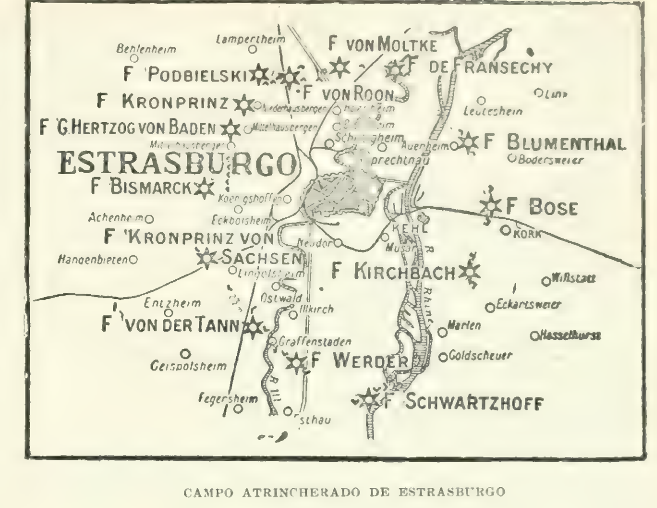
Otra consideración dificultaba el ataque alemán por la frontera más aún que estos diques fortificados. Faltaba espacio en dicho lugar para que Alemania pudiese mover sus inmensos efectivos militares. En 1870 la frontera era mayor, pues comprendía desde el Mosela hasta el Rhin, y sin embargo no había ofrecido espacio suficiente para el despliegue estratégico del ejército alemán, que en aquel entonces sólo constaba de 16 cuerpos. En las inmediaciones del Sarre, el ejército mandado por el general Steinmetz tuvo que invadir, para poder avanzar, la zona de marcha del ejército del príncipe Federico Carlos, y éste se irritó hasta el punto de ordenar á uno de sus generales de división que limpiase si era necesario á la bayoneta los caminos que le había atribuído el Estado Mayor y que obstruía el otro cuerpo prusiano.

Inútil es decir los obstáculos con que hubiese tropezado actualmente el ejército alemán invadiendo á Francia por su límite fronterizo. El número de sus cuerpos de ejército se ha cuadruplicado, y la frontera de 1870 fué reducida por el tratado de Francfort unos cincuenta kilómetros. En un frente tan estrecho los invasores se hubiesen visto obligados á escalonarse en masas profundas y de escaso frente, y la guerra se habría convertido en un gigantesco y largo choque de meses y meses, dando tiempo á que Rusia terminase sus preparativos y atacara á Prusia por la parte oriental.

El Estado Mayor de Berlín basaba precisamente todos sus cálculos en la rapidez fulminante del primer ataque para conseguir cuanto antes una solución, y por esto desistió de toda ofensiva por su frontera natural, buscando la invasión de Francia á través de Bélgica y del Luxemburgo.

Como se ve, el gobierno alemán, por consideraciones de conveniencia militar, tenía decidida desde hace muchos años la violación de la neutralidad de estos dos pueblos. El emplazamiento que dió en tiempo de paz á sus diferentes ejércitos demuestra claramente que el plan de invasión estaba resuelto de

larga fecha. Sólo ocho de sus cuerpos de ejército estaban situados al nivel de la frontera francesa, que es donde lógicamente podía suponerse una necesidad defensiva. El resto de sus fuerzas, ó sea diez y siete cuerpos de ejército, fueron emplazados desde hace años más al Norte, junto á las fronteras de Bélgica ó del Luxemburgo, países pequeños de los que no podía temer Alemania ningún ataque.

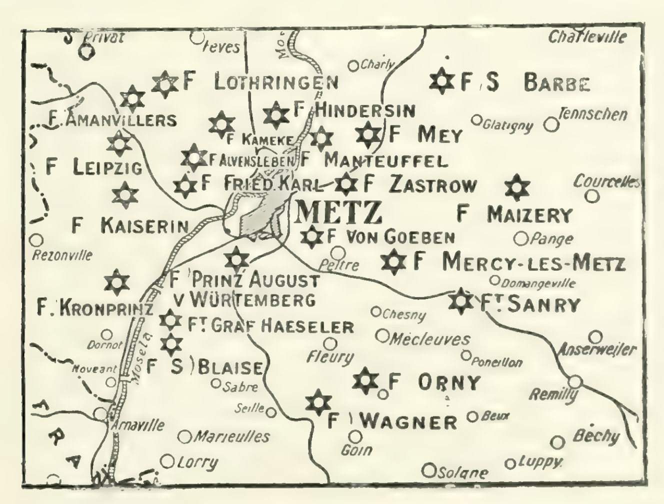


CAMPO ATRINCHERADO DE ESTRASBURGO

La razón de tal emplazamiento era que desde dichos puntos resultaba más corto el camino á París y sin ningún inconveniente natural. Los únicos obstáculos militares con que podía tropezar eran la resistencia de Bélgica—acto inverosímil en el que jamás llegó á pensar Alemania—y tres plazas fuertes: Lieja y Namur en Bélgica y Maubeuge en Francia, aisladas, sin ningún vínculo entre ellas, fáciles de reducir ó de aislar sin grandes esfuerzos. Estos eran todos los inconvenientes que ofrecía el camino á París siguiendo las cuencas fáciles y ricas del Mosa y del Oise.

Existía un gran obstáculo, pero de orden moral; y obstáculos de esta clase son de escasa consideración para la filosofía guerrera de los alemanes. Tendrían que violar la neutralidad y la independencia de los dos pueblos. El canciller imperial se encargó de justificar y legalizar los actos del Estado Mayor, declarando que «la necesidad no reconoce ley» y que un tratado de neutralidad no es más que un «pedazo de papel» que carece de valor ante las exigencias estratégicas.

Desde 1893, la alta dirección del ejército alemán pensó en la invasión de Bélgica y del Luxemburgo, tal como la ha realizado en la presente guerra. La prueba de que este crimen contra el derecho internacional fué discurrido y preparado hace veintiún años, la proporciona la conducta observada por el Estado Mayor. En tiempos del viejo Moltke, Alemania se dedicó durante veinte años á perfeccionar los ferrocarriles de Alsacia-Lorena y las líneas adyacentes, pues este era el camino para la invasión proyectada. Á partir de 1893, el Estado Mayor procedió á la renovación de las vías férreas de la Prusia Renana que conducen á la frontera de Bélgica, revelando con esto su intención de concentrar en el Norte el grueso de sus tropas, que hasta entonces había permanecido cerca de la frontera francesa. Es más: rompiendo con la tradición de Moltke, que era partidario de la ofensiva y enemigo de las fortificaciones, el Estado Mayor se dedicó á fortificar Alsacia y Lorena creando los campos atrincherados de Metz-Thionville y de Estrasburgo-Molsheim, así como los recintos fortificados de Neuf-Brisach y de Istein. Estas obras permitían á los alemanes el mantenerse en Alsacia-Lorena á la defensiva con pocas fuerzas, enviando las tropas economizadas á aumentar la gran masa que operaría en Bélgica.



CAMPO ATRINCHERADO DE METZ

Tales preparativos llamaron forzosamente la atención de las autoridades militares de Bruselas y de París. Nadie dudó de que los alemanes habían fijado sus ojos en los caminos de Bélgica para la futura invasión; pero hubo ciertas divergencias al apreciar la amplitud de este movimiento ofensivo.

Los militares belgas vieron con más claridad el peligro que los franceses, tal vez por hallarse más próximos á él. Los generales Brialmont y Déjardin manifestaron desde Bruselas su opinión de que



LAS FRONTERAS DEL LUXEMBURGO Y BÉLG

En este gráfico pueden apreciarse, sin ningún esfuerzo, las líneas fronterizas de las naciones neutrales violadas por el ejército alemán su avance contra Francia. Véase junto al portillo de Belfort y muy cerca de Suiza el pueblecillo de Joncherey, donde fué muerto uno de primeros soldados franceses; á la otra extremidad de los Vosgos aparece Cirey, donde también se produjo una escaramuza. Más lejos Thi

Alemania cubriría con su ola invasora toda la extensión de Bélgica, pasando por el Norte del Mosa.

En Francia todos los escritores militares, especialmente los generales Langlois y Bonnal, estimaron por el contrario que Alemania efectuaría su principal ataque por la frontera de Lorena y simplemente un ala de su ejército entraría por el Sur de Bélgica para llegar más pronto á Francia, pero sin tocar siquiera la línea Lieja-Namur.

Contribuyó á este error la convicción de los franceses de que ellos serían los que tomasen la ofensiva contra Alemania al iniciarse la guerra. Francia no deseaba violar la neutralidad belga, y como el grueso de sus fuerzas atacaría á Alsacia y Lorena, los alemanes tendrían que contestar á tal ataque desarrollándose la guerra en la frontera franco-alemana. Si los invasores penetraban en los territorios del Sur de Bélgica, sería únicamente para buscar mayores facilidades en el desenvolvimiento de sus fuerzas.

Toda la doctrina militar alemana descansa sobre un principio: la rapidez aplastante de la primera acción, imprevista por el enemigo y fulminante como el rayo. «La doctrina es excelente—dice un comentarista—, pero no basta imaginarla: hay que llevarla á la práctica con éxito.» Alemania lo había pensado todo, lo había preparado todo, y creía haberlo previsto todo. Pero surgió un incidente que jamás había figurado en sus cálculos, la resistencia belga, y todo su plan se tambaleó, falseado en su base.

La guerra en el siglo XX es algo complejo que difiere en muchas cosas radicalmente de todas las guerras del pasado. Es una guerra de masas, de naciones armadas, que necesita enormes espacios y recursos que hubiesen asustado á los antiguos estrategas. El mismo Napoleón, que históricamente es un caudillo moderno, tal vez quedase desconcertado y perplejo ante las luchas actuales.

La guerra moderna pone en juego todas las fuer-



OLADAS POR LOS EJÉRCITOS ALEMANES

Plano de L. Trinquier, de la *Illustration* de París

ille, Remisch, Wasserbilig, Trois-Vierges, por donde fué invadido el Luxemburgo. Por último, al Este del Gran Ducado, el territorio belga viondo por el invasor en su marcha sobre Lieja. Claramente se expone en este plano el objetivo alemán de forzar el Mosa para poder extenderse ápidamente por un lado hacia Laon y por el otro hacia más allá del Sambre y de Maubeuge, á fin de converger en dos direcciones sobre París.

zas vivas de una nación, pues llama á las armas á todos los hombres obligatoriamente. Es además una guerra combinada, en la que las fuerzas marítimas tienen tanta importancia como las terrestres. Hay que contar además los grandes progresos realizados en los últimos años en materia de armamentos y los enormes gastos que éstos representan.

Sin embargo, forzoso es reconocer que los grandes progresos realizados en el arte de matar no aumentan considerablemente el número de las víctimas. Las cifras de muertos y de heridos son enormes porque los efectivos que toman parte en la guerra moderna son enormes igualmente; pero el porcentaje de víctimas es casi igual al de las antiguas guerras, á pesar del considerable aumento del valor balístico.

Con todos sus horrores, la guerra moderna es menos temible para el herido que las guerras antiguas, á causa de los adelantos realizados por la Sanidad militar y los métodos antisépticos de curación. Actualmente el herido puede ser curado sobre el mismo campo de batalla, lo que representa un gran progreso comparado con el sistema seguido en otras batallas, relativamente modernas, donde el caído tenía que esperar días enteros y sufrir penosos viajes antes de ser visitado por el médico.

En tiempos de Federico el Grande y de Napoleón I las grandes batallas producían una pérdida en hombres de 20 á 25 por 100. Con los armamentos modernos este porcentaje no pasa del 15 por 100 en muchos combates. La proporción de muertos y heridos no ha variado mucho, y continúa siendo de un muerto por cada cinco heridos. En la curación de los heridos el progreso es indiscutible. Sólo un 25 por 100 cuando más sucumbe de sus heridas, otro 25 queda inútil y el 50 por 100 puede volver al frente de la guerra en un plazo más ó menos corto.

La igualdad de pérdidas entre las guerras antiguas y las modernas es realmente extraordinaria, si

se tiene en cuenta el enorme número de disparos que hacen los combatientes en las luchas actuales. En las guerras de Napoleón, los soldados de la Guardia consumian 25 cartuchos por combate cuando más. En la guerra de 1870 los soldados alemanes gastaron 65 cartuchos por hombre, y los franceses, en algunos combates, hasta 60 cartuchos. En la guerra ruso-japonesa el consumo medio por hombre y por día de combate fué de 50 cartuchos en los japoneses y 35 en los rusos. Esta cifra no corresponde por igual á todos los soldados. Hubo rusos que no tuvieron ocasión de disparar el fusil en toda la campaña. En cambio algunos cuerpos de primera línea consumieron de 300 á 400 cartuchos diarios por cada hombre.

Durante las guerras de Napoleón el alcance eficaz de los fusiles no pasaba de 150 metros, y había que disparar 3.000 balas, ó sea 70 kilos de plomo, para hacer caer á un combatiente enemigo. Los efectos mortales del fuego no resultan hoy mayores, á pesar de lo mucho que ha aumentado el alcance de las armas. Los fusiles modernos resultan eficaces á más de 1.000 metros, y sin embargo, se calculan como necesarios 3.300 cartuchos, que pesan 74 kilos, para poder matar á un enemigo. Como se ve, el peso de los proyectiles empleados para tumbar á un hombre es superior muchas veces al peso que tiene este hombre.

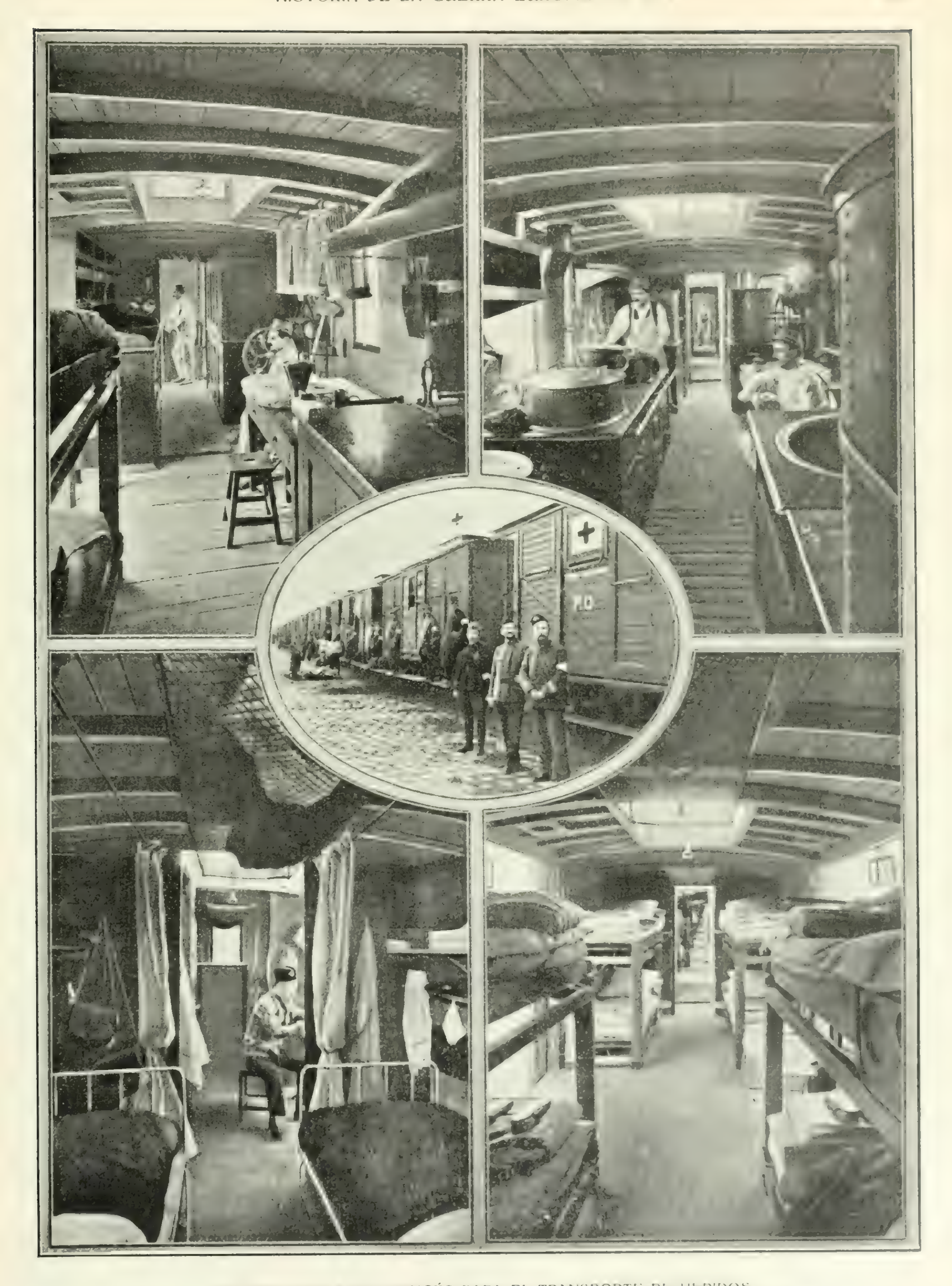
La guerra moderna, con todas sus complejidades, exige una preparación más minuciosa que las guerras de otros tiempos. Puede decirse que la preparación es una de las principales garantías del éxito. El general Joffre, en la asamblea general celebrada en 1913 por los antiguos alumnos de la Escuela Politécnica, dijo así: «Hay que estar preparado. Hay que haber orientado con tiempo, metódica y tenazmente, todos los recursos del país, toda la inteligencia de sus hijos, toda su energía moral hacia un fin único: la victoria. Hay que haberlo organizado todo y previsto todo. Una vez comenzadas las hostilidades, las improvisaciones son difíciles. Lo que falte entonces faltará definitivamente, y el menor vacío en la preparación puede causar un desastre.

CONVOY FRANCÉS PARA EL ACARREO DE AGUA POTABLE CON DESTINO AL FRENTE
(Fot. Rol)

»Es preciso que todo el material (armamento, municiones, herramientas, víveres, etc.) de que tiene necesidad el ejército se mantenga siempre completo, en perfecto estado de conservación, é incesantemente transformado para que se beneficie con los progresos de la industria y de la ciencia. Es preciso también que esté almacenado en puntos escogidos convenientemente, y que pueda ser renovado por medio de nuevas fabricaciones contratadas preventivamente. Hay que repartir todos los hombres válidos en grupos, en unidades colectivas de diferentes clases, que serán los elementos constitutivos de las agrupaciones superiores. Estas últimas deben estar organizadas y articuladas de modo que den á la masa el máximum de fuerza y de movilidad.

»Hay que tomar las más minuciosas y las más seguras disposiciones para que la orden de llamamiento á las armas llegue instantáneamente á todos los interesados; para que cada uno sepa adónde debe ir y cómo llegará á dicho punto; para que encuentre en él sus jefes, sus armas y sus efectos todo pronto; para que las unidades, así que estén constituídas, sean transportadas rápidamente á los lugares de concentración con su correspondiente material. Toda la red de caminos, ferrocarriles y canales, debe ser utilizada de modo que dé su rendimiento máximo. Esta red de comunicaciones debe haber sido estudiada, organizada y provista de material para dicha concentración. La menor torpeza en su funcionamiento podría causar la pérdida del país. Esta operación importantísima de la movilización no debe ser turbada por el enemigo en ningún momento y en ningún punto, y para esto es preciso que las tropas de cobertura sean preparadas especialmente y transportadas á la frontera con rapidez.

»Es preciso que las masas concentradas estén bien provistas de víveres, municiones y material de toda clase, y que este material, transportado del interior del país al frente, llegue sin retardo á cada grupo, sea cual sea el lugar adonde le hayan conducido las operaciones militares. Es preciso que los heridos y



UN TREN SANITARIO FRANCÉS PARA EL TRANSPORTE DE HERIDOS

En el centro: Vista de conjunto del tren.—Arriba: Dependencias y cocina.—Abajo: Departamento del médico mayor y del farmacéutico mayor.—Interior de uno de los vagones con ocho camas.

los enfermos sean recogidos, atendidos y trasladados á hospitales del interior, donde se acabará su curación. Debe existir en nuestra red de medios comunicativos un movimiento incesante, cuyo funcionamiento será tan vital para la nación como lo es la circulación de la sangre para el cuerpo humano.»

Francia, á pesar de ciertos descuidos y errores, estaba bien preparada para la defensa gracias á Joffre y al Estado Mayor. Todo cuanto el generalísimo anunciaba en su discurso como necesario, estuvo pronto en el primer momento de la declaración de guerra. Funcionaron sin obstáculo y sin retardo los medios de comunicación, y la Francia armada pudo movilizarse en menos tiempo del que se había previsto, burlando así las ilusiones de Alemania, que esperaba sorprenderla mucho antes de haber terminado sus preparativos.

La *decisión* es tan importante en la guerra moderna como la *preparación*. «La guerra—dice un tratadista militar—es la lucha de dos voluntades, en la cual cada adversario intenta imponer la suya al enemigo.» Esta decisión se produce por el choque enorme de las grandes batallas. Pero las grandes batallas son precedidas en los cuarteles generales de los ejércitos por batallas de la inteligencia, cuyo resultado es de gran importancia para las batallas de combatientes que se desarrollan después en la realidad.

La perfección de las maniobras y su justa aplicación sobre el campo del combate, han proporcionado siempre y proporcionan todavía el resultado de la victoria. Cuando la *estrategia,* que es el arte de conducir las tropas hasta el campo de batalla, coloca á los ejércitos frente á frente, la *táctica,* ó sea el arte de emplear las tropas sobre el mismo campo, es la que hace triunfar, siempre que el valor de dichas tropas ayude á la realización de las combinaciones del Estado Mayor. En una palabra: el estratega prepara la victoria y el táctico es el que la consigue.

La estrategia es toda ella de concepción, y abraza por entero el teatro de la guerra. La táctica es á la vez de concepción y de ejecución, pero sus actuaciones no abarcan todo el teatro de la guerra, pues se limitan únicamente al campo de batalla y sus alrededores. Su fin es inmediato y directo. Consiste en destruir la potencia combativa del enemigo para obtener un resultado final: la victoria y la paz. Las dificultades de la estrategia no han cesado de aumentar desde hace un siglo, á medida que ha ido creciendo la fuerza numérica de los ejércitos.

El *teatro de la guerra* comprende todos los sitios donde las fuerzas militares de las naciones en lucha pueden entrar en contacto, y se divide en tantos *teatros de operaciones* como ejércitos existen con una acción distinta. Cuando varios ejércitos operan en combinación, cada uno llama á su terreno *sector de operaciones.*

«La mejor estrategia—dijo Clausewitz, el oráculo militar de los alemanes—consiste en ser siempre el más fuerte de un modo general, y especialmente en el punto decisivo. La primera regla que se impone á todo general en jefe es tener sus fuerzas en masa. No debe distraer de esta masa más que aquellas tropas que sean indispensables para la satisfacción de una necesidad urgente.»

CAMIÓN FRANCÉS PARA CONDUCIR HERIDOS Á LAS AMBULANCIAS DEL INTERIOR

(Fot. Rol)

Los alemanes se han mantenido fieles á esta doctrina de Clausewitz, que preconiza el empleo de las grandes masas, como en los tiempos de las guerras napoleónicas.

Muchos tratadistas militares contemporáneos se habían imaginado que á consecuencia del progreso en los armamentos y su mayor alcance destructivo, no se verían sobre los campos de batalla más que filas muy espaciadas de tiradores que avanzarían arrastrándose, casi invisibles, de abrigo en abrigo, bajo las ráfagas mortales de la defensa. La táctica alemana ha desvanecido esta ilusión. La guerra moderna continúa siendo, como las antiguas, una guerra de masas, á pesar de los cañones de gran alcance, de los fusiles de repetición y de las ametralladoras. Los ejércitos se baten aún á golpe de hombres, se anonadan enviándose proyectiles humanos y toman por asalto las posiciones como en los tiempos antiguos. Los alemanes emplearon en todas sus batallas el sistema de formaciones compactas, y siguen empleándo-



LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA

Un estratega alemán, con su Estado Mayor, organizando el plan de ataque que luego desarrollarán los tácticos

(Dibujo de «The Illustrated War News»)



UNA TRINCHERA FRANCESA DECORADA POR LOS SOLDADOS

lo, á pesar de que les cuesta una pérdida monstruosa de hombres.

El número inmenso de combatientes que componen ahora los ejércitos obliga á extender el frente de batalla sobre centenares y centenares de kilómetros, lo que hace más complicada y difícil la dirección del general en jefe. Éste debe organizar sus maniobras sin someter su voluntad á la del enemigo. La experiencia ha demostrado que los generales que basan sus maniobras sobre las intenciones probables del enemigo son derrotados casi siempre. El general moderno debe establecer su plan de ataque sin preocuparse de los proyectos del adversario y estudiar únicamente éstos para obstaculizarlos é impedir su realización, gracias á un reparto hábil de las tropas sobre el frente y á un oportuno aprovechamiento de las condiciones del terreno.



ENTRADA DE UNA TRINCHERA FRANCESA EN LA ARGONA (Fots. Meurisse)

Una sorpresa de la guerra moderna ha sido el desmesurado empleo del sistema de trincheras. Cuando todos creían que los ejércitos iban á batirse más que nunca en campo libre, empleando sus medios perfeccionados de destrucción, se les ha visto ocultarse debajo del suelo, emprendiendo una guerra sorda, larga y tenaz. Los medios ofensivos de otros siglos, la bomba de mano, los líquidos incendiarios, la mina, han vuelto á estar en uso.

Fueron los japoneses los que en la campaña de Mandchuria emplearon el sistema de trincheras y fortificaciones subterráneas, imitado ahora por los europeos.

Otra novedad de la presente guerra es la demostración absoluta de la ineficacia de las grandes forti-

ficaciones. Las baterías de cemento armado con cúpulas acorazadas quedan destruídas en poco tiempo bajo el fuego aplastante de los monstruosos cañones de sitio.

Las más sólidas obras de fortificación son ahora las trincheras, que pueden recomponerse fácilmente cuando las destruyen los cañones enemigos.

La única defensa eficaz de una plaza consiste en tener alrededor de ella un valeroso ejército que con sus continuos combates la «dé aire», manteniendo alejados á los que intentan sitiarla.



TRINCHERA ALEMANA TOMADA POR LAS TROPAS FRANCESAS EN VARREDDES (Fot. Rol)

Los descubrimientos científicos más recientes aplicados á la guerra, como son la aviación y la navegación submarina, han modificado considerablemente las condiciones de la lucha en la tierra y en el mar. Pero sobre la actuación de aeroplanos y submarinos hablaremos extensamente al relatar las operaciones.

La guerra hace triunfar momentáneamente la fuerza sobre el derecho. En los tiempos bárbaros no se reconocía ningún límite al ejercicio de la fuerza. Luego, al civilizarse los pueblos, la razón y la humanidad fueron dulcificando poco á poco las costumbres antiguas.

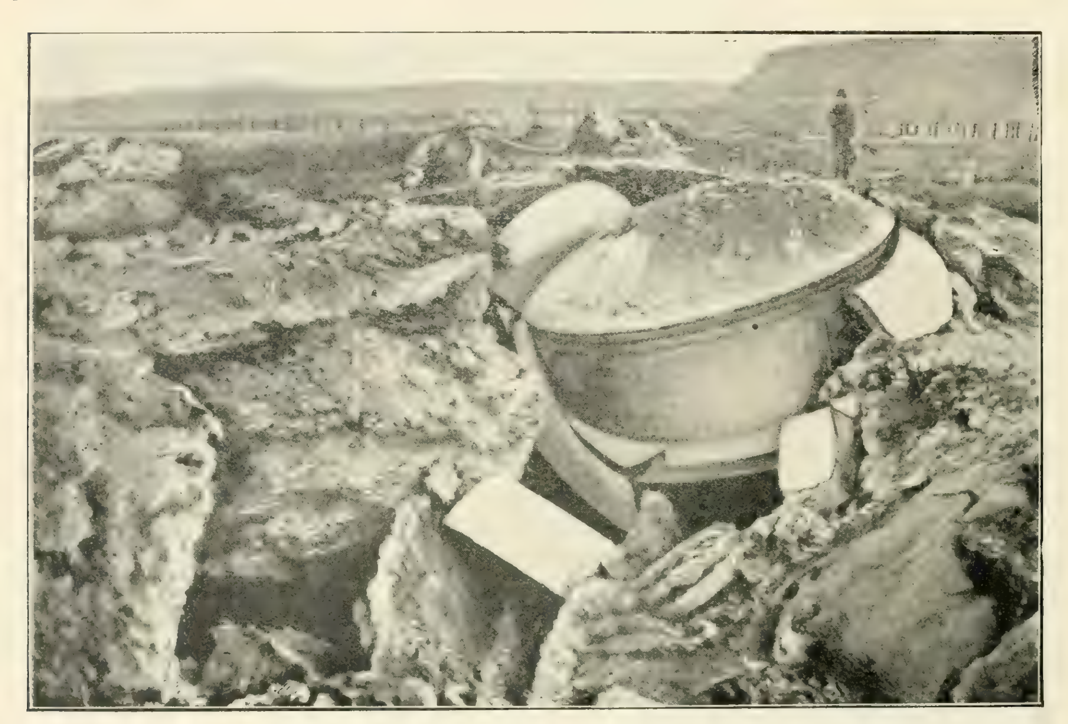


OFICIAL FRANCÉS OBSERVANDO AL ENEMIGO DESDE UNA TRINCHERA (Fot. Meurisse)

Los alemanes de la Alemania contemporánea, que se considera el pueblo más culto y civilizado de la Historia, han tenido el triste honor de restaurar la guerra con todos los horrores y el salvajismo de los tiempos pasados.

Nada tiene esto de extraordinario si se recuerda la profunda inmoralidad de casi todos los jurisconsultos, historiadores, filósofos y hombres de Estado, que han contribuído en Alemania á la formación

del ideal imperialista y á la constitución del pangermanismo. Todos ellos, como lo hace notar el filósofo Fouillée, se gozan en poner en oposición la teoría individualista del derecho germánico y la idea socialista de los pueblos latinos. Excluyen de la formación del derecho toda finalidad superior y toda intervención del libre ejercicio de las facultades humanas. El derecho, según ellos, es *el hijo de la fuerza*, y tiene su origen en el poder del individuo, sin límite alguno que lo coarte. El Estado debe reconocer como su misión principal el obligar á las masas á que respeten los privilegios conquistados á viva fuerza por los que están arriba. «Esto equivale—dice un autor—á hacer de la injusticia, de la opresión y del bandolerismo la base de las sociedades humanas.»



INEFICACIA DE LAS GRANDES FORTIFICACIONES

DESTROZOS EN UN FUERTE DE MAUBEUGE

Un profesor alemán, Ikering, en un discurso pronunciado en 1876 para celebrar el aniversario del emperador Guillermo, dijo así: «Todo derecho existente y en vigor, sea como sea, es un hijo de la Historia, y debemos inclinarnos con un sentimiento de veneración ante toda fuerza que ha vencido, producto misterioso de las fuerzas y las leyes morales que presiden y dominan los estallidos más salvajes de la guerra. La potencia del vencedor; he aquí lo único que crea el derecho y lo determina. Reconociendo y acatando este principio es como la guerra podrá tener fin y reinar la paz eternamente.» Esta es la moral de los grandes juristas de la nación alemana. Hay que resignarse ante el hecho consumado, aunque sea injusto; hay que sentir el respeto místico, la veneración de la fuerza bruta, cuando el triunfo está del lado de ella. De este modo la paz será eterna, la paz del esclavo que no se atreve á revelarse contra el déspota. Fundando los derechos del hombre y de las naciones sobre la fuerza y no sobre el derecho, se justifican todos los armamentos, todas las violencias, todos los odios, y se abre un porvenir sin límites á la guerra. Los intelectuales prusianos que divinizan actualmente la fuerza y predican la sumisión ante el fuerte, olvidan que hace un siglo su pueblo fué tiranizado por un super-hombre más grandioso que los que ellos exaltan ahora, que se llamaba Napoleón. Entonces Prusia no creyó en la santidad del poder que reposa en la fuerza, y defendió su derecho á la vida independiente.

Como dice un autor, «los alemanes llegados algo tarde al banquete de la civilización estaban todavía hipnotizados por los bárbaros esplendores de la fuerza cuando se constituyeron en nacionalidad. La gloria de Napoleón los deslumbró y los deslumbra todavía». Después de haber maldecido á su vencedor y haberse desembarazado de él, sólo sueñan con imitarlo. Lejos de sacar de la guerra y de sus horrores la única conse-

cuencia lógica, ó sea que representa una locura humana, los filósofos alemanes, á pesar de las enseñanzas de la epopeya napoleónica, la califican de divina.

Hégel, cuya influencia fué grande en Alemania, dice que la guerra es la afirmación más alta que un Estado puede dar de su soberanía. En nada como en el «realismo de la guerra» llega el Estado á su suprema idealidad. La vida y las propiedades de los ciudadanos se encuentran subordinadas á la conservación de la «substancia común», que es el Estado.

Como el Estado representa la fuerza, puede y debe usar de la fuerza para mantenerse y engrandecerse. Hégel se burla de los tratados de paz de larga duración y considera que deben ser provisorios. «La razón de Estado los firmó, y la razón de Estado puede romperlos cuando quiera.» En cada momento de la Historia un pueblo dominador representa una fase del desenvolvimiento de la idea sólo por el hecho de haber triunfado. Con este derecho gobernaron al mundo los imperios orientales, después Grecia y luego Roma. Ahora, según Hégel, le ha llegado el turno á la raza germánica de dominar al mundo.

«Todo lo que es real es racional», dice Hégel. Y tales palabras significan la divinización del hecho consumado, la justificación de todos los crímenes y todas las infamias que figuran en la Historia desde los siglos remotos. Los escritores militares de Alemania proclaman descaradamente la guerra de exterminio, la destrucción y el asesinato. Podríamos transcribir numerosas citas extraídas de las obras de dichos escritores, pero nos limitaremos á dos nada más, por no repetir la misma idea bárbara manifestada con diversas palabras.

«La guerra—escribe Clausewitz—no conoce más que un medio: la fuerza. No debe aceptar otro medio que la destrucción, las heridas, la muerte; y este empleo de la fuerza brutal es de regla absoluta. El derecho de gentes, del que tienen la boca llena todos los abogados, no puede imponer á la finalidad y al derecho de la guerra más que restricciones insignificantes, ó mejor dicho, nulas... En la guerra toda idea de filantropía es un error, un absurdo pernicioso... La violencia, la brutalidad del combate, no deben reconocer ninguna especie de límites.»

El mariscal Bronsart von Shellendorf, ministro de la Guerra de Prusia, dijo así: «Si los pueblos civilizados no arrancan la cabellera á los vencidos, no degüellan á los prisioneros, no destruyen las ciudades y las aldeas, no incendian las granjas y no lo devastan todo á su paso, no es por humanidad, sino porque resulta preferible exigir indemnizaciones al vencido y anexionarse los territorios ricos para que sigan produciendo.»



ANTE EL PROGRESO DE LA ARTILLERÍA

UN FUERTE DE BÉLGICA DESTROZADO POR LOS GRANDES CAÑONES DE SITIO

Este mariscal prusiano no presentía que el Estado Mayor de su país podía considerar útil y oportuno aterrar con toda clase de crímenes á los pueblos que se resisten, como lo ha hecho en Bélgica y en el Norte de Francia. En la presente guerra el soldado alemán usa del derecho que tiene, según Shellendorf, para asesinar al enemigo y destruirlo todo: derecho del que no había querido hacer uso antes por una consideración egoísta. Las ciudades incendiadas de Bélgica, los pueblos destruídos de Francia, los seres indefensos martirizados y fusilados, demuestran cómo el guerrero germánico ha creído necesario hacer uso de su derecho.

«Sólo con sangre—continúa el mariscal Shellendorf—es como deben escribirse las cosas de la guerra. Declaro que la próxima guerra será algo atroz y nunca visto. Entre Alemania y Francia sólo es posible un duelo á muerte. «Ser ó no ser», este es el problema que se planteará en la próxima guerra, y sólo podrá ser resuelto por la ruina definitiva de uno de los dos antagonistas.»

Como contraste, cerremos este volumen con unas palabras del general Joffre, soldado republicano que hace la guerra por defender á su patria, pero deja entender en sus palabras la tristeza que le infunde esta cruel necesidad, impuesta por la barbarie siempre vigilante de los enemigos.

«Pueden deplorarse—dice el generalísimo francés—esas horas trágicas en las que la sangre corre á oleadas, en las que el fuego, el hierro, las fatigas y las enfermedades destruyen miles de vidas humanas. Pero deplorando las desgracias, no se las evita.

»Los pueblos están sometidos á los mismos móviles físicos que los hombres. La exaltación los transforma, la pasión los domina, el interés los divide, un largo pasado gravita sobre ellos. Los pueblos, en los largos períodos de calma y de cordura, pueden tener el sincero deseo, la firme voluntad de renunciar al uso de la fuerza contra sus vecinos, de evitar los conflictos con ellos, y si estos conflictos se producen, resolverlos pacíficamente. Pero de pronto surge un incidente inesperado... la tormenta se amontona, las buenas relaciones se olvidan y todos corren á las armas. ¡Ay de aquellos que han caído en la trampa de las generosas ilusiones! ¡Ay de aquellos que no están preparados y prontos para defenderse!»

FIN DEL TOMO PRIMERO






PROMETEO


PROMETEO
F. Mellado


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 083222783


PROMETEO